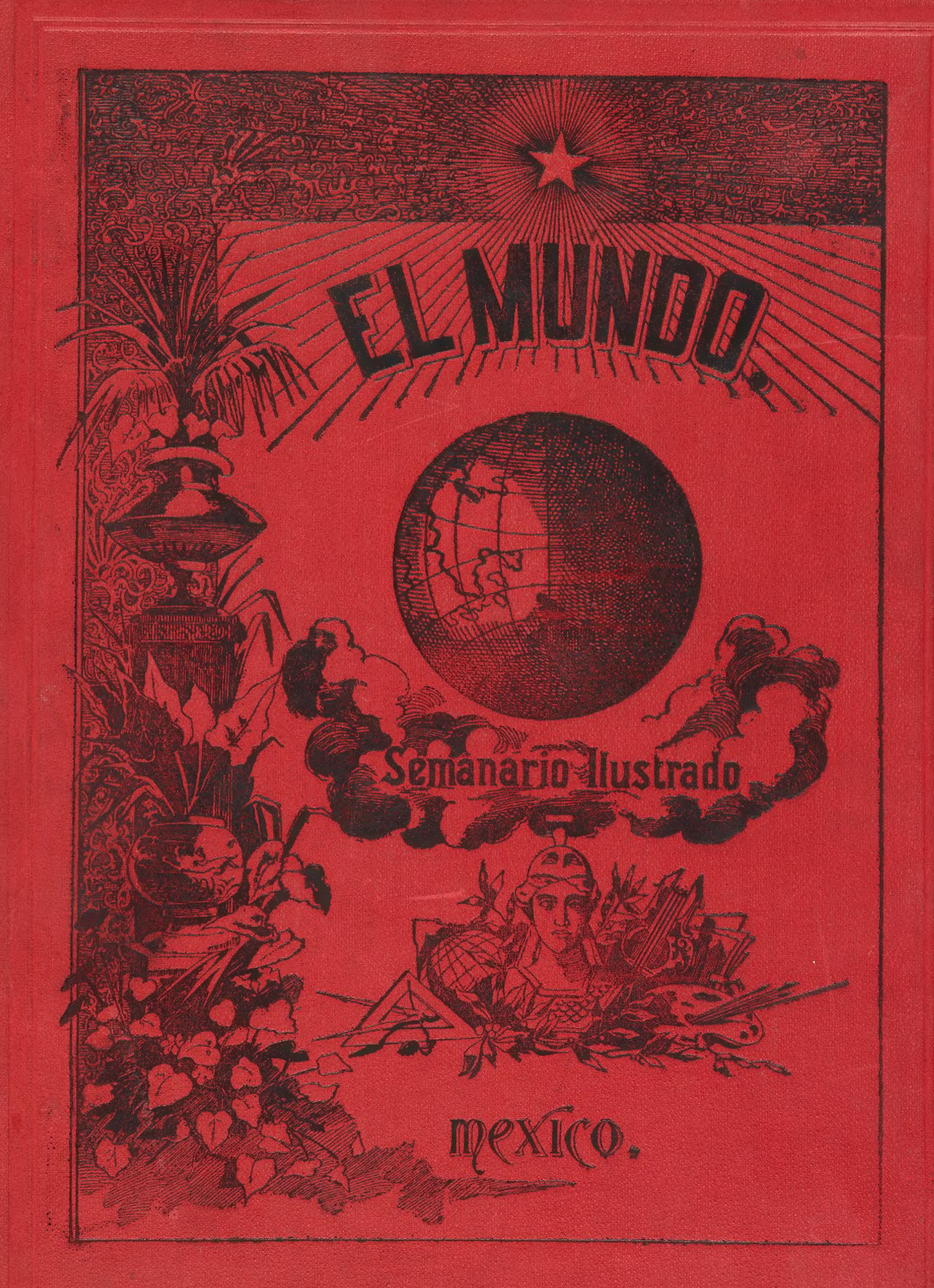
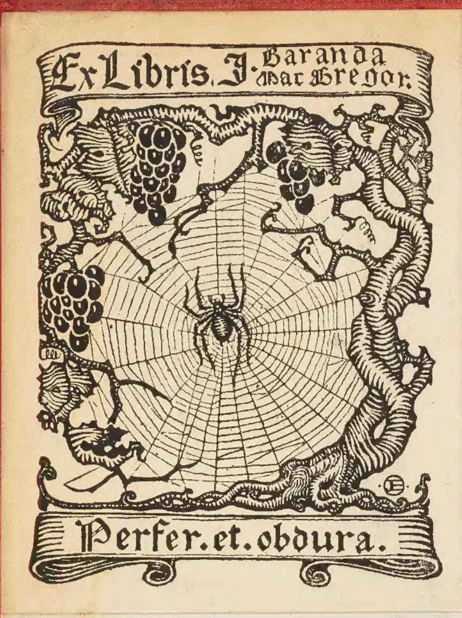

EL MUNDO
Semanario Ilustrado
MEXICO.


Ex Libris. J. Baranda Mac Gregor.
Perfer.et.obdura.

EL MUNDO.

Tomo I — México, Domingo 1° de Enero de 1899. — Num. I

Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.

DOS AMIGAS.

Acuarela de Poveda. — Fotograbado de los talleres de EL MUNDO. — Fot. de Luis C. Sandoval.

LA SEMANA

Entro en la crónica como un convidado entra en una casa conocida donde espera encontrar buenos amigos, mujeres hermosas y paliques rociados de gracejo y champaña. Porque la crónica, para mí, no es más que un pretexto para divagar, suelta y locamente por los campos del humorismo, deslizarse por los pasillos secretos y las poternas escondidas del suceso, confiar al público, no la existencia común, sino algo de la propia existencia, no zurcir gacetillas literarias y revistas de tandas, sino cantar una romanza á la primavera, ó entonar un himno al libro nuevo, ó decir una galantería al oído de la bella que pasa, ó *flanear* sin rumbo por las avenidas del ensueño.

Los hombres políticos tienen su programa. Los cronistas,—que valen más que los políticos, porque entretienen más y son inofensivos ¿no es verdad, amiga mía?—deben también lanzar á los cuatro vientos un programa lleno de alhagos y promesas. Ahí va el mío. ¿Qué ofrezco? Buscar la frase bordada con oro y lentejuelas, la palabra brillante como una cuenta de vidrio, el período de dalmática de púrpura. Fingir cabalgatas históricas, torneos de símiles, juegos é iluminaciones de metáforas, en que los vocablos á cual más vistosos é inquietos se disputen el triunfo; éste, chiquitín como un paje, aquél, grave y rico como un heraldo; esotro, risueño y zafiamente empingorotado como un aldeano; el de más allá, desdeñoso como un príncipe.... turba ligera de fantasías, mundos rutilantes y débiles que suben un momento por el aire tranquilo, globos irizados y transparentes, pompas de jabón, en fin, que me entretendré en lanzar soplando en una caña arrancada al caramillo de Pan, para divertir á esas niñas traviesas y locas, á esas imaginaciones tornadizas y caprichosas que de nada quieren saber sino de las *mil y una noches* de la vida, de los encantos y hechicerías del Universo, de las proezas y aventuras de la ilusión. La mentira que cuenta misterios y cábalas es una divina Scheresada. Ah! Chronos, rey Schariar, viejo sultán de las Indias, que esperas con impaciencia el desenlace de la historia de Bedreddín, deja de pasarte la mano constelada de sortijas por el negro torbellino de la barba, aparta de tu pálida boca la nerviosa serpiente de la pipa que ha envuelto tus ideas en una nube de opio, encierra en su estuche de carne morena las pupilas febriles.... Clarea el alba, y la luz,—odalisca curiosa,—se asoma por la persiana verde, entra con timidez de enamorada y arrojando su chal de seda blanca tramada de azules estambres, murmura lentamente: Buenos días......

Se levanta del diván de los sueños la divina mentirosa; es hora de volver á la realidad; no es malo reposar de las fatigas del vuelo; mientras los pájaros despiertan, vosotras ¡oh insomnes fantasías! dormid un poco......

* * *

Año nuevo! Busco mi asiento, el lugar que me toca en el festín y lo hallo entre mis compañeros de juventud y de esperanza.

Pasó el primer brindis. El vino burbujea en el fondo de las copas y los comensales comienzan á sentirse alegres y comunicativos. Muy lejos de mí, por entre los manjares y las flores, tras de los búcaros henchidos y las fuentes maravillosas de los dulces, entreveo los somblantes satisfechos de los altos personajes de la felicidad, de los banqueros de la dicha, de los comendadores de la fortuna, de los condecorados con el toisón de oro del placer. Hablan ellos acaloradamente. Pero las teorías de esos sabios de año nuevo, están ya trasegadas por las multitudes, y, como las monedas de uso diario, han quedado sin relieves. No convencen á nadie; no tienen valor y se guardan en la memoria como un denario ó un zequí en una colección de numismática.

Creo que nosotros no lanzaremos la queja clásica: *¡oh, quan fugaces Póstumo*......al abrir esta caja de Pandora que contiene trescientos y tantos días. Ya sabemos de antemano que la señorita Esperanza no acostumbra cumplir sus promesas y que el caballero Desengaño es un amigo entrometido que con su experiencia de hombre de mundo ahoga en la cuna nuestros anhelos y les corta las alas á nuestros sueños. ¿Y eso qué importa? El corazón sigue, sin cesar, su labor misteriosa. Trabaja, á veces, como un obrero cansado; se le conoce la fatiga; se le echa de ver el disgusto; pero allí está, en el taller obscuro de nuestro pecho, construyendo latido á latido, el tálamo de nuestra prometida ventura, el joyero de nuestros imposibles delirios ó el ataúd de nuestras muertas ilusiones.

No era verdad lo que sintió Baudelaire, en el alto período de su locura negra; el corazón no puede dormir ese sueño de bruto, sin recuerdo, sin pesadillas, sin visiones. Heine, gastado por el amor y por el hastío en plena juventud, le decía en un hondo arranque de amargura: ¡acaba pronto, carpintero!

Vamos, pues, á vivir, á caminar á marchas forzadas, seguros de encontrarnos á cada paso un punto de vista no conocido, un panorama nuevo. El tiempo no huye—qué va á huir!—al contrario; tienen las horas una marcha uniforme, como la de una columna militar en una parada. Cuando estamos entretenidos por el goce, cuando volvemos el rostro para darle un beso á la mujer amada, cuando nos llama la gloria, cuando nos atolondra el bullicio de la orgía, entonces—es claro!—no sentimos pasar el tiempo. La culpa no es suya. Mas si estamos en la alcoba, de noche, rumiando nuestras penas, ó frente al niño enfermo, esperando la hora en que ha de prepararse la tisana, ó junto al cadáver del amigo inseparable, con el pensamiento en vela, triste, luminoso y trémulo como la llama de los blandones, ¡qué buenas compañeras son ésas horas silenciosas, que pasan sin aceleramiento y de puntillas para no distraernos! Ahora una: ¡cuánto tarda la otra! decimos. Y no; llega acompasadamente, toca la puerta y se sienta en la orilla del lecho á escuchar nuestras confidencias y á contar los minutos que debe acompañarnos. Después......no se detiene; se va callada, como vino.

De esas iguales, pero que medidas con el listón rojo, arrancado al corsé de la novia, son tan cortas, y medidas con la cinta negra de un féretro parecen tan largas, tenemos muchas en el año. Somos ricos. Derrochemos este caudal que nos ofrecen. Ya vendrán el olvido ó la muerte á empobrecernos. Gastemos á raudales antes que estos ladrones nos sorprendan.

No temáis que las horas huyan; temed que nos las arrebaten; eso sí. Las dolorosas no son codiciadas, pero ¡ah! las alegres, las salpicadas con gotas de miel divina, las de los días áureos y las noches azules, llenan de envidia á esos bandidos de la sombra. Precisa gastarlos.

Amigos míos, entremos en el festín del año. Pasó el primer brindis. No me obliguéis á darle la bien venida al recién llegado.

Charlemos un poco, si os parece, de esta existencia aturdida que, en Enero, cree tropezar con las doradas puertas de Jauja.

* * *

Al mismo tiempo que en París, con motivo de la apertura del nuevo teatro de la ópera cómica, la *Carmen* de Bizet, ha sido en México el comentario artístico de la semana.

Los parisienses, enloquecidos de orgullo y de contento, aplauden, como nosotros, la música más apasionada y sugestiva de las que ha producido el genio lírico francés.

Aquí no sólo aplaudimos la partitura sino también la belleza de la más linda intérprete que haya pisado el escenario del Nacional: Estefanía Collamarini. Todo el mundo está de acuerdo en que la hermosura meridional de esta artista ha hecho en su carrera, por lo menos, la mitad de los triunfos. Se presenta y fascina: he aquí el prodigio. La Plástica, por esta vez, vence á la Eurithmia. Todavía no se sabe si la Collamarine es ó no buena cantante. Lo que sí aseguran cuantos la ven, es que no recuerdan de otra *Carmen* más gallarda y más seductora. La línea perjudica el sonido; la gracia vence á la voz. Por ver nos olvidamos de oír.

Amalia Sostegni, una hada rubia, dulce como una caricia de niño, posee no la belleza, precisamente, como la Collamarini, sino un encanto superior: la simpatía. Y su voz, impregnada de unción, vírgen y pura como linfa de la montaña, canta con una delicadeza, patrimonio exclusivo de los espíritus altos, los suaves pasajes de la *Micaela*. Amalia Sostegni, en la escena, recuerda la frase del viejo romántico: tiene la fragilidad aparente de las cosas aladas.

Estas dos mujeres, cuyos retratos publica *El Mundo* en este número, hicieron concebir esperanzas de una excelente temporada. Pero esas esperanzas comienzan á frustrarse. La *Aida* ha sido un insulto á Verdi. Aunque, á decir verdad, estamos ya un poco acostumbrados á estos desacatos artísticos.

Los cuales, á pesar de todo, son preferibles á la inicua monotonía de *la tanda*.

* * *

Mme. Roux y Mr. Grossi se presentaron en el Teatro Arbeu, anoche á ejecutar sus experimentos sobre adivinación del pensamiento.

Esta clase de espectáculos que producen la sensación nerviosa de lo maravilloso comienzan á ser entre nosotros de gran atractivo. Nos llevan de un golpe al universo de lo sobrenatural, y nos obligan á viajar por el viejo país de los fakires, erizado de encantamientos y milagros. ¿Todas las experiencias que estos magos ambulantes del fakirismo occidental, nos presentan, son ciertas? Quizá no. Parece que en el fondo hay clave, prestidigitación y escaramuza. Mas.. conformémonos con sentir por un momento el hálito de la realidad en el aire viciado del engaño. Porque, como dice la *humorada*:

Con tal que yo lo crea
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

* * *

Don Matías Romero, un hombre que consagró toda su vida y todas sus energías al sublime altruismo de la Patria, acaba de morir en Washington. La nación entera está de luto. Cubramos, mientras pasa el féretro, con un crespón obscuro nuestros sueños...

Luis G. Urbina.

Política General.

1898—1899.

En su ansia inextinguible de alcanzar la suspirada meta del ideal, ¡cuántas veces se sienta la humanidad á contemplar el cielo abierto á sus miradas, ó vuelve la vista hacia atrás, para sondear entre las sombras del pasado las etapas vencidas por su constancia y los senderos recorridos por su anhelo!

Mas ¡ay! que en cada recodo del camino, en las zarzas que bordan la vía, mira con dolor prendidas como vellón mezquino las ilusiones que ayer fueron su encanto, ve derribados por el suelo sus ídolos de un día, y mezclados halla con el polvo de las Persépolis y las ruinas de las Babilonias, los fragmentos del Partenón y las piedras del Coliseo. Implacable el tiempo en su obra destructora, nada respeta su segur impía: polvo es el Olimpo de Hesiodo, ceniza deleznable los dioses de Homero, sombra vana las lucubraciones de los filósofos, miseria las creaciones de los sabios, y hasta los altares de los filántropos y las banderas de los revolucionarios, que intentaron la regeneración de las modernas sociedades, yacen sepultados en menuda arena, al impulso de aspiraciones nuevas y al grito siempre angustiado de nuevos dolores.

La lucha por la existencia, iniciada en las edades primitivas por el linaje humano, al lado del oso de las cavernas y del ciervo gigante, ha continuado con encarnizamiento sin igual.

No es ya el combate individual del hombre contra el hombre, disputándose la presa palpitante y la hembra codiciada; es la lucha colectiva de pueblos contra pueblos y razas contra razas en feroz contienda buscando el predomio del mundo, discutiendo la posesión de un palmo de terreno, ambicionando la predominancia política y la preeminencia mercantil en los grandes centros de consumo. Y en medio de estos cuadros dantescos que representan una lucha que no acaba, entre ayes de dolor y rugidos de rabia, seguimos presenciando, mal que pese á los sueños de los poetas, á las aspiraciones de los filósofos, y á las predicaciones de los apóstoles, seguimos presenciando con dolor, la perpetua victoria del más fuerte.

Si el perfeccionamiento de las especies orgánicas se efectúa en el vasto teatro del universo por medio de la selección natural que hace perecer á los débiles y á los enfermizos, incapaces por ende del perfeccionamiento incesante, en el desarrollo de las sociedades el progreso se alcanza por una especie de selección social en la que sucumben los menos aptos para la gran obra de la humanidad. Ciego al parecer el destino en sus inexcrutables designios, no cuenta los individuos destrozados, ni toma razón de las cabezas cercenadas; mira la obra titánica del hombre, y lo guía á través de senderos obscuros, pero que lo han de conducir á la posesión de la verdadera luz.

Cuando se contempla aisladamente y en horizonte limitado la tarea emprendida por las agrupaciones humanas, constituidas á fuerza de labor y de sangre en las modernas nacionalidades, viendo los desfallecimientos de aquí, las caídas de allá, las angustias de todas partes, tentado se mira uno de creer que hay un hado impío que se complace en el dolor humano, y al presidir los destinos de los hombres, sólo son aceptas á sus ojos las ofrendas de lágrimas y sangre.

Preciso es contemplar con mirada más alta y abarcar en conjunto á la humanidad, para comprender sus destinos, explicar sus luchas, entender sus decndencias, abarcar sus angustias y adivinar y tener fe en su grandeza.

* * *

Triste y sombría amaneció la primera aurora de 1898. Negros nubarrones se amontonaban en el Extremo Oriente, donde se han dado cita todos los apetitos y las concupiscencias de las potencias europeas. Nubes de tempestad entoldaban en esos días el cielo americano, á donde ascendían las llamas del incendio en la insurrección cubana y amenazaban romper de modo violento las amistosas relaciones entre España y los Estados Unidos. Y nubes de tormenta también se levantaban de las azules aguas del sagrado Nilo, donde la Gran Bretaña había concentrado formidable ejército, para reconquistar en favor del Jedive, las fértiles regiones del Sudan, sujetas á la obediencia de los fanáticos dervises.

Alemania tomó posesión de la bahía de Kiao-Chao con sus territorios adyacentes; Rusia entró orgullosa á Puerto Arturo, para dominar todo el golfo de Pet-chilí y desde sus fortalezas y los puestos avanzados de Vladivostock, ser dueña de la Manchuria; Inglaterra, después de disputar á Rusia y al Japon el predominio sobre Corea, entra pacíficamente á Wey Hai Wey para tener en jaque á su rival asiática; Francia adelanta sobre Hainaut, se extiende en el Tonkin y vigila más de cerca el drama que se desenvuelve en el fértil valle del Yantsé. Cada cual de los que se disputaban un girón de territorio en el Celeste Imperio ha logrado su objeto, y la misma Alemania que se hallaba apartada de esa competencia, ha asentado ya su planta victoriosa y nadie podrá hacerla retroceder.

Tiempo ha que el Imperio chino es considerado

Artistas de la Compañía de Opera del Nacional.

SRITA. AMALIA SOSTEGNI. (*Vease «La Semana.»*) SRITA. ESTEFANIA COLLAMARINI.

como fácil botín para los poderosos de la tierra. Constituido por sedimentos seculares, donde aún se ven las estratificaciones de las razas primitivas, ese inmenso hacinamiento de pueblos, esa agregación de razas, mal ligadas por la autoridad superior, está aguardando un soplo de civilización occidental que lo haga resurgir de sus sepulcros de granito. Mas ¡ay! como todo progreso humano, éste habrá de conquistarse por el dolor y la violencia.

Las clases aristocráticas, con prerrogativas hereditarias de orígen milenario, mal se avienen á renunciar sus privilegios de que se verán desposeídas ante los avances de la cultura. Las mismas clases populares hundidas en el horror de su ignorancia, encenegadas en el fango de su miseria, eternamente arrodilladas en las sombras de la superstición y apegadas, como el molusco á su concha, al antro obscuro de sus tradiciones, tardarán mucho en despertar, y, azuzadas por sus altivos señores que las explotan y envilecen, lucharán desesperadas por quedar en la sombra, por permanecer en el fango, por vivir en el antro en que siempre han vegetado.

La dinastía reinante, solicitada alternativamente por las sombras que vienen de su pueblo y la luz que procede de las influencias extranjeras, vacila entre el temor supersticioso de disgustar á los suyos, y el miedo real de que los de fuera le abran los ojos á cañonazos. De esas vacilaciones se aprovechan las potencias occidentales que quieren prevalecer sobre el imperio, y á virtud de la influencia británica que á las veces triunfa y de la influencia moscovita que prevalece en ocasiones, se traman tragedias en el palacio imperial de Pekín, desposeyendo al soberano y dejando la suprema autoridad en manos de la vieja emperatriz viuda, quien pretende con maquiavélicas intrigas conjurar la suerte del imperio.

***

Allea jacta est! Con voz solemne y sin que nadie se haya levantado á contradecirlo, Lord Salisbury ha declarado que China ha de contarse entre las naciones enfermas y caducas, y á las que debe administrarse la extremaunción del repartimiento. Tarde ó temprano vendrá la desintegración en el Celeste Imperio, y las naciones europeas, que están á la vera de sus despojos, entrarán de lleno en sus vastos territorios, ingertando á sangre y fuego los frutos del progreso occidental en el viejo y carcomido tronco de la caduca civilización asiática.

La hora sonará de galvanizar ese cadáver, transfundiendo savia nueva en su organismo disgregado. Sólo la competencia en la posesión de los despojos puede prolongar la inútil vida de esa sociedad que se desmorona cuarteada por los siglos, que se hundirá al golpe de la piqueta demoledora del progreso.

Nada podrá detener á los conquistadores en su tarea. Ni el despertar del imperio del Sol Naciente entorpecerá sus pasos. Han visto la temible competencia que á la producción europea ha hecho la industria del Japón, recién entrado al concierto de los pueblos cultos: despertarán al movimiento moderno las innúmeras tribus de mongoles, tártaros y mandchúes; procurarán encauzar en provecho propio su poderosa actividad, aunque sientan después el *terror amarillo*, viendo alzarse nuevos motivos de angustia en sus centros productores y nuevas formas de protesta en las aspiraciones socialistas.

***

Mas si los *miedos orientales* se han disipado y no preocupan por ahora á los estadistas, es porque otro terror ha nacido con perfiles casi apocalípticos: es el *terror yankee*, engendrado á la luz del incendio de las naves españolas en la bahía de Cavite; al relampagueo de los cañones de Sampson que aniquilan en dos horas la flota del heroico Cervera; á la voz de Dewey que rechaza las insinuaciones del almirante alemán en las aguas de Manila; y ante la actitud de los comisionados americanos en la conferencia de París, que firmes en sus demandas y casi implacables en sus solicitudes, convierten en pavesas el imperio colonial que le quedaba á España, desechan toda discusión sobre deudas coloniales, reclaman la posesión de Puerto Rico, obtienen la soberanía de Filipinas, y clavan su pabellón triunfante en la gran Antilla, mientras puede alentar libre é independiente la República de Cuba.

En un supremo esfuerzo, y para desarmar la insurreción antillana, el gobierno español concedió la autonomía; mañana hace un año que comenzó á funcionar el gabinete autonómico, en medio del regocijo oficial de la Habana. Aparte de que la medida era tardía y arrancada por la fuerza, no resolvía más que el problema político y dejaba en pié el problema económico. Por eso no prosperó. Los insurrectos cubanos rechazaron la libertad á medias que se les otorgaba entre los horrores de la guerra, como rechazaron después el armisticio, porque temían que no los condujera á su anhelo supremo: la absoluta independencia.

En tanto los clamores del pueblo americano por la intervención condujeron al Congreso americano á sus famosas resoluciones del 19 de Abril, y no aceptando España el abandono de Cuba, la guerra se hizo inevitable. Débil, empobrecida, agotada por una doble guerra colonial en la que había gastado todas sus energías, la monarquía española tuvo que sucumbir y aceptar dolorosamente la triste condición del vencido, aceptando de grado ó por fuerza las duras imposiciones del vencedor.

***

Mas si la derrota impone á España la ruda labor de reconstruir toda una patria, para restañar su sangre y cicatrizar sus heridas, y enjugar sus lágrimas; si le corresponde concentrar todas sus energías para entrar en una nueva era de regeneración, donde no quepan ni las inicuas ambiciones de Don Carlos, el pretendiente desahuciado, ni las utopías regionalistas que tiendan al separatismo, ni los sueños republicanos que ensangrentarían un suelo tan trabajado; no es menos difícil la tarea que se ha impuesto el vencedor, en medio de los esplendores de sus fáciles victorias.

Debe procurar que caiga en Cuba el rocío fecundante de la paz, para que á su abrigo incube la República Cubana. Debe hacer de Puerto Rico un territorie federal para que sus habitantes honrados, trabajadores y pacíficos, no echen de menos á su antigua metrópoli, y entren de lleno y sin tropiezos á la vida republicana. Debe hacer de Filipinas un territorio próspero y feliz: sofocar impaciencias, refrenar aspiraciones, segar corruptelas, cercenar añejas tradiciones y hacer de los heterogéneos grupos humanos que habitan el Archipiélago un pueblo unido, capaz de recibir más tarde el agua lustral de la cultura moderna, digna de la gran República.

¡Qué alta será entonces su misión! ¡Cuál se levantará el partido republicano que hoy se halla en el poder, contestando con hechos irrefutables las contradicciones de los demócratas que se oponen á la expansión territorial! Sólo así podrá sincerarse ante el pueblo, ante el mundo y ante la historia de haber olvidado un punto las gloriosas tradiciones que les legaron como sagrado testamento los Washington y los Jefferson, padres insignes de la patria americana.

***

Después de la guerra hispano-americana, que ha colocado á los Estados Unidos en la categoría de las grandes potencias y los ha puesto en condición de fundar un imperio colonial con los despojos del imperio de Felipe II, nada preocupa tanto á las naciones europeas como la marcha invasora de la Gran Bretaña sobre el continente africano. La espada vencedora de Kitchener que fulminó en Dongola, relampagueó en Berber y redujo á cenizas, cabe las ruinas de Ondur-

MEXICO MODERNO.

Casa del Sr. Eusebio Gayosso.
en la calle de la Mariscala.

mán y los muros de Jartún, el poder del Mahdi y la influencia de los dervises en las vastas regiones del Sudán, ha sido también motivo y ocasión de que se rompan las hostilidades entre las dos grandes potencias occidentales de Europa, que comparten el dominio del Africa septentrional.

Un esforzado aventurero francés, el ilustre capitán Marchand, había emprendido desde las costas de Senegambia un viaje atrevido, á través de comarcas inexploradas, para encontrar un puerto de salida en el Nilo superior. Después de peripecias románticas y de episodios novelescos, funda factorías á su paso, deja guarniciones en los puntos estratégicos y clava el pabellón francés en las riberas avanzadas del Bahr-el-Ghazal y sobre los muros de Fachoda.

No necesitaba más Inglaterra para provocar un conflicto; y considerándose en nombre del Jedive dueña de todos los territorios sujetos á la obediencia del sultán de Jartún, declaró á Marchand invasor de su propio territorio y reclamó su retirada. Francia, que no estaba preparada para el conflicto, en vano alegó derechos y prerrogativas: al fin tuvo que ceder á las exigencias británicas, guardando para más tarde sus reclamaciones y apelando, por ante el concierto de las naciones, de la solución del problema egipcio.

* * *

Y he aquí que en los momentos en que el Czar, inspirado en ideales sublimes de filantropía y humanidad, predica la paz entre los hombres de buena voluntad, y convoca un congreso internacional para procurar un general desarme, que alivie á los pueblos del grave peso con que se miran agoviados, es precisamente cuando se despiertan añejos rencores, odios olvidados y viejas ambiciones, para poner frente á frente pueblos contra pueblos y razas contra razas en la perpe tua lucha por la existencia.

En vano se anuncian visitas cordiales de soberanos para el día en que se reuna en Lóndres el congreso de la paz: la tempestad ruge en las tinieblas, el cielo se entolda con negros nubarrones, y á la cárdena luz del relámpago que rasga el cielo, se ve entre las sombras á los ejércitos en pié esperando el toque de rebato.

* * *

Como contestando á ese predominio invasor de Inglaterra, que sigue su marcha imperturbable, en su política de aislamiento egoista, se habla de alianzas, se trata de coaliciones y se pronuncia la palabra *liga continental* contra la gran potencia marítima. Míranse cuarteaduras ligeras en el sólido edificio que por más de cuatro lustros ha constituido la Triple Alianza, y como para compensar ese apartimiento posible de las potencias de la Europa central, háblase de una aproximación leal y positiva entre Alemania y Francia que, asociadas al gran imperio moscovita, formarían barrera infranqueable á las ambiciones de Inglaterra.

Ah! Qué hermoso día para la causa de la civilización occidental, aquel en que se olvidaran las rencillas del pasado! Qué hermoso día aquel en que viéramos juntos al germano y al francés, apartando la vista de la sombra de Sedan, y trabajando de consuno en su propio engrandecimiento! Devuelta á Francia, declarada neutral, ó con régimen autonómico bajo la salvaguardia de las potencias, la Alsacia-Lorena dejaría de ser la manzana de la discordia entre dos grandes pueblos.

Llegará la ocasión y acaso no esté muy lejana en que veamos juntas á Francia y á Alemania, de acuerdo primero en asuntos coloniales contra Inglaterra que amenaza á todos, y después en sus relaciones internacionales que interesan á la paz de Europa.

* * *

Día llegará. No existe ya el Canciller de Hierro, que fundó sobre sangrientos despojos los cimientos de la nueva Germania; no existe ya el inflexible Bismarck, que quiso modelar el imperio en formas medioevales, y resucitar en nuestros días la figura secular de Barba Roja. El joven Hohenzollern tiene abierto su espíritu á todas las corrientes de los modernos ideales, y acaso quepa en su temperamento de romántico y soñador una aproximación hacia los que fueron enemigos de sus padres. Si Austria olvidó Sadowa, y Rusia olvidó Sebastopol ¿no podría alguna vez Francia olvidar Sedán?

Casa del Sr. Juan A. Arzumendi,
en la calle de Sadi Carnot.

Casa del Sr. Angel Savalza, en el Paseo de la Reforma.

Para conjurar la tormenta amenazadora no caben más que las nuevas alianzas á las que de seguro contribuirá Nicolás II, apóstol de la paz. La Gran Bretaña no puede variar en su política y por eso acecha la ocasión de vencer á Francia su rival. Ha visto desaparecer bajo las majestuosas bóvedas de Westminster al insigne Gladstone, al «great old man» que le hablaba de conciliación con palabras de apóstol, en nombre de la libertad, y le anunciaba la concordia y la paz con acentos de profeta, en nombre del derecho.

En Africa, en el remoto Oriente, en la Europa monárquica y en la misma tierra americana, solo Inglaterra aislada ó apoyada en la pretendida alianza con los Estados Unidos y Japón, puede turbar el concierto de las naciones. Esperemos que nuevas y fuertes alianzas logren mantener la paz, y así podrá el mundo que piensa y que trabaja, concurrir al llamamiento á que lo convoca Francia en el gran certamen de París, Francia, que, olvidando sus dolencias interiores,

alma á todos los pueblos de la tierra, para despedir dignamente al siglo que acaba y saludar al siglo que empieza con todas las pompas de la moderna cultura.

31 de Diciembre de 1898.

Ernesto Peña Idiáquez

Nuestras Ilustraciones.

DOS AMIGAS.

ACUARELA DE POVEDA.

Dos deliciosas mundanas van al baile, y mientras llega la hora de incrustarse en el capitonado cupé, charlan junto á la chimenea y se cuentan esas mil cosas fútiles y encantadoras que forman la habitual conversación femenina.

Tal es el asunto escogido por Poveda para crear una acuarela de grandes dimensiones, que entendemos es el único trabajo de ese procedimiento artístico que nos ha llegado en el contingente español para nuestra XXIII Exposición Nacional de Bellas Artes.

Antes de expresar nuestra opinión sobre este cuadro, cuya reproducción bastante fiel ofrecemos hoy á nuestros lectores, creemos oportuno darles á conocer los orígenes de la ACUARELA y sus peculiaridades, para que se formen una idea exacta de lo que es ese género de pintura, advirtiendo que los asertos que hacemos, fundados en práctica y estudio personales, están consignados en todos los escritos de todos los autores que sobre la acuarela han hablado, de los cuales Théophile Gautier es, á nuestro juicio, el que mejor la comprendió y el que mejor la supo juzgar.

* * *

La acuarela propiamente dicha, *la única, genuina y limpia* es la pintura sobre papel ó cartón precisamentd blanco, en la cual se emplea colores *transparentes* diluidos en agua pura.

Extrañará sin duda el que fijemos que se ha de pintar sobre fondo precisamente blanco, pero ello se explica por dos razones capitales que á nuestro modo de ver constituyen los distintivos fundamentales del procedimiento: 1º Los colores de la acuarela son siempre transparentes, nunca pastosos, por obscuros que sean, y sólo pueden desprendenderse en exacta tonalidad y bien diáfanos, cuando se dan sobre un fondo blanco; 2º En la acuarela clásica no se emplea *jamás* el blanco, pues el blanco que necesita lo da el del papel mismo en que están ejecutadas.

Una *acuarela* (?) en que se pone blanco no es extrictamente más que una *gouache*, un *aguazo*, y este procedimiento sí permite usar fondo de cualquier color y admite así mismo la superposición pastosa de varias capas de color.

Hay quien denomina *acuarelas* á ciertos trabajos de *aguazo*, lo que es un absurdo, y hay quien así denomine á cierto género de obras híbridas, muy de moda en los Estados Unidos, hechas con ayuda de lápices de *pastel* y del esfumino y con el innoble concurso del soplete pulverizador (*brocha de aire*), lo que, á más de un absurdo es deliberadamente engañoso.

Bástenos citar, en apoyo de lo anterior, la opinión de M. Delécluze, el eminente pintor y crítico francés: «Si algún pintor temerario osase agregar á los simples colores de la acuarela alguna substancia ó instrumento extraños,—siquiera sea demasiada goma para vigorizar las tonalidades—debe vérsele con el mismo desprecio con que se ve al hombre que hace trampas en el juego.»

El nacimiento de la acuarela se debe á los miniaturistas de la edad media quienes aplicaron el procedimiento, sin sombrear, sobre dibujos hechos á la pluma. Paulatinamente vino el perfeccionamiento y es muy difícil reconocer á los primeros acuarelistas genuinos, pues algunos trabajos que hemos visto en museos europeos, no pueden atribuirse con entera certeza sino á artistas del siglo XVIII, tales como Moreau, *junior*, Fragonard y Taunay. En Inglaterra, y á principios de este siglo, empezó realmente á cultivarse la verdadera acuarela, cuando se fundó la famosa *Society of painters in water colours*, pero hay que advertir que entre las supuestas acuarelas de esa época hay muchos *aguazos*.

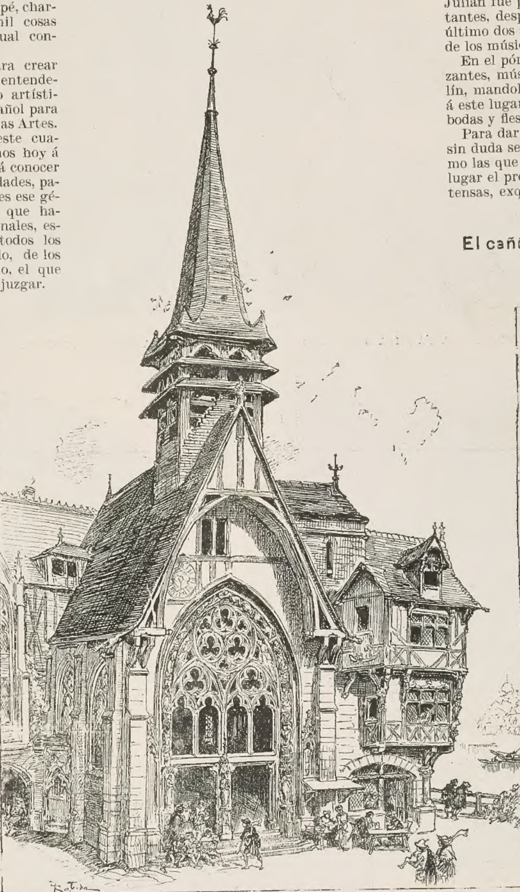
* * *

Si nos hemos detenido en tratar de la acuarela en abstracto con motivo de las «*Dos amigas*» de Poveda, fué porque, como ya dijimos, es uno de los pocos trabajos de este género, si no el único, que ha venido de España, lo que nos extraña sobremanera, pues en ese país se ha cultivado y se cultiva mucho la acuarela, habiendo sido Fortuy uno de los más notables acuarelistas que conocemos.

Concretándonos á las «*Dos amiyas*» de Poveda, diremos que es un buen trabajo, digno de figurar en una galería selecta.

Además del buen dibujo, tiene correcta perspectiva, justo escalonamiento de los planos y la idea, si no trascendental, es bastante oportuna y graciosa.

Sólo encontramos pobreza de color, la cual, á nuestro juicio, no es atribuible al procedimiento, pues la acuarela puede dar tonos mucho más vigorosos y más llenos de jugo.



EL ANTIGUO PARIS EN LA EXPOSICION DE 1900.—LA IGLESIA DE SAN JULIAN.

ATRACTIVOS DE LA EXPOSICION DE 1900.

EL ANTIGUO PARIS.

En la orilla derecha del Sena, cerca del Puente de Alma, se levantará sobre una inmensa plataforma el *Antiguo París*, con sus torres, sus casas y curiosos edificios restaurados de una manera exacta para dar, frente á los Palacios de Guerra y Marina, el espectáculo de un pasado pintoresco y caro á los contemplativos.

La plataforma que servirá de pavimento al *Antiguo París*, tiene una superficie de 6,000 metros cuadrados. Su nivel la pondrá á cubierto de las crecientes del río y esta precaución no sólo es útil sino que á la vez contribuirá á la belleza de tan interesante lugar. El *Antiguo París* tendrá vistas maravillosas hácia la Exposición, las colinas de Bellevue y Meudón, levantándose de una manera imponente sobre el Sena.

Las principales construcciones del lugar destinado al *Antiguo París* serán: la Puerta de Saint Michel, las tabernas de los escolares, diversas casas y residencias agrupadas en derredor de una de las altas torres del Louvre, la Iglesia de Saint Julien des Menetriers, el Gran Chatelet, la Cámara de cuentas del siglo XVI, el Palacio, etc. etc.

El *Antiguo París* restaura una de las más curiosas iglesias de los tiempos que fueron: *Saint Julien des Menetriers*, construida el siglo XIII en la calle de San Martín por los «trovadores, cómicos y maestros en el arte de trovar, dependiente de la ciencia y arte de música, que á la sazón vivían en esta ciudad de París.»

En el pórtico de la Iglesia estaban las estatuas de San Geneste, cómico romano y mártir, patrón de los saltimbanquis y de San Julián Hospitalario, patrón de la Iglesia de San Julián del otro lado del Sena.

Hasta la época de la Revolución, la Iglesia de San Julián fué propienad y centro de los cómicos y cantantes, después de los músicos, disputándosela por último dos secciones de la corporación: la comunidad de los músicos y la Academia de baile.

En el pórtico se reunían cómicos, trovadores, danzantes, músicos, etc. y los artistas que tocaban violín, mandolina, flauta y otros instrumentos, venían á este lugar para ofrecer sus servicios en banquetes, bodas y fiestas de toda clase.

Para dar á la antigua iglesia su aspecto pintoresco, sin duda se poblará su pórtico de gentes vestidas como las que pululaban en los siglos pasados, y será ese lugar el predilecto de los aficionados á emociones intensas, exquisitas y extrañas.

El cañón "Mondragón" en Francia.

El grabado de la página nueve representa el cañón sistema «Mondragón» cuyo cierre ha venido estudiándose desde hace ocho años, teniendo adjunta la caja de los proyectiles de camisa de acero de que se hace uso en esta clase de artillería; así como el escobillón y varas que sirven para su transporte cuando se hace la tracción con las asémilas que sirven también para cargarlo y transportarlo á través de las montañas de nuestro país, en cuyo caso se descompone la pieza y sus montajes en tres cargas que se reparten en otras tantas asémilas.

Toda la construcción del cañón, está hecha del mejor acero de las forjas de Saind Chamond, fábrica donde se construyó. De la misma manera su montaje, teniendo éste como especialidad, también de la invención del Sr. Mondragón, el freno que se ve en la contera, que tiene por objeto volver á hacer entrar en batalla la pieza, después de haberse disparado.

El alcance de esta pieza, que es de montaña y adecuada á nuestro país montñosa, es de cinco mil metros, y el peso del cañón no pasa de noventa kilógramos, lo que le hace fácilmente transportable por los caminosy asperezas de la sierra.

La carga del cañón es de ciento treinta y dos gramos de pólvora sin humo y el casco es metálico. El calibre del cañón es de setenta y cuatro milímetros y la velocidad inicial del proyectil es de doscientos setenta y cinco metros por segundo, tiro rápido.

El Teniente Coronel Sr. Mondragón, salió de ésta capital para Europa en Junio 12 de 1897. Los cañones que llevan su nombre y son de su invención, fueron experimentados en el polígono de Saint Chamond, (Francia), dando un brillante resultado.

"EL DUELO INTERRUMPIDO"

CUADRO DE JOSE GARNELO ALDA.

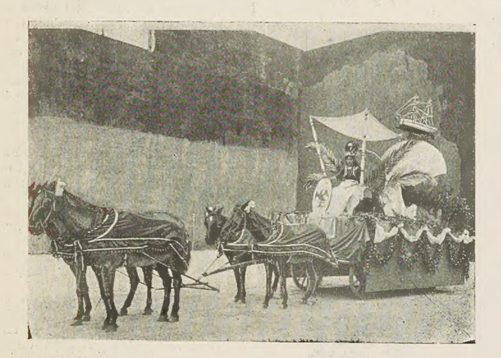
En magnífico grabado tirado aparte, ofrecemos hoy á nuestros abonados una reproducción del célebre cuadro de José Garnelo Alda, que constituye una de las mejores notas de nuestra Esposición Nacional de Bellas Artes.

Es una escena altamente dramática, inspirada por nuestra vida moderna. En un baile estalló la ofensa, y estalló tan sangrientamente que el encuentro quedó pactado al instante, de modo que cuando los primeros fulgores del sol naciente besaban con luz pálida las marchitas pompas de los salones en donde

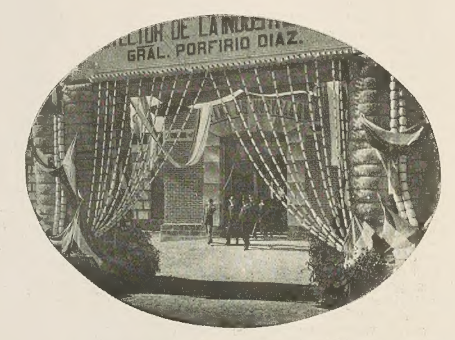
Viaje del Señor Presidente de la República á Monterrey.

FOTOGRAFIAS DE D. LAGRANGE.

CARRO ALEGORICO DE LA FABRICA DE TEJIDOS «LA FAMA.» (TOMADA FRENTE AL EDIFICIO DE LA MISMA.)



CARRO ALEGORICO DE «LA REINERA.»



ARCO LEVANTADO POR LOS OPERARIOS DE «LA FAMA.»

momentos antes se efectuaba el sarao, ya los contendientes estaban sobre el menguado *campo del honor*, espada en mano y listos para *lavar su nombre*.

Mas he ahí que en el momento en que los padrinos habían dado la voz de *listos!* un carruaje, lanzado á escape, aparece entre los claros del follaje y llega al sitio en que se desarrollaba el drama. Los rivales sorprendidos bajan las espadas y el duelo se interrumpe.

Del carruaje descienden dos mujeres, ataviadas aún con los trajes de la fiesta, y una de ellas, la esposa sin duda, abraza á uno de los contendientes el cual calla, mirando hoscamente el suelo, mientras su adversario, respetando el nobilísimo impulso de amor que es causa de la interrupción, espera dignamente la decisión de les padrinos.

Es una obra perfectamente sentida y ejecutada con maestría tanto en el conjunto como en los detalles. El dibujo es minucioso sin amaneramiento, el colorido real y sobrio, la perspectiva y el modelado buenos.

Tiene un pequeño defecto de composición: el extraordinario parecido físico de ambos contendientes, el cual hizo que alguien bautizara este cuadro con el irónico título de «*Duelo entre gemelos*.»

Hay que advertir que el cuadro que se encuentra en la Academia de San Carlos es el boceto que trazó el autor para la ejecución del cuadro definitivo que se halla en Europa. Posteriormente y antes de enviarlo á México, el mismo Garnelo de Alda, concluyó el boceto, copiándolo del cuadro definitivo á que acabamos de referirnos, el cual fué premiado en Madrid con medalla de segunda clase.

CARRO ALEGORICO DE LA CASA «SORPRESA Y PRIMAVERA.»

El viaje del Sr. Presidente de la República A MONTERREY.

VISITA A LA FABRICA DE LA FAMA Y MOLINOS DE JESUS MARIA.

La mañana del miércoles 21 del pasado salió el Sr. Presidente acompañado de numerosa comitiva á visitar la Fábrica de «La Fama» y los Molinos de Jesús María.

En la Estación del Nacional Mexicano tomaron un tren especial, y veinte minutos después llegaron al lugar de parada frente á la fábrica.

El trayecto, como de quinientos metros, hallábase cubierto por niños de ambos sexos, de escuelas oficiales, que formaban valla, sosteniendo ellas preciosas banderas tricolores y presentando ellos armas, el conjunto era bello y tierno espectáculo. La llegada de la comitiva, acompañada de los señores Ingeniero Manuel G Rivero y Tomás Mendirichaga, en representación de las honorables casas V. Rivero Sucs. y Sucs., de Hernández hermanos, principales accionistas de esta negociación, fué recibida por los Sres. José Olivier y Comonfort, Gerente de la fábrica, y Pablo Segarra, Director.

En el primer patio elevábase un artístico arco formado de pacas de algodón, algodón suelto, huso y demás utensilios.

CARRO ALEGORICO DE LA «FABRICA DE AGUAS GASEOSAS.»

Penetró en los talleres el Señor Presidente y después de recorrer los diferentes departamentos que constituyen la negociación, felicitó á los Señores Gerente y Director por los buenos productos elaborados en su Fábrica, obteniendo de lo más interesante, muestras que llevó consigo.

En los Molinos de Jesús María el ilustre visitante y sus acompañantes, fueron recibidos por el Sr. Ingeniero Manuel G. Rivero, miembro de la Casa V. Rivero Sucesores, quien hizo los honores de la casa, mostrando la maquinaria, trabajos, enseres, materias primas, y todo lo que constituye y usa la negociación, así como los productos elaborados que son, no cabe dudarlo, de lo mejor que se produce en materia de harinas, pues rivalizan ventajosamente con las extranjeras y es esta una de las más pequeñas industrias que tiene establecidas la emprendedora casa Rivero Sucesores.

Al pasar al comedor, llamó poderosamente la atención de la comitiva un águila viva, sujeta á un escudo que coronaba la puerta de entrada. La reina de las aves se hallaba con las alas abiertas, y los piés ligados. Su vista fué motivo de muchas agudezas: mas aún cuando se supo la coincidencia, de que momentos antes de posarse en la quinta, la fábrica no tenía un objeto apropiado que poner sobre el escudo.

El Sr. Presidente propuso que se pusiera al ave un anillo de oro, en el pié, con la fecha grabada, dándole

CARRO ALEGORICO DE LA «CERVECERIA CUAUHTEMOC.»

FABRICA DE ARTEFACTOS DE HIERRO LAMINADO.

AGUILA APRISIONADA EN LOS MOLINOS DE JESUS MARIA EL DIA DE LA VISITA DEL SR. PRESIDENTE.

CARRO DE LA COMPAÑIA MINERA «ZARAGOZA.»

después libertad; opinión que fué acogida con aclamaciones.

Una vez terminada la rápida visita á la finca, la comitiva presidencial ocupó de nuevo su carro, en unión del Sr. Rivero, pasando por un ingenioso puente formado por sacos de harina que se levantó cerca de la vía férrea.

CARROS ALEGORICOS.

Imponente y grandiosa fué la procesión industrial que recorrió las calles de Monterrey la noche del jueves 22 del pasado Diciembre, para manifestar al Sr. Presidente el respeto, la admiración y el agradecimiento de las diversas empresas de aquella ciudad.

Formaban la procesión veintidos carros alegóricos, de los cuales aparecen los que pudieron tomarse fotográficamente.

Organizóse la procesión, empezando el desfile en la calle del Hospital hacia el Sur, hasta la Plaza de Degollado, pasando frente á la casa del Gobernador, alojamiento del Sr. Presidente, para seguir después por las calles de Hidalgo, Zaragoza, Doctor Mier y Roble, y disolverse en la Plaza del Colegio Civil.

Todos los balcones de las calles del tránsito fueron ocupados por infinidad de espectadores, y algunos de estos tuvieron que pagar precios elevadísimos por las localidades.

Además del alumbrado de gasolina y gas acetileno que llevaban los carros, una multitud de individuos marcharon con antorchas y luces de Bengala dando á la escena un aspecto fantástico.

EL GRAN BAILE EN EL CASINO.

La fachada del suntuoso edificio brillaba con su extraordinaria iluminación. Estuvo formada de multitud de lámparas incandecentes, que en artística combinación representaba caprichosas figuras del mejor gusto.

A lo largo del vestíbulo, dos hileras de esbeltas columnas de mármol negro sobre las que, en elegantes tiestos de porcelana, lucían con variado matiz plantas y flores exóticas. Completaba este armonioso conjunto, una bóveda de raso color de rosa, artísticamente plegado.

Los muros lucían, de trecho en trecho, elegantes espejos biselados cuyo el terso cristal encuadraban lujosos marcos.

El aspecto del patio inferior, era prodigioso. Cada una de las cinco divisiones que formaban ese patio se componía de una serie de elegantes columnas, pintadas al óleo, en que el color oro viejo que dominaba, producía el efecto de uno de esos suntuosos templos de severas naves.

El piso estaba cubierto de alfombras de colores, rojo y azul, que formaban agradable contraste con los adornos de gasa que unen los capiteles de las columnas.

El resto del adorno consistía en grandes macetones, espejos y tibores, distribuidos con gusto y colocados con arte.

A la parte izquierda del corredor estaba el salón del banquete. Los muros de éste, cubiertos de espejos, alternaban con haces de banderas de todas las naciones, formando un conjunto agradable. Cinco focos de color y cien incandescentes derramaron su luz en este aposento, que parecía iluminado *á giorno*.

VESTIBULO DEL CASINO.

SALON CONSTRUIDO ESPECIALMENTE PARA EL BAILE PRESIDENCIAL. GRAN SALON DE BAILE.

ESCALERA DE HONOR DEL CASINO.

Había dos mesas de honor, arregladas para diecinueve cubiertos, formando dos ángulos rectos, unidos; la general se extendía en línea recta. Otras mesitas movibles se colocaron en el patio descrito, no bastando el salón comedor paraalojar al gran número de invitados que concurrieron.

La escalera que á ambos lados se encontraba, dejaba correr entre los claros del follaje, espléndidas cascadas. Saltaba el agua entre caprichosas y blancas estalactitas y en rompientes de espuma caía en recipientes rodeados de fresco heno y blancas rosas, reflejando una espléndida combinación de luces.

La planta alta estaba formada por un gran patio de hermosísimo aspecto. El conjunto en su decorado era de estilo Luis XV. Hay una serie de columnas de orden jónico, de doradas volutas. De ellas arranca un número igual de regias arcos. Brillaban en los capiteles centenares de lámparas Edisson, formando óvalos, en tanto que los arcos ostentaban magníficos cortinajes de raso amarillo paja, orlados de oro y bambalinas verde nilo y rosa.

En la unión de los arcos, elegantes escudos artísticamente combinados con palmas rosadas.

El techo fué cubierto y abovedado con crespones de gasa, luciendo entre ésta, anchas franjas amarillo, azul y rosa; completaba el soberbio conjunto la gran araña del centro, de donde pendían esferas esmaltadas, y guirnaldas cuyos colores lucían entre los innumerables focos incandescentes.

La alfombra era roja y azul Step. Es la que usa el Casino para los bailes, y tambien en sus salones de recepción. Estos, en número de tres, estaban separados del centro; los laterales, por tendidos arcos. Su decorado era de un lujo espléndido. Las puertas tenían elegantes cortinajes de fino peluche rojo y oro viejo, combinados con verde y rosa. En el interior lucían magníficas lunas venecianas, vistosos tapices y suntuoso y rico mobiliario. Resaltaban los sillones, en gran número, con su blando acojinado de roja felpa.

En el centro del salón se veía un cuadro con el retrato del Señor General Díaz, al que formaba marco un gran pabellón de raso. Los otros departamentos eran tambien muy elegantes. La sala, destinada para la toilette de las señoras, era espléndida. El grande y lujoso tocador se extendía ocupando todo un costado y alcanzaba al techo. Era de caoba con molduras artísticamente talladas. El resto de la sala estaba dividido en tres compartimientos, por medio de magníficos espejos venecianos.

El salón-tocador estaba comunicado con el que sirve de guardarropa. No tenía éste más que una elegante estantería, de caoba también, luciendo en los cajones y puertecillas, artísticos tallados.

Al Señor Presidente y sus Ministros se les destinaron dos saloncitos amueblados con agrable severidad y exquisito gusto.

Otro salón más amplio se destinó á los caballeros, para descanso. Se veía en éste un gigantesco espejo que cubría todo el fondo, llegando hasta el techo.

Por último, mencionaremos el departamento de guardarropa de caballeros. Tan bien arreglado como los otros aposentos; tan bien dispuesto como ellos y tan bien decorado contribuye á sentar más la fama y reputación de que con justicia goza el aristocrático Casino de Monterrey.

VISTA EXTERIOR DEL CASINO DE MONTERREY.

Es uno de los centros de sociedad más simpáticos y alegres. No sólo da las fiestas periódicas que el reglamento previene, sino que con pretextos mil, ingeniosamente buscados y aprovechados en conciencia por los jóvenes, menudean bailes y reuniones extraordinarios. Y con frecuencia improvisan tertulias que no obstante ser preparadas en media hora, resultan magníficas por el número de concurrentes y el entusiasmo de todos ellos.

La sociedad de Monterrey es de las más alegres y dispuestas á divertirse. No la aherroja ese sentimiento levítico y triste que hace de las ciudades de provincia, conventos lóbregos desde que suena en las iglesias el toque de oración. El clima cálido favorece la vida bulliciosa que sale en tropel de las casas y los talleres para esparcirse en los parques y alamedas.

Durante el día todo es trabajo, trabajo absorbente como es el de las gentes que cuentan sus horas de labor y no las disipan inútilmente, para ganar bien el temprano reposo; por la noche nadie piensa sino en divertirse, respirar el aire libre y espaciar el espíritu.

Los que se quedan en casa no buscan los rincones obscuros: abren puertas y ventanas, hacen sonar los pianos, reciben visitas.

Los miembros del Casino dan á su centro social el carácter que piden las condiciones de clima de la capital neoleonesa y como el edificio está situado cerca de la Plaza Principal, lugar á donde concurren dos veces por semana las familias regiomontanas, han conseguido que el Casino no sea como lo son casi todos los establecimientos de su clase, un centro para hombres, y sólo para hombres, fuera de las noches de reunión. De esta costumbre que tienen las damas de concurrir al Casino, nace la extraordinaria facilidad con que se improvisan fiestas y tertulias y conciertos.

El elemento extranjero ha hecho una transfusión muy favorable al progreso de los hábitos de sociabilidad. Una sociedad consmopolita como la de Monterrey, es por naturaleza abierta y liberal con los no avecinados en la población, y como la gran masa de negocios de todo orden atrae diariamente forasteros á aquella ciudad, el resultado es que todos encantados con la acogida cariñosa que reciben, traban estrechas relaciones con los habitantes y forman un elemento, más bien dispuesto á darle brillo y movimiento á la vida de salón.

Las personas distinguidas de Monterrey viven diariamente en contacto con el mundo, pues han viajado, muchas de ellas recibieron su educación en el extranjero y todas procuran para el lugar de su residencia ese movimiento, esa transformación rápida que caracteriza á los países avanzados y cultos. No hacen, pues, derivar sus costumbres del sólo impulso de la tradición, sino que auxiliados por los residentes extranjeros, las ponen en consonancia con la época.

EL CAÑON MONDRAGON EN FRANCIA. (*Vease el texto.*)

Tristezas de año nuevo

UN INESPERADO.

El bullicio urbano llegaba hasta mi retiro de convalesciente. Cohetes de colores lanzaban su puñado de abalorios fugitivos en la noche; gritos y cantos y exclamaciones en la calle se destacaban del sordo rumor de los peatones.

Allá, vidrieras iluminadas á *giorno* por las bujías de los candiles; allá el triángulo de lucecillas de un *árbol de Navidad* nuevamente encendido; en el aire frío de la noche, como roto collar de notas, un fragmento de vals triste y como respondiendo al canto de un gallo deslumbrado por la luna; súbito y jubiloso sonar de pitos, panderos y coros, en un patio populoso.

Y yo enfermo y triste esperando al año nuevo, ese infante salido de las decrépitas manos de Saturno, como quien espera la llegada del emisario portador de malas nuevas.

Mis amigos en sus hogares, al calor de la familia, mis parientes en lejano terruño, mis vecinos huyendo del domicilio vetusto, el mendigo ausente de su puerta favorita, ni uno á quien presentar la copa llena de vino y coronada de asfodelos para conjurar las desdichas por temer, más bien que para invocar las felicidades por venir.

Y miraba al campo de los cielos, inmutable y nunca monótono en la procesión de antorchas de los astros en negro circo...... á los cielos espléndidos como nunca, iluminados por una luna resplandeciente, blanca y velada Beatriz, discurriendo por un jardín de cándidas azucenas; á los cielos tranquilos cuya suprema indiferencia contrastaba con la agitación terrestre de los que miden la vida por años bajo la mirada de un polvo de vía lactea que cuenta su infancia por millones de siglos.

Y púseme á leer viejas cartas y á contemplar viejos retratos, y á exhumar viejas flores, reliquias todas de viejos amoríos; como quien recoje las hojarascas de un arbol secular, para leer en cada tallo y en cada marchita corola un episodio de la última primavera.

Pero la vida puede medirse por años? ¿el río de la vida puede estimarse con los kilómetros del geógrafo? ¿el hilo de la vida se gradúa como la cuerda de un *cello*? ¿la cadena de la vida es de eslabones simétricos? Cuán viejo era en aquellos instantes, en plena juventud anatómica á semejanza del boyero de la leyenda á quien los dioses computaban su existencia más que por la duración por la intensidad de sus sensaciones, resultando decrépito al cumplir apenas los quince años con un solo amor griego sobre la conciencia.

Y me sentía tanto más solo cuanto más cansado, y volvía mi pensamiento á otros solitarios en esa noche de efusiones, de plegarias, de vaticinios y de ternuras.

Pensaba en el vigía, que en lo alto del mástil esplora la negrura de los mares soñando con los placeres de la orilla; en el galeote que cuenta con los dedos el año menos para reconquistar su libertad, ya inepto para disfrutarla porque encaneció en el presidio; en el fraile para quien los tiempos son urdimbre sutil que el soplo de la muerte rompe como tela de araña y la clepsidra mundana muy pequeña para medir la perpetua bienandanza ó la condenación eterna; en el centinela transido de frío, á solas con su arma y á solas con sus remembranzas; en el médico atento á la agonía de un incurable; en el loco insomne que rumia el ritornelo de su obsesión; en el hijo pródigo que siente víboras en el alma y llanto en los ojos; en el viandante que se extravía en la selva obscura; en el desterrado que fallece de nostalgia; en el prófugo cuya pena mayor es no poder recitar como melódico verbo, el nombre de la madre, del hermano, de la amada, y pensaba en mí mismo, atenido á los cuidados mercenarios de una sirviente que tenía nietos.

Sobre la mesa había flores, golosinas, copas y vinos...... tres bujías encendidas...... humeaba el thé...... y sobre el plato la excusa de mis invitados.

Y yo que había pensado un brindis! Yo que iba á decirles que en esa noche la Fortuna era cortesana tan deseada y tan solicitada que no podía complacer á todos; que Dios debía reir allá en lo alto de las brazadas de esperanzas de los buenos galeotes de la tierra; de los cantos triunfales de esta ergástula de dolores que se llama el mundo; de tantas promesas como se hacen copa en mano cuando quizá, invisible, detrás del orador, taciturna y fría, la muerte se sacude el manto negro que salpicó el champaña.

Iba á decirles que brindáramos siquiera por una tregua.

De la calle ascendió un lamento largo, como el quejido de un recién nacido...... un grito doloroso y patético como de alguien que pide auxilio ó implora el socorro de una madre......

Me asomé: tiritando de frío, mirando á mis ventanas como un mendigo en espera de limosnas, un gato maullaba inconsolable.....

Entra amigo mío, y súbito enternecimiento me hizo abrirle, llamarlo, como si fuese un peregrino en busca de hospedaje. Entra, no temas, ¡y cuán flaco y enfermo vienes! Entra, no tengas recelo, soy un amigo de los gatos. Me esconderé para que pases: eres un gato de la plebe; cómo te extrañan las alfombras, y el perfume de las rosas desbordando de los vasos de arcilla; y la luz intensa; y los cortinajes discretos; y el ambiente tibio hecho para la amorosa intimidad. ¡Pobre enfermo, vienes cubierto de fango, y herido, y agresivo como todos los hambrientos!

Sube á la mesa y toma lo que gustes: quizá prefieras la carne ordinaria, ó el gigote plebeyo y no te seduzcan los pistaches envueltos en azúcar cristalizada; ese jamón color de mirto; esos blondos pasteles de dorada costra; esa galantina irónicamente recamada de arabescos de grasa y pompones de seda; esas frutas brillantes como barnizadas con laca; esas gelatinas trémulas y diáfanas; come, eres mi amigo de esta noche.

El animal, primero, quiso huir y no lo tranquilizaron mis caricias, se refugió olfateando en el anaquel de una librería, saltó sobre un yeso, se paseó por el marco de un retrato de familia y por fin atraído por el *fumet* de un pastel de pollo, con todo el sibaritismo de la raza la emprendió contra un alón que con mil preparativos y entrecerrando los ojos engulló lentamente.

Después eligió lo que á bien tuvo sin que yo osara ni mirarlo de frente,—el gato es tan hiperestesiable que *siente* una mirada—conformándome con seguir su cena reflejada en un espejo.

Nunca me he sentido tan caritativo, ni he palpado la voluptuosidad moral de una buena acción como en aquellos instantes.

He ahí que sus hermosos ojos cintilan como amatistas, que sus miembros se desentumecen; que su cola contenta asume la curbatura de un cuello de cisne, de una asa de ánfora, de una rama de lira, de un cayado episcopal ó se balancea á diestra y siniestra como el dedo velludo de un monstruoso troglodita diciendo *¡no!*

Encorvó la espina como una giba de camello, hincó las uñas en el mantel, se lamió la nariz y loco de contento y derribando copas, se puso á jugar *al asesinato refinado* con una nuez de Castilla.

¿Por qué á la vista de aquél dichoso, infeliz hacía

un cuarto de hora, ante aquel callejero que se me antojaba, vestido de negro pelaje, un poeta pobre; por qué al ver su facilidad de olvido, su admirable adaptación al medio y al momento presentes, una bocanada de clarividencias me hizo encontrar en su júbilo tantas explicaciones y parecidos?

Lo llamé y vino posándose en mis rodillas, pasándome como un pincel, su cola por la faz; soné una caja de música y aguzó el oído; le acerqué una rosa y huyó disgustado; sacudí los prismas del candelabro y engrifó las garras; le mostré una bombonera de coral en forma de cápsula y la hice rodar por el tapíz y se lanzó tras ella con la curiosidad femenina de su raza.

Igual á la mujer, idéntico á la Fortuna, deslumbrado por los brillazones y prefiriendo al platillo suculento la nadería culinaria.

Valiente año nuevo aquel, y alegre, porque me sentía alegre en compañía de un irracional tan cómico y serio á la par que se me antojaba la metempsicosis de algun filósofo ó la materialización de un espíritu de buen humor dolido de mi soledad......!

Cómo el voluptoso saltó al cajón abierto del bufete y barajó las amorosas cartas, cómo retozó con los listones y se frotó las narices en los bucles de cabello blondo y perfumado con ambar gris, de mi novia; cómo destrozó las flores secas y pareció interesarle, más que nada, un pañuelo de baile que arrugó y dejó volar como un harapo.

Y cansado al fin, arrellenóse en un cojín muelle y lo oí ronronear, y dormitó cerrando desconfiado un solo ojo.

Al diablo mis melancolías y mis afanes: aquel sibarita era un emblema de la Fortuna, del Acaso, de la Dicha, de todas esas fugitivas que suelen llamar á la puerta tiritando de frío y hambrientas; de las que buscan, á quien espera otra compañía; de las que no saben elegir entre el guiso burdo y la trufa patricia, de las que se deslumbran con la bujería brillante y huyen del aroma ducal de la rosa; de las que rompen cartas y huellan pañuelos de batista.

Al diablo mis melancolías ¿no es verdad gato negro? A tu salud. Al diablo mis tristezas en una noche.. la última del año en cuyas dos horas postrimeras he aprendido más que en los meses restantes.

He aprendido que la Fortuna es como ese durmiente, y que bien puede brindarse á solas teniendo por anfitrión á un irracional.

—A tu salud, amigo mío, á quien adopto y á quien por la color llamaré «Dumas padre» y por el simbólico significado «El Acaso,» neurótico señor que gobierna á los humanos.

Adel Campo.
Micros

NOEL.

Cada pueblo, cada raza y cada época tienen sus conmemoraciones especiales, sus fiestas propias, sus regocijos peculiares; Grecia, el Gimnasio y el Teatro; Roma, el Circo y el Festín; la Edad Media, el Torneo y la Procesión; España, la corrida de toros; Francia, el café y los salones. En el uno, las festifividades son cívicas, en el otro, religiosas, en el otro, sociales; pero hay una conmemoración, hay una fiesta universal, tradicional, que todos los hombres celebran, que todos los pueblos practican: el fin del año y el nacimiento de su sucesor.

Fiesta de ilusión y de esperanza.. Tal parece al hombre que con el año que se vá, huyen todos los dolores, se disipan todos los desengaños; que con él quedan sepultadas todas las miserias y todos los desencantos: y tal le parece que con el año que viene renacerán todas las esperanzas, acudirán en tropel todas las dichas, se realizarán todos los ensueños. Fácilmente se admite que con el año de ayer queda cerrada la Caja de Pandora y que con el año de hoy se derramará sobre nuestras cabezas el Cuerno de la Abundancia. En el sudario del año que muere creemos dejar sepultadas para siempre todas nuestras amarguras, y registramos ávidamente la cuna del año que nace seguros de encontrar en ella todos los dones y todas las satisfacciones de la existencia.

Esta ilusión y esta esperanza celebramos con las más ardientes expansiones, con las ternuras más exquisitas, rodeados de todos los seres á quienes amamos y á quienes asociamos y creemos participantes de nuestra futura felicidad. La vida era, ayer aún, un nudo gordiano, apretado, inextricable, en que se enmarañaban los árduos problemas del interés, del porvenir, de la ambición no satisfecha, de la ilusión no realizada; todo el año anterior, toda la vida la habíamos pasado enredándolo por querer desatarlo, apretándolo por querer aflojarlo, mezclando en sus ensortijadas cocas nuevos hilos que lo complican sin encontrar el de Ariadna que ha de orientarnos en el laberinto y conducirnos á la salida franca, á las soluciones honorables, á los desenlaces triunfales; y el nudo, como una madeja de interrogaciones sin respuesta, resiste, se obstina, y no logramos desatarlo. Pero llega el año nuevo y juzgamos que porque un instante del tiempo se ha disipado, que porque un astro ha pasado por un punto ilusorio de una línea imaginaria, el nudo queda desecho y ovillado y que ya podremos seguros y tranquilos desenvolver el hilo de la existencia y seguirlo hasta el cabo sin tropiezos, sin esfuerzos, sin contratiempos como quien navega en mar tranquila con el faro á la vista.

Por eso los regocijos de año nuevo son universales y seculares, como son universales y seculares la ilusión y la esperanza y todos los pueblos los celebran y conmemoran según su índole y su temperamento, pero sin dejar ninguno de detenerse en ese instante crítico y entonar un himno de bien venida, una plegaria propiciatoria ó un hurra entusiasta al año que nace.

En los países tropicales, de cielo azul y astros cintilantes, de brisas tibias y perfumadas, los festejos son públicos y exteriores. Venecia hace deslizar por sus mágicos canales las teorías de sus góndolas, resonantes de músicas y cantos; en Nápoles circulan por las calles grupos de poderosos cantores, bulliciosos, alegres, festivos, ebrios de vinos generosos y de esperanzas locas; en Roma se abren de par en par las puertas de los templos, resuenan bajo sus bóvedas los acordes plenos, prolongados y místicos de los órganos; voces de mujeres y voces de niños, voces de ángeles, entonan cantos escritos en el cielo; en Provenza se desenvuelven, en las arenas de los antiguos circos romanos, las serpentinas ondulaciones de las farándolas que, al son del pífano y del tamboril, se anudan, se desacen, serpean y giran como anillos de vistosa culebra; en las plazas públicas se organizan bailes, bajo los balcones se improvisan serenatas; los astros chispean como ascuas, las brisas zumban como insectos, y la luna desde el cielo sonríe irónica ante tanta alegría que ha de convertirse después en dolor y alumbra, escéptica, tanto entusiasmo que ha de desenlazarse mañana con gemidos y lágrimas.

Pero son los países fríos, los pueblos del Norte, las regiones inclementes, de cierzos helados y de brisas cortantes, los que han dado carácter especial y tipo peculiar á la conmemoración de año nuevo. Para ellos es una fiesta del hogar, de la familia, consagrada á la mujer, que es el sostén, y al niño, que es el encanto de la vida del hombre.

El cielo está nebuloso y obscuro; no luce un astro en el firmamento; la luna, aterida, se envuelve como en armiño, en densos nubarrones que absorben su claridad; los copos de nieve, blancas y pesadas mariposas, revolotean en el espacio; un soplo helado se desprende del polo, y arrasa y fustiga; los árboles, esqueletos envueltos en sudarios, tienden sus ramas deshojadas como miembros momificados. Afuera reinan la soledad y el silencio; nadie discurre por calles ni plazas; todo el mundo se encierra, busca el arrimo del hogar, el calor bienhechor de la familia. La festividad desarrolla sus pompas entre cuatro paredes, á puerta cerrada, sin más compañía que la familia y los íntimos; mas no por eso es menos expansiva, ni menos bulliciosa, ni menos brillante.

En el hogar arde un fuego chispeante y amoroso; el fuego, robado por Prometeo á los Dioses, el domador de la Naturaleza, la alegría y la fuerza del hombre; en el centro del salón, que pesados cortinajes tapizan y muebles confortables y serios decoran, el árbol, como una áscua de oro, resplandeciente con sus mil luces, de cuyas ramas penden como frutos maduros, las chucherías afiligranadas, los juguetes vistosos, los encintados paquetes de apetitosas golosinas. Luego, la mesa del festín, suntuosa, con su vajilla de porcelana antigua, su cristalería, fina como un encaje y resplandeciente como una joya; la blanquísima mantelería; el cubierto de plata cincelada; los pesados candelabros que elevan en sus brazos contorneados las bujías coronadas de luz.

En un momento dado se abren las puertas y la turba bulliciosa de los niños, blancos, rubios, resplandecientes de limpieza, de salud y de vida, se precipita, gritando y cantando al árbol. El jefe de la casa, oficia de pontifical; ese hombre venerable que ha vivido y sufrido, que ha luchado y triunfado, preside á la distribución; con paternal ternura distribuye á ésta el rorro vigoroso, mofletudo, ricamente ataviado en el que hará sus primeros ensayos de madre y que le presagia una vigorosa fecundidad; á aquel el casco y la coraza, el sable y el caballo de guerra, símbolos de su papel de luchador en la vida; á los pequeñuelos, sonajas y dulces, á las jovencitas chucherías de tocador, á la esposa, el bracelete cuajado de esmeraldas verdes como la esperanza y de diamantes límpidos como la virtud.

Luego, en la mesa, á la hora del banquete, ceremoniosa y gravemente, parte y distribuye el pan como para que nadie olvide quién lo trabaja y quién lo lleva á la casa y en el momento de la suprema transición, á las doce de la noche, se levanta y pronuncia el brindis de bien venida al año nuevo, brindis que es á la vez una plegaria y un himno, solemne y sentido, en el que asocia á todos los suyos en un ferviente voto de felicidad.

Aquello es á la vez tierno y augusto, severo y dulce, patético y alegre. Esas gentes comprenden la vida no como una fiesta sino como una lucha; en los momentos de mayor y más libre expansión, se moderan y refrenan, aleccionan y aconsejan y encuentran el hilo de nuestra siempre enredada madeja en la línea recta del deber aceptado y cumplido.

Nosotros, latinos y tropicales, les hemos plagiado el árbol y el festín de familia; pero nuestra Noel, necesita, para parecerse al suyo del cielo nebuloso, de la blanca nieve, de la brisa helada, de los hábitos de vida interior y de los instintos de hogar y de familia propios de aquellos climas y de aquellas razas.

Dr. M. Flores

SENSACIONES DE VIAJE.

CAIN.

(Lienzo de Fernando Cormon.—Museo de Luxemburgo.)

A Carlos Pereyra.

Es una tela trágica, evocadora, con toda la pavorosa miseria de la tribu maldita y toda la bíblica cólera del Dios implacable.

Ante ella se experimenta una sensación dura y angustiosa de realidad y de pesadilla. Esos cuerpos, con los delirantes ojos hundidos, las cabelleras erizadas ó lacias, las bocas amargas y lamentables, los torsos quemados y heridos, las piernas en la tensión suprema del último desesperado esfuerzo, viven! viven!... parece que se escucha el ritmo jadeante y cansado de su fuga en los arenales inclementes ..

Viven ¿ó son fantasmas que surgen en nosotros de las profundidades, de los límites nublados, indecisos, perdidos, en que se mueven esos vaguísimos recuerdos de otra edad que apenas empiezan á tomar forma se desbaratan? son nuestros antepasados que abren silenciosos sus fosas en esas lejanías de la conciencia y pasan como rápidas halucinaciones por nuestro espíritu? Y las halucinaciones no son acaso realidades? Hay alguna fibra en mi ser que resistiendo el tiempo me liga á ellos? alguna gota de su sangre circula en mis venas? alguno de sus dolores grita con mis dolores? alguna de sus esperanzas canta con mis esperanzas?.... Entonces no han muerto! entonces viven porque vivo yo —oh los infelices!—entonces siguen su peregrinación secular con mi peregrinación angustiosa, con la angustiosa peregrinación de todos, por siempre, eternamente, dejando en los zarzales, bajo el inexorable destino, fé, amor, ideal, poesía, con el ritmo jadeante y cansado de la fuga en los arenales inclementes .

Allá vá la caravana de réprobos, conducida por la figura fatídica de Caín: hombres, mujeres, niños, bestias, andrajos de pieles hirsutas y girones de carnes desgarradas, picas de exterminio y hachas de venganza, huyendo, arrastrada por los huracanes de Jeovah omnipotente y fulgurante! Y esta caravana de réprobos es toda la civilización: de esta familia infame nacerán guerreros, poetas y mártires. Pasa por el espíritu el pánico inmenso de las primeras edades de hambre y de dolor, el pánico que soplaba muerte sobre los desiertos caldeados bajo los cielos rojos, entre el ruido de las fieras flacas y ávidas y la blasfemia de los hombres velludos y delincuentes. Leer una página del formidable libro santo de Israel y contemplar el cuadro de Cormon, es la misma cosa: la voz del Eterno rueda sus anatemas en las mismas bóvedas negras del cielo, despedazadas por los aletazos bravos y lívidos del relámpago; y en los confines, sobre las mordentes peñas y sobre las puntas de lumbre de los arenales, galopan los grupos humanos latigados por el castigo, regando en los siglos enloquecidos la sangre y el dolor que han dado á la historia Trofeos de clavas exterminadoras, de carros triunfales, de estatuas de mármol votivo, de laureles de bronce heroico, de púrpuras sangrientas como banderas y como ultrajes, de cimeras flamantes como el incendio y la gloria, de liras rotas que aún vibran sus iámbicos proféticos, de lenguas cortadas, que aún gritan sus cláusulas de justicia, y de corazones arrancados que aún laten virtud y esperanza, derramando sobre la conciencia el agua lustral de las fuentes siempre vivas del amor y del perdón!

Viejo Caín! desventurado padre de las infamias humanas! conciencia castigada, que despeñándose de edad en edad y de expiación en expiación ha llegado hasta nosotros para que la arrojemos, con nueva marca de cóleras, sobre las incertidumbres del porvenir, sin haber encontrado el Dios bueno, piadoso, exorable, que hubiera lavado su pecado con sólo una lágrima de mujer, con sólo un beso de amor!

Oh sangre de Abel, hasta cuando callará tu clamor de venganza!

París. 1898.

JESUS URUETA.

NUESTRA ULTIMA CENA.

Como Inés y yo habíamos resuelto separarnos el día último de Diciembre en virtud de que nuestro amor se moría de anemia, nos pareció delicado y significativo despedirnos para siempre después de una cena, íntima y fraternal como los viejos ágapes cristianos, á los postres de la cual, tras un sorbo de champaña, entraríamos en pleno año nuevo, llevando cada uno un fardo diverso de quimeras que deshojar.

Inés hacía ya anticipos de condescendencia á un Teniente de artilleros, y en cuanto á mí, saboreaba de antemano la voluptuosidad de desesperezarme de amar, la dicha de una próxima y perfecta aptitud para hacer de mi capa un sayo y de mi corazón un bloque ó una esponja según conviniera á mis proyectos.

No me sería fácil olvidar el tibio y perfumado gabinetito de un restaurant elegante; todo adornado de flores, y en cuyo centro, como un extraño ramillete de cristales, pastas, frutas y vinos policromos, se levantaba la mesita destinada al último festín.

De Plateros y San Francisco nos llegaban el ruido sordo y monofónico de algún carruaje, el grito tiritante del papelero, y un rumor entrecortado como el run-run de un gran gato negro que se duerme.

El frío se asomaba aleteando á las vidrieras á hacerse cargo del íntimo calor que reinaba en la estancia é íbase luego despechado á gemir su hu-lu-lu-úu gutural á las torres de la Profesa.

Mi primero y único brindis, á raíz de una galantina rociada de champaña y epilogada de café negro, fué el siguiente, que Inés aprobó en todas sus partes: «Brindo por nuestra deliberada separación; por los besos de ayer que fueron sabrosos y por los besos de mañana que serán como Dios quiera; por la cordialidad de nuestros futuros encuentros que me permito esperar tendrán el carácter de fortuitos, y por la buena inteligencia entre el Teniente y tú, amiga mía.»

Como ya no nos quedaba que hacer después de un *oast* tan explícito y como, por otra parte, Inés tenía os menores deseos del mundo de dejar el comfort de nuestro *tête-á-tête* por el frío siberiano de la calle, donde aún no la esperaba el uniforme, resolvimos rimar á dúo los inevitables *te acuerdas?* que salen á encaminarnos hasta las fronteras de los viejos cariños.

—Tu eras muy interesante,» me dijo Inés entre dos sorbos de café; y atendiendo á que el pretérito imperfecto de que empezaba á hacer uso, tenía cierto *chic*, ó *smart* como se dice ahora, lo adopté desde luego, replicando:

—Por tu parte eras adorable.

Recuerdo que había perpétuamente en tu rostro una expresión de fatiga moral, de desencanto mundano, que te favorecía demasiado.

En cuanto á tí, mirabas de un modo extraño y encantador, Inés, sabías encender admirablemente toda la pirotecnia de tus ojos. ¿Por qué ya no miras así?

—Qué quieres, las miradas se usan como los trajes. Y tú, por qué has vulgarizado ese gesto?

—Por la misma razón.... Me parece recordar también que te vestías mejor que ahora.

Es posible; tú en cambio tenías muy buen gusto para elegirme telas.

Sí, por cierto que te agradaban los colores mortecinos, mitigados, mate.... Entonces usabas frecuentemente boleros y comías castañas cubiertas, de la *Torre Eiffel*.

—De veras que sí. Te acuerdas cuántas castañas nos partimos con la boca?

—Te diré, no veo la utilidad de recordarlo.... fueron muchas.

—Muchas,—repitió ella pensativa, arreglándose distraidamente un ricito que caía como hacecillo de oro sobre el pétalo rosado de una de sus orejas,—muchas fueron; y con la incoherencia aparente de las ideas asociadas, que se van enhebrando dentro con hilillos de luz, observó convencida:

—No se puede negar que has tenido siempre buen gusto para las cenas.

—Sé que el Teniente es un sibarita,» afirmé para tranquilizarla.

—Quiéres un poco de crema después de tu café?» añadí.

—Vaya, la tomaré.... Hoy hace justamente un año de aquella excursión romántica á Chapultepec, á la luz de la luna y con mucho frío; tú cantabas algo de la *Bohemia*.... Me parece que tenías entonces una voz muy bien timbrada; por qué se te ha vuelto áspera?

—El cigarro probablemente, hija .... Por lo que ve á los nocturnos con que poetizabas nuestras veladitas ... eran belios, verdad? Sólo que se han vulgarizado mucho; me atrevería á afirmar que he oído alguno en un *cilindro*.

—No es difícil, respondió vagamente Inés, al parecer entretenida en contar los florones del tapiz. Sabes que conservo lindos versos tuyos? Hace tiempo que no versificas.

Hace tiempo que no sueño.

—Ya es tarde,» exclamó de pronto, después de consultar el relojito que llevaba en la muñeca, ornando una pulsera.

—Es cierto, hemos conversado con regulares intervalos.

—Si nos despidiésemos...

—No me parece mal.... Quieres darme el último beso?

Por qué no!

Y acercó negligentemente sus labios á los míos, juntándolos en un beso sin eco, incoloro, como el de dos amigas íntimas que no se quieren.

Algo que podría llamarse la sombra de un viejo calor y de un viejo perfume pasó entre nuestros rostros; algo que era como la última molécula de una esencia amiga, que se evapora; mas fué tan furtivo, tan efímero, tan leve, que apenas nos dimos cuenta de ello.

—Feliz año nuevo, Inés.

—Feliz año nuevo, Carlos.

~~Me acuerdo aún del gesto cordial de~~ su mano al trasponer la puerta del restaurant para diluirse como una sombra en la sombra exterior.

—Feliz año nuevo!

Torné al saloncito y encendí el postrer cigarro de Diciembre, pensando entre humo y humo:

—Y con quién cenaré yo mañana?

Amado Nervo.

JUSTO SIERRA.

MARGENES DE LA HISTORIA

JUANA D'ARC.

I

Suspende la pastora su balada.
Oye de su Lorena en los rumores
la voz de sus celestes protectores;
Salva.—dicen—á Francia con la espada.

Túrbase, llora.... y va de su fe armada;
despierta al rey y manda á los señores....
Ya combate.... ya triunfa.... Entre loores
unge al rey. Está su obra terminada.

¿Qué, entre esa pompa, la pastora piensa?
¿Qué es aquella apoteosis transitoria?
No le importa, entrevé la recompensa:

Siente el beso de Francia ante la historia.
Un beso dado con pasión inmensa
á la flor de su sangre y de su gloria.

II

Entre la turba marcha la heroína
como va en el turbión la flor inerte,
besa la cruz, estática, y su suerte
acepta sin temblar, con fe divina.

Como la de la estrella matutina
en los rayos del sol, así es su muerte;
la llama sube hasta la virgen fuerte
y la consume á un tiempo y la ilumina.

El viento esparce sus cenizas luego,
y en la sangre del pueblo, nunca en calma,
las reenciende en átomos de fuego;

comulga en esa hostia Francia entera,
y de todas las almas, nace una alma:
la Patria ¡oh Juana! el Fenix de tu boguera.

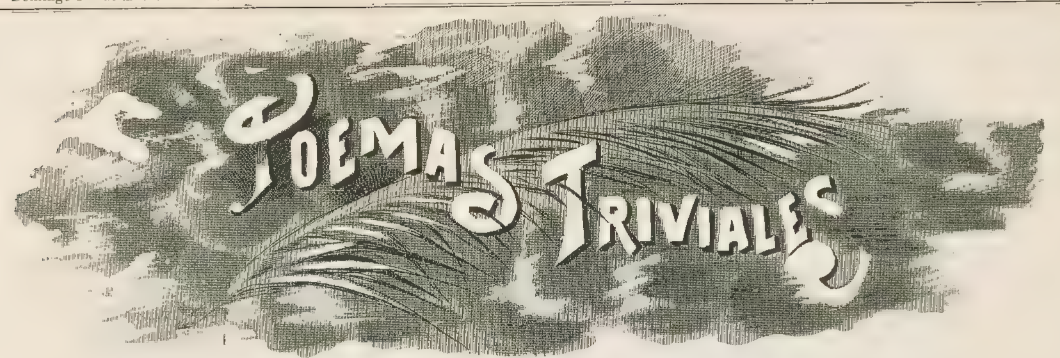
HOJA DE ALBUM.

El niño llega á la apartada roca
ahuyenta al ave cuyo nido arranca,
y estalla al punto su purpúrea boca
en adorable risa, limpia y franca.

Sangra en sus manos puras el polluelo,
brizna á brizna destroza el tibio nido,
y el asesino encantador, al cielo,
vuelve los ojos de contento henchido.—

Y qué importa una roca despojada,
un ave sin su nido y su cariño?
vale más la argentina carcajada,
que en resonantes perlas lanza el niño.

Llega un día—tal es la humana historia—
de duelo y de pasión. Entonce, ¿es cierto?
La imágen resucita en la memoria
del nido roto y del polluelo muerto.



EL GRAN CRIMEN.

(DRAMA PSIQUICO)

Para Amado Nervo.

I

Era una virgen misteriosa y pía:
en un suspiro la engendró el anhelo
de bondad y de amor que sentí un día
en que me puse á contemplar el cielo.

II

En pleno Abril mi alma: linfas puras,
flores abiertas, esplendor y aroma;
el aire azul manchado de blancuras:
polvo de lirios y alas de paloma.
¡Jardines luminosos y floridos!
¡Luxemburgo de mi alma! ¡Encantadores
parques, llenos de pájaros, de nidos,
de músicas, de luces y de flores!
¡Divinos plenilunios! ¡Días de oro!
¡Serenatas de amor, cantos risueños,
esquife de ilusiones, dulce coro,
sobre el dormido lago de los sueños!
¡Oh Primavera!

III

Pía y misteriosa
la virgen de mi alma recorría
el Luxemburgo; el pájaro y la rosa
le hablaban: eres misteriosa y pía.
Por todas partes, al pasar, su breve
chapín dejaba luminosos rastros,
y el brillo de su túnica de nieve
bordada con aljófares de astros.
Era una reina sin cortejo, sola . . .
Y diademaba su gentil cabeza
—en éxtasis perenne—la aureola
de una inmortal y plácida tristeza.
No oía la vírgen: era grave:
mas por su austera faz inmaculada,
pasaba, melancólico y suave,
el resplandor de una sonrisa alada.
Yo amaba á aquella blonda criatura,
y rogábale:—«Ven, que quiero verte;
dime la celestial buena ventura;
háblame de la vida y de la muerte.»
Y ella cantaba: —«Enamorado mío,
«vuelve hacia mí tu espíritu sereno;
«dame la mano, que si yo te guío
«no dejarás de ser feliz y bueno.
«Deja el vano temor que te posee;
«ama, entre más la ingratitud te hiera;
«cuando la duda te amenace, cree;
«cuando te agobie el infortunio, espera.
«No hay más que luz y amor: el mal no existe.
«¿Por qué, cuando en él piensas, te intimida?
«¿Sabes lo que es el odio? Es amor triste....
«¿Sabes lo que es la sombra? Luz dormida. . .
«Nada se muere; nada se consume;
«todo marca, á su paso, inmortal huella;
«el alma de la rosa es el perfume,
«la claridad el alma de la estrella.
«Asciende, asciende más; en tí confío,
«mira; tras el azul, hondo y sereno,
«hay una Gran Ternura, amado mío,
«que crea lo que es bello y lo que es bueno.
«La vida es ascensión perpetua. Toma
«mi mano, y ven; te llevaré á la altura
«donde está lo que brilla y lo que aroma,
«lo que jamás se extingue y siempre dura.»
Al oír esas cosas inefables
yo le decía:—«Cumple tus empeños;
«háblame más, ansío que me hables,
«arrúllame en la cuna de tus sueños.»

IV

¡Traición!....Por fuera del jardín florido
lleno de orlas de luz, vívida y flava,
acechando en redor, como un bandido,
el Mal huroneaba, huroneaba
Delante de mis núbiles pasiones
cruzaban, ostentando sus arreos,
la turba de las locas tentaciones
y la áurea procesión de los deseos.
Y por entre la malla de las frondas,
rompiendo las serenas soledades,
aparecían fugitivas rondas
y séquitos alegres de maldades.
Y en el soplo fragante de las brisas
llegaban, tentadores y traviesos,
la jocunda fanfarria de las risas
y el chasquido crispante de los besos.

V

...¿Cómo fué? Es un misterio, es un terrible
enigma de mi sér. Cedí al influjo
de la obsesión tenaz: una invencible
curiosidad perversa me sedujo.
....Noche obscura....Yo ví cuál acechaban
firmes, fosforescentes y tranquilas,
como ígneos carbunclos que incrustaban
en ónix de la sombra, las pupilas.
Por mí lucían....¿Qué nublado obscuro
apagó las estrellas? ¿Qué espantosa
soledad me cercó? ¿Qué filtro impuro
durmió á la vírgen pía y misteriosa?
Por mí venían....—«Abrenos sin miedo
«el jardín de tu alma; torna el llanto
«en risa.» Y gritó el Mal: Todo lo puedo
Y el Placer exclamó: Todo lo encanto.
Venciendo, entonces, mi terror constante,
abrí, de par en par, mi alma florida;
me preguntaron:—«¿Dónde está tu amante?»
Y yo les dije:—«Entrad; está dormida.»
Redobló la Locura sus timbales,
y empezaron los rudos ejercicios,
y los juegos ruidosos y sensuales
de los sátiros jóvenes: los vicios.

VI

¡Y comenzó el festín! Entre féericas
luces, danzas de ninfas y silenos,
y gritos de piérides histéricas
entre cantares lúbricos y obscenos.
El vino de mi sangre fué su vino,
mi carne, el pan; y en sus ardientes goces
para siempre turbaron el divino
silencio de mi alma con sus voces.
Y se acercaron á vencerme.
—«¡Oh triste!
«Una lágrima tiembla en tu pestaña;
«aún lloras ¿y por qué? Si el bien no existe;
«tu amante es una ilusa que te engaña.
«Sibila torpe y falsa! No le creas
«que el odio es un amor, y luz dormida
«la sombra; no tendrás lo que deseas;
«no te darán la tierra prometida.
«Deja á la mentirosa que te ofusca;
«en el cielo, ya claro ó ya sombrío
«clava tu pensamiento; busca, busca,
«no encontrarás á Dios; está vacío.
«El cielo está vacío: arranca el fútil
«tema de tu conciencia, y cese el ruego;
«mira: la Creación es la obra inútil
«de un Acaso cruel, maligno y ciego.
«Mientras el árbol de la vida encorve
«su gran ramaje, y al placer te incite,
«el zumo dulce de la dicha sorbe
«antes de que la fruta se marchite.
«Todo á vivir en el placer te invita:
«la fragancia, el sonido y el destello;
«deslíe tu existencia en la exquisita
«sensación voluptuosa de lo bello.
«Ten valor, y haz que huyan tus dolores;
«he aquí como el problema se resuelve:
«la carne volverá deshecha en flores;
«el soplo que la anima, ya no vuelve.
«Roba el placer donde lo halles; gasta
«tu juventud fastuosamente; toma
«el amor á la vida, que te basta
«subir la mano y alcanzar la poma.
«Tu dolor es estéril. Bah!.... Divierte
«de la existencia el infecundo enredo;
«y así disponte á recibir la muerte:
«sin esperanza, mas también sin miedo.
«¿Por qué yaces atónito y oculto?
«Mueve tu pie y empolva tu sandalia;
«álzate y ven!....»
Y me cercó en tumulto,
risueña y bulliciosa, la faunalia.

VII

¡Oh pobre virgen misteriosa y pía!
cuántas veces, tocándome en el pecho,
aún puedes ser dichoso, me decía:
¿no me amas? ¿te vas? ¿pues qué te he hecho?
Pero mis nuevos camaradas: «Tarde
« exclamaron—te llama; viene en una
«hora fatal. ¡Aprisa! ¿Eres cobarde?
«arrójala de aquí; nos importuna.
«Ven con nosotros—le propuse;—mira»
«la fe se pierde y los ensueños huyen;»
«Soy feliz—contestó—con mi mentira;»
«si con ellos me voy, me prostituyen.»
Hasta que al fin, rendido de la lucha,
el Mal me aconsejó: Vamos! Desata
el nudo que te liga al Bien; escucha;
es forzoso matar á la insensata.
Yo, vacilando, supliqué: Perdona
su delirio y su amor. ¿Oyes? me grita;
su voz me hace soñar y me emociona;
me ha consolado mucho. ¡Pobrecita!

VIII

Cedí muy lentamente. Y de la mesa.
de la orgía, entre himnos y entre danzas,
se alzaron á exigirme mi promesa,
iracundas bacantes, las venganzas.
Y fuimos todos: me aturdió el bullicio
y le ví perecer. Ingrato y necio,
yo contemplé impasible el sacrificio
con sonrisa de burla y de desprecio.
Cuando sintió la virgen el aleve
golpe, inclinó la faz triste y radiosa,
y se empapó su túnica de nieve
en púrpura de sangre luminosa.
Ya, casi muerta, suspiró: «Sombrío
está tu porvenir: ¡qué infame dolo!
Yo siento que me maten, amor mío,
no por morir, porque te dejo solo.»
¡Oh qué martirio el suyo! qué agonía!
no cesó de rogar....«Cree en el cielo!...»
Era una virgen misteriosa y pía,
en un suspiro la engendró mi anhelo.
....Redobló la locura sus timbales
y siguieron los rudos ejercicios
y los juegos ruidosos y sensuales
de los sátiros jovenes: los vicios.. .

IX

Marchita está mi alma. En el callado
ambiente ruedan dolorosos ecos,
y tapizan el parque abandonado
estatuas rotas y ramajes secos.
Alguna vez dolientes carcajadas
sacuden el silencio, hondo y tranquilo:
son las bacantes, ebrias y cansadas,
que van en busca de quietud y asilo.
Alguna vez las flautas tocan flébiles
aires, y alzan rumor trotes cansados:
unos sátiros son, viejos y débiles
que pasan con los tirsos marchitados.

XI

Aún el sombrío Luxemburgo habitas
!oh Mal, Genio implacable! Aún te coronas
con mis flores ya mustias y marchitas,
aún el jardín de mi alma no abandonas.
Oh Mal! Llenas de horror bajan la frente,
y se ponen, al ver tus impurezas,
á levantar plegarias por la ausente,
cual taciturnas monjas, mis tristezas.
Oh Mal! al verte mis recuerdos, gimen,
y claman sin cesar:—«Olvido!....Olvido!...»

XI

Esta es la historia auténtica del crimen
que en el mundo de mi alma has cometido.

Luis G. Urbina.

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 1.

I

En el fondo, muy en el fondo de sus recuerdos, veíase Amadeo Violette un hombrecito peinado *á lo hijo de Eduardo,* asomado á un bolcón de un piso quinto, adornado de bolúbilis floridos: balcón que le parecía muy grande por ser él tan pequeño. Habíanle regalado con motivo de su san-

to ó de su cumpleaños una caja de pinturas para acuarela, y tendido boca abajo sobre una vieja alfombrilla, apasionadamente atento, y humedeciendo de vez en cuando su pincel con los labios, iluminaba los grabados de un tono descabalado del *Almacén Pintoresco.* En la habitación contigua á la de sus padres, cuyos vecinos tenían derecho á disfrutar de la mitad dal balcón, tocaban al piano un vals de Marcailhou, titulado *Indiana,* por entonces muy de moda. Todo hombre nacido alrededor del año de 1845 que no sienta humedecerse sus ojos de lágrimas nostálgicas hojeando un antiguo volúmen del *Almacén Pintoresco* ú oyendo en un piano desafinado destrozar el *Indiana* de Marcailhou, da prueba de muy poca sensibilidad.

Cuando el niño, cansado de iluminar las *carnes* de los rostros y de las manos de todos los personajes de las estampas, se levantaba y se ponía á mirar por entre los hierros del balcón, veía extenderse á derecha é izquierda, en una curva graciosa, la calle de Nuestra Señora de los Campos, una de las más tranquilas del barrio del Luxemburgo; calle á medio edificar, en donde las ramas de los árboles sobresalían sobre las cercas de madera de los jardines; tan tranquila y silenciosa que el transeunte solitario oía cantar á los pájaros enjaulados.

Esto acontecía en Septiembre, después del medio día, con unos horizontes extensos y puros, en los que se deslizaban con majestuosa lentitud grandes nubes, parecidas á montañas de plata.

De repente llamábale una voz dulce:

—Amadeo, tu padre va á volver de su oficina. Es necesario, niño mio, que te laves las manos para sentarte á la mesa.

Y su madre venía á buscarle al balcón.

¡Su madre, á quien había conocido tan poco! Le era preciso hacer un esfuerzo para evocarla entre la bruma de sus recuerdos; humilde y linda, pálida, con encantadores ojos azules, con la cabeza siempre inclinada hacia un lado, como si le pesaran sus admirables cabellos castaños, y sonriendo con esa sonrisa cansada y dolorosa, peculiar álos que tienen sus días contados.

Ella arreglaba el traje á su hijo, y le besaba en la frente después de haberle peinado. Luego ella misma ponía la mesa para comer, adornándola con algunas flores colocadas en un bonito vaso.

Entonces llegaba el padre de Amadeo, que no era por cierto ni perezoso ni exigente, y se esforzaba para presentarse alegre en su casa. Levantaba á su niño en alto, muy en alto, antes de besarle, exclamando: ¡Aupa!; y luego besaba en los ojos á su joven esposa, estrechándola contra su pecho más de un minuto, y le preguntaba con inquieto interés:

—Hoy no habrás tosido?

Ella contestaba siempre:

—No, muy poco,—pero bajando la cabeza como los niños que mienten.

El padre entonces se ponía su levita vieja,—si bien la que acababa de quitarse no era tampoco muy nueva,—y sentaba á Amadeo en su silla alta. La madre volvía de la cocina trayendo la sopera, y su marido después de haber desdoblado la servilleta, se echaba detrás de la oreja el rebelde mechón de pelo del lado derecho, que le caía siempre sobre los ojos.

—Esta tarde hace mucho aire: ten cuidado con el balcón, Lucía; ponte un pañuelo,—decía M. Violette, mientras su mujer vertía el resto de una botella de agua en el tiesto de capuchinas.

—No, Pablo, te aseguro que no hace aire,—decía ella;—baja á Amadeo de la silla, y venid al balcón mientras se enfría la sopa.

Hacía fresco en la elevada terraza. El sol se había ocultado. Las grandes nubes parecían entonces montañas de oro, y un agradable olor á verdura subía de los jardines cercanos.

—Buenas noches, M. Violette,— decía de pronto una voz cordial.— Hace una noche muy hermosa.

Era el vecino M. Gerard, un grabador al buril, que salía al balcón á tomar el aire, después de haberse pasado todo el día encorvado sobre su mesa. Un buen hombre, grueso, de aspecto infantil, calvo, de barba roja con mezcla de pelos blancos, con la chaqueta desabrochada, y que en seguida encendía su pipa de barro, que representaba la cabeza de Abd-el-Kader, muy ennegrecida, excepto el turbante y los ojos, que eran de esmalte blanco.

La mujer del grabador, una gordinflona, de ojos alegres, no tardaba en reunirse con su merino, trayendo á sus dos niñas: una de ellas, la pequeña, tenía dos años menos que Amadeo; la otra, ya de diez, presentaba el aspecto de una persona formal: era la pianista que todos los días dedicaba un hora á destrozar el *Indiana* de Marcailhou.

Los niños charlaban á través de los hierros que separaban el balcón por mitad. Luisa, la niña mayor que sabía leer, contaba á los pequeños, en voz baja, historias muy interesantes: José vendido por sus hermanos.... Robinsón descubriendo huellas de piés humanos.

Amadeo, ahora ya con el cabello entrecano, recuerda aún el estremecimiento que sentía en el momento en que el lobo escondido debajo de las mantas de la *Abuela*, decía, rechinando los dientes, á la caperucita encarnada: «Hago, esto, hija mía, para mascarte mejor.»

Además, era de noche en la terraza: figuraos si esto sería terrible.

A aquella hora los vecinos apoyados en la barandilla del balcón daban rienda suelta á su locuacidad. La familia Violette, que era silenciosa, limitábase la mayor parte de las veces á escuchar á sus vecinos, sólo cambiando con ellos breves frases de atención, como por ejemplo: «¡Vaya!... ¡Es posible! Tiene usted mucha razón....» Pero á los Gerard gustábales hablar, y la señora Gerard, toda una mujer de su casa, suscitaba alguna cuestión de economía doméstica, como, por ejemplo, que había salido durante el día y visto en un almacén de la calle del Bac cierto merino muy barato y muy cumplido. Otras veces era el grabador, que haciendo política al estilo de entonces, aseguraba que era necesario aceptar la República: no la roja, sino la verdadera, la buena: ó que temía que Cavaignac fuese elegido presidente en el escrutinio de Diciembre, si bien él siempre seguiría grabando (pues ante todo es vivir) un retrato del príncipe Luis Napoleón, destinado á la propaganda electoral. Los señores de Violette dejábanle hablar, y á veces ni siquiera atendían á la conversación, tomándose suavemente de las manos y contemplando las estrellas.

Estas hermosas noches de principio de otoño, tomando el fresco en el balcón, bajo el firmamento lleno de constelaciones, constituían los más lejanos recuerdos de Amadeo. Luego, abríase en su memoria una laguna, como si fuera un libro del que se arrancan bastantes hojas, y sólo se acordaba de sus días sombríos.

Había llegado el invierno, ya no se asomaban al balcón, y sólo se veía un cielo plomizo á través de las ventanas cerradas. La madre de Amadeo estaba enferma y permanecía siempre en cama, mientras que él sentado al lado, delante de una mesita, se ocupaba en recortar con unas tijeras todos los húsares de una página de Epinal; y casi le asustaba su madre apoyada con el codo sobre las almohadas, hundiendo en sus hermosos cabellos en desorden su mano flaca y crispada, señalándosela en las delgadas mejillas dos pequeñas manchas difuminadas de sombra y mirándole triste y fijamente.

Ya no venía ella como anteriormente á levantarle por la mañana de la cama, sino una vieja asistenta, en jubón blanco, que no le besaba y que infestaba el cuarto de olor á rapé.

Su padre tampoco le hacía caso cuando volvía por la tarde, trayendo siempre frasquitos y paquetes de la botica. Algunas veces le acompañaba el médico, señor grueso y muy compuesto y perfumado, que jadeaba de cansancio por haber subido hasta un piso quinto. En una ocasión Amadeo había visto á este señor tomar en brazos á su madre sentada en la cama, y permanecer largo tiempo con la cabeza inclinada junto á la espalda de la enferma; por cierto que el niño habíala preguntado: «Mamá, ¿para qué haces eso?»

M. Violette, más nervioso que nunca, y echándose detrás de la oreja su mechón rebelde, acompañaba al médico hasta la puerta, deteniéndose á hablar con él. Amadeo, llamado por su madre, saltaba á la cama: ella fijaba enél sus ojos brillantes y le estrechaba contra su pecho apasionadamente, diciéndole con acento doloroso:

—¡Amadeíto! ¡Mi pobre Amadeíto!—Como si se compadeciera de él. ¿Por qué?

Su padre volvía á entrar en el cuarto, sonriendo forzadamente, de un modo que hacía daño.

—Y bien: ¿qué dice el doctor?

—Nada, nada: Estás mucho mejor. Sólo que, mi pobre Lucía, va á ser necesario ponerte esta noche otro vejigatorio.

¡Oh, qué lentos y monótonos pasan los días para Amadeíto, al lado de la cama de la enferma desfallecida, en aquel cuarto cerrado que huele á botica, en donde sólo entra de vez en cuando la vieja asistenta que toma polvo de tabaco, para traer una taza de tisana y poner carbón de piedra en la chimenea!

Alguna vez la vecina señora Gerard viene á ver á la enferma, y la pregunta cómo está.

—Siempre la misma debilidad, mi buena señora. ¡Ah! Empiezo á desalentarme,—contesta la enferma.

La señora Gerard, la gordinflona de ojos alegres, no halla motivo para este desaliento.

—¡Qué quiere usted, señora Violette,—dice;— consiste en este maldito invierno que no acaba nunca! Pero pronto estaremos en Marzo: ya se ven macetas de flores en las carretillas de los vendedores. Esté usted segura de que se mejorará con el primer rayo de sol caliente.... Si usted quiere, llevaré á Amadeo á jugar con mis niñas....esto distraerá al pobrecillo.

Y en efecto, todas las tardes la buena vecina se lleva al niño, que se divierte mucho en casa de la familia Gerard. La habitación que ocupa ésta sólo se compone de cuatro piececitas, pero está adornada de pintorescos muebles antiguos, con grabados, molduras y diseños hechos en las paredes por los compañeros del grabador. Las puertas, siempre abriertas, permiten jugar y correr á los niños, que se persiguen de una en otra pieza, trastornándolo todo. En la sala, transformada en taller, está el artista sentado en un taburete, con el punzón en la mano; y la luz, que penetra por la ventana abierta, atenuada por un transparente, hace relucir la cabeza del buen hombre, inclinado sobre la mesa. Trabaja todo el día: ya se ve, una familia que sostener y dos hijas que educar pesan mucho; de modo que, no obstante sus opiniones avanzadas, continúa grabando su príncipe Luis, un farsante que va á escamotear la República. Dos ó tres veces, á lo más, interrumpe su trabajo para fumar su pipa de Abd-el Kader. Nada le distrae de su tarea, ni los juegos de los pequeños que, cansados de golpear á seis manos en el ruidoso piano, vienen á organizar una partida de escondite cerca de él, detrás del canapé del tiempo del Imperio, adornado con cabezas de león de bronce. Pero la mamá Gerard, desde el fondo de la cocina, donde se ocupa en guisar alguna cosa apetitosa, advierte que los niños hacen demasiado ruido.

María, que es una loquilla, empuja, para coger á su hermana, un sofá que choca contra un baúl del Renacimiento, haciendo temblar la loza de Rouen que hay en los armarios; y entonces grita la buena señora, aunque con acento dulce, desde el fondo de su antro, que despide un buen olor á tocino frito.

—«¡Vamos, niños, vamos! Dejad tranquilo á papá; idos á jugar al comedor.»

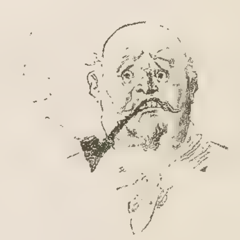
Ellos obedecen, porque allí pueden trastornar las sillas como les plazca, y hacer casas para jugar á las visitas. Esa loca de María (¿pueden imaginarse cosas semejantos á los cinco años de edad?) toma el brazo de Amadeo, á quien llama su marido, va á visitar á su hermana Luisa y le presenta su niño, un muñeco de cartón muy cabezudo, envuelto en una servilleta.

—Ya ve usted, señora,—dice á su hermana,— que es un niño muy hermoso.

—¿Y á qué piensa usted dedicarle cuando sea grande?—pregunta Luisa que se presta á este juego sólo por complacencia; pues tiene diez años y es ya una señorita.

—A la milicia, señora,—repuso gravemente María.

En este momento, el grabador, que se ha levantado de su asiento para estirar las piernas y encender por tercera vez su Abd el-Kader, se pasea por la sala, y al mismo tiempo la señora Gerard, tranquila por la suerte de su guisado que cuece á fuego lento, despidiendo un olor agradable, lleva á su marido al comedor y ambos contemplan á los niños, tan traviesos, tan graciosos con su aspecto de formalidad. El mira á su mujer, ella á su marido, y vuelven los dos á sus faenas riendo á carcajadas. Pero en el cuarto de al lado nadie ríe nunca. En casa de los Violette sólo se tose, y se tose hasta el ahogo, hasta el desmayo. La tímida joven de cabellera demasiado pesada, va á.... irse, y cuando lleguen las hermosas tardes, no volverá á estrechar en el balcón la mano de su marido, contemplando los astros. Amadeo no comprende nada de esto, pero está poseído de un vago terror: siente que en su casa sucede algo lamentable, y todo el mundo le da miedo: la vieja que huele á tabaco, que al vestirle por la mañana le mira con aire de compasión; el médico tan peripuesto, que sube dos veces al día hasta el quinto piso y deja en la habitación olor á perfumería; su padre, que no sale ya de casa, que tiene una barba de bastantes días y que se pasea febrilmente por la salita, colocándose, con un movimiento de maniaco, detrás de la oreja el rebelde mechón. Hasta su madre asusta al pobre Amadeo. ¡Ah! Sí, él la ha visto á la luz de la lamparilla, con la cabeza hundida en la almohada, la nariz sumamente delgada, la barba deprimida, y como si le desconociera, y eso que tenía sus grandes ojos bien abiertos, cuando su padre, tomándole en brazos, le inclinaba hacia la enferma para que besase su frente cubierta de frío sudor.



Por fin llega el día terrible, día que Amadeo no olvidará jamás, aunque era entonces un niño pequeño, muy pequeño.

Ese día le despertó su padre, y le ha sacado de la cama; su padre, que tiene ojos de loco, enrojecidos á fuerza de llorar. El vecino señor Gerard (¿por qué habrá venido tan temprano?

también deja asomar gruesas lágrimas á sus párpados, y permanece constantemente al lado del señor Violette, como si velara por él, y le toca afectuosamente el hombro con la palma de la mano, diciéndole:

«¡Vamos, valor, amigo mío!»

Pero el buen amigo no le tiene. Deja que el señor Gerard siente sobre sus rodillas á Amadeo, é inclina su cabeza como la de un muerto sobre el pecho del grabador y empieza á llorar y á sollozar con gran violencia.

—«¡Mamá, quiero ver á mamá!» grita Amadeíto lleno de espanto.

¡Ay! Ya no la verá más. Se le llevan á casa de los Gerard, y la buena vecina le viste, diciéndole que su mamá se ha marchado por mucho tiempo, que no debe pensar más que en su papá y quererle mucho; añadiendo otras palabras que no comprende, ni se atreve á pedir la explicación, pero que le consternan.

¡Cosa rara! El grabador y su mujer no se ocupan más que de él, mirándole á cada instante: hasta las pequeñas tienen un aspecto grave, casi respetuoso. ¿En qué consiste? Luisa no abre el piano, y cuando María ha querido tomar su caja de muñecas debajo del armario, le ha dicho bruscamente su madre, tratando de ponerse seria: «¡Hoy no se juega!»

Después de almorzar, la señora Gerard se ha puesto su abrigo y su sombrero, y ha salido llevándose á Amadeo. Han subido á un coche que pasó por calles que él no conoce, han atravesado un puente, en medio del cual hay un caballero de bronce, muy grande, con la cabeza descubierta y coronada de laureles y se han detenido delante de una gran casa. Han entrado, y allí un joven muy vivo y muy ocupado ha hecho vestir á Amadeo un traje negro.

A la vuelta á su casa, el niño ha encontrado á su padre y al señor Gerard sentado á la mesa del comedor, ocupados en escribir señas en grandes sobres de luto. El señor Violette ya no lloraba, pero su rostro estaba surcado de dolor y dejaba caer sobre los ojos su encrespados cabellos.

Al ver á su hijo con el nuevo traje, ha exhalado un gemido, levantándose y tambaleándose como un hombre ebrio, vertiendo otra vez abundoso llanto.

¡Oh! Amadeo nunca olvidará este día, ni el horrible día siguiente, cuando la señora Gerard vino por la mañana á vestirle con su traje negro, mientras que se oía en el cuarto de al lado ruido de gruesos zapatos y martillazos.... Continuamente se está acordando de que no ha visto á su madre desde hace dos días.

«¡Mamá, quiero ver á mamá!»

Fué preciso tratar de hacerle comprender la verdad, y la señora Gerard le repitió varias veces que era necesario ser juicioso y bueno para consolar á su padre, que estaba muy apenado; añadiendo después que su mamá se había marchado para siempre y que estaba en el cielo.

¡En el cielo! Está muy alto y muy lejos el cielo. Pero si su madre está en el cielo, ¿qué es lo que lleva ese lúgubre carruaje, que él sigue, á pesar de la lluvia, apretando el paso, mientras que su padre con las manos cubiertas con guantes negros le estrechaba las suyas? ¿Qué es lo que meten en ese hoyo del que sale un olor á tierra removida recientemente, rodeado de gentes vestidas de negro, y por qué su padre al mirar allí vuelve con horror la cabeza? ¿Qué ocultan en esa fosa abierta en un jardín lleno de cruces y de urnas de piedra, en donde los árboles de ramas de bronce relucen al sol después del chaparrón de los primeros días de Marzo, dejando resbalar por sus troncos gruesas gotas parecidas á lágrimas?

¡Su madre está en el cielo!.... Amadeo no se atreve ya á repetir la petición de «ver á su mamá». La tarde de este espantoso día, cuando se sienta á la mesa al lado de su padre, á la mesa en la que desde hace mucho tiempo la vieja del jubón no pone más que dos cubiertos, el pobre viudo, que todavía alguna vez se enjuga las lágrimas con la servilleta, coloca un pedazo de carne en el plato de su hijo, cortándole en pedacitos. El niño, algo pálido, sentado en la silla alta, se pregunta si no volverá á ver la mirada de su madre, tan dulce, tan acariciadora, en algunas de esas estrellas que á ella la gustaba contemplar desde el balcón en las frescas noches de Septiembre, estrechando en la obscuridad la mano de su marido entre las suyas.

II

Los árboles son como los hombres, hay algunos que no tienen suerte. Pero como árbol desgraciado verdaderamente, ha habido pocos que se igualen al pobre diablo del plátano plantado enmedio del patio de la institución de jóvenes situada en la calle de la Grande Chaumiere, dirigida por M. Batifol.

La casualidad hubiera podido colocar este árbol en la orilla de un río, en una bonita vega, desde donde viese pasar los barcos, ó bien en la plaza de una ciudad en donde hubiera guarnición, en la que podría disfrutar dos veces por semana de la distracción de oír tocar la música militar. Pues bien; nada de esto: estaba escrito en el libro del destino que el desgraciado plátano perdiera su corteza todos los veranos, como una serpiente que muda de piel, y que alfombraría el suelo con sus hojas marchitas por la primera helada, en el patio de la institución Batifol, que era un sitio poco agradable.

Por lo demás, este árbol solitario, un plátano como otro cualquiera *(plátanus orientalis)*, estaba entre dos edades y carecía de originalidad, y debía tener el sentimiento punible de engañar al público. En efecto: debajo de la muestra de la institución Batifol *(Curso del liceo Enrique IV. Preparación al bachillerato y á las Escuelas del Estado)*, leíanse estas palabras falaces: *Hay jardín*, y en realidad sólo había un patio vulgar, con el piso cubierto de arena de río, y un arroyuelo cavado artificialmente al rededor; un patio en el que sólo hubieran podido cosecharse, después de las horas de asueto, media docena de pelotas perdidas, algún peón roto y cierto número de clavos de zapato. Sólo un plátano justificaba la ilusión, la ficción del jardín prometido en la muestra. Así, pues, como los árboles tienen seguramente sentido común, éste debía tener la conciencia de que él solo no constituía un jardín!

Además, es verdaderamente una suerte muy injusta para un árbol inofensivo que no ha hecho daño á nadie, la de extenderse al lado de una escuela de gimnasia, en un rectángulo perfecto, formado por una tapia como de cárcel, erizada de vidrios de botellas rotas, y por tres cuerpos de edificio de una simetría aflictiva ostentando encima de sus numerosas puertas del piso bajo letreros cuya sola vista hace bostezar, como por ejemplo: Sala 1. Sala 2. Sala 3. Sala 4. Escalera A. Escalera B. Entrada á los dormitorios. Refectorio. Laboratorio.

El pobre plátano languidecía de fastidio en tan triste lugar, y sólo tenía algunos momentos agradables en las horas de recreo de los colegiales, cuando estallaban en el patio gritos y risas de alumnos enredadores y juguetones; siendo lisonjero para él que al pié de su tronco se estableciera el juego del tres en raya. Los pájaros parisienses, a pesar de no ser muy descontentadizos, nunca habían construido en él ni un solo nido, ni apenas se posaban en sus ramas. Es probable que este árbol desencantado, cuando el viento de Abril agitaba su follaje, atrayendo á los pilluelos del cielo á merodear en él, les dijera: "Creedme, este sitio no vale nada. Idos á otra parte á haceros el amor.»

A la sombra de este plátano, plantado bajo la influencia de una mala estrella, debía deslizarse la mayor parte de la niñez de Amadeo.

Como empleado de ministerio, M. Violette estaba condenado á siete horas diarias de prisión, de las cuales una ó dos se destinaban á examinar con disgusto un fajo de impresos, probablemente superfluos, y las restantes á diversas ocupaciones intelectuales muy variadas, tales como rayar papel, limpiarse las uñas, hablar mal de los jefes, gruñir por la lentitud de los ascensos, mandar cocer una patata ó un pedazo de salchicha para el almuerzo, ó leer un periódico de cabo á rabo, hasta el nombre del impresor y hasta los bombos, entre los que un cura de aldea expresa su sencilla gratitud por haber sido curado de un constipado pertinaz. En recompensa de esta cautividad cuotidiana, M. Violette recibía á fin de mes la cantidad exactamente precisa para asegurarse la sopa y la carne con algunos pepinillos alrededor.

Con objeto de procurar á su hijo una posición distinguida, el padre de M. Violette, relojero de Chartres, había gastado cuanto ganaba, no dejando á su fallecimiento absolutamente nada. Su hijo, el Silvio Pellico administrativo, en sus horas de fastidio exasperado, estaba pesaroso de no haber seguido sencillamente el arte de su padre, y veíase imaginariamente en la clara tiendecita de junto á la catedral, bajo cuya arcada distinguía una muestra representando un lobo acechando las ristras de cebollas de una granja, y oyendo el alegre tic tac de una treintena de relojes de oro y plata dados á componer por los campesinos, que vendrían á recogerlos el día del mercado.

pechoso, en acecho del golpe de Estado, á quien detestaba Gerard de todo corazón.

—Seguramente, vecino,—decía la señora Gerard al empleado, cuando al salir de la oficina venía á buscar á su hijo, y se excusaba de la incomodidad que decía dar á la familia,—con toda verdad ase guro á usted, mi estimado señor Violette, que el niño en nada nos molesta.... Espere usted un poco antes de ponerle en el colegio. No es enredador, y si María no le sa case de sus casillas... Muy bien puede afirmarse que entre los dos, ella es el muchacho; sin ese diablejo, Amadeíto siempre estaría registrando estampas. Luisa, la mayorcita, le hace leer todos los días dos páginas de «La moral en acción,» y ayer mismo el niño divirtió mucho á Gerard, contándole la historia del elefante agradecido..... Tiempo sobrado tiene usted para mandarle al colegio. Espere usted un poco, etc., etc.

Pero yo pregunto: ¿esta profesión humilde era digna de un joven que había hecho estudios completos: bachiller en letras, atiborrado de *raíces griegas* y de *deducciones*, que le permitían demostrar, casi sin tomar aliento, la existencia de Dios y precisar datos acerca de los reinados de Nabonassar y de Nabopolassar? No, señores. Y el modesto relojero de Chartres, sencillo artista ó artesano, comprendía mejor el espíritu moderno. (¡Muy bien, muy bien!) Escuchad. ¿Nos hallamos todavía en Egipto, en tiempo de los Faraones, para que un hijo suceda forzosamente á su padre en su oficio? (Aprobación). No: este modesto tendero, después de todo, había obrado según la ley de la democracia, siguiendo el instinto de una noble y juiciosa ambición. (Aplausos en muchos bancos). Y ha hecho de su hijo un joven inteligente y sensible, una máquina de llenar impresos y de perder días en adivinar las charadas de *La Ilustración*, que descifraba tan corrido como M. Ledain una inscripción cuneiforme de una baldosa asiria; resultado que debía admirar á los manes del antiguo relojero. Su hijo había llegado á ser un caballero, un funcionario tan honorablemente retribuído por el Estado, que veíase obligado á mandar ponerse en la parte posterior de sus pantalones remiendos de paño de color casi parecido, y á que su pobre mujer, cuando se aproximaba su parto, llevara al Monte de Piedad el cucharón y los únicos cubiertos de plata que había en la casa.

Sea lo que sea, lo cierto es que M. Violette, habiéndose quedado viudo y estando ocupado todo el día, veíase muy apurado con un hijo tan pequeño.

Sin duda alguna, sus vecinos, los Gerard, continuaban siendo muy amables para con Amadeo, y le tenían en su casa toda la tarde; pero este estado de cosas no podía durar siempre, y M. Violette sentía escrúpulos de abusar de la complacencia de aquellas honradas gentes.

Sin embargo, Amadeo no les incomodaba, y la mamá Gerard le amaba ya como á uno de los suyos. El huérfano habíase hecho inseparable de Mariquita, un diablillo, que cada día estaba más linda. El grabador había encontrado en un armario su antigua gorra de pelo de granadero de la Guardia Nacional, prenda de uniforme suprimido desde el 48, y se la dió á los niños. ¡Un magnífico juguete! Inmediatamente le transformaron, en su imaginación, en un oso gigantesco, de espantable ferocidad, al que se pusieron á cazar por toda la casa, emboscados detrás de los sillones, apuntándole con palos é hinchando los carrillitos con todas sus fuerzas para gritar *¡pum!* imitando los disparos de fusil. Esta diversión cinegética acabó de arruinar el antiguo mobiliario.

Entre tanto, las escalas del piano de Luisa, la mayorcita, se deslizaban produciendo un torrente musical, el frito chirriaba en los hornillos de la cocina de la mamá Gerard, y tranquilo en medio de aquel alegre desorden y de aquel estrépito, hasta no poder entenderse, el grabador, siempre en su tarea, cincelaba el gran cordón de la Legión de Honor y las charreteras de canalones del Príncipe Presidente, al cual, republicano sos-

Pero M. Violette estaba decidido á hacer entrar á Amadeo en el colegio Batifol, como externo, por supuesto. ¡Era tan cómodo! Sólo había que andar dos pasos. Esto no impedirá que el niño vea con frecuencia á sus amiguitas. Tiene ya cerca de siete años y está muy atrasado; apenas sabe formar letras; no hay que descuidarse con los niños.

Por esto, un hermoso día de primavera, M. Violette presentóse con su hijo en el gabinete de M. Batifol, que no tardaría en venir, según ha dicho el criado.

El gabinete de M. Batifol es espantoso.

En los tres cuerpos de estantes de libros, que no abre jamás el perfecto preceptor y avaro pupilero, sólo asoman sus cantos algunas obras que compra de lance á los libreros de los muelles; como por ejemplo: *El curso de literatura*, de Laharpe, y un *Rollin* que nunca se acaba.

La mesa cilíndrica de estudio, obra maestra do caoba chapeada, cuyo secreto sólo conserva el arrabal de San Antonio, ostenta sobre sí una esfera terrestre.

Amadeo se fija en seguida, á través de una ventana abierta, en el plátano que hay en medio del patio, que se aburre extremadamente no obstante el sol y el cielo azul y el aire primaveral.

Un mirlo joven, que todavía no conoce el barrio, ha venido hace un momento á posarse en una de sus ramas, pero indudablemente el árbol le ha dicho:

—«¿Qué vienes á hacer aquí? El jardín de Luxemburgo está á tres vuelos, y aquello es encantador. Allí hay niños que hacen pasteles de arena, niñeras que sentadas en los bancos hablan con los militares, enamorados que se pasean cogidos de la mano.... ¡Vete, pues, allí, imbécil!»

El mirlo vuela, y el árbol universitario, vuelto á su soledad, deja colgar sus hojas desilusionadas.

Amadeo, en su confusa inteligencia de niño, está á punto de preguntar por qué aquel plátano tiene el aire tan triste; pero ábrese una puerta y se presenta M. Batifol.

De aspecto feroz, á pesar de su nombre casi inconveniente, el director del colegio se parece á un hipopótamo vestido con una amplia levita de paño negro. Se adelanta pausadamente, saluda á M. Violette con dignidad, se sienta en su sillón de cuero delante de sus papelotes, se quita su gorro de terciopelo y descubre una calva tan voluminosa, redonda y amarilla, que Amadeíto la comparó con espanto á la esfera terrestre colocada sobre la mesa.

Las dos son una misma cosa: sus dos bolas son gemelas; hay en el cráneo de M. Batifol una erupción de granitos sanguíneos agrupados, poco más ó menos, como los archipiélagos del Océano Pacífico.

—A qué debo el honor.....? pregunta el director con una voz pastosa, excelente para gritar los nombres en la distribución de premios.

M. Violette es algo tímido: cosa estúpida hasta cierto punto; así es que cuando el jefe de su negociado le llama á su despacho para algún asunto del servicio, siente una especie de atortolamiento y le tiemblan las piernas. Un personaje tan imponente como Batifol no es á propósito para darle aplomo. Amadeo es también tímido como su padre, y mientras el niño, asustado por el parecido de la esfera con la calva del director, empieza á temblar, M. Violette se turba, arregla su rebelde mechón, busca palabras y no acierta á decir nada.

Sin embargo, acaba por repetir poco más ó menos lo que decía á la mamá Gerard. Su hijo va á cumplir siete años y está muy atrasado, etc., etc.

El director parece escucharle con benévolo interés, inclinando de vez en cuando su cráneo geográfico; pero en realidad observa y juzga á sus visitantes.

La levita algo raída del padre y la tez paliducha del niño revelan la pobreza. Se trata de un externo de treinta francos mensuales. Nada más.

Sin embargo, M. Batifol suelta el *speach* que dirige en iguales circunstancias á todos sus nuevos clientes.

Se encargará de su «joven amigo» (por treinta francos mensuales, llevando el niño su almuerzo en una cestita), que será desde luego colocado en una clase elemental. (Algunos padres de familia prefieren, con razón, la media pensión con una comida sana y abundante al mediodía, pero M. Batifol no insiste sobre este particular). Su joven amigo será, pues, destinado á una clase infantil, pero se comenzará á prepararle *ab ovo*, para recibir en su día las lecciones de esta Universidad de Francia, *alma parens* (naturalmente, la enseñanza de lenguas extranjeras no está comprendida en los precios ordinarios), de esta ilustre Universidad, que por el común trabajo, por la emulación entre los educandos (las artes de adorno y el baile, música y esgrima se pagan por supuesto, aparte), predispone á los niños á la vida social, haciéndoles hombres y ciudadanos.

M. Violette se contenta con la existencia externa á treinta francos. Trato concluído. Desde el día siguiente Amadeo ingresará en el «nuevo preparatorio.»

—Déme usted la mano amiguito,—dice el director del Colegio, cuando el padre y el hijo se levantan para despedirse.

Amadeo, muy turbado, alarga la mano, y M. Batifol tiende la suya, que es tan enorme, tan pesada y tan fría, que á su contacto el niño siente un estremecimiento, como si tocara una pierna de carnero de siete ú ocho libras acabada de llegar de la carnicería!

(Continuará).

Páginas de la Moda.

Fig. 1.—Capa para salida de ópera ó baile.

LECTURAS PARA LAS DAMAS.

—«No hay cosa más descuidada que la educación de las niñas»—ha dicho el gran Fenelón.

Ciertamente, á la falta de privisión en la educación que actualmente se les da á las niñas, debe atribuirse esa frivolidad que domina á la mayor parte de las jóvenes del día, la cual les viene de que desde muy temprano se les acostumbra á que den preferencia á los trajes y á cuanto tiende á realzar los atractivos físicos, desatendiéndoles por completo la educación del alma. Piensen las madres en que fomentándoles desde tan temprano el amor propio, sólo se consigue que se hagan presumidas, necias y exigentes, no dándole valor alguno á las cualidades morales, que son las únicas que le dan un verdadero valor á la mujer, sino solamente al atractivo personal.

¿Qué pensamientos elevados, que aspiraciones nobles podrán caber en cerebros tan llenos de humo? Naturalmente, todo tiene [illegible] limitado tan sólo á lo material; entretanto á la alma se le deja en el olvido más completo, sus facultades aisladas del cielo que es su tendencia, deslumbradas por fuegos fatuos, engañadas por direcciones todas terrestres y perdidas en el vicio espantoso de las pasiones.

¿Cuál es la madre que en el tiempo presente se ocupa, antes que todo, en educar el alma de sus hijas, ilustrar su razón y dirigirlas hacia la verdad? ¿Cuál es la que se esmera en infundirles una virtud verdaderamente sólida, así por medio de doctrinas, cuanto por los ejemplos que de ella palpen?

Por lo que se ve, lo que menos preocupa á las madres actuales es la educación del alma; se deja crecer á las niñas en el abandono más completo, á que sean lo que quieran; sin dirección competente, es de todo punto imposible esperar resultados favorables; por lo contrario, se hacen caprichosas, vanas, y muy superficiales, concretando todo su valor en la sola belleza física.

Apenas pasan del período de la niñez al de la adolescencia y un solo y único pensamiento absorve su atención: agradar á la vista, hacerse estimables por medio de sus atractivos; ningún pensamiento serio les ocupa, ninguna reflexión juiciosa se hacen, ni en nada formal se fijan. ¡Con qué indiferencia miran los negocios importantes, y con qué ardor las cosas frívolas.

¿Qué esposas, qué madrès prometen ser estas jóvenes? Nunca podrán desempeñar su misión puesto que han sido mal dirigidas; su mente, desprovista de ideas nobles elevadas, las conduce por una senda completamente opuesta á la del deber; acostumbradas al ocio y la malicia, muy pesados y dificultosos se les hacen sus deberes, tanto más porque ni la más ligera idea se les da de ellos. En vez de infundirles virtud, de acostumbrarlas desde sus primeros años á practicar el bien, se les fomenta la vanidad y se les enseña á tener en muy alta estimación los oropeles y las vanidades del mundo, y á medida que estas ideas se posesionan de la mente, el entendimiento se ofusca, la razón se entorpece: nada se encamina á la verdad, á lo justo, á lo noble y elevado, sino por el contrario, al error, á la miseria, á la nada. ¿Qué es la mujer desprovista de cualidades morales, qué vale si no posee virtud por bella que sea?

Un hombre sensato, de juicio,

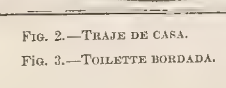


Fig. 2.—Traje de casa.

Fig. 3.—Toilette bordada.

Fig. 4.—Gran toilette de calle.

Fig. 5.—Traje de ciudad.

Fig. 6.—Toilette de casa.

FIG. 7. TOILETTE ELEGANTE.

nunca podrá elegir para compañera de su vida, para madre de sus hijos, á una mujer necia y frívola.

La mayor parte de esas uniones desgraciadas reconocen por causa la mala dirección que se da á las niñas: se las educa para los salones, mas no para el hogar; éstos exigen moda, vanidad, lujo, coquetería, falsedad y sacrificio; el hogar, por el contrario, requiere laboriosidad, economía, abnegación, y sobre todo, mucha vergüenza para poder desempeñar con la conciencia debida los delicadísimos deberes de esposa y las obligaciones como madres de familia. Las satisfacciones que proporcionan los primeros son de muy corta duración, reducidos tan sólo á halagar por el momento los sentidos, mientras los que ofrece el hogar, los que proporciona el cumplimiento del deber, son bienes positivos y duraderos que se dirigen al corazón llenándolo de infinita paz y regocijo!

Si el objeto de la vida de la mujer solamente se concentrara á las diversiones, pasatiempos, y á deslumbrar y agradar con su belleza, el gran problema quedaría resuelto en favor de la educación para los salones.

¿Quién no comprenderá la urgencia de darles una educación completa que les facilite el recurso de una virtud más poderosa que los dolores que les esperan y las seducciones que las amenazan?

Es tan superficial la educación que se les da, tan incompleta é insuficiente, se las acostumbra tan poco á ningún pensamiento serio, que cualquiera lectura, no digo de instrucción, sino puramente por recreo, les es insoportable, dándoles sí preferencia á obras frívolas é insubstanciales, que en vez de iluminar la razón y darle fuerza y vigor al espíritu, vacían los sentimientos y fomentan las pasiones. Estas lecturas ningún estrago causarían si hubiera un fondo, un criterio sano, una moral sólida y un juicio recto; pero no estando en estas favorables disposiciones, sus consecuencias tienen que ser desastrosas.

¿Cuál es el caudal de virtudes con que cuentan para subyugar al esposo y sostenerle en un mismo grado la ilusión, el cariño y la estimación? ¿Qué atractivos morales podrá tener para éste su hogar? Podrán satisfacerle á la larga los de la pura belleza? Por frívolo que sea el hombre, siempre busca fondo, una alma que forme eco con la suya y lo comprenda.

¿Qué atractivos podrá ejercer sobre el espíritu una mujer que sea tan bella como necia, ignorante y tonta? ¿Qué vale su belleza si á ella no están unidas las cualidades morales? Bien ha dicho Napoleón: «Una mujer hermosa encanta la vista, y una mujer buena complace el corazón: la una es una joya, y la otra un tesoro.»

Si la mujer no cuenta con otro incentivo fuera del de su belleza, si se encuentra desprovista de la belleza moral, si no posee virtudes que la guíen para desempeñar su misión, ¿podrá ni aún siquiera medianamente llenar sus deberes como hija, esposa y madre?

Desde muy temprano se les debe enseñar á las niñas que la belleza física es un bien muy fugaz, que muy pronto desaparece: mas por lo contrario, la moral subsiste en perenne harmonía á través de los cambios del tiempo y acompaña á la mujer en todas las épocas de su vida.

Muy interesante es que desde pequeñas se les haga formar la más alta idea de la virtud y de lo indispensable que es en la mujer.

Puesto que de la dirección que se les da á las niñas depende su felicidad ó su desgracia, deben poner especial cuidado las madres en educarlas sólidamente; el cariño maternal no excluye la severidad razonable cuando de ésta se desprenden enseñanzas útiles, que deben robustecerse con el ejemplo.

La primera educación es la de mayor importancia; por lo tanto, debe ser muy escrupulosa, y téngase presente que debe seguir muy de cerca el nacimiento para que las primeras impresiones se graben indelebles en sus tiernos corazones y prevalezcan durante toda su existencia.

Educarles el alma es tanto como elevarlos sobre las ruines pasiones, es alejarlas de lo vulgar y mezquino; así las aspiraciones y pensamientos, no tenderán á las pequeñeces de la tierra, sino solamente á la verdad, á todo aquello que es justo, noble y elevado.

PARA EVITAR EL SUDOR DE LAS MANOS Y DE LOS PIES.

Uno de los remedios mejores es echarles un polvo de partes iguales de ácido salicílico, jabón talco y almidón. Igualmente se recomienda usar también en la forma de polvo: ácido carbólico, 1 parte; alumbre quemado, 4 partes; almidón, 200 partes; yeso, 50 partes; almidón, y aceite 2 partes.

PARA EVITAR LA CAIDA DEL PELO.

Mézclase una onza de alcanfor pulverizado con 2 onzas de borax y échesele encima cuatro cuartillos de agua hirviendo. Después de frío se embotella y guarda bien tapado. con esta preparación se frota bien la cabeza por la mañana y por la noche.

Nuestros Grabados.

FIGURA 1.—CAPA PARA SALIDA DE OPERA.

De gran factura, de piel de seda toda bordada á grandes guías. Orla de piel. Cuello Valois. Capelina figurada, muy sobria y elegante.

FIGURA 2.—TRAJE DE CASA.

De sarga de lana gris acero. Falda bordada de cinta. Cuerpo blusa con un gran yoke. Camisola plissé, muy elegante.

FIG. 3. TOILETTE BORDADA.

Falda bordada, á ambos lados, de grandes guías.—Cuerpo blusa bordado en guías menores, cerrado á la izquierda. Camisola de batista plissé en gajos.

FIG. 4.—GRAN TOILETTE DE CALLE.

De piel de seda negra orlada de chinchilla en grandes ondas. Muy ceñida, por cintura de tafetán.

FIG. 5.—TRAJE DE CIUDAD.

Estilo sastre. Casacón ceñido, con grandes solapas doublée de seda á rayas. Sobre-falda abierta cayendo sobre una falda figurada á rayas.

FIG. 6. OTRA TOILETTE DE CASA.

Cuerpo blusa todo drapeado de muselina de seda plissé en el centro y ahuevada por ambos lados. En el centro una orden de moños de raso muy elegante. Plastrón á rayas de seda. Cuello fantasía.

FIGURA 7. —TOILETTE ELEGANTE.

Falda de sarga lisa con una gran draperia bordada que es continuación del bolero. Este todo drapeado cae sobre una blusa de terciopelo, abierta sobre un plastrón drapeado que se prolonga en elegante cuello.

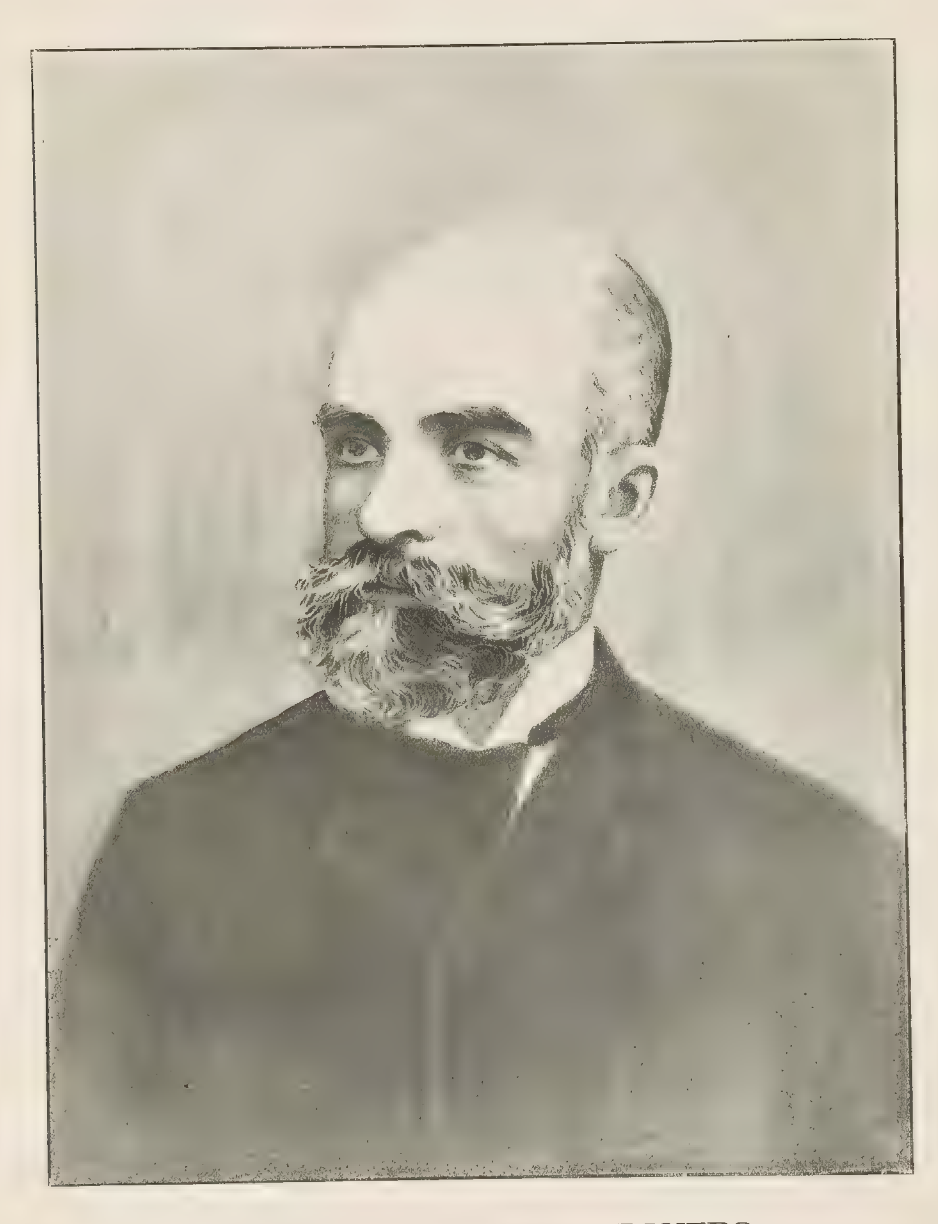
FIG. 7.—FICHU FANTASIA.

De gran sobriedad, de muselina de seda orlado de volantes. Sobre la frente forman estos volantes un elegrante penacho.

FIG. 8. FICHU FANTASIA.

EL MUNDO.

Tomo I México, Domingo 8 de Enero de 1899. Num. 2



EL SR. LIC. DON MATIAS ROMERO,

PRIMER EMBABAJADOR DE MEXICO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

† EN WASHINGTON EL DIA 30 DE DICIEMBRE DE 1898.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

¿Os acordais de aquel jugador del poema de Coppée? Todo lo había perdido, todo, y se paseaba en la alta noche, pensando en el suicidio por las enarenadas calles de un jardín público de Madrid.

Y de pronto, el poeta de los humildes, pone á su héroe, desesperado, frente á una linda mendiguilla que duerme el dulce sueño de su inocencia, sobre un colchón de nieve en una de las bancas del parque. Por entre las negruras de los árboles vibran como alas de coleópteros los picos del gas.

¿Recordais ahora los divinos versos? Junto á la niña está un zueco en cuyo fondo ríe un luis de oro: alguna mano caritativa arrojó aquel sol brillante en el abismo de aquel zueco. Cuando la rubia mendiga dejara de retozar, en sueño, con los ángeles, la moneda le diría: mírame, perezocilla, que he estado esperando á que despiertes para darte pan fresco, leche blanca, fuego sano, abrigo y felicidad. Soy el regalo del Buen Dios, me trajeron tus amigos los querubines que hoy bajaron al mundo cargados de recuerdos para las madres sin hijos y de chucherías para los niños sin madre.

Y el jugador hurta el luis de oro á la mendiga y huye con él, y se acerca á la mesa verde, y lo apuesta. La esfera de marfil corretea y brinca como una locuela, por la rueda arlequinesca de la ruleta, saltando obstáculos y recorriendo divisiones, en persecución del número donde la Fortuna le ordenó que ha de reposar un instante. El jugador gana diez luises, cien luises, mil luises, montañas de luises, y cuando ha desmontado al banquero, la mañana se asoma lentamente á los cristales del balcón para recordar al criminal que es preciso ir á despertar á la infeliz criatura.

El jugador, arrepentido, se levanta; corriendo atraviesa las calles, busca, encuentra á la muchacha y la sacude para despertarla; va á devolverle un tesoro por una moneda, á vestirla de brocado, á casarla con un príncipe como las niñas de los cuentos; y el jugador la llama, la mueve, le alza la cabeza, le da un beso en la frente, pero en vano; la mendiguilla no abre los ojos, está rígida, helada, ya no se levantará más; ya la mató la nieve; se tardó tanto el ladrón, que primero vino la muerte. No despertará por no sentir el hambre, ni el frío, ni la soledad, ni la desdicha.

Pues así, como el jugador del poeta, salgo muchas veces de la literatura; he apostado y perdido mi última metáfora, el último endecasílabo que me quedaba, la postrera frase que tenia, los doblones de un poema, el luis de un soneto, el escudo de una redondilla; nada me queda y voy desesperado, imaginando recursos y abriendo tomos, en busca de una imagen con que pagar mis deudas.

De pronto, al volver una página, al levantar los ojos al cielo, al ver cruzar un pájaro, miro el luis de oro—el tipo, la frase, la estrofa—y se lo hurto á la nube, al libro, al ave, que como la blonda mendiga de Coppée no saben lo que tienen. Juego—¡por su puesto! —y gano á veces, no sin grandes sustos y desconfianzas; mas á la postre, vuelvo á quedar tan pobre como siempre, porque en esta banca literaria todos entran ricos y salen miserables. No trato, por consiguiente de volver con creces lo robado; antes torno á cometer el delito cada vez que encuentro oportunidad y es necesario. Bien quisiera decir á los que me ven llegar á la mesa de juego con el reluciente luis de oro, y echarlo á rodar con indiferencia sobre el tapete: caballeros, esta moneda no es mía, me la encontré en el arca de bronce de Hugo, en el saco de viaje de Byron, en el *pequeño vaso* donde Musset bebía genio y absintio. Pero no lo digo, con la esperanza de ganar y devolver el hurto sin que nadie se entere de mi falta. Creo notar, sin embargo, que todos me miran con aire burlón y malicioso como si me quisieran decir que están en el secreto. Como me urge jugar, me veo obligado á dármelas del desentendido y del inocente. ¡Eh! nada me importa, que cuando no hallo á mano el luis de oro entre los alejandrinos franceses ó el viejo tesoro de nuestros prosadoros, apuesto uno mío, poniéndole con aparente desfachatez, pero con exquisito cuidado sobre el tapete verde. Aquí, para nosotros, confesaré que soy monedero falso; suelo tener buenos troqueles mas no metales preciosos; de suerte que, á hurtadillas, fabrico mis luises con viejos latones, con estaños teñidos, con ruedas de plomo—ahora está de moda, como en los viejos tiempos de la alquimia, estudiar la fabricación del oro!—y me paso las horas muertas pidiendo los relieves, aclarando los bustos, igualando y abrillantando los dorados.

Algunas monedas no me salen tan mal; la prueba es que no me las rechazan al instante; mas para asegurar os de que las hice, restregadlas, sonadlas..... ¿No es verdad que son falsas, caballeros?

Hoy arrojo este luis, encontrado á la ventura en el rincón de mi memoria: de domingo á domingo se tiende la semana, como de margen á margen de un río, se encorva un puente.

***

Hay semanas tristes, semanas solitarias, que infunden pavor y llenan el ánimo de melancolías. Hay semanas que son el *Puente de los suspiros*. Encajonadas entre los sucesos, unen lo presente y lo porvenir, con su arco de piedras negras, en las que resaltan tétricos y fantásticos labrados. Por abajo corre, obscura y quieta, como un canal de Venecia, la corriente de la vida. A lo lejos vienen, bogando, las góndolas enlutadas en que viajan los abatidos desengaños ó que sirven de ataúd flotante á esas vírgenes muertas: las esperanzas. Entonces mi crónica se pone triste como una enamorada que ve pasar la hora de la cita.

En cambio, en las semanas alegres y festejosas, en las que atraviesan altas y ligeras, como un puente colgante, como el puente de Brooklyn, el bullicioso brazo de mar de la existencia, surcado de navíos empavesados, me place adornar la crónica, hacerla estrenar vestido nuevo, ataviarla con guiñapos y colomiés, darle el encargo de que componga trofeos, cuelgue oriflamas é improvise arcos de triunfo para que pase el suceso sensacional. Tomo el goce, la animación y el entusiasmo de la atmósfera satinada de alegría. La existencia me compromete; me obliga á expresarme en un idioma menos burdo y hasta me aconseja las palabras que debo usar.

***

¿Esta semana ha sido alegre? ¡Ah, no! La fiesta de los Reyes, infantil y cándida, no hace ruido, pasa sin hacer ruido. Los ángeles descienden de sus esquifes azules cargados de luces y de juguetes á dejar la ofrenda celeste: los recibe un coro de carcajadas inocentes...... Después, todo vuelve á la misma monotonía. El encanto se desvanece pronto....

***

¿Alegre por la ópera? Un poco. El *Baño de Diana* y *Charivari* han perdido terreno. Fué semana de *Fausto;* y la música de Gounod hecha de cantos idílicos interrumpidos por la risa histérica de Mefistófeles, es una divina historia de amor. Es nuestra propia historia.

La semana de la presentación de una tiple dramática: la señora Rossi.

Es la Rossi una mujer bella y apasionada, cuya robusta hermosura se presta á maravilla, para interpretar esas heroinas frenéticas y locas de amor, que, como la Amelia de *Baile de Máscaras*—ópera en que la cantante hizo su debut—lo sacrifican todo: el honor, la ventura y la riqueza, por un beso. La voz de la Rossi es clara y fresca.

Ella, el tenor Avedano, y el barítono Ferrari han sido los triunfadores en estos siete días.

***

¿La semana ha sido alegre? Una semana gris y sin accidentes como el desierto. Hay invierno en la tierra y en las almas.

Sólo que nuestro invierno no es triste, no es de nieve; pero en los jardines públicos las hojas secas cantan el monótono estribillo de una balada triste.

Política General.

RESUMEN.—FRANCIA É INGLATERRA.—LA PREDOMINANCÍA SOBRE EL MAR.—EL MINISTRO CHAMBERLAIN Y LA POLITICA DÉ ALFILERAZOS.—SIEMPRE EL CONFLICTO POSIBLE.—LA AGITACIÓN MONÁRQUICA EN FRANCIA.—LOS ORLEÁNS Y LOS BONAPARTE.—LA REACCIÓN Y LA REPÚBLICA.—LA DEMOCRACIA EN PIÉ.—LA POLÍTICA AMERICANA.—LA RESISTENCIA FILIPINA.—AGUINALDO EN ILO ILO.—NUEVOS COMBATES.—CONCLUSIÓN.

Hace más de un siglo que el célebre ministro inglés Mr. Pitt, que tanto contribuyó á la grandeza de la Gran Bretaña, exclamaba: «todo lo que logremos alcanzar como potencia marítima depende del daño que causemos á la marina francesa.» Han rodado los años, han cambiado los tiempos, y el pueblo y el gobierno, que fundaron su poder naval sobre las ruinas y con los despojos de la *Armada Invencible* de Felipe II, siguen buscando su engrandecimiento á expensas de sus vecinos.

Ha visto coronadas por el éxito sus reclamaciones sobre Fachoda; ha logrado establecer su autoridad suprema sobre todo el valle del Nilo, desde la imperial Alejandría hasta las ignotas fuentes del Bahr-el-Abiad y el Bahr-el-Ghazal, desde las fértiles tierras donde domina en nombre del Jedive hasta las regiones bravías de los fanáticos dervises; ha tendido sus paralelas eficaces para unir sus dominios sudaneses con los ricos territorios de Victoria-Nyanza y abrir el camino á la tierra de los matabeles y la Colonia del Cabo. Nadie por ahora le disputa el predominio sobre el Continente Africano, y va con paso firme á la realización de sus ideales.

Mas no le basta á sus planes ni satisface sus ambiciones la retirada de Marchand, no se conforma con sus triunfos diplomáticos que ha asegurado en el Africa la espada de Kitchener: mientras se manifiesten las vitales energías de Francia, mientras la joven república concentre su actividad en el mejoramiento de su marina, y aparte los ojos doloridos de los acontecimientos interiores que exaltan el sentimiento *patriotérico* de unos cuantos, para fijarlos en asuntos de mayor interés, para dar respetabilidad y prestigio al nombre francés en el extranjero, no descansará la secular rival y buscará por todas partes y en cualquiera ocasión motivos nuevos de conflicto, causas de choque para la lucha esquivada prudentemente de una parte y anhelada con insistencia de la otra.

***

No pudo ser por causa de Fachoda, pues se busca razón de la sinrazón en el Extremo Oriente; habla la Rusia y manifiesta su resolución de apoyar á su aliada en sus reclamaciones sobre los ferrocarriles de Sangai, pues se resucita la antigua disputa sobre las pesquerías de Terranova, se discute la validez del viejo tratado de Utrecht que concedía derechos precisos á Francia y se abroga facultades que nadie le ha concedido. No parece sino que á la Gran Bretaña le corre mucha prisa por encontrar provocaciones nuevas que acaben en contienda armada. Más categórico que Pitt en sus pretensiones Sir Joseph Chamberlain, el gran ministro de las colonias, el más inquieto de los miembros del gabinete de Salisbury, cuya herencia espera recojer, no descansa en sus ataques y es infatigable en sus maquinaciones contra la que llama enemiga tradicional de Inglaterra.

No hay que perder tiempo. La arrogancia británica ha despertado la suspicacia de las grandes potencias, y hay que apresurarse á dar el golpe antes que los grandes créditos señalados ya para reforzar las probables escuadras enemigas sean aplicados á su objeto, y se encuentre la que se llama dueña y señora de los mares con una combinación naval superior á las fuerzas de que ahora puede disponer.

Que haga bien sus cuentas antes de lanzarse en ese camino de aventuras, que mida bien las fuerzas que pretende arrollar, porque es posible que en la resistencia encuentre su rival odiada elementos suficientes para inferirle una derrota de la que muy tarde se curaría, por virtud de ese santo egoísmo que ha sido últimamente su lema en su política de espléndido aislamiento.

***

Y en tanto por afuera un odio secular prepara á Francia sangrientos conflictos, en el interior hay quienes se empeñan en hacer creer que la tormenta se aproxima, y que las agitaciónes *dreyfusista y anti-dreyfusista* son capaces de hacer vacilar y derribar el orden constituído. Háblase con frecuencia de manejos de los Orleáns y de los Bonaparte; pronúnciase como una amenaza la palabra reacción monárquica; y como una especie de conjuro contra los que hablan de justicia á favor del infeliz condenado de la Isla del Diablo, se pronuncia la tremenda palabra, revolución política, á la cual contestan los exaltados con otra no menos fatídica, revolución social.

Y es que en el estado de excitación á que han llegado los espíritus, á la temperatura candente á que se han caldeado los ánimos, las imaginaciones sin freno se dejan llevar de ardientes devaneos y vuelan en alas de la quimera, agujoneados por un patriotismo hasta morboso.

¿Qué es lo que aparta á los franceses en dos bandos? Un espectro sombrío que vaga solitario en una isla desierta, marcado con el estigma de los réprobos. ¿Qué los divide en dos grupos exaltados? El concepto de la justicia fundado en la autoridad de la cosa juzgada. ¿Por qué tantos arrebatos y tantas exaltaciones? Por que unos se empeñan en ver un culpado donde los otros pretenden contemplar la figura venerable de un mártir. ¿De qué modo ha estallado el motín? Porque los defensores de Dreyfus, los que buscan su rehabilitación legal, lanzan sus acusaciones contra algunos representantes del ejército, y los que afirman de modo indiscutible la culpabilidad del excapitán, pretenden que el ejército sea como la mujer de César, libre hasta de una sombra de sospecha.

***

Y en este choque de opuestas y contrarias ideas corre el revuelto torrente de la opinión, donde quieren pescar los que sueñan con reacciones imposibles. Giran en torno del poder, y quizá no son extraños á las agitaciones populares, los herederos del dos de Diciembre y los buenos legitimistas; los que resbalaron en Sedán y entregaron su espada en el castillo de Belleville, y los que reunen por absurda herencia

los derechos de Felipe Igualdad, el convencional, y los derechos del hijo de San Luis á quien tocó pagar en el cadalso los errores de sus antepasados. Los sobrinos del César de las Tullerías y el hijo del Conde de París espían ansiosos el momento propicio de provocar una reacción en la tierra que fecundó Gambetta con su palabra y electrizó Hugo con sus estrofas.

Vano intento. Veintiocho años de régimen republicano han enseñado al pueblo y le han abierto vastos y dilatados horizontes. Francia que vió, sin inmutarse, espirar en el destierro al ilustre conde de Chambord, severo y magestuoso representante de la monarquía tradicional; que recibió en su seno, con todos los honores de su alto rango en el ejército, al héroe de Argelia, al Duque de Aumale, sin que se elevara una sola nota discordante; que vió morir sin pestañear al Duque de Nemours, y ha reído con las proclamas del Duque de Orleans, y mira discurrir como sombra de un régimen pasado para siempre, por los jardines de las Tullerías, á la anciana emperatriz Eugenia; Francia que ha visto fortalecido su prestigio y su grandeza al amparo del pabellón de la República, no retrocederá en su camino. Tres ministerios se formaron durante el pasado año. Mélline, Brisson y Dupuy, sucesivamente en el poder, han sabido sostener la bella tradición republicana, rindiendo culto á la justicia. Aún hay elementos de vida y energías bastantes en ese pueblo para resistir los embates de la reacción, y de ella saldrá incólume la República á pesar de la racha de ambiciones que cruza asoladora sobre el suelo francés.

* * *

Aún no se pone á discusión en el Senado americano el tratado de paz formado después de las conferencias de París, y ya comienza el gobierno de Mc Kinley á experimentar las dificultades anexas al establecimiento de su autoridad en el imperio colonial que acaba de adquirir. Juzgando inútil y estéril la resistencia en Ilo-Ilo al empuje de los insurrectos tagalos, el comandante español, general Ríos, abandonó la plaza, dejando al ejército americano el trabajo de reconquistarla. Aguinaldo desaparece en son de fuga de entre sus huestes de Cavite, y vuela á clavar su bandera sobre los abandonados muros de la capital de las Visayas.

En vano llama el general Otis á todos los habitantes del Archipiélago para que se congreguen pacíficamente en torno del pabellón de las estrellas, para unir las fuerzas vivas del país en la gran tarea de constituír un pueblo digno de las postrimerías del siglo y de la gran República Americana.

En vano el Presidente McKinley lanza una proclama amistosa para anunciar á todos los filipinos que el pueblo americano entra con carácter pacífico y civilizador en el Extremo Oriente, y ofrece libertades en nombre de la democracia americana.

La resistencia tendrá que ser ruda y tenaz; ya se pronunció entre aquellos hombres la palabra mágica, independencia, y difícilmente renunciarán á sus sueños; se han creído capaces de gobernarse por sí mismos, y ya establecen gobiernos y organizan parlamentos, donde se oyen los ditirambos demagógicos con que se encantan los pueblos recién nacidos á la vida autonómica.

Pero si la resistencia de los tagalos puede ser ruda, la resolución de los americanos es hasta ahora firme y decidida, y desgraciadamente habremos de presenciar una lucha desigual.

Para pasar en corto tiempo del estado primitivo en que viven algunas tribus del Archipiélago al estado civilizado, necesítanse los esfuerzos dolorosos de la lucha. Destino cruel de la humanidad, que no puede alcanzar el progreso sino mediante el choque y el conflicto, la sangre y el dolor.

X. X. X.

6 de Enero de 1899.

LA ADIVINACION

DEL PENSAMIENTO

MARAVILLAS Y SIMPLEZAS.

Escudriñar el porvenir, adivinar lo ignorado, descubrir y dilucidar las leyes misteriosas que rigen al mundo, son en el hombre anhelos infinitos como su ambición, irrefrenables como sus pasiones. Poder leer en el alma, penetrar hasta el fondo del corazón, contar las palpitaciones de la pasión y adivinar cómo los hombres piensan y sienten, qué impulsos los animan, qué ideas los gobiernan; saber á ciencia cierta y á punto fijo si se nos ama, si se nos odia, si el espíritu ageno piensa lo que aparenta y siente lo que finge; descifrar á través de las paredes mudas é impenetrables de la caja craneana el mundo de aspiraciones, de ensueños, de pensamientos, de goces y dolores que se agita y hierve en el cerebro de los demás hombres, es la más seductora de las empresas y la más atractiva de las pesquizas, y suponiéndola lograda, el hombre dejaría de ser hombre para transformarse en semidios.

Imposibles entonces la felonía ni el engaño, imposibles el dolo y la hipocresía; Yago y Falstaff desenmascarados, Luis XI y Richelieu revelados; Napoleón y Luis XIV en la evidencia; la marcha de la humanidad modificada, no habría lugar en el corazón del hombre sino para la virtud, ni habría para la sociedad más que bienestar y prosperidad.

Pero si la solución del problema sería grandiosa en sí misma y altamente benéfica para la humanidad, el problema es hasta la presente insoluble y la terrible incógnita se yergue imponente, altiva, misteriosa, como desafiando la inteligencia y el poder humanos.

Cuando el hombre desea vivamente una cosa, téngase por cierto que ó la alcanza ó finge alcanzarla; que si no encuentra la solución la finge, y que si no llega á la verdad la forja ó la inventa. En la incapacidad de preveer realmente el porvenir, de vaticinar el futuro, de leer en el espíritu, como en un libro abierto, el pensamiento disimulado ó la pasión oculta, el hombre ha inventado las Pitonisas, los Djorghis y Faquires, los sonámbulos lúcidos, que leen á través de los muros, que escudriñan los arcanos del porvenir, que se impregnan del pensamiento mudo de los demás hombres, y que revelan y descubren los secretos más misteriosos, los arcanos más impenetrables y predicen con seguridad y sin vacilaciones los sucesos más remotos en el tiempo y en el espacio.

La observación y el estudio han revelado en el fondo de todas esas adivinaciones, ó malévolas y deliberadas supercherías, ó ilusiones engañosas de que son víctimas, lo mismo quien las experimenta que aquél á quien se comunican.

La gran superchería sibilina consistía en la forma ambigua, simbólica é indescifrable de los augurios. Consultado el oráculo, había todavía que investigar laboriosamente qué fué lo que quiso decir, que interpretar el sentido de la frase y claro está! que siempre se interpretaba en el sentido de los intereses propios, de las aspiraciones personales, de las preferencias de cada cual; á cada paso se encontraba falso el augurio, pero entonces quedaba el recurso de interpretarlo de otro modo salvándose así la reputación de la sibila. La índole de la lengua latina se prestaba maravillosamente á este género de sport, por medio de la declinación y del hipérbaton. Había palabras cuyo acusativo era idéntico al nominativo; no era posible, pues, saber cuál era el sugeto ni cuál era el atributo de una proposición, y si en español, por ejemplo, el orden de los términos indica por sí sólo el sugeto ó el atributo, en latín la alteración sistemática del orden de las palabras no permitía esa distinción. Así, si preguntada la sibila quién vencería en la guerra, contestaba: *Credo hispanos vicisse galos;* su respuesta lo mismo quería decir: *Creo que los hispanos vencerán á los galos*, que: *Creo que los galos vencerán á los hispanos.* Ante esta contestación cada cual creía lo que le parecía, y realizados los sucesos, siempre había manera de probar que el oráculo había predicho bien.

No recuerdo, en español, más que un detestable dístico que realice esa forma de ambigüedad en el lenguaje:

Desde lejanos países Angelita
Te saluda esta noche Manuelita.

En el que no se sabe si es Angelita la que saluda á Manuelita ó al contrario, todo es cuestión de puntuación, al escribirlo, ó de entonación al recitarlo.

Los espiritistas, modernos oráculos, proceden en forma análoga; responden generalmente en forma simbólica y no directa, con ambigüedad y no categóricamente, por parábolas é imágenes y nunca clara y terminantemente. Preguntáis: ¿Me sacaré la lotería? y os contestan: Al César lo que es del César; libre sois de interpretar que os la vais á sacar, porque bien merecida la tenéis y mucho la necesitáis, y por consiguiente, vos sois el César á quien La Fortuna ha de dar, en justicia, lo que le corresponde merece ó necesita. Si no os sacais nada, que es lo natural, el espiritista os responderá que el espíritu no se equivocó, que al decir: *al César lo que es del César*, quiso precisamente indicaros que no tendriáis más que lo que merecen los ilusos, los que confían en el azar y creen en la fortuna: el desengaño; que continuais siendo el César de la ilusión y habéis recibido lo que merecíais, un solemne chasco.

Los protestantes, en todas las circunstancias solemnes de la vida, consultan la Biblia é interpretando como les parece el primer versículo que les cae á la mano, toman un partido y preveen un suceso. Un metodista, demos por caso, vacila en casarse; abre la Biblia y lee que Abraham tomó á Isaac y lo llevó al campo y alzó sobre él la cuchilla homicida y entonces aparecieron una zarza ardiendo y un corderillo, y se oyó una voz y dijo... y Abraham sacrificó al corderillo etc. Nuestro metodista infiere á su gusto que se debe casar, que aquello quiere decir que los peligros, zozobras, dolores etc, del matrimonio son aparentes ó ilusorios como el sacrificio de Isaac y que á última hora habrá un corderillo ó chivo expiatorio que pagará los vidrios rotos y que la zarza ardiendo significa el calor del hogar. Se casa, le va mal, su mujer lo hace desgraciado; entonces comprende que interpretó mal, que Isaac, que parecía ir al sacrificio, al dolor y á la muerte, no es él, sino su mujer, y que el corderillo que vino á pagar el pato es él; y todo queda arreglado con la misma facilidad que antes, gracias á la ciencia de la interpretación, más elástica que el hule, y más maleable que la cera.

En los últimos tiempos se ha desatado por esos mundos de Dios y con bandera de hipnotistas, un enjambre de adivinadores del pensamiento, de practicantes de la sugestión mental, que encuentran los objetos perdidos menos cuando son ellos quienes los pierden; que adivinan el porvenir ajeno y nunca el propio; que preveen el destino humano y no el ingreso en contaduría; que descubren las infidelidades de las mujeres de los demás é ignoran siempre las de su cara mitad.

Los fenómenos que producen, las proezas que realizan son, en general, vistosas, brillantes, sugestivas y convincentes; espectador hay que entra escéptico y volteriano, y sale convicto y confeso y tiene pesadillas toda la noche, porque *la medium* generalmente es *la* y es hermosa—encontró su lapicero bajo de una escupidera ú obedeció al mandato de apagar una bugía del piano.

Como prestidigitación, como recreo, como medio honesto de vivir de los operadores, nada hay que decir de estos ejercicios; pero es fuerza prevenir el ánimo del público contra las creencias infundadas, contra las supersticiones frecuentes, contra las convicciones insostenibles á que esos espectáculos pueden dar lugar.

La apariencia estupenda é inaudita de los experimentos de este género, nada prueba en favor de su origen sobrenatural y sí mucho en pro de la habilidad de los operadores. Hace años Fay y Keller produjeron casi una conmoción social. Se hacían atar sólidamente con cuerdas contra una silla; así ligados de piés y manos y *en la mas absoluta imposibilidad de moverse*, hacían oscurecer el teatro y acto continuo comenzaba una zarabamba infernal, sonaban campanas, panderetas, guitarras, cadenas; luces fosforescentes surcaban la oscuridad...... *Fiat lux!*......y el operador aparecía atado, inmóvil, en la actitud en que se le había dejado. El hecho causó una impresión fenomenal; los espiritistas se abonaron en su activo aquellos prodigios; la prensa religiosa se conmovió; habló del arte del Diablo, de magia negra, de *brujismo*, herejía y exitó al público á no concurrir más á aquel *sábado*. Amenazados en sus intereses Fay y Keller manifestaron que en sus experiencias no había brujería, ni espiritismo, ni nada sobrenatural, sino habilidad y prestidigitación, y el Conde Castiglione lo probó, poco después, repitiendo en plena luz los mismos prodigios.

Pero ni éste, ni veinte mil chascos más, bastarán á escarmentar á los crédulos y todavía hay quién siga creyendo en espiritismo, sugestión mental y adivinanza del pensamiento.

¿De qué medios se valen los experimentadores para producir la ilusión de la adivinación, de la doble vista, de la sugestóin mental? De muchos y variables, según el caso, y vamos á dar idea de algunos. Cumberland, predecesor de Bishop, encontraba los objetos perdidos haciéndose guiar por quien los había ocultado sin que el guía tuviera conciencia de ello. Experimentando en París, Garnier, el arquitecto de la Opera, sospechó el procedimiento y acto continuo repitió las experiencias.

Aldo Martini y Balabrega tenían un ingenioso telégrafo de palabras usuales con sentido convencional; so pretexto de recomendar á la *medium* el esmero y la atención en las experiencias, pronunciaban las palabras cabalísticas y adecuadas y la *medium* ejecutaba lo que disimuladamente se le mandaba,

En una sesión privada vimos emplear un telégrafo muy grosero. Mandado un acto á la *medium*, ésta se ponía en pié y empezaba á andar; si seguía el buen rumbo se la dejaba hacer: si se extraviaba, el hipnotizador comenzaba á decirle: Fíjate en lo que haces; pon cuidado; no has leído bien en mi espíritu, etc.; á cada indicación la *medium* modificaba sus actos; el silencio del sugestionador le indicaba que todo marchaba bien y en caso contrario, con sus recomendaciones de atención y cuidado, la conducía como se lleva de la rienda á un caballo.

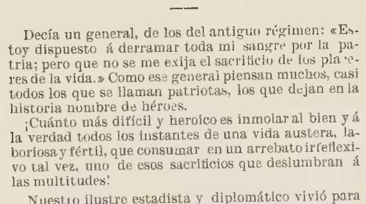
Invitados á mandarle hacer algo, pedimos al hipnotizador le sugiriera un acto sencillísimo: que bostezara. El operador finge sugerirla, la *medium* se pone en pié y echa á andar; el hipnotizador le va á la mano diciéndole ¿por qué te paras? á lo cual replicamos nosotros ¿por qué no se ha de parar y andar si lo que hemos mandado lo mismo puede hacerse de pié que sentado y andando, que en reposo? Desde aquel momento la *medium* quedó como clavada en su sitio y no hubo poder humano que bastara á hacerla obedecer ni ejecutar lo mandado.—Que tosa—que ria—que suspire.... nada, hubo que dar por concluida la sesión; roto el hilo telegráfico ya no hubo lucidez, ni adivinación, ni sugestión mental.

En otra ocasión una *medium* cerró los ojos, se aplicó sobre los párpados cerrados dos pelotas de al-

Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.

Cuadro por Luis Gash. CANCION ARABE. *Fot. de Luis C. Sandoval.*

Cuadro por Juan Peyró. BODA EN EL PUIG (VALENCIA. *Fot de Luis C. Sandoval*



Don Roman S. de Lascurain,
Director de la Academia Nacional de Bellas Artes

El Sr. Lic. Don Matías Romero,

PRIMER EMBAJADOR DE MEXICO EN WASHINGTON.

Decía un general, de los del antiguo régimen: «Estoy dispuesto á derramar toda mi sangre por la patria; pero que no se me exija el sacrificio de los placeres de la vida.» Como ese general piensan muchos, casi todos los que se llaman patriotas, los que dejan en la historia nombre de héroes.

¡Cuánto más difícil y heroico es inmolar al bien y á la verdad todos los instantes de una vida austera, laboriosa y fértil, que consumar en un arrebato irreflexivo tal vez, uno de esos sacrificios que deslumbran á las multitudes!

Nuestro ilustre estadista y diplomático vivió para la Patria; sus servicios fueron constantes é ininterrumpida su tarea desde que se reveló su vocación.

Como economista y diplomático, el Sr. Romero deja en la historia nacional huellas profundas: su espíritu selecto abarcó todos los problemas vitales de nuestra reorganización y su gran carácter persiguió sin desmayos un ideal, hasta morir, en su puesto y con la vista siempre fija en el porvenir.

Fué un liberal, pero sus ideas, su obra, su vida entera, no se encerraron en el esclusivismo de un partido; no aprovecharon sólo á un grupo, sino á la patria, á la humanidad, al progreso.

Para apreciar el valor de un hombre es preciso observar lo que encontró al venir al mundo y las transformaciones que operó con su esfuerzo. Todos los contemporáneos lo dicen y la historia lo confirmará. Romero fué un agente poderoso del adelanto nacional.

Sr. Eduardo Luque.

godón, se hizo vendar con un pañuelo de seda; reforzó la venda con la mano aplicada sobre ella, y en esa situación leyó cuanto se le escribió en un papel. La sometimos á la siguiente prueba, hacerla leer por el revés del papel y no pudo conseguirlo; por manera que ella que veía á través de los párpados cerrados, el algodón, la venda y la mano, no podía ver á través de una hoja de papel. Convencidos de la supercheria, repetimos su experiencia, que todo el mundo puede hacer, y nos convencimos de que veía, no á través sino por bajo la venda; para ello le bastaba con la mano comprimir y aflojar la venda, levantar ligeramente con los párpados los algodones: debajo queda un campo visual en el que puede leer cualquiera sin ser *medium* ni estar hipnotizado.

El telégrafo de que se sirven algunos sugestionadores no es hablado, sino mímico, consiste en actitudes, en movimientos, en la posición de las manos y brazos, en la expresión de la fisonomía, que pasan inadvertidos para el público atento tan sólo á la *medium*. Con estas indicaciones y un poco de observación es posible, ya que no siempre sea fácil descubrir el truc, la artimaña de que no dejan de servirse los experimentadores.

Pero doy un consejo á todos los que lleguen á descubrirlo y es que nunca lo digan, ni menos aún lo demuestren. Ya hemos estado á punto de perder uno de nuestros mejores amigos porque invitados y llevados por él á una sesión de sugestión mental *para impedir que lo engañaran y se burlaran de él*, fueron sus propias palabras, le probamos que lo habían burlado y escarnecido.

Tal impresión le produjeron las experiencias, que jamás nos perdonó que hubiéramos probado perentoriamente, que todo aquello era una farsa. Y es que nada hay más doloroso que el desvanecimiento de un ensueño y que el hombre prefiere quedarse con la ilusión.

Dr. M. Flores

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

Cuadro por Germán Gedorius, hijo. AUTORETRATO. *Fot. de Luis C. Sandoval.*

CANCION ARABE.

CUADRO POR LUIS GASH.

Cuando el pobre Guy de Maupassant visitó Argel, tuvo la sensación de encontrarse en medio á un hervidero de sacerdotes de una secta austera y hierática, profundamente absorta en hondos pensamientos y eminentemente contemplativa.

Los árabes, en efecto, envueltos en sus albos y flotantes albornoces que les prestan aspecto monástico, constituyen un pueblo cuyos impulsos y cuyas actividades convergen siempre en la idea religiosa.

Mahoma está más adherido y ha penetrado mejor en el alma del árabe que Jesu-Cristo en la de los occidentales, y de tal suerte, que el árabe ha adquirido en todos sus hechos y en todos sus dichos un vigoroso sello de religiosidad.

Miradle cruzar, ginete en su dromedario bigiboso, las tostadas planicies del desierto y veréis que su actitud es la de un filósofo de la época teológica, medita sobre el árduo tema de la Esencia divina; cuando extiende al sol sus miembros de bronce y da reposo á su cuerpo enervado por la monotonía de los horizontes que le rodean, su mirada se abisma en quién sabe qué místicas visiones y su gravedad impasible no se desprende de él por un sólo momento.

Ni cuando ama suele sonreír el árabe.

Cuenta Maupassant que él vió en Argelia un sarao orgiástico organizado por un árabe jefe de tribu. Los hombres sentados en semicírculo, miraban á las bailarinas que ante ellos quebraban sus cuerpos impecables, con el caprichoso ritmo de la danza. Las muchachas eran bellísimas: circasianas de tez nacarada, argelinas de formas opulentas, españolas de ojos de fuego.

«Pues bien, —dice el escritor francés— ninguno de aquellos hombres sonreía. Miraban y asistían á aquella fiesta con una gravedad y un recogimiento que entre nosotros no se encuentran ni en los templos.»

* * *

Luis Gash ha sabido sorprender esa unción religiosa en el árabe que entona su canto en loor de la bien amada que apoya sobre sus rodillas la cabecita de gacela.

Esa acción sirvió de pretexto á Gash para derrochar colores en una proporción inaudita y oponiendo las tonalidades más fuertes á las tintas más suaves.

En cuanto al dibujo alma del trabajo pictórico puede calificarse de correcto sin pretender con ello que sea perfecto.

En la composición encontramos una falta: es difícil que, dada la situación del diván, sea llevadera la postura que guarda la odalisca.

La tensión de la pierna derecha, cuando el cuerpo se carga sobre este lado, no se soporta por mucho rato y he aquí por qué para quien ama el realismo en el arte, la odalisca de Gash guarda una postura convencional.

Por lo demás es un curioso cuadro de costumbres exóticas, que acusa talento y soltura en el pincel que lo hizo.

"BODA EN EL PUIG"
(VALENCIA) EN 1807.

CUADRO POR JUAN PEYRO.

Fortuny, el delicado y genial Fortuny, supo comprender maravillosamente los inagotables recursos que á un pincel elegido puede proporcionar el estudio de las costumbres de principio del siglo.

¿Quién no conoce «*La Vicaria*»? Ese portento de dibujo, de color, de vida y de genio, ha recorrido los ámbitos del mundo y apenas hay una mirada medianamente amante de lo bello que no lleve estereotipada, con todos sus detalles, aquella creación tan vigorosamense sugestiva.

Pues bien, la emoción que hemos experimentado cuando admiramos «*La Vicaria*,» vuelve á nosotros, casi con igual intensidad, si nos hallamos en frente del cuadro de Peyró que motiva estas líneas. ¿Cuál es el asunto? Un matrimonio, simplemente, un hombre y una mujer que se arrodillan delante del cura para recibir la bendición que habrá de unirlos para siempre, que habrá de ayuntarlos á iguales dolores y á iguales alegrías

En el altar resplandecen los cirios é iluminan, con la tremante claridad que produce la amalgama de la luz del día y de la luz de artificio, el austero perfil del padre cura que lee la famosa epístola conyuntiva. La novia inclina el rostro y lo oculta entre las albas blondas de la mantilla; el novio la mira de soslayo; los padrinos asisten á la ceremonia con toda la engullecedora conciencia de estar cumpliendo un encargo de pró.

Más atrás, la comitiva se esparce por toda la nave, impaciente porque la ceremonia concluya y porque el indispensable soplador de fanfarrias, que descansa cerca de la puerta, con sus instrumentos al lado, -dé al aire el desgrane de su yocunda melodía, que hará saltar, en rítmico abrazamiento, á mozos y mozas, sobre el césped y bajo los emparrados, en celebración del suceso.

Eso es todo y á fé que es bien sencillo. Pero miremos la obra del hábil pincelista y sentiremos una gran emoción estética.

Todo el cuadro está estudiado con maestría y reproducido de igual suerte, desde la ornamentación del altar hasta el gesto de las figuras, y apenas es posible imaginarse una perspectiva más perfecta. Es tan real la capilla, tan verdadera, que el espectador siente impulsos de avanzar por las frescas naves, de hollar las rosas que tapizan el pavimento, de empujar la calada reja y de salirse á la calle, atravesando los claustros que se adivinan extendidos más allá de lo que la luz del día y de los cirios alcanzan á alumbrar.

No de otro modo se percibe esa sensación de realidad, si nos fijamos en las figuras y las relacionamos con nosotros mismos. Diríase que son conocidos nuestros todos los que allí se encuentran: los traviesos monaguillos que conspiran una picardía en las gradas del altar, el sacerdote, los novios y los padrinos, aquellos viejos que evocan recuerdos de pasados días y charlan sentados en la banca del fondo, este chiquillo devotamente arrodillado ante una ceremonia que aun no entiende...... En fin, todos, todos viven, todos tienen un movimiento suspenso y dentro de un instante van á levantarse, van á sonreír, van á irse por la reja y nosotros con ellos, porque nosotros hemos llegado á conceptuarnos parte de esa curiosa comparsa nupcial. ¡Así vive el cuadro!

Su ejecución técnica, á nuestro juicio, nada deja que desear y es «*La Boda*» de Peyró uno de los cuadros que más nos han conmovido, que más hemos admirado, y sin disputa alguna, uno de los mejores que figuran en nuestra Exposición de Bellas Artes. Este cuadro, la «Madona Pontina» de Serra, el monaguillo de Benlliure, y el Papa de Villegas, bastarían para declarar que esta Exposición no ha tenido precedentes en México.

Creemos justo expresar aquí nuestro aplauso al señor don Luis C. Sandoval, que ejecutó la fotografía que ha servido para el fotograbado que damos hoy, pues si todos sus trabajos han sido buenos, este es verdaderamente admirable.

ARTISTAS DE LA OPERA DEL NACIONAL.

SRA. ROSSI. (*Véase «La Semana.»*)

AUTORETRATO
POR GERMAN GEDOVIUS, HIJO.

No vacilemos en decirlo claramente: reputamos á Gedovius como á nuestro primer pintor contemporáneo.

Discípulo de esa nueva escuela alemana que ha sabido adunar tan hermosamente el más genuino realismo y la más artística idealización, es Gedovius un artista moderno en el verdadero sentido de este atributo; es decir, de los que arraigando en positivas especulaciones, poetizan lo suficiente para dar á la *obra* el sabor grato á los paladares experimentados, ese sabor que constituye la eterna preocupación de quienes anhelan *vivir en los tiempos*. Ningún país más propicio para el laborioso cultivo del Arte sólido y real, como la vieja Germania. Hay en los espasmos de sus selvas quién sabe qué ecos rezagados de las apagadas trovas de los *minnesinger*; hay en la desbordante salud de sus campesinos el más elocuente reclamo de la omnipotente vida; suspiran misterio los murmullos del Padre Rhin á la par que proclama el rumor incesante de la industria, que hay algo imperioso y fatal que hostiga cada día más el espíritu humano, obligándole á ponerse pacientemente el torturante yugo de la tarea forzada.

En Alemania se sueña y se trabaja al propio tiempo. El ensueño va siempre acoplado con el vigor del cuerpo y con el justo aprecio de lo real y de lo sano.

De aquí la firme virilidad del Arte tudesco, ya sea que se manifieste en plástica, en color, en sonido ó en idea.

Gedovius tiene en su sangre gotas tropicales y llevó consigo un elemento más de victoria cuando fué á educarse á aquel medio.

En München humedeció sus pinceles, en ese München que es Atenas germánica y que ha dado ya mil florones al Arte moderno.

Cuando tornó á la patria, el pincel de Gedovius era ya magistral y hoy triunfa augustamente en nuestra XXIII Exposición Nacional de Bellas Artes, con gran contentamiento de quienes soñamos en el nacimiento del Arte en México.

Germán Gedovius es muy joven, y es seguro que su mano habrá de crear mucho todavía, pues—fiel á las tradiciones de sus maestros sabe trabajar y quiere ser prolífico.

El cuadro que hoy publicamos es magnífico. Retratóse el joven pintor al modo de Velázquez, haciendo gala de su dominio sobre las tintas bajas y de su exquisita fineza de dibujo.

No es, á nuestro juicio, este retrato lo mejor que ha presentado, y ofremos á nuestros lectores publicar próximamente más reproducciones de las magníficas obras de nuestro distinguido compatriota.

En el ánimo de todos los aficionados que han visto las actuales galerías de San Carlos, está que Gedovius puede exponar en cualquier parte del mundo y que su pincel dará mucho honor á su patria.

DON ROMAN S. DE LASCURAIN.

DIRECTOR DE LA ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES.

Digno de aplauso es el empeño con que el señor Lascurain ha organizado la Exposición Nacional de Bellas Artes que hoy debe inaugurarse.

Durante algún tiempo se habían interrumpido estos certámenes tan útiles, necesarios íbamos á decir, para la difusión de la cultura artística, y al decidirse la organización del que va á inagurarse, apoyó el señor Lascurain la feliz idea de permitir á los pintores españoles que enviaran sus obras *fuera de concurso*.

La Exposición de Bellas Artes, aunque nacional, ha podido gracias á los envíos de España, reunir un gran número de obras de mérito que serán un elemento de educación para los alumnos de la Academia y producirán á la vez el beneficio de elevar el gusto público.

EL SR. EDUARDO LUQUE.

Publicamos el retrato del representante de los artistas españoles que exponen en nuestro Certamen de Bellas Artss.

El Sr. Luque que es también un habil pintor, vino al país con la idea de que los artistas españoles enviaran trabajos á México y concurrieran al Certamen, y siendo dicho señor amigo personal de muchos de los pintores españoles, á él se debe en gran parte que el contingente español haya sido tan numeroso y selecto.

Felicitamos al Sr. Luque por el éxito que han obtenido sus gestiones, así como por el impulso que ha dado con su habil intervención á la propagación de la cultura artística de nuestro país.

EL PRIMER EMBAJADOR EN MEXICO.

EMBAJADAS Y EMBAJADORES
REGLAS DE LA ETIQUETA DIPLOMATICA.

La solemne recepción del primer embajador extranjero acreditado ante nuestro gobierno, hace oportuno que demos á nuestros lectores una explicación somera de ciertos principios, reglas y usos diplomáticos consagrados en las naciones que constituyen nuestra civilización occidental.

Desígnase con el nombre de agentes diplomáticos,

EXMO. GENERAL POWELL CLAYTON.

TENIENTE POWELL CLAYTON.

ó simplemente con el nombre de ministros, á los delegados de una soberanía que la representan ante otra soberanía extranjera.

Cuando las relaciones de los pueblos, y más aún las

que cultivan sus gobiernos, eran menos frecuentes, y estaban sujetas á mayores contingencias que hoy, las misiones diplomáticas se confiaban á *embajadores* especialmente nombrados para uno ó varios asuntos.

Mas cuando hubo de adoptarse el uso de mantener misiones diplomáticas permanentes, la práctica general fué creando diversas clases de agentes que difieren, ya en cuanto á su categoría, ya por la naturaleza de las funciones que deben desempeñar.

Desde la paz de Utrecht, época en que se generalizó la necesidad de las relaciones internacionales contínuas entre los diversos Estados de Europa, basta la reunión del Congreso de Viena, más de un conflicto serio fué motivado ó pretextado por disputas acerca de la respectiva importancia de los agentes diplomáticos que con diversos nombres representaban á los Estados soberanos en las cortes europeas.

A fin de fijar una regla segura sobre los derechos de precedencia y hacer más fácil la intrincada etiqueta diplomática, el Congreso de Viena y el de Aix-la-Chapelle, adoptaron en los primeros años de este siglo la siguiente clasificación que marca la categoría de los agentes diplomáticos, en la capital ó corte en que están acreditados:

1º Embajadores y Nuncios del Papa.

2º Enviados extraordinarios y Ministros Plenipotenciarios.

3º Ministros residentes.

4º Encargados de negocios acreditados cerca del Ministro de Relaciones exteriores.

La diferencia entre los agentes de la primera categoría y los demás, consiste en que sólo aquéllos tienen *carácter representativo*, esto es, que aún prescindiendo de su misión diplomática y fuera de ella, *representan personalmente* al soberano de quien dependen y son acreedores á un tratamiento adecuado al carácter que les da su *representación*. Consecuencia de esto es que puedan negociar directamente con el jefe del Estado, sin la intervención del Ministro de Relaciones exteriores; los ministros, por el contrario, tienen que tratar todos los asuntos de su misión según las fórmulas de gabinete. Ciertamente, en nuestros días no es de gran importancia esa prerrogativa de los embajadores, ó al menos, tiene proporciones de poca significación si las compara á las de otros tiempos, cuando los soberanos no tenían taxativas constitucionales para las negociaciones diplomáticas.

Los embajadores son extraordinarios y ordinarios, ya por el carácter de la misión que se les confía, ya por la duración de su permanencia en el país extranjero en donde están acreditados. Hoy lo común es que tomen los embajadores el carácter de extraordinarios no por la naturaleza de su encargo, sino porque el tiempo en que han de desempeñarlo no se determina ni se limita á un período fijo de antemano.

* * *

Los embajadores, como todo agente diplomático, reciben de su gobierno una *credencial* en la que se determina su carácter y las facultades de que están investidos para tratar con el soberano extranjero.

Al llegar al país de su destino, ó mejor dicho, á la capital de éste, notifican al Ministro de Relaciones exteriores su arribo y le envía copia de sus credenciales, solicitando por conducto de ese Ministerio, la audiencia solemne para presentarse al soberano ó jefe del Estado y entregarle las cartas que lo acreditan como embajador.

Ordinariamente esta audiencia es pública y aunque el ceremonial difiere en los diversos países, y es más ó menos aparatoso, según sean éstos monárquico-tradicionalistas, constitucionales ó republicanos, ha habido ó hay ciertas prácticas comunes que en algunas naciones europeas se reducen á las siguientes fórmulas.

Señalado el día para la audiencia, el rey ó presidente rodeado de la familia real de los príncipes de la sangre, en el primer caso, y de los ministros y altos funcionarios, espera sentado ó de pié al embajador, el cual penetra al salón por una puerta que se abre de par en par: hace tres reverencias antes de llegar al estrado, bajo cuyo dosel está el jefe de la Nación; éste se cubre y hace indicación al embajador para que también se cubra.

Cuando el soberano no está de pié, el embajador se sienta, pues no podría decorosamente representar á otro soberano en actitud de inferioridad ante el que viene acreditado. En Turquía surgió un incidente diplomático hace dos siglos porque el gran visir no quería que su sitial estuviese al mismo nivel que el del embajador de Francia, y como era de esperarse la cuestión hubo de resolverse favorablemente á la alta dignidad y representación de los embajadores.

Leídos á dichos de memoria los discursos de estilo, el embajador hace ademán de entregar al soberano y entrega de hecho al Ministro de Relaciones sus credenciales.

En las cortes donde la reina es soberana, el embajador no se cubre, limitándose sólo á hacer seña de cubrirse con lo que indica su *representación* de otro soberano.

EL EXMO. GRAL. POWELL CLAYTON Y SUS SECRETARIOS,
en el balcón de la Embajada de los Estados Unidos después de la solemne recepción. [Fot. de "El Mundo"]

* * *

El cargo de *introductor de embajadores* fué creado por Enrique III de Francia á fines del siglo XVI. En donde no hay individuo especialmente designado, desempeña ese cargo el gran chambelán ú otro alto personaje de la corte.

En coche del Estado viene el Embajador al Palacio, con el cortejo que se acostumbre, y escolta, como si se tratase del soberano; puede caminar en coche de seis caballos y llevar consigo á los secretarios de la embajada en los coches de ésta.

La precedencia del embajador en las cortes lo pone sobre cualquier funcionario del Estado y sólo cede el paso á los príncipes de sangre real. Aún los príncipes reinantes le son inferiores en precedencia si su soberano es superior á ellos; por ejemplo, si tiene título de rey ó emperador ó es una República respetable.

Naturalmente todo lo que hemos dicho se refiere á una *tradición común monárquica*, que se ha alterado más ó menos y que tiende á desaparecer en lo que tiene de aparatosa, subsistiendo solamente inalterable la precedencia de los embajadores sobre los otros agentes diplomáticos y los honores que se le disciernen como á *representantes personales* de una soberanía.

Esto explicará á algunos el por qué se ha ordenado que al Embajador de los Estados Unidos se le hagan los mismos honores militares que al Presidente de la República, permitiéndole pasar en coche por la puerta de honor de los Palacios Nacionales. Se ve, pues, que aún simplificado hasta lo último el ceremonial, como tenía que ser en un país republicano y democrático, subsisten y se aplican las reglas de cortesía fundamentales, es decir, las que no pueden negarse en ningún país culto á los soberanos ó jefes de Estado de las naciones amigas.

Nuestro Embajador en Washington y el Embajador de los Estados Unidos del norte.

El Gobierno de México decidió elevar la misión que tiene en Washington á la categoría de Embajada, y correspondiendo á esa determinación, el Presidente McKinley promovió al Ministro de los Estados Unidos en nuestro país al rango de Embajador.

El día 3 del actual debía haberse celebrado simultáneamente en México y Washington la recepción solemne de los respectivos embajadores; mas un acontecimiento que entristece hondamente á nuestra patria, la muerte del Sr. Romero, impidió que nuestro digno representante coronara con el honor que se le había otorgado su meritísima y gloriosa carrera diplomática.

El Embajador de los Estados Unidos, en el discurso que pronunció ante nuestro Presidente en el acto de presentar sus credenciales, hizo del Sr. Romero sincero y cariñoso elogio. Decía el Sr. General Clayton:

«Señor Presidente, esta ceremonia os hará pensar sin duda, como á mí, en otra de carácter análogo que se esperaba tendría lugar hoy, en la capital de mi país, pero que, por designio de la Providencia, no había de realizarse. ¡Ah! cuán inseguras son las espectativas humanas! ¡Quién habría podido anunciar que esa esperada ceremonia sería substituida por los fúnebres oficios del último domingo! Con razón se ha dicho que el hombre propone y Dios dispone.

Es un hecho que el Sr. Don Matías Romero fué en sumo grado empeñoso y fiel servidor de su país, y creo firmemente que sirve á Dios mejor quien mejor sirve á su patria. De aquí es que la muerte, ese augusto ministro, cuando penetró en la cámara de aquel patriota, no entró como enemigo sino como un amigo que fué á cortar las ligaduras que lo ataban á la tierra, y lo condujo á la presencia del Eterno Regulador que le deparaba recepción, al lado de la cual resultan insignificantes todas las ceremonias del mundo.

Ya antes he tenido la honra de transmitir á Vuestra Excelencia la profunda pena y simpatía que el Presidente y el Gobierno de los Estados Unidos experimentan con motivo de vuestro duelo nacional. Permítidme expresar mi personal sentimiento y tomar alguna parte en vuestro dolor, porque aquel cuya pérdida lamentan dos naciones, fué también mi amigo.

La recepcion.

Veinte minutos antes de las doce del día señalado para la recepción del General Clayton, llegó á la residencia del nuevo Embajador la escolta que debía conducirlo y con ella dos carruajes de la presidencia y uno del Sr. General Díaz. El introductor de embajadores, Sr. Ramón Pacheco, elegantemente uniformado, acompañó desde la oficina de la Embajada al General Clayton, ocupando con él uno de los coches que esperaban á la puerta; detrás venían el Sr. Fenton R. McCreery, primer Secretario de la Embajada, el Mayor Wm.

CANCILLERIA DE LA EMBAJADA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Lautaro Roca intérprete. P. M. Hoefele, Secretario Particular del Embajador. Hon. William Heimke, segundo Secretario. Hon. Fenton R. McCreery, primer Secretario. [Fot. de «El Mundo.»]

Heimke, segundo Secretario y el Teniente Powell Clayton, attaché militar.

El General Clayton vestía uniforme de Brigadier de los Estados Unidos, con las condecoraciones del Gran Ejército y cruz de primera clase de la Legión de Honor. Los dos Secretarios vestían traje de etiqueta y el attaché el uniforme de su grado: tanto el primer secretario como el teniente Clayton ostentaban la condecoración de la Legión de Honor.

La escolta partió á galope y con ella los coches de la comitiva, llegando á Palacio justamente cuando el reloj daba las doce. En el patio del Ministerio de Relaciones el batallón de zapadores formaba valla y al llegar el Embajador los soldados presentaron armas y la banda tocó el Himno Nacional. Como se vé, estos honores militares son los que corresponden al Presidente de la República, y por lo tanto, á un Embajador extranjero.

Como es costumbre en estos casos, el Señor Presidente esperaba de pié bajo el dosel del Salón de Embajadores, rodeado de sus Ministros y ante un público numeroso que limitaba una valla formada de Jefes distinguidos del ejército, y de los oficiales francos de la guarnición. También estaban presentes y ocuparon lugar distinguido las damas de la Embajada á quienes acompañó el Señor Capitán Díaz.

El Señor General Díaz vestía de negro, cruzábale diagonalmente el pecho la banda tricolor y sólo tenía una condecoración, la más valiosa para un veterano de la República, la Cruz de Constancia.

Al penetrar al salón el General Clayton hizo profunda reverencia que fué correspondida por otra del Jefe del Estado: á la mitad del trayecto que debía recorrer para llegar á la plataforma inclinóse de nuevo y por tercera vez cuando llegó á las gradas. Entonces se detuvo y cuando el Señor Secretario de Relaciones le hizo una indicación invitándolo á que subiese, lo hizo y con él subieron sus acompañantes.

Leídos los discursos y entregadas al Señor Presidente las credenciales y por él al Señor Secretario de Relaciones, el Embajador Clayton fué invitado para que tomara asiento á la derecha del Señor General Díaz.

Después de breve conversación retiróse acompañado del Gobernador de Palacio y del introductor de Embajadores, haciendo tres reverencias como al entrar al salón.

Los honores que se le hicieron al salir fueron iguales á los de su arribo á Palacio, de donde partió escoltado según hemos dicho, por cuarenta ginetes de la Gendarmería del Ejército.

EL EXMO GENERAL POWELL CLAYTON.

Una vez acreditado como Embajador, le corresponde al representante de los Estados Unidos el tratamiento de Excelencia y así debe designársele, según la etiqueta que prescribe el Derecho Diplomático.

El General Powell Clayton nació en Pensylvania, el año de 1833.

Recibió una educacion científica completa y después de obtener el título de ingeniero civil, se estableció en Loavonurth, Estado de Kansas, el año de 1855.

El año de 1857 fué nombrado ingeniero de esa ciudad y desempeñó su empleo hasta que se inició la guerra separatista. Entonces, el actual embajador de los Estados Unidos, organizó una compañía, con la que se incorporó al 1er. Regimiento de voluntarios de Kansas, obteniendo el grado de Capitán.

Durante la guerra fué ganando sucesivamente los grados de Capitán, Teniente Coronel y Brigadier general.

Al principio de su carrera militar sirvió en la infantería y luego pasó á la caballería.

Al concluir la guerra, el General Clayton se casó y compró una gran hacienda en el Condado de Jefferson, Estado de Arkansas, dedicándose á la agricultura hasta el año de 1868, en que fué elegido para el puesto de Gobernador de Arkansas.

Al terminar el perído de su gobierno, pasó al Senado de los Estados Unidos, y cuando expiró el término de su mandato, fijó su residencia en Little-Rock.

En 1882 se transladó con su familia á Eureka Springs para construir el ferrocarril "Eureka Springs," de cuya Compañía fué Presidente y Director, hasta que recibió el nombramiento de Ministro de los Estados Unidos en México.

EN LA EMBAJADA.

La casa que ocupa la Embajada de los Estados Unidos, está en la Avenida de Buenavista.

La sala de la cancillería es una pieza amplia y elegante con vistas al jardín del frente de la casa.

En las cabeceras hay banderas y escudos de los Estados Unidos y en los muros laterales, uno frente á otro, dos retratos: de Juárez y Lincoln.

Uno de nuestros grabados permite ver la cancillería de la Embajada en día ordinario de trabajo, con el personal ocupado en sus faenas cuotidianas.

Halagó sobremanera nuestra amor patrio ver en la mesa del Señor General Clayton la obra «México y los Estados Unidos» de DON MATIAS ROMERO.

Abrimos el libro y con gran satisfacción pudimos ver por innumerables señales, que esa obra es objeto de frecuente consulta y que aún después de muerto el SR. ROMERO sigue presidiendo y dando impulso con sus luminosas ideas al movimiento de aproximación y concordia en el progreso, de dos países ocultos, liberales y prósperos.

No bien llegó el Señor General Clayton al edificio de la Embajada después de la ceremonia oficial que se efectuó en Palacio, recibió al representante de EL MUNDO ILUSTRADO y al que envió EL IMPARCIAL.

El General Clayton es un hombre alto, de porte marcial y muy correcto y distinguido en sus maneras.

Después de haberse retratado con sus Secretarios y demás empleados de la embajada, á solicitud del representante de EL MUNDO ILUSTRADO, pasó á su despacho, en donde tuvo á bien darnos un autógrafo sobre el ilustre LIC. DON MATIAS ROMERO, á quien el General Clayton estimaba y quería grandemente.

En estos momentos en que nuestro país llora la muerte del primer Embajador mexicano en Washington, nos parece oportuno dar á conocer la opinión que del distinguido diplomático y gran estadista de México, tiene el representante de la Nación en donde murió el SR. ROMERO y en donde prestó tantos servicios á la Patria y á la muy noble causa de la fraternidad y buenas relaciones de las dos Repúblicas Hermanas.

* * *

Traducimos el antógrafo del General Clayton.

Dice así:

«Me pide usted una opinión sobre la diplomacia moderna y sobre el Señor Romero como diplomático.

Hela aquí:

«MAQUIAVELO,—hipócrita, artero, mendaz; representante de la diplomacia del siglo XV.

ROMERO,—franco, sincero, leal; modelo admirable del diplomático moderno.

Powell Clayton.

DE OPORTUNIDAD.

Recordamos á nuestros lectores que el hábil artista Sr. Luis C. Sandoval venderá un álbum de fotografías con los mejores cuadros de la Exposición de Bellas Artes. También venderá fotografías sueltas.

Dirigirse al expendio frente á la Academia de San Carlos y á la Fotografía Nacional (5 de Mayo y Alcaicería núm 6.)

"CARMEN."

ESTRENO DEL

Teatro de la Opera Cómica,

DE PARIS.

El nuevo Teatro de la Opera Cómica se estrenó con la «Carmen» de Bizet. No pudo haberse hecho mejor elección.

«Carmen» es la pieza más original y más próxima á la obra maestra: desde 1870 no se ha escrito nada mejor en ese género.

Un gran soplo de poesía, ardiente y fresco, ha hecho reverdecer un tronco viejo ya. La pasión, la pasión verdadera, el amor cruel y vencedor ocupan en esta obra el sitio de honor de la galantería convencional, y esto sin abandonar la tradición francesa, meticulosa, fácil y clara.

La interpretación de la obra fué exquisita, y tanto, que las parisienses han visto una «Carmen» completamente nueva. Los uniformes y los trajes, escrupulosamente reconstruídos según la moda de 1847, ya no son en España sino un recuerdo: han desaparecido los dragones amarillos y grises, los húsares rojos y los soldados verdes. El majo de Sevilla ha cambiado su chaqueta de alamares por el terno gris, y las cigarreras sólo conservan de su antiguo traje pintoresco, el mantón de largo fleco, aunque llevan aún como en aquel tiempo, graciosos *compromisos* en la frente y flores rojas en el pelo.

Con esta resurrección del pasado, la nueva «Carmen» de la Opera Cómica, presenta á los espectadores el cielo y el color de Andalucía, la arquitectura dorada por el sol, el arcaísmo suntuoso de las corridas de toros, y los ruidosos placeres populares. Todo ese brillante girón de España andaluza, las callejuelas sevillanas sombreadas por la Giralda, el patio de la taberna del barrio de Triana, la puerta de la plaza de toros, ha sido transportado al teatro de la Plaza Boildieu de Paris.

Mas lo que principalmente ha preocupado al director de la Opera Cómica, en el color gitanesco. De tal manera atavía y presenta á su «Carmen» que el exotismo de esa raza extraña envuelve á la heroína en una atmósfera constante. Llamó de Granada á las bailarinas de «mosca» que hasta entonces no habían salido del barrio del Albaicín.

La banda tocó fandangos y seguidillas, la «cachucha» de ritmos perezosos, la sensual y ligera «mosca,» la «flecha» que es una declaración de amor, la «alegría de la novia,» tierna y trágica, en la que hay suspiros de amor y acentos de venganza.

Algunas de estas molodías son recuerdos históricos, como la «Retirada de Santa Fé» que evoca la toma de Granada por los cristianos. Los bailarines fingen vergüenza y miedo y huyen con la espalda encorvada y las piernas trémulas.

Esos bailes y esas canciones son obra de uno ó muchos de los artistas. Cada uno de ellos tiene su personalidad y su momento para presentarse. La reina del coro es Trinidad «la gata:» interpreta todos los caracteres; ya seria y grave se desliza en actitud hierática de ídolo impasible, ya salta riénd. se á carcajadas. El coro la rodea y lanza gritos estridentes, dando palmadas para acentuar la cadencia que se precipita y acaba en una fuga de caballo salvaje.

Hay otra cantatriz que comparte el éxito con «la gata,» fingiendo los lamentos de una esclava que llora por la patria. La can. ión tiene expresiones desesperadas que laceran; pero paulatinamente la melancólica resignación calma sus dolores y el canto acaba como una caricia.

Boabdil debía cantar también, representando el momento de su fuga hacia Málaga, cuando al detenerse en la colina que cierra el horizonte granadino, mira por última vez la espléndida ciudad desde el sitio legendario que se llama todavía «El último suspiro del Moro.»

Los gitanos no son toda España y «Carmen» no agota la fuente de donde salieron el Cid, Don Juan, el Barbero de Sevilla, el Matrimonio de Fígaro, Gil Blas, es decir, toda una literatura, aclimatada en suelo parisiense por obra y milagro del ingenio francés.

«Carmen» es la vida real de un momento histórico y de un rincón de España, con sus costumbres peculiares y el sabor acre del Albaicín y del barrio de Triana. Bizet ha puesto un toque genial á todo esto: la pintura vigorosa y original de un sentimiento eterno, el amor que tortura y mata.

Verdad del corazón humano, de un país y de un tiempo, encantador exotismo y naturalidad perfecta, delicadeza y fuerza de ejecución, inspiración tradicional y genial á un tiempo; todo esto hay en la obra, silbada cuando apareció por primera vez ante un público que después la aplaudió y que la admira, juzgándola como la mejor y la más digna de representar un genero artístico fecundo y variado en su desarrollo secular.

Más que compensado está ya el primer fracaso de «Carmen:» hoy todo el mundo latino, los franceses *in capite*, saludan la obra maravillosa de Bizet con hurras de entusiasmo.

Pero la gloria póstuma del maestro llena de melancólica tristeza á sus devotos.

Bizet, apadrinando el estreno de la nueva Opera Cómica; qué apoteosis deslumbrador!....

MEXICO MODERNO.

Casa dee Sr. Lic. D. Jose Ives Limantour, en la Avenida Juarez.

Casa del Sr. Acevo, en el Paseo de la Reforma.

Casa de la Sra. Petra Bancel de Mendez, Esquina de Rosales y Puente de Alvarado.

MI SATIRO.

(SENSACIONES DE VIAJE.)

(Lago de Lecco.-Maggianico.)

El jardín prende sus lujurias en las primeras rocas de la montaña, abriendo rosas sanguíneas, desgajando azahares blancos, encorvando frondas verdes, haciendo trepar como un anhelo —enredaderas prolíficas, y desplegando—como abanicos estivales—perezosos ramajes doblegados.... Al pié del jardín se tuerce y palpita, como encaje de friolentas espumas, la orilla azulada del lago; las nubes rebujan con sus vaporosas clámides la crestería de la montaña, y se arrastran, con indolente lentitud, entre las grietas y los barrancos; y sólo los picachos más altos, heridos de lleno por las llamas solares, alzan límpidas al espacio, como lanzas de combate, sus agujas de granito y de hielo.

En una quiebra sombría, donde la vegetación, al peso de la exhuberancia, se enarca en tupida bóveda, iérguese, como altar en su santuario, una columna de piedra porosa, rematada por la cabeza de un sátiro, al borde de la fuente colmada de castas aguas...

Qué bello sátiro! refleja en el diáfano capelo, entre pedazos de cielo y mallas de hojas, su cabeza de efebo, llena de blondas volutas, donde las Gracias, jugando, trenzaron una rama de vid. Apenas se advierten en su frente los pequeños cuernos, estigma de una raza lasciva; su rostro está limpio de las irritantes asperezas de la barba; su boca sonriente tiene la fresca voluptuosidad de una granada que convida jugos de miel, y en sus ojos no hay desvergonzadas malicias ni ardientes reverberaciones, sino albos opulentos de juventud y reveladores ortos de amor. Así de bello me figuro á Anacreonte en la adolescencia, cuando comenzaba á rimar sus primeros versos, incitantes como los cadenciosos flancos de las hetairas..

El sátiro, á quien la sabia antigüedad dió los atributos de un cabrío insolente, acosado de apetitos caniculares que lo hacen bramar, no es otra cosa que el símbolo del deseo amoroso, encendiendo fiebres en la

carne púbera. Todos tenemos en el cuerpo nuestro sátiro; todos acechamos en los paraisos á las despudeces; que tiemblan con la ansiedad de encontrar una serpiente de alas fulgurantes que les ofrezca manzanas á oro, y á las virginidades que provocan en las linfas de Narciso para que las abrace y las bese y las refresque...... Unos están poseídos del sátiro primitivo, brutal, ébrio de pámpanos, que estampa el triángulo de su pezuña, señalando desesperadas correrías en todas las veredas de los huertos prohibidos; otros llevan al sátiro infame—ay! tú lo llevaste también, dulce Virgilio! que acaricia á jóvenes insexuados en los fálicos banquetes donde Horacio y Ovidio desdeñaron más de una vez á la rubia Afrodita por el mórbido Apolo; y los sanos, los elegidos, sólo obedecemos al sátiro Anacreóntico, que besa sin romper con los dientes las curvas divinas y que con los éxtasis de amor hace estrofas, á semejanza del Padre Océano que empieza á formar sus sirenas con pérfidas escamas azules y las termina con espumantes senos rumorosos.....

Un sueño esfumó mi pensamiento...... Y ví surgir no sé si de mi libro de bucólicos griegos, de la realidad ó de mi locura una forma de mujer que caminaba, como blando ritmo, bajo los arcos frondosos de los árboles, entre las filtraciones calientes del sol y las redes frescas de las hojas, atando y desatando ilusiones...... Era la enamorada de las flautas pastoriles, hecha de rosas y de leche, llevando en las pupilas las violetas del mar y en la cabellera las hebras de oro de los colmenares...... La ví acercarse á la fuente: abrazó la columna de piedra porosa, y entrecerrando los ojos, estampó un beso—vibrante de músicas de amor—en los labios venturosos del sonriente sátiro...

Y al sonido de ese beso brotó en mi alma una poesía desconocida, una poesía divina, formada con todas las pulsaciones de gloria de la sangre virgen!

Maggianico.

Jesus Urueta.

NOCHE DE REYES.

EL artesonado techo, cuelga la lámpara de cristal opaco, que difunde una luz mortecina sobre las paredes régiamente tapizadas de la alcoba.

Allí, al fondo, oculto entre cortinajes de surah crema, se halla el lecho, el pequeñito y blando lecho del bebé, del bebé rubio que agoniza, del bebe pálido que muere.

Pobrecito! cada vez es más fatigosa su respiración; el croup avanza con increible y abrumadora rapidez, el croup—esa enfermedad repugnante y perversa que se ceba en vidas jóvenes, en vidas castas, en vidas inocentes,—ha encontrado ancho campo en esa garganta enferma que débilmente exhala gritos inarticulados de angustia.

El croup es muy malo, es el enemigo de los niños.

A los piés de la camita, yace de rodillas una mujer llorando; á la cabecera, un hombre de edad provecta, medita, el silencio se impone y tan sólo es interrumpido por la respiración fatigosa del bebé rubio, por el grito inarticulado que se escapa de la garganta enferma del niño escuálido.

La muerte—la descarnada, la cruel ha traspuesto, entrando de puntillas, el umbral de esa alcoba donde ayer se respiraba el sano ambiente de la felicidad.

El bebé se asfixia.

Oh tú, muerte, la de las amargas ironías, perdona á esa víctima y llévate á los viejos, á los inútiles, á los malos, no te lleves á los niños inocentes y buenos, no te lleves á ese pobre niño.

La mujer, la madre, engolfa su rostro en las arrugadas sábanas del lecho, el hombre, pulsa al enfermito con aparente calma y un gesto de dolor se dibuja sobre su faz sombríamente desesperada; es el médico.

El tiempo corre y el mal se desarrolla velozmente: el niño abre los labios secos, los labios un tiempo color de rosa y hoy color de cirio, los abre, para aspirar de un golpe el aire, todo el aire que falta á sus pulmones y que se detiene en la tráquea.... sufre mucho!

Por fin, una convulsión horrible sacude su cuerpecillo flaco, de su pecho se escapa un grito más agudo, más angustioso, sus pupilas ya idas, se abren desmesuradamente, levanta los bracitos al cielo como implorando piedad al buen Dios que nunca desampara á los niños, y la pobre madre rompe en copioso llanto, y el médico impotente se mesa los cabellos.... qué escena aquella!

Y es la noche de los Reyes Magos, la memorable en que los niños todos colocan el zapatito diminuto en el alfeizar de las ventanas. Una súbita inspiración—rayo de luz postrero ilumina el cerebro trastornado de la afligida madre, se levanta maquinalmente, toma una botita de su bebé, abre nerviosamente el balcón y allí la coloca, después se arrodilla al acaso y reza, reza á los Reyes Magos en silencio ...

Ha sonado la media noche, por el balcón abierto penetra una helada ráfaga que mata la tenúe luz de la lámpara, reina profunda obscuridad y á un tiempo mismo, inopinadamente, se ven bajar de lo alto del artesonado techo, tres majestuosos varones de rica vestidura que tocan con sus manos frías las frentes de la madre y el hijo.... después, cuando la visión desaparece, dos llamitas azules, intimamente enlazadas salen en raudo giro á través del balcón abierto, donde yace, coronado de escarcha, el zapatito del bebé.....

Enrique Torres Torija

1899.

Llueve tanto! Las gotas diamantinas se atropellan y se entrechocan en el espacio, cantando una balada monótona y arrulladora. Son las lágrimas de la naturaleza que llora la pérdida de su juventud y de sus galas. No escuchais cómo palpita entre los susurros del boscaje la nota doliente de un sollozo? ¡Oíd cuántos lamentos flotan confundidos en los murmullos de la tarde! Son los gemidos del Otoño que se acerca, son los ayes de las flores que agonizan y las despedidas de las aves que se van!......

Un aleteo siniestro se cierne sobre el mundo, las frondas palidecen porque ya van haciéndose muy frías las caricias de su amado que, perezoso y soñoliento, se pasa muchas horas arrebujado entre edredones de nubes.

¡Hasta las estrellas se han entristecido! Ya no brillan radiosas como en noches felices; tienen frío y se cubren con crespones de neblina.

Y las almas!....¡ay! también están más tristes y gimen más que nunca, desesperadas por el naufragio de sus quimeras adoradas, de sus blancos ideales; lloran sin consuelo por alguna ilusión suprema, por algún anhelo imposible acariciado en la misteriosa vaguedad de un ensueño......

. . . .

Solamente los colosos de granito se yerguen en lontananza, inmóviles, indiferentes al duelo universal, cubiertos con su nevado sudario. Y vendrá el cierzo helado asolando las campiñas; enmudecerán los rumores del lago y no habrá piraguas ni cantilenas; las almas seguirán sollozando inconsolables, y ellos estarán allá, siempre soberbios, siempre impasibles, envueltos en su mortaja de nieve.

CHRISANTEMA.

INVERNAL.

¡No te duermas! El viento de Diciembre
no rozará con su ala
tu frente soñadora y pensativa;
ya cerré la ventana.
¡Si vieras cuántas hojas moribundas
y nieve amontonada
hay en el llano! y cuántos copos caen,
y cuánta niebla entre las frondas vaga !
Mas el cierzo y la niebla no penetran
al tibio pecho de las aves que aman,
¿dices que hay nieve hasta en los blandos nidos?
¡pero eso es en los nidos, no en las almas!
Y la obscura cortina es tan espesa,
y es la alfombra tan suave y afelpada,
que á nuestro nido penetrar no puede
ni el frío ni la escarcha.
¡No te duermas! tan sólo en los cristales
bate el viento y murmura cuando pasa
no rozará tu frente pensativa:
ya cerré la ventana.
No pienses en los árboles del bosque
desnudos de sus ramas:
ni en los nidos que ruedan por el suelo,
ni en las fuentes de ondas congeladas,
Donde los peces de colores mueren
en el silencio de su linfa helada,
y donde están sepultas
tantas flores de loto deshojadas
No pienses en los pobres caminantes
que en pos de una esperanza,
atraviesan los páramos inmensos
con paso vacilante y yerta planta.
Yo no quiero que pienses cosas tristes:
yo no quiero que veles tu mirada
para hundirte en sombríos pensamientos
y en tristezas amargas . . .
Cuando me muera.. .entonces piensa mucho
al derramar tus lágrimas,
en los nidos sin cantos y sin aves
que ruedan por el suelo entre la escarcha,
y en las aves ya muertas
que están en el granizo sepultadas .
Entonces piensa mucho
en las tumbas muy blancas......
Llega hasta donde esté la que me guarde,
escondida entre nieve amontonada..
apartando el granizo, lee mi nombre
de letras ya borradas,
escríbelo de nuevo allí en la losa
rezándome á la vez una plegaria,
y al poner en la cruz algunas flores,
¡riega sobre mi tumba muchas lágrimas!
Pero ahora....no pienses cosas tristes,
yo no quiero que veles tu mirada
para hundirte en sombríos pensamientos
y en tristezas amargas..
No te duermas! tan sólo en los cristales
bate el viento y murmura cuando pasa;
la nieve se amontona junto al nido;
mas no llega jamás á donde se ama.
¡No te duermas! El viento de Diciembre,
con sus ásperas alas,
no rozará tu frente pensativa:
¡ya cerré la ventana!

MARIA ENRIQUETA.

A las doce de la noche, por las puertas de la gloria
y al fulgor de perla y oro de una luz extra terrestre,
sale en hombros de cuatro ángeles, y en su silla gestatoria
San Silvestre.

Más hermoso que un rey mago, lleva puesta la tiara,
de que son bellos diamantes Sirio, Arturo y Orión;
y el anillo de su diestra, hecho cual si fuese para
Salomón.

Sus piés cubren los joyeles de la Osa adamantina,
y su capa raras piedras de una ilustre Visapur;
y colgada sobre el pecho resplandece la divina
Cruz del Sur.

Va el pontífice hacia Oriente ¿va á encontrar el aureo barco,
donde al brillo de la aurora viene en triunfo el rey Enero?
ya la aljaba de Diciembre se fué toda por el arco
del Arquero.

A la orilla del abismo misterioso de lo Eterno
el inmenso Sagitario no se cansa de flechar;
le sustenta el frio Polo, le corona el blanco Invierno,
y le cubre los riñones el vellón azul del mar.

Cada flecha que dispara, cada flecha es una hora,
doce aljabas, cada año, para él trae el Rey Enero;
en la sombra se destaca la figura vencedora
del Arquero.

Al redor de la figura del gigante, se oye el vuelo
misterioso y fugitivo de las almas que se van,
y el ruido con que pasa por la bóveda del cielo
con sus alas membranosas el murciélago Satan.

San Silvestre bajo el palio de un zodiaco de virtudes,
del celeste Vaticano se detiene en los umbrales
mientras himnos y motetes canta un coro de laúdes
inmortales.

Reza el Santo y pontifica, y al mirar que viene el barco
donde en triunfo llega Enero,
ante Dios bendice al mundo, y su brazo abarca el arco
y el Arquero..

RUBEN DARIO.

(*Prosas Profanas.*)

GENOVEVA.

DE UN DIARIO FEMENINO.

A pesar de su fino y grácil talle, mi hijita tiene once años solamente. Mi amor propio maternal no me impide reconocer que su fisonomía es de una regularidad demasiado insípida, demasiado bonita, como las de esas muñecas que vemos en los periódicos de modas. Felizmente, á los rasgos míos une los ojos de Pablo, esos ojos obscuros, sombríos, soñadores y á la vez tiernos y ardientes. Con estos ojos animando su carita de figurín que yo la dí, espero que será más bonita que yo.

Su carácter y sus maneras, como su fisonomía, tienen tanto de Pablo como de mí.

Aparentemente es tranquila y soñadora como yo, pero sus explosiones de cólera y las rabietas que hace por nonadas insignificantes, son herencia de su papá.

Se entrega con apasionamiento lo mismo á un juego que al cariño de una amiguita y todo lo abandona con la misma ligereza con que lo acogiera; también por aquí veo á mi marido...

En cambio tengo miedo de que este hacecillo de nervios haya heredado de su madre la capacidad para amar y sufrir que tanto me ha atormentado.

Como es natural, Genoveva es mi verdadera alegría en la vida, mi débil pero seguro apoyo y mi tranquilo y consolador refugio cuando me hieren muy rudamente las miserias morales á que no puedo habituarme....

Indudablemente la quiero más que á mi marido, y cuando estoy con ella á solas y entregada á sus caricias, me parece que es ella mi único amor en la vida.

Por su parte ella no me quiere, me adora con tan exaltada, y sobre todo, tan celosa pasión, que no me es dado separarme de ella durante algunas horas sin hallarla á mi vuelta, hosca, encolerizada, casi fastidiosa. En semejantes casos, para tranquilizar sus pobres nerviecillos excitados y casi próximos á estallar, tengo que tomarla en brazos y entre arrullos y besos, colmarla de mimos y reconquistar su confianza. Esto acaba con crísis de ternura y explosiones de locas caricias que me dan miedo.... mucho miedo, porque cuando no sea su madre quien las provoque ¿cómo acabarán ...?

Querida muñeca de once años, pobre mujercita de mañana que llevas ya en tu almita inocente y pueril la dura carga hereditaria de tus padres demasiado civilizados....

A veces me dice:

—Tú estás triste ahora, mamá. Si nos fuéramos...

—Irnos? Adonde, queridita?

—No sé. Podríamos buscar en el mapa.... Escogeríamos una ciudad junto á un lago y allí nos iríamos tú y yo....

—Qué no te diviertes aquí?

—No; ya lo ví todo.

—Tú viste ya todo lo que hay en París, que es tan grande?

—Todo, no; pero cuando veo una calle que no había visto antes, me parece igual á las otras. Las gentes también son iguales todas y las tiendas, los coches, también. Por eso quisiera yo irme lejos, muy lejos....

Nada es tan divertido y al mismo tiempo tan hondamente triste, como el aire desencantado con que esta minúscula personilla dice todo esto, acompañándolo con una muequecita que proclama el hastío que le causa la banalidad de lo visto que, según ella, es *ya* todo, todo....

Y cuántas veces yo también he pensado en lo que ella piensa! únicamente que no siendo yo una imaginativa nerviosa como ella, no he buscado en el atlas la ciudad soñada junto al lago, porque de la vida es imposible huir y olvidarla junto á ningún lago...

—Y papá, le digo yo, por supuesto que nos lo llevaremos: verdad?

Pero ella me contesta muy seria:

—Papá no querrá ir; le gusta más estar aquí.

Y después de un momento de reflexión, añade:

—Además, cuando se fastidie él en París como nosotras, irá á buscarnos....

Y yo no puedo dejar de pagarle esta profecía con un beso, porque yo también espero hace mucho tiempo con impaciencia el momento en que Pablo *se fastidie* y venga á buscarme ...

Y en realidad, la vida tiene ya prematuras crueldades para mi hijita. ¡Ya! Qué amarga palabra!

Genoveva no puede acostumbrarse al egoismo y á la inconstancia de la humanidad.

Y como en el mundo infantil no hay más ni menos egoismo que en el de las gentes grandes, con la única diferencia de que se le disimula menos y tiene otros móviles, mi pobre muñeca no ha podido hallar un corazón á la medida del suyo aparte del de su madre.

—Sabes, mamá? me dice.

—No, queridita; díme.

—Julieta Ducourt...

Es una prima hermana de Genoveva de doce años á lo más, pero muy precoz.

—Y bien, qué es lo que ha hecho Julieta?

—No es una muchacha honrada.

La labor se me cae de las manos y un estremecimiento me sacude el corazón. Por qué camino estas palabras y esta idea: *«no es muchacha honrada»* entraron en el alma de mi hija? Qué cosa significan y cuánto alcanzan para ella aplicadas á otra muñeca no mucho mayor de edad?

—¿Qué quieres decir con eso, encanto mío?

—Julieta.... pero no se lo contarás á nadie?

—Pierde cuidado. Veamos ...

—Pues en casa de la tía, el sábado se ha dejado abrazar por el primo d'Espilly y luego por Zoto Dazon y luego....

—Pero eso no tiene nada de particular, no te abrazan á tí también tus primos?

—Después.... querían también abrazarme.... pero no quise y Julieta me pegó.

—Y por qué no quisiste que te abrazaran?

Sin contestarme y muy encendida se esconde en mis brazos y apenas la oigo que murmura:

—No sé...

Ya no me dirá más por nada, pero yo sí sé por desgracia que algo duro rozó su corazón tan delicado.

Es que está celosa de Julieta, á quien quiere mucho, ó de alguno de los rapazuelos abrazadores: es que sufrió un horrible tormento que para ella todavía no tiene nombre, y que yo no se lo diré aunque lo sé demasiado....

Pobre chiquilla! Dotada para amar mucho, está fatalmente en vía de sufrir mucho por el amor y por él llora *ya!*

Pablo es un padre sorprendente. Tiene accesos de indiferencia y olvido, especialmente cuando está en crisis con alguna de esas nuevas aventuras que para él constituyen el fondo de su vida. En tales momentos se olvida hasta de que existimos su hija y yo. Después, cuando le vuelve la calma, lo conozco en que comienza á informarse con cierto interés tímido y como vergonzoso, de los progresos y de la salud de Genoveva.

Entonces parece como que quiere acallar sus remordimientos con bruscos transportes de amor paternal.

De pronto se presenta, como ayer lo hizo, con un verdadero convoy de mensajeros, cargados de juguetes, libros, golosinas y adornos para Genoveva.

—He comprado esto para la chiquita ... Querida niña! Es necesario distraerla....

Genoveva se lo agradece? Quién sabe! Cuando estamos á solas y nos ponemos á examinar los obsequios de su papá, veo demasiado bien en su airecillo serio, que no está del todo satisfecha. Nada le pregunto, ni ella me dice nada y más vale así: me apenaría una explicación sobre este punto.

Genoveva, tan sensible á las menores manifestacio-

mes deternura y maravillosamente dotada de un poder intuitivo para aquilatar su valor, comprende, mejor dicho, siente que estos costosos juguetes no tienen alma! Adivina, como yo, la parada de cinco minutos en el almacén del boulevard, entre una cita de negocios y otra.... también *de negocios*, para decirle apresuramente al encargado de expedir los pedidos á domicilio:

Todo lo que tengan de nuevo para una chiquilla de doce años.... llévenlo á casa. he aquí mi tarjeta....

Nada expresa mejor que estos regalos fríos, sin gusto y costosos, la ignorancia en que vive Pablo de los gustos y del carácter de su hija. Frecuentemente recibe Genoveva dos veces el mismo libro ó el mismo juguete. Su pobre corazoncito interpreta con lamentable lucidez la significación de estos duplicados; y casi siempre después de haber inspeccionado la muestra de la generosidad de Pablo, me dice entre dosbesos:

Mamita, quisiera que tú me dieras alguna cosita una nadita......que tu me escogieras, cualquiera ¿Quieres?

Pero cuando me admira Pablo es en las ocasiones, á la verdad raras, en que sus remordimientos lo impulsan á ocuparse personalmente y con gran alarde de solicitud, en la educación de la niña. Entonces me dice con el aire más formal y dogmático.

Cecilia, llama á la chiquita. Quiero darme cuenta saber cómo anda.

Y viene Genoveva acompañada de Miss Betsy, la institutriz.

Está usted contenta con la niña, Miss Betsy?

—Oh, es una buena niña .un poco distraída

Es necesario no distraerse, Genoveva y ser, muy cuidadosa, sobre todo, dedicarse á hacer una cosa y ésta exclusivamente.

Este es el caso de Pablo que, verdaderamente, se dedica á hacer una cosa y la hace exclusivamente, pero......no constantemente.

Sí, papá.

—Cómo va el inglés?

Lo habla corrientemente, dice la inglesa.

Y la geografía? Estamos fuertes? Veamos las subprefecturas. El departamento del Norte

Genoveva responde sin vacilar y lo mismo de otros, pero hay uno que no recuerda.

—De éste no sé, papá.

—Cómo, no sabes! ¿Es posible?

—No papá, se me escapa siempre, si tú me dijeras algo......me acordaría quizá de lo demás

Pablo hace un esfuerzo sincero por acordarse, luego me ve como si yo tuviese en los ojos escrita la geografía del dichoso departamento; Genoveva espera, Miss Betsy sonríe y yo tengo que volverme para ocultar la risa que se me escapa. Por fin Pablo estalla.

—No es mi deber recitar tus lecciones; tú no sabes geografía!

Genoveva se avergüenza y va á llorar; él la abraza.

—Vamos, no llores, no estás tan mal; veamos ¿qué otras cosas has aprendido en estos días?

—«El Sueño de Atala.» dice Genoveva con la carita iluminada por una sonrisa de placer que contrasta deliciosamente con el brillo de sus ojos en los que todavía tiembla alguna lágrima.

Desde hace muchos días, Genoveva se tenía muy bien sabido ese trozo con objeto de recitárselo á su papá, sin haber podido hallar ocasión de realizar su deseo.

Muy bien, recítame el Sueño de Atala, dice Pablo.

Y se arrellenaba en su silla sin poder disimular cierto temor de fastidiarse que se le sale á la cara. Apenas ha podido decir la niña los dos ó tres primeros versos, con su vocecita grave y pura, aunque ligeramente velada por la emoción, cuando Pablo salta.

Demonio, las tres menos cuarto; estoy retardado.

Tienes cita? le pregunto tranquilamente.

—Sí.... una reunión del comité de....muy importante, indispensable.... á las tres en punto; ya no llego á tiempo. Vaya, hasta la noche, querida. Y con el extremo de un dedo roza mis mejillas que se conservan aún tan frescas, aunque un poquillo pálidas por la ligera emoción que no puedo todavía dejar de sentir en estas ocasiones.

—Hasta la noche, Genoveva; tu fábula está muy bien.. todo está muy bien, Mis Betsy:. .te voy á mandar un premio ahora....cuida los departamentos y esa distracción... Estoy muy satisfecho, Miss. Va-ya, hasta luego. Y la puerta que se cierra tras él, le impide ver que Miss Betsy, Genoveva y yo, nos quedamos muy solas aunque juntas, y en la más triste de las soledades, porque las tres tenemos el corazón muy oprimido por diversas razones y tenemos que mirarnos sonriendo, hasta que yo, arrancando á mi deber una sonrisa más, digo animosamente:

—Vaya, señorita distraída, á aprenderse esas subprefecturas, que te espero para ir de paseo.

Marcel Prevost.

MOSAICOS VIEJOS.

Savia enferma.

No más saráos, no más propósitos livianos. .
trovero, pon crespones á tu laud, que canta
empresas de Solima y amores cortesanos;
¿no ves que pena, triste de muerte nuestra Infanta?
Encubre húmedo velo las luces de sus ojos
y en vano el rey su padre requiere con empeños
los aúlicos bufones, absurdos como sueños,
de caperuzas negras y juboncillos rojos.
La infanta está muy triste.. .murió su lindo paje,
y luego le tendieron en actitud extática
con sus chapines verdes su trusa de albo encaje,
su gran joyel de gemas de oriente y su dalmática.
Ciñéronle á los flancos el espadín de oro,
cubrieron su cabeza con el gentil birrete,
rodearon de blandones su féretro y en coro
cantáronle los frailes un fúnebre motete.
Y la Infantita llora sus muertas ilusiones:
tremulan dos luceros enfermos en sus ojos
y en vano el rey su padre requiere los bufones
de caperuzas negras y juboncillos rojos.

Amado Nervo.

DE INVIERNO.

Amo el pálido invierno que en su fúnebre marcha
va cortando las rosas luminosas de estío
mientras deja en los árboles ya desnudos su escarcha.

* * *

Amo el pálido invierno con anhelos exóticos,
el invierno que escribe los poemas del frío
sobre el límpido mármol de los hielos cloróticos.

* * *

Amo el sol moribundo, sin fulgores, que brilla
como un cirio en el cielo tristemente hiperboreo,
reflejando la llama de su luz amarilla;

* * *

y á la casta Selene de mirar taciturno
solitaria novicia de semblante marmoreo—
que sonríe, en silencio, bajo el palio nocturno.

* * *

Acaricia mi espíritu visionario y enfermo
la monótona lluvia de los grumos sutiles
amo todo lo triste, lo incoloro, lo yermo.

* * *

Porque lloro perdidos mis primeros amores,
y en la pompa marchita de mis muertos abriles
se agitan, torvas aves, mis sañudos dolores.

Guanajuato, 1899. Rafael Lopez.

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 2.

Por fín se van, todo está hecho. Al día siguiente, Amadeo, provisto de una cesta en la que la vieja asistenta que huele á tabaco ha puesto una botellita de agua rojiza, unos pocos menudillos de vaca y dos tortas de dulce, se presenta en el Colegio Batifol, para ser preparado sin retardo á las lecciones de *alma parens.*

El hipopótamo vestido de paño negro, sin quitarse otra vez el gorro,—con gran disgusto del niño, que quisiera asegurarse de si el cráneo de M. Batifol está marcado como el globo terráqueo por los grados de latitud y longitud,—conduce inmediatamente á su alumno á la clase novena preparatoria y le presenta al maestro.

—He aquí un nuevo externo, M. Tavernier.... Usted verá cómo se encuentra para la lectura y escritura ¿no es eso?

M. Tavernier, que es un joven alto y amarillento, uno de tantos bachilleres, que á estar hoy día, como estuvo su difunto padre, sargento de gendarmería, en un lindo rincón de hierbas y manzanos de Normandía, no tendría quiza ese rostro de papel de estraza, ni se hallaría vestido á las ocho de la mañana con una levita negra de género de esas que suelen verse colgadas en la Morgue.

M. Tavernier acoge *al nuevo* con una tenue sonrisa que desaparece tan pronto como M. Batifol se marcha.

—Vaya usted á colocarse en aquel sitio desocupado en la grada tercera,—dice M. Tavernier en un tono lleno de indiferencia.

Sin embargo, se digna conducir á Amadeo al sitio designado. El vecino del pequeño Violette, uno de los futuros ciudadanos que se preparan para la vida social,—algunos de ellos tienen todavía calzones abiertos por detrás,—ha cometido la falta de llevar á clase un puñado de anzuelos, esperando divertirse antes de la hora del asueto. Cuando Amadeo se sienta á su lado, el travieso le dice al oído, señalando á M. Tavernier.

—Ya verás qué cara de perro pone cuando el peón, enganchado en el anzuelo suba hasta su mesa.

El maestro golpea con una regla en un brazo del sillón é impone silencio. Luego manda al alumno Godard que recite su lección.

Godard, un gordinflón de ojos mortecinos, se levanta automáticamente. De una sola tirada, sin tomar aliento, como un canalón que corre, recita *El lobo y el carnero*, y el texto de La Fontaine se desliza con loca rapidez camo el hilo de una máquina de vapor.

«Siempre es la mejor la razón del más fuerte. Vamos á demostrarlo. Un cordero apagaba la sed en la corriente de una onda pura»......

De repente el alumno Godard se turba, titubea: la máquina está mal ensebada, ó hay algún cuerpo extraño que obstruye su marcha.

«En la corriente de una onda pura....en la corriente de una onda pura»....

Luego se calla bruscamente: la máquina se ha parado......El alumno Godard no sabe su lección: es condenado á no moverse de debajo del plátano en la hora de asuete.

Después del alumno Godard, le toca el turno al alumno Grosdidier, y luego al alumno Blanc, al alumno Moreau (Gustavo), al alumno Moreau (Ernesto), al alumno Malapeat, y á otro y otro y otro; y todos recitan maquinalmente con la misma volubilidad, con la misma voz de falsete la cruel y admirable fábula: y esto es pesado y monótono como una lluvia fina y persistente. Todos los alumnos de la «novena preparatoria» quedarán disgustados para quince años, por lo menos, del más exquisito de los poetas franceses.

Amadeíto tiene ganas de llorar: oye con una estupefacción mezclada de espanto á los escolares.

¡Pensar que mañana él tendrá que hacer otro tanto! Nunca podrá. M. Tavernier también le preocupa mucho. Negligentemente sentado en su silla el apergaminado bachiller, que no carece de pretensiones, á pesar de su levita raída, se limpia cuidadosamente las uñas, y sólo abre la boca de vez en cuando para proferir una ameza ó imponer un castigo.

¿Y esto es la escuela? Amadeo recuerda las agradables lecciones de lectura que le daba la mayor de las niñas Gerard, la buena Luisa, tan juiciosa y seria á los diez años, cuando le enseñaba las letras de un alfabeto con figuras, con tanta paciencia y dulzura, señalándoselas con la punta de una aguja de hacer calceta. El niño, penetrado desde un principio del abrumador fastidio escolar, mira hacia afuera, por detrás de las vidrieras por donde entra la luz, y ve moverse, sin ruido, las largas hojas dentadas del plátano melancólico.

III

Transcurrieron un año, dos, tres, sin que ocurriera nada de notable á los inquilinos del quinto piso.

El barrio no había cambiado y conservaba su aspecto de arrabal medio campestre. Acababan de levantar, á dos tiros de fusil de la casa que habitaban los Gerard y los Violette, un gran edificio de cinco pisos, sobre cuyo techo aún se estremecían al viento los ramos marchitos de los albañiles. Pero esto era todo. Enfrente, en un solar en venta, mal cerrado con una empalizada de tablas medio podridas, veíanse siempre manojos de ortigas y una cabra rumiando las hierbas del suelo. En la pared del fondo que cerraba el solar por la que asomaban á fines de Abril lilas silvestres, dejando caer sus penachos perfumados, las lluvias todavía no habían borrado la siguiente brutal declaración de amor, escrita con un cuchillo en el yeso: «Cuando Melia quiera me tendrá,» firmada «Eugenio.»

Tres años habían transcurrido y Amadeíto había crecido un poco.

En aquellos tiempos, un niño nacido en el centro de París,—por ejemplo, en el laberinto de callejuelas infectas que se cruzan en derredor de los mercados,—hubiera podido crecer sin darse cuenta del cambio de estaciones, más que por el estado de la temperatura y por la estrecha banda de cielo que podía ver levantando la cabeza.

Hoy mismo, algunos hijos de pobres,—los pobres no salen de su agujero,—conocen la entrada del invierno por el olor á castañas asadas, la de la primavera, por las ramas del alhelí que adornan el puesto de la frutera, la del verano por el paso de las cubas de riego, y la del otoño por el embalaje de las cestas de ostras á la puerta de los establecimientos públicos. El vasto cielo con sus babélicas arquitecturas de nubes, el oro fundido del sol poniente detrás de los grupos de árboles, el silencio encantador de la claridad de la luna plateando el río; todos estos espectáculos grandiosos y magníficos son buenos para los que habitan los barrios hermosos, ó que van allí alguna vez. El hijo de un trabajador que vive en los alrededores de la calle de las dos Puertas de San Salvador, pasa su infancia jugando en la escalera que huele á plomo, ó en el patio que se asemeja á un pozo, y no se da cuenta de que existe la naturaleza. A lo sumo sospecha que puede haber verdor en alguna parte, cuando el día de Domingo de Ramos ve pasar los caballos de los ómnibus con una ramita de boj cerca de la oreja. Después de todo, ¿qué importa esto si el niño tiene imaginación? El reflejo de una estrella en el arroyo de la calle le revelara la inmensa poesía nocturna, y respirará toda la embriaguez del estío en la rosa aplastada que la modista de al lado ha dejado caer de sus cabellos.

Amadeo tuvo la suerte de nacer en ese delicioso y melancólico distrito de París, que todavía no había sido «haussmanisado» y que se ensanchaba lleno de sitios encantadores y salvajes.

Su padre, el pobre viudo que no se consolaba nunca y que buscaba el medio de desechar su tristeza con largos paseos, dirigíase en las tardes claras hacia los lugares solitarios llevando á su niño de la mano. Seguían los admirables exteriores boulevares de otro tiempo, en los que había olmos gigantescos de la época de Luis XIV, fosos llenos de hierba, empalizadas ruinosas que dejaban ver por su enrejado huertas plantadas de melones cubiertos con campanas de cristal, sobre las cuales reflejaban los rayos oblícuos del sol poniente.

Ambos silenciosos, el padre abismado en sus recuerdos, Amadeo sumido en sus ensueños de niño se iban lejos, muy lejos, y atravesando la Barrera del Infierno, llegaban á esos parajes ignorados, que producían en un habitante de la calle de Montmartre el efecto sentido por un sabio de la Edad media al ver en los viejos *mapamundi* los lugares marcados con estas tenebrosas palabras: *Mare ignotum.* En aquellos desiertos senagosos no había casas, sino granjas de un solo piso. Alguna vez encontrábase una taberna pintada de un rojo vinoso siniestro; ó bien bajo las acacias de una senda que parecía un carril, un figón con toneles de muestra, ó en lo alto de una cuesta algún molino, movido á impulsos del fresco viento de la tarde. La hierba, sin polvo, invadía los caminos y hasta las escasas aceras que había en ciertos sitios. Sobre el remate de las paredes se balanceaban las amapolas: señal de soledad. Así es que á nadie se veía, ó sólo algunas pobres gentes; una buena mujer con gorra de campesina, arrastrando á un chico lloroso, un obrero cargado de herramientas, un inválido retardado, y alguna vez, en medio del camino y envuelto en una bruma polvorienta, un rebaño de carneros flacuchos balando desesperadamente, apresurados por llegar al abrevadero.

El padre y el hijo caminaban en línea recta hasta que la sombra se obscurecía debajo de los árboles. Entonces se volvían azotados por el viento, mientras que á lo lejos, al fin de la avenida, comenzaban á lucir algunos reverberos antiguos, muy separados unos de otros, trágicos faroles del *Terror*, encendiendo sus ténues estrellas bajo el cielo verde del crepúsculo.

Con estos tristes paseos, con un compañero tan triste como M. Violette, tenían fin los días de Amadeo, comenzados en el fastidioso colegio Batizol. Han de saber ustedes que el alumno estaba en séptimo y sabía ya que «la bondad de Dios» puede tomarse en latín por «bondad divina» *bonitas divina*, y que la palabra *cornu* es indeclinable. Las largas horas pasadas junto á un pupitre de la clase, ó al lado de un pasante absorto en sus penas, pudieron haber sido fatales para la inteligencia del niño, entorpeciéndola para siempre, si no hubiese tenido á sus buenos amigos los Gerard. Iba á su casa cuantas veces podía: ahora un rato, después otro, y además los jueves todo el día, y sólo entre la familia del grabador, llena de bondad y de alegría, sentíase dulcemente conmovido y absolutamente dichoso.

¡Los buenos Gerard! Figúrense ustedes que además de Luisa y de María, sin contar á Amadeo, considerado como de casa, habían tomado á su cargo un cuarto niño; esto es, una niñita llamada Rosina, que tenía justamente la misma edad que su hija menor.

He aquí cómo.

Encima de la habitación de los Gerard, en una de las guardillas del sexto piso, se alojaba un tipógrafo llamado Combarieu, á quien su mujer ó querida (la portera no estaba completamente enterada, ni importaba gran cosa) acababa de abandonar, dejándole una niña de ocho años. No podía esperarse otra cosa de una criatura que, según la portera, daba de comer á su marido y á su hija fiambres de salchichería, para evitarse el trabajo de guisar y que se pasaba todo el día despeinada y ociosa, leyendo novelas y echándose las cartas. Aún más: el hijo del tendero de comestibles, habíala visto una tarde en el baile

Ragache, sentada junto á un bombero, tomando una ensalada con vino á la francesa.

Durante el día Cambarieu, aunque republicano rojo, enviaba á su hija á la escuela de las Hermanas; pero el obrero salía todas las noches, con aspecto misterioso y dejaba sola á la niña. La portera murmuraba, bajando la voz todo lo posible, con la admiración romancesca de la gente del pueblo hacia los conspiradores, la terrible frase de «Sociedad secreta,» y aseguraba que el tipógrafo tenía un fusil de munición oculto en su jergón.

Estas revelaciones predisponían naturalmente las simpatías del Señor Gerad en favor del vecino. El golpe de Estado y la proclamación del Imperio habíanle irritado mucho, pero tuvo el valor amargo de grabar al día siguiente al 2 de Diciembre (antes que todo era dar de comer á la familia) una alegoría bonapartista titulada: *El tío y el sobrino*, en la que veíase á Francia dando la mano á Napoleón I y al príncipe Luis, mientras que una águila coronada, cerniéndose sobre el grupo, agitaba las alas, teniendo entre sus garras la cruz de la Legión de Honor.

Un día, el grabador, al encender su pipa, que ya no era la de Abd-el-Kader, sino una *Barbés*, consultó con su mujer si no harían bien en cuidar un poco de la niña del vecino, abandonada. No se necesitaba mucho para decidir á la excelente mamá Gerard, que más de una vez había dicho: «¡Si eso da lástima....!» cuando veía á la pequeña Rosina esperar por la noche á su padre en la casilla de la portera, dormida en un taburete al lado de una sartén. Trajo á la niña é hizo que jugara con sus hijas. Rosina era muy linda, tenía los ojos vivos, la picaresca nariz parisiense, y la trenza de su cabello color de paja se escapaba por debajo de su gorrita hecha de tres pedazos. Al principio, la picarilla dejaba escapar alguna palabra callejera, como por ejemplo: ¡chulapo! ó ¡recaray! Pero la mamá Gerard la reprendía con severidad diciéndola:« ¿Cómo se entiende? ¡Eso no se dice!» Y ella, que era muy lista, se iba corrigiendo.

Un domingo por la mañana, Combarieu, que había sabido las bondades de los Gerard, los visitó para darles las gracias.

Muy moreno, de tez lívida, con el pelo y la barba muy crecidos, como si tratase de imitar la cabeza de Jesucristo, el obrero vestido con su larga blusa negra de tipógrafo, realizaba perfectamente el tipo del tribuno de club, del «sublime» del obrador. Francmasón probable, borracho de solemnidad, que se embriagaría quizá más de frases gordas revolucionarias que de vinillo, hablaba con voz pesada y presuntuosa, mirando en derredor con sus grandes ojos algo atontados, sumidos en vago éxtasis, y en todo parecía á un apóstol borracho. Inmediatamente inspiró respeto al grabador y el deslumbramiento que los tímidos sienten por los audaces. Gerard creyó haber descubierto en Combarieu unos de esos hombres superiores que la injusticia de la suerte ha hecho nacer en el pueblo bajo, en el que la miseria ahoga el genio.

Informado de las preferencias políticas del artista por la chimenea de su pipa Barbés, Combarieu hizo con complaciencia su propio elogio.

Confesó que en un principio había sido un necio soñando con la fraternidad universal, Santa Alianza de los pueblos; y que había escrito poesías que imprimió por su cuenta, especialmente una *Oda á Polonia* y una *Epístola á Béranger*, que le habían valido una carta autógrafa del ilustre cancionero. Pero ya no era tan cándido.

Al ver lo que todos hemos visto, las jornadas de Junio y el 2 de Diciembre, no basta hacerse el sentimental. (El señor Gerard, hombre hospitalario, trae una botella de vino blanco y dos vasos, pero Combarieu rehusa diciendo: "No, vecino, dispense usted, no acostumbro á tomar nada entre comidas.») Se ha engañado mucho á los trabajadores, y en *la próxima* es preciso no dejar á los burgueses ahogar á la República. (El señor Gerard destapa la botella y ofrece un vaso de vino á Combarieu, que le toma diciendo: «Nada más que un traguito, por no desairar á usted.» Entretanto estemos preparados. Precisamente la cuestión de Oriente se embrolla, y proporciona á Bandiguet un negocio peliagudo. («Tiene usted un vinillo que se deja beber.») Si pierde una batalla, se hunde....(Otro vasito. "Usted me hace salir de mis casillas.") Se hunde en absoluto. Pero esta vez abriremos los ojos....Nada de términos medios....Es preciso volver á las grandes medidas del 93; el comité de salud pública, la ley de sospechosos, el tribunal revolucionario: todo el terremoto, y si es necesario la guillotina permanente. ("¡A la salud de usted!")

Tanta energía sublevaba algo al papá Gerad, que, no obstante su Barbés, conservaba cierta tendencia de centro izquierdo. Sin embargo, no se atrevía á protestar, y casi se ponía colorado pensando que el día anterior un editor le había propuesto grabar un retrato de la nueva Emperatriz, muy escotada, enseñando sus famosos hombros, y que él no había rehusado, porque sus hijas estaban descalzas y su mujer casi desnuda.

He aquí por qué el buen grabador, hacía algún tiempo, tenía cuatro hijos: Amadeo, Luisa, María y Rosina Combarieu, dispuestos á meter ruido en la casa; aunque éstos no eran ya unos chicuelos y no volvían á jugar á las «visitas» ni á cazar á la gorra de pelo. Y buena falta hacía, porque todas las sillas cojeaban, dos sillones estaban rotos y al canapé-imperio se le había salido la mitad de su relleno de cerda por las llagas de su forro de terciopelo de Utrecht.

Unicamente no había tregua para el piano: cuanto más desafinado y asmático, más abierto estaba, enseñando por debajo de sus teclas amarillas y desgastadas la marca en otro tiempo famosa de *Sebastián Erard, constructor de pianos y arpas de S. A. R. la señora Duquesa de Berry.* No solamente Luisa, la mayor de las Gerard (¡oh! una jovencita que ha comulgado dos veces, que se peina artísticamente y usa pañoletas blancas como ya no se usan); no solamente Luisa, que habíase hecho una pianista, hacía sufrir al antiguo instrumento largos suplicios cromáticos, sino que también María y Amadeo golpeaban en él el *Ramillete de baile* ó *Papá y los barquitos.* Hasta Rosinita que en calidad de niña callejera sabía todas las canciones, se pasaba las horas enteras buscando motivos con un solo dedo.

¡Oh, las canciones de entonces! antigua cola del romanticismo, «Orientales» de pacotilla, «Odas y Baladas» á docenas, «Cuentos de España y de Italia» á granel: no se trataba más que de pajes, torreones, castellanas, toreros, contrabandistas, manolas, lavanderas, seducidas bajo el arco del puente, junto al agua que corre, por un caballero frívolo y engañador, y tantas y tantas simplezas. ¡Oh! ¡Aquellas novelas olvidadas ya, Amadeo las recordará siempre! Aún las evoca con tanta precisión é intensidad, como algunos dulces recuerdos de su infancia. Les hace vivir con el mismo frío ó calor, con el mismo olor que sentía en casa de los Gerard. Si oía alguna canción de arriero español, recordaba al grabador trabajando en su mesa, delante de la ventana sin cortinillas, en un día de invierno, en que nevaba en la calle y se deslizaban gruesos carámbanos por las vidrieras. Pero el cuarto, decorado de cuadros é imágenes, estaba templado por un ardiente fuego de coke. Amadeo se recordaba también á sí propio, sentado en el ángulo de la chimenea, aprendiendo de memoria la pagina de *Epitome* que debía recitar al día siguienta en el colegio.

María y Rosina, sentadas á sus piés, delante de una caja de cartón llena de perlas de vaso, las engarzan en un hilo para hacerse collares. Se está muy bien. Toda la habitación humea con la pipa del viejo grabador; y al lado, en el comedor, cuya puerta está entreabierta, Luisa con fresca voz canta al piano coplas que aconsonantan «Castilla» con «mantilla» y «andaluz» con «tragaluz», mientras que sus dedos ágiles arrancan al Erard desafinado un acompañamiento que pretende imitar los cascabeles y las castañuelas.

Esto pasa en el comedor en una radiante mañana de Junio: la persiana del balcón está abierta y un moscardón zumba pesadamente encima del tiesto florido, Luisa en el piano, canta, y esta vez pretende encontrar las notas bajas de una canción dramática, en la que se trata de un hijo corso á quien su padre excita á la venganza,

¡Toma mi carabina!
Por ti velará Dios....

Es aquel un gran día: la mamá Gerard hace su dulce de grosella. Hay sobre la mesa una gran fuente llena. ¡Qué olor tan delicioso! El perfume de las rosas se mezcla al del hirviente azúcar. Por esto Rosina y María ¡golosas! entran en la cocina; sólo Luisa, que es una persona formal, no se distrae por tan poca cosa. Sigue cantando, procurando dar notas altas delante de Amadeo, estupefacto de admiración. Ella exclama con acento sombrío: *Hijo, he aquí mi odio, ¿quieres tú la mitad?* Entonces vuelven las enredadoras glotonas, con bigotes de color de rosa, relamiéndose voluptuosamente.

¡Ah! ¡Qué buenas horas para Amadeíto!

Ellas le consolaban de los interminables días de fastidio pasados en el colegio de Batifol.

Después de haber hecho su "novena preparatoria" bajo la dirección del indolente M. Tabernier, siempre ocupado en arreglarse las uñas con el minucioso cuidado de un literato chino, el niño había tenido por profesor de octavo á M. Montandeuil, pobre hombre embrutecido por treinta años de oficio, que se entregaba en secreto á la perpetración de tragedias en cinco actos, y que á fuerza de tomar y dejar sus manuscritos en la portería del Odeón, había concluido por casarse con la hija del portero y ser uno de los avisadores del teatro. Después, en séptimo, Amadeo había gemido bajo la tiranía de M. Prudhome, campesino barnizado de latín, de una violencia imbécil, lanzando en plena clase injurias de carretero. Al presente comenzaba su sexto bajo el cuidado de M. Bance, desgraciado joven de veinte años, feo, cojo y locamente tímido, á quien M. Batifol reprochaba severamente el no hacerse respetar, y que lloraba cuando en las mañanas entraba en su clase, demasiado turbulenta, encontrando y teniendo que borrar con un trapo su caricatura trazada en el encerado por uno de sus alumnos.

Los maestros grotescos y miserables, los escolares feroces y cínicos, las salas de la clase apestando á polvo y tinta, el lúgubre plátano del patio; todo entristecía y disgustaba á Amadeo en el colegio Batifol. Aunque muy inteligente, hubiérase hastiado de su instrucción servida en barreño como el rancho de los soldados, sin su amiguita Luisa Gerard que por natural bondad habíase constituido en su maestra de estudios y le guiaba y alentaba. Ella le repasaba los rudimentos de Lhomond y el diccionario de Alejandro, para ayudar al niño en su lucha con su *De viris.* Desgraciado del que no ha tenido en su infancia una falda al lado, una dulce influencia de mujer; conservará toda su vida restos de brutalidad en la inteligencia, y de dureza en el corazón. Sin la excelente Luisa, Amadeo hubiera estado expuesto á este peligro. Pues muerta su madre, preciso es confesar que M. Violette descuidaba un poco á su hijo.

Porque el pobre viudo no se consolaba.

Desde la muerte de su mujer había envejecido diez años, y el mechón de cabellos recalcitrante habíase vuelto gris. Figuraos que Lucía fué la sola alegría de la vida mediocre y obscura de aquel pobre emborrona-papel. Ella era tan bonita, tan dulce, tan mujer de su casa, tan instintivamente elegante, que todo le sentaba bien, y de una flor hacía una joya. M. Violette sólo existía en este querido y cruel recuerdo, haciendo revivir con el pensamiento su humilde y consolador idilio.

De esto hace diez años. Uno de sus compañeros del ministerio le llevó á pasar la noche á la habitación de un antiguo amigo que era capitán de inválidos: un buen hombre, que había perdido en Waterloo su brazo derecho. Fué padrino de Lucía. Viejo, solterón amable y alegre, se complacía en dar de vez en cuando veladas íntimas en su domicilio del cuartel, que era una especie de capilla bonapartista. Servíanse en ella pasteles y vasos de ponche, y la madre de Lucía, que tenía parentesco lejano con el capitán, hacía los honores. M. Violette reparó en seguida en la joven, que estaba sentada y que tenía en la cabeza un clavel encarnado entre el peinado á lo *Batalla de las Pirámides.* Era en el rigor del verano, y á través de las ventanas abiertas veíanse la Explanada y los cañones que anuncian las victorias á la luz de una luna magnífica. Ya se había jugado á las preguntas y á las respuestas, y cuando llegó su turno á Lucía, ésta preguntó al Señor Violette:

—¿Qué flor le gusta á usted más?

Y él contestó balbuciendo:

—El clavel.

Y luego, ¡con qué gracia sencilla, con qué pudor atractivo sirvió ella el té, yendo de acá para allá con una taza en la mano, seguida del viejo manco de charreteras de plata, que llevaba el azucarero!

Con objeto de verla, M. Violette hizo al inválido visita tras visita, pero las más veces sólo encontraba al capitán, que le contaba sus victorias y conquistas y el ataque del reducto de Borodino, en donde había sido condecorado. E imitaba la voz de trueno de Murat, cuando el rey de Nápoles, dominándolos á todos, gritaba para hacer carga á los escuadrones.

Por fin, un hermoso domingo de otoño, bajo un cielo de un azul pálido, M. Violette pudo hallarse solo un instante con la joven en el jardín de los inválidos.

Sentose en el banco de piedra, al lado de Lucía y la declaró su amor, mientras el soldado de bronce clavaba en él su persistente mirada. Ella, poseída de deliciosa turbación, le dijo: «Hable usted á mamá,» y bajó los ojos, como mirando el macizo de margaritas que diseñaba la Cruz de la Legión de Honor.

¡Y todo esto había acabado, se había perdido para siempre! El capitán había muerto, y la madre de Lucía también. Y.....también Lucía, su bien amada Lucía, después de haberle dado durante seis años, ¡sí, seis años! una dicha sin nubes.

De seguro que no volverá á casarse. ¡Oh! ¡Jamás! Ni mucho menos tendrá nunca querida. Para él no ha existido ni existirá mujer alguna más que la pobre bien amada que duerme allá lejos, en el cementerio Montparnasse, y cuya tumba va él á visitar todos los domingos, llevando una regaderita oculta debajo del paletó.

Recuerda con un extremecimiento de disgusto que pocos meses después de la muerte de Lucía, una tarde sofocante de Julio, estando él sentado en un banco de Luxenburgo, oyendo distraído los tambores de la retreta, una mujer habíase sentado á su lado y le miraba con fijeza. Luego aquella mujer le llenó de sorpresa cuando le preguntó con un acento entre tímido y descarado: «¿Está usted tomando el fresco?» hasta que concluyó por decirle: «venga usted á mi casa». El la siguió; pero apenas hubo entrado, representósele todo su pasado, y sintiéndose como ahogado de vergüenza, se dejó caer en una silla, sollozando y tapándose la cara con las manos. Era tan inmenso su dolor, que por un instinto de piedad femenina, aquella desventurada le tomó la cabeza entre sus brazos, diciéndole para consolarle: «Llora, llora, eso te desahogará,» y al mismo tiempo le mecía como á un niño.

El pudo por fin desasirse de aquella caricia que le avergonzaba. Dejó sobre la cómoda el poco dinero que tenía; huyó, entró en su casa, se metió en la cama, y allí, solo, pudo llorar y morder su almohada. ¡Qué horrible recuerdo!

No, nada de mujer, nada de querida, nada. Ahora su pena era su mujer y dormía pensando en ella.

Sobre todo el despertar del viudo era dolorosísimo; aquel despertar solitario en aquella cama en que sólo había una almohada. Allí era donde

en otro tiempo veía todas las mañanas á su querida Lucía, gozando del exquisito placer de verla dormir. A ella no le gustaba madrugar, por lo que algunas veces él la había reñido en chanza. ¡Qué calma en aquel rostro tan fino y tan dulce, con los ojos cerrados; descansando tranquila con los cabellos en desorden! ¡Qué castidad en el abandono de aquel cuerpo joven y encantador! Había sacado uno de los brazos por encima de las mantas, y el cuello de la camisa se había caído descubriendo la esbelta espalda y el nacimiento de una suave garganta. Con el calor de la cama, ella exhalaba un olor tibio y vivificador, parecido al perfume de una flor de carne. El se inclinaba sobre su boca entreabierta para respirarla y sentía tierno orgullo nupcial cuando pensaba que era su esposa y compañera de lecho aquella deliciosa criatura casi infantil, y que su corazón, cuyas palpitaciones sentía, habíasele entregado para siempre. No podía contenerse, y acariciaba con sus labios los de la joven dormida: ella se estremecía al contacto del beso, abría entonces los ojos, en los que el asombro del despertar se trocaba en seguida, bajo la mirada del esposo, en una sonrisa dichosa... ¡Oh momentos de placer inefable!....Pero á pesar de todo, era preciso tener juicio, acordarse de que la lechera había colgado desde muy temprano en la puerta de la escalera el jarro con la leche, que no había lumbre encendida, que él debía presentarse temprano en la oficina, con tanto mayor motivo por cuanto se aproximaba la época de las gratificaciones. Así, pues, daba otro beso á Lucía soñolienta, que había vuelto á cerrar los ojos, diciéndola con acento cariñoso: «Vamos, hija mía, son las ocho y media. ¡Arriba, arriba, perezosilla!"

¿Cómo consolarse de tales bienes perdidos? Tenía un hijo. ¡Bien, sí, y le amaba mucho! Pero la vista de Amadeo aumentaba el pesar de M. Violette, porque el niño, que crecía, se parecía cada día más á su pobre madre.

IV.

Tres ó cuatro veces al año, M. Violette, acompañado de su hijo, hacía una visita á un tío de su esposa, á quien Amadeo podría heredar algún día.

M. Isidoro Gaufre había fundado y hacía veinte años que manejaba una librería y almacén de estampas católicas, á la que añadió pronto un importante depósito de objetos religiosos de todas clases. *El barato de las parroquias*, célebre entre todo el clero francés, fué invadiendo poco á poco la parte principal y las dependencias de un antiguo edificio de la calle Servandoni, construido con el estilo pomposo y magnífico de fines del siglo XVII. La mayor parte del día, eclesiásticos ó personas con aspectos de tales subían los escalones de la noble gradería que conducía á un espacioso piso casi bajo, que recibía la luz por grandes ventanas sobre las cuales lucían sencillos adornos alternados con simétricos y enormes mascarones. Allí, el misionero de luenga barba, antes de embarcarse para las costas del Gabón ó para el extremo Oriente, venía á comprar su repuesto de escapularios y rosarios de coral falso, destinados á convertir á los negros y á los chinos; el miembro de la Orden Tercera, envuelto en una larga levita de color de chocolate, apretando entre sus brazos un gigantesco paraguas, se procuraba, á poco precio y por millares, folletos de propaganda religiosa; el cura de aldea, de paso en París, compraba un terno ó un incensario de plaqué de género bizantino, firmando pagaré á largo plazo, contrayendo esta deuda por celo y esperando solventarla con ayuda de la generosidad de los fieles. También solían visitar la casa algún joven confesor que venía á buscar obras finas de devoción, destinadas á algún penitente; por ejemplo, la titulada: *Las lágrimas de la viudez enjugadas por San Francisco de Soles*; ó bien el candidato á la diputación de un distrito católico, pidiendo una remesa de *Los doce caminos de la Cruz*, espantosamente ilustrados, que destinaba como regalo á las parroquias donde sus adversarios le habían acusado de ser volteriano.

A estos compradores arreglábanse el hermano de la doctrina cristiana, ó la hermana de San Vicente de Paul, que necesitaban para sus escuelas catecismos y otros libros edificantes. También, de vez en cuando, un príncipe de la iglesia, un obispo de aspecto aristocrático, envuelto en su amplia capa, con su sombrero romano verde y oro, encerrábase misteriosamente con M. Isidoro Gaufre en el gabinete de este último, y volvía á salir acompañado hasta la gradería por el dueño del establecimiento, que le prodigaba toda clase de saludos y reverencias, inclinándose obsequiosamente para recibir la altiva bendición de aquellas manos cubiertas con guantes morados.

No era seguramente por simpatía por lo que M. Violette había conservado sus relaciones con el tío de su mujer, porque M. Gaufre, cortesmente servil para todos los que podían servirle de algo se presentaba extraordinariamente desdeñoso con los que creía no necesitar. Cuando vivía su sobrina, ocupábase muy poco de ella, y sólo la había dado, como regalo de boda, un crucifijo de marfil con pililla para el agua bendita, que el comerciante de objetos para el culto fabricaba por mayor para uso de los conventos. Hijo de sus

obras, y habiendo hecho, según se decía, una fortuna considerable, M. Gaufre tenía en mediana estima á aquel pobre diablo de empleado, cuyo ascenso era tan lento, y que debía ser, sin duda, perezoso é incapaz. Por el modo de ser recibido en la casa de la calle Servandoni, M. Violette comprendía el triste concepto que merecía al «explota-Dios», como él llamaba al comerciante, y si volvía, reprimiendo su natural orgullo, era únicamente por su hijo, porque M. Gaufre era rico y viejo; y ¡quién sabe! podría ser que no olvidara en su testamento á su sobrino Amadeo.

Convenía que viese al niño de vez en cuando, y M. Violette, por deber paternal, se condenaba tres ó cuatro veces al año al fastidio de una visita al *Barato de las parroquias.*

No obstante, las esperanzas que abrigaba respecto á la herencia de M. Gaufre eran muy problemáticas; porque el empleado, á quien el director del bazar sagrado invitaba alguna vez á comer por compromiso, había reparado con sorpresa en el tono despótico y familiar de la criada de la casa, soberbia normanda de veinticinco años de edad y que respondía al real nombre de Berenice. Los modales impertinentes de esta bella y robusta comadre descubrían en ella una favorita, así como también las chispas de diamantes que brillaban en sus pendientes; y de seguro, esta mujer vigilaría el testamento de su amo sexagenario, de cuello apoplético, y que solía quedarse amodorra lo después de comer.

M. Gaufre, aunque pertenecía á la cofradía de San Sulpicio y cumplía todos sus deberes religiosos, siempre había sido aficionado á relacionarse con sus fámulas. Su mujer, muerta hacía diez años, fué en vida una de esas desdichadas de las que dice la voz popular: "Esa pobre señora es digna de compasión: no puede sacar provecho de sus criadas." En vano había buscado en el confín de las provincias esas criadillas, feas y de buena reputación: flamencas, nivernesas, alsacianas, picardas y hasta una joven del Bocaire que había obtenido el premio de virtud; todas fueron implacablemente devoradas por el minotauro de la calle Servandoni. Todas fueron puestas en la calle con un concienzudo par de bofetones administrados por la esposa justamente irritada, y afortunadamente para M. Gaufre, ninguna de esas Agar le dió un Ismael. Habiéndose quedado viudo, el persigue fregonas pudo entregarse con toda seguridad, pero sin escándalo, á su pasión por las criadas; y nuevas campesinas, peinadas de un modo extraño, respondieron favorablemente, en diversos sentidos, á sus culpables proposiciones. Unas trenzas alsacianas duraron seis meses, una caperuza bretona más de un año; pero por fin, sucedió lo que fatalmente debía suceder. El monógamo que dormita en cada libertino se despertó, y la bella Berenice aprisionó definitivamente en sus cadenas al voluble M. Gaufre que con la edad se volvió constante, ella era, pues, reina absoluta de la casa, en la que se imponía doblemente por su maciza belleza y su talento culinario; y como observaba que después de cada comida se congestionaba el semblante de su amo, debió seguramente pensar en el porvenir. Todo era, pues, de temer por este lado. ¿Quién podía responder de que M. Gaufre, después de todo, muy devoto, no tuviese el mejor día escrúpulos de conciencia y no concluyera por un casamiento *in extremis!*

M. Violette comprendía todo esto; no obstante, procuraba que Amadeo no fuera olvidado por su viejo pariente, y algunas veces, pocas, salía del ministerio antes que de costumbre, iba á buscar á su hijo á la salida del colegio Batifol y le llevaba á la calle Servandoni.

Los vastos salones transformados en almacenes en cuyas olvidadas mamparas veíanse todavía restos de pinturas representando pastores que ofrecían á sus pastoras un par de pichones, eran siempre para Amadeo causas de curiosidad y sorpresa.

Después de atravesar la librería, en donde millones de volúmenes con broches y encuadernaciones grises y amarillas estaban como en prensa en estantes, de donde los tomaban para hacer paquetes algunos mozos con blusas de lienzo crudo, se entraba en el almacén de orfebrería, en el que sobre hermosas vitrinas resplandecía el lujo insinuante y atractivo de las iglesias, tabernáculos dorados, donde el Cordero Pascual reposa sobre un triángulo radiante, incensarios de cuatro cadenas, estolas y casullas cuajadas de bordados, enormes candelabros, patenas y cálices incrustados de esmaltes y de pedrerías falsas. Viendo tantos esplendores el niño, que había leído las *Mil y una noches*, creía penetrar en la caverna de Aladino ó en el antro de Aboul Cassem. Desde este deslumbramiento, pasábase sin transición al sombrío depósito de hábitos eclesiásticos. Aquí todo era negro, aquí no se veían más que sotanas apiladas y pirámides de grandes sombreros.

Sólo dos maniquíes, el uno vestido de la púrpura cardenalicia y el otro del manto morado episcopal, daban un poco de color al tenebroso almacén.

Pero sobre todo, lo que dejaba más estupefacto á Amadeo, era la gran sala de estatuitas pintadas. Allí estaban los ídolos de los devotos de las capillas pequeñas, puestos al azar sobre tablas en rara promiscuidad.

(Continuará.)

Páginas de la Moda.

FIG. 1.—GRAN CAPA DE PIELES PARA SALIDA DE TEMPLO, BAILE U OPERA.

MODAS PARISIENSES.

Bajo el torbellino de lentejuelas de oro viejo que formaron las primeras hojas secas del otoño, resultan magníficas las hípicas sesiones de Auteuil donde se exhibe la moda de invierno.

En su asistencia, de una incomparable elegancia, sentíase la impresión de la nueva moda llena de un *parisianismo* artístico.

Nada de coloridos brillantes que fueron la boga del verano, hoy ya vuelven á imperar los tonos neutros ó suavemente amortiguados y confundidos.

Se llevan ahora mucho las corbatas de ancho nudo hecho á mano y fabricadas en toda clase de tejidos de seda ó en tafetán color rosa, cielo ó paja.

También diremos algo de los pequeños coletos de piel, cuyas formas son tan caprichosas y variadas que su descripción resulta imposible.

Se usan mucho ahora los cinturones hechos con varias cintas de distintos coloros con un nudo al lado izquierdo y largas caídas que le hacen de muy buen gusto.

Como sombrero, la forma definitivamente adoptada es el pequeño tricornio Luis XV, que se hace de fieltro fino con muy pocos adornos, un pequeño penacho, algunas plumas y un broche de diamantes.

Los sombreros no tienen flores, hoy sólo se llevan cintas y plumas, pájaros y peluche, lo cual es de muy buen tono.

Siguen haciéndose mucho las chaquetas con gruesos cordones de pasamanería, confortables y abrigadas.

TRES REINAS.

La sucesión de Humberto I en el trono de Italia ha permanecido indecisa durante mucho tiempo y ha dado ocasión á una campaña política entre dos familias de las más ilustres de Europa: la del Príncipe de Nápoles y la de los Duques de Aosta.

El Príncipe de Nápoles es el único hijo del Rey de Italia, y durante su infancia fué excesivamente enfermizo y delicado, tanto, que fué un triunfo salvarlo de los peligros á que los niños están expuestos durante ciertas épocas críticas.

En ese tiempo la corte entera creía, con más ó menos visos de verosimilitud, que el hijo de Humberto I ó no llegaría á la mayor edad ó no contraería matrimonio, de manera que la sucesión en el trono pasaría al sobrino mayor del Rey, al Duque de Aosta.

El Duque de Aosta contrajo matrimonio con la Princesa Elena de Orleans, hija del Conde de París pretendiente al trono de Francia.

La Princesa de Orleans fué primero prometida del Duque de Clarence, hijo mayor del Príncipe de Gales: pero el matrimonio no llegó á efectuarse, debido á que el Papa negó el permiso á la Princesa para unirse con un protestante.

Después, con la perspectiva de ser algún día madre del Rey de Italia, se casó con el Duque de Aosta.

La ceremonia se verificó en 1895, en Kingstonupon, Tames, Inglaterra.

Posteriormente á ese matrimonio, la salud del Príncipe de Nápoles mejoró rápidamente, y, en medio de la admiración universal, se anunció su matrimonio con la princesa Elena de Montenegro. Poco tiempo después el matrimonio se celebró.

Los Duques de Aosta no tuvieron sucesión en los primeros años de su matrimonio. Esta circunstancia, y la unión del Príncipe de Nápoles, hicieron que la Duquesa perdiera las esperanzas de ocupar el trono italiano y sembró la discordia entre ella y su esposo, según refiere la crónica europea, el hecho es, que duante algún tiempo los Duques de Aosta estuvieron separados.

Sin embargo, los Príncipes de Nápoles no tuvieron tampoco sucesión.

Entonces, en la Corte de Italia, surgió el grave conflicto: ¿Quién sería el Rey á la muerte de Humberto? Dícese que los allegados á la familia reinante trataron de reconciliar á los esposos y al fin lo consiguieron.

Los periódicos europeos han anunciado por fin, el nacimiento de un niño, hijo de los Duques de Aosta. Agregan que la Duquesa se sometió á un tratamiento continuado y penoso del especialista Schenk, que ha obtenido ya otros éxitos en la determinación del sexo de los niños, antes del nacimiento. Pero dicen que la Princesa de Nápoles está dispuesta á seguir idéntica conducta, de modo que la cuestión está aún en pié, y tres son las damas que pueden llegar á dar nacimiento al futuro Rey de Italia: la Reina Margarita, la Princesa de Nápoles y la Duquesa de Aosta.

FIGS. 2, 3 Y 4.—TOILETTE PARA NIÑOS.

FIG. 5.—TRAJE DE SEDA CON APLICACION DE BLONDA.

ALGO DE TODO.

PAPAS PREPARADAS DE DIVERSOS MODOS.

PAPAS CON GITOMATE.—Se fríen gitomates asados, un trozo de pan dorado en manteca y unas pimientas, molido todo esto, sazonando la fritura con aceite, vinagre y sal; se añaden luego las papas cocidas, rebanadas y fritas y yemas de huevo batidas.

PAPAS SECAS.—Después de engrasar con manteca una cazuela extendida, se polvorea con pan y en seguida se coloca una cama de papas cocidas y rebanadas, sazonándolas con pimienta, sal, queso rayado y mantequilla; se añade luego una poca de leche y se hacen secar á dos fuegos suaves.

PAPAS RELLENAS.—Se fríen en manteca, cebolla, gitomate y perejil, picadas muy fino; luego que la fritura esté bien cocida, se añade pimienta, clavo y nuez moscada molidos, sardinas en gitomate, aceitunas, alcaparras y chile en vinagre, picado todo esto suavemente fino, la sal necesaria y vinagre á gusto; estando el picadillo seco y bien sazonado, se rellenan con él unas papas grandes cocidas y mondadas, á las que se les separa un poco de la pulpa interior, cuidando de no romperlas; en seguida se mojan con huevo, se cubren con pan rayado y se doran con manteca, sirviéndolas muy calientes con alguna salsa ó ensalada.

PAPAS EN BLANCO.—Cocidas, mondadas y rebanadas, se ponen por media hora en agua de sal; en seguida se enjugan con una servilleta y se fríen en mantequilla, añadiendo después pimienta molida, sal, perejil picado y un poco de caldo sazonado y colado: después que hallan hervido un poco, se les mezcla el jugo de un limón, se dejan espesar, y en seguida se les separa del fuego.

PAPAS CON VINO.—Puesta al fuego una cacerola con mantuquilla, se fríen en ella cebolla y perejil picados, añadiendo en seguida pimienta molida, sal, una poquita de harina, las papas cocidas y rebanadas, y bastante vino Jerez, dejándolas hervir hasta que el caldillo haya espesado

FIGS. 6, 7 y 8. GRUPO ELEGANTE DE TRAJES DE CASA.

JALEA DE TEJOCOTES.—Se lavan los tejocotes hasta que queden bien limpios, y después de separarles los tallos y las coronitas, se sancochan, se les quita esa agua y se echan en agua caliente, en la cual se dejan cocer.

Al día siguiente se ponen al sol y al sereno, hasta que formen una ligera espuma, pero cuidando de que no se ágrien; entonces se restregan para que se deshagan, se ponen á destilar en un cernidor, y en seguida en una bolsa de manta tupida. Se mezcla luego este mucílago con azúcar blanca molida, poniendo, para cada litro de aquel, 485 gramos [doce onzas] de ésta; se echa la jalea en un cazo extañado, se hace hervir á fuego muy fuerte para que no se ponga colorada, cuidando de no menearla, con objeto de que no se rebote, y de separarle toda la espuma blanca que arroja al hervir. Luego que forme al borde de la cuchara un espejo que no se rompa, que es punto que debe tener, se aparta del fuego, se deja reposar un poco y se vacía en los moldes.

Si se le quiere dar mejor gusto, se le añade el jugo de una piña bien madura, con el cual sólo se deja dar un hervor, ó en sustitución de éste jugo de granada ágria.

Cuando se quiere obtener una jalea sumamente blanca, después de limpios y cocidos los tejocotes, se dejan enfriar y se mondan luego, poniéndolos en agua fría, á medida que se ejecuta esta operación, dejándolos en la misma agua. Cuatro días después se cuelan en una bolsa de manta, cuidando de no apartarla para que la jalea salga muy clara, la cual se mezcla después con azúcar molida, en las mismas proporciones que la anterior, y se cuela por segunda vez en otra bolsa de manta más tupida, concluyendo la operación por los mismos procedimientos que que han indicados en la fórmula anterior.

Si la jalea se quiere todavía más blanca, se ponen los tejocotes por tercera vez en agua.

Nuestros Grabados.

FIG. 1.—GRAN CAPA DE PIELES PARA SALIDA DE TEMPLO, BAILE U OPERA.

Esta capa es de las que más favor obtienen en París. Está hecha con un gran cuello pleno, de un estilo intermedio entre el Médicis y el Valois, con solapas muy elegantes. Es redonda y á grandes pliegues. Lleva un doublé de tafetán rosa-clavel, ligeramente dentado en su extremidad.

FIGS 2, 3 y 4.—TOILETS PARA NIÑOS.

La figura 2 es un frock de sarga de seda plissé. Bajo un plastroncito adornado de seis presillas y dos jockeys muy elegantes.

La número 3 es un trajecito de cheviotte para niño de 6 á 8 años compuesto de tres piezas sencillas: chaleco, saco redondo y pantalón sin jareta ornado en los remates de botones.

La número 4 es una batita de seda malva con capelinita figurada bordada de cinta y estrellas.

FIG. [illegible] TRAJE DE SEDA CON APLICACION DE BLONDA.

Es de satín lila pálido. La falda tiene un delantal figurado bordado de guías de seda. Blusa drapeada de blonda antigua de Bruselas, en forma de volantes. Mangas con jockeys de blonda y abullonados elegantes

FIGS. 6, 7 Y 8. GRUPO ELEGANTE DE TRAJES DE CASA.

La figura 6 es una toilette de escocés. Falda orlada de cadenilla de blonda. Cuerpo avolantado con adorno de la propia cadenilla, collar de satín con bandas de terciopelo, corbata de blonda y una gran aplicación de la misma en volantes sobre el pecho. La figura 7 es de cheviotte. Falda completamente lisa, blusa abierta sobre un gran plastrón tableado de muselina de seda, y tableada á su vez en sentido vertical, á ambos lados del plastrón, con adornos de cadenilla de seda ornando los tabierillos.

La figura 8 es de sarga de seda gris perla, ornada toda de galón de seda. Este galón drapea la camisola sobre la que se abre el jacquette y las mangas con red de los anges, de mucho efecto.

EL MUNDO.

Tomo I — México, Domingo 15 de Enero de 1899. — Num. 3

Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.

RAZONES DE FUERZA.

CUADRO POR LUIS BEUT. — FOT. DE LUIS C. SALDOVAL.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

El regalo de Reyes que acaban de ofrecer *El Mundo* y *El Imparcial* al público lector en la República, me ha convencido de la avidez con que la masa busca los libros que recrean la imaginación y que, con sus ficciones y aventuras, hacen olvidar un poco las tristes realidades de la vida. Desde mi punto de vista, extraño si queréis y hasta excéntrico, me ha parecido una obra dulce y piadosa, esta de dar á las almas pobres, á los desamparados y á los tristes, su pan de cada día: la ilusión. La novela de folletín, la de los enredos inconcebibles, la de las monstruosas luchas, la de las fábulas inauditas, la de la victoria del bien sobre el mal, la de la glorificación de la virtud y el castigo del vicio, la que levanta la existencia y le da alas y sublima los amores y premia las misericordias y recompensa las buenas acciones; ese cuento burdo pero trivial y apasionado, es como un consuelo, como un bálsamo, como un vaso de vino generoso y reconstituyente, como el ofrecimiento de una bienaventuranza para los infelices, para los débiles, para los mansos de corazón, para los que á falta de felicidad positiva, andan, como sonámbulos en noche obscura, en persecución de la dicha soñada.

Esas buenas almas tienen razón. Entre lo soñado, y lo vívido,—he dicho alguna vez, hay la misma diferencia que entre una estrella y una piedra preciosa.

No es raro que hurtemos á la existencia una joya, seguros de que nos llevamos la más grande riqueza de la tierra. La escondemos á las miradas envidiosas, la enterramos en el rincón más sombrío de nuestra vivienda, y sólo en la alta noche ó al despertar del día, cuando el mundo duerme y ninguno puede sorprendernos, abrimos al arca como avaros empedernidos, y nos recreamos en contemplar el tesoro arrebatado á la vida, el que ella nos había prometido y que tuvimos, al fin, que arrebatarle por la fuerza.

Una mañana, el desengaño, siempre en acecho, se acerca á nosotros y nos dice: Te han engañado.

Y con sus filtros corrosivos enegrece las placas de oro, y con sus manos rudas desmonta los diamantes, para convencernos de que son falsos.

En efecto; nos engañó la vida perversa: nos escamoteó la felicidad que deseábamos; lo que creíamos robarle no era nuestra dicha aunque mucho se le parecía: era una nueva tristeza que brillaba desde lejos como el joyel de la ventura.

La infame vida se alejó riendo, sin compadecerse de nuestra desilusión como la ebria del lied de Heine.

El mundo del sueño no tiene con nosotros estas crueldades. Cumple sus compromisos; nos da, en todos los casos, más de lo que le pedimos. Nos satisface, nos contenta, nos mima. Hace lo que las madres con los niños: para tenernos en casa, para que no nos separemos de él, para evitarnos que salgamos á la calle, á la realidad, y que nos atropelle una duda ó nos pervierta un desengaño, nos entretiene con cuentos de hadas, nos rodea de juguetes maravillosos, nos asegura que tenemos una estrella en la frente, y no se cansa nunca de mover el caleidoscopio de nuestras esperanzas. Estamos alegres allá, en su palacio azul, y sin embargo, el ruido de afuera nos atrae; no quedamos conformes con los lineamientos imprecisos, con los matices suaves, con los horizontes esfumados, y salimos en busca de lo real, de lo tangible, de lo exacto; no de lo que acaricia sino de lo que hiere nuestros sentidos, no de las formas caprichosas de la bruma, sino de la rígida silueta de la montaña; no de la voluta diáfana de la nube, sino del áspero contorno de la roca; no de la lejanía de la nieve, sino de la dura lámina del mármol; de todo lo que podemos tocar sin conmover, de todo lo que se resiste á nuestra voluntad, de lo que es un obstáculo, un tropiezo, de lo que nos encierra con una muralla impalpable, en los estrechos límites de la materia.

Somos ingratos con el ensueño, lo despreciamos sin motivo.

¿Quién, como él, nos mece tan dulcemente en el espacio? ¿Quién nos divierte con más cariñosa complacencia? ¿Quién al penetrar en él no se torna divino, y forja á su antojo los más sublimes absurdos?

Y luego, ¿es cierto que allí no reside la verdad? ¿acaso el maestro Platón, el ave errante de lo infinito, no volvió de aquellas libres regiones con un puñado de verdades? Y la misma materia, ¿no se idealiza, á veces, frente á nosotros, para convidarnos á la plácida somnolencia de la ilusión? Una puesta de sol, el agua que corre, el pájaro que pasa, ¿no son invitaciones para que el espíritu abra las alas y se arriesgue á volar por los abismos luminosos de la fantasía?

El ensueño no engaña, ni es traidor mientras le somos fieles y lo preferimos á las hipócritas y malévolas ficciones de la realidad.

La mentira que seduce, que acaricia y alegra no es mentira. Mentira es la verdad que entristece, que desengaña y que golpea; mentira es el mal, mentira la ingratitud, mentira la muerte.

Así vivimos, aferrados á nuestros delirios, algunos pobres espíritus. ¿Qué más dá? Sigue el universo su marcha imperturbable en tanto que los fisiólogos revuelven el cieno prra hallar el secreto de la muerte y los soñadores miran á los astros para encontrar el misterio de la vida.

Unos y otros pierden el tiempo desde hace miles de años; solamente que nosotros, los ilusos, les llevamos una gran ventaja á los observadores y á los sabios: no hemos perdido la esperanza.

Haceis bien, almas infelices y jóvenes; vivid siempre en el palacio azul del ensueño. Es una obra piadosa la de poner la limosna de una ilusión en una mano que se tiende anciosa. ¡Oh, envidiables mendigos de la fantasía, tomad y bebed el pan y el vino que alimenta á las esperanzas, el poema en que triunfe el bien, el cuento en que se presencia la virtud, la fábula hermosa en que el amor es el inmortal y el vicio vencido; la novela de folletín...

* * *

La Exposición de Bellas Artes en la Academia Nacional de San Carlos, ha obtenido uno de los más brillantes éxitos. El concurso de los pintores españoles ha venido á sacudir un poco la atonía de nuestro sentido estético. Largamente han hablado nuestras publicaciones de las obras allí expuestas, entre las cuales pueden admirarse algunas de mérito indiscutible.

Por mi parte, he recorrido ya los salones, y escribiré muy en breve la impresión que me causaron. Me agrada vagar á la aventura por esas galerías tapizadas de cuadros.

Sin embargo—no sé por qué—en mis excursiones á este mundo artístico, me viene siempre á la memoria la observación de mi crítico favorito, sugerida por la contemplación de lienzos prerafaelitas en la galería Uffici......«Más tarde los pintores serán mejores, pero menos originales; avanzarán más de prisa, pero unos en pos de otros, irán más lejos, pero bajo la dirección de los mismos maestros. A mis ojos el pensamiento disciplinado, no vale lo que el pensamiento libre; lo que percibo al través de una obra de arte, como al través de toda obra, es el estado de alma que ha producido. Al inventar una dirección aún sin llegar á la meta, se va más allí y más virilmente que al llegar á lo inventado. En adelante los talentos quedarán ahogados por los genios, y los artistas serán menores aunque el arte sea más grande.»

* * *

La ópera más celebrada de la semana ha sido *Mignon*. Como era de esperarse, Estefanía Collamarini sigue siendo la reina.

La princesita es la Sostegni. Las dos artistas y las dos hermosas.

Pero por esta vez, la hermosura triunfa del Arte.

Y no es que ellas carezcan de facultades, que bien claro las han mostrado y con todo entusiasmo las hemos aplaudido, sino que, como en una Carta de Mujer, recién publicada en nuestro diario, la belleza es una rival poderosa. Todo lo vence y todo lo puede; desde ofrecer la gloria hasta á llamar al infortunio.

¿Será verdad el suspiro del viejo poeta?

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!....

El Mundo, á semejanza de otras revistas extranjeras, publica hoy una plana consagrada á la figura de Estefanía Collamarini, en *Carmen*.

La verdad es que la *mezzo soprano* interpreta á maravilla la ardiente gitana creada por Merimée y puesta en música por Bizet.

Todo el público está de acuerdo en afirmar que la Collamarini ha sido la *Cármen* más notable que hemos admirado.

Por eso creo que hizo bien *El Mundo* en escojerla en ese tipo; porque á la vez que en él luce su hermosura, luce también su talento artístico. Excelente artista y linda mujer: ¿qué más puede pedirse á la *Cármen* de la Collamarini?

Luis G. Urbina

Política General.

RESUMEN.—El imperio de Austria Hungria. Su constitucion secular.—Sus vicisitudes en la presente centuria.—Las revoluciones francesas y las evoluciones austriacas. La disgregacion inminente.—Francisco Jose y las aspiraciones modernas de los pueblos. El asunto Dreyfus.—Una nueva frase.—La dimision de M. Beaurepaire.—Necesidad de un nombre.—En busca de popularidad.—Las resistencias de la Republica.—Conclusion.

Difícil es comprender cómo ha podido vivir y desarrollarse como una sola nación el imperio Austro-húngaro, formado por la agregación de pueblos y de razas tan diferentes, donde palpitan aspiraciones opuestas, donde se crean ideales contrarios y se mueven tan distintas ambiciones. Sólo el hilo de oro de la inmensa popularidad del emperador Francisco José puede mantener atados elementos tan disímbolos y conservarlos unidos en la aspiración suprema de un Estado soberano.

Restos del antiguo Sacro Romano Imperio que fundó Carlos Magno é ilustró Rodolfo de Hapsburgo, las posesiones austriacas fueron el nucleo á que se agregaron por la fuerza de las armas, los dispersos despojos de las viejas monarquías de la Europa central. Mientras la espada de la conquista ha estado suspendida sobre los pueblos esclavizados, la vida nacional ha ido desarrollándose lentamente y las aspiraciones autonómicas de cada entidad, antes soberana, han ido tomando nuevos perfiles hasta incorporarse en los sentimientos populares.

La racha de la Revolución francesa pasó sobre la superficie del Imperio, despertando los espíritus aletargados, agitando las conciencias adormecidas, proclamando el dogma moderno de la soberanía nacional, por encima del derecho divino de los reyes, y fué preciso que el asiento del trono se convirtiera en el centro de todas las maquinaciones reaccionarias, se transformara en la mesa directiva del *terror blanco* fué preciso que el príncipe de Metternich, en la plenitud de su poder, se hiciera el dueño de todos los gabinetes europeos, para borrar en lo posible las manchas sangrientas, del *terror rojo*, y calmar los ánimos sumergiéndolos en los nimbos apocalípticos de una retrocesión á la Edad Media.

* * *

Hundido el pueblo austriaco bajo la losa sepulcral de esa reacción, apenas escuchó en su cripta tenebrosa los ecos bélicos de la revolución de Julio, que desterró para siempre de Francia á los Borbones y derribó al impulso de las iras populares su secular poder. A las universidades y centros docentes llegaban, como débiles ondulaciones de la marejada, las voces de los demagogos y los clamores de los humildes. Pactóse en Francia el concordato entre la tradición, representada por el nieto de Felipe Igualdad, y los emisarios del pueblo, congregados en la casa municipal de París. Constituyose la monarquía de transición, bajo los auspicios de Luis Felipe rey de los franceses, y la semi teocrática Austria respiró tranquila, creyendo alejado para siempre el contagio.

Pero surgió la revolución de 1848, en la que la democracia francesa impuso por de pronto su voluntad, constituyendo, entre públicos regocijos, la segunda República. La chispa revolucionaria se comunicó al Imperio, y hubo necesidad de transigir con las aspiraciones liberales manifestadas en las calles de Viena y de Pest, entre la fusilería de las barricadas y las declamaciones de los clubs. Subió al trono el emperador Francisco José, y sus dotes administrativos, la dulzura de su carácter, la alteza de sus miradas y su educación liberal, hicieron que la agitación pública se calmase y que la nación buscase en las pacíficas luchas de la paz su progreso y engrandecimiento.

* * *

Medio siglo ha pasado, y en ese tiempo el país ha tenido que soportar dos derrotas: la segregrción del Lombardo-Veneto que le arrebataron las batallas de Magenta y Solferino en la guerra con Francia y los reyes del Piamonte, y la humillación de Sadowa en la guerra con Prusia, en la que perdió el predominio que tenía sobre las razas teutónicas, y mal de su grado, vió trasladarse á los modernos Hohenzollern el cetro augusto que por luengos siglos había sostenido en sus robustas manos la dinastía de los Hapsburgo.

Y llegaron los triunfos de Gravelottes y de Sedán, y la escena magestuosa de Versalles en la sala de Luis XIV; llegó el predominio de Prusia sobre los pueblos todos de habla germánica; llegaron á los oídos de los súbditos los himnos triunfales de la República, haciendo olvidar en Francia veinte años de cesarismo napoleónico, y los tcheques y los húngaros y los tudescos despertaron de un sueño sepulcral.

Para detener la avalancha hubo necesidad de pactar con el vencedor, y la Triple Alianza unió en una sola aspiración á los luchadores de Novara y á los combatientes de Sadowa. Era preciso conjurar la tormenta, era necesario contribuir con las fuerzas vivas del país á la constitución del nuevo equilibrio europeo, á la consolidación del *bismarckismo*, que había iniciado el tratado de Francfort y sancionado las conferencias de Berlín, después de la guerra de Oriente. Queriendo el Emperador resguardar á sus pueblos de nuevas agitaciones, accedió á cuanto de él se solicitaba, y en más de una ocasión tuvo que acomodar sus sueños pacíficos á las exigencias internacionales.

* * *

Mas ¡ay! que no es fácil soldar divisiones tradicionales ni unir apartamientos legendarios. Fórmanse en el interior partidos que trabajan, agrupaciones que acechan en la sombra, entidades políticas que minan el orden constituido. Unos, guiados por la idea germánica, gravitan en torno de Berlín y, pretenden hacer de los pueblos alemanes del imperio asteroides secundarios que giren al rededor del trono esplend.-

roso de los Hohenzollern; otros, que no han logrado en las revoluciones pasadas los derechos que deseaban para sus representantes, buscan por medios tranquilos ó violentos, la autonomía de ciertas regiones, semejante á la que han adquirido los hijos de los madgiares; y otros, en fin, van más adelante, y sueñan con disgregaciones completas, sin pensar que la división ha de ponerlos más fácilmente á merced de sus enemigos: del imperio germánico encarnado en la moderna dinastía, y del panslavismo triunfante de los soberanos de Petersburgo.

***

Y qué importan los temores remotos para los que buscan el triunfo actual? Las escenas de violencia y de escándalo repetidas una y otra vez en la Dieta baja de Hungría últimamente, los motines de Praga en el pasado año, la inquietud general que se manifiesta en las provincias alejadas del centro, todo está anunciando que se relajan á toda prisa los lazos que han unido los elementos del Imperio.

Y si alguna duda hubiera sobre esa creciente disgregación, se desvanecería enteramente al pensar en los ataques francos y desembozados de Prusia contra los ciudadanos austriacos que residen en el reino, mandándolos expulsar sin piedad. Y es que el espíritu germano, que observa y espía acaso con fruición el próximo desmoronamiento de Aurtria-Hungría, pretende librarse de antiguos compromisos á la hora del reparto, y por eso busca indirectamente el modo de desatar viejas alianzas.

Si no fuera por el gran respeto y el acendrado cariño que inspira á todos sus súbditos el venerable emperador Francisco José, en el cual se mira con asombro la triple corona de la realeza, de la ancianidad y del infortunio; si no fuera por la influencia y el prestigio de su nombre, pronunciado con cariño en los confines de su vasto imperio, tiempo ha que habríamos presenciado ese temido desgajamiento de las partes que lo constituyen. El problema no más queda aplazado. Hoy podría resolverse pacíficamente, haciendo abdicaciones extraordinarias y renuncias cuasi imposibles; mas como esto no ha de ser, tendremos que narrar, cuando desaparezca el augusto anciano, violentas sacudidas y levantamientos bruscos de razas y de pueblos buscando reivindicaciones seculares.

***

Una nueva fase ofrece en la actualidad el proceso Dreyfus. Como si no bastaran á mantener la agitación pública y la exaltación popular, las disidencias de opinión, manifestadas en todos los grupos sociales, acaba de revelarse en el seno mismo de la Corte de Casación una divergencia notable, entre los honorables miembros que la constituyen: M. Quesnay de Baurepaire, presidente de la Corte civil, ha presentado la dimisión de su alto cargo, alegando ciertas irregularidades entre los consejeros, indicando ciertas parcialidades entre los magistrados, y protestando por su parte adhesión sincera y devota al ejército nacional.

Si no se hubiera visto desgraciadamente que el asunto, que tanto interesa al desterrado de la Isla del Diablo, se ha convertido en cuestión política, agriado los ánimos, exaltado los espíritus y dividido á los franceses en dos bandos: unos que creen en la infalibilidad de la cosa juzgada, y otros que consideran de justicia la rectificación del error, cualesquiera que sean los responsables, pasaría inadvertida la dimisión de M. de Baurepaire, y sólo sería de sentirse la retirada de un sabio magistrado en cuestión tan importante.

***

Pero á la altura á que han llegado los sucesos, al grado de exaltación á que ha llegado el espíritu público, este acontecimiento no puede menos de tener una grave significación política. Ninguno de los que encabezan las turbas antirrevisionistas ha logrado formarse aureola de popularidad. El mismo general Chanoine, que fundaba su convicción sobre la culpabilidad de Dreyfus en varios documentos, perdió no poco de su prestigio cuando se supo que el principal de ellos había sido falsificado por el coronel Henry. Paul Deroulède, presidente de la *Liga de los Patriotas*, agitador incansable que azuza al pueblo de París, tiene sobre su frente, mal que pese á su exaltado patriotismo, la marca que le dejó el *vaudeville* de Boulanger, en el que fué actor principal. Es todavía un poco obscuro el nombre del general Zurlinden para inscribirlo en una bandera.

Necesitaban, pues, los que encabezan la agitación antisemítica, los que agitan la opinión en contra del infeliz Dreyfus, necesitaban un hombre, y M. de Baurepaire, en un golpe teatral de esos que impresionan á las multitudes, apasionadas más que pensadoras, dijo: «Heme aquí,» elevándose de modo mágico en la consideración pública. Precedido de una historia honrosa en su larga carrera de magistrado, rodeado ahora con una aureola artificial de incorruptible, preséntase como el paladín civil de las prerrogativas del ejército.

***

Ha sido escogida hábilmente la oportunidad. El momento es propicio para intervenir con algunas probabilidades de éxito. Pero la República que ha resistido enhiesta y vigorosa á las maquinaciones de la reacción monárquica, tramadas por los Orleans y los Bonapartes; que ha permanecido en pie é incólume ante los halagos del cesarismo; que se mantiene impávida, en medio de la tormenta deshecha que desencadenan los enemigos del orden, se llamen revisionistas ó antirrevisionistas; que no ha cejado un punto en su obra grandiosa de justicia, aunque la turben agitaciones de todo género; que reune todas sus energías positivas y latentes para rechazar las amenazas que vienen del exterior; que aleccionada por el doloroso episodio de Fachoda, se reconcentra en sí misma y hasta habla de olvidar viejos rencores y de cambiar su política internacional, para ofrecer más segura resistencia á sus tradicionales enemigos; la República, estamos seguros, saldrá victoriosa de este nuevo trance, esquivará esta nueva acechanza, y se presentará grande y magestuosa ante las naciones, sustentando en su mano robusta la espada de la Justicia, vibrando flamígera sobre el libro de *los derechos del hombre*.

X. X. X.

13 de Enero de 1899.

RAZONES DE FUERZA.

Cuadro por Luis Beut.

En la vieja Francia cortesana y en los floridos tiempos del Rey Sol, nació un proverbio que ha venido repitiéndose por todos los armidiestros y que éstos podrían enarbolar como divisa social, del mismo modo que han enarbolado como símbolo gráfico el famoso brazo armado de una daga, que es llamado *dextrochére* en lengua heráldica.

El proverbio fué: *Qui porte espée porte paix.*

Tal vez hoy ese dicho no sea una paradaja, pues hasta en política es ya casi un principio eso de la paz armada, y quienes espada usan sin ser militares, úsanla tan fina y caballerosa en las salas de armas, que más parece su cultivo un adiestramiento sportivo que una doctrina de agresión ó de defensa. Así sea.

Mas en los viejos episodios la espada fué continuamente agresiva y de ello dan buena cuenta todas esas camadas de mercenarios sin patria ni ideal que guerreaban por tanto al mes, en la época en que la guerra era un oficio como cualquiera otro.

Aquellos señorones de bestial esencia, ensartaban á todo el mundo y se ensartaban mútuamente por cualquier pamplina. Mútuamente sobre todo porque las querellas tabernarias constituían su especialidad.

Cuando tomaban un burgo enemigo, le pillaban despiadadamente y buscaban descanso para su bélico vivir embriagándose como cerdos en las tabernas y en los campamentos, apostando al juego las conquistas del botín y enamorando á las rollizas hembras que escanciaban el licor.

Tal era la vida de esos lansquenetes: guerra y pillaje alternados con juego, vino y mujeres. Era, pues, natural qne las riñas se multiplicaran y como quiera que aquellos hombres siempre portaban espada al cinto, los *duelos* de aquel entonces efectuábanse al punto que la sangre hervía y la injuria estallaba.

Pero no eran esgrimistas en el sentido que hoy damos á esa expresión. El arte de la espada que hoy exige inteligencia despierta y nervio obediente, nada tiene que ver con aquellos mandobles ni con aquellas estocadas imprevistas y desordenadas. Triunfaba entonces no el más inteligente y más ejercitado, sino el más brutal y el menos ebrio y particularmente el de más recia contextura.

Ni observábanse reglas de caballeresca equidad, como más tarde: entonces era bueno atacar en grupo á un individuo y deshacerlo á golpes. Tomábase como norma el proceder de las bestias más encarnizadas que cercan á un enemigo y le devoran.

Una riña tal ha pintado Luis Beut y lo ha hecho con saber y con cariño. El azaroso agrupamiento de un instante hállase bien definido en la tela y el desorden y la tensión de las posturas dan al cuadro todo el extraordinario movimiento que necesita para ser fiel é impresionar sabiamente á quién lo mira.

Si hay errores de dibujo y alguna falta de perspectiva, puede el conjunto hacerlos olvidar, tanto más cuanto que no son perceptibles para una mirada superficial.

La luz y el color están bien aplicados y encontramos detalles de expresión que revelan gran talento y sólido proceder de trabajo: así, la frente y la boca del individuo acosado.

En suma, un cuadro de buena cepa y digno de ser visto.

"LA FUENTE DE VECINDAD."

por Placido Frances.

No cabe dudar que las costumbres andaluzas hallan mucho eco entre nosotros, ni que nosotros—si aún conservamos en las venas algo de sangre ibera—estamos más cerca de los andaluces que de otros españoles cualesquiera. Siempre guardamos un oído piadoso para toda *petenera* y para todo *olé*, y si no apuramos cañas de manzanilla sí sabemos *pelar la pava* en las noches de luna, junto á una reja, tal como si viviéramos en las inmediaciones de la Giralda.

Basta fijarnos en el éxito que en México han tenido las zarzuelas de costumbres andaluzas tales como «La Revoltosa» y «La Buena sombra» que tienen un sabor localísimo para sorprender esa á modo de solidaridad afectiva que existe entre nosotros y los sedicentes «paisanos de María Santísima.»

«*La fuente de Vecindad*» de Plácido Francés, una pintura andaluza por los cuatro lados, ha gustado sobremanera á todos los visitantes de nuestra Exposición.

Es un patio inundado de sol, de ese sol claro y vibrante tan parecido al nuestro, en medio del cual surge una fuente—reminiscencia del morisco abolengo de los andaluces—junto á la que se desarrolla la escena que sirvió de pretexto á este hermoso cuadro de género: un torero recrimina á su hembra.

El torero, ese tipo tan airoso en el redondel y tan repugnante en la calle, está estudiado en el cuadro de Francés con escrupulosa minuciosidad y dibujado con maestría.

Ese afeminado *quiebre* de cuerpo que los hijos de Cúchares usan en todo y para todo, no podía estar mejor copiado, y la silueta del torero por sí sola es una obrita maestra.

Muy hermoso sombreamiento tiene la figura de mujer de la izquierda. Se destaca del cuadro con asombroso modelado y su falda roja es un toque candente, muy artístico, sobre el fulgor solar del conjunto.

En suma, la fama de Plácido Francés queda perfectamente ratificada con este cuadro.

"EL MERCADO DE SEVILLA"

Cuadro por Ricardo Lopez Cabrera.

En todas partes del mundo ofrecen los mercados un movimiento vivo y pintoresco.

¿Os acordais de aquellas brillantes páginas que sobre las *halles* escribió Zola en «El Vientre de París?»

Aquello es maravilloso, y el lector toma activa parte en el ir y venir de aquella muchedumbre que cuotiza la nutrición de la gran metrópoli.

No puede decirse que sea tan intensa ni tan completa la emoción que se experimenta al ver *El Mercado* de López Cabrera, pero de todos modos es un cuadro lleno de vida en que hay una verdadera orgía de colores, calientes y agresivos cual conviene á la meridional brillantez de Andalucía.

La opulenta tierra andaluza concentra en el mercado de Sevilla toda la magnificencia de sus productos; están allí las frutas ricas de jugo y de sabor, las uvas moscateles de color violeta, las legumbres verdes y rojas, amarillas y tornasoles.

Agregad á toda esa frescura, los tipos andaluces, sanos y gesticulantes, decidores y alegres, que sazonan la monotonía de su comercio con chorros de gracia y con carcajadas de júbilo, y tendreis una idea del cuadro de Cabrera.

El cual, si no puede conceptuarse del mismo empuje artístico que otros que nos han venido del país íbero y que hemos reproducido en este semanario, sí es digno de aplauso y de estudio.

El colorido local es correcto: mirad las frutas que están en primer término, las uvas sobre todo; igualmente es fiel el color en las figuras y en los reflejos. Sólo nos parece que la luz del cuadro está muy atenuada y desearíamos más luminosidad en su conjunto.

En cuanto al dibujo en lo general es magínfico y aún tiene detalles maestros: así las manos y brazos del uvero que está en el extremo derecho. La figura de la chicuela á la izquierda, es buena también. En cambio, las manos y los brazos de la vendedora que está apoyada en el mostrador son de pésimo dibujo y es muy de sentirse que esta nota discordante del cuadro se encuentre en primer término.

POR LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

La XXIII Exposición Nacional de Bellas Artes, cuya inauguración se había transferido con motivo de la muerte de nuestro Embajador en Washington, fué inaugarada por fin el día 8 del actual por el Señor Secretario de Relaciones, representando al Señor Presidente de la República quien no pudo asistir por una indisposición momentánea.

Así, pues, desde ese día ha quedado abierta para

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES EN LA ACADEMIA DE SAN CARLOS.

Por Plácido Francés.

LA FUENTE DE VECINDAD.

Fot. de Luis C. Sandoval.

l›s señores suscritores, quienes la han empezado á visitar con interés.

El amplio patio de la Academia de San Carlos ha sido transformado en salón, y en él halló cabida la mayor parte del contingente español que figura en el Certamen.

Damos hoy á nuestros lectores vistas de dicho patio tal como se encuentra actualmente, y para lo sucesivo nos proponemos publicar algunas más de las salas superiores.

Es seguro que la exposición tendrá gran éxito, lo que es de desearse para mayor estímulo de quienes entre nosotros cultivan el Arte.

ESCULTURAS DE LA EXPOSICION.

El éxito de la Escuela Nacional de Bellas Artes en el presente Certamen, está en su sección de escultura.

El Señor Don Enrique Alciati, Profesor de la materia en ese plantel, es un escultor que trabaja con cariño y con saber, y que ha logrado formar discípulos que le hacen gran honor y que prometen dar lustre á la escultura nacional.

Reproducimos algunas de las obras principales que hicimos fotografiar especialmente para este periódico.

El busto del Sr. Lic. D. José Ives Limantour es, á nuestro juicio, una obra de mucho mérito. Esculpióle el Señor Profesor Alciati en inmaculado mármol de Carrara y obtuvo un parecido asombroso. Ese busto

EXPOSICION DE BELLAS-ARTES.—SECCION DE ESCULTURA.

Por Ricardo López Cabrera — EL MERCADO DE SEVILLA. — Fot. de Luis C. Sandoval

vive y vive intensamente. No hallamos en él más defecto que los pliegues del cuello, en el lado derecho, que encontramos demasiado exajerados. El zócalo fué muy artísticamente concebido: sólo de un lado ostenta pulimento, del otro está sin modelado, como tajado á hachazos.

Felicitamos muy cordialmente al Señor Alciati por sus conocimientos y su habilidad.

La «*Ariadna*.» del Señor F. Nava da muestras del adelanto de su joven autor que, pensionado por el Señor D. Miguel Bringas, se encuentra actualmente en París, desde donde envió la escultura á que nos referimos.

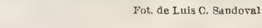
Las curvas son hermosísimas, y la actitud es natural y llena de gracia. El tratamiento de la espalda y de la cadera, merece muy especial aplauso.

Antes de ir á París el Sr. Nava fué discípulo del Sr. Alciati, y ya desde entonces dió muestras de talento y habilidad.

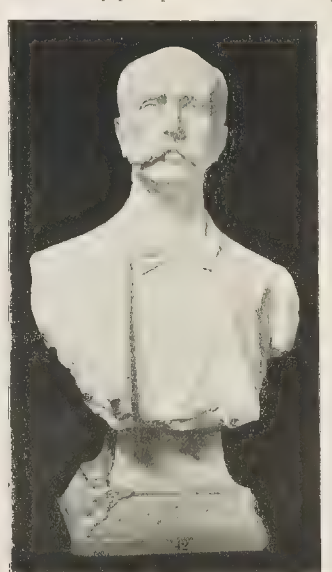
Así por ejemplo, su composición «*El hijo del trabajo*», cuya fotografía publicamos, ha gustado mucho á cuantos la han visto, y data de la época en que estudiaba bajo la dirección de Alciati.

Representa á un joven labrador que interrumpe su trabajo para enjugarse el sudor del rostro, y tanto en actitud como en ejecución, esta escultura vale mucho.

Hermosa, aunque inferior á la que acabamos de describir, es la composición que el Sr. Nava tituló «*David vencedor*» y que representa al escuálido rey



PATIO DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES, DURANTE LA EXPOSICION.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—BUSTO EN MARMOL DEL SR. LIC. JOSE IVES LIMANTOUR.

Escultura del Sr. Alciati.

judío alzando victoriosamente la inanimada testa del gigante Goliath.

En el mismo grabado en que se encuentra *«El hijo del trabajo»*, del Sr. Nava, vense dos esculturas más, copiadas del clásico por el Sr. A. Domínguez, que son dignas de aplauso.

La Venus de Milo llamada así por haber sido hallada durante unas excavaciones practicadas cerca de la ciudad griega de ese nombre, se encuentra en el Museo del Louvre en París y es conceptuada como modelo de perfecta belleza femenina. Es sabido que los brazos no fueron encontrados y no ha habido escultor en las muchas tentativas que se han hecho sobre reproducciones, que haya sabido crear unos brazos cuyo modelado y actitud concuerden con la impecabilidad del torso.

Discóbolo. En el desarrollo de la escultura en sus tiempos primitivos, el Discóbolo (arrojador de disco) marcó un progreso notable y abrió nuevos horizontes á los cultivadores de la plástica.

Myron, un artista de Atica como Fidias, quiso reproducir al hombre en uno de los momentos más fugitivos, quiso sorprender y eternizar un movimiento rápido como un relámpago, y creó su Discóbolo que es un efebo con el cuerpo recogido y los miembros en tensión, preparándose á arrojar el disco.

CAPILLA FUNEBRE

del Sr. Embajador

Lic. D. Matías Romero,

EN EL PANTEON DE DOLORES.

El Sr. Lic. Don Matías Romero, en su último viaje que hizo á México, dispuso la construccion de un monumento fúnebre que guardara los restos de su esposa y encomendó desde luego el proyecto de la obra al Sr. Ingeniero Don Luis L. de la Barra, autor del que en grabado acompañamos.

El aspecto del monumento es hermoso; el conjunto y detalles, de estilo gótico, harmonizan perfectamente. La altura de la capilla, de la base á la extremidad del remate, es de diez metros. El cuerpo saliente está sostenido por un haz de columnas, levantándose en los cuatro ángulos otras tantas torrecillas del mismo corte de la central que forma el remate.

En el centro de la parte superior del monumento se destacan dos ventanillas, y entre ellas y hacia arriba, un rosetón. En la parte posterior y en el lugar que corresponde á las ventanillas hay una gran ventana de mosaicos de colores.

Capilla funebre del Sr. Embajador Lic. Don Matias Romero.
(en el Panteon de Dolores.)

En la parte baja del monumento se ve á primera vista el precioso arco bizantino que forma la entrada principal y corona la elegante verja de bronce que cierra á aquella y ostenta en su centro una gran cruz también bizantina que tiene en la parte superior una corona metálica.

A los lados de la verja se alzan dos estatuas de mármol. La escalera es también de mármol blanco. Entre la imposta y el arquitrave hay unos atributos fúnebres en alto relieve. El Sr. Lic. Romero indicó, y así se hará, que las columnas que sostienen el arco bizantino fueran de granito escocés que se presta para delicado pulimento, dominando entre sus colores el fresa y el negro. La longitud del frente del sepulcro es de cinco metros cincuenta centímetros.

En el interior del monumento está la capilla de bóvedas ojivales; en el centro se levanta el altar de mármol.

El piso de la capilla sirve de techo á la cripta, que tiene cuatro metros cincuenta centímetros de longitud por dos metros ochenta centímetros de latitud y tres metros de profundidad. Se desciende al interior por una escalinata de mármol. El Sr. Embajador ordenó verbalmente la distribución de las gavetas, que son diez, en esta forma: seis en el muro del frente, tres en la parte superior y otras tantas en la inferior y dos en cada costado.

En una de las gavetas inferiores del frente se halla actualmente el cuerpo de la señora Allen, y el mismo Señor Embajador manifestó á las personas de su familia, cuando se hizo el sepulcro del cadáver de la que fué su esposa, que deseaba que sus restos descanzaran en la gaveta superior que corresponde á la ya ocupada.

La cripta está concluida y ya debe de haberse colocado la escalinata que á ella conduce, lo mismo que el pavimento de mármol. Se procede ya, según sabemos, á la construcción del revestimiento y artesonado interiores y de las piezas del cuerpo exterior.

El monumento todo es de mármol de Carrara, con excepción de las columnas de granito, y se construye en el Panteón de Dolores, en el extremo de la callecilla norte que conduce á la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Oficicas de «El Mundo» en los dias de venta de novelas a 5 centavos.
De fotografía tomada por un transeunte.

EL MUNDO DE LOS PRODIGIOS

FAKIRES FALSOS Y VERDADEROS.

Hay en la India unos vagabundos mendicantes á quienes se designa con los nombres de *Djorghis* (contemplativos) y *Tapasivis* (austeros): en el mundo occidental son conocidos con el de *Fakires*, palabra árabe que significa «pobre.» Son sectarios de *Shiva* que buscan la santidad en el ascetismo y el sufrimiento físico.

Como el príncipe Bouhda, vagan por los caminos y cuando llegan á las aldeas y ciudades, el pueblo se congrega para presenciar sus prácticas extrañas, inverosímiles.

El dinero llueve á sus piés, pero ellos no lo reciben sino para entregarlo á los templos. Viven en la pobreza, venerados por el pueblo y en olor de santidad.

Desde hace muchos siglos se transmiten unos á otros sus fórmulas y constituyen una especie de sociedad oculta con su gerarquía y reglamentos severísimos.

Algunos de ellos, los *Djorghis* son juglares de maravillosa destreza que ejecutan toda clase de ejercicios de fuerza; se clavan largas agujas en la garganta y superan á los prestidigitadores más hábiles del mundo occidental.

Los *Atta Djorghis* (maestros) se entregan á prácticas sorprendentes para las cuales son condición prévia la meditación y el ascetismo más riguroso y que sólo pueden explicarse (?) por un entusiasmo llevado hastas sus límites supremos.

La multitud que rodea á estos *maestros* se parece á los curiosos de nuestras ferias. Es el mismo cuadro, aunque más pintoresco en Oriente, gracias al cielo maravillosamente diáfano, á las muchedumbres famélicas de hombres, mujeres, ancianos y niños que contemplan respetuosamente al sectario de *Shiva*, y también al aspecto misterioso del fakir.

El *Djorghi* clava en tierra su vara de virtud y ensarta en ella hojas de higuera; se sienta en cuclillas á cierta distancia y mira fijamente la vara, extiende los brazos: sin que corra un soplo de viento, muévense las hojas como si una fuerza las agitase.

El fakir recibe aplausos y pide que le traigan una especie de cítara, hecha con una concha de tortuga, suplican

Hace treinta años que este fakir tiene los brazos levantados.

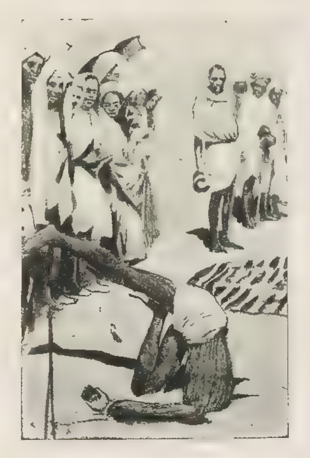
Fanatico sentado sobre puas de hierro.

do á alguno de los concurrentes que designe el nombre de la canción que quiera oír. Con las muestras del respeto más profundo, un indio pide la marcha de «Radjeh-Singh» y sin que el *djorghi* las toque, vibran las cuerdas de la lira con las guerreras notas. «Otra cosa» dice el fakir: una joven europea pide la marcha nupcial de *Lohengrin*, y el himno brota de la rústica lira .....

Todo esto no es más que juego de niños, porque el *djorghi* puede hacer mayores prodigios; penetra el secreto de las almas, explora con el pensamiento el bolsillo de los concurrentes, etc., etc. Un sabio explorador le pregunta si puede adivinar lo que está pensando y al instante la vara mágica traza sodre la arena palabras latinas. Y si en la memoria de un marinero cantas los versos fulgurantes de Mistral, la varita los escribe en la más pura lengua de Oc!....

A otro marinero que desembarcó ese mismo día en Bombay y á quien nadie conoce, el fakir le dice su nombre, su edad, la ciudad de donde viene y el número exacto de libras esterlinas que lleva consigo.

Si algún fanático quiere someterse á la dura prueba, el fakir pedirá su espada á un oficial inglés y con ella asestará recios golpes sobre la nuca del infeliz paciente; la multitud tiembla de angustia, corre la sangre y la víctima cae en tierra...... El fakir depone la espada, levanta la mano y al instante la sangre deja de correr y el herido se levanta bueno y sano.



Con la cabeza enterrada el fakir permanece inmovil semanas enteras.

Las limosnas llueven junto al fakir enterrado vivo.

Entonces el vagabundo, seguido de la multitud entusiasmada, recorre las calles curando á los enfermos conjurando la suerte adversa, indicando el lugar exacto en que se encuentran los objetos perdidos: nada escapa á su doble vista.

En el camino hay un pozo del que saca agua un indio: el mendigo se detiene, mira fijamente al aguador y este advierte de pronto que los cubos no suben. Tira con fuerza de la cuerda, mira si hay una aspereza que le impide deslizarse y hace nuevos esfuerzos sin resultado. Súbitamente cae mientras que el cubo sale del pozo: es que el *djorghi* ha desvíado su mirada.

***

Qué pensar de estos fenómenos y qué decir de los fakires inferiores que leen los pensamientos y agitan á distancia las hojas de los árboles?

Algunos de ellos, por interés ó fanatismo, llegan á hacerse adorar como dioses, imitando las actitudes de los antiguos ídolos. Y no se crea que esto es muy sencillo porque hay postura á la que no se puede llegar sino después de cuarenta años de ejercicios continuos.

Es imposible describir las dislocaciones de esos extraños acróbatas; relájanse de tal modo los ligamentos articulares que pueden mover los miembros en todo sentido anudándolos como si fuesen suaves bramantes. Así es como llegan á representar fielmente las contorsiones de sus ídolos de bronce, haciéndose adorar de la multitud.

Esto no es nada: en Benares, la ciudad santa por excelencia, asistimos á los espectáculos más extraordinarios. Seguido por una multitud inmensa, un *Atta-djorghi*, poseedor de los secretos más impenetrables, camina bajo los árboles corpulentos, pronunciando con flema palabras automáticas; lleva una larga cuerda y busca con los ojos una rama. ¿Para col-

Algunos fakires pasan largos meses acostados en una tabla erizada de puas.

MEXICO MODERNO.

Casa del Sr. Francisco Espinosa
Calle de Patoní.

Casa de la Sra. María de la Fuente de Guichené. Calle dal Egido.

Casa del Sr. Gral. Carlos Pacheco 1.ª Calle de Humbolt.

garse? Sí, para colgarse, y de los piés, con perdón de ustedes.

Tranquilo, soberanamente indiferente á las observaciones de los circunstantes, se sujetan los dos piés con fuerte nudo corredizo, arroja la extremidad de la cuerda sobre una rama y comienza á levantarse con toda tranquilidad. Si algún europeo permanece allí esperando el momento en que el fakir abandone su posición desagradable ya tiene para rato, por que va á quedar colgado días, semanas y hasta meses. No da señales de congestión; el rostro está tranquilo, la coloración normal, la voz clara y si le dirigieseis una pregunta os contestará con lucidez perfecta. En esta actitud eminentemente propia para el recogimiento, medita sobre la vanidad de las cosas humanas.

Y todavía esto no es más que juego de niños, á lo menos para los fakires de fuerza, pues hay entre ellos, y el hecho ha sido atestiguado por personas dignas de todo crédito, algunos que se entierran vivos.

El procedimiento es sencillísimo, es lo más sencillo y rudimentario: hacen en el suelo un hoyo con capacidad suficiente para la cabeza y colocan en él un trapo que les cubre el rostro completamente. Hecho esto, ponen el cuerpo de rodillas, ó bien se apoyan en los talones formando un arco de círculo y juntan la tierra con sus propias manos hasta inhumar completamente la cabeza y el cuello. Los concurrentes aprietan con los piés la tierra y examinan con cuidado el lugar para cerciorarse de que no hay ningún conducto por donde pueda respirar el brahmín.

Las ofrendas caen en derredor del tronco sin cabeza que emerge del suelo como planta monstruosa; una mano abierta y tendida indica que el fakir no se ha enterrado sólo por gusto.

La reproducción de las curiosas fotografías que pueden ver nuestros lectores, muestra á dos *Atta-diorghis* con la cabeza enterrada: uno de ellos sostiene el cuerpo con ayuda de una de las piernas, y el otro tiene el cuerpo torcido y está de espaldas, provocando la admiración de la gente.

Supondreis que al cabo de cinco ó diez minutos dejará su extraña posición, cegado, congestionado, medio muerto por la asfixia. Nada de esto, vive así semanas enteras; vive así inmovil hasta que un día agita una mano, remueve la tierra y aparece con la cara sucia pero tranquila, recoge las rupias amontonadas y continúa su peregrinación.

Referimos este hecho atestiguado por muchos oficiales ingleses, entre ellos el general Ventura y el capitán Wade, y que ocurrió en presencia del rey Radjet-Sing y de muchos espectadores.

Un *djorghi*, se comprometió á permanecer diez meses en una tumba de cal y canto que el rey mandaría construír expresamente. El día señalado para la inhumación, el fakir se tapó con sera los ojos, narices y orejas, cubrióse con la lengua el fondo de la boca, cayó en sueño letárgico y fué cosido dentro de un saco que selló el radjah mismo en presencia de los ingleses. Colocóse el saco en un cofre de madera, depositándose éste en la morada subterránea del fakir. Esparciéronse encima algunas toneladas de tierra vegetal en la que se sembró avena y desde luego comenzaron á hacer guardia constante los centinelas de más confianza del rey.

Dos veces se abrió la tumba antes del término convenido. El *djorghi* estaba en su lugar, rígido y frío. Por último, á los diez meses se abrió definitivamente la tumba: el fakir no se había movido, tenía el cuerpo frío, conservando sólo un poco de calor en la parte superior de la cabeza; al pulsarlo parecía que estaba muerto. Dos horas de cuidados, fricciones y duchas de agua caliente, fueron necesarias para reanimarlo.

Las novelas vendidas por "El Mundo" y "El Imparcial."

Pocas veces se había desmentido tan enfáticamente á los que sostienen que en México nadie lee, ó mejor dicho, que nadie quiere leer. Era de verse la entrada de nuestro edificio, sitiado, asaltado por la multitud que venía á reclamar un volumen á cambio de 5 centavos y 3 cupones de «El Imparcial.» ¡Es claro! cuando el libro se vende barato, todos lo compran y todos leen. No estamos en la España de Fígaro: aquí leen los que pueden comprar un libro. Lo que se necesita es dar lectura barata. La prueba está hecha.

SIMBOLOS·

El Amado.—La Amada. Las Vendimieras.—El Valle. Las Montañas. La Musa.

—

INTRODUCCION A LAS EGLOGAS

El Amado.

Frente á frente de un sol glorioso que se hunde entre nubes de oro con randas de fuego.

Hero, Laura, Julieta, Margarita,
Ideal....yo no sé tu nombre; pero
sé que debes llegar, y en el sendero
velan todas mis ansias, Virgencita.
Los amigos se mofan de mi cuita;
mas yo que tengo fe porque te quiero,
les respondo: Hace tanto que la espero,
cómo no ha de acudir á nuestra cita?
Sin que el fuego del cielo me acobarde
escudriñando el horizonte vivo
desde que sale el sol hasta la tarde,
y al cerrar, ya de noche, mi ventana,
murmuro, resignado y pensativo:
—Hoy no pudo venir. Será mañana.

———

EPISODIO PRIMERO.

EGLOGA PRIMERA.

LA LLEGADA.

El Amado. —La Amada, (á lo lejos).

Recortándose, toda bella entre las nébulas blancas de la mañana, desciende la Amada por la vereda que serpentea.
El Amado la contempla en los límites de la heredad florida y húmeda.
El sol se levanta como una aureola, coronando el cráneo nivoso de un monte.
Huele á rosas.

El Amado.

Y te acercas por fin, cuando temprana
la luz llueve su rosa en los alcores,
y al mirarte venir cantan diana
los pájaros, las fuentes y las flores.
Si supieras! Mañana tras mañana,
sin temer del invierno los rigores,
salían á esperarte á la ventana
como novias inquietas, mis amores.

La Amada

Voz infinitamente armoniosa, coreada por los nidos que despiertan.

Cuánto tardo en mirarte! los abrojos
atormentan mi paso, dulce dueño,
y siento de llegar tales antojos,
que por verte más pronto, con empeño
delante de mis piés corren mis ojos,
delante de mis ojos va mi sueño.

El Amado.

Cual rayito de sol, tibio y riente,
penetra tu mirar hasta mis huesos
y su lumbre disipa todos esos
presagios de terror que hay en mi mente.

La Amada.

Cual banda de palomas impaciente,
como enjambre de párvulos traviesos,
del nido de mi boca huyen mis besos
al cielo misterioso de tu frente.

El Amado.

Ves? ya tiembla la luz en las montañas;
son acaso tus ojos dos sibilas
que me anuncian el sol?

La Amada.

Por qué lo extrañas?
muy pronto en nuestras pláticas tranquilas
verás anochecer en mis pestañas,
verás amanecer en mis pupilas.

EGLOGA SEGUNDA.

LAS NUPCIAS.

—

El Amado. La Amada.

Bajo el emparrado que forma un alero de esmeralda á la puerta de la rústica morada y en el que las uvas fingen racimos de ágata, ella se recuesta apacible. El reposa la cabeza en su seno. Ella le pasa por los cabellos las manos afiladas.
Un crepúsculo lila y rosa da tonos augustos al ocaso y va languideciendo, languideciendo hasta morir en la creciente marejada de la sombra.

El Amado.

Ya estoy en tu regazo. Qué serenos
me contemplan tus ojos; cuál me inundas
de amor! qué bien reposo en las rotundas
y blancas almohadas de tus senos!
Qué bien parlan tus labios, siempre llenos
de ternura y de vida! qué coyundas
tan leves son tus brazos! qué yocundas
tus risas, y tus ósculos....qué buenos!

La Amada.

Ven, amigo, ya es hora del cariño,
como el corso las aguas de la roca,
mi espíritu sediento te desea......
Ven, amigo, deshoja mi corpiño..
ven, abreva en el cáliz de mi boca.

El Amado.

Oh, mi noche de amor, bendita sea!

EGLOGA TERCERA.

—

LAS VENDIMIERAS.

——

El Amado. —Las Vendimieras.

Un pintoresco grupo de doncellas, frescas y alegres como una mañanita de Abril, golpea, riendo, con tirsos florecidos, la ventana del aposento de la Amada, donde tiemblan las flores de la yedra.
El Amado entreabre la ventana y habla al coro.

A lo lejos, en divina indecisión de matices florece el alba como una gran rosa mística.

El Amado.

Vendimieras rollizas, os conjuro
por lo que más améis....otro momento
dejadla reposar en su aposento
de cañas y de arcillas, inseguro.
Muy árdua fué la noche....Amor es duro
velador y la sombra su elemento;
que duerma! no golpeis con ritmo lento
la frágil palizada de su muro.
Dejadla reposar, caterva amiga!
Así el buen San Isidro hinche la espiga,
os dé para la Pascua novios fieles,
cuaje toda heredad de oros opimos
y de néctares nutra los racimos
y de vino sabroso los toneles.

Las vendimieras.

Dejémosla dormir! acaso en breve
nuestros novios acudan á la cita
y en cortejo vayamos á la ermita
coronadas de pétalos de nieve.

El Amado.

Dejadla, por piedad, que el sueño pruebe;
furtivo es el placer, lenta la cuita,
mañana os seguirá de mañanita
por collados y oteros su pie leve.

El Amado (ap.)

Retirándose van las vendimieras
en medio de los oros de las eras
y se pierden, por último á lo lejos,
el eco pastoral de sus canciones,
el azul de sus luengos pañolones
y el oro de sus vivos zagalejos.

Vuelo de palomas blancas hacia el alba.

EGLOGA CUARTA.

—

EL AMANECER.

——

El Amado.—La Amada.

Pleno claro de sol que entra en haz hirviente de átomos de oro al aposento.
La amada dormita. Su busto surge de la albura de las ropas, como una flor de carne de la nieve.
El Amado de rodillas al pie del lecho la contempla.
Afuera la naturaleza despierta glorificada por la luz.

El Amado (ap.)

Puebla el aire la voz de la campana,
enciéndense los tules de la aurora
y el capuz de la niebla se colora
y el rumor de los nidos se desgrana.
Entintada de rosa la fontana
espereza su linfa arrulladora,
y el sol, como una gema ignicolora,
se prende en el azul de la mañana.
Al soplo de las auras estivales
erizan crepitando los maizales

su airón de seda roja en el barbecho
cuajado de topacios y amatistas......

(*A la Amada.*)

Amiga, es hora ya de que te vistas;
la luz juega en las ropas de tu lecho.

LA AMADA (despertando.)

Palpé la realidad ó desvarío?
Es cierto que al amparo de la noche
mi cáliz virginal abrió su broche
tremulante de gotas de rocío?
Es verdad que te he dado mi albeldrío?
Verdad que de vivir hice derroche
ayer, y sin cautela y sin reproche
fuí presa de tus brazos, dueño mío?

EL AMADO.

Transición del éxtasis á la meditación.

No intentes definir con loco empeño
tus instantes de dicha transitoria,
que, ante el hondo misterio del pasado,
lo mismo son las dichas que su sueño,
lo mismo es de un bien cierto la memoria
que el recuerdo de un bien solo soñado!

———

EPISODIO SEGUNDO.

EGLOGA QUINTA.

—

LA PARTIDA.

— —

El Amado.—La Amada.

Toda expresiva de tristeza, ella, en traje de romera, á la puerta de la morada. El rodeale la cintura con la diestra, y en su rostro se refleja la melancolía de los instantes solemnes.
En los campos, Flora, al sol de la mañana, se muestra ataviada, como Salomón en los días de su gloria.

LA AMADA.

Amado, ya me voy. Bebí tu vino,
á tu mesa yanté, puse á tus lares
las primicias de Abril: miel, azahares
y nenúfar del lago cristalino.
Tiempo es ya de que cumpla mi destino;
me aguarda el humo azul de mis hogares.

EL AMADO.

Dios bendiga tus años si tornares!
Anda en paz y no olvides el camino.

LA AMADA.

Por Julio tornaré, cuando en las lomas
se besen, zureando, las palomas,
y enrojezcan las tardes como fraguas
y fulguren las rubias *maravillas*
y broten las moradas *tempranillas*
y se anuncien los truenos de las aguas.

EL AMADO.

Escucha: si al tornar, á los confines
del predio no salí para besarte,
ni corren jubilosos á encontrarte,
meneando la cola, mis mastines,
no inquieras ni preguntes ni festines
los ecos á tu voz; déjame y parte.
Dormiré, fatigado de aguardarte,
al abrigo del soto de jazmines.
Dormiré para siempre.... no me llores:
entre flores nací, yazgo entre flores,
y encontré, más dichoso que los sabios,
que es amable y fecunda la existencia
si se lleva un fulgor en la conciencia
y una gota de miel entre los labios.

EGLOGA SEXTA.

—

EN MARCHA.

—

La Amada, (sola). El Amado, (solo).

La Amada marcha contemplativa por los senderos, inclinándose de cuando en cuando, para coger una flor que aspira y se prende á los cabellos.
Los mil rumores del campo la rodean.
El sol luce en lo alto del cielo como un escudo de bronce prendido á una tienda de campaña inmensa y azul.

LA AMADA.

Arroyo de cristales bullidores
que finges al correr entre las gramas
hidra inmensa de nítidas escamas,
clarosonante ruta de colores ..
Campiñas en que vagan los olores
del aniz, del tomillo y las retamas;
nidos que desgranais entre las ramas
vuestros trémulos cánticos de amores:
Sabed que soy feliz, pues fuí querida,
que en una hora de amor viví una vida
y que á todos los vientos que encontrare
un mensaje daré para el Amado:
Oh viento, gran suspiro perfumado,
olvídeme de mí si le olvidare!

EL AMADO.

Pensativo á la vera del camino, mirando desvanecerse gloriosamente la tarde.

Fatigaré para seguir tus huellas
el mundo, de hoy más eriazo y frio,
y oirán hoscas montañas, valle umbrío,
el clamor de mis lánguidas querellas.
En las noches de Abril, mansas y bellas,
levantando mis ojos al vacío,
—Habeis visto á la que ama el pecho mío?
preguntaré llorando á las estrellas:
Y piadosos, el valle y las montañas
conociendo mis íntimos dolores
y movidos tal vez de mi quebranto,
me dirán con la voz de sus entrañas:
—Vas á ver cómo vuelve! ya no llores...
Y yo responderé: Padezco tanto!

EGLOGA SEPTIMA.

—

LAS GRANDES VOCES.

——

El Valle. —Las Montañas.—El Amado.

Desgarrando el silencio de un atardecer en que tiembla ya el oro pálido de las estrellas, dos grandes voces: la del Valle y la de las Montañas, surgen á la invocación del poeta coreadas á lo lejos por los clamores del Angelus.
Pasan fatigados los últimos vientos.
Del sol queda una franja roja maculada de nubes.
Hace frío.
El Amado escucha y después se pierde melancólico en la morada ya obscura, ya huérfana de *ella*, donde celebró su misa de amor.

EL VALLE (al AMADO).

Qué sé yo de tu mal! Callo y germino
bajo todos los íntimos dolores;
mis solos pensamientos son las flores
y las matas que huella el peregrino....
Mortal qne se me da de tu destino!
Mortal, qué se me da de tus clamores!
Ven, ahoga en mi seno tus amores,
de tu carne haré rosas del camino.
Ven á mí, ya no robes á Deméter
sus jugos y su fósforo, ni aéter
los gases de tu cuerpo.... ven inerme
á yacer en mi túnica inconsutil;
el hombre, cuando vive, es menos útil
á la eterna creación que cuando duerme.

LAS MONTAÑAS (al AMADO).

¡Oh mortal! es en vano que renueves
tus suspiros, tus quejas y tus rimas:
glaciales somos, ay! cual nuestras cimas
hopadas *in eternum* por las nieves!
Oh cuanto yerras si á esperar te atreves
que con tus pobres cantos nos animas!
No podremos mezclar, aun cuando gimas,
una gota de miel al mal que pruebes.
Arrugas milenarias del planeta,
guardamos un enigma en cada grieta,
que el rayo con fulgores instantáneos
no logra penetrar; y siempre mudas
nos hallarás, de compasión desnudas,
rasgando el cielo azul con nuestros cráneos.

———

EPISODIO TERCERO.

—

EGLOGA OCTAVA.

——

EL REPROCHE.

———

El Amado.—La Musa.

La sombra de la estancia en que el amado pena, muestra de pronto un leve florecimiento de luz.
De la tiniebla surge, visible é inmaterial al propio tiempo, como un peri-espiritu, la Musa. Esbelta como Ligeia, encarna en su hermosura augusta toda la belleza clásica y toda la inquietante belleza moderna.
Hay en sus ojos la plenitud del ensueño.
Su voz penetra al alma sin el intermedio del oido, como el dardo de una música inmortal.
Está celosa de la Amada y la inflexión de su acento es de divino reproche.

LA MUSA (I).

Ah! tú ya me desdeñas! no te mueve
la pena sin medida que me embarga
y tu cruel desamor halla muy larga
la vida que mi sueño halló tan breve.
Quién habrá que los éxtasis renueve.
de un amor que fué vuelo y que hoy es carga,
de un amor que fué miel y que hoy amarga,
de un amor que fué llama y que hoy es nieve!
Y pensar que en las noches invernales,
cuando enfermo, sin fe, sin ideales,
lamentabas del sino los excesos,
enjugué de tu llanto el mar salobre,
partí tu duro tálamo de pobre
y sollozando te arropé en mis besos.

LA MUSA (II).

Como madre que vela y se consume
contemplando la cuna de su niño,
como garza que arropa en el armiño
de su blando plumón al hijo implume;
Como habil hortelano que consume
su esfuerzo en un botón que pide aliño,
el capullo celé de tu cariño
por ver si daba flor y era perfume!
Que lo digan la rosa y los claveles,
que lo digan las dahlias de caireles
matizados, la fusia y la violeta....
Y todo para qué! para que un día
otros labios bebieran ambrosía
en el lirio ideal de mi poeta!

EL AMADO.

Basta, Musa, consuélate, no llores!
quien osara decire, dueño mío,
que pago tus piedades con desvío,
deshojando tus flores y mis flores?
Hombre soy y me rindo á los amores;
mas enlazo á las dos en mi albedrío,
como enlaza dos márgenes un río,
como enlaza un matiz á dos colores.
Ya no penes, por Dios; en giro ledo
ven á mí como ayer y sin agravios
con ósculo de paz mi boca sella.

LA MUSA.

No, no quiero acercarme, tengo miedo
de hallar, trémulo aún entre tus labios,
al quererte besar, el beso de ella . .

EL AMADO.

Si vieras á mi novia, holgando quejas
envidiaras el ímpetu inseguro
de la humilde parásita del muro
que sube á darle flores á sus rejas.
Es tan linda que tú te le asemejas,
hechizo es su mirar, su voz conjuro,
y geranio de olor su aliento puro
y pétalos rizados sus orejas.
De sus labios destilan ricas mieles,
son aleros de seda sus pestañas
y tiene en sus mejillas tentadoras
los perfumes de todos los vergeles.
las frescuras de todas las montañas
y las rosas de todas las auroras.

LA MUSA.

Y yo... no soy hermosa? Quién resiste
á mis ojos! mis ojos, bien amado,
son dos lotos de cáliz azulado
que tiemblan sobre un mar sereno y triste
Mi cabello es un haz que se reviste
del más bello matiz tornasolado:
mis cejas son dos alas que han posado
su vuelo sideral cuando las viste.
Mis labios. exquisitos cual manjares
de la mesa del rey, cantan ufanos
los versos del Cantar de los cantares;
dos tréboles de nácar son mis manos,
mis senos dos colinas de azahares,
mis piés dos leves párvulos hermanos.

EL AMADO.

Amiga, es la verdad; nadie pregona
sus encantos mejor; tu frente brilla
como un orto de sol; tu faz humilla
la belleza ideal de una madona.
Tu amor es mi heredad y mi corona,
mi cielo está en tu rostro sin mancilla;
pero ella es la mujer de mi costilla,
la carne de mi carne, mi varona.
Eres alta, ella humilde; tú eres astro,
ella sólo mortal; mas cuando arrastro
la cruz de mi pasión, mientras tú sueñas,
ella, en pos de mi Gólgota bendito,
me sigue como humilde corderito,
dejando su toison entre las breñas!

La musa se pierde suspirando en la sombra.

———

EPISODIO CUARTO.

EGLOGA NOVENA.

——

EL RETORNO.

———

La Amada. —El Amado.

La Amada, como la Esposa de los Cantares se encamina en busca del Amado en medio de un paisaje plácido y riente.
Los trigos dorados ondulan fingiendo un raudal de cabelleras rubias, como si á la tierra hubiesen caido todas las de los ángeles .....
En la voz de la Amada hay júbilo y esperanza.
El amor hincha su seno redondo como si bajo de su jusillo se esponjase una paloma......

LA AMADA.

Perfuman las mandrágoras; (1) las flores
se yergen titilantes de rocío
y esmaltan sementeras y baldío
como estrellas de vívidos colores.
La caterva riente de pastores
aléjase jovial del caserío,
á la vera del úber sembradío
donde cuaja la espiga sus primores.
Ya llegan del portal á las ruinas,
piando de placer, las golondrinas;
ya procuran las garzas los ribazos,
ya vuelve el pato azul á los juncales,
ya regresa el gorrión á los trigales
y yo torno mi bien hacia tus brazos!

———

[1] Cant. de los cant.

El Amado.

Mientras tú estabas lejos del Esposo
fué perenne espejismo del sentido
tu nombre, que es arrullo en el oído
y en los lábios almibar deleitoso.
A causa del aroma delicioso
que tienes en los labios escondido,
tu nombre es un aroma difundido
por las alas del viento nemoroso. (1)
Oh vuelve á mí, te aspiraré anhelante
cual saquito de mirra perfumada,
Zulamita gentil (aunque morena
porque el sol ha mirado tu semblante) (2)
Ven á mí, ya te aguarda en la majada,
modulando sus *églogas* mi avena.

EPISODIO QUINTO.

EGLOGA DECIMA

EL DESPERTAR.

El Amado. La Amada.

El iris ha desaparecido; perdió su oro la mariposa; el prisma yace roto......... el amor es ido.

El Amado *despierta* y contempla á la Amada que duerme á su lado, como se contempla en una orgía, al fulgor del amanecer, los rostros marchitos y las flores muertas.

El invierno llega á la heredad; el cielo es limpio, desteñido y triste; flotan grumos de escarcha como guiñapos de ilusión y de inocencia

Las hojas caen, caen, caen... ..

El Amado.

Mujer, ¿bajo qué luz, bajo qué prisma
amé tus ojos y seguí tu huella,
que hoy, rota la ilusión, eres *aquella*
y eres *otra* a la vez, en raro cisma?
Contradicción humana que me abisma,
sarcasmo formidable de mi estrella....
Fuiste luz y eres noche ... Fuiste bella
y eres sombra tan sólo de tí misma.
Soñé que te quería en un remoto
Paraíso de amor, pero ya roto
el encanto mirífico despierto,
y encuentra por su mal el alma esquiva,
una pobre mujer, ardiente y viva
y un ensueño de amor, helado y muerto!

El Amado. (II)

Corazón, corazón, tú que blasonas
de la gloria de amar.... amaste en vano. .
era carne nomás, era gusano
la sien que circundabas de coronas.
Por qué lates, qué buscas, qué pregonas...
Amor es fuego fatuo de pantano....
Ven, maldice al amor, como el enano
nibelungo en las fábulas tentonas....
Ven, maldice al amor: Petrarca, Dante,
Tasso, Shaskespeare, Musset, oh! cuán distante
estaba la mujer de vuestra meta!
A la mujer divinizasteis; pero
como Job del infecto estercolero,
surgió siquiera incólume el poeta.

La Amada

Atejándose inmensamente triste.... hacia la muerte.

Nubes, auras, perfumes, tarde umbría,
valles, montes de azur... doquier que fuere
os irá preguntando el alma mía:
¿Decid, hay duelo igual al que me hiere?
Mi amor, mi solo bien, fué luz de un día,
surgió, brilló.... tramonta y se me muere!
El amigo que tanto me quería
y á quien tanto adoré ya no me quiere. .
Su numen me vistió de resplandores,
sus estrofas cantaron mi belleza,
su joven fantasía me dió galas;
mas pasó la ilusión como las flores,
y he aquí que languidezco de tristeza
de ya no poseer iris ni alas.

EPILOGO.

Invocación á la Musa.

La Amada ha muerto, asesinada por el Desencanto. El Amado, hijo pródigo del verdadero Ideal, se vuelve arrepentido hacia la Musa que es el Arquetipo inmutable, perennemente joven y perennemeute bello.

A medida que la invoca, la Musa se condensa en formas de luz. .... le reprocha maternalmente su desvarío y por fin le ampara.

Suenan entonces los címbalos de la eterna gloria y en el alma del Amado hay un florecimiento de astros.

El Amado (á la musa.)

Vuelvo á tí con ternuras infinitas
en demanda de paz; está cansado
mi báculo de haber peregrinado
en pos de amor y recogiendo cuitas.
Tú sola ni te vas ni te marchitas:
tú sola eres verdad, oh dueño amado!....
Vieras... ya nada tengo... he deshojado
con fiebre de placer mis margaritas....
Ampárame y alivia mis congojas,
en mi vida sin fe caen las hojas
y ni un pétalo queda ni un retoño.
Te dejé con el alma en primavera
y torno á tu regazo con la austera
tristeza de las tardes del Otoño....

La Musa.

Pena, pena, tus lágrimas apura
y redímete así, pues que quisiste
trocar á la mujer que es *carne triste*
en Beatriz de tu vida: *selva obscura.*
La mujer es la carne, que fulgura
con fulgor de ilusión, mientras resiste.
Después.... ido el fulgor, sólo persiste
el dejo del pecado y de la hartura.
Llora, llora tu sueño hecho pedazos
y luego ven y duérmete en mis brazos;
yo soy la sola esposa que no hastío,
yo soy la sola flor nunca marchita.
Hero, Laura, Julieta, Margarita:
yo soy! ven á las nupcias dueño mío!

El Amado. (ap.)

Oh mi reino interior, refugio abierto
á todos los cansancios, te columbra
á lo lejos mi mal, como vislumbra
la angustia de los naúfragos un puerto.
Agar abandonada en el desierto.
bajo un sol que abochorna y que deslumbra,
mi espíritu soñaba en la penumbra
deleitosa y tranquila de tu huerto!
. . . .
No más vida exterior, ámenla otros.
La beldad está dentro de nosotros
y en mi mente inmortal veré sus huellas....
Pedí cielo y estrellas al abismo
y hallé tras largo viaje que en mí mismo
llevaba sin saber cielo y estrellas.

ENVIO.

A Aurea.

A tí, que con un ímpetu que asombra
caminas hacia Dios, tu eterno dueño,
y vives en el Sueño como un sueño
y en la Sombra te duermes como sombra:
Por tu labio que á Cristo sólo nombra,
y tu carne que sangra en duro leño
y tus piés abnegados cuyo empeño
es hallar muchos cardos por alfombra;
A tí, vaso de amor y de tristeza
que ves en el martirio una grandeza
más alta que las nubes y las cimas,
á tí, *Santa*, mi numen te dedica
este libro que al Sueño glorifica
con la gloria inefable de las rimas.
1898. México.

Amado Nervo

(1) Cant de los cant.
(2) Ibid.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO DE VIAJE

PARTIDA DE BERLIN.

I.

El sábado 14 de Agosto á las 5 de la tarde, nos aprestábamos á dejar á Berlin, la epulenta, la soberbia y fastuosa capital del moderno imperio germánico, la ciudad del oso, que tal es su significado etimológico; y, después de haber recorrido cuatro días sus amplias, hermosas y modernas calles, visitado sus palacios soberbios y admirado sus colosales monumentos, nos disponíamos á partir para Varsovia, la vieja capital del infeliz reino de Polonia, definitivamente incorporado hoy al enorme imperio de los Czares, y reducida á la categoría de cabecera del gobierno de su nombre.

Comíamos pues, presurosos, el Dr. Carvajal y yo en un hermoso restaurant al aire libre, situado á orillas del Kindgarten; y entre bocado y bocado, comentábamos las impresiones que nos había causado la capital del Kaiser, que se afana en rivalizar y eclipsar á la simpática ciudad del Sena, y recordábamos á nuestra querida patria, distante millares de leguas de nosotros, y que en aquellos momentos, sumergida en las sombras de la media noche, descansaría bajo el constelado manto de su incomparable cielo tropical.

Terminada la colación, arreglada la cuenta del hotel, puestos en el pescante de un gran coche nuestros pesados equipajes, y acomodados ambos viajeros dentro del vehículo, dimos la orden de marcha, y á los dorados y pálidos rayos de un sol poniente, vimos por última vez los hermosos tilos del Kindgarten, la esbelta columna del monumento de la Victoria, pasamos por la soberbia puerta de Brandeburgo, recorrimos la hermosa avenida llamada Unter den Sinden, y pocos momentos después llegábamos á la grande y soberbia Estación, donde debíamos tomar nuestro tren.

Inmenso era el aflujo de gente que allí había acudido, vivas nuestras emociones y punzantes nuestras inquietudes. Poco diestros en la enrevesada lengua de Goethe, tan dificultosa para oídos y labios latinos: ¿cómo saber cuál era nuestro tren, si á cada minuto desfilaban delante de nosotros prolongados convoyes, destinados, ya á Viena, ya á las Provincias Bálticas, ya á las regiones meridionales?

Por fín, sin que pueda yo decir cómo, subimos á un tren. Mas ¡ah! estaba henchido de viajeros, se componía de wagones de pasillo, *de couloir*, que dicen los franceses; pero los sitios estaban ocupados por entero, y los infortunados mexicanos nos encontrábamos de pié en los pasillos, embarazados con nuestras petacas, y revueltos con individuos de otras naciones, que hablaban todas las lenguas, menos la sonora y armoniosa nuestra. El tren había partido ya, y á la pálida luz del crepúsculo recorríamos el perímetro nordeste de la gran capital prusiana.

Fuera ya de Berlín, el tren se detuvo, y se escuchó la agria voz del conductor, que en su garganta teutona elaboraba sílabas que más nos parecían gruñidos y que nuestro oído, habituado á los sonidos netos y límpidos de la lengua española, no podía distinguir. Alguna alma caritativa nos dijo en francés que se invitaba á los viajeros, que no tenían asiento, á bajar del tren y que á los dos minutos pasaría otro con destino á la frontera rusa, donde todos podrían instalarse con relativa comodidad. Nueva confusión, batahola indescriptible, caos de pareceres, conflicto de opiniones: unos negaban todo crédito á la promesa del conductor, que tomaban por red astuta para engañar á los incautos, y dejarlos á campo raso, á la luna, que no de Valencia sino de Berlín sería; otros fiados en la formalidad germánica, juzgaron que era aceptable la invitación, pues la perspectiva de pasar la noche de pié prensados como sardinas en banasta, era la peor de todas. Los Dres. Hurtado, Vallejo, Carvajal, y el que esto escribe, con otros viajeros numerosísimos de todos los países de Europa, adoptamos el último sentir y descendimos. Segundos después el largo convoy, con su pequeña y poco ruidosa máquina, con sus wagones bajos y cortos, se deslizó con indecible rapidez, sumergiéndose en las sombras que ya cubrían el horizonte.

Hétenos, pues, en campo raso, á algunos kilómetros de Berlín: los grupos de viajeros formaban compacta masa negra en la nocturna sombra, aún clareada por tenues matices crepusculares; se oían acaloradas discusiones, se veían gesticulaciones vivas, distinguiéndose de vez en cuando el *sacre nom* francés y el *God damn* inglés.

En esto, un voto bien conocido por nosotros, seguido de enérgica protesta formulada en castellano, con marcado acento español, nos llenó á los mexicanos de sorpresa, causándonos el extremo regocijo, que en tierra extranjera se experimenta al oír la lengua de la patria. Es una miserable engañifa, decía aquella voz, nos han engañado como á unos chinos, y luego se atreven estos bárbaros del norte á hablar del mal servicio de los ferrocarriles de España. En Cataluña no se deja así como así á los viajeros tirados, como sacos de trigo, en medio del campo.

Nos acercamos al que así hablaba, deduciendo un rostro amigo de aquella lengua amiga, y tan familiar y grata. Era un caballero de pequeña estatura, de fisonomía inteligente y enérgica, acentuada por una hermosa y poblada barba negra. No nos habíamos engañado, le conocíamos muy bien, era un sabio médico de Barcelona, había permanecido algún tiempo en México, mostrando á sus colegas mexicanos la mayor simpatía; nuestra Academia de Medicina, á la que presentó notables trabajos, le había admitido como socio corresponsal. La sorpresa y el regocijo suyos equivalieron á nuestro regocijo y á nuestra sorpresa, nos abrazamos cariñosamente, en breves frases, hablamos de nuestras patrias respectivas, declarándolas más agradables y cómodas que aquella tierra de Arminio, que aquella Prusia soberbia, militar y conquistadora, hostil á la raza latina, y cuyos ferrocarriles, á pesar de estar incorporados al gobierno y sujetos á la disciplina militar, despedían con tanta descortesía á los viajeros, dejándolos al fresco.

Un rumor sordo é indescriptible, cortado por silbidos roncos y como ahogados, y el desfile de un largo convoy que venía hacia nosotros, desmintió nuestras invectivas y puso fin á nuestras injustas críticas. Los teutones cumplían su palabra; apenas habían pasado los dos minutos, cuando el tren prometido, con el ojo ciclópeo vuelto á la frontera rusa, venía á recoger á los viajeros sobrantes y á llevarlos á Alejandrovo, transladándolos de los dominios de Guillermo á los de Alejandro III, llevándolos de las orillas del Spree hasta la vasta y lejana cuenca del Vístula. El crepúsculo vespertino había acariciado nuestros párpados en el corazón de Prusia; el matutino los besaría á las puertas del enorme imperio fundado por Pedro el Grande.

DR. PORFIRIO PARRA.

DE MIS ROMERIAS.

MORISCA.

¿ME recordarás aún, así como yo te recuerdo, gitanilla?......

Todavía te guardo en el corazón, tal como te hallé por vez primera en la colina de la Alhambra, en el camino de aquel bosque de álamos negros que va de la Cuesta de los Gomeles al célebre alcázar morisco; todavía te guardo en el corazón, tal como te miré muchas veces en aquellos tibios y claros mediodías de Abril: descalzos los piés, humilde el vestido, las mejillas como rosas quemadas del sol, los ojos profundos y diáfanos como el cielo de Andalucía, y un clavel, muy rojo, prendido en el moño, muy negro.

Yo subía soñando con viejas cosas y tiempos viejos, pensando en Zegríes apuestos, Abencerrajes caballerosos y Gomeles arrojados. Por cada orilla del camino bajaba de la cumbre, cantando, un arroyuelo; y me figuraba que los dos arroyos iban diciendo, en su charlar indiscreto y contínuo, historias de sultanas que amaron y fueron amadas en los jardínes del Generalife, á la sombra de los laureles, por los senderos de arrayán. De cuando en cuando, en lo profundo del bosque, rompía el silencio una escala de notas temblorosas: eran los primeros ruiseñores, los ruiseñores de la primera cría que ensayaban sus tiernas gargantas. El sol, insinuándose por los claros del follaje, taraceaba fantásticamente el suelo con discos luminosos.

Y yo iba soñando con viejas cosas y tiempos viejos, oyendo con la imaginación el eco de zambras alegres y los suspiros de serenatas melancólicas, errantes como sollozos de amor en el misterio perfumado de las noches granadinas.

De repente me ví en medio de un círculo de mujeres: unas, viejas, de rostro color de bronce, fatigados y mustios, las cuales pretendían explotar mi piedad, mostrándome en los brazos á sus pobres *churumbeles*, niños de ojos garzos y enigmática sonrisa, arropados en pañales andrajosos; otras, muy jóvenes, de atrevido mirar, que llevaban flores en las manos y el cabello, y mientras me ofrecían las flores de sus manos, me provocaban con la flor de su belleza, destinada á entreabrirse precozmente, dejando correr de su corola, en un río de fragancia, el capitoso aliento de la tierra andaluza. Y todos me adulaban con gestos de cariño y frases halagüeñas, persuadiéndome las viejas á que regalara una moneda á sus chiquillos, obligándome las jóvenes á que les comprase rosas y claveles. Sólo tú, como indiferente al salto de que yo era víctima, permanecías á un lado, inmóvil, sin decir palabra, observándome de hito en hito con una mirada misteriosa. Seducido por tu actitud reservada y discreta, quise á tí sola comprar flores...... Pero, cuando iba á darte dinero en cambio de tus rosas, encendiéronse tus mejillas y echaste á correr, dejándome perplejo.

Desde aquel momento empezó un idilio, tal vez el último idilio casto de mi juventud errabunda. Y todavía no sé cuál de los dos fué más tímido, gitanilla: si el viajero á quien dijiste claramente que lo amabas con tus maneras y tus flores, ó tú que, á veces, para verlo pasar, te escondías en el bosque, tras el tronco de los álamos negros. Cuando no te encontraba á mi paso, en el sitio de costumbre, mi corazón te presentía, te adivinaba oculta en la espesura, atisbándome por entre las ramas con tus ojos vibrantes como centellas.

Raras veces hablábamos, y en el fondo del bosque parecía como si los ruiseñores quisieran en sus cantos burlarse de nuestro idilio mudo, mientras que los mismos arroyuelos del camino, maliciosos como nunca, en vez de pasar contando historias de sultanas amorosas, venían cuesta abajo desternillándose de risa . . Ah! ¿Por qué no cambié, entonces, mi traje estrecho y ruín por el traje holgado y pintoresco de tus compañeros de tríbu? Quizás no padecería lo que ahora padezco, gitanilla: sería feliz, aún habitando la cueva, abierta con la roca suspendida sobre el Darro, en donde me invitaron á reposar, una tarde, tus camaradas; viviría contento, siempre al lado tuyo, marchando al través de horizontes dudosos, hacia comarcas desconocidas.

Pero las sendas largas están llenas de peligros, y la mía es de esas: está sembrada de flores malévolas: entre la hierva suave que la tapiza hay redes traidoras ocultas; en sus orillas hay mares y lagos muy azules y quietos, de cuyas profundidades surge, y como un beso, resbala por las ondas, el cantar voluptuoso de Sirenas falaces; y en todas sus revueltas existen ojos, como lagos de cristal impasible y sereno, que son prisiones de luz. En una de esas prisiones gimo encerrado, gitanilla, suspirando, por mi vida aventurera, por todos los paisajes en medio á los cuales he vivido, por todos mis amores y todos mis idilios fugaces de viajero, sin esperanzas de futura libertad, y sin otro consuelo que verte al través de la de mi nostalgia eterna, así como te miré muchas veces en aquellos tibios y claros mediodías de Abril: descalzos los piés, humilde el vestido, en las manos un ramillete de flores frescas, las mejillas como rosas quemadas del sol, los ojos diáfanos y profundos como el cielo de Andalucía, y un clavel muy rojo, prendido en el moño, muy negro.

M. DIAZ RODRIGUEZ.

Caracas.

DOS SONETOS DE D'ANNUNZIO.

(DE LAS PLASTICE).

A FERNANGRANA, POETA

I

ARGENTEA.

Desnuda, en pronación sobre la grata
Ribera, la conquista lentamente
El flujo de la mar, y es, á la ingente
Luz de Febe, Calípiga de plata.
Su actitud es obscena. Se dilata
Esculpido en los lomos, decreciente
Doble surco y el dorso reluciente
Se plega cón donaire y arrebata.
Las olas crecen y á la Venus llegan,
Al helado contacto se estremece
Y en sus espaldas las cosquillas juegan.
En su actitud solemne permanece;
Las olas la levantan, y la entregan
Al misterio del mar.... y desparece.

II

CUPRICA.

Ha salido del baño, goteando;
De su cabello en la guedeja obscura
Envuélvese y estampa su figura
En la arena que oprime, tiritando.
Están entre sus dedos palpitando
Las palomas de Venus, y procura,
Por aquí y acullá, la punta dura
Ocultar que levántase temblando.
Se retuerce, y la arena humedecida
Le florea la piel de modo vario;
Sobre las algas quédase dormida,
Envuélvela Selene en un sudario,
Y una estátua de cobre corroída
Parece en el ribazo solitario.

1898.

Versión de RAMON MENA.

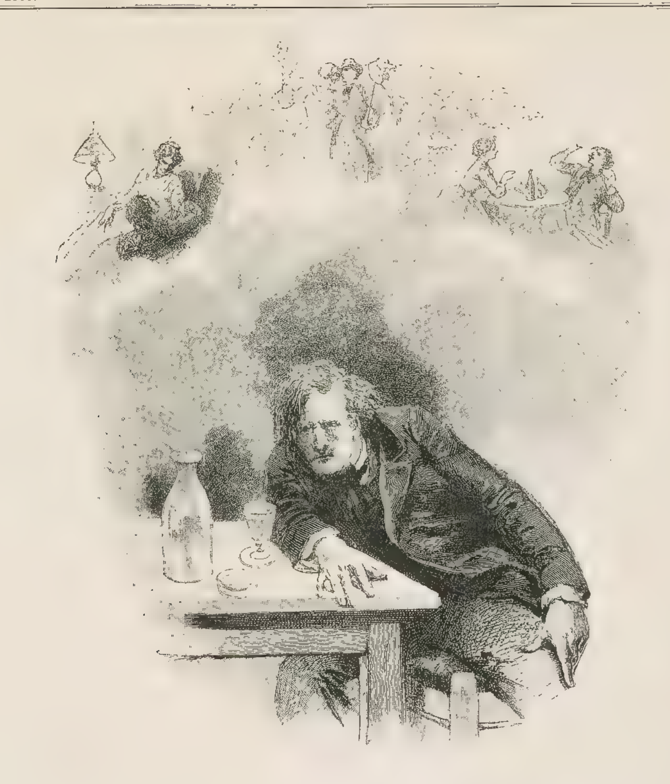
Mía: así te llamas.
Qué más harmonía?
Mía: luz del día,
Mía: rosas, llamas.

Qué aroma derramas
En el alma mía
Si sé que me amas,
Oh Mía! oh Mía!

Tu sexo fundiste
con mi sexo fuerte,
fundiendo dos bronces.

Yo triste, tú triste....
¿No has de ser entonces
Mía hasta la muerte?

RUBEN DARIO.



TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

lustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 3.

Nada de jerarquías; un Evangelista tiene por vecino á un santito jesuita de beatitud de anteayer, el bienaventurado Fourier hallábase al lado de la Virgen Madre, y el Salvador de los hombres se codeaba con San Labro. Todos estaban formados en hilera, como reclutas á la voz de mando, unos esculpidos en madera, otros pintarrajeados de colores chillones ó cubiertos de dorados cobrizos, con la barba levantada, la boca abierta, los ojos extáticos, relucientes de barniz y horriblemente feos: el obispo mitrado, el mártir llevando su palma, Santa Inés abrazada á su cordero, San Roque con su perro y sus conchas, el Precursor con calzones de piel de carnero, y el más ridículo era quizá el pobre Vicente de Paul, teniendo en brazos á tres niños desnudos, como se ven en las muestras de las comadronas.

Esta lamentable exhibición que participa del museo Tussand y de juego de perejila, consternaba positivamente á Amadeo que, habiendo hecho recientemente su primera comunión, ardía aún en fuego místico. Pero tanta fealdad ofendía su delicado estado de ánimo y sembraba en su inocente comprensión la primera duda.

Un día á las cinco, M. Violette y su hijo, al llegar al *Barato de las parroquias*, encontraron al tío Isidoro en el almacén de estatuas pintadas, vigilando el embalaje de un San Miguel. En aquel momento acababa de retirarse el último cliente, que era el obispo *in partibus* de Trebisonda, bendiciendo á M. Gaufre, el hombrecillo apoplético, con peluca negra de repartidor de agua bendita, que al quedarse solo con sus empleados, gritó dirigiéndose á un joven que se ocupaba en acostar al arcángel sobre los tableros: «Ten cuidado, animal, que vas á romper la cola al dragón!»

Luego, reparando en M. Violette y Amadeo, que acababan de entrar, repuso:

—¡Ah! Son ustedes! Buenas tardes! ¡Buenas tardes, Amadeo.... Llegan ustedes poco á propósito. Es la hora de los envíos; estoy en el instante más crítico.... ¡Eh, señor Cambier, oiga usted, oiga usted, si gusta! No se olvide de las tres docenas de *La Aparición de la Saleta* en estuco para Grenoble, con un 25 por 100 de porte, además de la factura.... Y Amadeo ¿sigue estudiando mucho?.... ¡Ah! dice usted que ha obtenido uno de los primeros premios, y que asistirá al banquete Carlomagno. ¡Vaya! Tanto mejor.... Julio, ¿se han enviado los seis candeleros y el cenicero de ruedas al Camino de la Cruz, núm. 2, para las señoras del Sagrado Corazón de Alenzón?.... ¡Cómo! ¿Todavía no, y hace tres días que se recibió el encargo?.... ¡Despáchese usted, con mil diablos!.... Ya lo ve usted, M. Violette, me desbordo.... Pero pasen ustedes á mi cuarto.

Y después de haber recomendado á su cajero, cautivo en su caja, la remisión al Tribunal de Comercio de los billetes que el cura de Sourdebal (Mancha) ha dejado protestar, el tío Isidoro introduce á M. Violette y á su hijo en su gabinete.

Había sido éste una pieza de tocador, y M. Gaufre, que vivía austeramente, tuvo á bien entristecerla con un cofre fuerte, algunos enserados y un mueble negro, forrado de crin que parecía haber sido sacado de una sacristía, todo lo cual se destacaba en aquella linda estancia, alta y redonda, con una gran ventana que daba al jardín, pintados los techos de nubes sonrosadas y ligeras y el friso adornado de guirnaldas y lagos de amor que todavía conservaban el encanto galante de otro tiempo. A Amadeo le hubiera gustado todo aquello, si el tío Isidoro, sentado á la mesa de despacho, no hubiese hecho á M. Violette la siguiente pregunta enfadosa.

—A propósito, ¿ha obtenido el ascenso que contaba desde el año pasado?

—Desgraciadamante no, M. Gaufre.... Ya conoce usted la lentitud de los procedimientos administrativos.

—Sí, verdaderamente son muy lentos; pero usted tampoco se volverá loco por trabajar...... Mientras que en el comercio, ¡cuántos cuidados! ¡cuántos fracasos! Algunas veces envidio á usted que puede emplear una hora en cortar las plumas.... ¡Vaya! ¿Qué me querrán?

En efecto, la cabeza de un dependiente con el lápiz detrás de la oreja aparece en la puerta entornada, diciendo:

«El señor superior de las Misiones extranjeras desea ver á usted.»

—Lo ve usted?—exclama M. Gaufre,—no tengo un minuto mío.... Hasta la vista, mi querido Violette.... Adios, pequeño.... ¡Es maravilloso cómo se parece á la pobre Lucía..... Espero á usted el domingo á almorzar.... Berenice confecciona perfectamente el tímbol de queso; cosa exquisita!.... Haced que pase el señor Superior.

Y M. Violette se va descontento de su humilde visita, é irritado contra el tío Isidoro, que ha estado cortés á medias: «Ese hombre es un completo egoista,—piensa con tristeza;—esa mujer le tiene entre sus garras.... Mi pobre Amadeo no obtendrá nada.»

Amadeo no se cuida de la herencia de su tío. Ahora es un alumno de cuarta, que sigue el curso del liceo Enrique IV, en unión de sus compañe-

ros del colegio Batifol. Por haber crecido de repente, tiene la contrariedad de llevar pantalones demasiado cortos. Ya ha renunciado á sus diversiones muy infantiles, los polichinelas que ilustran las páginas de su gramática de Burnouf datan del año anterior, y ha renunciado á educar gusanos de seda en un pupitre. Todo presagia que no será un hombre práctico. La geometría le disgusta y no retiene ni un solo cálculo. Los días de asueto los emplea en pasear solo por las calles más tranquilas; lee los poetas á la luz de los escaparates de las tiendas, y se retrasa en el Luxemburgo, siguiendo la dirección del sol poniente.

¡Serás un soñador sentimental, pobre Amadeo: tanto peor para tí!

En casa de los Gerard, donde va con frecuencia, es recibido con efusión: Luisa tiene diecisiete años. Delgada, sin frescura, el talle escurrido, decididamente no será bonita. Se empieza á decir de ella: «Tiene buenos ojos, y es excelente música.» Nada más. Su hermana María cuenta ya doce años y es un capullo.

Respecto á la niña del vecino, Rosinita Combarieu, ha desaparecido. Un día el tipógrafo se mudó de casa precipitadamente, sin despedirse de nadie y llevándose á su hija. Según cuenta la portera, hallábase comprometido en un complot político, y por eso ha dejado la casa casi subrepticiamente. Se cree que está escondido en la Villette.

Por eso el papá Gerard no extraña que no le haya dicho adiós. Y el obrero conspirador ha conservado todo su prestigio en la consideración del viejo artista, que por un sino especial trabaja siempre para un editor de estampas, bonapartista, y en este momento ejecuta un retrato del Pincipe Imperial con uniforme de cabo de granaderos de la guardia y una inmensa gorra de pelo sobre su infantil cabeza.

Envejece el papá Gerard. Su barbilla antes gris y los pocos cabellos que le quedan se han vuelto de un blanco plateado admirable, que es como la tardía recompensa de los rostros colorados y que sienta bien á las fisonomías sanguíneas. Envejece el pobre hombre lo mismo que su mujer cuyo abdomen se desarrolla de una manera inquietante, y que al sentarse, después de haber subido los cinco pisos, exclama sofocada: ¡Uf! El papá Gerard envejece como todo lo que le rodea, como la casa de enfrente, que ha visto construir y que ya no tiene su portada nueva, por lo que el especiero que perfuma la calle todas las mañanas al moler el café, ha hecho pintar de nuevo su tienda para contrarrestar el deterioro del edificio. Envejece como su mobiliario del Imperio, como sus piezas de loza que ha tenido que componer, como sus grabados que han tomado el color del tabaco y como la doradura de sus cuadros ha enrojecido. Sobre todo, el piano Erard, pobre viejo servidor, no produce ya más que sonidos cascajosos y temblantes de armonía cuando Luisa, á fuer de cumplida *virtuosa*, toca en él la tanda de valses de Beethoven ó los *Romances sin palabras* de Mendelssohn.

Envejece el pobre artista y se inquieta por el porvenir, porque no ha sabido prosperar como su compañero de escuela, ese intrigante Damourette, que le escamoteó en otro tiempo el premio de Roma y que ahora se da tono en el Instituto con su frac bordado y acapara todos los buenos encargos. Gerard, el tonto, desde muy joven se cargó de familia, y aunque se ha movido tanto como un manubrio, no ha conseguido nada por derecho. Cualquier día puede sucumbir á un ataque apoplético y dejar sin recursos á su viuda y á sus dos hijas sin dote.

Algunas veces piensa en todo esto al limpiar su pipa, y ¡caramba! con no poca zozobra.

Si el papá Gerard se entristecía al envejecer, M. Violette se hallaba en un estado lamentable. Y sin embargo, ¿qué edad podría tener? Unos cuarenta años á lo más. Pero ¡qué decadencia! ¿Será que los años de disgusto se cuentan dobles? El viudo ya no es más que una ruina humana. El mechón de cabellos rebeldes, de un gris sucio, cae siempre sobre su ojo derecho, y ya no se toma el trabajo de colocárselo sobre la oreja. Sus manos tiemblan un poco y la memoria le abandona. Más taciturno y silencioso que nunca, parece no interesarse por nada, ni aún por la educación de su hijo. Vuelve tarde á su casa, masculla la comida y vuelve á salir en seguida para vagar con vacilante paso por las calles sombrías. En la oficina, en donde, sin embargo, cumple con

su cometido mecánicamente, es un hombre clasificado; no será jamás nombrado primer oficial. «Está embrutecido» dice refiriéndose á él su compañero de negociado, joven lleno de porvenir, protegido por el jefe, que tiene gracejo y una habilidad sin igual para imitar el ¡oh! ¡oh! del actor Grassot. Un hombre de su edad no declina tan pronto; esto no es natural. ¿Cuál es la causa que ha reducido á M. Violette á este grado de anonadamiento y de miseria?

¡Ay! preciso es confesarlo. Le ha faltado valor al desgraciado: ha buscado consuelo en su misma desesperación y lo ha encontrado en un vicio.

Todas las tardes, al salir de la oficina, M. Violette entra en un cafetucho de la calle de Four, se sienta en una mesa retirada, y en voz baja, como avergonzado, pide su primera copa de ajenjo. La primera, porque suele beber dos ó tres, y las bebe despacio, á pequeños sorbos, sintiéndose invadido con lentitud por la embriaguez cerebral del poderoso licor verde. ¡Que los dichosos le motejen, si les parece! El está allí, apoyados los codos en el mármol de la mesa, mirando sin ver á la señora del mostrador entre las pirámides de terrones de azúcar y de bols para ponche; la lustrosa y empolvada cabellera de la regente del café se refleja en el espejo del fondo. En esto el desdichado inconsolable encuentra alivio á su desgracia y como una vaga compensación de sus pasadas felicidades.

Porque, por un fenómeno que conocen bien los bebedores de ajenjo, él dirige y gobierna su embriaguez y ésta le proporciona los sueños que desea.

—¡Mozo, un ajenjo!

M. Violette vuelve á ser el marido de veinticinco años que adora á su Lucía y que es adorado por ella.

Está sentado en invierno al lado de la lumbre que se va apagando, y delante de él, á la claridad del crepúsculo vespertino, ve á su joven esposa recostada en el sofá y ocupada en alguna labor.

A cada instante se miran ambos con ojos sonrientes: él por debajo del libro que lee, ella por encima de su costura; y el enamorado no se cansa de admirar los ágiles y delicados dedos de Lucía. ¡Ah! ¡Es tan linda! De repente él cae á sus piés, hincándose de rodillas, sobre la alfombra, la rodea el talle con el brazo y la da un prolongado beso; después, rendido de emoción, reclina su frente sobre las rodillas de su bien amada esposa, y la oye con delicia decir á media voz: «¿Que le pasa á usted, caballero?» Y al mismo tiempo siente que una mano suave le acaricia la cabeza.

—¡Mozo, otra copa de ajenjo!

Se hallan ambos en la hermosa pradera, cerca del bosque de Verrières, henchida de flores, en una hermosa tarde de Junio, cuando el sol poniente ya no da tanto calor. Ella ha hecho un magnífico ramillete de flores campestres, y se detiene á cada instante para coger alguna. El la sigue, llevando la manteleta y la sombrilla. ¡Qué hermoso es el verano y qué bueno el amor! Se sienten algo cansados, porque durante aquel luminoso domingo han vagado por el campo. Es hora de comer y justamente se hallan cerca de una fonda rodeada de tilos, con columpios y juegos de Siam, una fonda cuyos blancos manteles alegra los bosquecillos. Se sientan á una mesa y piden la comida á un mozo bigotudo, y mientras esperan el servicio, Lucía, sonrosada á causa de la travesía al aire libre y taciturna por el hambre, se entretiene en mirar en el asiento de las sillas las batallas de Africa. ¡Qué comida tan deliciosa! Hay tortillas de setas, setas con riñones salteados, setas con vino de madera. ¡Tanto mejor! A ellos les gustan mucho. ¡Y el vino sabrosillo! La amada niña, al fin de la comida está algo *gris*. ¡Palabra de honor! Así es que coge un hueso de cereza entre el pulgar y el índice, aprieta y le hace saltar ¡pum! precisamente á la nariz de su marido. Y se ríe la picaruela. Pero ¡aguarda! ¡aguarda! que él va a vengarse: se levanta, se inclina por encima de la mesa, le mete dos dedos de la mano entre el cuello del vestido, y la maliciosa, encogiéndose cuanto puede, porque tiene cosquillas, le suplica que la deje, riendo nerviosamente.

Pero aún falta lo mejor: la vuelta á campo traviesa, de noche, aspirando el olor agradable del heno segado, y luego por el camino, vagamente plateado por cielo estival, en donde centellea todo el zodíaco de Santiago y rueda su espuma diamantina como un torrente silencioso. Dichosa y cansada se apoya en el brazo de su marido. Cuánto la ama éste, Dios mío, cuánto la ama! Le parece que tal amor por su Lucía es tan inmenso y profundo como la noche. El camino está solitario. ¡Un beso! Y sus besos son tan dulces, tan puros, tán sinceros, que deben regocijar á las estrellas.

—¡Mozo, otra copa de ajenjo!

Y el desgraciado olvida aún, durante algunos minutos, que tendrá que volver á su casa, en donde ya no estará su querida Lucía; su casa, en la que la asistenta habrá puesto el cubierto sobre el tapiz enserado y en donde su hijo le aguarda bostezando de hambre y leyendo un libro colocado al lado del plato. Pretende olvidar este horrible momento de regreso á su triste hogar; tratará de disimular su embriaguez so pretexto de mal humor, y se sentará á la mesa sin dar un beso á Amadeo para que el niño no sienta el repugnante olor alcohólico de su aliento.

V

Sin embargo, el buen hombre viejo representado en las alegorías con grandes alas y barba blanca, el *Tiempo*, había dado muchas veces vuelta á su reloj de arena; ó para hablar más sencillamente, el cartero, con gabán azul salpicado de copos de nieve de San Silvestre, habíase presentado tres ó cuatro veces en el domicilio de sus clientes para ofrecerles, mediante una propina, un calendario que contenía informes esenciales, tales como el cómputo eclesiástico y la diferencia del año gregoriano con la hégira árabe; y Amadeo Violette se había hecho poco á poco un joven.

Un joven, es decir, un ser que poseía un tesoro cuyo precio no conocía; poco más ó menos como un negro del centro de Africa que hubiera encontrado los talones de banco de M. de Rothschild; un joven como lo hemos sido todos, ignorante de su atractivo y de su gracia, que se impacienta porque su barba rala no se transforma en espantosas cerdas de jabalí; un joven que se levanta todas las mañanas henchido de esperanzas, preguntándose cándidamente lo bueno que puede sucederle durante el día y que sueña en vez de vivir, porque es tímido y pobre.

Por entonces fue cuando Amadeo, que ya no iba al colegio Batifol y acababa como externo su curso de filosofía en el liceo de Enrique IV, conoció á uno de sus compañeros, llamado Mauricio Roger, y contrajo con él muy tierna amistad, una de esas amistades de los diez y ocho años, que son tal vez lo más dulce y sólido que hay en el mundo.

Amadeo simpatizó con Mauricio á primera vista, por causa de su bonita cabeza rubia y rizada, de su aire de superioridad y de franqueza y de sus elegantes trajes que llevaba con desenvoltura de gentleman. Dos veces cada día al salir del colegio, ambos jóvenes atravesaban el jardín del Luxemburgo, contándose sus sueños y esperanzas, deteniéndose en las calles de árboles, en donde Mauricio miraba descaradamente á las grisetas, charlando con el abandono de aquella edad, en la que se piensa alto.

En seguida se tutearon ambos.

Mauricio contó á su amigo que era hijo único de un oficial muerto en Sebastopol, que su madre no había vuelto á casarse, que ella le adoraba y le daba todos los gustos, que él esperaba con impaciencia la conclusión de sus estudios para vivir libremente en el barrio latino y acabar la carrera de derecho sin apresurarse, puesto que su madre lo exigía y él no quería disgustarla; pero que esto no obstaba para ocuparse también de pintura, á lo menos como aficionado, porque

tenía pasión por las artes. El hermoso y aristocrático joven hablaba de todo esto con una alegre sonrisa, que dilataba su nariz y sus labios sensuales, y Amadeo admiraba, sin el menor asomo de envidia, con el generoso estímulo de la juventud, aquella expansión de vida y confianza en el porvenir.

El á su vez se confió á Mauricio, aunque no por completo, porque no podía decir á nadie que sospechaba el vicio secreto de su padre y que él se avergozaba y sufría todo cuanto puede sufrir la juventud. Por lo menos, como honrado corazón que era, confesó sin verguenza su modesto origen, elogió á sus humildes amigos los Gerard, habló con entusiasmo de su gran amiga Luisa y de María, que acababa de cumplir diez y seis años y se había hecho linda, muy linda.

—¿Me llevarás á su casa, verdad?—dijo Mauricio, qué le había escuchado con su natural bondad.—Pero antes es preciso que vengas á comer conmigo uno de estos días y que te presente á mi madre, por ejemplo, el domingo próximo. ¿Quedamos en ello?

Amadeo hubiera querido rehusar porque sintió el continuo suplicio de los jóvenes pobres al recordar que su levita dominguera estaba casi tan pelada como la de los demás días, que su par de botitas núm. 1 tenían torcidos los tacones, y que el cuello y puños de la mejor de sus seis camisas estaban deshilachados á fuerzade lavaduras. Y luego......¡Comer de convidado! ¡Qué contrariedad! ¿Qué hacer para presentarse convenientemente en un salón? Sentía de antemano frío en las espaldas. Pero Mauricio le invitaba tan cordialmente y era tan irresistible, que Amadeo aceptó.

El domingo siguiente, vestido con todo lo mejor que tenía, se encaminó á las siete menos cuarto á casa de su amigo, preocupado y mirándose las manos. ¿Qué idea le había dado de comprar aquellos guantes de piel de perro, color de sangre de vaca? Ahora reparaba en que eran demasiado nuevos y chillones en comparación del resto del traje.

Amadeo subió al piso principal de una hermosa casa del arrebal de San Honorato, y llamó suavemente á la puerta de la izquierda.

Salió á abrirle una joven y linda doncella, una de esas morenitas de talle que se abarca con las manos y que tienen un conato de bigotito. Introdujo al joven en una sala adornada con lujo sencillo y sólido, en donde Mauricio, que estaba solo, calentándose de espaldas á la chimenea, con aspecto de amo de casa, recibió á su amigo con viva satisfacción.

Las miradas de Amadeo fijáronse desde luego en el retrato de un guapo coronel de artillería, con el holgado uniforme de 1845 y el cinturón cerrado por dos cabezas de león. Este jefe, en actitud de parada, estaba representado en medio del desierto, sentado bajo una palmera.

—Es mi padre,—dijo Mauricio.—¿Verdad qué yo me parezco mucho á él?

El parecido, en efecto, era notable: la misma sonrisa calurosa y alegre, los mismos cabellos rubios, casi todas las facciones de su rostro eran las mismas que las que ostentaba el retrato de su padre. Amadeo se volvió, oyendo detrás de él una voz de mujer que repitió como un eco:

—¿No es verdad que Mauricio se le parece?

Era Mme. Roger, que acababa de entrar silenciosamente. En presencia de aquella hermosa señora, vestida de negro, de perfil romano y de tez mate, que miraba á su hijo y al retrato con profunda emoción, Amadeo comprendió que Mauricio debía ser el ídolo de su madre, é impresionado por el aspecto de aquella viuda, que hubiera sido todavía hermosa, á no haber tenido el cabello gris y los párpados quemados por las lágrimas, balbució algunas frases dando gracias por su invitación.

—Mi hijo,—dijo ella,—me ha hablado de usted como del más querido de sus compañeros....Y también del afecto que á usted merece, y yo soy la que debo dar gracias á usted.

Sentáronse y hablaron. Mme. Roger pronunciaba á cada instante las frases de «mi hijo,» «mi querido Mauricio,» con expresión de orgullo y apasionada ternura.

Amadeo adivinó cuán dulce debió haber sido la vida de su amigo al lado de tan buena madre, y no pudo menos de compararla á su triste infancia; recordando sobre todo las lúgubres comidas, durante las que inclinaba la cabeza sobre el plato para no ver los ojos de su padre fijos en él y anegados de embriaguez, que parecían pedirle perdón.

Mauricio dejó á su madre que hiciera su elogio, mirándola con su atractiva sonrisa que se enternecía un poco, y concluyó por interrumpirla:

—Convenido, mamá....soy un fénix.

Y se levantó para darla un beso.

En este instante la linda doncellita anunció: «El señor y las señoritas de Lantz.» Mme. Roger se levantó apresuradamente para recibir á los recién llegados.

El teniente coronel de ingenieros Lantz, que había recibido el ultimo suspiro del coronel Roger en la trinchera, delante del Malecón Verde, quizá fuera en otro tiempo una buena figura con su uniforme guarnecido de terciopelo negro; pero habiendo pasado largo tiempo en las oficinas de guerra, envejeció allí, delante de los planos y mapas, encorvado sobre las mesas llenas de escuadras, reglas y compases; y no tenía nada de marcial, con su cráneo de pájaro viejo desplumado, la barbita gris y melancólica y su huesuda delgadez que se diseñaba debajo de la levita abotonada militarmente. Feliz con sus recuerdos, viudo, sin fortuna, con tres hijas casaderas, el pobre coronel, que sólo se ponía dos ó tres veces al año, en las solemnidades oficiales, su uniforme conservado á fuerza de alcanfor, comía todos los domingos en casa de la señora de Roger, quien apreciaba á este hombre estimable, que fué el mejor compañero de su marido. Aquel día había invitado también á las tres hijas del coronel, jóvenes demasiado frescas, de narices remangadas y de ojitos negros como moras, siempre cuidadosamente peinadas y vestidas, y á las cuales, por la redondez de sus formas se las comparaba involuntariamente á tres pastelitos rellenos, de esos que se preparan para bodas y festines.

Sentáronse á la mesa. La señora Roger tenía una excelente cocinera, y Amadeo, por primera vez en su vida, comió una porción de cosas buenas, aún más exquisitas que las compotas de la mamá Gerard. Sin embargo, sólo era una comida delicada y confortable, pero el joven encontró en ella la revelación de goces no sospechados. Aquella mesa con flores, aquel mantel tan suave al tacto, aquellos entremeses que excitaban el apetito, los vinos de sabor variado, que olían bien como las rosas, produjéronle sensaciones agradables y nuevas. La linda doncellita servía la mesa con prontitud y silencio. Mauricio, sentado frente á su madre, presidía la comida con juvenil alegría y exquisita elegancia. A cada una de sus bromas de buen gusto resplandecía el pálido semblante de Mme. Roger, y las tres señoritas prorrumpían á un mismo tiempo en una risita discreta: hasta el triste coronel salía de su estupor; tanto, que concluyó por animarse al segundo vaso de Borgoña y se volvió interesante al recordar la campaña de Crimea, esa guerra caballeresca en la que los oficiales de los dos ejercitos enemigos cambiaban cumplimientos y cigarros durante la suspensión de hostilidades. Contó interesantes anécdotas militares. La señora Roger, observando la ardiente expresión de su hijo, inflamado de entusiasmo al oir aquellos heroicos relatos, se puso triste repentinamente. Mauricio fué el primero que lo notó.

—Tenga usted cuidado, coronel,—dijo.—Va usted á asustar á mamá que va á suponer que aún tengo deseos de entrar en Saint-Cyr...... Vamos, mamita, no tengas cuidado. Puesto que así lo quieres, tu hijo, respetuoso y sumiso se hará un abogado sin pleitos, que pintará mamarrachos en sus ratos de ocio.

En el fondo, le hubiera tal vez gustado más un caballo y un sable en un escuadrón de húsares.... ¡Pero no importa!.... Lo esencial era no disgustar á su mamá.

Y esto lo decía con tanto calor y gentileza, que la señora Roger y el coronel cambiaron una mirada de enternecimiento. Las señoritas de Lantz, conmovidas también, tanto como unas pastas podían conmoverse, fijaron en Mauricio las miradas, que se habían vuelto tan tiernas, tan dulces, que Amadeo no dudó de que las tres abrigaban los mismos sentimientos hacia su amigo, di-

choso en no tener más que escoger en aquella linda trinidad femenina.

¡Cómo amaban á aquel gracioso y encantador Mauricio y cómo sabía él hacerse amar!

Y luego, en el momento del champaña, cuando se levantó con la copa en la mano y pronunció un brindis burlesco, hallando una palabra amable para cada uno de los convidados, ¡qué franca alegría, qué risa tan espontánea en torno de la mesa!

Las tres jóvenes señoritas reían hasta ponerse ojos como amapolas; una especie de castañeteo producido por el regocijo escapábase por entre el bigote caído del coronel; la señora Roger parecía rejuvenecida á fuerza de sonreír, y ¡Dios me perdone!, Amadeo notó que la gentil doncellita, en un rincón del comedor, enseñaba también sus dientes diminutos y blancos como los de un perrito.

Después del te, el coronel, que vivía muy lejos, junto á la escuela militar, y que vió que el tiempo estaba seco, quiso volver á pié á su casa para ahorrarse el gasto de coche, se despidió con sus tres pastelillos casaderos, y poco después hizo lo propio Amadeo. Mauricio quiso acompañarle, y cuando en el recibimiento la linda criadita le ayudaba á ponerse el paletó, le dijo de pronto:

—Espero, M. Mauricio, que hoy no volverá usted muy tarde.

—¿Qué dice usted, Susana?—replicó el joven sin incomodarse, mas con alguna impaciencia—Volveré á la hora que me parezca.

Y al bajar la escalera con Amadeo, repuso riéndose:

—¡Palabra de honor! El mejor día me pone públicamente en ridículo con sus celos

—¿Cómo?—preguntó Amadeo procurando ocultar su rubor.

—¡No te extrañe!.... Es muy bonita, y yo, lo confieso, Violette, no tengo como tú la candidez de la flor cuyo nombre llevas.....Preciso es que te resignes á tener por amigo á un calavera...... Por lo demás, no tengo cuidado, estoy resuelto á no seguir escandalizando el hogar materno. Ya he roto con esa descarada, que fué la primera en romper el fuego y en besarme detrás de un biombo....Ahora estoy ocupado en otra parte....Y puesto que hay ahí un coche....¡Eh, cochero!... Vas á permitir que te deje....No son más que las diez y cuarto.....Tengo tiempo de dar una vuelta por Bullier, en donde estará Zoé Mirlitón......Hasta mañana, Violette.

Amadeo entró en su casa muy preocupado. ¡De modo que su amigo era un libertino! Pero él le excusó. ¿No acababa de verle tan cariñoso con su madre y tan respetuoso con las tres señoritas?....Se dejaba llevar por el fuego de la juventud: hé aquí todo; y no era él, Amadeo, que aunque todavía puro, se sentía atormentado por las tentaciones y curiosidades de su edad, quien debía juzgarle. ¿No hubiera él hecho otro tanto á haberse atrevido y á haber tenido algunas monedas en el bolsillo? Seamos francos: Amadeo aquella noche soñó con la linda doncellita sobre cuyo labio apuntaba gracioso bigote.

Al día siguiente, cuando Amadeo hizo su acostumbrada visita á los Gerard, no se habló más que del convite de los señores de Roger, descrito por aquél con la elocuencia del que ha comido delicadamente por primera vez. Luisa, á tiempo de ponerse el sombrero y arrollar sus papeles de música para ir á dar lecciones, se interesó por la viudez é imponente belleza de Mme. Roger; la señora Gerard hubiera deseado saber cómo se confeccionaba el fiambre de volatería; el viejo grabador, siempre trabajando, escuchó con gusto las anécdotas militares del coronel, repetidas por Amadeo, y por último, la pequeña María exigió una descripción exacta del traje de las tres señoritas de Lantz y después hizo una mueca desdeñosa.

—Veamos, Amadeo,—dijo bruscamente la joven mirándose al espejo del obrador manchado por las moscas, respóndeme con franqueza..... Esas señoritas ¿valen más que yo?

—¡Háse visto la coqueta!—exclamó riéndose el papá Gerard, sin levantar la cabeza de su plancha.—Esas preguntas no se hacen, señorita.

Hubo una hilaridad general, pero Amadeo se ruborizó sin saber por qué. ¡Oh, no! Seguramente las tres señoritas de Lantz con sus faldas de merino saboyano y sus pañoletas de moaré no estaban tan lindas como María sencillamente vestida de cretona obscura ¡Qué desarrollo, y cómo se

hermoseaba de día en día! Parecíale á Amadeo que entonces la veía por la primera vez. ¿De dónde había sacado aquel talle flexible y redondo, aquella masa de cabellos finísimos que unía en una sola trenza encima de la cabeza, aquella tez de aurora, aquella boca sonriente y aquellos ojos que tenían la tierna suavidad de las florecillas?

La mamá Gerard, que risueña, como los demás, había regañado un poco á su hija por su vanidad femenina, volvió á hablar de Mauricio para mudar de conversación.

Amadeo no escaseó los elogios de su amigo. Contó que éste por ternura hacia su madre dominaba los fogosos ímpetus y resistía las ebulliciones de sangre militar que corría por sus venas. Además era la gracia misma. A los diez y ocho años hacía los honores de su casa y de su mesa con el desparpajo de un gran señor.

María escuchaba atentamente.

—Has prometido presentárnosle, Amadeo,—dijo la niña mimada con un acento seriecillo.—Me gustaría conocerle.

Amadeo renovó su promesa; pero al ir al Liceo por la tarde, recordó el incidente de la doncella de la señora Roger y el nombre de Zoé Mirliton pronunciado por Mauricio, y sintió escrúpulos, preguntándose si debía relacionar á su amigo con las jóvenes Gerard. Esta idea le inquietó y le entristeció en un principio, pero luego encontróla ridícula. ¿No era Mauricio un joven de corazón y muy bien educado? ¿No le había visto producirse con tanta reserva y tacto con las hijas del coronel Lantz?

Algunos días después, á petición de aquél, Amadeo lo llevó á casa de sus antiguos amigos los Gerard.

Luisa no estaba en casa, pues desde hacía tiempo procuraba por medio de sus lecciones de música allegar recursos para la familia, que cada vez eran más urgentes, á consecuencia de que el grabador, cada día más congestionado y más corto de vista, no podía trabajar tanto como anteriormente.

El gracioso joven se captó en seguida las simpatías de la familia por su elegante bondad y por sus modales cordiales y sencillos. Respetuoso y amable con la mamá Gerard, á quien intimidaba un poco, apenas fijó la atención en María y no pareció notar que excitaba en sumo grado la curiosidad de la joven. Pidió modestamente consejos al papá Gerard acerca de sus proyectos de ocuparse en la pintura y se entretuvo con las baratijas que adornaban la habitación y supo distinguir por instinto los mejores cuadros y grabados; así fué que el hombre quedó encantado de Mauricio, y afanándose por enseñarle su museo íntimo, se olvidó de fumar su pipa, que entonces representaba á Garibaldi. Le regaló una copia de su última plancha que (por una fatalidad que decididamente pesaba sobre el viejo republicano) era un retrato del Emperador Napoleón III en Magenta, impasible en su caballo, en el centro de una compañía de granaderos acribillados por la metralla.

La visita de Mauricio fué corta; y como Amadeo, que desde hacía algunos días pensaba con frecuencia en María, preguntase á su amigo, al acompañarle cuando regresó:

—¿Qué te parece?

Mauricio contestó sencillamente.

—¡Deliciosa!—Y cambió de conversación.

VI

Se acerca un momento solemne para ambos amigos: van á hacerse bachilleres en letras.

Los días en que M. Violette (en el ministerio le llaman el viejo Violette) se ha consolado demasiado en el café de la calle de Four y no está por consiguiente tan retraido y silencioso como de costumbre, después de la sopa suele decir á su hijo:

—Mira, Amadeo, no estaré tranquilo hasta que te recibas de bachiller....Con razón se dice que eso abre camino para todo.

En efecto, para todo. Hay un compañero de colegio de Amadeo que fué recibido con una granizada de bolas blancas, y que después de haber sido sucesivamente pasante de clase, periodista, actor, pensionista de Mazas, corredor de quintas, director de una compañía de atletas y comentador de Homero, ahora se dedica á abrir portezuelas de los coches, junto al teatro del Ambigú, y espera la sopa á la puerta de los cuarteles con una vieja escudilla de cobre.

¡Pierda cuidado M. Violette! Su hijo hace sus ejercicios el mismo día que su amigo Mauricio, siendo ambos aprobados. En el examen, un viejo examinador con cabeza de mono ha apretado las clavijas á Amadeo, pero el examinando ha salido airoso. Ahora puede pretenderlo todo, absolutamente todo.

¿Y qué es todo, bien pensado?

M. Violette reflexionaba, antes de entrar en el café de la calle de Four. ¿A qué puede aspirar Amadeo? A poca cosa.

No hay duda en que no le será difícil entrar en el ministerio, como auxiliar, con ciento veinticinco francos y la gratificación. ¡Ah! No será del todo malo como principio; pero M. Violette recuerda sus sempiternos años de oficina y todo el trabajo que se ha tomado para adivinar esa famosa charada, célebre en su negociado, que representaba un conejito satisfaciendo una necesidad imperiosa, y además una baraja para el juego de los cientos y una E mayúscula, lo cual significaba: *La Providencia lo ha hecho todo.*

Pues qué, ¿Amadeo va á pasar su juventud descifrando charadas? M. Violette desea para su hijo, si es posible, una carrera más independiente, en la que pueda demostrar su iniciativa; por ejemplo, el comercio. Sí, el comercio ofrece un gran porvenir, como lo prueba el de la tienda de ultramarinos de enfrente; un tonto que ha preferido ahorcarse en su trastienda antes que quebrar. M. Violette tenía con gusto á su hijo dedicado al comercio. ¡Si entrara en casa de Monsier Gaufre! ¿Y por qué no? El joven podría en lo sucesivo llegar á ser socio de su tío y hacer fortuna.

El antiguo empleado dijo á Amadeo.

—Debíamos ir á casa de tu tío el domingo por la mañana.

(Continuará.)

Páginas de la Moda.

FIG. 1.—TRAJE ELEGANTE.

LOS GUANTES.

Entre el crítico Mr. Francisco Sarcey y el excelente autor Mr. Le Bargy, se ha entablado una polémica acerca del uso de los guantes.

El crítico encuentra exagerado que el actor que desempeña el papel de Duque de Septmonts, en *l'Etrangers*, de Dumas hijo, se presenta en escena con guantes, aunque sea para entrar en el cuarto de su mujer, y el actor se defiende alegando que, por la índole de la obra y del carácter del personaje, éste está siempre como de visita en las habitaciones de su esposa, y por esta razón debe estar con guantes, aunque se los quite durante el curso de la conversación.

Como bajo esta cuestión, banal en apariencia, se oculta algo que puede ser interesante para un ramo importante del comercio y de la industria, no estará demás dedicarla alguna atención.

Conocido es el antiguo dicho que afirma que para hacer un par de guantes perfectos se necesitan tres naciones: España, para preparar las pieles; Francia, para cortarlas é Inglaterra para coserlas.

Las pieles de España, son en efecto, las preferidas por los fabricantes de guantes, y se da el caso de que los que vienen del extranjero y cuestan tan caros, por la subida de los cambios, están hechos con pieles que proceden de dicho país.

Madrid, Valladolid, Sevilla y Barcelona trabajan en la fabricación de guantes, y en la capital de España ha habido comerciantes, como Clement, Dubois, Jourdan, Denti y otros, que han realizado buenas ganancias consagrándose á este ramo.

Porque el guante es indispensable en la indumentaria moderna, y aunque no se llegue á las exageraciones de D'Orsay, que sostenía que no puede ser considerado elegante el caballero que no usa seis pares de guantes distintos cada día, hay que reconocer á lo que nuestros antepasados llamaban las quirotecas, la importancia que verdaderamente tienen.

Fig. 2.—Sombrero fieltro ultima novedad.

Desde antiguo el guante es prenda del caballero; arrejar el guante era señal de reto; recogerle, de aceptación, y desempeñaban un gran papel en los desafíos caballerescos.

La historia del guante se remonta hasta los tiempos de Xenofonte; en las vitrinas del palacio del Marqués de Cerralbo hay curiosos ejemplares de los que se usaban en la Edad Media. Carlos V, en el admirable retrato por Ticiano, empuña los guantes con la mano izquierda y así lo dascribe el Duque de Rivas en el precioso romance en que nos le presenta en la anchurosa escalera del Alcázar de Toledo.

El Conde Duque de Olivares, en las suntuosas fiestas de los jardines y del Palacio del Buen Retiro, regalaba á las damas guantes perfumados que valían un dineral, y los guantes con bordados y delicados aromas estuvieron muy en boga durante todo el tiempo de los Austrias.

Cuando se hizo el inventario de los bienes y ropas embargados al Marqués de la Ensenada, que fué el hombre más fastuoso de su tiempo, se encontraron en su cómoda 543 pares de guantes.

El guante de seda encarnado forma parte de la vestimenta del Cardenal: el morado de la del Obispo. A los doctores que se graduaban en Salamanca y en Alcalá, al imponerles la muceta y el birrete se les daba un par de guantes blancos, como símbolo de pureza, y guantes blancos gastan por prescripciones de la Ordenanza que regula su uso, desde el Oficial de Ejército al Capitán General.

Los guantes llegan á constituir un martirio para el palurdo que quiere echárselas, como se dice ahora, de señorito, y Don Frutos Calamocha, el de *El pelo de la dehesa*, del incomparable Bretón, los consideraba como un tormento; lo mismo que los quintos cuando les dan el primer par que han de gastar en su vida, al entregarles el uniforme.

Fig. 3.—Capa ultima novedad.

En tiempos del primer Imperio, una de las prendas más importantes de los trajes de las señoras eran los guantes largos, que después han vuelto á usarse, aunque no con tantos bordados, calados y encajes como en aquella época.

* * *

El uso de los guantes no ha decaído nunca entre las señoras: la Emperatriz Eugenia usaba cuatro pares de guantes al día, y como tenía una mano pequeñísima y los dejaba intachables, los de color blanco los distribuían entre las niñas de las escuelas municipales que iban á hacer su primera comunión.

Entre los regalos de boda que hizo el Príncipe de Gales á su esposa, figuraban doce docenas de pares de guantes, que valía cada una cuatrocientos francos.

La Duquesa de Denia usa tantos guantes como la Emperatriz Eugenia, y no se los quita, como otras muchas damas, ni en las comidas.

El uso de los guantes en los hombres se había descuidado en España mucho en los últimos tiempos, especialmente desde la restauración, en que el malogrado rey D. Alfonso, siguiendo la moda del Duque de Morny, en tiempo del segundo imperio, dejó de usar guantes por la noche, cuando se vestía de frac.

Los guantes sufrieron entonces un rudo golpe, aunque Albareda, el Conde de Xiquena, el Marqués de Guadalete, el Duque de Tamames y algunos pocos más permanecieron fieles á la costumbre de gastarlos de color perla con pespuntes negros, y la mayoría de los señores iban al teatro y hasta á los bailes sin guantes.

Hoy los guantes vuelven á ser de rigor, con regocijo de los guanteros, y no está bien ir sin ellos ni aún á la comida.

Julián Romea y Manuel Catalina fueron, entre los actores españoles que ya

Fig. 4. Fichu fantasia.

han muerto, los que con más elegancia se ponían y se quitaban los guantes en escena.

Entre los oradores parlamentarios, el único que habla con los guantes puestos es D. Rafael Labra.

Uno de los hombres políticos que más guantes usaron fué D. Manuel Becerra.

En España ha adquirido gran importancia en estos últimos tiempos, el curtido y la preparación de pieles para guantes, y en su fabricación se emplean muchas manos femeninas, que ganan un modesto jornal para atender á su subsistencia, siendo, por lo tanto, el uso de los guantes una gran importancia como cuestión social, y como ramo del comercio y de la industria!

ALBONDIGON DE PAPEL.

Se pica y se cuece la carne de puerco; luego se pica también jitomate, ajo y chilchotes, para freirlos en manteca y echarle alcaparras, pasas, almendras, acitrón y peregil deshojado, se baten unos huevos, conforme la cantidad de la carne, se le agrega aceitunas, tornachiles, vinagre y jamón en pedacitos; esto se vuelve á poner al fuego con los huevos batidos: se untan unos pliegos de papel con manteca, y todo revuelto, se hace con este picadillo como metlapiles en el papel y se atan con pita, y así se pondrán á asar y se servirán en chilchote de jitomate; pero al picadillo se le habrá echado azafrán, clavo y canela molida al tiempo de echarle el huevo batido.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TRAJE ELEGANTE.

Es de una encantadora fantasía. Está hecho de piel de seda en dos faldas. Sobre y bajo falda ornada de piel. Gran drapeado de blonda formando delantal y cubriendo la blusa abierta á derecha é izquierda sobre una camisola de muselina plissé.

FIG. 3.—CAPA ULTIMA NOVEDAD.

Con capuchón redondo. Toda con aplicación de piel. Orla de puntos de seda. Capelina figurada,

FIG. 4.—FICHU FANTASIA.

Es de crespón carrujado con mucha finura y formando alto cuello Médicis.

FIG. 5.—TRAJE DE CALLE.

FIG. 5.—TRAJE DE CALLE.

Es un traje de gran lujo. Falda de cheviotte lisa adornada de grandes cordones de seda. Blusa de astrakán, con pechera y cuello de piel.

FIG 6.—TRAJE ELEGANTE DE CASA.

De sarga de seda á rayas, acuchillada, abierta así como la blusa sobre un doublé de seda negra.

La blusa se cierra con una gran presilla adornada de un botón fantasía.

FIG. 7—TRAJE PARA NIÑA DE 12 A 14 AÑOS.

Es de paño asargado gris claro y se compone de una falda sencilla y de una blusa abierta sobre una camisola de batista y ornada con dos grandes presillas de seda rematadas por broches. Jockeys plissé de satín. Mangas de globo. Adorno de cinta de seda en la falda.

Nada refleja el carácter de un hombre, como su comportamiento con los tontos. *Amiel.*

* * *

El orgullo de la ignorancia se parece al cardo silvestre; brota en todas partes y no sirve ni para deleite momentáneo. *Anónimo.*

* * *

La ociosidad, como el moho, corroe más pronto de lo que desgasta el trabajo.—*Franklin.*

FIG. 6.—TRAJE ELEG[illegible]NTE DE CALLE.

FIG. 7.—TR[illegible]E PARA NIÑA DE 12 A 14 A[illegible]S.

EL MUNDO.

Año VI - Tomo I | México, Domingo 22 de Enero de 1899. | Número 4

Los funerales del Sr. Lic. Don Matías Romero,

Primer Embajador de México en Washington.

LA CAPILLA ARDIENTE.

Director: LIC RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Los diarios de estos últimos días han traído frecuentes noticias acerca de los mendiguillos callejeros, y, con este motivo, se han hecho observaciones más ó menos acertadas, pero todas ellas tristísimas.

En efecto: cuando la procesión de carruajes vuelve de la Reforma, y nuestra gran avenida se anima por un momento, para tornar á poco á la habitual tristeza, síntoma de nuestra anemia social, puede el observador notar un curioso fenómeno y hacer una entretenida estadística: ya en México no hay, ó casi no hay, pobres grandes. Todos son chicos. Por cada anciano que pasa implorando la caridad pública, por cada *lázaro* que cruza, haciendo una verdadera exposición imperial de llagas, por cada harapo humano que se arrastra sobre el asfalto, por cada enfermo, por cada mutilado, hay cinco, diez, veinte niños que explotan el más rico filón en la vida de los pueblos civilizados: la mendicidad.

Es asombroso pasar revista á esta infancia harapienta que se escurre, como agua fangosa por un canal de mármol, por las principales calles de la ciudad. Es un pueblo de mendigos liliputienses. Atravesamos por entre una *hampa* diminuta, como por un campo de espigas. Apenas nos llegan á la rodilla los de estatura más elevada. Por nuestras piernas abiertas puede pasar la muchedumbre como un ejército por un arco triunfal. Hugo se hubiera admirado de ver tan bien representada su *Corte de los Milagros* por una compañía infantil.

Ya los viejos encontraron apoyo; ya los hombres hallaron trabajo; ya nada más los chicos se quedan sin pan; ya sólo la niñez está indigente.

Se acerca á usted una mujer; pero no pide para ella, pide para el chiquitín que lleva en los brazos, y para los tres ó cuatro arrapiezos que le rodean. Es débil; mas no porque sea hembra sino porque es madre. De las junturas de los adoquines, de las losas de las aceras, de las piedras del arroyo, de los rezumaderos de las cloacas, sale un grito. Se inclina usted: ¿quién llama? ¿qué voz doliente implora, que viene tan de abajo y que parece tan desfallecida y tan triste? Una miriada de pequeños brazos desnudos, como las yerbas en un llano, sale del pavimento de la vía pública. Arriba, las manecitas abiertas, como flores obscuras sobre tallos altos y débiles, esperan la limosna para cerrarse en puño. La palma de esa mano es muy reducida; no le cabrán muchas monedas; con una, y muy pequeña, se ocuparía el espacio, y los dedos podrían moverse como tentáculos que afianzan. Además la voz quejumbrosa pide bien claro: *un centavo, un centavito.* Y usted, sensible y tierno, y con no sé qué atávicos instintos piadosos, se conmueve; recuerda usted, haciendo una rápida é inconsciente memoria, al *bebé* de la casa, al hijo muerto, á la hermanita ausente; recuerda usted su propia infancia, sus tristezas de niño, y en ligeros movimientos, su mano nerviosísima, huronea el fondo de los bolsillos para encontrar los centavos, que, como lluvia benéfica y refrescante sobre un campo árido y ardiente, caen y desaparecen.

Se siente usted satisfecho, se cree en lo interior, por más que no lo diga, un bueno. Paladea usted su momento de santo. Quizá acaba usted de esquilmar al prójimo, de cobrarle rédito subido al deudor, de exigirle la mensualidad adelantada al arrendatario, de comprar barata una honra, de calumniar al vecino con el pretexto de compadecerle, en fin, quizá viene usted de cometer una mala acción, que juzga borrada con esta otra que encierra en sí tantas obras misericordiosas; dar de comer al hambriento, dirigir al huérfano, consolar á los afligidos....

Pues, amigo mío, lo que acaba usted de hacer es una barbaridad, y si mucho se me urge le aseguro que es una perversidad, y si aún más se me exige, le afirmo que es un delito que escapa á los castigos marcados en los Códigos, como tantos otros. Lo que acaba usted de hacer es contrario á la filantropía, aunque aparentemente no lo parezca. Bien visto el delito de usted es un delito de culpa, no merece cadena perpetua. Porque usted se figura que las pocas monedas de cobre que ha arrojado á la miserable chiquillería, van á convertirse por los milagros de la necesidad, en los cinco mil panes de la Biblia ¿no es verdad?... ¡Y qué equivocado anda usted, hombre sensible! Desde luego noto que empieza usted á sentirse molesto; hace un instante lo seguían cinco criaturas y ahora lo siguen veinte; la pobreza es insaciable. Existe cierta telepatía entre los mendigos; la limosna que se da á uno parece tener eco; se oye por todos los otros. Cuando los pordioseros olfatean una buena presa, atacan, como los coyotes, en manada. He aquí la primera molestia de la caridad callejera. Pero si no fuera más que eso....

Decía yo que usted se figura que ha hecho un beneficio. Y se frota las manos con satisfacción. ¡Hombre de Dios! ¿Pues qué, no se ha fijado en que á veinte pasos, esquivando la luz, le siguen la pista unas sombras siniestras? No son aparecidos, no son gigantes, no son bandidos, no son *rateros* siquiera; son comprachicos. Es una cuadrilla de vagabundos sucios y perdidas greñudas, el estado mayor que dirige este batallón de enanos.

Cada pareja de estas, si usted quiere acercarse, le responderá que es la del padre y la madre, y tal vez lo sea, efectivamente; pero es una paternidad abominable, sin lazos de afecto, sin piedad y sin ternura. A ellos irán los centavos de usted, los que atrapan en el aire las manos de los niños y de allí, irán á la taberna.

No es el hambre de los chicos lo que van á satisfacer, sino la sed de los grandes. Estos muchachos conocen los centavos, pero no las caricias; de suerte que en lugar de pan recibirán golpes, y con ellas unas cuantas migajas, las necesarias para sostener en pié á estos débiles seres que, en sus correrías, son el sostén del vicio vagabundo y de la truhanería holgazana. Algunos, muchos, no son tales padres. ¿No ha leído usted la prensa? Hay rateros de infantes. ¿Que para qué los roban? Pues para esto: para explotarlos. Y ellos, los chicos, en fuerza de rozarse con el mal, adquieren su costra de malvados. Quizá muy adentro sigan siendo niños; pero ya han visto las mil y tres cosas de la vida bohemia, y las han aprendido. Los instintos malos se desarrollan muy pronto—¡como que el hombre los trae desde la cuna y de día en día, estos mendiguillos, á quienes usted socorre y fomenta, enraizan en la prostitución y en el crímen!..

***

Cármen, Fausto, Mignon; las óperas de la semana, una trilogia espléndida de música francesa.

La de Ambrosio Thomas, no obstante, posee más que las otras, las cualidades características del pueblo francés: es graciosa, elegante, fácil, harmónicamente proporcionada. Su distintivo es la soltura, la gallardía, la seguridad. Las melodías corren como un hilo de oro, sin obstáculo, sin tropiezo, tejiendo al rededor de la letra caprichosos y sutiles arabescos. No hay complicaciones, no hay misterios en esa música dulce que sale fresca y clara de la inspiración del maestro, como el agua mana de las fuentes.

He aquí por qué Thomas hizo de su *Mignon* una obra suprema. El tierno episodio de Goëthe, melancólico y ténue, parecía hecho solamente para la concepción del compositor francés. La letra estuvo esperando á la música como á una hermana desconocida. Cuando se vieron juntas se abrazaron sin asombro, y desde entonces viven amándose, unidas por el mismo ensueño......

Fausto es una noche de luna; *Carmen* un día de sol. Con estas tres óperas podría formarse un grupo escultórico: las tres gracias francesas.

Publica hoy *El Mundo* el retrato de Blanca Barducci, soprano dramática aplaudida en la Santuzza de «Cavallería.» En esta obra se reveló una artista discretísima y conocedora de la apasionada música de Mascagni.

***

Por lo demás, á vista de pájaro la semana es tersa, uniforme y monótona como el Desierto: los funerales del Embajador Romero, la muerte extraña de un joven, la funesta caída de una dama......

Tras esos acontecimientos anda el reporter; no son del cronista; le pertenecen al noticiero; que los tome.

LUIS G. URBINA.

Política General.

RESUMEN.—LA EXPANSIÓN TERRITORIAL ANTE EL SENADO AMERICANO.—LA RESISTENCIA DE LOS TAGALOS Y VIZAYOS.—SUEÑOS DE INDEPENDENCIA.—COMISIÓN CIVIL DE LOS ESTADOS PARA CONJURAR EL CONFLICTO.—ENTRE BASTIDORES.—EL PRÍNCIPE ENRIQUE DE PRUSIA.—NUEVOS PELIGROS.—EL PARLAMENTARISMO FRANCÉS.—VICIOS TRADICIONALES.—LOS PARLAMENTOS Y LA CONVENCIÓN.—LA REVISIÓN CONSTITUCIONAL.—TEMORES Y ESPERANZAS.—PELIGROS Y NECESIDADES.—AUTONOMÍA DE LAS PROVINCIAS.—CONCLUSIÓN.

Entre los rasgos que han podido caracterizar últimamente la grandeza del pueblo americano, debe citarse como el más saliente, la oposición habida en el Senado á la expansión territorial. Nada de deslumbramientos, nada de fascinaciones, nada de espejismos caleidoscópicos por lo que comúnmente se llama engrandecimiento de las naciones; no se pagan los senadores demócratas de falsos oropeles ni se alucinan con resplandores de efímera grandeza. Vuelven la vista al pasado, contemplan con patriótica devoción las grandes enseñanzas de los fundadores de la República, y quieren permanecer fieles á la tradición inmaculada de Washington, gran padre de la patria. «¿Con qué derecho—preguntaba un senador—nos apoderaremos de Filipinas? El pabellón de las estrellas, flotando en aquellas apartadas comarcas, casi no es el mismo que adoramos aquí en nuestra patria. Aquí es el emblema de la ley; allí es símbolo de conquista.»

Y no parece sino que los acontecimientos vienen dando la razón á los que miran un peligro en la expansión territorial, á que ha dado ocasión más que el protocolo de Washington el tratado de París, para arreglar definitivamente la paz entre los Estados Unidos y España. Guiados por su fiebre de independencia, impulsados por brisas de libertad y alentados por los primeros pasos en el ejercicio de derechos autonómicos, resístense los pueblos tagalos á sujetarse bajo el imperio de la ley americana. Constituyen gobiernos, convocan parlamentos, lanzan al mundo patrióticas proclamas, y quieren á todo trance demostrar que no son hordas salvajes ni chusmas de bandoleros, sino agrupaciones civilizadas, capaces de organizarse y de vivir según leyes humanas y con derechos modernos. Tagalos y vizayos que forman lo más avanzado en cultura de aquel grupo, prepáranse á resistir á las armas del general Ottis y á las proclamas conciliadoras de McKinley. A no haber procedido con extremada prudencia los jefes del ejército y de la escuadra americana, radicados en Manila y en su puerto, ya se habrían roto las hostilidades, se habría sacudido de nuevo aquel suelo virgen, entre las convulsiones de guerra tremenda, y otra vez la sangre habría empapado la tierra y manchado las aguas en aquellas remotas regiones.

***

Buscando ante todo la conciliación, hasta hoy ha podido lograrse que queden frente á frente los dos ejércitos, recelosos, precavidos, rivales, pero no enemigos. Seguirá la misma política; se agotarán todos los medios pacíficos para evitar un rompimiento; se recurrirá acaso á promesas halagadoras, á ofrecimientos risueños, haciendo ver á los disidentes la libertad é independencia en no lejano día. A este fin sin duda contribuirá, más que los jefes militares y navales, más que los regimientos y batallones que allí se concentran, más que los acorazados y cruceros que allí se juntan, la comisión civil que allá se dirije para tratar con los jefes insurrectos, averiguar sus tendencias, definir sus ambiciones y cohonestar sus deseos con los intereses americanos.

Dóciles las tribus insurrectas, como todos los pueblos primitivos ante la presencia de hombres superiores, podrán así mejor ser sojuzgadas. Fuerzas ciegas que rompen, destrozan y asuelan cuanto es obstáculo á su marcha devastadora, las huestes rebeldes son esclavas de la voluntad de sus jefes: si se logra conquistar á éstos y convencerlos de que van por extraviados caminos y de que han asumido una actitud estéril, oponiéndose á los designios de la Casa Blanca, fácil será someterlas y encauzar sus vivas energías en el rumbo de la paz y el progreso.

Organizado el Archipiélago bajo un gobierno militar, sofocados los resabios de horda, cercenadas las ambiciones salvajes y enseñados todos por un régimen tutelar para el ejercicio del gobierno propio, habrán llegado si más tarde no menos seguramente, al logro de sus justos deseos: la libertad y la independencia.

***

Pero si la bandera tagala, que flamea en los alrededores de Manila, y el estandarte vizayo, que flota sobre los muros de Ilo-Ilo, ocultan extrañas ambiciones; si es verdad como se ha dicho que tras de los jefes insurrectos se mueve oculta la mano del gobierno alemán; si es cierto que el príncipe Enrique de Prusia, hermano del emperador Guillermo, durante su estancia en Hong Kong, puesto en relaciones con los cabecillas insurrectos, ha organizado la resistencia á los americanos, prometido el apoyo moral y suministrado los medios materiales para el conflicto, entonces ¡qué nubes de tormenta se amontonan en el cielo del Extremo Oriente!

Allí donde se han dado cita las ambiciones todas de la Europa monárquica, aparecerá un elemento nuevo de discordia, un nuevo motivo de contienda. Las huestes de Aguinaldo, resistiendo á mano armada al ejército americano, pueden traer el conflicto universal temido; y los regimientos de Ottis y los buques de Dewey, conquistando palmo á palmo el territorio filipino, al mismo tiempo que serán motivo de congoja para los liberales sinceros, serán ocasión de lucha entre las potencias, que fijan sus miradas codiciosas en aquellas tierras apartadas.

***

En el estado de tensión á que han llegado los ánimos, en el período de exaltación que han alcanzado los espíritus y en la agitación extrema que sacude á todo el pueblo francés por causa del asunto Dreyfus, hay todavía almas serenas que ni se conmueven en medio de la excitación pública, ni se dejan arrebatar por las ráfagas revolucionarias en donde muchos ven la única solución posible al conflicto.

Todavía hay genios observadores que buscan el origen de los actuales males en su tronco y raíz: que, apartándose de los puntos de vista ordinarios, registran

osados en el fondo mismo de las cosas y de los hombres, para encontrar el remedio y conjurar la tormenta que se cierne amenazadora en el horizonte. En la presente crisis preciso es huír de paliativos anodinos, que aplazan la solución y dejan que las energías del país se gasten estérilmente en convulsiones histéricas.

Desde hace tiempo vienen notándose las dolencias que afiijen al parlamentarismo francés. Fundada la primera asamblea constituyente sobre el cráter mismo de la revolución de 1789, y considerándose investida directamente por el pueblo de todas las facultades y prerrogativas de la soberanía, todos los parlamentos que la han seguido han manifestado las mismas tendencias absorbentes y en cada uno de los congresos se han dejado entrever los perfiles sombríos de la Convención. Representante inmediato del pueblo, y creyéndose cada cual con su fragmento de autoridad suprema, cada diputado oculta más ó menos á un convencional. Débiles los gobiernos ó impotentes para imponer su voluntad sobre las mayorías, incapaces de prevalecer por mucho tiempo sobre el mar turbulento de la opinión y de conjurar las borrascas políticas, que con frecuencia conmueven las cámaras, se dejan arrastrar por la corriente veleidosa, y su labor política y administrativa, en vez de aplicarse eficazmente en su totalidad al bien público, se esteriliza en gran parte, conciliando los partidos y contemporizando con los diputados; en lugar de tener una voluntad suprema para imponerla sobre todos, se gasta en disquisiciones inútiles tolerando que todos mermen su autoridad.

De ahí esa serie no interrumpida de crísis ministeriales, de ahí esa cadena sin fin de gabinetes que se suceden unos á otros, cuando apenas han tenido tiempo de presentar un programa y muy pocas veces el de realizarlo. Remediar esos vicios de organización y suprimir esos defectos constitucionales es el supremo anhelo, la noble aspiración del pueblo francés en los momentos actuales.

En verdad que estos recursos heróicos sólo se proponen en los días de crisis, en los momentos de exaltación, cuando la dolencia se hace más aguda y la enfermedad se recrudece. Pero qué difícil es que los acepten los tímidos, los que tiemblan con cualquier estremecimiento político! qué trabajoso es que los secunden los indiferentes, los que quieren dejar todas las evoluciones constitucionales á la acción benéfica del tiempo! qué extraordinario será que los prohijen los exaltados, los radicales, los que sólo esperan cambios favorables al orden social, entre los sacudimientos genésicos y las llamaradas fatídicas de la revolución!

* * *

La revisión constitucional se impone como una necesidad á todos los espíritus. Las palabras pronunciadas recientemente por los diputados Merceres y Benoist en la Cámara francesa han sido recibidas con explosiones de entusiasmo. Todos están convencidos de la urgencia de esta medida; pero tiemblan también al pensar en las complicaciones que pueda acarrear. ¿No es verdad que la reacción monárquica, que ha prendido ya en algunos espíritus, tratará de aprovechar la revisión para enderezarla en su favor? ¿No es cierto que los desterrados Orleans, que han recogido la herencia del conde de Chambord, uniendo en sus manos los derechos de la monarquía legitimista y de la revolucionaria, intentarán en esta ocasión el restablecimiento constitucional del trono? ¿No es de presumirse que los Bonaparte se enderecen por esos mismos rumbos y quieran, ilusos, borrar de la historia Sedán, la dolorosa entrevista de Bellevue y la gloriosa proclamación del 4 de Septiembre?

Todo eso se teme, y porque se teme se vacila ante las consecuencias de una medida tan transcendental. Se recuerda muy bien que el general Boulanger, tras el cual se ocultaba la reacción monárquica, tenía nada más en su bandera la revisión constitucional, y para halagar á las masas les cantaba quién sabe que estrofas de *revancha* y reconquista. Pero si existen esos temores, si son posibles esas amenazas, también es verdad que hay que acudir con toda urgencia á refrenar el parlamentarismo desbordante, y á ese fin tiende la iniciativa de un prestigiado periódico de París, que acaba de pronunciar por primera vez en muchos años, la palabra «Federación.» Para llegar á esta descentralización del poder, no habrá necesidad de convocar ninguna asamblea constituyente, en donde peligrarían las instituciones republicanas: bastan las facultades de que gozan las cámaras ordinarias. ¿Quién será capaz de adueñarse de ellas, para conceder su autonomía á las antiguas provincias?

20 de Enero de 1898.

Amado Peña Lázquez [firma]

DOS RAZAS Y DOS IDEALES.

Un Colegio de enseñanza Practica en Inglaterra.

Rompiendo sus tradiciones de brillante superficialidad, la prensa de Francia abrió á principios del año de 1898 una campaña en la que todos los periódicos se unieron para debatir con serenidad ideas serias, de esas que pocas veces respeta la pluma ligera de los periodistas y que tienen el privilegio de enfurecer á las multitudes porque contrarían sus hábitos mentales y sus preocupaciones.

M. Demolins, pensador casi desconocido entonces para el gran público, había escrito una obra de ciencia, un análisis comparativo de las razas anglo sajona y francesa en el que afirmaba enérgicamente la superioridad de la primera. (1) No bien salió á la luz pública el libro de M. Demolins, Rodenbach y Lemaitre iniciaron en el *Fígaro* una discusión vehemente de sus ideas capitales: Drumont en *La Libre parole*, Sarcey en *L'Echo de París*, Bourget, Prevost, Coppée, todos los escritores, desde los más eximios hasta los más humildes editorialistas de provincia, desde los más liberales hasta el recalcitrante *chauvin*, hicieron en coro laudatorias apreciaciones del autor y de la obra, despertando la curiosidad y previniendo la simpatía del público en favor de una tesis humillante para el orgullo patriótico y de un hombre que se atrevía á decir en alta voz «verdades dolorosas,» según la expresión de Lemaitre.

Dado el primer impulso por la prensa, la agitación continuó en el público; todos querían leer el libro de M. Demolins, todos lo leyeron y en menos de un mes «llegó á ser de buen tono admirar el genio práctico de los anglo sajones.» Mientras los publicistas buscaban de buena fé una fórmula para «cambiar el alma nacional,» para armonizarla con las condiciones del mundo moderno, el alma de los franceses «cambiaba» por sí sola, obedeciendo la sugestión hipnótica que se desprendía de las páginas del libro. No se hablaba más que de la educación inglesa, del poder de expansión de los ingleses, de la libertad británica, de sus libres instituciones.

* * *

¿Habrá pasado con la volubilidad fugitiva de una moda ese movimiento de la opinión? Todo es creíble de un pueblo tan impresionable como el francés, pero ese «examen de conciencia nacional» no fué estéril y lo prueba un propósito serio de reorganización escolar según el tipo inglés. No es un proyecto oficial, pues en ese caso acusaría á lo sumo caprichos momentáneos é infecundos de ministerio; los jefes del movimiento son hombres independientes, serenos, que tienen plena conciencia de la solidez de sus esfuerzos. No pretenden imitar literalmente á los ingleses sino seguirlos en una vía que no siempre ha iluminado el buen sentido; dar como base á la educación el conocimiento y la fiel observancia de las leyes psicológicas, y como objeto, no un diploma, ni las calificaciones de un examen, sino el desarrollo completo del niño, su perfecta adaptación á las exigencias de la lucha en el campo libre en que se mueven las actividades de un pueblo,—y de todos los pueblos,—en el ejercicio de la agricultura, de las industrias, de la navegación, de la expansión territorial.

* * *

M. Demolins estudia á los franceses en el hogar y encuentra á los padres demasiado complacientes con sus hijos y á éstos dormidos en la espectativa de una herencia y de una dote; en la escuela vé á los niños sometidos á un régimen de clausura, de reglamentarismo, de presión mecánica y de esfuerzos mentales inútiles para la instrucción positiva y fatales para su desarrollo; en el liceo observa que los jóvenes estudian para sustentar un examen ó para obtener un empleo, esto es, para demostrar *momentáneamente* conocimientos sin aplicación ulterior y para esterilizar su vida en la nómina del presupuesto, obteniendo á cambio del menor trabajo posible la menor retribución posible; en la vida social delata el desarrollo del militarismo, la plétora de funcionarios inútiles, el exceso de bachilleres y *profesionistas* sin objeto social y sin pan, el desdén por las profesiones útiles, la limitación sistemática de la natalidad; en el mundo político la representación del pueblo entregada á los parásitos, á los ociosos, interesados en que el gobierno colecte fuertes contribuciones, y disponga de muchos empleos.

* * *

Estos son los vicios de todos los pueblos en donde la iniciativa individual se ahoga desde la infancia. Para desarrollar en el niño los instintos del hombre completo, independiente, luchador, no hacen falta sólo buenos métodos de enseñanza escolar; es necesario también que el padre de familia forme á su hijo en ideas de una moral enérgica, que le infunda el sentimiento del propio valer y arraigue en su espíritu como única espectativa la de una batalla en la que él y sólo él con su esfuerzo ha de triunfar, acostumbrándolo á que no cuente ni con una posición heredada, ni con auxilios extraños.

Los mejores métodos pedagógicos de la escuela producen resultados incompletos sin la previa y constante acción de la moral doméstica y ésta no es en los pueblos latinos la mejor disciplina: su concepción de la vida humana es raquítica, nociva, deplorable. No es hombre completo el que sólo puede sostenerse apoyado en una tradición, el que no concibe la afirmación de su personalidad fuera de un orden social preestablecido, inmutable, el que en vez de mirar el porvenir contempla el pasado y sucumbe al menor sacudimiento de la familia que lo ampara, del gobierno que lo proteje y del capital que lo alimenta.

* * *

La fuerza social de un pueblo se mide por el valer personal de los individuos que lo integran y éstos á su vez son tanto más completos cuanta mayor es su aptitud para prevalecer independientemente de la sociedad en que viven. Los débiles están encadenados; los fuertes tienen por campo de acción el mundo entero: *ubi bene ibi patria*. La patria para ellos es el hogar respetado, la libertad personal reconocida, el trabajo ampliamente remunerador, el porvenir abierto, la familia numerosa, la educación de los hijos, la cultura del espíritu.

Donde encuentran esas condiciones de bienestar y progreso, edifican el *home*, porque para ellos no hay afecto que domine el de la familia, ni sacrificio superior al de limitar su descendencia ó cortar el vuelo á las aspiraciones. Un latino enerva sus facultades en la privación, acude á la tacañería ó al expediente antes que renunciar á las exterioridades facticias ó extremar un esfuerzo. Es más fácil para él suprimir goces que procurar satisfacerlos. Como los fanáticos de la India, cree que el mayor bien es *no hacer nada*.

* * *

La escuela inglesa, y la sociedad de esa nación tienen por objeto de todo plan educativo, *constituir el hombre más independiente que haya existido jamás*. Esto se logra en la escuela primaria estableciendo en ella las condiciones de la vida real para que se desarrolle el tipo humano con todas las aptitudes que requiere la lucha,—fuerza, voluntad, espíritu de examen, conocimientos útiles.

Pero donde se revela de un modo particularmente característico el espíritu de esa educación es en los establecimientos especiales, como un colegio creado para preparar á los jóvenes colonos que intentan fundar esas explotaciones agrícolas é industriales por medio de las cuales los ingleses van apoderándose del mundo entero. Lo que más impresiona á un latino es que esos jóvenes no son pobres diablos reducidos por necesidad extrema al recurso de la expatriación; al contrario, pertenecen á familias ricas ó por lo menos acomodadas, y si buscan fuera del país inversión á sus capitales y empleo á su actividad, es porque para los hombres de ese temple es ley que la vida humana rinda los mayores productos posibles, no la suma estrictamente necesaria dentro de las exigencias más limitadas.

Práctica como es la educación en las escuelas y colegios, el de colonos tiene por objeto llenar las lagunas *de la enseñanza ordinaria*. Los directores están en constante comunicación con todas las colonias y reciben informes sobre sus condiciones y negocios para que los jóvenes tomen tal ó cual dirección. «El colegio está situado en el campo, dice el programa;» (el *Instituto Agronómico* de Francia está en pleno París). El establecimienta ocupa una colina entre el mar y un río navegable por una parte y un terreno cultivado por la otra. En este terreno hay explotaciones de todos los sistemas de agricultura y una gran variedad de productos; tiene lechería, aves de corral, talleres, un pequeño astillero (*Boathouse*), etc.

La parte principal del programa de enseñanza es práctica y las clases sólo tienen por objeto explicar la teoría de los trabajos; en tal virtud hay una verdadera colonia de labradores y artesanos ocupados constantemente en enseñar á los alumnos los procedimientos necesarios para los diversos ramos de la práctica agrícola-industrial.

La agricultura ocupa el primer lugar y los alumnos ejecutan por sí mismos todos los trabajos: manejan útiles perfeccionados, estudian cien variedades de frutas y legumbres en el jardín, se les hace conocer la silvicultura. La ganadería es objeto de especial atención y hay en los terrenos de la escuela 70 caballos y yeguas de raza, toros, carneros, cerdos, 50 vacas de establo y otro animales útiles en las colonias.

Además de las clases prácticas de equitación tienen los alumnos maestros de veterinaria y medicina doméstica; se adiestran en el manejo de las pequeñas embarcaciones, construyen esquifes, hacen obras de carpintería, de irrigación, desecan pantanos, construyen puentes flotantes. Rasgo característico; dice el programa. «Se enseñará á los alumnos á unir los dos extremos de una cuerda sin hacer nudo.»

Para dar una idea del carácter y tendencias de este instituto de enseñanza, (y esto se aplica á toda la educación anglo-sajona,) terminaremos citando las pa-

(1) *¿De qué depende la superioridad de los Anglo-Sajones?* por M. Demolins.

labras que un orador dirigía á los alumnos del colegio de colonos con motivo de unos exámenes.

«En todas las regiones del mundo podéis encontrar tierras amparadas por el pabellón británico. Ha llegado vuestra hora; pensad en el rumbo que deberéis seguir, en la ocupación que hayáis de adoptar y antes de emprender la jornada trazad bien la ruta. No vacileis; sed animosos, perseverantes: NO CREO QUE UN INGLES JOVEN E INTELIGEMTE PUEDA JAMAS CONOCER LA MISERIA habiendo tantas colonias abiertas á su laboriosa energía. Yo no soy joven: hace cuarenta años que emprendí el viaje de expatriación sin las ventajas con que contais vosotros; desconocido, con escaso capital, desprovisto de conocimientos técnicos y sin amigos en el país á donde me llevó el deseo de prosperar....Sin embargo, he sido primer ministro de esa colonia y tres veces presidí la Legislatura.»

No es este un discurso latino: el orador de la nación más fuerte en los mares no habla de cañones, ni hace frases de megalómano. El porvenir para estos luchadores no es el que se pinta en las fiestas escolares latinas, cuando los oradores de circunstancia hablan de «futuras glorias para la patria,» llamando á los niños «héroes, estadistas en embrión»; no, aquí todo es sobrio, medido, circunspecto y las grandes palabras son las más frías del diccionario, «deber y trabajo.»

CARLOS PEREYRA.

Los funerales del Sr. Lic. D. Matías Romero.

El lunes 16 llegó á México el cadáver del Sr. Romero, é inmediatamente fué conducido á la Capilla ardiente, arreglada de antemano en la Cámara de Diputados,

El Señor Presidente de la República presidía el cortejo acompañándolo los Sres. Ministros de Relaciones, Gobernación, Hacienda, Fomento, Comunicaciones y Justicia. La enfermedad del Señor Secreta rio de la Guerra le impidió concurrir.

Formaban también parte del cortejo el General Powell Clayton, Embajador de los Estados Unidos y sus Secretarios; comisiones del Congreso de la Unión y del Ayuntamiento, Jefes distinguidos del Ejército y otras personas caracterizadas.

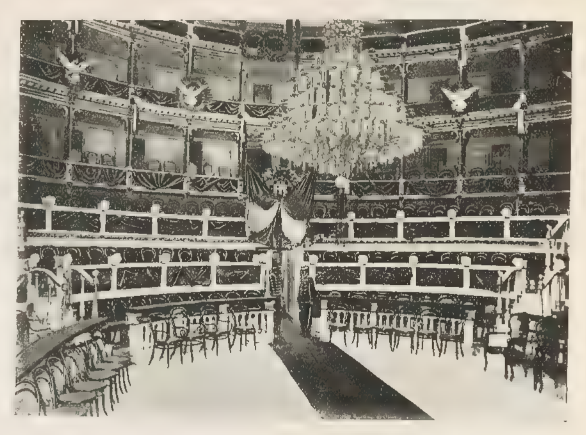
La Capilla ardiente en la que permaneció expuesto el cadáver desde el lunes hasta la tarde del día siguiente, fué una obra de indiscutible mérito artístico en la que el Sr. Valleto demostró suma habilidad. Nuestros gabados dan una idea perfecta de la disposición adoptada en el arreglo interior de la Cámara. No pudo haberse hecho nada mejor, más sobrio y elegante.

Otro de los grabados que publicamos fué hecho según una fotografía tomada en el momento en que llegaba á la Cámara de Diputados el cortejo, con el coche presidencial á la cabeza de la numerosa comitiva.

El martes á las dos y cuarenta minutos llegó el Señor Presidente al edificio de la Cámara de Diputados cuyo interior estaba lleno de gente que acudió á presenciar la ceremonia. Esta fué digna del muerto ilustre. La orquesta del Conservatorio tocó el «Andante religioso» de Thomé, colocándose en un salón que está en el fondo de la Cámara, de tal suerte que los acordes se oían apagados y tristes. El Señor Secretario de Relaciones, Lic. D. Ignacio Mariscal dijo la oración fúnebre, hablando del Señor Romero, y encareciendo sus méritos con sinceras y delicadísimas frases, dignas del nombre que tiene en las letras el Señor Lic. Mariscal. Subió después á la tribuna el poeta D. Juan de Dios Peza, recitando una composición llena de emoción verdadera y que á estas horas habrán leído todos en México, pues la publicó *El Imparcial*. Además del «Andante religioso» ejecutó la orquesta el «Angelus» de Massenet y la «Meditación» de Guilmaro.

A las tres y media en punto concluyó la ceremonia, organizándose la comitiva para el entierro.

Desde el lugar que ocupaba el féretro en la Cámara, hasta las afueras de ésta, donde esperaba una lujosa carroza tirada por seis caballos empenachados y llevados del diestro por otros tantos palafreneros, se formó una valla de altos funcionarios, en medio de la cual atravesó el ataud, llevado en hombros de seis empleados de la Agencia de Inhumaciones, en tanto que la fuerza presentaba sus armas y los clarines tocaban marcha.



LOS FUNERALES DEL SR. LIC. D. MATIAS ROMERO. INTERIOR DE LA CAMARA DE DIPUTADOS.

Una vez colocado el ataud sobre el carro, éste avanzó lentamente por la calle del Factor.

El Sr. Presidente, llevando á su derecha al Sr. Ministro de Relaciones y á su izquierda al Excelentísimo Sr. General Powell Clayton, Embajador de los Estados Unidos presidía el cortejo.

Venían después los Ministros de Gobernación, Hacienda, Fomento y Comunicaciones.

El señor Ministro de Justicia no concurrió por haber emprendido, esa mañana, el viaje que tenía proyectado á Campeche.

En seguida, iban los señores Ministros de Inglaterra, Japón Bélgica, Italia; Encargados de Negocios de Francia, Rusia y Guatemala; señor Secretario de la Legación de España, Cónsul de Alemania, attaché militar de la Legación de los Estados Unidos, y Secretarios y attachés de las Legaciones ya citadas.

El tercer grupo estaba formado por el señor Gobernador del Distrito, el señor Inspector de Policía con sus respectivos ayudantes; venían después los empleados de la Secretaría de Relaciones y los señores Generales y Jefes de la Guarnición, Comisiones del Congreso de la Unión, de los Ministerios, del Cuerpo Médico Militar, etc.

El numeroso cortejo disponía de treinta y seis carros de los Ferrocarriles del Distrito, ocupando el primero el Sr. Presidente de la República con las personas que lo acompañaban. La comitiva desfiló por las calles de Santa Clara, Tacuba, Empedradillo, Refugio, Coliseo é Independencia.

La división que hizo los honores póstumos al señor Romero, se organizó de la siguiente manera:

Formaba la vanguardia una escolta del 7 ○ de caballería siendo el jefe de la sección de vanguardia el Coronel Félix B. Estrada.

Venían después el Batallón de Zapadores, una batería de artillería de montaña, escuadrón de gendarmes del ejército y en seguida el Sr. General Alejandro Pozo, jefe de la división y su Estado Mayor que llevaba como jefe al Teniente Coronel Manuel Rivera.

LLEGADA DEL CORTEJO A LA CAMARA DE DIPUTADOS.

Formaban la primera brigada, que era mandada por el Brigadier General José María Vega, una escolta de caballería, el 3er batallón de infantería, una batería de cañones sistema Bange, el 7 ○ y el 14 ○ de infantería.

La segunda brigada la formaban una escolta del 10 ○ de caballería y los regimientos del 1 ○, 10 ○ y 7 ○ de la misma arma.

Mucho tiempo antes de que llegara el cortejo fúnebre, se presentó en el Panteón la familia del Sr. Lic. Romero, compuesta de la señora Felícitas Lázcares de Romero y sus hijos Enrique y Guadalupe; Sr. Luis Rojas, Oficial primero de la Secretaria de Hacienda, y su esposa la Sra. María Avendaño de Rojas, prima hermana del finado Embajador; el Sr. D. Cástulo Romero y sus hijas las Srtas. María y Adolfina. Los demás deudos llegaron después. El Mayor del Ejército americano Roberto B. Gorsuch, acompañó á la familia.

Una elegante escalera de mármol conduce al interior de la cripta. En el muro del frente se ve la gaveta que ocupa el cuerpo de la señora Allen de Romero y en el osario de la izquierda descansan los restos de la señora Yomosa Avendaño de Romero, madre del Señor Embajador. Sobre la gaveta baja del lado izquierdo se ve la gran caja de caoba, con aplicaciones de metal dorado que sirvió de envoltura al ataud de la Sra. Allen.

Momentos antes de que llegara la comitiva, fueron colocados en el piso de la cripta cuatro grandes candelabros con blandones encendidos.

A las seis y cuarto de la tarde bajaba de su vagón especial el Señor Presidente de la República, acompañado de sus Secretarios de Estado y Ministros Plenipotenciarios.

Como había obscurecido completamente, no tuvo efecto la ceremonia que debió celebrarse en el Panteón y enterrado el cadaver, regresó á México la comitiva.

La pintura holandesa.

La pintura holandesa tiene—para nosotros los italianos—una cualidad que la hace particularmente atractiva: es de todas las del mundo la más diferente de la nuestra, la antítesis; ó por decirlo con una de aquellas frases que hacían incomodar á Leopardi, el polo opuesto del arte. La nuestra y la holandesa son las dos escuelas más originales, ó como otros dicen, las dos únicas á que conviene en rigor semejante título; no siendo las demás sino hijas ó hermanas que se les parecen más ó menos. Así es que, por lo que toca á la pintura, Holanda ofrece lo que con más afán se busca en los viajes y en los libros de viajes: la novedad.

La pintura holandesa nació con la independencia y la libertad de Holanda. Mientras las provincias del Norte y las del Sur de los Países Bajos estuvieron unidas á la monarquía española y en la fé católica, tuvieron una escuela única de pintura. Los pintores holandeses pintaban como los pintores belgas, estudiaban en Bélgica, en Alemania, en Italia; Hemskerk imitaba á Miguel Angel; Bloemaert al Correggio, y Moro al Ticiano, por no citar otros muchos; y eran imitadores pedantes que unian á la exajeración del estilo italiano cierta rudeza tudesca, de lo que resultaba una pintura bastarda, inferior todavía á la primitiva, casi infantil, rígida en el dibujo, dura en el color y enteramente desprovista de claro-oscuro, pero ajena, por lo ménos, á la imitación, que había sido como un preludio lejano del verdadero arte holandés.

Con la guerra de la Independencia, la libertad y la reforma, hasta la pintura se renueva; cae, con la tradición religiosa, la tradición artística; el desnudo, las ninfas, las vírgenes, los santos, la alegoría, la mitología, lo ideal, todo el viejo edificio se derrumba. Holanda, animada de nueva vida, necesita manifestarla y difundirla de un modo también nuevo; este pequeño país, hecho de pronto tan glorioso y formidable, siente deseos de ilustrarse; las facultades vigorizadas y excitadas en la gran empresa de crear una patria, un mundo real, se transforman, cumplida la empresa, y crean un mundo imaginario; las condiciones del país son favorables á la resurrección del arte; los peligros supremos están conjurados; hay seguridad, tranquilidad y un brillante porvenir; los héroes han cumplido con su deber, pueden pasar adelante los artistas; Holanda, tras sacrificios y desgracias tantas, habiendo salido vencedora en la lucha, alza la cabeza en medio de los pueblos, y sonríe; aquella sonrisa es el arte.

Cuál debia ser aquel arte, bien podria adivinarse aunque no hubiera quedado ningun monumento. Un pueblo pacífico, trabajador, práctico, traido contínuamente—como dice un gran poeta alemán—á la prosaica realidad por las ocupaciones de una vida vulgar; que cultiva su razón á expensas de su imaginación: que vive, por consiguiente, más de ideas claras que de bellas imágenes; que huye de las abstracciones; que no se lanza con el pensamiento más allá de la Naturaleza, con la que está en perpétua lucha; que no ve sino lo que existe; que no goza más que lo que posee; que cifra su felicidad en la quietud cómoda y honestamente sensual de una vida sin pasiones violentas y sin deseos vehementes, este pueblo debía también sentir tranquilamente el arte; amar un arte tranquilo, preciso, exquisitamente material como su vida: el arte en una palabra, realista, en el que pudiera mirarse y verse, tal como era, y estaba contento de ser.

Los artistas comenzaron por pintar lo que tenian más á la vista: la casa. Los largos inviernos, las contínuas lluvias, la humedad, la variación perpetua del tiempo, obligan al holandés á estar gran parte del año y del día en su casa. A esta casa pequeña, á este rincón, lo ama bastante más que nosotros, justamente porque lo necesita más y vive más en él, lo provee de todas las comodidades, lo cuida y le gusta ver, detrás de las ventanas bien cerradas, la nieve que cae y el agua que diluvia, y decir:—Enfurécete, temporal, estoy caliente y en seguridad.—En este su rincón, junto á su buena chimenea, en medio de sus hijos, pasa las largas veladas del otoño y del invierno, comiendo mucho, bebiendo mucho, fumando mucho y olvidando entre modestos goces, los cuidados del día. Los pintores holandeses retratan esta casa y esta vida en cuadritos proporcionados á las pequeñas paredes en que han de estar colgados: las alcobas, que hacen sentir el placer del descanso, las cocinas, las mesas puestas, las facciones frescas y risueñas de las madres de familia, los hombres en torno del hogar; y como concienzudos realistas que nada olvidan, añaden: el gato que dormita, el perro que vela, la gallina que picotea, la escoba, las legumbres, los pollos desplumados. Esta vida la retratan en todas las clases de la sociedad y en todas sus escenas: la conversación, el baile, las orgías, los juegos, las fiestas; y así se hacen famosos los Terbug, los Metuz, los Netscher, los Dov; los Mieris, los Steen, los Brouwer, los Van Ostade.

Después de la casa, pasan al campo. El clima enemigo no concede sino muy breve tiempo para admirar la Naturaleza; por eso mismo los holandeses la admiran mejor: saludan á la primavera con alegría más viva, y aquella fugitiva sonrisa del cielo, se graba más profundamente en su fantasía. El país no es bello; pero es doblemente querido, porque fué arrancado al mar y á los extranjeros; lo retratan con delicia; crean el paisaje sencillo, ingénuo, lleno de un sentimiento íntimo que no tienen en aquel tiempo los paisajistas italianos ni los belgas. Su país, llano y monótono, presenta á sus atentos ojos una variedad maravillosa. Aprovechan todas las variaciones del cielo; se sirven del agua la hay donde quiera—que refleja, da gracia y frescura y lo ilumina todo; no tienen montañas, ponen en el fondo de sus cuadros las dunas; no tienen bosques, pero ven y hacen ver los misterios de un bosque en un grupo de árboles, y animan todo esto con sus bellísimos animales y con sus velas. El asunto de un cuadro suyo es bien pobre: un molino de viento, un canal y un cielo gris; ¡pero en cuántas cosas hace pensar! Algunos de ellos, no satisfechos de aquella Naturaleza, vienen á buscar á Italia las colinas, los cielos resplandecientes y las ruinas ilustres; y brota una cohorte de artistas escogidos, como Both, Swanevelt, Pynacker, Breemberg, Van Laer y Asselyn; pero la palma pertenece á los paisajistas holandeses, á Wynants, el pintor de la mañana; á Vander Neer, el pintor de la noche; á Ruysdael, el pintor de la melancolía; á Hobbema, el pintor de los molinos, de las cabañas y de las huertas, y á otros que se limitaron á manifestar el encanto de su modesta naturaleza.

A la vez que el paisaje, nace otro género de pintura, enteramente propio de Holanda: la pintura de los animales. Los animales son la riqueza del país; y sobre todo, aquella magnífica raza bovina, que no tiene rival en Europa por su fecundidad y por su belleza. Los holandeses, que tanto la deben, puede decirse que la tratan como á parte de la población; quieren á sus animales, los lavan, los peinan, los visten. Se ven en todas partes, se miran en todos los canales; embellecen el país pintando de innumerables manchas negras y blancos los inmensos prados; dan á todos los sitios un aire de paz y de bienestar que hace brotar en el corazón no sé qué sentimientos de arcádica dulzura y de serenidad patriarcal. Los artistas holandeses estudian á todos estos animales en todas sus variedades y en todas sus costumbres; adivinan, por decirlo así, su vida íntima, sus sentimientos, y vivifican con ellos la tranquila belleza de sus paisajes. Rubens, Snyders, Pablo de Voz y otros muchos pintores belgas, habían retratado animales con admirable maestría; pero todos han sido superados por los holandeses Van de Velde, Berghem, Karel du Jardin, y por el príncipe de los pintores de animales, Pablo Potter, cuyo famoso *Toro*, del Museo de La Haya, debía tener el honor de estar colocodo en el Palacio del Louvre, frente á la Transfiguración de Rafael.

En otro ramo de pintura tenían que descollar los holandeses: en la marina. El mar, su enemigo, su poder y su gloria, que está sobre su patria, que la atormenta y la teme, y entra por mil partes y de mil maneras en su vida; aquel mar del Norte, turbulento, lleno de sombríos colores, iluminado por puestas del sol de una tristeza infinita, que azota una ribera desolada, tenía que subyugar la imaginación de los artistas holandeses. En efecto, éstos pasan largas horas en la playa contemplando su tremenda belleza; se aventuran entre las olas para estudiar la tempestad; compran buques y navegan con sus familias, observando y pintando; siguen á las escuadras nacionales en las guerras y asisten á las batallas, y así tienen pintores de marinas, como Guillermo Van de Velde, el viejo, y Guillermo, el jóven; Backuisen, Dtbbels, Stork.

EDMUNDO DE AMICIS.

Compañía de Opera del Nacional.

SRA. BLANCA BARDUCCI.

(Véase «*La Semana*»)

UN NUEVO FERROCARRIL EN ALEMANIA.

Barmen y Elberfeld son dos ciudades alemanas de importancia que tienen grandes relaciones industriales. El tranvía eléctrico que las une ha llegado á ser insuficiente para comunicarlas, haciéndose necesario establecer nuevas vías.

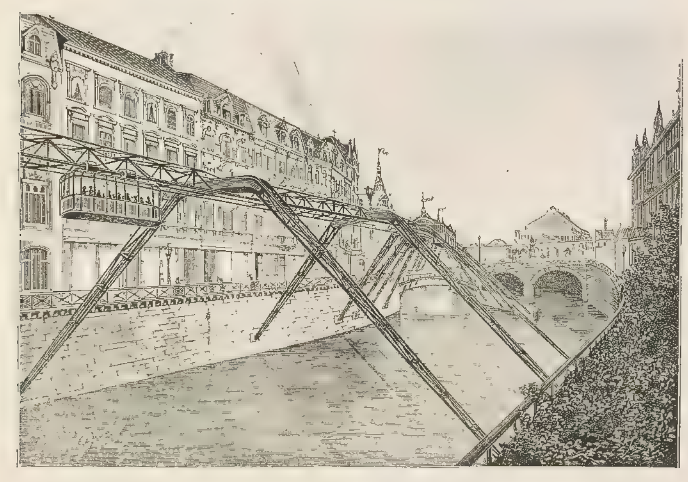
En primer lugar proyectóse un ferrocarril de vía aérea, análogo al que la Sociedad Siemens y Halske construye en Berlín, procediéndose desde luego á sentar los soportes en el lecho del río, pero el proyecto era inaceptable porque la construcción no había sido suficientemente sólida.

Langen propuso últimamente una especie de vía suspendida, tal como la representa nuestro grabado; aceptada la idea, ya están ejecutándose los trabajos.

La estructura de este ferrocarril está constituida por una serie de armazones metálicos que se colocarán en las orillas del río, y en el sentido longitudinal un poste establecerá la unión entre los diversos soportes.

El medio de tracción será eléctrico, suspendiéndose los coches de un riel. Hay precauciones para que no caigan dichos coches en caso de accidente.

Cada vehículo contendrá de 50 á 60 personas y la velocidad con que caminará será de 25 kilómetros por hora.

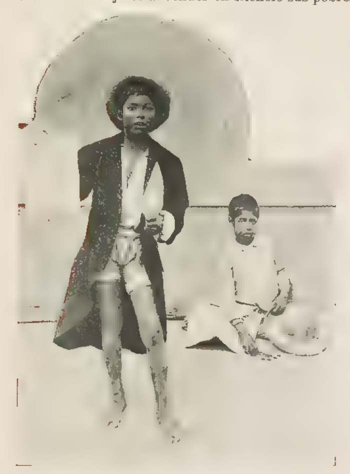


UN NUEVO FERROCARRIL EN ALEMANIA.

LOS GRITOS DE MEXICO.

Decía Remy de Gourmont en una de sus recientes crónicas apropósito de los *Gritos de París:*

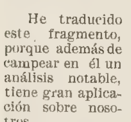
»De algún tiempo á esta parte se ha hablado de una pretensión del Prefecto de policía: quería suprimir éste los tradicionales *Gritos de París* y forzar á los comerciantes callejeros á vender en silencio sus pobres



EL IMPARCIAL Y EL COMICO, JEFECITO.

mercancías. Esto constituiría un feo y mezquino atentado á la libertad, pero es imposible. Yo he observado mucho esos gritos que se lanzan abundantemente bajo mis ventanas, y estoy persuadido de que son ya puramente fisiológicos, y tan invencibles como los gritos de los animales. Vendiendo siempre la misma cosa, el comerciante ó su mujer, lanzan siempre el mismo grito y cada suerte de mercancía requiere un grito siempre idéntico. El tono no cambia más que las palabras, y las palabras suelen ser tan indistintas que tal ó cual grito después de dos años de oirlo ha permanecido para mí in-analizable. Muchas de esas melopeas se remontan á muchos siglos; se las ha anotado desde el siglo XIII, y es aún el mismo pájaro y es la misma canción. Ciertas frases, muy musicales, son lindas; algunas, acordadas al tono popular, mueren bruscamente en una disonancia; otras, se cortan por algunas palabras de recitado. Esta música de las calles tiene su ligero interés; es una derivación un poco grosera pero pintoresca; los fonetistas podrían hacer apropósito de ella curiosas observaciones sobre la vocalización de las consonantes: así la *erre* se transforma en *eu;* séries enteras de articulaciones son reemplazadas por vocales aspiradas y se percibe que la consonante no es absolutamente indispensable al lenguaje humano, á condición de que las frases se pronuncien en un tono musical como en ciertas lenguas salvajes.»

HELAOOOS!!!....



He traducido este fragmento, porque además de campear en él un análisis notable, tiene gran aplicación sobre nosotros.

Nuestros gritos, *los gritos de Mexico* son también, en su mayor parte, tradicionales.—los hay que se remontan al siglo azteca, indistintos al grado de no diferenciarse sino por la entonación de la voz, y *melopégicos*, valga el calificativo, en sumo grado.

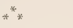
De tal suerte la letra se ha infundido y envuelto en la tonada, que constituye como un sutilísimo esqueleto de ésta al principio y después se esfuma, se pierde, se ahoga en la prolongada y querellosa inflexión final.

No sé por qué, mas yo encuentro que esos gritos encierran un gran simbolismo, que algunos caracterizan por completo á una casta...... Todos ellos, por lo demás, constituyen para mí el lenguaje, la voz de una ciudad, que se despierta cantando alegremente y que cantando tristemente se duerme. ....

Ensayaré analizar cada una de esas voces de México y después hablaré de ciertos fraseos callejeros que hoy por hoy constituyen todavía un grito, que son únicamente un tiple.... pero que de seguro se transformará con el tiempo. Y haré de paso esta observación: la música se perpetúa más que la palabra; pasa sin sensible alteración de oído en oído á través de los tiempos; yo escuché en mi infancia el grito de guerra de los indios atletas del Nayarit, cuando las hordas de Lozada invadían mi ciudad natal, pacificada hasta el año de ochenta, y recuerdo que mi abuela me refería haber oído ese grito, idéntico, en los albores de las luchas por nuestra Independencia....

Mientras que no podemos reconstruir los versos de Homero; que algunos de los de Virgilio se consideran apócrifos y que aún en otros más modernos hay mucho que desear respecto á la autenticidad, el canto llano que sirvió para los cultos de Eleusis ha sido reconstruido y subsisten aún antiquísimas melodías. Entre los salvajes, quién dice que no repercute aún idéntico el grito prehistórico ó el ahullido del hombre de las cavernas ante los grandes cataclismos de la creación, ante las agresiones formidables de las hordas, ante los ataques tremendos de las colosales bestias.

Pero enumeremos y analicemos.



Cuando México se espereza próximo á despertarse, y en la atmósfera llena de tintas imprecisas se adivinan ya los primeros rosas del alba, hiriendo al silencio con una inflexión aguda, se oye este grito:

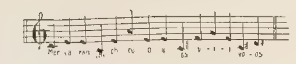
LAS JALETINAS.

Se inicia en el registro alto y termina con una nota aguda, sin persistencia, sin calderón, como cortada á pico.

El pueblo oye probablemente con placer ese grito: es una nota del matinal concierto que le saluda al despertarse. Mas el trasnochador escúchalo con tristeza, para él ese grito es como un remordimiento, llega á su oído en esas horas tristes que siguen al despertar de una fiesta bulliciosa. Hace frío; el cerebro está lleno de sombras, el organismo quebrantado por el exceso; arden las pupilas sedientas de sueño: la sed atormenta el estómago; una infinita tristeza, tan densa que se cree palparla, se cierne sobre el espíritu .

Y rasgando el silencio de la mañana, con su gran bandeja de madera llena de vasitos de vidrio multicolores en que la gelatina tiembla coronada por una almendra, el vendedor ambulante continúa gritando:

—*Las jaletinas*....



Yo creo que este es uno de nuestros gritos prehistóricos y presumo que en los *tianguis* de la vieja Tenochtitlán era ya emitido por la garganta de las indias vendedoras......

Es hoy tan triste como entonces? Ah! no! pláceme pensar que después de la conquista tomó esas inflexiones querellosas en que parece que una raza entera,

BOTELLAS....QUE VEENDAAN....

una raza muerta, se lamenta humildemente de su miseria y de su desolación: paréceme un grito saturado de lágrimas.... La india que trota por las calles con su haz de avecillas en la diestra, detiénese en los zaguanes y escala su querella.... y el eco de aquella voz sube, sube, suplicante, desgarrador, hasta que lo ahogan los mil rumores de la ciudad.... .

Oh! ese pobre animalillo de mirada de paloma y plumaje de zenzontle, ese pobre pajarillo de las lagunas, tímido, medroso, inofensivo, no es acaso el mejor emblema para el indio que lo vende? no simboliza acaso á la triste raza que fué águila y cayó y cae aún empequeñeciéndose siempre, siempre humillándose, tímida también y también medrosa é inofensiva?

De todos los gritos de México, el apuntado aquí es el más doloroso: es un sollozo en medio de muchas risas; cantan los otros, este se plañe, este gime. se plañe y gime como un dulce reproche jamás escuchado....

CASTAÑAS ASADAS.

Cuando llega el otoño con todas sus austeras solemnidades, y el cielo estrena azul, y las hojas amarillentas yacen al pié del árbol *como un enjambre de mariposas muertas* y la tierra está melancólica, *como la augusta melancolía de una madre,* surge ese grito exclusivamente invernal, un grito atiplado, breve y monótono que infunde no sé qué vagas tristezas, no sé que sutiles tristezas. ....

El estudiante se estremece al oírlo; es el grito que precede siempre á la huelga anual; para él quiere decir: *vacaciones!* y, por su parte, esta palabra *vacaciones* quiere decir tantas cosas....

Quiere decir villorrio, el tranquilo villorrio acariciado por todos los suspiros perfumados del viento, rodeado por la azul cadena de las montañas familiares; quiere decir excursiones campestres, á la vera del río cristalino, *camino que anda,* según la vieja frase de Pascal; quiere decir *besos:* besos maternales suaves y lentos como una caricia de crepúsculo; besos de novia furtivos y medrosos, frescos y aromados....

Oh! bendita voz callejera que llega al oído del estudioso muchacho que bebe desesperadamente café frente al libro, con inflexiones infinitamente acariciadoras......

Para el estudiante metropolitano ese grito connota mucho también: bulevar á discreción, tandas hasta ponerse ahito, salón Bach.... etcétera.

Y sobre todo, proscripción de las madrugadas. No más, en tres meses, verán sus ojos surgir al sol como una gran rodela de fuego tras la masa azul del monte.... .

Suprema fruición de levantarse tarde....

ROPA USADA QUE VENDAN.

Y el castañero pasea su rostro indiferente y atezado bajo las alas de su sombrero de palma, y su pequeño saco de frutas al hombro modulando el

Castañas asaaas .

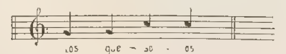
en que la *de* se pierde, se desvenece blandamente...

LOS QUESOOS!

Pasa, trotando ritmícamente, un indio de edad indefinida.

Lleva á cuestas un gran *huacal* en que se ven almacenados, huevos pseudo-frescos, algunas veces en amable compañía con la gallina que los ha puesto, trastos de barro, absolutamente rudimentarios, y dos ó tres pirámides de quesos frescos, tan frescos algunas veces que han criado ya una corteza, amarillenta primero, grisácea después, merced al *polvo del camino*. . .

En la siniestra, descansando la base sobre la palma de la mano, lleva el vendedor un cilindro formado de piezas menores: quesitos frescos de á medio, de á real.... hasta de á real y medio.



Es este uno de los gritos de la mañana....al atardecer el quesero se ha ido. ¿A dónde? A donde van todos esos mercaderes ambulantes que invaden la ciudad cuando amanece, llovidos de todos los pueblecillos del Distrito, y que, por la noche en algún lejano jacal cuentan los productos de su venta á la luz parpadeante de una vela de sebo, sobre el *cacaxtli* invertido que lo mismo es asiento que mesa y altar. y cuna!

SEISCIENTOS PESOS PARA LUEGO.

ROPA USADA QUE VENDAN....

Hasta el QUE, la voz juega en el registro agudo .. luego el vocablo VENDAN, se despeña, se desploma, se hunde hasta el abismo de un *sí* ó un *dó*, dignos de un bajo profundo......

Arriba, en la vecindad, *las niñas de la casa* hacen labor, barren, planchan, sacuden; mas al oír el grito dejan el quehacer y van en pos de los desechos de indumentaria del hermano. Un sombrero de copa que tuvo la honra de ser aplastado y carrujado como un acordeón bajo las gentiles y rotundas posaderas de alguna señorita en baile de suscrición, efectuado la última noche buena; un macferlan que finge murciélago viejo prendido al clavijero en un rincón; unos pantalones que ya sufrieron la prueba *in extremis* de una *volteadita* y cuyos bajos se comió el implacable barro de las calles......

No es una venta la que hace generalmente el ropavejero: sobre su antebrazo derecho reposan algunas viejas prendas de casimir; sobre su cabeza, sirviéndoles de apoyo el cono del sombrero de palma, se superponen de menor á mayor tres ó cuatro fieltros y alguna chistera erizada de rubor, pero de su antebrazo izquierdo cuelga una canasta repleta de loza de inferior calidad, de cristalería corriente, de salavera ó de pseudo-porcelana.

Y las niñas de la casa y el comerciante entran en parlamento.

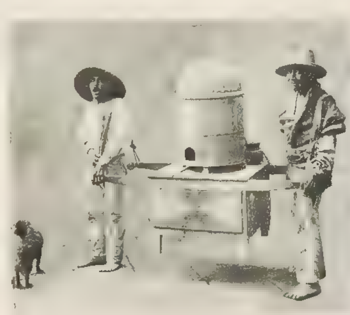
—Mire, niña, qué bonito par de porcelanas para dulces: son finas y están floreadas y se las doy por el pantalón ese......

La lucha es reñida.

A ladino, ladino y medio, y ladinas son por cierto las muchachas que se han propuesto completar su vajilla de piezas de todos los colores.

El trato se cierra por fín y el ropavejero con algunas prendas de ropa más y álgunos trastos menos, prosigue su camino lanzando en todos los zaguanes su melopea ascendente y descendente.

Ropa usada que vendan.



CAABEZAS . CAALIENTES.... DE HORNO.

* * *

Un viejo cilindro de hoja de lata, pintarrajeado de chillantes colores. Sobre la base superior de ese cilindro un cuadrante con números que varían del uno al treinta y dos, con una aguja loca muy rudimentaria en el centro. En el hueco del cilindro los barquillos, bien amados de los muchachos golosos.

Mediante un centavo se mueve la aguja.

Supongamos que marca el tres, el barquillero da tres barquillos por un centavo.

Supongamos que marca el uno: el barquillero sonríe y da un barquillo.

Supongamos que marca el seis, el barquillero deja ver un gesto de vinagre y da seis barquillos.

Supongamos por último que marca quince la aguja. El barquillero emprende con el comprador una polémica y demuestra que la aguja no ha apuntado tal número.

Sea cual fuere el resultado de la polémica, el vendedor no pagará los quince barquillos. Se dejaría desollar primero....

Y así anda el oficio.

El barquillero suele anunciarse con este grito:

Aquí están los barquillos.

Pero generalmente va precedido de una guitarra ó de una arpa vieja, que vibra en el patio de la casa con ingénuas vibraciones.

El barquillero canta, con acompañamiento de la guitarra ó de la arpa.

Y no sólo canta sino que improvisa.

Regularmente sus canciones son barcarolas cuya oportunidad es muy discutible; pero acontece que una de las niñas de la casa que se ha asomado al corredor, arroja al barquillero un presente más ó menos cuantioso....Entonces el barquillero pregunta el nombre de la donante. Llámase ésta, pongamos por caso, María, y el cantorcillo sale poco más ó menos en estos términos:

LA FRUTA.

Que Dios le mande alegría
y buena suerte y dinero,
mi niña doña María,
pues protegió al barquillero.

Pero esto es excepcional: lo común es la canción añeja y entre éstas la barcarola:

Vente á mi barca niña,
Que si en mi barca estás,
Remaremos, remaremos,
Y no habrá tempestad.

Y después de un epílogo bien bordoneado en la guitarra, el barquillero se aleja sonando los centavos......

PAPEL INGLES PARA CARTAS, 40 PLIEGOS POR 10 CENTAVOS. .

Un recitado monótono, recitado de barítono que se desuelve también en las notas bajas.

Eminentemente callejero, surge en todas partes al encuentro del fuereño, con su tiplecillo monótono, infinitamente monótono....Su hora predilecta es el medio día, cuando el sol flamea en el asfalto bituminoso y reblandecido.

Y no se por qué me recuerda las cigarras, las viejas cigarras, entonando su eterno estribillo en la soledad de la llanada, cuando es el medio día y caldea el sol las sementeras con su beso de fuego.....

A ese recitado responde otro con la misma entonación, á la misma hora y entre el abejeo de las muchedumbres que se desbordan por la amplia calle del Empedradillo y por el inmenso rectángulo de la Plaza de la Constitución.

PAPEL INGLES PARA CARTAS.
CUARENTA PLIEGOS POR DIEZ CENTAVOS.

CEPILLOS QUE DONDE QUIERA VALEN 4 REALES, AQUÍ 2 REALES.......

Aquél y éste son gritos gemelos, la variante es casi imperceptible, al grado que á distancia, permaneciendo sólo la inflexión y desvaneciéndose la letra fácilmente se les confundiría.

El cepillero lleva generalmente una cestilla repleta de cepillos *de bola*, hirsutos y morenos.

Jamás he visto comprar uno, mas debe ser lucrativo el comercio puesto que el grito persiste, persiste con su monotonía llena de modorro, cuando el sol arroja bocanadas de lumbre sobre el asfalto bituminoso y reblandecido...

LA FRUTA

Un sonido gutural, que parece surgir en los albores del lenguaje humano.

Pasa el vendedor erguido bajo su gran batea en que se apiñan multicolores las *granaditas de china*, los *plátanos manzanos*, maculados de negro, *los chicos* de piel granujienta y áspera y de pulpa jugosa, las rubias naranjas y el mamey de carne roja y fresca y aguanosa como los labios jóvenes.

Pocos hay que tengan nociones tan altas del equilibrio como el frutero. Se permite el lujo de ladear la cabeza con cierto ademán de coquetería femenil. Recoje una pieza que se ha caído; salva los umbrales de los zaguanes con ágil movimiento....y la batea incólume, sigue mostrando en su cabeza la pirámide de fruta.

Se diría que la cabeza y la batea están unidas de un modo extraño; que en aquella cabeza ayuna de ideas es donde han fuctrificado las naranjas y los plátanos....

La fruta.

CASA DE LA SRITA. MARIA LUISA BECERRA, EN LA RIBERA DE SAN COSME.

Y corean este grito las voces argentinas de los chicuelos que descienden á las volandas de las escaleras.

***

Ah! no todos son gritos.

Estos para formarse han pasado por una gran escala fonética.

Partieron del recitado para llegar á la melopeya y de la melopeya al *aria*, valga la palabra.

Pero muchos fermentos de gritos futuros hay aún que murmuran por esas calles de Dios.

Tímidos recitados, frases breves, notas discretas que se pierden en la balumba metropolitana:

Zapatos que remendar.—Tiplecillo de barrio, obscuro y humilde.

Aquí está el queso de tuna!

Centavos de queso de tuna....un recitado que pronto será melopeya!

Monitos que se paran solos....pregón de calle céntrica, no musical aún.

Gusanos para pegar chascos, voz de bulevar, insinuante y leve....

Seiscientos pesos para luego.

Mi jefecito los diez mil para mañana.

Y la ciudad continúa su vida de fiebre toda extremecida de estas voces, de estas innumerables voces, hasta que en el ara de los cielos se enciende la primer estrella y cae ondulante y amplia la sombra y los rumores van apagándose, apagándose como el *run run* de un inmenso mónstruo que se duerme.

DEMETRYOS.

MEXICO MODERNO.

LEGACION BRITANICA.—ESQUINA DE NONOALCO Y SAN COSME.

La pérdida del "Bourgogne"

La Corte del Almirantazgo pronunció su fallo el 11 del corriente, declarando que los oficiales del vapor correo francés la *Bourgogne*, de la Compañía general trasatlántica, fueron los únicos responsables de la colisión ocurrida entre este navío y el vapor *Cromartyshire*, el 4 de Julio del año próximo pasado, cerca de la Isla de Sable.

En la sentencia, declara el Tribunal haberse comprobado que el «*Bourgogne*» navegaba con una velocidad excesiva y peligrosísima en todo caso, sabre todo en tiempo brumoso como el en que aconteció el siniestro. Se comprobó además que todas ó la mayor parte de las compuertas para escape del agua estaban cerradas, lo que hizo tan rápida la submersión delbuque.

La tripulación del «*Cromartyshire*» probó por su parte que hizo cuantos esfuerzos le fueron posibles para socorrer al buque averiado.

Como ya se sabe, la proa del «*Cromartyshire*» hundió el casco del «*Bourgogne*» por estribor y destruyó los botes pendientes por ese lado, hacia el cual se inclinó naturalmente el buque antes de hundirse, y por esta razón no fué posible botar á la mar las chalupas por babor.

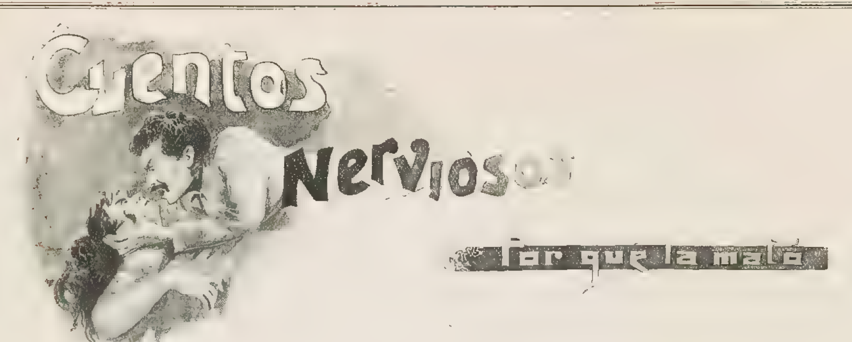
Concluye la sentencia disponiendo que la Compañía Trasatlántica indemnice á la Compañía propietaria del *Cromartyshire* por los perjuicios causados durante el proceso.

El importe de esta indemnización será fijado por dos peritos, uno por cada parte y un tercero que la Corte nombrará en caso de discordia.

CASA DEL SR. GRAL. COUTOLENNE.—RIBERA DE SAN COSME.

EL PRIMOGENITO.

Cuadro de F. Lancelotto. — Fotograbado en los talleres de EL MUNDO.



Y fijando en ella sus grandes pupilas de felino, aquel impasible, que parecía haber absorbido los desalientos de muchas generaciones, tuvo un gesto trágico. Sus labios temblaron un momento, convulsivamente, y por su frente cruzó una sombra siniestra.

Luego, sacudiendo con energía la cabeza:

—¡Te mataría! dijo, y su voz resonó con estridencias metálicas.

Ella lo miró asombrada, y, cosa rara, anormal, inconcebible; por primera vez lo encontraba hermoso. Aquel hombrecillo vacilante. de color terroso, mirada como perdida en un sueño lejano, aquel sér débil, asido á la vida por un hilo invisible, de quien la juventud había huído antes de tiempo; aquel triste compañero que alumbraba ténuamente su existencia de ansiosa de todos los grandes cuadros de luz, de todas las ráfagas que pasaban, de todas las palpitaciones y de todos los frenesíes, se le alzaba ahora transfigurado por el dolor, engrandecido por la ira, inflamado por la pasión.

Y con un ademán de soberbia rebeldía, aquel vencido se irguió bruscamente y á sus ojos se asomó el reflejo de una voluntad inquebrantable.

Ah! era tierno y terrible á la vez el espectáctáculo de aquel eterno martirizado, presa de una inextinguible angustia, que bebía amargamente la vida, frente á una crisis suprema, retorciendo su pobre cuerpo en un espasmo nervioso, extendiendo sus manecillas trémulas, mientras que por su faz cadavérica, fatigada é indecisa, surcaba un salvaje deseo de acudir al obstáculo y eliminarlo fríamente. sin compasión, sin misericordia!....

Y toda su existencia acudió á su memoria, toda una vida gastada estérilmente al lado de aquel hombre taciturno y dulce, al mismo tiempo, sonámbulo del amor, perseguido por extrañas inquietudes, envuelto en impalpables sombras, con una vaguedad nostálgica en las horas de más completo abandono, con una huella indeleble de sufrimiento, con una tortura reiterada, contínua, *morbo* que se agitaba en su espíritu de ave inquieta.

¿Cómo había unido su juventud triunfal y osada á aquella vida temblorosa y frágil? ¿Cómo el rayo de sol se dejó ganar por la niebla? Lo recordaba bien ahora. Fué al principio un capricho pueril, una fantasía baladí; un diletantismo malsano, mezcla de curiosidad, de temor, de ironía, ¿quién sabe? algo que se escapó más tarde á su análisis, fino é incisivo.

¿No había, cuando niña, torturado á los pájaros? ¿No había sentido un placer punzante y exquisito al desgarrar el corazón de su primer enamorado? ¿Por qué?.... ¡Ah! Es muy hermoso el camino cuando el sol esparce á bocanadas su roja sangre por las arterias del universo y en las ramas de los arbustos ha prendido guirnaldas la primavera que pasa; es muy hermoso avanzar entonces arrullada por todas las canciones que han recogido, bajo sus arcadas, las frondas; acariciada por todas las promesas y los juramentos que el aire arrastró en su ala, buscar esos mil ojillos invisibles que os contemplan, ir adelante, con la boca sedienta de todos los besos y el alma ansiosa de todas las sensaciones. Y adelante siempre! siempre adelante! Espíritu jamás repleto, deseo nunca colmado, ansia infinita!......

Vivir todas las vidas, amar todos los amores, gozar todos los goces, palpitar en todos los gérmenes de la eterna, inacabable existencia, panteismo inconsciente, en los comienzos, ansia delirante, después, que agitaba su buena dicha de vivir, para derrochar la vida, hacerla correr locamente, porque ¿acaso valdría la pena, de otro modo, de ser vida?

Ser amada es tener constantemente un ser en adoración, un esclavo á quien dar de latigazos, sin pensamiento, sin Dios, extático, mudo, inmóvil, con los brazos tendidos en actitud de súplica, sin una protesta, sin una rebeldía!

Y cuando el *Holandés-Errante* ahora recordaba cómo le había ella llamado al conocerlo —se cruzó en su camino, aquella incorregible curiosa se sintió atraída por el picante atractivo de estudiar aquella alma, que—decía ella—tenía algo de *luz de luna*.

¡Pobre hombrecillo de rostro asustado y tímido, movimientos torpes y ojos apagados! ¡Qué fácilmente fué arrastrado por la caudalosa corriente! Cómo cobijó sus tristezas bajo el manto flordelisado de aquella soberana! ¡Pájaro que se retrata en el lago, insecto que hace brillar el sol, gota de rocío disuelta en el pétalo de una rosa!

Y después......cuando, la víspera de la boda, una observadora—¿sería acaso un observador?—la preguntaba: ¿Pero le quieres?

—Ah! ¿qué importa? dijo ella. Si él me quiere. ¿Amar?....¿no valía más ser amada?

Y fué amada, tristemente, tímidamente, sin explosiones, sin gritos de pasión, sin entusiasmos, amada por un esclavo éxtático, mudo, inmóvil, á quien ella marcaba con cicatrices.

¿Cuánto tiempo duró aquél drama silencioso y taciturno? Meses....años....¡qué sabía ella! Lo que sí sabía es que una mañana, frente á aquel hombre inquieto y sobrecogido, lanzó brutalmente esta provocación:

¿Y si te engañase? . .

¡Te mataría! contestó él; y después de un corto silencio se alejó lentamente.

¡Matarla! Ah! Entonces sí lo amaría ella, lo adoraría de rodillas, su última mirada sería para él, su postrera palabra su nombre!...... Y la atracción del abismo se apoderó de ella, una atracción contra la que es vano luchar, un vértigo de sentir una sensación exquisita, incomparable, más fuerte que la misma muerte!

¡Matarla! ¡mataria! Y bien, ¡sí! Por experimentar una vez el deleite supremo de sentirse amada de tal suerte, iría resueltamente al peligro, con la loca alegría que acude á la primera cita de amor, como la que espera al amante soñado.

¿Cómo fué? Cínicamente, sin preeliminares, sin titubeos, se dejó caer en el fondo de la falta....de la falta que iba á redimirla para el amor.

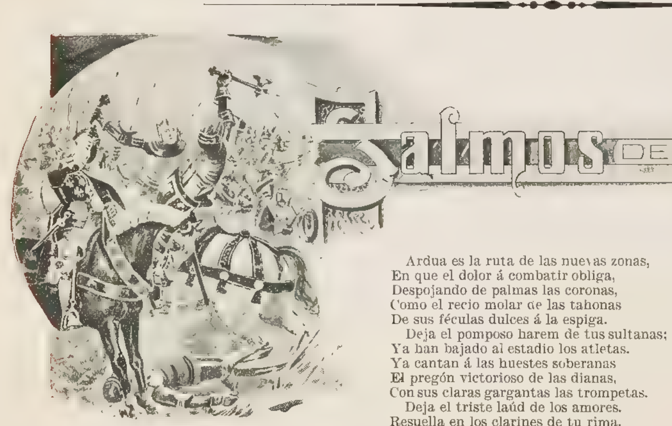
Y esperó, palpitante, ansiosa, poseída de un goce que cantaba en su ser un himno, esperó el momento supremo, cuando, después de haber trazado con temblorosa mano las dos líneas de un anónimo, vió abrirse aquella puerta y el relámpago de un disparo.

Después, la sensación de que se le iba la vida, y como una visión ya casi lejana la pálida cabeza de un hombre que fijaba en ella sus grandes ojos de felino.

Y cogiendo aquella cabeza entre sus manos—con un esfuerzo supremo—la besó febrilmente.

—¡Ah! Te adoro!......murmuró como en un éxtasis.

Carlos Díaz Dufóo



Escuchas? Mientras lloras y suspiras,
Enardecen los bravos acicates
Al palafrén de generosas iras,
Y triunfa en las estrofas y las liras
La épica militar de los combates.

Ardua es la ruta de las nuevas zonas,
En que el dolor á combatir obliga,
Despojando de palmas las coronas,
Como el recio molar de las tahonas
De sus féculas dulces á la espiga.
Deja el pomposo harem de tus sultanas;
Ya han bajado al estadio los atletas.
Ya cantan á las huestes soberanas
El pregón victorioso de las dianas,
Con sus claras gargantas las trompetas.
Deja el triste laúd de los amores.
Resuella en los clarines de tu rima.
Yo estoy en el tropel de luchadores:
La corona que ciño no es de flores,
Es de zarza de Horeb. Quema y lastima!
Hay un timbal de Momo en cada empresa
Y una cola de lobo en cada hazaña,
Si el abismo á tu paso se atraviesa,
Como los nobles pájaros de presa
Guarda intacto el honor de tu montaña.
Ven! El combate purifica al fuerte,
La espuma nace del furor de la onda,
Si el alevoso error tu sangre vierte,
Canta el aria del triunfo ante la muerte
Como el grupo inmortal de la Gironda.
Alzate como enhiesto centinela
Sobre la noche hostil, ante los odios.
Alzate y calza en el talón la espuela,
Ya está pronta la heroica escarapela
Que premia los gallardos episodios.
Ya el bardo de las tristes serenatas
Ofrece al triunfo su clarín sonoro,
Y en los pendones de las luchas gratas,
Flamean agresivos escarlatas
Donde embravece el Sol cóleras de oro.

LEOPOLDO LUGONES.

CUENTOS DEL MANICOMIO.

WALPURGIS (?)

Ya sé que nadie va á darme crédito, pero yo necesito contarlo. Y es cierto. ¡Ojalá que no lo fuera!

Seis meses han transcurrido; los he contado minuto por minuto. Es decir, estoy en la mitad de la vida que entonces se me marcó, de esa vida patológica, dolorosa, siniestra, que llevo desde aquella noche.

Yo no era supersticioso, pero, —¡si lo que engendra siempre las supersticiones es eso: las coincidencias!

Aquellos buenos muchachos hablaron durante toda la velada de evocaciones de espíritus, de muertos, de aparecidos, de blancos sudarios empapados en la fría luz de la luna, de luces fosfóricas—miradas de esqueletos—circundadas por la noche,

Y entre bostezo y bostezo, me tragaba mucha risa, la que me causaba su imbécil credulidad.

Quince años antes hubiera necesitado de mi abuelita cerca de mi lecho, todos los temores habrían comprimido mi espíritu, todos los miedos habrían estremecido mi cuerpo. Hubiera tenido gran horror á ver en la obscuridad, á entrar en el silencio. En una pieza obscura y callada, allí estaba, para mí, la muerte.

¿Por qué recordé esos miedos míos, de cuando era niño?

Salí de la casa de los crédulos muchachos.

Sentí calosfríos.

Como algún inexperto imberbe que comienza á dudar, y desafía con ofensas al que está á punto de dejar de ser su Dios, para que le muestre su existencia con un castigo, yo reté á los muertos.

. . . .

¿Quién podía haber encendido la lámpara rosa de mi antesala?

¡Abiertas las puertas! á esa hora nadie podía esperarme: Andrés nada me había dicho.

¿A qué intentar describir lo que sentí; fué el miedo. Cualquiera lo sabe. ¿Quién no ha tenido miedo alguna vez?

Eso sí, los valientes son los que lo disimulan mejor.

Entré.

Estaban en dos sillones, el uno junto del otro, silenciosos, inmóviles, yacentes, correctamente desnudos, como muertos, como muertos muy antiguos, coejemplares de museo, el hueso al desnudo, y lavado, limpio, reluciente.

La luz de la lámpara que rodaba por sus cuerpos, los coloreaba fantásticamente.

Quise engañarme; quise hacerme creer que en mis labios se pintaba una sonrisa de valeroso desdén..... ¡y me acerqué -¡pueril!—con la intención de tocar el fantasma, y desvanecer mi ilusión.

No tuve tiempo.

Los dos se levantaron, maquinales, automáticos, muñecos. Y me tendieron las diestras manos de huesos sin un átomo de carne.

Nadie ha experimentado esa sensación; estoy seguro.

Ni será fácil la experiencia. Se necesitaría un esqueleto galvanizado, que estrechase fuertemente la mano que se le tendiera.

También la muerte es contagiosa.

Sentí circular por mis venas la paralización de la sangre.

Con sus miradas me ataron las manos; una fuerza, la de las miradas, me las hizo llevar hacia atrás, y allí se me quedaron fijas, como las de un reo á quien llevan á presidio.

Los párpados se me cayeron pesadamente, y me vendaron los ojos.

Por un extraño fenómeno; conservé en medio del miedo un destello de serenidad. Recordé como caía al peso de dos trozos de plomo, el telón del teatrito que tenía cuando era yo pequeño. Así me pareció, que tenía dos trozos de plomo en los párpados.

¿Anduvimos en tierra firme, rápidamente, vertiginosamente, ó volamos por los aires en alas del mismo viento?

¡Cómo sonaban, en ruidoso craqueteo, los huesos de mis secuestradores!

¿No era aquello un secuestro?

Después.... nada, silencio absoluto, impresión de vacío en derredor.

Al fin llegamos. Sentí cómo caíamos, pero no fué el choque violento que se siente al caer, cuando se ha volado.... en sueños. El golpe se resiente en el cerebelo y se despierta.

Experimenté la sensación del nadador al chocar contra la superficie.

Y pude ver y oír; hablar no. Estábamos á las puertas del cementerio.

Las miradas anémicas de la luna, abarcaban toda la necrópolis.

Sólo en un rincón en donde había más muerte, bajo un sauce, un girón de sombra naufraga, se abrazaba magdalénicamente á los piés de una gran cruz.

No había criptas, ni túmulos, ni estatuas, ni mármoles, ni bronces; no había lápidas. Y, como sembradas sobre las sepulturas, las cruces de variados tamaños, enfiladas, las cruces angostas y serenas pero vacías, sin actitud dolorosa, sin expresión de misericordia, sin gesto de perdón, sin Crucificado.

Desde las ramas de los tristes cipreses, buhos, momias, lanzaban por sus ojos vidriosos, miradas de verdes pebeteros.

En un rincón yacían, en desordenado hacinamiento, todos los sarcófagos despedazados, todos los cenotafios desmenuzados.

La reja de hierro giró sobre sus goznes, con chirrido prolongado y agudísimo.

Mis secuestradores me hicieron seña de que entrase.

Los obedecí dócilmente, porque tenía curiosidad, como obedece al astrónomo el visitante del observatorio.

La curiosidad había matado al miedo.

Dí un salto hacia atrás; trataban, al parecer, de desnudarme.

¿También los esqueletos roban?

Me obligaron por la fuerza, y me despojaron de mis vestidos; pero me despojaron con enormes descarnadores de mis vestidos carnales.

¡Qué horror!

Como registra el carcelero á la puerta de la prisión, me registraron, me esculcaron todas las cavidades del tronco, para que no me quedase ni una víscera.

Llegaron á la cabeza....¡Nada me le quitaron!

Y volvieron á enlazar sus brazos á los míos, ya también descarnados.

¡Qué extraña sensación se experimenta cuando es uno esqueleto!

Algunos salían á nuestro paso, dejaban sus fosas, brotaban sacudiéndose la tierra que rodaba por sus hoquedades, como un cisne al salir del estanque sacude el agua de su plumaje.

Y nos seguían.

Allá al fondo, en donde se abre la calzada estrecha y sombría, estaba la entrada de una catacumba, larga, muy larga y muy amplia.

¡Sorprendente, curioso, terriblemente hermoso, fué el espectáculo!

Mucha luz, luz de azufre! Diáfana, transparente, purísima la atmósfera.

Y ante una mesa inmensa, una muchedumbre de esqueletos, de pié, rígidos y severos.

En otra ocasión, más tranquilo, me habría reído. Al mismo tiempo, como un ejército de fantoches, me saludaron, inclinando sus cabezas calvas, en donde la misma luz se rió.

El lugar de preferencia fué para mí.

¡Un festín, festín de esqueletos!

Sobre la mesa había todo lo que hay en las mesas de los vivos.

Viandas y vinos.

Había flores, flores de cementerio, flores lloronas de colores tristes y de caras mustias.

En la atmósfera se reproducían por millares nuestras imágenes.

Allí estaban los viejos luciendo sus cráneos deformes; la mandíbula inferior, como queriendo huir, saliente; la boca desdentada; por los huecos se veía la obscuridad del interior. Niños recién nacidos y recién muertos, asomaban sus carillas aplastadas y sus cabezas *redondas* (?)

Y la luz arrancaba reflejos á los pulidos cráneos de frente estrecha, cráneos femeninos.

El cráneo de mi buró había sido devuelto á su dueño. Me saludó sonriente, como á un amigo.

Y entre todas las caras huesosas, resaltaba la mía, cara de ojos brillantes y de mejillas enrojecidas. Era yo su convidado de carne, de *carne y hueso*.

Comenzó á hacerse sentir la embriaguez.

Algunos daban el último sorbo del vino rojo y travieso que al resbalar les teñía las costillas, y rodaban bajo la mesa.

Todos charlaban alegremente en latín.

Yo los entendía muy bien, como algunos sordos entienden, por el movimiento de la boca. Hablaban silenciosamente, moviendo con rapidez sus bocas deslenguadas.

Después......el viento encallejonándose entre los árboles, produjo sonidos de flauta, notas de pífano, acordes de violín, de arpa......una extraña melodía de Chopin.

Y empezaron el baile macabro. Al principio lenta, muy lentamente, cadenciosamente. Luego de prisa, con rapidez, con vértigo, y con movimientos de epilépticos, de poseídos.

Era ensordecedor el castañeteo de sus miembros.

Yo contemplaba con atención aquel exótico espectáculo.

Un anciano se me acercó:

—A usted debe extrañarle mucho todo esto, ¿verdad? Este es el festín con que centenariamente celebramos el día nuestro, el día de los *muertos*. Como los excépticos que allá entre ustedes no creen en la existencia de otro mundo, nosotros no creemos en la existencia de esa vida por la que hemos pasado, la hemos olvidado por completo, y somos felices. Sólo cada siglo, aquí, en donde por la tarde, ante nuestra tumba, han vertido lágrimas falsas nuestros dolientes, ridículamente vestidos de luto, y provistos de un ramo de flores de á dos pesetas, celebramos nuestro advenimiento á la ciudad del absoluto reposo, del eterno bienestar.

Celebramos nuestro triunfo sobre la orgullosa Muerte; la hemos hecho nuestra; la hemos dominado; ¿podría matarnos? ¡Somos inmortales!

Usted lo será pronto, alégrese, sólo un año le resta de tratar con hipócritas, con malvados, con hombres. Un año. Yo lo sé muy bien. El próximo día de difuntos, lo espero allá al fondo del cementerio. Lo espero,—me repitió, y me largó la mano dura y fría.

...Se hundió en la negrura del cementerio.

La noche tendió por todas partes su manto de obscuridad y de frío.

El buho graznó lúgubremente y el grillo preludió su canción metálica.

En la sombra, distinguí á los danzantes; acompañaban á sus parejas hasta el borde de su sepulcro.

Ellas hacían una inclinación, ceremoniosa, reverente y se desplomaban. Después se oía—¡ah, yo lo oí repetidas veces!—el rebotar sus huesos contra las paredes de la fosa.

Muchos iban á un ángulo del panteón, y con un esfuerzo de voluntad que no parecía ser grande, se desbarataban, crugían sus miembros al desarticularse, y quedaba un montón de huesos. Eran los del osario.

Y aumentó, aumentó prodigiosamente. Tibias y húmeros, fémures y radios astillados, craneos incompletos....

El Miedo volvió á cobijarme con su manto helado.

Y eché á correr con toda la ligereza de que es capaz un esqueleto.

Me detuvieron en la puerta.

¿Iba á salir así?

Me entregaron mi veste carnal y volvieron á acompañarme.

Cuando volví en mí, aún tuve tiempo de ver brillar en la puerta los homóplatos de los dos habitantes del panteón que se alejaban.

Y allá, al fondo de la necrópolis, me espera el anciano. Allá me llevarán dentro de medio año.

¡Medio año!

¿Tendré valor para esperar?

¿No iré yo mismo á encerrarme en mi tumba?

No, no tendré valor para esperar.

Sí, yo mismo iré á encerrarme en mi tumba.

Francisco Zarate Ruiz.

AL DANTE.

Padre, dices verdad: la selva obscura
no tiene ya camino conocido;
en su lóbrego seno estoy perdido
y amurallado y preso en su espesura.

La antorcha de la fe, radiante y pura,
al viento de los años se ha extinguido,
y entre la sombra voy, solo y rendido,
con mi pesada carga de amargura.

Si aquí has visto flotar la reluciente
túnica de Beatriz, y aquí tuviste
la sombra de un laurel sobre tu frente,
apiádate, maestro, del que existe,
sin gloria y sin amor, y cual tú, siente
ensangrentado el pie y el alma triste!

Luis G. Urbina

Dibujo de Apeles Mestres.

¡FIEBRE......!

Amberes, 5 de Noviembre.

¡OH qué sueño horrible! Al recordarlo *«me asombro y toma temblor mi carne.»*

....Me veía contigo corriendo por llanuras inmensas, sin colinas, ni techos, ni arbustos, por llanuras rojas que reflejaban la cólera del cielo. Y temblábamos de espanto, porque el silencio comunicaba resonancias desconocidas al grito de nuestra conciencia.

¡Y sentíamos aspiraciones sin nombre! Y así llegamos á un lago de agua transparente, en cuyo centro encontramos la isla de la leyenda habitada por almas errantes y por sombras de damas y caballeros, muertos desde que el viejo rey arrojó á los abismos la copa de oro de los amores. Y nosotros nos estrechábamos fuertemente el uno contra el otro para protegernos de aquellos vientos desencadenados, de inconstancia, de indiferencia y de olvido.

Subimos la cordillera, pasando por Arequipa. Allá cerca del Cuzco, entre Puno y Chilliaya, en la altiplanicie más elevada del globo, encontramos otro lago rodeado de montañas azules, y en el centro, el templo del Sol, desde donde los Incas hablaban con el cielo. y reconocimos esos sitios donde tanto nos habíamos amado, y escuchamos otra vez los ecos, repitiendo nuestros juramentos.

Nos acercamos á la *huaca*, y vimos aquella misma momia aymará, con los cabellos cerdosos pegados al cráneo apergaminado, los ojos dilatados y la boca enorme que reía haciendo temblar sus dientes. Amor eterno..... ¡eterno! ¿Cuántas veces repitió el eco la carcajada maligna del aymará, que nos llamaba en son de burla, acurrucado en el fondo de su huaca? Amor eterno.... ¡eterno! ¡Ja, já, já!

Después pasamos por Guayaquil, por Roma, por Panamá, por otras ciudades que juntos hemos recorrido, y las veía, las sentía de una manera casi palpable, con sensaciones de vida material.

Y así unidos llegábamos á cada sitio, y nos deteníamos sólo el tiempo suficiente para combinar y realizar un crímen, que cometíamos contra nuestra voluntad, con los ojos arrasados en lágrimas, é impulsados por la fatalidad de una fuerza superior. Esa conciencia de nuestro delito, era la parte más dolorosa del castigo impuesto por Dios en otros mundos, á nuestras pobres almas, por haberse amado sobre la tierra con extremecimientos de placer y voluptuosidades de dolor.

Y huíamos de la justicia humana, que jamás podía alcanzarnos, porque con poder irresistible pasábamos campos, salvábamos valles, subíamos montañas y al final de la carrera el horizonte se ensanchaba y sentíamos que los límites misteriosos impuestos á la inteligencia humana, nos llamaban con atracciones de esfinge. Y para defenderme del vértigo te tomaba con fuerza y te oprimía con pasión delirante sobre mi pecho, y así unido contigo, como la imagen dantesca de Paolo y Francesca, corría...... por los espacios sin fin!

Varias veces volví en mí é intenté encender la luz. Mi voluntad lo ordenaba, pero mi cuerpo, cansado y dolorido, no podía absolutamente obedecer. Y en la misma obscuridad me parecía ver formas raras y oir gritos y lamentaciones. Extendía los brazos y tropezaba cerca de mí con un esqueleto hórrido, como en el cuadro de Holbein, y mis oídos transmitían al cerebro el sonido de sus huesos, con cadencia y compases marcadas de danza macabra...... y volvía á caer en mi sueño...... y arrebatado contigo, corría al través de valles, montes, ciudades, pampas y desiertos inmensos, inconmensurables!

Y al despertar de esta larga época de mi vida, encontré junto á mí un cadáver frío, pálido, con una sonrisa que parecía una mueca: era el cadáver de mi pobre juventud!

Belisario J. Montero.

De *Mi Diario.*

EL DISPENSADOR DE BELLEZA.

A Juan Lorrain.

Teresa volvía de Suecia. Había pasado ahí tres meses muy dulces, de una dulzura que envolvía en nieves y en pieles, al lado de su madrina á quién quería filialmente. Había conocido el valor de las hospitalidades septentrionales y el embeleso extraño de ese país en que se experimenta la sensación de ser aligerado y como purificado al contacto de los horizontes de hielo, no obstante que la vida interior vuélvese intensa y grave. Pero había sufrido asaz también á causa de su lárga separación de Raul. Oh! el caro, el caro ausente para quien su corazón se había conservado en medio de la nieve...... Y ahora iba á encontrarle. Esas casas de campo, esos senderos, esos bosques mostraban las huellas de sus miradas. Silbaba el tren...... Ella se aproximaba...... Por qué el gran goce de mirarse estaba amargado por una terrible angustia?

Teresa temía evidentemente el minuto tan deseado del contacto. Adivinábase esto en su actitud, en el movimiento de su busto echado hacia atrás, pegado contra el tabique del compartimiento, como para retardar la rapidez dolorosa del tren. Y su espíritu obraba de la propia suerte: las almas de las viajeras á quienes el hombre amado espera en la estación, lánzanse más allá de la ventanilla y corren aéreas por los hilos eléctricos.

La suya volvíase rígida retrocediendo con espanto como ante la aproximación de un fierro enrojecido al fuego. Por qué?

—Por qué durante esos meses de ausencia los espejos habían sido tan crueles para con ella? Ah! los penosos despertares, las penosas toilettes, la lucha contra la evidencia y la certidumbre implacable de la realidad; algunos hilos blancos, un reblandecimiento de la línea de la boca, un poco de estropeamiento en los párpados y algo de pastoso en la barba, nada —todo «los uhlanos de la decrepitud, querida mía,» como decía su amiga la señora Sterne: su rostro, hasta entonces intacto, marcado por el marchitamiento inicial— Ah! Raul. Raul he aquí lo que ella os llevaba. .... Que pensaría él, el adorado, que diría ante aquel fracaso que á sus ojos aparecería de un golpe? La amaría aún?...... Y en su amor era por cierto en lo que ella pensaba, en su precioso amor amenazado. El desgarrador silbo del tren parecióle como el grito de su inquietud.

El tren se detuvo. Raul estaba ahí, en espera. Al apearse del wagon, ella le arrojó su mirada de angustia. Vió él aquel pobre rostro hollado, aquella mirada dolorosa. Y comprendió.... Y concibió desde luego la generosa mentira.

Fuéronse en el cupé cuyo breve y capitinodo interior daba más encanto á su ternura. Bajáronse los cristales sobre las caricias y las palabras. Teresa habló mucho, canalizó sus reminiscencias felices de viaje para sumergir en ellas su pena: mas no cesaba de pensar: «¡Dios mío! Ha visto bien?...... Acaso no ha visto aún..... pero pronto, con las luces . . . Ah!»

—Y vos, preguntó ella, que habeis hecho?.. Cómo habeis estado?

—Bien, respondió Raul.. .es decir......No sé á punto fijo lo que me pasa ..*Mi vista ha bajado mucho en estos últimos meses.*

Ella dejó escapar un grito. Era de tristeza, de piedad ó de salvación?

Quién había vibrado, la coqueta victoriosa, la enamorada egoista, ó la compañera que había prometido partir la buena y la mala fortuna, los días de prueba y los días de prosperidad?

Llegaron al hotel cuyo lujo era como un adorno de su belleza. Los matices de los muebles y de las colgaduras eran como las siervas harmónicas de su tez. Teresa pensó que ahora iban á tornarse insolentes.

Evocó la rebelión de los esclavos, antes tan humildes y sumisos, bruscamente arrogantes frente á la derrota del amo. Y en su corazón germinó el odio contra esas cosas sin alma como si ellas tuviesen conciencias responsables. Odió, no solamente la realidad material de las telas sino también las pequeñas y fugitivas vidas de los matices y de los reflejos.

Raul la dejó confiada á los cuidados de sus sirvientas. «Os esperaré en el budoir,» díjole con respetuosa ternura.

Teresa se retiró á su departamento.

Las criadas la rodearon solícitas y fuéle preciso sufrir la charla mercenaria.

—La señora tuvo un feliz viaje?

—Que buen aspecto tiene la señora!

-La señora es siempre la misma, siempre tan hermosa.

Teresa vió lucir en los ojos de aquellas mujeres crueles ironías, la alegría de los celos latentes triunfaba en aquellas miradas burlonas. Más que con palabras de franqueza brutal se vió despojada con bajas adulaciones bajo las cuales silbaban las serpientes. Y previó inmediatamente las befas del oficio, en que las serpientes escondidas, recalentadas y nutridas, se desenrollarían, se desplegarían libre y victoriosamente y desde el fondo de su madriguera levantarían sus cabezas venenosas por toda la casa, por la calle, por la ciudad .....Tuvo una visión horrible y conoció durante un momento la locura de matar.

El agua perfumada del baño no la apaciguó ni tampoco la caricia amplia del crepúsculo. Pensaba en que Raul esperaba en el budoir......El peligro que por un momento había creído evitado aparecióle inmediato y terrible. Serían suficientemente débiles aquellos ojos amortiguados para no percibir su carne miserable?

Fué por fin resuelta al martirio.

Raul pidió que llevasen lámpara. Los amarillos del budoir se encendieron preciosamente. Los matices y los reflejos vivieron, se eclipsaron, resurgieron, hicieron alegres cabriolas en redor de ella como duendes y gnomos. Y ella manteníase de pié en medio de la ronda cruel.

Mas ya no tenía ni la energía de la ira, se declaraba vencida y pedía gracia á sus adversarios.

-Venid, dijo Raul, atrayendo á su lado aquella carne fugitiva. Venid, que yo os mire. Que yo encuentre de nuevo mi jardín!. . .

Y cuando estuvo ella sentada sobre sus rodillas.

—Sí, sí, sois vos, sois vos, siempre igual, siempre joven, olorosa y bella . .

Me devolveis todos mis bouquets intactos. . .

Ella se extremeció, pensando en las palabras idénticas de las criadas. Las serpientes! las serpientes!... El también, el gran amado, les daba asilo?. . . Y le contempló fijamente y no vió más que dos ojos bondadosos llenos de admiración y de ternura, *ojos que reflejaban la belleza*.... Oh! pobrecitos enfermos! cuánta piedad tuvo de ellos!

. . . Y cuán feliz fué!

Entre tanto Raul, sentado sobre el bajo diván familiar á las caricias, depositaba en cada parte de su rostro los santos olios amorosos.

Besó sus párpados averiados:

—He aquí tus ojos siempre resplandecientes, tus ojos de deseo y de luz.

Besó los marchitos labios:

-He aquí tus labios siempre frescos.

Besó la barba hollada:

—He aquí tu barba siempre pura. .

Paseó sus manos piadosas por la abundante cabellera en que corrían sutiles filones de plata.

Y he aquí tus hermosos cabellos neros «como un rebaño de cabras que descienden de la montaña de Galaad,» tus cabellos perfumados, tus cabellos gloriosos.... Cómo amo tus cabellos negros!

Teresa dejábase deslizar, resbalar por las móviles arenillas del éxtasis. Y en aquellos momentos, la que pensaba en los pobres ojos enfermos, en los ojos ilusos, no era de fijo la compañera atenta á las solicitudes. La causa penosa había desaparecido ante la alegría final. Y desdeñosa de las alegrías mercenarias, victoriosa de la rebelión de los matices y de los reflejos, la mujer purificada reconquistaba su gloria y la enamorada triunfaba.

*

Por la mañana le preguntaba ella:

Cómo estáis, amigo mío?

El la miraba.

Mi vista baja siempre, respondía. Cada noche hace un poco más de noche......

Ante aquella enfermedad que hería al hombre amado, Teresa no habría sabido decir la índole de la emoción que habitaba en su espíritu. Era pena ó era alegría? En realidad eran ambas cosas. Y por una peregrina mixtura psicológica, esos dos sentimientos opuestos se penetraban tan bien, que formaban un sentimiento *único*, en el cual no podía discernirse la parte que tocaba á cada uno.

Pero el saludo matinal de Raul era siempre semejante:

—En cuanto á vos es inútil preguntaros cómo estáis. Qué linda sois esta mañana.... Más acaso que ayer? Acaso más que hace diez años? No lo sé. Para vos siempre es lo mismo...... Verdaderamente estáis marcada con un sello misterioso. Poseéis el secreto de la juventud y de la hermosura eternas.

Teresa se sentía refrescada, renovada como por un baño maravilloso. El huésped extraño de su alma, se deleitaba en esas palabras creadoras, y el dualismo de su sentimiento se inclinaba entonces hacia la *feliz unidad*.

Y de la propia suerte las veladas se perpetuaban, las divinas veladas en el diván, donde, en la escarpa de los cabellos desatados, Raul paseaba sus dedos, repitiendo:

Que negros son los cabellos de mi amada!...... Yo me torno gris...... Todo se torna gris en nuestro rededor...... Cómo hace mi amada para conservar esos hermosos cabellos negros?....

*

Pasaron meses, pasaron años. Pasaron como esos males bohemios que dejan á lo largo de su camino la huella de sus robos y bandidajes? Fué el rostro de Teresa marcado por los hoyancos que abre en el lodo de las carnes blandas la pesada carreta del Tiempo? No, sin duda, pues que la virtud de las palabras matinales y la consagración de las veladas aquellas, la mantenían intacta, porque Raul continuaba amándola ardientemente y amándola *por su belleza*.

Su serenidad establecióse así en una seguridad definitiva y contempló orgullosamente el porvenir. Una sola cosa la afligía: que la vista de Raul bajaba, bajaba todos los días en proporciones espantosas...... Pero este miedo no se traducía sino en piedad para él. No pensaba ella jamás en hacerlo converger sobre ella misma, porque á medida que más y más tomaba posesión de su belleza, iba ella olvidando los lazos que unían tal belleza á los ojos enfermos.... Recordaba que en la hora inicial había aceptado aquellos ojos engañados simplemente por el *error* de su juventud y que en ese engaño vió al principio la salvación, no de su rostro, sino únicamente de su amor? Pensaba que poco á poco se había alejado de las sonrisas burlonas de sus siervas, de la franqueza brutal de los espejos y de las fuentes, y que aquella mirada de Raul no había sido más que el último refugio de una juventud y de una beldad que ya no residían más que en ella?

No, todo eso no existía ya. Con una confianza orgullosa de mujer, y con esa extraordinaria facultad de abolición que tienen casi todas, ella había suprimido las relaciones y creía sinceramente, colocada como estaba frente á un reflector enfermo, que se había colocado fuera del tiempo. Su rostro se había desprendido de las contingencias. Llevaba en sí mismo su mágica virtud. Así, ese extraño dualismo que había integrado su sentimiento primitivo, se había roto ahora volviendo cada elemento á su correspondiente sitio. Sufría por tanto, por la prueba que constituían para ella aquellos ojos enfermos. Y era dichosa por el milagro de su beldad.

Y verdaderamente no era razonable su creencia en esa realidad bienhechora? Puesto que ella no se exteriorizaba sino en aquella mirada, que no se miraba ya más que en él, que no era pensada, reflejada, y por ende creada sino por él y que en él era bella lo era en efecto en la sola realidad por la cual el mundo nos sea accesible. No solamente besaba Raul las cejas, las mejillas, los labios, sino que dándoles ese sacramento de amor los regeneraba. No solamente sus manos eran una tintura gloriosa para los cabellos desatados, sino que sus labios eran creadores, sus palabras eran creadoras.

Eso no era en suma más que el prestigio de la eterna ilusión. Pero la grandeza de su acto consistía en que por su sacrificio pudo él hacer *una realidad* de aquella juventud y de aquella belleza que se habían refugiado en el supremo asilo de su mirada.

*

Un cruel sacrificio....Porque hay en la economía de la vida una ley rígida de equilibrio. Y Raul se aminoraba en virtud de todo aquello que daba á Teresa. Robaba por ella al destino humano, pero estaba obligado á hacerle reembolsos personales.

Su mentira veladora, exigía el renunciamiento á la independencia vital, la aceptación de una debilidad pueril, la atrofia voluntaria de sus miradas y de sus movimientos. Ese hombre fuerte y sano, en plena posesión de su actividad y de su luz, descendió resueltamente á la sombra miserable. Lo hizo con alegría pues que á ese precio ella permanecía tranquila y feliz, pues que encerrada así en un refugio inaccesible á la que habitaba en su corazón y su mirada.

Su existencia estaba consagrada á la servidumbre de los enfermos. Debió abandonar sucesivamente sus lecturas, sus ocupaciones, sus intereses, las alegrías del sol. No salía ya más que del brazo de un criado ó de un amigo. Sus manos, torpes, incapaces después, tentaleaban en su redor en la obscuridad luminosa á donde descendía por una paralela degradación. Porque habíase curado de mantener un constante equilibrio entre su mirada y el rostro de Teresa. Y llegó un día en que se volvió completamente ciego porque á ese precio solamente podía aún ponerla sobre sus rodillas y decirle:

-Cómo sois hermosa siempre! Cómo sois siempre joven!... Cómo amo vuestros cabellos negros!

Hay que reconocer que Teresa cuidó á su enfermo con una gran solicitud. Fué verdaderamente la compañera, la presencia dulce y fresca al rededor de aquel espíritu probado.... Lo fué sobre todo á medida que el sentimiento de su belleza se desprendió de la mirada de Raul, y que ella la poseyó, no ya como un error, tampoco como relativo sino bajo la fé de una entidad.

Pero entonces un nuevo pensamiento germinó poco á poco en ella: «ay! mi juventud y mi beldad se nulifican en solicitudes miserables al lado de un enfermo.»

Oh! ella rechazó la corrosiva idea, quiso arrancar la mala hierba.... No hizo empero, más que cultivarla.

Antígona se develó entonces, fuera de las rigideces antiguas. Se humanizó de un feminismo moderno.... Y conoció la pena.

Lo que era un humilde y grave deber le pareció un gran sacrificio; porque no podía nivelarse con las sencillas mujeres, ella que estaba adornada de una juventud y de una belleza excepcionales. Hay pobres criaturas destinadas á las funciones serviles, á las cofias de silenciosas reclusas, y que como algunas plantas no sabrían vivir más que en la sombra. Pero la virtud de ella, su misión humana ¿no eran aquilatar esa belleza de la cual tenía el monopolio y que sin duda le había sido confiada para que hiciese producir ante el júbilo de las miradas toda la magestad que en ella había? Ella no tenía derecho para desviar en bien de uno solo aquella obra magnífica de la creación. Ella pertenecía á la luz.

Así, poco á poco sentíase más desviada con su papel de monja. Otro sentimiento habría podido sostenerla: su amor por Raul. No era ella la enamorada? Sí, le había amado profundamente. Pero á medida que se desarrollaba en ella la confianza de que era una elegida cuya juventud y cuya belleza estaban por encima de los ataques del tiempo, el orgullo había usado el amor. La enamorada se retiraba poco á poco ante la gloria de la mujer. Exaltábase en la pasión de su carne, en el celo ardiente de su rostro y en ello consumía todas las fuerzas de su ser. De suerte que aminorada su ternura y matizada después de pena, turbada más tarde por el despecho, convirtióse al fin en un verdadero odio contra aquel enfermo *por el cual sacrificaba su belleza*.

Así pues, cuando el amante vino se arrojó en sus brazos.

*

En una delicada siesta primaveral, Teresa se paseaba del brazo de su amante. Disfrutaba de la fina luz que sobre ella caía, del frescor venido de los árboles, de las hojas, del reciente riego, de la juventud esparcida en la atmósfera. Un vaporizador misterioso le soplaba al rostro algo de la esencia odorífera de la vida.

Iban lentamente, impregnando su alegría de estar juntos, con el perfume de las violetas que tenían entre las manos. Teresa pensaba que aquella hora de amor ante el lindo sol, hacía valer su triunfante juventud y sonreía á toda aquella verde delicadeza que la rodeaba. ....De pronto el amante oprimió su brazo y se detuvo bruscamente. Estaba muy pálido. Dijo:

—Mira....mira....ahí .

Ella miró! Raul venía, conducido por dos criados. Caminaba por la otra banqueta y llegaba en sentido inverso. El amante asustado quería huir, esconderse en alguna ruta lateral, evitar el encuentro....

Pero Teresa dominada por el encanto de la hora que tanto bien hacía á su belleza, impulsada acaso por un deseo de jactancia femenina, tiró del brazo de su amante encorvado sobre el suyo.

No!....Ven.... *No nos ve*....

*

Raul se aproximaba. Tenía el andar desigual y la frente levantada de los ciegos. Pero bruscamente, atravesó la calle de árboles con un paso súbitamente rápido y seguro. Avanzó hacia el amante y mostrando á Teresa con el dedo:

—Es vuestra querida, señor? dijo. No os cumplimentaré por cierto. Cómo os atrevéis á salir así, en compañía de una querida vieja? Porque es vieja esa mujer.....es vieja..... No lo habíais percibido?

Y quitándola entonces todo lo que la había dado, la despojó sin piedad..

Mirad esos ojos vidriosos....esos labios reblandecidos....Ved esos cabellos....y esas arrugas y esa piel, ah! la horrible piel de las viejas . Y eso besais....y eso acariciais.... Vuestros besos deben ser pagados bien caro para que no sintais su moho Os saludo, Señor.

Teresa lanzó un grito y se desplomó. Y los transeuntes que acudieron vieron sobre la acera un quebrantamiento de carnes flácidas, una horrible vieja de cabellos blancos.

JEAN MADELAINE.

Traducido expresamente para *El Mundo Ilustrado*.

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 4.

La idea de vender casullas y viacrucis no seduce al joven, que oculta en el fondo de su cajón una porción de sonetos y que madura en su cabeza el argumento de un drama romántico en donde se dirá *¡Paques Dieu!* y *Messeinguers.* Sin embargo, lo primero es no disgustar á su padre. ¡Le causa tanta satisfacción el observar que desde hace algún tiempo M. Violette se interesa por él y se modera algo en su funesto vicio! El joven obedece á su padre, y el domingo siguiente, al medio día, se presentan ambos en la calle Servandoni.

El «explota-santos» les recibe de buen humor. Acaba de llegar de misa mayor y va á sentarse á la mesa. Les invita á acompañarle para saborear unos riñones salteados que constituyen uno de los triunfos de Berenice, la cual sirve á la mesa con los dedos llenos de sortijas. Pero los Violette han almorzado ya, y el empleado expone su pretensión.

—Bueno,—dice el tío Isidoro,—Amadeo puede entrar en casa; pero ya sabe usted, Violette, tendrá que adquirir como una nueva educación. Es preciso empezar por el principio y seguir enterándose.... ¡Oh! El muchacho será bien tratado. Comerá conmigo, ¿no es así, Berenice?....Pero al principio habrá que trabajar un poco, como yo cuando vine del pueblo; aprender las faenas del almacén, envolver los paquetes....

M. Violette mira á su hijo y nota que está avergonzado. El pobre hombre reconoce su error. ¡No valía la pena de haber deslumbrado á M. Patín, en plena Sorbona, citándole sin titubear tres versos de Aristófanes, para luego hacerse embalador! ¡Ea, pues, no hay que hablar más de esto! Amadeo envejecerá sobre los cartapacios de la oficina y descifrará las charadas de la *Ilustración*; estaba escrito.

Se despiden del tío Isidoro con las siguientes palabras:

—Ya lo pensaremos M Gaufre, y vendremos á ver á usted.

Pero apenas Berenice, al salir ellos, ha cerrado la puerta de la escalera, M. Violette dice á su hijo:

—Decididamente nada podemos esperar de ese viejo egoísta. Mañana iremos á visitar á mi jefe M. Courtet á quien por precaución he hablado de tí.

El jefe de M. Violette es muy hombre de bien, aunque tiene demasiado empaque. Su roseta encarnada, tan grande como una moneda de dos pesetas, deslumbra los ojos. M. Courtet es la misma moderación y sólo comete la imprudencia de calentarse largos ratos, vuelto de espaldas á la chimenea, con las faldillas levantadas: el mejor día va á quemarse el pantalón. Pero ¡qué importa! Tiene buen corazón y ha sido el primero en notar la decadencia lamentable del viejo Violette, «un pobre diablo que no llegará á la edad de la jubilación.» Encargado de la admisión de auxiliares, M. Courtet reservará una plaza á Amadeo, y dentro de ocho días será nombrado éste empleado con un sueldo de mil quinientos francos anuales. Está prometido y es cosa hecha.

Oh! Tener que sufrir el insoportable calor de la estufa y la peste de los papeles viejos, no es muy agradable que digamos. Sin embargo, Amadeo no tiene motivo para quejarse: hubieran podido darle cifras que colocar durante cinco horas seguidas y á la bondad de M. Courtet debe el que le hayan destinado á «la correspondencia.» Así estudia protocolos y se hace fuerte en los términos y fórmulas de la cortesía oficial. Ahora conoce ya la diferencia que media entre «la consideración distinguida» y «la consideración más distinguida», y mide el abismo que separa una «seguridad» de un «homenaje.»

Resultado: Amadeo se fastidia, pero no es desgraciado, porque tiene tiempo para soñar despierto.

Por la mañana va á la oficina por el camino más largo buscando el modo de aconsonantar *honor* y *amor* sin que resulte una vulgaridad; ó bien piensa en el tercer acto de su drama y en la gran escena de amor que debe pasar en Monfaucon. Por la tarde visita á los Gerard, á quienes halla reunidos alrededor de una lámpara en el comedor; el padre leyendo un periódico y las tres mujeres haciendo labor. Charla con María, que la mayor parte de las veces le contesta sin levantar la cabeza de su costura, quizá porque la coqueta supone que Amadeo admira sus hermosos ojos entornados.

En efecto, el joven ha rimado en honor de ella sus primeros versos, y, por supuesto, la adora; pero también está enamorado de las señoritas de Lantz, á quienes suele ver en casa de la señora de Roger. El domingo pasado tenían cada una de las tres una rosa en la cabeza, con la cual se parecían á esos panteones de bizcocho que los pasteleros ponen en los escaparates los días de las grandes fiestas. Si Amadeo hubiera sido presentado á las once mil vírgenes sucesivamente, éstas hubiéranle inspirado once mil deseos, sin contar además á la criada del cuarto segundo, cuya mirada oblicua le turba si la encuentra en la escalera; y su corazón desfallece cuando pasa por frente de una tienda de la calle Bonaparte, en donde una guanterita insidiosa le obliga á comprar guantes de color de sangre de buey, que él detesta. Es preciso no olvidar que Amadeo es muy joven y que está enamorado del amor.

Por otra parte, extremadamente tímido, no ha tenido nunca la audacia de decir á la linda guantera que le gustaba más ella que los guantes, ni la temeridad de enseñar á María Gerard los sonetos que compone para ella, algunos con estrambote; ni la serenidad de arrostrar frente á frente las miradas intencionadas que le lanza la criada del segundo; cosa tanto más rara, por cuanto una hermosa mañana al pasar por delante de la carnicería vió al mozo de tabla que abrazaba por el talle á la muchachita.

Algunas veces, al salir de la oficina y antes de comer, Amadeo va á ver á su amigo Mauricio, que ha obtenido de Mme. Roger (¡oh debilidad maternal!) el permiso de habitar en el barrio latino para estar mas cerca de la Escuela de Derecho.

En un entresuelo muy bajo de techo de la calle de Monsieur le-Prince, Amadeo encuentra en el fondo de una nube de tabaco turco al elegante Mauricio, vestido con una americana de color de escarlata, tendido en un diván. Al entrar allí Amadeo aspira un embriagador efluvio de lujo y voluptuosidad. Hay allí espesos tapices, libros de poetas lindamente encuadernados, sobre las tablas de un aparador, y un piano siempre abierto. Un olor de perfumería fina se mezcla al del tabaco, y sobre el terciopelo de la meseta de la chimenea, la señorita Irma, favorita del dueño de aquella mansión, ha dejado la novela de moda, marcada con una horquilla en la página de lectura interrumpida.

Amadeo pasa allí una hora deliciosa. Mauricio le recibe siempre con su alegre bondad, en la que se siente un ligero tinte de protección Se pasea por el cuarto encendiendo y tirando sus cigarros ó bien se sienta al piano algunos minutos y toca un sollozo de Chopín, enseña á su amigo sus álbums, le hace recitar alguno de sus sonetos, aplaudiéndolos; en fin, varía de distracciones, y conquista cada vez más las simpatías de Amadeo.

Y eso que Amadeo apenas tiene ocasión de hallarse á solas con su amigo. La llave del cuarto está puesta en la puerta y á cada instante llegan compañeros de Mauricio, tan alegres como él pero más vulgares, que no tienen su buen tono y sus modales aristocráticos. Frecuentemente alguno de ellos permanece con el sombrero puesto y deja una colilla á medio apagar en el borde del piano cuando va á tocar una polka. Estas ordinarieces incomodan algo á Mauricio, que tiene la desgracia de ser delicado.

Cuando se van los compañeros, el dueño de la casa quiere que su amigo coma con é'; pero la puerta se abre otra vez, y la señorita Irma, que siente frío á pesar de su abrigo de pieles y su velo, entra apresuradamente, salta al cuello de Mauricio y le besa y despeina con sus dos manos todavía enguantadas.

—¡Bravo! Comeremos los tres.

No; Amadeo se asusta de la señorita Irma, que ha tirado su manguito sobre el diván y coloca su sombrero sobre la Venus de Milo de bronce que adorna la chimenea. El joven se excusa: le aguardan en su casa.

—¡Anda, salvaje!—le dice Mauricio, que le despide riéndose.

Deseos, sueños: tal es la vida del pobre Amadeo Violette. A veces se pone triste porque observa que su padre se hunde cada vez más en su vicio, porque ninguna mujer le quiere y porque nunca dispone de una moneda de veinte francos para proporcionarse un solaz. Pero que no se queje: su existencia es noble y bella. Por eso, á veces sonríe de alegría pensando en que tiene buenos amigos. Su corazón palpita con estrepitosos latidos al solo pensamiento de una mujer: llora de emoción al leer hermosos versos, y el espectáculo de la vida se le aparece tranfigurado por el ideal y la esperanza.

¡Dichoso Amadeo! ¡Todavía no cuenta ni veinte años!

VII

Una mañana de invierno, nebulosa y sombría, Amadeo se había emperezado en la cama. Su padre entró en el cuarto y le dió una carta que la asistenta había recogido en la portería. La carta era de Mauricio quien invitaba á su amigo á comer, á las siete, en casa de Foyet, con algunos compañeros del liceo Enrique IV.

—Dispénsame que no coma hoy contigo, querido papá,—dijo alegremente Amadeo.—Mauricio Roger nos convida á la fonda.

Pero la satisfacción del joven desvanecióse en seguida al reparar en su padre, que se había sentado al borde de la cama. Habíase vuelto casi espantoso aquel hombre envejecido antes de tiempo. Tenía la tez lívida, los ojos inyectados de sangre, y su mechón de cabello gris sucio cubría casi por completo su sien arrugada. Nada más desgarrador que su aspecto senil, cuando apoyaba sus manos temblonas y descarnadas sobre los muslos. Amadeo ¡ay! que sabía la causa de que su papá hubiera llegado á aquel extremo, sintió oprimido su corazón por la lástima y la vergüenza.

—¿Te sientes mal hoy?—preguntó á su padre. —¿Quieres que comamos juntos como siempre?.. Voy á poner cuatro letras á Mauricio.

—No hijo mío, no,—contestó M. Violette con sordo acento.—Ve á distraerte un poco con tus amigos. La vida que llevas á mi lado es demasiado monótona, lo comprendo......Sólo que tengo una idea que me atormenta desde esta mañana más que de costumbre ....y voy á decírtela.

—¿Cuál, querido papá?

—Amadeo, el pasado mes de Marzo hizo quince años que murió tu madre......Tú apenas la has conocido......Era la mejor y la más dulce de las criaturas, y todo cuanto deseo, hijo mío, es que encuentres una mujer semejante para hacerla compañera de tu vida, y que seas más dichoso que yo, pobre Amadeo mío, no perdiéndola como yo la perdí......Durante estos horribles quince años, desde que tu madre no existe, he sufrido espantosamente; y .....nunca, nunca me he consolado......Si he vivido, si he encontrado, á pesar de todo, fuerzas para vivir, ha sido únicamente por tí y en recuerdo suyo. Creo haber casi cumplido con mi deber. Ya eres joven, inteligente, honrado, y tienes un empleo que te da para comer. Sin embargo, yo me pregunto con frecuencia......con mucha frecuencia, si en efecto he cumplido todos mis deberes respecto á tí....

—¡Ah! no protestes,—repuso el desdichado, á quien Amadeo estrechaba tiernamente entre sus brazos. No, no, pobre hijo mío; yo no te he amado lo bastante: el dolor se ha posesionado por completo de mi corazón.... Sobre todo en estos últimos años no he vivido lo suficiente á tu lado, ni he apoyado lo que debía mi debilidad en tu brazo juvenil...... He buscado demasiado la soledad....—¿Me comprendes, Amadeo?—repuso, prorrumpiendo en un sollozo.—No puedo decirte más....Hay horas de mi vida que debes ignorar, y si tienes el disgusto de saber lo que yo haga durante esas horas, es preciso que no pienses en ello, que lo olvides.... Yo te lo ruego, hijo mío, no me juzgues con severidad.... Y uno de esos días, si yo me voy.. . es preciso que te acostumbres á esta idea, porque el peso de mi dolor es demasiado abrumador y me aplastará. Pues bien; si me voy, prométeme hijo mío, ser indulgente con mi memoria, y decirte sólo, al pensar en tu padre: «¡Fué muy desdichado!»

Amadeo lloraba á lágrima viva apoyado en el hombro de su padre, que con sus manos temblorosas acariciaba los hermosos cabellos del joven.

—¡Padre mío, mi buen padre!—exclamaba Amadeo sollozando.—Te amo y te respeto con todo mi corazón. Voy á vestirme en seguida. Iremos juntos al ministerio, y volveremos lo mismo, y comeremos como un par de amigos.... Permíteme que te acompañe hoy todo el día, te lo suplico.

Pero M. Violette se incorporó bruscamente, como tomando una resolución.

—No, Amadeo,—dijo con firmeza.—Te he dicho cuanto tenía que decirte, y tu corazón no lo olvidará.... Basta. Ve esta noche á divertirte con tus amigos. A tu edad la tristeza es peligrosa.... Yo iré á comer á la casa del tío Bastide que acaba de jubilarse, y me ha invitado mil veces para enseñarme su casita del Gran Montrouge.... Es cosa convenida.... y yo lo quiero: ¿lo entiendes? Vamos, seca tus ojos y abrázame.

Y después de haber dado un largo y tierno abrazo á su hijo, M. Violette salió del cuarto. Amadeo lo oyó tomar su sombrero y bastón en el recibimiento, abrir y cerrar la puerta y bajar la escalera con paso fatigado.

Un cuarto de hora más tarde, cuando Amadeo atravesaba el Luxemburgo para ir á la oficina, encontró á Luisa Gerard, con sus papeles de música en la mano, que iba á dar sus lecciones. La acompañó un rato, y la excelente joven reparó en seguida en el aspecto consternado y en los ojos enrojecidos de su amigo.

—¿Qué tienes, Amadeo?—le preguntó con interés.

—Luisa,—contestó él,—¿no te parece que mi padre ha cambiado mucho desde hace algunos meses?

Ella se detuvo y le miró silenciosamente y le miró con ojos llenos de compasión.

En efecto está muy cambiado, mi pobre Amadeo. No me creerías si te dijera otra cosa; pero cualquiera que sea la causa que ha podido.... no sé cómo explicarme.... que ha podido alterar la salud de tu padre, tú sólo debes pensar en que él ha sido un tesoro de ternura y lleno de abnegación para tí, y que ha continuado viudo, todavía joven, para consagrarse por entero á su hijo único en largos años de soledad y de dolorosos recuerdos.... Hay que fijarse en esto, Amadeo, en esto solamente.

—No lo olvido nunca, querida Luisa, y no dudes de que mi corazón está henchido de gratitud.... Esta misma mañana mi padre ha estado tan afectuoso conmigo...... Pero su salud está ya muy gastada, ya sólo es un viejo sin fuerzas. Pronto...... no sólo lo temo, sino que tengo la seguridad de que pronto se hallará imposibilitado para trabajar...... Aún me parece estar viendo cómo le tiemblan las manos...... Además, no tiene derecho á jubilación. Si no cumple con su deber en el ministerio, apenas obtendrá, y eso por favor, un ligero socorro. .... Y yo, todavía en muchos años no puedo esperar más que un sueldo insignificante.... ¡Ah! Pensar que pueda caer enfermo, y que por falta de recursos no me sea dado rodear de cuidados su vejez!.. He aquí lo que me desespera.

Caminaban ambos jóvenes sobre la tierra blanda y húmeda del gran jardín, entre los árboles deshojados, y la niebla, aunque ligera y penetrante, hacíalos estremecerse de frío.

—Amadeo, dijo Luisa, mirándole seria y dulcemente.—Te he conocido muy niño y soy casi tu hermana mayor. Ya tengo veintidós años, Amadeo, soy casi una vieja, ó por lo menos tengo algunos años de edad más que tú, y esto me da derecho para reconvenirte un poco. Tú no tienes confianza en la vida y esto á tu edad es un mal. ¡Vaya! Todos tenemos nuestros pesares y cuidados. ¿Crees que no veo yo también que mi padre envejece mucho, que pierde la vista y que nuestra casa marcha peor que nunca? Y sin embargo, no por eso estamos más tristes. Mamá suprime algunos platos y yo corro por París para ganar alguna cosa: he aquí todo; pero vivimos casi como antes.... Yo carezco de experiencia; pero creo que para juzgarme verdaderamente desgraciada sería preciso que no tuviera á nadie á quien amar. Es la única preocupación que puede entristecer.... ¿Sabes que acabo de lograr una de las mayores satisfacciones de mi vida? Había notado que papá, para hacer economías ¡pobrecillo! fumaba menos que de costumbre. Pues bien: afortunadamente me ha salido una nueva lección en Batignolles, y desde que he cobrado los honorarios del primer mes, le he llevado un grueso paquete de tabaco y se lo he puesto sobre la mesa.... No debe uno quejarse mientras tenga la dicha de conservar personas amadas.... Comprendo el secreto disgusto que te atormenta respecto á tu padre, pero piensa que él ha sufrido mucho, que te ama y que eres su único consuelo.... Y cuando te asalten negros pensamientos, ven á casa de tus antiguos amigos, Amadeo, y ellos precurarán dar calor á tu corazón con el fuego de su amistad, comunicándote su valor, el valor de los pobres, que se compone de un poco de indiferencia y de mucha resignación.

En esta conversación habían llegado los dos jóvenes á la terraza florentina.

—Vamos de prisa,—dijo Luisa después de haber mirado al cuadrante; acompáñame hasta to-

mar el ómbibus del Odeón.... me he descuidado un poco.

Amadeo, andando al lado de la joven, la miraba con cariño. ¡Ay! No, no era bonita la pobre Luisa, á pesar de sus grandes ojos tan expresivos; y mucho menos coqueta. ¡Que buena y valerosa era la joven Luisa! ¡Con cuánta afusión de corazón había hablado de su familia! Para ganar el tabaco de su padre y el vestido nuevo de su linda hermana, cuyo nombre pronunciaba con maternal sonrisa, salía de mañana, con la niebla, á pisar los baches de París. Su aspecto, más que lo que ella acababa de decir, infundía en el débil y melancólico Amadeo la energía y el deseo de los designios viriles.

—Mi querida Luisa,—la dijo con emoción.—Me creo muy dichoso en tener una amiga como tú.. una amiga de tanto tiempo. ¿Te acuerdas de nuestras cacerías de la gorra de pelo cuando éramos niños?

Acababan de salir del jardín y se hallaban detrás del Odeón. Los dos caballos del ómnibus de la estación, percherones de un blanco amarillento, muy cansados, se frotaban la cabeza uno á otro como para acariciarse. Luego, el de la izquierda levantó su pesada cabeza y la posó sobre la crin de su compañero.

Luisa señaló con el dedo hacia los pobres animales, cuya postura era conmovedora.

—Su suerte es bien dura, ¿no es verdad?—dijo sonriendo.—¡Qué importa! Si son buenos camaradas......con esto basta para soportarla.

Y después de haber dado un apretón de manos á Amadeo, subió ligeramente al carruaje.

Durante sus horas de oficina, el joven estuvo inquieto por su padre, y á las cuatro, un poco antes de la hora de salida, fué al negociado de M. Violette; pero le dijeron que el empleado acababa de marcharse, diciendo que iba á comer al Gran Montrouge, en casa de un compañero. Amadeo, un poco más tranquilo, se decidió á reunirse con su amigo Mauricio, en la fonda de Foyot.

VIII

Amadeo llegó el primero á la cita, y no bien hubo pronunciado el nombre de Mauricio Roger, una voz vibrante gritó desde lo alto de la escalera: «¡Salón amarillo!»

E inmediatamente el joven fué conducido junto á una mesa de deslumbrante blancura por un camarero de barbita á la americana y tan ágil como un prestidigitador.

Este peripuesto personaje escamoteó rápidamente el paletó y el sombrero de Amadeo, y le dejó solo en el gabinete radiante de bujías encendidas.

Evidentemente se trataba de un festín. Una majestuosa fuente de cangrejos resaltaba en medio de la mesa, y cada cubierto (había cinco) estaba escoltado por un pelotón de vasos grandes y chicos.

Casi en seguida llegó Mauricio acompañado de otros convidados, jóvenes cuidadosamente vestidos, en los que Amadeo no reconoció á ninguno de sus compañeros del liceo Enrique IV, que solían llevar la barba descuidada, la ropa sucia, medias azules y pantalones algo usados por detrás. Pero con los apretones de manos y las frases de: «¡Bab! ¿Eres tú?» «¿No te acuerdas de mí?» el joven reconoció á todos, aunque algunos estaban muy transformados.

¡Vaya! ¿Ese gránulo de hombrecillo, con la cabeza alta, como satisfecho de su persona, es Gorju, que quería hacerse actor? Pues lo ha conseguido hasta cierto punto, puesto que asiste á la clase de Regnier, en el Conservatorio. Vestido de nuevo de piés á cabeza, está resplandeciente y durante los tres minutos transcurridos desde que ha entrado ha contemplado ya diez veces en el espejo su cara de facciones pronunciadas, hechas para ser vistas de lejos, su nariz remangada y sus mejillas que se han vuelto azules á fuerza de afeitarse. Su primer cuidado es decir á Amadeo que ha renunciado á su nombre de Gorju, imposible en el teatro, tomando el pseudónimo de Jocquelet, y después, sin perder un momento habla de sus «medios,» «de su atractivo» y de su «físico».

¿Y quién es ese alto y guapo mozo, de tan recortadas patillas, cuya cabeza y facciones regulares parece que están esculpidas en jabón, y que acaba de dejar en el sofá una amplia toga de abogado? Pues nada menos que Arturo Papillón, laureado en elocuencia latina, que quiere organizar una conferencia en el liceo y dividir la clase de retórica en grupos como un parlamento. ¿Y en qué se ocupa Papillón? Estudia Derecho y es naturalmente, secretario de la conferencia Patru. Al que más pronto conoció Amadeo fué al tercer convidado, diciendo alegremente:

—¡Calla! ¿Eres tú, Gustavo?

El antiguo roñoso, al que llamaban «buen agüero» porque su padre había hecho una inmensa fortuna con los guanos. No ha cambiado mucho Gustavo: sigue teniendo los ojos hundidos y la tez verde gris. Pero ¡qué *chic!* Vestido completamente á la inglesa, desde la punta de sus botinas puntiagudas con pequeños agujeros, hasta la herradura que le sirve de alfiler de corbata, parece un jockey en día de fiesta. ¡Ese bromista de Gustavo! ¿Pero en qué se ocupa ahora? Pues en nada. ¿Para qué ha ganado su padre trapisondeando doscientos mil francos de renta? Gustavo aprende á conocer la vida, nada más; y para esto se levanta todos los días á las doce con el mal sabor en la boca de la cena de la víspera, y todas las noches le sorprende la aurora en una mesa de baccarat del Club de los Pasteles, después de haber pasado cinco horas diciendo «hago la puesta» con voz sorda y cavernosa. Digo que Gustavo estudia la vida, lo cual, considerado su aspecto de clown macabro, puede conducirle el mejor día á trabar conocimiento con algo bien diferente. Pero á su edad, ¿quién piensa en la muerte? Gustavo quiere conocer la vida, ¿lo entendéis? y cuando un prolongado golpe de tos interrumpe alguna de sus idiotas carcajadas, sus consocios del Club de los Pasteles le tocan en la espalda diciéndole que tosa con moderación.

A todo esto, el camarero con facha de escamoteador ha traído la sopa, y al destapar la sopera hace tal mueca á lo Roberto Haudin, que es sorprendente que no salte de aquella un cangrejo vivo ó un ramillete de rosas. Pero no, es sencillamente un puré de lentejas. Los convidados le asaltan en silencio, pero después del vino del Rhin, todas las lenguas se sueltan, cuando el sollo normando ha sido devorado. ¡Oh envidiable

apetito de los veinte años! Los cinco jóvenes hablan á un tiempo.

¡Qué bullicio! Las frases se cruzan; Gustavo elogia las cualidades de un «stepper» que aquella mañana ha probado en la avenida de los caballeros (acá para *inter nos*, hubiérale convenido más levantarse tarde y beber un poco de aceite de hígado de bacalao); Mauricio grita al camarero que

destape el Chateau Leoville; Amadeo habla de su futuro drama al futuro actor Gorju, alias Jocquelet, y éste, como hombre de experiencia, le da consejos con su voz de trompeta que sale de su nariz de idem, y cita la famosa frase de Talma á un poeta dramático: «Sobre todo, nada de versos;» Arturo Papillón que se dedica á la tribuna, encuentra excelente ocasión de ejercitarse en dominar el tumulto de las asambleas, y brama para él solo el elogio de un discurso de Julio Favre.

En esta mezcla de conversaciones, el tímido Amadeo es vencido de antemano. Tampoco Mauricio tarda en callarse, sonriendo un poco desdeñosamente por bajo de su bigote rubio, y un ataque de pituita pone á Gustavo fuera de combate. Sólo el abogado y el futuro actor, semejantes á dos navíos de línea que disparan sus andanadas, continúan cañoneándose de palabra. Arturo Papillón que es de la oposición liberal, desea que el gobierno imperial vuelva al «juego pacífico y regular de las instituciones parlamentarias, y para apoyarlo muestra un número del *Correo del Domingo* y quiere leer un artículo, pero el futuro actor se lo impide dando rienda suelta á su terrible órgano de voz, que se asemeja á la bocina de Gedeón; y decididamente victorioso, prorrumpe en mil necedades, declarando que el personaje de Alcestes debe representarse en bufo. Critica á Shakespeare y á Hugo, y exalta á Scribe. Luego, sin interrupción, á pesar de su perfil de botarga de la Edad Media, que le asegura en el porvenir un puesto en el género cómico, afirma que él ha venido al mundo para representar papeles de galán joven, y que se encarga de hacer «simpático» el de Nerón en *Británico*.

Esta jerga hubiera sido abrumadora sin la entrada en escena de unas perdices trufadas, que el escamoteador trincha y distribuye en menos tiempo que hubiera empleado en barajar unos naipes «no preparados.» Sirve al sencillo Amadeo el peor trozo, del mismo modo que le hubiera obligado á elegir el nueve de bastos. Luego llena las copas de Chambertin, las cuales se encargan de vaciar á porfía todos los concurrentes; exáltanse otra vez las imaginaciones; pónense de nuevo todas las lenguas en movimiento, y la conversación (esto era inevitable) versa sobre mujeres.

Jocquelet empieza pronunciando el nombre de las más célebres y lindas artistas de París. Las conoce á todas, y las describe como si se hubieran quitado el corsé delante de él; menciona la lista de sus amantes, y pormenoriza sus bellezas como un mercader de esclavas.

—Lucilita Prunelle,—dice, —acaba de enredarse con el gran Moncontour....

—No es cierto,—interrumpe Gustavo, con cara de desenterrado—le ha dejado por Gerfbeer, el banquero.

—Te digo que no.

—Te digo que sí.

Y por poco arman camorra, si Mauricio, por ponerles en paz, no se hubiese chanceado con el bello Arturo Papillón á propósito de sus amores.

Porque el joven abogado bebe muchas tazas de té orleanistas, va á los mismos salones que Beulé y Prevost-Paradol, y acompaña á mujeres políticas á las recepciones de la Academia francesa!

—¡Ah, malvado!— dice Mauricio,—debes hacer estragos.

Y Papillón lo niega con sonrisas llenas de fatuidad y de sobrentendidos, y añade sentenciosamente, metiendo los dedos pulgares de ambas manos en las aberturas de su chaleco:

—*Abstineo Venere*,— y baja cómicamente los ojos; porque hay que tener en cuenta que no le asustan las citas en latín.

Además, se declara muy exigente en tales materias; sueña con una Egeria, con un espíritu superior.

Lo que se calla es, que ayer mismo una diablillo de modista, á quien quiso hablar en la calle Soufflot, al salir de la Escuela de Derecho, le midió de piés á cabeza, amenazándole con llamar á la pareja de orden público si no la dejaba en paz.

A consecuencia de una nueva broma de Mauricio, el abogado formula en los siguientes términos su programa amoroso:

—Tened entendido que aun cuando una mujer poseyera la inteligencia de Hypatia, la sensibilidad de Heloísa, la sonrisa de la Yoconda y las formas de la Antíope, si á estos atractivos no reunía la garganta de la Venus de Médicis.... yo no podría amarla.

Sin elevarse tanto, el futuro cómico se muestra también muy exigente, especialmente desde el punto de vista plástico. Para él, Déborah, la trágica del Odeón, que es una estátua griega, tiene las manos demasiado grandes, y la hechicera Blanca Pompón, que incendia los proscenios de variedades, no es más que una muñeca de cera.

—Pero el más intratable de todos es Gustavo. Excitado por el vino de Borgoña (le sentaría mejor medio vaso de agua de Aguas Buenas, toma-

do con leche caliente por las mañanas) proclama que la más hermosa criatura del mundo no es agradable más que para una noche: esto, para él, es axioma inconcuso, y únicamente hace una excepción en favor de la ilustre bailarina del casino Cadet; Nini la auvernesa, merced á la gracia diabólica que ostenta cuando se cena con ella; es para morirse de risa.

En efecto, Gustavo, no os moriréis de risa, pero os iréis consumiendo poco á poco, si no os decidís á llevar una vida más metódica y á pasar todos los inviernos en el Mediodía.

El sencillo Amadeo sufre un suplicio, porque siente heridas todas sus ilusiones, que son una mezcla de deseo y de sentimiento. Además, acaba de descubrir en sí mismo una deplorable facultad, una nueva causa para ser desgraciado, y es: que el espectáculo de la tontería le hace padecer. ¡Qué groseros y mentirosos son esos jóvenes! Gustavo le parece un tonto de solemnidad, Arturo Papillón un pedante; en cuanto á Jocquelet le encuentra tan insoportable como un moscón que zumba entre el cristal y la cortina del cuarto de un hombre nervioso.

Afortunadamente, Mauricio da la nota alegre, prorrumpiendo en una juvenil carcajada.

—Pues bien, amigos míos!—exclama,—sois unos necios, y.... ¡por Príapo! que yo no me parezco á vosotros; yo no me meto en tantos dibujos. ¡Viva mi mujer y vivan las mujeres!.... Sí, todas, las bonitas y las otras, porque verdaderamente no hay feas siendo del otro sexo. Yo no quiero notar que esa miss tiene piés de inglesa, y olvido la tez de vendimiadora de la posadera y que su garganta es tan basta que rompe el cuello de su camisa.... Así, pues, no digáis majaderías y haced como yo: morded todas las manzanas mientras tengáis dientes..... *Gaudemus igitur*......

¿Sabéis por qué en el mismo momento en que requiebro al ama de la casa me llama la atención la nariz de la criada, que trae una carta? ¿Y sabéis por qué al salir de casa de Cydalisa, que me ha puesto una rosa en el ojal del paletó, vuelvo la cabeza al ver pasar á Margotón, que viene del mercado con la cesta debajo del brazo? Pues porque es otra, ¡hijos míos!, otra. He aquí la gran palabra! Sí, las mil tres ... Don Juan tiene razón.... Yo siento correr por mis venas su hermosa sangre de libertino.... y.... el mozo va á servirnos un poco de champagne, ¿no es así? para beber á la salud del amor.

Mauricio es un cínico, pero esta explosión de juventud resulta agradable. Todo el mundo aplaude. El prestigiditador, de delantal blanco, que bulle en torno de la mesa como un pensionista del palacio de los monos, hace saltar el tapón de una botella de Rœderer (es raro que no salgan de ella fuegos artificiales), y ved aquí que vuelve el buen humor. Reina este bullicio hasta el fin de la comida, y sólo es turbado por el imbécil Gustavo. Ha querido beber tres copas de kummel (¿por qué no le han servido jarabe de savia de pino?), y figurándose que Jocquelet le mira de reojo, manifiesta súbitamente la formal intención de tirarle una botella. El cómico, muy pálido, recuerda todas las escenas de provocación que ha visto en el teatro; se incorpora en su silla, arquea el pecho y dice: «Estoy á la orden de usted,» procurando representar la situación. Pero todo es inútil. Gustavo, detenido por Mauricio y Amadeo, está completamente ébrio; á las amonestaciones de sus amigos, sólo responde con un torrente de lágrimas, y cae de bruces sobre la mesa, rompiendo algunas piezas de vajilla.

—Vamos, es preciso acostar al niño,—dice Mauricio haciendo una seña al camarero.

¡Ah, Roberto Houdín! En un abrir y cerrar de ojos, el harapo humano que se llama Gustavo, es levantado de su silla, abrigado con el sobretodo, cubierto con su sombrero, descendido por la escalera y tirado en un coche de plaza. Después vuelve el escamateador, y ejecuta su última suerte, haciendo desaparecer el plato en donde Mauricio ha arrojado algunos luises para pagar la cuenta.

Es tarde, más de las once, y los amigos se dan los apretones de mano de despedida entre una niebla densa y húmeda, á través de la cual los mecheros de gas se parecen á los faroles de papel de los vendedores de naranjas. ¡Brr! ¡qué humedad!.

De una y otra parte se oyen las consabidas frases de despedida.

—¡Adiós!

—Hasta la vista.

—Que sigas bueno.

—Gracias. Lo mismo.

—Memorias á las señoras.

Arturo Papillón, que está de frac y corbata blanca, como todas las noches, tiene tiempo todavía para presentarse en un salón político de la orilla izquierda para ver al historiador ginebrino

Moichod, autor de esa famosa *Historia de Napoleón*, en la que sienta la premisa de que Bonaparte fué un mediano general y que todas sus batallas fueron ganadas por sus lugartenientes.

(Continuará.)

Páginas de la Moda

FIG. 1.—GRUPO DE TOILETES PARA CALLE.

SAFO Y ASPASIA.

I

No puede vanagloriarse la Grecia antigua de los tipos femeninos que representen más genuinamente los brillantes dones de la inteligencia. Aspasia es la expresión de la elocuencia, Safo la musa de la poesía: disputa el premio á Alceo en certamen poético, como lo disputa Aspasia á Sócrates en discusiones filosóficas.

Los historiadores han cometido una omisión denominando siglo de Pericles á la época más notable de Grecia; debieron denominarla siglo de Pericles y Aspasia, ya que ésta fué la inspiradora del restaurador de Atenas.

Nueva Onfalia apellidádanla los poetas por la influencia que ejercía en Pericles. ¿Quién podrá negar á esta mujer importancia. Platón afirma que muchos de los discursos pronunciados por Pericles son de ella; Luciano la declara hábil politica; Fideas confiesa que supera en sentimiento estético á todos los artistas.

Brillante fué la existencia de Aspasia; ambiciosa de gloria, abandona á Mileto para marchar al emporio de las artes y las letras, y apenas llega á la ciudad de Cécrope fórmanle círculo Sócrates, Platón. Pericles y Alcibiades.

Extraordinario talento necesitábase para distinguirse por la elocuencia en la patria de los oradores. mas tan difícil triunfo lo alcanzó Aspasia.

Safo y Aspasia son más que Helena el alma de Grecia: Helena perfeccionó la plástica inspirando la idea de la verdadera belleza, pero Safo y Aspasia perfeccionaron el espíritu haciéndole remontar á las más altas esferas. Elegantes improvisadoras, una en prosa y otra en verso, fueron maestras de grandes hombres. Háseles atribuido á estas dos celebridades defectos que no tuvieron, porque el haber nacido en Mileto y en Lesbos, ciudades muy corrompidas, fué para ellas pecado que debían expiar.

El genio siempre poderoso, libertó á Safo y Aspasia de la esclavitud que sufrían las demás mujeres, el genio las elevó por cima de todas ellas, conquistándoles un lugar entre los hombres ilustres cuando la mujer no lo había alcanzado aún ni entre los hombres vulgares.

Atenas debe á Aspasia su engrandecimiento, pues cuanto hizo Pericles, el regenerador, aquel á quien llamaron el Olímpico, lo hizo por influencia suya.

Prodigioso fué el talento de Aspasia: á los diez años de edad leía á los filósofos. poetas y oradores, comprendiéndoles. ¿Cómo no había de ser ídolo de Atenas la mujer que unía á la más clásica perfección de las modas los encantos del ingenio? Su padre era escultor y por eso, al hablar de él, decían mostrando su admiración hacia la amada de Pericles.

«Preciso es que Rhodos tenga en el entendimiento impresos juntamente los tipos de la belleza y la sabiduría, pues que tal hija ha engendrado.»

Mucho debía valer Aspasia cuando supo elevarse desde su humilde condición al alto rango de Pericles, y muerto éste hacer del obscuro y vulgar Lysicles nada menos que un Arconte.

Sabido es que Aspasia, cuando se enamoró de Pericles pertenecía al número de las hetairas.

Fig. 2.—Sombrero Odette.

La hetaira es un tipo poco conocido que merece descripción. Regalada en Grecia la mujer al gineceo encerrada en el hogar sin ocuparse más que de las faenas vulgares, sin asociarse á la vida pública del hombre, sin acudir á los teatros y festines, viviendo á su lado en una especie de infancia eterna, sin llegarse á realizar nunca en aquellos matrimonios el matrimonio de las almas, los hombres superiores sintieron el vacío que deja en la existencia del marido la compañera que carece de inteligencia é instrucción, y dedicáronse á buscar á la mujer culta.

Para guardadora del hogar y conservación de la especie tenían á la esposa que no era más que procreadora, para los placeres fáciles á la cortesana vulgar, para la voluptuosidad del alma á la hetaira. Educábase á la hetaira en colegio, enseñándosele música, poesía y todas las hechicerías que encierra el arte de agradar, todas las seducciones hijas de la más refinada coquetería, para que con ella satisfaciera el espíritu y la materia. Sabía dar variedad al placer descartándolo de la parte grosera, encender los deseos, avivar el fuego de los sentidos; era, en fin, la poesía de la sensualidad, la esencia de la materia idealizada. La hetaira no aceptaba más que un amante; al hastiarse de él, sustituíale por otro. La hetaira visitaba el taller del artista y servía á éste de modelo, conversaba con los filósofos y discutía con los polemistas. Hubo hetairas muy famosas; las más célebres, residían en Mileto, en Lesbos y en Corinto. Algunas de ellas han pasado á la historia. Thais fué amada de Alejandro, Mirrina de Tolomeo, Arqueanasa de Platón y Teodota de Sócrates.

A falta de virtudes femeninas poseían virtudes viriles: Gliceria desdeñó un trono egipcio por no separarse del poeta Menandro; Leena se cortó la lengua y la arrojó á sus asombrados verdugos para no revelar el nombre de su amante acusado de conspirador.

Superior á todas las hetairas era Aspasia, que supo apoderarse del corazón de Pericles, obligarle á separarse de su mujer y á que le diera el lugar de ésta.

Fué tan grande su importancia en el pueblo griego, que mereció el renombre de Helena, más que por alusión á su hermosura, por haber originado las guerras de Samos, Megara y la muy famosa del Peloponeso.

Aspasia se adelantó á su siglo: tuvo presentimiento de la unidad de Dios y, al negar á los falsos dioses, fué acusada de irreligión por el poeta Hermipo, pero ella se defendió ante el Aréopago, quedando absuelta, gracias á su elocuencia.

Aspasia, como Targelia, dominó á los próceres; ambas poseían notable inteligencia. La amada de Pericles tenía tanto arte en la oratoria que aprendieron muchos atenienses de ella.

Por haberse extendido notablemente la fama de Aspasia, algunos hombres ilustres daban tan brillante nombre á la mujer que querían distinguir: así lo hizo Ciro con su amada Milto.

Gloriosa fué la vida de Aspasia: Pericles gobernó al culto pueblo ateniense, mas ella gobernó al ilustre gobernante.

Concepcion Jimeno de Flaquer.

Fig. 3.—Traje para señorita.

Fig. 4.—Cuello Regente.

En boca del embustero ni la verdad es buena.

Las cosas son para el que las halla, no para el que las busca.

Los poetas son los historiadores del sentimiento.

Los cuerpos humanos, lo mismo que los celestes, tienen atracción y repulsión.—*Cervantes.*

Fig. 5.—Sombrero Roxana.

LA EDUCACION DE LOS HIJOS

Antiguamente los padres educaban á los hijos por el terror: hoy, en las clases acomodadas sobre todo, los dejan hacer todo lo que quieren y los convierten en pequeños tiranos.

Ambos extremos son viciosos. Al niño debe tratársele con suave firmeza: enseñarle á obedecer, pero no intimidarlo con amenazas ni castigos. Tan pronto principia á comprender, el padre prudente le explica, lo que es bueno y lo que es malo: le elogia cuando se porta bien y le reprende cuando hace algo malo, no consintiendo de modo alguno que le desobedezca, porque si lo tolera una sola vez: el niño volverá á desobedecerle y al poco tiempo tendrá que emplear medios violentos para reducirle á la obediencia. Cuanto más tarde, más difícil le será dominarlo y tendrá que apelar á severos castigos ó dejarle perder.

Es defecto general de los padres y más aún de las madres, traducir en gracia muchos actos de mala crianza de sus hijos. Los que quieran juzgar con imparcialidad de esos actos, examínenlos en los hijos del vecino, y verán cuán feos é insufribles les parecen; por ahí podrán comprender lo que de los suyos pensarán los demás.

Los que son demasiado severos con sus hijos, deben acordarse de lo que ellos hacían cuando eran de la misma edad, y de seguro serán más indulgentes.

Fig. 6.—Traje Zara.

FIGS. 7 Y 8. DOS TRAJES ELEGANTES.

Cuando falta alguna cosa ó aparece rota, hay padre que llama á su hijo con acento iracundo y le pregunta con voz de trueno si ha sido él quien cometió la fechoría.

¿Qué ha de hacer el muchacho sino mentir en caso de que él halla sido, lo mismo que mentiría su padre en un caso igual si su interrogador le amenazara con un revólver ó un puñal?

De ese modo es como muchos padres forzan á sus hijos á ser mentirosos.

Al niño, primero, y al muchacho después, debe tratársele como persona verídica y no manifestar nunca desconfianza de su palabra, aunque se tenga. Esta confianza le energullece y la anima á decir siempre verdad. Si ha obrado bien, conviene elogiarle y reprenderle con dulzura si ha hecho mal, explicándole, al mismo tiempo la fealdad de su acción, para convencerle de que no se le reprende por capricho.

Cuando el muchacho sabe leer, conviene poner en sus manos libros escritos para ellos, en que se relatan cuentos, anécdotas ó historias sencillas muy á propósito para desarrollar los buenos instintos é inclinaciones en las mentes infantiles.

Los castigos, sobre todo los corporales, deben evitarse siempre. La persuación y la firmeza de carácter son los medios más efectivos. Para eso es preciso que los padres no lleven su excesivo amor hasta el extremo de que sus hijos no les pierdan el respeto porque entonces hay que apelar al castigo para recobrarlo. De lo contrario el hijo se pierde.

En la mayor parte de los casos, la mala educación de los hijos, depende ó del amor mal entendido de los padres, ó del abandono de los mismos. ¡Cuántos jóvenes se vuelven viciosos y se pervierten porque sus padres no supieron educarlos! La educación moral de los hijos es una empresa que requiere mucho tacto y exquisita delicadeza; y no obstante, ¿cuántos son los padres que se cuidan de llenar cumplidamente este deber? Con vestirlos del mejor modo que pueden y tenerlos bien alimentados, creen haber satisfecho sus obligaciones.

Cuando después resulta uno pendenciero, insolente, jugador, borracho, asesino, exclaman el padre y la madre «¡qué desgracia!» y no se convencen de que ellos tuvieron gran parte en la perdición de su hijo, por no haber reprimido á tiempo los instintos de su prole.

Nuestros Grabados.

FIG. 1. GRUPO DE TOILETTES PARA CALLE.

A.—Traje de sarga gris acero. Falda con tres grandes vuelos, triangulares los dos primeros, cayendo sobre el primero graciosamente. Blusa plegada. Plastrón plissé muy reducido y prolongándose en cuello alto.

B. Gran toilette de cheviotte. Jacquette militar orlado de cinta de seda. Cuello fantasía. Falda sencilla ornada de cinta de seda clara.

C.—Paletot de pieles. Corto, recto y ajustado, cuello princesa.

D.—Gran sombrero. Es en tricornio de fieltro con dos grandes lazos de raso á derecha é izquierda. Gran penacho cayendo graciosamente á la izquierda. Bajo la falda un lazo de terciopelo.

FIG. 2.—SOMBRERO ODETTE.

Capelina para señorita, género antiguo, en fieltro negro muy blando inclinándose á la derecha y hacia atrás.

Sobre la parte superior de la falda, nudo de terciopelo negro aconchado. Al rededor de la falda un simple terciopelo negro anudado en cuatro largas conchas.

FIG. 3.—TRAJE PARA SEÑORITA.

Se hace en lana gris ó en paño amazona. La falda está guarnecida de un pequeño volante en forma. Fichú pelegrina, adornado de un gran volante de blonda. Plastrón y cuello de terciopelo.

FIG. 4.—CUELLO «REGENTE.»

Es de paño avellana. Con doble pelerina hecha de patas de paño sobre paño blanco. La estola y el collet son de una gran elegancia.

FIG. 5. —SOMBRERO ROXANO.

Capelina de terciopelo negro de doble caso. Puede llevarse levantado delante estilo Cyrano, como lo muestra el grabado.

Sobre la parte levantada un nudo de conchas de terciopelo negro superpuestas. Grandes penachos de avestruz.

FIG. 6.—TRAJE ZARA.

Redingote para señorita en paño gris oriente, ornado de bordados de pasamanería negra. Se compone de una espalda recta, estilo sastre y de un delantero cerrado en medio con un plastrón.

FIG. 7 Y 8. DOS TRAJES ELEGANTES.

Ambos muy sencillos y elegantes, de sarga de lana con aplicaciones bordadas de mucha fantasía en el cuerpo.

FIG. 9.—CAPOTA MUGUET.

Muy ligera y muy elegante. En la parte anterior un gran lazo fantasía formando alas y antenas de muselina de seda orladas de encaje. En la parte posterior grandes chifones de tul, alternados con rosas.

Alabar úna buena acción es participar en ella.—*Rochefoucauld.*

* * *

La cólera empieza por la locura y acaba por el arrepentimiento.—*Máxima Oriental*

* * *

El esclavo no tiene más que un amo; el ambicioso tiene tantos como personas pueden serle útiles en sus aspiraciones. *La Bruyere.*

* * *

Los grandes pensamientos proceden del corazón.—*Vauvenargues.*

FIG. 9.—CAPOTA MUGUET.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 29 de Enero de 1899. | Número 5

Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.

CUADRO DE JULIO RUELAS. **PIERROT DOCTOR.** FOT. DE LUIS C. SANDOVAL.

Director: LIC RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

El espectáculo de moda, como en el principio de todos los años, es el Circo.

Es una resurrección de invierno.

Ya, desde que termina el crepúsculo; el reflector arroja su claridad deslumbradora á lo largo de las calles. En la punta de la erguida torrecilla de la murga, que se adelanta atrevidamente en la fachada como si quisiera desprenderse de la gran barraca, el foco reluce y envía en todas direcciones sus manojos de rayos. Los hilos de luz blanca surgen de aquel punto radiante y parten rígidos, inflexibles, trazados en el aire con precisión y finura, á prender sus puas vívidas en las azules obscuridades de la noche. Enfilados en esa línea de calles, los transeuntes bullen dentro de aquella ráfaga, que, prolongándose y abriéndose, como una ala, va palideciendo y se desvanece al fin en las opacas lontananzas. Este es el anuncio pomposo de Orrin: el astro eléctrico del Circo, el llamamiento de luz. Hacia él van las gentes apresuradas como los insectos hacia la llama. El esplendor conquista.

Y poco antes de las nueve, el jardín del pórtico apenas puede contener en sus angostas calzadas, á la muchedumbre inquieta: la aristocracia penetra, en grupos compactos, por las amplias puertas de medio punto que dejan escapar la iluminación interior, lanzando bocanadas de reflejos sobre las manchas verdes del parquecillo, y por las fachadas laterales, hechas á modo de bardas de láminas y con dos ó tres vanos asimétricos y desproporcionados, se filtra la concurrencia plebeya.

Al entrar, la impresión es muy agradable: un desbordamiento inmóvil de cabezas en el descenso de las gradas, una confusión de colores y de rostros en la vaguedad de la penumbra; una mezcla abigarrada de contornos; trajes de tonos chillantes; salpicaduras de rojo y negro en los largos espacios blancos de las camisas, la multitud ascendiendo y alejándose hasta tocar las barras de la techumbre.

Luego, dentro del círculo de los palcos, en cuya barandilla se yerguen, de trecho en trecho, los delgados mástiles que sostienen su campánula de luz, erecta y brillante, bustos de mujeres hermosas, cabrilleos de seda, vuelos de encajes y listones, caprichosas formas de tocados femeninos, aleteos de sombreros y gorras, artificiales florescencias, y aquí y allá el tembleteo de luciérnaga de las piedras preciosas. Después, en las butacas la tonalidad seca y monótona de los abrigos obscuros, y los sorbetes lucientes bajando en suave declive, en curvas concéntricas, para detenerse en derredor de la pista, cuyo gran círculo queda fuertemente iluminado por un chorro de claridad. Al frente, el reducido foro ostenta su telón flamante, pintado como una cuadrícula de tonos abigarrados y que parece, por eso, la capa de un mendigo. Es allí donde se exhiben hércules, ciclistas, y prestidigitadores.

La compañía de funámbulos está variada y escogida. No he visto, sin embargo, en las noches en que he asistido al circo, *reinas del aire*, trapecistas no juglares de seis años. No sé por qué el público gusta de que la infancia en peligro lo divierta.

La reina del aire, aquel lindo artículo de Gutiérrez Nájera, se reproduce al natural en todos las épocas del Circo. Por mi parte, siempre lo he visto, ó casi siempre. He aquí, lo que año por año tal vez, sucede ante mis ojos.

Suena un timbre y la piña de músicos, colocada junto á la murallas del escenario, comienza á ponerse en movimiento, á levantar y abatir los arcos de sus violines, á enderezar la flor de metal de sus instrumentos, á hacer saltar los bolillos de cuero en el parche de los timbales, al compás de un *wals* lento y quejumbroso que produce extraño efecto en aquel lugar. De la puerta que cubren las cortinas carmesíes, sale la *reina del aire* acompañada de un séquito de robustos hombres todos ellos vestidos de fantasía. ¡Y está bien ataviada! El raso de la suelta blusilla azul espejea entre las rosas de los listones; sobre las medias tersas que siguen con precisión el dibujo de las piernas delgaduchas, brilla una lluvia de granos de plata y resplandece también el rubio dulce de la cabellera suelta que flota á espaldas de la niña como un alquicel de oro.

Ya en medio de la *pista*, el semblante de ojazos claros y llenos de asombro hace una mueca de saludo, y los bracitos desnudos, de blancura sin morbidez, se alzan hasta los labios para mandar un beso á la multitud.

¿Qué hace la niña? Con una agilidad nerviosa salta, sube por el cordel que acaban de ofrecerle unos gigantes; se ase á las altas argollas pendientes de la armadura de hierro, y, meciéndose en el aire, ejecuta su *atrevido acto*, correctamente á tiempo, con la función precisa de una máquina; voltea, se descoyunta, abre los brazos alejando las argollas de su cuerpo, como un pájaro abre las alas; se columpia, reclinada, como en un lecho entre las cuerdas del aparato, y después, cuando ha terminado su trabajo se enreda al cable por donde ha subido y gira en vértigo loco, perdiendo la forma, confundiendo los colores del traje, y tendiendo su cabellera como un arapo amarillo batido por el viento. Sigue la queja monótona del *wals*; de pronto, se interrumpe por un aplauso monótono, y la chiquilla en pié, sobre la alfombra de la *pista* hace reverencias á ese público donde, de seguro, hay niños felices y madres tiernas que gozan con ver aquella debilidad en peligro, aquel sér brutalmente educado, arrancado á los pañales de la cuna y puesto, de improviso, sobre los aparatos del acróbata, en perpetuo riesgo—¡no importa! ¡tanto mejor! para divertir á los buenos burgueses, á los que lloran con los dramas de Bouchardy, y ayudan á un saltimbanco y á una suripanta á ganarse la vida. Hay tristeza en ese rostro y nadie la nota; una tristeza seca que empaña y no humedece las pupilas. La concurrencia ríe y aplaude. ¡Muy bien! ¡Qué atrevimiento!

Y en tanto que salen los *pierrots* á tirarse el sombrero de cabeza á cabeza, que aparece Bell el *Clown* favorito, que corre el caballo con el atrevido *jockey* en el lomo, que los payasos hacen juegos malavares con los violines, que caen y se levantan torres de hombres, que se preparan los funámbulos á darse cachetes en la pantomima, yo me quedo pensando en aquella niña rubia, de ojos asombrados y cuerpecito enflaquecido que se balancea y vuelve describiendo en el viento sesgos y curvas de ave, como si ante la multitud indiferente, avara de sentimientos y de ternuras, una hada invisible y compasiva la sostuviera por los aires!. ..

* * *

Ha reaparecido nuestra vieja amiga, *La Bohemia* y hemos vuelto á aplaudir sin reserva á Puccini. Desde hacía algunos años conocíamos al joven maestro por su *Manon* y sabíamos que era un sabio. La *Manon* no nos revelaba otra cosa. Un sólo grito del alma salía, como el surtidor de una fuente, de toda la obra. Hay en *Manon* frescura y originalidad; pasión no. El músico se preocupó de las combinaciones y desdeñó los sentimientos.

Yo convengo en que Wagner no los necesita; sus héroes no son hombres; están hechos de niebias teutónicas y de sueños místicos; no caminan sobre la tierra y se conservan siempre alejados de nosotros, en la línea del horizonte. Pero *Manon Lescaut* no se parece á *Elsa de Bravante*. Esta es fulgor de luna; aquella es carne; ama y siente á nuestra manera. Puccini, sin embargo, no halló para la heroina de Prevost, un acento conmovedor y hondamente sentido. Se preocupaba demasiado de la ciencia musical y en ella agotaba sus energías.

En la *Bohemia*, se reveló, al fin, hombre, sin que el sabio hubiera desaparecido. Es una maravillosa narración, hecha con nota, palpitante de frescura y de vida, y que rebosa sentimiento y ternura.

El músico no es sólo artista, es psicólogo y tal parece que en su existencia de enamorado del Arte, su juventud fué también bohemia. Hay mucho suyo, mucho espontáneo en esta partitura admirable. En ella domina una tendencia descriptiva que encanta: es obra de gran colorido y realce; absolutamente realista.

Los jóvenes maestros italianos, persiguiendo nuevos ideales, vienen acometiendo la audaz empresa de bajar la música de la cumbre de la leyenda, de la epopeya y de la tragedia para derramarla por los campos de la realidad *vivida* y hacer que ascienda nada más hasta el nivel del corazón humano....

* * *

No creo en las mujeres ingratas. Esta es la única razón que tengo para afirmar que el *facsímile* que hoy publica *El Mundo* es un regalo para los espíritus femeninos. No son, por cierto, estas estrofillas sueltas del *Duque Job*, una obra excelente, y no como tal la publicamos. Son páginas olvidadas en cualquier rincón de la vida, como dice Justo Sierra, y que hurgando, hurgando, nos hallamos y conservamos ahora como una reliquia. ¡Fué tan poco lo que dijo y era tanto lo que tenía que decir al mundo este buen poeta! ¿Recordais su tomo de versos? Rosas frescas, violetas fragantes, azucenas de alfiler dorado, lirios de alabastros son esos versos que el enamorado prendió en el abierto corpiño ó en los cabellos sueltos ó en la falda transparente de las mujeres soñadas. Un estuche de santos ideales: eso es el libro.

Estas *becquerianas* inéditas de Gutiérrez Nájera que vais á leer, son defectuosas, y sin embargo—oh maravilla!—elegantes.

Son una gota de la miel de ternura con que el soñador endulzaba sus melancolías y nuestras tristezas......

Política General.

RESUMEN.—UNA SEMANA EN BLANCO.—FRANCIA E INGLATERRA—DIFICULTADES PERMANENTES.—FACHODA, TERRANOVA Y SHANGAY.—EL GOBERNADOR DEL SUDAN Y EL PROTECTORADO SOBRE EGIPTO.—EL MERCANTILISMO INGLES Y LA EXPANSION TERRITORIAL. ¿QUIEN ES TU ENEMIGO?—OTRA VEZ EL DESARME.—LA ACTITUD DEL CZAR.—EL AISLAMIENTO DE INGLATERRA.—COALICION ANTI BRITANICA.—CONCLUSION.

Nada en lo esencial ha cambiado en las relaciones políticas de los pueblos que forman el mundo civilizado, después de nuestra última crónica. En ciertas circunstancias, los acontecimientos, en vez de precipitarse y sufrir los cambios mágicos de un caleidoscopio, corren lentos y pesados sin que nada los altere, sin que nada haga sospechar el rumbo que hayan de tomar. Es que á las veces también los hombres que dirigen la política de los Estados, los que encauzan las energías de los pueblos, toman su período de descanso, y parece como que se sientan á meditar en la trascendencia de sus determinaciones y la alta responsabilidad de sus actos ante los pueblos, ante el mundo, ante la historia.

* * *

El cielo de tempestad que entoldaba desde hace algunos meses, las relaciones internacionales de la Gran Bretaña y la República Francesa, ni ha podido serenarse, ni ha habido un hecho que haga estallar el rayo entre las nubes de tormenta. Firme queda el gabinete inglés en sus exigencias, firme también el gabinete de París para resistir á sus enemigos tradicionales. El nombramiento de Lord Kitchener para gobernador general del Sudán, la constitución de estos dilatados territorios conquistados para el Egipto, pero que quedan fuera de su dominio, es un paso más dado por la Gran Bretaña que la acerca al protectorado sobre todo el valle de Nilo, y tiende á librar al Jedive de la soberanía del Sultán. ¿De qué manera podrían oponerse los franceses á estas tendencias? ¿De qué modo opondrían un dique á esos avances incontrastables, los que acaban de evacuar Fachoda, los que dejaron perder en un momento, por circunstancias invencibles, el trabajo de sus exploradores, la previsión de sus políticos, los triunfos de sus gloriosos aventureros? Por ahora tienen que permanecer impasibles ante la ola creciente de los avances británicos; tienen que aparentar indiferencia ante esas invasiones, pues está léjos todavía la coalición antibritánica de que se ha hablado tantas veces. Seguros los franceses de su alianza con Rusia, no quieren precipitar el conflicto ni ser motivo y ocasión de que estalle una guerra continental, antes de que sus aliados estén perfectamente dispuestos para evitar cualquier desastre.

Y pasa y se olvida el asunto del Sudán, se discuten los privilegios sobre las pesquerías de Terranova, se procura cercenar la influencia francesa en el Extremo Oriente, oponiéndose á la prolongación de los ferrocarriles de Shanghai, y sigue Inglaterra buscando otros pretextos más ó menos plausibles, según su política tradicional, para encontrar compensaciones en una lucha armada á los grandes quebrantos infligidos á su poder comercial en los mercados del mundo.

Tiempo ha que viene observándose la disminución gradual y progresiva de las exportaciones inglesas que asciende en los últimos años á cerca de doscientos millones de libras esterlinas. En vano sus flotas innúmeras surcan los mares en todas direcciones y llevan los frutos de sus múltiples colonias á los climas más apartados: el hecho cierto é innegable es que, frente á la industria y la producción inglesas, levántanse la producción y la industria de otros pueblos que les disputan palmo á palmo los mercados, y hieren, de rechazo en el corazón al gran imperio colonial. No puede prolongarse por más tiempo ese estado; es preciso dar salida incesante á la cuantiosa producción de las ciudades fabriles y manufactureras de la metrópoli. Si para lograrlo es preciso acudir á la lucha armada, á ella irá, no para disputar el kilómetro cuadrado de territorio, que, dadas sus inmensas posesiones, es un factor insignificante en su política, sino para disponer de los centros de consumo, para adueñarse de las plazas mercantiles, para dominar en pueblos jóvenes donde las materias primas se consigan á más bajo precio, para disponer de factorías y de estaciones de depósito en todas las grandes vías de comunicación, en todos los grandes derroteros por donde corre y circula la riqueza universal.

* * *

Francia es un obstáculo á esas tendencias. Si la República, extendiendo y consolidando sus colonias florecientes y ricas, opónese al mercantilismo inagotable de la Gran Bretaña, contra Francia irá. No faltan en Londres, entre los círculos diplomáticos y los centros directores, no faltan quienes crean que esta es la ocasión propicia para lanzarse seguros á la victoria; no escasean quienes piensen que, preocupada la política francesa con los asuntos interiores que ahora la agitan, ofrece en la actualidad una coyuntura favorable á esas tendencias. Alucinados los po-

Fotocromo ejecutado
en los talleres de *El Mundo*

Fausto y Margarita.

Suplemento n 3
de *El Mundo Ilustrado.*

líticos ingleses con falsos mirajes, deslumbrados con fingidos espejismos que les hacen ver débiles los fundamentos sobre los cuales se asienta la república de Thiers y de Gambetta, juzgan propicia la oportunidad para el ataque, en los momentos en que amenaza á Francia un cambio radical de instituciones.

Se engañan sin embargo los que así creen; cierran los ojos á la evidencia los que así piensan; voluntariamente se apartan de la verdad los que esperan encontrar débil á la patria de Carnot en caso de un conflicto.

El pueblo que sobre los escombros humeantes de Sedán echó los cimientos de la república, que olvidó en un momento todos los esplendores de la leyenda napoleónica, y en su delirante aspiración á un nuevo orden de cosas, fundó su grandeza actual entre las llamas fatídicas de la Comuna; el pueblo que en cerca de treinta años se ha afirmado en el régimen republicano, constituido ya sobre bases de granito, que desechó los halagos del Conde de Chambord, desoyó las sugestiones del Conde de París, se rió de los arlequinescas convulsiones de Boulanger, se ha burlado de las proclamas del Duque de Orleans y apenas se fija en las agitaciones bonapartistas de ese pueblo apegado á su tradición, envanecido con sus viejas glorias, fiel y devoto á su ejército y adicto á sus instituciones en las que se ha educado y ha vivido la actual generación; resistirá con brío á las maquinaciones de sus enemigos interiores y opondrá firme su escudo á los golpes de sus enemigos exteriores.

Es un hecho innegable la alianza franco-rusa. Si todavía no llega la reconciliación con Alemania, no está lejano el día en que una inteligencia cordial entre los vencedores y vencidos del «año terrible,» ate á dos grandes pueblos apartados por rivalidades pasadas, pero unidos indudablemente por sus intereses coloniales amenazados á la continua por la incesante expansión británica.

***

Y mientras se levantan los fantasmas de complicaciones presentes y de conflictos futuros, mientras se alzan amenazadoras las rivalidades actuales y las ambiciones por venir, sigue oyéndose serena y reposada la voz del autócrata moscovita, llamando á todos los pueblos á la conciliación y á la paz, por medio de la disminución gradual y progresiva en los desarmes marítimos y terrestes.

Cierto es que el gran propagador de estas doctrinas, como obedeciendo á la velocidad adquirida, como cediendo á determinaciones antes tomadas, mueve sus elementos de combate, concentra fuerzas en las fronteras, cambia de posiciones estratégicas sus ejércitos, y lo mismo en Odessa que en Vladivostock se apresta á todas las energencias del imperio en sus relaciones con el volcán que puede abrirse en el Extremo Oriente, ó en cualquier punto de la accidentada frontera que lo divide de los diversos pueblos del Asia Central.

Cierto es que en la posibilidad de una guerra con la Gran Bretaña, no cesa la actividad febril en los arsenales rusos, y cada año se aumentan los créditos para el mejoramiento y desarrollo de la marina de guerra y no acaban los alistamientos en su ejército que cuenta sus batallones por millares.

Pero hay algo en la actitud del Czar, que ha merecido la atención de todos los gobiernos y será la base de las discusiones en el próximo congreso de la paz. Cuando se cuenta con la fuerza, cuando la indicación procede de un soberano que puede armar por millones á sus súbditos en caso de un conflicto armado, cuando se habla en nombre de un pueblo cuya extensión territorial forma casi la séptima parte de tierra habitada, esa voz debe ser atendida, y las resoluciones que se tomen habrán de influir de modo eficaz en la marcha ulterior de las naciones.

La dificultad que al parecer se oponía más á las proposiciones del desarme era sin duda la rivalidad entre Francia y Alemania; entre las dos se erguía la sombra de la última guerra, entre las dos se levantaba la Alsacia-Lorena sometida al imperio alemán.

Por encima de los odios de raza y de los rencores históricos, están los intereses coloniales que aproximan á esos pueblos. La dificultad se desvanece. La independencia ó la neutralización de esa Alsacia-Lorena se ve como posible.

Si la Gran Bretaña insiste en su alejamiento del movimiento general de los pueblos, si persiste en sostener todos los privilegios históricos de su raza, entonces ¿quién puede dejar de creer que la actitud pasiva de las grandes potencias se convierta en general coalición frente á las arrogancias británicas?

Sólo así se explica que como preliminares del desarme, los pueblos se preparen con nuevos armamentos.

27 de Enero de 1899.

Ernesto Peña Idiáquez

EL JUGUETE MODERNO.

Una industria parisiense

Puede afirmarse que París es la verdadera patria del juguete. El espíritu de invención, el buen gusto y la originalidad, todas las cualidades que requiere una industria destinada á satisfacer caprichos y volubilidades de niño, se reunen de un modo tan completo en el obrero parisiense que es más bien un artífice,—el supremo artífice de la juguetería.

Los progresos realizados de cincuenta años á la fecha son sorprendentes. A mediados del siglo Francia era tributaria de Alemania, y actualmente además de abastecer sus propios mercados, exporta juguetes cuyo valor no baja de setenta y cinco millones de francos.

En París todo el barrio del Temple vive de la fabricación de juguetes; es el gran proveedor de almacenes y bazares. De allí salen las novedades más curiosas.

La industria de muñecas, por ejemplo, ha adquirido una importancia considerable; los mecanismos más ingeniosos y complicados, los vestidos más elegantes fueron ideados en ese barrio de París, en donde se fabrica la muñeca parlante, la muñeca bailarina, etc. etc.

En cuanto á vestidos de muñeca, son verdaderamente maravillosos y han dado motivo á la creación de una nueva industria curiosísima. Los *trousseaux* de una muñeca sirven tanto de guía para las modistas extranjeras como para divertir á las niñas. Son una especie de diario de modas objetivo que aprovechan las costureras y modistas de América.

El *trousseau* de una muñeca se compone de vestidos, zapatos, medias, sombrero, guantes, etc. Esta industria auxiliar se ha desarrollado tanto que en ella se ocupa una multitud de obreras especialistas para cada prenda. La muñeca tiene en el mundo moderno sus costureras, cortadoras, modistas y hasta dentistas, peluqueros y oculistas......

***

Hace cincuenta años Nuremberg, Sounemberg y Neustadt tenían monopolizado el comercio y la industria de muñecas. Mas el industrial francés reconquistó el mercado, sustituyendo en el extranjero el juguete alemán por el francées. Los obreros alemanes ganan un salario menor, pero el francés trabaja mejor y más aprisa y gracias á esto sostiene victoriosamente la lucha en un terreno en que el gusto, la elegancia y el chic son factores de primer orden.

El *juguete científico* ha adquirido gran importancia desde hace algunos años en la industria parisiense, cuyas obras en este ramo son maravillosas. Bajo el nombre de *juguete científico* no se compende sólo el juguete severo, el aparato eléctrico, la cámara fotográfica y la imprenta pequeña, por ejemplo, sino los que sin dejar de ser ante todo un objeto propio para niños, aprovechan alguna ingeniosa combinación mecánica. Ya es una ave que canta, una lagartija ó un ratón de movimiento; ya un conejo que corre, se detiene y se acaricia la cabeza con las manecitas. La reproducción de máquinas es sorprendente pues permite comprender las funciones de sus órganos.

¿Y qué decir de un autómata vestido de rojo y que fuma, lee su periódico y lo comenta con movimientos de cabeza y gestos expresivos?

Este año se exhibe un limpia botas con el cepillo en una mano, empeñándose en dar lustre á un zapato de charol. El ciclista de antaño ha sido reemplazado por un automóvil de ruedas neumáticas. Un mono y un perro sostienen violenta discusión y una yunta de bueyes arrastran la tradicional carreta de heno. Por último un clown impresor da vueltas á á una rotativa que imprime las imágenes mas variadas.

Apenas podemos imaginar cuán complicada es la fabricación de estos juguetes, algunos de los cuales requieren hasta sesenta operaciones diferentes.

Otros juguetes, más sencillos sin embargo, han tenido mucha demanda, por ejemplo, los velocipedistas que puestos en movimiento por medio de un resorte dan vuelta á una estancia. Los creadores de estos modelos tienen un gran genio inventivo.

Los artesanos parisienses presentan una fisonomía característica. Trabajan medio año en un modelo original para venderlo á alguna casa de París ó del extranjero con gran beneficio para el comprador si el juguete tiene éxito.

Al lado de estos «maestros» fecundos que inventan juguetes nuevos y que dan á la industria francesa su verdadera superioridad, trabaja la multitud de fabricantes que se emplean en la manufactura del juguete clásico, de cartón y de madera, del soldado de plomo, de los muñecos comunes y corrientes.

***

La industria de los soldados de plomo es de las más curiosas. Alemania fabrica en grandes cantidades soldados de plomo que mantienen una buena conquista de sus industriales. Se ha calculado que sólo las ciudades de Nuremberg y Furth compran á Inglaterra 4,000 toneladas de estaño destinado á la fabricación de soldaditos.

Inglaterra se lleva la palma en la industria de juguetes groseramente esculpidos que representan casitas, animales y apriscos. Los valles tiroleses exportan una multitud de artículos de esta clase, sin gusto ni elegancia; pero el precio excesivamente bajo hace imposible la competencia de los similares franceses.

Una industria esencialmente parisiense y antigua es á no dudarlo la de armas y equipos militares para niños. Desde el año de 1870 ha tomado grandes proporciones; sin embargo, casi todos los negocios mercantiles de importancia en el ramo de juguetería, tienen por base la fabricación de objetos de hule y metal; como relojes, vajillas, muñequitos, etc.

Actualmente, los grandes almacenes de novedades de París, venden juguetes por valor de diez y siete millones de francos del 2 de Diciembre al 2 de Enero. Si á esta cantidad se suma la cifra desconocida á que asciende el tráfico de juguetes en las tiendas especiales, en los innumerables bazares, en las barracas y lo que venden los comerciantes callejeros, el total es verdaderamente fantástico por lo enorme.

Puede asegurarse sin embargo, que las exportaciones francesas no son lo que debieran ser, porque los industriales de ese país carecen de la actividad con que los ingleses y alemanes buscan para sus productos nuevos mercados. Siempre que el artículo francés se encuentra en un mercado con artículos extranjeros, triunfa muy fácilmente; pero los otros países trabajan por conquistar mercados que el francés desdeña. Aumentan su clientela y no esperan la demanda, pues se anticipan á ella con su oferta; practican siempre el sistema de la ofensiva mercantil.

Los comerciantes fraceses lamentan los perjuicios que les causa la imitación de sus modelos: en varios países los productos imitados se venden á precios irrisorios.

Mas á pesar de todo, el comercio francés de exportación es satisfactorio. El año de 1867 estaba representado por la cifra de seis millones de francos; en 1878 no llegaba á diez y seis millones y á la fecha, lo hemos dicho ya, excede de setenta y cinco millones.

En las regiones del Oro.

No hace mucho tiempo una mujer, Bella Mitchell, riñó con otra en una taberna de Dawson City (Klondike) lanzando sobre su rival una lámpara de petróleo. En un momento el *bar* quedó destruido por las llamas y dos horas después, todas las casas de la ciudad se habían incendiado, pues el fuego se comunicó rápidamente acabando con aquel emporio de las riquezas boreales. Los veinte mil habitantes de Dawson City vieron caer hechas cenizas sus habitaciones.

En cualquier otro lugar del orbe ese acontecimiento habría sido inagotable tema de lamentaciones; pero los juicios y los sentimientos humanos varían según las latitudes. Ahora bien, los habitantes de Dawson celebraron con fiestas públicas la destrucción de la ciudad.

Y no es que les cueste un grano de anís reconstruir sus habitaciones; pero no son avaros, viven en el país donde el oro no es nada—ni una quimera,—y poco se les da gastarlo en procurarse casas más elegantes y confortables que las destruidas por el incendio.

Al fin tendrán una ciudad digna de su riqueza y de sus ambiciones. Dos años hace que fué fundada Dawson City, patria adoptiva de los aventureros yankees y canadenses que acudieron á explotar el nuevo Eldorado cuando se descubrió entre la arena del Yukón el polvo brillante y tentador.

En menos de dos años, Dawson, la ciudad perdida entre las obscuridades boreales, fué convertida en un centro de placeres y de lujo en donde los «prospectors» de Klondike gastaban en una noche los productos de sus exploraciones.

Pero nadie está satisfecho con su suerte. Los habitantes de Dawson querían borrar las huellas que delataban su reciente prosperidad. La ciudad atestiguaba con la confusión de edificios suntuosos y cabañas miserables que había sido fundada la víspera: faltábale ese aspecto de nobleza que tienen los lugares en donde el hombre ha implantado sus divisiones y convencionalismos.

El incendio provocado por la imprudencia de Bella Mitchell inaugura en Dawson la era panglossiana de la felicidad perfecta. La nueva ciudad será una de las más hermosas é imponentes de América y cuando los nobles arruinados de Europa soliciten la mano de las millonarias hijas de las actuales «prospectors», no habrá que hacer pesquisas para buscar su origen en las actas del estado civil, destruidas en el incendio.

El fuego todo lo purifica. El nacimiento irregular ú obscuro de esas herederas quedará oculto bajo los millones de su dote.

PIERROT DOCTOR

POR JULIO RUELAS.

EL ASUNTO.

La personalidad de Pierrot es sin duda de orígen italiano, pero hay que convenir en que ha sufrido muchas transformaciones, al grado que de repugnante que era, es hoy simpático é interesante. El Pierrot italiano. era el símbolo del canalla y del bajo, del hipócrita y del malvado, del astuto y del desvergonzado.

Más tarde Pierrot fué simplemente astuto y vividor, y hoy es una mezcla extraña de lo bueno y de lo malo, de lo noble y de lo vulgar, que sufre épicas luchas sentimentales y que siente y que llora.

La literatura moderna le ha acabado de metamorfosear, pero ya antes Carlos Nodier, Julio Janin y Champfleury se habían deleitado en caracterizar ese símbolo y lograron transformarle de grosero mito popular, en intrincado temperamento psicológico, con sus ribetes de burlesco.

El divino Gautier marcólo ya más claramente, y es delicioso su «*Pierrot Posthume.*» Pero cuando Pierrot adquirió su verdadera personalidad artística, fué en los tiempos en que Deburean creó el tipo en los «Funambules» de París. Desde entonces se ha comprendido al Pierrot moderno, y desde entonces tambien ocupa su puesto neto y claro entre las grandes figuras simbólicas, al lado de Fausto y de Hamlet, de Don Juan y del Quijote. Para convencerse de esto, basta leer á los modernos maestros. Julio Ruelas, que de tiempos atrás ha comprendido á fondo esa personalidad, tuvo la idea de hacer un *Pierrot doctor* y su empresa ha sido coronada de éxito.

He aquí cómo concibió su cuadro:

Pierrot ha tenido un rato de seriedad, ha pensado en quién sabe qué arcanos misterios y ha abierto un libro de medicina que le está revelando los maravillosos secretos de la máquina humana. Tiene entre sus manos un cráneo que parece intrigarlo grandemente y que en manos del alegre Pierrot, forma un contraste lleno de sugestión. Los accesorios del fondo contribuyen á hacer más vivo ese contraste: el bustito de parisiense, el mono de recortes, etc.

EL CUADRO.

Perfectamente dibujado y sentido, con una perspectiva tan buena como su modelado, el «Pierrot doctor» habla muy alto en pró de las grandes facultades artísticas de Ruelas.

El dibujo—tan desdeñado por esos emporcadores de tela que se abrigan con el elástico y dudoso manto del impresionismo—es siempre concienzudo en Ruelas y su «Pierrot doctor» lo demuestra elocuentemente en todos sus detalles.

El colorido es bien graduado y también demuestra el autor dominar por completo el claro-obscuro. Si algún defecto se le puede encontrar en su procedimiento, es cierta deficiencia en la apreciación del color absoluto, la cual hace que este cuadro aparezca con una entonación más fría de lo que se deseara.

La mano y el cráneo, los consideramos muy especialmente como obras maestras.

EL PINTOR.

Julio Ruelas es muy joven y apenas empieza á recorrer su vía artística.

Alumno del Colegio de Chapultepec siempre se distinguió en el dibujo, pero no se sintió inclinado á la carrera de las armas.

Para estudiar la pintura, fué á Alemania y en la atrayente Karlsruhe, capital de Baden, se entregó durante varios años á su estudio favorito.

Hoy se encuentra en México y no deja que su entusiasmo se entibie. Irá muy lejos porque su horizonte artístico es muy amplio, y porque está resuelto á dedicar su vida, por entero, á sus pinceles.

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

Santa Cecilia

CUADRO DE FRANCISCO DE P. MENDOZA. FOT DE LUIS C. SANDOVAL.

SANTA CECILIA.

POR FRANCISCO DE P. MENDOZA.

EL ASUNTO.

Difícil es aventurarse en tratar un asunto que ha sido manejado por tantos pinceles. El Sr. Mendoza, sin embargo, lo hizo dando remate á una obra que merece y ha obtenido muy sinceros elogios.

Desde Rafael Sanzio hasta Mignard y Delaroche,—pasando por Pablo Veroneso, el Dominiquino, Jacopo Cavedoni, *el Guerchino*, Simoni Cantarine, Rubens, Huberto van Eyck y Cimabue—todos los grandes pinceles se han inspirado en la dulce santa, vírgen y mártir, que deleitó su espíritu con las inefables emociones de la música y que escogieron los filarmónicos como patrona.

Nada especial cuentan las historias sobre la infancia de Cecilia, sino que era pura como un lirio, bella más que las doncellas todas de su época y de su comarca y harto inclinada al arte melodioso, que entonces principiaba apenas á desenvolver su opulenta cauda de éxtasis y de maravillas. Cuando la figura de Cecilia aparece bien delineada, es ya adolescente y está obligada á desposarse con un cierto Valeriano. garzón gentil y bien nacido, pero de creencias paganas, como todos los garzones gentiles y bien nacidos de aquella época. Casábase la santa contra su voluntad toda y de nada sirviéronla sus resistencias ni sus preces.

Cuenta el hagiógrafo Sirius que, durante la ceremonia nupcial, mientras ascendía un himno yocundo en celebración del himeneo, envió Cecilia á Dios sus alabanzas desde el fondo de su corazón (*in cordi suo soli Deo psallebat*), pidiéndole un imposible: la facultad de conservarse virgen eternamente.

Mas el Señor las escuchó y el mismo día convirtióse Valeriano al cristianismo y bastó una indicación de Cecilia para que el mancebo igualmente hiciera votos de castidad y de pureza.

Agradecida Cecilia por la merced recibida, ofreció á Dios toda su existencia desde entonces y alabábale en notas y melodías.

No se sabe á ciencia cierta qué instrumento tañía la santa; cállanlo los hagiógrafos, y los pintores que la han representado no están acordes en el punto. Quién la pinta tañendo el arpa y quién tocando el organo; otros supónenla citarista y aún ha habido alguno que la pinte frente á un clavicordio Luis XV. En un boceto que conocemos de Puvis de Chavannes, vimos la siringa griega, y á fé que cuadra ese rústico y primitivo instrumento para el abstracto simbolismo de la santa.

Otro punto curioso en las *Santas Cecilias* célebres, es el tipo que cada pintor ha dado á la santa. Rubens hizo á una flamenca de carnación opulenta y lacia; Veronese convirtióla en dogaresa veneciana.

A nuestro modo de ver, las más logradas son la de Simone Cantarini, (Pinacoteca nueva de Munich) y la de Jacopo Cavedone, en el Louvre.

Cimabue también interpretóla muy artísticamente en su *Martirio* que se encuentra en la Iglesia de Santa Cecilia en Florencia.

EL CUADRO.

El cuadro de Mendoza gusta, ante todo, por la suavidad de la entonación y la sencillez del asunto.

Representó á la santa de pié, lo cual muy pocos habían hecho hasta ahora, y guiada por una visión del Espíritu Santo.

Tiene defectos de dibujo y de perspectiva, sobre todo de perspectiva aérea.

El cuadro ha gustado bastante en lo general.

EL PINTOR.

Francisco de P. Mendoza es coahuilense. Estudió los rudimentos de la pintura en nuestra Escuela Nacional de Bellas Artes, prefiriendo el paisaje y lle-

gando á ser uno de los más aventajados discípulos del Maestro Velasco. Después de aprender aquí el claro-obscuro, pasó á París pensionado por el Gobierno de Coahuila y en la Capital de Francia estuvo durante cuatro años, dedicándose á su trabajo con afán.

En París pintó su paisaje: «París visto desde el Monte Valeriano,» que es trabajo bastante logrado y que se encuentra en las galerías permanentes de la Academia de San Carlos de esta Capital.

Mendoza es muy joven y no dudamos que sabrá aprovechar sus energías para mayor gloria del Arte nacional.

ORACION.

Siempre que nuestro Semanario publica alguna reproducción de cuadros extranjeros, procuramos que sea de ese género inocente que idealiza con tierna ingenuidad los sentimientos más sencillos y las situaciones más dulces de la vida. Nuestro periódico está destinado á los hogares y no podríamos enviar á ellos nada que las madres mexicanas tengan que ocultar a sus hijos.

La niña de este precioso cuadro hace oración, llena, de fé, eso sí, en los ángeles buenos y en el Dios misericordioso; pero su plegaria se interrumpe á cada momento por las adorables distraicciones que llevan la fantasía infantil al mundo en que viven una vida real y sensible, los seres legendarios que nos acompañan en la infancia: la Vírgen María, muy maternal y pura, los Reyes magos, guiadas por su buena estrella, los querubines sonrosados y alguna caperucita que pasa inadvertida en esa desfile religioso y pintoresco.

"ARIADNA."

ESCULTURA POR J. NAVA.

Esta gran escultura, bastante lograda, fué enviada desde París por su autor, quien se encuentra pensionado allá por el capitalista Don Miguel Bringas.

El Sr. Nava fué discípulo del Profesor Alciati y á fé que este maestro puede estar satisfecho de su discípulo.

En la sala de escultura hay otras buenas composiciones del Sr. Nava, algunas de las cuales publicamos ya en el *Mundo Ilustrado.*

ORACION. Cuadro de L. Rossi.

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

ARIADNA.

Escultura de J. Nava. Fot. de EL MUNDO.

¿DONDE ESTA ANDREE?

Desde el 11 de Julio de 1897 fecha de la partida de Andree sólo se ha recibido un mensaje auténtico del audaz navegante aereo. Según el mensaje el 13 de Julio, al medio día el globo había recorrido 225 kilómetros más allá en Spitsberg y seguía con rumbo hacia el E. A partir de ese momento cubre un misterio completo la suerte de la expedición y sólo puede calcularse por hipotesis.

Según Ekholm Andrée no ha salido de la zona ártica, pues las leyes del movimiento atmosférico y la dirección seguida por el globo durante los dos primeros días del viaje, inducen á creer que ha avanzado hacia el Norte describiendo una serie de zig zags. Calcula en treinta y tres días el tiempe necesario para la travesía de la región polar, suponiendo constante la velocidad de 110 metros por cada veinticuatro horas, según los datos de los dos primeros días. Cree Ekholm que el globo no podía flotar más de diez días y diez y seis ó diez y siete, abandonando la canastilla. La hipótesis parece confirmada por los hechos: si Andrée hubiese llegado á la región del estrecho de Behring, mucho tiempo ha que habría regresado. Desembarcando á fines de Agosto de 1897 ya en el N. E. Siberia, ya en el N. O. de América, habría encontrado chouches ó esquimales que lo hubieran conducido á los puestos avanzados de los rusos ó americanos. Durante el estío anterior un ingeniero sueco recorrió una gran extensión del litoral del Norte de Siberia y sus resultados fueron negativos. No encontró huellas de los expedicionarios. Tampoco ha llegado noticia ninguna de la región boreal de América. Si pues, llegó Andrée al Asia Septentrional ó al Norte del Canadá, habrá parecido víctima del frio y del hambre como los tripulantes de la *Jeanette* que murieron en la desembocadura del Lena.

Los pronósticos no son más favorables si se cree que ha llegado á alguna otra región. Según la dirección de los vientos que reinaron en el Spitsberg septentrional, créese que el día 13 de Julio de 1897 el globo fué empujado hacia el nordeste. Supónese que habiendo tocado tierra en los parejes del territorio Francisco José y retirándose sobre los hielos flotantes habría llegado antes del invierno á la estación del Caba Flora, en la costa meridional del Archipiélago. La inquietud ha aumentado, pues, cuando se supo que los valientes exploradores no llegaron á ese lugar y que no había ningún indicio de su presencia en las islas meridionales de la tierra de Francisco José.

LA PSICOLOGIA DEL SALUDO.

EXEGESIS MODERNA.

CREEN algunos que la primera forma del saludo fué el beso. El hombre debió sentir antes que nada el ímpetu oscuro é indefinido de acercar sus labios á otros labios, no para morderlos sino para oprimirlos. Tengo para mí que el instinto del beso radica en el propio organismo humano desde el principio. Nadie enseña el beso á los niños rústicos ó salvajes que juegan á la margen del patrio río, y sin embargo en ímpetu irresistible de simpatía, esos niños acercan sus labios.... Más tarde, comprendiéndose la nobleza de la caricia, los hombres la economizaron: la economizaron para el amor, el sentimiento anímico de más prosapia que haya existido jamás, la ley suprema que rige todas las vidas, los espíritus todos; y el saludo tomó otra forma.

Pueden enumerarse infinitos saludos desde los albores de la civilización hasta nuestros días, y si yo fuese erudito sería esta la oportunidad de desembuchar algunas páginas de enciclopedia.

Entre los orientales—diría el saludo reviste una austera solemnidad. El oriental, con ligeras variaciones se lleva ambas manos al pecho, las posa luego sobre la frente de su amigo y enseguida se las besa.

Los primeros cristianos, reunidos para orar en las

SALUDO DE PROTECCION.

catacumbas sobre las cuales rugía la persecución de los Calígulas y los Diclecianos, imprimíanse en las mejillas, y en la frente como un casto saludo, un ósculo de paz, murmurando el nobilísimo *Dominus tecum* rezado todavía por la Iglesia en sus ceremonias tradicionales.

Durante la edad media el besamanos, de inferior á superior y la profunda reverencia constituyen el saludo universal; durante los siglos XVI, XVII y XVIII la graciosa caravana en que llevaba la parte principal, la lijera flexión de las rodillas, perpetuada por el minuet —oh; el adorable y parcimonioso baile! fué el saludo típico y caracterizado.

* *
*

En nuestro siglo el saludo se reduce—entre la gente civilizada se entiende, ya que aún hay salvajes que se dan los buenos días frotándose una contra otra las narices,—está carecterizado entre los hombres por el ademan ó el apretón de manos, y entre las mujeres por el beso—de judas? —en ambas mejillas ó por el movimiento de los dedos medios y anular, graciosamente agitados en dirección á la amiga que pasa á lo lejos......

Pero en estas cuatro formas tan sencillas caben infinitas sub-firmas, infinitos detalles, algunos de los cuales vamos á anotar:

UN SALUDO DE PROTECCION.

El Jefe de Sección, el Ministro, el alto personaje de la Banca, recibe un solicitante.

De pié, cerca de su escritorio con la palma de la siniestra en él apoyada, mira tranquilamente acercarse

SALUDO OBSEQUIOSO.

al solicitante ó al humilde amigo. No merece éste flexión alguna considerable y apenas inclina la cabeza sin extender la mano. Pero el amigo humilde, el solicitaéte tímido, es cordial y afectuoso generalmente. Pues que no le tienden la mano el la tenderá con ímpetu halagueño.

Y su diestra tropieza con la mano fría, rígida casi del persenaje.

Esa mano dice: Le tendré á usted presente. .... Hay muchos solicitantes...... el personal es crecido.

Y la solícita mano del amigo humilde responde, con presiones solicitadas: Eah! señor, un padre de familia con siete chamaquitos que pide cualquier cosa, cualquier cosa!

Dn cambio, si el que llega es un superior en el orden gerárquico ó social, un señor de polendas de esos que gastan levitón solemne, la mano rígida se hace flexible; el cuerpo se inclina, la cabeza se descubre y la cara adusta se torna en obsequiosa y sonriente con un gesto que subraya el consabido «Beso á usted las manos». Pero, cómo, mi buen señor Don Martín, tanto bueno por aquí. Con un simple recado yo me habría apresurado á ir para que me diera sus órdenes .....

Y no acaba nunca de hacer protestas de adhesión, respeto y amistad. Como que del nuevo visitante algo espera y mucho teme: acaso es el autor de alguna intriga que amenaza seriamente su posición, acaso algún rival que triunfa ó.... el Jefe de Sección que tramita el asunto pendiente en el Ministerio.

ESTOY MUY OCUPADO.

ESTOY MUY OCUPADO.

Claro! el tiempo es dinero. Pero hay gentes que nunca se resuelven á comprenderlo, gentes que se despiertan pensando: ¿á quién visitaré yo hoy? ¿qué haré hoy de mi día? y que se lanzan por esas calles de Dios con el propósito deliberado de detener á medio mundo.

Eah! ahí viene Fulano!

—Qué tal va, Fulano?

—Bien, gracias, responde Fulano con tan avinagrado gesto y actitud de tan pocos amigos, que á las claras dice:

—Hombre, tengo mucho que hacer.

—Y la familia?

—Buena, hombre, buena.

No ha habido novedad?

—Ninguna, hombre, ninguna.

Al fin el saludador implacable se da por vencido y continúa en pos de otra víctima, y cuando las víctimas de las calles se agotan, el devorador de tiempo continúa implacable su martirio en los escritorios, en las tiendas, en las redacciones.

Ah! en las redacciones! No parece sino que el tiempo de los periodistas no cuenta para nada, según lo devora todo el mundo con palpable mala fe.

Qué hace la víctima?

La víctima, en primer lugar, hace un gesto de poquísimos amigos, un gesto de herrero mal pagado y luego extiende nerviosamente la mano, con un movimiento rápido, breve, seco. Frecuentemente la mano izquierda es la que da el saludo furtivo y dice elocuentísimamente con su presión instantánea:

—Hombre, que atingencia tienes para llegar cuando uno está más ocupado; vete, me revientas!

Y la víctima continúa trabajando como si tal cosa, respondiendo con medias palabras á las impertinencias del visitante, hasta que éste se aleja, cayendo en la cuenta, después de haberse robado el mayor número de minutos posible, de que su amigo está ocupado y murmurando un:

—Veo que que te estoy quitando el tiempo y me retiro.

Dios mío, cómo en este siglo en que la legislación se halla tan adelantada no existe pena alguna contra esos ladrones, peores que los bandidos caballerescos del camino real, que se llaman ladrones de tiempo?

LOS SALUDOS EPILEPTICOS.

Hay, según un viejo refrán -hombres *que se levantan á hacerse amigos* y hombres que se levantan para hacer justamente lo contrario, y eso no es voluntario, sino fatal, es lo que se llama *sangre ligera ó sangre pesada.*

El hombre de *sangre ligera*, se hace simpático á primera vista: un instinto que pudiéramos llamar de coquetería masculina, pues tiene por fin el deseo de agradar, le aconsejo el apretón de manos franco y cordial, ese efusivo *Shake hand* netamente latino, por más que ahora se le bautice con un nombre forastero.

Hay en cambio un *Shake hand* que pudiéramos llamar epiléptico, el cual está constituido por dos movimientos: la mano estrecha con cierto ímpetu nervioso á la mano que se le tiende, pero luego la rechaza como si la efusión del primer movimiento le fuera penosa...... Generalmente el que recibe un saludo de estos se siente ofendido, sin entrarse en psicologías y pasa á ser uno de esos enemigos ocultos cuyo odio para nosotros está hecho de sutilezas, de agravios tenues: de un saludo frío, de un rozamiento de hombros, de una palabra mal interpretada .

EN LAS MUJERES.

Cuando una mujer adopta por temperamento y por instinto el primero de los saludos mencionados arriba, es adorable. Un saludo así, le granjea amigos sinceros. Nadie puede permanecer indiferente ante ese cordial apretón de manos. que nos vuelve simpática y amable aún á la señorita fea y que—oh! Dios mío! —á nada compromete por cierto, absolutamente á nada compromete, como las miradas, como las sonrisas, que son manifestaciones *inminentemente retirables*, vaiga la frase......

En cambio, conozco mujeres linfáticas que al saludar no flexionan los dedos, que simplemente rozan la palma de su mano con la palma de la vuestra, que mantienen rígida esa mano ante la opresión de la otra

Ah! si esas mujeres no fuesen á veces tan bellas á pesar de todo, serían odiosas, absolutamente odiosas!

PROTECCION A DISTANCIA.

Sí, es eminentemente protector ese movimiento de la mano, de los dedos medio y anular, para saludar al amigo que va por la acera opuesta......Casi diríamos que es un bofetón que se lanza elegantemente, ó al enemigo, ó al *amigo íntimo*, ó simplemente al individuo cuyo único delito es ser un pobre diablo....

Es el saludo del hombre enriquecido momentáneamente, que ve á todos los demás por encima del hombre; es el saludo del necio que juzga valioso hasta un signo de manos .

PROTECCION Á DISTANCIA.

Desgraciadamente hay muchos tontos que viven de los saludos de los personajes; tímidos sujetos, pobres de espíritu para quienes la mayor dicha es tener relaciones aun cuando ellas no les valgan nada práctico; infelices que deliran porque una mano enguantada les haga un signo misericordioso desde la ventanilla de un *coupé*.... y que obtenida la gracia vuelven el rostro en todas direcciones para darse cuenta de quiénes vieron el saludo. «Ya ven ustedes como me ha saludado fulanita?» parecen decir esos pobres rostros imbéciles.

Ah! compadezcamos á esos infortunados que se nutren con tan metafísicas manifestaciones sociales....

Hay también otros, no menos dignos de compasión, aunque pertenezcan á una clase social más elevada, para quienes el saludo á distancia del personaje encopetado, significa el logro ó la destitución del empleo, el goce de una prebenda ó la muerte por inanición, según sea ese saludo amable ó serio.

—Hoy el Ministro me saludó muy cariñosamente, dicen al volver á casa; ó bien:

—Qué le pasará al Gobernador de....? Le habrán llevado algún chisme, porque apenas se dignó contestarme.

Y cavilan, indagan y no dan punto de reposo á su inquieto espíritu hasta que encuentran la clave del misterio.

BROMEANDO.

Así como hay hombres que nacen para lamentarse hay hombres que nacen para reír con una risa candorosa ó agresiva.

La broma es para ellos una necesidad imprescindible.

Al levantarse, fraguan el bromazo del día y al acostarse meditan en el bromazo realizado.

Son ellos quienes llevan la broma hasta el saludo; ellos son quienes reconociendo á un amigo que los precede en la calle, le tocan afectuosamente la espalda y prosiguen con rapidez el camino, de suerte que el saludado vuelve hacia atrás la mirada para buscar al confianzudo...... que ya marcha delante, y no encontrándole, quédase perplejo.

Son ellos quienes nos llegan por la espalda cuando más ocupados estamos, y nos cubren los ojos con las manos, preguntando con voz fingida: «quien soy?»

Son ellos, por último, quienes en las *bolas* nos decretan una *villa* y luego se pierden entre la multitud . . .

He aquí una clase de guasones—si tonta y á las veces candorosa no por eso menos perjudicial—que debiera ser castigada con represalias serias de sus agresiones *ingenuas y sólo de por no dejar*.

El bromista de *esprit* suele ser amable; el guasón cazurro y lebrón es odioso. Sus *flaquezas* son de las *más gordas* que podemos tolerar al prójimo.

DE CONFIANZA.

LA EMBESTIDA.

¡Oh! hay corazones que se derriten como la cera al fuego de un afecto! almas eminentemente expansivas, *furiosamente afectuosas*, que no pueden contenerse en el camino de las ternuras!

Generalmente tienen la agravante de informar un cuerpo sanguíneo, tremendo de robustez y son un amago para las costillas de los que aman.

Conocí á un buen labrador llamado Atenógenes, hercúleo y corpulento, el cual *gracias* á un abrazo efusivo, rompióla espina dorsal á su mujer, una mujercita anémica y descriada, de quien estaba enamorado por la ley de los contrastes......

Regularmente una ausencia prolongada sirve de pábulo á uno de esos abrazos de oso polar.

Va usted por la calle, muy quitado de la pena, cuando advierte que á diez pasos de distancia lo aguarda la fiera con los brazos abiertos y una sonrisa llena de júbilo

Usted quiere escaparse, pero no hay salvación: la fiera avanza y.... paf! lo tritura á usted entre sus *remos* musculosos, con ímpetu tal que lo levanta del suelo.

Usted gime, asfixiado á medias, pero el troglodita aquel interpreta su gemido como un signo de alegría y aprieta, aprieta más hasta que usted cae, *descoyuntado de amistad* á sus piés....

Hay cariños que matan.... cuando no sofocan....

MUTUA CONSIDERACION.

Eso de las categorías suele equilibrarse. Por qué no habían de encontrarse alguna vez dos hombres de categoría igual?

En tal caso, que no por raro es increible, cada uno de los personajes pretende estrechar más sólidamente la mano del otro y elevarla casi hasta sus labios, de suerte que ambas manos unidas forman un arco,.... un arco triunfal levantado á las mutuas consideraciones.

Las cabezas por su parte se inclinan al mismo nivel, á un nivel matemático, porque, es claro, se reputaría tácitamente inferior quien la inclinase más y ya lo hemos dicho: ambos son superiores hasta idéntica altura, ambos se necesitan y se temen sobre todo, por más que cada uno en su interior se diga mirando al otro:

—Bah! pero si junto á mí ese hombre.   es una chuchería! nada más que una chuchería!

EL PAR DE BESOS.

Y por qué habrán dado en llamar á estos besos, besos de Judas? Acaso porque las enemigas íntimas se besan con más efusión que las amigas. De todas suertes esos besos de Judas son deliciosos, cuando menos por la envidia que causan y porque están llenos de misericordia algunas veces.

EMBESTIDA.

Quién, sin el vigor de tal costumbre besaría á la solterona beata y fea por añadidura, dándole momentáneamente siquiera la ilusión de un hogar y de una familia que no tiene?

Por lo demás, ese saludo no es mexicano; nos vino de fuera y va cayendo en desuso. En Europa, hoy por hoy, ya no se besan sino las enemigas, acaso porque un beso es la caricia que más cerca está de una mordida...

EL SALUDO MAS LARGO.

No sé quién dijo que donde hay mucho amor hay mucho bienestar. Y ante ese bienestar huelgan las palabras y se desean las caricias tranquilas.

La aproximación al objeto amado nos basta. Sabemos que está ahí, cerca de nosotros, que nos ama también y callamos de miedo que con las frases ardorosas se evapore la esencia divina, de dicha y gloria que llevamos dentro......

Pero las manos se buscan, se encuentran y se oprimen, *como dos amigas después de una larga ausencia.*

Oh infinita poesía de las manos enlazadas! enlazadas por mucho tiempo, transmitiéndose su calor y su vida.

MUTUA CONSIDERACION.

En rededor todo calla; cae la sombra como para esconder una dicha que profanaría la luz indiscreta, y sólo las manos continúan su divino lenguaje.

Y es este el saludo más largo.

DEMETRYOS.

MEXICO MODERNO.

Casa del Sr. Santiago Mier, en la Ribera de San Cosme.

EL 3er. SUPLEMENTO
DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

Con el número de hoy se reparte nuestro 3.er Suplemento. Por él podrán juzgar los lectores de este Semanario la firmeza y tenacidad con que perseguimos el perfeccionamiento de una publicación que en su índole no tiene rivales en la República, y que no obstante eso y el favor del público, procuramos mejorar diariamente.

Creemos que todo debe hacerse por un público que como el que lee *El Mundo Ilustrado*, alienta las obras favorables al progreso nacional. Estamos en nuestro papel dando á sus exigencias muy justas, la satisfacción que nos permiten los medios de que disponemos.

El cuadrito de género del Sr. Martínez Carrión (á quien no nos toca elogiar como quisiéramos) necesitaba un fotocromo para que cobrara vida esa pintoresca escena de costumbres nacionales.

Esperamos que nuestros lectores hallarán de su gusto nuestro 3.er suplemento.

¿Cuál es el acontecimiento capital del siglo?

El *Petit Journal* de Berlin hace esta pregunta, á la que se ha dado diversas contestaciones... originales.

Como es natural muchos creen que en el siglo XIX nada hay que pueda compararse con la fundación del Imperio Alemán por el Canciller de Hierro. Otros prefieren á ese hecho político el descubrimiento del principio de la conservación de la energía por Meyer; otros, la teoría de Darwin; otros, los trabajos de Listea; otros, el descubrimiento del cloroformo, ó la bacteriología ó el análisis espectral.

La Sra. Berta Suttner propone el manifiesto del Czar: el marido de ella cree que el hecho capital del siglo es la iniciativa de Zola: algunas damas hablan del movimiento feminista.

Algunos literatos dicen que el socialismo es lo más notable del siglo de las luces y el Profesor Barnett se declara por......de la visita del Embajador á Jerusalen. En cambio alguien interviene en favor de la publicación de la segunda parte del Fausto de Goethe.

Casa de la propiedad de la familia Romero Rubio, en la calle de San Andres.

ZOLA EN EL DESTIERRO.

SU ULTIMO CUENTO.

ANGELINA.

I.

Hace como dos años, pedaleaba yo á lo largo de un camino desierto, hacia Orgeval, cerca de Poissy, cuando la vista repentina de una casa situada á la vera de la vía, prodújome una sorpresa tal que salté de mi máquina con el fin de buscar un punto de vista mejor.

Era una construcción de ladrillo sin signo alguno característico, y se erguía allí bajo el cielo amarillo de Noviembre, entre el frío viento que barría las hojas muertas, en el centro de espacioso terreno plantado de viejos árboles.

Lo que la hacía notable, lo que le prestaba un medroso aspecto, una fisonomía salvaje, hosca, extraña hasta oprimir el corazón, era el absoluto abandono en que había caído.

Una parte de la verja estaba derruida y en un letrero de letras semiborradas por la lluvia, se anunciaba que la casa se vendía. Atravesé el jardín, impulsado por una curiosidad mezclada de malestar y angustia.

La mansión debía haber estado desocupada treinta ó quizá cuarenta años. Los ladrillos de las cornisas y ornamentos, habían sido desmembrados por los viejos inviernos y entre ellos crecían muzgos y líquenes.

Varias grietas que hablaban de una precoz ruina, hendían el frente del edificio que aún parecía fuerte aún cuando nadie tenía ya cuidado de él.

Los umbrales cubiertos de nieve y profanados por secas guías trepadoras, tenían un tristísimo aspecto de desolación y de muerte.

Pero lo sombrío y melancólico del edificio se particularizaba todavía más en sus ventanas verdosas, semi-destruidas, cuyos vidrios habían sido rotos á pedradas y que mostraba el absoluto vacío de los cuartos, abiertas algunas de ellas, como los ojos sombríos que hubiesen quedado abiertos en un busto inanimado.

Por su parte el espacioso jardín ofrecía una escena de devastación. Los antiguos lotes de flores apenas podían distinguirse entre la vegetación inculta. Las callejuelas habían desaparecido devoradas por plantas hambrientas de tierra; los macisos de árboles habíanse convertido en florestas vírgenes; había ahí toda la vegetación de un cementerio abandonado, sobre todo en los grandes y añosos árboles, cuyas últimas hojas eran barridas aquel día por el viento de Otoño que repartía por todas partes su doliente querella.

Largo tiempo permanecí contemplando aquella mansión próxima á desaparecer, con el espíritu oprimido por una creciente angustia. Algo como una ardiente misericordia me hacía simpatizar con aquella tristeza y aquel abandono que me rodeaban. Cuando por último abandoné aquel sitio, percibiendo á lo largo del camino, en un lugar en que éste formaba recodo, una especie de taberna, una venta donde se vendía de beber, entré ahí resuelto á preguntar algo á los vecinos.

Pero únicamente encontré á una anciana que se quejaba y suspiraba en tanto que me servía un vaso de cerveza. Lamentábase de vivir en aquel apartado camino, por el cual escasamente pasaba un par de ciclistas al día. Habló interminablemente refiriéndome su historia, relatándome que era llamada la tía Toussaint, que ella y su hombre habían venido de Vernin á tomar por su cuenta aquella taberna, que los negocios habían ido muy bien al principio, pero que al fin habían ido de mal en peor hasta que ella enviudó.

Cuando, después del aluvión de sus palabras, empecé á preguntarle acerca de la casa vecina, volvióse repentinamente circunspecta y me examinó con desconfianza como si pensara que yo trataba de sorprenderle algún secreto.

—Ah! sí, díjome «La Sauvagiere» la casa de los espantos, como el pueblo dice por aquí. Por mi parte nada sé, señor, eso no data de mi tiempo. Pronto tendré aquí treinta años y las cosas de que hablan se remontan á cuarenta ahora. Cuando nosotros vinimos aquí ya estaba poco más ó menos como usted la ve. Pasan los veranos, pasan los inviernos y nada acaece fuera de la caída de alguna piedra.

—Pero por qué—pregunté yo—por qué no se ha vendido puesto que está de venta?

Ah! por qué? por qué? Puedo yo decirlo? El pueblo refiere tantas cosas..... ..

Yo empezaba sin duda á inspirarle alguna confianza. Además, interiormente debía ella estar con deseos de decirme todas esas cosas que el pueblo decía. Empezó por relatar que ninguna de las muchachas de la vecindad se había atrevido jamás á entrar en la Sauvagiere después del crepúsculo, porque corría el rumor de que una pobre alma en pena iba ahí todas las noches. Como yo expresase mi asombro de que una historia semejante hallase aún crédito tan cerca de París, ella se encogió de hombros, intentó hablar como una mujer de espíritu fuerte, pero pronto la traicionó el terror que no quería confesar.

—Hay hechos que no pueden negarse, señor. Me pregunta usted por qué no ha sido vendida la casa? He visto llegar á muchos compradores y todos se han ido más aprisa de lo que vinieron y ninguno ha vuelto por segunda vez. Ahora bien, un hecho cierto es que tan pronto como el visitante se atreve á penetrar en la casa, algo extraordinario le acontece. Las puertas rechinan y se abren y se cierran por sí solas con un ímpetu tal cual si hubiese grandes ventarrones.

Oyense lloros, lamentos y sollozos, que ascienden de los sótanos; y si el visitador permanece obstinadamente, una desgarradora voz exhala este continuo grito: Angelina! Angelina! Angelina! con llamamiento de un tono tan desolador que los más audaces se extremecen. «Esto ha acontecido muchas veces.»

Puedo asegurar que no soy supersticioso y sin embargo sentí correr por mi piel un ligero escalofrío.

—«Y esta Angelina, quién es? pregunté.

—«Oh, señor, sería necesario decírselo á usted todo. Y una vez más, por lo que á mí toca, no sé absolutamente nada.

No obstante, la buena mujer acabó por decirlo todo.

Como unos cuarenta años antes—en 1858 ó poco más ó menos—en los tiempos en que el segundo imperio triunfante, estaba siempre de fiesta, el Señor de Gourand, un funcionario de las Tullerías, perdió á su esposa, de la cual tenía una hija de unos diez años de edad —Angelina, una maravilla de belleza. Dos años más tarde el Señor de Gourand se casó de nuevo con una hermosura famosa, la viuda de un general. Y se dijo que á partir justamente de estas segundas nupcias brotaron unos celos atroces entre Angelina y su madrastra. La primera sufría horriblemente al ver á su propia madre olvidada ya y sustituida tan pronto por una extraña, y la otra padecía una inmensa tortura al ver siempre ante ella aquel viviente retrato de una mujer cuya memoria temía no fuera capaz de borrar nunca.

La Sauvagiere era propiedad de la nueva señora Gourand y ahí, una noche, viendo al padre besar apasionadamente á su hija, ella en su celosa locura, según se dijo, dió á la niña un golpe tan tremendo que la pobrecita cayó muerta sobre el pavimento.

Lo que pasó después fué horrible; el débil padre consintió en sepultar á su hija con sus propias manos en uno de los sótanos de la casa con el fin de salvar á la asesina, ahí yacieron los restos de la niña durante años, en tanto que se afirmaba que ésta vivía al lado de una tía, y por fin un día, los aullidos de un perro y su persistente rascar en la tierra que cubría el cadáver llevaron al descubrimiento del crimen, en el que sin embargo se sobreselló por mandato de las Tullerías, y ahora el señor y la señora Gourand duermen para siempre, en tanto que Angelina vuelve cada noche al llamamiento de esa desgarradora voz que la llama desde más allá de las misteriosas esferas, más allá de las sombras.

«Nadie me contradecirá» concluyó la tía Toussaint, «todo es cierto.»

Yo la había escuchado perplejo, hallando aquello bien dudoso, pero dominado no obstante por la extrañeza de aquella tragedia. Algo había oído hablar de ese señor de Gourard y me parecía recordar, en efecto, que se había casado por segunda vez y que alguna pena de familia había ensombrecido su existencia. ¿Era cierta la historieta? ¡qué conmovedora y trágica en ese caso! Todas las humanas pasiones nos incitan, nos llevan, nos exasperan hasta la locura; así, pues, la más temible historia de amor puede ser cierta, aún la de una niñita tan hermosa como la luz del día, adorada por su padre, muerta por su madrastra y sepultada por aquél en el rincón de un sótano.

Había, en ese caso, más caudal de horror y emoción del que podía uno atreverse á esperar.

Estaba yo á punto de interrogar de nuevo á la vieja mujer, cuando pensé: A qué hacerlo? Por qué no continuar aquella medrosa historia buscándola yo mismo en su fuente, tal cual había herido la imaginación popular?

Al saltar de nuevo sobre mi bicicleta dí un último vistazo á la Sauvagiere. La noche caía, y la sombría casa me miraba con sus negras y vacías ventanas semejantes á los ojos de un cadáver, en tanto que el cierzo otoñal seguía barriendo las hojas de los viejos árboles.

II

Por qué se fijó en mi mente esa historia hasta volverse una obsesión real, un perfecto tormento?

Es este uno de esos problemas intelectuales difíciles de resolver.

En vano me dije que hay muchas leyendas semejantes en los distritos rurales y que yo no tenía nada que ver con esta. A despecho de todo, seguía obsesionándome aquella niña muerta, aquella adorable y trágica Angelina á quien todas las noches hacía cuarenta años llamaba una voz desolada en las cámaras vacías de la casa abandonada.

Así pues, durante los dos primeros meses del invierno hice investigaciones. Era evidente que si algo, por mínimo que fuera, se hubiese transpirado de un episodio tan dramático, los periódicos de aquel tiempo habrían hablado de ello. Empero por más que ratonée entre las colecciones de la Biblioteca Nacional, nada pude descubrir acerca de esta historia. Entonces pregunté á los contemporáneos de ella, á los hombres que habían tenido acceso á las Tullerías, pero ninguna pudo darme una respuesta positiva; sólo obtuve informes contradictorios, así es que aunque todavía y siempre torturado por el misterio, había ya abandonado toda esperanza de llegar á la verdad, cuando el azar me puso una mañana tras una buena pista.

Cada dos ó tres semanas pagaba yo una visita de buena camaradería, afección y admiración al viejo poeta Valoise, que murió el último Abril, septuagenario. Una parálisis de las piernas le había confinado hacía muchos años á una silla rodante en su estudio de la calle de Assas cuya ventana dominaba el jardín del Luxemburgo.

Ahí acabó él su serena y soñadora vida, pues que siempre había vivido imaginariamente, fabricándose un palacio de idealidad, en el cual había amado y sufrido lejos de lo real. Quién de nosotros no recuerda sus refinadas y amables facciones, su pelo blanco peinado en bandas como el de un niño, sus pálidos ojos azules que habían retenido la inocencia de la juventud?

Era un viejo encantador desprendido hacía mucho de la vida, cuyas palabras frecuentemente me colmaban de emoción como si realmente fuesen una vaga y discreta revelación de lo desconocido.

Un día charlaba yo con él cerca de la ventana del cuartito que siempre calentaba un fuego cordial.

Afuera, helaba terriblemente.

Los jardines del Luxemburgo, recortábanse blancos de nieve en el amplio horizonte de inmaculada pureza.

Y no sé cómo, pero acabé por hablarle de la Sauvagiere y de la historia que me obsesionaba todavía; aquel padre que se había vuelto á casar y aquella madrastra celosa de la niña, y aquel asesinato perpetrado en un ímpetu de furia y el entierro en un sótano. Valoise me escuchó con una tranquila sonrisa que no le abandonaba ni en los momentos de tristeza. Después siguió un silencio durante el cual sus pálidos ojos azules erraron sobre la blanca inmensidad del Luxemburgo, en tanto que se retrataba en él una melancolía de ensueño que impregnaba de languidez nuestro rededor.

«Conocí muy bien al Señor de Gourand,» dijo suavemente. «Conocí á su primera esposa cuya hermosura era sobrehumana. Conocí á la segunda que era no menos maravillosa, y amé apasionadamente á las dos sin decírselos jamás. Conocí también á Angelina que era todavía más hermosa que ellas, y ante la cual más tarde, todos los hombres hubiesen caído de rodillas. Pero no acontecieron las cosas como usted dice.»

Mi emoción era profunda.

Iba á escuchar la inesperada verdad que ya me parecía imposible encontrar? Al principio no sentí turbación alguna, pero le dije: «Oh! qué servicio me presta usted, amigo mío. Por fin podré aquietar mi pobre cerebro! Dése usted prisa en relatármelo todo.»

Pero él no me oía. Seguía distraído, vagando espiritualmente á lo lejos, y empezó á hablar con una voz de ensueño como si crease en su cerebro los seres y las cosas, prosiguiendo así.

A los doce años de edad, Angelina era una de aquellas en quienes florece prematuramente todo el amor de la mujer con todos sus impulsos de alegría y de pena! Fué ella quién sintió desesperados celos de la nueva esposa á quien veía siempre en los brazos de su padre.

«Sufría por esto como si se tratara de un horrible acto de traición; no sólo á su madre la había insultado con aquella nueva unión, sino que con el mismo golpe le torturaba á ella el corazón. Todas las noches oía también que su madre la llamaba desde la tumba, y una noche, resuelta á acudir á su llamado, aquella

niña que tenía sólo doce años edad, llegada al exceso del sufrimiento y al exceso del amor, se hundió un cuchillo en el corazón.»

Se me escapó un grito. «Dios de los cielos, es posible.»

«Cuán grande fué el horror y la angustia! Cuando en la mañana el señor y la señora de Gourand encontraron á Angelina en su camita, con aquel cuchillo hundido en el corazón, estuvieron á punto de enloquecer. Prepáranse á salir para Italia y de todas sus sirvientas resolvieron dejar en la casa solamente á una vieja nodriza que había criado á la niña. En su terror, temiendo ser acusados de un crimen, indujeron á la mujer á ayudarles á sepultar el cuerpo, pero en un rincón del invernadero al pié de un gran naranjo y ahí fué encontrado el día que, muertos los padres, la vieja criada refirió la historia.»

Habían surgido en mí algunas dudas en tanto que él hablaba y ansiosamente le examinaba temiendo que hubiera inventado esto.

Pero dijo él: «usted también cree posible que Angelina pueda volver todas las noches respondiendo á la voz desgarradora y misteriosa que la llama?»

Y al decir eso me miró y sonrió indulgentemente una vez más.

«Volver, amigo mío? ¡Bah! todos vuelven. Por qué el alma de esa querida niña muerta no habría de penar en el paraje en qué amaba y sufría?

Si se oye una voz que la llama, es porque la vida no ha empezado de nuevo para ella. Pero de nuevo comenzará, esté usted seguro, porque todas las cosas recomienzan. Nada se pierde, ni el amor ni la belleza. Angelina! Angelina! Angelina! así es llamada y tornará á nacer para la luz del día y para las flores.

Decididamente ni la creencia ni la tranquilidad me volvían. En verdad mi viejo amigo Valoise, el poeta, no había hecho más que aumentar mi tormento.

«Es cierto todo qué lo me ha dicho usted? me aventuré á preguntarle con una sonrisa. . . .

El se volvió á mí sonriendo amablemente:

«Cierto sin duda alguna. No es cierto acaso el infinito?

Y esa fué la última vez en que le ví porque poco después tuve que abandonar á París.

III

Pasaron diez y ocho meses. Habíame sido preciso viajar; grandes contrariedades y grandes alegrías habían agitado mi vida, en medio de ese ímpetu de tormenta que nos empuja á todos hacia lo desconocido. Pero en momentos determinados tornaba yo á oír el medroso grito: «Angelina! Angelina! Angelina!» aproximándose de lo lejano y penetrándome; y entonces me extremecía lleno una vez más de duda y torturado por mi deseo de saber. No podía olvidar y para mí no hay peor infierno que la incertidumbre.

No podría decir cómo aconteció que una espléndida tarde de Junio, torné á hallarme sobre mi bicicleta, en la apartada ruta que pasa frente á la Sauvagiere. ¿Había yo deseado expresamente ver de nuevo el sitio ó era un mero instinto el que me había impelido á dejar el camino real é internarme en aquella dirección?

Eran cerca de las ocho, pero como empezaban los días más largos del año, el cielo estaba todavía radiante, con un triunfal crepúsculo todo de azul y oro. Y qué clara y deliciosa era la atmósfera, qué agradables los efluvios del follaje y de los céspedes, qué blanda y dulcemente alegre la extensa paz de los campos!

Como en la primera ocasión, el asombro me hizo saltar de mi máquina en frente de la Sauvagiere. Vacilé por un momento. El sitio, no era ni con mucho, el mismo.

Una elegante verja de hierro nueva, relampagueaba ante el crepúsculo. Los muros habían sido reparados, y la casa por lo que de ella podía distinguir entre los árboles, parecía haber readquirido la sonriente alegría de la juventud. ¿Era esa entonces la resurrección predicha? Había vuelto Angelina á la vida, al llamamiento de la voz distante?

Permanecía yo en la ruta, todavía asombrado y absorto, cuando el rumor de unos pasos que se arrastraban me hizo extremecer. Volví la cabeza y ví á la tía Toussaint que regresaba á su vaca de unos pastos cercanos.

«Así, pues, estos inquilinos no se asustarón, eh? le dije indicando la casa.

Ella me reconoció y se detuvo con su bestia. «Ah!. Señor» me respondió. Ahí hay gente que debe estar protegida directamente por Dios! La localidad fué vendida hace más de un año. Pero fué un artista quien la compró, y esos artistas, ya lo sabe usted, son capaces de todo.»

Después se retiró con su vaca, moviendo la cabeza y añadiendo: «Bueno, bueno, ya veremos en qué para eso!»

Bonnat, el pintor, el delicado y exquisito artista que había retratado á tantas amables parisienses! Yo le conocía un poco. Nos dábamos un apretón de manos al encontrarnos en los teatros, en las exhibiciones, donde quiera que uno se puede encontrar. De suerte que inmediatamente se apoderó de mí un irresistible impulso de entrar, de hacerle á él mi confesión y pedirle que me dijese qué sabía acerca de esa Sauvagiere cuyo misterio me obsesionaba aún.

Sin razonar, sin pensar siquiera en que llevaba un traje de ciclista, que por lo demás en un camino era permitido, abrí la puerta y arrimé mi máquina al musgoso tronco de un árbol. Al toque del timbre fijado á la puerta, vino una criada. Le dí mi tarjeta y ella me dejó por un momento en el jardín.

Mi sorpresa aumentaba más todavía cuando veía en mi derredor.

El frente de la casa había sido reparado, ya no había grietas ni ladrillos separados, los lotes florecidos de rosas, parecían una vez más dar la alegre bienvenida; y ahora las ventanas, vivientes, sonreían y hablaban de la felicidad que se albergaba tras de sus cortinas.

El jardín había sido desembarazado de sus matorros y parásitas; los lechos de flores, todos lozanos y redivivos parecían una enorme y fragante canastilla de bodas, y los viejos árboles, irguiéndose en medio de la quietud de los siglos, se rejuvenecían con la lluvia de oro del sol de estío.

Cuando volvió la criada me introdujo á un salón de fumar, diciéndome que su amo había ido á la vecina aldea, pero que pronto estaría de vuelta. Yo le habría esperado horas enteras. Al principio hice provisión de paciencia examinando el cuarto que estaba elegantemente alhajado con pesados tapices, con cortinajes de cretona semejante á la que cubría el sofá y los sillones. Las tapicerías eran tan gruesas que no dejé de sorprenderme ante la repentina caída del día. Entonces vino la obscuridad casi completa.

No sé cuanto tiempo permanecí ahí. Me habían olvidado, no habían encendido para mí ni una lámpara. Sentado en medio de la penumbra, tornaba otra vez á mis sueños y volvía á vivir plenamente en la trágica historia. ¿Había sido Angelina asesinada? ó ella misma se había dado muerte? Y, debo confesarlo, en aquella casa frecuentada por los espíritus, donde todo se había vuelto tan negro, empezó á sorprenderme el miedo, un miedo que se iniciaba con cierto indefinible malestar, con una alteración ligera en la respiración, pero que después me asió de los piés á la cabeza, hasta que estuve todo lleno de un pánico loco.

Parecióme al principio que de todas partes ascendían vagos sonidos. Venían sin duda de lo profundo de los sótanos. Ahí había lamentos, sollozos, quejas de algún fantasma.

Y súbitamente surgió el terrible llamamiento, «Angelina! Angelina! Angelina,» con tan creciente ímpetu que yo creía que me azotaban el rostro con hielo.

Una puerta de la cámara se abrió violentamente y Angelina entró y cruzó la pieza sin mirarme. La reconocí á favor del haz de luz que entró con ella de la sala, donde ardía una lámpara. Era realmente ella, la pobre niña muerta á los doce años de edad, tan maravillosamente bella. Su espléndida cabellera rubia caía sobre sus hombros, y estaba vestida de blanco. Había vuelto toda blanca de la tumba de donde surgía todas las noches. Muda, absorta, pasó ante mí y se desvaneció á través de otra puerta en tanto que el grito surgía de nuevo á lo lejos: Angelina! Angelina! Angelina! Y yo permanecí rígido; empapado en sudor frío, en un estado de horror que me abrumaba hasta el último extremo porque era el terror hiriente que venía del misterio.

Casi inmediatamente después, entró por fin una criada trayendo una lámpara, y advertí que Bonnat, el pintor, estaba detrás de mí, tendiéndome su mano y disculpándose de su tardanza. No me mostré herido por ella y todavía lleno de miedo le referí mi historia. Con qué asombro me escuchó él al principio y después con qué bondadosa sonrisa me tranquilizó.

«Usted no sabe, sin, duda, mi querido amigo, que yo soy primo de la segunda señora de Gourand. Pobre mujer! Acusarla de que asesinó á esa niña á quién amaba tanto como su propio padre!

Porque el único punto cierto es que la pobre niña murió aquí, no, ¡gracias al cielo! por su propia mano, sino de una repentina fiebre que la derribó como un rayo, de tal suerte que los padres abandonaron, llenos de horror, esta casa y nunca quisieron volver á ella.

La morada quedó pues, vacía mientras ellos vivieron. Después de su muerte, por orden de la autoridad se puso en venta. Yo deseo comprarla, lo deseo hace algunos años y le aseguro á usted que desde que vivimos aquí no ha habido aparición ninguna.»

Pero el recuerdo de la aparición vino á mi mente y exclamé: «Pero si yo mismo acabo de ver á Angelina en este momento! La terrible voz la llamaba, pasó frente de mí, cruzó esta pieza.»

El me miró con inquietud, como temiendo que mi cerebro no estuviese bien. Pero de pronto, lanzó una sonora carcajada.

«Es mi hija la que usted vió, de la cual el señor de Gaurand vendría á ser tío político; y en memoria de su querida hija le pusimos Angelina. Sin duda su madre la llamaba justamente hace un momento y pasó por esta pieza.»

Entonces, abriendo él mismo la puerta gritó una vez más: «¡Angelina! ¡Angelina! ¡Angelina!»

Y la niña volvió, no muerta sino viva, llena de alegría juvenil. Era ella, con su blanco traje, su espléndido cabello rubio cayéndole sobre los hombros, y tan hermosa, tan radiante de esperanza que parecía como una encarnación de todo lo primaveral de la vida, mostrando la promesa del amor y la promesa de largos días de ventura.

Ah! la cara aparecida! la nueva niña que había surgido de aquella que no existía más! Mi amigo el poeta Valoise no me había dicho mentira: Nada se pierde, todo renace, aún la hermosura, aún el amor.

Las voces de las madres las llaman; llaman á las adolescentes de hoy, á las novias de mañana y éstas viven una vez más bajo el sol y entre las flores... Y era ese despertar de juventud el que ahora invadía la casa, la casa que volvía á ser joven y feliz con la alegría que nace de la eterna vida, recobrada al fin.

Escrito en el destierro—Octubre de 1898.

Emile Zola

Las risas trágicas

Idem el humorista.

En banquetes ministeriales ú onomásticos, en bailes públicos ó privados; así fuera en la reunión literaria de una cantina ó en la tertulia de un taller de artista; en los pasillos del teatro; en el tranvía de los entierros, varias veces oí encomiar la verba inagotable, los refinados humorismos de Nicolás Gaytán que se firmaba con el pseudónimo de «*Idem*,» era profesor de Algebra en un colegio de señoritas, tomaba taquigráficamente el dictado de varios abogados y llevaba los libros de una fábrica de jabones.

Gozaba el hombre paupérrimo de aquella celebridad que pudiéramos llamar privada, menos altisonante pero no inferior á la que han disfrutado los tribunos y los predicadores.

Porque Gaytán era elemento indispensable en todas partes; sin él, se bostezaba; su presencia sola difundía animación en la más grave de las tertulias entre *clubmen* fastidiados á la sajona.

Porque su gracia, su chusca manera de decir, su humorismo extraño, se hallaban al alcance de todas las fortunas intelectuales: hombres y mujeres, viejos y niños, le formaban rueda, cuando tomaba la palabra, así contara lo más insignificante: carestía de cereales, alza de valores, crudeza del clima.

¿Era su modo de gesticular? ¿el timbre de su voz? ¿los ademanes? ¿su original y risible vocabulario? Era todo: jamás he oído más feliz narrador.

Se apoderaba de vuestra atención como un malabarista toma una esfera dorada, y jugaba con ella, os llevaba con su plática á donde quería: al cementerio ó á la pantomima; se adueñaba de vuestro discurrir y lo fatigaba, de tal manera sabía pasar del absurdo á la gravedad ó á la bufonería.

Siempre lo he tenido por hombre de un talento colosal y de una asombrosa erudición porque creo con el Doctor Hughlings-Jackson, que el juego de palabras es una de las más abstrusas operaciones de la ideación y que el chiste es un refinamiento de alta intelectualidad.

Y sin embargo ¡cuántas veces al despedirse de nosotros, rendidos de reír hasta las lágrimas; cuántas veces me inspiró profunda tristeza porque parecióme descubrir bajo su máscara social, franca y risueña, un gesto de honda preocupación y de incurable pesadumbre!......

Extraño sujeto que escribía historietas ligeras y charlaba frivolidades y en cambio se extasiaba frente á una tela primitiva; deliraba por la música hieroglífica de Wagner y de Brahms: hallaba deleite en los cálculos de alta Matemática y traía bajo el brazo «La carta á una viuda» de San Juan Crisóstomo, la Etica de Spinoza ó el «Calor» de Tindall.

Y si por acaso pedía en el Gabinete de Lectura una novela en boga ó de autor ligero, se empeñaba en publicar que no iba á leerla sino á prestarla á un amigo.

No se le conocía ninguna debilidad amorosa; jamás ofreció su casa ni tampoco permaneció en reunión nocturna más allá de las diez de la noche, pretextando que le era urgente el sueño, para sus pesadas faenas de profesor y empleado particular.

Pesadas faenas que le producían, si acaso, lo necesario para vivir, y vivir miserablemente.

Tenía estrecha amistad con los médicos y se gastaba la mitad de sus sueldos en medicinas de patente: vinos tónicos, elixires, emulsiones y jarabes reconstituyentes.

Y se reían de un hombre que interrogado sobre su salud, respondía que era de hierro y juraba comprar aquellas preparaciones para un pariente enfermo, en la última miseria.

Al verlo solo en la banca de un paseo público, en el rincón de un tren, en la mesa de una fonda ó frente al escaparate de una juguetería; al verlo solo y hondamente pensativo y moroso y melancólico, se le tomaría por un cesante, un presunto suicida, un jugador malhadado, nunca por el hombre más espiritual y gracioso de su época.

—Dichoso usted,—le decía una encantadora muchacha, cierta vez,—dichoso usted que sabe tantos cuentos: jamás estará triste.

Lo estoy algunas veces.... y como arrepentido de la confidencia sentimental, agregó en otro tono, lo estoy lejos de usted; soy alegre por desgracia, no por temperamento.

***

Pobre Gaytán! me dije al tomar un coche de alquiler para buscar su lejano domicilio; parece mentira que en menos de un mes la dispepsia lo haya puesto, como asegura el informante, á las orillas del sepulcro. ¡Morir de dispepsia la musa de la risa!

Llegamos á la nefanda vivienda, á la inmunda casa de arrabal, habitada por gente de la peor laya: una tripería á la entrada; cerdos y gallinas en el patio; un niño moribundo en una mancha de sol; un caño inundando hasta las cocinas.

Arriba, trepando por una escalera sin barandal, empujando una vidriera remendada con periódicos, en una pieza oliente á humo de fritangas: una cómoda, un baúl, rimeros de libros contra la pared, un Cristo sobre el buró, un catre de tijera sin ropas y en un sillón despanzurrado, el moribundo Gaytán: cabizbajo, amarillo, patético, envejecido, fijos los ojos de esclerótica enferma en los rotos ladrillos del piso.

Y quiso el pobre estar de vena.... y disculparse del desorden de su *última morada* que antes fué *tan azul;* pero su sonrisa era un gesto doloroso y su voz el sonido de un instrumento descompuesto y lúgubre.

«—Vamos á liquidar nos dijo—en el sentido alopático de la palabra, porque en el financiero todas mis deudas las dejo á mis amigos. Vale algo mi colección de autógrafos, recibos y boletos de empeño: en ellos están los nombres de todos los israelitas existentes en la ciudad.

La muerte, que tan buenos ratos nos ha proporcionado, parece que esta vez se pone al habla conmigo. Voy á emprender mi primero y último viaje por agua ¿me marearé en la Estigia?

Les puedo ofrecer á boca de botella, no un cognac, pero sí esa *friega* alcohólica tan *química* como las de las cantinas. Carezco de criado, me hace los mandados una niña hidrocefálica de aquí junto. El portero, mi sincero admirador, se ha encargado de los alimentos. Me cuida un veterinario: estoy enfermo del hígado y él me receta para muermo intestinal.

El Padre de la parroquia se empeña en rescatar mi alma y yo le digo: pero Padre ¡valiente espíritu conquista usted! más averiado puede ser que no le haya y Dios al verlo exclamará: ¿hijo, pero esto es alma ó expediente de juzgado? Lleva todas las injusticias y las picardías habidas y las inéditas, con un apéndice y suplementos?

Estaba escribiendo una historieta con todas las *licencias del ordinario* en este papel de envoltura, pero se me acabó el papel....»

En la pieza de junto se oía una tos infantil seguida de una queja suspirosa y á cada acceso «*Idem*» volvía el rostro, enmudecía, escuchaba, descompuesta la faz. Era tos de mujer, tos cavernosa ó silbante, la tos típica y cruel de los tísicos.

Sea por Dios, jóvenes alumnos! Me explico que la suerte, ¡la suerte, sinónimo de escamoteo y buena fortuna! me explico que la suerte, tiradora de pistola, escoja para blanco un huevo, una paloma, una cabeza, una placa, pero ¿cebarse conmigo? eso es *tapar moscas* y ha tapado las mías una por una, las de colores más bonitos.

Volvió la tos á extremecer la vidriera y Gaytán, incapaz de dominarse, nos hizo su confidencia al fin.

—Es mi hija, una niña de catorce años á quien he tenido siempre en el colegio, de interna; enferma de la peor de las desgracias, de una notable inteligencia, fuego que acabó por consumirla.

Me la devolvieron las maestras con cuarenta grados de calentura corporal y otros cinco más en el al-

ma: con cavernas en el pulmón derecho....y esa horrible tos. Nada la distrae hace mucho, mucho tiempo. Ha leído todos los gabinetes de lectura y bibliotecas privadas de mis amigos; estoy suscrito á todos los periódicos: es lo que más ha amado en esta vida y en la otra, y por arrancarle una sonrisa, por contagiarla con mi buen humor industrial, producto del fingimiento; por contagiarla con mi humorismo artificial y verla sonreír siquiera, por eso veis que he estudiado como una ciencia el arte de charlar en broma. Mi pobre intelecto es un contorsionista de feria.

¡Y cuántas veces ha estado á punto de morirse en mis brazos y la he resucitado casi, con algún sucedido cómico ó una improvisación: carcajada y sollozo á un tiempo mismo! Un momento, voy á verla.

Vacilante, hecho arco, arrastrando la manta que le cubría las piernas, se dirigió á la otra pieza y al abrir la puerta vimos á su hija, la aniquilada criatura: más demacrada, más moribunda, más agotada que él; yacía en un lecho, rodeada de libros y juguetes; en el buró todo un botiquín; en las paredes todos los cromos y caricaturas posibles; por el suelo publicaciones ilustradas.

Volvió á toser más y más débilmente aún, como quien desfallece, como quien descansará en breve.

—¿Pero qué quieres vida mía? preguntaba *Idem* con una voz tierna, femenina, maternal......¿pero qué quieres, vida mía?

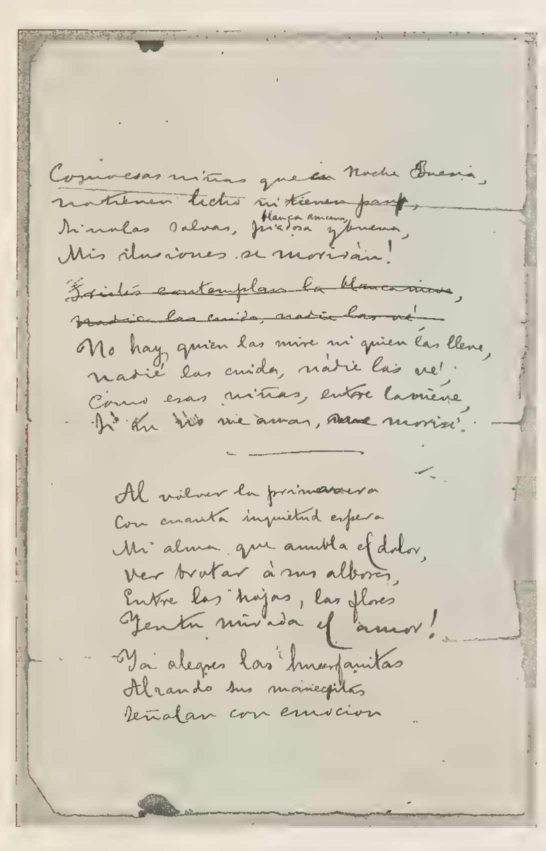
Estoy muy triste; cuéntame un cuento....

—Un cuento? Vamos, el del barbero......

Rumor de palabras, gritos fingidos de animales, voces de ébrio, balbuceo de viejas, exclamaciones de niño y la carcajada sonora, contagiosa, histriónica de Gaytán; su carcajada genial, su carcajada irresistible; su carcajada que dialogando con la tos cruel é implacable nos hacía llorar, llorar como á unos niños!

Adelcampo.
Micros.

Páginas inéditas de Manuel Gutiérrez Nájera.


Como esas niñas que en Noche Buena,
~~no tienen techo ni tienen pan,~~
Sin velas salvas, piadosa y buena,
Mis ilusiones se morirán!
~~Tristes contemplan la blanca nieve,~~
~~nadie las cuida, nadie las vé~~
No hay quien las mire ni quien las lleve,
nadie las cuida, nadie las vé;
Como esas niñas, entre la nieve
Si tú no me amas, me moriré.

Al volver la primavera
Con cuanta inquietud espera
Mi alma que anubla el dolor,
Ver brotar á sus albores,
Entre las hojas, las flores
Y en tu mirada el amor!
Ya alegres las huerfanitas
Alzando sus manecitas
Señalan con emoción

Tomé los pensamientos que más amo
Y formé una guirnalda para tí;
Con los tristes y negros hice un ramo
Que guardo para mí!
Volad ¡oh pensamientos de ventura!
Volad hácia mi amor!
Huid, temblando, de la playa oscura
Donde queda el dolor!

~~Id~~ No me olvides pequeñitos
Que no marchitó la lluvia,
Id y besad sus rizitos...
¡Flores de azules ojitos
Con pupilas de [illegible]!
Id á ocultaros ¡oh flores!
Con amorosos ardides
En sus rizos seductores,
Y al contarle mis amores
Decid también: ¡no me olvides!

FRAGMENTOS.

I

Sonrientes, aladas, luminosas,
de ensueños juveniles mensajeras,
tendieron sobre mí las primaveras
los oros de sus clámides gloriosas.
Me dieron sus canciones misteriosas
las esperanzas aves vocingleras
y unas vírgenes locas, las quimeras
el opio de sus frases engañosas.
Tal llegué, Juventud, á tus umbrales
deslumbrado por necios idéales;
y creyendo sofismas los dolores,
con rabioso apetito de placeres
ay! no ví las espinas en las flores
ni la mentira oculta en las mujeres.

IV.

Muchas lunas han muerto, y aún perdura
la impresión de ese amor, punzante y viva;
aún contemplo su frente pensativa
al reflejo ideal de su alma pura.
Sin mancha, cual la nieve de la altura
delicada como una sensitiva,
de mi pasado surge rediviva
su dulce y melancólica hermosura.
Bella como la fúlgida mañana,
tras la cortina azul de la ventana
cual azucena blanca aparecía.... .
Cómo olvidaba entonces mis enojos
viendo la arcana luz que se encendía
en los negros abismos de sus ojos.

VII.

En mis labios se crispa el hondo grito
que me arranca el recuerdo, tan ardiente;
y llevo densas sombras en la frente
y un corazón de lágrimas ahito.
Así voy por mi senda de proscrito
ayuno de deseo, indiferente,
pensando en la estulticia del creyente
que un pedestal levanta, para el mito.
Dejaré, que el olvido, con su manto
seque las gotas del cobarde llanto
que mis altivos ímpetus restringe;
quiero reír, en plácido sosiego
de mi primer amor—Edipo ciego—
que no supo el enigma de la Esfinge.

Guanajuato.—Rafael Lopez.

EN EL BOSQUE

En el muelle carruaje reclinada
Con indolente. lánguida altiveza,
Envuelta en blondas de oriental riqueza
Hoy he visto en el bosque á mi adorada.
Pasó, volviendo á mí su azul mirada,
E inclinó levemente la cabeza....
—En sus ojos, tan bellos, la Tristeza
Ha fijado, inclemente, su morada
No es ya la blanca virgen pudorosa
Por quien causó el amor eternos daños
En la edad fugitiva de la rosa.
Han pasado sobre ella luengos años
Y sucumbe, infeliz víctima hermosa,
Arrojada á los crueles desengaños . .

Fernangrana.

LOS ADELANTOS EN NUESTRO PAIS

Compañía de Luz Eléctrica y Fuerza Motriz DE MONTERREY S. A.

El Señor Ingeniero Don Emilio Dysterud, Gerente General de la Compañía de Luz eléctrica y Fuerza Motriz de Monterrey, con amabilidad y galantería se dignó enseñarnos la pequeña pero brillante instalación que dirige.

No es nada vulgar el señor Dysterud: á su privilegiada inteligencia se une vasta ilustración, y á estas dotes una palabra fácil, lo que produce en el ánimo de sus visitantes gratas impresiones.

Oriundo de Noruega, allí hizo sus estudios para ejercer la profesión de Ingeniero Naval; y terminada esta carrera, después de haber servido á la Marina de Guerra de su Patria, pasó á los Estados Unidos de Norte América, ingresando á la Universidad de Wisconsin, en cuyas aulas recibió el título de Ingeniero mecánico y electricista.

Vino á la República Mexicana para realizar una espléndida instalación minera, en la Mina de la Concepción, ubicada en el Mineral de Catorce (San Luis Potosí).

De esta población pasó á la industriosa Monterrey, en donde estuvo al frente de la fundición de Fierro. Estaba encargado de esta industria cuando ocurrió un incendio en la instalación eléctrica, que la destruyó por completo, y con su doble carácter de Ingeniero mecánico y electricista pasó á dirigir la reinstalación de la Planta eléctrica, obra que realizó en treinta días con un gasto de quince mil pesos.

Los accionistas de esta Empresa, en vista de las aptitudes de Dysterud y de su notable actividad, le hicieron brillantes proposiciones, para que quedase encargado de los intereses morales y materiales de la compañía de Luz Eléctrica.

Es en este puesto en el que hemos tenido el gusto de conocer á Don Emilio Dysterud, y á él debemos haber conocido la muy buena instalación eléctrica, existente en Monterrey.

La Compañía que nos ocupa, se estableció con el carácter de Sociedad Anónima, en el año de 1889.

Contrató, desde luego, el alumbrado público, en parte, y gran número de pequeñas instalaciones privadas. Estuvo funcionando con regularidad y la Empresa avanzaba prósperamente, cuando un siniestro de grandes proporciones, un terrible incendio acaecido á fines del año de 1892, destruyó la instalación casi por completo.

Es en estos momentos, críticos y difíciles, cuando Dysterud toma participación en los negocios; es cuando revela su valimiento, y cuando con extraordinaria actividad, levanta un nuevo edificio, é instala una nueva Planta eléctrica.

SR. INGENIERO EMILIO DYSTERUD.

El año de 1894, atendiendo á las necesidades siempre crecientes de la población, y á no poderse satisfacer todas las demandas, el señor ingeniero Dysterud presentó á la Compañía, cuya gerencia sirve con tanto acierto, un Proyecto de reformas que modificarían por completo al edificio y la instalación que en él se contenía.

Aprobadas las propuestas del señor Gerente, se renovó casi toda la maquinaria, se hicieron modificaciones de importancia al edificio de la Compañía, y se transformó la Planta, convirtiéndola del sistema antiguo al más moderno que se conoce.

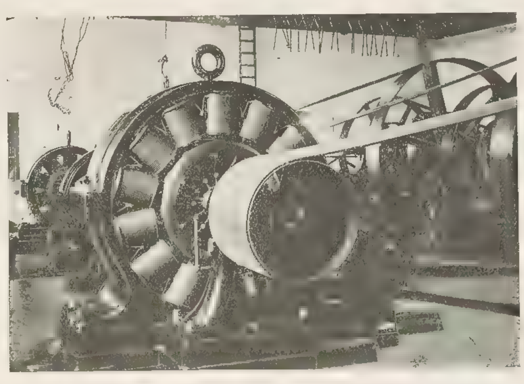
Los dinamos son de la conocida Fábrica, *General Electric*, y el motor que genera el movimiento, que es de doble cilindro, de los llamados *compound con condensación*, tiene una fuerza de cuatrocientos cincuenta caballos de vapor.

Esta máquina transmite su fuerza á los dinamos por medio de un eje directamente conectado con el eje de la misma máquina; y las poleas de ese eje están todas arregladas con un *croche* de fricción, por lo cual cada uno de los dinamos puede entrar en movimiento ó ser parado, violentamente, sin interrumpir el funcionamiento de los demás aparatos.

Las calderas que existen actualmente, son cinco: dos de ciento cincuenta caballos, y tres de ochenta. Todas son tubulares, y próximamente van á instalarse tres calderas más, de ciento cincuenta caballos cada una, de las llamadas *Internally Fired*, que es el último sistema conocido.

Pero las actividades del señor Dysterud no duermen. Se va á aumentar una máquina de trescientos caballos, que moverá un dinamo generador de tres mil focos incandescentes, y otro dinamo de cincuenta focos de arco.

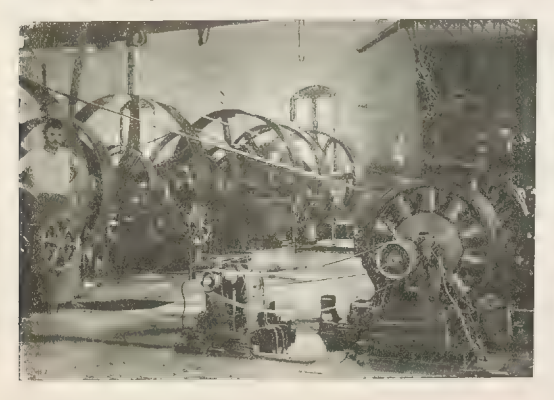
También se instalará otro gran dinamo con su respectiva máquina, para la generación de fuerza motriz eléctrica, cuya se destinará para abanicos eléctricos, durante el verano, motores eléctricos para imprentas, bombas para elevar agua, y en general para todos los establecimientos que necesiten fuerza motriz eléctrica.



La Compañía tiene establecido un Laboratorio completo con toda la maquinaria que se necesite, movido por un pequeño y económico motor, inventado por el señor ingeniero Dysterud, y en el cual se realizan todas las composturas necesarias á las calderas, máquinas, dinamos, lámparas, etc, sin que sea menester buscar concursos extraños.

***

Felicitamos sinceramente al señor Dysterud por el orden y acierto con los cuales dirige las importantes labores que le están encomendadas, y muy especialmente por el honroso nombramiento que recayó en su persona, para Vice Presidente de la Sociedad de electricistas americanos.



NEGOCIACION MINERA DE SAN PEDRO

EN

MONTERREY.

Una de las casas comerciales de las de mayor prestigio é importancia, en la próspera ciudad de Monterey, es, sin duda alguna, la que gira bajo la razón social «Maiz Hermanos.»

Los señores Maiz son seis hermanos: Don Angel y Don Pedro, residentes en Bilbao, (España), que son los socios comanditarios; y Don Justo, Don Joaquín, Don Agustín y Don José, socios comanditados que residen en la capital del Estado de Nuevo León.

Estos caballeros son propietarios de la importante negociación minera conocida con el nombre de «San Pedro» y ubicada en la Sierra Madre, al Sur de Monterrey.

Los minerales que ahí se explotan son muy abundantes, pero bastante pobres; y solo se explican los cuantiosos gastos erogados por los hermanos Maiz, en la magnífica instalación que han establecido, si se atiende á la gran cantidad de metal que se extrae y á las cercanías de las Fundiciones metalúrgicas, establecidas en aquella vecindad.

Para llegar al abundoso mineral se ha construido un ferrocarril de vía angosta, en una extensión de catorce kilómetros. Esta vía de comunicación se conoce con el nombre de "Ferrocarril Mineral y Compañía Terminal."

Treinta y dos son las pertenencias que corresponden á la mina de "San Pedro."

Antes de entrar en la descripción general de

MINA DE SAN PEDRO.—VISTA GENERAL DE LA ADMINISTRACION.

la negociación que nos ocupa, diremos cuál es la ley de los metales explotados, y vendremos al convencimiento de que, á no tenerse tan cerca la Fundición, para el mineral, no serían costeables, bajo ningún concepto, los enormes gastos erogados.

Como tipo, para señalar la riqueza de este mineral, tomaremos una tonelada de mil kilógramos; de ella se obtienen las siguientes proporciones: 20 por ciento plomo; 31 por ciento fierro; 10 por ciento sílice; 1 por ciento cal; y 210 gramos plata. Como detalle de observación se cuenta el hecho de que á menor cantidad de plata y plomo, se obtiene mayor cantidad de fierro.

***

Hay una respetable suma de trabajadores que ganan buenos jornales; y si no se aumenta el número de ellos, es debido á que la gente minera no gusta de ausentarse de sus localidades; pues á igualdad de jornal el trabajo es menos rudo en estos minerales.

La dirección general de los trabajos que en una época estuvo encomendada á buenos Ingenieros, actualmente la regentea el señor Don Joaquín,

SR. DON JOAQUIN MAIZ, DIRECTOR GENERAL DE LA MINA DE SAN PEDRO.

con cuyo retrato honramos nuestras columnas.

Es de justicia dedicar elogio bien merecido á este caballero.

La mina que nos ocupa tuvo su época de crisis, bien larga y demasiado costosa por desgracia. Y en este punto de nuestro artículo encaja el aplaudir la abnegación sin límites y la constancia y dedicación desplegada por la casa Maiz.

Un juicio entablado en los Tribunales Federales y cuyo feliz desenlace se obtuvo en no lejano término, puso á prueba el espíritu de empresa de aquellos hermanos, dotados de carácter y energías, y que no flaquearon ni un solo momento.

La crisis fué duradera; no cundió el desaliento y Don Joaquín, con entereza y constancia dignas de encomio, se ausentó de sus lares, y venció los obstáculos, arrolló las dificultades, y vió coronada su obra, con el completo triunfo de su causa.

La fortuna se vió en peligro, pero se resarce paso á paso; y hoy que no hay enemigos con quienes luchar, hoy que el campo está despejado, las actividades entran en juego, y los lisonjeros productos que se alcanzan son bien merecidos.

***

Existen, actualmente, en la mina que nos ocupa, dos tiros; y la bocamina que se utiliza se encuentra á unos trescientos treinta y cinco metros abajo de la antigua.

Mensualmente se usan unas diez cajas de dinamita, de á cincuenta libras cada una, y que sirven para los cohetes que se emplean en el interior de la propiedad.

Siendo el panino muy suave, no se necesita otra intervención que los picos y el trabajo del minero.

El interior de la mina está alumbrado con luz eléctrica.

La extracción del fruto se hace por medio de dos malacates eléctricos, de gran potencia, que tienen una longitud de ciento cinco metros; pero esta puede llegar á poco más de cuatrocientos metros. El fruto ó mineral que viene del interior se procura extraer siempre abajo del nivel; en la parte superior se utiliza siempre el procedimiento llamado del *chorreo*, ó canalones, para los carros que están á la boca del túnel, que mide una longitud de trescientos un metros de largo.

El ferrocarril interior del túnel, tiene una pendiente de cinco y medio por ciento; y por la gravedad imprime el movimiento á los carros, para determinar la tracción de estos.

***

La cuestión del aire que es de tan vital importancia en las minas, está resuelta victoriosamente en «San Pedro,» por espléndidos ventiladores de diez y ocho caballos de fuerza, movidos por electricidad, y que hacen que el indispensable elemento penetre á todas partes, y tenga en oxigenación adecuada los pulmones de los hombres metidos en las entrañas de la tierra.

MINA DE SAN PEDRO.—PLANTA ELECTRICA Y ESTACION TERMINAL DEL CABLE AEREO.

***

De la entrada del túnel parte el cable en que se contienen los cucharones, en los cuales va el mineral, y cuyos cucharones vacían su contenido en los carros del Ferrocarril Mineral. Esta economía de tiempo realiza, en muchas ocasiones, el hecho de que á las dos horas de extraído el producto, se esté fundiendo en los hornos de las fundiciones.

Este cable que es aéreo, tiene una extensión de dos mil doscientos seis metros. La diferencia de nivel es de quinientos noventa y dos, cuarenta y ocho centésimos.

En el trayecto está sostenido por treinta y dos artísticas torres, y por dos más que son las terminales.

El número de cucharones es de ochenta y cinco, y cada uno tiene una capacidad de doscientos cincuenta kilógramos.

Hay un desperdicio de fuerza como de treinta caballos, que se aprovecha en parte para otros usos distintos de los de la mina propiamente dicha.

VISTA GENERAL DE LA MINA «SAN PEDRO.»

***

Como á unos cien metros abajo del socavón actual, se encuentran establecidos los edificios que correspon

MINA DE SAN PEDRO.—CABLE AEREO ESTACION DE CARGA.

* * *

Decimos al principio, y estamos en lo justo, que la casa Maiz Hermanos es una de las de mayor prestigio é importancia en la plaza de Monterrey.

En efecto: su comercio es activo y vigoroso. Realiza abarrotes nacionales y extranjeros al por mayor y menor, y practica giros y operaciones bancarias de relativa cuantía.

Los almacenes de la casa se encuentran perfectamente bien situados, en el punto más céntrico de la capital regio-montana: en la esquina de la Plaza Zaragosa, disfrutando de una preciosa vista.

Los hermanos residentes en el país se dedican al trabajo, con constancia y dedicación: todos colaboran al aumento del capital, y vigilan y cuidan por el buen nombre y prestigio de la razón social.

Un dato que no puede menos de producir agradable impresión, es el hecho de que todos los señores Maiz han formado un hogar esencialmente mexicano; puesto que siendo el hogar, en su ser moral, dependencia de la mujer, y estando casados con mexicanas, nuestra apreciación se justifica.

* * *

Además de la Negociación minera, y de la casa comercial, los señores Maiz han montado una gran Fábrica de sombreros, movida por vapor y la cual cuenta con máquinas de las mejores que se conocen para este género de industrias.

El establecimiento fabril está situado en la calle de México, de aquella capital, y la Sombrerería, propiamente dicha, en la calle del Teatro.

MINA DE SAN PEDRO.—CABLE AEREO VISTO DESDE LA ESTACION DE CARGA O BOCA MINA.

den á la Administración, en primer lugar; en seguida vienen, el Hospital con un médico al frente de él y su bien surtida farmacia; la escuela, con un buen Profesor; una tienda de ropa; Talleres; Polvorín; dos habitaciones para empleados; Carnicería, y casa para los guardianes.

Todo esto se debe, por supuesto, á los señores Maiz quienes no omiten gastos de ningún género para hacer más llevadera la vida á aquellos trabajadores, que si les producen riquezas á los propietarios, reciben en cambio toda clase de atenciones tanto en lo físico como en lo moral.

* * *

La instalación eléctrica se encuentra al pié del cerro, á una distancia del socavón de unos 2,206 metros; y está situada á un lado del Ferrocarril Mineral, junto al terminal del cable.

Los dinamos son de la casa *C. C. Electric Company—N. Y.;* de 80 kilógramos y generan una corriente de 500 *volts* y 160 *Ampéres*

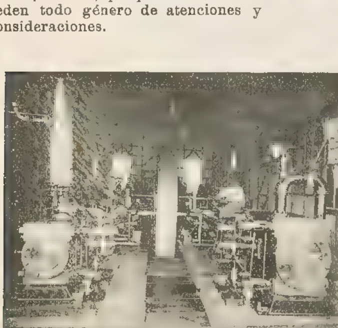
La máquina que los pone en movimiento es del sistema *Corliss compound* de 80 caballos, y de la casa Frazer Chalmers de Chicago, Illinois. Como dato curioso, diremos que esta misma máquina estuvo expuesta durante un año, en la Exposición Colombina de Chicago, imprimiendo movimiento á una bomba

Las calderas son dos, de 80 caballos cada una, pudiendo trabajar una ó ambas.

Se alimentan con carbón de piedra, y son de sistema tubular. Consumen, poco más ó menos unas ochenta toneladas al mes.

Los trabajadores son nacionales en su totalidad, y respetan y estiman á sus patrones, porque estos les conceden todo género de atenciones y consideraciones.

CASA HABITACION DEL SEÑOR DIRECTOR.



MINA DE SAN PEDRO. MAQUINARIA, PLANTA ELECTRICA.

Alcanza esta industria una buena producción de sombreros, y su consumo es inmediato por la bondad de los materiales empleados, todos de primera calidad. Podemos decir que esta casa es una de las principales, en su ramo, en Monterrey.

* * *

La situación un poco comprometida en que se vió, parte del cuantioso capital de estos caballeros, no fué otra cosa que el resultado casi común, de los negocios mineros; pero es interesante declarar que del buen éxito de la explotación minera, nunca se dudó.

La lucha, el quebranto, la crisis, en una palabra, se debió al pleito que sostuviera la casa; pleito que fué ganado, como bosquejamos antes, por la bondad de la causa, por la justicia de ella y por los inalienables derechos aducidos por los Maiz.

En los comienzos del litigio se pudo abandonar aquello con pérdidas de relativa consideración; pero alentados para la prosecución de la empresa, no dudaron ni un solo momento, y se lanzaron á las reformas, prodigaron las mejoras, y llegó la ocasión en que, invertidas cuantiosas sumas, no se podían resignar fácilmente, á perder un capital formado paso á paso, y legítimamente adquirido.

El triunfo de la causa colmó sus afanes; el capital se consolidó, y hoy se incrementa aumentando la respetabilidad de esta fraternal sociedad.

Los señores Maiz han vivido mucho tiempo en la República. Su honradez, su laboriosidad, su constancia, les han permitido formar un capital, que les promete una vejez tranquila, y la satisfacción de poder educar, esplendidamente, á sus herederos. A éstos, sin duda alguna, les inculcarán los preceptos de ese culto al trabajo, que tan benéfico les ha sido, y ojalá vean satisfechos, en plazo corto, sus ideales, que han de ser nobles, como que los anhelan hombres honrados.

MINA DE SAN PEDRO.—CABLE AEREO Y LINEA ELECTRICA VISTA DESDE LA ESTACION DE CARGA.

Compañía Industrial de Artefactos DE

METAL LAMINADO (S. A.)

E. Sr. D. Francisco L. Cantú, hombre de empresa y acción, y de una honorabilidad indiscutible, es el Gerente de la importante negociación de que vamos á ocuparnos.

Merece todo género de elogios. Su actividad y expedición, su dedicación y constancia, su espíritu de empresa y sus vigorosos alientos, se ven premiados en la actualidad por un éxito siempre brillante y siempre aumentand,o el cual originará en nuestro país, una evolución en la importante industria que maneja.

El Sr. Cantú estableció este negocio con sus propios y personales elementos, y convencido del brillante porvenir que le esperaba, quiso ensancharlo, formando al efecto una sociedad anónima para realizar esta nueva faz de su industria. Lanzadas las acciones al mercado, el capital llegó á las cajas de la sociedad, y pronto se estableció la Fábrica tal y como la conocemos.

Las dotes de Cantú son bastante grandes: es hombre de empuje y nuevamente, entre los accionistas, buscó el aumento del capital; lo ha conseguido y la fábrica que hemos visitado, y que está tan bien dotada, lo estará mejor dentro de muy poco tiempo.

En la reciente visita que el Señor Presidente de la República dedicó á la capital del Estado de Nuevo León, visitó las grandes é importantes industrias allí establecidas, y entre ellas una de las que más llamó su atención fué la «Fábrica de Artefactos,» como se llama en Monterrey la industria que nos ocupa. En la visita que hizo á sus talleres se sintió satisfecho al ver los alcances de la naciente industria nacional; y al recoger los datos, al obtener las explicaciones, al observar todos y cada uno de los detalles, indicó al Sr. Cantú un modelo de caramañola para nuestro Ejército, la cual ha sido construida, enviándose el ejemplar al Sr. General Díaz para su aprobación.

Los talleres de esta industria son imponentes: actividad, orden, economía, todo se encuentra allí; y causa positivo gusto ver aquel enjambre de trabajadores, afanosos y entusiastas, colaborar en la gran obra de prosperidad y engrandecimiento, en la que secundan á su Gerente.

No sería posible entrar en una descripción minuciosa y detallada de todas y cada una de las máquinas que allí se usan. Son demasiado curiosas y para que nuestros lectores se formen una idea de la importancia de esta Fábrica de Artefactos, ilustramos estas líneas con un grabado, que, aunque no en su totalidad, sí en su mayoría, reproduce los objetos que allí se elaboran.

Entre las máquinas más notables que recordamos, se cuenta la *Tijera Circular*, que en su ingenioso mecanismo recibe la lámina, y la corta en círculos perfectos, de diámetros variables entre 5 y 36 pulgadas. A esta preciosa máquina sigue una colección muy numerosa, que no describimos por falta de espacio y que reseñamos á la ligera.

Están en el mismo vasto salón, la *Prensa estampadora*, la *Máquina alambradora* que de un solo golpe de martillo realiza la bonita combinación á que se la destina; la máquina para los fondos; la máquina para cortar cubetas; otra para perforar; otra para construir los tubos de la económica y bonita lámpara inventada y construída por el señor Cantú; otra más para adaptar fondos y tapas con paso de rosca; otra para hacer las orejas de las tinas; otra para la parte inferior de la lámpara; otra para las curiosas capsulitas metálicas que se adhieren á los corchos en las botellas de cerveza (esta máquina elabora 150,000 capsulitas por día); y otras muchas pequeñas máquinas que no recordamos.

La mayor parte de esta maquinaria está construida por la casa E. W. Bliss de Brooklyn. N. Y.

Las calderas y motor que imprimen movimiento á la maquinaria, son de 35 caballos de vapor, respectivamente.

* * *

Los productos de esta preciosa industria, que tendrán por mercado á toda la República, cuando se conozcan, pues son tan buenos ó mejores que los similares extranjeros, se venden en Merida, Campeche, San Juan Bautista y Veracruz, en la Costa oriental; en el Interior, en Aguascalientes, Guadalajara y San Luis Potosí; en la Frontera, en casi todas las poblaciones pertenecientes á los Estados de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Produce mucho la Fábrica y el no poder servir inmediatamente los numerosos pedidos que se la hacen, dió margen al aumento de capital y á la instalación en mayor escala, del muy importante negocio.

En la Zona libre, compite victoriosamente con los mismos productos venidos del extranjero.

La lámina de metal viene de los Estados Unidos y la hojalata de Inglaterra

En la nueva instalación que se está haciendo, se construirán en grande escala —hoy está limitado este género de productos—camas y catres de fierro, con sus colchones alambrados.

También quedarán establecidos los Departamentos para *Artefactos reestañados galvanizados y esmaltados.*

Se instalará, igualmente, con todos sus accesorios, y mucho mayores que los que existen, hornos para fundir el esmalte.

* * *

Hay un departamento completo de cobrería, en el cual se pueden construir toda clase de alambiques, de todos estilos y tamaños.

En este mismo salón, está el departamento para tornear, y aunque en pequeña escala, también están los salones para galvanizar y estañar.

Hay un vasto salón donde se fabrican hermosas cornisas de lámina para edificios. Estas cornisas resultan elegantes y artísticas.

Las casas de D. Joaquín Maiz, D. Adolfo Larralde, D. Francisco Belden, D. Valentín Rivero, D. Roberto Law, y el gran establecimiento balneario—en construcción—son la mejor prueba de la belleza de estas cornisas; y si á su vistoso aspecto se agrega lo relativamente barato de su costo, se comprenderá por qué en Monterrey, en las modernas construcciones, se está dando preferencia á este producto esencialmente nacional.

* * *

En el piso superior de la Fábrica existe un espacioso salón en el que un buen número de trabajadores se dedican á soldar las piezas que necesiten sujetarse a este procedimiento.

Los operarios son todos mexicanos, y disfrutan de muy buenos jornales; se cuentan hasta ciento cuatro, actualmente; pero la planta va á ser considerablemente aumentada.

Actualmente, el terreno ocupado por la Fábrica, tiene una extensión de un acre, y aquel en el que se va á hacer la nueva instalación, consta de diez acres. Este dato revelará la enorme importancia que piensa darse en lo futuro, á esta industria.

* * *

El negocio es bueno; los productos magníficos y la dirección muy acertada.

¡Ojalá nuestros compatriotas—los que poseen elementos— fueran como D. Francisco L Cantú!

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 5.

También Jocquelet piensa entrarse en el Odeón para oir por quinta vez el quinto acto de una obra de la escuela del buen sentido, que ha obtenido gran éxito, y en la cual el protagonista, después de haber tronado en malos versos contra el dinero, durante cuatro actos, se casa, en el desenlace, con la hija de un millonario, para mayor satisfacción de éste.

En cuanto á Mauricio, antes de ir á reunirse en la calle de Monsieur le Prince con Irma, que ha debido tomar la llave de debajo de la puerta y que probablemente estará arreglándose los papelillos para rizarse el pelo, acompaña á Amadeo una parte del camino.

—Los compañeros están algo chispos, ¿verdad?—le dice a éste.

—Te aseguro que casi me han disgustado,— responde el tímido joven.—Su brutalidad, hablando de las mujeres y del amor, me ha herido el corazón. Tú mismo, te lo digo con franqueza, tú mismo que eres tan fino y tan orgulloso..... déjame creer que no has dicho la verdad, que has hecho el fanfarrón del vicio por complacerles. No, no es posible que te contentes con satifacer tus apetitos y obedecer á tu temperamento...... Debes tener otro ideal; tu conciencia debe reprocharte......

Mauricio le interrumpe bruscamente, riéndose de antemano de lo que va á decir.

—¡Mi conciencia!......¡Oh tierno y sencillo Violette, modesta flor de los bosques!......Pero la conciencia, inocente Amadeo, es como los guantes de piel de Suecia que es moda llevar sucios. ¡Adiós! Ya volveremos á hablar de esto un día en que no me aguarde Irma.

Amadeo llega solo á la calle de Nuestra Señora de los Campos, tiritando entre la niebla y lleno de tristeza y malestar.

No, no es verdad. Existe otro amor distinto del de los brutos, y hay otras mujeres además de las hijas del placer. Y piensa en su compañera de infancia, en la linda María, y se la imagina bordando al lado de la lámpara de familia, hablando con él sin levantar la mirada, en tanto que él la contempla y admira aquellos hermosos ojos fijos en la labor.

Amadeo está estupefacto al pensar que la presencia de la deliciosa niña no le ha causado jamás ni la más pequeña turbación, y que no ha deseado nunca más dicha que la de estar á su lado.

¿Por qué un sentimiento semejante al suyo no se desarrollará algún día en el corazón de María? ¿No han crecido juntos? ¿No es él el único joven que ella conoce íntimamente? ¡Qué dicha llegar á ser su prometido!

Por un encantador escrúpulo, el pobre muchacho se echa en cara los deseos impuros que á veces le asaltan.

Sí, así es como se debe amar.

En adelante evitará todas las tentaciones, pasará todas las noches en casa de los Gerard, como se lo ha aconsejado la buena Luisa; permanecerá lo más cerca posible de María, contento con oirla hablar y verla sonreir; y esperará, el instante en que ella se persuada de que la ama, y entonces consentirá en ser su mujer.

¡Oh exquisita unión de dos almas juveniles, adorable beso de dos bocas inocentes! ¿Existirá semejante dicha?

Este hermoso ensueño ha refrescado el corazón del joven, y llega gozoso á su casa.

Da un fuerte tirón á la campanilla, sube lentamente la escalera y abre la puerta de su habitación.

¿Pero qué pasa? Su padre ha debido volver muy tarde, porque aún sale un hilo de luz por las rendijas de la puerta de su alcoba.

—¡Pobre hombre!—piensa Amadeo recordando la escena de por la mañana.—¿Estará indispuesto? Voy á ver......

Mas apenas ha abierto la puerta, retrocede, exhalando un grito de espanto y horror.

A la luz de la bujía que estaba sobre la chimenea, Amadeo ve á su padre tendido en el suelo, con la camisa abierta y teñida en sangre, y muy cerca de su mano derecha, crispada por la agonía, la navaja de afeitar con la que se ha degollado.

Sí, alguna vez se realiza la unión absoluta en el amor de dos pobres seres, que es la felicidad en la tierra!

Pero si uno de ellos muere, el otro no se consuela.

M. Violette no se consoló.

IX

Ahora Amadeo no tiene ya familia.

Al día siguiente de la muerte de su padre ha roto violentamente con su único pariente M. Isidoro Gaufre, porque el explota-santos, bajo el pretexto de que el suicidio le causaba horror, ha dejado conducir al cementerio en un coche fúnebre de sexta clase al marido de su propia sobrina, y no ha honrado con su presencia el triste convoy que no podía ir acompañado del clero parroquial, lo que no ha impedido al santo hombre el devorar en el almuerzo de aquel mismo día, tronando contra los progresos del materialismo, unos callos al estilo de Caen, obra maestra semanaria de Berenice.

Amadeo no tiene ya familia y sus amigos se han dispersado.

En recompensa de los exámenes de Derecho, que para Mauricio casi han sido cosa de juego, la señora Roger ha obsequiado á su hijo con un viaje á Italia y acaban de partir juntos

Respecto á los Gerard, ¡pobres gentes! precisamente un mes después de la muerte de M. Violeite, el viejo grabador ha sucumbido á un ataque de apoplejía fulminante, cayendo herido de muerte sobre la plancha que grababa. Aquel día no se habrían encontrado ni cincuenta francos en el cajón de su cómoda. Al rededor de la fosa abierta en que fué enterrado el obscuro y honrado artista, no hubo más que un grupo negro de tres mujeres que lloraban, Amadeo vestido de luto y una docena de antiguos camaradas de Gerard, viejos artistas de sombreros puntiagudos y encanecidas melenas románticas. Fué necesario vender en seguida para reunir algún dinero, los pocos diseños que quedaban en los cartones, los pocos cuadros, regalos de amigos que se habían hecho célebres, los últimos y escasos objetos de arte, y en fin, todo el pobre tesoro que adornaba la casa. Luego, la mamá Gerard, con objeto de que su hija estuviese menos lejos de sus lecciones, se fué á vivir á lo alto de la calle de San Pedro, en Montmartre, en donde encontró un pequeño cuarto bajo, no muy caro, con un jardín tan grande como un pañuelo de yerbas.

Amadeo, reducido á sus ciento veinticinco francos mensuales, tuvo también que dejar el cuarto demasiado caro en la calle de Nuestra Señora de los Campos y vender la mayor parte del mobiliario, no conservando más que sus libros y lo preciso para amueblar un cuartito en una casa vieja del arrabal de Santiago. Estaba muy lejos de Montmartre y de la calle de San Pedro, y con gran disgusto por su parte, no podía ver con la frecuencia que hubiera deseado á aquellas amigas que por la comunidad del dolor hacíansele más queridas que nunca.

Sólo le quedaba un consuelo: el trabajo literario, al que se entregó con encarnizamiento para adormecer su pena con el maravilloso opio de la poesía y del ensueño. Además, comenzaba á entrever su camino y sentía que le era posible decir algo nuevo. Desde hacía mucho tiempo había quemado sus primeros versos, imitaciones desgraciadas de los maestros en boga, y su drama, en el que los dos amantes cantaban sobre el césped un dúo apasionado, volvió á la verdad y á la sencillez por el camino de los escolares, que es el más largo. El gusto y la necesidad obligáronle á la vez á expresar sinceramente lo que tenía delante de los ojos, á apropiarse de lo que podía haber de humilde ideal entre las pobres gentes, en medio de las cuales había vivido y en los paisajes de los alrededores de París en donde había pasado su infancia: en una palabra, tomó á la naturaleza por su maestra.

Probó, sintió que lograba su objeto, y vivió las mas bellas y dulces horas de su existencia, en las que el artista, dueño de su expresión, y teniendo todavía la abundancia y vivacidad de sensaciones de la juventud, escribe la primera obra que reconoce como buena, y la escribe con entero desinterés, sin pensar en que otros han de verla; trabajando para él solo, por la sola alegría de producir y esparcir fuera de él todos sus recuerdos, toda su fantasía y todo su corazón. Instantes de puro entusiasmo y de perfecta dicha que no volverá á encontrar, cuando haya mordido el fruto sabroso del éxito y cuando se halle calenturiento por el deseo de gloria. ¡Horas deliciosas! ¡Horas sagradas, que sólo pueden compararse á la embriaguez del primer amor!

Durante los meses de invierno que siguieron á la muerte de su padre, Amadeo trabajó valerosamente. Se levantaba á las seis de la mañana, en-

cendía su lámpara y la estufita de loza, estufa de lavandera, que calentaba su habitación; y paseando por ésta, ó bien encorvado ante unas cuartillas de papel en blanco, el poeta comenzaba vigorosamente su lucha con las imágenes, palabras é ideas. A las nueve salía, se desayunaba en una lechería próxima é iba á su oficina. Después de emborronar allí fastidiosos papelotes, quedábanle dos ó tres horas, en las que no hacía nada, pero que empleaba en leer y en tomar notas de los libros que se proporcionaba en un gabinete de lectura de la calle Royer Collard; pues pronto comprendió que el que sale del Colegio es tan ignorante que sólo conoce la necesidad de aprender. Al caer la noche salía como escapado del ministerio, volvía á su arrabal por los boulevars de los Inválidos y de Montparnasse, que en aquella época estaban plantados de olmos seculares que algunas veces se iluminaban á intervalos, cuando el encargado de encender los faroles, armado de su lanza, hacía que estos alumbrasen, enviando reflejos y rayos de luz á los esqueletos de los árboles deshojados. Este paseo que Amadeo se imponía por higiene conducíale á las seis al fondo de la lechería situada enfrente del Val-de Grace, en donde tomaba una comida de artesano. Luego subía á su granero de versos, encendía la lámpara y la estufa y.... ¡á trabajar con ardor hasta media noche! Este esfuerzo caluroso, continuo, esta tensión de la voluntad, conservaban el espíritu y el vigor y la excitación indispensables á la producción poética. Su pensamiento, sin cesar exprimido, hallábase preparado para recibir los gérmenes que sopla el viento misterioso de la inspiración; y en algunos instantes, estupefacto, viendo correr su pluma tan rápidamente sobre el papel, se detenía lleno de inefable orgullo por haber reducido así á su obediencia la palabra y el ritmo. Preguntábase qué poder sobrenatural le permitía encantar á esos dos feroces y divinos pájaros.

El domingo hacíase traer algo de comer por la portera de la casa, pensaba todo el día y no salía hasta las cinco de la tarde para ir á comer en casa de la mamá Gerard. Era la única distracción que se permitía, ó por mejor decir, la sola recompensa. Atravesaba á pié todo París, compraba un pastel en la calle de Fontaine para los postres; después subía sin cansancio, merced á sus piernas de veinte años, por las callejuelas escarpadas y solitarias del alto Montmartre alumbradas entonces por reverberos que se bajaban y subían por medio de poleas y en las que podía uno creerse relegado á un rincón de provincia.

Le esperaban para poner la sopa en la mesa, y el joven vestido de negro, se sentaba entre la viuda y las dos huérfanas.

¡Ay! ¡Qué austera es ahora la vida de estas pobres mujeres! Damourette, el antiguo premiado de Roma, miembro del Instituto, acordándose de que en otro tiempo habia sido compañero de obrador de Gerard, ha obtenido para su viuda un socorro anual de la dirección de Bellas Artes; una limosna que no alcanza ni para pagar el alquiler del cuarto. Afortunadamente la buena Luisa, que tiene ya aspecto de mujer provecta, de veintitrés años, recorre la ciudad todo el día, con su rollo de papeles de música debajo de su pañuelo de luto. Tiene muchas lecciones y más de veinte casas en París se han hecho inhabitables por causa de jovencitas de manos encarnadas que las hacen temblar con sus escalas cromáticas.

Lo que gana Luisa constituye hoy día la base de existencia de la familia. No hay paradoja más extraña que la vida social en las grandes ciudades, en las que *El último pensamiento de Weber* puede proporcionar el precio de un pan de cuatro libras, y se paga la cuenta de la tienda de comestibles con el producto del *Minué de Boccherini*.

A pesar de todo, nada hay que despilfarrar en casa de las Gerard, y María también ha querido ser útil y ayudar á su Madre y hermana. Siempre ha demostrado grandes aptitudes para el dibujo y su padre le dió lecciones. Ahora va á trabajar al Louvre, y se ejercita en copiar cuadros de Gerardin y Latour. Va sola, lo que es algo imprudente, siendo tan bonita; pero Luisa no tiene tiempo para acompañarla, y mamá Gerard se ve obligada á permanecer en casa para hacer la limpieza y guisar. Así pues, la presencia de María en el Museo ha turbado el corazón de bastantes jóvenes principiantes, y se notan casos de tristeza persistente y de pérdida de apetito en el estudio de Flandrin. Los discípulos de Signol, que se han sorprendido mutuamente haciendo la rueda á la linda copista, se odian en secreto como rivales, y abrigaban proyectos de duelo á la americana.

Decir que á María no le halaga ni poco mucho el ver á estos jóvenes admiradores vagar tímida y respetuosamente en torno suyo; pretender que si ella se quita el sombrero colocándole sobre el montante de un caballete es únicamente porque el calorífero la produce jaqueca, y no para enseñar sus hermosos cabellos, sería mentir como un programa electoral. Sin embargo, la pequeña continúa seria, os lo aseguro, y los ve venir. Trabaja concienzudamente, hace progresos y su última copia que es el retrato de una joven marquesa que tiene sobre las rodillas un pichón adornado con cintas, no está mal á decir verdad. Precisamente esta copia proporciona un negocio á la gentil artista.

El tío Issacar, el antiguo mercader del muelle de Voltaire, un judío á la antigua usanza, cuya sórdida opalanda con agremanes produce desmayos á la vista, se acerca un día á María, que dibuja una rosa en la peluca empolvada de la marquesa, y después de haberse quitado su sombrero tan lleno de grasa que bastaría para hacer el rancho de un cuartel, la dice.

—«Señorita, ¿podría usted fabricarme una docena de retratos de familia?»

La joven no comprende al principio; más á pesar de su abominable jeringonza, el judío logra explicarse.

En nuestros días todo se compra, hasta la nobleza y nada es más sencillo con tal de que se posea una cartera suficientemente provista. Mediante el dinero, puede encontrarse en el Vaticano, segundo carredor de la derecha, tercera puerta á la izquierda, un título de conde romano de nuevo cuño. Una agencia heráldica (leed los anuncios) planta y hace crecer un árbol genealógico, bajo cuya sombra podría celebrarse un almuerzo campestre de veinticinco cubiertos. Compráis un castillo con almenas (las almenas son esenciales) en el rincón de una provincia muy reaccionaria; visitáis á los castellanos de los alrededores, llevando por alfiler de corbata una flor de lis de oro, os declaráis legitimista rabioso y clerical feroz, dais comidas y cacerías, y punto concluido: apostamos á que vuestro hijo se casará en el arrabal de San Germán, con la niña de una familia que descenderá auténticamente de los Cruzados.

Sólo que para llevar á cabo esta agradable bufonería, no deben olvidarse ciertos accesorios, principalmente los retratos de vuestros antepasados. Estos deben adornar las paredes del castillo, en donde obsequiais á los hidalgueños de la comarca. Pero es preciso mucho tacto para formar esta galería de familia. Nada de exageración, créame usted. No hay que remontarse muy alto. No se atribuya usted la fundación de una raza, representada en un caballero cargado de hierro, espantosamente pintado en madera con el escudo de armas en el sobrevesta, no; es preciso partir solamente del tiempo del Verde-Galán: esto es más verosímil. Conténtese usted con ser un caudillo de dinastía á lo Porbus, con la barba gris cayendo sobre una gorguera con muchos canutillos. A propósito, días pasados he visto algo bueno en este género, cerca de la plaza Real, en casa de un revendedor de la antigua calle del Paso de la Mula (había allí un perrito que levantaba la pata precisamente al pasar yo); y usted puede proporcionarse un ascendiente por quince francos poco más ó menos, regateando algo.

Pero, mejor pensado, no se tome usted ese trabajo; diríjase al especialista, al tío Issacar que, no se asuste usted, vive todavía. En su casa se encuentran magníficos antepasados y no muy caros, y si usted consiente en no descender más que de sencillos escuderos el precio será insignificante.

No hay que decir que los presidentes de Tribunal están casi de balde. Pero si quiere usted la nobleza de espada, ó contar á algún prelado entre sus ascendientes, el precio aumenta, como es natural. No hay otro como el tío Issacar, para dar barato relativamente un obispo forrado de armiño, ó un maestre de campo con peluca á la

Luis XIV, cordón azul y una corazón sobre su casaca encarnada.

En una serie de retratos de familia sienta muy bien un corto número de pinturas al pastel: ¿qué le parece á usted un abate de ojos saltones, ó una señora vieja, pero bastante descotada, ó un capitán de dragones con el casco de piel de tigre? (Si tiene la cruz de San Luis, vale diez francos más.) El tío Issacar, que entiende su negocio, tiene siempre de reserva una treintena de esta clase de retratos, colocados en preciosos marcos de época, fabricados expresamente para él en el arrabal de San Antonio; que han sido enterrados durante quince días y acribillados con perdigones para simular los agujeros de la polilla y darles el indispensable sello de antigüedad.

Comprenderá usted ahora por qué el estimable judío daba por las salas del Louvre su paseo semanario, y por qué reparó en María que copiaba una encantadora marquesa de Latour. Precisamente entonces le hacían falta marquesas empolvadas, que son muy buscadas como género corriente. Propuso á la joven que se llevara la copia á su casa, y que la reprodujera doce veces al pastel, variando solamente el color del vestido y añadiendo un detalle particular á cada retrato. Así pues, en el primer retrato la marquesa tendrá en vez de un pichón, un recental, en el segundo un perrito, en el tercero un conejito de Indias y así sucesivamente. El rostro puede ser siempre el mismo. Según el tío Issacar todas las marquesas empolvadas se parecen, y era necesario que todas tuvieran dos lunares: uno cerca del ojo derecho y otro en la parte izquierda del pecho: daba á esto mucha importancia; según su opinión, el lunar era el símbolo del siglo XVIII.

El tío Issacar, hombre de equidad, se comprometía á proporcionar todas las cosas necesarias y á pagar quince francos por cada marquesa. Además prometía, si quedaba contento de este primer trabajo, encargar en breve plazo á la joven artista una docena de canonesas de Remiremont y media docena de gendarmes de la Casa Real.

Tendría una gran satisfacción en que hubieseis ido á casa de las señoras Gerard el día en que María anunció esta nueva. Luisa, que volvía de hacer por la ciudad su distribución de semicorcheas, y la pobre mamá Gerard, tenían los ojos llenos de lágrimas.

—¡Cómo, niña mía!—decía la mamá besando á su hija menor.—¿Tú también vas á contribuir á sostener nuestro puchero?

—¡Vaya con la hermanita!—exclamaba Luisa riendo cordialmente.—Va á ganar más dinero que pesa. ¿Sabes que te tengo envidia, no obstante mi piano y mi arte de adorno? ¡Bendito pastel!.... Y esto no mete ruido, ni incomoda á los vecinos. Cuando seas vieja podrás decir: «No he molestado á nadie con mi música.»

Pero María no quería que se chancearan. ¡Ah! siempre la habían tenido por una muñeca, por una niña mimada que no sabía más que peinarse y componerse! Pues bien, ¡ya verán, ya verán!

Y al domingo siguiente, cuando Amadeo vino á comer, trayendo el consabido pastel, le contaron muchas veces la historia con cien detalles, y le enseñaron las dos primeras marquesas que María había concluído y á las que había puesto lunares tan grandes como bollitos de pan.

Este día María le pareció más seductora y hechicera que nunca. é hízole concebir sus primeras ambiciones. ¿Tendría bastante talento para salir de su obscuridad y miseria? ¿Podría ganarse fácilmente la vida, llegando á ser un famoso escritor? Después de todo, esto no era posible. ¡Oh, entonces! ¡Con qué embriaguez pediría á aquella exquisita niña que fuera su mujer! ¡Cuan dulce sería que ella se considerase feliz y orgullosa por él! Mas por el momento era forzoso desechar estos sueños: eran ambos muy pobres; y además, ¿podría amarle María?

Muchas veces hacíase con inquietud esta pregunta. Estaba bien seguro de que en su corazón, la amistad de la infancia se había trocado en sincera ternura, en verdadero amor; pero nada podía hacerle esperar que se hubiera operado en la joven semejante transformación. Ella trataba siempre al poeta afectuosamente, pero como á buen compañero y nada más, y estaba tan poco conmovida en su presencia, como cuando en otro tiempo se parapetaban los dos detrás del canapé del papá Gerard, para desde allí cazar la gorra de pelo.

Amadeo, naturalmente, había hablado á la familia Gerard de sus trabajos literarios, y algunas veces, después de la comida dominical, agrupados en torno de la mesa cubierta de hule, en donde la vieja mamá servía el café, el joven leía á sus amigas en voz lenta y grave el poema que había compuesto durante la semana. Un pintor aficionado á los cuadros de la vida íntima y á las escenas del hogar, como lo eran tan profundamente los antiguos maestros de la escuela holandesa, hubiérase conmovido al ver aquel grupo formado por los cuatro personajes enlutados. El poeta, teniendo en la mano izquierda su manuscrito y con la derecha evocando en el vacío una caricia rítmica, estaba sentado entre las dos hermanas; pero en tanto que Luisa, demasiado delgada, bastante demacrada y nada bonita, fijaba sus atentos ojos en el rostro del lector, escuchando con avidez, la hermosa María, distraída y con un gesto casi de disgusto, miraba maquinalmente á la mamá Gerard, que puesta de perfil al otro extremo de la mesa, hacía calceta, con aspecto serio y con los anteojos puestos muy bajos en la nariz.

¡Ay! Durante esas lecturas sólo Luisa exhalaba frecuentemente algún suspiro de emoción, al que á veces acompañaban las lágrimas que se asomaban á sus ojos. Ella era la única que para felicitar al poeta encontraba la palabra adecuada, probando que había comprendido y que se hallaba conmovida; María, á lo sumo concedía á Amadeo, aun agitado por la recitación de sus versos, alguna que otra frase de asentimiento, como por ejemplo, «es muy bonito,» dicha por complacencia y acompañada de una vulgar sonrisa.

¿Ella, pues, no sentía la poesía? Y si algún día se casaba con él, permanecería indiferente á los esfuerzos artísticos de su marido, á su vida intelectual y hasta insensible á la gloria que podría alcanzar?

¡Cuán doloroso era para Amadeo hacerse este razonamiento!

María le inspiró pronto un nuevo cuidado.

Hacía ya tres meses que Mauricio Roger estaba con su madre en Italia, y exceptuando dos cartas escritas desde Milán, al principio del viaje, en el primer arrebato de entusiasmo, Amadeo no había vuelto á saber de él. Excusaba esta negligencia de parte del perezoso Mauricio, que al marcharse habíale dicho sonriendo que no contara con su exactitud epistolar. Cada vez que iba Amadeo á casa de las señoras Gerard, María le preguntaba siempre:

—¿Y tu amigo Mauricio, has sabido de él?

En un principio esto no le llamó la atencion; pero tanta persistencia concluyó por chocarle, haciendo nacer en su corazón una sospecha que á la larga tomó consistencia en vista de la frialdad de la joven.

Mauricio Roger sólo había hecho dos ó tres visitas á la familia Gerard, en presencia del padre y siempre en compañía de Amadeo; y habíase estado con María correctamente respetuoso, sin que entre ambos se hubieran cruzado arriba de veinte frases. ¿Por qué María conservaba un recuerdo tan particular de aquel casi desconocido? ¿Era posible que la hubiera dejado tan impresionada, inspirándola quizá otro sentimiento? ¿Deseaba volver á verle? ¿Ocultaba dentro de su corazón, pensando en él, una tierna esperanza?

Cuando estos temores cruzaban por el pensamiento de Amadeo, sentía turbado el corazón y amarga la boca. ¡Dichoso Mauricio, que no necesitaba para agradar más que presentarse! ¡Oh! En seguida el generoso poeta, rojo de vergüenza, rechazaba este movimiento de envidia; pero cada domingo, cuando María, bajando los ojos y con la voz ligeramente alterada, renovaba su pregunta: «¿Y M. Mauricio, no has sabido de él?» Amadeo sentía una cruel sensación de desaliento y pensaba con una inmensa tristeza:

«¡No me amará nunca!»

Con objeto de olvidar este nuevo disgusto, quiso sumergirse aún más profundamente en el trabajo; pero no recobró su estímulo, su energía de antes. A través de los nublados y de los intervalos de sol del mes de Marzo que acababa, llegó

la primavera, y cuando Amadeo se levantaba á las seis de la mañana, era ya muy de día. Abriendo la ventana de su pobre vivienda, admiraba por encima del techo de los edificios el claro sol elevándose en un cielo de color gris suave. Del jardín del convento que estaba cerca subía un agradable olor de hierba y de tierra húmeda. En la calle de árboles que conducía al nicho de una virgen de yeso en la pared frontera, sentíase, por decirlo así, un presentimiento de verdor en las ramas de los tilos, todavía negras, y los tres almendros de una huerta cercana estaban ya adornados de sus delicadas flores. El joven poeta, á quien causaba horror el goce sensual, apenas furtivamente conocido, hallábase invadido por una languidez abrumadora y sin embargo dulce. La pura imagen de María, á la que evocaba habitualmente al despertarse como en una oración, hacíase confusa y se evaporaba de su memoria. Sentábase uno ó dos minutos á su mesa de estudio y releía las últimas lineas de una página empezada; pero pronto sentíase vencido por una especie de indolencia ó decaimiento de ánimo, y en la meditación á que se entregaba, decíase que á los veinte años, antes que todo, sería muy bueno gozar de la vida.

X.

Estamos á 1º de Marzo. Las lilas del Luxemburgo aparecen ya cubiertas de flores. Acaban de dar las cuatro.

Amadeo, á quien el sol y el cielo puro hacen más odiosa que de ordinario la cautividad de la oficina, se escapa antes de la hora de salida y vaga, embriagado de los efluvios primaverales, por el jardín de Médicis, al rededor del estanque en donde para recreo de los niños del barrio una brisita del Norte hace navegar toda una escuadra en miniatura.

De pronto oye que le saluda una voz estrepitosa como la murga de una fiesta campestre.

«¡Buenas tardes, Violette!»

Es Jocquelet, el futuro actor, con su nariz remangada que hiende el espacio, parecida al espolón de un acorazado de primer orden; Jocquelet, soberbio, triunfante, adornado como un brasileño, completamente afeitado; Jocquelet, la más querida esperanza de la clase de Regnier en el conservatorio; Jocquelet, que ha causado un efecto asombroso en la escena de *Las Preciosas* en el último examen del trimestre, como lo declara él mismo sin inútil modestia; Jocquelet, en fin, que obtendrá de fijo el primer premio de declamación en el próximo concurso y que hará inmediatamente su primera salida en la Comedia Francesa. Todo esto lo anuncia de un tirón, como una relación sabida de memoria, con su terrible voz de charlatán sobre carretela dorada vendiendo pasta para afilar navajas de afeitar; puntuando las frases á cada segundo y repitiendo el «yo, yo, yo, yo,» peculiar á la gente de teatro.

Amadeo sólo está á medias satisfecho de tal encuentro; porque para él, Jocquelet ha sido siempre demasiado bullicioso y le cansa. Pero después de todo, es un antiguo camarada, y por cortesía el poeta le da la enhorabuena por su primer éxito.

Mas he aquí que Jocquelet le pregunta qué hace, en qué se ocupa, cómo van sus trabajos literarios, con tal cordialidad y calor, que hace suponer que Jocquelet profesa á Amadeo una amistad grande é íntima. Pero nada de esto; Jocquelet sólo se interesa por una persona en el mundo, y esta persona se llama Jocquelet; sólo que, ó se es actor ó no. Este lo es siempre y en todas partes: en el restaurant, en el ómnibus, poniéndose los tirantes, hasta en los brazos de la mujer amada. Cuando da los buenos días al primero que encuentra, preguntándole: «¿Cómo está usted?» se expresa con tanto calor al hacer esta pregunta de innegable originalidad, que el preguntado se pregunta á su vez si tendrá aspecto de convaleciente de una larga y peligrosa enfermedad. Ahora Jocquelet se halla en presencia de un poeta joven, pobre y desconocido: ¿qué papel debe desempeñar en tal circunstancia un personaje importante como Jocquelet? Pues mostrarse benévolo con el joven, alentar su timidez, protegerle sin demasiado orgullo: tal es la situación, y Jocquelet, á fuer de buen actor, la representa con fidelidad.

¡Pobre inocente Amadeo! Amadeo se conmueve en vista del amigable interés que se le demuestra, y contesta con sinceridad:

—Pues bueno, mi querido amigo, he trabajado mucho este invierno, y no estoy descontento. Creo que hago progresos; pero si supieras lo duro y difícil que es......

Iba á confiar al cómico sus dudas y sufrimientos de artista sincero, pero ya he dicho que Jocquelet, sólo piensa en Jocquelet é interrumpe bruscamente al poeta, diciendo:

—¿Tienes, por casualidd, un poema de efecto....alguna cosa corta....ciento ó ciento cincuenta versos....algo, en fin, que pueda *decir se*....vamos, declamarse?

Precisamente Amadeo ha puesto en limpio hoy mismo, en la oficina, una relación guerrera, un heroico episodio de Sebastopol que oyó contar al coronel Lantz en casa de la señora de Roger y que él ha reproducido en versos expresados en un sentimiento enteramente francés, de acento militar; en estrofas que huelen á pólvora y que penetran como disparos de fusil. Saca las hojas del bolsillo, llevando al cómico á la solitaria avenida de los plátanos, que conduce al naranjal del Luxemburgo, y lee á media voz el poema.

Jocquelet, á quien no falta cierto instinto literario, y que sobre todo huele un éxito para él, se entusiasma.

—Lees los versos como un poeta, es decir, muy mal,—le dice á Amadeo,—pero no importa: tu batalla tiene mucho color, y estoy pensando qué

relieve puedo darla....con mi voz....Luego añade cuadrándose delante de su amigo y mirándole cara á cara:

—¿Cómo haciendo versos como esos nadie te conoce? ¡Es absurdo! ¿Pretendes imitar á Chatterton? Eso es muy antiguo: es necesario exhibirte, darte á conocer. Yo me encargo de ello. Supongo que esta noche no tendrás nada que hacer; pues bueno, ven conmigo, y antes de las seis habré pregonado tu nombre al son de veinte trompetas, que harán resonar en todo París que hay un poeta en el arrabal de Santiago. Apuesto, especie de salvaje, á que no has puesto los piés en el café de Sevilla; pues bien, querido, allí está la primera etapa de la gloria. Aquí viene el ómnibus del Odeón. ¡En marcha! Dentro de veinte minutos nos hallaremos en el boulevard Montmartre, en donde, con una copa de ajenjo, quiero administrarte el bautismo de grande hombre.

Aturdido, arrastrado, Amadeo deja hacer al cómico y trepa con éste á la imperial del ómnibus. «Ding, ding, ding, ¿no hay correspondencia?» ¡Arrea, conductor! El vehículo baja hacia los muelles, atraviesa el sena y el Carrousel, pasa por delante del Teatro Francés, al que Jocquelet, pensando en su próximo estreno, amenaza con el puño exclamando: «¡nos veremos!» Y ved á ambos jóvenes saltando al asfalto del boulevard, enfrente del café de Sevilla.

No vayais á ver hoy día esta antigua covachuela la que ha cobijado á tantas celebridades políticas y literarias; pues sólo encontraríais un café de boulevard, como otro cualquiera, con grupos de usureros que cotizan el curso de los valores, y acá y allá alguna ruinosa cocotte, ó bien una criada de algún restaurant nocturno abrumada como Jézabel y muriendose de fastidio delante de un bock de cerveza.

Pero á fines del segundo Imperio (Amadeo Violette entró allí por primera vez en 1º de Mayo de 1866), el café de Sevilla era considerado como uno de los sitios más notables de París. Porque ha de saberse que este glorioso establecimiento ha provisto casi por sí solo de personal á nuestra tercera República.... Sea usted franco, señor prefecto, que preside allá abajo, en su departamento, la apertura de los comicios agrícolas, y que hace el pavo real con el frac bordado de plata delante de una imponente linea de animales cornudos; sea usted franco, y confiese que en el tiempo aquel en que usted combatía las candidaturas oficiales en una publicación democrática, iba al café de Sevilla, fumando en una pipa que tenía grabado su nombre en esmalte blanco sobre el ennegrecido tubo......Acuérdese usted, señor diputado que votaba en contra de los casos de exención militar; acuérdese usted que aquí mismo, mientras jugaba al dominó, peroraba furioso contra los ejércitos permanentes, acostumbrándose al bullicio de las asambleas con el estrépito del café, y se ejercitaba al mismo tiempo en las victorias parlamentarias, gritando: «¡Cerrado á *seises* y á contar!....» Usted mismo, señor ministro, á quien todavía algún portero que data del tiempo de los tiranos da el tratamiento de «Excelencia» sin que usted se incomode; usted también ha sido uno de los pilares del café de Sevilla, y parroquiano tan asíduo, que la señora del mostrador le llamaba á usted por su nombre de pila.... Sí, acuérdese usted, futuro Presidente del Consejo, de que no derrochaba mucho cuando la susodicha señora sedentaria, á la cual nadie vió jamás levantarse de su sillón, porque, según un bromista, tenía las dos piernas de palo, le llamaba á usted con un ligero movimiento de cabeza, y detrás del mostrador murmuraba con cierta severidad: «Señor Eugenio, es preciso que vaya usted pensando en pagar esa cuentecita.»

No obstante su título de poeta, Amadeo no tenía el don de profecía. Al ver á aquellos hombres, vestidos con demasiado abandono, sentados á las mesas de la acera del café de Sevilla, tomando aperitivos, el joven no pudo figurarse que se encontraba en presencia de la mayor parte de los legisladores destinados á asegurar algunos años más tarde la felicidad de Francia. A haberlo sabido, hubiera hecho respetuosamente una lista de los nombres de aquellos consumidores, consignando además lo que estaban tomando; y por consecuencia, esto hubiérale sido muy útil como medio mnemotécnico para la inteligencia de nuestras combinaciones parlamentarias, que, forzoso es convenir en ello, son algo complicadas. Por ejemplo, hubiérale sido cómodo y agradable hacer constar que la reciente ley sobre azúcares había sido votada por la mayoría compacta de *ajenjos* y de *vermouths*, ó reconocer que la última caída del Gabinete debíase atribuir sencillamente al desleal y pérfido abandono de los *bittermistas* y de los *cassis* con agua.

Jocquelet, que en política profesaba las más avanzadas opiniones, distribuyó algunos fuertes apretones de manos, con aire protector, entre los hombres de Estado del porvenir, que bajo pretexto de abrir el apetito, atrapaban resfriados y gástritis para cuarenta días; luego entró seguido de Amadeo en el interior del establecimiento.

También había allí políticos, pero abundaban asimismo los poetas y literatos, en confusa mezcla y en buena inteligencia con aquéllos; aún cuando no era fácil confundir á los unos con los otros. Los políticos todos llevaban barba y los poetas melenas.

Jocquelet dirigióse sin titubear hacia la enmarañada y magnífica cabellera roja del poeta fantástico Pablo Sillery, guapo joven de despierta fisonomía, que estaba negligentemente reclinado sobre el respaldo de terciopelo encarnado de la banqueta, delante de una mesa, en derredor de la que formaban corro otros tres melenudos, dignos de nuestros reyes de la primera raza.

(Continuará)

Páginas de la Moda

FIG. 1.—TRAJE DE NOCHE.

FIG. 2. TOILETTE PARA COMIDA.

conocido, en nuestras antiguas crónicas, con los nombres de Belayo, Bellayo, Pallo, Payo, Pelagius, Pelago, Pelao, Theudimer, y en los árabes, con los de Belaijó Belay-el-Rumí (Pelayo el Romano, el Extranjero ó el Cristiano), proclamado, en 714, rey de Asturias, después de la celebérrima batalla de Cobad Onga, Coba de Fonga, Coba de Fonsa, Coba de Fonsu, Covadonga, Cuevadonga, Cuevalonga y Cueva ó Casa de Santa María, levantándole en alto sobre el pavés, según la costumbre goda, en el campo que aún se llama de *Re-Pelao*, y prestándole pleito homenaje en otro, que se dice, desde entonces, *Campo de la Xura*, donde, hasta el siglo actual, iban los individuos del Consejo de Cangas de Onís á tomar posesión de la vara de la Justicia, y que ha pesar del respeto y veneración que el sitio infunde, nadie, hasta que el duque de Montpensier, esposo de la infanta María Luisa Fernanda, hizo construir allí una modesta y sencilla columna, con su correspondiente inscripción epigráfica, se ocupó de levantar un monumento que recordara á las generaciones venideras la gloria del guerrero inmortal, que tuvo por estandarte una cruz de roble, por trono una rústica cueva y por panteón una pobre iglesia de la Aldea de Santa Ella, Santa Baya, Santa Olalla, Santalla ó Santaya de Abelanio, Velanio, Velapino, Velapnio, Velapiniano ó Velarico, hoy Santa Eulalia de Abamia, hasta que fueron trasladados sus restos y los de su mujer Gaudeosa —según Pelayo, obispo de Oviedo en el siglo XII —por disposición de Alfonso I, el Casto, y según Morales, historiador del siglo XVI—por Alfonso X el Sabio, á la Cueva de Santa María, en dos toscas urnas de piedra, habiendo lucido sobre la de D. Pelayo, hasta el siglo pasado, en que ha sido trasladada á la Armería Real la espada que el fundador de la monarquía española blandió, siempre con gloria, en los combates, y á cuya vista huían espantados los sarracenos.

FIG. 3.—TRAJE DE RECEPCION.

Hormesinda peleó con bravura y serenidad, al lado de su padre, en las batallas de Covadonga, Vega de Cangas, montes de Liebana, Gijón, Tineo y otros pueblos de Asturias y Galicia, asistiendo también—al decir de varios cronistas—á la toma de León y de Astorga.

En algunas leyendas figura como esposa del general árabe Muza-ben-Nasser, gobernador de Gijón, pero los historiadores antiguos no se ocupan de semejante enlace, y los modernos le tienen por ficticio y novelesco.

LA HERMOSA NAZARENA (*Egilona*), esposa de D. Rodrigo, último Rey de la España goda, prisionera, en la famosa derrota de Guadalete, del emir Abd-el-Azit ó Abd-el-Azú, hijo del gobernador, en Africa, Muza-ben-Nasser, quien se prendó de ella, y después de apoderarse del Mediodía de la Península, y siendo ya Califa de Granada, la hizo su mujer en 711, ejerció tal influencia en el ánimo de su marido, que consiguió la tolerancia de la religión cristiano y la sustitución del traje bárbaro de los árabes por la corona é insignias de los monarcas godos.

LA ADIVINA (*Libussa*), hija de Croc, príncipe soberano de Bohemia, cuyo país heredó á la muerte de su padre, acaecida en 720, y le gobernó «por sí sola con gran prudencia y mucho acierto», hasta que se casó con Przemysl, fundador de la casa que ha llevado su nombre, pasó á los ojos de sus súbditos por muy hábil en el arte de congeturar, decir ó asegurar lo que estaba por venir.

LA FAVORITA MAS HERMOSA (*Habábah*), mujer de humilde condición, de extraordinaria belleza, de claro talento y de carácter dulcísimo, á quien amaba con tan intenso amor el califa Yecid II, que por no separarse ni un momento de ella, había abandonado, en manos de sus parientes y cortesanos, hasta los más árduos negocios del Estado, jugaba una mañana del año 723 en los jardines de palacio recogiendo diestramente, con su boca las frutas que su amante le arrojaba, y quiso la fatalidad que, atravesándosele una en la garganta, le cortase la respiración y le hiciera morir de su asfixia.

Ocho días pasó el califa encerrado en su habita ción, contemplando el cadaver de su favorita, habiendo costado gran trabajo conseguir que diera permiso para sepultarla, á pesar del olor nauceabundo que despedía, por estar ya completamen-

LA MUJER.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO

La Cava (*Florinda*,) hija—según la tradición —del conde D. Julián, señor de Consuegra, gobernador de la Mauritana Tangitana, de los pueblos inmediatos al estrecho de Gibraltar, y de las fronteras de los moros de Africa, y capitán de la guarda de D. Rodrigo, último rey godo de España, doncella de extraordinaria hermosura y de encantos seductores, que estaba al servicio de la reina Egilona y de quien ciegamente se enamoró el monarca, el cual, no pudiendo poseerla ni con halagos, ni con promesas, ni con dádivas, ni con amenazas, se valió de la fuerza para satisfacer su antojo, dando fin á su deseo y principio á su perdición y á la de toda España.

Avisado el padre, por su misma hija, de la afrenta que pesaba sobre ella, se puso de acuerdo con los infantes Eva y Sisebuto, hijos del rey Witiza, y con el obispo D. Opas, á quien el soberano no dejaba gozar el arzobispado de Toledo, que injustamente había alcanzado, y prometió entregar el reino á Muza ben-Nasser, gobernador del Africa Septentrional, en nombre del emir Mumenin Almanzor ó Miramamolín. Este mandó á la península, para tantear lo que se podía hacer, al valiente general Ben Zeyad ó Ben-Melik Tarif ó Tarick con doce mil hombres, á los cuales se juntaron, en el monte Calpe (Gibraltar) los conjurados contra el soberano, y unidos todos, hicieron grandes estragos por Andalucía y Extremadura, guiados por el conde, mientras llegaba un poderoso ejército sarraceno, á cuyo encuentro salió D. Rodrigo con más de cien mil hombres, y se dió la porfiada y sangrienta batalla en las márgenes del río Guadalete, cerca de los Arcos de la frontera (Cádiz) —según unos historiadores —el 1.º de Septiembre del año 711 y—según otros —el 9 de Julio de 714, siendo los cristianos completamente desbaratados.

Pudieron, entonces, los moros apoderarse de toda la península, á excepción de Asturias, quedando aniquilada la soberana gloria de los godos, enzalzada por tantos años, por tantas y tan heróicas virtudes, y extendida por Europa con la grandeza de su señorío.

LA HERMANA DEL INFANTE (*Hermenesenda, Hermenisenda, Hermesendra, Hermesinda, Hermisinda, Hormesinda ú Hormisinda*, epíteto derivado—según un cronista de Hormesión, piedra preciosa de color de oro, con que los cristianos la comparaban), hija de D. Pelayo, duque de Cantabria y terror de la morisma,

FIG. 4.—TOILETTE DE PASEO.

te descompuesto, y fueron tales el dolor y la desesperación que se apoderaron de él al separarse para siempre, de la que había absorbido sus sentidos, que perdió la razón y pocos días después la vida.

LA PRINCESA POLACA (*Vanda*) sucedió á su padre Craco, á mediados del siglo VIII, y después de un feliz reinado, se sacrificó á los dioses, arrojándose al Vístula.

LA EMPERATRIZ HILANDERA (*Irene*), nacida de familia oscura en Atenas el año 752, debió á su talento y á su peregrina hermosura el haberse casado con León IV, emperador de Oriente, quien, como celoso iconoclasta, comenzó á maltratarla por sus creencias religiosas.

Viuda en 780, ejerció la tutela de su hijo Constantino VI *Porfirogenito*, á quien mandó sacar los ojos, y poco después, dar muerte.

Consiguió algunas ventajas sobre los sarracenos y tuvo que hacer la paz con Harun el Raschid, quinto califa absida, por quien fué derrotada. Pidió y obtuvo que el Concilio de Nicea, primero de los ecuménicos ó generales, celebrado en 787, restableciera el culto de las imágenes, y desplegó un fausto que deslumbraba y un rigor que rayaba en crueldad.

Carlomagno, á fin de reconstituir el imperio, le ofreció su mano, pero no llegó á efectuarse el matrimonio, y fué destronada y relegada, en 802, al castillo de Eleutere, en la playa de la Prepóntide, por su tesorero y sucesor Niceforo I, viéndose obligada, para atender á su subsistencia, á reducir el lino, torciéndole por medio del uso. Trasladada á la isla de Lesbos, murió, al año siguiente, víctima de la miseria y de la desesperación.

LA DE PIE LARGO (*Berta*), hija de Cariberto, conde de Laón, acompañó á su esposo Pipino *el Breve*, primer rey de la dinastía carlovingia en Francia, peleando á su lado, durante la sangrienta guerra que sostuvo, en los últimos años de su vida, contra el duque de Aquitania, y conservó gran influencia sobre los soberanos de Austrasia y Neustra, habiendo conseguido mantener la paz entre ellos, paz que ha desaparecido al morir en Choisy, el año 683, la que tenía un pié bastante mayor que el otro.

Nuestros Grabados.

FIG. 1. TRAJE DE NOCHE.

Es de muselina de seda blanca y figurada, con muselina sin figura en el centro de la falda, formando un gracioso delantal, todo sobre satín blanco muy fino.

El delantal va cruzado por tres grandes lazos rosa de muy lindo efecto. La blusa, del mismo género, muy ceñida, se abre en escote cuadrado. Manga globo ceñida en la parte superior del brazo por un carrujadillo de seda.

FIG. 2.—TOILETTE PARA COMIDA.

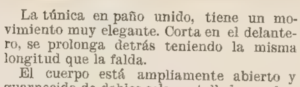
Gran drapería de crespón bordado á grandes guías, formando dos alas en el cuerpo y en la falda, esta última orlada de blonda negra de Bruselas. Jacquette recta, muy ceñida de seda blanca, á rayas azul pálido, alternadas con bordado capelina de crespón sobre satín como la falda, orlada también de blonda.

FIG. 3. TRAJE DE RECEPCION.

De seda rosa y tafetán. Falda figurando tres grandes volantes orlados de muselina de seda en ahuevados. Jacquette muy corto abierto sobre una camisola plissé de muselina de seda obscura. Capelina de tres alas hechas de blonda antigua y plastrón de seda á rayas.

EIG. 4.—TOILETTE DE PASEO.

Es toda entera en paño «modeleur» negro, ese lindo paño tan blando y fino que modela á una mujer elegante y que tiene pliegues del más bonito efecto. La falda está bordada de seda y cadenilla así como el plastrón.



La túnica en paño unido, tiene un movimiento muy elegante. Corta en el delantero, se prolonga detrás teniendo la misma longitud que la falda.

El cuerpo está ampliamente abierto y guarnecido de dobles solapas talladas en forma.

FIG. 5.—JACQUETE DE ASTRAKAN.

El modelo es nuevo. Forma un hermoso casacón terminado en tres puntas, dos delante y una posterior y cerrado por dos patas con dos botones fantasía cada una. Pelerina cerrada y terminada en punta también, cerrada en el cuello por una pata.

FIG. 6. TRAJE DE BAILE MUY ELEGANTE.

Es de satín marfil figurando falda y sobre falda, ésta última levantada por el corte á derecha é izquierda y orlada de grandes guías de seda bordada. Escote cuadrado, muy bajo, con orla de galón de seda y collar de perlas pendiente del galón.

FIG. 7.—TRAJE DE TERTULIA.

Está hecha de chiffon azul. El cuerpo, todo plissé, está cruzado por dos grandes bandas de bordado que forman también yockeys.

En la falda, bandas onduladas de muselina de seda formando grandes rosetones.

FIG. 5. JACQUETE DE ASTRAKAN.

FIG. 6. TRAJE DE BAILE MUY ELEGANTE.

FIG. 7. TRAJE DE TERTULIA.

REMEDIO MILAGROSO GRATIS PARA HOMBRES!

Millares de hombres recibirán con gran alegría la noticia de que se ha descubierto un remedio seguro para toda clase de debilidades sexuales tales como la impotencia, órganos encogidos, debilidad nerviosa, vigor perdido, emisiones nocturnas, varicocele, pérdidas prematuras y todos otros resultados de la masturbación ó exceso sexual. Dicho medicamento restaura á todos su vigor natural y es el descubrimiento de más valor hecho por la famosa Universal Vitaline Co. de Hammond, Ind. E. U. de A., cuya compañía ha hecho durante años una especialidad de las enfermedades peculiares de los hombres.

Escríbanos inmediatamente dándonos una descripción de su caso de Vd., y le prepararémos un curso de tratamiento especialmente adaptado á su condición, enviándoselo sin cobrar nada [illegible] excepto el franqueo que costará unos [illegible] centavos, los que puede enviarnos en sellos, ya sean mexicanos ó de los Estados Unidos. Enviarémos estas medicinas en paquetadas en caja por correo pagado el importe, sin anuncio que pueda divulgar el contenido. Le podemos desarrollar cualquier parte ó órgano del cuerpo y restaurar en su vigor perdido, jamás deja de efectuar una curación. Poseemos miles de testimonios que nos envían de todas partes del mundo.

LÉASE LO QUE DICEN ESTOS PACIENTES:

Ciudad de Mexico.

Universal Vitaline Co.,
Hammond, Ind. E. U. de A.

Muy Señores Míos.—Casi he concluido mi curso de tratamiento y me encuentro un hombre enteramente distinto. No puedo hablar palabras suficientes para alabrar sus remedios y expresar la gran gratitud que siento para con Vds. Sus remedios son maravillosos. Me encuentro perfectamente bien y les agradezco mil veces y les ayudaré en todo lo que me sea posible. Que Dios los guarde á Vds. y bendiga su trabajo. De Vds. su agradecido amigo, L. S. V.

San Antonio Tex.

Mis queridos amigos: Sírvanse aceptar mis mas expresivas gracias por el favor que me han hecho. Las pérdidas han cesado por completo y mi vigor ha sido restaurado. Me siento mejor que durante los últimos quince años. Me siento otra persona. Todos mis amigos al encontrarme me dicen: ¿Que ha hecho? Jamas he visto un hombre mejorarse como tú."

Siempre de Vds. afmo. amigo y S. S.
F. A. G.

Centenares de cartas similares se encuentran archivadas en nuestra oficina, pero jamas descubrimos el nombre de los firmantes, usando solamente las iniciales, de modo que todos se tratan de la manera mas confidencial. No demore Vd. en escribirnos y recuérdese que somos del instituto de medicamentos mas grande de America que se dedica exclusivamente al tratamiento de las enfermedades sexuales y nerviosas.

UNIVERSAL VITALINE CO.,

Apartado 530. Hammond, Ind., E. U. A.

TOMEN

El Olugna.

Unico específico para la sangre.

La Caja de Ahorros.

CON INVERSIONES GARANTIZADAS

S. A.

CAPITAL SOCIAL: $100,000

Presidente: Serapión Fernández.

Gerente: Dionisio Montes de Oca

El ahorro es la fortuna del pobre,
y la salvaguardia del rico.

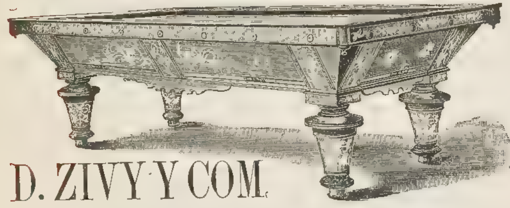
"La Caja de Ahorros con inversiones garantizadas" expide Pólizas de cien, de quinientos y de mil pesos, cobrando mensualmente treinta centavos por las de $100, un peso por las de $500 y dos pesos por las de $1 000

Con tan pequeñas exhibiciones esta benéfica Compañía, favorece por medio de sus Pólizas el ahorro, con múltiples utilidades en todas las clases sociales lo que proporciona asegurar una fuerte suma de dinero, para recibir la de „La Caja de ahorros" á determinado período de tiempo, ó antes, según sus estipulaciones.

"La Caja de ahorros" proteje al pobre presentándole la mejor manera de ahorrar, y ofrece al rico un negocio lucrativo y ventajoso, en que, con pequeñas inversiones, pueda tener una gran utilidad.

Para comprar las Pólizas de "La Caja de ahorros" ocúrrase á la Oficina Principal, Calle de Vergara No. 12 por medio de los Agentes de la Compañía, debidamente autorizados.

-: LA PARISIENSE :-



D. ZIVY Y COM.

3ª Calle de San Francisco núm. 7.

Gran Almacén de mesas de Billar y todos los accesorios concernientes al ramo.

DEPÓSITO DE

Las famosas Barandas patentadas "Imperial"

D. ZIVY Y COMP.

FABRICADAS ESPECIALMENTE PARA ESTA CASA.

—BOLAS DE MARFIL Y DE COMPOSICION EXTRA FINA—

Paño, Tacos, Cosméticos, Marcadores mecánicos, Marcadores de madera, Casquillos Prensa para fijar casquillos, Cepillos, Juegos de Ranfla.

Ventas al contado con abonos mensuales ó á plazo fijo.

-: Instalaciones para Casinos, Hoteles y Cantinas :-

→Para mejores detalles, pídanse Catálogos.←

APARTADO NUM. 283.

EL HOTEL PLANTERS.

St. Louis Mo. E. U. de A.

Absolutamente seguro contra incendios.

Calle 4ª de Chesnut y Pino.

EL MEJOR Y MAS NUEVO HOTEL EN ST. LOUIS.

RECONOCIDO POR LOS VIAJEROS.

No tiene rival en los ESTADOS UNIDOS.

Estilos Americano y Europeo.

Cuartos confortables

Servicio inmejorable.

Henry Weaver, Gerente.

RESTAURADOR UNIVERSAL DEL CABELLO

PREPARADO POR EL DR. TORREL, DE PARIS.

PETROL

Unica preparación para restablecer, vigorizar y hermosear el cabello.

Impide la prematura caída del pelo. Evita las canas y limpia la cabeza. Preferible á toda preparaciónde quina.

De venta: en todas las Droguerías y Perfumerías.

Crema Rosada "Adelina Patti."

Compuesta de sustancias tónicas y saludables, evita las arrugas, refresca el cútis y conserva la hermosura de la cara hasta la vejez, comunica un perfume delicioso y con su uso diario las señoras tienen la seguridad de conservar siempre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud.

Tanto en Europa como en América, la usan las damas más aristocráticas.

—De venta: en las Droguerias y Perfumerias.—

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 5 de Enero de 1899. | Número 6

Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.

EDIPO Y ANTIGONA

CUADRO DE FEDERICO RODRIGUEZ. FOT. DE LUIS C. SANDOVAL

Director: LIC RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Mes de Febrero, mes de cascabeles y de oraciones. La orgía pagana abre la puerta del tiempo á la procesión de los días místicos. Las bacantes, desnudas y ébrias, después de haber corrido á través de los campos, perseguido á pleno sol por un ejército de sátiros, pasan en la noche ante la camela del templo cristiano, agitando los sirios humeantes y las antorchas que llamean. Ya están desgarrados los cinturones de vid sobre las mórbidas caderas, y en la inquietud de las travesuras gritan y se enfurecen faunas y ninfas al compás de las flautas y los címbalos. El viejo Sileno llega tambaleando y con la crátera vacía; abraza á la bacante más risueña, y acariciándose la gran barba hirsuta, manchada de vino, canturrea con modorra el himno de Dyonisos. La danza báquica, desenfrenada, irritante, impúdica, se prolonga aún por muchas horas frente al templo en cuyo atrio resuena, como la carrera de una banda de ciervos fugitivos el petaleo incesante de los sátiros beodos. Y cuando de improviso, sobre el azul perla del Oriente, salta el primer rayo de luz, surge del templo una bocanada de oraciones que ahoga las últimas risas y barre y desvanece en el viento, cual un soplo apaga una llama, aquella turba agitadora é irreverente. Quedan flotando todavía por un instante, en la pálida obscuridad del pórtico, fragmentos de formas como esculturas destrozadas, pedazos de resplandores, desgarrones de túnicas, relampagueo de movimientos, todo confundido pero, á la vez enérgico y brillante, como la visión de oro que palpita en la inmensa negrura de un ojo deslumbrado.

Después, la Naturaleza se hunde en un profundo y doloroso silencio. Por el interior del santuario hay muchas lámparas que pican la sombra, y que alumbran, á trechos, el paño que cubre los altares.

El templo está solo, tristemente solo. No se ven imágenes, ni doradas arquitecturas, ni cirios encendidos. Todo lo que brilla está oculto y apagado. Ornamentos de plata, lienzos blancos, candiles reverberantes, allí están bajo los pliegues mortuorios que acusan, en salientes contornos, ya la mano tendida y suplicante de un santo, ya la inclinada cabeza de una virgen, ya la rígida y abierta ala de un querube; la espada vengadora de un arcángel; el báculo milagroso del ermitaño. Los pilares—franjas de tiniebla en la penumbra, se alzan del pavimento donde tiende, á intervalos, una lámpara su línea de claridad agonizante, y se pierde en el vacío tenebroso que apenas deja entrever el corvo arranque de las naves. Los vidrios de la cúpula están débilmente iluminados por la luz cansada de las últimas estrellas. No hay devotos arrodillados, ni brazos puestos en cruz, ni caras afligidas y llorosas, besando las gradas de los altares, ni manos de marfil, flacas y contraídas, apretando los tupidos hierros de las rejas del coro. Sin embargo, ruedan por el templo rumores de letanías, ecos de amenes, suave susurro de cantos extinguidos, vibraciones de órgano en el postrer acorde, constante balbuceo de ecos sagrados. Parece que la soledad está orando. Las almas tristes tienen algo de los templos vacíos.

Y en los tiempos piadosos, cuando la campana despertaba y llamaba retozona y alborozadamente á la primera misa, el miércoles del pesimista *memento homo*, los fieles madrugadores que acudían á la iglesia, con el libro grasiento y el sudario de cuentas desgastadas, se imaginaban encontrar en el atrio, vestigios de la fiesta pagana, incrustados por algún espíritu diabólico en la mística austeridad del cristianismo.

La locura humana inventó el *Carnaval.* Lo extrajo de las costumbres licenciosamente artísticas de la antigüedad, lo hizo recorrer, groseramente la edad media, y lo entregó á nuestra época como el resto de una civilización extinguida. Ella lo conservó para dar rienda suelta á sus instintos. Hoy no lo necesita ya porque el vicio se pasea sin que le obliguemos á cubrirse.

El *Carnaval* es un caballero que introduce del brazo al salón de la orgía á nuestras malas pasiones, esas mujerzuelas desventuradas; orna con mirtos frescos las frentes juveniles, pone ósculos lúbricos en los labios, toques de luz quemante en las pupilas y vino ardiente en los vasos. Pero ya se ha vulgarizado mucho; se adorna, ríe y se embriaga en las obscuras barracas de los barrios; y canta en los teatros de, tercer orden coplas obcenas como los saltimbancos de plazuela....

Entre tanto, la virtud frunce el ceño y va cerrando con dos vueltas de llave, las puertas de los hogares donde hay niños buenos y mujeres castas.

***

En recuerdo del tres de Febrero—¡oh día funesto! ¿no es verdad, amigos míos?—publica hoy el *Mundo* una carta de mi admirado Luis Berisso. He hablado mucho de esta tristísima fecha; y aún en lo porvenir me queda todavía algo que decir, porque Manuel Gutiérrez Nájera dejó en mi vida una huella imborrable, de juventud y de amor. Por ahora que hable Luis Berisso: es nuestro gran amigo lejano. Oid el sincero juicio de los versos excelsos, de esos versos azules y blancos con ligeros tintes de rosa sangre anémica,—de esos versos de crepúsculo matinal inmaculados é indecisos como celajes de alba con algunos luceros náufragos, pálidos y agonizantes, en los bruñidos lagos del cielo. Va á salir el sol en esa poesía del *Duque;* se espera de un momento á otro el primer brote de claridad, rojo y caliente. Se han abierto las flores en los campos y las alas en los nidos. Todo estaba preparado para la divina aparición.

Sr. Lic. Don Manuel Azpiroz.
Nombrado Embajador de México en Washington.

Y no, no vino el que había de incendiar el horizonte. Muy pronto la sombra ahogó los primeros fulgores. La madre lúgubre asfixió al día en su cuna. Pero allí queda el paisaje envuelto en una blanca penumbra. No hay noche, ni temor, ni desolación en esa apasible tristeza . . .

La poesía de Gutiérrez Najera huele á juventud, ama la naturaleza, y, penetrada de sus secretos, los canta en un lenguaje fino y sutil, como un tejido de luz. El joven soñador sabía como nadie, de esas cosas. Era el bardo de las delicadezas. Humorista maravilloso, unía á su penetración extraordinaria, una forma límpida y serena.

Y he aquí que hace cuatro años se nos fué el orador obligado en las fiestas de las flores, el que soñó tranquilamente tener en tenerlas sobre su tumba.

«Si me muero, dormir quiero
Bajo flores compasivas;
si me muero.... si me muero.
dadme muchas siemprevivas.

***

Otros versos, otra carta, otro recuerdo. Benito Fentanes nos envía unas décimas de aire colérico, ritmo enfático, amplias imágenes y lenguaje conceptuoso; unas décimas mironianas que revelan un poeta joven, que anda todavía en busca de un molde propio á sus ideas: el vaso de Musset.

Cuando ví el original de esas estrofas, tuve un remordimiento. ¡Dios mío! ¡Pobre muchacho! Hace mucho tiempo que se empolva sobre mi mesa de trabajo un laurel que él supo conquistarse y que yo infame perezoso! no le he mostrado. Es una carta de Justo Sierra que á Fentanes lo va á volver loco de gusto y á mí me avergüenza un poco, por el paternal cariño con que me trata en ella mi maestro. Nada tengo que agregar á esa carta aunque el gran poeta me lo exige.

El lo dice todo. Yo la engarzo únicamente, como rico adorno, en la burda malla de mi prosa, y, en voz baja, se la ofrezco á mi joven é inteligente camarada: -Tómala; la mereces; tuya será la gloria.

Sr. D. Luis G. Urbina.
Presente.

Agosto 25.

Mi querido Luis:

Envío á usted el tomo de versos que acaba de remitirme el Sr. Fentanes; no necesito recomendarle que los lea, sé su devoción por las obras de los nuevos y el placer exquisito que le causa descubrir en la forma el alma, en el engaste la perla, en la estrofa el poeta. Tengo para mí que este lo es.

Me pidió un prólogo y yo que he jurado ni hacerlos ni pedirlos, se lo negué en términos un poco secos ¡y el modesto muchacho (supongo que lo es por el timbre cristalino de sus versos) publicó la carta en la primera página de su libro! Y estoy mortificado.

En ese libro verá usted sin un solo plagio un reflejo incesante de la manera y estilo de dos maravillosos rimadores del penúltimo barco, Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón y reminiscencias, notas, efectos sonoros sugeridos por usted, Nervo, Tablada y los admirables sud-americanos que conduce Rubén en su galera de oro .... Fentanes ha sabido alegir sus maestros.

Pero esto es evitable? quién de nosotros lo ha podido evitar? Sería como obligar á un poeta en formación á que no viviese en el medio en que nace y no respirase la atmósfera que le rodea. ¿Pero el capullo no anuncia la flor, la crisálida no es la promesa de la mariposa? Creo que en este joven cantor hay algo más que anuncios y promesas, hay una personalidad un poco imprecisa todavía, pero esbozada con vigor.

Si es usted de mi opinión, estimule á este nuevo, que quiero creer que es bueno, llame la atención hacia él, deshoje una flor en su camino. Insistamos, en medio de la prosa oro y negro en que vivimos, en sostener que son dignos de aplauso y loa los inspirados, que es, no solo noble y santo, sino útil, en el sentido superior de la palabra, el oficio de los que se empeñan en levantar los corazones hacia lo bello y los espíritus hacia lo ideal.

Suyo *ex corde.*

Justo Sierra.

***

La temporada de ópera continúa; el Circo domina, y una tiple de zarzuela, Rosa Fuertes, rejuvenece los cansados sainetes líricos de las *tandas* del Principal.

***

Selma Kronold, una soprano famosa según se dice en círculos artísticos, refuerza desde esta semana la Compañía Lombardi.

No la hemos oído cantar aún. ¿Será su voz tan hermosa como agraciada es ella? ¡Ojalá! Sabemos sí, que ha sido muy aplaudida en teatros de importancia.

Política General.

RESUMEN.—Inquietud general. Temores y amenazas. Las utopias de ayer y los desencantos de hoy.—Francia e Inglaterra. —Cecilio Rhodes en la Gran Bretaña.—El caudillo del Sur y las zozobras de las colonias africanas.—Los enemigos de 1870 y los amigos de 1900.—Rencores que se olvidan e intereses que nacen.—El imperialismo en el Senado americano.—El problema filipino.—La dependencia de los tagalos y las libertades americanas. La cuestion de Cuba. -Los que resisten y los que trabajan. Siempre en pos de la libertad.—Conclusion.

Sin que haya nada real y positivo en los temores que se abrigan por la paz general, un soplo de inquietud agita todos los espíritus, un estremecimiento de zozobra cruza por todas partes, y á cada momento se teme que una chispa brotada de quién sabe que obscuras nubes provoque una conflagración y arroje á los cuatro vientos las débiles trabazones que ligan las relaciones pacíficas de los pueblos.

En este fin de siglo grandioso ebrio de sus hermosas aspiraciones, orgulloso de sus triunfos, satisfecho de sus conquistas, contento de sus adelantos; en este fin de siglo, todos esperan lo imprevisto, lo extraordinario, y no faltan soñadores utopistas que esperen se encienda una nueva luz, para alumbrar á las futuras generaciones y sirva de magestuoso pórtico auroral á la centuria que comenzará mañana.

Pero hay otros que, fijándose en las angustias del humano linaje, que oyendo sus quejas hondas y sus tristes lamentaciones, comprenden sus desencantos, adivinan sus desfallecimientos y explican por ellos el grito de protesta que sube desde el fondo de las sociedades hasta la superficie, el sollozo de amargura que brota desde los antros de la miseria y de la ignorancia, y va á turbar con sus notas destempladas el festín de grandeza deslumbradora en que se sientan los poderosos de la tierra.

Epoca de dudas y de desfallecimientos es la nuestra, período de transición y de profundas crisis sociales es el que atravesamos. Cuando termine la lucha entre la esperanza y el temor; cuando se desvanezcan las nubes y se serenen los horizontes; cuando renazca la fe en los corazones y la confianza en los espíritus; cuando se haya restablecido el equilibrio moral para los que gimen y trabajan, entonces se habrán llenado todas las aspiraciones de los que predican la paz sobre la tierra.

¿Estará muy lejos ese día? ¡Quién sabe! Pero al sorprender los presagios de la tormenta, mucho nos

tememos que el choque de intereses opuestos, la eterna aspiración de opiniones encontradas, entre los pueblos que se atribuyen misiones providenciales en la tierra, renueve las contiendas de las pasadas edades, en la encarnizada competencia y en el inacabable afán de prevalecer sobre sus rivales y enemigos.

* * *

Cansada Francia de ese interminable asunto Dreyfus, que aparta á sus hijos y divide sus voluntades, llama en torno de su bandera á todas las energías nacionales para fortalecer el orden constituido, para rechazar las maquinaciones monárquicas, para dar fuerza y vigor al régimen republicano y preparar el país para las complicaciones posibles que lo amenazan del lado de sus vecinos de la Mancha. Viva como ha estado la herida que abrió en su seno el *año terrible*, no ve ya con tanta desconfianza á los que la arrebataron la Alsacia y la Lorena, como á los que la rechazan de Fachoda, la expulsan del Barh-el-Ghazal, y multiplican los conflictos en toda la extensión de sus colonias. Por eso mira con regocijo esa aproximación ya iniciada con Italia, que es un paso hacia una inteligencia probable con el gobierno de Berlín, si no para resolver las cuestiones continentales europeas, sí para unirse y protegerse mutuamente contra las pretensiones del común enemigo de todas las naciones colonizadoras: la Gran Bretaña.

¿Cómo no han de verse con inquietud las aclamaciones universales, con que es saludado en tierra inglesa Cecilio Rodes, el caudillo sud africano, el que pretende que sea único y exclusivo el dominio británico sobre las comarcas meridionales del continente negro? ¿Cómo no han de prevenirse para lo futuro los que miran caminar de consuno las huestes vencedoras de Kitchener hacia el Sur y las tendencias invasoras de Rhodes hacia el Norte?

Si á la vista de todos está esa marcha previamente concebida y con invencible tesón llevada á cabo por los políticos ingleses, á nadie extrañaría que, como medida precautoria, se estableciesen inteligencias imprevistas y se concertasen alianzas inesperadas.

* * *

Ruda y tenaz ha sido la oposición en el Senado americano para aprobar el tratado de París. Uno á uno los senadores que tomaron parte en las conferencias, como representantes de la unión americana, se han dirigido á sus colegas para explicar la política de McKinley; pero á pesar de sus francas declaraciones, la opinión no se uniforma todavía y el asunto no se sujeta á votación, acaso por temor de que fracase por falta de una compacta mayoría ministerial.

Hay, sin embargo, una circunstancia que indica hasta dónde prevalecen las ideas de McKinley en el congreso de los Estados Unidos: la cámara de representantes acaba de aprobar el proyecto del Ministerio de Guerra que autoriza al Ejecutivo á mantener una fuerza regular, por lo menos de 50,000 hombres, que en caso necesario puede elevarse hasta 100,000.

Si prevalecieran las ideas anti-expansionistas, se hubiera de rechazarse de plano el dominio sobre Filipinas, si se pensara abandonar Cuba á su propia suerte, si republicanos y demócratas estuvieran resueltos á que el país se reconcentrara en sí mismo, abandonara sus conquistas y dejara perder las ventajas alcanzadas en los remotos mares orientales, de seguro que el proyecto de aumento del ejército no habría sido aprobado; pero comprenden que las armas americanas están comprometidas en una empresa difícil en las islas Filipinas, y no creen que es tiempo de retroceder ante las resistencias de tagalos y visayos.

* * *

Si la ocupación de Cuba ha de ser temporal y sólo ha de durar el tiempo necesario, para que el país se enderece y guíe á la organización de un gobierno propio, no prevalecen estas mismas ideas respecto á Filipinas, aunque más de una vez se han expuesto en el Senado. Sea temporal ó permanente la ocupación de las Filipinas, que trate de gobernarse el Archipiélago como una colonia á la europea, ó que se pretenda organizarlo en territorio federal, concediendo las prerrogativas de ciudadanos americanos á tagalos y visayos, se necesita antes de la fuerza para hacer deponer las armas á los que resisten en Ilo-Ilo y se hacen fuertes en Malalos.

Artistas de la Opera del Nacional.

SRITA. SELMA KRONOLD. [Léase *La Semana*.]

Aun siguiendo la misma política que en Cuba, es preciso usar de la fuerza armada. ¿Lograrán los emisarios cerca de Aguinaldo convencerlo de que debe deponer su actitud hostil para bien general del país, ó habremos de presenciar la ruptura de las relaciones pacíficas de americanos y filipinos que ayer combatían por una misma inspiración?

De cualquiera manera que sea, el retardo en la ratificación del tratado de París hace indecisa la situación y prolonga indefinidamente un estado de cosas que debe terminar pronto. Si en las actuales cámaras no se obtiene la mayoría necesaria, dentro de un mes se inaugurará el nuevo Congreso, y éste, como la expresión genuina de la voluntad del pueblo americano y de sus clases directoras, decidirá de la suerte futura del Archipiélago filipino y á él le ha de tocar rechazar ó admitir la política de expansión que inicia á los Estados Unidos en una nueva vía desconocida para los fundadores de la República.

* * *

Más de un mes hace que cesó por completo la soberanía de España en el territorio cubano; más de un mes que ha quedado establecido el gobierno militar americano que va organizando gradual y progresivamente los servicios públicos y la máquina administrativa.

Confiando en las promesas del Congreso americano y en las declaraciones de McKinley, algunos jefes de la insurrección pasada han aceptado el nuevo orden de cosas, y en escala más ó menos alta toman parte en la administración pública. Recelosos é inquietos otros, permanecen apartados en los distritos interiores, se oponen al desarme de las fuerzas rebeldes y quedan alejados en actitud cuasi hostil, esperando la independencia absoluta.

Fijos estos últimos en sus ideales halagadores, no ven que su resistencia, aunque sea pasiva, los aleja más y más del día soñado para la realización de sus aspiraciones. Más positivos en sus procedimientos son sin duda los primeros, que al amparo de la bandera americana, contribuyen eficazmente con su influencia á la pacificación del país, adquieren nociones prácticas en el ejercicio del poder, y acortan de ese modo el plazo señalado, para que las fuerzas vivas del país y sus clases directoras, representando los intereses legítimos de la patria cubana, sean llamados á decidir de su propia suerte y puedan tranquilamente contribuir al establecimiento del *self goverment*.

Muy pronto, al parecer, quedará vencida una resistencia: el desarme de las fuerzas insurrectas; muy pronto tendrá el Ejecutivo de la Unión americana la autorización suficiente para pagar los sueldos atrasados que reclaman los soldados cubanos, y entonces esos grupos armados, que hoy son una amenaza para la paz y tranquilidad de los que trabajan, se constituirán en elementos vivos de paz y de progreso, aplicando sus fuerzas al cultivo de los campos, á la explotación de las industrias, que esperan un soplo de vida para la regeneración del país.

3 de Febrero de 1899.

X. X. X.

DOS CARTAS.

Hasta luego, mi querido Beriso, hasta luego.

Entre lo que siento, cierta, profundamente al dejar á Buenos Aires, están su conversación, su fraternidad, su talento, que yo certifico y certificaré en toda estación, y esa bondad de hombre sin malos escondrijos, en donde hay para quien sabe encontrarlas, mucha miel generosa y mucha grata y consoladora luz. Yo no sé si usted es eso que se llama amigo, pues ello me llevaría á escribir un tratado de la amistad á mi manera; pero entre todo lo humano que me ha tocado rozar, casi no encuentro con quien comparar á usted, sobre ese concepto. Y lo que le ha llevado á estimarme y á quererme es sobre todo, ó únicamente, Dios sea bendito, el Arte. El cual también bendito sea, ya que me da entre tantos dolores y penas que han flajelado mis treinta y tantos años, cosas cristalinas y valiosas que vienen á mí de espíritus como el suyo, y placeres mentales que tan sólo sabría vencer el amor. Gloria sea dada á todos los que á semejanza suya sean nobles y buenos en la tarea harmoniosa en que mil mueren para la vida de uno; y cuando como usted, se tiene el inflexible querer y la fortaleza misteriosa de quien confía en su sueño, no deja nunca de presentarse el galardón, y más ó menos perlas ó tréboles tendrá la corona, pero la corona se logra.

Usted con todos los compañeros lucha en nuestra amada y enorme Buenos Aires. Yo voy á Europa á decir lo que hay aquí de palpitaciones nuevas, y cómo es el nacer de la primavera nueva; trabajen, luchen, siempre en la obra, siempre con el alma hacia la aurora. El mundo nos ha de mirar muy pronto, y antes de que la Muerte nos haga un signo, veremos levantarse el palacio futuro.

Hasta luego, mi querido Berisso, hasta luego. Crea usted que mi abrazo trae felicidad y el augurio de victoria, en medio de la emoción de la despedida.

RUBEN DARIO.

Buenos Aires, Noviembre 26 de 1898.

Sra. Cecilia Maillefert de Gutiérrez Nájera.

México.

Mi respetable señora: Recibo en este instante, su muy atenta carta en la cual me acusa recibo de mi libro *El Pensamiento de América*, y me agradece el recuerdo que en él hago del que fué su idolatrado esposo Manuel Gutiérrez Nájera, para mí el más admirable poeta sentimental que ha producido el Nuevo Mundo. No tiene usted nada que agradecerme, señora mía; no he hecho sino cumplir con un deber de conciencia y con un acto de justicia estricta. Entre mis poetas favoritos, el *Duque Job* tiene el sitio de honor. El ha sido el poeta del corazón; y mientras exista arte y artistas en el mundo, no morirán *Cecilia*, *La Serenata de Schubert*, *Ondas Muertas*, *Mariposas* y tantas otras camposiciones tiernas é inspiradas, empapadas en lágrimas verdaderas y teñidas con la sangre roja del corazón. He tenido y tengo por Gutiérrez Nájera una admiración honda, que no decrece. Muerto él, han surgido otros poetas notables, entre ellos y á la cabeza de todos Rubén Darío—al cual me liga una amistad íntima.—pero, ninguno ha sabido hacer resonar como el malogrado Manuel la cuerda eternamente vibrante del amor. Sus versos están impregnados de sollozos, y una vez leídos, quedan para siempre grabados en el alma ó cantan sin cesar en el cerebro! Me anuncia usted el envío del tomo de *prosas* de su glorioso compañero. Será el mejor mensaje que habré recibido de México. Ya está en mi poder el de versos. Cuando llegue el que usted me ofrece, lo haré conocer en los círculos intelectuales de aquí, donde Gutiérrez Nájera es tan admirado y querido, y después lo conservaré en mi biblioteca, como una joya de valor inapreciable.

LUIS BERISSO.

EDIPO Y ANTIGONA.

CUADRO DE FEDERICO RODRIGUEZ.

Ofrecemos á nuestros lectores la reproducción del hermoso cuadro de Federico Rodríguez, que tanto atrae las miradas del público en la sección de escolares del Certamen de Bellas Artes.

EL ASUNTO.

Todo el mundo conoce la fábula de Edipo, ese infortunado rey sobre quien pesó un destino tan cruel y tan despiadado y que se cumplió no obstante que la Esfinge se lo tenía predicho y que él hizo todo lo que pudo por sustraerse á esos vaticinios.

Inconsciente asesino de su padre y esposo de su madre, cuentan que cuando supo que á pesar de sus esfuerzos el fatal Destino se había cumplido, arrancóse los ojos con sus propias uñas y decidió confinarse al olvido, abandonando el solio real y entregándose á una mendicidad expiatoria.

Mas como quiera que era un hombre justo, no quisieron los dioses dejarle solo en su desgracia é hicieron germinar en el corazón de su hija Antígona los más tiernos y abnegados sentimientos de piedad filial.

Decidió ella acompañarle en sus tristes peregrinaciones, y así lo hizo, endulzando de esa suerte los postreros días del infeliz anciano.

La fábula de Edipo y Antígona ha inspirado siempre á los grandes artistas y los literatos de la Antigüedad se sirvieron de esos tipos para crear grandes obras que por siempre serán orgullo de las letras. Los artistas modernos también han explotado el asunto y bien hizo la Escuela Nacional de Bellas Artes en escogerle como tema para su concurso bienal de composición que dió nacimiento al cuadro de que hoy nos ocupamos.

EL CUADRO.

Es de grandes dimensiones, lo que obligó al autor á darle un tratamiento amplio y vasto.

Sobre un fondo indeciso, se destacan las dos figuras.

Edipo se apoya en el brazo de su hija, y, con el bello rostro de anciano unciosamente levantado hacia el cielo, sufre resignado su expiación.

Hay mucho sentimiento en esa figura y está muy bien dibujada.

La Antígona de Rodríguez es una virgen muy hermosa, de aspecto tierno y sugestivo.

Las actitudes son naturales y estéticas y la suave entonación del cuadro agrada sobremanera.

EDIFICIO DE LA EMBAJADA MEXICANA EN WASHINGTON.

EL PINTOR.

Federico Rodríguez es colombiano, pero ama á México con entusiasmo. Perteneciente á una familia acomodada de aquel país, desde muy joven mostró inclinaciones por el pincel y tuvo la fortuna de no encontrar resistencia en el señor su padre, quien le proporcionó todo el aprendizaje que en su ciudad natal pudo adquirir.

Deseando perfeccionarse, vino á México hace cuatro años y cursó y absolvió todos los estudios de pintura en nuestra Escuela de Bellas Artes.

A fines de año, el Sr. Rodríguez piensa pasar á París, pues es un trabajador infatigable, tiene altísimos ideales y quiere pulir sus pinceles en la moderna capital del mundo.

No dudamos que el señor Rodríguez hará mucho en su vida artística y siempre veremos sus triunfos como nuestros, puesto que él ha sabido conquistarse entre nosotros el derecho de ciudadanía.

LIC. D. MANUEL AZPIROZ.

EMBAJADOR DE MEXICO EN WASHINGTON.

En los últimos días de Enero se hizo público el nombramiento de Embajador extraordinario cerca del Presidente y Gobierno de los Estados Unidos, otorgado en favor del Sr. Lic D. Manuel Azpíroz.

Desde largo tiempo atrás figura el nuevo Embajador en altos puestos públicos y en el desempeño de misiones delicadas que el gobierno le ha confiado en diversas ocasiones.

Tres veces ha tenido á su cargo el Despacho de Subsecretario de Relaciones Exteriores, puesto que ocupó por primera vez el año de 1867. Posteriormente fué abogado de México ante la Comisión mixta de Reclamaciones entre México y los Estados Unidos; Cónsul en San Francisco, California; Plenipotenciario para negociar un tratado de amistad con el reino de Italia, en 1882; Secretario de Hacienda en el Estado de Puebla, etc., etc.

El Sr. Azpíroz es sin disputa, uno de nuestros hombres públicos más respetables y caracterizadas y uno de los que mejor conocen por estudios serios y larga práctica, las relaciones de México con las naciones amigas, y entre ellas, principalmente, con la República vecina, en cuya capital debe desempeñar la más alta misión diplomática que tiene nuestro país en el extranjero.

La Embajada en Washington

Y LA LEGACION EN EL JAPON.

Publicamos en esta página dos grabados que representan el salón de recepción y una vista exterior de la Legación de México en Tokío.

El edificio está situado en la calle Nagate-Cho-Nichome, una de las más céntricas de la ciudad japonesa.

Fué construído en el segundo semestre del año próximo pasado, inaugurándose el 16 de Octubre con asistencia de algunos miembros del cuerpo diplomático.

La Embajada de México en Washington está situada en la calle I núm. 1413.

Fué construída por el señor Don Matías Romero el año de 1886, bajo la dirección del arquitecto Mullet, uno de los mejores de Washington.

Con sus muebles el costo del edificio de la Embajada fué como de $150,000, oro.

LEGACION DE MEXICO EN EL JAPON.—VISTA EXTERIOR.

LEGACION DE MEXICO EN EL JAPON.—SALA DE RECEPCIONES.

COMO SE HACE UN POEMA.

El poeta Astolfo andaba inquieto desde hacía una semana con una inquietud y un desasosiego peculiares, ya conocidos de él, y que precedían á la fiebre de la producción.

Los que no conocen á los poetas juzgan que son estos unos seres raros, unos como selenitas ó cosa así que pasan la vida soñando en labios que parecen

herida recien abierta como dijo el poeta francés, en ojos que fingen dos faros en plena noche y en cabellos que remedan una invasión de oro sobre los bustos blancos, con otras cosas de no menos entretenimiento y amenidad......

Ah! no señor, los poetas, en México sobre todo, donde la poesía está clasificada por Monsieur Prudhomme entre las vagancias perniciosas, sólo por excepción escriben versos.

Generalmente viven en prosa, trabajan en un escritorio, en una oficina del gobierno, en un periódico y no haciendo versos, sino expedientes, balanzas de comprobación ó editoriales *docentes*.

La lucha por la vida en un medio rudimentario como el nuestro, los obliga á eso y á mucho más.

Pero un día, poetas al fín, saldada la cuenta con el casero y asegurado el beefsteack de mañana, se acuerdan de que son hijos de Apolo y amantes de las nueve, y entonces olvidan los expedientes, los artículos de fondo y las balanzas de comprobación y se dedican á dar salida en una forma aceptable á aquel *cuerpo extraño* que se les extremece dentro y que pide á gritos el alumbramiento, por difícil que sea, aun cuando exija el forceps y otros aparatos para los casos perentorios.

Cuando se encuentran en este caso los poetas, son absolutamente intratables.

Faltan á las citas, olvidan el bastón y el sombrero en la mesa de un café, no responden á las preguntas que se les dirigen, veinte veces cada hora se ponen en inminente peligro de que los atropelle un coche, etc, etc.

Aquello que les hormiguea en el cerebro, los absorbe de tal modo que ni un tembior combinado de oscilación y trepidación, tan largo como el del último veinticuatro, y con acompañamiento de derrumbes y de letanías, los haría volver en su acuerdo.

El vulgo cree asímismo que el poeta compone en su imaginación toda la tirada de sus versos y que una vez empuntados éstos de todos los consonantes del caso y uncidos á las respectivas estrofas, los va soltando sobre el papel donde sufren sólo una ligera corrección para ir á las cajas, de tal suerte que la obra sale ya de la mente del vate completita, con todos sus órganos y armada de punta en blanco como Palas del cerebro de Jove soberano.

Ah! no, señor, la idea que precede á un poema es generalmente parcialísima, confusa, informe, como el girón de nebulosa que precede á la formación de un astro.

Algunas veces en los horizontes de la imaginación apunta un verso, un verso completito, un endecasílabo ó un alejandrino, que expresa una idea incompleta, una idea que necesita otra idea antecedente y luego la idea posterior que la complete.

Supongamos, por ejemplo, á nuestro poeta Luis Urbina en vísperas de componer su segundo *Poema cruel*, vertebrado todo de hermosísimos alejandrinos á la manera francesa, y supongamos así mismo que el génesis de ese poema, fueron los siguientes versos que *un bello día* de golpe y porrazo, amanecieron clavados en el cerebro del poeta.

De pronto, corva y rauda pasó una golondrina,
rozando las azules campánulas de seda......

Un día, dos, ocho, como esos persistentes motivos de óperas oídas que se nos incrustan en la memoria, aquellos dos hermosos alejandrinos golpearon con sus martillos de bronce el cerebro del poeta, sin piedad, sin tregua, hasta que éste debió decirse,—repito que esta es una suposición:—Eh! es preciso hacer algo sobre estos versos que como *la penultieme* de Mallarmé andan extraordinariamente errando, sin alma y sin cuerpo....Y aquel algo fué un notable poema, que tuvo coordinación, y en el cual quedaron ambos alejandrinos como el pez en el agua, constituyendo un ritornello que, de cuando en cuando torna de lejos, dulcemente triste y musical. .

Van ustedes entendiendo el procedimiento?

Otras veces no es un verso, es una palabra la que flota en ese caos primordial del cerebro en vías de producción: ya alguna palabra de factura extraña, ya un vocablo de intensa vida, ya simplemente una voz caprichosa que es,—apuraremos el símil,—como el impalpable núcleo cósmico que á fuerza de girar se agranda por agrupación, se redondea y se inflama.

Esta palabra tiene el don de traer ideas asociadas en gran número. Si es pagana, sugerirá todo un cuadro gentílico en el que las figuras todas son eminentemente plásticas, pero la composición y colocación de las cuales será ya obra exclusiva del poeta.

Si es cristiana, podrá abrir en la mente un amplio panorama religioso; si es indiferente, cosmopolita, se naturalizará por la asociación de ideas y vendrá á ser después lo que el poeta en colaboración con el azar del momento quiera y determine.

Supongamos—*ejempli et gratia*—y vaya por la nueva suposición, que el poeta amanece un día de tantos con este vocablo *asperjar*, fijo en la imaginación.

El verbo le gusta por su sabor de arcaísmo y su latina elegancia....pero qué haría con él?

He ahí el núcleo del futuro astro....*Asperjar, asperjar.*

Naturalmente la asociación de ideas es religiosa; el poeta recuerda el versículo bíblico: *asperjadme con el hisopo y me purificaré*. Y la palabra *hisopo* le trae nuevas ideas. Piensa en las viejas ceremonias católicas, en el agua bendita que cae en gotas irisadas, así sobre el negro paño de los sudarios como sobre el blanco satín de los trajes de las desposadas.....Los símbolos acuden entonces uno tras de otro y he aquí que por fin resulta *por agregación* un poema neomístico de lo que fué sólo una palabra.....

Se van ustedes enterando?

* * *

Es raro, muy raro que la idea completa de un poema surja en un momento dado de la mente del autor.

Generalmente el poeta no hace el poema, permítaseme la afirmación -sino que el poema se hace solo.

Ya en la mitad de la obra, el poeta no podría afirmar aún cuál será el desenlace; el desenlace como el mismo poema van sufriendo modificaciones á veces radicales, á veces absolutas, de suerte que entre el poema *fraguado* y el poema realizado, suele haber una diferencia completa.

Cuéntase que Goethe tardó treinta años en escribir su *Fausto*, obra eminentemente modificada, como se comprenderá, en el curso de esos seis lustros.

A veces el poeta la abandonaba por completo, para abarcarla después mejor á distancia con su mirada olímpica, *indiferente á todo, menos á la belleza*, á la manera que un escultor se retira á algunos pasos de distancia de su obra, para verla erguirse con todo el encanto preciso de la perspectiva en su real majestad y en su real expresión.

Después, el autor de *Fausto* volvía con más ímpetu á su obra, para modificar una lina, para avivar un t...

no, para á las veces, borrar de un brochazo un miembro entero que no se destacaba con la pureza y limpidez debidas.

Sucede otras veces que el génesis de una obra literaria no es ni siquiera una idea, confusa ó informada por un verso ó por un vocablo, sino una sensación de sabor especial que atenacea el cerebro durante varios días y que por fin se va aclarando, proyectando, precisando, hasta llegar á la suprema vida de la expresión.

* * *

Pero nos olvidábamos de Astolfo.

Aquella noche llegó éste á su domicilio, persegido por un verso impertinente.

Era un endecasílabo anodino acaso, pero pertinaz hasta la exageración.

En el camino había tropezado con un poste de la luz eléctrica, atropellado á un ciego limosnero, desbarrancádose en un hoyanco y estado á punto de estrechar con un molinete maquinal del bastón el cristal de un aparador.

Apenas se vió en seguro entre las cuatro paredes de su cuarto, extendió sobre su mesa, en la cual se advertía el más peregrino desorden del universo: un Daudet cabalgando á un Zola, un Leconte de Lisle dándole el lomo á un Verlaine con el olímpico desprecio de un parnasiano de monocló por un decadente calvo, extendió, —digo— sobre su mesa un haz de cuartillas y con pulso nervioso aró el papel dejando con garrapatos heterodoxos fijado para siempre el endecasílabo aquél, causa de sus distracciones y angustias en la calle.

Y como si el verso en cuestión trajese á otro de la mano y éste á otro, y otro al último, como una ronda de chicuelos que juegan á la gallina ciega, sobre la cuartilla superior fueron alineándose los endecasílabos como un ejército poco disciplinado, hasta llenarla por completo.

Entonces el poeta se puso de pié, cogió con la diestra el papel, y subrayando con nerviosos ademanes de la siniestra tales y cuales versos, empezó á declamar la tirada con énfasis que fué cediendo paulatinamente hasta trocarse en rumor malhumorado para los últimos renglones.

Oh! decididamente, al revés del Padre Eterno hallaba después de hecha la obra que la obra no era buena, y como consecuencia inevitable de este hallazgo, Astolfo, tras haberse mesado repetidas veces los revueltos cabellos, hizo pedazos la cuartilla, murmurando como el Rodolfo de la *Bohemia: Non sono in vena*, y dirigiéndose incontinenti á la cama, á falta de inspiración, en busca de sueño.

* * *

Pero ay! el sueño no viene tan fácilmente á los cerebros hiperestesiados. Nuestro poeta, después de revolcarse una buena media hora entre las sábanas del lecho con grave asombro del gato metódico que lo miraba de hito en hito con sus ojos de estrías metálicas, acabó por saltar de la cama, por vestirse de nuevo y por volver á la tarea......

El verso primitivo, origen de tantas agitaciones, estaba aún ahí, en su memoria, danzando como un bufón burlesco vestido de acuchillados policromos y erisado de cascabeles.

Era la noche azul en que los gnomos.

Y lo que había seguido, más infumable aún....

Un rayo de luz iluminó súbitamente las concavidades craneanas del infeliz: si no podía con los versos, era porque le estorbaba la levita, una siniestra levita, pesada y solemne.

Lejos la levita!

Era la noche azul en que los gnomos
en sus grutas de gemas tapizadas.

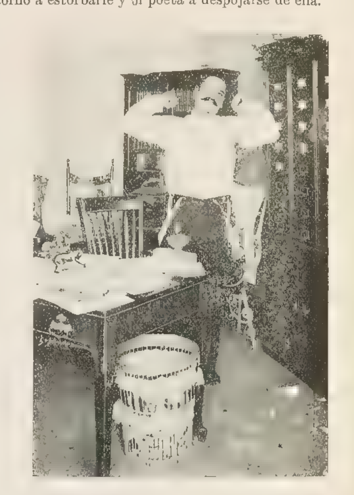
Ya habían salido las gemas, esas gemas inevitables de la poesía moderna....Pero después de muchos esfuerzos tras de las gemas no salía más.

Y el poeta, merced á otra súbita iluminación interior, comprendió que le estorbaba el chaleco horriblemente estrecho....el cual fué volando á hacer compañía á la levita. Pero el procedimiento apenas si le valió al mísero otros dos endecasílabos, en vista de lo cual resolvió quedarse casi desnudo.

Y tiritando con el frío de la noche continuó la composición en que pudo describir con palpitante verdad, el frío de la noche, en medio del cual tosía, tosía sin misericordia una niña abandonada á la que un gnomo abrigó por fin con su gran caperuza, hopa, cogulla ó lo que sea, llevándosela al abrigo *radiante de gemas*—es claro!—de su gruta. Como eso del frío lo describía el mísero *d'apres nature*......

* * *

Tan *d'apres nature* que ya no podía más, y calculando que pues el poema estaba ya á medio hacer, no era necesario proseguir desnudo, se encapilló de nuevo la ropa, merced á la cual pudo ya hablar del *cordial calor* que la pobre niña tosijosa experimentaba en la gruta y con la caperuza del gnomo y proseguir su tirada en endecasílabos *calientes* y tanto que la ropa tornó á estorbarle y el poeta á despojarse de ella.



Y así siguió escribe que escribirás sin más interrupción que la de uno que otro cigarrillo, una que otra mesada de cabellos y uno que otro paseo por la pieza con breves estaciones frente á la vidriera del balcón en que el último verso era glosado con tamborineo de los dedos sobre los cristales.....

Y así fué concluído en aquella noche memorable, más larga que la noche en que Hércules fué concebido, el poema de Astolfo, poeta modernista, partidario de las gemas y de la ropa ligera.

Y esto se refiere como ejemplo é instrucción para los que no elaboran versos y con curiosidad muy disculpable desean saber *cómo se hace un poema.*

Dicho lo cual, por aquella entré y por ésta salgo y el bien quédese para quien lo deseare y el mal para quien lo fuere á buscar, amén, Jesús!

Demetryos.

Los misterios del hipnotismo
Y DE LA
SEGUNDA VISTA

Están á la orden del día los hipnotizadores de teatros, los seres privilegiados que leen el pensamiento, que sin más elementos indicadores que los que les proporciona una extraña facultad adivinatoria, descubren el paradero de objetos ocultos en el fondo de un bolsillo ó bajo un mueble. Todos se preguntan cómo se las componen esos fakires occidentales para producir la visión á distancia, y aunque el hecho no tiene explicación para la gran mayoría, todos creen en su prodigiosa realidad, porque dudar sería rechazar la evidencia.

Invariablemente el autor de tanta maravilla, comienza por decir al público que posee un gran poder magnético sobre la persona á quien presenta como «medium»: puede comunicarle los pensamientos que quiera sin valerse de la palabra ni de otro signo perceptible....para los concurrentes.

El medio antes empleado para hacer esta clase de experiencias era el del célebre Roberto Hudin, quien se servía de un cuestionario variadísimo. Cada pregunta indicaba al hijo de Houdin, un objeto elegido por éste. Inmediatamente el «medium» designaba el objeto. Los esfuerzos de memoria que requiere este procedimiento son enormes tanto por parte del operador como del «medium.»

El *Scientific American* describe el medio mecánico, objeto de este artículo y de los grabados que lo acompañan.

El operador presenta al público á su «medium,» ordinariamente una señora, y hace que se siente en el foro del teatro, frente á los espectadores; tiene los ojos vendados, de tal manera que cualquier especta-

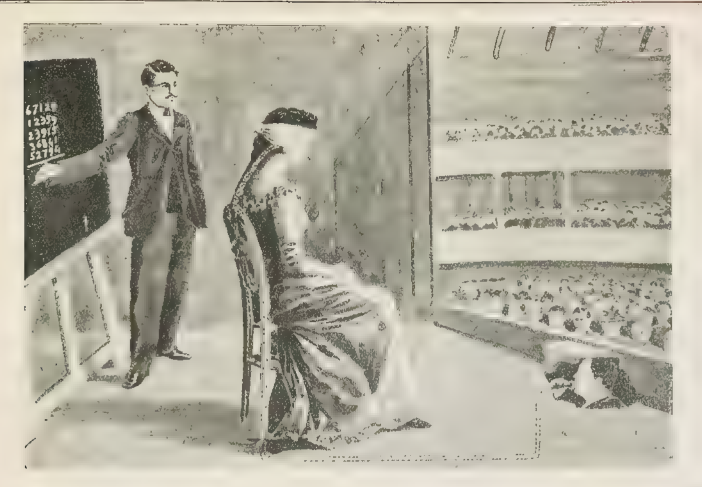


Fig. 1. El tubo acustico.

dor puede probar que no hay superchería y que la venda impide totalmente que la «medium» vea.

Colócase detrás de ésta un gran pizarrón sobre el cual traza cualquier espectador varias columnas de cifras aritméticas. El operador anuncia que la «medium» ve las cifras y dará el resultado de la adición de ellas.

En efecto, la «medium« afecta una gran concentración de espíritu y al cabo de un momento, dice las cantidades escritas y el resultado de la suma de todas ellas.

Otro espectador sube al foro y señala uno de los números escritos, cuyo nombre dice la «medium» inmediatamente. Algunas veces extrae una raiz cuadrada ó cúbica, dando pruebas de un gran talento matemático.

* * *

La experieucia prueba dos cosas: 1ª que la «vidente» tiene un conocimiento perfecto de las cifras escritas en el pizarrón. 2ª que ni ve ni puede ver á través de la venda que cubre sus ojos.

Para llegar al resultado, en apariencia sorprendendente, hay varios medios. En el primer caso, un auxiliar se coloca bajo el pavimento y frente al pizarrón, pudiendo ver y decir los números sin que lo vea ni lo oiga el público. En el segundo caso, se practica en la suela del zapato de la «vidente» un agujero de cuatro centímetros de diámetro (fig. No. 2) Coloca el pié en un agujero del pavimento, adaptándose á la suela un pistón movido neumáticamente por medio de un tubo de goma. El auxiliar colocado bajo la escena sigue con la vista las operaciones trazadas en el pizarrón y oprimiendo la pera del extremo del tubo, imprime los movimientos que desee al pistón colocado bajo el pié de la «medium.» De este modo y con los signos convencionales de una especie de telégrafo, ésta sabe lo que debe decir.

* * *

Hay otro medio, empleado éste por Keller: en lugar de un pistón se hace uso de un electro-imán.

Puede también emplearse un tubo indicador. La «medium» se sienta en una silla de madera encorvada, una de cuyas patas es hueca y se prolonga hasta el respaldo.

La señora lleva una trenza á la espalda y en esa trenza hay un tubito, de tal manera que llega hasta el oído (fig. 1).

Cuando está ya sentada, el operador pone en comunicación los dos tubos. y el auxiliar dice á la «medium» todo lo que sirve á ésta para dejar boqui-abierto al público.

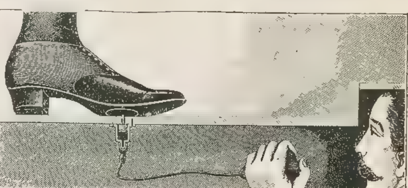


Fig. 2—Transmicion de señales por medio de un tubo pneumatico

MEXICO ANTIGUO.

Casa de la Corregidora.—2ª calle del Indio Triste num. 2.

MEXICO ANTIGUO.

La casa de la Corregidora.

En la última década del siglo próximo pasado, y en la casa número 25 de la calle de Santa Clara, vivían las señoras González, personas de buena sociedad y amantísimas de obsequiar á sus tertulianos con dulces, chocolates, bizcochos y refrescos.

Las tertulias de las González eran concurridas y animadas. Oidores, inquisidores, militares, canónigos, literatos, todos los personajes de la época concurrían allí, para comentar en sabrosa charla las noticias de la *Gaceta* ó los chismes de la ciudad.

Una joven huérfana llevaba ella misma los obsequios á las visitas, y en más de una ocasión cerca de la puerta de la sala, á hurtadillas, se detenía á escuchar las conversaciones, y de una manera especial las disputas relativas al gobierno de España, y á los primeros síntomas de la revolución francesa. Un día, principalmente, le cautivó la fogosa y elocuente palabra del joven Don José Joaquin Fernández de Lizardi, quien más tarde figuraría en el mundo de las letras con el pseudónimo de *El Pensador Mexicano*, pues en esa vez hablaba con entusiasmo, con sinceridad y con suma valentía de la emancipación de los pueblos.

La semilla arrojada sobre terreno virgen, siempre fructifica y aquella apología de la independencia que escuchó de labios del *Pensador*, la huerfana hija de Don Juan José Ortíz y de Doña Manuela Girón, fué el primer beso de libertad que sintió en su frente, ella que había de anunciar más tarde al Padre de la Patria, el peligro de la conspiración que inició la independencia de la Nueva España.

* * *

La joven se llamaba María Josefa Ortíz. Ingresó al Colegio de las Vizcainas el 30 de Mayo de 1789, previa solicitud que hizo el día 16, y estuvo en este notable plantel hasta el 31 de Marzo de 1791. Fué sacada de allí por su hermana mayor Doña María Sotero Ortíz, á pretexto de que estaba enferma y de que los bien hechores que daban dinero para la pensión, uno había muerto y otros habían retirado sus limosnas.

Quizás la verdadera causa fue otra. El Lic Don Miguel Domínguez visitaba el Colegio por negocios que tenía con la Mesa Directiva. Tal vez conoció allí á la joven Ortíz, y prendado de sus cualidades y de su hermosura, solicitó sacarla brajo los pretextos ya mencionados. Confirma esta sospecha, el que á poco tiempo, el 24 de Enero de 1793, se unieron en matrimonio Don Miguel Domínguez y Doña María Josefa Ortíz.

La felicidad sonrió durante algunos años en aquel

MEXICO MODERNO

Casa Zulueta. Calle de San Agustin N° 1.

hogar. Domínguez era uno de los jurisconsultos más apreciables de su tiempo. Por su ilustración y honradez, los negocios más arduos y cuantiosos se ponían en sus manos. El Gobierno virreinal, apreciando sus méritos, tuvo á bien nombrarle Corregidor de la Ciudad de Querétaro hacia 1801.

Las ideas del siglo, el huracán revolucionario de la pasada centuria, que barrió con las ideas añejas; la política mezquina y tirante de España con sus colonias, todo contribuyó á que las primeras luces de la espléndida aurora de nuestra emancipación, despertaran los cerebros que dormían en la noche eterna del coloniaje.

Entonces fué cuando María Josefa Ortíz, recordó las palabras redentoras del Pensador; entonces fué cuando entabló relaciones con el fogoso Ignacio Allende, uno de los conspiradores y colaboradores más fervientes del venerable Hidalgo.

Allende deseaba celebrar su enlace con una de las hijas de la Corregidora, y fué, repito, cuando María Josefa en Querétaro, conspiró y trabajó incansable por lograr la emancipación de la tierra que la vió nacer.

***

La Historia ha consignado los hechos de aquella noble matrona, desde el instante en que avisó á Hidalgo que la conspiración había sido denunciada, hasta que llena de gozo, después de haber luchado de contínuo, sin arredrarse por insultos, persecuciones y duras cárceles, tuvo la dicha de ver consumada la obra que se inició á la voz del ¡alerta! lanzado por ella desde su primera é improvisada prisión.

El Imperio de Iturbide la encontró ya en México, retirada en su casa, cuidando de su esposo y de sus hijos, y cuando Doña Ana María Huarte, le mandó el nombramiento de primera dama de honor, con abnegación democrática, tuvo la altivez de contestar al portador:

—Diga usted, que la que es Soberana en su casa no puede ser dama de una Emperatriz!

El resto de su vida la pasó al lado de su familia. Fué madre de doce hijos, cuatro varones y ocho mujeres, á saber: José (el grande), Mariano, Miguel, José (el chico), Ignacia, Micaela, Juana, Dolores, Manuela, Magdalena, Camila y Mariana.

El Lic. D. Miguel Domínguez, una vez conseguida la Independencia, desempeñó los cargos sucesivamente de Regidor, Ministro del Supremo Tribunal de Justicia, Miembro del Poder Ejecutivo, y durante el Gobierno de D. Guadalupe Victoria, fué nombrado por la mayoría de los Estados, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia y su primer presidente por voto del Congreso.

Habitaba hacía algunos años la casa núm. 2 de la 2ª Calle del Indio Triste, donde vivió junto con Doña María Josefa Ortíz hasta la muerte de ésta, acaecida el 2 de Marzo de 1829.

A un docto biógrafo refirieron los deudos de la Corregidora un hecho singular que precedió á su muerte. «Poco antes de tan fatal suceso,—dice, presentóse en la casa de la Sra. Ortíz (que como hemos dicho, estaba en la 2ª del Indio Triste núm. 2), un lego franciscano, y dijo que venía de parte del padre Calderón que la aguardaba en la iglesia de la Enseñanza para oirla en confesión, y salió inmediatamente. La señora dijo no haber solicitado al padre, y averiguó que ninguno de su casa le había llamado. A poco tornó el lego manifestando que el padre Calderón la esperaba. Entonces la señora salió de su casa y acudió al tribunal de la penitencia. Cuando regresó del templo expresó la satisfacción que sentía, porque aquel llamamiento era un aviso del cielo, y que seguramente pronto moriría. Persistió ella en tal idea y fué á visitar á varias de las personas á quienes más estimaba, para despedirse de ellas. Pocos días después se sintió atacada de una pleuresía, y en el séptimo de la enfermedad falleció rodeada de los suyos.»

El día 3 de Marzo del mismo año de 1829, fué enterrada al pié del altar de la Virgen de los Dolores de la iglesia del Convento de Sta. Catalina de Sena, á instancia de las monjas, que mucho la querían desde que allí estuvo presa en la época de la insurrección. Su cadáver fué exhumado hace pocos años y conducido á la ciudad de Querétaro con todos los honores debidos.

El Lic. Domínguez la sobrevivió poco tiempo. Impresionado tal vez por su muerte, se fué á vivir con su hijo el Lic. D. Mariano, que estaba empleado en la Aduana de México, y falleció en este edificio el 22 de Abril de 1830, celebrándose sus exequias, el mismo día en el Santuario de la Virgen de Guadalupe.

Ni una humilde inscripción indica á los viajeros cuál fué la casa de la Corregidora.

Luis González Obregón.

Casa del Sr. Joaquin Araoz.—Calle de Donceles.

BELLAS ARTES

LA REPRIMENDA.

CUADRO DE F. WILLIEMS. GRABADO EN LOS TALLERES DE EL MUNDO.

FRA ANGELICO

EN

San Marcos de Florencia

¡Cómo se agitan y trabajan en este siglo XV! En medio de este taller tumultuoso y pagano, subsiste un convento tranquilo donde piadosa y dulcemente, sueña un místico de los antiguos días, Fra Angélico de Fiesole.

El convento permanece casi intacto; dos patios cuadrados desarrollan sus filas de columnillas sosteniendo sus arcos y sus techos cubiertos de viejas tejas.

En una sala hay una especie de memorial ó de árbol genealógico que contiene los nombres de los principales monjes muertos en olor de santidad. Entre estos nombres está el de Savonarola, y se menciona que pereció por una acusación injusta. Se enseñan dos celdas en que él habitó: antes de él vivió Fra Angélico en el monasterio, y pinturas de su mano decoran la sala del Capítulo, los corredores y los muros grises de sus celdas.

Había permanecido extranjero del mundo, y continuaba, en medio de las sensualidades y de las curiosidades nuevas, la vida inocente y soñadora en Dios, que describen los Fioretti. Vivía en la obediencia y la simplicidad primitivas, y se cuenta de él que una mañana, queriendo el Papa Nicolás V hacerle desayunar, consideró como caso de conciencia comer carne sin permiso del prior, no pensando en la autoridad del Papa. Rehusaba las dignidades de su orden, no ocupándose en otras cosas más que en la oración y la penitencia. Cuando se le pedía alguna obra, contestaba con una bondad de alma singular que hablaría á su prior, y que lo haría si el prior le daba permiso. «Jamás pintaba más que santos; se recuerda que no cogía los pinceles sin ponerse antes en oración y hacer penitencia, y no hacía jamás un Cristo en la cruz sin tener los ojos bañados en lágrimas. Tenía por costumbre no retocar jamás ni refundir ninguna de sus pinturas, sino que las dejaba como resultaban la primera vez, creyendo que eran tales por la voluntad de Dios.» Yo comprendo que un hombre así no estudiase ni la anatomía, ni el modelado contemporáneo. Su arte como su vida, es primitivo. Comenzó por los misales y terminó por los muros; el oro, los bermellones, el vivo escarlata, los verdes brillantes, las iluminaciones de la Edad Media, brillan en sus lienzos como en los viejos pergaminos.

Algunos ponen estos colores en los techos; la piedad infantil quiere adornar y desea que reluzcan hasta el exceso su santo y su ídolo. Cuando sale de las pequeñas figuras y presenta una gran escena de veinte personajes, decae; sus personajes no son cuerpos. Su expresión conmovedora y recogida no basta á animarlos; quedan hieráticos y envarados; no ha comprendido de ellos más que su alma. Lo que sabe pintar es lo que siempre ha repetido, son visiones de una alma inocente y feliz. «Dadme, dulcísimo y ternísimo Jesús que reposo en tí, más allá y por encima de toda criatura, de toda salud, de toda belleza y de toda gloria, por encima de todos los dones y presentes que puede dar y repartir, más allá de toda alegría y regocijo que el alma puede recibir y sentir.» «He aquí mi Dios y mi todo.... ¿Qué quiero yo más ó qué mayor felicidad puedo desear? Mi Dios es todo. Esto basta á quien comprende, y es dulce para quien ama, repetirlo á menudo. Presente tú, todo es delicioso; ausente tú, todo es desagradable. Tú das la tranquilidad á mi corazón, tú haces en él una grave paz y una alegría de fiesta.» Semejante adoración no se practica sin imágenes interiores; con los ojos cerrados se las sigue largamente y sin esfuerzo, así como soñando.

Como una madre que tan pronto como entra en la soledad ve flotar ante la memoria el rostro de su hijo bien amado, como un poeta casto que en el silencio de la noche imagina y vuelve á ver los ojos de su amada, así el corazón involuntariamente llama y contempla el cortejo de las figuras divinas. Nada le turba esta contemplación pacífica. Al rededor de él las acciones están reguladas y los objetos son obscuros; todos los días las mismas horas uniformes vuelven á ponerle delante las mismas murallas, los mismos obscuros reflejos de las ensambladuras, los mismos pliegues caídos de los capuchones y de los trajes, el mismo ruido de pasos que van al refectorio ó á la capilla. Las sensaciones delicadas é indistintas se despiertan vagamente en esta monotonía, y el sueño confuso, como una rosa abrigada contra las brutalidades de la vida, se abre lejos de la gran ruta que huellan los pasos humanos. Entonces se despliega ante los ojos, la magnificencia del día eterno, y en adelante, todo el esfuerzo del pintor se emplea en expresarlo.

Escaleras de jaspe y de amatista presentan sus losas relucientes hasta el trono en que se sientan los personajes celestes. Aureolas de oro lucen sobre las cabezas; sus túnicas rojas, azules, verdes, con franjas de oro, círculos, rayos de oro, centellean como glorias.

El oro cae en forma de flecos en los doseletes, se almohadilla formando bordados en las capas, tachona las túnicas, adorna los florones de las diademas, y los topacios, los rubíes, los diamantes, constelan con sus llamas la orfebrería de las coronas. Todo es luz, el resplandor de la iluminación mística; gracias á esta prodigalidad del oro y del azul, domina una sola tinta, la del sol y del cielo. No es este un día ordinario; es demasiado brillante; debilita los más ricos colores, encubre los cuerpos por todas partes, los borra y los reduce á no ser más que sombras. En efecto, hay aquí almas; la pesada materia ha sido transfigurada, su relieve no es sensible, se ha evaporado su substancia; no resta de ella más que una forma etérea que nada en el esplendor y en el azul. Otras veces los bienaventurados se aproximan al paraíso.

Entre ricos céspedes sembrados de flores rojas y blancas, bajo verdes y floridos árboles, los ángeles los conducen, y fraternalmente, mano con mano, forman un corro; el peso de la carne no les oprime en lo más mínimo; la cabeza rodeada de resplandores, se desliza en el aire hasta la puerta flamante, de donde brota una luz de oro, y en lo alto, Cristo, en medio de una triple rosa de ángeles agrupados como flores, les sonríe bajo su aureola. Son las mismas delicias y los mismos deslumbramientos narrados por Dante. Los personajes son dignos del lugar. Aunque bella é ideal, la figura de Cristo, aún en los triunfos celestes, es pálida, pensativa, y ligeramente ajada; es el amigo eterno, el consolador un poco triste de *La Imitación*, el poético y misericordioso señor de corazón dolorosamente tierno que sueña; no es el cuerpo demasiado perfecto de los pintores del Renacimiento. Los largos cabellos formando bucles, la rubia barba rodeando dulcemente su rostro; algunas veces sonríe dulcemente, y su gravedad aparece unida con su bondad afectuosa. En el día del juicio no maldice; solamente baja la mano del lado donde están los condenados, y hacia la derecha, hacia los bienaventurados, hacia los que ama, dirige con amor sus ojos. Cerca de El, de rodillas, baja la mirada, la Virgen parece una joven que acaba de recibir la hostia. A menudo la cabeza es demasiado gruesa, como ocurre en los iluminados; los hombros estrechos, las manos demasiado pequeñas, la

vida espiritual interior, demasiado desarrollada, ha reducido á la otra, y el largo manto de azul bordado de oro que la cubre por completo no permite imaginar la existencia de un cuerpo. No se imagina antes de haberla visto, modestia tan inmaculada, ni candor tan virginal; después de ella, las vírgenes de Rafael no son más que bellas campesinas fuertes y sencillas; los personajes son por el estilo. Su expresión se relaciona con sus sentimientos; la inocencia del alma tranquila conservada en el claustro, y el deslumbramiento del alma feliz que ve á Dios.

Los santos son retratos, pero depurados, embellecidos; la transfiguración celeste se desprende del cuerpo, como del alma, la porción ideal recubierta y alterada por la grosería de la vida terrestre; ni una arruga en los rostros más viejos; parecen volver á florecer bajo la influencia de la juventud eterna.

Ni un rasgo de maceración en los cuerpos; han entrado en la felicidad pura.

Los rasgos de los bien aventurados son tranquilos; se ve que permacen serenos, sorprendidos en el éxtasis; no se atreven á moverse, á desarreglar un pliegue de su traje por miedo á perder algún detalle de su visión; dirigen sus ojos á la altura sin que su cuerpo se altere. Le recojen para gustar mejor la beatitud, parece que dicen como los discípulos del Evangelio: «Señor, estamos bien aquí: levantemos tres tiendas, una para Vos, otra para Moisés, otra para Elías.» Algunos discípulos parecen niños de coro, novicios de monasterio llenos de veneración y timidez.

Cuando ven al niño Jesús dejan escapar sus movimientos de alegría infantiles; después, temiendo haber hecho mal, vacilan. No hay emociones violentas ní arrebatos en este mundo; todos están semi-velados, detenidos en el camino por la paz y la obediencia del claustro. Pero las figuras más encantadoras son las de los ángeles. Se les ve arrodillarse en filas silenciosas al rededor de los tronos ó enlazarse formando guirnaldas en el azul. Los más jóvenes son amables y cándidos niños; no han sospechado jamás la existencia del mal; no piensan mucho; cada cabeza en su círculo de oro, sonríe, es feliz, sonreirá siempre, y esta es toda su vida. Otros son alas resplandecientes como pájaros del paraíso, tocan instrumentos ó cantan y su rostro lanza rayos. Uno de ellos levantando su trompeta para llevarla á los labios, se detiene como sorprendido por una visión resplandeciente; éste con un violín apoyado en el hombro, parece soñar en el son delicioso de su propio instrumento. Otros dos, con las manos juntas, contemplan y adoran. Uno muy joven con rostro de niño, se inclina como para escuchar antes de herir sus címbalos. La harmonía de los sonidos se junta á la harmonía de los colores. Los tonos no se degradan, no van creciendo ni se funden como en las pinturas ordinarias.

Cada vestido es de una sola tinta, un rojo después de un azul, un verde vivo después de un violeta pálido, un bordado de oro sobre un amaranto desvanecido, como los sones simples y sostenidos de una melodía angélica. El pintor goza con ello; no encuentra jamás para sus santos, colores bastante puros, y, además, bastante preciosos. Olvida que sus figuras son imágenes y les rinde los cuidados minuciosos de un fiel y de un adorador. Borda sus túnicas como si fueran personas reales, hace serpentear en sus capas bordados tan finos como una obra de orfebrería, pinta en sus mantos cuadritos completos, se aplica á desarrollar delicadamente los blandos y pálidos cabellos; escalonar los bucles, hacer que caigan regularmente los pliegues de las túnicas, redondear cuidadosamente en las cabezas la tonsura monacal; entra en el cielo detrás de ellos para amarlos y servirlos. En efecto, él es la última de las flores místicas. El mundo que le rodeaba y que él no conocía acababa de emprender vía contraria, y después de un corto acceso de entusiasmo, iba á quemar á su sucesor, domínico como él, el último cristiano: Savonarola.

H. TAINE.

THEOPHILE GAUTIER.

EL NIDO DE RUISEÑORES.

Un hermoso parque rodeaba al castillo.

En el parque había pájaros de todas especies; ruiseñores, mirlos, alondras. Todas las aves de la tierra se habían dado cita en el parque.

En primavera, se escuchaba un gorgeo indefinible: en cada hoja se escondía un nido, cada árbol era una caja acústica. Todos los diminutos y alados músicos, saltaban de rama en rama, unos piando, otros trinando, estos lanzando al aire cadencias aperladas, aquellos desgranando fiorituras ó bordando gamas harmoniosas. Si hubiesen sido músicos verdaderos, lo hubieran hecho menos bien.

Pero en el castillo había dos hermosas niñas, ambas hermanas, que por sí solas cantaban mejor que todos los pájaros del parque. Una se llamaba Fleurette, la otra Isabel. Las dos eran muy bellas, y como bellas, codiciables. Los domingos, cuando vestían sus graciosos trajes, se las hubiera tomado por unos ángeles á no ser por sus espaldas blancas que mostraban la carne blanca de las mujeres de la tierra. Para ser ángeles sólo les faltaban las alas. Cuando cantaban, el viejo señor de Maulevrier, su tío, las tomaba de la mano, temeroso de que les viniese el capricho de volar.

Qué lucidos torneos se celebraban en honor de Isabel y de Fleurette! La reputación de su belleza y su talento había dado vuelta á la Europa, y sin embargo, las niñas no eran orgullosas, vivían en el aislamiento, no mirando otras personas, que el pequeño paje Valentín—hermoso niño de cabellos blondos—y el Señor de Maulevrier—viejo cano de piel curtida, que arrastraba el cuerpo sexagenario y ya encorvado al peso de sus arneses de guerra.

Las dos hermanas empleaban su tiempo arrojando migajas á las aves, recitando sus oraciones y principalmente estudiando las obras maestras de su tiempo y repitiendo juntas algún motete, madrigal, villancico ó cancioncilla: ah! también tenían sus flores, que ellas mismas cultivaban con esmero. Su existencia tranquila se deslizaba entre esas ocupaciones poéticas y dulces de niña; se mantenían á la sombra, lejos de las miradas indiscretas del mundo, que, á pesar de todo, se ocupaba de ellas. Ni el ruiseñor ni la rosa se pueden ocultar: su trino y su perfume los traicionan. Las dos niñas eran á un tiempo dos ruiseñores y dos rosas.

Duques, príncipes y nobles acudían solicitándolas en matrimonio. El emperador de Trebizonda y el sultán de Egipto enviaron embajadores para proponer una alianza con el señor de Maulevrier; las dos hermanas se resistieron á oír hablar de estos asuntos: quizá un instinto secreto las hubo de advertir que su misión aquí abajo, era conservarse doncellas y cantar, porque de lo contrario, se violentarían las leyes de su destino.

Muy pequeñitas las llevaron al castillo. La ventana de su alcoba caía al parque y el trinar de las aves les servía de arrullo. Apenas pisaron los umbrales de esa mansión señorial, el viejo Blondeau,—menestrel del amo, tomó sus manecitas y las puso sobre las teclas de marfil del clavicordio: ellas no tuvieron otro juguete que éste y antes de hablar aprendieron á cantar. Cantaban como los demás respiramos: como una cosa natural.

Tal educación hubo de influir singularmente sobre su carácter. Su infancia harmoniosa las mantuvo lejos de la infancia turbulenta y loca. Jamás habían exhalado un grito estridente ó una queja desentonada, discordante; lloraban y gemían á compás. El sentido musical, en ellas desarrollado á expensas de los otros sentidos, las hacía poco sensibles á todo aquello que no se tradujese en música. Flotaban como por sobre una onda melodiosa y casi no percibían el mundo real sino por sonidos. Comprendían admirablemente el rumor del follaje, el murmurio de las aguas, el tic-tac del reloj, el suspiro del viento encajonado en la chimenea, el acompasado ruido de la rueca, el gotear de la lluvia cayendo sobre la vidriera temblante, todas las harmonías exteriores é interiores; pero no mostraban entusiasmo—por qué no decirlo? —á la vista de un sol muriente: mal se fijaban en un cuadro, como si sus pupilas azules y negras hubiesen estado cubiertas con una espesa venda. Padecían la enfermedad de la música, con ella soñaban, por ella se olvidaban de todo, no amaban otra cosa en el mundo. Si acaso amaban otra cosa era á su Valentín y á sus flores; á Valentín porque se parecía á sus flores y á sus flores porque se asemejaban á Valentín. Pero este amor ocupaba el segundo término. Verdad es que Valentín contaba apenas trece años. Verdad es también, que el placer mayor del pajecillo consistía en cantar al pié de su ventana tarde con tarde la divina canción que ellas habían compuesto durante el día.

Los célebres maestros acudieron de muy lejos para escucharlas y rivalizar con ellas: pero se declaraban vencidos al percibir la nota final, esa nota que rompía sus instrumentos y hacía pedazos sus partituras. En efecto, era aquella una música tan melodiosa y agradable, que basta los querubines bajaban del cielo para aprenderla y cantarla después al buen Dios.

Una tarde de Mayo, las dos niñas suspiraban un motete á dos voces. Jamás había sido más felizmente trabajado motivo más feliz.

Un ruiseñor del parque, agazapado en un rosal, atentamente las escuchaba y en su lenguaje de ruiseñor las dijo; «Quisiera provocar con ustedes un lance musical.»

Las dos niñas respondieron de conformidad y lo invitaron á abrir el torneo.

El ruiseñor comenzó. Era todo un maestro. Su pequeña garganta se inflaba, sacudía las alitas, su cuerpecillo todo se extremecía, y de esa garganta brotaban cascadas inacabables, fusas, arpegios, gamas cromáticas; ya subía, ya bajaba; enfilaba las notas dulcificando las cadencia con una pureza desesperante; se hubiera dicho que su voz tenía alas como su cuerpo. Súbita-

mente se detuvo, convencido de haber logrado la victoria.

Las niñas se dejaron oír á su vez, traspasando los límites de lo creíble. Después de ellas, el canto del ruiseñor se asemejó al ronco gorgeo de un viejo gorrión.

El alado *virtuoso* intentó un último esfuerzo; cantó una romanza de amor: después ejecutó una fanfarria brillante que coronó valientemente con un final de notas altas, vibrantes y agudas, más allá de toda voz humana.

Las niñas, sin dejarse sorprender por ese «tour de force» dieron vuelta á la hoja de su libro de música y replicaron al ruiseñor, de tal manera, que Santa Cecilia, que en lo alto del cielo las escuchaba, celosamente palideció, dejando caer su contrabajo sobre la tierra.

El ruiseñor intentó aún cantar, pero la lucha lo había extenuado totalmente, el aliento le faltaba, se erizaron sus plumas, sus pupilas se cerraron á pesar suyo y dijo agonizante: «Cantais mejor que yo y el «orgullo de querer sobrepasaros me cuesta la vida. «Una cosa os demando: tengo un nido, en ese nido «tengo tres polluelos; el nido se halla á contar del «tercer rosal del corredor, cerca de la fuente. Tomad- «los, educadlos y enseñadles á cantar porque yo sien- «to que me muero» y murió. Las dos hermanas lo lloraron mucho porque había cantado muy bien. Llamaron á Valentín, el pajecillo de cabellos blondos y le mostraron el lugar donde se hallaba el nido. Valentín, que era un pilluelo, fácilmente dió con el sitio, guardó el nido en su pecho y regresó con su preciosa carga. Fleurette é Isabel, de codos en el balcón, lo esperaban con impaciencia. Valentín llegó, trayendo el nido entre las manos. Los tres polluelos movían asustados la cabeza y abrían un pico muy grande, sumamente grande. Las niñas se apiadaron de esos pequeños huérfanos y les dieron de comer á cada uno. Cuando crecieron, comenzaron su educación musical, como lo habían ofrecido al ruiseñor vencido.

Era maravilloso ver como estaban domesticados y lo bien que cantaban. Ellos, revoloteaban alegremente por la alcoba y ora se posaban sobre la cabeza de Isabel, ora sobre los hombros de Fleurette, ya delante del libro de música, y en esta situación, al verlos, se podía haber dicho que sabían descifrar las notas, así era el aire de inteligencia con que miraban los signos blancos y los negros. Sabían todas las canciones de las niñas y aún se permitían el orgullo de improvisar las suyas; las dos hermanas vivían cada vez más retraídas. Todas las tardes se percibían en su alcoba sonidos de una melodía sobrenatural. Los ruiseñores, perfectamente instruídos, tomaban parte en el concierto y cantaban casi tan bien como sus maestras, quienes por su parte habían progresado notablemente.

Sus voces tomaban día á día una brillantez extraordinaria, vibraban de una manera cristalina y metálica por sobre todos los registros de la voz humana; en cambio, las niñas adelgazaban visiblemente, el hermoso tinte de su rostro se iba desvaneciendo; estaban pálidas, pálidas como el ágata, casi transparentes. El señor de Maulevrier quiso impedirles que cantaran, pero nada pudo conseguir de ellas. Siempre que lo hacían y una vez transcurridos algunos compases, una manchita roja se dibujaba sobre sus mejillas y se alargaba, se alargaba hasta que no concluían su canción; entonces, la manchita desaparecía, pero un sudor frío bañaba su piel y sus labios temblaban febrilmente.

Por lo demás, su canto era cada vez más hermoso; había en él algo que no pertenecía á este mundo y al oír esa voz sonora y poderosa, exhalada por la garganta de esas niñas pálidas y enfermas, no era aventurado prever que la música rompería el instrumento.

Ellas así lo comprendieron y se dedicaron á tocar el clavicordio, el clavicordio que habían abandonado por la vocalización. Pero una noche, la ventana estaba abierta, los pájaros gorgeaban en el patio, la brisa suspiraba melodiosamente, había tanta música en el aire que ellas no pudieron resistir á la tentación de ejecutar un dúo, compuesto precisamente la víspera.

Fué un canto de cisne, un canto maravilloso, preñado de lágrimas, ascendiendo hasta los límites más inaccesibles de la gama y descendiendo en notas harmónicamente escalonadas; algo brillante y desconocido, un diluvio de trinos, una lluvia compacta de signos cromáticos, un fuego de artificio musical indescriptible. Y sin embargo, la manchita roja se ensanchaba singularmente y les cubría ya casi todas las mejillas. Los tres ruiseñores las escuchaban con pasmosa ansiedad y sacudiendo las alitas temblantes, iban y venían sin poder permanecer tranquilos. Por fin, llegaron ellas á la última frase del trozo y su voz adquirió un timbre tan sonoro y extraño, como si ya no fueran criaturas vivas las que cantaran. Los ruiseñores habían emprendido el vuelo. Las dos hermanas estaban muertas; sus almas habían partido con la última nota. Los ruiseñores subieron en línea recta al cielo, para ofrecer ese canto supremo al buen Dios que los acogió en su paraíso deseoso de escuchar la música sublime de las niñas.

El buen Dios con esos tres ruiseñores, formó más tarde las almas de Palestrina, Cimarosa y el caballero Gluck.

Nada más preciso y encantador que aquella flor en medio de la llanura helada.

Es la rosa más pequeña de este diminuto rosal; son tan delicados sus pálidos colores, y está tan cubierta de escarcha, que todo el que la ve no acierta á explicarse cómo puede resistir á los fríos vientos del Norte.

Sin embargo, á mí no me sorprende, porque estoy enterado del motivo.

En el pasado Abril, una hada con las alas de mariposa, que atravesó el jardín, entonces lleno de verdura, había tocado con el dedo pulgar de su pié, un solo punto de la tierra, y en él dejó la primavera eterna: la flor nacida en aquel sitio no se marchitará nunca.

Pero tiene mucho frío, tanto, que con su rosada blancura, semejaba el cuerpo desnudo de un niño metido en una cuna de escarcha.

Al ver que yo la contemplaba con admiración, me dijo:

Caballero, no hay suerte peor que la mía, porque no puedo terminar mi vida como las demás flores; el invierno, queriendo marchitarme, me hiela, y siento mil espinas frías que como acerbas puntas de hielo penetran en mis delicados pétalos; si vuestro corazón no es duro como el granito de la montaña, tened piedad de mí, yo os lo ruego; haced que tenga cerca un poco de calor; todo lo que me resta de perfume, lo daría por un rayo de sol de estío.

Quedé profundamente conmovido al escuchar estas palabras de la rosa: pera ¿cómo ayudarla? Rogar á las nubes que se abriesen para dar paso al calor del sol, de nada me hubiera servido.

Pensé ir al bosque, y con algunas ramas secas encender una hoguera al rededor de la rosa; pero el viento del Septentrión hubiese extinguido la llama y dispersado las brasas.

¿Qué hacer? ¿Dejaría sufrir sin tregua por todo el largo invierno á la linda suplicante?

Afortunadamente tuve un buen pensamiento; corrí á casa de mi amante, la de los cabellos de oro, y le conté lo que me había ocurrido.

No dudó un solo momento; vistióse de prisa y llegamos con rapidez increíble al sitio donde la flor se extinguía de frío.

Inclinóse mi amiga sobre el tallo y soltó uno de sus rizos, que cubrieron todas las hojas.

—¡Oh! exclamó la rosita de la llanura; ¡qué dulce es el calor del sol!

CATULO MENDES.

Pequeños poemas en prosa.

I

EL EXTRANJERO.

—Dí, hombre enigmático ¿á quién quieres más: á tu madre, á tu hermano ó á tu hermana?

—Ni tengo padre, ni tengo madre, ni tengo hermanos.

—Y tus amigos?

—Os estais sirviendo de una palabra cuyo sentido no me fué nunca dado conocer.

—Y tu patria?

—Ignoro la latitud en que se encuentra.

—Y la belleza?

—La amaría con gusto, diosa é inmortal.

—Y el oro?

—Tengo por él un odio parecido al que vos tenéis por Dios.

—Qué amas tú entonces, sér extraordinario, singular extranjero?

—Yo amo las nubes. . . las nubes que pasan allá lejos. . . . las nubes maravillosas!

II

LA DESESPERACION DE LA ANCIANA.

La viejecilla, la pobre viejecilla arrugada, se sintió dichosa al contemplar ese niño bonito á quien todos hacían fiestas, á quien todo el mundo quería gustar, ese ser delicado tan frágil como ella, como la pobre viejecilla, y, como ella también, sin dientes y sin cabellos.

Y, queriendo sonreirle y hacerle gestos agradables, se aproximó á él.

Pero el niño, el pobre niño bonito se mostraba asustado, y llenaba la casa con sus gritos de disgusto y de repulsión ante las caricias de la buena mujer decrépita.

Entonces la pobre anciana se refugió en la eterna soledad, y llorando también, se dijo interiormente: «Para nosotras, desgraciadas hembras viejas, ya pasó la edad de gustar aún á los inocentes. Nosotras horrorizamos aun á los seres pequeñitos á quienes deseamos amar.»

CARLOS BAUDELAIRE.

LOS GATOS.

Níveos y bermejos, blondos y atigrados,
ojos verdes-grises de oro veteados,
bigotes hirsutos, aspecto marcial,
molondros, huraños, ágiles, nerviosos,
son de la felina raza los fermosos
Don Juanes truhanescos de estirpe real.

*

Los gatos son símbolo del mal: son proscritos
genios demoniacos, réprobos malditos
que de sus cavernas arrojó Plutón;
esfinges con alma, misántropos graves
que en fúnebre ronda con las negras aves
salen al uncioso toque de oración.

*

Cuando de áureo polen se constela el cielo,
los gatos, caladas sus gafas de abuelo,
exploran buscando su perdido bien
Satanes rebeldes de lo alto caídos,
al acaso vagan, hoscos y afligidos,
pensando en los dulces goces del Edén.

*

En los plenilunios sus sombras grotescas
danzan en el muro,—visiones dantescas,
al son de un pausado rondel funeral
y en las tempestuosas noches intranquilas,
rayan la tiniebla con ígneas pupilas,
redondos topacios de lumbre infernal.

*

Celan á sus hembras, —princesas ingratas,
sensuales troveros les dan serenatas,
al pié del soberbio feudal torreón
y en la paz callada de la noche obscura,
sus maullidos lúgubres de inmensa pavura
anuncian borrascas y desolación.

*

En las frías noches del Invierno, cuando
se tuercen los leños rojos crepitando
dentro de la estufa de grato calor,
friolentos los gatos el rescoldo buscan,
tan cerca, que á veces sus púas chamuscan,
pero se defienden del crudo rigor.

*

Y el gato es poeta: que en tanto la joven
platica en el piano con Lizt y Beethoven
hiriendo las blancas teclas de marfil,
se produce extraña ronca melopea,
pues él, mientras ella toca, ronronea
estrofas cascadas de vate senil.

*

Cuando de los gallos la clarinería
toca triunfal diana saludando al día,
los gatos retornan al caliente hogar:
entran cautelosos á la regia alcoba,
y sobre algún mueble de raso y caoba,
con pereza olímpica se echan á roncar.

*

Los gatos, sabedlo, mendigan cariños,
respetan las canas, juegan con los niños,
ellos fueron musas para Baudelaire;
mas en sus pupilas siniestras y ovales
relampagueando sus vivos puñales
odios y rencores se observan tremer.

*

Me gustan los gatos. Hay cual ellos seres
agenos á toda clase de placeres,
torvos rondadores de un mundo mejor......
genios pensativos que en la sombra habitan,
Otelos que el crímen á solas meditan
como la venganza de su gran dolor.

*

Níveos y bermejos, blondos y atigrados,
me gustan los gatos de lomos arqueados,
mostachos hirsutos de porte marcial,
que huraños, molondros, ágiles, nerviosos,
son de la felina raza los fermosos
Don Juanes hidalgos de estirpe real.

Juan B. Delgado.

EN PLENA SOLEDAD

Pálido, enfermo y ceñudo
A tu sombra me enderezo
Resignado con el peso
De mis armas y mi escudo.
Con mi dolor te saludo,
Y fatigado y contrito
Llego á tí como un proscrito
Que anhela tras sus tormentos
Sentir en sus pensamientos
La embriaguez de lo infinito.

Tras la pujante refriega
Busco tu sombra y tu calma,
Trayendo dentro del alma
Los escombros de la brega.
Mi musa ante tí despliega
Su crugiente vestidura
Aspirando en la hermosura
De tus cármenes risueños
El *haschich* de los ensueños
Y el vértigo de la altura.

Puesto que soy tu creyente
Y en tu sombra me recreas,
Haz que vibren las ideas
Que se anidan en mi frente.
Alza á mí tu voz doliente,
Abre tus senos fecundos,
Y á mis sueños errabundos
Y á mis ansias tormentosas
Da el reflejo de otras cosas,
De otros seres y otros mundos.

—

El bullicio con su aliento
Y su clamor de marea
Mata el germen de la idea
Y el embrión del sentimiento.
Mas en tí mi pensamiento
Siente radiar lo infinito
Y sabe que en el bendito
Camarín de tu proscenio
Tienes himnos para el genio
Y duelos para el proscrito.

En tus vagas armonías
Hay arrullos y ternezas
Para todas las tristezas
Y todas las alegrías.
Sobre tus naves umbrías
Flota algo extraño que encanta.
Pues siempre á tí se levanta,
En su expresión más sublime,
Tanto el pesar cuando gime
Como el placer cuando canta.

-

En su inmensa trayectoria
Baten sus alas ligeras
Unas aves: las quimeras
Que hierven en mi memoria.
Con tus ráfagas de gloria
Mis inquietudes alejas
Y ante mis ojos reflejas
Con tintes desvanecidos,
Siluetas de amores idos
Y espectros de cosas viejas.

Hoy en mi espíritu escancias
Como un néctar de delicias
El fuego de tus caricias
Y el soplo de tus fragancias:
Hoy mis sueños y mis ansias
Con tus rumores alientas
Porque sé que no alimentas
Bajo el nimbo de tus glorias,
Ni al vicio con sus escorias
Ni al odio con sus tormentas.

—

La idea, chispa que asombra
Con su ropaje esplendente,
Nace y se nutre en la fuente
De tu calma y de tu sombra.
La penumbra que te alfombra
Es propicia en su mutismo
Para el genio, ese heroísmo
Que brilla, si en tí se posa,
Con la fuerza portentosa
Del ala sobre el abismo.

-

Ante tu paz bienhechora
Siento algo que en mí aletea
Y se enciende y parpadea
Como un destello de aurora.
Es el lampo que colora
Y la mirra que embalsama,
Es el numen que se inflama
Como áscua en mis pensamientos
Y se iergue á los acentos
Del porvenir que me llama.

Benito Fentanes.

A CHOPIN.

SONETO.

Del caos de las notas, de la nada,
Tu obra surgió, que se estremece y llora,
Y tu pálida musa encantadora
Un mundo de pasión formó, inspirada.

En tu música ardiente y desolada
Melancólica, al par, y seductora,
Vibra la voz altiva y soñadora
De tu augusta Polonia destrozada.

Cuando en tu noble tierra apareciste
Bajó del cielo un enlutado arcángel,
En tu oído á decir cosas sin nombre:

Y te dió el alma luminosa y triste
Que canta sus ensueños como un ángel
Y llora sus tristezas como un hombre.

Tepic, Enero 2 de 1899.

Antonio Zaragoza.

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 6.

—Mi querido Pablo,—dijo Jocquelet con su acento más mordaz, alargando á Sillery, el manuscrito de Amadeo.—He aquí unos versos que me parecen soberbios, y que voy á declamar así que pueda en un concierto ó en un beneficio.... Léalos usted y díganos qué le parecen....Presento á usted el autor M. Amadeo Violette...... Amadeo, te presento, á M. Pablo Sillery.

Todas las melenas (que servían de marco á jóvenes y amables rostros) volviéronse con curiosidad hacia el recién venido, á quien Pablo Sillery invitó cortesmente á sentarse, con la fórmula de cajón: «¿Qué va usted á tomar?» Luego se puso á leer las hojas que le había dado el cómico.

Amadeo, sentado en el borde de la silla, estaba trastornado por la timidez. Entre los poetas primerizos, Pablo Sillery gozaba de cierta reputación. Había fundado una hoja literaria, *La Avispa*, que publicaba en la primera página caricaturas de hombres célebres con cabezas gordas sobre cuerpos enanos, y Amadeo había leído algunas poesías de Sillery llenas de impertinencia y de gracia. ¡Un autor cuyas obras se imprimian! ¡Un director de periódico! Esto era enorme para el inocente Amadeo, que no sabía que *La Avispa* sólo tenía catorce suscriptores y que consideraba á Sillery como un coloso; así es que palpitándole el corazón, esperaba con angustia la sentencia de un juez tan temible.

Pero un minuto después, Sillery, sin levantar los ojos del manuscrito, dijo entre dientes:

—¡Buenos versos!

Una ola de delicias inundó el pecho del poeta del arrabal de Santiago.

Cuando acabó de leer, el director de *La Avispa* levantóse de su banqueta y alargó las dos manos á Amadeo por encima de los vasos y de las botellas.

—Ante todo,—exclamó con alegre entusiasmo,—déjeme usted darle un buen apretón de manos. La descripción de la batalla es admirable y sorprendente; clara, concisa á lo Merimé, llena de color é imágenes superiores á las de Merimé; en fin, una cosa enteramente nueva. Mi querido M. Violette, felicito á usted de todo corazón. No puedo pedir á usted para *La Avispa* ese hermoso poema que Jocquelet tendrá la satisfacción de interpretar y que indudablemente tendrá extraordinario éxito, pero solicito de usted como un gran favor algunos versos para el periódico. Estoy seguro de que serán tan buenos como éstos, si no mejores. Pero debo advertir á usted que no podremos pagárselos. *La Avispa* no prospera; puede decirse que vuela con una ala rota. Para sostenerla algunos meses todavía, he tenido que recurrir á un usurero, que me ha entregado, entre otros valores, en vez del clásico cocodrilo empajado, un caballo sabio, que proviene de un circo ecuestre quebrado. Primeramente determiné montar el noble animal para ir al Bosque, mas al llegar á la Avenida de los Campos Elíseos comenzó á valsar alrededor del pilón de la fuente, y me he visto precisado á vender con pérdida considerable ese cuadrúpedo coreográfico. La colaboración de usted en *La Avispa* será, pues, gratuita ¡ay! como la de los demás redactores. Pero usted, M. Violette, tendrá en cuenta que he sido el primero en saludarle con el raro y glorioso título de verdadero poeta, y me concederá la alegría de haberle procurado la primera emoción que produce el olor á imprenta de las primeras pruebas. ¿Está usted conforme?

¡Que si estaba conforme! Amadeo estaba conmovido hasta el fondo del corazón por tanta bondad y cordialidad fraternal, y además tan turbado que se esforzaba en vano para encontrar palabras que expresaran su gratitud; así es que tropezó cien veces cuando quiso dar las gracias.

—No me dé usted gracias,—repuso Pablo Sillery, con su agradable sonriaa algo escéptica,—y no me suponga mejor de lo que soy. Si todos los versos de usted tienen la misma fuerza que los que acabo de leer, pronto publicará un volumen que causará sensación, y que inspirará, quizá á mí el primero, movimientos de envidia. Los poetas no valen mucho más que los otros hombres: son como la inmensa mayoría de los hijos de Adán, vanidosos y envidiosos; sólo que conservan el don de admirar, y esto constituye su superioridad y su honor. Hoy por hoy siento un gran placer en haber encontrado un mirlo blanco, un poeta original y sincero, y con permiso de usted celebraremos un buen hallazgo. No habiendo sido suficiente la venta del caballo valsador para saldar la cuenta del impresor de *La Avispa*, no estoy esta noche en fondos; pero tengo crédito en casa del tío Lebuffle, é invito á comer á todos ustedes en su fonducho. Después iremos á mi casa, adonde aguardo á otros amigos y allí, usted, Violette, nos leerá sus versos, todos haremos lo mismo y tendremos una deliciosa orgía de hermosas rimas. Esta proposición fué calurosamente acogida por los tres jóvenes de melenas á lo Clovis y Chilperico. En cuanto á Amadeo, en aquel instante hubiera seguido á Pablo Sillery hasta á los infiernos.

Sólo Jocquelet no podía acompañarlos, porque había dedicado aquella noche á una señora; y presentó su excusa con una sonrisa tan presuntuosa, que todos se quedaron persuadidos de que iba á coronarse de mirtos y laureles á casa de una princesa de sangre real, siendo así que la actual amiga de Jocquelet era sencillamente una compañera de Conservatorio: una muchacha grandota, desgarbada, negra como un topo y llena de presunsión, que se dedicaba á la tragedia y que no correspondía á las caricias de su amante sino después de haberle espetado el sueño de *Atala*, las imprecaciones de *Camila* y el monólogo de *Fedra*.

Pagado el gasto, Sillery, dando el brazo á Amadeo y seguido siempre por los tres Merovingios, salió del café, y atravesando la multitud que obstruía la acera del arrabal Montmartre, condujo á sus convidados á la mesa redonda del fonducho Lebuffle, que estaba situado en el piso tercero de una casucha de la calle de Lamartine y cuyo olor nauseabundo á grasa quemada sentíase desde el portal.

Instaláronse en una mesa cubierta de un mantel notable por el gran número de manchas de vino. Dos ó tres melenudos feroces y cuatro ó cinco barbudos avanzados devoraban ya la sopa servida por el tío Lebuffle y por una criada muerta de cansancio. El nombre con que Sillery había designado al patrón de la mesa redonda debía ser un apodo, porque este obeso personaje en mangas de camisa, atraía, en efecto, la aten

ción por su fuerza bovina y sus apagados ojos de rumiante. Con gran asombro de Amadeo, el tío Lebuffle tuteaba á la mayor de parte de sus parroquianos, y no bien los recién venidos se sentaron á la mesa, el poeta neófito preguntó en voz baja á Sillery el motivo de tanta familiaridad.

—Esta proviene de las desgracias de la época, mi querido Violette,—contestó el director de *La Avispa*, desdoblando su servilleta.—Ya no hay Mecenas ni un Lorenzo el Magnífico, y el último protector de las letras y de las artes es el tío Lebuffle. Este bodegonero, que probablemente nunca ha leído un libro ni mirado un cuadro, es aficionado á pintores y poetas, y les permite cultivar en su casa la preciosa planta de la deuda, que al revés de los otros vegetales, crece más cuanto menos se la riega con el pago. Preciso es perdonar á este buen hombre—repuso bajando la voz—su único pecadillo de vanidad y el que le complazca mucho el ser tratado como compañero y amigo por los artistas ... Los que tienen consignados en el libro del establecimiento grandes cuentas llegan hasta á tutearle, y yo ¡ay! soy uno de ellos. Pero gracias á esto, voy á hacer que beban ustedes algo que no sea tan purgante como el llamado vino de esa botella, del que aconsejo á usted que desconfíe.... Oye, Lebuffle, este amigo, aquí presente, será más ó menos pronto un poeta célebre. por tanto, viejo mío, trátale como se merece y traenos una botella de *Moulin-á-Vent*!

Inmediatamente la conversación se hizo general entre los barbudos y melenudos. No hay necesidad de decir que.... todos, los unos en política, los otros en literatura, estaban animados de las ideas más revolucionarias. Cuando se sirvieron las sardinas, que parecían estar fritas en aceite de quinqué, un terrible barbudo, la barba más negra de todas que subía hasta los ojos de su propietario y se le desbordaba en mechones de pelo por la nariz y orejas, expresó cieros conceptos elegíacos á la dulce memoria de Juan Pablo Marat, y declaró que *en la próxima* era al fin necesario realizar el programa del delicioso amigo del pueblo, haciendo caer cien mil cabezas.

—¡Voto al demonio, Flambard, tienes la mano dura!—exclamó un barbudo menos importante, uno de esos barbas que degeneran en patillas á los treinta años y se hacen del centro izquierdo ó conservadores.—¡Nada menos que cien mil cabezas!

—Es el *minimum*,—replicó el barbudo sanguinario.

Este nombre de Flambard hizo comprender á Amadeo que bajo aquella barba feroz se ocultaba un fotógrafo muy conocido por sus quiebras, y el joven no pudo menos de pensar que si las cien mil cabezas se hubieran colocado en el objetivo del dicho Flambard, haciendo de este modo la fortuna de su establecimiento, no demostraría tanta impaciencia por verlas gesticular en la media luna de la guillotina.

Las conversaciones que mediaban entre las melenas literarias no eran en su clase menos anarquistas. Cuando se sirvió el asado que, según las muestras, provenía del legendario animal llamado vaca rabiosa, la más larga y espesa de las melenas, que se esparcía sobre las espaldas de un joven novelista (que hacía gala de no peinarla á menudo) contó á los otros cabelludos el argumento de una novela, que verdaderamente debía erizarles de horror, puesto que la violación de una muerta en un cementerio y á la luz de la luna constituía el principal episodio de aquella graciosa ficción.

Hubo entre los concurrentes una especie de emoción repulsiva, y Sillery, con una ligera expresión de enojo en la mirada, preguntó al novelista absaloniano:

—¿Por qué diablos quieres contar esa historia?

—Para dejar pasmada á la gente sencilla.

Y nadie tuvo nada que objetar.

¡Dejar pasmada á la gente sencilla! Tal era, en efecto, la ardiente preocupación, la querida esperanza de todos aquellos jóvenes, y este deseo se descubría en sus menores palabras.

Hasta Amadeo la juzgó legítima y digna de elogio; sin embargo, no creyó, preciso es confesar su falta de confianza, que tan gloriosos esfuerzos fueran coronados por el éxito: hasta llegó á preguntarse si el carácter popular, si su misma esencia y por consiguiente su fuerza no consistía precisamente en ignorar, no sólo las obras, sino hasta la existencia de los que buscaban el modo de asombrarla, y pensaba, no sin melancolía, que cuando *La Avispa* hubiese publicado la composición diabólica del joven novelista, no influiría para nada en las gentes sencillas, que continuarían apaciblemente entregadas á sus costumbres habituales, tales como la de consultar el barómetro para saber si ha pasado el tiempo variable ó exclamar entre un gran suspiro. «¡Menos mal!» después de haber apurado la sopa.

A pesar de sus reservas mentales, que Amadeo se reprochaba recelando ser un impuro y despreciable filesteo, el poeta estaba encantado de sus nuevos amigos y del mundo desconocido que se abría ante él. En aquel rincón de bohemios, en donde se sentaban locas premisas y monstruosas paradojas, reinaban la frivolidad y la alegría. Había allí el hechizo soberano, la juventud; y Amadeo que hasta entonces había vivido en su agujero oculto en la sombra, sentía dilatarse su corazón en aquella caliente atmósfera.

Después de un indigesto postre de queso y de ciruelas, dispersáronse los parroquianos del tío Lebuffle. Entonces Sillery condujo á Amadeo y á los tres Merovingios al pequeño entresuelo, amueblado á medias, que habitaba en la calle de Pigalle. A poco, una media docena de otros líricos, que también hubieran podido proveer de magníficos trofeos cabelludos á un guerrero apache, vinieron á reforzar el cenáculo, que se reunía todos los miércoles por la noche.

Muy pronto faltaron sillas; pero Sillery sacó de un obscuro gabinete una maleta vieja en la que podían sentarse dos, y como dueño de casa se contentó con instalarse á ratos con las piernas colgando en el mármol de la chimenea. De este modo la reunión pudo disfrutar de cierta comodidad relativa, sobre todo cuando una vieja de pañuelo sucio en la cabeza (la portera probablemente) instaló sobre un velador en medio del cuarto seis botellas de cerveza, vasos desportillados y en un gran tiesto un abultado paquete de tabaco con pipas y libritos de papel de fumar.

Y entre una nube de humo comenzaron á recitar versos, unos detrás de otros, como en las coplas que se cantan al fin de una boda de aldea. Nombrado por Sillery, cada poeta se levantaba sin hacerse de rogar, colocaba su silla delante de él, y apoyando una mano en el respaldo declamaba su soneto ó elegía. Varios de aquellos bardos carecían de genio y algunos eran algo grotescos. Había entre otros un jovencito de menudo cuerpo y aspecto cadavérico, que declaró en una larga tirada de tercetos que el harem de un sátrapa asiático no era capaz de saciar su ardiente sed de voluptuosidad; y un mofletudo, con buen color de provinciano recién venido, anunció en una retahila de estrofas su formal intención de morir de languidez por causa de la traicion de una cortesana de marmórea frente; cuando, á decir verdad, este apacible muchacho vivía maritalmente con una sencilla hija del pueblo, bruñidora de oficio, reducida por él á la esclavitud y que le limpiaba las botas todas las mañanas antes de marcharse al obrador.

Mas á pesar de estas ridiculeces, semejante areópago, compuesto de poetas que todos sabían su oficio y entre los cuales algunos tenían verdadero talento, infundía á Amadeo gran respeto y temor, y por esto se puso en pié con la boca seca y el pecho oprimido de angustia cuando Sillery le dijo:

—Ahora toca el turno al neófito. Recítenos usted su «Trinchera ante Sebastopol.»

Sin embargo, como buen caballo de guerra, como poeta de raza que era, Amadeo dominó su emoción y recitó con voz vibrante sus estrofas militares, al modo que un veterano del ejército hace resonar la culata de su fusil.

El último verso del poeta fué celebrado con un caluroso aplauso, y todos los oyentes se levantaron para rodear al poeta, felicitarle y verle de cerca.

—¡Es soberbio!

—¡Enteramente nuevo!

—¡Tendrá un éxito enorme!

—¿Qué más se necesita para levantar al público?

—¡Recítenos usted algo más; sí, recite alguna otra cosa!

Y tranquilo, alentado, dueño del areópago, Amadeo recitó una escena popular, en la que había derramado profusamente su ternura hacia los pobres. Luego declamó una de sus descripciones parisienses, después una serie de sonetos titulados «Esperanza de amor,» inspirados por su adorada María, y dejó admirados á todos aquellos poetas por la facilidad y variedad de su inspiración.

A cada nueva poesía los aplausos estallaban como truenos. El corazón del joven dilatábase de alegría con el grato calor del éxito. Disputábanse todos el acercarse á Amadeo para demostrarle su admiración personal y estrecharle las manos. ¡Ay! algunos de los presentes debían más tarde afligirle con su baja envidia y sus traiciones; pero en aquel momento, en la generosa franqueza de la juventud y del entusiasmo, le aclamaron como á un maestro.

¡Qué noche tan embriagadora! Entre una y dos de la mañana, el poeta, con las manos ardorosas por los últimos apretones, el cerebro y el corazón embriagados por los vapores del elogio, volvió á grandes y alegres pasos del arrabal de Santiago, alumbrado por los mágicos fulgores de una clara luna y arrullado por el fresco viento nocturno que hacía flotar sus ropas y acariciándole el rostro le hacía creerse oreado por el propio soplo de la gloria.

XI

El éxito, que de ordinario es tan cojo como la justicia, corrió á paso gimnástico y dobló las jornadas para llegar al encuentro de Amadeo. Desde entonces el café de Sevilla y el cenáculo de los melenudos preocupáronse del naciente poeta. Su colección de sonetos, publicados por *La Avispa*, encantó á algunos periodistas, que reprodujeron algunos en publicaciones muy leídas.

Por último, diez días después del encuentro de Amadeo y Jocquelet declamó éste «La trinchera ante Sebastopol» en nna espléndida representación dada en la Gaité á beneficio de un antiguo é ilustre actor dramático que á consecuencia de haberse quedado ciego vivía en la mayor miseria.

Esta solemnidad dramática, según el lenguaje empleado en el bombo, comenzó aburridamente. Asistía el público de costumbre en las representaciones extraordinarias: ese público gastado de espectáculos hasta la médula de los huesos, y que á consecuencia del calor de aquella noche de Mayo, que hacía sofocante la atmósfera del teatro, sentíase aún más cansado é insensible que de ordinario.

Los periodistas dormitaban hundidos en sus butacas, y los rostros de las mujeres, casi verdes á fuerza de colorete, se destacaban sobre el fondo encarnado de los palcos, denunciando el abrumador cansancio de un largo invierno de placeres. Aquellos parisienses habíanse reunido allí maquinalmente, por obligación ó por costumbre, sin tener el menor deseo de hacerlo, como se reunían siempre, á modo de condenados perpe-

tuamente «á las primeras representaciones» y tan inertes que ni siquiera sentían el horror de verse envejecer los unos á los otros.

Delante de este auditorio cloroformizado transcurría lentamente una función demasiado recargada, como es costumbre en esta clase de representaciones: trozos de obras archiconocidas, piezas de óperas caídas en desuso hasta en los organillos, y aquel público, siempre el mismo, veía desfilar á aquellos actores, los mismos de siempre, entre los cuales los más famosos eran los más monótonos, abusando los cómicos de su gracia, los enamorados hablando con la nariz, y la gran coqueta, la Celimene por excelencia, destilando su papel con tal lentitud, que cuando pronunciaba un adverbio finalizado en *mente* hubiera uno podido ir á beber un vaso de cerveza y fumar un cigarro antes de que ella acabara de proferir la susodicha palabra.

Pero el momento más letárgico de aquella adormecedora representación, fué cuando después de haber representado los actores del Teatro Francés pontificalmente un acto de tragedia, apareció de repente Jocquelet, Jocquelet, todavía alumno del Conservatorio, presentándose al público por vez primera y por excepcional favor. Jocquelet, totalmente desconocido, entablerado en su frac negro; Jocquelet, demasiado bajito á pesar de los dos juegos de Whist que había introducido en sus botas. Presentóse con desparpajo, empinándose sobre sus espolones, levantando hacia el gallinero su cara de perro dogo; y con su voz capaz de derribar las murallas de Jericó y de resucitar á los muertos de Josafat, declamó de un solo tirón, pero con inteligencia y actitudes heroicas, el poema de su amigo, que produjo gran efecto. Aquel actor descarado, vulgar, pero de órgano poderoso; aquellos versos tan pintorescos y modernos, constituían un conjunto nuevo (nuevo, fíjense ustedes) que fué una buena sorpresa para aquel público saturado de antiguallas. ¡Dos cosas nuevas á la vez! ¡Descubrir un poeta inédito y un cómico no visto todavía: morder en dos frutos verdes! Todo el mundo sacudió su letargo. Los periodistas hipnotizados se despertaron; las señoras, exangües y cayéndose de sueño, recobraron un poco de animación, y cuando Jocquelet hubo recitado el último verso, todo el mundo aplaudía hasta romper los guantes

Detrás de un bastidor del teatro, medio oculto en un biombo hecho de antiguos carteles, Amadeo Violette oyó con delicia el lejano ruido de los aplausos, parecidos á una tempestad de granizo. Apenas se atrevía á dar crédito á sus oídos; ¿era verdaderamente su poema lo que producía tan grande emoción que deshelaba á aquel helado público? Mas pronto dejó de dudar. Jocquelet, que había sido llamado tres veces á escena, se precipitó en los brazos del poeta, acercando á la de éste su cara empapada en sudor.

—Y bien, chiquitito, ¿qué tal, eh?,—gritó reventando de gozo y vanidad.—¿Has oído cómo les he endilgado eso?

Inmediatamente, veinte, treinta, cien espectadores vinieron de la sala á la escena. La mayor parte de ellos, correctamente vestidos y con corbata blanca, llegaron con apresuramiento y aire satisfecho pidiendo ver al autor del poema y á su intérprete, y haciéndose presentar, les felicitaron con frases de entusiasmo y apretones de manos. Sí fué un éxito, éxito instantáneo, estrepitoso: fué esa flor tropical de la estufa parisiense, que hoy brota muy raras veces, pero espléndida, al ruido del trueno.

Un hombre grueso, vulgar, con cara de verdugo, que llevaba soberbios brillantes en la pechera, vino á su vez á estrechar la mano de Amadeo, y con voz ronca, voz de gnomo, que hubiera sido excelente para vender cerraduras de seguridad ó billetes más baratos que en el despacho, pidió á aquél el texto de su poema, diciéndole:

—Es para insertarle en la primera página de mi número de mañana, joven; tiro ochenta mil ejemplares.... Victor Gaillard, director de *El Estrépito*.... ¿Cree que le convendrá á usted?

Y le arrebató el manuscrito sin escuchar al poeta que le daba las gracias, estremeciéndose de alegría al considerar que su obra había inspirado aquel capricho al más famoso bombista de la prensa, al primer reclamista de Francia y Europa, y que sus versos serían colocados ante los ojos de doscientos mil lectores.

Sí, aquello fué un éxito, y Amadeo experimentó la primera amargura desde el día siguiente, cuando entró en el café de Sevilla, adonde solía ir cada dos ó tres días, á la hora del ajenjo. Se habían publicado sus versos aquella mañana en *El Estrépito*, impresos en tipo de anuncios, precedidos de algunas líneas encomiásticas, redactadas por Víctor Gaillard á son de tambor. Desde que Amadeo entró en el café, notó que era objeto de la atención general, y los melenudos líricos le acogieron con bravos y aclamaciones; mas por cierta expresión de fisonomías, miradas de reojo y sonrisas forzadas, el impresionable joven sintió con súbita tristeza que ya le envidiaban.

—Ya se lo había advertido á usted—le dijo Pablo Sillery, llevándole á un ricón del café.—Nuestros amiguitos no están contentos, y es natural. La mayor parte de esos rimadores, preciso es confesarlo, sólo son artífices en *dublé* y tienen envidia al maestro orífice.... Sobre todo, haga usted como que no lo nota, pues no le perdonarían el haberles adivinado sus malos sentimientos.... Además es necesario ser indulgente. Usted tiene su hermosa charretera de teniente coronel, no sea duro con los pobres rancheros. Ellos, en suma, también combaten por la bandera de la poesía, y el nuestro es un regimiento de miseria. Ahora debe usted aprovechar la vena, puesto que es célebre durante veinticuatro horas.... Vea usted, hasta los políticos le miran con curiosidad, con la barba hasta el pecho; y sin embargo, el poeta en la consideración de esos austeros ciudadados no es más que un ser inferior é inútil: sólo y á duras penas admiten á Víctor Hugo, y eso porque ha escrito los *Castigos*... Es usted el hombre de moda; no pierda el tiempo. He encontrado hace un momento en el boulevard á Massif, el editor del Pasaje de los príncipes, que ha leído *El Estrépito* y le espera á usted; llévele mañana todos sus versos, con los que habrá para hacer un tomo. Massif los publicará por su cuenta y podrá darse á luz dentro de un mes. Usted no volverá á domesticar á ese animal de Gaillard, que sólo ha podido tener por usted un pasajero capricho de turco; pero no importa, conozco los versos de usted y estoy seguro del éxito. Está usted en camino. ¡Adelante pues! Decididamente soy mejor de lo que me creía, porque la buena suerte de usted me satisface.

Las palabras de este amable compañero disiparon fácilmente la impresión penosa que acababa de experimentar Amadeo. Por otra parte, hallábase en una de esas horas de embriaguez en las que no se admite que exista el mal. Se detuvo un rato con los poetas esforzándose por tratarles con mayor amistad que nunca, y les dejó, persuadido ¡niño inocente! de que les había desarmado con su modestia. Lleno de impaciencia por hacer partícipes de su satisfacción á sus amigas las señoras Gerard, subió á buen paso hasta lo alto de Montmartre y llegó á su casa á la hora de comer.

No le esperaban, y sólo tenían aquel día una sopa de hierbas y un resto del guisado de la víspera, remendado con pepinillos; pero Amadeo llevó un pastel, según costumbre, y además dos salsas que harán siempre que parezca delicioso el más lacedemonio *menú*: la dicha y la esperanza.

En la calle de San Pedro habían leído los periódicos, y estaban enterados de que el poema fué aclamado en la Gaité; y habíanle visto impreso vivito y coleando.... Estaban todas tan contentas que besaron al poeta en ambas mejillas. La mamá Gerard se acordó entonces de que aún tenía en la cueva seis botellas de añejo Chambertín, y aún cuando se hubiera interpuesto la fuerza armada, no habría conseguido impedir que la excelente mujer, tomando su llave, bajara á buscar las susodichas botellas, llenas de polvo y telarañas, para beber á la salud del triunfador. En cuanto á Luisa, no cabía en sí de gozo. En varias casas en que daba sus lecciones habían hablado delante de ella de los hermosos y admirables versos publicados por *El Estrépito*, y estaba muy orgullosa (¿lo oyen ustedes?) de pensar que el autor era amigo suyo. Pero lo que colmó la satisfacción de Amadeo, fué que María por vez primera pareció interesarse por la poesía, y lo repitió varias veces, con ciertos airecillo vanidoso, con frases como estas:

—¿Sabes, Amadeo, que es muy bonita esa batalla tuya?. . De modo que vas á ser un gran poeta, un hombre célebre...... ¡Tienes un porvenir soberbio!

¡Ah! ¡Cuán dulces y halagüeñas esperanzas llevóse el poeta aquella noche á su desván del arrabal de Santiago! Esas esperanzas que le hicieron gozar de hermosos sueños, aún perfumaban su pensamiento al siguiente día cuando la portera le subió dos cartas.

¡Todavía más felicidad! La primera contenía dos billetes de cien francos, con una misiva de Víctor Gaillard, en la que felicitaba de nuevo á Amadeo, y le pedía para el periódico algunas cuartillas de prosa: una novela, un capricho, lo que él quisiera. Bajo el otro sobre reconoció, dando un grito de alegre sorpresa, la letra de Mauricio Roger.

«Acabo de llegar á París, mi querido Amadeo, —escribía el viajero—y parece como que tu éxito me ha dado la bienvenida. Necesito abrazarte pronto y expresarte cuán dichoso soy. Ven á buscarme á las cuatro á mi cuartito de la calle de Monsieur-le-Prince. Comeremos juntos y no nos separaremos en toda la noche.»

¡Ah! ¡Cómo amaba el poeta la vida aquella mañana, hallándola tan dulce y tan buena! Vestido con su traje de fiesta, baja alegremente por la antigua calle de Santiago, embalsamada por los manojos de espárragos y los cestos de fresas de las fruteras. Llega al boulevard de San Miguel, compra una linda corbata para hacer honor á la primavera, y luego en el café de Voltaire, donde almuerza, cambia su segundo billete de cien francos para sentir en su bolsillo, con infantil placer los hermosos luises de oro, que debe á su trabajo y á su éxito. Después entra entra en el ministerio, en donde el jefe de su negociado, hombre muy corriente que canta estribillos en las grandes comidas, le felicita por su poema, dando pié á que Amadeo le pida permiso para salir á las doce con el objeto de llevar sus versos al editor.

Vedle de nuevo en la calle al claro sol de Mayo. Con aspecto de nabab toma por horas un coche abierto y se hace conducir al Pasaje de los Príncipes, á casa de Massif. El editor de los jóvenes, tan conocido por su magnífica barba negra y su inmenso cráneo calvo, sobre el cual un bromista le ha aconsejado que pegue sus carteles de anuncios; el editor de los autores audaces de libros de sensación, que ha compartido con Carlos Bazile, el poeta de los *Endemoniados*, el honor de estar preso en Santa Pelagia, hace entrar á Amadeo en su gabinete, adornado de aguas fuertes y de hermosos relieves. Al principio recibe al joven con frialdad en atención á su delgado semblante de rimador; pero el poeta le dice su nombre, Amadeo Violette, y de repente Massif le tiende la mano, con una sonrisa de satisfacción, y con ávida mirada de inteligente y experimentado.

Amadeo le entrega su manuscrito, y Massif le abre.

«Veamos.... Perfectamente.... Con los blancos y con los títulos podremos llegar á las doscientas cincuenta páginas.»

Y se hace el negocio redondo. ¡Pronto, una hoja timbrada! Massif costeará una primera edición de mil ejemplares, y si se tiran más (que sí se tiran) dará al poeta cincuenta ejemplares. Amadeo firma sin leer; sólo pide que el libro se publique inmediatamente.

—"Pierda usted cuidado, mi querido poeta, dentro de tres días recibirá las primeras pruebas y dentro de un mes nos daremos á luz.»

¿Será posible? ¿No sueña Amadeo? ¡El, el hijo del pobre Violette; él, el empleadillo de oficina, verá impreso su libro en seguida! Los lectores, esos amigos desconocidos, se conmoverán con sus emociones, y sufrirán con sus sufrimientos. Los jóvenes le amarán hallando en sus rimas un eco de sus sentimientos. Las mujeres meditarán, señalando con el dedo y repitiendo en voz baja una estrofa preferida, que las acariciará el corazón. ¡Ah! Tiene necesidad de hacer partícipe de sus emociones á un amigo verdadero.

—¡Cochero! calle de Monsieur-le-Prince.

Sube de cuatro en cuatro escalones la escalera de la casa de Mauricio. La llave está en la puerta. Entra. El viajero se encuentra allí de pié entre el desorden de las maletas abiertas.

—¡Mauricio!

—¡Amadeo!

¡Qué abrazo! Permanecen mucho tiempo con las manos enfrelazadas mirándose con una sonrisa de felicidad.

Mauricio está más seductor, más gracioso que nunca. Su belleza se ha hecho varonil y su rubio bigote resplandece sobre su fina tez. ¡Qué amable joven! ¡Cómo se regocija por el primer éxito de su amigo!

—Estoy seguro de que tu libro va á trastornar las cabezas. Siempre he dicho que eras un verdadero poeta......Ya verás.

Mauricio está también muy contento. Su madre le dispensa de acabar su carrera y le permite seguir su vocación. Va á alquilar un estudio y á pintar, según se decidió en Italia, en donde la señora de Roger fué testigo del entusiasmo de su hijo ante las obras maestras. ¡Ah! ¡Italia! ¡Italia! Y refiere su viaje enseñando á Amadeo los mil objetos que ha traído y que casi obstruyen la habitación. Da vuelta entre sus dedos á una figurita de barro que es una reducción del Antinoo del Museo de Napoles, abre una cartera llena de fotografías, la hojea al azar, y se la da á su amigo con exclamaciones de admiración retrospectiva.

—Mira: el Coliseo...Las ruinas de Poestum... Ese cuadro antiguo del Vaticano.... Ese fresco de Miguel Angel....¡Eh! ¿Qué tal? ¡Es hermoso!

Y al mirar las fotografías recuerda las impresiones que le pradujeron los originales. En aquel jardín Bobolí de Florencia había una turba de colegiales, con calzones cortos y zapatos con hebillas como los abates de otro tiempo; era verdaderamente una diablura el ver jugar al paso á aquellos sacerdotes infantiles ..... Y allí, en la *Riva dei Schiavoni*, había seguido á una veneciana....¡Oh, qué veneciana!....

—Vestida de riguroso guiñapo, ¡figúrate, querido! sin nada en la cabeza, envuelta en un chal amarillo con franjas verdes y arrastrando las chinelas sin tacón....Pero no, aunque era una hermosa ladina, me hice cuenta de que en la casucha á donde me llevó poseí en ella á todas las diosas de Giorgione y á todas las cortesanas del Ticiano.

Porque Mauricio siempre es el mismo: libertino, calavera, pero ¡bah! no lo niega y se vanagloria de ello con tal entusiasmo y con tal fuego de juventud que constituyen en él un encanto más.

Dan las siete, toma á Amadeo del brazo y atraviesan el barrio latino, contando aquél sus aventuras galantes del otro lado de los Alpes.

—¡Ah, amigo mio!—dice—allá está el verdadero país del amor; no se vive más que para esto. La última de las perdidas, cuya fotografía enseña un supuesto hermano de café en café, es capaz de perder la cabeza si le dices que es bonita y que la deseas......Palabra de honor; yo he sido seguramente amado hasta en los tugurios á donde por cuarenta sueldos me llevaba algún rufián.

Cuando Mauricio habla de estas cosas no acaba nunca, y mientras comen los dos amigos en un restaurant del boulevard San Miguel, al lado de una ventana, el viajero, excitado por el Champagne, prosigue describiendo las calurosas noches de Roma y de Florencia. Este tema de conversación era peligroso para Amadeo. No olvidemos que desde hace algún tiempo comienza á pesar su inocencia al casto poeta de guardilla, y aquella noche tiene en su bolsillo algunas monedas de oro, que resuenan con la música del placer. Mientras Mauricio, con los codos sobre la mesa, le cuenta sus proezas amorosas, Amadeo mirando á la luz del gas que acaban de encender y que alumbra con tibio resplandor el verde de las hojas de los árboles, ve pasar por la acera mujeres vestidas en traje de primavera, que se detienen delante de las terrazas de los cafés, saludando con ligeros movimientos de cabeza á los estudiantes á quienes conocen. El aire está impregnado de voluptuosidad y Amadeo (sí, Amadeo, á fe mía, ¡personas virtuosas, velad la faz!) es el primero en levantarse de la mesa, recordando á Mauricio que es jueves y hay baile en Bullier; y también es él quien añade deliberadamente:

—¿No te parece que vayamos á dar una vuelta por allí?

—Con mucho gusto—responde el vividor—Ah! ah! ¡Empezamos a desperezarnos un poco, señor Violette! Pues bien; subamos á Bullier. No me será desagradable el cerciorarme de que todavía amo á las parisienses.

Se dirigen hacia el lado del Observatorio, fumando sus cigarrillos. En la calzada, en la misma dirección que ellos, algunas victorias conducen parejas de mujeres, cuyos sombreros y trajes primaverales se destacan en la obscuridad nocturna.

A cada instante los dos amigos se codean con bandadas de estudiantes que entonan canciones populares y marchan en compactas filas.

¡He aquí Bullier! Atraviesan la resplandeciente entrada, y desde la escalera que conduce al célebre baile público, se sientan medio ahogados por un penetrante olor á polvo, gas y multitud humana, y, sin embargo, en todas las pequeñas poblaciones de Francia hay médicos con cabriolé, notarios rurales y jueces de paz y sustitutos que recuerdan aquel lugar cuando toman el fresco al aire libre bajo el firmamento estrellado, aspirando el exquisito perfume de la cosecha. Porque ese recuerdo está mezclado con algo de poesía que ellos han sentido alguna vez, con sus amoríos de estudiante, con la etapa de su juventud.

Y no obstante, Bullier es un lugar innoble: una caricatura en cartón de la Alhambra, tres ó cuatro mil cabezas dislocadas en una nube de tumulto y de humo de tabaco; y delante de la orquesta desesperada que dispara metralla de rigodones, bailarines y bailarinas que se estrujan, levantando la pierna, con rostros tranquilamente espantosos ó con locas muecas obscenas.

—¡Qué sentina!—dice Amadeo, con algo de disgusto.—Vamos al jardín.

Allí deslumbra la luz del gas. Los bosquecillos parecen decoraciones viejas, y casi se echan de menos en ellos los antiguos dragones de peto amarillo de las viejas óperas cómicas. La gruta es una imitación burda y los surtidores recuerdan á los de los tiros de pistola en los que sube y baja una cáscara de huevo.

Pero á pesar de todo, allí se respira un poco, y enmedio de aquel conjunto artificial, ¡cosa extraña! mirando á lo alto se descubren algunas estrellas naturales.

—Mozo, dos sodas—dice Mauricio, golpeando la mesa con su junquillo.

Y los dos amigos se sientan al lado de una calle de árboles, por donde pasa la multitud. Diez minutos hace que están allí cuando dos mujeres se detienen delante de ellos.

—Buenas noches, Mauricio—dice la mayor,—morena gallarda y rica en colores: verdadero tipo de criada de figón.

—¡Hola, Margarita!—exclama el joven.—¿Quiéres tomar algo? Siéntate, y que se siente también tu amiga. ¿Sabes que tu amiga es preciosa? ¿Cómo se llama?

—Rosina—contesta la aludida, casi modestamente, porque sólo tiene diez y ocho años, y á pesar de su peinado provocativo, todavía la pobre muchacha no es desvergonzada. Se comprende fácilmente que empieza su carrera.

—Pues bien, señorita Rosina, venga usted para que la veamos—dice Mauricio, haciendo sentar á la joven á su lado con ademán cariñoso.—Y tú Margarita, te autorizo para que me seas fiel una vez más en obsequio de tu vecino y mi amigo Amadeo, que esta noche padece de mal de amor como si fuera de dolor de muelas. ¡Corazón á alquilar! Aunque poeta, por casualidad tiene en su bolsillo con qué convidarte á cenar.

Como siempre y en todas partes, el egoista y amable Mauricio se queda con la parte del león; y Amadeo, prestando escasa atención á la gruesa Margarita, que le suplica que la haga un acróstico con su nombre, encuentra encantadora á la joven Rosina, á quien su elegante amigo entretiene con chistosas frases. Pero á pesar suyo, el poeta considera á Mauricio como á su superior, y encuentra muy natural que él se haya adjudicado desde luego la más bonita de las dos mujeres. No importa, Amadeo desea una noche de

placer, porque la sangre le abrasa las venas. Margarita, que acaba de quitarse los guantes para beber un vaso de jarabe, tiene las manos encarnadas, y parece tonta de capirote; sin embargo, es bella, y el poeta, con apetito de principiante, comienza también á hablar inclinándose hacia el cuello de la muchacha, que ríe á carcajadas y le mira provocatimamente.

Entonces la orquesta empieza á preludiar una polka, y Mauricio que tiene que alzar la voz para hacerse oír de su amigo, le llama varias veces por su nombre y al fin por su apellido Violette. De pronto, la jovencita, la linda Rosina, se estremece, mira al poeta, y sorprendida le dice:

—¡Cómo! ¿Se llama usted Amadeo....Amadeo Violette?

—Sí.

(Continuará.)

Páginas de la Moda

FIG. 1.—TRAJE DE CALLE MUY ELEGANTE.

FIG. 2. TRAJE DE CALLE.

RESPONSABILIDAD DE LAS MADRES DE FAMILIA.

Si examinamos con detención todas las llagas morales, encontraremos que reconoce solamente un orígen, la mala dirección que se le de al niño, la negligencia ó, mejor dicho, la diferencia con que ve la madre actual el mayor y más imponente de sus deberes: la educación de sus hijos. ¡Oh! si la mujer comprendiera toda la gravedad que encierra el título de ¡¡Madre!! y desempeñara, conciensuda y escrupulosamente sus obligaciones y deberes, cuánto ganaría la sociedad, la familia, ella misma, qué metamórfosis tan benéfica, así moral como material se operaría en todo!

No está lo difícil en obtener el título de madre por las solas leyes de nuestra naturaleza material; lo importante está en serlo según la ley divina, con todo el amor de un alma destinada á formar almas.

Además de la instrucción de la inteligencia, hay algo más importante aún que reclama toda la atención, el esmero todo de la madre: apoderarse del corazón de sus hijos, y una vez en posesión de éstos, infundir, grabar en ellos con caracteres indelebles por medio de la constancia y de esa delicada ternura de que rebosa el alma de ésta, los benéficos y saludables principios de moral y virtud, el amor de Dios y del prójimo; precioso é inestimable legado: poderosas armas para combatir los vicios y pasiones y una luz inextinguible que les dirija por el escabroso sendero de la vida.

Cuando se principia la educación de un niño, su inteligencia es nueva, su almita dormita, su memoria aún no está ocupada, se presenta virgen á los pensamientos de la madre, la naturaleza deja vacío el lugar para que ésta lo llene, y tenga presente que, lo que grabe, esto prevalecerá en toda su existencia: sus doctrinas, su ejemplo, serán su guía y ambas las que determinarán su felicidad ó su desgracia.

«EL PORVENIR DE UN HIJO ES SIEMPRE LA OBRA DE SU MADRE,» ha dicho Napoleón.

¡Cuán grave y trascendental es la responsabilidad que gravita sobre la madre!

Es muy común, por desgracia, la indiferencia con que se ve la educación de los niños desde sus primeros años; ¿á qué esperar á que sean *grandecitos* para corregirlos? Doble trabajo, por cierto; evítese el que no contraigan hábitos, porque más se dificulta la dirección. ¿Para qué hacer escabroso lo qué con suma facilidad á su debido y oportuno tiempo puede hacerse?

Importa sobremanera que toda madre se posesione íntimamente del papel tan importante que desempeña en la familia. Los hijos son el trasunto fiel de lo que son los padres; en ellos se reflejan sus virtudes y defectos; moral, educación, costumbres; todo cuanto poseen bueno y malo, pero en particular lo de la madre, en razón de estar en continuo trajo con ésta: el modelo real, positivo de donde toman su ejemplo.

¿Con qué derecho, cómo podrá corregir una mentira en su hijo, si ella ha sido la primera en enseñarlo á mentir, porque la ha oído, porque de sus mismos labios la ha escuchado? El niño, al repetir lo que ve hacer á su madre, se cree facultado para hacer lo mismo; éstos, no obstante sus cortos años, razonan, disciernen y las correcciones que se les aplica en casos semejantes las califican de injustas. ¿Por qué me castiga, se interrogan, si á mi madre la he oído que no dice verdad? Este argumento que se forma el niño es muy lógico.

De qué suma importancia es que la madre esté siempre alerta sobre sí para no dar lugar á cometer acciones que sus hijos puedan repetir, como por ejemplo: impaciencias, arrebatos de cólera, mentiras, murmuraciones, injusticias, y de todo género de faltas debe abstenerse, porque de lo contrario, ¿cómo podrá doctrinar y corregir?

A la madre y solamente á ella está encomendada la formación del corazón de sus hijos; su educación debe de comenzar desde que están en su regazo y no debe interrumpirla sino es hasta que estos cuenten trece años, esto cuando se trata de varones, para que el padre á esta edad complete la educación pero de muy distinta manera, lo cual le será más facil realizarlo por estar formado el corazón é inculcados los principios de moral y virtud.

No menos importante es la influencia que ejerce el padre en la educación de los hijos, pues si bien es cierto que á la madre le corresponde esto directamente, no por eso deja de ser de suma importancia la cooperación de éste, al cual toca modificar por medio de virtudes positivas, lo que las lecciones de la madre pudieran tener de demasiado ideal ó demasiado exaltado.

El padre, por lo general, infunde en su hogar respeto; la gravedad de su gesto y la austeridad de su semblante, saben mejor en casos difíciles hacerse respetar y obedecer al momento, su energía contrarresta con la debilidad ó demasiada ternura de la madre.

Si bien es cierto que tanto al padre como á la madre les está encomendada realizar esa grande obra de educar á sus hijos, la madre es quien reporta mayor responsabilidad; el padre carece de tiempo suficiente para dar á éstos cada día las instrucciones competentes, y á cada instante el ejemplo único capaz de guiarlos á la virtud; la mujer es exclusivamente para la familia; el hombre pertenece á la familia y al estado.

Fig. 3. Traje de tertulia.

MUJERES CELEBRES.

LUCRECIA BORGIA, REHABILITADA.

La historia tiene errores que muestran la profundidad de la frase de Fontenelle: la historia es una fábula convencional. Nuestra época parece haber tomado á pechos la tarea de reaccionar contra esas convenciones, rehabilitar á los grandes culpables del pasado, frecuentemente con éxito, y á lo que parece, con justicia. Ahora le ha tocado su turno á Lucrecia Borgia, cuyo nombre hasta hoy era sinónimo de incesto, de envenenamiento y otras lindezas. Ahora resulta de esos documentos, encontrados en estos últimos tiempos, que se ha cometido una manifiesta injusticia respecto á ella y á César Borgia, los representantes de la familia de Alejandro VI más odiados según la historia.

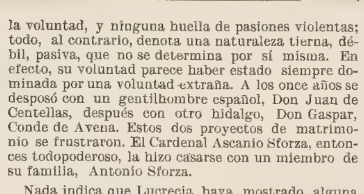
Dos autores alemanes, Alfredo de Roumont y Gregovorius emprendieron la verificación de los documentos sobre los cuales reposan esas acusaciones y esas condenaciones, y los dos, interrogando sin ponerse préviamente de acuerdo, los actos y las piezas de los archivos, llegaron á la misma conclusión: «Lucrecia Borgia —afirma de Reumont—es inocente de la mayor parte de los hechos culpables que se le han imputado.»

Gregovorius, menos absoluto en sus deseos de rehabilitación, escribe: «Si es difícil creer que Lucrecia, en medio de la corrupción de Roma y de los que la rodeaban, haya permanecido virtuosa, sería, sin embargo, injusto pretender que haya cínicamente realizado las más innobles acciones.»

Admitiendo que esos autores hayan sido llevados de esa parcialidad, á la cual es bien difícil substraerse cuando se sostiene una tesis, parece resultar, cuando menos, de sus trabajos, así como de los de Blaze de Bury, Munz, Ludwig Pastor, Herder y otros, que se encuentran pocas cosas contra Lucrecia.

Su físico, según los raros retratos que de ella se posee, no es de una criminal. Sus facciones son finas, más agradables que hermosas, con algo de virginal y de ingenuo, casi infantil.

Hay en esa fisonomía una expresión de dulzura que traiciona la indecisión de



la voluntad, y ninguna huella de pasiones violentas; todo, al contrario, denota una naturaleza tierna, débil, pasiva, que no se determina por sí misma. En efecto, su voluntad parece haber estado siempre dominada por una voluntad extraña. A los once años se desposó con un gentilhombre español, Don Juan de Centellas, después con otro hidalgo, Don Gaspar, Conde de Avena. Estos dos proyectos de matrimonio se frustraron. El Cardenal Ascanio Sforza, entonces todopoderoso, la hizo casarse con un miembro de su familia, Antonio Sforza.

Nada indica que Lucrecia haya mostrado alguna resistencia. El matrimonio se efectuó el 12 de Junio de 1493; cuatro años después, los esposos, que á lo que parece no lo eran más que de nombre, se separaron. Su segundo marido fué Alfonso de Bosceglia, del cual elogia un cronista la juventud y la belleza; murió prematuramente. Por fin, Lucrecia se casó en terceras nupcias con el Príncipe heredero de Ferrara, según el cual «las cualidades de Lucrecia eran tales, que nada había que temer, sino al contrario, todo que esperar.» En 1505 convirtióse ella en Duquesa de Ferrara; en 1519 murió á consecuencia de un alumbramiento á los 39 años, adorada de su marido y de su pueblo. Mostróse como esposa fiel y devota, al mismo tiempo que como consoladora de los desgraciados. Durante su vida dió acceso á cualquiera de los pobres que hacía un llamamiento á su asistencia; empeñó sus joyas para ayudar á los pobres. Pablo Jove asegura que renunció á la opulencia para hacer el bien. Y da como prueba la erección de una iglesia y de un convento, de su peculio. La calumnia no se desarmó, sin embargo. Se acusó á Bembo de ser su amante, mas no hay prueba alguna de esto.

¿Qué resta, pues, de las acusaciones de que se colmó á la benefactora de Ferrara?

Fig. 4.—Traje de paseo.

Fig. 5.—Traje de casa.

FIG. 6.—TRAJE ULTIMA NOVEDAD.

FIG. 7.—TRAJE DE CASA.

Nuestros Grabados.

FIG. 1.—TRAJE DE CALLE MUY ELEGANTE.

Es de cheviotte claro con tres túnicas superpuestas orladas de terciopelo en tres tiras. Gran bolero de terciopelo, con draperia de seda acordonada. Camisola cerrada de punto de seda.

FIG. 8.—TRAJE PARA BEBE DE DOS AÑOS.

FIG. 2. -TRAJE DE CALLE.

Es de sarga gris acero con gran adorno. Jacquette-Dormán, orlada de piel y cerrada con tres brandeburgos.

Falda ornada de galón de seda, con entredoses de raso plissé y orlada de piel.

FIG. 3.—TRAJE DE TERTULIA.

Es de piel de seda muy elegante, con una gran draperia de blonda vieja de Bruselas, que desciende á ambos lados de la falda y encuadra un delantal hecho cadenilla de seda en losanges.

Corpiño de surah en dos bandas cruzadas sobre el busto. Gran cuello Médicis todo drapeado.

FIG. 4.—TRAJE DE PASEO.

La espalda y las mangas son de terciopelo gris, cuadrillé de hilos blancos; una cosa muy nueva y muy elegante.

La jaquette es en paño maravilloso de la misma tinta que el terciopelo.

La basquiña, forma el mismo efecto delante y detrás. Jockeys superpuestos de muy bonito efecto.

FIG. 5.—TRAJE DE CASA.

Es de piel de seda crema, con cuerpo bolero todo drapeado de blonda antigua, sobre terciopelo.

Un hermoso fichú de muselina de seda, con tiras de raso, anudado á la izquierda, completa el atavío.

Falda orlada de blonda y raso en triángulos y ribeteada de lo mismo.

FIG. 6.—TRAJE ULTIMA NOVEDAD.

Es de paño cuadrillé, azul pálido, con gran casaca ornada de terciopelo en el cuello, en las mangas y en el talle.

Solapas cuadradas con bordado de galones.

Gran draperia triangular en el frente de la falda, bordada de hermosas guías.

FIG. 9. ADORNO PARA EL CUELLO.

FIG 7. TRAJE DE CASA.

De paño fino asargado. Falda completamente lisa, cuerpo de coselete con solapas mariposa, ceñido por un cinturón de cuero con hebilla.

FIG. 8.—TRAJE PARA BEBE DE DOS AÑOS.

Frock recto en bengalina azul plissé acordeón, con gran cuello recortado en bordado, guarnecido de volantes plissés en tafetán crema.

FIG. 9. ADORNO PARA EL CUELLO.

Es de marta. Un encaje da la vuelta al cuello, y cae detrás muy elegantemente, formando delante una bonita combinación con la piel.

FIG. 10.—PELISA DE BEBE.

Se hace en vengalina blanca ó en cachemira. Es cuerpo de peliza, está montada sobre un empiezamiento con delantero y espalda. La pelerina tallada en forma está guarnecida de un volante igualmente tallado en forma, motado por una *ruche* en cinta de satín crema.

Otro pago de $5,000 de La Mutua.

EN MEXICO.

Un timbre de $5. 00 cs. debidamente cancelado.

Recibí de "The Mutual Life Insurance of New York" la suma de ($5.000 00.) cinco mil pesos plata mexicana en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 564,363 bajo la cual y á mi favor estaba asegurado mi [illegible] esposo don [illegible] Ruiz, para la debida constancia [illegible] de beneficiaria nombrada en la póliza [illegible] el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en México, Distrito Federal, á 11 de Enero de 1899.

Firmado—*Soledad Medina vda. de Ruiz.*

Un timbre de $0. 50 cs. debidamente cancelado

Augusto Burgoa, Notario Público. —Certifico que la señora Soledad Medina, vda. de Ruiz, suscribió en mi presencia el recibo que antecede, recibiendo á su entera satisfacción la suma de cinco mil pesos, plata mexicana, que el mismo expresa. Y para constancia extiendo la presente certificación en México, á once de Enero de mil ochocientos noventa y nueve.

Firmado. *Augusto Burgoa.*—N. P.—Rúbrica.

FIG. 10.—PELISA DE BEBE.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 12 de Febrero de 1899. | Número 7

Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.

Cuadro de Ripari. ORACION Y PECADO Fot. de Luis C. Sandoval.

Director: LIC RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Hay quien hable entre nosotros del Carnaval? Bah! El Carnaval está gastado; no nos sirve ya. Como viejo traje de saltimbanco se le han caído los oropeles y se le ha podrido la seda. Nadie se atreve ahora á disfrazarse con esos harapos brillantes olvidados en un rincón del tiempo.

La humanidad no se satisface con estas remembranzas paganas, porque en ellas ha bajado hasta el fondo de los vicios y ha tornado á la vida sin secretos y llena de hastío. Ya en el Carnaval no se sueña: no hay misterios en él. Y todo placer necesita de un misterio. El sueño rodea la tierra como una atmósfera del espíritu. Desde los ángeles blancos del cielo cristiano hasta las huríes del paraíso de Mahoma, se tiende la arquería de los sueños. Lo entrevisto en la fantasía, sin contornos precisos y en un abismo de plata virgen, se impone á lo que perciben nuestros sentidos, en el bullicio de la vida real, con lineamientos marcados y tintes seguros. Los azules lívidos del crepúsculo seducen al espíritu contemplativo: hay en ellos muchas cosas desconocidas, muchas vaguedades del infinito, que despiertan ideas extrañas y emociones nuevas.

La joven casta que en la alcoba tibia, dentro de las cortinas del lecho, sueña con un pórtico de resplandores tras el abierto zafir del cielo, y en él ve la túnica de nieve de Santa Cecilia, la esbelta, la purísima, la que en la clave divina deja posar sus manos inviofadas que perpetuamente preludian el himno de los ángeles, está unida con vínculo intangible al árabe solitario que bajo la techumbre policroma y frente al amplio ventanal que corta un pedazo de azul profundo y luminoso en el cielo que se encorva sobre la franja de ópalo de una muralla de palmeras, medita delirando en el harem oriental, en las Fátimas inmortales, que aguardan á los eternos desposados con los ojos lánguidos y el beso que nunca se acaba palpitando sobre el carmesí de los labios.

La leyenda de oro y el Korán, unen su inmensa poesía mística en la tranquilidad de la noche. El incienso cristiano mezcla en las alturas del espacio sus nubes empapadas de oraciones, con las columnas de humo, impregnadas de voluptuosos deseos, de los pebeteros orientales. En el fondo de todo espíritu aletea el sueño. Y por eso, lo mismo en nuestros amores que en nuestras tristezas, buscamos á esa hermosa prometida que á cada instante nos ofrece venir: la felicidad. Y ya en el Carnaval estamos seguros de no poder ser felices.

Agotamos la locura de los goces, y todavía, con la copa exhausta en la mano, pedimos, como la ebria de Campoamor: más Rhín, Ganimedes.

E morto il Carnavale. Nuestras aspiraciones han cambiado de rumbo. Desdeñamos una costumbre, pensando que en la otra, en la flamante, en la recién inventada por nuestros caprichos, vamos á encontrar la felicidad.

¡La felicidad! El problema perpetuo, el monólogo de Hamlet recitado á todas horas por ese *yo* trágico que llevamos siempre dentro de nosotros. La Margarita de Fausto deshoja, pétalo á pétalo, una florecilla de las que Siebel puso en su ventana, para buscar la felicidad. Aquella alma buena decía: ser feliz es ser amado. Lady Macbeth, entre las sombras de una galería, pone un puñal en la mano trémula de un cobarde. Aquella ambición hecha mujer pensaba: ser feliz es ser poderoso.

Harpagón, el avaro clásico, tiende al agujero de la hucha, una mirada vidriosa, y oprimiéndose con las manos la seca entraña murmura: ¡la felicidad! ¡la riqueza! La calva cabeza de Fausto bajo el birrete doctoral, entre los *infolios* y retortas de su entenebrido gabinete, reflexiona: la felicidad es la verdad. Juan Valjean decía á Coseta: si quieres ser feliz se buena.

Y lo cierto es que todos somos descontentadizos: todos hemos sido felices. La dicha se agazapa en los rincones de nuestra vida, pero no puede ocultarse tanto que alguna vez no la sorprenda la memoria.

Sobre ese lienzo brumoso de los días que pasan, aquí y allí, hay brillos de cristal; son los instantes de felicidad, los que ha bruñido el placer, los que encendió el amor, los que la gloria rápida ó el triunfo fugitivo prendieron entre las obscuridades de la tristeza. Sumemos esos momentos; agrupemos esos átomos de tiempo, y de seguro podremos formar una lápida bastante grande para esculpir en ella la palabra felicidad.

La queja amarga no debe estar en nuestra boca como un reproche contínuo.

Hay rayos de sol en todas las lluvias del alma. En el regazo de la amada, en los ojos de la novia, en la carta del ausente, en el aplauso sincero, en el libro flamante, junto á las mujeres hermosas, frente á la copa en cuyo fondo ríe el vino delicioso, en todas partes, á todas horas, sentimos la caricia esperada de la maga buena.

Cuando llega el dolor, es cierto que despedaza y que tritura, que se detiene mucho para robarnos, que nos lleva al suplicio lentamente; pero ved, ya al extremo del camino, cómo viene, entre una nube de polvo, el heraldo de la felicidad: el olvido.

Somos ingratos con la dicha. Musset tuvo razón. Hay recuerdos meteoros que iluminan nuestra noche. ¿Que son rápidos? ¿Y qué? La existencia no dura mucho.

Ha muerto el Carnaval; pero no os asustéis, nos queda tiempo todavía para inventar otra cosa con qué soñar en ser felices.

La vida con ser tan corta, tiene este lado bueno.

* * *

La música es mujer, decía Wagner. Y esta semana hemos oído *Traviata*, una mujer envejecida y afeada por los años.

En la presente época, de grandes innovaciones artísticas, como á otros muchos de su tiempo, oímos *Traviata*, sin entusiasmo, sin arrebato, sin ardores, como cuando ya pasada la juventud se mira cruzar á la primera novia. Es la misma; solo que ella está marchita y nosotros viejos.

La primera novia nos parece divina porque tenemos quince años y no hemos visto todavía muchas mujeres. Y nos enamoramos loca y cándidamente de la muchacha que nos vió sonriendo, tal como vió Coseta á Mario. En general, no es bonita la primera novia, pero en adelante en el transcurso de los años, no podemos menos de recordarla con encanto.

Y la primera novia es la primera poesía que leemos y que despertó bruscamente nuestra fantasía; es la primera música que escuchamos y que nos llenó los ojos de lágrimas; es la primera pintura que vivamente impresionó nuestra retina, es en fin, la primera emoción estética, que, como una ráfaga inesperada nos abrió las alas del espíritu.

«Sonámbula» «Lucía» «Traviata» son nuestras primeras novias.

Ya están encorvadas y algo secas y llevan trajes de corte antiguo. Eran doncellas y ya parecen dueñas. Mas los que las amamos, cerramos los párpados ante la realidad y las vemos como el opiado de Edgard Pöe, abrir los grandes, los negros, los extraños ojos de Lady, de Lady Ligeia!....

* * *

El Mundo publica hoy una exquisita comedia francesa, cuya deliciosa lectura, deja una impresión dolorosa y tierna á la vez. Es la obra de un delicado artista. Está hecha á la Dumas con el estilo limpio de aquel filósofo que aparentemente era un dramaturgo, llevaba á la vida convencional del teatro, un fragmento de realidades entrevistas; pero que en el fondo no fué otra cosa que un moralista, una especie de sacerdote de sus propias doctrinas que dramatizaba y dialogaba sus prédicas.

Léala usted, señorita, es una obra sinceramente sentida que aunque trata de un problema social, no planteado aún por nuestras leyes, conmueve porque es el poema de una madre que sufre.

Y convendrá usted conmigo, señorita, en que una mujer que sufre es siempre interesante....

Luis G. Urbina

Política General.

RESUMEN.—La cuestion de Filipinas. Ruptura de hostilidades entre americanos y tagalos.—El porvenir del Archipielago. Inutil resistencia.—Lo que esperaban los insurrectos.—Independencia aplazada. Los dolores de la civilizacion.—El aguila de Washigton.—Conclusion.

Con profunda y dolorosa impresión se ha sabido en el mundo civilizado, que las hostilidades se han roto entre americanos y filipinos. Hace ya días, desde que se supo entre las huestes de Aguinaldo y los insurrectos de las Vizayas que en el tratado de paz firmado en París se estipulaba la cesión de todo el Archipiélago Filipino al gobierno americano; desde que se comprendió que los Estados Unidos estaban resueltos á clavar su bandera sobre las islas que descubrió Magallanes, los insurrectos, que se habían acostumbrado á esperar su absoluta independencia é intentado organizar un gobierno propio, decidieron resistir por medio de la fuerza, y oponerse de una manera tenaz, ruda y sostenida á la implantación de un gobierno que no emanara de la soberana voluntad de los jefes y cabecillas directores del movimiento insurreccional.

Frente á frente permanecieron con el arma al brazo los ejércitos enemigos: por un lado, los regimientos de Ottis atrincherados en Manila y apoyados por poderosa escuadra; por otro, las tribus tagalas acaudilladas por Aguinaldo, amenazando á cada momento romper el fuego sobre las líneas americanas. Por una parte, la expedición del general Miller frente al puerto de Ilo-Ilo, sin atreverse á desembarcar por temor de un rompimiento, y de la otra, las bandas de vizayas apoyando el llamado gobierno de aquella isla.

Sin haberse observado un cambio material en las relaciones tirantes de los enemigos, sin haber mediado provocación manifiesta por parte de los americanos, un incidente de poca importancia ha arrojado la chispa sobre aquel montón de combustible, y hoy es el campo filipino una gran conflagración donde se ve, á los resplandores del incendio, el estéril esfuerzo de un pueblo primitivo que lucha, iluso, por una soñada independencia; y á un pueblo fuerte y vigoroso que se derrama sobre territorios desconocidos para implantar á sangre y fuego los gérmenes de una civilización vivaz y engendrar, entre dolores y sacudimientos genésicos, una nación libre y soberana.

* * *

Triste es contemplar esa lucha dantesca! Doloroso es ver que el camino del progreso está regado de lágrimas y sangre! Apena el ánimo comprender que los pasos que da la humanidad en su mejoramiento y desarrollo, dejan siempre la marca de luto y exterminio! La obra civilizadora del hombre no cuenta ni para mientes en esas convulsiones. Fría, serena, imperturbable, como instrumento del destino, se desenvuelve magestuosa, haciendo brotar flores, derramando sazonados frutos donde pueden encontrarse dejos amargos de experiencia.

Cediendo á sus intereses materiales, procontinuando su tarea humanitaria de crear pueblos nuevos á la vida de la libertad, la Unión Americana no ha podido retroceder en su política de expansión. Contribuye primero á libertar á Cuba del dominio español, y en su empresa compromete una guerra que le ha sido favorable. Pide primero la cesión de Puerto Rico que incorpora á los territorios federales, y cuando los habitantes se hayan asimilado á los americanos, se organizará bajo un gobierno liberal y habrá de brillar como una estrella en la constelación americana.

Mira después que el archipiélago magallánico es presa que codician las potencias europeas, que hacia él vuelven ávidos sus ojos como una gran conquista en el conflicto del Extremo Oriente; comprende que esa cadena de ricas islas y peñas volcánicas, formarán una base de porvenir y de grandeza, cuando las murallas seculares de China caigan desmoronadas al golpe de la piqueta civilizadora, y comience la hora del repartimiento. Y como sus victorias en Manila y Santiago de Cuba le proporcionaron las prerrogativas del vencedor, impuso al vencido la cesión de esos territorios antes de que cayeran en poder de extrañas manos. Allí había por desgracia gérmenes de independencia, sueños informes de libertad, y el espíritu separatista había empujado á los tagalos á contienda violenta con sus dominadores. La llegada de Dewey y de Merritt á las aguas de Manila fué considerada como favorable á la causa filipina, y los jefes americanos fueron recibidos como libertadores. Pronto se convencieron los aguerridos insurrectos del error en que habían vivido. De lo que no se dan cuenta todavía, lo que no quieren comprender es que los Estados Unidos al tomarlos bajo su amparo y protección, sólo les cercenan temporalmente su anhelada independencia; que sometidos dócilmente al gobierno americano, podrían educarse para la vida de los pueblos autonómicos y prepararse de un modo eficaz al ejercicio de la soberanía.

Y como no lo comprendieron, como cerraron los oídos á las proclamas de McKinley y apartaron los ojos de esa política superior, no viendo más que proyectos de conquista; como se sintieron alucinados por arrebatos de santo patriotismo y quisieron hallar á todo trance la independencia á que se juzgan acreedores, rompieron contra las líneas americanas y han visto otra vez empapado el suelo filipino con la onda roja de la sangre de sus hijos.

* * *

No han sido favorables á la causa tagala los primeros combates; la resistencia, aunque sea muy costosa para el gobierno americano, cederá al fin ante la fuerza. Si no bastan los millares de hombres de que dispone el general en jefe para domar todas las bravuras, para vencer todas las resistencias, para arrollar todos los obstáculos, irán nuevas expediciones, se mandarán nuevos contingentes, y en el llano, en la selva, en la montaña, con grandes sacrificios, con series dificultades, pero siempre adelante y en virtud de su superioridad, el gobierno americano hará que prevalezca su voluntad sobre los insurrectos.

Ya se ha visto la actitud del Senado, que no se manifesfaba muy dispuesto á aceptar la cesión de Filipinas estipulada en el tratado de París. Se oyeron los primeros disparos, se derramó la sangre de soldados americanos que defendían las fortificaciones de Manila, y

callaron las voces antiexpansionistas, que por largo tiempo habían detenido la aprobación del tratado, se sujetó á votación y la mayoría decidió en favor de la política de McKinley.

Cualesquiera que sean las resistencias de los filipinos, tendrán que caer ante el poder incontrastable de la fuerza, y el águila de Washington extenderá sus alas sobre todo el territorio para incubar al calor de su seno un pueblo nuevo que ha de nacer á la vida de la libertad.

Febrero 10 de 1899.

X. X. X.

Ernesto Peña Idiáquez

FRAGMENTOS

DE UN LIBRO DE VIAJE.

II

DE BERLIN A LA FRONTERA RUSA.

El Ferrocarril, el vehículo alado que transporta al viajero con celeridad enorme, ha cambiado radicalmente las circunstancias de un viaje, transformando las fatigas en comodidades, las impresiones en lasitud monótona, y las aventuras y episodios en accidentes verdaderamente pueriles. Que se pudo hallar lugar, que éste fué más ó menos cómodo, que nos tocaron en suerte compañeros amables ó huraños, que el tren se retardó ó que caminó con la precisión de un cronómetro, que el *buffet* estuvo bien servido, que se pudo dormir ó que no fué posible cerrar los ojos.

He aquí casi agotada la enumeración de los mezquinos episodios que componen un viaje á la moderna á todo vapor; por lo que al mío toca, diré: que el tren á que subí se componía de wagones al incómodo estilo francés de compartimentos, que el compartimento que me tocó, conteniendo ocho lugares, estaba completamente lleno, es decir, que los pasajeros éramos ocho, seis médicos mexicanos y dos médicos alemanes, amables, obsequiosos, que hablaban bastante bien francés, y con los cuales trabamos conversación, habiándoles nosotros de nuestra patria, y causándoles, no poca sorpresa, pues tenían á México por un país casi enteramente analfabeta, lo cual, si por cortesía no lo expresaban con palabras, lo dejaba bien comprender el aire de sorpresa de su semblante y sus miradas atónitas. Ellos nos hablaban de sus grandes universidades, la de Berlín, la de Leipsick, de sus magníficos hospitales, de sus sapientísimos profesores: del ilustre Helhmolts, tan modesto como sabio, del afamado Virchow, de cuyos labios autorizadísimos, oiríamos en Moscow un discurso.

Monótono en demasía fuera un viaje así, y de mayor monotonía aún su relato, si no fuese por la opulencia y poderío de la nación cuyo suelo atravesábamos entonces, y por los grandes recuerdos históricos de todo género, que aquellos lugares evocan, y que afluyen á la mente del viajero, como bandada de gozosas y parloteadoras aves. Vengan á mí los recuerdos que esa noche ahuyentaron el sueño muy lejos de mi cerebro, y ayúdenme á hacer este relato con menos fatiga para los que me lean.

Ibamos á correr en casi toda su anchura la Prusia poderosa, alma y núcleo del nuevo imperio germánico, mucho más fuerte, mucho más bien consolidado, mucho más osado y emprendedor que el Sacro Romano Imperio, constituido conforme á la Bula de Oro, y que fué regido varios siglos por emperadores de la casa de Hapsburg. La Prusia, vencedora de Francia no ha mucho, vencedora poco antes de Austria y de Dinamarca, empuña con la férrea mano de sus monarcas, un cetro más pesado que la clava de Hércules, y cortante como la espada de Alejandro. ¿Sobre qué territorio se asienta esta nación gigante? ¿Qué serie de acontecimientos han producido su auge explendoroso? Digámoslo brevemente.

Diez y seis meridianos y ocho paralelos cubren el vasto territorio prusiano. Su suelo forma una llanura inmensa, baja y de muy poca pendiente, que se continúa al O. con la de los Países Bajos, y al E. con el inmenso llano ruso; las montañas metálicas, Erz-Gebirge, y la de los Gigantes, Riesen Gebirge, limitan esta llanura por el lado del mediodía, separándola de la Bohemia, el pintoresco país de los Tcheques, mientras que el Báltico la cierra por el Norte. En sus playas se recoge el sucino ó ámbar amarillo, resina fósil ya conocida por los griegos, que la llamaban *electron*, de donde se deriva el nombre de electricidad, porque aquellos padres de la ciencia y del arte, frotando el ámbar, descubrieron que adquiría la curiosa propiedad de atraer á los cuerpecitos ligeros, lo que fué la primera manifestación conocida de esa poderosa energía eléctrica que ha realizado tantas maravillas, y que mayores realizará aún.

Tres enormes ríos, arrastran pesada y lentamente el grande caudal de sus aguas por la gran llanura prusiana: el Elba que va á desembocar al Mar del Norte, el Oder y Vístula destinados al Báltico, y que reciben por su derecha y por su izquierda numerosos afluentes; lagos y pantanos en no pequeño número humedecen la faz de ese gran llano, cubierto á trechos de pobladas selvas, de corpulentos árboles, descubierto en otros, y formando, ya campos donde á costa de mil labores crecen las cereales, ya vastas praderas donde apacientan, prosperando, innúmeros rebaños.

Hacia el siglo V, época de las grandes invasiones, la actual Prusia, ocupada por los Suevos, se vió invadida por los Vendos, tribu de la inmensa raza eslava, que desalojó á los primeros. La poderosa diestra de Carlo Magno subyugó á los Vendos; mas apenas el grande emperador fué á dormir el sueño eterno á Aquisgran, los Vendos recobraron su independencia y Enrique el Pajarero se vió obligado, para reducirlos á la obediencia, á instituir en aquella llanura árida, el margraviato de Brandeburgo, que en el siglo XII, el emperador Lotario II hizo hereditario en la persona de Alberto el Oso, conde de Ascania. La bula de oro promulgada en 1356 por Carlos IV, emperador de la casa de Luxemburgo, erigió el margraviato en electorado, y Segismundo, el último emperador de esta casa, vendió el margraviato á Federico VI de Hohenzollern. Entonces, por primera vez en la historia, aparece con un papel importante esta dinastía famosa á la que pertenece Guillermo, el actual emperador alemán.

Esta familia es originaria del mediodía de Alemania, y su genealogía auténtica y bien comprobada sube hasta el siglo XII. El viajero puede todavía admirar la casa solariega de la familia, el castillo de Hohenzollern, mansión feudal restaurada cuidadosamente y conservada con cariño por la casa reinante. Se levanta como nido de águilas en lo alto de la montaña de Zollern, entre el reino de Guttemberg y el gran ducado de Baden á la entrada de la Selva negra, á poca distancia del Danubio y del Rhin. Esta montaña pertenece á los Alpes de Suabia, y marca la línea de división entre las aguas, que con el Rhín van al mar del Norte, y las que con el Danubio se dirigen al mar Negro en la vasta cuenca mediterránea.

La casa de Hohenzollern formada de una serie de príncipes económicos, previsores y ansiosos de engrandecimiento, se elevó desde la modesta categoría de condes de Hohenzollern, hasta el altísimo puesto de emperadores de Alemania; adquirió sucesivamente el margraviato de Nurenberg, el condado de Prusia el margraviato de Brandeburgo, el gran Maestrazgo de la órden teutónica, y en el primer año del siglo pasado, el emperador Leopoldo de Austria confirió el título de rey de Prusia á Federico I, hasta entonces Federico III de Brandeburgo.

El nieto de este primer rey de Prusia, fué Federico II, á quien la historia conoce con el nombre de Grande, el cual fué el mayor genio militar de mediados del siglo pasado; despojó á Austria de la rica provincia de Silesia, y en Rosbach consolidó su poder y la grandeza futura de Prusia, elevada á la categoría de potencia de primer órden.

En vano la humilló Napoleón I en Jena y en Auerstadt, renació de sus ruinas, y el 18 de Enero de 1871 en la galería de los Espejos de Versalles, se constituyó en la persona de Guillermo el Viejo, la nueva dignidad imperial que ve Francia con el recelo y el dolor del patriotismo herido.

PORFIRIO PARRA.

SR. LIC. D. JOSE MARIA GAMBOA.
Nombrado Sub secretario de Relaciones.

El Sr. Lic. D. José María Gamboa,

SUB-SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Para remplazar al Sr. Lic. Azpíroz, nombrado Embajador de México en Washington, ocupa el puesto de Sub-Secretario de Relaciones Exteriores, el Sr. Lic. D. José María Gamboa, cuyo retrato aparece hoy en las páginas de nuestro semanario.

El Sr. Lic. Gamboa se ha distinguido como abogado por sus trabajos jurídicos inspirados en sólida doctrina, y como parlamentario, su voz es en la Cámara Popular una de las más autorizadas y respetables.

El Sr. Gamboa une á su talento analítico de gran fuerza, amplios y firmes conocimientos del Derecho Público cuyas diversas materias ha tratado en luminosos escritos altamente apreciados por los especialistas.

Oración y Pecado.

CUADRO DE RIPARI.

Vagando la dulce reclusa por las callejas del jardín, su mano ha cortado distraídamente unas flores cuyo aroma aspiró la virgen en un instante de contemplación.

Un instante no menos corto que preñado de sensaciones exquisitas y misteriosas, las cuales han suspendido los labios que modulaban el rezo y hecho quebrantar el límite señalado al pensamiento.

¡Hacia qué horizontes vedados ha ido empero la imaginación en ese momento de olvido! ¡Sobre qué océanos ha flotado mientras tanto la barca de esa existencia consagrada á la abstracción! La monja ha sentido penetrar hasta su corazón, con el perfume de la flor recién cortada, un hálito desconocido que la obligó á detener el paso y olvidar la oración que principiaba. Entonces, han surgido en tropel, acelerados como una parvada de gorriones á quienes se diera libertad, mil pesamientos, que agitándose confusamente te golpean en lo interior de su cárcel, demandando vida.

Tomó el velo un día, diciendo: «Mi mayor felicidad será el vivir lejos del mundo y rezar por los malos, y encontraré paz y tranquilidad elevando á Dios mis preces; allí está todo lo que anhelo, allí los ángeles serán mi escudo contra el mal espíritu....»

El claustro la recibió en su seno frío como una sepultura; el mundo la olvidó pronto, y ella, abrazada á los piés del crucifijo, juró una y mil veces consagrarse en cuerpo y alma á Dios.

Cuando la noche descendía sobre el convento, obscureciendo las molduras del templo gótico y transformando la torre en un gigante que explorara el horizonte; á la hora en que los buhos graznaban fatídicamente, la monja salía de su celda, recorría silenciosa los corredores, llevando el rosario en la diestra y una luz en la siniestra, y penetraba al fin bajo las naves sonoras, pobladas de espectros. De lejos, en aquella profunda obscuridad, la lámpara semejaba un alma en pena que purgara sus faltas sin sosiego. Cesaba de oscilar la luz y una fantasma blanca y vaporosa, adelantábase hasta el madero en el cual el Cristo exangüe y luminoso inclinaba la frente coronada, y doblando las rodillas, la novicia desgranaba el collar de su plática con el Salvador.

Ante las tapias del aislado monasterio se velaba la luna, y el espíritu de la media noche balanceaba doce veces la campana del campanario, que esparcía en el aire sus doce sonoras vibraciones. Ella entonces incorporábase trabajosamente, después de santiguarse, tomaba la vacilante lámpara y tornaba á recorrer los corredores hasta perderse bajo la puerta de su celda.

De día, una pálida, alucinada, víctima de contínuo delirio, vagaba sobre la arena del jardín, repitiendo constantemente una oración nunca olvidada.

Su mano, cierta vez, ha cortado una flor, y el aroma de ésta la ha embriagado, haciéndola sucumbir por un momento.

Pero la mano se ha abierto bajo la sensación del espanto y la flor ha caído á los piés de la religiosa. La flor era una rosa roja y perfumada, frágil flor agonizante apenas nacida; la monja era blanca y más frágil que la flor. Y en su alma, tranquilizada ya por la voluntad, el remordimiento, ha extendido su ala negra, soplando un viento helado que la hace temblar.

Mas enmedio de este estupor, la religiosa escucha una frase que acaricia sus oídos y la devuelve poco á poco la paz perdida, dulces palabras de perdón que descienden hasta ella como un rocío de bienandanza; una voz que la dice:

«Suora, odorar un fior sai ch'é peccato
E piú se obliar fa la pregiera......
Ma la madre d'amor non é severa
leggendo nell'tui cor ti ha perdonato.

La luz del día esparce tonos mil en derredor de la monja pensativa, que al escuchar las palabras siente renacer poco á poco la confianza, y su corazón atribulado palpita nuevamente á compás, gustando la alegría del perdón por la falta cometida......

Esta tela que en su viaje á Italia adquirió el señor ingeniero Salvador Echagaray y ha exhibido más tarde en la XXIII Exposición Nacional de Bellas Artes, es de una factura firme y vigorosa, sin ser pesada, y la poética idea de los versos que se leen al pié del cuadro, fué brillantemente explotada por el señor Ripari.

Las hermanas de la Caridad

CUADRO DE JOAQUIN AGRASOT.

La escena ha sido tomada en un hospital á la hora del reparto de los alimentos; las *hermanas*, cubierta la cabeza por el gorro blanco, van de un lugar á otro prodigando infatigables sus cuidados y desvelos.

Es una ternísima idea la que ha inspirado al autor de este cuadro y su concepción ha sido acertada, aunque al ponerla en práctica Agrasot haya dejado pasar inadvertidos ciertos detalles que no ayudan mucho por cierto á la buena impresión que produce el conjunto.

La hermana que sostiene al niño en sus brazos es una figura sugestiva en la cual hubiéramos querido que el pintor concentrara un poco más su cuidado, por ser el detalle que más salta á la vista y atrae desde luego la mirada del visitante.

TRISTE PLEGARIA. *Cuadro de Otón Goldmann.*

Ha tomado ella al niño, y le mece y le contempla cariñosamente dejando acaso aletear en tanto la imaginación que va muy lejos, más allá de las tapias del Hospital, más allá de la ciudad, tal vez retrogradando á otros años, y experimentando la agitación de un sentimiento desconocido, de un instinto que no muere á pesar de la voluntad y es un lazo con la humanidad á la cual la monja ha negado por una parte su existencia para consagrarla de manera distinta y toda entera, sacrificando placeres y descansos, á esa misma humanidad á quien no pide en cambio más que una oportunidad de servirle mientras viva, y un palmo de tierra y una cruz después de la muerte.

Los niños son para la *hermana* el lazo que la une con el mundo; en ellos ha cifrado toda su felicidad y para ellos vive antes que para sí misma, de tal modo, que su sueño por la noche es ligero si el niño duerme, y vuela rápido de sus ojos al menor movimiento del parvulillo.

TRISTE PLEGARIA

Cuadro de Otón Goldmann

¡Cuán hondamente sentida la figura de esta pobre anciana á quien la muerte acaba de arrebatar á un ser querido cuyo cuerpo exánime junto á ella yace y para el cual teje modesta corona, última muestra de su cariño inmenso! Con las manos cruzadas, eleva su pensamiento á Dios, y de su corazón, no de sus labios, brota triste plegaria.

Cuadro de Joaquín Agrasot. LAS HERMANAS DE LA CARIDAD. *Fot. de Luis C. Sandoval.*

LOS NUEVOS PLACERES
DEL LAGO ATLIN.

El drama de los descubrimientos de oro en Alaska y en las regiones apartadas del Canadá, tiene muchos actos. Apenas se había calmado un poco el *excitement* en Klordike cuando aparece más intensamente en otros lugares.

Los mineros que volvían de Dawson City á fines del año pasado, tuvieron noticia en su camino del descubrimiento de un nuevo Eldorado. Como el lago Atlin no se desviaba mucho del camino que llevaban, algunos de ellos se dirigieron hacia allá antes de embarcarse en Shagway. A lo largo de la ruta veían huellas de campamentos y toda ella al parecer había sido recorrida ya por una multitud de «prospectors:» por último, á orillas del lago encontraron un verdadero pueblo, una ciudad naciente Tacou City y en la ribera opuesta, una gran carretera los llevó de East Atlín á Atlin City, á orillas de Pine Creek, situada en el lugar mismo de los principales descubrimientos que datan de Marzo de 1898.

En menos de seis meses habían nacido algunas ciudades nuevas y en tan corto espacio tomaron más que regulares proporciones habitándolas algunas millares de mineros. Por no dejar hasta mujeres había ya en aquellas regiones apartadas; eran seis, cuatro casadas y dos... no casadas aún.

El lago Atlin, que da su nombre al nuevo distrito aurífero, está situado en la Colombia británica, al sud este del lago Tagish y á 180 kilómetros de Shagway. Su longitud es de 125 kilómetros y lo alimentan algunas corrientes fluviales que ya han sido exploradas encontrándose en ellas cierta riqueza aurífera.

La región á que nos referimos fué visitada el año de 1890 por Jorge Miller y Alberto Triblets, mineros de Juneau. El río donde se hizo el último descubrimiento se llama actualmente Pine Creek (arroyo del Pino), y era conocido antes con el nombre de «4 de Julio,» en recuerdo de la fecha en que se descubrió el oro, aunque en pequeña cantidad.

Federico Miller, hermano de Jorge, es el propietario del «Claim» de exploración (derecho), cuya fecha

Los placeres de oro de Pine Creek.

Los principales arroyos que tienen oro en cierta cantidad son: Pine Creek, Spruce, Otto, Wright, Birch, Boulder y Villow. Conviene decir, que siendo muy escasos los clavos y útiles, pocos «claims» fueron trabajados sériamente durante la última temporada.

Las regiones del oro.—La Bahia del Norte.

es de Marzo de 1898. Acompañado por MacLaven volvió luego á Juneau y el 5 de Junio ya había regresado al «Claim» trayendo consigo varias personas.

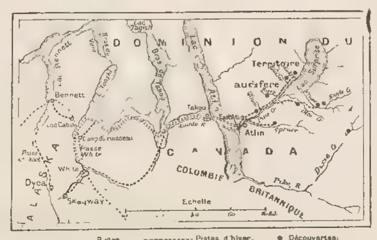
El 8 de Julio se hizo el primer lavado, obteniéndose en ocho horas de trabajo más de 7,000 francos de oro. Durante esa estación el producto del «Claim» fué de 3 á 5,000 francos cada cuatro días.

No tardaron en llegar los «prospectors.» El «prospector» es un tipo conocidísimo en los Estados Unidos y el Canadá: vaga por las montañas, á caballo ó en burro, con un pico al hombro; casi siempre, es un pobre diablo con la cabeza llena de ilusiones, esto es, de enormes pepitas ó montones de polvo de oro.

Algunos de ellos se ponen en camino sin más recursos que un saco de sal pimienta. Una buena carabina les basta para proveer á su subsistencia por medio de la caza, mientras llega el momento, no muy remoto, si son perseverantes y hábiles, de contar su fortuna por millones.

Siguiendo las huellas de Miller, llegó una nube de «prospectors» y á poco todo el trayecto del Pine Creek estaba ya explorado. Dirigiéronse entonces á explorar sus afluentes, las riberas del lago Surprise y los arroyos que lo alimentan. Todos los descubrimientos eran de importancia y el mes de Septiembre había ya registrados ochocientos «claims» ante el Comisario. Hasta hoy sólo Miller y el sargento Davis han hecho su fortuna efectivamente; los demás viven de esperanzas ó especulan con la compra y venta de lotes.

El Sargento Davis, de la policía montada, es el Laduc de Atlin City. Como Laduc en Dawson City el año de 1896 fué uno de los primeros que llegó, apresurándose á tomar posesión por su propia cuenta de una gran extensión de terreno en el lugar que le pareció más adecuado para la fundación ó desarrollo de una ciudad. Pocos son los soldados que hubieran tenido esa idea genial. A fines de Septiembre los lotes de 30 por 10 metros valían ya hasta 1,500 francos; el sargento Davis había hecho su fortuna!



La situación de Atlin City á orillas del Pine Creek es de las más pintorescas; el río tiene una anchura de 130 metros próximamente. En las riberas la capa de roca que contiene la tierra aurífera, se halla á una profundidad media de uno ó dos metros. La explotación es fácil en la estación estival y probablemente algunos placeres de esa región poco distante de centros casi civilizados como Chagway y Juneau, se explotarán con el auxilio de máquinas hidráulicas.

La madera que abunda en las cercanías proporcionará el combustible necesario para los motores de vapor y puede preverse ya la explotación de los yacimientos hulleros que se han reconocido con ese mismo objeto.

En el lago Atlin la extracción hidráulica podrá efectuarse sólo en estío, cuando abunda el agua en los arroyos. Durante ese período de tres meses y medio podrá trabajarse noche y día, y como en esas regiones la noche estival difiere poco del día, tres meses y medio equivaldrán á siete de trabajo efectivo.

El descubrimiento de los placeres del lago Atlin pondrá en conmoción las falanjes poderosísimas de los «prospectors» americanos y canadenses que se lanzarán á las soledades más inextricables de la Colombia británica, del territorio nor oeste del Canadá y de Alaska hasta la desembocadura del Yukon. Klondike, Altín serán dos insentivos para el «prospector» de 1899 que como sus afortunados antecesores buscará nuevas maravillas en esos países prodigiosos.

La Poesía de la Historia.

COLON.

Colón pertenece al pequeño grupo grandioso: los héroes del género humano; los excelsos representantes de la especie. Nació en Italia: la marina española lo cuenta entre sus Almirantes; pero ni Italia ni España pretenden ni podrían tenerle por gloria nacional: su sombra no cabe el las dos naciones reunidas.

No es, por otra parte, un marino, ni un soldado, ni un gobernante ilustre, ni siquiera un sabio. Colón no es el hombre que por el camino de las pequeñas investigaciones, tras largas veladas, después de cansarse la vista observando, y la inteligencia analizando el resultado de sus observaciones, llegan al fin de sus anhelos, á la tierra de promisión de las soluciones felices; es del corto número de los grandes iluminados. Ciencia no le faltaba, perseverancia, obstinación, voluntad firme, ya las mostrará más adelante cuando llegue la ejecución de su empeño: lo primero que muestra es la intuición pasmosa, el sentido como di-

50 000 PERSONAS PRESENCIANDO LA BOTADURA DEL «OCEANIC» EN BELFAST.

vinatorio y la fe sublime del genio; con la luz que alumbra su pensamiento tratará de alumbrar la ignorancia y las preocupaciones que ¡oh, prodigio! intenta poner al servicio de su convicción; con su fe invencible producirá el contagio de su idea y de su esperanza en pechos y en entendimientos que no estaban llamados á albergarlas. Es una de las grandes tristezas de la Historia; se oprime el corazón; nos sentimos acongojados y llorosos al ver marchar con el recuerdo, al grande hombre ¡poderoso mendigo! de Corte en Corte, de tierra en tierra, por el Continente Europeo, tendiendo la mano para pedir el oro de su empresa, cuando lleva en su idea, en su intuición, en los pliegues de su voluntad, algo que sobrepuja los tesoros de «Las Mil y una noches:» la realización del cuento de hadas más prodigioso que concibió la humana fantasía. Con melancólica mirada seguimos al peregrino sudoroso y fatigado, con agonía lo vemos luchando con esa forma de la ignorancia que se llama ciencia oficial, que por sus macizos soportes y soberbia satánica, es la ignorancia más obscura y la más difícil de vencer, pero con gozo inefable vemos también, de súbito levantarse junto á la figura del genio próximo á la derrota, otra figura, otra personalidad, destinada á compartir con él la inmortalidad de hechicera y semi trágica ficcion poética, que ya con sus peripecias nos desgarraba el pecho, vemos asomar el momento de oro en que una gran reina sale, como por providencial acaso, al encuentro del genio, cercano ya al abatimiento: ese momento es un momento de júbilo para el género humano, es la reversión de una de las pavorosas catástrofes que se han conjurado en la Historia, y nosotros todos—¿cómo no hemos de decirlo con orgullo?—pero principalmente toda mujer de nuestra raza, al recordar á Colón peregrino y errante, tiene que sentir en las sienes la frescura del laurel olímpico que ciñe para siempre la memoria de la magnánima Isabel.

Ella hizo que el ensueño de aquel visionario fuera una realidad. Ella hizo que pudiera intentarse aquella aventura inaudita que da á pensar, á un tiempo, en las proezas legendarias del Cid y en las quiméricas empresas de Don Quijote. Sólo que esta vez el león no se conformaba con volver las grupas al héroe: el combate iba á verificarse; el Océano espumoso ignoto, inmenso, armado con sus oleajes, con sus abismos, con sus corrientes y sus vientos desconocidos, iba á tener de veras bajo sus garras y entre sus fauces al paladín sin miedo. Por el mar conocido, planificado, detallado, á la manera de un camino público, con los recursos de que la ciencia dispone hoy contra los asaltos de la ola y el viento, el viaje triunfal de las tres carabelas simbólicas que vinieron á América para solemnizar la memoria augusta del primer viaje, y que no pudieron ser idénticas en lo frágil, en lo desarmado, en lo humilde, á las tres de entonces, con todo esto, digo, el viaje de ahora no dejó de verificarse con precauciones, con medidas de protección, con el amparo de otras embarcaciones capaces de protegerlas en el caso de algún incidente. La gallardía del primer viaje apenas puede repetirse con la imaginación, y no sin que sufra vértigos la misma fantasía. Pensad los que me leeis en aquella salida de Palos de Moguer, y decidme si hubo jamás en los sueños de la poesía, en las exageraciones de la leyenda, en las ficciones mitológicas algo que supere al grupo de insensatos que van así á meterse en los senos de la aventura casi inconcebible. Si mañana, por caso no previsto, un sabio que reuniera, concentrara, é hiciera dar nuevo y gigantesco paso á toda la sabiduría actual del mundo, propusiera un viaje por las regiones del espacio á otro planeta de nuestro sistema, á Marte ó á Saturno, y si en la endeble barquilla del aereóstato para la navegación temeraria encontrase compañeros, y si estos compañeros fueran hombres que participaran de su audacia, pero que no pudieran participar de la intuición de su genio, ni de las confianzas de su ciencia, todavía ese viaje increible y maravilloso, tendría un término conocido, una marcha á través de un medio menos misterioso hoy que lo era en el siglo XV el Océano Atlántico: todavía habría menos solemnidad en la despedida, menos grandeza épica en la resolución, carácter menos sublime en el intento, que en aquella arrancada de Palos de Moguer de las tres caravelas inolvidables que van,—palomas de ala sedosa y breve,—á tentar el vuelo que para los alciones es locura. Ya parten, ya se inflan sus velas, ya se alejan, ya apenas se divisan, ya se pierden de vista. ¡Cómo debió brotar entonces de las playas de España creyente é idealista, como debió surgir de aquellas arenas, en que quedaron las madres y las prometidas, el himno sonoro, uno de los más grandiosos que han llenado el espacio: que Dios las acompañe!

Por eso, bien podemos decirlo, aunque sin la pretensión ridícula de monopolizarlo: Colón es una gloria nuestra. En un momento crítico de la Historia, nuestra raza y él se comprendieron y se adoptaron mutuamente ¡Adopción inolvidable que ha dilatado el planeta! El tenía, al menos, ya lo dije antes, la fe de su genio: una claridad privilegiada, á la manera de un ángel que llevase una estrella en la mano, marchaba delante de su pensamiento, disipando las tinieblas del abismo; pero aquellos marineros que lo seguían, tan sencillos, tan inespertos, digámoslo en honor suyo, tan ignorantes,—esos tuvieron la fe que le faltó á Pedro para caminar detrás del Redentor. El Océano sin límites; después, al llegar, la selva semejante al Océano; aquellos ríos como mares, aquella raza extraña, aquellos precipicios, aquellos volcanes,—nada los arredró, colocando sobre la erguida cumbre de los Andes la bandera de España y partiendo con ella como en dos mitades, partiendo con ella como en dos hemisferios distintos el horizonte de la Historia.

Bastaría esa memoria sacra, sacra é imborrable, —para que los cubanos que hubiéramos preferido la unión con la vieja España mediante una Autonomía que diera á nuestra tierra su dignidad y su derecho, estemos orgullosos de nuestro credo, sin que nos deslumbren ni nos acobarden los clamores de quienes mediante la intervención del extranjero han logrado otra solución, por ellos ardientemente apetecida, y que después de todo, en vez de ser una solución es un problema; orgullosos y amorosos de nuestra sangre, soñamos ahora, ya que la esclavitud de Cuba no lo veda, en nuevas armonías y nuevos lazos que hagan aparecer, para dicha y para gloria suya, en el siglo XX á nuestra raza, hoy abatida y desangrada, altiva, vigorosa y unida en ambos mundos. El nombre de Colón cifra y expone esas ideas. Gloria de Italia, en cuyo suelo se meció su cuna; la Italia donde Garibaldi hubiera sido capaz de emular las aventuras maravillosas de nuestros Corteses y Pizarros; donde nació Miguel Angel, el único digno de levantar la estatua del grande hombre, Dante, el único digno de cantarlo. Gloria de nuestra raza, que le dió en el Cid y en el Quijote sus dechados, en los marineros de Moguer sus colaboradores, en la Reina Isabel su providencia, con su bandera sombra, con sus premios aliento, con la conquista la fecundidad de su obra. Colón, he de repetirlo al concluir, es una gloria humana: tal es el sello y el verdadero carácter de su grandeza.

Este Continente prodigioso; el de los montes altos, el de los bosques densos, el de los anchos ríos, el de los pechos fuertes, es el pedestal del monumento que la Historia erige para su recuerdo; pero de todos los pueblos, de todas las zonas, de todas las castas han de levantarse los homenajes y los laureles do su triunfo. Su heroismo en sufrir, en trabajar, en arrostrarlo todo: las privaciones, la miseria honda, la humillación cotidiana, la muerte misma, para la victoria de su idea es, no después de su genio, sino con su genio, lo que hace de veras incomparable su grandeza. La Historia no recuerda otro caso de una inteligencia tan alta, puesta en conjunción con un carácter tan noble y vigoroso. Colón es una estrella doble. Es un granito que parece hecho de luz. Por su entendimiento es incomprensible en su época; por su voluntad es incomprensible en la nuestra. Todas las conquistas de la ciencia su muestran pequeñas cuando se las compara con la suya; todas las hazañas de los grandes capitanes resultan baladíes en comparación con sus hazañas. Luchó con lo imposible; venció el Océano inmenso: extendió el mundo; prolongó la sombra de la cruz sobre todo el planeta; hizo al género humano, en conjunto, un servicio como divino; que muriera definitivamente cuando cerró los ojos, lo juzgamos imposible: bronce como el de su inteligencia, oro como el de su voluntad son metales imperecederos.

Su nombre es un estímulo perenne, su ejemplo una lección imborrable, su apoteosis, uno de los raros casos en que la humanidad se hiergue altiva, y aliviada de sus desmayos y sus pesimismos, olvidada de su concupiscencia, consciente de su fuerza, retemplada en la religión de lo ideal, exclama con alborozo y con viril entusiasmo: *Ecce homo.*

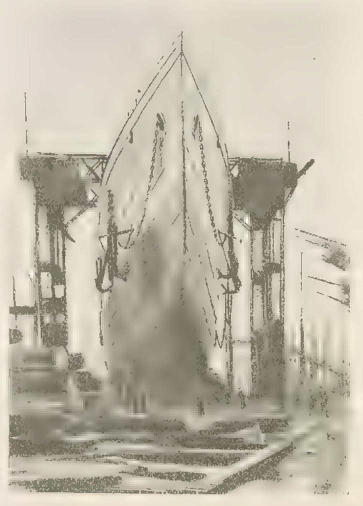
A. ZAMBRANA.

El buque más grande del mundo.

El día 13 de Enero último fué puesto á flote el nuevo buque de vapor *Oceanic*, que es actualmente el más grande del mundo.

El *Oceanic* fué construido en Belfast (Inglaterra) por orden de la Compañía White Star la cual lo destina á la linea del Atlántico.

Mucho han hablado los periódicos ingleses del nuevo transatlántico y de la botadura efectuada, como decimos arriba, el sábado 13 de Enero. Estuvieron presentes en ese acto, invitados por M. Perrie, jefe de la Compañía propietaria, el Duque y la Duquesa de Abercorn, Lord y Lady Dufferin y Lord y Lady Londonderry. Había además en la ribera una multitud de más de cincuenta mil personas, que deseaban



«EL OCEANIC» PODEROSO TRASATLÁNTICO INGLÉS, BOTADO AL AGUA EL 13 DE ENERO.

gozar del espectáculo que no es uno de los menos imponentes pues revela el gran poder del ingenio humano y de las máquinas perfeccionadas, capaces de mover moles como el *Oceanic* con una facilidad que si no pudiéramos designar propiamente con el epíteto de científica, llamaríamos de buen grado maravillosa.

El *Oceanic* tiene 705 piés ingleses de largo y excede en esa dimensión 13 piés al *Great Eastern*. El peso del buque con sus máquinas, carga, provisión de carbón etc. da por resultado un desplazamiento de 28,500 toneladas, cifra enorme en la actualidad. Creese que es el *steamer* más poderoso pues se calcula que puede atravesar el Alántico en cinco días. Ha sido construido con los mejores materiales de hierro y acero, calculándose su capacidad suficiente para dos mil personas además de una gran carga y provisión de carbón.

El leon cautivo.

El grabado que publicamos muestra el *leon de menagérie*, á juzgar por el desarrollo del pelo en la parte inferior del cuerpo. Es un hecho observado ya que los leones cautivos tienen más grande y abundante la melena que sus congéneres salvajes y libres, pues en éstos últimos la melena rara vez se extiende más abajo de la paleta. La razón no puede ser más sencilla.

Los leones libres corren y se arrastran, *ventre á terre* tras de su presa. La melena cae en mechones entre la malla de los bosques y las garras de sus enemigos.

Será pues un indicio claro de que el león que teneis á la vista lleva desde largo tiempo vida pacífica y sedentaria, el abundante y fino vellón de su testa soberbia.

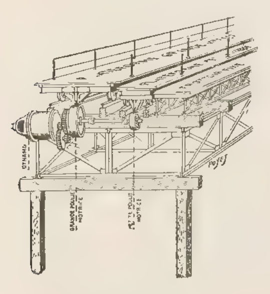
EL LEON CAUTIVO.

Una acera que camina.

Se ha ensayado con gran éxito en Saint-Ouen (Francia), la utilización de una plataforma rodante de cuatrocientos metros de longitud. Se pondrá al servicio público durante las fiestas de la Exposición, entre la Explanada de los Inválidos y el campo de Marte. El iniciador es M. Blot, quien ha trabajado con la cooperación de dos distinguidos ingenieros.

Nuestro grabado representa en una forma schemática el curioso sistema que describiremos brevemente.

A la derecha hay una plataforma fija, en el centro otra que camina con una velocidad de cuatro kilómetros por hora y por último, otra á la izquierda que anda ocho kilómetros. Con la mayor facilidad es posible pasar de la primera á la segunda y de ésta á la tercera; la segunda sólo sirve de intermediaria entre las otras dos, pues no podría conservarse el equilibrio en el momento de una transición tan rápida.



LA ACERA QUE CAMINA.

Ahora hablemos del mecanismo. Las dos plataformas movibles están compuestas de una serie de «trucs» que se encajan unos dentro de otros y se apoyan sobre discos que ruedan en los rieles laterales. En el centro están sostenidos por un poste en el cual se ponen en contacto por medio de resortes otros discos fijos que están repartidos á distancias iguales de doce metros y giran bajo la acción de un dinamo.

La ventaja del sistema de discos fijos es que pueden inspeccionarse y componerse cualquiera de ellos sin interrumpir el movimiento de la plataforma, mientras que en las aceras rodantes de Chicago y Berlin, la menor descompostura alteraba la gran máquina y la paralizaba.

La diferencia de velócidad proviene simplemente de la diferencia de diámetros de los discos entre una y otra plataforma: unos son dos veces mayores que los otros y la velocidad sigue la misma proporción, pero todos reciben la acción de la misma corriente.

Este ensayo no es sólo una promesa sino que da la solución definitiva de un problema de alto interés científico y de aplicaciones útiles y agradables á la vez.

Las memorias de Bismarck.

Un libro llamado en Francia pomposamente «Memorias de Bismarck,» corre en los países de lengua inglesa con este título más humilde y á la vez más sugestivo: *Bismarck—Algunas páginas secretas de su vida.*

La obra consta de dos tomos y bueno será advertir de paso que el primero no es sino una reproducción compendiada del libro de Busch publicada hace veinte años, *El conde de Bismarck y su estado mayor en 1870*. El segundo tomo parece completamente nuevo y aún algunos creen que es completamente inexacto. Se engañan porque cualquiera que conozca á Bismarck lo reconocerá en todas y cada una de sus expresiones brutales ó cínicas, ásperas ó despectivas.

Pero hay otros elementos de certidumbre para asegurar plenamente la autencidad del libro. Su autor en persona (el Dr. Busch) sometió á Bismarck las pruebas en 1878 y el príncipe consistió en revisarles, bajo la condición de que se guardara el secreto de aquella colaboración.

Más de un pasaje cayó en fragmentos destrozado por las tijeras del canciller, y hoy después de un silencio de veinte años, vuelve á restablecerse la integridad del libro y aparecen ante el mundo las verdaderas expresiones con que juzgó Bismarck á algunos de sus contemporáneos y que se suprimieron entonces por su rigor excesivo.

Le decía Busch Bismarck: nada de lo que á nuestra excelencia se refiere podría ser trivial mi insignificante y creo que la posteridad será de mi opinión.» Tenía razón, pero Bismarck, receloso como buen lobo escamado, objetaba prudentemente. «Concedo, en cuanto á la posteridad.... mas los tiempos que corren....Todos los periódicos satíricos se arrojarían sobre mí.» Y cortó del libro de Busch lo que á bien tuvo.

Ambos volúmenes de la nueva obra contienen (el segundo, sobre todo) escenas dramáticas ó chistosas y algunos documentos de primer orden, como por ejemplo, el texto oficial de la renuncia hecha por Bismarck el 18 de Marzo de 1899. Es seguro que los datos á que nos referimos contribuirán á fijar definitivamente la figura compleja del Canciller.

El libro lleva el nombre de *Memorias* con harta impropiedad; pero será una obra de consulta. Gracias á él padremos ver cuando queramos un Bismarck en bata, gran bebedor, gran fumador, aficionado á la mesa, siempre dispuesto á morder, á injuriar, á burlarse del mundo entero, haciéndoles sentir á todos elpeso de su gran superioridad y enviando á paseo á cualquiera que le estorbase, ya fuera un rey, un general, un diplomático ó un magistrado.

En esas páginas encontraréis todos los rasgos característicos del Ministro, del Presidente del Consejo y del Canciller. Allí habla del mismo modo que piensa, con un desenfado sin ejemplo.

Sabe que han de quedar escritas sus frases más insignificantes y no se le da un bledo. Dice así: «Cuando yo haya muerto, mi querido Busch escribirá la historia secreta de nuestro tiempo según las *mejores* fuentes de información.» Esas fuentes inmejorables son sus propios papeles, pues permite á Busch que los examine y para alentarlo, por si acaso necesita alguna vez de estímulos su familiar, le dijo: «Cuando yo muera podéis decir todo lo que se os antoje y todo lo que sepais.» Y no bien murió el Príncipe, Busch inició su obra de indiscreciones como la califican ciertas personas interesadas en que algunos secretos nunca dejen de serlo.

Pero llega el día en que todos los convencionalismos desaparecen y las figuras históricas, despojándose de su máscara mundana, aparecen con sus rasgos característicos ante la humanidad que los juzga. Ese día ha llegado para Bismarck. ¡ Al fin podemos ver en bata al terrible Canciller de Hierro!

EL PALACIO DE LOS DUQUES DE VENECIA

Este histórico edificio y otros contiguos á él,—como la Biblioteca y el famoso Puente de los Suspiros,—están amenazados de próxima destrucción según se dice por ahí.

El Gobierno de Italia ha abierto una averiguación, comisionando para que la lleven á cabo á un ingeniero milanés y al Director de Bellas Artes.

El Ministro de Instrucción Pública informó á las Cámaras sobre los resultados de la investigación.

Las conclusiones de los peritos son satisfactorias, pero se reconoció la necesidad de tomar algunas medidas de precaución.

La Biblioteca Marciana pesa demasiado y será preciso transladar á otro lugar una buena parte de los libros para hacer las reparaciones necesarias y salvar con ellas esos hermosos monumentos históricos.

La alarma que ocasionó el supuesto peligro que corría el Palacio Ducal, no es para referida, pues no sólo los italianos se conmovieron con la noticia, sino todos los amantes del pasado.

Un inglés archimillonario se apresuró á ofrecer el dinero necesario para las reparaciones. Naturalmente el ofrecimiento no fué aceptado, pero sirvió tal vez para estimular al Gobierno.

OBSEQUIO A NUESTROS SUSCRIPTORES.

Cumpliendo con los ofrecimientos que les habíamos hecho, preparamos ya la primera novela de la serie que repartiremos este año.

Muy especial cuidado ponemos en escoger las obras que daremos como prima, pues deseamos que nuestros favorecedores queden complacidos del empeño que en esto, como en todo, tomamos por satisfacer sus gustos.

Con toda oportunidad anunciaremos el reparto de la primera novela.

EL REINO INTERIOR.

....with Psychis, muy soul!
POE.

Una selva suntuosa
En el azul celeste su rudo perfil calca.
Un camino. La tierra es de color de rosa,
Cual la que pinta fra Doménico Cavalca
En sus Vidas de santos. Se ven extrañas flores
De la flora gloriosa de los cuentos azules.
Y entre las ramas encantadas, papemores
Cuyo canto extasiara de amor á los bulbules.
(*Papemar*: ave rara. *Bulbules*: ruiseñores.)

*

Mi alma frágil se asoma á la ventana obscura
De la torre terrible en que ha treinta años sueña:
La gentil Primavera primavera le augura.
La vida le sonríe rosada y halagüeña.
Y ella exclama: «Oh fragante día! Oh sublime día!
Se diría que el mundo está en flor; se diría
Que el corazón sagrado de la tierra se mueve
Con un ritmo de dicha; luz brota, gracia llueve.
Yo soy la prisionera que sonríe y que canta!»
Y las manos liliales agita, como infanta
Real en los balcones del palacio paterno.

*

¿Qué son se escucha, son lejano, vago y tierno?
Por el lado derecho del camino, adelanta
El paso leve una adorable teoría
Virginal. Siete blancas doncellas, semejantes
A siete blancas rosas de gracia y de harmonía
Que el alba constelara de perlas y diamantes,
¡Alabastros celestes habitados por astros:
Dios se refleja en esos dulces alabastros!
Sus vestes son tejidas del lino de la luna.
Van descalzas. Se mira que posan el pié breve
Sobre el rosado suelo como una flor de nieve.
Y los cuellos se inclinan, imperiales, en una
Manera que lo excelso pregona de su origen.
Como al compás de un verso su suave paso rigen.
Tal el divino Sandro dejara en sus figuras,
Esos graciosos gestos en esas líneas puras.
Como á un velado son de liras y laudes,
Divinamente blancas y castas pasan esas
Siete bellas princesas. Y esas bellas princesas
Son la siete virtudes.

*

Al lado izquierdo del camino y paralela-
Mente, siete mancebos oro, seda, escarlata,
Armas ricas de Oriente—hermosos, parecidos
A los satanes verlenianos de Ecbatana,
Vienen también. Sus labios sensuales y encendidos,
De efebos criminales, son cual rosas sangrientas;
Sus puñales de piedras preciosas revestidos
Ojos de víboras de luces fascinantes -.
Al cinto penden; arden de púrpuras violentas
En los jubones; ciñen las cabezas triunfantes
Oro y rosas; sus ojos, ya lánguidos, ya ardientes,
Son dos carbunclos mágicos de fulgor sibilino,
Y en sus manos de ambiguos príncipes decadentes,
Relucen como gemas las uñas de oro fino.
Bellamente infernales,
Llenan al aire de hechiceros beneficios
Esos siete mancebos. Y son los siete Vicios,
Los siete poderosos Pecados capitales.

*

Y los siete mancebos á las siete doncellas
Lanzan vivas miradas de amor. Las Tentaciones
De sus liras melifluas arrancan vagos sones.
Las princesas prosiguen, adorables visiones
En su blancura de palomas y de estrellas.

*

Unos y otras se pierden por la vía de rosa,
Y el alma mía queda pensativa á su paso.
—Oh, qué hay en tí, alma mía?
«Oh, qué hay en tí, mi pobre infanta misteriosa?
Acaso piensas en la blanca teoría?
Acaso
Los brillantes mancebos te atraen, mariposa?»

*

Ella no me responde.
Pensativa se aleja de la obscura ventana,
Pensativa y risueña,
De la Bella-durmiente-del-Bosque tierna hermana,
Hace treinta años sueña.

*

Y en sueños dice: «Oh dulces delicias de los cielos!
Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos!
—Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!
Príncepes, estrechadme con vuestros brazos rojos!»

RUBEN DARIO.

DE LAS "ELEGANZE."

De D'Annunzio.

ARTIFEX GLORIOSUS

Cual fué de Benvenuto en otros días,
Es el oro mi siervo presuroso:
Mis manos invencibles, sin reposo
Satisfarán tus raras fantasías.
Esculpiré en el vaso frescas guías,
Un fauno bicorne y voluptuoso
Grupo de ninfas que le siga ansioso,
Del metal recortando las estrías.
La guerra esculpiré de los Titanes,
Los efebos, las vírgenes de Atenas
Con el peplo ceñido y ademanes
De nobleza: tus lágrimas serenas
El vaso guardará por mis afanes
O la sangre, aún más pura, de tus venas.

VERSION DE R. MENA.

24 DE DICIEMBRE.

I

Aquí estoy: llego á tí como solías
verme llegar en tiempos no lejanos,
trayendo cariñosa á los humanos
amores, esperanzas y alegrías.

Tú también al mirarme sonreías
Como sonríen todos tus hermanos,
¡y hoy hundes la cabeza entre tus manos,
y me miras pasar, y no me ansías!

¿Me olvidaste quizás? Yo soy aquella
mística noche que en su obscuro velo
prendió el diamante de la Santa Estrella,
Dime qué causa tu profundo duelo,
que yo sé consolar toda querella,
que yo amorosa calmo todo anhelo.

II

—Navidad: te conozco y te saludo.
Eres la misma que miré á mi lado
cuando del mundo y del placer hastiado
en tí busqué contra el cansancio escudo.

Nada borrarte en mis recuerdos pudo,
y siempre hasta hoy, feliz y descuidado,
ni eché menos jamás, el bien pasado,
ni me asustó del mal el golpe rudo.

Pero es hoy mi ventura tan cumplida
y vivo tan dichoso y de tal suerte
temo perder la calma apetecida,
que te miro llegar y tiemblo al verte
¡qué eres, onda en el río de la vida,
que al mismo Redentor llevó á la muerte!

JOSE PEON DEL VALLE.

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 7.

—Entonces es con usted con quien tanto he jugado cuando pequeña.

—¿Conmigo?

—Sí, acuérdese usted.... Rosina, Rosina Combarieu.... En casa de la señora Gerad, la mujer del grabador, calle de Nuestra Señora de los Campos. ¡Cuántas diabluras hemos hecho con aquellas niñas! ¡Y cómo á lo mejor se vuelven á encontrar dos personas!

¿Qué es lo que siente Amadeo? Los recuerdos de toda su infancia evocados, el nombre de la familia Gerard pronunciado en aquel sitio, la amargura de haber conocido á aquella joven todavía inocente; todas estas cosas llenan de singular tristeza el corazón del poeta, que no acierta más que á decir:

—¡Usted!....¿Es usted?....

Entonces la joven baja los ojos y se pone muy encarnada.

Mauricio tiene tacto. Notando la emoción de Amadeo y de Rosina, se levanta bruscamente y dice con fingida alegría:

—¡Vamos, Margarita! Creo que estos muchachos tienen necesidad de hablar de sus recuerdos infantiles. Renuncia á tu acróstico, hija mía. Toma el brazo y vamos á bailar.... Te ofrezco una contradanza holandesa.

Solo ya con Rosina, Amadeo la mira melancólicamente. Es muy bonita á pesar de su tez clorótica. Es la hija de los arrabales, nacida con el genio del tocador, que se adorna con un vestido de percal, con una flor en el sombrero, con una nada, y que se alimenta de ensaladas y cosas crudas para comparse botas bien hechas y guantes de diez y ocho botones.

La linda rubia mira también á Amadeo, y en sus ojos de color de avellana se diseña una tímida sonrisa.

—Vamos, señor Amadeo—dice,—no debe causar á usted pena ni sorpresa el encontrar en Bullier á la picaruela con quien tanto ha jugado al escondite detrás de los muebles del buen Gerard. No debe chocar á usted el que no *haiga* llegado á ser una señora; por el contrario, esto sí que sería sorprendente. No soy muy juiciosa, ciertamente; pero trabajo, y no vaya usted á creer que me entrego al primero que se presenta. Su amigo de usted es muy guapo y amable y sin embargo no he aceptado sus galanterías más que porque conocía á Margarita. Con usted es muy diferente, y me siento dichosa en charlar con un antiguo amigo, que me recuerda las bondades de la señora Gerard. ¿Qué ha sido de ella, de su marido y de sus hijas?......

—El señor Gerard ha muerto,—contesta Amadeo,—pero las señoras están buenas y yo las veo con frecuencia.

—No les dirá usted que me ha encontrado aquí, ¿verdad? Será mejor. Si yo hubiese tenido una buena madre, como mis compañeras de juego, otra hubiera sido mi suerte.... Pero ya recordará usted que papá sólo se ocupaba en política. A los quince años me puso de aprendiza en casa de una florista, y el amante de la maestra, un hombre infame, es el que me ha perdido.... Papá ejerce ahora un oficio muy penoso: es editor responsable de un periódico republicano, y aunque no tiene nada que hacer, siempre está preso.... Yo sigo de florista. Tuve un amiguito, un alumno del Val de-Grace, pero acaba de marcharse de médico militar á Argelia. Me he quedado sola y me fastidiaba, y esta noche Margarita, á quien he conocido en el almacén, me ha traído aquí para distraerme......Y usted ¿qué hace? Su amigo de usted decía antes que era usted poeta. ¿~~De~~ modo qué escribe usted canciones? A mí me gustan mucho. ¿Se acuerda usted cuando intentaba tocarlas con un dedo en el viejo piano de los Gerard?......Entonces era usted un niño muy guapo, dócil como una niña .....Aún conserva usted sus ojos azules á pesar de ser moreno...... Bien los recuerdo ...No puede figurarse cuánto me alegro de volver á verle......

Y continúa charlando y evocando los antiguos recuerdos. Cuando habla de las señoras Gerard toma un aspecto seriecillo que agrada mucho á Amadeo: ésta adivina que es una pobre loca, que al primer verso pierde la cabeza; pero que al menos conserva el tesoro de los pobres: un corazón sencillo y alegre. El joven se deja influir por la gracia de la mozuela; piensa en el pasado y se siente enternecido como un lugareño que se encuentra con una campesina.

La orquesta dispara nueva contradanza, que da idea del estrépito del bombardeo de una plaza fuerte, y Rosina enmudece un momento.

—Sabe usted,—le dice el poeta,—que se ha hecho muy linda. Sobre todo esa tez mate, esa interesante palidez! . ...

Pero la joven, que ha sufrido muchas miserias, le interrumpe con una frase amarga:

—¡Oh, mi palidez! Vale bien poco, no es la palidez de los ricos.

Pero en seguida, recobrando su buen humor, continúa:

—Dígame usted, señor Amadeo, ¿le ha gustado á usted Margarita?

—¿A mí?

—Como ha empezado usted á hacerle la corte......

—¡Gustarme esa gordota,—exclama el poeta con vivacidad,—¡nunca!

Y luego añade:

—Mire usted, Rosina; he venido para distraerme un poco, se lo confieso á usted: creo que esto es propio de mi edad; pero ahora me disgusta ese baile....¿Tiene usted aquí alguna cita, espera á alguien?....¿No?...¿De veras?...pues entonces tome usted mi brazo y vámonos. ¿Vive usted lejos?

—En la Avenida de Orleans, cerca de la iglesia de Montrouge.

—Permítame usted que la acompañe, ¿quiere usted?

La joven no tiene inconveniente en ello, se levanta, y juntos salen del baile, pareciéndole al poeta que el brazo de la muchacha se ha estremecido bajo el suyo con abandono. Ya en el boulevard desierto, inundado por una luna azulada, Rosina acorta el paso, y se queda pensativa bajando la cabeza, cuando Amadeo busca sus ojos en la obscuridad.

¡Cuán dulce es el nuevo deseo que turba el corazón del joven y al que se mezcla algo sentimental!

Su corazón palpita al pensar que no tiene más que decir una palabra para coger aquella flor temprana. Rosina está también conmovida, y sólo encuentran ambos cosas insignificantes que decirse.

—¡Qué noche tan hermosa!

—Sí, da gusto respirar.

Continúan andando en silencio. ¡Oh! ¡Qué hermoso fresco el de los árboles! ¡Qué silencio tan voluptuoso!

Por fin se detienen á la puerta de la casa de Rosina, que lleva lentamente la mano á la campanilla....Entonces Amadeo, haciendo un esfuerzo y con voz balbuciente, se atreve á pedirla que le permita subir con ella para ver «su cuartito.»

Pero ella le mira algunos instantes con los ojos tiernos y tristes y le dice con mucha dulzura:

—~~No, decididamente no.~~ Es preciso tener juicio. Esta noche le gusto á usted, señor Amadeo, y usted comprende que á mí me parece encanta dor....Verdaderamente, habiéndonos conocido tan pequeños, haríamos bien en amarnos.... Pero sería una gran locura, créame usted, y quizá un mal. Más vale que no, se lo aseguro á usted. Olvide á la linda rubia, como decía el amigo á quien ha encontrado usted en Bullier con Margarita, y acuérdese solamente de su compañerita de la calle de Nuestra Señora de los Campos. Esto es mejor que un capricho, porque conserva puro el corazón. No manchemos nuestro recuerdo de la infancia, señor Amadeo, y separémonos como buenos amigos.

Y antes que el joven pudiera contestarla (¿qué podría objetar á un sentimiento delicado?) sonó la campanilla. Rosina dirigió á Amadeo una sonrisa de despedida, y un beso con la punta de los dedos, y desapareció con presteza detrás de la puerta, que se cerró con estrépito.

¡Ah! Ciertamente en aquel instante el poeta siente un movimiento de despecho. «¡Cabeza de chorlito! ¡Voluble como todas!» Pero no bien ha andado algunos pasos por la acera de la avenida de Orleans, se dice, casi con remordimiento: «Rosina tiene razón.»

Y se complace en pensar que aquella pobre joven....*caída*, guarda en un rincón de su alma un escrúpulo de pudor que él no ha tenido, y aunque contrariado por su capricho, el poeta se considera dichoso al pensar que se engrandece en su alma el sagrado respeto debido á la mujer.

—¡Amadeo, hijo mío, no vale usted nada para los amores ligeros, y no ha venido al mundo para las uniones de transitorias! Vale más que renuncie usted á esas cosas.

XII

Hacía un mes que el volumen de versos de Amadeo Violette, titulado *Poemas de la Naturaleza*, esmaltaba con su cubierta de azul los escaparates de las librerías, y aun no se había calmado en el café de Sevilla la emoción suscitada por el éxito de la obra y por los artículos laudatorios que habíanla dedicado un gran número de periódicos.

Pero entiéndase que esta emoción sólo existía entre los melenudos. Los barbudos no se ocupaban en semejantes majaderías; sabido es que desdeñaban la poesía y á los poetas.

Estas barbas severas tenían que arreglar otros asuntos de interés capital, por ejemplo: derribar al gobierno, después refundir el mapa de Europa. ¿Qué había que hacer para anonadar al imperio. Primero, conspirar; segundo, levantar barricadas ¡Conspirar! Nada más fácil en aquel entonces. Todo el mundo conspiraba en el café de Sevilla: achaques propios del carácter francés, burlón de nacimiento, pero ligero, charlatán y aficionado á conspirar en los sitios públicos. No bien alguno de nuestros compatriotas se afila á una sociedad secreta, su primer cuidado es correr á su café ó taberna predilectos y confiar bajo el sello de la más absoluta reserva á amigos íntimos, conocidos cinco minutos antes, el objeto de la conspiración, los nombres de los conjurados, el lugar, el día, la hora de la cita, la seña y los signos de reconocimiento; y poco tiempo después de haberse desahogado así, se admira de que intervenga la policía, haciendo abortar un proyecto preparado con tanto misterio y discreción. De esta manera se entregaban al carbonarismo los barbudos del café de Sevilla. En la hora del ajenjo ó del masagrán agrupábanse en torno de cada mesa cierto número de Fiesquis ó de Catilinas; en un extremo de la terraza cinco viejos barbudos encanecidos en el crímen político ideaban una máquina infernal, y en la última pieza diez robustas manos ~~juraban sobre~~ la mesa del billar armarse para el regicidio. Pero como entre las barbas, naturalmente, habíalas también postizas, todos los complots urdidos en el «Sevilla» habían abortado miserablemente.

Y no duden ustedes de que en este templo de la anarquía se estudiaba con ardor el arte de hacer barricadas, y esta rama especial de la ciencia de las fortificaciones contaba allí con más de un Vaudán y de un Gribeauval. «Profesor de barricadas» era un título muy honroso en el café de Sevilla y que todo el mundo hubiera deseado consignar en sus tarjetas; y adviertan ustedes que la enseñanza no era solamente teórica. Indudablemente, con motivo de los agentes de orden público no podían darse lecciones prácticas á los bullangueros del porvenir, que constituían el núcleo de la clientela, y el maestro ó doctor en guerra civil no podía salir con sus discípulos y, por ejemplo, desempedrar la calle Drouot; pero había un recurso, un medio de practicar el negocio, valiéndose de los juegos del dominó. Seguramente á ustedes se les hará difícil creer que unos inofensivos pedazos de hueso tomasen aspecto revolucionario entre las sediciosas manos de los parroquianos del café de Sevilla; pero lo cierto es que aquellas fichas inocentes simulaban en las mesas de mármol reducciones de barricadas muy complicadas, con toda clase de baluartes, cortinas, reductos y contraescarpas. Asemejábase esto, hasta cierto punto, á esos modelos de buques de guerra que se ven en el museo naval. Cualquiera, no estando en el secreto, hubiera creído que los barbudos jugaban sencillamente al dominó; nada de eso, sino que seguían un curso técnico de insurrección. Al gritar «¡cerrado á cincos!» ciertos jugadores parecían ordenar una descarga cerrada, y había una manera de decir "paso" que equivalía á expresar la desesperación del combatiente que ha quemado su último cartucho. Un barbudo con anteojos y sombrero de muelles, un barbudo matemático, reprobado en la Escuela Politécnica, se distinguía entre todos por la aterradora precisión con que alzaba en tres minutos una barricada de dominós. Cuando este barbudo cerraba á los *seises*, el espectador sentíase transportado por la imaginación á la calle Transnonian ó al claustro de San Merry. Aquello era horrible!

Respecto á la política exterior y reformas del mapa de Europa, ambas cosas constituían la diversión y recreo de los barbudos y se efectuaba sencillamente por medio de la baraja. Porque efectivamente era agradable, mientras se preparaba una jugada decisiva en los *cientos*, para apuntarse quinto y catorce, libertar á la desgraciada Polonia, ó al enseñar el rey en el *ecarté*, impedir á los rusos que entraran en Constantinopla. Sin embargo, algunas barbas del café de Sevilla, las más solemnes, se dedicaban con preferencia á las cuestiones internacionales, á los grandes problemas de equilibrio europeo. Uno de estos profundos diplomáticos, que probablemente no tendría con que comprarse unos tirantes, pues su camisa se desbordaba siempre entre el chaleco y el pantalón, hallábase persuadido de que una indemnización de dos mil millones bastaría para obtener del Papa la cesión de Roma á los italianos, y otro Metternich en miniatura, qué mejor hubiera hecho comprándose un cepillo para los dientes, tenía la especialidad de hacer á Inglaterra serias advertencias, amenazándola si no atendía á sus consejos, con perder en breve plazo su imperio de las Indias y demás posesiones coloniales.

Así, pues, los barbudos, absortos en tan graves cuestiones, no se ocupaban de esa vanidad llamada literatura, y les importaba un comino el libro de Amadeo Violette.

Pero entre los melenudos, lo repetimos, la emoción era grande.

Estaban furiosos los melenudos. Se agitaban y erizaban, porque el primer entusiasmo suscitado por los versos de Amadeo Violette, solo podía ser y sólo había sido fuego de paja. Los merovingios pues, se mostraban respecto al joven poeta tales como debían ser, tratándose de un compañero, es decir, severos hasta la crueldad. ¡Cómo! ¿Se había agotado la primera edición de los *Poemas de la Naturaleza*, y Massif estaba tirando otra? ¡Cómo! Los burgueses, lejos de desdeñarle, declarábanse encantados del libro, lo compraban, lo leían y quizá lo daban á encuadernar? ¿Hablaban con elogio de la obra los periódicos populares, es decir, los que tienen más lectores? Añadíase además, que Violette, excitado por Jocquelet, trabajaba en una comedia en verso, y que el Teatro Francés, predillecto de los burgueses, había hecho al poeta halagadoras promesas. Si tanto gustaba Amadeo á los burgueses era, ¡oh horror! por ser él también burgués: esto era evidente. ¿De qué ceguedad habían sido víctimas los poetas cabelludos para no haberlo comprendido antes? ¿Por qué aberración pudieron confundir la vulgaridad con la sencillez y la sorpresa con la emoción sincera, cuando Amadeo recitó sus versos en casa de Sillery? ¿Qué tenían que ver con el arte aquellos groseros esbozos? ¡Ah! pierdan ustedes cuidado, no volverá á pasarles otra vez.

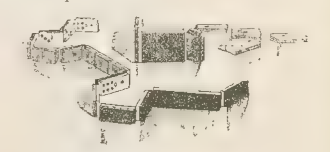
Así es que desde hacía algún tiempo las mesas del café de Sevilla habíanse trasformado en lechos de tortura, sobre los cuales estaban tendidos y agarrotados todas las tardes, de cinco á siete, los poemas de Amadeo Violette y sometidos al tormento extraordinario. El amable Pablo Silery, con sonrisa burlona, trataba algunas veces de pedir perdón para los versos de su amigo, entregados á trituraciones tan feroces; pero los verdugos literarios cuando tratan de destrozar el libro de un compañero, son más implacables que los del Santo Oficio. Sobre todo había allí dos inquisidores más encarnizados que los otros: uno, el pequeño Sibarita, que pedía para su consumo diario todas las huríes del paraíso musulmán; y el otro, el grueso elegíaco de provincia, á quien sus penas hacían echar vientre hasta el punto de que su humilde compañera tuvo que mudarle el broche del pantalón.

Excusado es decir que cuando se presentaba Amadeo, los melenudos mudaban de conversación y poníanse á comentar cualquiera insignificante noticia de periódico; por ejemplo: la explosión de grisú que acababa de ocurrir en una mina del departamento del Norte, pulverizando á ochenta trabajadores; ó bien el naufragio de un transatlántico enteramente perdido con ciento cincuenta pasajeros y cuarenta hombres de tripulación; acontecimientos poco importantes, comparados con el reciente descubrimiento hecho por los poetas inquisidores de dos frases poco correctas y de cinco versos flojos del libro de su compañero.

Amadeo, naturaleza sensible, notaba demasiado bien á su pesar, la sorda hostilidad de que era objeto en el grupo de los melenudos, y sólo iba raras veces al café de Sevilla para estrechar la mano de Pablo Sillery, que no obstante su aire irónico, siempre se había mostrado leal y fiel camarada.

En el café encontróse una noche á su condiscípulo del liceo, el antiguo premio de honor Arturo Papillón, sentado á una mesa de políticos. El poeta preguntóse con asombro cómo el bello abogado, de opiniones moderadas, encontrábase en medio de aquellos fogosos revolucionarios, y qué interés común podía reunir á aquel par de patillas rubias con aquellos zarzales de pelos incultos. Pero no bien Papillón vió á Amadeo, se despidió del grupo en donde estaba, vino á expresar sus calurosas felicitaciones al autor de los *Poemas de la Naturaleza*, le sacó al boulevard y le dió la clave del misterio.

Todos los antiguos partidos se coligaban contra el Imperio para las próximas elecciones. Orleanistas y republicanos estaban en aquel momento á partir un piñón, y él, Papillón, que acababa de sostener brillantemente su tesis de doctor en leyes, habíase uncido al carro de un antiguo personaje del gobierno de Julio, el cual, después de haber permanecido en sus tiendas desde 1852, consintió en presentarse como candidato de oposición liberal por el Sena y Oise. Papillón se removía como un gusano cortado y á fin de hacer triunfar la candidatura de su jefe, había venido al café de Sevilla para asegurarse de la neutralidad benévola de los periódicos irreconciliables, y estaba lleno de esperanza.



—¡Ah, querido,—dijo,—qué difícil es luchar contra el candidato oficial!.... Pero mi jefe es un hombre sorprendente. Viaja todo el día en tercera clase por los caminos de hierro del departamento, exponiendo su programa ante los campesinos que van en el tren y mudando de coche en cada estación. ¡Qué rasgo de genio! La reunión pública ambulante.... Se le ocurrió esta idea recordando á un harpista que hacía cuatro veces al día la travesía del Havre á Honfleur, tocando sin

descanso el *Baccio*. ¡Oh! Es preciso moverse. El prefecto no perdona medios de combatirnos. ¡Pues no ha esparcido en nuestra circunscripción, que es de las católicas, la calumnia de que éramos volterianos, enemigos de la religión y devoradores de curas! Afortunadamente aún faltan cuatro domingos hasta el día del escrutinio, y el jefe irá á misa mayor á comulgar á las cuatro parroquias más importantes. Si semejante hombre no es elegido, habrá que desesperar del sufragio universal.

Amadeo en aquella época no estaba desencantado de la política como algún tiempo después; y por tanto, preguntábase, no sin inquietud, si aquel modelo de candidatos, que iba tal vez á sufrir una indigestión sacrílega y que desvalijaba sus profesiones de fe como un buhonero desenvuelve sus cuchillos de doble hoja, no era más que un estupendo saltimbanquis. Pero Arturo Papillón no le dejó tiempo de entregarse á sus pesimistas reflexiones.

—¿Y tú, chiquito, á qué altura te encuentras? —preguntó el abogado con cierto dejo protector. —¿Sabes que has tenido mucho éxito? La otra noche, en casa de la condesa Fontaine....¿La has oido nombrar?....La hija del mariscal Lelievre, viuda del antiguo ministro de Luis Felipe, Jocquelet nos recitó tu «Trinchera de Sebastopol» y produjo un efecto enorme. ¡Qué voz tiene ese Jocquelet: no hay otra semejante en los tribunales de París!....¡Dichoso poeta! He visto tu libro en el gabinete de más de una hermosa dama. Espero que abandonarás el café de Sevilla, para no estancarte con todos esos mal peinados. Es preciso presentarse en el mundo, esto es indispensable á un literato, y yo te llevaré cuando quieras.

En aquel momento Amadeo está algo desencantado de la Bohemia, en donde ha hallado tan pocas simpatías, y que además repugna á su delicadeza por otros motivos; y le preocupa poco el honor de ser tuteado el mejor día por el tío Lebufle.

¡Pero presentarse en el mundo! ¡Su educación ha sido tan modesta! ¿Podrá hacer buen papel? pregunta tímidamente á Papillón. El poeta es orgulloso, y no consentirá en hacerlo malo en parte alguna: teme el ridículo. Además, hasta entonces su éxito es sólo platónico: está tan pobre como siempre, y vive todavía en el arrabal de Santiago. Dentro de algunos días, Massif le entregará quinientos francos por la segunda edición de su libro; pero esto sólo significa un puñado de napoleones.

—Es bastante,—replica el abogado, que trata de apoderarse de su amigo.—Es más de lo que se necesita para proveerte de ropa blanca aceptable y de un frac bien hecho, que es lo esencial. Has de saber que los buenos modales consisten principalmente en callarse. Dada tu organización fina y flexible, pronto te transformarás en un perfecto *gentleman*. Además, no eres feo, tienes una palidez interesante; estoy seguro de que agradarás. Estamos á principios de Julio y París se halla casi desierto; pero la condesa Fontaine no se va hasta después de vacaciones por causa de su nieto, del que es tutora, y que concluye sus estudios en el liceo Bonaparte. Hasta fin de mes la condesa recibe todas las noches, y en su salón se reune toda la gente elegante, rezagada en París. La condesa es una señora anciana muy amable y de mucha valía, y le gustan los escritores cuando son bien educados. Así pues, no hagas el tonto y mándate hacer un frac negro. Presentándote allí, querido, puedo asegurarte que dentro de unos quince años tendrás un puesto en la Academia.... ¿Estamos conformes? Haz tus preparativos para la semana próxima.

¡Atención! Amadeo Violette va á presentarse en el mundo.

Aunque su portera le ha ayudado á vestirse, y al verle ponerse su corbata blanca le ha dicho: «¡Qué guapo novio haría usted, señor Amadeo!» el poeta siente que le palpita fuertemente el corazón, cuando el carruaje en que va sentado al lado de Arturo Papillón hace rechinar la arena del patio, y se detiene al pié de la meseta de un antiguo palacio de la calle de Bellechasse, habitado por la señora Condesa Fontaine.

Desde el vestíbulo procura imitar el aspecto lleno de seguridad del abogado, y desespera de poder conseguir como éste que la pechera de su camisa se destaque correcta bajo su chaleco de etiqueta, ante la primera inspección de cuatro lacayos con medias de seda. Amadeo se encuentra tan preocupado como si se presesentara enteramente desnudo á un consejo de policía; pero sin duda le consideran «apto para el servicio» puesto que se abre una puerta que da á un luminoso salón en donde penetra siguiendo á Arturo Papillón, como una frágil chalupa remolcada por un imponente navío de tres puentes. He aquí, pues, al tímido poeta pisando alfombras y envuelto en los rayos de luz de una araña, presentado en toda forma á la dueña de la casa.

Es ésta una señora de dimensiones elefantescas, en la flor de los sesenta años, notable por la camelia blanca que se destaca en su peluca de color de palisandro y cuyo rostro, brazos y cuello están salpicados de harina suficiente para confeccionar una fuente de buñuelos de manzana, acompañado todo esto de un aspecto muy distinguido y de ojos soberbios, cuya imperiosa mirada está atenuada por uno sonrisa llena de bondad que tranquiliza algo al pusilánime y atolondrado Amadeo.

Dice que le han gustado mucho los hermosos versos de M. Violette, declamados por Jocquelet en la última de sus recepciones, y que acaba de leer con vivo placer los *Poemas de la Naturaleza.*

Después, dejando caer sus lentes saluda á Papillón, dándole gracias por haberle presentado á M. Violette, á quien tiene mucho gusto en conocer!

Amadeo está muy turbado y no acierta á responder á este cumplimiento banal, pero expresado muy bondadosamente. Felizmente le saca del compromiso la llegada de una señora de edad, muy huesuda y muy compuesta, á cuyo encuentro sale la condesa con vivacidad sorprendente, si se considera lo voluminoso de su persona, y exclamando con satisfacción: «Señora Mariscala.»

Amadeo, siguiendo siempre la estela de su amigo, que boga hacia un ángulo del salón y echa allí el ancla entre una flotilla de fracs negros, empieza á adquirir aplomo, y examina aquellos sitios tan nuevos para él y en donde ha sido admitido merced á su reputación naciente.

Es un salón inmenso, de estilo del primer Imperio, tapizado y amueblado de raso amarillo, con altos tableros blancos adornados de panoplias de armas antiguas esculpidas en madera dorada. Un chusco de la Escuela de Bellas Artes hubiera bautizado de «pomposos» los sillones y los canapés adornados con cabezas de esfinges de bronce, como también el macizo reloj de mármol verde, sobre el que se destaca un dorado grupo, compuesto de un personaje de patillas cortas, sin más vestiduras ni galas que un casco, una espada y una hoja de parra y que está en ademán de requerir de amores á una joven de flotante túnica, con el talle debajo del sobaco y peinada exactamente como la emperatriz Josefina. Pero el chusco, á pesar de sus irónicas reticencias, hubiera reconocido que este pesado lujo no carecía de carácter ni grandeza. Sólo dos cuadros animaban un tanto la frialdad de las paredes El uno, firmado por Gros, era el retrato ecuestre del padre de la condesa Fontaine, del glorioso mariscal Lelievre, duque de Eylau, antiguo tambor del puente de Lodi y uno de los más intrépidos capitanes de Napoleón. Está representado de gran uniforme, con un enorme sombrero con plumas blancas, blandiendo su bastón de terciopelo azul, sembrado de abejas de oro, y por debajo de su caballo encabritado percíbese á lo lejos y confusamente una gran batalla, nieve y bocas de cañón haciendo fuego. El otro cuadro, colocado sabre un caballete é iluminado por una lámpara de reverbero, es una obra maestra de Ingres, y representa un suave medallon de una joven, que es la dueña de la casa cuando tenía diez años de edad, comparada con la cual la actual condesa Fontaine resulta ser una caricatura vieja y monstruosa.

Arturo Papillón, hablando en voz baja con Amadeo, le explica que el salón de la señora de Fontaine es un terreno neutral, abierto á personas de todos los partidos. Hija de un mariscal del primer Imperio, la condesa conserva altas relaciones en el mundo de las Tullerías, aun cuando sea viuda del Conde Fontaine, uno de los doctrinarios salidos de entre la bata de Royer-Collard, parlamentario ennoblecido por Luis Felipe, colega en dos ocasiones de Guizot, en el banco ministerial, y muerto de despecho y ambición después del 48 y del golpe de estado.

Además, el hermano de la condesa, el actual duque de Eylau, está casado desde 1829 con una de las más nobles herederas del arrabal de San Germán, una Croix Saint Jean, porque su padre el mariscal, cuyo carácter no igualaba al valor, habíase afiliado á todos los regímenes y había llevado un sirio en las procesiones del Corpus, en tiempo de Carlos X, acabando por ser gobernador de los Inválidos al principio de la monarquía de Julio.

Gracias á este cúmulo de dichosas combinaciones, reúnense en este salón de tendencia liberal, grandes señores orleanistas, cierto numero de personajes oficiales y hasta algunos republicanos bien educados; y la condesa, admirable señora de casa, atrae tambien á su círculo á sabios, escritores, artistas, hombres ilustres de todas clases y mujeres bonitas.

Por causa de lo avazado de la estación no hay aquella noche gran afluencia de gente en casa de la condesa Fontaine; y por tanto, haciendo caso omiso de algunos aristócratas sin importancia, cuyos abuelos han sido tal vez fabricados por el tío Issacar, Papillón señala á su amigo algunas celebridades.

Ved en primer término ese condecorado de la Legión de Honor, con un frac que parece procedente de una pollería: es Forgerol, el gran geólogo, el más intrigante y acaparador de los hombres de ciencia, poseedor de veinte productivas prebendas, para quien uno de sus compañeros del Instituto tiene reservado el siguiente epitafio: «Aquí yace Forgerol, en la única plaza que no ha solicitado.»—*(Continuará.)*

LA CUNA.

COMEDIA EN TRES ACTOS DE M. BRIEUX.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ CON INMENSO EXITO EN LA "COMEDIA FRANCESA" EL 19 DE DICIEMBRE DE 1898.

VERSION ESPECIAL PARA "EL MUNDO."

PERSONAJES:

Lorenza.	Jorge de Girieu.
Sra. Marsanne.	Sr. Marsanne.
Una religiosa.	Raymundo Chantrel.
Luisa.	El Doctor Mossiac.

ACTO PRIMERO.

UN SALON EN PARIS.—EPOCA ACTUAL.

ESCENA PRIMERA

Sra. Marsanne, Sr. Marsanne, El Doctor.

Sra. Marsanne. Tome usted asiento, Doctor. Tal vez hoy no podrá usted llevarse á Juliancito.

Doctor. No ha venido la Sra. Girieu?

Sra. Marsanne. Sí, mi hija llegó esta mañana con su esposo y con su hijo para pasar el día con nosotros, como es costumbre todos los viernes, en que usted viene por el niño para llevarlo con su padre.

Doctor. En efecto; mi pobre amigo Raymundo tiene el derecho de amar á su hijo sólo una vez por semana.

Sra. Marsanne. Suya es la culpa, puesto que obligó á mi hija á divorciarse de él.

Sr. Marsanne. Es verdad. (*Sonriendo*).

Doctor. (*Con un gesto evasivo*). Es verdad.

Sra. Marsanne. El niño que no ha pasado una noche muy buena que se diga; al llegar aquí, parece que se ha sentido un poco acalenturado. Usted conoce á Lorenza, Doctor; por todo se alarma, lo ha puesto en cama y probablemente consultará la opinión de usted.

Doctor. (*Suspirando*). Ah, ese divorcio!

Sra. Marsanne. No es usted partidario del divorcio?

Doctor. Sí, ciertamente, sí; pero hago mis excepciones.

Sra. Marsanne. Cuáles?

Doctor. Yo quisiera que el divorcio fuese cada vez más difícil y casi imposible cuando hay hijos de por medio.

Sra. Marsanne. Por qué?

Doctor. No creo que sea puerta que conduzca siempre á la felicidad. Para mí, el divorcio es comparable á los anestésicos que calman el dolor pero no dan la salud. Las segundas nupcias, cuando uno de los esposos es divorciado, pueden ser, convengo en ello, pueden ser asociaciones pacíficas y beneficiosas; pero si el amor es necesario para hacer los matrimonios verdaderamente dichosos, dudo mucho que....

Sr. Marsanne. Esas son puerilidades. Permítame usted que se lo diga. Si usted cree que mi hija no es dichosa con el Sr. de Girieu como no lo fué con su primer marido, usted está en un error.

Doctor. No he dicho que no haya sus excepciones y no ha sido mi ánimo aludir para nada al Sr. de Girieu.

Sr. Marsanne. Usted vacila....lo ve usted? Me ha bastado un ejemplo para echar por tierra sus teorías......En general......

Doctor. En general una mujer no ama jamás á su segundo esposo como amó al primero.

Sr. Marsanne. Por qué?

Doctor. Porque el primero......era el primero. Un juicio de divorcio puede decir: «Se declara disuelto el matrimonio»......palabras, palabras nada más. Se quita efectivamente á la mujer el nombre del esposo, pero no se la quita el imperecedero recuerdo de las primeras revelaciones. Lo que hizo el marido divorciado, lo que dijo el juez, lo que asentó el notario, nada de esto se puede borrar.

Sra. Marsanne. Sería monstruoso que esto fuera verdad. Cómo? He aquí una muchacha que ha sido seducida, que se encuentra ligada á un miserable, y habría de prohibírsele amar en lo de adelante, y de hoy para siempre habría de convertirse en una víctima, privada de felicidad?

Doctor. No hablo del caso de error, sorpresa de los sentidos y aun si usted quiere sorpresa del corazón. Digo que cuando entre un hombre y una mujer han transcurrido años de dicha é intimidad, esa mujer no podrá jamás verse definitivamente, completamente desligada de aquel hombre, y aún cuando ella lleve el nombre de otro, siempre pertenecerá un poco á aquel á quien hubo de entregarse por primera vez. Esa primera vez, si bien se reflexiona, es la única en que ella se entregó verdaderamente. Es por lo que, á pesar del divorcio, el primer matrimonio es realmente indisoluble. Estoy por la teoría de uno para una y una para uno.

Sra. Marsanne. Entonces, cuando una mujer ha sido traicionada. ..cuando? .

Doctor. El perdón, siempre el perdón; ni unos ni otras somos perfectos; á todos, por lo tanto, nos llega la época de hacer el mal. El matrimonio no es posible sino mediante la ayuda de incesantes perdones mutuos. En todas circunstancias yo quisiera que el divorcio no fuese permitido sino á matrimonios estériles.

Sra. Masanne. Por qué?

Doctor. Para poner á salvo los derechos del hijo, los derechos del más débil. Entre dos esposos, el hijo es un lazo que la ley debería evitar que se rompiese y que, á pesar de todo, no rompe. Mi opinión es, que rigurosamente se puede disolver un matrimonio, pero que no se debería desunir una familia, dejar ir al padre por su lado, á la madre por el suyo y abandonar al hijo en mitad de estas ruinas.

Sra. Marsanne. Algunas ocasiones es esto preferible. Imagine usted la suerte del hijo entre los rencores de los padres.

Sra. Massanne. Sí? (*sonriendo.*)

Doctor. Puede ser que ante él......puede ser que á causa de él, estos rencores se atenuen.

Sra. Marsanne. Creé usted que el hijo de su amigo sea desgraciado con un padrastro como el Sr. de Girieu?

Doctor. Desgraciado, precisamente no; pero usted sabe Señora....se requiere muy buena voluntad para....un padre no se reemplaza nunca.

Sra. Marsanne. El Sr. de Girieu es un segundo padre para Juliancito

Doctor. Y aun aquí, el segundo no vale lo que el primero......y además, es preferible no tener más que uno: el verdadero.

Sra. Marsanne. En opinión de usted, por lo tanto, Lorenza debería haber vivido toda su vida con el Sr. Chantrel, con un marido que no ha cesado de engañarla?

Doctor. Oh! que no ha cesado? Usted sabe tanto como yo, que.

Sra. Marsanne. Pero reflexione usted, Doctor, reflexione usted y recuerde en qué circunstancia hemos sido reducidos á ese extremo del divorcio. Recuerde usted cómo Lorenza ha llegado aquí cuatro meses después de su matrimonio, la cabeza trastornada, casi loca, al descubrir la infamia de su esposo.

Doctor. Eso de infamia

Sra. Marsanne. Sí, sí, infamia. ¿No es una infamia reanudar con una....?

Doctor. No ha reanudado.

Sra. Marsanne. No discutamos las palabras. Todos hemos sufrido, y yo le aseguro á usted que su padre y yo nos hemos congratulado de que el divorcio nos haya permitido salir de esta terrible situación. Gracias á Dios esto tuvo un resultado rápido; gracias á Dios y á mi marido.

Doctor. Puso el señor Marsanne decidido empeño?

Sr. Marsanne. Sí. (*sonriendo.*) De qué me serviría ser un viejo obogado? Sí, sí, como usted acaba de decirlo, querido Doctor, yo puse todo el empeño del caso y de ello me vanaglorio; reveindicando altivamente la responsabilidad de lo que hice. Sí, yo fuí quien condujo á Lorenza al divorcio, porque me satisfacía romper un matrimonio que ella contrajo contra mi voluntad. Lorenza vacilaba, comprende usted?......yo fuí quien la decidió á casarse con el señor de Girieu, en cuanto corrieron los términos de ley y me porté con toda energía......y si esto diese principio nuevamente usaría de toda mi autoridad paterna.

Doctor. De su autoridad paterna? Ojalá nunca se arrepienta usted de haber hecho uso de ella. Aunque no quiera, no puedo menos de recordar un pensamiento de Vauvenargues: «Los jóvenes sufren menos á causa de sus culpas que á causa de la imprudencia de sus padres.»

Sr. Marsanne. (*Levantando los hombros.*) Con máximas como esa se preparan las revoluciones. (*Va á mirar por la ventana á través de la vidriera.*

Sra. Marsanne. Doctor, usted conoce á mi marido, y sabe bien que no hace más que cumplir con su deber. Es un hombre sabio, discreto, reflexivo, poco amigo de hablar mucho y muy amigo de pensar más.

Doctor. Su sonrisa ha llegado á ser proverbia[1].

Sra. Marsanne. Sin embargo, su amigo de usted, el señor Chantrel, le conoció sus flacos.. .

Dector. No merece reproche por esto....

Sr. Marsanne. Es de usted el carruaje que está abajo?

Doctor. Sí.

Sra. Marsanne. Despáchelo usted, almorzará con nosotros.

Doctor. No puedo, tengo gentes que me esperan.

Sr. Marsanne. Ah! (*Sonriendo.*)

Sra. Marsanne. Respóndame usted, Doctor: acaso el tribunal vaciló en confiar á la madre el cuidado del hijo?

Doctor. No.

Sra. Marsanne. Pues bien, sin el divorcio, mi hija hubiera sido condenada á vivir toda su vida con un prostituido, y yo me pregunto: qué educación hubiera podido dar ese hombre á su hijo?

Doctor. Usted sabe bien, señora, que Raymundo no es un prostituido.

Sra. Marsanne. Es amigo de usted y comprendo que usted lo defienda; pero declaro que lo mejor que pudo acontecer á Lorenza y al pequeño Julián, fué: á ella, encontrar un esposo, y á él, un padrastro como de Girieu.

Doctor. Reconozco que el señor de Girieu es un caballero.

Sr. Marsanne. Ya lo creo! hijo de un magistrado! La desgracia, únicamente la desgracia pudo hacer que ella no se hubiese casado con él, el primero; que hubiese preferido al señor Chantrel y que nos hubiera obligado, por decir así, á consentir en ese matrimonio. El señor Chantrel carecía de fortuna ó poco menos. Sé que tiene una propiedad en Túnez, pero esta propiedad le cuesta un ojo de la cara ... y después.... en fin, yo tenía el presentimiento que nada bueno traía consigo ese hombre (*á la señora Marsanne*) No es verdad que te lo dije, amiga mía?

Sra. Marsanne. Míralos.

Sr. Marsanne. En efecto, Lorenza y su marido. (*Entran Lorenza y el señor de Girieu.*)

ESCENA SEGUNDA.

Dichos.—Lorenza. —Sr. de Girieu.

Girieu. (*Cincuenta años aparentando más.*) Buenos días, Doctor, tranquilice usted á la señora Girieu, se alarma por nada.

Lorenza. (*Con sencillez.*) Cuando se trata de un hijo no hay pequeñas inquietudes para una madre. No estoy contenta de mi bebé, Doctor, ha dormido mal, estuvo agitado y soñó llamándome. Esta mañana se quejaba de tener «*coco.*» Ha querido venir sin embargo, porque sabe que iba á ver á su padre, pero me arrepiento de haber cedido. Tose un poco.

Doctor. Vamos á examinarlo y espero poder tranquilizarla del todo.

(*Sra. Marsanne hace un gesto á Marsanne que sonrie, y la sigue. Salen con el doctor.*)

ESCENA TERCERA.

Lorenza. —Sr. de Girieu.

Lorenza. Ah, Dios mío!

Girieu. Querida mía, permite á tu marido, que por tí siente profundo afecto y respetuoso amor, permítele reprenderte un poco, muy poco y tiernamente.

Lorenza. Por qué causa?

Girieu. (*Muy tierno.*) A causa de la emoción en que te encuentras. Sé cuanto amas á tu hijo y me gusta que lo quieras mucho, pero paréceme que te falta sangre fría en las circunstancias actuales. Julián no tiene nada, te lo aseguro y no juzgo buen camino para formar su carácter, mostrarle un semblante afligido á la menor de sus quejas. Al verte tan turbada, él exagera su mal y tú lo vuelves enfermo á fuerza de temer que llegue á estarlo. Te consta el cariño que me inspira. Es en su nombre, en bien de su porvenir por lo que yo te hablo de este modo. (*Sonriendo.*) No te exijo que lo eduques como un espartano, pero algunas veces, casi siempre, me parece que traspasas los límites de lo razonable y que él se desarrollaría mejor si lo ahogaces menos entre colchas y abrigos: en una palabra, si le dieras una educación un poco más viril.

Lorenza. Reflexiona, amigo mío, reflexiona. Teniendo á mi hijo con tos, y con una poca de fiebre, tú me reproches que á pesar del mal tiempo que hace....

Girieu. No me refiero al día de hoy, en que su enfermedad puede justificar precauciones más grandes; hago alusión no sólo á los vestidos que le pones, sino á tu manera de ser en general con él. Aunque sea trivial la idea, pero la verdad es que lo estás echando á perder.

Lorenza. Julián es delicado.

Girieu. (*Sonriente*). Y sin embargo, días pasados abofeteó de lo lindo al pequeño Lamir que tiene dos años más que él. Julián, es un muchacho sano y robusto, pero lo estás afeminando al educarlo entre algodones. Bien sabe Dios, amiga mía, que yo .

Lorenza. No tengo más que á él.

Girieu. (*Serio*). No tienes más que á él? Cierto.. Justamente es por esto por lo que es preciso hacerlo un hombre.

Lorenza. (*Con amargura*) Según tú, no hay otro medio para hacerlo un hombre que enviarlo al Liceo. Es aquí á donde querías llegar?

Girieu. No, no era esa mi idea, pero en verdad, amiga mía, no extraño que cuando abordamos este asunto, lo hagamos con la menor reserva que cuando emitimos en otros asuntos, opiniones diversas....(*Muy amoroso*). Sabes bien que yo acabo siempre por ceder, lo sabes y ahora comprende que no me guía otro móvil que el bien de tu hijo.

Lorenza.. (*Tendiéndole la mano*). Te pido perdón.

Girieu. (*Besándola*). Otro tanto.

Lorenza. Pero la idea de enviarlo al Liceo.... .

Girieu. (*Dulcemente*). Lo sé, pero tarde ó temprano, sin embargo, hay que aceptarla. Te lo repito, va en su interés.

Lorenza. No pudiéramos ponerle en casa los profesores que necesita?

Girieu. Esto no equivale á la educación en común. Todo ese mundo diminuto que le rodearía, es realmente un mundo diminuto; pero es mundo. Ahí comienza la experiencia de la vida y uno se encuentra mejor armado más tarde, que si la celosa terneza de una madre nos hubiese ahorrado ese aprendizaje de ligas sociales. No es bueno, querida Lorenza, amar á tu hijo para tí sola; no es prudente soñar con sus gracias que regocijan la vista y con sus caricias tiernas y dulces; no es cuerdo pensar tan sólo en el placer que experimentas teniéndolo sin cesar cerca de tí. Es preciso preocuparse por su porvenir y preparar este porvenir desde ahora......Quién te asegura, Lorenza, que más tarde no se te reprocharía el egoísmo de tu ternura?

Lorenza. El egoísmo! Creés que no le amo?

Girieu. No. Yo digo que no lo quieres como debes quererlo, que no ves sus defectos.

Lorenza. Defectos un bebé de cinco años?

Girieu. Seis años dentro de algunos días.

Lorenza. Está bien. Qué defectos has descubierto en el?

Girieu. (*Riendo*). Tranquilízate, no son numerosos ni graves, pero sin embargo los tiene como todos los niños, porque según creo no es distinto de los otros.

Lorenza. Para mí, sí.

Girieu. No se hable más de esto; nada puedo decir sin que lo tomes á mal. (*Sonriente*). Me equivoqué. Estás contenta?

Lorenza. Tal parece que tu afán es contradecirme en todo; te aseguro que Julián no es un niño vulgar, que es mucho más inteligente que los niños de su edad. Tú eres el único que no le reconoces así, no sé verdaderamente lo que tienes contra él. Ah! si fuese tu hijo, me comprenderías.

Girieu (*Grave, después de una pausa*) Sí....Esposa mía, quieres que hablemos seriamente tan sólo dos minutos? Cuando yo me he casado contigo, te prometí ver por Julián como si fuese mi propio hijo. Yo te hablo como lo he hecho, precisamente porque mantengo mi promesa. Palabra de honor que por esto es y nada más que por esto. Creo cumplir mi deber, á pesar de exponerme á tu mal humor, procurándome á mí mismo el disgusto de contrariarte en este punto; pero no pretendo forzar tu voluntad y ahora que he dado mis razones, haz lo que quieras, que estará bien hecho.

Lorenza. Por mi parte te prometo reflexionar seriamente en tus palabras, más que todo por darte gusto, pero no digas que Julián tiene defectos.

Girieu. Sin embargo......

Lorenza. Te aseguro que eres severo, muy severo con él, casi injusto.

Girieu. Sea.

Lorenza. Todo el mundo me lo elogia.

Girieu. Sí, tus padres.

Lorenza. Mis padres y otras personas. No es en el Liceo donde mejor se educaría.

Girieu. Si esa es tu opinión......

Lorenza. Que no es la tuya....En fín, puesto que es preciso decirte todo, lo haré: hay una razón de-

finitiva para no enviarlo al colegio, su padre opina que debe esperarse un poco.

Sr. de Girieu. (*Picado*) Ignoro el motivo, pero efectivamente esto corta toda discusión y veo que me he mezclado en lo que no me importa.

Lorenza. Qué palabras son esas?....Jorge, tú no amas á ese niño.

Sr. de Girieu. Yo?

Lorenza. No, tú no lo amas, y no puedes explicarte el motivo, pero yo tengo la clarividencia de una madre y siento que cada día que transcurre aumenta tu aversión hacia él. Ah, Dios mío! sé que me vuelvo casi una niña cuando le hablo, cuando juego con él, y tú me escuchas y me miras á sangre fría, y todo esto debe parecerte pueril, pero si tú lo amaras te parecería encantador. Todo lo que hago lo interpretas á su perjuicio, no le hablas más que para dirigirle reproches, no le disculpas ni las más ligeras faltas. Día á día te alejas más de él. Quizá no lo has advertido, pero lo que te estoy diciendo es la verdad. Tú quisieras que tuviera la gravedad de un niño de diez años. Al menor ruido que hace, frunces las cejas. No es cierto? El domingo, escucha, el domingo vino á jugar á la sala, tú le ordenaste que callara y él calló, pero como diera principio á su juego, tú saliste. Otro día....esto nunca te lo había dicho, entrábamos juntos tú y yo á tu despacho, yo me acerqué al espejo para quitarme el sombrero y através de ese espejo observé todos tus movimientos sin que pudiese caberme duda alguna. Habías encontrado sobre el bufete no sé que juguete que él había olvidado quizás y tu boca se contrajo con rabia y arrojaste el juguete con ira. Yo me fui á mi alcoba para no llorar en tu presencia. Me llamaste: fué aquel día cuando me encontraste con los ojos enrojecidos y cuando tan largas preguntas me hiciste. Estos, son hechos sin importancia, pero los sentimientos se descubren por medio de estos detalles y he llegado á persuadirme de que lo aborreces.

Girieu. Lorenza, te aseguro que......

Lorenza. Lo reconozco, has luchado contigo mismo y te has esforzado para mantener la promesa me hiciste antes de nuestro matrimonio y crees que de buena fé cumplirla religiosamente. Pero una aversión instintiva te envenena y si quieres enviar á ese niño al colegio no es por él, es por tí, porque le ves como un extraño.

Girieu. Lo que me estás diciendo me molesta y me produce profunda pena. Temo mucho en efecto Lorenza no amar á tu hijo......Sí, has visto en mi más claramente que yo mismo. No le amo. Esto se ha realizado poco á poco....y ahora observo que....Desde que nos casamos—no he tenido contigo más que una dificultad séria, el día que he querido—en su interés y en el tuyo—castigar á tu hijo que te había desobedecido. Tú viniste en su defensa con impetuosidad, y en tus ojos, cuando me hablaste, ví brillar destellos que me eran desconocidos, tu voz misma estaba cambiada. Desde este día comenzó todo. Y si hemos llegado á este extremo ha sido por tu culpa. Todos mis esfuerzos los has interpretado mal. Hace mucho tiempo te persigue la idea de que no le profeso cariño y á todas mis tentativas mal comprendidas por tí, has opuesto el obstáculo de tus suposiciones ó de la autoridad paterna del señor Chantrel....Este es un motivo que me ha alejado de él....tienes razón ...y no le tomes como un reproche; pero resueltamente he tomado el partido de no ir hacia él, porque tengo la seguridad que nada puedo esperar de su cariño.

Lorenza. Por qué?

Girieu. (*Después de un largo silencio y á media voz.*) No me atrevo á decírtelo ... Tú procuras que ame mucho á su padre...

Lorenza. Qué clase de madre sería yo si obrase de otro modo? No es este mi deber?

Girieu. Sí, pero antes de mucho, ese cariño provocará en el corazón de tu hijo una profunda aversión contra mí. Instintivamente me rechaza.

Lorenza. (*Sin convicción.*) No es verdad.

Girieu. Bien sabes tú que sí.

Lorenza. Qué quieres que haga yo?

Girieu. (*Con emoción.*) Nada. He aquí lo difícil de nuestra situación.

Lorenza. Cuando yo me casé contigo, no ignoraste estas dificultades.

Girieu. (*Conmovido.*) Me engañé á mí mismo! Por eso no te lanzo reproches...... Sin embargo, á pesar de mi profundo amor por tí; no obstante los esfuerzos que he hecho por olvidar, soy hombre y no puedo impedir que el sufrimiento me haga su víctima cuando te oigo hablar de tu hijo, el hijo de aquel á quien.... (*bajando la voz*) y sin embargo......

Lorenza. Qué quieres decir?

Girieu. Mi sentimiento no será noble, pero no lo puedo remediar, te lo confieso, enrojecido de vergüenza.... sufro oyéndote hablar de ese padre con tanta indulgencia, con tanta bondad.... con misericordia.... Yo sé.... me figuro que ocultas. .. Ah, Lorenza! mide con estos detalles la inmensidad de nuestra miseria y la profundidad de mi desgracia: en las mañanas, me pongo á escuchar á la puerta de tu alcoba la conversación que tienes con ese niño, y después......

Lorenza. Después? Habla, puesto que hemos abordado este asunto, es preciso que nos digamos todo.

Girieu. Pues bien... .

Lorenza. Pues bien. . .

Girieu. Tanto es lo que te amo, que no puedo amar á ese niño.

Lorenza. No te comprendo,

Girieu. (*Con voz sorda, con la más grande emoción.*) Se le parece mucho. (*Con viveza.*) Escúchame, Lorenza y perdóname si te causo disgusto: mi dolor es tan grande que puede servirme de excusa, pero yo quiero que me comprendas, te lo repito: he hecho todo lo que he podido para amarlo. he intentado llegar á ser.... pero la ley, el derecho natural, le dan á su padre una autoridad irrevocable, y padezco y me atormenta que un extraño pueda intervenir entre nosotros é imponer su voluntad en nuestra propia casa.

Lorenza. El que llamas extranjero no lo es para ese niño.

Girieu. (*Sin dureza, pero con profunda tristeza.*) Al oír como lo defiendes. me pregunto si no te has desligado por completo de él.

Lorenza. Jorge!

Girieu. (*Dolorosamente.*) Qué desgraciado soy, Lorenza! Yo me casé contigo para tenerte á tí y no para subordinar mi existencia al hijo de otro. El es el amo; sus caprichos, sus necesidades si tú quieres, son las que arreglan nuestros viajes, nuestro método de vida, nuestras horas de intimidad y amor. Yo soy su esclavo: he aquí la verdad. Y esto no puede durar. Hace mucho tiempo, mucho tiempo, veo entre nosotros el retrato animado de ese hombre que le dió el nacimiento con tu unión y de que estoy horriblemente celoso. Ese niño que va y viene por la casa es un atroz sufrimiento para mí. Cada vez que mis miradas se posan en él, se evocan en mí dolorosos recuerdos y pienso en el padre, en vuestra intimidad de otras épocas, en los besos que os habéis cambiado. En una palabra, para decirlo de una vez. ese niño es prueba evidente del amor que has sentido por otro, por otro que aún vive, y que vive con recuerdos y cuitas que son mis cuitas y mis recuerdos propios. No, yo no quiero tener en cada momento de mi vida, esa prueba delante de mis ojos.... Escucha, el otro día miraba al señor Chantrel.... esto es horrible.... sus ojos son los mismos ojos, los mismos ... No, ten piedad de mí, Lorenza.... Te amo tanto! tanto . .

Lorenza. (*Como para sí misma*). No es así como yo hubiera querido ser amada.

(*Entran el Doctor, el señor y la señora Marsanne*).

ESCENA CUARTA.

Lorenza, señor Girieu, el Doctor, señor Marsanne, y Señora Marsanne.

Lorenza. Y bien?

Doctor. (*Serio*). Se trata sencillamente de un caso de gripa. Será cuestión á lo sumo de dos ó tres días (*á Lorenza*). Tranquilícese usted señora, quédese con él y espere la receta que voy á prescribirle. Mientras tanto, haga tomar al niño el vomitivo que le he indicado, con eso y un purgante, espero que amanecerá mejor.

Lorenza. De veras?

Doctor. Es muy probable.

Lorenza. Gracias Doctor. (Sale).

ESCENA QUINTA.

Dichos, menos Lorenza.

Doctor. (*Inquieto*). No hay nada grave, pero es preciso, sin embargo, tomar sus precauciones. Os aconsejo retener al niño aquí, hasta que pueda irse por su pié.

Sra. Marsanne. (*inquieta*). Está tan seriamente enfermo que no se le puede transportar?

Doctor. Por Dios señora!.... llueve, hace un poco de frío, es preferible pecar por exceso de prudencia...

Sr. Marsanne. Ciertamente.

Doctor. Señor de Girieu, tengo una súplica que elevarle.

Sr. Girieu. Véamos.

Doctor. Usted sabe que había venido á buscar á Juliancito para llevárselo á su padre. A fin de aprovechar todo el tiempo que se le tiene concedido, Raymundo se propuso acompañarme. Me espera abajo. Imposible es hacer salir al bebé. Si desciendo solo, si digo á mi amigo por qué desciendo solo, va á entrar en una angustia mortal. Usted sabe, señor, cómo adora á su hijo. Estamos aquí en casa de los padres de la señora de Girieu, en una casa que puede decirse no es la de usted; mi demanda por lo tanto no será ni inmotivada ni incorrecta. Apelo á su buen corazón y le suplico me otorgue su permiso para conducir á mi amigo cerca de la cuna de su hijo.

Girieu. Usted no reflexiona, Doctor, en lo que pretende de mí.

Doctor. Ya lo creo! Y así tengo la certidumbre de que el señor y la señora Marsanne no habrán de oponerse.

Girieu. Pero yo......

Doctor. No añadiré más que una palabra que lo decidirá; el Sr. Raymundo Chantrel, aunque no ejerce, ha hecho estudios médicos muy avanzados, y no estaría por demás consultar su opinión.

Girieu. Y si yo rehusase?

Doctor. Cualquier hombre y cualquiera mujer de corazón se lo reprocharían.

Girieu. (*Después de una pausa*). Sí, me lo reprocharían! Sea, caballero.

Doctor. Gracias.

Girieu. Pongo una sola condición: que el señor Chantrel no esté cerca del niño al mismo tiempo que la madre.

Doctor. Perfectamente. Voy á prevenir á la señora Girieu. (*Sale*).

ESCENA SEXTA.

Señor de Girieu, señor de Marsanne, señora Marsanne. después Lorenza.

Sra. Marsanne. El Doctor tiene el semblante más intranquilo de lo que parece.

Girieu. Al contrario, yo creo que exajera el mal.

Sra. Marsanne. Usted sabe la gran confianza que le tenemos. Lo hemos visto hacer curaciones admirables (*al señor Marsanne*). ¿No es así, amigo mío?

(*Entra Lorenza*).

Lorenza. (*Dando la mano á su marido y á media voz.*) Cuánto te lo agradezco, Jorge.

Girieu. Cómo sigue?

Lorenza. El Doctor lo reconoce de nuevo. (*Sale por la izquierda.*)

Girieu. La verdad es señor Marsanne que usted debe reñir á Lorenza por la manera con que educa á su hijo.

Sr. Marsanne. (*Después de una sonrisa.*) Sí, lo está criando muy delicado.

Sra. Marsanne. No podría usted intervenir?

Girieu. La ley no acuerda el ejercicio de la Patria Potestad al segundo marido de una mujer divorciada.

Sr. Marsanne. Si se hubiese seguido mi opinión, al casarse Lorenza por segunda vez, se hubiese puesto al niño bajo la tutela de un tercero.

Girieu. He hablado á Lorenza, lo saben ustedes, pero no ha querido separarse de él.

Sra. Marsanne. (*A su marido*) Tú deberías exigirlo.

Sr. Marsanne. Sólo una persona tenía derecho para pedir al Tribunal que la guarda del niño fuese substraída á la madre; esta persona era el señor Raimundo Chantrel, pero del mismo modo que durante el juicio respectivo Chantrel dejó que se pronunciara en su contra el divorcio sin intentar defenderse, en las actuales circunstancias ha querido no contrariar para nada la voluntad de su.... la voluntad de Lorenza. No se puede pedir de él más.

(*Entra el Doctor Mossiac.*)

ESCENA SEPTIMA

Dichos y el Doctor.

Doctor. Caballero; mi amigo Chantrel solicita de de usted un instante de conversación.

Girieu. A mí? Qué me quiere?

Doctor. El mismo se lo dirá á usted.

Sra. Marsanne. Se halla el niño en peligro?

Doctor. En peligro inmediato no, señora.

Girieu. Me es imposible ver al señor Chantrel.

Doctor. Se lo suplico, recíbalo.

Sra. Marsanne. Amigo mío, haga usted lo que dice el Doctor.

Girieu. Bien, acabemos, que venga.

Doctor. Desea platicar á solas con usted.

Sra. Marsanne. (*Al señor Marsanne.*) Amigo mío, veamos á Lorenza.

Doctor. (*Después de haber llamado al doméstico.*) Quiere usted decir al señor Chantrel que está abajo, que el señor de Girieu le espera? (*Al señor de Girieu*) Caballero, Julián está atacado de una neumania gripal.

Girieu. Entonces, es grave?

Doctor. Muy grave.

Girieu. Peligroso?

Doctor. Si las cosas siguen como van, el niño podrá morir en dos ó tres días.

Girieu. Pero Doctor, ésto no es posible.

Doctor. El diagnóstico no deja lugar á duda.

(*Entra Raimundo—el Doctor sale.*)

ESCENA OCTAVA.

Raymundo—Señor de Girieu.

—

Raymundo. (*Conmovido.*) Caballero.... he aquí lo que me pasa: el Doctor se lo ha dicho; mi hijo está gravemente enfermo......por lo tanto yo debo permanecer cerca de él—(*No puede hablar.*) Pido á usted perdón, y....
Girieu. Piensa usted permanecer á su lado?
Raymundo. Señor....vengo á rogar á usted y al señor de Marsanne que me permitan .....
Girieu. No comprendo. Usted quiere permanecer cerca de él....y cuánto tiempo!
Raymundo. Pues....hasta que se halle fuera de peligro.
Girieu. Habla usted en serio!
Raymundo. No debo partir, irme de aquí, irme á mi casa, á seguir el curso ordinario de mi vida, mientras mi hijo....Tendrá usted la crueldad de oponerse?
Sr. de Girieu. Comprendo lo que usted debe sufrir, caballero, y se lo digo francamente y sinceramente: quisiera darle el consuelo que usted solicita de mí, quisiera hacer este sacrificio en su obsequio, pero esto no es posible.
Raymundo. Porqué?
Sr. de Girieu. Porque la señora de Girieu va á querer igualmente estar á la cabecera del lecho de su hijo. Ella es la madre y no ha pasado por mi mente el impedirle que cumpla con su deber. El puesto de usted no está junto de ella.
Raymundo. Aunque se trate de nuestro hijo moribundo?......
Sr. de Girieu. Nada tengo que añadir.
Raymundo. Pero no ha comprendido usted....
Sr. de Girieu. Sí, y temo......
Raymundo. Se necesita tener el corazón muy duro y ser esclavo del más refinado egoísmo para responderme de ese modo, señor de Girieu, se lo suplico.
Sr. de Girieu. Nada tienen que ver los sentimientos de piedad.
Raymundo. Se lo suplico, lo imploro: hay un bebé que se debate entre la fiebre y bajo la amenaza de la asfixia; hay una madre que se deshace en lágrimas y un padre que está para volverse loco. Todo esto le consta á usted porque cae bajo el dominio de sus ojos y cuando ese padre y esa madre le ruegan que no los separe de su hijo, de ese hijo desgraciado al que quizás ya no verán dentro de muy pocos días, usted se desatiende de sus ruegos, su dolor no despierta en usted un sentimiento generoso, usted permanece insensible, no conservando más que rencores mezquinos é inquietudes ultrajantes. Ambos exigimos el derecho de llorar delante de esa cuna y usted se resiste. Porqué? por celos insensatos.
Sr. de Girieu. Tal vez.
Raymundo. ¡Esto es el colmo de la crueldad!
Sr. de Girieu. No seré cruel ni para la señora de Girieu á quien facilitaré en todos sentidos los medios de cumplir sus deberes de madre, ni para su hijo á quien de todo corazón deseo el pronto alivio. Si estoy duro con alguno es con usted y nada más que con usted. Esto no debe sorprenderle. Haga usted recuerdos: yo amaba á la hoy señora de Girieu y contaba con la aquiescencia de sus padres. Usted fué mi rival y mi rival afortunado. Yo hubiera podido perdonarle si hubiese dado á aquella con quien se unió una existencia de quietud y felicidad; en lugar de esto usted la ultrajó con su mala conducta y la ultrajó tan gravemente, que ella tuvo que apelar al divorcio para romper sus ligas con usted. Después de haber llorado mucho por culpa de usted; después de haber sufrido más, ella comprendió que era necesario ir en pos de un cariño honrado y consintió en ser mi esposa, en ser la esposa del hombre que había sufrido sus desprecios. Quiere usted que se lo diga todo? Pues bien, ha adivinado usted, estoy celoso. No quiero que entre mi mujer y usted haya emociones comunes: yo no quiero que usted y ella sufran las mismas inquietudes ni que usted tenga las alegrías de las mismas esperanzas. Váyase usted, señor.
Raymundo. No puedo irme.
M. de Girieu. Le digo á usted que no se quedará aquí.
Raymundo. Olvida usted que aquí no está en su casa y que esta autorización que he venido á pedirle puedo obtenerla del señor y de la señora Marsanne.
M. de Girieu. Si se le dan á usted, me llevaré el niño á mi casa.
Raymundo. A riesgo de......(*Conmovido*). Póngase usted en mi lugar......Piense usted; si fuera su hijo!
M. de Girieu. No es mi hijo y usted ha hecho todo lo posible para que yo no le olvide.
Raymundo. Lo que yo reclamo no es una gracia, es el ejercicio de mis derechos, los derechos del padre que
M. de Girieu. Esos derechos los ha perdido usted.
Raymundo. Los he perdido!
M. de Girieu. No soy yo la causa de lo que usted sufre en este momento. Es usted. Usted olvidó en otro tiempo sus deberes de esposo y sus deberes de padre y desde ese día le está prohibido hablar de sus derechos.
Raymundo. (*Animado*). Esos derechos, señor, no hay falta por grave que sea que pueda quitármelos. A pesar de usted, me quedo, me entiende usted, no es verdad? Me quedo! Y vamos á ver si tiene usted el poder y el valor de traer aquí á la policía para arrancarme de la cuna en que sufre mi hijo, si osaría usted, á riesgo de matarle, llevarle, á él, por las calles frías hasta su casa de usted. Eso no lo hará usted, yo lo afirmo que no lo hará.

Larga escena muda. La puerta de la cámara de Juliancito se entreabre suavemente. Aparece Lorenza con un papel en la mano. Los dos hombres se separan y fijan los ojos sobre ella. Ella mira largamente hacia afuera después cierra la puerta con mil precauciones para no hacer ruido. Actitud de gran dolor. Desciende á la escena. Está muy conmovida, pero sin lágrimas, ya sin gestos y su fisonomía es grave.........Muy sencillamente va derecha hacia Raymundo.

ESCENA NOVENA

Raymundo, Lorenza, Señor de Girieu.

Raymundo. (*A Lorenza, con mucha sencillez*). Y bien?
Lorenza. (*En el mismo tono*). Acaba de dormirse.
Raymundo. (*Siempre con sencillez*). La fiebre?
Lorenza. (*De la misma suerte*). Sigue.
Raymundo. Le has puesto un termómetro?
Lorenza. Sí.
Raymundo. Cuánto?
Lorenza. Treinta y nueve.
Raymundo. La tos?
Lorenza. Incesante. La respiración difícil.
Raymundo. Y el rostro congestionado?
Lorenza. Sí.
Raymundo. El Doctor le ha dado á usted sus indicaciones?
Lorenza. Venía á enseñárselas. Yo no comprendo bien esto.

Están muy cerca el uno del otro, mirando los dos las indicaciones que tiene Raymundo.

Raymundo., (*leyendo*). «Manténgase la temperatura igual en el cuarto del enfermo.»
Lorenza. Bien.
Raymundo. (*leyendo*). «Envuélvansele las piernas de algodón y recúbrase éste de tafetán engomado» Lo haré yo mismo luego que se despierte. Usted dirá que me avisen.
Lorenza Sí....(*al Sr. de Girieu*). Amigo mío, ten la bondad de ir á la casa y envíame á la recamarera con lo que se necesite para tres ó cuatro días. Ella sabrá. *M. de Girieu vacila. Lorenza no comprende y continúa*). Te suplico, apresúrate porque quiero que Luisa me dé la dirección de una enfermera que ella conoce.
M. de Girieu. Está bien. *Se dirige hacia la puerta y contempla á Raymundo y á Lorenza*).
Lorenza, (*á Raymundo*). Qué será bueno darle de beber? He olvidado preguntarlo y tiene sed.
Raymundo. Malva.
Lorenza. No le gusta, según creo.
Raymundo. Sí, sí....Se acuerda usted, cuando tuvo el sarampión?
Lorenza. Sí, sí...mucho que nos inquietamos también entonces!
Raymundo. La bebe sin repugnancia, se acuerda usted bien?
Lorenza. Sí, me acuerdo, en efecto......Entonces malva......Releeremos las indicaciones: no he olvidado nada?...Sinapismos....el algodón. Usted se ocupará de eso. Yo voy á mandar hacer el jarabe. En seguida....de hora en hora una cucharada cafetera de la poción siguiente...

El telón baja en tanto que ella continúa. El señor de Chantrel ha salido lentamente al oír las últimas palabras.

ACTO SEGUNDO.

LA MISMA DECORACION.

—

ESCENA PRIMERA.

La Sra. Marsanne. El Sr. Marsanne.—Una recamarera. Después una religiosa.

Noche.—Las cortinas de las ventanas están corridas. Una lámpara, colocada sobre la mesa del centro, alumbra únicamente la escena. Un periódico doblado en cuatro dobleses y colocado contra la pantalla, impide á la luz herir los ojos del señor Marsanne, que duerme sobre una chaise longue, á la derecha, roncando ligeramente. La señora Marsanne, sentada cerca de la mesa, á la izquierda, grave, reflexiona. Entra una recamarera, Luisa, por la puerta del fondo, á la derecha.

Luisa. La señora pregunta si ha llegado el médico.
Sra. Marsanne. Que no lo espere aún. El Sr. de Chantrel fué á buscarlo hace apenas un cuarto de hora; no puede estar aquí antes de la media, suponiendo lo mejor.
Luisa. Eso he dicho yo á la señora. Pero la señora está en un estado tal...... la señora va á enfermarse, de seguro. Esta es la tercera noche que pasa.
Sra. Marsanne. Y esta ha sido más horrible que todas las otras.
Luisa. Sí, dos veces hemos creído que era el acabóse.... Y todavía ahora.... (*Suspira.*) Si ella pudiera llorar, eso la aliviaría.... pero permanece ahí.... teniendo la mano del señor Julián en la suya.... como para impedirle que se vaya.
La Sra. Marsanne. (*aparte.*) Pobre Lorenza! Qué no oíste un coche?
Luisa. (*Dirigiéndose á la ventana.*) No, señora... Ya hay luz, ya es de día.
La Sra. Marsanne. Entonces descorre las cortinas, (*Luisa obedece.—Luz*) y llévate la lámpara, mi buena Luisa.

Luisa sale con la lámpara.—La señora Marsanne llora. Entra la religiosa.

La religiosa. No llore usted, señora. Creo poder anunciarle una grande y feliz noticia.
La Sra. Marsanne. Diga, hermana, diga.
La religiosa. El niño está salvado.
La Sra. Marsanne. Cómo puede usted saberlo?
La religiosa. He visto tanto á esos pequeñuelos, que ya no me engaño...... La quietud, la desefervescencia como dice el Doctor, comienza á producirse y los síntomas de esta noche que tanto nos han asustado, eran las últimas amenazas del mal.
La Sra. Marsanne. Oh! si dijera usted la verdad, hermana mía!......

Se dirige hacia el cuarto de Julián.

La religiosa. Déjele, señora, apenas acaba de dormirse, no haga usted ruido.... Puede usted creerme.... y yo le aseguro que estoy muy contenta.... por el señor y por la señora.. . (*ante una mirada interrogativa*) por el padre y por la madre. Cuando el señor vuelva, qué feliz va á ser! Decía á usted que yo he asistido frecuentemente á semejantes dolores, pues que nuestra orden proporciona enfermeras y es á mí á quien se ve de preferencia cuando se trata de un niño.
La Sra. Marsanne. Por qué á usted?
La religiosa. Yo no tengo que saberlo, nuestra madre es la que manda... y naturalmente, yo obedezco. (*Prosiguiendo.*) Pues bien, acaso jamás he visto una energía tan grande como la del señor... los sollozos son en esos casos, frecuentemente, un signo de debilidad más que una muestra de dolor.... El señor no tiene lágrimas, pero nada más al ver sus ojos que no abandonan los del pobre niño, nada más al ver su valor durante esas tres noches.... yo misma señora, yo misma, con todo y que no es ese quizá mi deber.... fuí á esconderme para llorar.

Sra. Marsanne. Sí.... Y mi pobre Lorenza?....
La religiosa. (*Con mucha sencillez*). ¡Oh! las madres,

señora, no hay para que hablar, todas son parecidas!

Sra. Marsanne. Cómo dice usted eso, hermana mía?... ¿Y cómo usted, tan joven, está donde está?

La religiosa. Perdóneme usted, señora, nuestra regla nos prohibe hablar de nosotras mismas, (*una pausa*). He dicho á la señora su hija de usted como estoy tranquilizada ahora: ella no quiere creerme.

Sra. Marsanne. Piense usted que desde hace tres días vive con el pensamiento de que Dios va acaso á arrebatarle á su hijo. Será feliz, cuando el doctor

La religiosa. Así lo creo, el señor y la señora...

Sra. Marsanne, [*cohibida*]. Hermana mía.... Es preciso que yo le advierta..... No diga el señor y la señora hablando del padre y de la madre de Juliancito. Mi hija es la divorciada ..

La Religiosa. ¿Divorciada?

Sra. Marsanne. Sí, el señor Chantrel, ya no es nada de ella.... .

La religiosa. Ya nada!.... el padre!.... Oh! señora, cuando se es el padre y la madre del mismo hijo, acaso se puede jamás ser nada el uno para el otro?.. . Yo no comprendo......

Luisa [*entrando*]. El Doctor acaba de llegar, señora. Llama á usted, hermana, á usted sola.

La religiosa sale.

ESCENA SEGUNDA.

Señor Marsanne, Señora Marsanne.

Sr. Marsanne, [*despertándose*]. Ah!

Sra. Marsanne. Has dormido un poco.

Sr. Marsanne. Yó? Yo no he pegado los ojos......

Sra. Marsanne. Sí. Has dormitado un momento.... Yo misma puse el periódico frente á la lámpara para que la luz no te despertara...... Bien te he visto.

Sr. Marsanne. Eso me sorprende.

Sra. Marsanne. Raymundo...... el señor Chantrel, quiero decir, fué á buscar al Doctor, que acababa de llegar. La hermana afirma que está mucho mejor.

Sr. Marsanne (*sonrisa*). Bien había dicho yo que no debíamos inquietarnos (*se desembaraza de la manta de viaje y se quita el chal con que estaba envuelto.* Va á volver el señor Chantrel?

Sra. Marsanne. Naturalmente.

Sr. Marsanne. Y el señor de Girieu?

Sra. Marsanne. El señor de Girieu enviará sin duda á preguntar, como lo ha hecho, tres veces al día desde que el niño está aquí...... yo me pregunto, por qué no ha venido él en persona.

Sr. Marsanne. Te sorprendes de eso?

Sra. Marsanne. Me sorprendo y me apeno.

Sr. Marsanne. Haces mal. El Sr. de Girieu ha sido correcto como siempre...... es natural por lo demás puesto que es hijo de un magistrado. No le volveremos á ver sino cuando Julián esté fuera de peligro.

Sra. Marsanne. Yo creo que la presencia del. . señor de Chantrel te contraría mucho.

Sr. Marssane. Es posible.... Pero podíamos nosotros hacer otra cosa que soportarle á él, el padre, con tu sensiblería y tu exajeración?

Sra. Marsanne. Si tú creías que no era conveniente, por que no lo dijiste?

Sr. Marsanne. A tí te tocaba comprenderlo.

Sra Marsanne. No veo por lo demás en que podría ofenderse el señor de Girieu. El señor Chantrel ha sido lo que debía ser. Lorenza y él no han cambiado una palabra que no se refiera á los cuidados que exige el niño. Yo he entrado veinte veces en su cuarto, me ha acontecido permanecer ahí largas horas; los dos parecían no mirarse, cada uno tenía sólo ojos para el pobre niño.

Sr. Marsanne. Si yo no me he opuesto á la presencia del señor Chantrel, es porque sabía que se conduciría así.

Sra. Marsanne. Y sin embargo..

Sr. Marsanne. Y sin embargo, qué? El Sr. de Girieu puede estar tranquilo. Lorenza nada ha olvidado.

Sra. Marsanne. Así lo creo pero.... .

Sr. Marsanne. Nada ha olvidado y nada ha perdonado. Por su parte el Sr. Chantrel no perdorará tampoco á Lorenza su segundo matrimonio, así como ésta no le perdonará su traición. Yo también los he observado durante estos tres días y puedo afirmarte que su reserva mutua provenía de su aversión recíproca más que de cualquier otra cosa.

Sra. Marsanne. Eso debe ser cierto pues que tú lo dices......Sin embargo, la hermana me ha dicho ahí, hace un momento una palabra que me ha herido.

Sr. Marsanne. Qué te ha dicho?

Sra. Marsanne. Me ha dicho esto: «Cuando se es el padre y la madre del mismo hijo, no se puede jamás ser nada el uno para el otro.»

Sr. Marsanne. Tiene razón. Pero se puede ser enemigos. Creeme, Lorenza y Raymundo eran dos enemigos separados por una cuna.

Sra. Marsanne. Si tuvieses razón......

(Entra el Doctor radiante)

ESCENA TERCERA.

Los mismos. El Doctor, después Lorenza.

El Doctor. Y bien, no se ríe aquí? No saben ustedes nada? Nuestro buen mozo ha salido de apuros. Uf! Ahora bien puedo confesar que he estado terriblemente inquieto........Donde está Raymundo?

Sra. Marsanne. Fué á buscar á usted....el pequeño estaba tan malo. ..

El Doctor. Cuando vuelva mi amigo Raymundo, va á tener una gran alegría......Ah! no tiene necesidad de ser médico para saber cómo estamos. En este momento, nada más que al abrir la puerta del cuarto yo he visto á nuestro hombrecito con una cara completamente distinta. La coloración violacea había desaparecido: las pobres alitas de la nariz no palpitaban ya, me aproximé la mano, estaba fresca, la fiebre había cedido y el bebé dormía; dentro de quince días jugará al aro......Vayan ustedes á verlo..... pero suavemente..... Aquí viene la Sra. de Girieu, que no quería creer en su dicha......

Lorenza. No me atrevo todavía á regocijarme demasiado....

El Doctor (*al Sr. y á la Sra. Marsanne.*) Vayan, vayan, verán el cambio operado de ayer noche... Ya saben ustedes, se puede hablar mal de los médicos hasta que se quiera; pero hay todavía muchos que en mi lugar serían tan felices como yo lo soy......y yo estoy contento, les doy mi palabra...

El Sr. y la Sra. de Marsanne salen á la derecha.

ESCENA CUARTA

Lorenza, el Doctor.

Lorenza, (*en el colmo de la emoción.*) Verdaderamente, doctor, cree usted que ahora......

El Doctor. Ya le he dicho á usted que antes de quince días jugaría al aro......

Lorenza. Yo no puedo regocijarme aún....

El Doctor. Naturalmente......No se pasa de un golpe de la espantosa inquietud en que estaba usted á la tranquilidad completa...Se necesitaría llorar un poco...un buen diluvillo de lágrimas, y los nervios de usted se destenderían.. Vaya, lloremos..... Dejese usted llevar....no quiere usted? Pues ya será luego...(*Lorenza vacila y se sienta*) Eh! bien Eh! bien! no vaya usted á desvanecerse...eso ya no se hace ahora....palabra, ya nadie se desvanece ahora.. .

Lorenza. Ah! doctor, doctor!....Como le diré á usted. ..gracias....(*le besa la mano.*)

El Doctor, (*grave*) Quiere usted acabar con esas cosas, hija mía?....Usted es quien le ha creado....Ustedes dos....Vamos, hasta luego! (*sale*)

ESCENA QUINTA.

Lorenza sola, después Raymundo.

Lorenza. (*Sola*) Curado......Está curado......ya no me lo arrebatarán!

Entra Raymundo por la puerte de la derecha. Está ébrio de alegría. Lorenza se levanta, le tiende las manos .... Se miran largamente, no pueden hablar. Raymundo hace un signo con la cabeza. "Sí, está salvado." La más grande emoción les domina: se arrojan la una en los brazos del otro y estallan los dos en sollozos.

Raymundo. (*En voz baja.*) Lorenza!

Lorenza. (*De la propia suerte.*) Raymundo!

Raymundo. (*Misma expresión.*) Nuestro hijo!

Lorenza. (*Misma expresión.*) Nuestro hijito!

Raymundo. (*En voz baja*) Ah! qué miedo he tenido!

Lorenza. Ah! (*Profundo suspiro de terror, se estrecha contra él, con los ojos cerrados. En medio de los sollozos.*) Es cierto, verdad? está salvado.

Raymundo. Sí, Lorenza, sí.

Lorenza. (*Llorando siempre.*) Ah! qué feliz soy!

Nueva escena muda. Lorenza vuelve en su acuerdo, mira á Raymundo, se separa lentamente de él. Largo silencio. Después sus manos se desatan lentamente. Lorenza asustada de lo que ha hecho y bajo la impresión de una especie de terror, balbute: "Ah! Raymundo!" Raymundo se aparta retrocediendo hacia la derecha, da tres ó cuatro pasos.........Quédanse de pié el uno delante de la otra durante un largo momento Lorenza siéntase lentamente á la izquierda y le dice: "Adios"

Raymundo. Adiós!

(*El sale lentamente.*)

Lorenza. (*Se levanta y va hacia la puerta de la derecha que se entreabre con precaución. A media voz á la religiosa que está en la cámara.*) No, hermana mía, no....yo no entro....yo venía á ver solamente (*con el rostro iluminado.*) Si, va bien....duerme? [*escucha sonriendo lo que le dice la hermana.*] Bueno....Bueno....gracias, hermana mía.

Envia con las dos manos un be o á su hijo, vuelve á cerrar la puerta, siempre alegre, y baja de nuevo á la escena, donde encuentra al Sr. de Girieu que acababa de entrar.

ESCENA SEXTA.

Lorenza. [*Yendo hacia él con las manos tendidas, muy alegre y fresca.* Y bien! amigo mío, no sabes pues la buena nueva?

Girieu. Sí. El señor de Chantrel á quien he encontrado, me la ha dicho. Estoy muy contento, Lorenza, por el niño y por tí.

Lorenza. [afectuosa, con una mano sobre el hombro de Girieu.] Ah! mi querido Jorge, qué feliz soy! [en un ímpetu de alegría.] Dentro de quince días me ha afirmado el Doctor que el niño jugará al aro. Esta noche todavía hemos estado muy inquietos, pero de pronto esta mañana, como por milagro, la fiebre cedió, respira dulcemente y ha vuelto á su hermoso sueño de siempre con un aire algo grave y el pulgar en su piquito. Ven á verle. Ven.

Girieu. Es fuerza dejarle dormir.

Lorenza. Tienes razón. Tu siempre tienes razón. Te quiero mucho, Jorge.

Girieu. [Con tristeza y sin amargura.] Porque he permitido al señor Chantrel.

Lorenza. Oh! la pícara palabra! [mira á la puerta de la derecha.] No han llamado?

Girieu. No......Qué te ha dicho el señor Chantrel durante estos tres días?

Lorenza. Nada. Todas las frases que hemos cambiado eran del género de esta: «Es la hora de la poción? .....Qué temperatura?......páseme usted esto. Tome usted aquello.»

Girieu. Yo temía, te lo confieso, que se aprovechase de vuestra emoción común para hablarte del pasado, para tratar de disculparse, y me alegro de saber por tí que no lo ha hecho.

Lorenza, (*turbada*). No lo ha hecho.

Sr. de Girieu. O que en un determinado momento, el dolor....ó la alegría os aproximara.

Lorenza, (*turbada también*). Que nos aproximara no.... .

Sr. de Girieu. Por qué te turbas al decir esto?

Lorenza, (*misma expresión*). Turbarme?....Pero si te engañas, yo.... .

M. de Girieu, (*tierno y triste*). No intentes mentir, Lorenza, tú no sabes......Veo que no me dices la verdad.

Lorenza, *muy conmovida*). En efecto.

Sr. de Girieu. Qué pasó?

Lorenza, (*grave*). Cuando supimos que nuestro hijo estaba salvado, nos abrazamos llorando. Eso es todo.

Sr. de Girieu. Dios mío! tú, Lorenza, tú! tú has hecho eso?

Lorenza, [*después de un silencio*]. Sí.

Sr. de Girieu. Te prohibo que vuelvas á ver á ese hombre.

Lorenza. Por qué?

Sr. de Girieu. Porque no quiero que él vuelva....

Lorenza. Cállate....Y tú dices que me amas! Y es este furor y son estas suposiciones y estas injurias lo que llamas amor. [*Pausa*]. «Ese hombre» como dices, es el padre de Julián. Es posible que tenga necesidad de hablarle. Yo no acepto tus órdenes y te prevengo que volveré á ver al señor de Chantrel cuando lo juzgue útil para nuestro hijo.

Girieu. «Nuestro hijo.» El niño! Siempre el niño! Es él, el lazo que subsiste; es él quien os ha aproximado; y si yo dejase seguir las cosas, es él quien os arrojaría al uno en los brazos del otro. Pero yo sabré defender nuestra dicha, la tuya y la mía. Puesto que tú careces de razón, de sangre fría y de energía, yo las tendré por los dos, te lo aseguro.

Lorenza. Qué es lo que vas á hacer?

Sr. de Girieu. Nos hemos engañado, Lorenza, cuando creimos que podríamos constituir una familia teniendo entre nosotros el hijo de otro.

Lorenza. Te adivino. Quieres separarme de él. Eso es lo que me habías prometido? Cuando, después del divorcio yo me encontré sola con mi niño, dije á mis padres que me hablaban de un nuevo matrimonio, que rehusaba á fin de consagrarme toda entera á mi deber maternal. Después viniste tú, tú á quien conocía de mucho tiempo atrás; parecías amar á mi Juliancito, jugabas con él y era una alegría cuando llegabas; cuando me preguntaste si yo quería ser tu mujer, tuviste para ese bebé las más dulces palabras, me hiciste promesas llenas de ternura, solemnemente; era un padre el que iba á encontrar. Yo me dejé convencer y te dije que sí..... por él.

Girieu. Me amabas sin embargo.

Lorenza. (Voz baja.) No lo sé.

Girieu. Tú!.... Por qué entonces te casaste conmigo.... Por cálculo quizá?

Lorenza [de pié y con sus ojos en los de Girieu, pero sin brillo.] Me asustas! Dios mío será por eso?.. Puede ser. Mi podre no cesaba de representarme que Julián más tarde necesitaría de un protector puesto que el padre, á lo que parece, se habría vuelto indigno.... Por eso me casé contigo, es cierto.... Tú te quejas de que no te amo, Jorge! Ah! cómo mi reconocimiento por tí hubiera sido grande y profundo y afectuoso, y cómo habríase

pronto convertido en amor, si tú hubieras querido!

Girieu. Yo he querido, pero no he podido.

Lorenza. Tanto peor.

Girieu. Sea como fuere, si yo aceptara hoy rehacer nuestra existencia de otro tiempo sería culpable. No podría impedirme odiar á tu hijo y acaso acabaría por odiarte á tí misma. Seríamos tres víctimas. Al suplicarte que te separas de él dentro de un mes, dentro de dos meses si tú quieres, te causaría, lo sé, una gran pena que desaparecerá en breve, cuando tú hayas adquirido la certidumbre de que vale más así para la dicha de todos. Lorenza, perdóname si por la primera vez en mi vida, te impongo mi voluntad... Yo te declaro que Julián no volverá á mi casa.

Lorenza. ¿Qué es lo que has dicho?.... Ah! pero... qué es pues lo que esperas? Estás loco!

Girieu. Te declaro que no volverá á mi casa.

Lorenza. Pues bien, yo, te declaro á mi vez que no volveré tampoco sin él.

Girieu. Cálmate, querida amiga, y reflexiona. Seámos razonables el uno y el otro y guardémonos de las decisiones tomadas con cólera. El pequeño Julián, dice el Doctor, no podrá salir antes de quince días, y sin duda tú no querrás de jarlo en este tiempo.

Lorenza. Evidentemente.

Girieu. Quédate pues á su lado. Cuando esté restablecido por completo nos esforzaremos en ponernos de acuerdo, y tengo la certidumbre de que lo lograremos. Consulta á tus padres, reflexiona y déjame creer que volverás á tener mejores sentimientos en lo que ve á mí. (*Lorenza mueve los hombros y va á la puerta de la derecha que entreabre*) Tengo confianza en tu rectitud, querida amiga, y yo.....

Lorenza. *Toda entregada á su hijo, pero sin dureza.* Está bien...... habla menos alto.

Sr. Girieu. Adios!

Ella mira á su hijo Entran el señor y la señora de Marsanne.

ESCENA SEPTIMA.

Lorenza, Señor Marsanne, Señora Marsanne.

Lorenza. [Esforzándose para sonreir]. Es preciso esperar, mis queridos padres, que Julián y yo nos quedaremos en casa de ustedes más largo tiempo del que pensábamos.

Sr. Marsanne. Sí...... [sonrisa].

Sra. Marsanne. Cómo es eso?

Lorenza El señor de Girieu no quiere ya á mi hijo en su casa y yo estoy decidido á no separarme de él.

Sr. Marsanne. Entonces?

Lorenza. Entonces, si el señor Girieu no cede, yo no le volveré á ver jamás.

Sr. Marsanne. [Sonriendo]. Diablo!

Sra. Marsanne. [Conmovida]. Qué es lo que dices, mi querida niña!.... No hables así. No piensas en volver á ver á tu marido, veamos... Está loca... Debe llegar un momento en que todo se arregle. Razonaremos con el señor Girieu y cederá.

Lorenza. No cederá.

Sra. Marsanne. Entonces eres tú quien .

Lorenza. Yo? Jamás.... Ah! Dios mio! por qué habéis hecho que me casara con él.

Sra. Marsanne. Mi querida Lorenza! ¿Es que no eres feliz?

Sr. Marsanne. [A su mujer sonriendo]. Vaya! vaya! pero tú no vas á tomar eso á lo serio según creo! Dejad á dos de ellas juntas y podeis estar seguro de que la una exaltará á la otra cuando se trata da sentimiento y las dos dirán tonterías, llorarán y decidirán locuras. No hay en esto, sencillamente, más que una querella amorosa. Lo mejor para que se apacigüe pronto, es no mezclarse en ella, creeme. Quiéres que yo te prediga lo que va á pasar? Dentro de diez días, cuando el bebé esté en pié, no pensarán ya ni el uno ni el otro en lo que se han dicho ahora y se irán á su casa del brazo llevando á Juliancito de la mano.... [gesto de la señora Marsanne]. Vaya.... Yo conozco el corazón humano, no es verdad? He visto acaso muchos otros en mi carrera.

Sra. Marsanne. Ciertamente, pero....

Sr. Marsanne. Yo respondo de la felicidad de Lorenza y de su marido. Yo respondo, entiendes?... Este matrimonio soy yo quien lo ha hecho, puedes, pues, estar tranquila.. . Cuando á pesar mío se casó ella con el señor Chantrel. no te predije acaso lo que sucedió?....... No te dije, «eso no durará?»

Sra. Marsanne. Es cierto.

Sr. Marsanne. Ya lo ves. Ahora con la misma certidumbre, te declaro que yo respondo de la unión, porque reposa, no en el amor frágil y efímero, sino en garantías serias, basadas en la simpatía de los caracteres, en una real comodidad de sentimientos y de intereses. El señor Girieu, yo lo conozco, es un hombre serio y de juicio sano. Se necesitaría que Lorenza estuviese loca para no reeonocerle las más raras cualidades.... Vamos, ya he dicho demasiado, [sonrisa]. Vuelvo á mis quehaceres.... [besa á Lorenza]. Y no hagamos más locuras. [sale].

Lorenza. Madre, se engaña, y la cosa es más grave de lo que él cree.

Sra. Marsanne. Tu padre siempre tiene razón... Tú no lo ignoras.... Ahora.... tú sabes.... si te quedas aquí largo tiempo con tu niña.... yo no me quejaré por cierto.....

Lorenza. Tú, tú eres una madre. [La besa].

Luisa [entrando]. El señor Chantrel viene á preguntar por el niño Julián.

Lorenza. El señor Chantrel.... dígale que pase... [á su madre]. Se trata de su hijo, y lo menos que se puede hacer es ponerle al corriente. Además, es preciso que le diga que no vuelva. Déjanos, madre.

La señora Marsanne sale.

ESCENA OCTAVA.

Lorenza, Raymundo.

—

Raymundo. Está menos bien?

Lorenza. No...... me da usted miedo .. Quién le ha dicho á usted?. ..

Raymundo. Nadie. Pero me parecía ver á usted inquieta.

Lorenza (que ha ido á entreabrir la puerta de la derecha). No, duerme como siempre. Venga usted á verle.

Raymundo. Qué tranquilo aspecto tiene ahora.

Lorenza. No es verdad?.... pero se despierta....

Raymundo. No......

Lorenza. No? Toma la almohada en los brazos. No ha visto usted? (ríe.)

Raymundo. Sí, ha cogido la almohada. (ríe.)

Lorenza. Chut! (Cierra la puerta.) Ha visto usted á ese pobre adorado.... Ese gestecito tan lindo que ha hecho...... con un aire de seriedad.... (dulcemente se echan á reir los dos.)

Raymundo. Y luego se vuelve á dormir...... Lo habría uno besado con placer!

Lorenza. (Feliz.) Sí. Pero ahora. ahora no.... Sólo que eso sí, yo desquitaré mis besos cuando sea permitido.

Raymundo. Se acuerda usted del día en que la punta de mi bigote le entró en el ojo en tanto que yo le acariciaba?

Lorenza. Sí! Sí...... Reímos tanto.

Raymundo. Qué fué lo que me dijo?

Lorenza. (Siempre alegre.) Lo ha olvidado usted.... Busque.... Yo sí me acuerdo...... Le dijo: «Cuando yo tenga bobote».... (Rompiendo á llorar bruscamente.) Dios mío, Dios mío, pobre de mi hijo. Y pensar que no tiene papá.

Raymundo. Lorenza!

Lorenza. (Volviendo á su acuerdo.) Le pido á usted perdón...... Mire, yo quería hacerle saber lo que ha pasado. El señor de Girieu ya no quiere tenerlo en su casa ... Entonces, yo he dicho al señor de Girieu, que yo no abandonaría al niño. Y por eso nos quedamos aquí Julián y yo. Era muy natural que usted supiese.... y como me dijeron que usted llegaba, justamente en el momento en que eso acababa de ser decidido. yo no reflexioné.... quise informarle á usted yo misma...... he ahí todo.

Raymundo. Ah! Lorenza, por qué no haberme perdonado! Ha sido usted implacable!

Lorenza. Sí.

Raymundo. Huyó usted rehusando escucharme.

Lorenza. Sí.

Raymundo. Mis cartas me las devolvió usted sin leerlas.

Lorenza. Sí.

Raymundo. Por qué?

Lorenza. Me había hecho usted sufrir tanto!

Raymundo. Yo era para usted como si ya no existiese.

Lorenza. Yo le amaba tanto, Raymundo! Yo le creía tan diferente de los otros hombres, tan por encima de ellos!...... Ah! ... cuando de pronto me apareció usted .... parecido á todos los demás, entonces, sufrí en efecto, más allá de todo lo que puede decirse.... Usted, el elegido de mi corazón, volvió á entrar en el rebaño trivial de los don Juanes y de los engañadores. Cuando se vió usted obligado delante de mí á confesar su falta proclamada por aquellas cartas, ya no quise verle, y vine á arrojarme á los brazos de mamá como una pobre niña enloquecida y moribunda.... Aquí me han consolado y la noticia causó poca sorpresa á mi padre que no quería á usted. Nada se hizo para calmarme; mi odio se excito en la soledad; cuanto más se mecompadecía más culpable me parecía usted. Las cartas que usted me escribió entonces!...... Ah! esas cartas que yo adivinaba llenas de arrepentimiento.... Tenía el secreto deseo de leerlas, pero una vez había dicho que no las abriría jamás y me creí comprometida por esta palabra que se escapó á mi cólera.... Admiraban lo que llamaban mi carácter y mi valor. Después, como había dicho también que jamás volvería con usted, se habló de divorcio...... y los abogados se mezclaron y todo lo embrollaron, lo dramatizaron todo, lo hicieron todo público con sus laberintos y su papel timbrado. Desde que ellos tuvieron entre manos nuestro honor y nuestra dicha, mis pudores y nuestros secretos, jugaron con todo eso, con mi pena y con nuestras existencias, y cuando yo les ví entre usted y yo, sentí que ya todo había acabado. No le encontré á usted sino en el pasillo trivial y triste del Palacio de Justicia, donde el uno y el otro esperábamos comparecer ante el magistrado que según la ley debe hacer una tentativa de conciliación entre los esposos.... me habían acompañado; cuando estuvimos solos con el juez, estuve á punto de estallar en sollozos cayendo en los brazos de usted, pero persistí en ese «valor» que me había valido tantos elogios y respondí lo más seca y duramente que pude!.... Y esta es la historia de mi divorcio y la de tantos otros, sin duda he aquí como he sido víctima de esa ley implacable y maligna, hecha para casos excepcionales. que vuelve definitivas tantas malas inteligencias, que cierra la puerta á los perdones recíprocos y á las consoladoras generosidades.

Raymundo. Ay! Ay! usted me había colocado demasiado alto Lorenza! Que palabras decirle para hacerme perdonar! Usted me había creido un heroe; si usted supiese de qué bajezas, de qué apetitos de animales y de qué debilidades está hecha la conciencia de un hombre honrado!

Lorenza. Ahora ya sé que no deberíamos esperar poseeros todos enteros y que ser engañados es la fatalidad común á todas las mujeres. Cuán lejos está la vida de darnos lo que se nos ha prometido en su nombre! Cuánto más bello era lo que yo había soñado!

Raymundo. Adivíneme usted, Lorenza, y créame si le digo que mi amor para usted jamás se ha debilitado y que usted ha seguido siendo para mí la bien amada, la respetada, la elegida. No tiene usted por qué estar celosa: lo que tengo de mejor en mí no se ha debilitado. Déjeme acabar, déjeme decirle, que el descubrimiento que usted hizo de mi crimen me reveló repentinamente todas las ignominias de ese crimen, me hizo comprender lo miserable que yo era, arriesgando comprar mis placeres fugitivos al precio de toda su dicha de usted y que esta crisis fué saludable. Lorenza, en el momento mismo en que usted huyó de mí fué cuando yo iba á ser todo lo que usted había soñado; su dolor había sido una redención, la vista de sus lágrimas iba á librarme de las servidumbres ordinarias y á preservarme de las triviales capitulaciones! Ah! si usted hubiese leído mis cartas habría tenido la prueba de tales remordimientos, habría encontrado usted tales esperanzas que me habría perdonado! Y si el perdón no hubiese venido luego, después de largos meses de una ternura inesperada, y de un arrepentimiento evidente, habría usted sido al fin indulgente y piadosa. Es cierto esto? Ah! dígame si esto es cierto!

Lorenza. Es que el deber no consiste simpre en perdonar?

Raymundo. (De pié) Entonces......por qué pues, con ese matrimonio inmediato se ha hecho todo imposible? Qué prisa tenía usted entonces de poner lo irreparable entre nosotros?

Lorenza. La prisa no fuí yo quien la tuve......Su traición de usted había hecho el vacío en mi cerebro y mi corazón. Yo no comprendía ya nada, yo no sabía ya nada, y me alegré de que una voluntad se sustituyese á la mía, me ahorrase la fatiga y el embarazo de una decisión. Mi padre intervino...... Yo me puse en sus manos. Yo le dije: «Haz lo que quieras, pues que tú sabes mejor que yo, donde está mi felicidad......» Y él me habló de mi hijo, que tenía necesidad de un sostén. Tuve miedo de ser una mala madre y cedí. He aquí toda la verdad.

Raymundo. Ah! mi pobre, mi querida amiga ... Si usted supiese lo que yo había imaginado. Yo había llegado á creer....Oh! cómo he sufrido, Lorenza! y me perdonará usted si ahora le digo que no estoy aún libre de esa pesadilla. Yo había llegado á pensar que usted había amado siempre al Sr. de Girieu.. .

Lorenza. Yo!.....

Raymundo. Y que mi falta había sido para usted la ocasión bien acogida de una liberación ...Sí, esto es lo que yo he creído.

Lorenza. Es falso!

Raymundo. Cuando supe su próximo matrimonio.. Si pudiese usted saber qué día de lágrimas y de locura en el sufrimiento fué ese! Yo me debatía contra esta verdad, contra este hecho como contra una pesadilla... Y el día mismo en que usted fué con él á la alcaldía, á repetir el propio juramento que me había hecho á mí!......se lo juro, Lorenza, expié todas mis faltas......y creo que los crímenes más monstruosos, serían absueltos por los sufrimientos que yo experimenté! Resistí á los impulsos de asesinato y de suicidio!......Esta

crisis terminó con una ruptura repentina de todas mi energías......y á cada hora de la noche, enmedio de un dolor impotente de niño abandonado, os he llamado á los dos, con vuestros nombres: Lorenza! Julián! sollozándoles alternativamente!

Lorenza. Raymundo! Raymundo! pobre Raymundo!

Raymundo. Me compadeces, no es verdad? Bendita seas, Lorenza, por tu bondad de ahora!......Al pronunciar mi nombre como acabas de pronunciarlo, con esa ternura y esa dulzura has reparado yo creo, todo el mal que me has hecho (se levanta, le toma las manos y le habla viéndole los ojos.) Ves claro en tu alma ahora?... Reflexiona y descubre tú misma el secreto que no osas confesar y que me llena de una alegría infinita. Tú no has cesado de amarme, Lorenza.

Lorenza. (Desprendiéndose sin esfuerzo.) Se engaña usted!

Raymundo. Yo me engaño. Te has casado con otro porque te forzaron, por una falsa concepción de tu deber de madre .

Lorenza. (Debatiéndose contra sí misma.) Yo no le amo ya, Raymundo, yo no le amo.

Raymundo. Tú me amas! Tú me amas! Tú me amas! Quieres que te dé pruebas? Si tú no me amas, ya, por qué pues, hace un momento nos arrojamos el uno en brazos del otro cuando supimos que nuestro hijo estaba salvado, nuestro hijo, entiendes? *nuestro* hijo, hecho de tu carne y de la mía, nacido de nuestro amor, nacido de los besos que yo te he dado y que tú me has devuelto! Si tú no me amas ya, porqué pues no has tenido ni una lágrima, ni una pena ante la idea de separarte del otro, del otro, del extraño que no quiere en tí sino á la hembra, y á quien le es imposible amar en tí como yo lo hago á la mujer y á la madre!. En fin, sí tú no me amas ya, por qué estás ahí, Lorenza, turbada, enloquecida, palpitante al oirme hablarte de nuestro amor! Yo te amo, esposa mía y tú me amas, yo te lo digo, yo te juro, me amas y siempre me has amado.

Lorenza. (Con voz sin matices.) Sí......tienes razón... Pero al descubrir esto no hacemos más que volvernos más desventurados todavía!

Se deja caer sobre una silla.

Raymundo. Ay!....Si, al descubrir esto no hemos hecho otra cosa que volvernos más desgraciados.

Quédanse un momento silenciosos, mirando cada uno hacia delante, anonadados, desesperados, en un abatimiento profundo.

Lorenza. Introdúzcalo usted aquí.

Luisa. Muy bien, señora. He de salir con el señorito Julian?

Lorenza. No.

Luisa. No? Vea la señora que el tiempo está muy hermoso.

Lorenza. No importa. Su padre va á salir de Francia y tiene que despedirse de él. Vaya usted, Luisa.

Sale ésta. A poco vuelve para introducir á Raymundo.

ESCENA SEGUNDA.

Lorenza y Raymundo.

Sin emoción visible y con toda naturalidad le da la mano Lorenza.

Lorenza. Recibió usted ayer la visita de Julian? Dispuse que al salir por primera vez fuera á ver á usted. Cómo lo encuentra?

Raymundo, [sombrío]. Enteramente restablecido. Eso me ha consolado tanto! Piense usted que, para obedecerla—pues me hizo prometer que no volvería á esta casa, no veía á mi hijo desde que supimos que estaba fuera de peligro....Ha sido usted muy cruel alejándome de él y....de usted.

Lorenza. Era preciso.

Raymundo. Eso ha sido muy doloroso. Diariamente recibía una carta de usted que me ocupaba en contestar por la noche, y esto me hacía más sensible no verla. Ahora, quiere usted que salga de Francia.

Lorenza. Usted se ha comprometido á hacerlo así. Quiere usted, Raymundo, que leamos su carta? He consentido en esta última entrevista porque usted me ha dado su palabra.

Raymundo. Usted me destierra! Qué hará usted cuando yo me haya ausentado? [Pausa. Marcando las sílabas]: Sé-ño ra de Gi rieu!......Cada vez que he tenido que poner esto en el sobrescrito desde hace quince días, me sentía estupefacto ante ese nombre extraño que designa á usted y que era preciso escribir para que usted recibiera los testimonios de mi arrepentimiento y mis protestas......Ah!

Lorenza. Ya no volveré á ver al señor de Girieu.

Raymundo. Quién sabe?

Lorenza. No me cree usted! Cuando el señor de Girieu tuvo la seguridad de que Julián volvía á su vida ordinaria, quiso que me pusiera de acuerdo con usted para elegir la casa en que ha de vivir

Raymundo, [dolorosamente]. Y será verdad que usted nunca lo ha amado!....Oh! pensar que nada, nada, nada, podrá borrar lo que entre usted y él ha existido... .

Lorenza. Ah! Raymundo!....Ya usted ve que es necesario que nos separemos!

Raymundo. Perdóneme usted, Lorenza .. Soy un desdichado ...Olvido que fuí el primer culpable . Se lo juro á usted, no le volveré á decir una sola palabra de lo que esto me hace sufrir. Mas aún, me esforzaré por no sufrir.

Lorenza. Vaya usted á besar á su hijo y parta.

Raymundo. Partir! Ahora que he vuelto á ver á usted, no tengo fuerzas para ausentarme.

Lorenza. Imíteme usted y resígnese.

Raymundo. Pero reflexione usted qué es lo que me pide. Privarme de usted mañana, indefinidamente, para siempre! Ni siquiera tener la esperanza de un encuentro fortuito, de verla al pasar, desde lejos!......Perderla ahora que sé que me ama! Lorenza, piensa usted en lo que va á ser mi vida; imagínese lo que serán mis días en el destierro y la angustia de mi soledad. Mientras esté yo solo, sin amor, sin una sonrisa, sin una caricia infantil, sabré que en un lugar del mundo—tal vez en el hogar de otro hombre,—hay un niño que es mi hijo, una mujer que ha sido mi esposa, que es mía aún, puesto que dice que me ama! Ah! Lorenza, me despedazas el alma, me matas....ten piedad! No puedo abandonarte, no puedo, no puedo! [Llora].

Lorenza. [Conmovida.] No llore usted, Raymundo, se lo ruego, se lo ruego por Dios! ¿No ve usted que apenas puedo contener mis lágrimas? Amor mío, no llores, no llores más, que me desgarras el corazón!......Raymundo! Raymundo! anímese usted; ya no tengo energía para resistir. Sea usted fuerte, sea usted bueno y en vez de quitarme el valor, ayúdeme. Raymundo, ayúdeme!

Raymundo. Para qué separarnos si nos amamos?

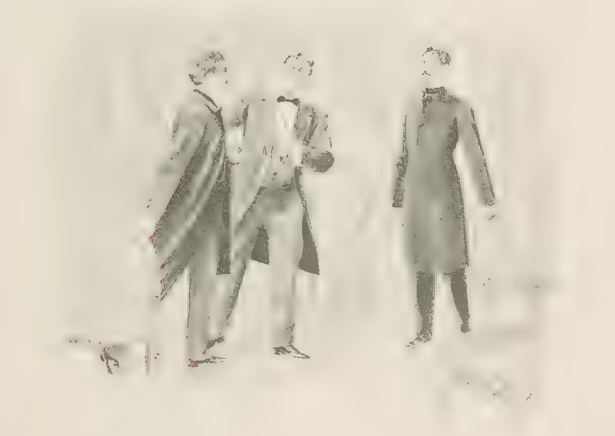
Lorenza. Reflexione usted, Raymundo, y verá como yo, que esto es indispensable. Piense usted en lo que nos espera si usted se empeña en quedarse. Piense usted en la caída fatal, en las mentiras y en las cobardías que nos mancharían. No! no! que no haya una infamia entre nosotros, que no se envilezca así nuestro amor resucitado.... Vamos, míreme usted. Dejemos para otros las mezquinas combinaciones de los amores vergonzantes y clandestinos. Nosotros valemos algo para rebajarnos de ese modo; tenemos orgullo. Entre el sufrimiento y la bajeza, elegiremos el sufrimiento. Nuestro amor no es de los que se satisfacen con la posesión furtiva; no! guardémoslo muy puro, elevémoslo y luego subamos nosotros á esa altura. Si yo cediera á sus ruegos, usted se avergonzaría de mí; quiero toda su estimación y por eso resisto contra usted......y contra mis propios deseos!....Aceptemos el sacrificio; eso es lo que pide la nobleza del alma, para que al cambiar nuestras miradas límpidas podamos decirnos que hemos hecho una cosa rara y bella, porque habremos pagado con muchos dolores el derecho á un poco de orgullo. Vamos, usted me lo ha escrito y me lo ha prometido Recuerde usted sus cartas......Parta usted Lo amaré más si no vacila.

Raymundo. Será necesario obedecer.

Lorenza. Sí [con una caricia discreta.] Gracias Es cosa convenida, usted parte. Va usted á realizar uno de esos proyectos de que me ha hablado, á cultivar las posesiones, abandonadas hasta hoy, que tiene en Túnez. Allí se formará usted una nueva existencia, y entre tanto yo velaré por Julián. Cuando tenga doce años se irá con usted. Para entonces yo habré depositado en su corazón las cualidades de bondad y rectitud que tanto admiramos, y luego usted acabará de hacer de él un hombre. Adiós.

Raymundo. Adiós.

Raymundo está sentado en el canapé, con la cabeza entre las manos. Lorenza pasa detrás de él, llora silenciosamente, se cae las lágrimas y sin que la vea Raymundo le envía con ambas manos un beso del alma.



ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Lorenza, sola; después Luisa.

Al levantarse el telón, Lorenza acaba de escribir una carta; la lee, reflexiona, la pone bajo una cubierta y escribe las señas. Va un momento y llama. Suspira como aquel que se quita un peso de encima. No está triste. Sale Luisa

Lorenza. Diga usted que lleven inmediatamente esta carta al señor de Girieu.

Luisa. Bien, señora.

Lorenza. Cuando venga el señor Chantrel, ruéguele usted en mi nombre que venga á verme.

Luisa. El señor Chantrel acaba de llegar.

el niño. Yo le repetía mi eterna frase: «Volveré con mi hijo ó no volveré.» Anoche tuvimos aquí mismo una escena violenta. Me pidió una entrevista definitiva, advirtiéndome que era el último ruego que me dirigía y que en caso de persistir yo en mi idea, nos separaríamos irrevocablemente. No quiso que pronunciara el sí ó el nó inmediatamente y me dió una noche para que reflexionara. Cuando usted entró acababa de enviarle mi contestación.

Raymundo. Y cuál es?

Lorenza. La misma frase cien veces repetida: «No me separaré de mi hijo.»

Raymundo. Y si al fin cede? Si ofrece reanudar la vida anterior?

Lorenza. No cederá......

Raymundo. Si ama á usted, sí lo hará.

Lorenza. No, no, no! Usted no conoce su dignidad, su orgullo. Mi negativa será para él la prueba de que no le amo y de que nunca le he amado.

Raymundo. [Levantándose.] Voy á besar á Julián, y parto.

Lorenza. [Conteniéndose.] Eso está muy bien. Adelante.

Raymundo. Por última vez pido perdón por mis faltas, por haber acibarado su existencia y le doy las gracias porque me ama á pesar de todo el mal que le he hecho. Siento que la amo con el amor más poderoso que jamás inspiró mujer alguna. Ahora la dejo para siempre.

Lorenza. [Conteniéndose apenas.] Váyase usted, por favor!....Adiós!

Raymundo. Adiós!

La besa en la frente largo rato. Lorenza, muy conmovida, se desprende suavemente y vencida por la emoción se deja caer en una silla.

Lorenza. [En voz baja.] Dios mío!

Raymundo. [Cae á sus piés y reclina la cabeza sobre las rodillas de Lorenza.] Te amo! Te amo! [llora.]

Lorenza. [Desesperada.] Déjame.... Vete!

Raymundo. [Levantándose y rodeándole el cuello con su brazo.] Te amo.

Lorenza. No!.... No!.... Véte, véte! Ah! [Casi desvanecida, deja caer la cabeza sobre el respaldo de la silla.]

Raymundo. Ah! Te amo! [Le besa los labios. Se pone en pié.] Perdóname! Perdóname, Lorenza! Te lo ruego, perdóname! (Ella llora silenciosamente. Raymundo le coge la cabeza y se la levanta.) ¿Me perdonas?

Lorenza. Que te perdone? Pero si te adoro! (Lorenza le cubre la cara de besos y luego reclinando su cabeza en el hombro de Raymundo, continúa: Véte! Te lo ruego, véte! (se yergue) Ah! Dios mío, Dios mío!...... Váyase usted, Raymundo!...... ¿Qué he hecho? qué he hecho? Ahora más que nunca es necesario que usted se vaya.

Raymundo. No!

Lorenza. Es necesario!...... Usted lo vé...... Es necesario.. ..... Escúcheme usted, Raymundo, mientras yo sea la esposa del señor de Girieu jamás perteneceré á usted. Acabo de verá qué peligros nos exponemos si nos volvemos á ver. Es cúcheme usted, Raymundo; si usted no se va, y al instante, entiende usted...... si abusa de mi debilidad y de mi desgracia, lo odiaré, se lo juro por nuestro hijo, usted ya no sería nada para mí. Váyase.

Raymundo. Pero. .

Lorenza. (Con las manos juntas y muy tiernamente). Te lo ruego!.... Ahí está Julián.... Vamos .

Raymundo va á salir. Luisa entra.

Luisa. Señora, el señor de Girieu.

Lorenza. El señor de Girieu!

Raymundo. (Con cólera). El! Ya ve usted!.. ..

Lorenza. Espere, espere usted. (A Luisa). Diga usted á mi padre y á mi madre que vengan y en seguida introducirá usted al señor de Girieu.

Sale Luisa

Raymundo. No me iré antes de saber lo que quiere.

Lorenza. Lo sabrá usted. Vaya (sale Raymundo).

Luisa que sale por la puerta de la izquierda, hace entrar al señor y á la señora Marsanne y luego sale por el fondo

Sr. Marssane. ¿Qué ocurre?

Entra el señor de Girieu.

ESCENA TERCERA.

El Señor y la Señora Marsanne, el Señor Girieu y Lorenza.

Girieu. Acabo de recibir tu carta, Lorenza, y veo que quieres una separación.

Lorenza. No he sido yo sino tú quien la ha querido.

Girieu. ¿Cómo es eso?

Lorenza. Bien lo sabes.

Girieu. Te ruego que lo repitas.

Lorenza. Quiero que Julián esté á mi lado y tú deseas tenerlo lejos de nosotros.

Sr. Marsanne. No ignoras que es por su bien?

Lorenza. No; ese es el pretexto. La verdadera razón es otra.

Sra. Marsanne. Sin embargo, no puedes pensar en separarte de tu marido, hija mía.

Lorenza. Una vez más diré que no he sido yo quien ha cambiado; el señor de Girieu ha tenido exigencias que yo no puedo aceptar. El es, pues, la causa de nuestra desunión.

Girieu. Es verdad...... Lorenza, voy á demostrarte que no soy el tirano que quieres ver en mí. Te pedía el alejamiento de Julián en su propio interés y en el nuestro, aunque reconozco que lo que más me preocupaba era nuestra dicha, es decir, la tuya y la mía. Te opones á mis propósitos y antes que hacer un sacrificio, estás dispuesta á abandonarme. He querido dejarte tiempo para reflexionar y estás aún inflexible...... Yo seré, pues, quien ceda.

Lorenza. ¿Qué dices?

Girieu. Renuncio á todo lo que pretendía y vengo á rogarte que olvides lo que llamabas mis exigencias y que vuelvas á ocupar tu sitio en nuestro hogar, llevando á tu hijo. No podré prometerte que se acabarán mis sufrimientos, pero puedo jurar que jamás te hablaré de ellos. No puedo ofrecerte que lo he de amar; pero te juro que obraré como si lo amara, haciendo que él mismo lo crea.

Sr. Marsanne. Perfectamente! Señor de Girieu. Es usted un gran corazón y no me había engañado

Sra. Marsanne. [A Lorenza.] Vamos, ¿por qué no abrazas á tu marido?

Sr. Marsanne. Nada contestas. Pues qué es lo que te pasa?

Lorenza. [Al señor de Girieu.] Estoy muy conmovida, señor, llena de gratitud por el esfuerzo que usted ha hecho. Sé que le ha costado mucho dominarse; pero no puedo aceptar lo que me ofrece.

Sra. Marsanne. Qué dices?

Sr. Marsanne. No digas eso.

Girieu. Tú no me has comprendido.

Lorenza. Sí.

Girieu. Y rehusas?

Lorenza. Absolutamente.

Girieu. Y qué piensas hacer?

Lorenza. Mi intención es vivir aquí, si mis padres lo permiten, y consagrarme por completo á mi hijo.

Sra. Marsanne. No piensas en la gravedad de lo que vas á hacer... en la separación, en lo que dirán de tí... El señor de Girieu tiene buen corazón, te ama y hará lo posible por amar á tu hijo. Podeis vivir los tres tranquilamente, gozando de la estimación y del aprecio general. No tendrás la dicha perfecta, porque no venimos á este mundo para ser completamente felices. No. Vivimos aquí para sufrir unos por otros y no podemos disminuir el sufrimiento sino aceptando algunos sacrificios y cumpliendo nuestros deberes.

Girieu. Y bien, Lorenza?

Lorenza. Señor de Girieu, esta es problablemente la última vez que hablaremos. Tengamos, pues, el valor de decir en alta voz lo que sabemos y lo que hemos descubierto dentro de nosotros mismos. Cuando me casé no lo amaba, quise que mi hijo tuviera alguien que lo amparara. Mentí? Tal vez. Usted por su parte no amaba á Julián; pero para obtener mi cariño fingió usted un afecto que jamás ha sentido. Ha habido en el origen de nuestra unión una doble mentira que hoy pagamos. La verdad es que á pesar de nuestro matrimonio somos el uno para el otro dos extraños: no nos unen más que esos frágiles lazos que atan el notario y el juez, y nada más. No formamos una familia. Así como sólo el amor constituye un matrimonio, sólo el hijo crea la familia. La hemos querido formar usted y yo con el hijo de otro: esto no podía ser; la paternidad no se decreta.

Sr. Marsanne. Olvidas una cosa, que hay viudas, madres que se vuelven á casar y. .

Lorenza. Sí, pero yo no soy viuda.... El padre vive y porque él vive el señor de Gerieu no puede amar á mi hijo.

Girieu. Y porque él vive usted no me ama ya.

Lorenza. [Abrumada.] Tal vez.

Girieu. Es usted despiadada.

Sra. Marsanne. Sí, eres dura, hija mía.

Girieu. Te lo suplico.

Lorenza. No! no! no!

Sr. Marsanne. Ya basta. Lorenza, el señor de Girieu es demasiado bondadoso rogando como lo hace. No comprendo que te resistas á creer en sus promesas y que su afecto no desarme tu orgullo. No tienes ninguna razón para rechazarle, supuesto que hace tres semanas eras feliz. Lo que pide tu marido es reanudar una vida que habían interrumpido. Cede por su parte y te hace promesas cuya sinceridad tú no puedes negar. Te conduces como una mujer desprovista de razón, y es doloroso para mí que soy tu padre, decir que no tienes la justicia en este debate y que no mereces tanto afecto, tanta deferencia y tanta bondad.

Sra. Marsanne. Lorenza, llenas de amargura y dolor nuestra vejez.

Sr. Marsanne. Nos haces desgraciados á todos.

Lorenza. Todos somos responsables de lo que sucede.

Sra. Marsanne. Yo, Lorenza?

Sr. Marsanne. Yo?

Lorenza. Tú.

Sr. Marsanne. Tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber.

Lorenza, (sin dureza.) Tu deber no era alentarme para pedir el divorcio.

Sr. Marsanne. Lo he hecho por tu bien.

Lorenza, (con el mismo tono). Sí, lo sé. Lo has hecho por mi felicidad. No soy, por desgracia, la la única á quien habrán hecho desgraciada sus propios padres, formulando esa excusa.

Sr. Marsanne. Eso es demasiado! Me reprochas.. . pero recuerda!

Sra. Marsanne. Recuerda!

Sr. Marsanne. Llegaste aquí sollozando, desesperada.

Sra. Marsanne. Dijiste que primero morirías que volver con......

Lorenza. Sí! Debió habérseme advertido que todo era cosa corriente y que vale más un matrimonio mediocre que un buen divorcio...... Debió de habérseme abandonado á mis instintos de mujer y de madre que me habrían inspirado el perdón.

Sr. Marsanne. Reflexiona .... habías abandonado á tu marido. . .

Sra. Marsanne. Tu felicidad estaba aniquilada y tu matrimonio era un imposible.

Sr. Marsanne. Nada quedaba ya de todo el pasado!

Lorenza, (con pasión). Quedaba un hijo!.... Un hijo, víctima designada para recibir todos los golpes que quisiéramos darle. Por él era preciso impedir la desunión de los padres, y no hacer de mí ese ser incierto, esa viuda con marido, que se llama una mujer divorciada, y de mi hijo, uno de esos huérfanos sin luto á quien es imposible adoptar. Tú has sido culpable con tus consejos; yo lo he sido, escuchándolos. Ah! si al menos mi desgracia fuese provechosa á los demás! Quisiera gritar á todas las que son lo que yo era entonces: «Haced lo que querais si vuestra unión ha sido estéril; casaos, divorciaos, sois libres y sólo vosotras sufrireis. Pero si teneis un hijo.... si de vuestros besos ha nacido un ser débil y hambriento de caricias, no teneis el derecho de destruir la familia fundada por él y para él. No teneis ese derecho!.... Vais á ser desgraciadas?.... No importa! El porvenir de un hijo bien vale la felicidad de una madre!»

Girieu. En usted no sólo habla la madre, Lorenza, usted se ha traicionado: si se defiende con tanta pasión, es porque esa resistencia tiene razones que usted no dice. Usted ama al señor Chantrel.

Lorenza, (primero se queda estupefacta y después de un largo silencio). Sí.

Sr. Marsanne. Desgraciada niña! ..Te atreves á confesar.......

Lorenza. Luego es preferible mentir?

Sr. Marsanne. No haga usted caso, Sr. de Girieu, no haga usted caso....(á Lorenza.) Ya no sabes lo que dices. Es necesario que adviertas que esta oposición á tu marido podría él considerarla como una injuria grave. Añades á una ofensa otra más cruel aún, puesto que olvidas que eres la esposa del Sr. de Girieu y que el matrimonio es una cosa seria.

Lorenza. Pero, padre mío, tú sabes que el matrimonio no es hoy sino un contrato que se rompe fácilmente.

Sr. Marsanne. Pero en fín....creo que no pensarás en divorciarte por segunda vez.

Lorenza. Puesto que el matrimonio es un arrendamiento, creo que es susceptible de más de una rescición.

Girieu. (A su mujer.) Vaya usted hasta el fin y diga con franqueza lo que desea. .

Lorenza. [Al Sr. de Girieu.] Le aseguro á usted que no tengo las intenciones que supone. El Sr. Chantrel va á salir de Francia y ya no le volveré á ver. Cuando usted entró nos separamos, diciéndonos adiós para siempre. En estos momentos está allí y se despide de su hijo. Nos amamos, es verdad, pero se va y yo lo que quiero es quedarme sola con mi hijo.

Girieu. Vuelvo á suplicárselo á usted, Lorenza, y lo imploro con todas las fuerzas de mi ser. Créame, créame usted, y vuelva con su hijo al hogar que pretendía dejar abandonado.

Lorenza. No puedo.

Girieu. Por qué?

Sr. Marsanne. Esto ya es demasiado! Dí el motivo.

Sra. Marsanne. Da alguna razón.

Lorenza. Ya he dicho por qué y he dado mis razones.

Girieu. Ninguna de ellas aceptable.

Lorenza. Sí, dos: la primera que usted no ama á mi hijo y la segunda, que yo no le amo á usted.

Girieu. Que no me ama....esa es la excusa! Y usted cree que voy á sufrir sus caprichos, á inclinarme ante ellos y á dejarla seguir la vida que ha elegido! Se engaña usted, y puesto que el razonamiento no cabe en su cerebro estrecho y el corazon endurecido es insensible á todas mis súplicas, cambiaré de actitud, y ya que me veo obligado, emplearé todos los medios de defensa, todos, y con energía, se lo aseguro á usted. No quería hablar de mis derechos....pero ya que es preciso, hablaré....

Lorenza. Sus derechos!...... Un derecho que no tiene más apoyo que el Código, no está distante de ser una injusticia ó una crueldad.

Girieu. Seré pues injusto. si es necesario, y cruel también, si usted me obliga. Y en cuanto al hombre á quien usted prefiere y que ha venido como un ladrón á sorprender mi compasivo corazón, aprovechando la enfermedad de un niño para robarme el cariño de usted, en su presencia voy á decirle lo que es y á darme la satisfacción de que usted sienta subir á la cara el sonrojo por ese mismo á quien ama.

Dirígese hacia la puerta de la derecha.

Lorenza. [Cerrándole el paso.] No!... No!...

Sr. Marsanne. Sr. de Girieu, cálmese usted, se lo suplico; no haga usted un escándalo que lamentaría.

Sra. Marsanne. [Llorando.] Dios mío! Dios mío!... Van á matarse!....

Girieu. [Detenido por el Sr. Marsanne, á Lorenza.] Tiene usted miedo por él. (A voz de cuello.) Sr. Chantrel, no me oye usted?

Sr. Marsanne. Se lo ruego, reflexione usted....cálmese. Tal vez ya salió.

Sra. Marsanne. (Al mismo tiempo.) Dios mío! Dios mío!

Girieu. No ha salido... ..Se oculta como un cobarde!

Raymundo. (Saliendo.) No señor, no me oculto. Aquí estoy ..¿qué tiene usted que decirme?

ESCENA ULTIMA.

Los mismos.—Raymundo.

Lorenza. Raymundo! Raymundo! No le dé oído.

Raymundo. (Desprendiéndose de ella con suavidad) Por favor

Sr. Marsanne. Sr. de Girieu.

Girieu. (Imperiosamente.) Déjeme usted. (A Raymundo.) Le he llamado á usted para decirle esto. Ha cometido usted un acto de cobardía. (Movimiento de Raymundo.) Nada de gestos inútiles, Señor. Si quiere usted un duelo nos batiremos, sin necesidad de recurrir á vías de hecho. se lo aseguro.

Raymundo. Cuento con su ofrecimiento.

Girieu. Pero quiero aquí, delante de esa mujer, que lleva el nombre de la Sra. de Girieu, entiende usted? y delante de todos, quiero obligarlo á bajar la cabeza y á confesar su infamia. Es usted la causa de la catástrofe de esta casa. Se casó usted con una señorita á quien yo amaba y la traicionó!.....

Raymundo. La falta que haya cometido sólo ella puede reprochármela, y ella que fué la víctima, me ha perdonado.

Girieu. Y cómo ha obtenido usted el perdón? Ah! Lo felicito por su habilidad.

Raimundo. Le prohibo á usted que diga....

Girieu. Me prohibe usted!...... Quisiera yo saber quién de los dos puede prohibir algo al otro...Le he hablado á usted del mal que le causó á Lorenza; pero nada le he dicho aún de las torturas que he sufrido por usted.... Dos veces he sido su víctima. Después de su traición, creí que al amparar á la infeliz mujer descepcionada, había logrado la felicidad.... Sí, lo sé, tengo quince años más que usted y era mucha felicidad para mis cabellos grises; pero ella consintió y yo veía por fin, en el ocaso de la vida, la milagrosa realización de un sueño. No conocía la dicha, pues viví siempre en la tristeza, y al fin podía esperar que mis días terminaran dulcificados con su ternura, sí, con su ternura.... Pero se interpone usted de nuevo en mi camino.... y me la arrebata! Me hace más desgraciado que los más infelices, me martiriza, me mata.... Ha destruido usted mi última esperanza...... Y sufro á tal grado, que en vez de estrangularlo como quisiera, apenas puedo contener los sollozos.... Sí, poco me falta para llorar, para llorar y delante de usted! yo, el vencido, yo, que mañana seré un anciano, delante de usted, joven y orgulloso vencedor.... vencedor! lo es usted tal vez, pero por qué medios!...... Ha burlado usted mi debilidad: ha apelado á la generosidad de mi alma para robarme más fácilmente, para asesinarme. Recuérdelo usted.... Me suplicó que le permitiera permanecer junto al lecho de su hijo enfermo, y cuando yo vacilaba, cuando mi edad madura se sentía inquieta ante las potencias de su juventud y los peligros del recuerdo, usted me suplicó; cuando yo estaba celoso, lo diré, usted imploró con sus lágrimas, y su actitud de padre angustiado, rechazaba toda idea de una nueva traición, de tal manera, que mi candor se reprochó haber creído á usted capaz de tal felonía. Y sin embargo, usted cometió la felonía utilizando con espantosa habilidad las angustias de la madre y los sufrimientos del niño.

Raymundo. No! No he hecho eso! no he hecho eso! [Dirigiéndose al señor y á la señora Marsanne.] Vosotros sois testigos de que no he hecho eso... Decidlo, vosotros lo sabéis bien!

Girieu. Si lo ha hecho!.... Sin el concurso de esas emociones, no habría arrancado á Lorenza al sentimiento de su deber. Cuando un hombre obra así, es un cobarde y un miserable. Era lo que tenía que decir á usted. Ahora, señor, espero su contestación.

Raymundo, (después de largo silencio). Sus injurias señor, ya no me irritan porque me conmueven profundamente y su violencia me indica el grado de su dolor. Lo que llega hasta mí, no son palabras, son gritos de sufrimiento. Un hombre honrado como usted, torturado de tal modo, no podría hablar en otros términos. Me atribuye usted una hipocresía, una mala fé de la que no soy culpable, y sin embargo, he hecho todo lo que usted dice. ¿Por qué, pues, no tengo cólera, si no estoy privado de remordimientos? Busco y veo algo que flota sobre usted, sobre mí, sobre todos nosotros, sobre las leyes humanas y de ese algo somos víctimas ó juguetes.

Girieu. No son esas *frases* la contestación que esperaba de usted.

Raymundo, con gravedad. Sí, ya sé...... «Dos amigos míos ..... soy el ofendido ..... tengo la elección de armas......» Las palabras textuales en momentos como éste, están prescritas por una especie de protocolo...... (De pié) Señor de Girieu, usted sabe que no temo un duelo. Lo he probado con demasiada frecuencia. Creo que usted y yo merecemos soluciones mejores. Por lo demás, esa no nos llevará al fin que usted busca.

Girieu. Yo quiero matar á usted.

Raymundo. Y si consigue usted hacerlo, sólo sería una solución para mí. Quedarían en el mundo tres desdichados: usted, Lorenza y mi hijo.

Girieu. Entonces....

Raymundo. Entonces no tiene usted más que un medio: matarme, sencillamente, sin frases y sin testigos, puesto que usted es el marido. Si usted cree qua la ley puede dar derechos, usted tiene ese derecho. (Mirándole). Usted vacila! comienza á dudar de que la ley escrita en el Código sea la ley que tiene razón. Vamos, señor de Girieu, ¿quiere usted que hablemos como dos hombres que no son de casino y no creen que todo termina cuando cuatro señores declaran que el honor está satisfecho? Míreme usted á la cara y dígame luego si realmente cree que he implorado su piedad, por cálculo. Ningún criminal hubiera sido capaz de tanta habilidad y yo, señor, no la he tenido. (Animándose). Y usted siente, y sabe que yo era sincero cuando de aquel modo le suplicaba y no puede poner en duda mi voluntad firme de respetar á su mujer y de no traicionar á usted cuya piedad imploraba. [Con exaltación creciente]. Hubo un momento en que todas las conveniencias sociales y todas las convenciones desaparecieron ante un poder que ignora nuestras combinaciones y nuestra concepción del honor y que se burla de nuestros juramentos y de nuestra voluntad. Durante la enfermedad del niño no nos hemos hablado una sola palabra y yo miraba á la señora de Girieu con el mismo respeto que á la monja. Mas cuando supimos de pronto que nuestro hijo se había salvado, expontáneamente nos abrazamos llorando. La ley pudo desunirnos, podíamos nosotros mismos haber jurado interiormente indiferencia y olvido; jueces y abogados, el Código civil y todas las leyes de la tierra proclamaban que éramos dos extraños, pero allí estaba nuestro hijo! Y la naturaleza que sólo se interesa por el hijo, la naturaleza que quiere que los padres vivan unidos para asegurar la existencia de ese hijo, para perpetuar la vida, tomó por asalto los derechos que se le habían arrebatado y reunía al padre y á la madre en irresistible abrazo; porque eso es justo y necesario, porque si los magistrados y los legisladores pueden separar dos esposos unidos solamente por las leyes y los juramentos, nada pueden desde el momento en que un nuevo ser ha nacido. En este caso el divorcio es nulo: el hijo es un vínculo que jamás se rompe.

Girieu. [Abatido, con la cabeza entre las manos]. Mi mujer! mi mujer! mi querida esposa!

Raymundo. No! No! No diga usted «mi mujer» No es de usted, ni lo ha sido sino por una ficción, pues las palabras de estampilla no hacen la unión real de dos personas. La mujer pertenece al que la ha tenido primero, al que le ha revelado las supremas ternuras. La que usted llama su mujer es mía, y no soy yo quien la roba, sino usted el que me la ha robado. La primera boca que besa la boca de una mujer deja en ello una señal que no se borra. La tomo porque es mía, porque tengo derecho. el derecho eterno contra el cual son impotentes todas las leyes del mundo. ¿Quiere usted la prueba de lo que digo y que señale el libro en que está escrita nuestra unión indisoluble? Vea usted al hijo......á mi hijo! Mire usted su boca, es la de ella, mire usted sus ojos, son los míos. Si usted quiere que no seamos esposos, necesario sería matar á nuestro hijo, porque él es nuestra acta de matrimonio, viviente y adorada. Pero qué más? si le suprime, nada habrá hecho aún, porque nos quedaría á ella y á mí la comunión de las lágrimas y las cadenas benditas del recuerdo!......Lorenza, conteste usted. He aquí al Sr. de Girieu: ofrece llevarla á su hogar con su hijo; ama á usted y le dará todos los goces materiales de la vida......Yo, al contrario, soy el ser inconstante y falso [que usted conoce: con él tiene usted la paz, la consideración y la riqueza conmigo, la inquietud y el aislamiento. Si usted fuera libre, á quién de los dos seguiría?

Lorenza. Si fuera libre..... Si fuera libre, mi contestación sería la que usted espera; pero ya lo decía hace una hora Raymundo, mi deseo único es consagrarme á mi hijo, á este hijo que iba á ser víctima de nuestras pasiones y de nuestras faltas. Entre cada uno de los dos y yo, hay algo irreparable; separemos, pues, nuestras existencias. Mientras usted hablaba. señor Chantrel, yo he reflexionado profundamente. Lo que usted decía es verdad, y sin embargo, entre los dos se levanta algo insuperable. Nuestra unión no nos aseguraría la dicha, y aunque así fuera no tendríamos el derecho de disfrutar de ella, porque nadie puede fundarla en los sufrimientos inmerecidos de un tercero. Parta usted. señor Chantrel. Parta usted señor de Girieu. Me quedaré con mis padres y entregada á mi hijo.

A LAURA.

Nacido para amarte, amando mucho,
Como ninguno ama,
El corazón, al alborear mi vida,
Rendí ¡ay! á tus plantas.

Tú fuiste para mí todo: esperanza
De una ventura incierta,
Mi primer pensamiento en cada aurora,
Mi única creencia......

Y soñaba en tu amor, mientras vertías
Tu acíbar en mi pecho......
Siempre el mismo desdén, el mismo orgullo
Siempre el mismo desprecio!

Y transcurren los años... Mas que importa?
¿Qué importa, dí, que pasen!....
Vivo pensando en tí, vive en mi alma
Este anhelo de amarte......

¡De amarte más!......Maldita! qué cadenas
echaste sobre mí!......
¡Yo quisiera romperlas!....yo quisiera,
Yo quisiera morir!

FERNANGRANA.

«JE MEURS OU JE M'ATTACHE.»

Deja que empolve tu cabeza blonda
¡oh, mi amada, maligna y hechicera!
serás, bajo tu blanca cabellera,
una joven duquesa de la Fronda.

Inconstante y fugaz como la onda,
te llevó tu capricho á mi ribera;
ya sentí florecer tu primavera
sobre mi pena, misteriosa y honda.

Y pues mi cielo tu sonrisa irisa,
haz que sus alas, en gentil sonrisa,
el ave roja de tus labios tienda....

Aunque despues me hieran tus desvíos,
acuñaré en tu honor los versos míos
con tu busto ducal y tu leyenda.

RICARDO JAIMES FREYRE.

LOS ADELANTOS EN NUESTRO PAIS.

Valentín Rivero Sucesores

FABRICA DE HILADOS Y TEJIDOS
El Porvenir.

Molino de Harinas de "Jesús María."

Fábrica de Almidón "El Hércules."

La razón social, *Valentín Rivero, Sucesores*, es sin disputa alguna, no solo una de las más importantes de la capital regiomontana, sino que las negociaciones que representa son de las que mayor estima y respeto alcanzan en el país y en el extranjero.

Un gran capital hecho en fuerza de economías y de trabajo; una reputación sin mácula adquirida con el cumplimiento de las obligaciones; y una honradez acrisolada, son las mejores recomendaciones que pueden presentarse en abono de la sociedad mercantil que nos ocupa.

Nunca se han hecho negocios con el Gobierno; y como detalle de alta consideración moral cabe el señalar, en las presentes líneas, que la casa Rivero nunca buscó en el contrabando el auge y prosperidad de sus empresas.

No resulta ociosa la anterior indicación; pues en tesis general, y en épocas de tremenda prueba para la República, la Frontera septentrional de nuestra patria fué semillero de contrabandistas; y muchas fortunas se improvisaron, y muchos fueron los comerciantes que aceptaron el lucrativo pero vergonzoso negocio de defraudar los intereses del Fisco.

La casa Rivero cuenta más de cincuenta años de establecida, y su fundador, ya finado, el señor Don Valentín García Rivero y Alvarez Jove, fué oriundo de la península ibérica, pero recibió su educación mercantil en el activo é importante puerto de Burdeos.

Con el contingente de sus luces, y con las dotes de inteligencia y honradez que tanto le enaltecieron en vida, pudo el joven comerciante abrirse paso, y á poco de llegar al país se establece por su cuenta.

Comienza á bregar en la eterna lucha del trabajo; la fortuna le sonríe, y hombre previsor y de alcances, no se ilusiona con las pingües ganancias del momento: se afana más y más cada día; se asocia á empresas conocidas; busca nuevos horizontes para el ensanche de sus negocios; multiplica sus actividades; trabaja sin cesar: constante, abnegado, decidido; y cuando la muerte sorprende aquella existencia, el luchador cae, pero bendecido de propios y extraños: honró su vida y legó á su familia algo más que una cuantiosa fortuna, un nombre respetado, incondicionalmente, por cuantos alcanzaron el honor de tratarle.

Los breves conceptos que se contienen en las

SPECTO GENERAL DEL MOLINO DE «JESUS MARIA.»

líneas anteriores, son, en síntesis, la historia de una gran fortuna.

Vive aún la distinguida dama que compartió en el hogar la vida modelo del honcrable esposo. Debe sentirse jubilosa al presentar á sus hijos,

SR. DON VALENTIN RIVERO. PADRE.
† el 29 de Julio de 1897.

como el mejor ejemplo que pudiera servirles para su paso á través del escenario de la vida, la conducta de aquel varón, meritísima por mil títulos.

Los señores Rivero no estimarán como lisonja las anteriores frases, pues quien escribe las presentes líneas cree cumplir con un deber prodigando un homenaje de respeto á quien engendró hijos mexicanos, que honran á su patria y que procuran por el adelanto y prosperidad de ella.

"EL PORVENIR."

En la actualidad es cuando se justifica el nombre de la importante Fábrica de Hilados y Tejidos de algodón, de que vamos á ocuparnos.

Al frente de esta negociación se encuentra un distinguido é inteligente Ingeniero francés mexicano de origen: el señor Don Manuel Rivero ex-alumno de l'Ecole Central de París.

***

Recordamos su sabrosa *causerie* cuando íbamos á visitar la Fábrica.

Aquellas tres horas de camino se nos antojaron un minuto.

De todo se *charló*.

Los recuerdos de la infancia, agradablemente salpicados con las travesuras del colegial; los sustos y congojas de cuando los exámenes; la terrible noche que precedió á la recepción profesional; la vuelta al hogar; las impresiones del viaje; los sucesos de la política; los ideales para el futuro; la formación de un hogar; los proyectos para la prosperidad de la industria que iba á regentear; los incidentes de caza, en él, que es un decidido *amateur;* y la exquisitez de sus modales unida á la agudeza de su ingenio, nos presentan en estos momentos á Don Manuel, con detalles morales de tal valía que difícilmente habríamos de olvidarle.

Estas líneas consagran un recuerdo á la agradable compañía con que nos honró durante aquellos dos días que disfrutamos de sus distinciones y afecto.

***

¿Queréis una prueba indiscutible de la bondad de los productos de «El Porvenir?»

Fué cuando la Exposición Universal de 1889, verificada en París. El señor General y Licenciado Don Eduardo Zárate era nuestro Representante en aquel Certamen.

Llegada que fué la hora de calificar los productos para la concesión de premios, surgió un incidente verdaderamente curioso: el Jurado calificador de los tejidos que se exhibían, declaró ante los de «El Porvenir,» que aquello no era mexicano, sino alemán. Intervino la certificación del agente consular de Alemania en Monterrey, y certificó lo que fué verdad: que los productos de «El Porvenir» eran los presentados, y que la Fábrica aún podía elabararlos de mejor calidad. Una medalla de oro fué el premio discernido.

¿Queréis otra prueba?

Cuando la Exposición Colombina, de Chicago, la Junta calificadora declaró las muestras de «El Porvenir» como tejidos de lino, —que en ella no se elaboran—siendo que eran de algodón.

***

Basta ya.

La hora del trabajo sonó, y aquel enjambre de hombres y mujeres estan en sus puestos.

Son muchos; aquello es un hormiguero humano, y encanta ver cómo están aseados y cómo reboza la alegría en aquellos semblantes.

Cuantos progresos y adelantos sean conocidos en la industria de tejidos de algodón, existen implantados en los muchos departamentos de este grandioso templo de la Industria.

Ni una máquina americana encontramos allí: la mayor parte, casi todas, son inglesas, y una que otra francesa.

¿De qué época datan? Preguntadlo á la Industria europea: cuando allende el océano se inventa una mejora que sea de utilidad práctica é inmediata, la casa Rivero la importa. Solo así se explica la presencia de máquinas cuyas patentes corresponden al pasado año de 1898.

***

Estamos en los salones.

NUEVE MIL CUATROCIENTOS OCHENTA Y CUATRO HUSOS están en movimiento.

DOS MIL OCHOCIENTOS operarios cuidan de aquello, y se prestan, afanosos y entusiastas, á colaborar en la incesante prosperidad de la Fábrica.

Los principales salones miden *doscientos ochenta pies* de longitud, y están perfectamente ventilados.

El movimiento de aquella maquinaria se realiza con diez motores: cinco turbinas y cinco máquinas de vapor.

No entramos en la descripción minuciosa y detallada de todos y cada uno de los departamentos que allí se encuentran, en tanta cantidad, pues son bien conocidos los procedimientos á que se sujeta el algodón, desde que llega empacado y pasa á las diversas máquinas que le reciben para llevarlo á las *Cardas,* hasta los curiosos y muy ingeniosos hiladores que producen el hilo, más ó menos fino que llegando al *Telar,* se convierte en los famosos productos que tan buena utilidad nos proporcionan.

VISTA EXTERIOR DE LA FABRICA «EL PORVENIR.»

Dijimos ya, é insistimos en ello una vez más, que cuanto de notable y curioso se conozca en la industria de que es centro activo y productor «El Porvenir» se encuentra allí.

El departamento de blanqueo, al cual llegan las piezas de género como salen de los telares, es digno de mencionarse por su muy buen arreglo y sus magníficos procedimientos de Química industrial aplicables al efecto.

El departamento de tintorería es muy notable, recomendándose por especial modo, el famoso *negro* que en él se da.

La distribución general del edificio es artística al par que discretamente realizada. Como detalle de importancia hacemos saber, que ni uno solo de los salones, ya los chicos ó bien los grandes, dejan de tener los famosos *Spinklers*, preciosa invención inglesa, para evitar las funestas consecuencias de un incendio. Son unas pequeñas llaves en comunicación con una tubería bien ramificada, y las cuales llaves se abren automáticamente, al elevarse la temperatura, para dar paso al agua que está sometida á una buena presión.

Estos *Sprinklers*, unidos á la circunstancia de estar hecho de material, todo el edificio, y de estar dotados los salones de sólidas puertas de hierro, auguran para el caso de un siniestro, limitadas, muy pequeñas proporciones.

***

La habitación del señor Ingeniero Director, se encuentra al frente de todo el edificio.

Cuanto pueda apetecer el espíritu más exigente en cuanto á lujo y *confort* se encuentra allí. El señor Don Manuel Rivero sabe vivir y se proporciona todo género de comodidades.

Sr. Ingeniero Don Manuel Rivero,
Ex-alumno de la Escuela Central de Paris.

La casa habitación domina un extenso parque inglés, en el cual se encuentran juegos de agua, departamento de animales—entre ellos airosos venados—y toda clase de elementos para prodigar solaz al espíritu y alegría á la vista.

MOLINO DE JESUS MARIA.

En el hermoso valle en que se fundó la Villa de Garza García, se encuentra establecida la industria harinera con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

Está situada como á unos ocho kilómetros de distancia de la capital del Estado de Nuevo León, hacia el S. O. de ella.

La instalación se compone de tres muy buenos edificios, á saber: la casa antigua, la habitación del administrador del molino, y los molinos, propiamente dichos.

La época de su fundación se remonta al año de 1846, pero ha sufrido dos modificaciones de importancia: la primera en el año de 1886 y la otra en 1896.

El antiguo procedimiento que se usaba en el molino era de piedra; el actual es de cilindros.

La fuerza motriz que se emplea es de dos clases: agua y vapor.

La turbina tiene treinta y cinco caballos de fuerza, y treinta y cinco también el motor.

La molienda de esta casa, para comprender su importancia, es por término medio, de TREINTA MIL cargas de trigo; y la capacidad del molino es de DOSCIENTOS barriles.

Son cuatro clases de harina las que allí se elaboran: harina armiño, que es la clase extra; flor de primera, que se llama *cisne;* flor de segunda conocida con el nombre de *gaviota;* y *asemite* popular.

Se realiza todo el producto en las costas del Golfo.

Hay un Administrador, un Molinero, un dependiente y treinta y cinco empleados.

La maquinaria es americana, de la casa *Edward R. Allis*, de Milwaukee—U. S. A.

El conjunto de los edificios es por demás agradable, y el resultado de los productos corresponde al interés y cuidado que á este negocio consagran los señores Rivero.

FABRICA DE ALMIDON. "EL HERCULES."

Esta industria, propiedad también de los señores Rivero, se encuentra en las orillas de Monterrey, en el rumbo N. E., ocupando un vasto edificio que se construyó el año de 1887, y que fué completamente modificado en 1896, con el objeto de ensanchar la instalación y de obtener mayores productos.

Junto con la producción de almidón se obtiene la magnífica «Maicena pura,» que con brillante éxito se ha lanzado al mercado, en competencia con su similar extranjera, y alcanzado, día por día, un éxito lisonjero.

***

La maquinaria que se usa es de dos clases: francesa y americana; y toda ella se mueve por vapor, disponiéndose de una fuerza motriz de veinticinco caballos. Ha sido importada por la casa Rivero, adquiriéndola en la fábrica *Ames Drou Works.—Oswego.—N. Y.*

La producción media de almidón llega á la no despreciable cifra de *dos mil cajas mensuales*, conteniendo cada caja veinticinco kilógramos, y arrojando un producto total, durante el año, de SEISCIENTOS MIL KILÓGRAMOS DE ALMIDÓN, que se consumen, en su totalidad; excediéndose la demanda á la producción, por cuyo motivo la fábrica va á ser agrandada nuevamente.

Son dos los sistemas que se emplean para la elaboración del almidón: el sistema francés que produce un *cuarenta por ciento* y el americano que rinde el *treinta por ciento*. Ambos procedimientos se explotan, simultáneamente, pues en el terreno de la práctica, el inteligente mecánico que dirige aquellos trabajos, designa, teniendo á la vista el grano, cual es el maíz que debe ser tratado a la americana y cuál á la francesa. Son estos, detalles de la explotación que se admiran sobre el terreno, y que revelan el espíritu de observación que acompaña á los industriales.

***

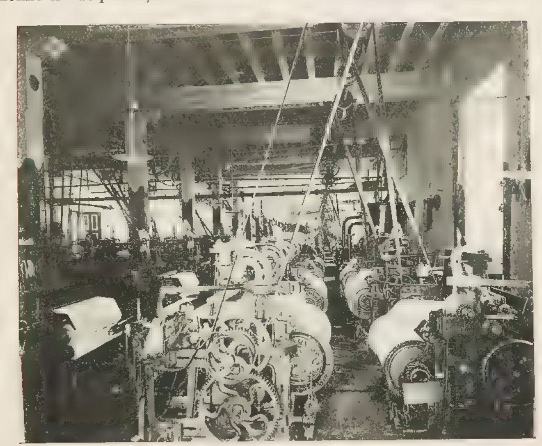
La Fábrica consta de dos edificios y cuatro enormes bodegas, que sirven, las unas para guardar el maíz, y las otras para almacenar las cajas de almidón.

Los salones en que se recoje el almidón tienen cincuenta metros de largo; los tanques en que se deposita la substancia tienen una profundidad de cinco metros, por otros tantos de diámetro. Estos tanques son tres, perfectamente bien construídos.

El producto obtuvo un premio en la Exposición Universal de París, de 1889.

***

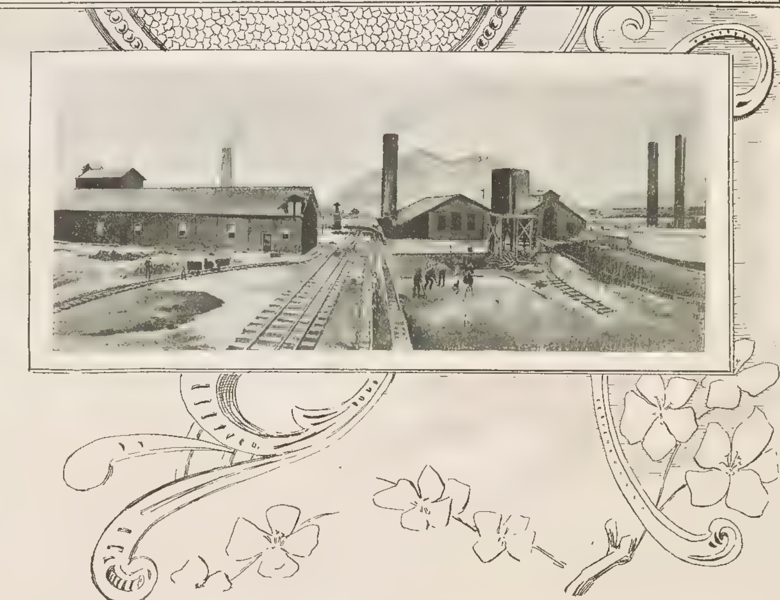
Para terminar esta breve reseña de las negociones que explota la casa de los señores Rivero



Aspecto de uno de los telares de la fabrica «El Porvenir.»

Salon de recepciones del Ingeniero Director.

—reseña que no hacemos más detallada, por falta de espacio—concluiremos refiriendo un hecho de poca monta para el vulgo, pero de gran significión para los industriales: la casa realiza, con sus mercancías, operaciones por más de UN MILLON DE PESOS al año, y no tiene ni un solo Agente viajero.



COMPANIA

MINERA FUNDIDORA Y AFINADORA "MONTERREY"

SOCIEDAD ANONIMA.

Monterrey—México.

Hacia el Oeste de la simpática capital regiomontana, y magestuosamente reclinada en la falda del «Cerro de la Silla,» se encuentra instalada la Fundición de que vamos á ocuparnos y la cual, con su inteligente organizasión y discreta distribución de labores, significa, para Monterrey, uno de los elementos más importantes reveladores de la grandeza industrial de aquella metrópoli.

Desde lejos se contempla el grandioso panorama de esta industria, pues sus dos artísticas y elevadas chimeneas, destácanse, orgullosas, en medio del horizonte que las limita. Y una de estas chimeneas, en las bocanadas de humo que arroja, dibuja, en lotananza, ennegrecida silueta que viene á ser como heraldo simbólico del progreso siempre en auge de la fronteriza ciudad.

Los minerales en el Estado de Nuevo León, son muy abundantes, pero de muy baja ley. Las grandes explotaciones

hechas por empresas tan importantes y bien administradas, como la de «San Pedro,» de los señores Maíz Hermanos, se justifican por la vecindad de los hornos fundidores: el mineral es de mala ley, pero sus propietarios cuentan la inmensa ventaja de extraer el metal en un espacio de tiempo muy limitado.

Existen en Monterrey tres grandes Fundiciones: dos en constante actividad y otra, cuyos trabajos están paralizados desde hace largo tiempo.

Aquella de la cual vamos á ocuparnos, si no es la más importante, si no excede en grandeza á la otra, sí la supera, sin discusión alguna, en muchos y muy variados detalles, que iremos señalando en el curso de las presentes líneas.

Los Minerales.

Los minerales, como es sabido, constituyen uno de los grandes reinos de la naturaleza, denominado «El reino mineral,» sin que esta clasificación de reino, obedezca en realidad á otra cosa que á las necesidades del estudio de los seres, cuyo origen parece idéntico, ya que iguales elementos, dispuestos de diferente manera los forman todos; y aún en cuanto á la vida, porque si ésta se halla caracterizada por el continuo é incesante cambio, ó sea por el trabajo de asimilación y desasimilación, los minerales transformándose sin cesar, cambiando de estado de una manera continua y no destruyéndose nunca su masa, sino variando de disposición las partes elementales que la forman, son la más perfecta y exacta imágen de la vida.

Los minerales, en tesis general, son de dos categorías: *ricos y pobres.* Denomínanse ricos aquellos que sometidos al análisis cuantitativo y cualitativo, presentan una ley alta, ó sea, gran cantidad del metal cuya busca se hace y cuya adquisición se realiza. Los pobres, por el contrario, son aquellos, que dentro del análisis señalado, presentan existencias limitadas del metal en explotación.

Dijimos antes, y repetimos ahora, que los minerales que afluyen á la Fundición son generalmente pobres.

En efecto, el metal que comunmente se explota es el plomo, y este metal, para dejar rendimientos mayores y producir utilidades de más cuantía, se exporta á los mercados extranjeros, en donde sometido á un beneficio especial, se le extrae las pequeñas cantidades de plata y oro que se contienen en su masa.

A la galantería de uno de los altos empleados de esta negociación, debimos el conocer un curioso é interesante cuadro estadístico, en el que se señala el movimiento general de la producción de plomo, cobre, plata y oro, indicando los valores totales y la importante suma que, por el pago de derechos, ingresó al Tesoro General.

Dentro de este cuadro, que en su oportunidad transcribiremos, nos encontramos que la producción de plata, no obstante encontrarse en tan baja ley, llegó á la importante cifra de CIENTO UN MIL, TRESCIENTOS VEINTISIETE KILÓGRAMOS DE PLATA.

Al encontrarnos con esta cifra, solicitamos de nuestro inteligente interlocutor, una explicación acerca de por qué no se verificaba el beneficio del plomo en el país, y se desperdiciaba, aparentemente, la cuantiosa riqueza que antes hemos señalado.

La compañía fundidora y afinadora de metales, formada con capital netamente nacional, ha erogado cuantiosísimos gastos para su instalación, y procura de día en día mejorarla notablemente. Pasaría de *un millón de pesos*, el costo de la maquinaria para realizar el beneficio de la riqueza argentífera del plomo producido; y teniendo en cuenta, conforme á un criterio económico razonado, que, la inversión de nuevo capital en una industria establecida y en explotación, debe justificarse por las utilidades probables que produzca, no compensaría un gasto de tal magnitud, para el rendimiento real que habría de alcanzarse. Estos, ó parecidos conceptos, sirven para explicar por qué la compañía que regentea la industria que estamos describiendo, no ha procedido á la adquisición de la maquinaria de beneficio.

* * *

Los minerales que deben fundirse, en los poderosos hornos de la compañía, llegan al terreno en que está ubicada la Fundición, por tres distintos ramales, que la ponen en inmediato contacto con tres importantes vías de comunicación, á saber: Ferrocarril Nacional Mexicano, Ferrocarril de Monterrey al Golfo y Ferrocarril Internacional Mexicano.

En enorme cantidad llegan los furgones de estas tres distintas Compañías ferrocarrileras, hasta el patio mismo de la Fundición. Aquí se verifica la descarga y se procede á la selección de minerales.

Esta ventaja de contar con los distintos ferro carriles que afluyen á Monterrey es de una importancia extraordinaria.

El transporte de mineral, desde la bocamina hasta el punto más cercano de la línea que deba utilizarse, podrá presentar más ó menos dificultades; pero una vez cargados los furgones, se puede decir que va el metal directamente al horno, sin sufrir pérdidas ni trastornos de ninguna especie,

Los grandes hornos.

La Compañía Fundidora y Afinadora de Metales de Monterrey, Sociedad Anónima, tiene en actividad constante ocho magníficos hornos, que próximamente se aumentarán á diez, á cuyo efecto están construidos los cimientos respectivos y se tiene acumulado allí todo el material necesario para la terminación de los trabajos.

Cuando veamos la nota estadística que transcribiremos al final de este artículo, entonces podrá comprenderse la importancia que tiene para la Compañía Fundidora, el aumento de sus hornos, ó sea el aumento de los elementos productores del metal que se explota.

Realmente, si con los ocho hornos fundidores que existen en la actualidad, la fundición que nos ocupa realiza operaciones por más de CINCO MILLONES DE PESOS, fácil es presumir que esta cantidad se incremente, y alcance, para el futuro, un total que excederá de SIETE MILLONES DE PESOS.

Del mineral llegado al patio de la fundición se toma una parte, que se somete al análisis, con el objeto de apreciar la riqueza de él.

Conocida ésta se dividen los minerales en grupos de distinta calidad.

Los hornos para poder fundir el mineral que se arroja dentro de sus entrañas, se elevan á una temperatura no menor de setecientos grados centígrados, y para evitar alguna desgracia, se les alimenta constantemente con agua.

Los hornos están construidos con ladrillo refractario y la situación en que se encuentran es perfectamente simétrica.

Para abastecer á los hornos, con el mineral que debe ser fundido, se procura pulverizar el metal, antes de someterlo á la calcinación. Esta pulverización se realiza por medio de un ingenioso molino movido por vapor y de una gran potencia triturante.

Haremos notar, por ser un detalle de gran importancia, que la distribución económica de todos y cada uno de los departamentos, que constituyen la Fundición, se ha llevado á cabo, explotando un declive natural del terreno en que está ubicada la instalación, y que significa para la compañía una gran economía de tiempo y de dinero.

Tal y como llegan á la fundición los minerales, no pueden destinarse para ser fundidos inmediatamente. Se hace una mezcla gradual en porciones, señaladas con cuatro distintos elementos, que son: primero, Fierro, segundo, Síliee. (SiO) tercero, Mineral plomoso y cuarto, piedra calcária.

Los operarios están tan prácticos que, ellos personalmente realizan la mezcla anterior, que es la que entra en el horno para ser fundida. A esta mezcla se agrega una parte de *Coke*, que sirve de importante vehículo para hacer más rápida é inmediata la fundición del mineral.

Entre los minerales que deben ser fundidos existen muchos que contienen azufre y arsénico en grandes proporciones. y que por consecuencia son nocivos en alto grado para la salubridad del gran número de operarios que allí se cuentan.

Estos minerales sufren su calcinación en un horno automático, en el cual se van depositando en menudo polvo, todos los elementos perjudiciales á la salud. La bóveda en que se verifica este depósito, tiene cerraduras herméticas y automáticas que impiden el libre acceso á su interior. Un hombre que penetrase ahí perecería irremisiblemente al cabo de muy poco tiempo.

* * *

Una vez fundidos los minerales, los hornos, que tienen en sus costados dos orificios de salida, por uno de ellos sueltan el plomo fundido y por el otro los detritus orgánicos que se llaman escoria.

El plomo se deposita en moldes especiales, en los cuales, una vez enfriado toma la forma que afectan los lingotes que se lanzan al comercio, y cuyos lingotes se someten á un nuevo ensaye, para determinar la riqueza en plata y oro, que puedan contener.

No es arbitrario el procedimiento que siguen los operarios para tapar ó destapar los orificios de salida. Estos actos se realizan, el primero, ó sea el taponamiento, cuando ha cesado de salir el hirviente líquido; y se destapa, cuando el aire anuncia con un silbido especial que va á escaparse.

Al plomo que resulta *listo*, con un sacabocado especial, se le extrae una pequeña partícula, para el ensaye á que hemos hecho referencia en anteriores líneas; el que no se encuentra en estas condiciones, se le funde nuevamente y entonces es cuando se le utiliza.

La escoria se deposita en grandes vasijas de hierro fundido, que se colocan en una plataforma, de mecanismo muy curioso, para ser arrojada al depósito común de los desechos. Casi podríamos llamar estos depósitos, llevando nuestra frase á la hipérbole, enormes montañas de escoria.

La plataforma á que aludimos, una vez cargada con las vasijas que contienen la escoria, para salvar el declive natural del rerreno, experimenta una tracción de cable, que la lleva á una especie de planicie, formada ya por la misma escoria. En esta planicie cambia de tracción y una mula tira del vehículo, hasta el lugar en que se vota el desperdicio.

Departamentos de la Fundición.

En primer término se encuentran las oficinas, en las cuales tienen sus respectivos departamentos los altos empleados de la negociación.

La matriz de la Compañía se encuentra dentro de Monterrey, en las oficinas que tiene establecidas en los bajos de la casa del millonario Don Patricio Millmo.

Hay un departamento de fragua, otro formado por las bodegas, otro más, que es el taller de fundición de fierro, al cual está anexo un gran taller de herrería: en estos dos talleres se componen y aun fabrican de nuevo, las piezas mecánicas, que en su uso, han sufrido desperfectos de más ó menos importancia.

Existe un departamento muy interesante, que es el del cable.

Hay un elevador para los tres pisos, que constituyen la altura de los hornos, y el cual lleva mineral en carretillas que poseen ganchos especiales, para ser detenidas en un momento dado y en el sitio convenido de antemano.

El departamento de maquinaria, es suntuoso y de gran magnificencia. Setecientos caballos de vapor, son las energías desplegadas por esas potentes máquinas y que dan vida al intrincado mecanismo de aquel templo del trabajo.

* * *

Ocho años cuenta está instalación, de estar en constante y permanente movimiento. Durante este largo espacio de tiempo, aquellos músculos de acero, que vibran estrepitosamente al entrar en acción, no han tenido de descanso ni un minuto tan siquiera.

No se presta el asunto, para presentar frases ampulosas de hueca literatura. La realidad se impone y obliga al espíritu á tributar elogios muy merecidos á los hijos del trabajo, que no atesoran sus riquezas, sino que las ponen en acción para dar vida á innúmeras familias y proporcionar prestigio y nombradía á nuestra patria.

La elocuencia de los números, nos releva de prodigar elogios, á caballeros tan honorables, como D. Vicente Ferrara, D. Juan Weber y los demás que con ellos, manejan aquellos cuantiosos intereses.

Las siguientes cifras, dirán lo que esta industria significa.

En el pasado año de 1898 se exportaron al extranjero 292,800 barras de plomo y 434,550 kilógramos de matas de cobre, conteniendo un total de 149,652 kilógramos de cobre; 13.082,722 kilógramos de plomo; 101,327 kilógramos de plata y 282 kilógramos de oro, con un valor de....... $5.020,503.72, y habiendo pagado por derechos de exportación $148,727.68.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 19 de Febrero de 1899. | Número 8

M. Félix Faure, Presidente de la República Francesa

† EN PARIS EL DIA 16 DEL ACTUAL.

(Véase la "Política General").

Director: LIC RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Ahora que la Opera se despide de nosotros, puede hacerse el balance de las obras que agradaron más en la temporada, y que indican ya, muy á las claras, que, en materias artísticas comenzamos ya á tomar definitivamente el camino del buen gusto: *Manon, Mignon, Carmen, La Bohemia*, Ah! particularmente *La Bohemia!*

Muchas veces me he preguntado: ¿á qué se deberá este delirio nuestro por la tierna ópera de Puccini? A la música, dulce y suave como el suspiro de un enamorado? Ciertamente que sí. Mas, antes que todo, y sobre todo, quizá, á la letra, al episodio, á la historia de esos muchachos cándidos y andaces que fueron nuestro ideal á los veinte años, y de quienes llevamos alguna muerta esperanza en el rincón de nuestras memorias juveniles. ¿No os parece?

* * *

Recordad la alegre y patética á un tiempo, la tragi cómica aventura

Tan Tan

He aquí que tocan en la noche en la bohardilla de los bohemios. ¿Quién será? El poeta se había quedado solo, y pensaba en muchas cosas melancólicas y en muchas regocijadas.

—La juventud pobre es una ánfora de risas y de lágrimas. Los amigos no son, de seguro; esos no tocan atropelladamente; juran y blasfeman, y como pilluelos, saltan y corretean por los pasillos. La bandada bulliciosa, acaba de salir, ebria de dicha, rumbo á la fiesta callejera.

Los amigos no son. ¿Será la Musa? Esa tampoco: cuando llega, entra por la ventana en una ráfaga de luna, y, plegando las alas, se acerca á la mesa de trabajo, para decirle mil locuras al rimador, que él entreteje en las púas de cristal de sus canciones.

—Soy yo, vecino, ábrame usted; el viento apagó mi luz. Me haría usted la gracia de dejar que en la suya encienda la mía?

—Ah! es una mujer.—Entre usted, Señorita; nó, no importuna. Pero... ¿qué le sucede? Se pone usted pálida. La fatiga de la escalera; lo comprendo, Se turba! Se desmaya! Dios mío, qué conflicto! Le rociaré con agua el rostro. Bah! Vuelve en sí. ¡Qué bella criatura!

—Muchas gracias. señor.

Y la muchacha enciende la luz y abre la puerta y se va; pero el viento—soplo picaresco—está muy alegre y se entretiene en hacer oscilar las dos llamas, la de él y la de ella, que, imprudentes, por verse los ojos se olvidan de las candelas. Tanto aletean las llamas por el pábilo, que al fin se apagan y quedan en plena obscuridad los distraídos. ¿Qué hacer?

La vecina se aflije. ¿Dónde dejó la llave de su cuarto? ¿Dónde? Y, á tientas, entre la sombra, se ponen á buscarla por el suelo. El la encuentra pronto; mas le ha entrado la tentación, y, para retener á la muchacha, oculta el objeto en la bolsa del gabán...... De repente se encuentran las manos

—¡Oh, qué manecitas tan lindas, murmura el pícaro.

—¿No parece? pregunta ella.

—No. La luna está cubierta por las nubes y ni á su claridad podemos recurrir. Esperemos un poco. Dentro de un momento alumbrará de nuevo y buscaremos. La ventana está abierta.

Y en espera de que salga la luna, se ponen á charlar: una charla en medio de las tinieblas, en una noche de primavera, una charla al principio frívola é insignificante, que llega al capítulo de las confidencias.

Las palabras comienzan á ser confusas, llenas de reticencias; la voz baja; las frases se alternan con suspiros. Las manos ,que se encuentran, concluyen el pensamiento que del corazón sube á los labios,

Por fin sale la luna. Pero ellos ya no quieren hallar la llave. Se han dicho las mil y tres tonterías del amor. Están en éxtasis. De pronto, se oyen abajo los gritos de los camaradas.

—Eh! Rodolfo, Rodolfo!

El poeta se asoma.

—Allá voy!

Mimí, entre risueña y turbada, se atreve, después de vacilar un instante:

¿Y si fuese con vosotros?

Pues. ven, Mimí.

Y así comienzan estos amores vulgares y sencillos, este idilio callejero, este poema tierno, al aire libre, en que los héroes son una griseta y un estudiante, una joven que hace flores de trapo y un poeta que rima sus fantasías y sus ensueños. A modo de coro griego, acompañan esta pasión, los bohemios, los vividores de esta existencia *encantadora* y terrible que Henry Mürger idealizó en su viejo libro: Schaunard, Marcelo, Colline, Mussette, en primer término, y en el fondo todo el barrio latino, con sus grisetas, sus cafés, sus callejas sombrías, sus casas altas, asimétricas, grises: sus tejados, láminas de un negro podrido que borra y emblanquece la nieve en el invierno.

Es el Paris de 1830, el Paris de Musset, el alegre é inquieto Paris que tanto amaron los románticos, el Paris por el que suspiraba Theo, veinticinco años después en el granero de los Goncourt.

Rodolfo y Mimí se aman al día, á la buena de Dios, sin más cadenas que las de sus brazos, y sin más pacto que el que con sus besos sellan noche á noche, sobre los labios.

Pero Mimí está condenada á ser, como dijo el poeta latino: amada de los dioses. Morirá joven. *Los alfileres del frío* se le clavaron en el pecho, y por allí se le va á escapar la vida cuando se despida el Otoño, y caiga de los árboles melancólicos la lluvia de oro de las hojas amarillas.

La pobreza le ha hecho mucho daño á este ángel de buhardilla que, á la vez, reza oraciones y canta coplas, y en cuyo corazón piadoso y puro, cayó, gota á gota, la malicia. Rodolfo es celoso y Mimí coqueta. Su amor, como el mar, tiene flujo y reflujo. Se juntan y se rechazan, pero sin herirse jamás. Son dos tiernos.

Un día Rodolfo le hace una confidencia á Marcelo:

Mimí está enferma: se me va. Mas su amor se ha ido antes que ella: no me ama ya.

Y, Mimí que lo oye, le dice:

—¿Eres celoso? Pues bien; amémonos todo este invierno. En primavera nos separaremos.

Y él acepta.

Cuando Mimí torna al nido de los bohemios, vuelve sólo para morir. Quiere espirar entre ellos. Su corazón latirá por última vez, allí arriba, en el cuarto de los estudiantes, bajo el techo de Rodolfo, en la atmósfera que aún está llena de cariños; allí es donde el viento, el frío y travieso viento, ¡ay! y también cruel, y también infame, apagó, primero su luz y después su juventud y su vida.

Y Mimí espira como lo desea: con un postrer capricho de coqueta, pidiendo un manguito para cubrirse las manos que tanto mordió el aire del invierno y besó Rodolfo.

Los bohemios rodean el lecho de aquella virgen encanallada que se transfigura en querub. Por bajo del corpiño de la *cocotte* se abren dos alas. La aventura termina unciosamente. La existencia de esos muchachos, vaso de vino, de ideales y de risas se llena de lágrimas. En el nido de las canciones se han abrigado los sollozos.

¿No es verdad que la sugestión de esta historieta, bordada con suaves melodías, es la que perdona sobre todo, las otras impresiones de la temporada?

Hugonotes, la grande y divina obra, maravillosa de inspiración y de fuerza no entra en nuestro espíritu como esta *Bohemia*, sutil y delicada. Es claro! La una sorprende y fascina: está lejos de nosotros y la vemos aparecer como una grandiosa pintura decorativa. Es un soberbio cuadro histórico. hecho á la manera de Kaulbach, con muchas figuras, muchos grupos, muchos brillos de seda, y un profundo y luminoso horizonte.

La obra de Puccini no es así; es un lienzo pequeño; un cuadro de género, pintado á la Meissonier, exquisito de sinceridad y ternura.... pero cómo acaricia la vista y el corazón, y cómo, en viéndole, se agitan en nuestra memoria todos los buenos recuerdos y humedece nuestros ojos una tímida lágrima!

* * *

Nos queda el Circo; los saltimbancos, las fieras amaestradas y.... Bell, Bell sobre todo, la risa sana, el clarín de la alegría.

Dime, Ricardo Bell, tú no has de haber leído las Doloras de Campoamor, aunque quién sabe, porque á veces me parece que eres instruido y culto. Pues si las has leído acuérdate:

Así, de prisa, de prisa,
Todo al vuelo, todo al vuelo....

Cualquiera diría que eso lo dijo el poeta mirándome escribir estas cuartillas. Yo quisiera hacer un libro sobre tí, porque lo mereces; y mira, sólo puedo dedicarte estos cuantos renglones. Has sido el héroe de los espectáculos en esta semana. Eres el juguete para los niños y la risa para el pueblo. Tienes el más amable de los talentos: el de la alegría.

En la calle, cuando te veo, me asalta la sospecha de que estás triste y me entra una invencible curiosidad de preguntártelo: quisiera viajar por tu alma.

Eres inimitable pegándote cachetes, pero, además, eres un observador profundo: haces intencionadas caricaturas sociales. Tienes algo de Ursus. Tu mímica revela tu ingenio en la pantomima: no necesitas hablar para comunicarte con nosotros.

¡Qué desgracia, mi amado Bell; mira lo que es la suerte; debías ser Talma y eres Payaso!

Mas....confórmate; hay desdichas semejantes á la tuya; mayores si se quiere, porque no tienen, como tú en cada temporada, un *doble beneficio*.

* * *

El Mundo publica hoy un cuento, el primero del libro «Cuentos de Color» de Manuel Diaz Rodríguez, escritor venezolano, pulcro en la dicción y hondo en el pensamiento. Ese estilo suyo, limpio y refulgente como diamante de aguas puras, es el ropaje de una fantasía pródiga en sueños. Diaz Rodriguez es un culto espíritu. Sus *Sensaciones de viaje* y sus *Romerías*, dan idea de una vida un poco vagabunda y melancólica. Recuerdan el verso del poeta:

Errar de clima en clima es un instinto
en ciertos genios como en ciertas aves.

Leed el *Cuento azul*; es delicioso. Ved que Diaz Rodriguez es un amigo más para hacernos *confidencias de Psiquis*.

¡Y hay tan pocos amigos buenos en la vida!

Política General.

RESUMEN.—Otra vez Francia é Inglaterra.—Seguridades de ayer y temores de mañana.—Una declaracion de M. Lockroy -La guerra inevitable.—Rivalidades coloniales—Lucha de intereses.—El problema de la marina inglesa. -Preparativos de Francia. La conferencia del desarme. -Su fracaso probable. —La navegaciod submarina. -Nadie renuncia á sus ventajas.—La lucha de los pueblos y la seleccion natural. A ultima hora La muerte de M. Faure.

A pesar de todas las seguridades que mutuamente se dan en lo oficial los gabinetes de Londres y París, proclamando ante el mundo la buena armonía de sus relaciones y el desvanecimiento de todos sus temores por las dificultades pasadas, síguese trabajando con inusitada actividad en los astilleros y arsenales de la Gran Bretaña y de Francia. Háblase de ciertas declaraciones atribuídas á M. Lockroy, ministro de marina en el gabinete de M. Faure, en las cuales se asegura la posibilidad de una guerra franco-inglesa en el transcurso de dos años.

Es que la derrota diplómatica por el asunto de Fachoda no se ha olvidado en Francia; es que la dolorosa retirada de Marchand ha dejado profunda huella en el pecho de los patriotas, y la política de «alfilerazos» que los ministros ingleses han achacado á Francia no ha dejado de ejercerse por la misma Inglaterra, contra su vecina y rival; y en Egipto, en Terranova en el Extremo Oriente, en todas partes donde concurren intereses de los dos países, se exaltan las rivalidades, se avivan los odios, despiertan las ambiciones, y un incidente cualquiera puede dar ocasión á la ruptura de hostilidades.

Mal prevenidas las dos potencias rivales, concurriendo continuamente en sus tendencias y estorbándose en el desarrollo de su política colonial, no es difícil prever que las dificultades ocurridas á fines del pasado año continuarán sin interrupción, se sucederán unas después de otras, y en plazo no lejano estallará el rompimiento quizá por el motivo más fútil.

* * *

La Gran Bretaña no ha de cejar jamás en sus pretensiones de dueña y señora de los mares; su orgullo tradicional la ha de llevar constantemente á pasear su pabellón triunfante por todos los ámbitos del globo; sus poderosas escuadras, que fatigan las ondas de todos los océanos, nunca soportarán que una rival se alce frente á ellas; las tendencias todas del gobierno británico han sido siempre, y serán en lo sucesivo, poder oponer con ventaja sus flotas en los mares á cualquiera combinación de escuadras enemigas.

La marina francesa ha tomado un vuelo inusitado; ha merecido preferente atención de todos los gabinetes republicanos; los partidos todos se esmeran por darle mayor brillo, no para satisfacer morbosas insinuaciones del orgullo, sino para defender las numerosas colonias cada día más florecientes, donde se derrama la actividad de la patria francesa, buscando en sus energías, mercados á la producción y materiales para la industria. Semejante desarrollo no puede ser visto con indiferencia por Inglaterra que siente de rechazo los efectos de ese desarrollo en la rebaja de sus operaciones mercantiles. Menos inquietantes para ella son los avances de Rusia sobre el territorio chino, la inundación de los mercados con la industria alemana, la competencia que le hace en las plazas de Oriente la producción japonesa; la alarman menos todos estos elementos que merman su explotación en territorios remotos y apartados, menos inquietantes son todos estos elementos, que el progreso de la marina francesa, y por tal motivo no sería de extrañar que, en un momento dado, hiciera explosión ese amontonamiento de materias combustibles que lentamente se han acumulado entre los intereses reales y positivos de Francia é Inglaterra.

* * *

La agitación interior de Francia, las amenazas de la reacción monárquica, las manifestaciones patrió-

ticas en contra y á favor de Dreyfus, la organización de Ligas entre los ciudadanos franceses, la conspiración sorda contra las instituciones militares que últimamente se ha manifestado: todo esto puede hacer creer que la república de Thiers y de Gambetta, debilitada interiormente, es incapaz de resistir un ataque del exterior. Si así lo creen los políticos ingleses, si los que predican en el parlamento y en el club el odio á Francia juzgan la presente ocasión favorable á su política, pueden sufrir muy graves desengaños.

La República se prepara á la lucha y envía fuertes guarniciones á sus colonias próximas y apartadas; levanta fortificaciones en los puertos desguarnecidos; vigila constantemente el trabajo de sus maestranzas y arsenales; el sentimiento público, unido en una sola expresión, alienta y fortalece al ejército formado en treinta años de vida nueva y de educación regeneradora.

Todo hace creer que si la guerra estalla, Francia no estará desprevenida y podrá oponer una resistencia fuerte y tenaz á sus enemigos. En tierra cuenta con la nueva generación militar, amaestrada en el Tonquin, triunfante en Dahomey y cubierta de gloria en Madagascar. En el mar tiene á su disposición una flota respetable, suficiente para defender los puertos principales ó para establecer fuertes guerrillas en el mar y hacer daño aisladamente á la escuadra británica. Además, si no se malogran las esperanzas fundadas en la navegación submarina, para antes de dos años, podrá con flotillas de «Gustavo Zedé» y de «Narval,» buques sumergibles capaces de resguardar un puerto, oponerse á las flotas más poderosas y hacer terrible daño á los monstruos de la marina inglesa.

* * *

Dados estos antecedentes que anuncian la inminencia de una guerra próxima, ¿qué esperanza hay de que se realice el pensamiento filantrópico del Czar? ¿Qué resultado práctico podrá tener la conferencia internacional del desarme, citada primero para San Petersburgo, anunciada después en Bruselas y hoy indicada en Amsterdan? ¿Qué espíritu podrá presidir las discusiones, cuando los ejércitos se hallan frente á frente y los buques de guerra con las calderas encendidas, para lanzarse en un encuentro formidable?

Indica el Czar, en su última circular diplomática á los gabinetes de las potencias, la necesidad de que se adopten en el futuro congreso de la paz resoluciones comunes para prohibir el uso de los explosivos modernos en caso de guerra, para desterrar el empleo de submarinos y para que todas las naciones se adhieran á las declaraciones del Congreso de Ginebra en cuanto se refiere á la guerra marítima. ¿Será posible que Francia suscriba las proposiciones de su aliada Rusia? ella que persigue en estos momentos la solución del problema de la navegación submarina, ¿renunciará de grado á un elemento poderoso que viene á nivelar las fuerzas de las naciones beligerantes en guerra naval? ¿Renunciará por ventura á sus conquistas en el fondo del mar, á los adelantos asombrosos que le prometen sus oficiales técnicos y serán, caso de realizarse, una verdadera revolución en la ciencia de destruirse cordialmente los humanos?

Mucho lo dudamos. Primero parecía que las viejas rivalidades y antiguos odios entre Alemania y Francia serían el obstáculo principal que se opusiera á la idea humanitaria de Nicolás II. Alsacia-Lorena, levantándose como sombra fatídica, anunciaba ser la nota dolorosa entre las predicaciones de concordia del autócrata moscovita. Los episodios del Sudán y de Egipto, la evacuación de Fachoda y la retirada del explorador Marchand han venido á revelar un nuevo estado de cosas. Las ráfagas de inquietud y de hostilidad no soplan del lado de los Vosgos, azotan con rugidos de tempestad el mar de la Mancha, y levantan montañas inaccesibles de rencores y de ambiciones entre dos grandes pueblos en el occidente de Europa, que han significado por mucho tiempo el progreso y la grandeza de la raza humana.

* * *

Pero tal es la condición de esta inacabable lucha por la existencia, que se manifiesta con idéntica crueldad entre las especies inferiores que entre los grupos supraorgánicos que forman las modernas sociedades.

Acudirán á la ciudad comercial de Holanda los plenipotenciarios de las naciones fuertes y de los pueblos débiles; se dejarán oír en las conferencias de Amsterdan la voz del Czar predicando la paz y aconsejando el desarme—de los otros—la palabra serena de los filósofos y la frase persuasiva de los publicistas hablarán de concordia y de unión; y entre esos cánticos á la fraternidad universal, entre esos himnos triunfales á la unidad de tendencias del humano linaje, y de los pueblos civilizados, encargados de llevar la Buena Nueva á los confines del globo, se escucharán los gritos de odio tradicionales, los rugidos de ambiciones históricas, las imprecaciones de rencores de raza; y los que soñaban, los que esperaban con ansia el reinado de la paz, sentirán caer una á una sus ilusiones en flor, porque á ella se oponen las naturales condiciones de los pueblos en eterna lucha, engendrando la guerra, unas veces como manifestación morbosa de las sociedades, otras veces como instrumento de progreso para eliminar á los débiles, á los incapaces, á los rezagados, por medio de terrible y espantosa selección.

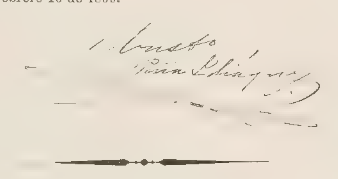
Triste y dolorosa condición de la raza de Adán.

* * *

P. S.—Como si el destino quisiera ensombrecer más las dificultades que pesan sobre la República latina del centro de Europa; como si un hado impío se complaciera en amontonar dolores y sembrar zozobras en la tierra bendita que fecundaron tantos mártires con su sangre, que tantos poetas cantaron con sus liras y tantos apóstoles animaron con su palabra; como si no hubieran de terminar jamás el período de prueba por que atraviesa Francia, desde que el 4 de Septiembre de 1870 se despojó de los raídos arambeles del cesarismo, para ceñir la nívea túnica de la democracia: un nuevo motivo de congoja hay ahora para el *alma-mater* de los modernos pueblos latinos: M. Félix Faure, Presidente de la República Francesa, acaba de morir.

Francia está de duelo: respetemos su justo dolor, y sobre la tumba del ilustre plebeyo, ante el sepulcro del que supo consolidar la alianza franco-rusa, esperanza y luz de los amantes de la paz, depositemos nuestra corona de siemprevivas. *Que Dieu protège la France!*

Febrero 16 de 1899.



LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

La Exposición de Bellas Artes, notabilísima en su género merced á la innovación introducida en ella de exhibir cuadros de pintores españoles en una sección especial, ha sido el acontecimiento artístico más importante de los últimos tiempos en la Capital y si se persevera en la idea de incluir en lo futuro una ó varias secciones extranjeras en esos certámenes, mucho se hará por la educación del gusto público, por la objetiva enseñanza de nuestros artistas y por la creación de un centro de movimiento artístico entre nosotros.

Cuando se recorren los salones de la Academia de Bellas Artes se disciernen tres de las principales tendencias que solicitan el arte moderno y de las grandes corrientes que lo impulsan. Esas corrientes y esas tendencias son: una constante preocupación por lo verdadero; una inclinación acentuada por trasladar al lienzo los más delicados matices de la pasión ó de la idea, es decir, una propensión psicológica dominante, y por último, un casi constante sacrificio del resultado al procedimiento, una preferencia marcada por la técnica, por el *modus faciendi.*

A estas tendencias, de las cuales la primera sacrifica á menudo lo bello á lo verdadero, la segunda propende á pintar almas y no cuerpos, ideas y no cosas, y la tercera á transformar el arte en un diletantismo pedantesco ó en un malavarismo ridículo, se opone un empuje retrógado que aspira á resucitar el prerrafaelismo y volver á los procedimientos y á las concepciones sandias, pero sinceras: infantiles, pero delicadas; inocentes y simples, pero conmovedoras, de otra edad, de otras circunstancias. De esta última tendencia no encontramos huella en la exposición; pero sí de las otras.

El amor á la verdad, que en literatura lleva el nombre de realismo ó naturalismo, se revela en la plástica por un estudio detenido y científico de las formas y de los colores, por una traslación fiel de las fisonomías y de las actitudes, por un agrupamiento sabio y bien estudiado de los accesorios, de las arquitecturas, del atrezzo arqueológico, de la indumentaria, del mobiliario, etc. Dentro de esta escuela, para pintar un árbol hay que ser botánico, para dibujar un animal hay que profundizar la zoología, para esculpir un Hércules ó una Diana es forzoso impregnarse de anatomía y fisiología. ¡No se diga, cuando se trata de interpretar un suceso histórico ó un episodio legendario! Museos, bibliotecas, ruinas, excursiones, consultas y compulsas, bastan apenas para dotar al pintor del material é instrumental necesarios para bosquejar la Toma de Granada ó la Muerte de César.

Alcanzada la perfección del género se llega, en el retrato, á la fotografía colorida; en el paisaje, al herbario; en la pintura histórica, al museo de antigüedades; en la escultura, al anfiteatro. En este orden de ideas descuellan como los mejores especímenes del género en los salones de San Carlos: «La Lista de la Lotería» de Joaquín Tejada en la que todo, actitudes, espresiones fisonómicas, trajes, arquitecturas, es de una verdad palpitante; casi todas las cabezas de estudio del mismo autor; las frutas y legumbres de esa ensalada de Noche Buena llamada «El Mercado de Sevilla» de Ricardo López Cabrera en que el polvillo de la uva, el aterciopelado del durazno, el satinado del gitomate, llaman la atención por su fidelidad y exactitud; los dos cuadros de A. G. Prieto: «Portico del Palacio Ducal de Venecia» y «Palacio» en la misma ciudad; la sección de hidroterapia de las «Escenas de Fábrica» de Benedito, en las que la figura de la extrema izquierda del cuadro ofrece un relieve y un escorzo de brazo dignos de todo aplauso; y entre las marinas, dos efectos de luna, la «Vista en Bayona» y sobre todo la «Noche de luna en Vigo» que es una verdadera joya. Hay en otros cuadros manifestaciones estimables de este modo de concebir la pintura, los paños y los tapices de la «Canción árabe» de Luis Gasch; la dama y su traje de la «Visita del Colono» de José Garnelo.

Este culto por la verdad no era la preocupación dominante de los pintores del Renacimiento, salvo en Flandes, y suele verse á La Virgen flanqueada de pajecillos venecianos, vajilla china en las Bodas de Canaan, Stradivarius en manos de los ángeles y otras lindezas que no toleraríamos á nuestros contemporáneos. Digámoslo de una vez: lo verdadero es tan sólo un elemento del arte; pero no es todo el arte; además y en el fondo, lo que damos en llamar la verdad en el arte no es más que cierto género de convencionalismo. Para cerciorarse de ello ha sido necesario el descubrimiento de la fotografía instantánea; comparando las instantáneas sucesivas de un hombre andando, de una ave que vuela, de un caballo que corre, se adquiere la certidumbre de que ni dibujantes, ni pintores ni escultores han reproducido las actitudes positivas y reales del ser en movimiento, sino una especial, convencional que no es ninguna de las que sorprende y reproduce la cámara fotográfica.

Pero sea de esto lo que fuere, lo que es indiscutible es que el exceso de realidad, la meticulosa y rigurosa observancia de lo verdadero, daña, en general, á la obra de arte y que se necesita positivo genio para seguir siendo artista cuando se siguen los procedimientos del naturalista. Dentro de lo falso existen incontables obras maestras y producciones admirables del arte: Las mil y una noches, los cuentos de Perrault, las fábulas y mitologías, en literatura: las sirenas y tritones de Rubens, formando cortejo á María de Médicis, los ángeles y las aureolas, los celajes y luces celestiales de los cuadros místicos en la plástica; dentro de lo verdadero son contados los genios y sus creaciones; Rembrandt y Shakespeare realizan el prodigio de poder hacer á la vez verdad y belleza, con los cuerpos el uno, con las almas el otro.

La dosis de verdad y de ficción, los *tantos* de observación y de fantasía que deben entrar como ingredientes en la obra de arte sólo los encuentran los verdaderos genios; los talentos inferiores toman por uno ú otro de los dos atajos, y ó cópian ó extravagan, y ó calcan ó deliran; ya veremos en la Exposición, ejemplos de una y de otra cosa.

No es menos poderosa que ésta la segunda de las enunciadas tendencias. Los griegos esculpieron cuerpos y se preocuparon de las formas materiales antes que de las almas que las animan; igual camino siguieron, en general, los artistas del Renacimiento. Los modernos, á través del cuerpo quieren pintar el alma; la expresión, la actitud, los accesorios han de revelar qué piensa el personaje, cómo siente, si ama ó aborrece, si goza ó sufre, si sueña ó calcula; en los ojos se ha de poder leer todo el drama interior: el combate de las ideas, en el fruncimiento del ceño; la lucha de las pasiones, en la crispación de la fisonomía; el desbordamiento de las amarguras en la contracción de los labios. En la pupila de Colón ha de mirarse el Nuevo Continente; en la frente de Darwin reflejarse el «Origen de las Especies.»

Dentro de este criterio estético, el problema es el siguiente: dado el retrato, por ejemplo, de Don Matías Romero, dejar ver claramente que él es el autor de la inmortal «Memoria de Hacienda» y permitir al espectador formar juicio exacto de la profundidad de sus cálculos financieros. El problema psicológico en pintura y escultura, dentro de ciertos límites, es resoluble y el principio es sano dentro de condiciones que limitan su aplicación; llevado á la exajeración es un rompe cabezas sin solución posible.

La plástica, como la música, tiene medios limitados de expresión; no alcanza á pintar las ideas puras, y sí tan sólo los tipos fundamentales de las pasiones sin llegar á sus matices más delicados. Imposible es una sinfonía sobre el *Cuadrado de la hipotenusa;* absurdo un cuadro que pinte las maquinaciones del jesuitismo, ó la regeneración de la humanidad según A. Comte.

Cuando se olvidan estas inevitables restricciones se llega en pintura al geroglífico. Ejemplo patente de ello es «La Huelga de modelos» de Antonio Muñoz Degrain. El pintor representa media docena de majas al rededor de una mesa, en un bazar con honores de taller; un fantasmón largo y escueto como un plumero pinta en el muro un toro, un matador y rótulos de *Olé Salero! Viva la gracia!* Qué quiere de-

Sr. Gral. Ignacio R. Alatorre.
Murió en Tampico el día 17 del corriente

cir eso, y qué relación hay entre el cuadro y su título? Cavilando un poco se discierne que las majas son las modelos, que han rehusado desnudarse y hacer la *pose* y que el pintor se entretiene y las divierte haciéndoles la crónica gráfica de la última corrida.

Esta suposición viene por tierra; el fantasmón no puede ser el pintor; sus dibujos son absurdos aun como bosquejos y dignos del lápiz de un recién nacido. Lo probable es que el plumero que está dibujando, sea modelo también y que en ausencia del pintor se divierta y distraiga á sus compañeras emborronando las telas de su patrón. ¡Pero entonces el cuadro debería llamarse «Huelga de un pintor» y no de sus modelos! Muñoz Degrain erró gravemente y doblemente, porque intentó pintar sin lograrlo no lo que piensan los modelos sino lo que él mismo pensó que estarían pensando. Convertido ese pensamiento en acción el cuadro era posible: el taller, un cuadro bosquejando un grupo de mujeres desnudas, las modelos desnudas ó semidesnudas, porque si no, no son modelos, sino simples mujeres, juegan, retozan, se esconden, toman sus ropas, y el pintor desolado sin poder continuar su obra, hubiera sugerido la idea de una huelga de modelos. Tal como está concebido no merece otro nombre que el de «Crónica Taurina» y todavía....

Otro prodigio del género es el retrato de Urueta por Fúster. Se necesita tener envidia al efebo y odio al poeta para haberlo calumniado y vilipendiado así, me equivoco, lo que se necesita para pintar esas extravagancias es aspirar á un poder de expresión psicológica que está vedado á la pintura. Veámoslo despacio: Urueta tiene un gran talento, especialmente poético, y su temperamento es melancólico, dulce y soñador; aunque á veces pierde los estribos y padece épicas indignaciones, su índole y su temperamento son otros y contrarios. He aquí los datos del problema, —se dijo Fúster, transladémoslos al lienzo. ¿Cómo dar idea de que Urueta tiene un gran talento? Sencillamente, pintándole una gran cabeza; es tan voluminosa la que Fúster ha atribuido á Urueta, que la cara termina ridículamente en punta, los parietales se separan de un modo alarmante, el frontal va á estallar, si fuera permitido *tocar los objetos* se sentirían las molleras abiertas y las suturas desencuadernadas propias de los recien nacidos y de los hidrocéfalos: es un caso típico de hidrocefalia digno de ilustrar un tratado técnico.

Mirada lánguida y vaga, párpado ligeramente entrecerrado, pupila profunda y misteriosa, tal es el *cliché* para representar al melancólico y al soñador; pero, inconsciente de los matices y de los grados, Fuster hinchó los párpados, *extravió* la pupila, cerró casi los ojos y resultó que en vez de Urueta soñando, nos pintó á Urueta durmiendo. Otro ejemplar: «La Religiosa, Recuerdos del Mundo» de Ripari: una monja, rosario en mano y los brazos descansando sobre una balaustrada, aspira á dirigir una mirada oblicua é impregnada de sobreentendidos psicológicos á un hacinamiento de amapolas que tiene al lado y que simbolizan, y es mucho simbolizar, el mundo, como el rosario, con más propiedad, simboliza el claustro. La oblicuidad de la mirada, la languidez de los párpados, impiden ver el globo del ojo; la monja, por esa circunstancia, así como por el abandono general de todo su cuerpo y la vaga y casi voluptuosa expresión del semblante, parece, como Urueta, dormir y se necesita media docena de explicaciones y considerandos para no creer que el cuadro se llama: «La siesta de la monja» y para llegar á admitir que representa otra y más profunda idea. La cuestión de los matices! dos veces seguidas el pintor psicólogo por expresar la vaguedad y la melancolía no logra sino dormir á sus personajes.

Cuando el pintor psicólogo tiene el talento bastante para convertir en acciones las ideas y pasiones de su personaje, llega á la pintura dramática, más clara, más comprensible, más plástica y sugestiva que la otra. Abundan las expresiones de este género de pintura en la Academia y los más característicos son «El duelo interrumpido» de Jorge Ohnet, ó que diga! de José Garnelo y las «Razones de Fuerza» de Luis Beat, que con gusto firmaría Ponson du Terrail.

Dr. M. Flores.

(Continuará)

Sr. Gral. Manuel Santibañez.
Murió en Cuautla el día 15 del corriente.

Dos veteranos del ejército.

Dos soldados de la República, dos patriotas, murieron esta semana.

Los Generales Don Ignacio R. Alatorre y Don Manuel Santibañez figuraban honrosamente como constantes y valerosos combatientes, defensores de la Patria.

El Mundo Ilustrado honra sus columnas con los retratos de estos distinguidos mexicanos.

El Casino Francés de México

Publicamos dos vistas interiores de este centro recreativo, uno de los más simpáticos de la Capital. El sábado 12 del corriente dió la colonia francesa un gran baile de fantasía en su casino, y según las reseñas que tenemos á la vista, la fiesta fué lucidísima.

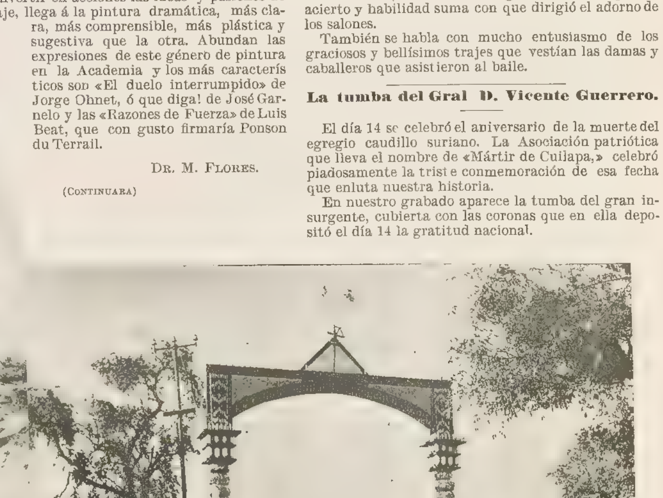
Sobre todo, ha merecido elogios el Sr. Sarre por el acierto y habilidad suma con que dirigió el adorno de los salones.

También se habla con mucho entusiasmo de los graciosos y bellísimos trajes que vestían las damas y caballeros que asistieron al baile.

La tumba del Gral D. Vicente Guerrero.

El día 14 se celebró el aniversario de la muerte del egregio caudillo suriano. La Asociación patriótica que lleva el nombre de «Mártir de Cuilapa,» celebró piadosamente la triste conmemoración de esa fecha que enluta nuestra historia.

En nuestro grabado aparece la tumba del gran insurgente, cubierta con las coronas que en ella depositó el día 14 la gratitud nacional.



INAUGURACION DE LAS OBRAS DEL ATOYAC, EL DIA 12 DE ESTE MES.

Arco levantado en la compuerta que abrio el Sr. Presidente. — Arco levantado en el «Molino de Enmedio.»

CASINO FRANCES.—El patio.

CASINO FRANCES.—Uno de los salones.

ACUARELAS DE VIAJE.

La muerte del carnaval en Roma.

Después de once días en que el barullo ha ido *in crescendo* constante, en que todas las tardes se ha visto el Corso henchido de carruajes y de peatones que combaten entre sí arrojándose ramilletes, llega por fin el Martes de Carnaval, que es al propio tiempo el más ruidoso y el último de estos días de locura.

Por la mañana ha habido grandes transacciones entre los poseedores de balcones ó ventanas en el Corso, los cuales han llevado buenos puñados de *liras* á sus bolsillos y en consecuencia el buen humor á sus espíritus. Todo el mundo y particularmente todos los extranjeros que por estas épocas abundan en la Ciudad Eterna, tienen empeño en disponer de un balcón en el Corso para contemplar desde punto tan propicio y cómodo las funambulescas festividades del día. Es, pues, obra de *romanos* conseguir una tan codiciada presa y es menester entenderse con un enjambre escalonado de agentes y subagentes que os comunican con el dueño del balcón y entre cuyas manos á proporción de categorías ó cataduras, os es preciso ir dejando sendos luises de oro ó piezas de cien sueldos con la barbiopulenta efigie del Rey Victor Manuel. Sucedió por fin que nosotros, tras numerosas idas y venidas, nos hallamos á la hora del almuerzo poseedores de un billete que nos aseguraba el temporal dominio de un balconcillo, con sitio para tres personas, en la tercera manzana de la populosa Vía del Corso. Tal adquisición fué considerada por nosotros como singular merced de la suerte y no fué sino hasta después de un buen rato y ya calmados los entusiasmos, cuando á fuerza de recuentas advertimos que aquel balconcillo nos costaba, entre su precio real y las propinas á los conseguidores, la apreciable suma de seis cientos francos.

Como todos los días desde hacía once, á la una en punto comenzó el ruido. Empezaron á desfilar los carruajes ocupados por damas y caballeros cuyas manos no descansaban por un solo instante en su tarea de arrojarse, los unos á los otros, perfumados y dulces proyectiles. Ese combate, con el entusiasmo y el *entrain* que tiene en Roma, no creo que se le encuentre en ninguna otra parte; aún los muy celebrados de Niza palidecen junto á éste del cual no son más que remedos, pues hasta el nombre que llevan de *corsos*, no es sino una reminiscencia del romano.

La sociedad romana, de suyo retraída y asaz disuelta en bandos debido á los sucesos de la política, tiene á bien mostrarse alegre en esos martes de carnaval, y olvida sus rencillas habituales. En la calle del Corso se mira esa tarde lo mismo la galoneada carroza de un patricio papal, que el ligero landó de un príncipe de la corona. La sociedad *negra* (pontificia) y la sociedad *blanca* (realista) se mezclan esa tarde en medio del contentamiento popular.

Nuestro *cicerone* va comunicándonos los nombres y cualidades de los dueños de los carruajes que pasan. Muy á menudo el nombre que escuchamos nos hace estremecer, porque evoca en nosotros muy viejas y emocionales recordaciones históricas. Piombino, Pallavicini, Rospigliose, Borghese, Barberini....tales son los ilustres patricios que se divierten en el Carnaval. Como para contrastar sobre esos recuerdos, nos dice el guía:

—¿Veis á aquel caballero de bigote negro que arroja desde su victoria unas rosas al palacio Chigi? Pues es Menotti Garibaldi, hijo del *Generale* y diputado republicano....

De pronto el entusiasmo de la muchedumbre se hace más palpitante, la lluvia de ramilletes se tupe todavía más, se escuchan gritos y exclamaciones: es un carruaje con librea roja que avanza al trote de estupendos árabes. En él va Margarita, la linda *regina*, el ídolo del pueblo y de los nobles.

La reina de Italia sonríe siempre á su pueblo, y en martes de carnaval no desdeña recojer de tiempo en tiempo uno de tantos ramos que caen en su carroza, para llevarlo á sus labios en ademán de maternal gratitud. La muchedumbre la aclama y entonces la enguantada manita de la reina traza una parábola en el aire y vuelve á arrojar las flores entre las compactas filas de sus súbditos. ¡Es de verse la febril ondulación que se produce por adueñarse del ramo de regia provenencia!

La tumba del Gral. Guerrero en el Panteon de San Fernando el dia 14 del actual.

También Humberto cruza el Corso, pero sencillamente, sin picadores ni aparato, como un buen burgués. Maneja él mismo su faeton cuya librea azul obscuro es la de un rico cualquiera; su rostro, de inconmovible seriedad, se vuelve á todos lados para contestar los saludos que se le dirigen, y de tiempo en tiempo su diestra —la que empuña el augusto cetro de la Italia unida—se levanta hasta la altura de su boca para acariciar el opulento mostacho, prez de los hijos de Saboya.

Al llegar á la Plaza Colonna, la doble fila de carruajes se ensancha, como ávida de espacio y de aire, y se acrece con nuevos *equipages* que afluyen de ese lado. Vimos entonces algo curioso: la carroza de la casa Aldobrandini, con el viejo príncipe y tres núbiles princesas á bordo, cruzó el faeton del Rey de modo de pasar antes de él. Los Aldobrandini son implacables papistas y nosotros creímos que el incidente se había producido con harta conciencia de los cocheros del príncipe. ¿Qué iba á suceder? Humberto levantó la cabeza y detuvo sus caballos. Entonces el viejo Aldobrandini se puso de pié y gritó á su cochero:

—*¡Indietro, bestia! E sua maestá....*

¡Decididamente, las viejas preocupaciones se van!

Entretanto, ha ido obscureciendo, los carruajes despejan la vía y todo el mundo se apresta á contemplar el espectáculo nocturno, que es el genuino y propio de esta fecha.

***

La vía del Corso parece una ascua de fuego, pues los comerciantes van aumentando su alumbrado. Libre ya de carruajes, los peatones la invaden de pared á pared y se produce una compacta é incesante ondulación de cabezas, que hostiga y que marea.

Las damas que una hora antes cruzaban la avenida, muellemente reclinadas en los cojines de las carrozas, ocupan ahora los balcones de los palacios y forman el más gentil adorno de la opulenta calle romana.

Repentinamente, se oye un grito. ¡Hagan sitio, que vienen los *barberi!* Los *barberi* son caballos montados en pelo por labradores de la campiña romana y que juegan una carrera á lo largo del Corso, desde la Plaza del Pópolo hasta la Plaza de Venecia.

Una vez que concluye dicho ejercicio hípico, empieza á moverse el Cortejo que trae al Carnaval moribundo, saliendo de la Plaza Venecia para rendir en la del Pópolo, en sentido contrario de la carrera poco antes efectuada.

Preceden al carro mortuorio, heraldos con hachones encendidos y frailes que entonan funambulescas y gayas letanías. En el carro, viene el Carnaval, reclinado en un lecho improvisado y presa de las más risibles contorsiones agónicas mientras que un físico que lleva á su lado, hace inauditos esfuerzos por hacerle tragar quién sabe qué menjurges que extrae de fantásticas y monstruosas retortas por medio de descomunales geringas.

Lentamente, el Cortejo recorre todo el Corso. Mientras más se acerca á la Plaza del Pópolo, más se acentúa la gravedad del paciente, de suerte que al llegar á ella ha muerto,—y sustituido por un muñeco de trapos y cartón—es arrojado en una hoguera que al efecto ya se halla encendida.

Entonces surge un grito que se extien-

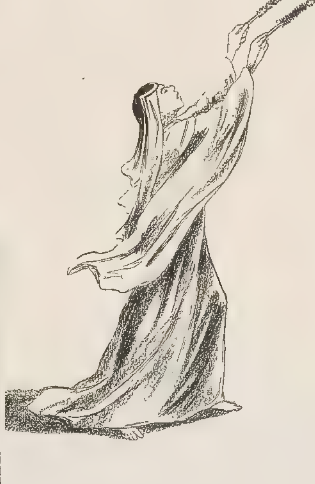
LA CARICATURA EN LOS SALONES DE LA EXPOSICION.

LA NIÑA HACENDOSA
(E. ALCIATI)

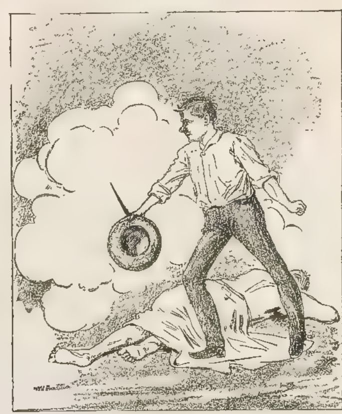
WERTHER EN SALMUERA (FANTASIA IMPRESIONISTA)
GUMERY

¿COMO SUBIO? (SIGNORE CABONI)

PROGRESO FERROCARRILERO: TRENES DE LA VIA ANGOSTA CAMINANDO EN LA ANCHA
(J. ALCERRECA Y COMONFORT)



SOR JUANA INES DE LA CRUZ
CITANDO Á BANDERILLAS (E. MENDOZA)



HOMICIDIO EN RIÑA
(J. E. DOMINGUEZ)

RETRATO DE S.S. ILLMA. LUIS MAZZANTINI
OBISPO DE GUIPUZCOA (NATAL PESADO)

MAMANDOSE EL DEDO
(NICOLAS ALPERIZ)

EL VENCEDOR DEL GRAN PREMIO
C. MAS (PINTOR ESPAÑOL)

ROMULUS (R. TUSQUETS)

CUARTO DE FUMAR DE LEON XIII
(J. VILLEGAS)

URUETA HIDROCEFALO
(A. FUSTER)

CROMO.-LA SALUD DE LEON XIII
(HIPERTROFIA DE LOS DEDOS (JUSTO VILLANUEVA)

BAÑO RUSO (M. BENEDITO)

PATITAS ASADAS (L. YZAGUIRRE)

LANA CARDADA
F. MAS (PINTOR ESPAÑOL)

EL NUEVO RASTRO (A. UNZUETA)

de y multiplica con rapidez, atravesando la avenida hasta la plaza de Venecia.

—Il Carnavale é morto!!

Inmediatamente aparece el Corso como un río de lumbre, porque todos y cada uno de los paseantes y de los que desde los balcones miran, han encendido un pequeño cirio ó una bugía para honrar al muerto. Todo el mundo trata de apagar la luz de su vecino y este juego, en calles, plazas y balcones, dura hasta la media noche.

Llámase *mocolletti* y no lo olvida quien lo ha visto una sola vez. El espectáculo de aquellos millares de lucecitas movedizas y ondulantes, es único y altamente hermoso.

Después, reina el silencio en las calles y la Ciudad Eterna clama por las campanas de sus innumerables iglesias:

Memento homo, quia pulvis es....

J. Sanchez Azcona.

México Antiguo.

LA CASA DE CHAVARRIA.

Noche lúgubre, según las crónicas de nuestras antiguallas, fué la del 11 de Diciembre de 1676 para los buenos habitantes de la muy noble y leal ciudad de México, pues á las siete, estándose celebrando la aparición de la Vírgen de Guadalupe en la iglesia de San Agustín, se incendió ésta comenzando por la plomada del Reloj.

¡Considérese la consternación y espanto de aquellas benditas y devotas gentes al ver que el fuego devoraba un templo tan antiguo y tan suntuoso; ¡Considese la imposibilidad de contener tan voraz elemento en aquellos remotos tiempos, en que las bombas eran desconocidas, en que las llaves de agua sólo servían para satisfacer la sed, y en los que para sofocar el fuego se acudía al derrumbe y á la presencia de las imágenes, y de las comunidades que llevaban cartas de los santos fundadores en las que éstos desde el Cielo mandaban que cesara el incendio!

¡Que noche! La gente salía en tropel de la iglesia empujada por el terror, sofocada por el humo, iluminada por las llamas! Los frailes agustinos por su parte abandonaron el convento, temerosos de que el fuego devorase las celdas. En pocos instantes la calle estaba completamente llena de una multitud abigarrada, que con los ojos abiertos y casi salidos de sus órbitas por el terror, veía impotente que el fuego lamía, se enroscaba y devoraba impetuoso al templo.

La multitud, repito, era heterogénea. Los curiosos, los devotos que habían quedado, los agustinos, las órdenes de otros conventos que habían acudido con sus Santos estandartes y cartas de sus patrones; los regidores de la ciudad, los oidores, y el Virrey Arzobispo D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, que personalmente tomaba parte activa dictando cuantas medidas juzgaba conducentes, para que el fuego no se comunicara al convento y cuadras circunvecinas, como lo consiguió.

Pero cuando era mayor la confusión en el incendio, cuando la gente apiñada frente á la ancha puerta de la iglesia, veía salir de ésta lenguas colosales de fuego, gigantescas columnas de humo, infinidad de chispas que arrebataba el viento; cuando el calor sofocante, exhalado como el aliento de un monstruo, brotaba de aquella puerta y se comunicaba hasta la acera de enfrente, haciendo reventar los cristales de la vidrieras de las casas, la multitud presenció una escena que la hizo por lo pronto enmudecer de espanto......

Un hombre como de cincuenta y ocho años de edad; pero fuerte y robusto, que vestía el traje de Capitán y ceñia su espadín al cinto, se hizo paso con esfuerzo entre la multitud, y solo, sin que nadie se diera cuenta de lo que iba á hacer, penetró en la iglesia cuyos muros estaban ennegrecidos por el humo, subió impasible las gradas del altar mayor, trepó con agilidad sobre la mesa del ara, alzó el brazo derecho y con fuerte mano tomó la Custodia del Divinísimo, rodeada en esos instantes de un nuevo resplandor, del resplandor tenebroso del incendio, y con la misma rapidez que había penetrado al templo y subido al altar, bajó y salió á la calle, sudoroso, casi ahogado; pero lleno de piadoso orgullo, empuñando con su diestra la hermosa Custodia, á cuyos piés cayó de rodillas, muda y llena de unción, la multitud atónita......

***

Pasó el tiempo. De aquel incendio que destruyó la vieja iglesia de San Agustin en menos de dos horas; pero cuyo fuego duró tres días, sólo se conservó el recuerdo en las mentes asustadas de los que tuvieron la desgracia de presenciarlo.

Sin embargo, al reedificarse una de las casas de la acera norte, de la calle que entonces se llamaba de los Donceles, situada entre las que hoy llevan los nombres de Montealegre y Plaza de Loreto, los buenos vecinos de la muy buena ciudad de México, contemplaron sobre la cornisa de la casa nueva un nicho, y dentro de ese nicho, no la escultura de algún santo como era entonces costumbre colocar, sino un brazo de piedra en alto relieve, cuya mano empuñaba una custodia también de piedra......

La casa aquella, que con ligeras modificaciones se conserva aún en pié en nuestros tiempos, fué del Capitán D. Juan de Chavarría, uno de los más ricos y más piadosos vecinos de la ciudad de México, que había salvado á la Custodia del Divinísimo en la lúgubre noche del 11 de Diciembre de 1676.

¿Quién le concedió la gracia de ostentar aquel emblema de su cristiandad en el nicho de la parte superior de su casa? ¿Fué el Rey á cuyos oídos llegó el suceso, el Virrey Arzobispo que lo presenció, ó él tuvo tal idea como satisfecho de haber cumplido un acto edificante? Ningún manuscrito ni libro impreso lo dice. La antigua tradición sólo refiere el episodio del incendio, y lo que sí consta de todo punto es, que la Casa numero 4 de Chavarria, calle así llamada desde entonces, fué en la que habitó durante el siglo XVII aquel varón acaudalado y piadoso.

MEXICO ANTIGUO

La casa de la calle de Chavarria.

Pocas noticias biográficas tenemos acerca del Capitán D. Juan de Chavarría. Nació en México y se le bautizó en el Sagrario el 4 de Junio de 1618. Se casó con Doña Luisa de Vivero y Peredo, hija de D. Luis de Vivero, 2° conde del Valle de Orizaba, y de Doña Graciana Peredo y Acuña, de cuyo matrimonio tuvo Chavarría tres hijos.

Fué hombre muy religioso y gran limosnero. A sus cuidados se reedificó la iglesia de San Lorenzo de la cual fué patrón, y en la tarde del 26 de Diciembre de 1652 en ella se le dió el hábito de Santiago, ante lucida concurrencia y con asistencia del Virrey.

D. Juan de Chavarría murió en México y en su mencionada casa el 29 de Noviembre de 1682, legando una fortuna de unos 500.000 pesos, y como á patrono que era de San Lorenzo, sobre su sepulcro se le erigió una estatua de piedra, que lo representaba hincado sobre un cogín en actitud devota.

Hoy ya no existe el monumento sepulcral levantado á su memoria. Su buena fama dió el nombre del Capitán á una calle, y el símbolo de su piedad se conserva en el antiguo nicho de la vieja casa de su morada.

Luis Gonzalez Obregon.

Inauguración de las Obras del Atoyac.

El domingo 12 del actual salió el Sr. Presidente de la República á las 9.15 a. m. con el objeto de inaugurar las obras del río del Atoyac, notables por ser una de las primeras y más grandes empresas de canalización y aprovechamiento de aguas en la República. El caudal de agua aprovechada es de tres mil litros por segundo y para darle su destino se ha invertido mas de un millón doscientos mil pesos en la presa, túneles, uno de los cuales tiene kilómetro y medio de extensión, etc.

El día indicado el Sr. Presidente y el Gobernador de Puebla, abrieron las compuertas en el Canal Porfirio Diaz, dando curso á las aguas que utiliza la empresa, etc.

Los dos arcos que publicamos fueron erigidos con motivo de la visita presidencial á las obras cuya inauguración apadrinó el Señor General Don Porfirio Diaz.

La caricatura en los salones de la Exposición.

Aunque es costumbre general en Europa la publicación de caricaturas como las que hoy aparacen en nuestro semanario, á fin de evitar interpretaciones malévolas, advertiremos que la caricatura de una obra de arte no es un juicio crítico, ni mucho menos indica la negación del mérito que tenga. Cuadros hay entre los que figuran en la caricatura que hemos elogiado en estas mismas columnas.

Que no se atribuya pues al lápiz burlesco del dibujante una intensión que no ha tenido. Nuestras opiniones y nuestros juicios, constan honrada y seriamente expuestos y los seguiremos exponiendo en la sección correspondiente.

CUENTO AZUL.

De el libro "CUENTOS DE COLOR," Caracas, 1899.

Cuentan las crónicas del cielo—y estas crónicas las he leído en el cielo azul de unos ojos—que el Señor de los mundos y el Padre de los seres ocupa altísimo trono, hecho de un solo enorme zafiro taraceado de estrellas, y deja caer, á semejanza de vía láctea fulgurante y en dirección de la tierra, mezquina y obscura; su luenga barba luminosa color de nieve, á cuyo laberinto de luz llegan, á empaparse en amor y convertirse en esencia eterna y pura, todas las quejas, todos los sollozos y el llanto inacabable de la humanidad proscrita.

Y según añaden las crónicas, toda alma de hombre está unida, por un hilo de luz muy largo y tenue, á las barbas divinas. Por ese hilo de luz, invisible para ojos humanos, es por donde ascienden la fragancia de los corazones y las bellezas nacidas y cultivadas en las almas: amores castos, perfume de obras buenas, plegarias, quejas, y sobre todo lágrimas, muchas lágrimas; las infinitas lágrimas que el amor arranca á nuestros ojos. Estas últimas, en su viaje á través de los cielos, son la causa de iris maravillosos, delicia de los bienaventurados; pero al fin de su viaje, y poco antes de convertirse en fuego inmortal, surgen en el extremo de las hebras de luz por donde han ido, en la forma de flores efímeras y radiantes, cándidas como lirios, purpúreas como rosas, ó delicadas y azules como flores de pascua. Y como á cada instante, y á la vez en el extremo de muchos hilos, están abriendo esas flores, parece como si las barbas divinas perpetuamente florecieran.

Sucedió que, una vez, al decir de las crónicas, uno de esos ángeles maleantes que todo lo espían con sus ojillos de violeta y lo husmean todo con sus naricillas de rosa, púsose á considerar muy circunspecto, con mucha atención y cuidado, el entrelazarse y confundirse de las dos madejas de luz: la formada por los hilos que suben de las almas y la otra, color de nieve, que baja del rostro del Eterno.

Distraíase el ángel, contemplando unas veces la ascensión continua de iris mágicos, otras veces el incesante abrir de rosas, lirios y campánulas, cuando de repente fijóse con insistencia en un punto y comenzó á pintársele en el rostro una sorpresa indecible. Hizo un gesto de asombro; cayéronle sobre su frente, como lluvia de oro, algunos de sus rizos más alborotados; y partió, vibrante como nunca, la centella azul y glauca de sus pupilas.

Lo que sus ojos acababan de ver, jamás lo hubiera concebido su mente de ángel. Dos de aquellos hilos provenientes de la tierra y de los más hermosos, en vez de correr la misma suerte que los demás, yendo á perderse en el regazo del Padre, profundo océano del amor, se aproximaban uno al otro, llegados á cierto sitio, y seguían así durante un buen espacio, hasta enlazarse y fundirse por completo, formando una especie de arco fúlgido, por el cuál pasaban, á bajar por uno de los hilos, las bellezas que por el otro subían. De manera que dos almas, almas elegidas á juzgar por las apariencias, eximíanse de pagar al Señor de los cielos el obligado tributo de gracia, perfume y amor.

El ángel, escandalizado con tal descubrimiento, lo calificó de crimen insólito, merecedor de todos los castigos, y se propuso ir en seguida á denunciarlo á los oídos del Padre. Pero como á la vez reflexionó que á quien todo lo sabe y todo lo ve presente, así lo que es como lo que fué y será, no podía pasar inadvertido nada de lo que en sus propias barbas estaba sucediendo, resolvió indagar por sí mismo, antes de romper en palabras acusadoras, lo que significaba aquel teje maneje irrespetuoso de las dos almas predilectas.

Sin decir á nadie su intento, el ángel abrió sus alas de libélula, transparentes y vistosas, y siguiendo uno de los hilos culpables, echó á volar hacia la tierra obscura.

En la tierra lo esperaba una sorpresa tal vez mayor que la recibida en el cielo. El culpable rayo de luz, objeto de su curiosidad, llegaba á un sitio apartado y agreste de la tierra española, caía en el silencioso recinto de un monasterio, y terminaba coronando la frente de un viejo monje, en lo interior de una celda, blanca y desnuda de cosas vanas, como la conciencia del justo. Y el ángel, confundido, pero armándose de astucia, siguió los pasos del religioso, presunto reo de una falta imperdonable.

Nadie recordaba ya el nombre que tuvo ese religioso en el siglo: Atanasio lo llamaban en el convento. Un día, años atrás había llegado al monasterio con la señal de los viajes muy largos en el vestido, con la huella de las grandes torturas en el rostro, en demanda de paz, amor y albergue. Extranjero, venido de países distantes, fatigado de errar de zona en zona, se acogía al reposo del claustro. Alma grande y buena, los hombres habían hecho de él un gran dolor. Joven y fuerte, aún tenía mucha costra de ceguera en los ojos; en el pecho, la tempestad de todas las pasiones: en los labios, la amargura de todos los ajenjos. Pero él supo dar empleo á su energía, cultivando su propio dolor, y lo cultivó tan bien que le hizo dar flores. Poco á poco limpió su alma, hasta dejarla blanquísima y pulcra como las paredes de su celda; y en su alma, como en un incensario precioso, empezó á quemarse de continuo un incienso impalpable.

La pureza fué desde entonces norma de su vida: ni una mancha en sus costumbres; su fuerza, la castidad; su mejor alimento, la oración; su alegría, el sacrificio. Nadie como él soportaba las grandes penitencias: los ayunos prolongados, ó las crueles mordeduras del flagelo. Sembró virtud, y la cosecha de alabanzas no cupo en las eras. Muy pronto fué de sus hermanos ejemplo, veneración y gloria. Los que le habían visto llegar como á un leproso, le rodeaban como á quien da salud y reparte beneficios. En donde él ponía los piés, los otros ponían sus labios, seguros de recoger un perfume; lo que él tocaba con sus dedos convertíase en algo como hostia; y cuando su boca se entreabría destilaba música y mieles. La fama de sus virtudes voló, con alas de paloma, fuera del claustro, y se fué esparciendo por ciudades y aldeas, tanto, que muchos apresuráronse á ir en romería á besar los piés al viejo monje.

Y el ángel, viendo y observando todo eso, admirábase cada vez más y se entristecía mucho. En vano trataba de penetrar en el secreto de aquella existencia. En vano buscaba en el alma del monje la mancha que, según él, había de afearla. Comparaba su propia blancura con la blancura del monje, y no sabía decir cuál era mayor. Pero nada le impidió seguir creyendo que bajo todas aquellas apariencias de santidad andaban ocultas las garras del demonio. Animado por esta creencia, no se dió por vencido, y resuelto á terminar su obra, aunque algo triste y melancólico por lo infructuoso de sus primeras pesquisas, voló al cielo para bajar de nuevo á la tierra, siguiendo el otro hilo culpable. Y por éste llegó á una ciudad americana, al seno de un oratorio discretamente escondido en una casa que tenía aspecto de antigua casa solariega. En la sombra del oratorio, hallábase una mujer, ya anciana, la cual, puesta de rodillas, pasaba las cuentas de un rosario y dejaba salir de su boca el suave y monótono murmullo de los rezos.

La dama era bastante conocida en la ciudad. En su existencia todos podían leer como un libro abierto; y, como al través de cristales muy diáfanos, todos podían admirar sus virtudes. Vestida con probeza,

F. OLIVERA

caminaba por entre la multitud, en las manos la limosna, la oración en los labios. Nunca abandonaba la sombra de su oratorio sino por la sombra de las capillas ó la penumbra de las iglesias muy vastas.

En catedrales y capillas habíase marchitado su hermosura, como en el altar las flores; y sus días volaban en una atmósfera de cantos místicos, como el humo del incienso. Los de su edad recordaban que, cuando joven había sido bella y reinado con cetro de encantos y gracias en medio á una corte amable y numerosa; pero sólo unos cuantos explicábanse por qué un día, bruscamente, aún en la flor de los años y en la plenitud de la belleza, dejó caer el cetro de soberana, cerró el oído á los infinitos halagos de su corte y, sin más voto que el voto hecho ante sí misma, renunció á su cómoda existencia de rica, á todas sus costumbres muelles, para vivir, sin fatigarse jamás, arrodillada en las duras baldosas de los templos.

Y el ángel siguió los pasos de la beata como antes los del monje, pero con éxito mejor. El muy curioso, poniendo el oído al rumor de algunas almas, insinuándose al través de muchas rendijas, hurgando viejas memorias, recogiendo aquí y allá papeles amarillos, flores muertas y pálidos bucles de oro, pudo sacar de lo más hondo del pasado una historia de amor, fresca, vibrante y luminosa como las mañanas de Abril. Por fin tenía en sus manos el secreto perseguido con tenacidad inquebrantable, secreto amoroso, cuya tibieza de fuego oculto bajo cenizas lo bañó, acariciándolo dulcemente. Pero el ángel contestó á la suave caricia estremeciéndoso de miedo y horror, como ante un inminente contagio.

¡Pícaras almas! Aquellos dos seres, que tan lejos uno de otro vivían, respiraron tiempo atrás el mismo aire, bebieron tiempo atrás la luz del mismo cielo, y sus almas, abiertas al amor, se mecieron juntas en el mismo idilio plácido. En breves días amáronse mucho, con todos los amores: tierna, casta, ardientemente. Luego, una mano profanadora turbó el idilio; la sombra de un crimen se interpuso entre los dos amantes, apagó en sus labios la sonrisa; llenó sus corazones de tristeza, y los fué separando lentamente, hasta arrojarlos por último: á élla, á la vida devota en un retiro casi impenetrable; á él, al destierro, al áspero camino de todas las peregrinaciones.

Separados para siempre, sin saber el uno lo que el otro hacia, fueron á dar al mismo refugio. Ella, en su oratorio, y él, en su celda, empeñáronse en matar el pasado, en extinguir las llamas del amor terreno, en volver á la paz y á la inocencia, haciéndose humildes, y luchando por convertir la turbia fuente, de sus dolores en la onda clara de un amor divino. Después de bregar días y años, lograron su fin: tornáronse buenos, y la plegaria—paloma blanca—se anidó en sus corazones para nunca másdejarlos. Pero, en realidad, en vez de matar el amor, lo mantuvieron vivo. Se aislaron, alejándose de los hombres, pero le dieron forma al recuerdo de la juventud y vivieron con él en perpetuo coloquio.

Creyendo no amar sino á Dios, y sólo á Dios ofrecer en holocausto sus penas, amaban ese recuerdo de la juventud y le ofrecían todos los sacrificios. Cada uno guardaba la imagen del otro, como rosa de eterna fragancia en un altar sin mancilla. En ellos el amor continuaba siendo tan vivo y fuerte como antes, pero más ideal. Y la plegaria—paloma blanca—fué la mensajera de ese amor, secreto é invencible.

El ángel construyó fácilmente las vidas del monje y la beata; comprendió lo que significaba el abrazo de luz de los dos hilos culpables; con toda evidencia apareciósele el desacato hecho á la Divinidad, desacato acreedor á un castigo sin término; y radiante de indignación voló al cielo y rompió á hablar con el tono severo de un juez implacable en la presencia divina.

—Señor,—dijo,—hay dos almas pecadoras á las que debes abrumar con todo el peso de tu justicia. Son dos de tus predilectas, de las que tu enriqueciste con los dones más excelsos y colmaste de gracia. Tu generosidad sin límites la pagan con la más honda ingratitud. Viven olvidadas de tí. No sacrifican en tu honor una sola de sus bellezas; ni han quemado nunca en tus aras ni un grano de incienso. Y no solo se han olvidado de tí y de la senda por donde á tí se llega, sino que han pretendido traicionarte haciéndote mediador de sus locuras. So pretexto de amarte, se adoran: so pretexto de rendirte culto, se ha convertido cada una en altar de la otra.

En tus propias barbas, ahí cerca, se están besando siempre, entregadas á un amor nada puro, porque es hijo de la tierra. Señor! Castígalas. Abrúmalas con todo el peso de tu justicia.

El Padre, al oír esto, sonrió con sin igual dulzura posó la mano derecha sobre la cabeza del ángel y, durante algún tiempo la acarició, enredando y desenredando los alborotados rizos de oro. Luego dijo:

—No te impacientes; ya verás cómo pronto haré justicia.

Muchos ángeles y vírgenes, que habían oído las palabras acusadoras del ángel recien llegado, pusiéronse á esperar con atención profunda el fallo del Eterno.

Muy pronto, en efecto, las dos almas pecadoras, obedientes á la voluntad infinita, abandonaron el mundo. Casi á la misma hora encontraron al monje muerto en su celda, y á la beata sin vida en su oratorio. Una sonrisa iluminaba sus rostros, y sobre la boca de ambos erraba un perfume.

A poco de viajar en forma de chispas refulgentes, y cada cual por su hilo de luz, las dos almas se divisaron, reconociéndose, á pesar de la distancia. Entonces quedáronse inmóviles y despidieron un fulgor vivísimo para continuar después el viaje y de tiempo en tiempo detenerse á lanzar nuevos fulgores. Eran besos que se mandaban al través del espacio, y en tales besos los hombres no veían sino vulgares exhalaciones, de esas que incendian el cielo por las claras noches de estío.

Las dos chispas viajadoras, acercándose cada vez más, subieron y subieron hasta llegar al punto en donde se abrazaban los hilos. Ahí, encendidas como nunca, fundiéronse en una sola llama, la cual, á un gesto de la voluntad infinita, cuajóse en estrella y subió á resplandecer por los siglos de los siglos en la corona de astros que ciñe el Señor de los mundos y Padre de los seres.

Muchos de los ángeles y vírgenes que estaban atentos al fallo, sintieron las tristezas de la envidia: corridos y descontentos, no acertaban á comprender por qué merecían tan alto honor las dos almas pecadoras. Eran ángeles y vírgenes que no habían amado nunca, é ignoraban la virtud suprema de los que saben amarse con amor abnegado y sin fín. Algunos, en el colmo de la vergüenza y la envidia, escondieron su frente bajo las alas vaporosas, en tanto que resonaba por todas partes uno como rumor de innúmeras harpas heridas, y caía, de vergeles invisibles, una lluvia de pétalos cándidos.

Y abajo, en la tierra obscura, un astrónomo desconocido, solitario habitador de una cumbre, habló á las gentes de un nuevo astro, cuya sonrisa blanca y suave alegraba el rincón más azul de los cielos.

Manuel Diaz Rodriguez

MI MEJOR AMIGO.

Ya muy tarde entré en el restaurant y pedí que á toda prisa se me sirviera un vino caliente. En la mesa contigua cenaba con parsimoniosa tranquilidad un viejo simpático, fisonomía de rasgos finísimos y aunque gastada, brillante, animosa, de esas que según la expresión corriente llevan el alma en los ojos.

Mi traje de soirée y la agitación febril denunciada quizá por contínuas contracciones de mi rostro é insuitados movimientos de todo mi cuerpo, debieron despertar la curiosidad de mi vecino que empezó por dirigirme miradas discretas y al soslayo y acabó por encarárseme fijando resueltamente sus ojos en los míos, mientras sus labios en donde asomó, para esconderse luego, una sonrisa que era compasión y era ironía, dejaba escapar como conclusión de sus rápidasconjeturas de psicólogo experimentado estas palabras que escuché con marcado disgusto: mala noche, amigo mío. Pero en el momento mismo comprendí que una simpatía nostálgica, salida á flote en lejanas memorias de juventud impregnaba aquella voz campanuda y grave; y corrigiendo mi actitud agresiva y resuelto al ir y venir de una conversación en que alternarían el egoísta narcisismo del que se exhibe en sus recuerdos y la estéril lamentación del que se exhibe en esperanzas burladas y anhelos alirrotos, le respondí suspirando: «Muy mala, señor mío» .

¡Qué expresión la de aquel viejo, mientras le estuve reseñando con detalles enojosos hasta la repetición y entre paréntesis contínuos, todos los hechos, orígen y motivo de mis penas! Ya irradiaban sus ojos con siniestro brillo, ya se ahogaban en su garganta quejas que tenían el tono desgarrador de la ansia; ya se reía locamente con repetidos movimientos afirmativos de su cabeza, sobre la cual pasaba y repasaba los dedos de su diestra trémulos y nerviosos.

Al concluir el delirante monólogo de mi amor vencido, humillado, sentí un abatimiento indescriptible:

era el hundimiento en la sombra una sensación de descanso á no sé qué abismo interminable, cáotico, sin descanso ni riberas. Todas las injurias proferidas, todas las amenazas lanzadas, todos los juramentos sostenidos á puño cerrado sobre el mármol de la mesa, no me dejaban sino el amargo remordimiento de la injusticia y la mentira.... La tempestad se resolvía en abundoso y avergonzado llanto que no bien intenté secar con mi pañuelo, brotó más copioso al sentir cariñosas palmadas sobre mis espaldas.

Verdad, me dijo el viejo amigo—ignorado una hora antes—acercando sigilosamente sus labios á mis oídos y hablando con voz de rezo, queda y unciosa, que esas lágrimas limpian y borran lo que el orgullo y el odio de una pasión desdeñada, han querido estampar, como el juicio maldito de perdurable condenación para un alma que si hoy clava las espinas de su desvío ayer difundía, el aroma de sus amores y de sus encantos?...... Quise protestar, quise rehacerme confirmando con súbita mutación á una actitud viril y activa las injurias proferidas, las amenazas lanzadas, los juramentos sostenidos con golpes á puño cerrado sobre el mármol de la mesa...... Me encontré con una cabeza que se mecía cadenciosamente en prolongado vaivén, para negar, con una boca triste que me decía: estas canas y estas arrugas te desmienten; con unos ojos de donde saltaban dos gruesas lágrimas lentas y silenciosas. Una piedad infinita de mí mismo arrancó de lo más hondo de mi pecho esta exclamación poderosa de verdad y de fervor: La adoro con toda mi alma.

La carcajada del viejo, me sonó al toque alegre de las campanillas que anuncian resurrección y á la vez que sentía bañado mi corazón por un tibio rayo de esperanza, pude ver iluminadas quizá por el reflejo de mi juventud y de mi amor en gracia, las blancas canas y las hondas arrugas de un buen amigo cuyo nombre y cuya historia no conoceré nunca.

Saltillo, Enero de 1899.

Alfredo Em. Rodriguez.

En la barriga de un enorme elefante se baila la danza oriental misteriosa y lúgubre. Un grupo de espectadores en los asientos rojos, y bajo las lámparas incandescentes, sobre el tablado, seis mujeres de bocas sangrientas como una mordedura, y de ojos sombríos como el narcótico, apenas vestidas con transparentes tejidos de sedas polícromas, bailan moviendo los vientres desnudos, morenos, flexibles, como ondas que se inflan y se desinflan, haciendo saltar los breloques metálicos que cuelgan de sus cinturas, al compás de una música de parches roncos y de violas silbantes, acompañada de enigmáticos cantos guturales que degeneran en el grito ó se acordan en el himno.

* * *

En el huerto de mis fértiles melancolías florecieron versos y adoraciones...... Y un sueño de opio me contó esta leyenda del Oriente.

* * *

....La inconsútil red de oros crepusculares prendía sus mallas en la montaña de los sagrados cedros, caía en blondas palpitaciones de gasa sobre las matas olorosas de los nardos y los espesos tapetes de las madréporas, pincelaba de vagos matices el agua borbollante de las fuentes, se arrastraba como cauda de epifanía por los campos silenciosos. —Sobre las rosas temblaban los colibríes como flechas de iris, sobre los aleros se desgranaban las torcazes blancas, y en los lejanos horizontes flotaban los celajes, como cabelleras de diosas rubias. . . .

Habló desde su trono el Rey de inmensos ojos coléricos: «Cierra la puerta de bronce, eunuco!, sobre las danzas lascivas del harem; no quiero que lleguen á mis oídos los festivales de la lujuria, no quiero que lleguen á mis narices los olores ardientes de los cuerpos perfumados; no quiero que me llamen los brazos frenéticos; no quiero que me ofrezcan miel y leche las lenguas suaves; no quiero que los senos de marfil y de ébano sean la copa de mi sed y el reclinatorio de mi fatiga! Esclava brillante y negra! Compañera muda y obediente! arranca de la cítara imperial la más bella armonía de mis recuerdos, resucita el alma de ternuras, de la mujer que amé!»

* * *

Los dedos ágiles de la esclava recorrieron las cuerdas.... y cantó así el alma de la mujer amada:

¡«Oh Rey de inmensos ojos coléricos! el cetro brilla como diadema solar en tu frente indomable, tiene tu voz las sonoridades de los sagrados cedros cuando luchan de bravura con la tormenta; las pieles que cubren tus espaldas son de leones vencidos por tu brazo; cada uno de tus gestos de inmortal es una tragedia de escombros; y cuando hieres la tierra con tus sonantes sandalias y te yergues hasta tocar la cúpula de cristal en donde ruedan y rujen los astros rojos, eres el Devorador glorioso circundado de Victorias sangrientas, de Exterminios voraces y de Anatemas relampagueantes! Así te amo, fuerte como torre de combate, rudo como picacho de granito, ígneo como incendio, clamoroso como catástrofe! Soy débil, blanca, rubia, soy una ofrenda de alabastro. Quiero filtrar mis dedos en tu cabellera alborotada como se filtran en la selva las cintas azules de la luna; quiero que la caricia de tus manos me rompa en una armonía cristalina; quiero ofrecerme en holocausto á las llamaradas salvajes de tus ojos; quiero desleirme, Rosa de amor, en la crátera de tu vino, para que te embriague mi espíritu!»

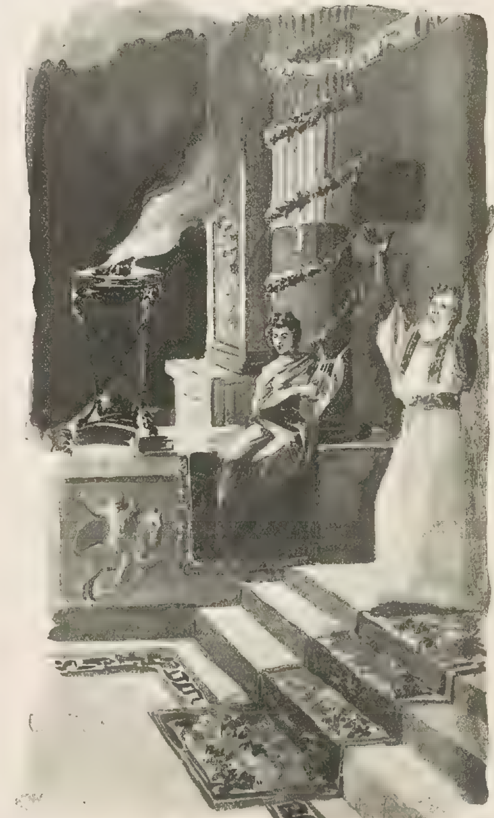
* * *

Del harem se escapaba, atronador, febricitante el bramido de la carne.... El Rey se levantó furioso, furioso como venganza bíblica, empuñó su alfanje desvastador, rompió la puerta de bronce.... Y el grito de la muerte sacudió el palacio!

Y dijo su voz atronadora. «He vencido al Pecado, soy un Poeta, puedo elevarme á las formas inmaculadas de la virtud! Exclava brillante y negra! Toma la cítara, arráncale armonías de idilio, resucita el alma de caricias, el alma de ternuras de la mujer que amé!»

París, de 1898.

JESUS URUETA.



PANOPLIA.

Del manoir solitario y austero
Reluciendo en la sala sombría,
Se destaca fantástica y fría
La panoplia en el muro severo.
Resplandece el escudo que fiero
Los agudos venablos rompía,
Y con grave y marcial bizarría
Se irgue arriba un morrión altanero.
Su hoja muestra luciente y pesada
El escudo tajando, una espada
De un famoso arsenal toledano.
Y mil veces en sangre teñido,
Esquivando su acero bruñido
Brilla abajo un puñal veneciano.

Escudo de Carlo Magno.

Un tranquilo fulgor de grandeza
Como un halo inmortal lo corona,
Y un cincel legendario blasona
En su campo su arcaica nobleza.

Maravilla de gracia y belleza
El esmalte sutil lo festona,
Y en el umbo una horrible Gorgona
Deja ver su iracunda cabeza.

Agitando su disco implacable
Abatió al yagatán formidable,
Humilló á la saeta alevosa,

Y custodio de un pecho esforzado
Flameó en el combate, embrazado
Por el Rey de la barba canosa.

Casco de Carlos XII.

De su clásica estirpe orgulloso,
Se irgue el casco sañudo y tremendo,
Que en las crueles batallas ardiendo
Arrulló tanto sueño grandioso.

Campeando en los triunfos, airoso,
Descolló entre el pavor y el estruendo,
Y volvió del peligro trayendo
Abollado su acero glorioso.

En su altiva y gallarda cimera
Tiende el vuelo una torva Quimera
Desplegando sus alas de oro,

Y vertiendo altanero su brillo,
Fué en la testa del bravo caudillo
Un siniestro y fatal meteoro.

Espada de Gonzalo de Córdova.

El magnífico acero templado
De su estoque, en la sombra chispea,
Y despide cual lívida tea
Un glacial resplandor argentado.

En su puño de adornos bordado
El precioso arabesco serpea,
Y se mira—intachable presea—
En su pomo un blasón cincelado.

Tremolando en la lid ciega y ruda
El zig-zag de su hoja desnuda
Ondeó como un vivo oriflama,

Y sangrienta, mortal y terrible,
La blandió el Capitán invencible
Por su Dios, por su Rey y su Dama.

Puñal de César Borgia.

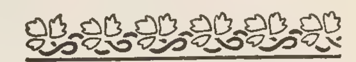
De su hoja el reflejo maldito
Ocultándose artero, derrama;
Y reluce, fingiendo una escama,
En su puño el relieve exquisito.

En su gélida lámina escrito,
Se lee en cifras de púrpura el Drama,
Y mil veces su trémula flama
Alumbró en el infame delito.

Como un áspid, traidor y rastrero,
Desnudando alevoso su acero
Fulguró en una mano asesina,

Y vibrando su lengua de plata,
De humeante licor escarlata
Se abrevó en la *vendetta* mezquina.

Efren Rebolledo.



EL ARENQUE.

Tu manto, oh! arenque, es la paleta de los soles en el ocaso, el brillo del cobre viejo, el tono de oro cálido de las pieles de Córdoba, los tintes de sándalo y azafrán de las hojas de otoño!

Tu cabeza, oh! arenque, flamea como un casco de oro, y se diría que son tus ojos dos clavos negros plantados en círculos de cobre!

Todos los coloridos tristes y sombríos, todos los coloridos radiosos y alegres, amortiguan é iluminan á la vez tu manto de escamas.

Al lado del vetúm, de las tierras de Judea y de Cassel, de las sombras quemadas y de los verdes de Scheele, de los brunos de Van Dyck y de los bronces florentinos, tintes de óxido y de hoja muerta, resplandecen con todo su esplendor los oros verdes, los ámbares amarillos, los ocres de los canales, los cromos y los anaranjados de Marzo.

Oh! espejeante y descolorido ahumado, cuando contemplo tu cota de malla, pienso en los cuadros de Rembrandt, vuelvo á ver sus cabezas soberbias, sus carnes asoleadas, sus cabrilleos de joyas sobre el terciopelo negro; vuelvo á ver sus juegos de luces en la noche, sus reguero de polvo de oro en la sombra, sus nacimientos de soles bajo negras arcadas!

J. K. Huysmans.

PRIMAVERAL.

(Fragmentos.)

¡Cuánto templo! ¡Cuánto altar,
En su fecunda grandeza,
Alza la naturaleza
A la exigencia de amar!
Brisas errantes del mar,
Auras del pensil florido,
Trinos y gorgeos del nido.
Con que el bosque se estremece:
Todo vibra, todo crece,
Mientras quiere y es querido.

Se despereza, entre ardores,
En su eterno giro, el mundo
Cada vez que el sol fecundo
Hace que broten las flores;
Entonces los ruiseñores
Ensordecen el espacio
Del espléndido palacio
Que tiene por techo el cielo
Y por alfombras un suelo
De esmeraldas y topacio.

Desde el insecto, en la rama,
Hasta la leona en su cueva
Todo parece que lleva
Girones de ardiente llama:
El insecto zumba, brama
Enamorada la fiera,
Languidece la palmera
Sobre el cafetal en flor....
Y esto es que llega el amor,
La vida, la primavera..

Del alma en las Estaciones,
También con eterno giro,
Llega la vez que un suspiro
Enlaza dos corazones;
Los instintos, las pasiones
Se unifican inconscientes
Y á los ardores latentes,
Que se desbordan del pecho,
Se sueña con cuna y lecho
Blancos y resplandecientes

Jose M. Gamboa.

Flor estéril

Alma púber, alma virgen,
Rica en matiz y en esencia;
Alma de luz que en la sombra
Te aniquilas y vegetas
Abrumada por el soplo
Corrosivo de las penas.
Alma-flor que en la penumbra
Te marchitas y doblegas
Hiriendo tu carne virgen
Con terribles penitencias;
Alma histérica, alma joven
Que ante la cruz te prosternas
Y desfloras ante el Cristo
Tu hermosura y tu pureza,
Ten presente que aunque el dogma
Te glorifique y absuelva,
La vida con sus principios
Te rechaza y te condena
Por ser estéril al mundo
Y seguir rutas opuestas
A las que imponen al hombre
Las leyes de la existencia.

* * *

Alma púber, alma virgen
Rica en matiz y en esencia,
Si quieres lavar tus culpas
Y depurar tu conciencia
Busca la luz que reanima
Y no la sombra que enerva,
La virtud, como sublime
Condensación de una fuerza,
No florece ante el cilicio
Ni es producto de la inercia.
La virtud ama la vida
Y en sus borrascas alienta
Como el bálsamo en la llaga
Y el fulgor en la tiniebla.
Para esplender necesita
Alzarse augusta y serena
En los yermos solitarios
Donde late y se endereza
La plegaria del sollozo
O el grito de la blasfemia.

* * *

Alma-flor que entre la sombra
Te marchitas y doblegas,
Si aspiras á hacer fecunda
Tu misión sobre la tierra,
Yérguete altiva y piadosa
Ante esa lucha suprema
En que las almas sucumben
Rendidas por la miseria.
Busca el antro en donde lloran
Y gesticulan las penas,
Busca la sombra del crimen
Que envilece á las conciencias,
Y allí, si eres astro, alumbra,
Si eres bálsamo, consuela.

Benito Fentanes.

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 8.

Ese viejo de alta estatura, de cabeza venerable y temblona, cuyos cabellos blancos y finos parecen derramar beneficios y bendiciones, es M. Dussaut du Fossé, filántropo de profesión, presidente obligado de todas las obras de beneficencia, senador después de haber sido par de Francia y que dentro de algunos años, cuando hayan pasado los prusianos y todos los desastres, vegetará dedicándose á negocios obscuros y acabará en la policía correccional.

Pedante de piés á cabeza, espetado en su corbata, colocado en su actitud favorita junto á la chimenea del salón, único lugar en que hay flores y delante de la cual trata probablemente de perfumarse las pantorrillas, aquel otro antiguo hombre de Estado, cuyos rudos cabellos grises se asemejan á uno de esos plumeros que sirven para limpiar telarañas y que por su testarudez de mulo ha contribuido mucho á la caída de la última monarquía, es escuchado con respeto y tratado de «querido maestro» por un orador republicano que empieza á declinar en sus convicciones rojas, y que pronto, como ministro del imperio liberal, hará lo posible por precipitarla total ruina del régimen.

Aunque Amadeo se halla todavía en la edad del respeto, los nombres de estas notabilidades pronunciadas por Papillon con cierto balbuceo de deferencia, no impresionan al poeta tanto como los de otros concurrentes que pertenecen al mundo de las letras y de las artes. Al fijarse en ellos, el joven se sorprende y hasta se entristece algo, considerando el desacuerdo que existe entre sus fisonomías y el género de su talento. El poeta Leroy de Saules tiene la altiva actitud y el rostro apolíneo que corresponden á la noble y perfecta belleza de sus versos; pero Eduardo Durocher, el veronés del siglo XIX, el pintor del lujo y de la alegría, es un hombre grueso, muy vulgar, que lleva bigotes recortados como un jefe de claque, y Teófilo de Sonis, el elegante narrador, el novelista de las mundanas, tiene la nariz cobriza y la áspera barba de un capitán de carabineros.

Pero lo que sobre todo preocupa y absorbe la atención de Amadeo son las mujeres del gran mundo, que ve de cerca por primera vez. Algunas son viejas é inspiran horror: las joyas de que están cubiertas hacen más chocante su aspecto de cansancio incurable, sus ojos mortecinos, sus perfiles demacrados y sus flojos y caídos labios de dromedario. El escote, que es de etiqueta en las recepciones de la condesa Fontaine y que muestra entre encajes, ora blandas gorduras, ora delgadeces de esqueleto, es tan ridículo como un elegante dolmán de húsar colocado sobre la espalda de un viejo coronel arrugado y calvo.

Ante estas caducidades ajadas, el joven siente con espanto desvanecerse en él el respeto debido á la edad.

No quiere, pues, mirar más que á las mujeres jóvenes y bellas cuyo busto se escapa del corsé y que tienen en los labios una sonrisa triunfal, flores en los cabellos y diamantes sobre la piel. Pero tanta carne desnuda le intimida, y Amadeo, criado en el París del pueblo modesto y puritano, se turba hasta bajar la vista ante tantos brazos, gargantas y hombros, y recuerda de súbito á María Gerard, tal como sela encontró el otro día que iba á trabajar al Louvre, fresca, vestida de color obscuro, desbordando su magnífica cabellera por debajo de la cerrada capota y llevando en la mano su caja de pintura. ¡Ah! ¿Por qué no le ama María? ¡Cuánto prefiere él aquella rosa envuelta entre espinas á estas peonías tan abiertas! ¡Qué encanto tan divino tiene el pudor!

La enorme y amable condesa se dirige al poeta que se siente en extremo turbado y le ruega que recite algunos versos: Amadeo se ve precisado á hacerlo, y vuelto de espaldas á la florida chimenea, perfumándose también á pesar suyo las pantorrillas, complace á la dueña de la casa obteniendo afortunadamente un nuevo éxito. Todas las peonías exageradamente escotadas, que no comprenden gran cosa de versos, pero que encuentran muy guapo á aquel morenito de ojos azules y de mirada ardiente y melancólica, le aplauden tanto cuanto lo permite la estrechez de sus guantes. Todos le rodean y le felicitan. La condesa le presenta al célebre poeta Leroy de Saules, que le cumplimenta con una palabra adecuada y le invita paternalmente á ir á su casa. Hubiera sido aquel un buen momento para Amadeo, si una de aquellas viejas señoras de labios de camello, cuyas medias son probablemente tan azules como sus párpados, no le hubiese atrapado durante un cuarto de hora haciéndole sufrir una especie de examen de bachillerato sobre poesía contemporánea.

Por último, el poeta se retira de casa de la condesa confortado con una taza de té é invitado á comer para el martes siguiente, y no bien sube al coche con Arturo Papillón, le da éste un gran golpe en el muslo con la palma de la mano, diciéndole alegremente:

—¿Qué tal? Ya estás en camino.

Es verdad, está en camino y respondo de que destrozará más de un frac negro antes de saber todo lo que significa la acción de «frecuentar el mundo» que no parece nada á primera vista y que no es nada en sí, pero que para quien tiene que trabajar implica movimiento inútil y tiempo perdido.

¡Está en camino y empieza bien, con un convite! Desde el martes próximo en casa de la condesa Fontaine que apenas come y que sólo bebe agua, podrá saborear un salmón inquietante y vinos abominables que le serán servidos por un maestresala llamado Adolfo, que debía más bien llevar el nombre de Exili ó de Caistang y que en quince años á lo sumo, de servir en casa de la condesa, ha logrado hacerse propietario en Paris de dos buenas casas de vecindad de cinco pisos. Por ahora todo va bien, porque el poeta tiene estómago de veinte años y digerirá aunque sean botones de uniforme; pero á la vuelta de media docena de inviernos de ser servido por esos Borgias de medias de seda negra y guantes de algodón, que desean hacer ahorros, ya veremos cómo se las compone con las dispepsias el pobre convidado. Sin embargo, el banquete del martes es divertido y merece que se hable de él. Desde que se sirvió el salmón sospechoso, el hombre de Estado con cabeza de zorro de limpiar paredes, el que ha derribado inconscientemente al pobre Luis Felipe, comienza á pronunciar un discurso para explicar que, si hubiesen oído sus consejos, la dinastía de este rey constitucional estaría aún en el trono; y en el momento en que el maestresala envenenador llena las copas del Pomard más venenoso, la señora anciana que se parece á un dromedario con pendientes, hará sufrir á su desgraciado vecino Amadeo un nuevo examen oral sobre los poetas del siglo XIX, preguntándole (pregunta lisonjera para un compañero) qué opinaba de las deudas escandalosas de Lamartine, del orgullo insensato de Víctor Hugo y de las costumbres inconvenientes de Alfredo de Musset.

¡Ya está en camino el buen Amadeo! Devolverá visitas de digestión, aparecerá en los días en que se reciba en la casa de la señora de tal y de otras muchas señoras de cual; y como principiante, permanecerá tontamente media hora en cada casa, hasta que se haga cargo de que los demás se limitan á entrar y salir, como los curiosos en la barraca de una gitana de feria. Verá desfilar ante él (pero ahora acorazados de terciopelo y raso) todas las gargantas y hombros que ya conoce: los que le disgustan y los que le obligan á ponerse colorado. Y cada señora de tal que entre en casa de otra señora de cual, se sentará al borde de un diván ó de un sillón, y dirá siempre lo mismo, la misma cosa fatal, la única que puede y debe decirse hoy en día al principio de todas las conversaciones; por ejemplo: «¿Conque ha muerto ese pobre general?» O bien: «¿Ha visto usted la obra estrenada en el Teatro Francés? No es gran cosa, ¡pero está tan bien ejecutada!....» Aquello será delicioso y Amadeo podrá admirar los cambios de fisonomía de la dueña de la casa. Cuando la señora A la entere de que la señora B casa á su hija con el sobrino de la señora C, aquélla, que apenas conoce á los aludidos, demostrará una alegría tan viva como si le anunciaran la muerte de una anciana tía suya, con cuya herencia cuenta para renovar los muebles de su casa. Por el contrario, si la señora D le dice que el niño de la señora E tiene la escarlatina, de repente, sin transición, la dueña de la casa, por un cambio de aspecto que haría la fortuna de una actriz, se mostrará consternada, como si de súbito supiera que el granizo había destruido todas las cosechas, ó que el cólera se había presentado en el barrio de los Mercados.

He dicho que Amadeo está en camino Todavía algo inexperto, será mistificado durante mucho tiempo por esas hipocresías, gestos y sonrisas falsas que dejan ver tantas dentaduras postizas. A primera vista todo le parece elegante, armonioso, delicado: ignora que la célebre cabellera de la princesa Krancinsca ha sido cortada de la cabeza de tres aldeanas bretonas en la última feria de San Juan del Dedo. ¿Cómo podría Amadeo comprender que el austero maestro Lemarguillier, el abogado clerical, ha estado gravemente comprometido en un asunto de moralidad, del que se ha salvado arrojándose á los piés del prefecto de policía, pidiéndole por Dios «que no le

perdiera?» Cuando se encuentra en un salón con el rey de la moda, el joven Duque de La Fama Ten Cuidado, descendiente del que estuvo en el puente de Taillebourg y que en la actualidad pone en boga un pantalón, Amadeo no puede sospechar, ¿no es cierto? que el goce favorito de aquel elegante consiste en «matar el gusanillo» por la mañana en compañía de su cochero, en la tienda de vinos de la esquina, jugando una partida de *mus*. Cuando la linda baronesa de los Nenúfares se pone encarnada hasta las orejas porque se ha pronunciado delante de ella una palabra inofensiva, en la que encuentra, no sé por qué, una indecencia intolerable, no será ciertamente nuestro joven amigo el que adivine que, para pagar las deudas de juego de su tercer amante, aquella pudibunda señora acaba de vender secretamente joyas de familia de que no podía disponer.

Tranquilícense ustedes. Amadeo acabará por perder sus ilusiones. Llegará un día en que ya no tomará por lo serio la gran comedia de corbata blanca; pero sigan ustedes tranquilizándose, tampoco sentirá indignaciones de mal gusto. No, más bien compadecerá á esos desdichados del gran mundo condenados á la hipocresía y á la mentira, y excusará sus faltas y sus vicios haciéndose cargo del espantoso fastidio que les devora. Sí; tendrá en cuenta que un desventurado como el Duque de La Fama Ten Cuidado, que durante el invierno se ve obligado á oír diez y siete veces *La Favorita*, experimenta á veces la necesidad de una distracción violenta y va á beber vino blanco con su criado. Convenimos en que Amadeo estará lleno de indulgencia, y que también será necesario perdonarle á él su fondo plebeyo y su nativa grosería; porque cuando haya sondeado el vacío y la vanidad de la farsa mundana, reservará toda su simpatía para las gentes sencillas que están más cerca de la naturaleza. ¡Ah! Sí, Dios mío! El poeta juzgará infinitamente más digno de estima al último de los trabajadores, prefiriendo un vendedor ambulante de refrescos á un político de salón perorando delante de la chimenea, y comparando á una vieja señora literata, resplandeciente como un escaparate del Palacio Real y retocada como un caribe con una pobre abuela de villorrio, dará la preferencia á esta última, que se presenta francamente arrugada y cubierta con su cofia blanca, y que á pesar de sus setenta y cinco años va todavía á limpiar de maleza su reducido campo de patatas.

XIII

Acaba de transcurrir algo más de un año.

Estamos en los primeros días de Octubre.

Cuando se disipa la bruma de la mañana, el cielo tiene un azul límpido, y el aire es tan puro y fresco que Amadeo Violette, en su calidad de antiguo hijo de París, siente algunas veces el deseo de hacerse una cometa como cuando era pequeño, é ir á volarla en los taludes de las fortificaciones.

Pero esto no corresponde ya á su edad. La actual cometa de Amadeo es más frágil que la que de niño confeccionaba con cañas y papelotes encolados: no se eleva mucho y la cuerda que la amarra no es muy sólida. La cometa de Amadeo es su naciente reputación de poeta, y es preciso trabajar y sostenerla; y Amadeo trabaja siempre con una vaga y secreta esperanza de hacerse amar de María.

Por otra parte, no es tan pobre como antes. Ahora tiene doscientos francos mensuales en el ministerio, y de vez en cuando le compran alguna novela que se publica en los periódicos. Por esto ha dejado su buhardilla del arrabal de Santiago y habita en la Isla de San Luis, en un cuarto de una sola pieza, pero grande y clara, desde donde apoyado de codos en la ventana puede ver los barcos que van y vienen por el río y la puesta del sol detrás de la iglesia de Nuestra Señora.

Amadeo trabaja especialmente en el drama destinado á la Comedia Francesa y está á punto de terminarle. Es un drama moderno, en verso, titulado *El Obrador*. La acción es tan sencilla como la de una tragedia, pero él la cree patética y conmovedora; pasa entre gente del pueblo, y Amadeo supone que ha encontrado para el diálogo versos sencillos y al mismo tiempo sonoros, en los que no ha temido introducir cierta palabras pintorescas y locuciones enérgicas del lenguaje de los trabajadores.

El agradecido poeta destina el principal papel á Jocquelet, que el año anterior se ha presentado con éxito en las *Picardías de Scapin*, y que desde entonces consolida su reputación; á Jocquelet que, como todos los actores cómicos, pretende también representar el drama, y que puede hacerlo, pero excepcionalmente, en condiciones particulares; pues á pesar de su grotesca nariz, tiene cualidades de fuerza y calor y dice bien los versos.

El personaje que debe representar en la obra de su amigo es el de un antiguo mecánico, honor de su oficio, especie de Nestor del arrabal, y este tipo puede acomodarse al rostro poco aristocrático de Joquelet, quien además ha demostrado su habilidad en caracterizarle. Sin embargo, el actor no está enteramente satisfecho.

Acaricia también el sueño informe y monstruoso á la vez de casi todos los cómicos; desea, como los demás, lo que ellos llaman «un hermoso primer papel,» aunque no se explican con precisión en lo que consiste; pero en su imaginación llena de humo, se diseña confusamente un prodigioso Almanzor que sale á escena en una carretela de cuatro caballos á la Daumont, y se apea presentándose con un pantalón gris, botas de campana y una espetera de condecoraciones. Este personaje, seductor como Don Juan, valiente como Murat, poeta como Shakespeare y caritativo como San Vicente de Paul, debe en el primer acto inspirar un amor loco, frenético, á la primera dama joven, dispersar con el viento de su espada á doce espadachines, dirigir á las estrellas, esto es, á los espectadores del tercer anfiteatro, una tirada de ochenta versos y recoger en los vuelos de su capa á dos niños expósitos.

El «hermoso primer papel» en el curso de la obra debe llevar á cabo cierto número de acciones sublimes, arengar á la multitud desde lo alto de una escalera practicable, insultar cara á cara á un poderoso monarca y arrojarse siempre con botas de campana, en las llamas de un incendio. El ideal sería que pudiese descubrir América como Cristóbal Colón, ganar batallas campanales como Bonaparte y morir en la Cruz como Jesucristo; pero lo esencial es que no abandone casi nunca la escena, que hable continuamente, y que la obra sea una especie de monólogo en cinco actos.

El papel de viejo trabajador ofrecido por Amadeo á Jocquelet, sólo obtuvo de éste, en la primera lectura, una mueca de descontento. No obstante, el actor concluyó por reconciliarse con el personaje, le estudió, le *ahondó*, valiéndonos de su expresión, y un día llegó acalorado á casa de Violette:

—Creo que ya he cogido á mi buen hombre,—exclamó.—Le vestiré con un chaleco de tricot, manchado y roto, y una blusa azul muy sucia. Porque representa un viejo conejo de mucho pelo, ¿no es así?...... Pues bien: en la escena del acto tercero, cuando le dicen que su hijo es un ladrón y él desafía á todo el obrador, al batirse se abrirán sus ropas, inclusa la camisa, y como yo no soy velludo, me pegaré crêpe gris en la boca del estómago......¡Ya verás qué efecto!

Reservándose el disuadir á Jocquelet de ensuciarse el pecho para tiempo oportuno, Amadeo ha llevado su manuscrito al director del Teatro Francés, que le ha pedido plazo para examinarle, prometiendo al joven poeta que le dirá en seguida si se compromete ó no á leer la obra al comité.

Amadeo, pues. está lleno de ansiedad, aunque Mauricio Roger, que conoce la obra acto por acto, le haya predicho que será recibida con entusiasmo.

Desde hace un año el hermoso Mauricio se halla instalado en un estudio de la calle de Assas, y hace alegre vida. ¿Trabaja? Alguna vez, por capricho, como voluptuoso que es; y aunque apenas están indicados y aún cuando los abandona al primer acceso de pereza, sus bocetos no carecen de encanto, haciendo más notoria la única preocupación del ardiente joven, que es ¡la mujer, siempre la mujer! pero no en su desnudez completa y sin indecencia como tratan de reproducirla fiel y concienzudamente, con sus defectos y hasta con sus fealdades, los estudiosos aprendices del arte. Por el contrario, al mirar los estudios de Mauricio, se comprende que ha deseado á sus modelos. Su pincel libertino sólo presenta á la mujer medio desnuda, provocativa, pronta al amor.

Si llega á tener talento pictórico, tratará de reproducir el desorden de un atavío amoroso, apenas velando un seno juvenil; será el Fragonard moderno.

Entre tanto, uno de los grandes placeres del oficio es para el sensual Mauricio el ver desfilar delante de él todos aquellos hermosos cuerpos á diez francos por sesión.

No desea á ninguna de aquellas muchachas: es ya descontentadizo hasta el punto de que cuando se desnudan tiene que disimular un gesto de disgusto al ver los tacones torcidos de las botas ó los corsés de crema gris. Lo que le basta y satisface es el tener á su lado sobre la mesa de modelos el cuerpo desnudo y la carne viva. Con la paleta en la mano, habla con la modelo, le recita historias entretenidas, y hace que ella le cuente sus cuitas y sus humildes amores Cuando vienen á verle sus amigos, lo cual sucede con frecuencia, notan éstos al entrar que la modelo se esconde detrás de un tapiz, poniéndose precipitadamente la camisa; pero la llaman, vuelve á presentarse, y suelen fumar un cigarrillo de Levante en amable compañía.

Amadeo, siempre algo turbado cuando la modelo le pide fuego, generalmente pasa en el estudio ó en la habitación de Mauricio todas las tardes de los días de fiesta.

Allí suele encontrar á Arturo Papillón, que prepara su carrera de política, defendiendo procesos por delitos de imprenta. Aun cuando en el fondo es un liberal muy moderado, aquel joven de correctas patillas defiende á los barbudos más republicanos, si es que lo que él hace merece el nombre de defensa; pues lo cierto es que, merced á los violentos ataques contra el gobierno que el abogado introduce siempre en sus discursos, los acusados suelen ser obsequiados con el máximum de la pena, siendo lo más raro que los mismos condenados están contentísimos de su defensor, pues entre los irreconciliables, una condena política es un título de gloria solicitado y por otra parte muy fácil de obtener. Están convencidos de que los tiempos se aproximan, y de que van á derribar el Imperio, sin pensar ¡ay! en que para esto serán precisas un millón y doscientas mil bayonetas alemanas. Al siguiente día del triunfo se les tendrá en cuenta indudablemente sus meses de prisión, esto aparte de que Santa Pelagia no es *carcere dura*. Papillón, que es hábil y quiere tener un pié en todos los partidos, va á almorzar un día á la semana en compañía de los que le deben su estancia en aquel encierro poco riguroso, y lleva generalmente una langosta como obsequio al prisionero.

Pablo Sillery, que se ha hecho amigo de Mauricio, pasa también muchos ratos en el estudio de éste. El amable bohemio no ha pagado aún su cuenta al tío Lebufle; pero se ha cortado al rape la cabellera, y publica todos los sábados en un periódico elegante crónicas que rebosan mucha chispa y gracia; lo cual, por su puesto, no lo perdonan en el café de Sevilla, en donde los melenudos reniegan de aquel traidor que se ha pasa

do al enemigo y sólo es un repugnante y fétido burgués. Si la inquisición de los poetas pudiera hacer ejecutar sus sentencias, Pablo Sillery sería inmediatamente vestido con el «sambenito,» azotado y quemado vivo, ni más ni menos que un judío relapso.

Pablo Sillery no se preocupa de ello, y de vez en cuando se presenta descaradamente en «Sevilla» y obsequia á los miembros del Santo Oficio con una ronda de copas que paga con el dinero de su deshonor.

Algunas veces también se deja ver en casa de Mauricio la cara afeitada de Jocquelet; pero sus visitas no son muy frecuentes, porque el hombre está sumamente ocupado y ha adquirido verdadera celebridad. En los escaparates de los fotógrafos su audaz nariz, reproducida en todas las posturas, de frente, escorzada, de perfil, figura al lado de los clichés más en boga, como por ejemplo, el rostro paternal y venerable del papa Pío IX, ó las piernas internacionales de Mlle. Ketty, la majestuosa hada de calzón de malla de las comedias del Chatelet. Los periódicos citan todos los días el nombre de Jocquelet, tratándole de simpático y eminente, y dedicando largos artículos á su gloria de artista: en ellos ensalzan su gran corazón y refieren de él anécdotas enternecedoras, diciendo que cuida á su anciana tía como el mejor de los hijos pudiera hacerlo con su madre, que reparte limosnas y que una noche recogió á un perro perdido. Un artista como él, que ha sacado todo el repertorio cómico del olvido en que se le tenía y que protege personalmente á Moliére, no tiene tiempo para ver á sus amigos: es natural. Sin embargo de esto, honra con breves visitas á Mauricio Roger: el tiempo preciso para hacer temblar con su terrible voz los cacharros y chucherías del aparador, y sobre todo para contar que la víspera, en el salón de descanso de la Comedia, vestido aún con la capa rallada de Scapín se dignó recibir con la más fría dignidad los cumplimientos de una Alteza Real; ó bien que una persona de la alta sociedad, «sí, hijas mías, una mujer de elevado rango,» se muere de amor por él desde hace seis meses en el fondo del proscenio número 6. Dicho lo cual abandona el estudio con no poca satisfacción de los asiduos concurrentes á éste.

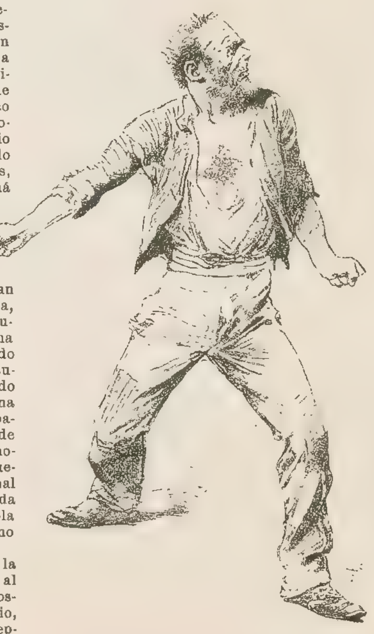
Amadeo se divierte en el estudio del pintor aficionado, á donde van á charlar artistas alegres y de talento. Allí se ríe y se bromea, y este descanso del domingo es el más agradable entretenimiento para el laborioso poeta. Amadeo lo prolonga todo lo posible, y cuando se quedan solos los dos amigos, tendidos en los almohadones del diván turco, hablan con el corazón en la mano de sus deseos, ambiciones y sueños de porvenir.

Sin embargo, Amadeo tiene un secreto para Mauricio, nunca le ha dicho que ama á María Gerard. A su vuelta de Italia el viajero preguntó varias veces por aquellas señoras, lamentando cortésmente su infortunio y enviándoles memorias por medio de Violette. Pero habiéndose éste mostrado altamente reservado en sus respuestas, Mauricio no ha vuelto á mentarlas en sus conversaciones. ¿Es esto olvido? Después de todo, apenas conoce á las señoras Gerard; pero á Amadeo no le disgusta el no tener que hablar de ellas, y cuando la linda María le pregunta por Mauricio, responde siempre con cierto desagrado hijo de los celos.

Pero la encantadora María acaba por no interrogarle sobre este particular y se muestra triste, nerviosa y pensativa. Porque al presente, en casa de las señoras Gerad, sólo se ocupan en una cosa, siempre la misma, el vulgar y cruel cuidado de procurarse la subsistencia, pues desde hace algún tiempo vanse deslizando poco á poco por la escalera de la miseria. Ganar con lecciones de piano y una caja de pinturas lo necesario para mantener tres bocas, no es posible, ó por lo menos dura poco. Luisa tiene menos discípulas, el tío Issacar ha disminuído sus encargos, y mamá Gerard, que es ya una anciana, se ve precisada á redoblar sus esfuerzos económicos, á pesar de lo cual no logra que los ingresos cubran los gastos. Amadeo nota todo esto y sufre mucho, aunque las pobres mujeres tienen orgullo y se quejan lo menos posible; pero la decadencia de la casa, siempre de suyo modesta, se manifiesta por muchas señales. Han vendido en un día de extrema necesidad dos buenos grabados, último recuerdo del padre, y el sitio de la pared que aquéllos ocupaban, en donde el papel está menos deteriorado que en el resto de la pieza, parece conservar una sombra, un espectro de los caros objetos desaparecidos. Los trajes de luto de mamá Gerard y de sus hijas van tomado un tinte verdoso que denota su vejez, y Amadeo, cuando va á comer á aquella casa los domingos, en vez del pastel tradicional lleva una empanada que á veces constituye toda la comida. Ya no queda en la cueva ni una sola botella, y los comensales tienen que beber vino de taberna.

Cada nuevo detalle que le hace comprender la creciente estrechez de sus amigas, entristece al sensible poeta. En una ocasión en que cobró doscientos francos, producto de un trabajo literario, llamó aparte á la pobre madre y la obligó á aceptar la mitad de esa suma. La desgraciada anciana, temblando de emoción y llenos de lágrimas los ojos, le confesó que la víspera habían tenido que empeñar el reloj de pared, único que había en la casa, para pagar á la lavandera.

¿Qué hacer para sacarlas de aquel mal paso, para crearlas una existencia menos difícil? ¡Ah! Si María quisiera, se casarían en seguida, sin más gasto que el de un vestido blanco, como hacen los pobres, y todos vivirían juntos. Los dos mil cuatrocientos francos que él tiene de sueldo, algún billete de mil que suelen proporcionarle sus trabajos extraordinarios y lo que gana Luisa dando lecciones, constituirían un ingreso seguro y casi suficiente. Además procuraría colocar sus originales, trabajaría mucho, y en fin, ya



se arreglarían para pasarlo lo menos mal posible. Cierto que sería muy grave tomar á su cargo toda la familia: podía, además, tener hijos; ¿pero por ventura no contaba con un comienzo de reputación y con un hermoso porvenir? Si su comedia se representaba, lo que era muy posible, y tenía éxito, todos estaban salvados. ¡Oh, qué dulce hogar, qué hermosa vida de familia la suya si tal caso llegaba! Sí, si María le quiere un poco, como él se obstina en esperar, y se siente con fuerza para estar á todas las contingencias, ésta es la mejor solución posible.

Exaltado por este proyecto, Amadeo se decide á someterlo á la aprobación de la excelente Luisa, en quien tiene entera confianza, y á la que considera como la bondad y la razón personificadas. Todos los martes, á las seis de la tarde, la joven sale del colegio de señoritas de la calle Rochechouart, en donde enseña solfeo; allí va á esperarla Amadeo. Por fin la ve acercarse. ¡Pobre Luisa! Su traje es lamentable, y ¡qué mala cara, qué aspecto de tristeza y de desaliento!

—¿Tú aquí?—dice Luisa sonriendo bondadosamente, cuando él le sale al encuentro.

—Sí, querida Luisa. Toma mi brazo. Y permíteme que te acompañe un poco. Hablaremos andando. Tengo una cosa muy seria que decirte confidencialmente, un consejo importante que pedirte......

Y empieza á hablarle de su proyecto. El poeta le recuerda su infancia y sus juegos, allá en la calle de Nuestra Señora de los Campos. Desde entonces, desde aquel lejano pasado siéntese hechizado por la pequeña María, y desde joven comprendió que amaba á la encantadora criatura. Siempre ha alimentado la esperanza de inspirarle un sentimiento de ternura, el deseo de unirse un día á él. No ha hablado antes por causa de su pobreza, pero siempre la ha amado, la ama y á nadie amará más que á ella. Luego explica sus proyectos en términos sencillos y conmovedores: será el hijo de la señora Gerard, el hermano de su querida Luisa, y la unión de estas pobrezas constituiría casi el bienestar. ¿No es esto sencillo y razonable? Está seguro de que Luisa, modelo de jóvenes juiciosas y verdadera jefe de la familia, aprueba sus planes.

Pero en tanto que él habla, Luisa baja la cabeza y mira al suelo, y Amadeo no nota que la infeliz está temblando. ¡Ciego, ciego Amadeo! No lo has visto, no lo verás nunca; pero Luisa es la que te ama......¡oh! sin esperanza. Sabe demasiado que tiene más edad que tú, que no es bonita, que siempre la considerarás como á la hermana mayor de adopción que en otro tiempo te señalaba con su aguja las letras del alfabeto. Luisa ha adivinado años ha tu amor á María y aunque ha sufrido mucho se ha resignado á ello. De todo corazón desea servirte; pero esta confesión que le haces, el nombre de María que murmuras á su oído con acento tan apasionado, ese sueño de ventura en que, en tu sencillo egoísmo, sólo le reservas el papel de solterona que educará á tus hijas, casi el de una criada.... ¡Cuán cruel es todo esto!

Llegan al Boulevard Pigalle. El sol se ha puesto, el cielo límpido y sereno se tiñe de azul turquesa y el áspero viento de la noche desgaja de los árboles medio secos las últimas hojas del Otoño parisiense, hojas secas carcomidas de polvo.

Amadeo enmudece. Su ansiosa mirada solicita y espera la respuesta de Luisa.

—Querido Amadeo,—le dice entonces Luisa mirándole con sus ojos llenos de franqueza y de bondad,—tienes un corazón bueno y generoso como ninguno.... Sospechaba que amabas á María y quisiera poderte contestar inmediatamente que ella te corresponde, y que de hoy en adelante tú y nosotros formaremos una familia.... Pero, sinceramente, no puedo hacerlo.... Aunque esa querida niña es algo frívola, su instinto de mujer ha debido adivinar tus sentimientos, y no obstante nunca nos ha hablado de ellos ni á mamá ni á mí.... Tranquilízate: en esto no veo un mal presagio: es tan joven é inocente que bien pudiera amarte sin darse cuenta de ello, es posible que tu declaración la entere del estado de su corazón, y estoy segura de que se conmoverá por el amor y por el afecto que profesas á nuestra familia. Deseo con toda el alma, querido Amadeo, que se realicen tus esperanzas.... porque, á tí ya puedo decírtelo, es necesario que inmediatamente nuestra querida María goce de un poco de ventura, pues me traen inquieta desde hace algún tiempo sus horas de profunda tristeza y sus crisis de llanto. Tú mismo habrás notado que la devora el fastidio y no cabe duda en que sufre más que mamá y que yo con la dura existencia que llevamos, lo cual se explica perfectamente. Sentirse como ella, bonita, seductora, nacida para la felicidad, y ver el presente y el porvenir tan sombríos, es cosa que causa pena. Comprenderás pues, amigo mío, cuánto deseo que se efectúe vuestra unión. Eres bueno y amable y estoy segura de que harás muy dichosa á nuestra María.... Pero tú lo has dicho, yo represento en la casa la prudencia. Concédeme algunos días para observar á María, para arrancarle sus confidencias, y si alguna tiene que hacerme, para despertar quizás en ella un sentimiento ignorado, y está persuadido de que tienes en mí la aliada más segura y más fiel.

—Tómate el tiempo que necesites, querida Luisa,—contesta el poeta.—Confío en tí. Todo cuanto hagas estará bien hecho.

Le da las gracias, y cuando se separa de ella al fin de la calle Lepic, la pobre desdeñada siente una amarga dulzura al abandonar al joven sus manos deformes de pianista, cubiertas de guantes reteñidos y demasiado grandes, y al sentir que Amadeo las estrecha con efusión, impulsado por la esperanza y la gratitud.

Luisa quiere y debe hacer este matrimonio, y así se lo dice y repite al subir la escarpada calle, en donde se agita entre las sombras del crepúsculo el tumulto popular propio de aquella hora en que los obreros abandonan sus trabajos. No, no, María no piensa en Amadeo; está bien segura de ello, pero es necesario que á toda costa aparte á su joven hermana de los desalientos y malos consejos de la miseria. Amadeo ama á María y sabrá hacerse amar; es preciso unir á los dos jóvenes y asegurar su felicidad. Tocante á ella ¡qué importa! Si tienen hijos, ella acepta de antemano sus funciones de tía mimosa y vieja madrina, con tal de que María se deje aconsejar y consienta. Esta, como linda que es, es también algo vanidosa y alimenta alguna loca esperanza, basada en sus veinte años y en su belleza. Todo esto preocupa mucho á Luisa. La pobre joven, cubiertas las delgadas y encorvadas espaldas con su pañuelo negro, olvidando sus propios disgustos y sólo pensando en el bien de los que ama, sube trabajosamente la altura de Montmartre; pero al llegar á la Salchichería próxima á la alcaldía, se acuerda de un encargo de su madre, y como en la existencia de los pobres siempre se mezcla al drama de la vida algún trivial detalle, Luisa, sin distraerse de sus pensamientos, que significan el sacrificio de su corazón, compra dos chuletas empanadas para la cena y hace que se las envuelvan en un papel.

Al día siguiente de su conversación con la buena Luisa, Amadeo experimentó la impaciencia casi dolorosa que sufren las personas nerviosas cuando espera algo que les interesa. Las horas de oficina parecíéronle interminables; y á las cinco, para evitar la soledad, fué á casa de Mauricio, á quien hacía quince días que no veía, y le encontró solo en su estudio.

El joven artista tenía un aspecto preocupado, y mientras Amadeo alababa un boceto colocado sobre un caballete, Mauricio con los ojos bajos y las manos metidas en los bolsillos de un chaquetón encarnado, paseaba de uno á otro lado de la pieza sin contestar á las alabanzas de su amigo.

De repente se paró, y mirando á Amadeo le preguntó:

—No has visto estos días á las señoras Gerard?

Desde hacía algunos meses Mauricio no le hablaba de aquellas señoras, así es que, algo sorprendido, contestó:

—Sí, ayer mismo encontré á la señorita Luisa.

—Y....—repuso Mauricio titubeando,—¿está buena toda la familia?

—Sí, todos.

—¡Ah!—exclamó el artista con acento particular, y continuó su interrumpido paseo.

Amadeo experimentaba una emoción desagradable siemdre que oía el nombre de las señoras Gerard en boca de Mauricio; pero esta vez, el semblante equívoco y el tono singular con que el joven pintor le preguntaba por ellas produjeron en el poeta un verdadero malestar. Sobre todo, le impresionó la exclamación de Mauricio, aquel «¡ah!» que parecía tener algo de enigmático. Pero, después de todo, su recelo no tenía fundamento y las preguntas de su amigo eran naturales.

—Pasaremes la velada juntos, querido Mauricio.

—Hoy, imposible,—respondió éste, siempre preocupado, y haciendo resonar bajo sus piés el piso de madera del estudio.—Tengo una cita, voy á una reunión.

Amadeo comprendió que había poca aportunidad y se despidió discretamente. Pero el apretón de mano de Mauricio parecióle más flojo, menos cordial que de costumbre.—*(Continuará).*

Páginas de la Moda

Fig. 1.—Traje de visita de la casa Worth.

FIG. 2. TOILETTE DE CASA.

MUJERES Y NIÑOS PERIODISTAS.

De todas las carreras á que con más ardor se dedican las «mujeres nuevas» de que hablábamos hace días, ninguna más socorrida que la del periodismo. Y en efecto, ¿no es ésta la que más difiere de los trabajos de aguja, de cuidar á los enfermos, de la educación y cuidado de los niños y de las demás educaciones reservadas á las mujeres por una especie de tradicional costumbre? Y ¿por qué no habían de ser hoy los hombres los que lavaran y plancharan la ropa, cocinaran y lactaran á los niños, en tanto que las mujeres asistieran á los debates de las Cámaras y de los Tribunales, á las ejecuciones capitales, celebrasen *interviews* con las personas más notables (que serían mujeres, ¡claro!) y dieran cuenta de los *meetings* populares (que también serían de idem?)

Esto piensa la «mujer nueva» inglesa, y como donde más puede bullir y exhibirse es en el periodismo, y como la cualidad dominante del sexo débil es exhibirse, el periodismo femenino ha tomado proporciones increíbles en Inglaterra.

Aparte la prensa feminista ó simplemente femenina, los grandes periódicos de Londres y de las provincias inglesas cuentan ya con una multitud de individuas entre sus colaboradores y no para hacer el correo de la moda ni las crónicas para señora, sino para hacer información, sucesos, extractos de las sesiones de las Cámaras, anticipar los resultados probables de las carreras de caballos, etc.

Un verdadero ejército de mujeres periodistas se ha formado ya; «un monstruoso regimiento de mujeres,» como lo llama una mujer de gran sentido moral y de mucho talento, Miss Janet Hogarth.

A este monstruoso ejército ha dirigido Miss Hogarth algo así como una advertencia en la última entrega de la *Fortnighly Review*, advertencia que creemos se debe hacer extensiva á las «mujeres nuevas» de España, poquísimas, afortunadamente, en buena hora lo digamos.

«Pobres hermanas mías, dice en substancia Miss Hogarth á las reclutas del monstruoso regimiento; os habéis alistado en una profesión que no se ha hecho para vosotras; si aún es tiempo, os suplico que escojáis otro.»

Y prosigue:

«¡Si pudierais formaros idea de la situación y de la perspectiva de la profesión de periodista para la mujer, de su desesperada lucha para llegar, de la necesidad en que se hallan de aceptar los encargos más desagradables! ¡Si conocierais las pruebas porque tiene que pasar el que ha de *interviewar*, los subterfugios sin fin á que se ve condenado el *repórter* mundano.

«Pero habeis oído hablar de una mujer que ha dirigido la política en el Africa meridional, habéis visto en los periódicos diarios artículos escritos por literatas en boga. Más ignoráis un hecho que no me cansaría de enseñaros y de recordaros. Y es que el número de las mujeres periodistas que han llegado en la Prensa inglesa, se podría contar fácilmente con los dedos de una mano.

«Y las cosas no llevan trazas de cambiar. La independencia que se supone como patrimonio del periodismo, las relaciones literarias que se imagina poder alcanzar con dicha profesión, no son menores incentivos para la mujer que para el hombre!

«Y ¿cuál es de los dos sexos el más apto —me decía— para resistir la inevitable fatiga y las deplorables condiciones de higiene de esta vida que de lejos parece tan hermosa?

«No digo que no logre ganar algún dinero, pero será con una especie de periodismo completamente distinto del actual y que no tiene nada que ver con la literatura.

«¿Qué diremos de las desgraciadas *reportrices* que, sin sueldo fijo en ningún periódico, van del uno al otro con noticias penosamente recogidas?

«¿Esta vida es digna de una mujer que tiene instrucción? Habrá puesto en el mundo para unas cuantas mujeres médicos más; lo habrá en el porvenir, seguramente, mucho mayor que hoy para las mujeres, en los empleos de inspectoras de fábricas, de escuelas, vigilantes de colonias obreras, etc., etc., pero ni hoy tiene Londres puesto para la mujer periodista, ni lo tendrá en mucho tiempo.»

Podrá no haber lugar en Londres para la mujer periodista, pero en los famosos Estados Unidos, cuna de todo lo extravagante, ridículo y desequilibrado, lo tienen los niños, á creer verídicas las aventuras de un tal Morrisou, periodista de Chicago, muchacho de quince años, el cual creía que debía completar su educación de periodista dando la vuelta al mundo, y así lo resolvió el año anterior.

El día menos pensado se puso en camino con 20 dollars en el bolsillo. Durante todo el trayecto de Chicago á Nueva York, vivió del importe de la información proporcionada á los periódicos de las ciudades por las cuales pasaba, ó bien á los periódicos de Chicago *Interviewó* al Presidente de la República americana, á los poderosos reyes del oro de Nueva York.

A cambio de los billetes de ferrocarril, denunciaba los crímenes y los matrimonios á la moda. Como á bordo del barco no podía ejercer el oficio de re-

FIG. 3.—GRAN TRAJE DE CEREMONIA.

Fig. 4.—Traje de casa.

pórter, se hizo pinche de cocina. Escribiendo, hizo no pocos ahorros en Lóndres, Suiza, Alemania y Francia.

Por lo que se ve, el porvenir es de la mujer y del niño, no solo en la Prensa, sino en todos los ramos del saber humano, en todas las manifestaciones del ser casi perfecto.

En todo aquello en que el hombre se ha considerado al abrigo de las ingerencias femeniles, se ha metido la mujer. Inventó ese inverosímil aparato que convierte al hombre en una máquina absorvida por completo por su base: las dos ruedas, sin más cuidado que ellas, á ellas supeditándolo todo, aumentación y plan higiénicos, prescindiendo de todo ejercicio cerebral, y la mujer se lanza también.

A este paso la isla de San Balandrán está próxima.

Fig. 5.—Grupo de toilettes de casa.

LA EDAD PROPIA PARA CONTRAER MATRIMONIO

La edad en que, conforme á las diferentes leyes de los pueblos, se tiene aptitud para contraer matrimonio, difiere mucho según los países. Esta variedad no es arbitraria ni resulta del acaso, sino que cada comarca ha procurado en este punto acomodarse á su raza, clima, método de vida y demás circunstancias que aceleran ó retardan la época de la pubertad en ambos sexos. He aquí el cuadro de muchas naciones, para dar una idea de lo que decimos:

En Austria, se considera que los novios que han cumplido catorce años, están en aptitud de fundar un hogar.

En Alemania ningún hombre puede casarse antes de haber cumplido diez y ocho años.

Fig. 6.—Grupo de ropa blanca.

En Francia y Bélgica, el hombre debe tener cuando menos diez y seis años y la mujer quince, para que pueda haber matrimonio.

En España, Grecia, Suiza, México y muchas repúblicas Sud-americanas, la aptitud legal para casarse empieza á los catorce años para el hombre y á los doce para la mujer.

A los católicos de Hungría, se les exige la misma edad que en España para que puedan celebrar el himeneo; pero los protestantes no lo pueden hacer si no ha cumplido diez y ocho años el varón y quince la prometida.

En Rusia y Sajonia son más sensatos, y no se permite el matrimonio si el esposo no ha cumplido catorce años y diecisseis la mujer. Estos pueblos son los únicos que exijen mayor edad en la mujer que en el hombre.

Fig. 7.—Traje de visita.

En la India puede casarse una niña que haya cumplido los ocho años de edad.

La ley Turca ordena que se permita el matrimonio á toda joven ó niña que pueda andar y que comprenda la ceremonia religiosa para el caso.

ORIGENES HUMILDES.

Cristina Nillson, cantaba por las calles.

Renny Lind, fué una aldeana.

Campanini, sirviente.

Brignoll, cocinero.

Nicolini, cantinero.

Si Rossini no le hubiese dado una instrucción artístita á la célebre Alboni, la primera mitad de este siglo no hubiera tenido aquella gran contralto.

La familia de los Bach, que durante doscientos años produjo músicos ilustres, estaba siempre tan pobre que tenían necesidad de darse mútuamente lecciones de música.

El padre de Balfe, vivía en una cabaña de Irlanda.

La madre de Beethoven era hija de una cocinera.

El padre de Hadyn fué un fabricante de ruedas de carretas.

Mientras el padre de Gungl tejía medias de lana, éste aprendía á cantar y escribía su música de baile tan hermosa.

Paganini nació y vivió en la mayor escacés.

Schuman pasó su infancia en una imprenta.

El padre de Liszt ocupaba un pequeño destino de Gobierno.

Y el padre de Wagner era también empleado en un pequeño tribunal de policía.

FIG. 8.—GRUPO DE TOILETTES PARA DAMA Y PARA NIÑOS.

Nuestros Grabados.

FIG. 1.—TRAJE DE VISITA DE LA CASA WORTH.

Está ejecutado con materiales muy ricos. Es de cachemira crema pesadamente bordada. El cuerpo y la falda se abren sobre un chaleco y una falda inferior de terciopelo. Cuello fantasía de satín bordado. Mangas con sobremanga de satín también, la cual deriva graciosamente del cuerpo. Cinturón de raso.

FIG. 2.—TOILETTE DE CASA.

Gran toilette de satín gris acero adornada en la falda, en el cuerpo, en el cuello y en la manga, de losanges y medios losanges de terciopelo. Blusa muy ceñida y cerrada á la izquierda por brandeburgos.

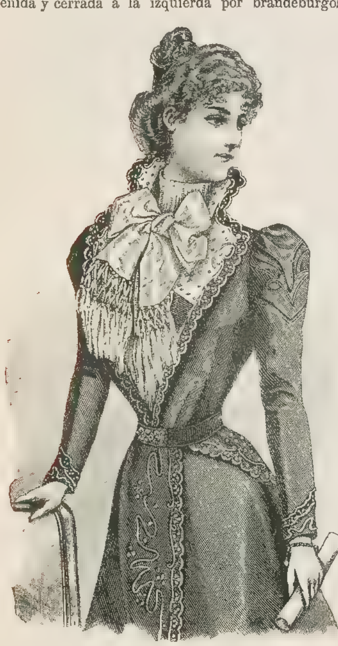


FIG. 9.—TRAJE DE CASA.

Cinturón de seda acordonada con broches de strass y elegante escarcela de seda. Cuello estilo Ducal.

FIG. 3.—GRAN TRAJE DE CEREMONIA.

Está hecho de satín blanco y de satín crema, formando una túnica recortada al frente y que cae elegantemente en la parte posterior, hasta muy cerca del límite de la falda, orlada de blonda antigua.

El cuerpo lleva una elegante drapería y está orlado en el escote por una aplicación de tul.

FIG. 4—TRAJE DE CASA.

Gran falda de tul toda avolantada. Delantal redondo de muselina de seda, orlado á la derecha de una gran guía. Justillo de tul obscuro ceñido á la derecha por un broche de strass. Tres grandes ahuevados surgen de él y encuadran una camisola plissé.

FIG. 5.—GRUPO DE TOILETTES DE CASA.

Dos elegantes toilettes, la primera de sarga seda pasa, muy sencilla, adornada con cintas paralelas, cuerpo jaquette, abierto sobre un chaleco bajo y camisola de batista. La segunda de seda escocesa á cuadros, formando cota de maya con jocquey del mismo estilo y pequeño peto figurado. Delantero y espalda.

FIG. 6. GRUPO DE ROPA BLANCA.

Ultimos modelos para damas, de muy buen gusto y gracia especial.

FIG. 7.—TRAJE DE VISITA.

Gran falda de punto de seda figurado, sobre la cual cae una bellísima túnica de tul, de corte recto. Blusa hecha del mismo tul. Plastrón y mangas de punto de seda, todo sobre fondo de terciopelo obispo.

FIG. 8.—GRUPO DE TOILETTES PARA DAMA YNIÑOS.

Un froc de seda para niña de dos años, figurando un cuerpecito de plissés alternados con patas de seda.

Toilette de señora de sarga perla, con cuerpo hermosamente asolapado, cubierto de una drapería de blonda y abierto sobre una camisa de tul figurada.

Toilette para niña de ocho á diez años de lainaje gris obscuro figurado, montando plissés corridos.

Trajecito para niño de tres ó cuatro años, compuesto de una blusita marinera y de un pantaloncito ajaretado.

FIG. 9.—TRAJE DE CASA.

Hecho de sarga de seda, formando una jaquette bordada, muy abierta sobre una camisola completamente oculta por una gran corbata de seda blanca orlada de blonda.

Falda con bordado delantero, cinturón del mismo género.

La solapa asciende formando un hermoso cuello princesa.

FIG. 10. MODELO DE PEINADO.

Un elegante modelo de peinado, para teatro recepción, que recomendamos á nuestras lectoras.

FIG. 10.—MODELO DE PEINADO.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 26 de Febrero de 1899. | Número 9

M. Emile Loubet, Presidente de la República Francesa.

(Véase la "Política General")

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Ha vuelto á encenderse el interés, largo tiempo apagado, de una causa célebre. Timoteo Andrade, en el umbral del eterno misterio, pretende asirse á la vida, en un supremo esfuerzo, impulsado por la esperanza.

La simpática actitud del abogado defensor de Andrade, que ha puesto toda su energía al servicio de una vida condenada ya á extinguirse, ha pintado un toque de compasión en las mil cabezas de la curiosidad.

El joven criminalista que defiende á este reo célebre, parece qne pretende dar un golpe teatral, al presentar á Andrade como una resignada víctima del *error judicial*.

En la oratoria de este heroico letrado, ha habido, según cuentan los cronistas, golpes melodramáticos á la Bouchardy, capaces de conmover á las piedras.

Sin embargo, parece que la impresión primera, que las peripecias y el fallo del jurado persisten, á pesar de todo, en la conciencia popular.

Y es que en muchos casos el instinto social rechaza con verdadero furor la mentira delincuente.

Recuerdo aún la emoción con que fué recibida la requisitoria que Jesús Urueta fulminó con su atronadora elocuencia.

«Conozco—escribía yo entonces—la existencia de esos ogros devoradores de carne cruda, recién salidos de la selva primitiva, insaciables y furiosos, que ven en cada agrupación humana un conjunto de vidas que destruir y que les pertenece como botín de guerra para contentar sus liviandades y apetitos.

Los he visto, hipócritas y astutos, penetrar en la sociedad como orangutanes domesticados; prontos á correr y á esconderse, pávidos al silbido del látigo, presurosos para servir al amo en las bajas y estúpidas tareas, en perpetua y malévola acechanza para aprovechar entre las sombras un descuido y hartar el manjar olvidado, huír al bosque con la mujer robada, ó anudar la cola *constrictora* en el cuello del indefenso. Andrade es un Saturno vulgar. Tiene la crueldad de su sexo; es un macho bravo que no puede ver pasar junto á él á los débiles sin aplastarlos. Como fiera hambrienta ha cruzado por la vida, con la mirada vigilante y la garra dispuesta. Ha asaltado rebaños y engullido corderos. En sus ojos reverbera un fulgor de púrpura que parece que sale de una hornaza interior. No tiene arrogancias ni noblezas como el león, sino cobardías y traiciones como el lobo. Sorprende en la alta noche las aldeas, y suele ponerse, como en el cuento, una piel de asno para devorar al inocente ó engañar á la justicia.

¿Qué mucho que haya ensangrentado su cubil con sangre propia? Tiempo hacía, según dicen, que sus colmillos no rasgaban entrañas. La honda negra de la cólera lo ahogaba; riñó con la hembra, mató á dos niños, y quedó tranquilo. Hoy aulla solo y se azota contra los hierros de su jaula. A ella nos acercamos sin curiosidad y sin compasión. No es un ejemplar raro en las colecciones de criminales.»

Y luego añadía yo:

«La imaginación popular ha hecho de Andrade un refinado.

Acabo de leer la relación de no sé cuantas constancias procesales, en las que se cuentan las venganzas de Andrade, dolorosamente exquisitas é intencionadas, brutalmente estéticas, dignas de un italiano del Renacimiento, de uno de aquellos de quienes dice Taine que obraban como salvajes y razonaban como civilizados. ¿Con que Andrade es un lobo inteligente? No puede ser; no he oído jamás llamar así á las fieras astutas. Se ve desde luego, en las cartas acusadoras, que no sé quienes clavaron en la espada de la Justicia, la exageración del terror. El miedo es hiperbólico. Juraría yo que esas cartas fueron escritas con las manos temblorosas y las pupilas dilatadas por el asombro. Quizás los hechos á que se refieren sean ciertos; pero han sido observados por el temor, que todo lo abulta y amplifica. Para mí Andrade sigue siendo un primitivo, que sólo piensa y sabe lo necesario para burlar á la sociedad en que vive. En sus declaraciones ante el jurado le encuentro brutalmente terco; en los labios tiene la obstinación fatal de un monosílabo: no. Niega todo. La única vez que afirma es para señalar en el grupo humano dos víctimas más: estos fueron los que me asaltaron y mataron á mis niños—grita. Y punza su obscuro cerebro una idea embrionaria, como todas las suyas: ya que me impiden asesinar, que la Justicia asesine por mi cuenta. Tras de esta monstruosa y salvaje venganza nada queda; porque como las columnas de Hércules, esta venganza señala un término: no hay más allá: aquí concluye el odio humano.

De las cuatro ó cinco audiencias cuyas crónicas he leído, me queda esta amarga impresión: todo es mentira. Y me inquieta el pensamiento de que las nueve conciencias vigilantes qne han de fallar, vacilen vencidas por el engaño. Yo mismo no encuentro salida en el criminal laberinto. No existe más que una sola profunda convicción: que no hubo asalto. Y si no lo hubo, quién se atrevería á reconstruir, escena por escena, la tragedia? Dos niños y un loco cuentan el argumento. Tras ellos va el espíritu rastreando en busca de la verdad; pero se pierde el hilo en cada pormenor, y no se esclarece qué grado de culpabilidad pueda tener cada uno de estos monstruos.

Se asoma uno al abismo de estas maldades y sólo descubre, entre las tinieblas del fondo cenagoso, á la hidra de la mentira, agitando, insomne, sus siete cabezas. Se advierte que Benigna, Timoteo y sus hijos hablan con clave. Mas como son torpes, se equivocan con frecuencia en sus combinaciones. Fraguaron burdamente su historia, y no pueden retenerla con precisión. Sin embargo, por entre el intrincado ramaje de sus falsedades, se adivina el crimen, se sospecha la traición, se presiente el dolo. En una audiencia de derecho, tal vez estos infames saldrían absueltos. Me intimida que en el jurado no pueden serlo.»

Y lo que yo preveía hace algunos años ha llegado.

Se enardeció de nuevo el interés porque este es el momento decisivo de la Justicia.

Un hombre espera en el umbral que se abra la puerta de bronce del eterno misterio.

Y aún se pregunta uno: ¿será un inocente?

* * *

Adrede no he asistido á las representaciones que en uno de los teatros de la capital han dado en esta semana, no sé si con buen éxito, unos niños transformistas, unos Frégolis de siete años.

La verdad es que me repugna, ya lo he dicho, esta clase de espectáculos.

Por las calles de la ciudad pululan los mendiguillos, los harrapiezos, los hijos del arroyo; pero cuando se mira á alguno de ellos, se tiene la remota esperanza de que sea como el *gamin* del gran romántico, aquel que cantó así el excelso poeta: «Ese hijo pálido de los arrabales, vive y se desarrolla, se encanija y se desencanija, se enlaza y se desenlaza en el sufrimiento, en presencia de las realidades sociales y de las cosas humanas, testigo pensativo de las escenas que lo rodean. El mismo se cree indolente y abandonado: y sin embargo, no lo es. Mira, dispuesto á reir; dispuesto también á cualquiera otra cosa. Quien quiera que seais, ora os llaméis Preocupación, Abuso, Ignominia, Despotismo, Injusticia, Fanatismo, Tiranía, cuidado con el *gamin* que os parece un pájaro con los ojos abiertos! Ese pilluelo será grande. ¿De qué barro está hecho? Del primer fango que se ha hallado á la mano. Un puñado de lodo, un soplo, y allá va Adan. Basta con que un Dios pase y un Dios ha pasado sobre el *gamin*. La fortuna trabaja en esa débil criatura. Por esta palabra—la Fortuna—nosotros entendemos un poco la aventura. Ese pigmeo amasado con la misma tierra común, ignorante, iletrado, aturdido, vulgar, populachero, ¿será un jónio ó sera un beocio? Espera, *currit rota*, el numen de París, ese demonio que crea los hijos de la casualidad y los hombres del destino, y que al revés del alfarero latino, hace del cántaro una ánfora.»

El maestro, como se ve, fiaba en el numen de París. México, no tiene numen, ó si lo tiene, es un numen maligno que, como dice el poeta, crea querubes para el presidio. Sin embargo, de ese desordenado ejército de Gavroches y Eponinas, que se derrama por la noche en la gran avenida, surge un hálito de alegría. Los semblantes, pálidos y sucios, están iluminados por una sonrisa pícara, que sabe muchas cosas, porque expresa bien el contento irreflexivo de la infancia. Los cuerpecillos de encajes de andrajos corretean, y entre blasfemia y blasfemia, salen de aquellas bocas dispuestas al grito las frescas carcajadas de la niñez. El goce es interior, y hace de cada muchacho un pájaro bullicioso. Estos niños pierden en la calle y desde muy temprano, la inocencia. Pero son libres, tienen las alas sueltas, y viven sin miedo, de sus propias maldades......

Mas estos niños de circo, estos *reinas del aire*, estos coros de la zarzuela infantil, estos sabios de diez años, estos prematuros forzados de la vida, no tienen, como los pilluelos, aire libre y alegría sana. Un pilluelo suele tener madre; un niño artista de seguro que no la tiene.

¿Qué madre dejaría á su hijo ir por el mundo de la mano del vicio? Un teatro es un hervidero de maldades humanas. Una niña que canta una copla picaresca, con toda la malicia de una *cocotte*, produce en mí una impresión penosa. Le han hecho perder la inocencia y la verguenza. Es una concha sin perla. Una niña en un circo me entristece más: esa sí tiene padres y ellos la han dislocado, la han enseñado esos atrevidos ejercicios; ellos son los que juegan con ella, como con un fardo, de extremo á extremo de la pista. Para poseer habilidad tan prodigiosa fué preciso que aprendiera á saltar antes que á alimentarse. Primero la obra del hombre y luego la de la naturaleza. Cuando veo trabajar una de estas criaturas me consuela pensar que vivirán poco.

* * *

De mi cosecha se llama el libro, hermosamente impreso, que corre ya de mano en mano, entre los literatos, y que nos acaba de enviar Victoriano Salado Alvarez.

Las cualidades que distinguen á este concienzudo escritor son: un dominio notable del idioma y un juicio bien nutrido y sereno.

De mi cosecha, seduce desde luego por la gallardía y donosura del estilo.

No he leído aún más que el prólogo y ya me es imposible cerrar el libro. Continúo, impaciente, la lectura.

Sólo me he detenido para ésto: para aplaudir, merecidamente, á Salado Alvarez.

Política General.

RESUMEN.—La muerte de M. Felix Faure.—La situacion de Francia.—Exaltacion de M. Loubet. Su mision actual.—Lo que de el se espera.—Su historia politica.—Las Cortes españolas. Agitacion esteril.—Bizantinismo de los conservadores.—Los trabajos de Silvela.—Despues de la catastrofe.—La regeneracion.—Vida nueva.—Conclusion.

Honda y profunda pena ha causado á todos los que ven en Francia la encarnación de la raza latina, que tremola el estandarte de la civilización, y lleva tras sí á los pueblos de su origen como maestra de doctrina, como modelo del arte, como inspiradora de universal literatura, como el adalid de las conquistas modernas en el orden político; honda pena ha causado verla sumida en luto y en dolor, por la súbita desaparición del que era firme apoyo y sostén de la democracia. La muerte de Félix Faure apena y contrista, porque ha acaecido en los momentos en que la República necesita más de ese espíritu sereno para calmar las hondas tempestades que soplan sobre el suelo francés.

Cuando todavía el asunto Dreyfus tiene divididos los ánimos, apartados los corazones, siembra discordias entre los buenos franceses, y hasta aparece fatídica entre las sombras la tea de una agitación intestina; cuando el Príncipe de Orleans acecha desde la frontera belga un momento propicio de esa agitación interior, para presentarse como candidato al trono, alegando sus derechos, lo mismo como heredero de Luis XVI que como descendiente de Felipe Igualdad; cuando los Bonaparte tratan de resucitar glorias de sus antepasados y quieren rodear su nombre con el prestigio de la leyenda napoleónica para cubrir sus ambiciones; cuando las relaciones con la Gran Bretaña se hacen más difíciles y se preve la posibilidad de una guerra de exterminio en porvenir no remoto, cuando todos estos problemas necesitaban del frío raciocinio de ese hombre del pueblo que ocupaba la primera magistratura con beneplácito de propios y de extraños, una enfermedad traidora lo hiere alevosamente, y el honrado burgués que sostenía con prestigio la bandera de la República cae para siempre envuelto en su íris tricolor.

Todas las fermentaciones que parecían apaciguarse, todas las maquinaciones que trabajaban en las tinieblas, todos los rumores subterráneos que sacudian el suelo francés, salen á la superficie, y apenas nombrado el nuevo Presidente por la Asamblea Nacional de Versalles, el pueblo de París hormiguea por bulevards ahullando gritos sediciosos, que se pierden entre las aclamaciones de la multitud alborozada.

Es que M. Loubet, el elegido de la Asamblea, tiene en su historia política un programa que cumplir, y representando la izquierda radical, siendo el campeón de las ideas más avanzadas, lo miran con recelo los partidos moderados y aprovechan la primera oportunidad los agitadores de oficio para estallar en estrofas de motín.

* * *

No haya temor de que vacile la República. Tenemos fé y confianza en el elegido de la Representación nacional. La carrera política de M. Loubet nos lo presenta como un ciudadano digno, honrado y vigoroso. Afiliado desde un principio en los grupos más avanzados del Parlamento, llegó á la presidencia del Consejo de Ministros y en ese puesto supo distinguirse por su gran energía. Tocóle á él abrir la averiguación sobre la famosa compañía del Canal de Panamá. Con mano firme y sin temor á las complicaciones interiores descubrió aquella úlcera social, tuvo el valor suficiente para abrir aquella cloaca donde corrían aguas infectas y corrompidas, cuyas salpicaduras mancharon nombres distinguidos en la política francesa.

Iniciada la averiguación y puestos los culpables en poder de la justicia, nadie pudo probar que Sadi Carnot y Loubet se hubieran inodado en los torpes ma-

Miss Perrine Kilpatrick, Reina del Carnaval de Nueva Orleans.

nejos, donde estaban complicados ministros, senadores, diputados y publicistas. Un incidente de poca importancia derribó á aquel ministerio Loubet; pero fueron tan reconocidas sus dotes administrativas, que en el nuevo gabinete conservó la cartera del Interior.

Tal es el hombre qne está llamado por el voto de la Asamblea Nacional á dar solución patriótica y racional á los diversos problemas que interesan á la República francesa. El laborioso abogado de Montelimar, el diputado republicano que se opuso á la reacción en tiempo de MacMahon, el ministro del Interior que consignó á la justicia á los responsables en el escándalo de Panamá, y combatió tenazmente la reacción clerical, es el encargado de satisfacer la ansiedad pública, pendiente de tan graves problemas como pesan sobre el país.

Desde las alturas serenas del poder, tendrá antes que todo que calmar las impaciencias de sus partidarios, oponerse á las exigencias de sus enemigos, cohonestar sus ideas de *leader* con las verdaderas necesidades de la patria francesa; y hasta habrá de abandonar sus radicalismos de sectario para ver sobre todo el bien nacional. El porvenir de Francia está en sus manos, de él depende su grandeza y su prosperidad futuras. Debe conjurar todas las tormentas para corresponder á la confianza que en él ha depositado la Asamblea de Versalles.

***

Por fin después de largo receso han vuelto á abrirse las Cortes españolas.

Desde el primer momento se anunció la marejada que ha ido creciendo, creciendo hasta amenazar ahogar en sus turbias aguas á los ministros responsables, que han estado al frente del gobierno durante la catástrofe que hizo perder á España su Imperio colonial.

Fueron convocadas las Cortes, después de larga discusión en el Consejo de Ministros en que se trató de disolverlas, con el objeto de obtener del parlamento el decreto de indemnidad por la cesión de las Filipinas, según el Tratado de París. Bien quisiera el señor Sagasta que no se promoviera en el parlamento la cuestión de responsabilidad; bien quisiera que el silencio de los diputados y senadores fuera la aprobación de sus procedimientos ante la fuerza incontrastable de los hechos que han desmembrado el territorio español, arrancando uno á uno todos los florones del colosal imperio, donde hubo un tiempo en que no se ponía el sol. Pero el partido conservador acecha la ocasión de volver al poder. Olvidando el señor Silvela que son comunes las responsabilidades para los fusionistas y para los que pretenden recoger la herencia de Cánovas, busca una coyuntura para marcar con el estigma de su reprobación al gabinete Sagasta y allanarse de ese modo el camino para el banco azul. No ve ó no quiere ver que al subir en Octubre de 1897 el señor Sagasta, admitió una situación creada y formada por el ministerio Cánovas y por el interinato del general Azcárraga; que los acontecimientos se precipitaron con vertiginosa rapidez, y que España fué á la guerra ante la alternativa de abandonar Cuba sin lucha ó de afrontar el peligro sin preparación.

***

No se improvisan marinas en pocos meses, no se sacan recursos de la nada, no le es dado á ningún gobierno tener la vara de Moisés para hacer brotar el agua de la roca dura. El gobierno español que se hubiera atrevido á abandonar Cuba en plena lucha insurreccional, habría caído con estruendo entre las exclamaciones frenéticas de la multitud. Sagasta fué arrastrado por el destino, y ha sido titánica su labor aplicando todas sus energías para salvar el trono y para hacer menos dolorosa la catástrofe, después de la desgraciada lucha con la república norte-americana.

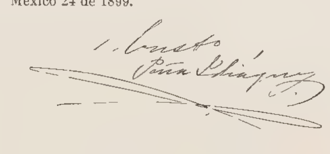
¿Cómo hablan de responsabilidades, cómo se atreven á anatematizar á los jefes de las escuadras y del ejército los que sostuvieron la lucha contra los insurrectos de la manigua, los que nunca quisieron conceder nada á la revolución, los que con su jefe el difunto Cánovas estaban dispuestos á gastar la última peseta y sacrificar el último soldado, antes que ceder un ápice ante la insurrección cubana? ¿Cómo se constituyen en acusadores los que forman el partido de Silvela, cuando están mancomunados en la obra política con los fusionistas liberales?

Que hablen los republicanos; que se levante la voz de Salmerón en la tribuna, y la palabra de Pi y Margall en la prensa, porque ellos marcaban otros rumbos, y señalaban otros derroteros para la política colonial, y que habíe ante todo, la razón; mejor que los discursos incendiarios del Conde de las Almenas para señalar ante el mundo la inevitable ley que preside los destinos de los pueblos.

No es en esas luchas bizantinas, no es en esos juegos pirotécnicos de elocuencia, ni con esas luces de bengala de literatura como se trabaja para la regeneración de España. Hay que desechar los moldes envejecidos, los procedimientos gastados para entrar de lleno en una era nueva. Hay que despertar todas las potentes energías de que es capaz el pueblo español para aplicarlas á la gran tarea de reconstruir toda una patria, de aprovechar las fuerzas vivas de la nación, para interesarlas en su progreso y engrandecimiento.

El que emprenda está obra, el que logre realizarla merecerá bien de la patria española.

México 24 de 1899.



EL CARNAVAL EN NUEVA ORLEANS.

Miss Perrine Kilpatrick,

REINA DE LA FIESTA.

No es la primera vez que *El Mundo* inicia á sus lectores en las fiestas del Carnaval de Nueva Orleans. Años atrás publicamos un minucioso artículo acerca de estas celebradas carnestolendas, acompañado de fotograbados relativos á la materia.

En 1899, una violenta tempestad de nieve impidió que el famoso «Mardi Gras» tuviera el lucimiento que los anteriores. Aun así, la entrada del Rey, la procesión de los carros y el baile de Comus, en el Teatro de la Opera, fueron brillantes atractivos para los huéspedes, no sólo de la Unión Americana, sino de México y Europa, de la capital de la Louissiana, en aquellos alegres días.

Es costumbre en Nueva Orleans que cada grupo social que toma parte en el festival nombre un rey, que preside bailes y reuniones. Pero entre todos los reyes, el *Rex* es el monarca de todos estos monarcas. Los demás son señores feudales, él es señor absoluto.

Y como un rey sin compañera sería un delito de lesa galantería, he aquí que al lado del soberano—elegido democráticamente, forma monárquica «fin de siglo»—se sienta una reina, perteneciente á alguna de las familias aristocráticas neorleanesas.

Este año fué reina la señorita Perrine Kilpatrick, cuyo retrato publicamos hoy.

¿Qué decir de ella? ¿Que es deslumbrantemente hermosa, de una hermosura que causa vértigo y hace soñar, al mismo tiempo, en todo lo bueno y santo que hay en el espíritu? Basta la fotografía que acompañamos, que trasmite pálidamente la impresión de esta silueta ideal. Pero lo que el cristal que imprimió su rostro no ha conservado, es la claridad luminosa de sus ojos, la sangre de sus labios y el nácar de su tez de raso.

Ella fué la reina, una reina entresacada, como una flor de un *bouquet*, del ramillete fresco y aromoso de las bellas neorleanesas.

Pero, París vale una misa, y la criolla de Nueva Orleans vale más que unas cuantas líneas desgarbadas é incoloras, más desgarbadas aún y más incoloras por acompañar el retrato de Miss Perrine Kilpatrick, la reina del Carnaval, la bella soberana de la fiesta.

LOS EXPLOSIVOS.

Sin entrar en pormenores técnicos, impropios de escritos cuyo único objeto es la *propaganda científica*, podemos decir que hay dos clases de materias explosivas. Aquellas que se refieren á la teoría de las combinacioniones *exótermicas*, y quellas otras que tienen por base las combinaciones *endotérmicas*.

Pero no se alarme el lector, que no vamos á seguir por este camino, ni vamos á emplear términos que no sean de todos conocidos.

Nuestras explicaciones en estas Crónicas han de ser siempre vulgares, sencillísimas, aunque á veces tengamos que sacrificar la exactitud absoluta.

No es la ciencia aristocrática la que forma la base de estos artículos, sino bien al contrario, la ciencia más democrática posible.

Ni el tercer estado siquiera, sino el cuarto estado de las entidades científicas.

Si dividimos, al empezar, en dos grupos los explosivos, fué únicamente para advertir á nuestros lectores que íbamos á ocuparnos únicamente en el primero de estos dos grupos: que es el más común y el de las verdaderas ocupaciones industriales.

En todo explosivo de esta categoría hay que distinguir dos partes ó dos substancias.

La primera contiene casi siempre *oxígeno*, y casi siempre unido de esta ó de la otra manera al ázoe ó nitrógeno.

Y decir que el oxígeno está unido al ázoe, es decir que está sujeto con los lazos más tenues, más débiles, con aquellos que con más facilidad se rompen. Porque el ázoe es un cuerpo—hablando en términos generales—de afinidades muy poco enérgicas, bien al contrario que el oxígeno.

Y tener oxígeno unido al ázoe—volvemos á repetir—es como tener sujeto á un león africano con tenues cordelillos de seda, y perdóneseme la imágen.

Que el león vea próxima su presa, ¡y qué pronto romperá las débiles ligaduras que le aprisionan!

Y si se quiere otra forma para expresar la misma idea, digamos que estas combinaciones del oxígeno con el ázoe son de *equilibro inestable*. La causa más pequeña lo destruye!

El oxígeno en ellas está en cierto modo como una gran masa de hierro colocado en lo alto de una torre y en una báscula fácilmente giratoria y perfectamente equilibrada.

Una pequeña sacudida, la mano de un niño, un soplo de viento, puede torcer la báscula y puede precipitar al espacio la masa de hierro.

Pues así está el oxígeno en lo alto de su torre molecular, mal sujeto por el ázoe y dispuesto á caer á la menor sacudida sobre otros cuerpos con los cuales tenga afinidades más intensas.

Por eso observarán mis lectores que en la mayor parte de los explosivos que voy examinando, hay una substancia en que entra el oxígeno y en qne entra el ázoe. Así en la pólvora entra el salitre, que es un nitrato; y el ázoe y el oxígeno entran en el nitrato.

Así en la nitroglicerina, y, por lo tanto, en la dinamita, entra el ácido nítrico, que es repetir otra vez los mismos dos cuerpos: el oxígeno y el ázoe.

Siempre la fiera mal sujeta; el cuerpo de grandes afinidades y de afinidades violentas como el oxígeno, entre lazadas débiles como son las del ázoe.

Esto respecto á la primera de las dos substancias á que antes nos referíamos.

Y luego, mezclada á esta substancia *la segunda:* la presa de la fiera—y valga la primera imagen—ó, si si quiere, la masa terrestre, llamando así á la masa de hierro desde el momento en que se fuerra la báscula—y sirva ahora el segundo ejemplo.

En suma y empleando términos metafóricos, al cuerpo que contiene oxígeno siempre se le mezcla otro cuerpo que por lo común es el carbono y también el hidrógeno, con los cuales tiene grandes afinidades el oxígeno.

Por eso en la pólvora entra el carbono. Por eso en la nitroglicerina entra la glicerina, que contiene carbono é hidrógeno. Por eso en otros explosivos entra el algodón, que también contiene carbono. Por eso finalmente, entra la celulosa, que carbono contiene también.

Siempre, y principalmente, el carbono y el hidrógeno, sobre los cuales ha de precipitarse con violencias incontrastables de titán el oxígeno en cuanto se vea libre.

Y la mayor parte de los explosivos no son otra cosa que lo que acabamos de explicar.

En cambio, los fulminantes no son más que causas determinantes pequeñísimas. La mano del niño, que tuerce la báscula. Una débil cuchilla que corta las

ligaduras del ázoe. Una vibración insignificante, que destruye la combinación del nitrógeno y el oxígeno.

Con lo cual todo el mecanismo de los explosivos queda puesto en claro.

La explosión se explica con la misma facilidad, al menos para los usos vulgares de estas Crónicas.

Desde que una pequeña fuerza, que no es más que la causa determinante, como queda dicho, facilita la libertad del oxígeno, éste se arroja con increíble violencia sobre el carbono y sobre el hidrógeno.

Son una serie de choques en espacios pequeños, pero choques de una energía incontrastable, porque incontrastables son las fuerzas de atracción de los átomos que van á unirse.

Pero el efecto de estos grandes choques es el desarrollo de grandes cantidades de calórico: toda vez que el calórico no es más que la vibración de los átomos, según la hipótesis más natural, más sencilla y más fecunda de la ciencia moderna.

Y así, todas las moléculas de las combinaciones que resultan, adquieren velocidades inmensas: se disparan, por decirlo así, en todos sentidos, como otras tantas balas de cañón archimicroscópicas, dotadas de velocidades casi planetarias, si la exageración vale para dar idea de la magnitud del fenómeno.

Y así, siempre que substancias que contengan carbono é hidrógeno se encuentren en un gran estado de divisibilidad, ó también en estado gaseoso, en una atmósfera de oxígeno, la probabilidad de una explosión es grande.

Explosiones ha habido en fábricas de harina por el polvillo de éstas.

¡Explosiones ha habido, y muchas, en los depósitos de carbón, sobre todo de ciertas clases de carbón. Y es cosa sabida que la mayor parte de los carbones que se explotan en los Estados Unidos son propensos, por decirlo así, á la combustión expontánea y á la explosión expontánea por lo tanto.

En una palabra: todo explosivo es una substoncia en equilibrio inestable, que la causa más pequeña destruye, provocando nuevas relaciones, las cuales traen consigo desarrollos enormes de calórico.

Es el paso, en conclusión, de un sistema inestable, á otro sistema de gran estabilidad mecánica.

Y aquí se enlaza el problema de los explosivos con los problemas más hondos de la biología y de las reacciones cerebrales.

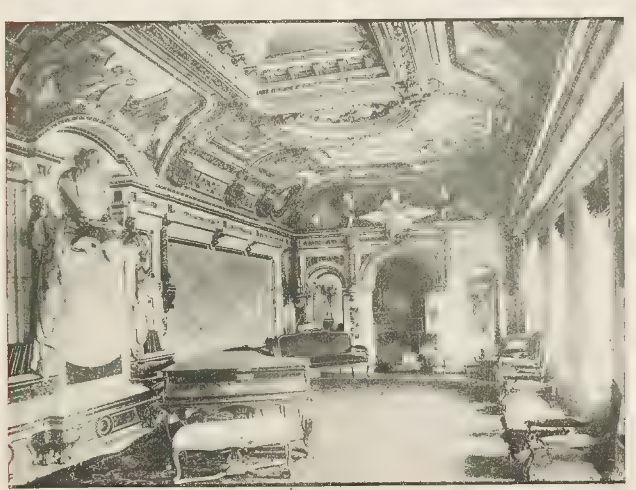
Pero no es este asunto para tratado de paso: dejémoslo para otra vez.

JOSE ECHEGARAY.

LEGACION DE MEXICO EN SAN PETERSBURGO.

INTERIOR DE LAS HABITACIONES DEL SR. MINISTRO. GRAL RINCON GALLARDO.

EL SR. MINISTRO, SU ESPOSA Y OTRAS PERSONAS ALLEGADAS.



UNO DE LOS SALONES DE LA LEGACION.

La Legación de México en San Petersburgo

Es una de las más suntuosas y tanto la magnificencia aristocrática del edificio que ocupa, propiedad de una familia de la nobleza rusa, como el gusto exquisito y la suprema elegancia con que fué alhajada, le imprimen el alto estilo de una mansión digna de la corte de los Emperadores moscovitas.

El Sr. General D. Pedro Rincón Gallardo y su distinguida esposa son estimadísimos en los círculos sociales y diplomáticos de San Petersburgo, contribuyendo poderosamente á hacer respetable el nombre de México en aquella apartada capital.

Por desgracia, el clima de Rusia es perjudicial para la salud de nuestro Ministro, quien ha tenido que mantenerse alejado del lugar de su misión, encargándose entre tanto de los asuntos de la Legación el primer secretario D. Manuel Lizardi.

FRAGMENTOS

DE UN LIBRO DE VIAJE.

III

EN LAS PUERTAS DE RUSIA

Sintiendo apenas las características trepidaciones del tren en marcha, casi sumergido en los mullidos cojines que forraban el compartimiento, introducido el brazo izquierdo en la elegante y cómoda abrazadera que de la ventanilla del mismo lado pendía, y cruzando por mi mente los pensamientos más varios, volaba yo con la rapidez de una saeta, partícula insignificante del express Berlín Warschau--Moskau.

A mi izquierda, más allá de la ventanilla del tren se extendía la gran llanura prusiana, sumergida primero en la obscuridad, levemente acariciada después por los pálidos y melancólicos rayos de la luna en su cuarto menguante: á su derecha se codeaba conmigo, haciéndome sentir á veces su presencia de un modo que casi rayaba en molesto, un doctor alemán, de severa y adusta fisonomía, de carnes flacas, de barba entrecana, y cuyos ojos estaban velados por lentes obscuros; frente á mí, tocando sus rodillas con las mías, contemplaba el pálido y nervioso rostro de mi compatriota y querido amigo el Dr. Carbajal, un poco á mi derecha la lámpara del compartimiento lanzaba sus vivos y blanquísimos destellos.

La negra y silenciosa sombra que, más allá del ventanillo se tendía á mi izquierda, era de súbito inundada por vivas ráfagas de luz, y por estrépito confuso de todo género de ruidos; era que cruzábamos delante de estaciones, en que el tren no se detenía, y veíamos pasar en rápido desfile las construcciones, los reverberos y los grupos de gente en ellas intalados.

A eso de las once la máquina lanzó un silbido ahogado y ronco, y después de leves oscilaciones, se detuvo por la primera vez. Un conductor rubicundo, agitando su linterna y emitiendo los ásperos y, para mí, inintiligibles sonidos de su laringe alemana, abrió casi brutalmente la puerta del compartimiento.

Estábamos en Schweidemühl, lugar situado en el centro de un vasto triángulo equilátero, formado por Dantzig, importante puerto del Báltico que quedaba á la izquierda, por Breslau, capital de la Silesia, que quedaba hacia nuestra derecha, y por Berlín que dejábamos atrás. Bajé, para desentumecer mis piernas, al concurrido andén, lancé una ojeada rápida sobre las iluminadas dependencias de la estación; allí debían bajar los que por Kœnigsberg se dirigiesen á San Petersburgo. No estaba yo en ese caso, por lo cual subiendo presuroso á mi compartimiento, esperé la marcha del tren que comenzó medio minuto después.

A la una de la mañana, iluminada ya la llanura por el tenue resplandor de la luna que como gasa vaporosa se extendía por ella, hicimos una segunda parada de un minuto ó menos en Bromberg. Hacia las dos mi alma fué agitada por las más gratas emociones, el tren pasaba sin detenerse por Thorn la patria del inmortal Copérnico. Yo había cambiado de sitio en el compartimiento calocándome junto al ventanillo de la derecha, tanto porque de aquel lado daba la luna, cuanto por que de ese mismo lado quedaba el lugar ilustrado por el nacimiento del incomparable sabio. Concentré toda mi atención, hubiera querido convertir mis ojos en focos eléctricos, hubiera querido que el tren se detuviera allí para contemplar á mis anchas un lugar consagrado por tan ilustre recuerdo; pero ¡ah! mi curiosidad quedó burlada, sin que tuviera por compensación lo poético del panorama que se extendía delante de mí, en la última parte de aquella estival y tranquila noche del norte, acariciada más que iluminada, por la luna en menguante muy próxima al horizonte. Una larguísima y rielante cinta de plata se extendía hacia el sureste, era la anchurosa y tarda corriente del Vístula, quizá turbio y empañado en el día, pero esa noche nítido y esmaltado como un kaleidoscopio, densas masas de follaje se extendían á lo largo de sus riberas, y de la interesante Thorn apenas descubrí una confusa aglomeración de edificios; exhalé un suspiro como para tener el gusto de aspirar con todos mis pulmones, el mismo aire que había aspirado el inmortal astrónomo.

Ya recorríamos el territorio de la antigua Polonia, el viejo escudo de la cristiandad, la desventurada y caballerosa patria de los Sobieski y de los Poniatowski, estábamos en la región que en el reparto de aquella nación infeliz tocó á la Prusia; media hora más y llamaríamos á la puerta del gran Imperio moscovita. A eso de las tres de la mañana el tren se detuvo repentinamente, no había estación ni caserío inmediato, la aurora irradiaba ya sus primeros fulgores, y el tren se encontraba en medio de la mayor soledad.

—Estamos en la frontera rusa, dijo el médico alemán, no tardarán los vigilantes de la frontera en venir á pedirnos nuestros pasaportes.

Aquellas palabras produjeron en nosotros vivas emociones, todos echamos mano á la faltriquera para tener el pasaporte listo; ya nos imaginábamos un cosaco barbudo y formidable, que con ásperos modales y desenvainado acero, venía á pedirnos el documento.

Solemnes honras fúnebres tributadas al ex-Presidente Faure en la Catedral de México, el jueves 24 de Febrero.

La Colonia francesa presidida por el Sr Boulard de Pouqueville, representante de la gran República europea, honró la memoria de M Faure, con una pomposa ceremonia efectuada en Catedral el mismo día que en París se hicieron los funerales del ex-Presidente de Francia. Además de los miembros de la Colonia concurrieron á la solemnidad los Sres. Srios. de Relaciones y Fomento, el Subsecretario de Relaciones los Magistrados Sres. Romero y Sierra, el Embajador de los Estados Unidos, y los Ministros de Alemania, Inglaterra, Rusia, Japón, y el encargado de negocios de Guatemala, así como los cónsules de las naciones amigas. También estuvieron presentes la Sra. Romero Rubio de Díaz y gran número de damas y caballeros de nuestra buena sociedad, y los comisionados de las escuelas, colonias extranjeras etc.

«La frontera rusa:» me imaginé una murralla más fuerte que la de la China, más gruesa que los muros del Kremlim, almenada y cubierta de cañones y defendida por innumerable ejército. No pudiendo contener mi curiosidad, asomé la cabeza por el ventanillo, y en vano busqué delante de mí muros, rebenques, escarpas ó contra escarpas; no había nada, la llanura se extendía silenciosa por donde quiera, nadie vigilaba á la entrada de aquel poderoso y suspicaz imperio. Pasaba el tiempo, y no se distinguía por ningún lado banda ninguna de cosacos, que, guiados por algún Platof, viniese á interrogarnos sobre los motivos que nos inducían á pisar el vasto territorio de los Czares, y á dirigirnos á la sagrada y retirada Moscow.

Había transcurrido mucho más de media hora, ya había amanecido bien, y en aquella llanura silenciosa, tranquila y desierta no se veía más que la larga hilera de wagones del tren detenido. ¡Oh sueños locos de la imaginación! ¿Creerán mis lectores que un servidor suyo, pacífico por carácter, pacífico por su profesión, pacífico por el objeto de su viaje, se creía asaltado por pensamientos análogos á los que en Julio de 1812 asaltaron al mismo Napoleón I, cuando después de cruzar el Niemen, en vez de hallar al formidable ejército ruso, no encontraba ni á su frente y á sus flancos mas que la ingrata soledad, y el traidor silencio de la estepa.

Pasaron tres cuartos de hora largos, un conductor explicó el misterio de aquella parada, no se esperaba ningún inspector de fronteras, nadie pediría los pasaportes; el Czar, hospitalario y culto, abría de par en par las puertas de su casa. Si nos habíamos detenido era porque, viniendo atrasados, teníamos que ceder el paso á un tren que se dirigía á Viena. En cuanto á la frontera rusa, allí estaba á la vista, reducida á una especie de deleznable y ridículo cercado de pequeñas estacas de carcomido palo. Descontentos de la realidad y casi despechados de que el gigante del Norte fuera tan cortés, guardamos nuestros pasaportes para mejor ocasión, el esperado tren cruzó al fin, el nuestro siguió su interrumpida marcha, y cinco minutos después nos deteníamos en Alejandrovo, habiendo pasado sin novedad por una de las puertas de Rusia.

PORFIRIO PARRA.

LOS DIVERSOS ENSAYOS DE RESTAURACION DE LA VENUS DE MILO.

VENUS Y MARTE. Proyecto de M. de Quatremére de Quincy. — LA VENUS DEL ESPEJO. Proyecto expuesto en Viena. — LA VENUS DE LAS CORONAS. Proyecto de M. Bell. — LA VENUS RECLINADA. Proyecto de M. Furwa ngler. — LA VENUS DE LA PALOMA. Proyecto de M. Sa'oman. — LA VENUS CON EL ESTILO. Proyecto de M. Stillman. — VENUS Y TESEO. Proyecto de M. Ravaisson.

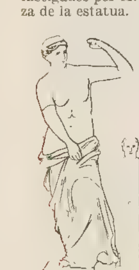
La obra maestra mutilada ha abierto el campo á todas las conjeturas y á todas las hipótesis.

En 1854 decia M. de Marcellus: «Pronto habrá desaparecido de la tierra el último hombre que pueda disipar las nubes que ocultan el origen de la Venus de Milo.» Sin embargo, en 1874 M. Aicard exhumaba la relación de Dumont d'Urville, quien llegó á Milo el 10 de Abril de 1820 y fué de los primeros que vieron la estatua. Dumont d'Urville era entonces simple oficial de la Chevrette. En el mensaje á que nos referimos, habla del descubrimiento que según él se había hecho á fines de Marzo, y añade: «La estatua representaba una mujer desnuda cuya mano izquierda, levantada, tenía una manzana, mientras la derecha sujetaba un manto que caía negligentemente hasta los piés; posteriormente ambas manos han sido mutiladas y desprendidas del cuerpo.» Al manuscrito encontrado por Aicard, adjuntábanse otras notas de un oficial de la Chevrette: «Cuando M. d'Urville y yo, dice, vimos la estatua, tenía aún el brazo izquierdo, y el derecho estaba roto á la altura del codo; en el brazo izquierdo conservábase aún la mano con la manzana. Si el Sr. d'Urville creyó conveniente dar á esta estatua antigua el nombre de *Venus victrix* fué á causa de la manzana que tenía en la mano izquierda. Si hubiesen estado ya rotos los dos brazos, jamás se le habría ocurrido darle ese nombre á la estatua.»

Si creemos en las palabras de M. Matterer que acabamos de transcribir, Dumont d'Urville ocultó en parte la verdad; con qué objeto? Es lo que dice M. Matterer en una memoria escrita 16 años después de la muerte de su ilustre amigo; según esa memoria, Dumont d'Urville se vió obligado á respetar una versión oficial que amparaba ciertas responsabilidades.

Sábese que la estatua de Milo fué adquirida por el Sr. Marcellus y por cuenta de M. Riviere, embajador de Francia en Constantinopla.

La adquisición y la remisión de la Venus á bordo de la Estafette ¿fueron tan difíciles, como se ha dicho? La verdad conocida gradualmente por diversos rumores que circularon en Milo, por las confesiones de M. Brest, vice-cónsul de Francia y por lo que dice Matterer; lo indudable es que los oficiales de la Estafette con la aprobación y tal vez instigados por M. de Marcellus, se resolvieron apoderarse á viva fuerza de la estatua.



Restauración conforme á las descripciones de Dumont d' Urville y Trogoff. [Proyecto de M. Tarral.]

«Hubo una verdadera batalla, dijo más tarde M. Brest, entre los marinos turcos ó griegos y franceses, y precisamente en esta batalla se mutiló la estatua.

En esa época, los incidentes diplomáticos surgían con menos facilidad que hoy. Como se tuviese cuidado de guardar el secreto oficial, el asunto no podía pasar á mayores, y así es que á fin de evitar responsabilidad á los marinos y sobre todo á M. de Marcelus, convínose en sostener que la Venus de Milo, fué descubierta por el campesino Yorgos en el estado de mutilación en que se encontraba cuando fué puesta á bordo.

La consigna ordenó, pues, que se olvidase toda descripción de los brazos de la estatua, así como que las relaciones individuales y las memorias, se inspirasen en esa consigna.

Las consideraciones oficiales referidas no podían sin embargo, modificar la opinión de las que vieron intacta ó poco menos, la Venus de Milo; y cuando en 1883 Rochefort que no conocía ni el texto de la memoria de Dumont d'Urville ni la de Matterer, tomó cartas en el asunto, publicando una en *El Arte Francés*, lo único que hizo fué narrar recuerdos de familia exentos de sospecha. M. de Saint Maur fué cuñado del Marqués de Riviere antes de contraer matrimonio con una tía del libelista. Rochefort oyó á veces decir á su tío, que la estatua de Milo tenía brazos cuando la conoció Dumont d'Urville. «Tiene en la mano derecha la manzana que le entrega Paris, y con la izquierda levanta la ropa, acaso para que el juez vea la pierna.»

Como se ve, M. Saint Maur, no era de la conspiración del silencio y tampoco lo era el joven oficial, testigo inesperado que decía en una carta lo siguiente: «Reclamo para la escuadra de Levante, mandada por el baron de Rotour, el honor de haber visto por primera vez en 1820 la célebre Venus de Milo, *con sus brazos*; en el libro de á bordo de mi padre, aspirante de la Corbeta «Esperanza», libro visado por el comandante del buque, se lee:

«La escuadra parte de Tolón el miercoles 16 de Febrero de 1820....el lunes 21 de Febrero la Estafette se pierde de vista por el mal tiempo.... Viernes 3 de Marzo, al llegar á Milo vemos una goleta, es la Estafette que arribó á las once y está con la escuadra al norte de la rada.... Estancia en Milo, desde el sábado 4 de Marzo hasta el sábado 11 de Marzo.... Partida para Smirna.»

LA VENUS DE MILO DEL MUSEO DEL LOUVRE.

De Fotografía directa.

«Después de un año en los mares de Levante, volvió la escuadra al puerto de Tolón el 14 de Abril de 1821, precedida por la Leona á cuyo bordo volvía á Francia el marqués de Riviere, Embajador en Constantinopla, con la estatua que adquirió en Milo.

«Si queréis conocer las notas marítimas adjuntas al libro de mi padre, tal vez hallaréis en ellas un elemento nuevo para la solución del problema del origen de la Venus de Milo. No se dice en qué estado se encontró, ó á lo menos no se dice nada formal y definitivo.

«En cuanto á la sustracción, nada se dice tampoco ni podría allí decirse nada, toda vez que mi padre no fué testigo presencial; pero recuerdo que él refería las dificultades que hubo para transportar el mármol hasta la playa y que la operación se efectuó con cuerdas, debiendo de haber sido eso de noche y en secreto, pues los turcos prohibían la venta de objetos de arte á los extranjeros.»

Esta carta lleva la firma del Marqués de Trogoff Lanvaux.

En las notas escritas al día por el joven aspirante Trogoff, leemos textualmente: «Durante nuestra estancia en Milo y del cuatro al once de Marzo de 1820, un campesino griego que trabajaba en su heredad, notó que la tierra resistía á los golpes de la azada y vió que había una especie de bóveda. Movido por la curiosidad y por la esperanza codiciosa, pues creía haber dado con un tesoro, encontró después de haber cavado bastante, una especie de sarcófago.

«Por último, después de mucho trabajo y encontrando una puerta, entró por ella y vió, con gran sorpresa, una magnífica estatua de mujer con dos Términos á los lados. Está bien conservada, tiene en una de las manos una manzana, lo que ha motivado que se la confundiera con la diosa de la Isla, porque *melos* en griego significa manzana, pero puede también tomársela por una Venus. Es de una gran belleza y los paños, admirables »

El autor de estas líneas, sobrino del Almirante del mismo nombre, era un brillante oficial de marina. Salió de la escuela naval para entrar en el servicio y se condujo heróicamente en Navarino y Salamina. Después de la revolución del año de 30, cortó voluntariamente su carrera.

Su testimonio en la cuestión de la Venus de Milo, es absolutamente desinteresado y nunca pensó como otros, tomar parte aunque fuese de una manera insignificante en este asunto. Escribía para sí y porque tenía el deber de redactar sus notas cuotidianas y no hizo sino relatar lo que sabía. No contaba aún 20 años y puede decirse que una vez más la verdad, desnuda como Venus, salió de los labios de un niño.

La narración de M. Trogoff, absolutamente digna de fé, fija dos puntos de la controversia: 1º que en Marzo de 1820 (del 4 al 11) y no el 8 de Abril como se cree generalmente, fué cuando se encontró la estatua; 2º, que tenía brazos y en una de las manos una manzana.

***

Es poco probable, sin embargo, que los arqueólogos confiesen su derrota. Hace ya cerca de 80 años que están construyendo sistemas de restauración, sin curarse de los testimonios fehacientes. Reclaman la Venus de Milo para sus divagaciones considerándola como cosa propia, á la manera de los geógrafos de gabinete, que *hacían* á su antojo y repartían el AfricaCentral: éstos trazaban caprichosamente sinuosidades de ríos y relieves de montañas; aquéllos mueven á su voluntad los brazos de Venus. Mas así como los exploradores pusieron un hasta aquí á los fantaseos geográficos, los oficiales de la escuadra de Levante marcaron el alto á los imaginativos de la arqueología.

«M. d'Urville no sabe de esto, escribe M. Félix Ravaisson. ¿No ha dado al teatro de Milo, del que hay aún importantes vestigios, el nombre de anfiteatro que tiene otro significado?» Y qué pensará M. Ravaisson del testimonio de M. de Trogoff que llama términos á los hermes?

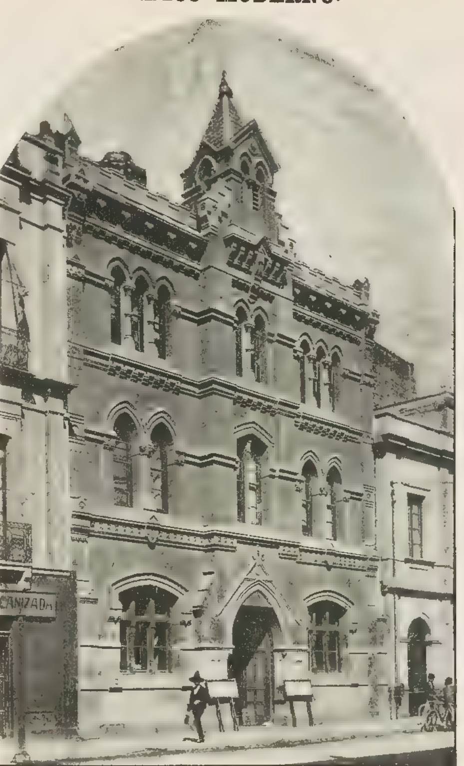
Por cierto que es curiosa y extraña la historia de las restauraciones caprichosas de la Venus de Milo, intentadas por arqueólogos de todos los países. Afortunadamente, desde un principio hubo desacuerdo entre ellos, y en vista de la dificultad, decidió el rey Luis XVIII que el mármol traido por el marqués de la Riviere y enviado ya al taller de restauración, quedase expuesto en el Museo en el estado en que se encontraba. Hay motivo suficiente para temblar, si pensamos que de haberse adoptado la opinión de M. de Quincy veríamos en el Louvre en vez de la Venus aislada, tan bella y altiva, el grupo de Venus apaciguando al fiero Marte.

Además de ese y de otros proyectos de restauración que figuran en nuestros grabados, señalaremos como curiosa la opinión de Ravaison, tan influyente en el Instituto, y según la cual el mármol de Milo es una reproducción ejecutada en el siglo de Alejandro, de un modelo sacado en Atenas en tiempo de Pericles. Tanto la reproducción como la obra original mostraban á Venus Urania acogiendo en la morada divina al héroe fundador de Atenas, á Teseo.

Las consideraciones sabias y complicadas de los especialistas son á veces graciosas hasta más no poder. Muchos autores creen, por ejemplo, que era auténtica una mano desprendida, y que se trajo de Milo con la estatua, mano que sostiene una manzana. Bien, pues dicen los especialistas: ¿qué fruta será esa manzana? Será camuesa ó manzana real, granada ó membrillo? Será tomate, dice M. Saloman, pero consulta un manual de horticultura y agrega en seguida: «A pesar de la semejanza, como el tomate es de origen mexicano, no puede haberse conocido en Grecia en los tiempos antiguos.»

Sólo M. Tarral, inglés que se ha naturalizado como parisiense y con él M. Goeler von Rabensburg, juzgaron preferible atenerse á la descripción de Dumont d'Urville completada por la de M. de Trogoff. La restauración propuesta por M. Tarral y que reproducimos con las más características, estrecha el círculo de la verdad. Así era, ó poco faltará para que así haya sido la Venus de Milo cuando salió de manos de su autor.

MEXICO MODERNO.



Iglesia metodista Episcopal. Calle de Gante.

Consulado general de Inglaterra. Calle de Gante.

CUARTO MENGUANTE.

Azota el viento la callejuela,
junto á la cuna la esposa vela
entretenida con su labor;
y al otro extremo del gabinete,
puesto de codos en el bufete,
con su fastidio lucha el señor.

Ella recuerda su vida toda:
la incomparable noche de boda,
la fugitiva luna de miel;
mas él se aburre de aquella calma,
de aquella vida quieta del alma.
Ella suspira; bosteza él.

En lo futuro triste é incierto
ella se abisma: ve á su hijo muerto
ó mendigando por la ciudad;
y al contemplarle durmiendo en gracia,
piensa en lo inmenso de la desgracia
que lleva á cuestas la humanidad.

Deja él vagando su fantasía
por otros mundos, y se extasía
en lo que en sueños mira entre sí:
con el concurso del pensamiento
se torna un héroe, se forma un cuento,
y se disipa su tedio así.

Un saloncito pequeño y grato:
la alcoba oculta tras un retrato
que aclama á voces su antigüedad,
en el aspecto de la persona,
en su apostura y en la tizona
que lleva al cinto con gravedad.

En el calado biombo de laca,
esbelta grulla su cuerpo saca
por entre arbustos de rosa-té;
y mariposas de canutillo
liban los mirtos de gusanillo
en los cojines del canapé.

Junto al dorado tibor de China
cuelgan los paños de la cortina
abierta en gajos ante el balcón;
y frente al piano de media cola,
ensaya un aire de barcarola
la impura reina de esa mansión.

Su cabellera baja ondulante
sobre la falda lisa y brillante
de vaporosa túnica azul;
y dos calandrias juntan el pico
en el paisaje de su abanico
de concha nácar y leve tul.

Sobre su seno, como un tesoro,
preso en cadena de esmalte y oro,
luce la dama pardo reptil;
y cuando el bicho la cosquillea,
tiembla de espanto, ríe y arquea
su cuello blanco como el marfil.

—Siguen los sueños color de rosa.
En la morada de aquella diosa
vése á sí propio nuestro don Juan,
desenvolviendo las rubias yemas
de un ramillete de crisantemas
que ella deshoja sobre el diván;

ó ya apurando sorbos de moka
mientras al piano su dama toca
una sonata de Rubinstein,
y por el humo del rico habano
dama, bujía, banqueta y piano
como entre nubes sus ojos ven.

Por fin el sueño baja á la estancia:
ruedan las flores ya sin fragancia,
sube á los ojos blando sopor:
y en lo más grato del cabeceo
arde la sangre, quema el deseo
y avergonzado corre el amor.

El tiempo vuela: y á breve rato
gira la puerta con el retrato
del caballero del espadín,
del novilunio la luz escasa
entra en la alcoba, cual tenue gasa,
por la ancha reja que da al jardín.

Piafan, al peso de media noche,
los impacientes potros del coche
que al amo espera frente al portal:
y en la penumbra, y en el misterio,
los acres goces del adulterio
gastan la dulce fe conyugal.

El viento azota la callejuela;
junto á la cuna la esposa vela
entretenida con su labor;
y al otro extremo del gabinete,
puesto de codos en el bufete,
por otros mundos vaga el señor.

LAURA MENDEZ DE CUENCA.

LA RAZA MUERTA.

"Lápidas."

Anahuac, estadio fuiste de contiendas y pasiones;
mas hoy eres la doncella que orgullosa se levanta
desdeñando el himno rojo de fusiles y cañones,
con la paz entre los labios y el arrullo en la garganta.
De tus hoscas torrenteras ya no surgen las traiciones;
en tus úberes campiñas el trabajo su himno canta;
en tus jóvenes ciudades el poder de los millones
multiplica los alcázares, bajo el oro de su planta.
La Razón ocupa el solio de las cátedras tranquilas,
nuestras madres ya no rezan; ya no anidan las esquilas
como pájaros broncíneos en la torre que despueblas;
triunfa Spencer, muere Aquino; cae un mundo, un mundo brota;
todo es vida y esperanza!
....Sólo el indio trota, trota,
con el fardo á las espaldas y la frente en las tinieblas.

AMADO NERVO.

RONDEL

¡Oh, los tristes, oh, los pobres, oh, los seres infelices,
que envolveis vuestra existencia en un manto de amargura,
y llevais en vuestras almas la recóndita tristura
de las tardes de Noviembre y sus pardas sombras grises!

Si el que rige los destinos de los hombres en la altura
las heridas que os destrozan convirtiera en cicatrices,
yo, con gusto le daría, de mi vida la ventura,
y apurara en una sola vuestra mísera amargura,
¡oh, los tristes, oh, los pobres, oh! los seres infelices!

A. RIVAS FRADE.

AIDA.

Yo sé que me quieres, lo dicen tus ojos,
—Carbunclos orlados de obscuras pestañas—
Lo dicen tus labios—alelíes rojos
Yo sé que me quieres y que no me engañas.

Yo sé que te amo, porque me contrista
Ver llanto en tu rostro, tu rostro cetrino,
Porque soy bohemio, porque eres artista,
Porque eres esclava de tu negro sino.

Yo sé que te amo porque te recuerdo,
Porque siendo tuyo mi ambición se sacia,
Y al amarte, Aída, sé bien que me pierdo
Y labro por siempre mi eterna desgracia.

Por eso bien mío pretenden lanzarte
Del fondo del alma—sublime santuario
E impiden que llegue mi amor á ofrendarte,
Mi amor que es creencia, mi amor que es Calvario.

Qué horrible mi lucha. No sé como tiene
Mi espíritu flaco, resistencia tanta,
Qué angustioso grito de dolor, detiene
En mil ocasiones, mi seca garganta.

Oh no, nunca, nunca dejaré en la vida
Que el vulgo perverso te hiera y rebaje;
Oh no, nunca, nunca dejaré mi Aída
Que el vulgo insensato tu recuerdo ultraje.

Ven, amada triste, deja que en lo arcano
De tu honda mirada, la mía se arrope,
Y pon en mis labios el beso profano,
El mordente beso de la esclava etiope.

ENRIQUE TORRES TORIJA

EL CANTO DEL RUISEÑOR

FRAGMENTOS DE UN LIBRO.

....El ruiseñor cantaba. Al comienzo fué como una explosión de alegría melodiosa, un chorro de arpegios fáciles que se despeñaba con un sonido de perlas, rebotantes contra el cristal de un *armónico*. Primera pausa. En seguida elevóse un trino de una agilidad maravillosa, extraordinariamente sostenido, del que se desenlaza como una energía en ensayo, un arrebato de valor, un desafío enviado á un rival desconocido. Segunda pausa. Después un tema de tres notas, de una expresión interrogadora, desenrolló la cadena de sus variaciones ligeras, modulada como en una delgada flauta de caña, en un caramillo de pastor. Tercera pausa. El canto se tornó elegía; se desenvolvió en tono menor; se hizo lánguido como un suspiro, desmayado como una queja; tradujo la tristeza de un amante solitario, la desolación del deseo, de la esperanza irrealizada; lanzó un llamamiento final, dosoído, punzante como un grito de angustia, y se extinguió. Otra pausa más prolongada. Entonces fueron acentos nuevos, que no parecían brotar de la misma garganta; y eran unas veces humildes, tímidos, imploradores, y eran otras semejantes á murmullos de pájaros recien nacidos, á píos de pequeños gorriones. Luego con una flexibilidad admirable, estos acentos se transformaron en un turbión de notas cada vez más compactas, que deslumbraban en chisporrotos de trinos, vibraban en trémolos ofuscantes, ductilizábanse en períodos audaces, descendían, se elevaban, enlazábanse en alturas prodigiosas. El cantor se embriagaba con su canto. Con pausas tan breves que dejaban á las notas apenas el tiempo de extinguirse, esparcía él su embriaguez en una melodía sin cesar variada, apasionada y lánguida, rota y vibrante, ligera y grave, entrecortada, de pronto, por débiles gemidos y súplicas quejumbrosas, de pronto por bruscos arrebatos líricos, por supremas adjuraciones. El jardín mismo parecía escuchar; el cielo parecía inclinarse sobre el árbol venerable, cuya copa abrigaba al poeta invisible que derramaba aquellos torrentes de poesía, y la floresta tenía una respiración profunda y silenciosa.

GABRIEL D'ANNUNZIO.

EL MINUETO DE WASKIEWICZ.

¿Quién no ha tenido en la vida un amigo completo, uno de esos amigos para quienes jamás se tienen secretos ni se guardan reticencias?

Así yo ture á Jacobo Díaz, ese buen chico que no ha mucho dejé bajo de tierra, y de quien he de hablar extensamente cuando me sea dado sacudir el apretado abrazamiento con que me enlaza la Santa Pereza.

Entre sus extraños legados vinieron á manos varios libros cubiertos con aquella su escritura menuda y nerviosa en los cuales anotaba, al azar de su capricho, ideas y sensaciones, relatos de su vida y de la vida de otros, asombrosas verdades y paradojas estupendos, todo ello entrecortado por ciertos apuntamientos técnicos sobre el nobilísimo arte de la pintura, al que se dedicaba con acierto. Los primeros tomos pertenecen á la época en que fué carabin *en el barrio latino de Lutecia, y de uno de ellos pláceme estractar lo siguiente:*

15 de Julio, por la tarde.

Yo creo, con Paul Bourget, que hay muchos grandes dramas que carecen de acontecimientos. Y voy más adelante aún: los dramas sangrientos, los dramas movidos, los que levantan polvo y crónica y obtienen ilustraciones á tres colores en la última plana del *Petit Journal*, esos no me conmueven. Paréceme que en medio de las grandes escenas de aparato en que hay fulgores de puñal ó fogonazos de revólver, en que la sangre agita su flámula roja ó la fatalidad caldea y hace estallar alguno de esos sedimentos bestiales que en nosotros traemos desde la cuna y llevaremos hasta la fosa; me parece, digo, que en las tragedias efectistas y patibularias hay siempre algo que admirar: imaginaciones montepinescas si fábula, degeneraciones humanas si realidad.

Porque admirar no siempre es aplaudir; igual sensación de vibramiento cerebral y afectivo experimentamos ante lo inaudito, ya provenga del Abismo ó de la Belleza y no me explico por qué absurda rutina llaman los hombres *admiración* unas veces é *indignación* otras, á un mismo fenómeno fisiológico. Para mí siempre es admiración ó mejor dicho asombro, sólo que unas veces pagaría yo ese asombro con una rama de laurel y otras con un golpe de guillotina. Ahora bien; siempre que se *admira*, se siente artificialmente, y en consecuencia el sentimiento carece de la intensidad necesaria para arrancar una verdadera lágrima, una de esas lágrimas que brotan por los ojos pero que se desprenden del corazón, y que, antes de desprenderse, titubean mucho tiempo, como si tuvieran hondas raíces que, arrancándose, hubieran de desgarrar carne y alma, dejando un hueco doloroso y harto propicio á la putefracción.

Digo esto, porque anoche al salir del Café Voltaire, después de una endiablada partida de cerveza y de ingenio en que todos los de la banda estuvimos extraordinariamente felices á causa, tal vez, de la fiesta nacional de ayer, me encontré con Lomalle, mi compañero de taller, y recibí de sus labios una noticia estupenda que he rumiado toda la noche y que sin conllevar golpes teatrales me ha arrancado una de esas lágrimas secas y dolorosas, de que hablaba más arriba, dejándome en un estado nervioso que ha mucho tiempo no me sacudía.

—¿Sabes?—me dijo Lomalle, ha muerto Waskiéwicz!—Y cosa rara,—de un golpe sentí la más inesperada de las emociones: sentí que deploraba la muerte de Waskiéwicz, y que la deploraba con toda la fuerza de mi sentimiento.

Y sin embargo, ese polaco pálido y tuberculoso nunca me había sido simpático, nunca me había sentido contento cuando me hallaba en su presencia, nunca cambié con él una frase sentida, ni compartí sensación alguna, que no fuera la de beber cerveza simultáneamente cuando iba él á sentarse, mudo y pensativo, en el viejo diván del taller: más todavía: le odiaba cordialmente desde que se atrevió á augurarme que mi *Fleur de volupté* sería rechazada en el Salón y á decirme que me faltaba mucho aún para ser artista.

Recuerdo sus palabras textuales, entrecortadas de tos, que sonaron en mis oídos como las claras trompetas de una revelación, y que mi vanidad quiso interpretar como ladridos de perro á la luna:

—«Os falta mucho todavía. Vuestro cuadro está bien pensado pero vuestro pincel es torpe: el Arte no se conquista con entusiasmos ni precipitaciones, sino con trabajo, con mucho trabajo, y con amor, con más amor.... Vos trabajais un par de horas diariamente, vais al café en seguida, charlais de arte con vuestros camaradas, y creeis haber aprovechado artíscamente vuestros días. Además, vuestro sentimiento está enredado en una asquerosa malla de paradojas, que vuestros amigos tupen cada día más. Pensad que el Dante trabajó mucho para hacer su «Comedia» y que sin Beatriz no hubiera hecho su «Comedia,» á pesar de sus trabajos. Todo artista ha menester una Beatriz que le guíe.... Pero vois caminais por falsa senda. Os rechazarán el cuadro y tendrán razón; lo que es tanto más sensible, cuanto que tenéis talento.»

¿Por qué, pues, sentía yo tanto la muerte del polaco? ·Ha sido tan extraño el fenómeno, que no pude dormir anoche, rumiando sin cesar mil y mil razones para resolver el problema. Al alba creí conocer ya la solución, y hoy en la mañana que fuí á ver al muerto, *sentí* que esa solución era exacta. La consigno aquí, porque gracias á ella he descubierto que en el fondo de mi ser, hecho de pardojas y de egoismos, late aún un pequeño germen de justicia.......

Conocí á Waskiéwicz en el taller de mi maestro Berdal, hará dos años. Había llegado de su tierra ese mismo día y acudido en casa del gran pintor, con quien, como supe más tarde, ligábale una amistad muy vieja, nacida en las inolvidables épocas de la lucha á cuerpo partido y de los primeros triunfos, en plena vida bohemia, habitantes ambos en una bohardilla del Boul' Mich' en unión de Dorrichou, el hoy aplandido escultor que esculpe con tan natural rudeza, al divino modo de Rodin.

—Es un músico,—díjome Berdal cuando el polaco hubo partido,—un músico genial y nervioso como Chopín y, como éste, extraordinariamente histérico y lunático. Cuando vivimos juntos, él, Durichon y yo...

Y contóme mi maestro muchas extravagancias del tal Waskiewicz, en las que el polaco aparecía siempre como un ser aparte, como una planta exótica y funeraria en medio de los ruidosos contentamientos de una camada de estudiantes ebrios de besos, de juventud y de vino. Trabajador infatigable, había triunfado mucho antes que Berdal y Durichon! y hacía tiempo que se le conocía como incomparable pianista y compositor eximio. Cuando esto me narraba el maestro, recordé que efectivamente ya conocía yo al polaco como músico: ¡si era Waskiéwick el del minueto, el de aquel *Minueto Campestre*, Op. 17, cuya partitura rueda por sobre todos los pianos de todos los salones, ostentando en su carátula una dedicatoria que ha tiempo había atraído mi atención: A los buenos amigos Durichon y Berdal!»

Como en estas tierras la gloria artística viene aparejada con billetes de á mil, Waskiéwecz era rico y podía dedicarse á componer libremente sin preocuparse por nada. Además, su propia familiar herencia fué pingüe y acababa de recojerla, cuando yo le conocí, para instalarse definitivamente en París.

A menudo le veíamos en el taller, callado, contemplando nuestro trabajo y revelando su presencia sólo

con los golpes de tos que le sobrevenían de tiempo en tiempo y cuyo sonido acusaba á las claras la terrible tuberculosis que padecía.

Por aquel entonces vínome la idea de hacer mi «*Fleur de volupté*,» y hablé de ello á Berdal.

- Maestro, necesito una modelo que respire amor, una modelo fresca lozana, capaz de fuetear todos los dormidos deseos.

—Tengo algo muy bueno, —me dijo el pintor.—Una muchachilla que he descubierto en un taller de decoradores de quinto orden y que merece ser eternizada en la tela y en el mármol. Yo la necesito á todo trance para mi próximo cuadro, pero te cedo con gusto la primacía. Es una verdadera *flor de voluptuosidad*; ya la verás. . .

Y en efecto, vino la modelo y yo quedé satisfecho. Era una genuina mozuela de París, riente y descocada, con labios de fresa y mejillas de rosa. Tenía esa naricilla que caracteriza lo que aquí llamamos la *beauté du diable*, esa naricilla insolentemente levantada y cuyas alitas palpitan, palpitan sin cesar como colibríes encolerizados.

Hablaba un dialecto de gañanes, tal como había aprendido á hablar entre los ganapanes profanadores de pincel que se servían de su admirable plástica para decorar tabernas de suburbio, y nuestro contrato fué breve y conciso, tuteándome ella desde el primer momento.

—¿Quiéres pintarme? Pues bien, chico, estoy dispuesta: píntame de pié ó sentada, vestida ó desnuda, como tú quieras, siempre que me des *de la galette!*

—¿Cómo te llamas?

Jorgina.

—Pues bien Jorgina, la tela está lista, desnúdate presto. Ciertamente, tenía razón Berdal cuando me había ponderado las bellezas de la modelo: sus ropas fueron cayendo, pieza por pieza, rápidamente, y miré una hembra perfecta.

Coloquéla tal como mi cuadro previvía en mi mente. Un paño turco ceñido al talle, algunas flores en la cabeza y en sus menudos piecesillos unas pantuflas de oriental abolengo, ¡ah, Dios mío! aquellas pantuflas que dejó en nuestro nido Elsa Teld,—esa judía alsaciana á quien amé durante tres meses, cuando me abandonó por un gomoso de rostro simiesco.

Confieso ingenuamente que, al mirar á Jorgina recostada en una piel de oso, con las manos cruzadas por detrás de la nuca y enarcando sus gruesos y sangrientos labios con una sonrisa llena de gracia y de perversidad, me aplaudí y me admiré yo mismo y me dije que con sólo mi *Fleur de volupté* quedaría hecho mi renombre artístico.

Berdal mismo, que veía todo, lo halló bueno.

Púseme á trabajar con ahínco, como no he trabajado nunca, llegando á pasarme hasta cuatro horas diarias delante del caballete, absorto en mi creación. Una mañana, mientras yo pintaba, llegó Waskiéwicz y sin hablar, como siempre, se estuvo dos horas en el taller. Cuando se fué, Jorgina me dijo, bañando sus palabras en una carcajada de diablesa:

-Dime ¿quién es ese que parece un sepulturero con hambre?

Al día siguiente volvió el polaco, y volvió todos los días. Al fin, su muda presencia llegó á hostigarme y entorpecer mi pulso; tenía yo grabadas en la pupila su faz terrosa y demacrada y su barba de cáñamo descolorido; su mirada, azul y húmeda, me traspasaba, y la sentía pendiente de los rasgos de mi pincel con tenacidad insufrible: así como un grillete en torno de una virilidad impetuosa....

Pero mi maestro no le decía nada y él era el señor del taller; por el contrario, solía entrar para ver mi trabajo, si miraba á Waskiéwicz, Berdal sonreía mansamente.

Cierto día estallé:

¡Maestro, no puedo trabajar en presencia del polaco! ¿Por qué viene todos los días?....¡Decidle que no venga, por piedad!

Y Berdal:

—¿Pero que no lo has comprendido, muchacho? Si es que está enamorado de tu modelo!

—¿Enamorado de Jorgina? Pero entonces ¿por qué no la espera á la salida y le pide una cita que ella le concedería luego, como lo ha hecho con todos nosotros?

-Ah! porque Waskiéwicz no ama como todos nosotros, sencillamente! Yo le conozco bien: su amor es un amor endiabladamente polaco, amigo mío; él no ama al menudeo, y mil veces me ha dicho que el día en que se sintiera enamorado, se amarraría la corbata del matrimonio y se compondría una marcha nupcial.... Por otra parte, él cree firmemente que para el triunfo completo en el Arte, es preciso ir de la mano de un angel custodio......

—Sí, maestro: me ha hablado de la Beatriz del Florentino. .

—¡Ah! Pues me late que quiere tornar á Jorgina en Beatriz....¿Qué te parecería esta Beatriz-Jorgina?

Beatriz Jorgina, así llamamos en lo de adelante á la modelo. Mas no fué por mucho tiempo, porque á los tres meses su sitio en el estudio quedó vacío y Berdal me explicó la causa de ello en estos términos:

-Tenía yo razón, muchacho; desde mañana, Beatriz Jorgina será Madame Waskiéwicz y su señor esposo ya no le permite pasar. . mas que para él mismo. No sé dónde le hablaría, ni cuándo, ni cómo; pero el hecho es que se casan.

-¿Con alcalde y con sacerdote, maestro?

-Y en la Embajada Rusa, amigo mío. Waskiéwicz es hombre extremadamente escrupuloso......

Y sucedió así. Acabé mi cuadro sin modelo (—por eso me lo rechazaron, naturalmente!—) y bien pronto olvidamos el matrimonio de Waskiéwicz, considerándolo como un nuevo caso de tontería humana y nada más.

De esto hace dos años y desde entonces Berdal y Durichon han engañado á Wiskiéwicz con una tenacidad y una paciencia verdaderamente asquerosas. Si como modelo desdeñaban á Jorgina, encapricháronse en amar á Madame Waskiéwicz. ¿Por qué, Dios mío, por qué? Beatriz-Jorgina supo disimular con maestría y el polaco ha vivido feliz. Cuando murió, estaba al piano, entregando su espíritu á los acordes de quién sabe qué canto de amor que le obsediaba de meses atrás. Vino un terrible golpe de tos y todo había concluído. Sus ojos—aquellos ojos azules y húmedos—quedaron inmensamente abiertos, mirando hacia las habitaciones de Beatriz Jorgina y había en ellas no sé qué intensa expresión de reconocimiento....

Hoy le enterraremos y pronto mi estúpida emoción habrá pasado. Presidirán el duelo los *buenos amigos* Durichón y Berdal, según deseos de la viuda.

Pero lo que me tortura, es que desde anoche, hoy en la mañana, durante el almuerzo, en este momento mismo, no dejo de escuchar dentro demi cráneo el *Minueto Campestre, Op. 17*, ese que se desarrolla ténuemente, evocando la flordelisada época de los casacones y de las pelucas, de los cisnes y de los pajes....

Oigo la música, y leo —¡si parece grabada en mi pupila!—la dedicatoria: *á los buenos amigos Durichon y Berdal.*

¡¡Esto es horrible!!

Hasta aquí, Jacobo Díaz, mi pobre amigo. Las páginas que siguen están consagradas á un estudio muy minucioso sobre la armonía asombrosa de las tonalidades en la verdura del bosque de Vincennes.

JUAN SANCHEZ AZCONA.

UNA AVENTURA.

Cada vez que llega este día—decíanos Carreón la tarde de un Martes de Carnaval, ante una mesilla del restaurant, viendo desfilar á la multitud endomingada y alegre—cada vez que llega este día, mi estado moral se asocia más que en ninguna otra ocasión, al pasado, y la memoria despliega su cinematógrafo lleno de peripecias innumerables. Me acuerdo á veces con rubor, otras con cierta satisfacción de mí mismo, de la primera vez que mis manos abofetearon....

Alguno de ustedes que me conozca ha tiempo, no habrá olvidado probablemente aquella época de disipación de nuestra juventud, en que todo era ruido y algazara, un divertido carnaval funambulesco y sin término previsto, una continua sed de movimiento y libertad, de novedad y de sensaciones múltiples.

Por aquel entonces, mi agitación y aturdimiento ocultaban ó pretendían ocultar una honda pena á la cual había yo augurado larga vida, creyendo en la eternidad del amor ferviente; era la pasión de mis veinte años con todas sus vehemencias y todos sus desalientos, la misma página abierta más ó menos tarde en el corazón de los hombres.

Acerca de aquel amor, puedo decir á ustedes, según mi creencia de aquel tiempo, que sólo una persona logró advertirlo—Mateo, el preferido por ella—pero lo advirtió sin darle gran importancia, en primer lugar, porque mi antagonismo, en el caso de existir, hubiera sido nulo, y en segundo, por el conocimiento que tenía de mi orgullo, que jamás me hubiera llevado á disputarle aquello á que no tenía derecho. Por lo demás, tuve la persuación de que el resto, comenzando por ella, pasó siempre ignorante de todo, y satisfizo su curiosidad sobre mi actitud melancólica, alegando que en mí se había despertado al fin el carácter sombrío de mi padre.

Debo advertir que he traído á colación este antecedente, como podría más tarde traer otros cien sin objeto; tenga por explicación esto la que ya he dado acerca de la asociación de mis ideas, asociación que en ustedes es fuerza que también se realice.... Tendrán, pues, que soportar mis divagaciones si quieren oírme, ó de lo contrario, imponerme silencio.

Prescindiendo de tales divagaciones, en obsequio de ustedes, comienzo por desechar esta oportunidad magnífica de apologizar sobre Eloísa—que así se llamó la mujer más amada por mí renuncia que no haría tan fácilmente cualquier enamorado.

Se trata, pues, del Martes de Carnaval del año de 18.., tres años después de aquel incidente, y de la aventura en que, durante las últimas horas de esa noche tuve un principal papel, y eso es todo....

Aquella época era otra cosa diré imitando á cualquier anciano relator de las aventuras juveniles—la *jeunesse* como la *vieillesse* sabía divertirse más que ahora, por la sencilla razón de que flotaba en el ambiente un aire distinto, ese aire seductor y galante de la edad romántica del Tenorio, que había impreso una huella profunda de ansias caballerescas en todos los contemporáneos.

Aquella noche de carnaval corría por las calles de la vieja Metrópoli un viento frío y tajante como un puñal, helado de tal modo, que las calles, desde la caída de la noche, habían ido quedándose rápidamente desiertas y tenebrosas. Nos hallábamos un corro de seis amigos —Escobar, Solís, los hermanos Robles, Salazar y yo—reunidos en un café de cierto renombre; pero tan abandonado en aquellos momentos, que más parecía un sitio reservado á la meditación, que el punto de cita y pasatiempo de toda la buena sociedad de entonces.

El frío, sin embargo, no nos había helado ni desanimado; por el contrario, jóvenes y de humor incomparable, esperábamos la llegada de Weber, un teutón único en su género cuando el vino, según su frase, se tuteaba sin consideraciones, y de quién más á menudo partían los atractivos programas de distracción.

—Cuando yo me las líe—exclamaba á veces –poco habré dejado de conocer en este festival de la existencia. Creo que ustedes no me lo tomaran á mal....

El caso es que, mientras llegaba el alemán, á quien habíamos dejado una hora antes, al regreso del paseo, la falange de desocupados entretenía el tiempo frente á las mesillas del café, con el cigarro entre los dedos, la copa al frente y una charla incansable entre los labios; dos ó tres sirvientes meditabundos, soñando acaso en un estrepitoso baile de trajes, del que les arrancaba importunamente la fría racha que un parroquiano dejaba penetrar al abrirse paso en la puerta de la calle, con la servilleta bajo el brazo bostezaban apoyados aquí ó allá, y ante el mostrador el propietario, un rubicundo francés gordo y tranquilo, tamborileaba con los dedos sobre la madera en que sus brazos descansaban.

—¡Hombre! —exclamó de pronto Solís, que había estado mirando á través de los cristales—hay ahí en-

frente un letrero que me obsesiona hace un buen rato, y esto es un síntoma, si no me equivoco. Vean ustedes á su vez y díganme en seguida si no debemos aprovechar el tiempo que nos hace perder miserablemente ese idiota hijo de Moltke.

El letrero colocado en el aparador de una peluquería de buen tono, contenía estas tres palabras:

SE ALQUILAN TRAJES.

—Me parece buena la idea—arguyó Escobar semiborracho—he aquí una magnífica ocasión para que aunque sea por el momento, hagas el papel de persona culta.

—¿Estamos de acuerdo?—preguntó Solís lanzando una mirada despectiva á su interlocutor.

Y como encontraran aprobación sus palabras, incorporose de su asiento, fué hacia la puerta y poco después penetraba en la Peluquería.

—¿Lo ven ustedes? —exclamaba tambaleante Escobar —¿Se persuaden?.....Si es un cobarde á quien hay que tratar como yo lo hago......Un cobarde y un pedante......¡Lástima que no conteste á mis insultos, porque.. ...

El pobre Escobar no tenía verdaderamente otro defecto cuando se embriagaba, que abominar del amigo Solís, á quien atribuía todas sus desgracias. Era un espíritu creado para estorbarle en todos sus proyectos.

Weber había llegado ya; Solís, no habiendo encontrado más que seis trajes para los siete, había resuelto alquilar uno de mujer para Escobar, y se regocijaba ocultamente de su idea, á la sazón que un desarrapado penetró al café y acercándose hasta nosotros, puso en mis manos un sobre cerrado, con dirección á mí.

El contenido de la misiva era éste, poco más ó menos:—«Creo que el Sr. Carreón no podría hacer mejor cosa que asistir esta noche al baile del Nacional; pues de seguro, recibiría una agradable sorpresa.»—

Y nada más; ni firma ni dato alguno para descubrir al autor del anónimo.

Tales renglones, que en breve fueron conocidos por mis compañeros, establecieron, como era natural, un nuevo aspecto de conversación, y las puyas y las discusiones renováronse con más vigor desde este momento.

La letra—decía uno de los hermanos Robles, después de algunos instantes de observación—es de mujer, sin duda alguna, y esto es ya un indicio. Hay, pues, en campaña, una mujer que escribe......¿Se persuaden ustedes de mi penetración?

¡Quién dudaría de ello! interrumpieron varios al mismo tiempo, y añadió Salazar:

Aún hay mejores datos que yo podré facilitar á ustedes......A esa mujer la he visto hoy en el Paseo, mirándose tiernamente en los ojos de nuestro amigo ...Creo yo que la conquista no es nada despreciable .....

—¡Tsé!......Pues yo digo—argüía Escobar hablando estropajosamente —que no es todo......más que una broma......essstúpida de ese......essstúpido de Solís. ....que quiere echarla de gracioso. Yo no iba......para que de mí no se burlara nadie.... O ¡bueno! iba; pero antes le pegaba yo á Solís......

Una hora después, mediante algunas otras peripecias, penetrábamos en el salón de la fiesta. Imperaba ya una alegre animación en la numerosa concurrencia, agitada por un soplo de locura que Pierrot y Arlequín se encargaban de renovar constantemente; del uno al otro extremo de la sala, cien y cien figuras en continuo movimiento, vestidas abigarradamente y pasando sin cesar ante los ojos, como los inacabables y variados tintes de un kaleidoscopio......¡Colores, vino, música, mujeres!......¿Qué otra fiesta más seductora cuando á todo esto se añade una juventud vigorosa y dispuesta aún al desenfreno?

Llegado había la media noche sin que la sorpresa, que á decir verdad me tenía nervioso, hubiera llegado. Tomé en las manos la careta, con objeto de ser conocido; cuidé de recorrer la sala en todas direcciones, me acerqué á todas las parejas, apartándome de la compañía de mis amigos, y así vagando sentí al fin un brazo que se apoyaba en el mío.

A mi lado un *murciélago*, cubierto el rostro por el antifaz, me decía cariñosamente:

Si vieras que ganas tengo de bailar contigo....

—¿Me conoces?

—Un poco, sí.

—Pues no son menores los deseos que me entran de conocerte á mi vez.

—Eso lo veremos. Lo que debes hacer ahora es ponerte el antifaz para evitar que te encuentren conmigo tus compañeros.

Y una vez hecha tal cosa, mi pareja agregó:

—¡Vamos! Que me gusta mucho esta pieza; no la desperdiciemos.

Bailaba ya un poco trémulo sin atreverme á discubrir aquel misterio encantador; ella se había apoyado graciosamente en mi hombro y nos movíamos la una muy cerca del otro, al compás de la música esparcida en el ambiente. Mi *murciélago*, en realidad, era una mujer maravillosamente plástica; desde el alto peinado artístico hasta el pié levantado y pequeño, era toda ella un prodigio; partía de la morbidez de sus hombros casi desnudos un par de pequeñas alas negras y frágiles; un collar de perlas rodeaba su cuello flexible y redondo, de una ofuscante blancura al par que el seno levantado y opulento que amenazaba á cada instante romper la cárcel que lo oprimía, y en sus brazos había, además, hoyuelos indefiniblemente provocadores como toda ella.

Seguro había estado durante mucho tiempo, de que después de aquella mujer en quien soñara años atrás, me sería difícil encontrar otra que ostentase mayor perfección en sus contornos, y sin embargo, aquella noche me hallaba ante una incomparable maravilla. No era fácil achacar de exageración á mi individuo; mi cabeza estaba firme, y al juzgar, substraíame voluntariamente á la sensación de la fiesta, á las luces y á los perfumes, á la música y al poder del contacto, y finalizaba siempre admirando con ojos avariciosos aquella voluptuosa floración carnal.

Principié entonces mi conquista (conquista llamo yo, no al caso de poseer una mujer por breve tiempo; sino al de agradarla, adivinando instantáneamente todas sus ideas, halagándola en todos sus caprichos, penetrando, en fin, un tanto en su espíritu; platicábamos alegremente, jugueteando con la frase, llenos de animación y de entusiasmo; ella exacerbando mi curiosidad no satisfecha, yo procurando descubrir su incógnito; en una palabra cualquiera, en una idea, en una inflexión del acento, y sin lograr empero mi propósito.

—Te conozco ya—prorrumpía de pronto alegremente—eres Rosa: lo he adivinado al ver tus manos.. ..

—¿Crees? ¿Son así las manos de Rosa?

—A ver......No, decididamente; sería muy feliz la pobre, viéndose dueña de tal magnificencia.

—¡Adulador!

—¿Quién eres, pues?....¿Bernarda acaso?

—Bernarda, sí.

—¡Vamos! —añadía yo cambiando de tono -¿no te conmueve el ver cómo sufre tu enamorado? Desata ese odioso antifaz y deja recrearme en tu belleza....¿Accedes? Dí que sí, anda, imperiosa......

—¿No sabes que tengo celos?

—¿Celos? ¿De quién?

—De una mujer de quién estás enamorado.

—¡Qué locura!

—Hace mucho que te conozco.

—¿Mucho?......Un mes....dos...

—Mucho más: varios años,

—¿Y desde entonces me quieres como yo ahora?

—Sí....no....¡quién sabe!....¿Te acuerdas todavía de ...

—¿De quién, vamos!

—No, no. Mejor es no decírtelo....Ya acabó la música, déjame irme ahora.

—¡Cómo! Abandonarme tú tan pronto....Cuando apenas hemos hablado un momento.... Vamos á tomar algo......

—Sin embargo, es mejor que te conformes con eso, Te ví esta tarde y me asaltó el capricho de hablarte; pero ahora estoy ya arrepentida de mi acción....

Habíamos salido paso á paso, de la sala, y nos encontrábamos en aquel momento en uno de los pasillos poco concurridos que comunicaban con los palcos.

—Anda—la dije deteniéndome—no hay ahora nadie que nos vea; descúbrete, por Dios; que ya la tentación está envenenándome.

—Pero....¿y si te voy á parecer fea?

—Tengo confianza en que esto no sucederá.

—Pues....—añadió retirándose algunos pasos de mí, hasta ponerse bajo la luz de un mechero, y adoptando una arrogante actitud —mírame cuanto quieras.....

Y desató por fin el antifaz dejándolo caer.

—¡Eloísa! —exclamé lleno de estupor.

—Eloísa, sí, amigo mío, -apoyó satisfecha

—Tan asombrosa realidad me dejó petrificado por un momento.

—Pero -agregué acercándome poco á poco, sin apartar de ella la mirada—¿usted aquí?....¿en ese traje?....¿después de tanto tiempo?. .

Mi impertinencia la disgustó sobre manera:

—Y bien—interrumpió irritada y cambiando de actitud—esa conducta....no me parece bien......

Llegué hasta donde se hallaba, la tomé nerviosamente por el brazo, acercándola más aún á la luz, para verla mejor: después....levanté la mano y la dejé caer, una, dos, tres veces sobre su rostro, y antes de que pudiera dar voces, huí aceleradamente, confundiéndome con la multitud.

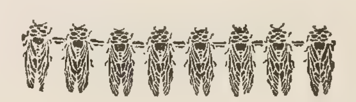
. . . .

Este es el recuerdo —finalizó Carreón -que año por año, en este día viene á mi memoria; creo yo que si no hice lo que debía, sí, por lo menos, lo que en aquel instante me dictó el sentimiento....

—¡Pse!—dijo uno de los que le escuchaban—yo no hubiera sido capaz de perder por tan poco, aquella oportunidad.

AURELIO G. CARRASCO.

Tacubaya.



EL TARJETERO.

Traducido expresamente para «El Mundo Ilustrado.»

Era una hermosa y desarrollada muchacha de ojos inmensos, que sabía colmar á susamiguitas de regalos, á propósito de nada como á propósito de todo. Si alguno en su casa admiraba un bibelot, la respuesta era regularmente:

Le gusta á usted? tómelo.

Era preciso defenderse para no llevarse en cada visita alguna cosa. Yo era el camarada de colegio de su hermano mayor, para mí estaba abierta siempre la casa de sus padres, y había conocido desde muy pequeña á la que se había convertido en una hermosa y robusta joven. Llamóse ella al principio Rosita, despues la señorita Rosa. Tenía veinte años cuando yo tenía veinticinco. En esa época se trataba de casarla. Esto era fácil, porque, porque además de su hermosura, era muy rica; un presente digno de consideración, un porvenir maravilloso: tal era su dote. Como yo no era entonces mas que un pobre diablo que iba con el día. más frecuentemente mal que bien; pero que sin embargo estaba dotado de un alto criterio, jamás había pensado en hacerle la corte como se dice en los Batignolles, si no es respetuosamente y sin intención alguna oculta. Un día, al despedirme de ella, después de un apretón de manos cuya persistencia me había sorprendido, me detuve de piano en el camino de las locas conjeturas con esta observación lírica.

—Nada de tonterías; ese manjar no es para tu boca.

Y al punto púseme á ocupar de mejor manera mi ensueño. Yo no he tenido jamás ambición; jamás he creído tampoco que pudiese acontecerme algo feliz, y gracias a este estado de alma, confieso que he vejetado de la mejor manera del mundo, sin conocer la sombra de una alegría á través de mi vida. Pero en cambio, he tenido pocas decepciones, pocos pesares, pocos odios, y he hecho consistir la ventura relativa, en la negación. Por qué habría de quejarme? Si no he gritado, presa del éxtasis y de la embriaguez, tampoco he aullado de angustia y de agonía. Total: una existencia mediana entre sí y no, en el punto inmediato, entre los dos polos de los humanos sentimientos. No creais que os pongo á la vista mi yo simplemente por una necesidad de ostentación....lejos de eso; pero era necesario que os presentara mi persona para la mejor inteligencia de las notables cosas que van á seguir.

A pesar de mi menguada ilusión respecto de mi destino, me fué preciso, sin embargo reconocer á la larga, que la Srita. Rosa tenía para mí, miradas sin desdén y que parecía complacerse en mi humilde compañía.

Esto al par que me deslumbró, me alarmó, porque yo medía los abismos infranqueables que nos separaban, me deslumbraba, porque siempre es halagador ser *distinguido* como se decía en otro tiempo por la más hermosa persona de la sociedad. Ella tenía cierta manera de modular mi nombre, de decir «Señor Teodoro,» que dejaba adivinar un mundo de sentimientos. Un día por inadvertencia me llamó Teodoro á secas, comprendió la incorrección de su lenguaje, se detuvo de golpe, se ruborizó, adorablemente confusa. Y ese día no fuímos más lejos.

Pero, por mi parte yo me inflamaba, ardía como fuego de paja en Agosto; casi osaba esperar sublimes aventuras. Ay! mi habitual buen criterio tenía razón de sobra para murmurar á mi oído recalcitrante: «Hijo mío, admitiendo que la señorita Rosa éste impresionada de tí, jamás, óyelo bien, jamás de los jamases, sus padres que son inteligentes, sensatos y previsores, querrán acordarte esa maravilla, con su dote sobre todo, á un don cualquiera como tu, sin oficio ni beneficio, y que ni si quiera es duque ó par.

Hay que eliminar eso de tu vida, y para evitar un escándalo, acaso una desgracia ó cuando menos una humillación y un puertazo en las narices, es preciso que te alejes para no volver y que entregues tu corazón á alguna muchacha sin prejuicios, que podrá aceptarlo como dinero contante, no poseyendo por su parte como tú, más que su piel dentro de su camisa. Está es la verdad, la cordura y la ruta que debe seguirse.

Pero yo replicaba rabiosamente con todo un andamiaje de quimeras.

En sueños respetaba á la señorita Rosa, en la noche, con un tiempo tempestuoso, en una berlina de cuatro caballos que nos llevaban á Londres (los caballos sabían nadar) á Londres, donde esperaríamos en medio de las delicias, de las voluptuosidades supremas el llamamiento enternecido de los padres, vencidos por esas manifestaciones de un innegable amor compartido hasta no más. La razón respondía empero: «Tu no tienes ni con que pagar un fiacre.»

Y era cierto, porque esa misma noche, me dirijía á pié, remangándome el pantalón y escogiendo los sitios en que ponía el pie, á la recepción de esos nobles padres á quienes debía yo convencer. Desde la entrada, el sombrío sentimiento de toda mi impotencia me abrumaba. Ante el lujo de la casa, el resplandor de las luces, la librea de los lacayos, yo me sentía pequeño y miserable, fuera de mi puesto, y ya tenía vergüenza de mis impertinentes pensamientos: Pensaba: Yo soy el penúltimo de los miles, el penúltimo para no desalentar á nadie.»

Esa noche memorable era de gala. Movimiento general; había gran recepción, una orquesta detrás de un macizo de flores, un amontonamiento de gentes condecoradas, chamarreadas, de mujeres con trajes claros, de largas caudas, mostrando brazos desnudos, senos desnudos, espaldas desnudas: tal cual se permite hacerlo cuando uno no está en su casa.

Ya en el terreno, yo husmeaba algo sospechoso en el aire.

No es por nada por lo que se ofrece á amigos á quienes no se conoce, fiestas de esa opulencia. El hermano de Rosa, mi viejo camarada, me dió bien pronto la explicación de ese glorioso trastorno casero, y no por ser corta la explicación fué menos desastrosa.

Buenos días, me dijo con un sólido apretón de manos.

Cómo vá?...Gracias, yo también....A propósito, ves á ese gran desmadejado que ya casi no tiene cabellos? Pues bien! se casa con mi hermana.

Si la caída del cielo, temida únicamente por nuestros abuelos de las Galias, se hubiese efectuado sobre mi frágil cabeza, no me habría quedado tan aturdido y mal trecho.

Los grandes dolores son mudos: esta es una de las verdades indiscutibles que no podría uno cansarse de repetir. Yo no respondí nada. Mi camarada continuó:

Rosa pidió ayer tres días para reflexionar; pero eso es fórmula; en el fondo está del todo decidida. Cómo no había de estarlo? *El* tiene trescientos mil francos de renta. *El* es conde romano, aunque no muy joven; pero ya nadie es joven en la actualidad. Qué te parece el personaje? Confiesa que es tentador.

Tomando aliento merced á un heroico esfuerzo de voluntad, me adherí con todas mis fuerzas á la opinión de mi amigo. Ciertamente, la riqueza, la nobleza, eran los primeros bienes de la tierra. En cuanto á la juventud no debía hablarse de ella, puesto que los que sólo eso tenían no llegaban absolutamente á nada.

Pero tuve en esta afirmación un vago acento de amargura?....Montaigne hubiera dicho: «Puede ser» y Rabelais: «qué sé yo» y yo: «Probablemente» porque el hermano de Rosa me miró de pronto con curiosidad y replicó:

—Hablas como un anarquista!

Dicho lo cual me volvió la espalda y se fué con los brazos abiertos, hacia el alegre enjambre de las señoritas.

Solo en medio de la multitud—y en donde está uno más solo que en medio de la multitud?—cordinaba penosamente mis pensamientos desparramados como un vuelo de gorriones ante un tiro de fusil. Se me escapó un grito:

—Ah! las mujeres!

Un señor viejo que pasaba lo oyó y tuvo á bien responderme:

—Diablo, querido hijo, hasta hoy es lo mejor que se ha inventado.

Este hombre evidentemente no había sufrido jamás. Yo continué en voz baja esta vez, un furioso monólogo:

—En dónde estoy? La tiniebla y el horror han invadido mi alma. Rosa se casa y no conmigo, con ese hombre absurdo que tiene dinero. Ah! miserable niña!......

En ese momento la percibí, sentada en un saloncito á donde huía sin duda del fuerte calor de los salones invadidos.

Estaba sola por un momento. Yo me acordé que no le había presentado aún mis humildes cumplimientos. Avancé hacia ella disimulando mi pena. Ella me vió venir y me envolvió en su mirada dulce como una caricia, en la cual yo había creído leer, todavía la víspera, una confesión pasional. Me tendió la mano y recibió mis plácemes con un aire cándido. Y he aquí que ante ella ya no tenía yo el valor de odiarla. Oh! muy lejos de eso! Verdaderamente muy lejos de eso!

Pronunciamos palabras inolvidables. Ella decía:

—Estoy segura de que hay doscientas personas aquí.... Se sofoca uno esta noche; me duele la cabeza.

Yo respondía:

—Doscientas personas cuando menos. Todos sus amigos de usted.... Es cierto que hace calor; la primavera es precoz.... hay ya hojas en un castaño en los campos Eliseos.

—Deveras? dijo ella.

—Absolutamente! afirmé yo.

—Ah!

Mientras hablábamos, jugaba ella con un tarjetero de piel azul pálido....

Entonces dije yo entre otras cosas.

—Es lindo ese tarjetero!......

El rostro de Rosa se iluminó bruscamente:

—¿Lo cree usted? tómelo.

Y me tendió el objeto con la punta de sus dedos enguantados de blanco, me pareció que su mano temblaba un poco.

—Oh! exclamé yo.

—Sí, yo lo quiero! replicó ella con tono autoritario, Tómelo usted.... eso será....

En aquel momento una ola de invitados penetró hasta nosotros y nos separó. Yo tenía el tarjetón en las manos; me lo puse en la bolsa, testificando una vez más la extraña mamá de Rosa, de querer darlo todo.

Toda la *soirée* Rosa valsó con su viejo novio que giraba separando las piernas é inclinándose.

Ya noche volví á mi casa, á mi cuarto de pobre, y arrojé el tarjetero en un cajón sin pensar siquiera en abrirlo. La razón triunfaba. Yo había resuelto des aparecer, olvidar, y fué lo que hice!

Rosa se casó.

Ahora bien, veinte años han pasado después de esta aventura. Y he aquí que el otro dia, al arreglar los papeles amarillentos, encontré en el fondo de un cajón de un mueble abandonado, un pequeño tarjetero azul pálido que ya no tenía recuerdo de poseer. Intrigado, buscando una reminiscencia, lo abrí; en la bolsa de la derecha había un papel plegado. Entonces, estupefacto, leí estas líneas:

«Teodoro, usted es el que amo. Me ama usted? Quieren casarme; pero si usted me ama yo rehuso y seré su novia. Esté usted mañana á las tres, frente á la iglesia de la Trinidad. Si no va usted es porque le soy indiferente.... y entonces yo acepto á cualquiera . .

Y estaba firmado: «Rosa»

Bruscamente me acordé. Había inutilizado mi vida por casualidad. El azar! siempre el azar! Con ojos envejecidos he llorado mi juventud. Después formé el proyecto de buscar á Rosa, de encontrarla, de decirle...... de amarla aún y ser amado.

Pero repentinamente calculé que tenía yo cuarenta y cinco años y que ella tenía cuarenta...... Hice un gesto, quemé la carta y el tarjetero. Pero al verla flama de mi hogar solitario ante esta reliquia, tenía yo sin duda sobre mis labios lacerados una sonrisa de héroe vencido en sus combates con los Dioses injustos.

Mauricio Montegut.

BOCETOS TRAGICOS.

CLEOPATRA.

Suprema encarnación del sensualismo,
besa su sangre egipcia el sol de Oriente,
y su belleza plástica y ardiente
provoca como vértigos de abismo.
El vencedor del mundo, César mismo,
la esclavitud de su cariño siente
y á sus piés Marco Antonio, locamente
sus deberes olvida y su civismo.
Piensa con voluptuosos devaneos
á Octavio conquistar, que sólo mira
la herencia de los viejos Ptolomeos;
mas cuando vana su ilusión advierte,
se lleva al seno el áspid, y suspira
en los pálidos brazos de la muerte.

NERON.

Músico, histrión, andrógino, poeta,
en la leyenda tu figura asoma
roída por el virus de Sodoma,
como un aborto de infernal paleta.
Tu corrupción de mónstruo al vicio reta;
tus caprichos cesareos nadie doma,
por eso incendias á la augusta Roma
con tu mano neurótica, de esteta.
Pero clama la sangre de Agripina:
Galba te hace rodar á la letrina
donde vas á morir; en vano luchas:
Te abandonan tus áulicos infieles,
y el acero te clavas, cuando escuchas
el lejano rumor de los corceles.

1899 Rafael Lopez.

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 9.

—¿Qué tendrá?—se preguntó varias veces el poeta, mientras comía en un restaurant del barrio latino. Después fué al Teatro Francés para matar el tiempo y además para pedir noticias de su drama á Jocquelet, que aquella noche representaba el *Legatario Universal*.

El cómico, ataviado con el calzón negro y las botas de Crispín, le recibió en su cuarto. Estaba sentado en mangas de camisa, despechugado delante de su mesa, y acababa de pegarse debajo de la nariz los bigotes de gato enfurecido del personaje tradicional. Sin levantarse ni dar las buenas noches, dijo al poeta, á quien vió en el espejo:

—Nada nuevo de tu obra. El administrador está muy atareado. Estamos ocupados con la reproducción del *Compadrazgo*, pero le echaremos fuera dentro de un par de días.... y entonces...

En seguida, hablar por hablar, sólo por ejercitar su formidable órgano vocal, vomita con estrépito de esclusa abierta un torrente de cosas vulgares. Alaba la obra de Scribe que van á volver á poner en escena, declara que el famoso Guillery, su antecesor, estaría execrable en ella y haría una plancha. Y.... ¡ah, hijos míos! Jocquelet se lamenta de estar abrumado de las persecuciones de una gran señora: ya se sabe, la del palco núm. 3, y señala con un ademán lleno de fatuidad una carta arrojada entre los botes de pomada. Después, elevándose á consideraciones de más alto orden, condena la política de las Tullerías y abomina de la corrupción imperial, reconociendo que «ese pobre Badingue,» (que tres días antes en Compiegne había felicitado al actor) valía más que cuantos le rodeaban.

El poeta se fué á acostar aturdido por esta charla.

Cuando se despertó al día siguiente se redobló la angustia que experimantaba pensando en María. ¿Cuándo volvería á ver á Luisa? ¿Le traería una respuesta favorable? A pesar de la hermosura de aquella hermosa mañana de otoño, Amadeo tenía nublado el corazón y se sentía desfallecido.

Nunca le pareció más nauseabunda su tarea oficinesca. Su compañero de negociado, cazador de afición, que había obtenido una licencia de dos días, le hizo escuchar, quieras que no, una porción de insípidas historias de perdices sacrificadas y de perros que paraban las piezas maravillosamente; por supuesto, todo acompañado de los correspondientes «¡pim! ¡pom!» para imitar la detonación de las carambolas.

Sin embargo, á la salida del ministerio, Amadeo se serenó un tanto. Volvió despacio á la Isla de San Luis, siguiendo los muelles, mirando los objetos expuestos en los tenduchos, gozando de la dulzura de aquella hermosa tarde y fijando sus miradas en el dorado cielo que se destacaba sobre la flecha de la Santa Capilla y de las torres de Nuestra Señora, para seguir el vuelo de las golondrinas, que se reunían para su próxima partida.

Ya de noche, comió en su barrio, y resolvió, para engañar su impaciencia, trabajar toda la noche en corregir una escena de su drama, que no le satisfacía por completo. Subió á su cuarto, encendió la lámpara y se sentó delante de su manuscrito. ¡Ea! ¡Al trabajo! Desde el día anterior había estado preocupado absurdamente. ¿Por qué imaginarse que le amenazaba alguna desgracia? ¿Existen acaso los presentimientos?

De pronto sonaron en la puerta tres golpes ligeros, pero precipitados, bruscos, siniestros.

Amadeo se puso en pié, tomó su lámpara, fué á abrir y retrocedió dos pasos delante de Luisa Gerard.

—¿Tú, en mi casa?......A esta hora....¿Qué sucede, pues?

La joven entró, dejóse caer en el sillón del poeta, que, al volver á colocar la lámpara en la mesa, notó que Luisa estaba pálida como un cirio, y asiendo fuertemente las dos manos de su amigo, le dijo con voz enronquecida por la desesperación:

—Amadeo, he acudido á tí por instinto, como á nuestro único amigo, como á nuestro hermano, como al solo hombre que podrá tal vez ayudarnos á reparar la espantosa desgracia que nos abruma......

Y al llegar aquí, faltóle aliento para continuar.

—¡Una desgracia!—exclamó el joven—¿Qué desgracia?....¿María?......

—¡Si María!

—¿Un accidente? ...¿Una enfermedad?

Luisa hizo un ademán violento con el brazo y con la cabeza, que significaba: «¡Si no fuera más que eso!» Y después, con los ojos fijos y extraviados, contraída la boca por un gesto de amargura, hablando bajo, con palabras entrecortadas:

—El señor Mauricio Roger,—dijo,—¡sí....tu amigo Mauricio!......¡un miserable!......ha engañado....seducido á la desdichada niña!.. ¡Oh! ¡Una infamia! .....Y ahora....ahora....

Su rostro hasta entonces pálido se encendió de repente:

—Ahora....¡María está embarazada!

Al oír estas palabras, el poeta dió un grito espantoso, aterrador. Vaciló y hubiera caído á no estar próxima la mesa. Se sentó en el borde de ésta, apoyándose con ambas manos, y permaneció así helado por un escalofrío, con la boca llena de bilis. Delante de él, hundida en el sillón, avergonzada, Luisa se tapaba la cara, y gruesas y desgarradoras lágrimas corrían lentamente entre los dedos de sus pobres y raídos guantes.

XIV

Hacía más de tres meses que Mauricio y María habían vuelto á verse un día de verano en que el joven fué al Louvre á admirar á sus maestros preferidos, los pintores galantes del siglo XVIII; hubo de llamar en la sala de pasteles su atención, siempre alerta cuando de mujeres se trataba, la admirable cabellera de una joven artista, vestida de negro, que copiaba un retrato de la Rosalba. Eran los cabellos de la linda pastelista, los célebres cabellos de oro y de fuego que traían revuelta á la pollería pictórica del Museo, y que hacían volver coloristas á los mismos discípulos de Signol.

Mauricio se acercó á la copista, y ambos á dos exclamaron á un mismo tiempo:

—¡Señorita María!

—¡Señor Mauricio!

¿Era posible? ¿Tan pronto le reconocía, y no así como así, sino con una sonrisa encantadora? ¡Hola, hola! Luego aquella linda jovan no le había olvidado. La verdad es que en las visitas que en otro tiempo había hecho á la familia Gerard, ya notó que su presencia no desagradaba á la muchacha; pero después de tanto tiempo obtener de sopetón aquel recibimiento expresado por aquel grito casi de alegría, era ciertamente cosa harto lisonjera para él.

De pié, cerca del caballete, con el sombrero en la mano, esbelto, y vestido con irreprochable elegancia, Mauricio se puso á hablar con la señorita Gerard. Primeramente le recordó en términos convenientes y discretos la dolorosa pérdida de su padre; luego le preguntó por la madre y la hermana, le manifestó cuánto le había complacido que le hubiera reconocido tan pronto; y por fín, cediendo á su carácter algo atrevido, añadió:

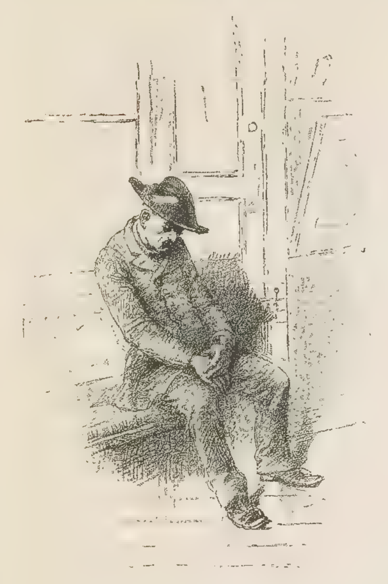
—Respecto á mí, en el primer momento dudé al ver á usted......¡En estos dos años se ha hecho usted tan hermosa!

Y como María se pusiera colorada, continuó con acento gracioso, que disculpaba su atrevimiento:

—Ya me había dicho Amadeo que estaba usted deliciosa; pero ahora casi no me atrevo á pedirle noticias de ustedes; porque desde que viven en Montmartre, y aunque se que las vé todos los domingos, nunca se ha brindado á llevarme á ofrecer á ustedes mis respetos. ¡Palabra de honor, señorita! me parece que está enamorado de usted y que es celoso como un turco.

La joven protestó confusa, pero sonriente y al punto el deseo se despertó en el sensual joven.

¡Ah! ¡Si supiera las ilusiones que María se forja en lo más recóndido de su corazón, desde el punto y hora que le vió por primera vez hace unos años! ¡Si hubiera comprendido su antigua aspiración á ser distinguida, elegida, amada por el hermoso Mauricio, que había pasado como un meteoro por el reducído tugurio del papá Gerard allá abajo, en la Calle de Nuestra Señora de los Campos! Después de todo, ¿por qué no ser amada? ¿No poseía el supremo poder, la belleza? Su padre, su madre, su misma hermana, la juiciosa Luisa, se lo habían repetido sin cesar. Sí, desde un principio, se sintió hechizada por aquel joven de bigote de oro y de modales de gran señor, y á su vez esperó agradarle. Luego, á pesar del luto y de la miseria (¡ay! quizá por causa de ésta!) había continuado embriagándose en aquella locura, en aquel narcótico contra la tristeza, soñando, como en las comedias de magia, con la vuelta del príncipe encantador. ¡Pobre María, tan buena, tan sencilla, pero á quien habían persuadido de que era hermosa! ¡Pobre niña mimada!



Al despedirse de tí, después de media hora de atractiva conversación, Mauricio te ha dicho en tono chancero: «sobre todo, no diga usted á Violette que nos hemos encontrado, porque perdería mi mejor amigo.» Y tú, so sólo no has dicho nada á Amadeo, sino que tampoco á tu madre ni á tu hermana; porque Luisa y mamá Gerard, que son la prudencia y el juicio en persona, te aconsejarían evitar á ese temerario que se ha dirigido á tí en un sitio público, diciéndote á las primeras palabras que eras bella y amada; te regañarían con dulzura y te harían comprender que ese joven pertenece á una familia rica y distinguida, que su madre funda en él grandes esperanzas, y que tú no posees más que un vestido viejo y dos hermosos ojos. Y mañana, para mayor seguridad, cuando vuelvas al Louvre (porque para pagar el alquiler del cuarto, es preciso entregar al tío Issacar sus marquesas empolvadas,) mañana te habría acompañado mamá Gerard y se habría instalado junto á tu caballete, con sus anteojos y sus avíos de haber calceta, con lo que el galán acabaría de desengañarse.

Pero tú, en vez de esto, te ocultas de Luisa y de tu madre; tú tienes un secreto para tu familia, y mañana, cuando delante del espejo rajado peines tu abundosa cabellera de color de sol, sentirás en el corazón un latido de esperanza y de vanidad. En el Louvre te distraerás de tu faena cuando oigas resonar pasos de hombre en la soledad de las próximas salas y te turbarás á la llegada de Mauricio. Pero confiésalo, no te sorprenderá su presencia, ni te disgustará.... ¡Ah! No, por el contrario. ¡Mariquilla, Mariquilla! ahora te habla en voz baja y esto no me parece bien. Su rubio bigote está muy cerca de tu mejilla y cuando bajas los ojos, observo un rayo de placer que brilla á través de las pestañas. No oigo lo que te dice ni lo que tú le contestas; pero ¡qué de prisa va el tentador, cómo se apodera de tu confianza! Mira Mariquilla, que te comprometes permitiéndole estar tanto tiempo cerca de tu caballete.

Van á dar las cuatro. El guarda de levita verde que dormita con el tricornio calado hasta los ojos en la sala de al lado, sacude su pereza, estira los brazos, mira el reloj y se levanta de su banqueta gritando: «¡Se va á cerrar!»

Mariquilla, ¿por qué permites que Mauricio te ayude á recoger tus chismes de pintura, y que luego te acompañe á través de las galerías llevando tu caja? La mujer alta y seca del salón cerrado, la que gasta tirabuzones del tiempo de Luis Felipe, la que no ha acabado de copiar *La virgen del almohadón verde*, os ha seguido hasta el patio del Louvre. ¡Ten cuidado! Como envidiosa que es, ha notado que estabas muy emocionada al despedirte de tu acompañante y que has dejado durante un minuto tu mano entre la suya. La vieja de los largos rizos tiene una lengua de víbora: desde mañana serás la fábula del Museo, y la murmuración se extenderá desde la Escuela de Bellas Artes hasta el taller de Signol, en donde los dos aprendices, tus respetuosos admiradores, que piensan en cortarse el cuello en honor tuyo, se reunirán, diciéndose: «¿Qué tal la linda pastelista?»—«Sí, ya sé que hay uno que le hace el amor.» ¡Si no fuera más que hacer el amor!

Pero la linda pastelista ha sido más ligera, más loca de lo que se figuran los aprendices y la mujer seca. ¡Es tan dulce oirse decir: «amo á usted», es tan dulce oirse preguntar «¿y usted me ama un poco?» cuando abrasa el deseo de responder: «sí.» Bajando la cabeza y encarnada de vergüenza al sentir junto á su rostro el ardiente aliento de Mauricio, María ha acabado de murmurar el «sí» fatal. Entonces ha visto palidecer de alegría á Mauricio, que le dice:

—Es preciso que hable con usted, que la hable á solas, no delante de importunos.

Y habiéndole ella contestado «pero ¿cómo? ¡Eso es imposible!» el en seguida le ha preguntado si tenía confianza en él, si le creía hombre honrado, y la mirada de la joven le ha respondido mejor que todos los juramentos.

—Pues bien: mañana por la mañana, á las diez. En vez de venir al Louvre....¿Quiere usted?... La aguardaré en el muelle de Orsay, delante del embarcadero de Saint Cloud.

María llegaba allí á la hora indicada, rendida de emoción, próxima á desfallecer....Mauricio la tomó del brazo y la llevó al barco de vapor, que lanzaba bocanadas de humo.

—Ya estamos casi solos......Concédame usted el placer de que corramos juntos por el campo......¡Hace un tiempo tan hermoso!....Pierda usted cuidado, volveremos temprano.

¡Oh embriagadora expedición! Sentada al lado de Mauricio, que murmuraba á su oído palabras llenas de fuego y de pasión y cuyas miradas la envolvían prometiéndole embriagadoras caricias, María vió pasar por delante de ella, como en un sueño, panoramas de Paris que no conocía, las altas murallas de los muelles, los arcos monumentales de los puentes, después las afueras pintorescas y los humeantes hornos de Grenelle, el Bac-Mendon con sus barcos y chalanas. Al fin apareció en la orilla del río el hermoso parque con su exhuberante vegetación.

Los dos jóvenes vagaron mucho tiempo bajo la fresca sombra de los castaños cargados de fruto. Amortiguado por el follaje el sol de Julio, matizaba las calles de árboles de anchas y movibles manchas luminosas; y Mauricio no cesaba de repetir á María que la amaba, que no había amado más que á ella, que la amó desde el momento en que la vió en su casa, y que ni el tiempo ni la ausencia habían podido borrar su recuerdo; y la embriaguez del deseo que abrasaba su sangre de libertino era tal, que se imaginaba que cuanto decía era verdad. No, en aquel momento no creyó que mentía. En cuanto á la pobre María...... ¡Oh! No la juzgueis con severidad, pensad en su juventud de miseria, en su vida de flor aprisionada. Hallábase como pletórica de felicidad, no encontraba palabras que responder, y apoyándose en el brazo del joven, sólo tenía fuerzas para mirarle de vez en cuando con ojos agonizantes de amor.

¿Será preciso decir cómo sucumbió? ¡Ah, don Juan, seductor de vírgenes! ¡Cuán fácil es tu victoria! ¿Será preciso presentarlos á ambos almorzando en el gabinete de *La cabeza negra*, desde donde se veía correr el cristalino río? La emoción, el pesado calor de la siesta, el champagne helado, este vino dorado, que prueba por vez primera, aturden á la imprudente niña: su encantadora cabeza se inclina sobre el almohadón del diván; va á desmayarse. ....

—Tiene usted demasiado calor,—dice Mauricio.—Tanta luz la incomoda.

Pronto corre las cortinas y ambos quedan en la sombra......

Después del minuto irreparable, él la jura que es para siempre su mujer, y sólo le pide algún tiempo, unas cuantas semanas, para preparar á su madre, la ambiciosa señora de Roger, antes de participarle la noticia de este matrimonio inesperado.

María no duda de él, pero anonadada por su falta, experimenta inmensa vergüenza y ocultando el rostro en el hombro de su amante, á quien inunda con su suelta cabellera, evoca á la luz de un relámpago de recuerdo todo su pasado de inocencia y de miseria, el humilde hogar lleno de honradez, á su padre muerto trabajando, á su madre y á su hermana, ó mejor dicho, á sus dos madres, que todavía la llaman «la niña,» considerándola como tal en toda su pureza. Y al recordar todo esto se siente como invadida por su pecado, y quisiera morir en seguida allí mismo.

¡Oh! ¡Sed clementes, os lo suplico, para con la débil María....Es tan joven......y va á sufrir tanto!

Mauricio en el fondo no es un malvado. Hablaba de buena fe cuando le prometió casarse con ella inmediatamente. Desde el día siguiente tuvo intención de decírselo todo á su madre; pero al hallarse en presencia de ésta, parecióle más imponente que nunca, con sus cabellos grises y su toca de viuda. Se estremeció al prever las escenas de lágrimas, de enojo y de reproches que le aguardaban, y en su pereza de voluptuoso, se dijo: «Se lo diré otro día.» Entretanto, María es su querida, y él, á su modo, la ama más que á todas cuantas ha tenido. Le es fiel, y cuando ella, robando una hora á su trabajo, ha de ir á verle á escondidas á su estudio, se inquieta al más mínimo retardo y le palpita el corazón: ¡palabra de honor! Porque María es verdaderamente adorable con sus quejas de pájaro y sus pudores de sensitiva, manifestados aun en los momentos en que más por completo se abandona á Mauricio. Todavía lleva al cuello una medalla bendita, como cuando era niña. ¿No es esto, en verdad, delicioso? Pero á Mauricio no le gusta el aspecto de tristeza que toma la joven cuando al marcharse le pregunta con acento tembloroso y dejando de tutuarle:

—¿Ha hablado usted á su madre?

El la abraza y la tranquiliza, diciéndole:

—No tengas cuidado, dame tiempo para hacerlo con oportunipad.

Lo cierto es que ahora ya empieza á preocupar se con la idea de este matrimonio. Sabe que es su deber; pero aun no tiene veintitrés años. No es urgente. La joven se le ha entregado muy fácilmente: es su querida, no de capricho, sino tal vez para siempre. ¿No tiene el derecho de someterla á prueba, y de hacerla esperar un poco? Esto es lo que le aconsejará su madre, está seguro de ello, aun suponiéndola muy indulgente. ¡Vamos! Este proceder es el más razonable.

¡Ay! Los egoístas y cobardes siempre saben encontrar razones que justifiquen su infame conducta.

¡Cuán cara cuesta á la pobre María aquella locura! ¡Y qué pesado es un secreto de esta índole

en un corazón de niña! A cambio de algunos instantes de embriaguez inquieta y breve, pasados al lado de un hombre del que ya duda y que á veces le da miedo, es preciso engañar á su madre sin ponerse encarnada ni bajar los ojos, atravesar todo París seguida por la voz de sus remordimientos que le reprocha al oído, y entrar en casa de Mauricio, con el velo echado, ocultándose como una ladrona. ¡Y si fuera esto solo! Después de algún tiempo de esta vida angustiosa, siente dentro de sí algo inexplicable, misterioso. Pierde su salud y sus entrañas se estremecen. ¡Gran Dios! Ha sentido cómo en el fondo de su ser se agita su falta viviente! ¡Pronto, á casa de Mauricio! Llega cuando no es esperada, le sorprende lánguidamente tendido en el diván, con el cigarro en la boca, y sin darle tiempo de levantarse, se arroja en sus brazos, prorrumpe en sollozos, y le hace su terrible revelación.

Al principio Mauricio experimenta un movimiento de asombro, y dice contrariado y mirándola con dureza.

—¡Bah! Debes estar equivocada.

—No, estoy segura, te repito que segura....

María ha observado la siniestra mirada de su amante, y se considera de antemano condenada. Sin embargo, el joven le da un beso sin amor, y ella, haciendo un gran esfuerzo, balbucea:

—Mauricio.... ahora es preciso que hables á tu madre....

Pero Mauricio se ha puesto de pié haciendo un ademán de impaciencia, y delante de María, que está sentada porque sus fuerzas la abandonan, se pone á pasear á lo largo de la pieza.

—Mi pobre María,—dice deteniéndose y titubeando.—No me atrevería á decírtelo.... Mi madre no consiente en nuestro matrimonio.... al menos por ahora.

¡Miente, miente! No ha dicho nada á su madre: la infeliz lo adivina. ¡Ah, desdichada! ¡No la ama! Y desesperada, sintiendo rugir una tempestad dentro de su cabeza, oye á Mauricio hablar con voz lenta y sin calor:

—¡Oh! No tengas cuidado, pobre niña mía, yo no te abandonaré jamás.... Si lo que me has dicho es verdad, si estás bien segura de ello, el mejor partido que podemos tomar es el que dejes á tu familia y te vengas á vivir conmigo.... Desde luego, nos iremos lejos de París, saldrás de tu cuidado en el campo y confiaremos la criatura á una nodriza. No faltará quien la cuide bien.... A más tarde, no mucho quizá, mi madre se apaciguará comprendiendo que es necesario que nos casemos.... No, verdaderamente, cuánto más reflexiono no veo solución mejor. Ya se me alcanza que será duro tener que separarte de tu familia; pero ¡cómo ha de ser, niñita!.... Escribirás á tu madre una carta muy expresiva....

Y tomándola inerte y desfallecida en sus brazos, trata de mostrarse más tierno.

—Tú eres mi mujer, mi querida mujercita: lo digo y lo repito. ¡Vaya! ¿No estarás contenta de que vivamos juntos, eternamente juntos?

He aquí todo lo que á Mauricio se le ocurre, todo lo que le inspira su corazón: ser públicamente su amante, patentizar su vergüenza á los ojos de todos.

María se siente perdida, y levantándose bruscamente contempla como atontada á Mauricio, y le dice:

—Está bien.... Ya hablaremos.

Y se va precipitadamente, vuelve á Montmartre á paso de loca, encuentra á su madre haciendo calceta y á su hermana poniendo la mesa para comer, como si no pasara nada.

María les toma las manos y cae de rodillas....

¡Ah! ¡Pobres mujeres!

Ya habían pasado bastantes pruebas. Era lamentable la decadencia de aquella desgraciada familia, y sin embargo, ayer mismo soportaban su destino con resignación. Sí, todo lo sufrían con tristeza, pero sin quejarse: las sórdidas economías, las pocas entradas de dinero, los apuros siempre crecientes y renovados. Sosteníalas y les daba valor la gran idea del deber. La anciana mamá, cubierta la cabeza con su papalina, guisaba y lavaba; la hermana mayor daba lecciones á domicilio á dos pesetas, y la pequeña emborronaba sus copias al pastel.

Tenían conciencia de que representaban algo muy humilde, pero también augusto y sagrado: eran una familia sin tacha, sentíanse envueltas en una atmósfera de estimación y respeto. «Esas señoras del cuarto bajo,—decían los vecinos,—esas señoras del cuarto bajo sí que son dignas de consideración.» Su pobre vivienda, sucia por la acción del tiempo, con el papel de las paredes despedazado pero en la que se unían para el trabajo y se estrechaban unas á otras para amarse mejor, tenía aún las dulzuras de un hogar. Y sobre su luto hecho girones, sobre los restos del antiguo mobiliario, sobre el mísero potaje que constituía toda su cena, sobre toda aquella miseria, en fin, cerníase una llama pura: el honor. Ahora, después de la confesión de la hija culpable todo había concluído y se había perdido para siempre: había una mancha que empañaba su pasado irreprochable y que manchaba la memoria del padre. Ciertamente, la madre y hermana mayor disculpaban á la pobre criatura, que desfallecida en un sillón respondía á sus besos sollozando y pidiendo perdón. No obstante, mirábanse consternadas, con los ojos encendidos y los labios amargos á fuerza de llorar; y por primera vez medían en toda su extensión la profunda caída de la familia, y por vez primera veían cuán espantosos eran su abandono y su miseria, y sentían deslizarse en su corazón el insoportable sentimiento de la vergüenza, semejante á un huésped siniestro é inesperado que desde el primer momento hace comprender que viene á enseñorearse del hogar.

Este era el secreto, el abrumador secreto, de cuyo peso quiso librarse esa misma noche la desolada Luisa Gerard, confiándolo á su único amigo, á Amadeo Violette, y obrando de esta suerte por instinto, de igual modo que una mujer agobiada por el peso de una excesiva carga, la arroja al suelo demandando ayuda.

Cuando Luisa hubo acabado de hacer su cruel confidencia, que el poeta oyó ocultando la cara entre sus manos, y cuando éste descubrió su rostro surcado por las súbitas arrugas de la desesperación, la joven sintió un escalofrío de terror.

—¡Cuánto daño le he hecho!—pensó.—¡Cómo ama á María!

Pero vió brillar en los ojos de Amadeo una sombría resolución.

—Está bien, Luisa,—murmuró entre sus apretados dientes.—Está bien. No me digas más, te lo suplico. No sé á estas horas en dónde ver á Mauricio; pero el me verá mañana; tranquilízate, y si no repara el mal que ha causado......y en seguida......

Se interrumpe ahogado por un hipo de dolor y de cólera, y á un ademán suyo casi imperioso, Luisa le deja, espantada del paso que acababa de dar.

Sin embargo, Mauricio Roger no era un malvado. Cuando se fué María se sintió avergonzado, descontento de sí mismo. ¡Embarazada! ¡Era bien digna de lástima! ¡Pobre niña! Cierto que pensaba portarse como un caballero haciéndose cargo de ella y de su hijo. Mas ¡ay! ya no la amaba tanto: su condición de amigo de los placeres, tan pronta en el deseo como en el hastío, se había cansado de aquel amorío sin voluptuosas emociones y demasiado empapado en lágrimas. ¿Debía, por causa de este embarazo, casarse como un hombre vulgar, hacerse padre de familia? ¡A su edad, teniendo delante de sí un halagüeño porvenir de juventud y placer! Francamente, era esto tan tonto como romperse una pierna cayendo en un agujero. Además, ¿quién sabe? los abortos son frecuentes, quizá no viviría la criatura. De todos modos, era natural que se tomara algún tiempo, que viese venir los acontecimientos. ¡Bah! La suerte, que le había favorecido siempre, se encargaría de arreglar este enojoso asunto, como había llevado á buen término tantos otros.

Al día siguiente, el frívolo Mauricio, ¡á fe mía! no había dormido mal, preparaba tranquilamente su paleta, esperando al modelo, cuando vió entrar en su estudio á Amadeo Violette.

Desde el primer momento comprendió que el poeta estaba enterado de todo.

—Mauricio,—dijo Amadeo con trémulo acento,—ayer recibí la visita de la señorita Luisa Gerard......Me lo ha dicho todo......¿Comprendes?......Y vengo á saber si no me he equivocado respecto á tí y si Mauricio Roger es un hombre honrado.

Una llama brilló en los ojos del joven pintor. Pero Amadeo, abatido, con el semblánte lívido y las facciones descompuestas por una noche de insomnio y de lágrimas, daba compasión. Además, era Amadeo, Amadeíto, á quien Mauricio quería sinceramente, hacia el cual experimentaba desde que habían estado juntos en el colegio un afecto tanto más precioso, cuanto que halagaba su vanidad, el afecto indulgente y protector de quien conoce su superioridad.

—¡Oh! ¡oh! ¿Te vienes con palabrotas de melodrama?—dijo dejando la paleta sobre la mesa.—Amadeo, querido amigo, no te conozco; y si tienes que pedir explicaciones á tu antiguo amigo, no debes presentarte de esa manera. Dices que la señorita Gerard se ha confiado á tí: sé cual es tu cariño hacia esas señoras, comprendo tu emoción y encuentro tu intervención legítima. Pero, ya ves que te hablo con calma, amistosamente, apacíguate tú también, y no olvides, no obstante tu interés por esas señoras, que soy tu mejor, tu más querido compañero de infancia y de juventud. Me hallo, ya lo sé, en una grave circunstancia de mi vida. Hablemos, aconséjame, tienes el derecho y el deber de hacerlo, pero sin ese tono de cólera y de amenaza, que te perdono, aunque me aflige, y que me haría dudar, si esto fuera posible, de tus sentimientos hacia mí.

—¡Eh! Demasiado sabes que te quiero,—contestó el desgraciado Amadeo;—mas ¿para que necesitas consejos? Tienes la franqueza de no negar nada, convienes en que es verdad que has seducido á una joven; ¿pues por ventura tu conciencia no te dicta lo que debes hacer?

—¿Casarme con ella? Sin duda, tal es mi intención. Pero, Amadeo, tú no piensas en mi madre. Este matrimonio va á desesperarla, destruyendo todas sus ambiciones, todas sus esperanzas.... ¡Oh! Confío en persuadirla para que consienta en este enlace, pero me hace falta tiempo para conseguirlo......Más tarde....tal vez pronto.... no digo que no....si la criatura vive....

Esta frase arrancada por el cinismo, que constituye el fondo de todos los egoístas, hizo que Amadeo volviera á encolerizarse.

—¿Tu madre?—exclamó.—Tu madre es viuda de un oficial francés muerto delante del enemigo, y estoy seguro de que es entendida en materia de honor y de deber. Háblale, dile que has deshonrado á una desdichada niña que se halla en cinta por tu causa. Tu madre te aconsejará que te cases con ella: es más, te lo mandará.

El argumento era vivo y directo, é hizo impresión en Mauricio; pero el tono violento de su amigo comenzaba á irritarle.

—Amadeo, procedes mal, te lo repito,—respondió alzando la voz.—No tienes derecho de prejuzgar la opinión de mi madre, y yo no recibo órdenes de nadie. Después de todo, nada te autoriza á dármelas, y no es razón el que hayas estado enamorado de María para que......

Un grito furioso le interrumpió. Amadeo con ojos de loco y apretando los puños, adelantó dos pasos hacia Mauricio, y hablándole desde muy cerca con acento desgarrador:

—Pues bien, sí,—dijo,—la amaba y deseaba hacerla mi mujer. Y tú que ya no la amas, tú que la has tomado por capricho, para divertirte, como tomas á todas, has destruído mis ilusiones del porvenir. En fin, ella te ha preferido, y has de saber, Mauricio, que soy demasiado orgulloso para quejarme y demasiado justo para guardarte rencor. Te juro por mi honor que sólo estoy aquí para impedirte que cometas una infamia. Si me rechazas, nuestra amistad se despedazará para siempre, y no quiero pensar en lo que pasará entre ambos; pero será terrible......¡Ah! Hago mal, no te hablo como debo......Mauricio, aún es tiempo, escucha sólo á tu corazón, que sé que es generoso y bueno. Has abusado de una niña inocente, y sumido en la desesperación á una digna y pobre familia. Puedes reparar el mal que has causado: tú lo querrás, lo quieres. Te lo suplico, hazlo por tu propia estimación, por respeto al nombre que llevas. Pórtate como hombre noble y honrado. Da á esa joven que no ha cometido más falta que haberte amado demasiado, a la madre del niño que va á nacer, tu nombre, tu corazón y tu amor. Serás dichoso con ella y por ella, te lo aseguro......y yo no tendré envidia de tu dicha; antes al contrario, será grande mi satisfacción por haber vuelto á encontrar á mi amigo, á mi leal Mauricio, y poder todavía amarle y admirarle como en otro tiempo.

Conmovido por estas calurosas palabras, cansado de discusión y de lucha, el pintor, volviendo la cabeza, alargó una mano á su amigo, que la estrechó entre las suyas. De pronto miro á Amadeo, vió sus ojos llenos de lágrimas, y un poco por enternecimiento y mucho por falta de voluntad, por pereza moral, por acabar, profirió estas palabras:

—Tienes razón....después de todo....Arreglemos en seguida este asunto....¿Qué quieres que haga?

¡Ah! ¡Qué abrazo le dió Amadeo!

—¡Mi bueno, mi querido Mauricio!....¡Pronto! vístete, corramos á casa de esas señoras, ven á abrazar y á consolar á la pobre niña......¡Ah! Bien sabía yo que me comprenderías, y que tu corazón respondería á mis ruegos....¡Cuán felices van á ser esas pobres mujeres! Dime, mi antiguo compañero; ¿verdad que es bueno cumplir con un deber?

¡Ah! Sí, Mauricio sentía ahora el placer que este cumplimiento proporciona.

Enardecido, arrastrado por su amigo, se apresuraba á realizar la buena acción que le indicaba, como si fuera á una partida de recreo, y al cambiarse la chaqueta para salir á la calle, decía con entusiasmo á Amadeo:

—Después de todo, mi madre no puede menos de aprobar mi conducta. Además, hace cuanto quiero, y estoy seguro de que acabará por adorar á mi pobre María...... Es igual....no hay medio de resistirte, Violette, eres una dulce y persuasiva violeta....Vamos, ya estoy listo.... un pañuelo, el sombrero......¡Andando!

Salieron del estudio, y en el coche que les conducía hacia Montmartre, Mauricio, el inconstante Mauricio, reconciliado con su porvenir forjaba mil proyectos y se trazaba todo un plan de vida. Una vez casado trabajaría formalmente. Por de pronto, inmediatamente después de la boda partiría con su mujer para pasar el invierno en el Mediodía, donde ella saldría de su cuidado. Conocía un lindo rincón en la Corniche, cerca de Antibes, en donde por otra parte no perdería el tiempo y de donde traería no pocos estudios de marinas y de paisajes. Al invierno siguiente arreglaría definitivamente su género de vida. El pintor Laugeol, su vecino, acababa de dejar su habitación y élla tomaría: «un estudio soberbio, con seisventanas que daban al Luxemburgo.»

(Continuará).

Páginas de la Moda

FIG. I. SOMBRERO DUQUESA SOUTHERLAND.

LECTURA PARA LAS DAMAS.

ALGUNOS ROSARIOS

El Museo Británico ha recibido últimamente un rosario curiosísimo procedente de la tierra misteriosa del Tibet. El rosario se componía de varios anillos de hueso, hechos de fragmentos de cráneo humano, reunidos entre sí por una cadena. No se puede, sino por conjeturas, decir para qué clase de ritos sirvió este rosario, pero su descubrimiento ha causado un desengaño á las personas religiosas que suponían que el rosario era un objeto empleado únicamente por los cristianos.

Al lado de este rosario, existen en una caja de cristal del Museo Británico, otros dos, cuyo descubrimiento ha causado también mala impresión á los cristianos. Uno de ellos está hecho de vértebras de serpiente y el otro de dientes de rata.

El descubrimiento de estos objetos ha suscitado serias discusiones acerca del verdadero orígen y uso primitivo del rosario. Se ha encontrado que es originario del misterioso Oriente, pues en los templos de la India, de China y del Japón, fué donde se empezó á usar para los ritos religiosos.

Los retratos de los antiguos dioses Indous, los muestran con rosarios de cuentas en las manos, y se cree que ese procedimiento de contar las oraciones estaba ya en uso entre los Indous, antes de la era de Budha, es decir, más de 500 años antes de Jesucristo.

El uso del rosario parece estar enteramente de acuerdo con el espíritu oriental. Los budhistas usan pequeños rosarios de cuentas de vidrio ó de coral, y se ha creído que el deslizamiento de las cuentas de vidrio entre sus dedos, mientras murmuran cientos de veces palabras santas, les ayudan para llegar á este estado de completa abstracción de las cosas terrestres tan apreciado entre los sectarios de Budha.

Los rosarios favoritos de los japoneses, están hechos de cuentas de madera, de vidrio, de ónix y de plata, y el japonés repite á cada una, con fervor creciente las palabras «Namon, Amida, Nutzn» que significan «Budha, guárdanos.»

Un rosario de cuentas ha sido encontrado en poder de un coleccionador del Norte de Inglaterra. Este rosario fué traído de un templo de Kioto en el Japón; las cuentas son de madera obscura y pulimentada.

Un soberbio rosario, hecho de hermosas perlas, ha sido descubierto en poder de un moslem, y valuado en 30.000,000 de francos.

El rosario más hermoso de los que se conocen, está en el Museo de South Kunsigton. Las cuentas son pequeños cubos de cera y la mayor tiene incrustadas una cruz de filigrana de plata y un medallón del mismo metal. Es un trabajo alemán del siglo XVI.

EN HONOR DE UNA MUJER.

El General Weeler, el noble veterano del ejército confederado, que militó últimamente en Cuba, ha introducido en la Cámara de Representantes de los Estados, un proyecto de resolución para que el Presidente de la Unión presente una medalla de honor á la se-

Fig. 2. -Jacquet para Paseo.

ñorita Elena Gould, en reconocimiento de sus servicios patrióticos

No existe en la historia parlamentaria de este país, sino un sólo precedente de distinción conferida á una mujer, y fué en el caso de la célebre Moll Piltcher, la heroica capitana que hizo el último disparo de cañón en el fuerte Clinton, en 1777, cuando ya la guarnición americana lo había evacuado sobrepujado por fuerzas superiores inglesas.

Pero hay una gran diferencia entre la Moll y Elena Gould. Aquella se distinguió matando; esta se ha distinguido salvando vidas. Aquella fué heroina; esta ha sido angélica.

Elena Gould es hija del famoso millonario de este nombre. Joven, hermosa y riquísima, al estallar la guerra pensó sólo en los horrores que había de traer la campaña; dió enorme suma de dinero para los hospitales de sangre, y no contenta con la limosna de parte de su fortuna, se fué ella misma en persona á los campamentos y á los hospitales á llevar su celo humanitario y su piadoso cuidado á heridos y enfermos. Su vida la expuso sin reservas en esos focos de infección; su natural sensibilidad la sometió á pruebas dolorosas y nada la arredró. «El angel de la guerra,» la apellidan los soldados. Su dinero no hizo víctimas; su patriotismo no tuvo saña; su devoción fué humanitaria y santa.

He ahí un noble tipo de mujer. Merece la medalla del Congreso Americano, y el respeto y simpatía de la humanidad.

Fig. 3. Manton para Señora.

UNA FAVORITA

Le Fígaro dice que la influencia francesa ha aumentado extraordinariamente en Abisinia por un incidente ajeno á la diplomacia.

Cuando los embajadores del *Negus* estuvieron en París, se marchó con ellos una hermosa parisiense.

Verla Menelick y amarla fué simultáneo, y allí vive en Abisinia la hermosa joven, siendo objeto de todo género de agasajos.

Menelick ha dispuesto en honor de la bella francesa, que se adopten muchas de las costumbres de la República francesa para hacerle agradable la estancia en Abisinia.

Fig. 4.—Sombrero Balthy.

VARIOS MODOS DE CURAR LAS QUEMADURAS.

El carbonato de sosa pulverizado, mezclado con agua para formar una pasta, constituye un buen calmante, pues alivia instantáneamente el doloroso escosor de las quemaduras.

Si no se tiene á mano ninguna de estas cosas, se cubre al momento la parte lastimada con una capa bastante espesa de harina de trigo. Cuando el dolor empieza á calmarse, se aplica sobre las quemaduras un pedazo de algodón empapado en aceite de olivo.

El éter también quita el dolor de éstas y evita la formación de las ampollas, ó las disuelve si están formadas.

Se empapa un lienzo con él y se aplica sobre la parte quemada, rociándolo cada vez que se seca el éter.

La clara de huevo mezclada con aceite de olivo forma un buen linimento para toda clase de quemaduras. Se aplica por medio de una pluma, repitiendo la operación hasta que se mitigue el dolor fuerte.

Entonces se cubre la llaga con una capa gruesa de linimento, y al cabo de algunos días quedará recubierta la piel, sin cicatriz alguna, cayendo el linimento en forma de escamas.

Las quemaduras producidas por el fuego ó por el agua caliente, se curan sin dolor y sin que forme ampolla, aplicando sobre ellas cataplasmas de zanahoria cruda, rayada ó molida.

Recetas útiles.

PONCHE FRIO.

Se hace una infusión de canela y hojas tiernas de limón; se enfría, se endulza y se le agrega la cáscara de una sidra bien madura, á la que se le separa toda la parte blanca. Al día siguiente se cuela, se le pone al gusto catalán ó vino tinto, se embotella y tapa perfectamente, y al cabo de quince días podrá hacerse uso de él.

CONFITURA DE CIRUELAS NEGRAS.

Se toman ciruelas maduras y se pelan en caliente ó en frío, lo que sea preferible; se quitan los huesos, y después de pesar los frutos, se ponen en un perol con un cuarto de su peso de azúcar molida; pasada una hora se cuece la confitura, removiéndola con una cuchara hasta que se encuentre en el grado de la capa; ya en este punto, se echa en vasos de vidrio y se deja enfriar.

SOLDADURA DEL VIDRIO CON OTROS METALES.

Una aleación compuesta de 26 partes en peso de estaño y de 5 partes de cobre, poseyendo el mismo coeficiente de dilatación que el vidrio, es muy útil en la fabricación de lámparas de incandescencia, pa-

Fig. 5. Traje de Paseo.

ra soldar de un modo duradero el vidrio al metal y en general para todas las soldaduras análogas.

Añadiendo 05 ó 1 por ciento de plomo ó de zinc á la mezcla ó aleación, se le hace más dura y resistente. Esta aleación se funde á la temperatura de 360 grados centígrados.

NUESTROS GRABADOS

FIG. 1.—SOMBRERO DUQUESA DE SUTHERLAND.

Gran capelina de estilo, en filtro negro, muy blando, elegantemente levantado á la izquierda, bajo un chifoneado de terciopelo negro, que inclina el sombrero á la derecha.

Copa demasiado alta, género antiguo, corbateada de terciopelo negro. Haz de plumas negras colocadas delante y desparramándose graciosamente en todos sentidos á derecha é izquierda y hasta sobre los cabellos.

FIF. 2.—JACQUET PARA PASEO.

Gran jacquet de cheviotte, recto completamente, de matiz gris acero, muy ceñido y con seis grandes botones fantasía.

FIG. 3.—MANTON PARA SEÑORAS.

De terciopelo obispo, con pelerina muy elegante que lleva adorno de imitación de escocés, cuello princesa y otra pequeña pelerina superpuesta.

FIG. 4.—SOMBRERO BALTHY.

Capelina levantada hacia adelante, con copa semi esférica, de fieltro castor, muy claro, guarnecido de plumas amazonas de muchos tonos, descendiendo hasta á un matiz muy suave.

FIG. 5.—TRAJE DE PASEO.

De lanaje fino á grandes bandas, formando bata cruzada á la derecha. Va ceñida por tres botones de fantasía y lleva una sola solapa de terciopelo orlada de guía de seda, cuello Margarita muy elegante.

FIGS. 6 Y 7. TRAJE DE CEREMONIA Y TRAJE DE CASA.

El primero formando blusa y túnica de satín á gran bordado de guías, sobre un gran fondo de muselina de seda plissé.

El segundo de piel de seda moiré formando elegante bata de solapa redonda, doublée de muselina en pequeños *ruchés*. Camisola de muselina de seda también en ruchés.

FIG. 8.—GRUPO DE SOMBREROS.

FIG 8. GRUPO DE SOMBREROS.

Damos un grupo de sombreros de última novedad, de los que están más en boga en la actualidad, en el mundo de la moda parisiense.

FIG. 9.—CUERPO DE TRAJE DE CASA.

De foulard, con adornos de cinta de seda en parrilla, y abierta sobre una camisola de seda adornada, muy justa, y con un cuello de encantadora fantasía.

FIG. 6.—TRAJE DE CEREMONIA.

FIG. 7.—TRAJE DE CASA.

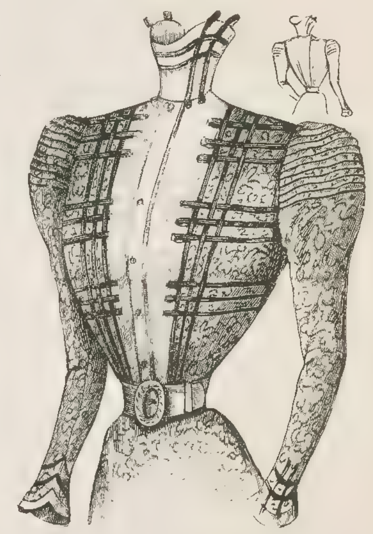


FIG. 9. TRAJE DE CASA.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 5 de Marzo de 1899. | Número 10

Bellas Artes.

CARIÑO MATERNAL.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Para estos días blancos el cronista necesita escribir la *Historia de lo que no ha sucedido.* Porque la verdad es que el público se cura muy poco de las vergonzantes ternuras de los rimadores y que exige, cada ocho días, una completa revista de la semana, donde, como en un almacén de baratijas, se presenten los sucesos más efímeros bien dispuestos, y colocados de tal suerte que atraigan la atención y llamen á voces á la curiosidad. Aquí se pulen las gacetillas, se limpian las noticias, se recomponen y barnizan los acontecimientos, se remienda la tela de Penépole que, incansables, tejen los días, y que en fuerza de manoseos y trasiegos, se rompe y descolora; se retocan los viejos cuadros que pintó la Fantasía y cuyo fondo descascara el Tiempo con sus uñas tercas. Aquí se pega la chuchería rota, se abrillanta el cristal vahoso y sucio del espejo, se resucitan los oros agonizantes, se encienden las gemas apagadas, se sacude el polvo del olvido ..

La crónica es una tienda de viejo, y bien que mal, los que entran en ella me ven junto á la hornaza de la pequeña fragua, moviendo el fuelle soplador, ó limpiando con aceites y drogas alguna repujada empuñadura, ó desenredando los flecos de una tela, ó apretando los flojos brazos de un candelabro. Los que sólo pasan sin entrar, oyen siempre el retintín de mi martillo sobre el yunque. Soy un judío avaro y trabajador que vende objetos corrientes, cosas de uso diario, muebles inútiles, toscas vasijas, armas llenas de orín, tapicerías podridas y desmatizadas, pero que tiene siempre una buena sonrisa para el que saluda, para la mujer que se acerca y para el amigo que pasa.

Sin embargo, tengo mis momentos de franqueza y digo: nada de esto que enseño es bueno, ni nuevo, ni legítimo; esta cortina no es un gobelino, ni esta hoja es de Toledo, ni esta máscara es japonesa, ni esta loriga es de Roldán, ni ese chapín es de Cenicienta, ni aquella copa es la del rey de Thulé. Os engaño. Soy un mercader sin conciencia, un Shylock aborrecible.... Tal vez adentro, muy adentro, guarde yo á la virgen pensativa,—á la Jésica amada, á la Musa Eterna; —mas como soy celoso, apenas si de cuando en cuando, ella se atreve á levantar un poco la persiana y á asomarse un instante para contemplaros. Vosotros no paráis mientes, y como vais de prisa no se os ocurre alzar el rostro para verla. A mí me parece hermosa. Tiene los ojos negros, resplandecientes y dormidos. ..

Pero ¡ah! Musa mía, mi literatura de los domingos, estos florones de frases, estos vívidos cintajos de palabras no van á bastarme para bordar todo el vacío de la semana.

No hay acontecimiento social: un crimen pasional, el último acto de una comedia de costumbres, un pobre joven adolorido é impulsivo, que en un arranque de ira desesperada empuña una pistola y mata. Sobre la blancura de la semana ha caido esta espesa gota de sangre, esta mancha de púrpura. Pero el suceso fué un tema flamante y fecundo para bordar en el *canevá* del periódico la flora extraña de los tropos *reporteriles.* El asunto es solamente una noticia explotable.

***

¿Acontecimientos teatrales? Sí; *Mesmeris.* Ya desde *Frégoli* conocimos y nos aficionamos á estos *excéntricos* cuyas cómicas fantasías lindan en algunos puntos con la pantomima. Hay en ellas mucho de actor y mucho de *clown.* La máscara de Thalía puesta sobre la cara de Payaso. La comedia que se hace más burda, más accesible y para ello se disfraza de caricatura.

Frégoli, si mi memoria no es infiel es quizá más ductil y flexible que Mésmeris. Imita con una maestría no aprendida en Conservatorios ni Academias, las gesticulaciones de la pasión. Sabe reir, sabe ponerse en éxtasis, sabe hacerse el malicioso ó el taimado. Hay dentro de esa fantasmagoría caricaturesca, un pensador. Detrás de Arlequín está, á veces, Moliere. Frégoli tiene un poco de Aristófanes. Sus actos, sus chocarrerías, sus farsas, están en el término preciso en que acaba lo artístico y termina lo grotesco.

Mésmeris, no obstante, tiene para nosotros, y aun para todos, una ventaja notable: es políglota. Está armado de los idiomas. Habla con bastante naturalidad el español. Y además, se conserva en algunos puntos -no, no en todos, en muy pocos, dentro de los límites del Arte. Tiene una prodigiosa fuerza de asimilación, una gran facultad de percepción, un vibrante sistema nervioso. Tal vez no posee como Frégoli, una naturaleza tan maleable, un organismo tan excepcionalmente sumiso, una carne que toma la forma de todos los moldes, una voz que canta en todas las *tesituras* ... pero Mésmeris es joven, es ágil y tiene talento.... y eso basta.

***

Publica hoy *El Mundo Ilustrado* unos fragmentos de la versión española de *Cyrano de Bergerac* y una brillante poesía de Rubén Darío dedicada á este insigne aventurero.

Cyrano ha llegado á ser en corto tiempo, triunfador de todos los tablados europeos. Ha recorrido, echando sus bravatas gasconas, Italia, Inglaterra, Alemania, y ahora, está descansando en la tierra clásica de las pendencias y de las generosidades: en España.

Sin embargo, el triunfo, me decía ayer un sabio amigo mío, no es sólo del poeta; pertenece, en no pequeña parte, al actor. Rostand pensó la obra, la escribió en versos maravillosos; pero Coquelín la dió sangre y alma, la marcó con su sello genial, y la hizo vivir en la región serena del Arte. Hizo el tipo inmortal.

De Amicis, en su viaje á París, encontró un rostro movible, una cara proteica, rica en gestos, en expresiones, en muecas. La máscara de la Comedia no había encontrado carne más dócil en que amoldarse. Las pasiones humanas no hallaron nunca intérprete más fiel que aquella cabeza, viva y enérgica, iluminada por quién sabe que luz interior que brotaba de los ojos pequeños y penetrantes; ojos que dardeaban al mirar como si se empeñasen en absorber la vida al rededor suyo, ojos escépticos que analizaban con cierta burla ligera y elegante, como habituados á sorprender secretos. El escritor italiano, lleno del entusiasmo de su raza, estudió con una minuciosidad encantadora, todo el complicado mecanismo de ese semblante animado por un espíritu exquisito y observador, que logró dominar de modo tan perfecto la exteriorización, la forma, la gama infinita de las emociones.

Esa cara pertenece al excelso actor francés, el artista más refinado quizá en el arte dramático moderno, á Coquelín.

No es hermoso: tiene la boca expresiva; pero grande y de labios delgados, la nariz chata, incorrecta, chistosa casi, casi ridícula; nariz de guardarropía que ha sido inspiradora de epigramas y sarcasmos, los ojos hermosísimos pero pequeños, y el conjunto en fin, tosco y de líneas duras y vulgares. Ah! pero qué sugestivo, qué cambiante, qué exacto, lo mismo en la alegría que en la pena, en la cólera que en la desesperación. Ante las miradas absortas se transforma, se vuelve clásico, estatuario, bello; muda sus contornos, modifica sus rasgos, corrige su perfil y pone el alma entera, ya triste ó ya regocijada, en aquellas facciones que de súbito se hermosean. La cara de Coquelín es la primera del siglo. Ha vencido á la naturaleza. Con la mímica se ha adueñado de la Plástica.

Esa cara se puso la nariz de Cyrano, y el espíritu del truhán gascón llenó el teatro francés y luego se puso á viajar por Europa.

Rostand es un gran poeta; Coquelín es Cyrano.

***

Los telegramas anuncian, tristemente, la enfermedad del blanco é ideal anciano que reparte á muchos millones de seres, la esperanza del cielo. El viejo Papa se acerca á la muerte, manso de espíritu y limpio de corazón.

Y, al pensar en esto, recuerdo la fugitiva visión que atraviesa por un libro de Bourget, de un modo sobrenatural, en un jardín melancólico y desierto:

«.... Vió un viejo encorvado, cuya sotana blanca brillaba sobre el manto rojo y que se apoyaba, con un brazo, en un prelado de su corte, y con el otro en uno de sus oficiales. Pudo estudiar el delicado perfil del Soberano Pontífice, que se detuvo ante un cuadro de rosas á hablar familiarmente con un jardinero arrodillado. Vió la sonrisa infinitamente indulgente de aquella boca espiritual, el brillo de aquellos ojos que parecen justificar el *lumen in cœlo*, aplicado al sucesor de Pío IX por una célebre profecía. Vió la mano venerable, aquella pálida mano diáfana que se levanta para dar la bendición solemne con tanta magestad, dirigirse á una rosa amarilla, y tocar la flor sin cortarla, como para no matar una débil criatura de Dios. El viejo Papa aspiró un segundo la rosa y volvió á dirigirse hacia el carruaje, cuya silueta se distinguía vagamente por entre las verdes encinas....»

Luis G. Urbina.

Política General.

RESUMEN. —La situacion en Filipinas.—Americanos y Tagalos.—Noticias contradictorias.—Hordas y ejercitos. -Protoplasmas de paises.—El porvenir del Archipielago y la politica americana.—La dimision del gabinete de Sagasta.—La ley de indemnidad.—¿Quien sera el sucesor? -los conservadores y Silvela.—Las agitaciones de Paris.—El fracaso de un motin.—La bancarrota de Deroulede.— Los monarquistas sin prestigio. -Nuevo triunfo de la Republica.—Conclusion.

Dos son las fuentes de información que nos proporcionan noticias sobre la situación de Filipinas: las notas oficiales y semi-oficiales de los jefes y corresponsales americanos, y las que provienen de orígen insurrecto; las que suministra á la prensa el gobierno de Washington, y las que dan á los periodistas extranjeros las juntas y agentes filipinos de Europa y de Asia. Entre estas informaciones contradictorias, entre estas corrientes de opuestos intereses y contrarias tendencias, cuesta trabajo entresacar la verdad y formarse idea cabal del verdadero estado por que atraviesa el Archipiélago, rotas las hostilidades entre las huestes tagalas y los soldados de Ottis.

Como si bastara estampar una noticia en la prensa de gran circulación, para mover los grandes resortes de los gabinetes é inclinar á los gobiernos en favor de ese protoplasma de nación que tiene su asiento en Malalos, en favor de ese embrión de república que extiende sus ramificaciones por las Islas Vizayas, empéñanse los encargados y representantes de la insurrección en pintar sus hazañas con vivos colores y recargar la actitud de los americanos con perfiles sombríos y siluetas tenebrosas.

Ellos, que apenas se distinguen de la horda salvaje en ciertas condiciones, por ciertos matices; ellos, que por un fenómeno extraordinario acaban de salir del estado semi bárbaro; ellos, que no ha mucho sólo sentían sobre su frente la mano del fraile y sobre sus espaldas el látigo del capataz, quieren ofrecerse ahora á los ojos del mundo como los campeones de la civilización, como los adalides del progreso, como los corifeos del sentimiento humanitario, y lanzan sobre sus enemigos el estigma de la reprobación universal. Faltan á la fé pactada, se desligan de las leyes de la guerra, rompen los principios generales que obligan á las naciones en sus luchas, esgrimen el puñal, agitan la tea fatídica del incendiario, y hablan después pomposamente de libertad y democracia, altísimas palabras que no pueden comprender esas masas ciegas que guían unos cabecillas ambiciosos.

***

Y la lucha se ha hecho sangrienta; á la resistencia tenaz de los unos, ha correspondido el ataque violento de los otros. Un montón de escombros humeantes, en las aldeas que rodean Manila; rojas manchas de sangre en el suelo filipino; la conquista de Ilo-Ilo; la sumisión de la isla de Negros y la rendición de Cebú, han sido los primeros resultados de la campaña en favor de los americanos. Vigilancia constante entre los soldados de Ottis; una línea de más de veinte millas que hay necesidad de cuidar para evitar una sorpresa; luchas diarias; combates incesantes en un clima abrasador y bajo un cielo de fuego; la astucia primitiva, la infidelidad oculta, la emboscada traidora, y un heroísmo salvaje: esos son los obstáculos que han detenido á las huestes de la República del Norte, y han impedido hasta ahora é impedirán por mucho tiempo la sumisión de los rebeldes.

***

Entre tanto, los escrúpulos que habían tenido los republicanos se disipan poco á poco; los obstáculos que habían levantado los demócratas se vencen con facilidad; la oposición al programa expansionista de Mc Kinley, abierta en las cámaras y en la prensa, se desvanece lentamente. Después de la aprobación del tratado de París por el Senado, que significa la aceptación de cargas formidables y deberes sagrados, ante la historia y ante la humanidad, se aprueban los proyectos de ley para la indemnización que ha de pagarse á España y para el aumento de la marina y del ejército, tras acaloradas discusiones y transacciones insignificantes con los opositores.

Si el Archipiélago Magallánico se ha de convertir en verdadera colonia, á cuyo efecto se harán enmiendas á la constitución de los Estados Unidos; si se concede á los territorios anexados las condiciones de territorio federal, dando el carácter y las prerrogativas de ciudadanos americanos á todos sus habitantes, sean cultos, semicivilizados ó salvajes; ó si se sigue en Filipinas el mismo programa observado en Cuba, pacificar á las tribus rebeldes, domeñar á los altivos, educar á todos para el régimen del gobierno propio, y en tiempo no lejano manumitirlos para que constituyan una nueva nación independiente: cosas serán que habrán de resolverse en el gabinete de Washington, precidido por Mc Kinley ó por el que haya de sucederle, caso de que la fiebre imperialista decaiga y los comicios del año de 1900 den nuevos rumbos á la política americana.

***

Pero mientras llega ese momento, correspondiendo á las exigencias de la situación y contestando á los mensajes apremiantes de Dewey y de Ottis, allá van los transportes con nuevos refuerzos, fatigando las olas de los dos Océanos; allá van cruceros y acorazados para estrechar el bloqueo; y allá irán también buques de pequeño calado para penetrar por todos los estrechos y canales, por todas las radas y ensenadas que bordan las costas accidentadas del dédalo inextricable que se llama las islas Filipinas.

Abierta la campaña, iniciada la lucha, no creemos que haya algo capaz de detenerla. Nada valdrán los extraños auxilios que de los pueblos comarcanos reciban los insurrectos. Nada significarán las llamadas intervenciones extranjeras, de las que tanto se ha hablado, pero que hasta ahora no aparecen. Se perseguirá con mano firme el filibusterismo, se procurará que los tagalos y vizayos queden reducidos á sus propios recursos, y remontados en los bosques, ocul-

tos en las selvas enmarañadas, parapetados detrás de las montañas, resguardados por sus lagos y pantanos, habrán de ceder, al fin, á una fuerza superior.

Pero hasta entonces ¡cuántos sacrificios impuestos al pueblo americano! ¡cuántas vidas inmoladas! ¡cuántas riquezas perdidas! ¡cuántas energías agotadas contra esas masas informes que anhelan libertad, por más que no estén en sazón para alcanzarla!

* * *

Abiertas las cortes españolas y solicitada por la corona la ley de indemnidad por la cesión de las Islas Filipinas en el tratado de París, ha podido la oposición conservadora ligada con disidentes liberales, segregados del grupo fusionista, contrarrestar la influencia del gobierno, sobreponerse á su antes abrumadora mayoría, y desechar por ende la ley sometida á la deliberación del parlamento. Suspendida la discusión, el señor Sagasta ha pedido la disolución de las cortes, y en caso de no ser aceptada esta medida por la Reina Regente, se retirará del poder, dejando el lugar al partido que obtenga la confianza de la soberana.

Nuevos rumbos para la política española anuncia la presente crisis. El jefe de la fracción liberal que ha dirigido la nave del Estado en medio de tormenta deshecha, el señor Sagasta que aceptó una situación difícil, en Octubre de 1897, cuando las colonias rebeldes imponían á la metrópoli cruentos sacrificios, y amenazaban hundir al país en guerra extranjera, se retira hoy de la escena política, después de haber sido arrollado por una fuerza superior incontrastable.

Desde que ocurrieron desavenencias en el gabinete por la renuncia del general Chinchilla, gobernador militar de Madrid, á quien quiso sostener el ministro de la Guerra, general Correa; desde que Gamazo se separó de su puesto, dejando la cartera de Fomento, y López Puigcerver, tuvo que abandonar sus proyectos hacendarios, estaba planteada la crisis; pero con gran habilidad había sorteado todos los escollos el jefe del partido liberal y conjurado todos los nuncios de tormenta.

El voto de confianza que le ha negado el parlamento lo deja sin su antiguo prestigio; y si la Reina no le renueva sus poderes para disolver las actuales Cortes, es segura la caída del gabinete Sagasta.

¿Quién habrá de sustituirlo?

Silvela, que en solemne discurso político ha inscrito en su programa la completa sumisión al Vaticano, y encarna por tanto la reacción, ¿será el llamado á formar nuevo ministerio? Quién sabe, pero la fracción que acaudilla el *leader* conservador es la única que tiene probabilidades de organizar un nuevo gobierno responsable. A él tocará entonces la ardua tarea de reconstruir el país después de la inmensa catástrofe que acaba de sufrir.

* * *

Bien decíamos que más que nunca estaba firme la República Francesa sobre sus cimientos de granito. Bien hacíamos en tener plena confianza y fe consoladora en que, al hacerse la transmisión pacífica del poder, por la muerte sentida de M. Faure, todas las maquinaciones de los que trabajan en la sombra contra la democracia y todas las agitaciones de los que intentan destruir el régimen constitucional existente, se habían de estrellar contra la roca dura en que asentaron la República sus ilustres fundadores.

Después de todas las amenazas de los agitadores, que pretendían aprovechar las pompas solemnes en los funerales de M. Faure, para sus obscuros manejos, he aquí el resultado final: dos diputados presos, de los cuales se ha pedido ya el desafuero á la representación nacional; un motín que aborta; un general honrado que sabe cumplir con su deber; un montón de retratos y medallas del Duque de Orleans que dan mucho que reir; un susto extraordinario en el aristocrático barrio de San Germán y un aplauso unánime en las filas republicanas y en las masas populares.

* * *

Juzgó Paul Deroule de fácil empresa conquistar una brigada; habló al general Roget para que se posesionara del palacio del Elíseo y arrojara de ahí al nuevo presidente, al golpe de sus bayonetas; se encontró con un soldado de honor; su arenga patriotera se perdió entre los gritos del bulevar, y hoy se envanece de su hazaña callejera en los calabozos de una prisión militar.

El mismo Duque de Orleans, pretendiente romántico al trono de Francia, que va de Bruselas á Turín y de Turín á Bruselas en incesantes excursiones, el mismo príncipe trashumante ha tenido que desautorizar la desgraciada y poco graciosa aventura, y desaprobar los torpes manejos de su oculto partidario, pecador impenitente y actor principal en la zarzuela del general Boulanger, que hablaba hoy—¿quién lo creyera? en nombre de la Liga de los Patriotas.

Los agentes de la autoridad en constante vigilancia han sabido romper esa Liga y otras varias. Acudieron á tiempo á sofocar la conspiración; hicieron fructíferas visitas en los domicilios de personajes reconocidamente monarquistas; tomaron posesión de documentos interesantes, que formaban la trama en esta maquinación frustrada, y dispersaron á los agitadores, como aristas que lleva el vendabal.

SR. INGENIERO FLAVIO DESSY.
[Véase la página 188].

* * *

Si mayor importancia hubiera tenido el complot, mayores energías habría desplegado la autoridad para sofocarlo en su cuna. Ha bastado una intervención mesurada para evitar todo peligro á la República.

Después de este incidente, cuán magestuosa será su marcha y con qué ingente patriotismo, libres de esos estorbos, podrán dedicarse los encargados de velar por la seguridad en el interior y en el exterior, á su verdadero engrandecimiento! Cultivarán cuidadosamente las tendencias pacíficas que se notan en Berlin, para hacer olvidar viejos rencores; se prepararán con toda energía á cualquier evento que pudiera surgir del otro lado de la Mancha; procurarán en el orden legal hacer que brille la justicia en el embrollado asunto Dreyfus, que tan contrario ha sido á los legítimos intereses de la patria francesa; y firmes, serenos y tranquilos, llegarán al fin esplendoroso del siglo, abriendo al universo los opulentos salones de la Exposición, para congregar en el gran certamen á todos los pueblos, unidos, siquiera sea por un momento, en abrazo fraternal y entonando juntos el himno de la paz y del progreso.

Marzo 3 de 1899.

[illegible]

LA EXPOSICION

DE

BELLAS ARTES.

Camilo Saint Saenz dice en alguna parte hablando de arte en general y de pintura en particular: «Para el público el asunto es todo, para el artista lo principal es la manera de tratarlo.» Ya Haydn había afirmado que, en música, el tema es lo de menos y el *tratamiento* es lo importante; que con un tema cualquiera se puede hacer buena música si se le sabe *tratar* y que resulta desastroso, por bueno que él sea en sí mismo, si no se le encuentra tratamiento adecuado. Según esta doctrina, sobre el tema de «La Paloma» ó del «Pica Perico» se puede escribir una Quinta Sinfonía de Beethoven.

Esta extravagancia revela la pasión de los artistas por la técnica, por el mecanismo, por el tratamiento, y la propensión de posponer la obra misma al *modo* y *manera* de ejecutarla ó realizarla. El maestro de piano de un amigo mío le dejó un día, como ejercicio, una escala diatónica ascendente y le dijo: «volveré dentro de tres meses y si ya la ejecuta usted con verdadero mecanismo, pasaremos á otros ejercicios.» A ese paso la vida es un soplo y sólo Matusalem puede aspirar á ejecutar con *buen mecanismo* las danzas de Ascorve ó las mazurkas de Alejo Infante.

Otro ejemplo: admiraba yo y elogiaba en los salones de San Carlos, un primor de acuarela de Gamba, una virgencita con el niño en los brazos, dulce, tierna, divina, con unos ojos profundos, azules y apacibles como el cielo, llena de vida, de juventud y amor; una voz fría, menospreciativa, seca y cortante como el acero interrumpió mis ditirambos y dijo: «Eso no vale nada; tiene toques de *gouache*.» El feliz poseedor de la acuarela bajó la cabeza agobiado, entristecido y decepcionado y yo abrí desmesuradamente los ojos, asombrado de aquel género de crítica, contundente entre los del oficio. Para ellos el acuarelista está obligado, so pena de deshonra, á no usar otro blanco que el del papel; quien echa mano del albayalde para acentuar un toque de luz, para acusar un contorno, para avivar un lineamiento, no es acuarelista, ni artista, ni pintor, ni nada; convicto de delito de *gouache* queda inscrito en el índice é incurre en anatema. ¿Que la obra queda más bella? ¿que el trabajo resulta más perfecto? ¿que la ilusión es más completa? No importa; se han violado los principios, y ya se sabe que es preferible perder las colonias.

La exajeración del mecanismo y de la técnica, conducen á la extravagancia y ésta se manifiesta en el colorido lo mismo que en el toque. Así por ejemplo, pintores hay que todo lo pintan azul ó verde ó color de rosa; cielo, tierra, plantas, animales y personajes todo resulta impregnado de jugo de sandía, de zumo de naranja ó de cosa así. Serra, exhibe dos cuadros, el uno, «Roma» es todo rosa; el otro, «El espejo de Diana» es todo ocre. Este pintor tiene un talento enorme y el rosa uniforme de su «Roma» encuentra explicación en la hora crepuscular, y el ocre del «Espejo de Diana» no choca ni ofende porque imita una pintura á la sepia. Pero qué decir de «La Nube de Verano» de Alperiz, pintada toda con *chile* de menta, ni de «Los fuegos de Artificio» de Gumery, coloridos con pulque de Aurora?

Crearse una dificultad y tratar de resolverla: tal parece ser para muchos el ideal del arte, y por ese camino se llega rectamente al amaneramiento ó al efectismo. Al efectismo como en «La Nana» de López Cabrera, en la que por pintar un grupo de cabezas iluminadas por una lámpara, el artista consiguió representar una lámpara iluminada por un grupo de cabezas. En donde estalla este efectismo amanerado con toda su extravagancia es en «La fiesta del Redentor en Venecia» de Villegas. El problema fué el siguiente, al parecer: pintar la obscuridad *alumbrada* á la vez por la luna y por farolillos multicolores. He aquí la solución: en un fondo absolutamente negro, se destacan, al fondo, un disco opaco de excelente crema que trae el agua á la boca, y en primer término, entre contornos vagos y lineamientos indecisos, varios racimos de frutas luminosas. Villegas cree haber conseguido su objeto, puesto que deja subsistir las tinieblas en noche de luna y salpimenta la obscuridad con puntos luminosos. La coincidencia de luna, tinieblas y farolillos, está realizada; pero el cuadro es detestable. Y para que se vea que no es lo principal en arte y en pintura la manera de *tratar* el asunto, sino también el asunto, basta cambiar el título del cuadro para que resulte aceptable. Llamándole «Apoteosis del Camambert,» todo se esclarece. El disco de crema sobre fondo negro, es el Camambert surgiendo del Caos; los lineamientos indecisos, las proas de las inciertas góndolas y éstas mismas, representan bastante bien un grupo de ratones regocijados; los farolillos venecianos en plena negrura, serían ojos de gatos en acecho, esperando que los ratones almuercen para empezar á comer y la verosimilitud se completa con el hecho de que el Camambert está ya medio roído.

Si del amaneramiento y del efectismo del colorido, pasamos al del toque, tendremos que ungir como pontífice al pintor Mas. Dios mío! qué catarata de brochazos, qué aguacero de pinceladas. Tal parece que el pintor riñe á pincelazo limpio con sus telas. De esta *riña y golpes* del pintor con sus cuadros, resulta á veces una impresión extraña: todo desequilibrado, inconsistente, movedizo, sin solidez ni apoyo. En su «Quinto del Ejército,» la campiña parece sacudida por un terremoto, las rocas se desploman, el sendero se retuerce, las colinas parecen sometidas á una presión interior, el suelo se agrieta, el quinto vacila y á mayor abundamiento las dos figuras del fondo de las que no se percibe sino el busto parece que se las ha tragado la tierra. Esta pintura podría denominarse «Sorprendidos por el terremoto» y resultaría admirable de vida, de movimiento y de verdad. Nueva prueba de cuanto la etiqueta influye sobre el valor de la mercancía.

En el «Perrito» del mismo autor hay el doble amaneramiento, el del toque y el del colorido; cada lana es un brochazo, ya verde, ya azul, ya amarillo, ya rosa, ya crema y de no llamarle «El perro guacamaya» pudiera llevar el nombre de «Perrito Serpentina.»

Si en algunos predomina el brochazo-cuchillada, inferido con sable de abordaje ó con navaja catalana, hay otros pintores que tienen preferencia por los instrumentos punzantes y que no acuchillan sino que picotean sus telas.

«La Noria» de Salvador Clemente y «Antiguos Amigos» de Federico Godoy están pintados con rueditas de todos colores y parecen hechos de aplicación con

confetti; hay en la «Noria» una vaca puntilleada de venturina que no hay más que ver.

Por último y siempre dentro del amaneramiento del toque, hay pintores que no punzan ni cortan sus telas sino que las apedrean. Las lamas que flotan en «El espejo de Diana» de Serra, son verdaderos pedruscos que levantan media pulgada sobre la tela; aquí la pintura pasa á la categoría de bajo relieve: las hojas de los árboles de Serra no son sino un mosaico de piedritas de hormiguero.

* * *

Estas tendencias del arte, que hemos ejemplificado, no constituyen defectos sino por su exajeración ó por su predominio exclusivo; pero hábil, sabia y prudentemente combinadas conducen á creaciones de alto mérito y de todo punto admirables. Tal es el Monaguillo de «Una Limosna» de Benlliure y Gil; hay en él verdad sin calca, mecanismo en el tratamiento del sobrepelliz, sin amaneramiento y hay psicología sana y posible, en la expresión regocijada, con sus puntas de infantil vanidad, de esa admirable cabeza de niño satisfecho y orgulloso de revestir un uniforme vistoso y de desempeñar un cargo público; lleno de vida y de inocente júbilo.

No es menos admirable la Cabeza de Anciana de Gedovius y puede que lo sea más. Una verdad asombrosa y palpitante informa toda la composición; la mano en que descansa la mejilla es de una realidad absoluta; con solo ella se pueden definir los setenta años de la mujer; el perfil es irreprochable y tal como corresponde al sexo y á la edad de la figura. En punto á expresión apenas puede ponderarse la que reviste la anciana: no se ven los ojos, por estar ella casi de espaldas, y sin embargo, se adivina la mirada profunda, severa y apacible; no se ve casi la boca y se discierne la vaga sonrisa, satisfecha y benévola de una abuela feliz. Hay no sé qué en la inclinación de la cabeza, en los lineamientos del perfil, en el carácter y la disposición de las arrugas, en el tinte de la tez, en el conjunto de la figura, que revela á la mujer que ha vivido, que ha gozado y sufrido, que ha luchado y triunfado, que ha sido madre y abuela; y de todo el cuadro se desprende la impresión tranquila y serena de quien ha aceptado el deber y lo ha cumplido, la severidad melancólica de quien ha conquistado la paz con sacrificios y de quien, llenada su misión sólo espera y anhela el supremo descanso. Y qué tratamiento! ni el colorido chillante, ni el pincelazo brutal, ni el dibujo extravagante y convencional. El pelo y el peinado, sobre todo, son magistrales y dan deseos de envejecer con esas canas. Omito, por no alargar más esta revista, el análisis de otros muchos cuadros que como «La Madona de las Lagunas Pontinas» de Serra, la «Santa Teresa» de Adolfo Lozano y otros más constituyen verdaderas joyas y han bastado á dar lucimiento excepcional á la Exposición.

* * *

Pero si algunos pintores han logrado fundir en un todo admirable y armonioso las tendencias que solicitan al arte moderno y crear, gracias á ello, obras maestras, hay otros y aun esos mismos en algunas de sus producciones, que exagerándolas y acentuándolas han producido pinturas no sólo discutibles sino inaceptables.

Hizo mal Gedovius, á quien no hemos escatimado los elogios y apenas le hemos hecho justicia, de lanzarse á la pintura de fantasía para probar que la tiene, sugerido por mezquinas hablillas que circularon contra su persona.

Su «Primavera» comparada con sus otras obras produce un doloroso contraste. Quiso fantasear porque le habían dicho que carecía de inspiración y que era tan sólo un buen retratista, y para probar, sin necesidad, su inspiración, se lanzó á componer un cuadro todo alegórico, que no se pareciera á nada y que ofuscara todo y no pudo sortear el escollo de la exageración y de la extravagancia que surge ante los que trabajan por vanidad y por apuesta y en el que suele encallar la nave de su reputación. Su «Primavera,» triste es decirlo, no es más que una escoba de varas en la que hacen gimnasia media docena de flores animadas.

«El Doctor Pierrot,» es también una creación incoherente y absurda, amanerada y extravagante. Según algunos, el pintor quiso explotar una idea profunda: Pierrot, el grotesco, el perverso, el bufón, ante la idea de la muerte. Esta hipótesis es insostenible y no concuerda con el título del cuadro. Aquella figura vestida de Pierrot, no es Pierrot mismo.

El tipo literario y teatral de Pierrot, enharinado, romo, mofletudo, debió haberse conservado si la idea era la de representar el tipo legendario y tradicional. En vez de eso el artista nos presenta un mexicano, moreno, sin pintar, y parecidísimo á persona conocida. La idea que surge luego es la de que no se trata de Pierrot sino de un individuo vestido de Pierrot. Los accesorios prueban que se trata de un estudiante de anatomía vestido de máscara. Hay en los muros mapas anatómicos, recargada contra la mesa la pipa tradicional de los estudiantes alemanes, la figura tiene en la mano un cráneo y lee un libro; la espada de taza y cruz y la capa de brega que están tiradas en el suelo no son atributos simbólicos de Pierrot: la terracota, el candelero, los libros, etc., revelan la época actual.

Es pues y quiso ser un estudiante de medicina vestido de Pierrot, es decir, que va ó vuelve de una orgía carnavalesca; y ya vaya, ya vuelva de ella, no se comprende que esté estudiando; si va, porque el estudio no lo prepara á divertirse y sobre todo se comprende mal que estudie ya disfrazado, y si vuelve, porque lo lógico no es que estudie, sino que descanse y duerma. Y luego; qué estudiantes hay que estudien en Febrero? eso no se ha logrado ni con los semestres!

Resulta, pues, la concepción, incoherente, absurda, incomprensible, un verdadero rompecabezas por exceso de simbolismo. En cuanto á la ejecución no nos parece aceptable. Pierrot viste de papel ministro, tan duros, rígidos é inflexibles así son los paños; no hay colorido ó casi no lo hay, ni claro obscuro, salvo algunas manchas de tinta que simulan sombras en el traje, y los accesorios son incoherentes como la pipa alemana, la espada de taza y cruz y el percal de brega.

Vuelva sobre sí el estimable artista: que le conocemos bastante para afirmar que le sobran ciencia, talento y amor al arte y que es capaz de hacer mejor.

* * *

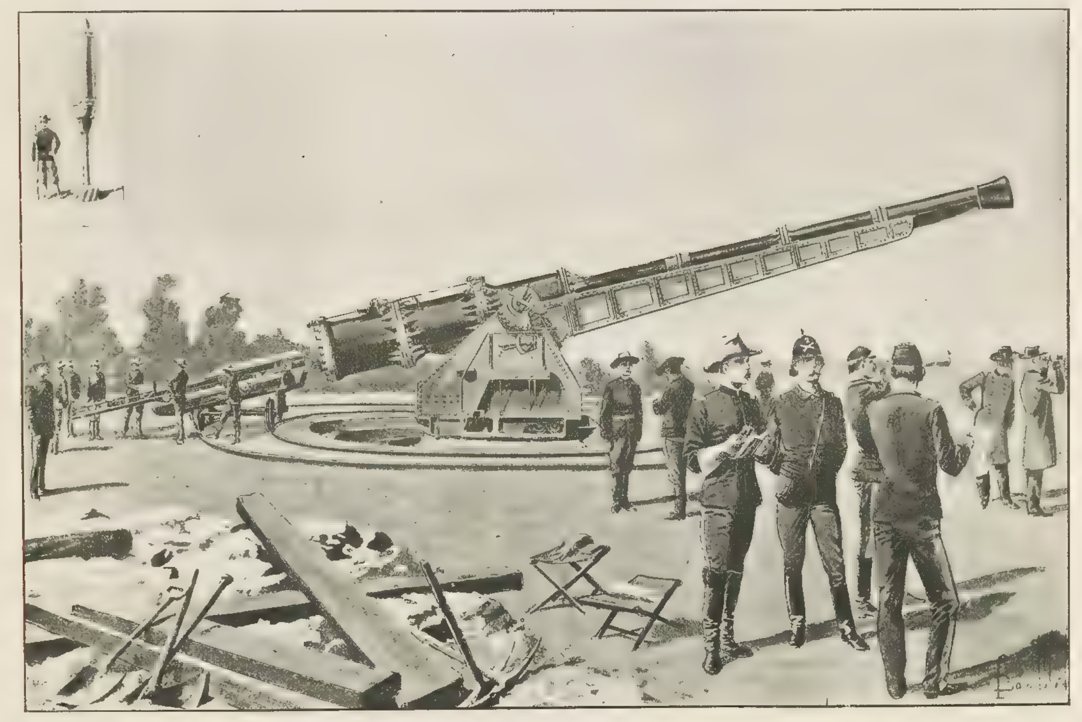
En suma y á pesar de algunos lunares inevitables en una exhibición tan profusa, la Exposición resultó lograda y con la creación de la sección extrangera, marca el principio de una nueva era para el arte nacional.

Dr. M. Flores

El nuevo cañón del Puerto de New York.

Los americanos aprovechan las enseñanzas de la guerra con España y han consagrado una buena parte de sus esfuerzos á la defensa de las ciudades del litoral.

Ultimamente ensayaron en Fishers Island un cañón enorme que será uno de los más poderosos guardianes de la ciudad y puerto de New York. Fué construído por la «Dixon Manufacturing Co.» de Scraton, Pa. Tiene un calibre de 15 pulgadas y 50 piés de longitud, pudiendo enviar á una distancia de 5 kilómetros un proyectil de 500 libras de nitro gelatina que abarca una zona de destrucción de 100 metros en derredor del punto de choque. Para apreciar el efecto de este explosivo, basta decir que 100 libras de él, levantan en el mar una columna de agua, alta como los más altos edificios de New York.



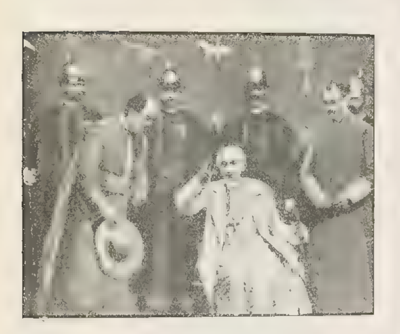
NUEVA YORK.—El nuevo cañon con proyectiles de nitro gelatina, medio poderoso de defensa adoptado para los puertos de los Estados Unidos.

S. S. LEON XIII EN EL VATICANO.

El Santo Padre profesa íntima y cordial aversión á la fotografía, y durante muchos años no se ha visto una cámara fotográfica en el Vaticano. Como buen inglés Mr. W. K. L. Dickson, al fin obtuvo el permiso para retratar á S. S. después de muchos meses de constantes esfuerzos. Las vistas y retratos que sacó, y que forman esta plana, merecieron la aprobación de S. S. y más tarde las aprobaron también el Cardenal Gilbons y Monseñor Martinelli.

San Pedro. Vista tomada desde una de las ventanas de la habitación de S. S. León XIII.

El Papa León XIII paseando en los jardines del Vaticano en compañía de su sobrino el Conde Pecci á quién S. S. distingue con especial afecto.



S. S. León XIII bendice las fotografías de Dickson cuando éste se las presenta.

Retrato de S. S. León XIII. Es el último que se ha tomado hasta la fecha.

«Hace calor» dijo el Papa al tomar asiento para que lo retratara Mr. Dickson.

El Papa en su coche oficial. Para tomar esta fotografía se abrió el coche, cosa inusitada, pues S. S. siempre pasea en su coche cerrado.

Jardín del Papa. La calle de la derecha junto al muro es el camino favorito de S. S. cuando sale, para hacer ejercicio.

«Hagamos algo por él» dijo el Papa y echó á andar delante de Dickson y del fotógrafo.

«Sentado ó de pié?» preguntó el Papa. «Sentado? Muy bien.» Con la mayor finura accedió á todas las indicaciones que le hizo Dickson para el mejor éxito de esta serie de fotografías.

«Estoy á sus órdenes» dijo el Papa con amabilidad. El Conde Pecci, sobrino del Papa, está á su izquierda. Las otras dos personas son el Conde Solerini y Monseñor della Volpe, de la Corte Pontificia.

El Ferrocarril de Klondike.

Shagway, al pié del Paso Blanco, es el punto marítimo terminal del Ferrocarril de Klondike que conduce á los placeres de oro. No podía escogerse mejor ruta, ni puerto más accesible para ir de Victoria, Vancouver y de los puertos americanos de Puget Sound.

No obstante las grandes dificultades de la obra, se ha construido ya una buena parte de la vía herrada.

Ante todo era preciso destruír el obstáculo que oponía la gran roca Porcupine, cerca de Paso Blanco. Los grabados de abajo dan una idea de lo que era ese obstáculo, y como cayó á impulsos del trabajo y de la energía de los «prospectors.»

Todo es factible para el hombre que no se amilana y antes acomete con brío una empresa sembrada de dificultades, y esto que es verdad innegable tratándose de la humanidad en general lo es más aún si tenemos presente lo que es un aventurero anglo-sajón.

En Klondike: Puesto de Policía en White Horse y tranvía en el Cañon Miles.

Este es el principal desembarcadero para los vapores que surcan el Yukon.

Ferrocarril de Klondike. Barrenando una roca para tender la vía.

La primera locomotora franqueando el paso abierto por la dinamita.

El primero de los grabados representa el Puesto de Policía y el desembarcadero, frente «á los rápidos» de White Horse: es de verse el tranvía de madera por donde transitan los pasajeros y que conduce los equipajes y mercancías, evitando el único trayecto peligroso para la navegación en aquellos lugares.

Este es el camino por donde se establecerán las comunicaciones con la región del Yukon.

"Don Quijote" en Inglaterra.

Refieren algunos libros viejos una anécdota que casi se ha hecho popular; aquella donde se cuenta que hallándose Felipe III asomado á un balcón del alcázar de Madrid, vió que por las alamedas del Campo del Moro, paseaba un estudiante leyendo un libro con extraordinarias señales de alegría, riendo á carcajadas y expresando con sus movimientos todos, el regocijo que la lectura le causaba. «Aquel estudiante—dijo entonces el rey—está fuera de sí ó lee la historia de *Don Quijote.*» Por obediencia ó adulación, bajaron los cortesanos á confirmar la sospecha y hallaron que el estudiante leía el *Quijote.* Sea ó no verdadero, el caso revela perfectamente el concepto que ya entonces se tenía de la obra, pues con sólo ver reir á un lector podía ocurrírsele á cualquiera que estaba leyendo el *Don Quijote.*

Hermana de esta anécdota debe considerarse la siguiente que es inglesa. El conde de Oxford, tesorero de Jorge I, preguntó en cierta ocasión al poeta Rowe, hombre ambicioso, si entendía la lengua española, y el interrogado respondió negativamente. Mas imaginando luego que tal vez pensara el magnate hacerle embajador ó confiarle una misión extraordinaria en la corte de Castilla, añadió: que si no sabía español, tardaría poco en saberlo. Aceptó el conde su propósito y al cabo de unos cuantos meses se le presentó el poeta diciendo muy ufano: «Ya comprendo el español perfectamente,» y cuando esperaba que le encargasen de alguna misión honrosa y lucrativa, oyó que el tesorero se limitaba á decirle: «Dichoso vos, que podéis entender y saborear en su original la admirable historia de *Don Quijote de la Mancha!*»

Puede que estos dos casos no sean ciertos, sino imaginados; pero sirven para demostrar que no mucho tiempo después de su publicación, se comprendía lo mismo en Inglaterra que en España la obra del cautivo de Argel. Por esto dijo D. Martín Fernández de Navarrete, que ninguna nación extraña ha igualado á Inglaterra en apreciar el mérito de Cervantes, y sin ser erudito puede cualquiera citar, además de muchas traducciones, obras enteras, juicios extensos y frases aisladas que lo prueban.

Basta recordar á Juan Bowle, pastor de la parroquia de Idemostone, que fué quien primero acometió la colosal empresa de comentar y anotar el *Quijote,* interpretando lo que le parecía obscuro, explicando el sentido de algunas citas y alusiones literarias y formando una lista de cuantos nombres propios hay en la obra, en todo lo cual empleó catorce años, prueba de entusiasmo por Cervantes, á quien llama «honor y gloria, no sólamente de su patria; pero de todo el género humano.» A dar idea de cómo realizó Bowle aquella abrumadora labor, bastará decir que se leyó entero el *Amadís de Gaula* para convencerse de la afirmación de Cervantes, cuando dice que al escudero de *Don Galaor* no se le menciona en aquel larguísimo libro más que una sola vez.

Otro inglés, sir Guillermo Temple, declara que Cervantes «llegó á una altura á que nadie ha llegado ni llegará probablemente.» En una palabra, la admiración á Cervantes ha sido tal en algunos hijos de la Gran Bretaña, que uno de ellos, llamado Inglis, emprendió con la fidelidad y exactitud posibles el mismo viaje durante el cual sucedieron á *Don Quijote* sus célebres aventuras.

Mucha filosofía hace falta para indagar las causas por que Cervantes y su libro son tan estimados de los ingleses, gente de raza y condición en tal grado contraria á la nuestra, que parece haberse impuesto por misión no desperdiciar coyuntura de hacernos daño. Lo cierto es que en la política de Inglaterra, desde los tiempos de Felipe II hasta la guerra de sucesión, y desde la sorpresa de Gibraltar hasta el presente, ha prevalecido siempre el deseo de debilitar á España para que nunca pueda tener en el Mediterráneo la fuerza y la importancia á que le da derecho la naturaleza. La única vez que Inglaterra nos favoreció, y harto cara nos costó su ayuda, lo hizo por odio á Napoleón. Cuando somos vencedores, como en Africa, nos detienen, estorbándonos llegar á Tánger; cuando vencidos como ahora, prestan apoyo á nuestros enemigos. Y sin embargo, ese pueblo, de cuya malquerencia tenemos tantas y tan tristes bruebas, es el que más ha traducido y celebrado aquel libro sin par donde, bajo lo esencialmente humano, palpita lo peculiarmente español. Y no se diga que Inglaterra admira en él sólo la triste ironía á que se presta, y el amargo humorismo que se desprende de la vida de aquel pobre caballero siempre enamorado de la justicia, que es su verdadera Dulcinea, y siempre apaleado, porque la prueba de que *Don Quijote,* además de hombre, es español, está en que ni la razón concibe, ni la fantasía imagina que pudiera ser tan real y verdadero como es, en ninguna otra tierra que la nuestra. Suponed á Don Quijote italiano, y será acaso más culto y de más refinados gustos; pero menos varonil y enérgico; imaginadlo francés, y no le veréis morigerado y casto; figuráoslo alemán, y perderá sobriedad y finura: hacedlo inglés, y aunque conserve toda su fuerza cómica, tendrá *sentido práctico* y perderá la grandeza moral que le hace amar la gloria por sí misma. Malos tiempos son estos para ensalzar á *Don Quijote,* que en cada combate por lo ideal quedaba molido á coces y puñadas; pero permítasenos afirmar con orgullo que el Caballero de la Triste Figura es español de pura raza, y creemos, complaciéndonos en ello, que quienes mejor le comprenden en Inglaterra no son los políticos de oficio, sino los filósofos y los literatos.

A esta escogida minoría, que á larga en todas partes impone su criterio, pertenece sin duda Mr. Jaime Fitzmaurice-Kelly, caballero inglés que acaba de hacer en Edimburgo una hermosa edición castellana del *Quijote,* lujosamente impresa, que ha de constar de dos tomos en cuarto mayor, de los cuales se ha publicado el primero.

Sin afirmar que pueda considerarse como definitiva, nos atrevemos á decir que esta edición es de las mejores que se han hecho, y que la notable y erudita *Introducción* de que va precedida será objeto de grandes discusiones y diversos juicios, todos los cuales habrán de coincidir en que su autor ha hecho un estudio tan concienzudo de la obra que, si llevado á cabo por un español habría de ser mirado con respeto, tratándose de un extranjero es digno de nuestra gratitud.

En este interesantísima *Introducción,* partiendo de la base, ya indiscutible, de que hay dos ediciones de la *Primera edición* del *Quijote* hechas en Madrid, una impresa en 1604 (publicada en 1605) y otra impresa y publicada en 1605, el autor afirma y sostiene que el texto de la primera es el que se debe considerar como más puro; mejor dicho, el que, purificado mediante minuciosa observación y análisis, puede ser más fiel

al espíritu de Cervantes. He aquí las razones que aduce.

Dice que «sin recursos suficientes para publicar el *Quijote* por su propia cuenta, Cervantes vendió los derechos de autor á Francisco de Robles, librero del rey. Robles envió el manuscrito á la imprenta de Juan de la Cuesta, y acabado de estamparse el 1 ° de Diciembre de 1604, debió de salir á la venta á principios de 1605.» Esta edición, como saben todos los bibliófilos, es muy mala, inferior á otras hechas por el mismo librero; clara señal de que no confiaba en el resultado de la empresa, lo cual se prueba recordando que Robles no sacó privilegio mas que para Castilla. Viene en seguida el éxito de la obra, dada la época, asombroso, y los editores, aprovechándose de la tacañería de Robles, se apresuran á reimprimirla. En Lisboa se hacen dos ediciones el mismo año de1605 y el propio Cervantes habla de una edición barcelonesa, cosa muy fácil de creer, porque había editores catalanes tan activos como Sebastián de Cormellas, que por costumbre reproducía, dentro del año de su publicación, toda obra que alcanzaba fama rápidamente. Escarmentado Robles, sacó privilegios para Aragón y Portugal, preparando la segunda edición legalmente autorizada. La priesa con que se hizo esta segunda edición está demostrada por dos erratas de bulto que hay en la misma portada. Cervantes, añade Fitzmaurice-Kelly, no tenía parte en este asunto, pues vivía en Valladolid, y además, en aquella época, luego de vendidos sus derechos, los autores para nada intervenían en la suerte de sus obras. Ello fué de modo que si la primera impresión tuvo errores, los de la segunda, hecha con mayor precipitación, fueron más numerosos. Para demostrarlo trae á plaza el autor de la *Introducción* observaciones muy atinadas, viniendo á parar en que el único texto de autoridad que tenemos es la primera de las dos ediciones de 1605 de Madrid, la *editio princeps*. «Esta, añade, como las demás, no tuvo la ventaja de imprimirse bajo la inspección del autor, y puede ser que el copiante y el impresor se equivocaran. Para esto no hay remedio. Lo que sí puede remediarse es la injusticia cometida con Cervantes atribuyéndole absurdos que jamás escribió.» Cree Mr. Fitzmaurice-Kelly que estos absurdos provienen en parte de la primera edición y en mayor medida de las correcciones mal hechas y desacertados variantes de las ediciones sucesivas; por lo cual, para la presente ha considerado que lo más seguro, con objeto de restablecer el texto en toda su integridad, era atenerse al de la primera edición, no admitiendo enmienda alguna, por hábil que parezca, cuando exista presunción racional de que Cervantes escribió la palabra ó frase del texto primitivo. En el curso de las pruebas para llegar á esta afirmación, Mr. Fitzmaurice-Kelly critica y censura con no poca dureza á Clemencín, á Hartzenbusch y á la Academia, cuyas ediciones del *Quijote* arrancan, no de la primera de 1605, sino de la segunda y posteriores; por ejemplo la de 1608, que, sin fundamento, se supone revisada por Cervantes.

Ello es, en fin, que como resultado de la comparación entre la primera y siguientes ediciones del *Quijote* surge esta nueva impresión, donde hay multitud de correcciones lógicas, alteraciones que por ser de sentido común son mejoras, variantes de importancia indicadas en notas y hasta episodios, que en otras impresiones van en el texto, puestos en apéndices, como, por ejemplo, el robo del rucio, que en la primera edición no se menciona y que Cervantes repudia en dos capítulos de la segunda parte.

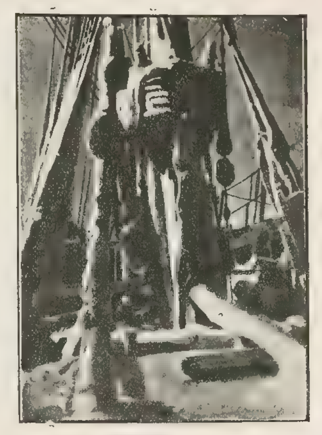
Basta lo dicho para dar idea de las cualidades de laboriosidad é ingenio, de constancia y perspicacia que este trabajo supone. Claro está que no todo lo que en él se sienta y defiende tendrá indestructible fundamento; pero en totalidad y conjunto el trabajo de Mr. Fitzmaurice-Kelly ha producido una edición del *Quijote* tan importante como las de Bowle, Tonson, Pellicer, Clemencín y la Academia, á las cuales corrige y mejora en muchas ocasiones. Sobre todo, esto, hecho por un extranjero y por añadidura inglés, viene á ser una muestra de simpatía á España.

Seamos, pues, justos saludando á Mr. Fitzmaurice-Kelly con respeto por el mérito de su trabajo y agradezcámosle el cariño y el entusiasmo con que ha contribuido á la gloria del pobre Caballero de la Triste Figura; hoy más que nunca, aunque algunos reniegue de él, símbolo y cifra del espíritu generoso y noble de Cervantes y de la tierra que fué su patria.

Este entusiasmo por el *Quijote* que representa la edicion de Mr. Fitzmaurice-Kelly, es altamente consolador. Dominios, colonias, tierras, lo que se pisa y se palpa, cosas son que pueden perderse, sujetas al poder del más fuerte: mas las riquezas del entendimiento, los tesoros del ingenio, el encanto de la poesía, lo intangible.... ¿quién lo podrá robar?

JACINTO OCTAVIO PICON.

La gran nevada de Febrero de 1899 en Nueva York.



«EL GERMANIC,» VISTO DE POPA.

MUROS CUBIERTOS POR UNA CAPA DE HIELO.

ROCAS DE NIEVE EN UNA CALLE DE NUEVA YORK.

TRANVIAS ELECTRICOS CAMINANDO ENTRE LA NIEVE.

VISTA DE PROA DEL VAPOR «GERMANIC» A SU LLEGADA AL PUERTO DE NUEVA YORK.

LA GRAN NEVADA DE NUEVA YORK.

Pocas veces, acaso nunca, se había visto una tormenta tan terrible como la que comenzó en los Estados Unidos el 9 de Febrero, pues si el año de 1888 subió más la nieve, esta vez en cambio el frío fué de una intensidad insoportable, y en algunos lugares de Luisiana y Florida, jamás había descendido tanto el termómetro.

Llegó á tal grado el rigor del frío, que una multitud de familias no teniendo en sus habitaciones aparatos de calefacción suficientes, se refugiaron en los hoteles, así como los habitantes de los barrios suburbanos, quienes temían aventurarse en lugares aislados.

La carestía de los combustibles y artículos indispensables para la alimentación fué excesiva y hubo lugares en que faltó por completo el carbón, y se dió el caso de que, en un tribunal hubieron de arder en la estufa los muebles y cuando se agotó el inusitado combustible, tuvo que suspenderse la audiencia.

Los pobres desprovistos de todo medio de subsistencia y defensa contra la inclemente temperatura, y á quienes se repartieron socorros, pasaban de sesenta mil personas, y es de observarse, que no eran esos todos los necesitados, pues la mayor parte de las víctimas, ó no conocían los medios de implorar la caridad munificente oficial y privada, ó se hallaban en tal estado que les fué imposible aventurarse fuera de sus habitaciones.

Las Sociedades de Caridad recibieron la ayuda eficaz de los particulares, y el Gobernador y el Departamento de policía, dieron instrucciones para que se asilara en los cuarteles y comisarías á todas las personas necesitadas de auxilio.

En cuanto á la suspensión de tráfico y perjuicios sufridos por las líneas de ferrocarriles, tranvías, cañerías de agua y gas, etc., son inenarrables y basta ver nuestro grabado para tener una idea de esa terrible nevada.

MEXICO ANTIGUO.

Las casas de Don Juan Manuel.

El aspecto que presentaban las calles de México recientemente consumada la conquista por los españoles, y aún en los años siguientes, era singular y hasta repugnante.

No había en ellas empedrados, ni banquetas, ni faroles, ni atarjeas. La tierra suelta, el agua corrompida corriendo con tintes tornasoles por enmedio del arroyo; las vacas y los cerdos vagando como si estuvieran en un egido: tal era el aspecto que tenían.

Las casas, unas enteramente acabadas, otras á medio concluir: entre unas y otras, solares cercados, en los que la hierba inculta, crecía anémica y amarillenta en terreno salitroso.

Y esto relativamente á las calles en que se puede asegurar que había limpieza. Muchas eran verdaderos muladares, limitados á uno y otro lado por humildes casas de adobe. En el centro ostentaban verdaderos pantanos de pútrido lodo y elevadas *cordilleras* de inmundos montones de basura, pletóricos de asquerosos gusanos y sucias moscas.... ..

¡Que no se diga que pintamos con negros colores aquellas viejas calles! Léanse las realistas páginas que nos dejó Don Francisco Sedano en su curioso libro, *Noticias de la ciudad de México*, y se verá que es poco lo que hemos dicho en comparación de lo que él consignó á cerca de las calles, y de la misma Plaza y Palacio de la capital de Nueva España.

No aspecto tan repugnante, pero sí á medio concluir sus edificios y con terrenos desocupados entre casa y casa, era el que presentaba á principios del siglo XVIII la entonces llamada *Calle Nueva*, después de *Don Juan Manuel*, por el célebre personaje que allí vivió, Don Juan Manuel de Solórzano; privado del Virrey que gobernaba á la sazón la Nueva España, influyente además por su fortuna, protagonista de una conseja popular en la que aparece ahorcado por los ángeles, y víctima en realidad de sus émulos y de la venganza de los Oidores que formaban la audiencia.

La tradición popular presenta á Don Juan Manuel de Solórzano como un monstruo, que noche á noche, con sangre fría espantable, asesinaba á las once en punto, á cualquier vecino que pasaba frente al zaguán de su casa: pero la historia ha demostrado que si Don Juan cometió un asesinato fué en defensa de su honra, mancillada cobardemente mientras él sufría las incomodidades de una prisión......

Pero la conseja y la verdad sobre el suceso, ya las hemos consignado en otro lugar, [*México Viejo*]; ahora sólo intentamos desvanecer un error muy común entre los eruditos callejeros.

¿Cuáles fueron las casas que habitó Don Juan Manuel en la calle que lleva todavía su nombre?

Cuando un fuereño cándido ó un excursionista *yanqui* hacen esta pregunta, los *cicerones* les señalan una de las dos casas marcadas hoy con los números 22 y 23 de dicha calle.

La ubicación del sitio que ocuparon las casas de Don Juan Manuel de Solórzano es exacta; es cierto que allí estuvieron, pues según testimonios de antiguos vecinos, *tras del convento de San Bernardo tuvo su casa habitación* el legendario Don Juan, aunque también construyó y poseyó muchas de las que entonces formaban la calle; mas en lo que sí calumnian á la verdad los citados *cicerones* es en afirmar que las casas números 22 y 23 son las mismas que habitó el ajusticiado por los ángeles.

Las casas de Don Juan Manuel de Solórzano fueron mandadas derribar por la Audiencia, cuando los Oidores misteriosamente ahorcaron á Don Juan que había asesinado al Alcalde Don Francisco Vélez de Pereyra, por haberlo hallado casi en los brazos de su adúltera esposa.

Derribadas las casas con el transcurso del tiempo, en el propio sitio y en el último tercio del siglo pasado, dos nobles y ricos personajes edificaron las suntuosas casas que hoy se encuentran allí.

La número 22 fué del Conde de la Cortina. Don José Gómez de la Cortina vino á México en 1737, donde hizo una gran fortuna, probó su nobleza, fundó un mayorazgo en 1778, obtuvo en 1783 un título de Castilla que le concedió Carlos III por Real Cédula de 16 de Enero de este año, y murió en 1784, legando su título de *Conde de la Cortina* á su sobrino Don Servando Gómez de la Cortina, quien á su vez lo legó á su hija única, Doña María Ana Gómez de la Cortina Rodríguez de Pedrozo, la cual se unió con Don Vicente Gómez de la Cortina, y fruto de este matrimonio fué Don José Justo Gómez de la Cortina, que nació en la citada casa número 22 de la calle de Don Juan Manuel, el 9 de Agosto de 1799, y heredó por último el mencionado título.

Don José Justo fué General, Académico de la lengua y de la historia, fundador de la Sociedad de Geografía, muy competente en ciencias físicas, severo crítico, anticuario, distinguido literato y sabio filólogo como lo demostró en muchos y correctos estudios que dió á la estampa, en no pocos que dejó manuscritos, y en su clásico y erudito *Diccionario de Sinónimos Castellanos*. Murió el 6 de Enero de 1860, y su cadáver embalsamado, se sepultó en la Capilla de la casa de de las *Hermanas de la Caridad*, en cuya fundación tanto trabajó su familia.

Respecto á la casa número 23 de Don Juan Manuel, notable por su arquitectura, característica del estilo que predominó en México á fines del pasado siglo; con su mirador de azulejos, sus monumentales barandales y rejas, sus muros de *tetzontle*, sus canales en forma de cañones, sus puertas claveteadas y ostentando sendos aldabones, fué también *casa solariega* de Don Juan Manuel González de Cosío, *Conde de la Torre Cosío*, y uno de los varios descendientes que tuvo el antepenúltimo Emperador de los aztecas, el desgraciado y pusilánime Motecuhzoma Xocoyotzin.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

CASAS 22 Y 23 DE LA CALLE DE DON JUAN MANUEL.

EL SR FLAVIO DESSY.

El Sr. Flavio Dessy, cuyo retrato publicamos hoy, es un hombre de empresa digno de toda loa, que acaba de publicar en Florencia un folleto destinado á sugerir al capital italiano, la idea de emprender en grandes negocios cafeteros en el país.

El Sr. Dessy propone la plantación de dos millones de cafetos en una de las zonas más feraces del Estado de Oaxaca, empleando para su cultivo á una colonia de cuatrocientos italianos. Cree él que la inmigración italiana será muy fructuosa para el país y aun presume que su convivencia con el indio, ayudaría á realizar en un porvenir más lejano esa fusión de intereses y de afectos entre el natural y el criollo, que es *desideratum* de todos los patriotas de México.

El folleto á que aludimos, es muy razonado y muy interesante y revela en el Sr. Dessy, un criterio alto y un notable espíritu de observación.

IMPRESIONES

La vida es un viaje que algunos hacen en dormitorio Pullman y otros en los furgones para bestias.

D'AVENEL.

* * *

La política es el arte subalterno de jugar con palabras é ideas, como juegan algunos cirqueros con botellas y cuchillos.

DELAFFOSSE.

SIMONA

Las once. Afuera una noche helada, con soplos de viento y torbellinos de nieve. En el interior del hotelito que ocupa el conde d'Eysseve, cerca del parque Monceau, y en aquella noche de Navidad, adviértese el silencio de las casas que el duelo ha visitado, un duelo terrible entre los duelos. Al oír este nombre d'Eysseve no hay un parisiense que no recuerde el fin trágico de la condesa, muerta, en la primavera, de una caída de caballo. Por mi parte no puedo pensar en ella sin acordarme de la primera representación de la *princesa de Bagdad*, y sin ver de nuevo á la adorable mujer ante su barrera, con sus cabellos castaños separados en dos simples bandos, su rostro alargado, su fina palidez y sus ojos obscuros, que la lijera miopía hacía guiñar un poco, cuando no se ayudaba ella, para ver mejor de su lente de oro, cuyo mango cincelado manejaban con tanta lindeza sus dedos menudos.

Dejó tres niños huérfanos: dos hijos; el mayor de los cuales Pedro, tiene once años; el menor, Armando, diez; y una niñita, Simona, que no tiene aún ocho años.

Los niños habitan un segundo piso del pequeño hotel. Los dos hombrecitos tienen una recámara común. Simonita, la llegada al último, tiene su recámara especial. Y en aquella terrible noche de Navidad, en que los niños pobres tiritan de frío en las calles, la niña rica tiene también frío en su recámara tibia en que el fuego acaba de morir: frío en el corazón. El tapiz habano que se extiende por donde quiera, las cortinas rosa y verde, donde se abriga la camita pintada de claro; la madera rosa del ropavejero de la cómoda y del pequeño *secretaire;* los coquetos y frágiles objetos de toilette esparcidos sobre la mesa—todo prueba la minucia del lujo de que la condesa había rodeado á su hija mimada. Era su orgullo cuando sus amigos visitaban esa recámara y exclamaban: «Oh, querida mía á nosotros no nos consentían así á esa edad....» Pero qué infeliz se siente Simona en ese tibio asilo en que está sola con su pensamiento! Piensa que desde la muerte de su madre algo ha cambiado para ella, alrededor de ella, así como la atmósfera de afecto en que vivía se ha helado repentinamente. No es precisamente por esa muerte por lo que la niña sufre. A su edad, esa palabra terrible, la muerte, no representa la realidad espantosa: la colina del padre Lachaise, un hoyo entre centenares de otros, un ataúd en un compartimento de ese hoyo, y en ese ataúd una forma para siempre inmóvil y que se va descomponiendo hora por hora... No; la madre muerta es para sus imaginaciones de niña inocente y piadosa, esta madre que voló al cielo, al lugar vago y lejano, lleno de delicias interminables, poblado de ángeles que vuelan como en el grabado de su libro de misa morada venturosa donde ella espera unirse un día á la desaparecida. Ha conservado de esa querida ausente una versión tan fresca, tan hermosa! No la vió ella con los ojos cerrados, la boca abierta, lívida y con la frente ensangrentada. El primer cuidado del conde fué enviar á todos sus hijos á casa de su madre en Versalles. Les pusieron vestidos negros y ellos preguntaron por qué. Al principio no se les respondió. Ellos comprendieron que habían sido heridos por una desgracia únicamente por la piedad adivinada en los ojos que los miraban. Pero el vasto parque á donde los llevaban á jugar en aquellos días de Abril era tan verde, con su multitud de estátuas y el agua dormida de sus estanques! Después su padre fué á su lado: «¿Y mamá?....» preguntaron los tres. El conde los abrazó llorando. Tenía un rostro tan triste, tan triste!...... Lo que la pequeña Simona recuerda sobre todo, es que en tal día comprendió esa cosa inexplicable, insensata, casi monstruosa, para su espíritu de niña, su padre no la amaba ya como en otro tiempo...... Y á causa de ello, en aquella noche de Navidad, permanece despierta en lugar de dormir con el apacible sueño que en la recámara contigua cierra los ojos tranquilos de sus hermanos.

Su padre no la ama ya! Las imágenes van y vienen en su cabecita, resumiéndose, todas, en esa idea. No la ama ya! y ella que era en otro tiempo su preferida!...... Vuelve á ver la calle del parque de Versalles donde experimentó esa primera impresión, sin penetrar ahora más que entonces, la causa del cambio efectuado en las maneras de ese hombre, que no podía, en otro tiempo permanecer un cuarto de hora con ella sin cubrirla de caricias. Paseábase un día con Pedro y Armando, conducidos los tres por la señorita María, su aya. Su padre apareció de pronto. Ella se precipitó hacia él como de costumbre con un ímpetu de todo su ser. Y solamente al ver sus ojos, al sentir la manera con la cual él recibió sus besos, adivinó que ya no era el mismo para ella. El asombro la sorprendió de pronto y algo como un extremecimiento de timidez. Qué mal había hecho ella sin embargo ese día. Por qué le dijo él con una voz que no le conocía sino al día siguiente de aquellos en que había merecido ser regañada: «Vete con la señorita....» en tanto que él se iba por otro lado tomando de la mano ya á Pedro, ya á Armando, pero no á ella?.... Desde entonces no le ha hablado jamás con otra voz. Y en los mil pequeños detalles de que se compone su vida de niña, ha habido un cambio tan total que ella no puede explicárselo porque no sabe que es profunda, absolutamente inocente. En la mañana, inmediatamente después de levantarse, tenía, desde en vida de su madre, la costumbre de ir á la recámara de esa pobre madre, y después á la de su padre y ahí se quedaba largo tiempo dejándose mirar. Esas visitas acabaron, acabaron las frases zalameras, acabaron las risas que sus menores saludos producían en aquel rostro de hombre cuyos ojos ya no se fijan en sus ojos. Ella no se atreve á buscar esas miradas, desde que ha leído en ellas esa frialdad que la hiela hasta el fondo del alma.

Ya no osa acercársele y tomar su mano para besarla, desde que él la retiró con cólera, un día en que ella se permitió esta caricia: esa mano siempre ocupada en otro tiempo en alisar sus bucles, en acariciar su mejilla. En vano ha multiplicado sus esfuerzos de niña concienzuda para que el aya no tenga un reproche que hacerle; jamás recompensa un cumplido su celo, y le parece que esta injusticia de su padre ha contagiado á todos los que la rodean, desde sus hermanos que la tratan con tanta brusquedad hasta la señorita que se impacienta más pronto...... Y á quién quejarse? Su buena abuela de Versalles está tan enferma, tan torpe, y además no la ve casi nunca. A su padre mismo? En su presencia se siente paralizada de un terror que no puede vencer. En otro tiempo tenía un amigo, M. de Aydie, su padrino, pero jamás viene á la casa. La ha encontrado alguna vez en los campos Elíseos; pero se ha contentado con saludar á la aya sin hablarle—aun cuando ella vió que la seguía con los ojos largamente. Por qué la ha abandonado él también, puesto que la ama como en otro tiempo, según ha adivinado ella en su mirada? Experimenta la angustia de un niño perdido entre extranjeros y que se siente abandonado, casi odiado. Oye al viento pasar sobre el hotel, gemir largamente, alejarse, volver, azotar con sus ráfagas las vidrieras cerradas y se pregunta si todos están dormidos en la casa.

Es que ha formado un gran proyecto. Puesto que el niño Jesús debe descender esa noche y llenar de dulces y de juguetes los zapatos colocados al lado de la chimenea, en la pieza de estudio, por qué no habría de dirigirse á él á fin de que le alivie de la pena que tan duramente la hiere?

El niño Jesús habita en el cielo y han dicho á Simona que su madre estaba en el cielo también.

Le ha venido la idea de escribir á su madre. Pondrá la carta en su zapato. El niño Jesús no puede dejar de verla, de tomarla y de remitirla. Ha encontrado, pues, el medio de escribir en dos ó tres días, esa carta á su madre, que ha puesto cuidadosamente en un sobre, en el cual su mano temblorosa ha escrito esta dirección: «A mamá, en el cielo....»

Pero no se ha atrevido á colocar el sobre en el zapato delante de la aya y delante de sus hermanos.... Ahora todos reposan. No llega rumor alguno de la puerta de la derecha que es la de la recámara de Pedro y de Armando, ni de la puerta de la izquierda que es la de la recamára de la señorita. He aquí que Simona se desliza de su camita. Ha ocultado la carta en el cajón inferior del ropero.... Va á tomarla á tientas.... Su corazón late tan apresuradamente á la idea de que pudiera chocar contra algún mueble... Sus pasos vuélvense menudos, para no embarazarse con la larga camisa.... Abre la puerta que está á la derecha de su cama, la que da al corredor. Justamente en este minuto el viento sopla más fuerte y ahoga el crujido de esa puerta. La niña se halla en el pasillo. Dos puertas más y entra en el cuarto de estudio. Hay ahí una gran mesa, en medio, un estante á la izquierda.... Toca el mármol de la chimenea, se inclina; una botita, otra.... Son las de sus hermanos. Ella ha preferido poner sus chinelitas de noche porque le ha parecido que la carta se mantendría mejor encima. Pone ahí la carta, sobre el zapato, de manera que sea bien vista y la pobrecilla vuelve toda temblorosa hasta el momento en que se desliza de nuevo en su lecho, cuyo calor vuelve á encontrar con delicia.

Tiene en el corazón una llama de esperanza que la calienta. No es posible que su madre no la proteja.

La una de la mañana. La ventana del gabinete de trabajo del conde de Eysseve brilla sola en medio de la noche sobre la obscura fachada. El conde está sentado junto al fuego y también piensa en vez de dormir. Hace un año—sólo un año—su mujer y él se en-

contraban reunidos en esa misma pieza, acabando de preparar los regalos reservados á los niños. Triste y desoladora cosa, cuando el recuerdo de una muerta á quien se ha amado tanto, es también el recuerdo de una traición!....

Esa queja del viento al rededor del hotel, que arrulla el sueño de Simona, tranquila por fin, acaba de llenar el alma de este hombre de una melancolía casi loca.

Se imaginó ver de nuevo á su mujer como si allí mismo estuviese; contempló su dulce palidez, sus ojos brunos y su sonrisa, siempre jugueteando sobre esa boca fina. Y era posible que, tras esa mirada, tras ese rostro, tras esa sonrisa, se ocultase un horrible secreto de adulterio? Ella tenía una mirada tan límpida y tan pura, que encontraba, constituía en él una felicidad, y ella lo engañaba, lo engañaba hacía muchos años, á él, á él que sólo de pensarlo se hubiera creído deshonrado.—Qué hay, pues, de cierto en este

mundo cuando hasta su Alicia, hasta ella era falsa como los demás? Ah! cómo consolarse, cómo poderse consolar de que esa boca cuyas sonrisas había adorado tanto, le hubiese mentido? Qué feliz fué cuando por primera vez la conoció joven, casi niña, en un baile, revestida de púdicos encantos. La había amado desde entonces, y cuando pidió su mano, él, había enmudecido profundamente y se había avergonzado de su pasada juventud...... y la había hecho su esposa...... De qué sagrada emoción se inundó su corazón cuando la condujo al altar! Una multitud se oprimía ante la Iglesia y él ni siquiera se fijó en esa multitud, contemplando tan sólo esa criatura blanca entre las ondas de su velo blanco y de la cual emanaba una suavidad tan penetrante que él se creía indigno de tamaña felicidad.... Mentira, todo era mentira, todo, hasta la pureza de su noble semblante, hasta el pudor con que se había recatado al abandonarle su cuerpo. El conde contempló de nuevo la intimidad de la alcoba nupcial y creyó ver sobre la almahoda esa cabeza de virgen ingenua envuelta entre la cascada de sus ensortijados cabellos. Que otro los hubiése manoseado, que otro hubiese cubierto de caricias ese rostro ideal, que otro hubiese impreso su boca sobre esa boca, era una visión horrible, pero menor sin embargo, que la impresión horrible del abominable engaño. De qué cieno está formado el corazón de la mujer, para que ésta se haga el ánimo de presentar á su marido una frente de madona, siendo así que lleva aún en su carne, en toda su carne, el estremecimiento de los besos prodigados en una cita clandestina? El no hubiera sufrido lo que sufría, si ella no hubiese mostrado ese semblante; pero mentir de ese modo, con esos hermosos ojos—ojos tiernos que no podía dejar de amar!

Han pasado algunos días desde el instante aquél en que el conde supo la fatal nueva. Había salido por la mañana, á caballo, con su esposa. Había presenciado, loco de desesperación, el trágico accidente. El fué quien con sus propias manos trató de socorrer á la moribunda, y la noche misma del entierro de esa mujer idolatrada, cuando presa de todas las agonías del amor, había ido á su alcoba para engolfarse en sus recuerdos, allí, en esa alcoba había palpado la prueba espantosa é indiscutible. Había tirado de uno de los cajones donde ella encerraba los objetos de su preferencia y había tropezado con un paquete de cartas que le descubrieron todo.... .

Ella tenía un amante!...... Y por quién se había dejado seducir? Por el hombre para quien debería haber sido sagrada, por ese Marqués de Aydie que había sido su camarada, su compañero de juventud, por ese...... Todo, todo se le reveló de un golpe; las primeras luchas, la intentona de fuga de Aydie, su inesperado regreso, las circunstancias de la criminal condescendencia de Alicia, sus remordimientos y lo que es peor: el secreto oprobioso del nacimiento de Simona. Sí, esa criatura que el conde había preferido á las otras! esa pequeñuela que había adquirido sitio aparte en el altar de las ternuras no era suya; no era su hija!

¡Oh estúpida y necia ceguedad! Por qué no supo reconocer que esa frágil y delicada criatura no tenía los rasgos de su raza, no se parecía á sus dos hijos tan

robustos, tan semejantes á d'Eyssére.... Y sin embargo, precisamente esta delicadeza era la que él tanto ponderaba en el semblante de la madre. Por qué habiéndole mentido durante siete años Alicia, descubría al fin la verdad, por qué había guardado, ahí, muy cerca de ella, las cartas de su amante! Preciso era creer que confiaba ciegamente en él y que lo amaba más ciegamente.

Al primer momento se dijo: «necesito matar á ese traidor» ...y después nada hizo, por consideración á sus hijos. No había querido que estos dos juzgasen alguna vez á su madre, de la misma manera que él la estaba juzgando!...... El había vivido. Se había contentado con cerrar su puerta y rehusar su mano al amigo felón, y abrazando á sus hijos se había dicho: «Yo les sacrifico todo, hasta mi venganza.»...... Sí, había vivido atenaceado por la idea fija que esa niña, *la hija del otro*, le despertaba sin cesar. Cuántas veces se había repetido: «La pobre, es inocente,» y sin embargo se encontraba incapaz de perdonarle la traición de la madre, la traición que, en esa solitaria y lúgubre víspera de Navidad, hacía sollozará ese hombre ultrajado—como si ayer apenas hubiese palpado la cruel é inolvidable realidad.

El reloj ha marcado las dos. El conde enjuga las lágrimas y su semblante tíñese de rojo. La palabra cobardía asoma á sus labios. Se levanta. Su frente está cruzada por más arrugas que las de ordinario. En sus pupilas hay chispazos de celos. Acaba de pasar la visión física del engaño, y por una involuntaria asociación de ideas piensa en Simona como siempre. Nó, él jamás lo perdonará.

Sobre su mesa ruedan juguetes diversos que se dispone llevar él mismo á la sala de estudios, para colocarlos al lado de los zapatos de los niños, pero le causa horror tocar siquiera los juguetes destinados á la pequeñuela, parécele que ésta niña excita sus más furiosos rencores. ¿Y por qué no? se dice ahogando los remordimientos que le persiguen. ¿Qué puede pedir de más su conciencia? Fatigado por estos pensamientos, asciende la escalera y penetra en el salón de estudios, llevando en una mano una bandera y en la otra pequeños paquetes. En una esquina de la chimenea divisa la mancha blanca que forma la cubierta de una carta. La toma pasa la vista por el sobre escrito, rompe la nema, y leé:

«Mi querida mamá:»

Te escribo para enseñarte mi letra bonita y para decirte que me he vuelto muy juiciosa desde que te fuiste. Pero ya no entro á la sala. Papá dice que los niños deben quedarse con *Mademoiselle*. Mademoiselle es muy hermosa, pero Renée, la muñeca que me regalaste ya me aburre. Y todos los otros juguetes también. Nada me divierte desde que no estas aquí conmigo.

Los bucles de Armando están cortados y yo tengo un vestido negro y una peineta como no te los imaginas. Pedro tiene un pantalón muy largo y me pega cuando lloro. Pero Armando me defiende y dice que es su obligación. *Mademoiselle* me ha dicho que estás en el cielo y que eres feliz. ¿Por qué no me llevas contigo? te prometo ser muy juiciosa.

Puesto que estás en el cielo, pídele al niño Jesús que todo lo puede, que haga porque papá me quiera como cuando tú estabas aquí. Cuando lo abrazo me rechaza. Pedro y Armando están siempre con él, estudiando sus lecciones, y á mí me manda con *Mademoiselle* para que no haga ruido. No me atrevo á mirarle; sus ojos me dan miedo; con todo, te aseguro que nada malo le he hecho.

Todas las noches va á abrazar á mis hermanos. Yo oigo cerrar la puerta. Me finjo la dormida y espero, apretando muy fuertemente mis manos: pero él no viene y yo me pongo á llorar antes de dormirme.

Mamá, tú que me quieres todavía, dile al niño Jesús que papá ya no me quiere y que yo me quiero morir. Te abrazo con todo mi corazón que es muy grande.

Y la niña había firmado: «Tu pequeña Simona que tanto te quiere.»

El conde leyó y releyó estas líneas que ocupaban las cuatro páginas de la esquela. Qué ideas se agitaron entonces dentro de su cerebro? Fué algún sentimiento de justicia? Hay en todo dolor de niño algo muy triste. Pobres séres que no han solicitado venir al mundo! Fué enternecimiento de un viejo amor?... Porque el hijo de una mujer á quien hemos amado apasionadamente, substituye á esa misma mujer.

Una hora después de haber leído esa inocente carta donde la encantadora criatura había volcado todo su dolor, este hombre se hallaba en la alcoba de Simona mirándola dormir, y cuando la niña, á la siguiente mañana, despertó, no supo si había tenido un sueño ó si aquél á quien daba el dulce nombre de padre había venido realmente á abrazarla á su lecho, como antes, deshaciéndose en lágrimas, y—misterio sobre los demás misterios—no hay desde esa lejana víspera de Navidad, niño más mimado que la peqeña Simona por el conde. El no ha olvidado sin embargo nada; la prueba es que á consecuencia de una discusión en el Círculo, mató al marqués de Aydie, en un duelo á pistola. Los observadores del mundo que han adivinado el secreto del nacimiento de la niña, se preguntan por qué d'Eyssere difirió tanto tiempo su venganza. ¿Qué dirían si supiesen que al marido ultrajado lo decidió á provocar aquel encuentro el hecho de haber visto un día á d'Aydie abrasar á Simona en los Campos Elíseos?

PAUL BOURGET.

CYRANO DE BERGERAC

Hé aquí que Cyrano de Bergerac traspasa
De un salto el Pirineo. Cyrano está en su casa.
¿No es en España, acaso, la sangre vino y fuego?
Al gran gascón saluda y abraza el gran manchego.
¿No se hacen en España los más bellos castillos?
Roxanas encarnaron con rosas los Murillos,
Y la hoja toledana que aquí Quevedo empuña
Conócenla los bravos cadetes de Gascuña.
Cyrano hizo su viaje á la luna; más antes
Ya el divino lunático de Don Miguel Cervantes
Pasaba entre las dulces estrellas de su sueño
Ginete en el sublime pegaso Clavileño.
Y Cyrano ha leído la maravilla escrita
Y al pronunciar el nombre del Quijote, se quita
Bergerac el penacho; Cyrano Balazote
Siente que es lengua suya la lengua del Quijote.
Y la nariz heroica del gascón se diría
Que husmea los dorados vinos de Andalucía.
Y la espada francesa, por él desenvainada
Brilla bien en la tierra de la capa y la espada.
¡Bienvenido Cyrano de Bergerac! Castilla
Te da su idioma, y tu alma como tu espada brilla
Al sol que allá en tus tiempos no se ocultó en España.
Tu nariz y penacho no están en tierra extraña,
Pues vienes á la tierra de la Caballería.
Eres el noble huesped de Calderón. María
Roxana te demuestra que lucha la fragancia
De las rosas de España con las rosas de Francia.
Y sus supremas gracias, y sus sonrisas únicas
Y sus miradas, astros que visten negras túnicas,
Y la lira que vibra en su lengua sonora
Te dan una Roxana de España encantadora.
¡Oh poeta! ¡Oh celeste poeta de la facha
Grotesca! Bravo y noble y sin miedo y sin tacha
Príncipe de locuras, de sueños y de rimas:
Tu penacho es hermano de las más altas cimas,
Del nido de tu pecho una alondra se lanza,

Una hada es tu madrina, y es la Desesperanza:
Y en medio de la selva del duelo y del olvido
Las nueve musas vendan tu corazón herido.
¿Allá en la luna hallaste algún mágico prado
Donde vaga el espíritu de Pierrot desolado?
¿Viste el palacio blanco de los locos del Arte?
¿Fué acaso la gran sombra de Píndaro á encontrarte?
¿Contemplaste la mancha roja que entre las rocas
Albas forma el castillo de las Vírgenes locas?
¿Y en un jardín fantástico de misteriosas flores
No oiste al melodioso Rey de los ruiseñores?
No juzgues mi curiosa demanda inoportuna,
Pues todas esas cosas existen en la luna.
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! Cyrano
De Bergerac, cadete y amante, y castellano,
Que trae los recuerdos que Durandal abona
Al país en que aún brillan las luces de Tizona.
El Arte es el glorioso vencedor. Es el Arte
El que vence el espacio y el tiempo; su estandarte,
Pueblos, es del espíritu el azul oriflama.
Qué elejido no corre si su trompeta llama?
Y á través de los siglos se contestan, oid:
La Canción de Rolando y la Gesta del Cid.
Cyrano va marchando, poeta y caballero,
Al redoblar sonoro del grave Romancero.
Su penacho soberbio tiene nuestra aureola:
Son sus espuelas finas de fábrica española.
Y cuando en su balada Rostand teje el envío
Creeríase á Quevedo rimando un desafío.
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! No seca
El tiempo el lauro; el viejo Corral de la Pacheca
Recibe al generoso embajador del fuerte
Moliére. En copa gala Tirso su vino vierte.
Nosotros exprimimos las uvas de Champaña
¡Para beber por Francia y en un cristal de España!

RUBEN DARIO.

FRAGMENTOS.

ESCENA DE LOS GASCONES

. . . .

Son los cadetes de la Gascuña
que á Carbón tienen por capitán;
son quimeristas, son embusteros,
y á la vez nobles, firmes y enteros,
blasón viviente por do quier van;
son los cadetes de la Gascuña
que á Carbón tienen por capitán.
Ojos de buitre, piés de cigüeña,
dientes de lobo, fiero ademán;
cuando arremeten á la canalla
no ciñen casco ni fina malla,
rotos chambergos luciendo van....
Ojos de buitre, piés de cigüeña,
dientes de lobo, fiero ademán.
Punza-barrigas y Rompe-hocicos
son dulces motes que ellos se dan.
Ebrios de gloria, sueñan conquistas,
corren garitos, dan entrevistas;
donde haya riñas allí estarán....
Punza-barrigas y Rompe-hocicos
son dulces motes que ellos se dan.
Son los cadetes de la Gascuña
que á Carbón tienen por capitán.
Tras las casadas corren ansiosos,
infunden celos á los esposos:
su gloria al viento los parches dan.
¡Son los cadetes de la Gascuña
que á Carbón tienen por capitán!

ACTO SEGUNDO

. . . .

ESCENA DEL BALCON

ROXANA.

(*Entreabriendo la ventana.*)
¿Quién llama?

CRISTIAN.

Cristián.

ROXANA.

¿Vos? Podeis marcharos.

CRISTIAN.

Un instante, Roxana; quiero hablaros.

CYRANO.

(*Debajo del balcón, á Cristián*).
¡Baja la voz!

ROXANA.

¡Hablais muy mal!

CRISTIAN.

¡Señora,
piedad!

ROXANA.

¡No me amais ya!

CRISTIAN.

(*A quien Cyrano apunta sus palabras*).
¡Cielo divino!
¡Que no la amo me dice la traidora
cuando, ante su belleza seductora,
ni á hablar acierto ni á gozar atino!......

ROXANA.

(*Que iba á cerrar el balcón, deteniéndose*)
¡Calle! ¡Esto va mejor!

CRISTIAN.

(*El mismo juego*).
El amor crece
dentro del alma que tomó por cuna,
donde, al par que es mecido, se engrandece
el pequeño tirano.

ROXANA.

¡Va mejor! Mas....si tanto os importuna,
si tanto os tiraniza el inhumano,
¡ahogáraisle al nacer!

CRISTIAN.

(*El mismo juego*).
Lo he pretendido
mil veces, mas en vano,
porque es este cruel recién nacido
un Hércules, señora, y me ha vencido.

ROXANA.

¡Va bien!

CRISTIAN.

(*El mismo juego*).
Y estranguló con mano ruda
mostrándose á mi queja indiferente,
las dos sierpes del alma: Orgullo y Duda.

ROXANA.

¡Bien hablais! Mas....por qué tan lentamente
á mi voz vuestra voz, Cristián, replica?
¿Vuestro numen, tal vez, se ha entumecido?

CYRANO.

(*Tirando de Cristián y colocándole debajo del balcón*)
¡Pst! ¡Ven acá! ¡El asunto se complica!

ROXANA.

Vacilar vuestras frases he advertido.
¿Por qué?

CYRANO.

(*Hablando á media voz como Cristián*),
Porque es de noche y van á tientas
en la sombra buscando vuestro oído.

ROXANA.

Pues, ¿cómo, responded, no hallan las mías
esa dificultad?

CYRANO.

¿No andan tardías
en llegar hasta mí? ¿Y eso no entiende
vuestra gran discreción? ¿No lo concibe?
¡Porque es mi corazón quien las recibe!—
Grande es mi corazón, dulce señora,
pequeña vuestra oreja seductora;
y además, vuestras frases van aprisa
porque descienden; mas las mías suben
y alguna dilación se hace precisa.

ROXANA.

Noto que suben ya con más premura.

CIRANO.

¡Hábito de subir han adquirido!

ROXANA.

¡Cierto es que os hablo desde buena altura!

CYRANO.

¡Y el corazón dejáraisme partido
si sobre él, al descuido,
se os escapase una palabra dura!

ROXANA.

(*Haciendo un movimiento para retirarse del balcón*).
¡Bajaré!

CYRANO.

(*Vivamente*). ¡No!

ROXANA.

¡En el banco, pues, subíos!

CYRANO.

(*Retrocediendo con espanto*). ¡No!

ROXANA.

¿Cómo no?....decid....

ACTO TERCERO

. . . .

ESCENA DE LOS MUSICOS

. . . .

CADETES.

¡Tengo hambre!

CYRANO.

Claro está. Cosa prevista,
que penseis sólo en rellenar el buche....
Acércate, Beltrán, viejo flautista;
desata de tus flautas el estuche,
toma uno de los pífanos que encierra
y, ante ese vil atajo de glotones,
modula viejos aires de la tierra;
una de esas canciones
en las que cada nota es una hermana;
en que vibrar parece, adormecida,
la armonía lejana,
el eco suave de una voz querida;
y cuya vaga placidez remeda
la dulce lentitud de la humareda
que el natal pueblecillo
por sus techos exhala;
música tal que á vuestro idioma iguala,
que encierra en sí la patria poesía
y que escrita en gascón se juzgaría!....

(*El viejo se sienta y prepara su pífano*)

Oid: mientras sus notas desentraña,
el pífano suspira;
suspira recordando tiernamente
que, si de ébano es hoy, fué ayer de caña!......
¡Dijérais que se admira
de sus propias canciones!....¡Es que siente
vibrar en cada nota el alma entera
de una niñez remota y placentera!

(*El viejo empieza á tocar, ejecutando viejas canciones del Languedoc*).

Gascones, escuchad..... Bajo sus dedos
no es la trompa guerrera:
no es en sus labios el marcial sonido
que al combate nos llama: es el silbido
que oíamos antaño,
en la flauta grosera
del pastor que apacienta su rebaño....
Escuchad, escuchad......Es la espesura
es el monte, el arroyo, la llanura,
el rabadán inculto y atezado,
el pastor avezado
al rigor de las frías estaciones
que calza abarcas y cayado empuña;
es el campo, es la paz....Oid, gascones!
¡es toda la Gascuña!

VERSION ESPAÑOLA
DE LOS SEÑORES VIA, MARTI Y TINTORER.

CYRANO.

(*Con emoción creciente*). Aprovechemos
la ocasión que se ofrece
de hablar sin ver....

ROXANA.

¿Sin vernos?

CYRANO.

¿No os parece
la ocasión deliciosa? No nos vemos:
sólo, en la obscuridad, adivinamos
que sois vos, que soy yo, que nos amamos......
Vos, si algo veis, es sólo la negrura
de mi capa, yo veo la blancura
de vuestra leve túnica de estío......
¡Dulce enigma, que alhaga, al par que asombra!
¡Somos, dulce bien mío,
vos una claridad y yo una sombra!
. . . .

ROXANA.

Pues bien; ya que ha llegado este momento,
¿qué cosas me direis?

CYRANO.

Todas aquellas
que ocurrírseme puedan, las más bellas,
henchido de contento
os voy á echar en apretado ramo.
Yo os quiero, yo me ahogo, yo sediento
estoy de tu hermosura......¡Yo te amo!
¡No puedo más! Deliro, desfallezco,
que entero me robaste el albedrío.
Tu nombre está en mi corazón, bien mío,
como en un cascabel!....¡Todo lo llena!
Y como de continuo me estremezco,
constantemente el cascabel se agita,
constantemente el dulce nombre suena!
Todo lo que fué tuyo de algún modo,
lo recuerdo, mi bien, pues lo amé todo.
Acuérdome de un día del pasado
año....el doce de Mayo....Tú, Roxana,
para dar un paseo de mañana
cambiaste de tocado.
Divina claridad resplandeciente
se me antojó tu rubia cabellera:
cuando al sol se ha mirado fijamente
si no ciegan los ojos, ven doquiera,
en cada objeto, cercos encarnados:
así cuando mis ojos deslumbrados
dejan de contemplar la dulce hoguera
con que á la paz me ciegas y me hechizas,
en todas partes ven manchas rojizas.

BERENICE.

¿Qué sugestión extraña te poseyó un momento,
¡oh Berenice!.... Hablabas y el quejumbroso viento
arrebató tus últimas palabras.... Sumergía
en las lejanas cumbres su magestad el día,
y sus postreros rayos iluminando el monte
forjaban un incendio violeta.... El horizonte
era un hirviente abismo; un gran estanque de oro,
sembrado de islas áureas; un mágico tesoro.

—

Vagabas, melancólica, por la ribera obscura
del lago azul y pérfido.... Tu pálida blancura
pasaba ante mis ojos en espiral ligera,
como un gran lirio enfermo flotando en la ribera.
¿Quién te condujo, entonces, hasta mi lado?.... El cielo
brillaba con luz lívida, como á través de un velo,
con un fulgor opaco de luna agonizante,
un raro fulgor tímido, fantástico y distante.
Altos cipreses rígidos bordaban el camino,
altos cipreses rígidos y lúgubres ... Sin tino,
marchabas persiguiendo tu sombra pasajera,
como un gran lirio enfermo flotando en la ribera.

Ginebra, 1898. LEOPOLDO DIAZ.

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 10.

Mauricio se consideraba ya allí, trabajando mucho y obteniendo un éxito en la exposición con la correspondiente medalla, y escogía de antemano hasta la tapicería de su dormitorio. Además, ¡qué cómodo sería para la nodriza y el niño tener el jardín tan cerca durante el buen tiempo!

Pero de pronto, en medio de su charlatanería, notó el doloroso aspecto de Amadeo, silencioso y arrinconado en el fondo del coche.

—Perdona, mi querido amigo,—dijo tomándole afectuosamente la mano,—Me olvidada de lo que acabas de decirme.... ¡Qué absurda es la suerte! cuando pienso que mi dicha te hace daño!....

El poeta miró á su amigo tristemente.

—Sé feliz con María y hazla dichosa; he aquí todo lo que para vosotros dos pide mi amistad.

Habían llegado á la falda de Montmartre y el carruaje subía lentamente por las montuosas calles.

—Amigo mío,—dijo Amadeo, pronto llegaremos. Tú te presentarás sólo en casa de esas señoras, ¿no es así? ¡Oh! Pierde cuidado. Conozco á Luisa y á su madre, no te dirigirán ni una palabra de queja, y tu honrada acción será apreciada por ellas en todo su valor...... Pero permíteme que no te acompañe... Me será muy doloroso.

—Sí, comprendo, mi pobre Amadeo. Como quieras.... Pero.... ¡Vamos! Todo se cura, todo se calma,—contestó Mauricio, que suponía en los demás su ligereza de carácter.—¡Ea! ¡Valor! Siempre me acordaré del servicio que acabas de prestarme. Porque ahora me avergüenzo de pensar... Sí, iba á cometer una villanía.... ¡Vamos! Amadeo, un abrazo.

Diéronsele mútuamente, y el cochero se detuvo. Ya en la acera, Amadeo notó el gesto que hizo su amigo al ver la casa de las señoras Gerard, triste edificio destinado á hospedar á gente pobre y cuya fachada de yeso cuarteado se asemejaba á las arrugas de un menesteroso. A uno y otro lado del portal había dos tiendas, una salchichería y una frutería, que exhalaban fétidos olores. Amadeo trató de desvanecer esta postrera repugnancia del delicado Mauricio.

—¿Ves ese jardincito del fondo?—le dijo.—Allí es.... Hasta la vista.

Después de un último apretón de manos, se separaron. El poeta vió á Mauricio trasponer el sombrío pasillo, atravesar el patio, abrir la verjecita del jardín y desaparecer detrás de un macizo marchito. Cuántas veces había pasado por allí Amadeo dulcemente emocionado con la idea de que iba á ver á María! Y era para arrebatársela para lo que Mauricio franqueaba aquel sitio por vez primera. ¡Y él lo había querido; él, Amadeo, había dado á otro la que tanto amaba! ¡Había suplicado á su rival, forzándolo, por decirlo así, á que le robase su esperanza más querida! ¡Que amargura!

Amadeo dió las señas de su casa al cochero y subió al coche alzando los cristales, porque empezó á caer una fría lluvia de Otoño. Violentamente traqueteado en el infecto carruaje, que bajaba al trote por las calles de París, el joven poeta, estremeciéndose, veía pasar los relucientes coches y á los transeuntes cobijados bajo sus paraguas. Parecía que del plomizo cielo caía una tristeza pesada, y Amadeo, alelado por el disgusto que sentía, experimentaba la sensación del vacío como si le hubieran robado el corazón.

Vuelto á su casa, en la isla de San Luis, sintió repugnancia hacia sus muebles, sus grabados, sus libros en desorden y su mesa atestada de papeles. Las vigilias consagradas al estudio á la luz de la lámpara, las largas horas de meditación de la obra difícil, los años de juventud austera, sin placeres, que había vivido allí: todo había sido dedicado á María. Por ella, para conseguirla en su día, habíase entregado á aquel trabajo asíduo, á aquel obstinado esfuerzo. ¡Y en aquel mismo momento, la frívola y culpable riña estaría llorando de alegría en brazos de Mauricio, de su futuro esposo!

Sentado delante de la mesa, con la cabeza entre las manos, Amadeo se abismó profundamente en su melancolía. Entonces parecióle su vida tan quebrantada, su destino tan funesto, su porvenir tan sombrío; se sintió tan desanimado, tan solitario, que durante un momento le abandonó el valor de vivir. Parecíale que una mano invisible le tocaba compasivamente en el hombro y experimentaba á un mismo tiempo miedo y deseo de volver la cabeza, pues harto sabía que aquella mano era la de la muerte. No se la imaginaba con el aspecto de escandoloso aspecto que reviste en las danzas macabras, sino como una figura tranquila, envuelta en negros crespones, solemne y sin embargo muy suave, que le estrechaba sin sacudidas contra su seno con ternura maternal, y que le adormecía sepultando su dolor en un reposo profundo, eterno y sin ensueños. Volvióse lanzando un grito desgarrador, pues durante un momento creyó ver tendida á sus piés, apretando en su convulsa mano una navaja de afeitar, el cadáver de su desventurado padre, del suicida, del desesperado de amor, con el cuello desgarrado por una roja y horrible herida y con los grises cabellos esparcidos entre un mar de sangre.

Todavía tembloroso por aquella siniestra alucinación, oyó llamar á la puerta. Era el portero que le traía dos cartas.

La primera tenía el célebre sello de «Comedia Francesa, 1680.» El administrador general, en términos muy amables, decía á Amadeo que había leído con el mayor gusto su drama en verso, titulado *El obrador*, y que esperaba que el comité de lectura aprobaría la obra.

—Demasiado tarde!—pensó el joven poeta, abriendo el otro sobre.

Esta segunda carta traía las señas de un notario de París, y participaba á M. Amadeo Violette que M. Isidoro Gaufre, director del *Crédito de las parroquias*, había muerto sin testar; y que por consecuencia, en calidad de sobrino del difunto, tenía derecho á una parte de herencia no avalorada todavía, pero que podía calcularse en doscientos cincuenta ó trescientos mil francos.

¡Exito y fortuna! ¡Todo á la vez le caía del cielo! Al pronto, Amadeo tuvo un vértigo, un deslumbramiento de sorpresa; empero estos inesperadores favores de la fortuna, que no tenían el poder de reparar su infortunio, hicieron comprender al noble poeta que la riqueza, la misma gloria, no valen lo que un sentimiento grande ó un hermoso ensueño; y enervado por la ironía de su destino, prorrumpió en una estridente carcajada.

XV

M. Violette padre no se equivocaba al suponer á M. Gaufre capaz de desheredar á su familia en provecho de su criada y amante; pero á Berenice habíale faltado paciencia. El turbante y la barba corrida de un irresistible sargento mayor de zuavos de la guardia fueron causa de la perdición de la hermosa muchacha.

Un domingo en que M. Gaufre, según inmutable costumbre, cantaba las vísperas en San Sulpicio, echó de ver que por primera vez en su vida se le había olvidado su caja de tabaco, y como para este hipócrita personaje los santos oficios sólo eran soportables tomando frecuentes polvos, en vez de esperar á la bendición final y de dar en seguida su habitual paseo por los muelles, se quitó su ropón de cofrade, volvió inopinadamente á la calle Servandoni y sorprendió á Berenice en tierno coloquio con el militar. La cólera del explotador de imágenes fué implacable. Despidió á la normanda ignominiosamente, rompió el testamento que había hecho en su favor, y algunas semanas después, ahogado por una indigestión de trufas á la marinera, dejó, á pesar suyo, todos sus bienes á sus herederos naturales.

Amadeo, cuyo drama, admitido en la Comedia Francesa, no debía representarse hasta la primavera, y á quien el notario encargado de liquidar la herencia de M. Gaufre adelantó algunos miles de francos, Amadeo, siempre triste y no sintiéndose con valor para asistir á la boda de Mauricio y de María, quiso, por lo menos, gozar un poco de su nueva fortuna y de la independencia que ésta le proporcionaba. Hizo dimisión de su plaza en el ministerio, y partió para Italia, esperando olvidar sus pesares.

¡Ah! ¡No viajeis, teniendo una pena en el corazón! No os adormezcais durante la noche en el vagón oyendo en el pensamiento el eco de un nombre demasiado querido. Amadeo sufrió este suplicio, en medio del ruido continuo de los rieles, creía oir voces lamentables, desesperadas, que pronunciaban repetidas veces el nombre de la mujer amada y perdida. A veces el tumulto se apaciguaba algo, los frenos, los resortes, las ruedas, toda la furiosa máquina de acero parecía como que se cansaba de aullar, atenuando su rítmico galope, y el viajero, rudamente mecido, percibía entonces en el ruido apaciguado una frase musical, al principio confusa, semejante á un lejano gemido, y luego más clara, pero siempre igual, cruelmente monótona, que era el fragmento de una canción que María cantaba en otro tiempo, cuando ambos eran niños. De repente resonaba un silbido lúgubre, que se prolongaba al través de la noche; el expreso se engolfaba rabioso en un túnel, bajo la bóveda sonora se redoblaba y exasperaba el espantoso concierto, y entre todos aquellos clamores metálicos, Amadeo aún percibía un ruido distinto, regular, semejante al de los martillos de una fragua de cíclopes, y cada uno de aquellos golpes enormes repercutía dolorosamente en su corazón.

¡Oh! Si teneis algún pesar no viajeis, y sobre todo no viajeis solos. ¡Cuán hostil é inhospitalaria es entonces la primera sensación que se experimenta al llegar á una población desconocida!

Amadeo tuvo que sufrir la fastidiosa espera de los equipajes en la estación, las incomodidades del registro, la instalación difícil en el ómnibus entre viajeros prensados que se echaban miradas de sospecha y de mal humor; el recibimiento en el portal del hotel por el inevitable portero suizo de gorra galoneada, escuchando todas las jergas de Europa, asaltado por los que llegaban y embrollado por los *«yes, sir,»* los *«ja, wohl»* y los *si, signor.»* Turista sin experiencia, Amadeo, que no llevaba una docena de maletas y que no tenía el aire insolente de rico, fué por instinto del suizo polígiota relegado á un cuarto del piso ídem, con vistas al patio interior, tan lúgubre, que al lavarse las manos tuvo miedo de caer enfermo en semejante agujero y morir sin socorro. Para tranquilizarle, un aviso escrito en cuatro lenguas, colgado en la pared, le conminó á depositar en la oficina del hotel todo cuanto tuviera que fuese de valor ó importancia, como si hubiese penetrado en una selva infestada de bandidos, y además el severo escrito le advertía que se le consideraba como un tramposo probable y que se le pasaría la cuenta cada cinco días.

Comenzó para él la abrumadora existencia de camino de hierro y mesa redonda. Iba á ser consignado de ciudad en ciudad como un saco de trigo ó un tonel de vino. Iba á hospedarse en las fondas presuntuosas y monumentales, en donde sería numerado como un presidiario y en donde encontraría en todos los comedores la misma familia de ingleses carnívoros, con la cual podría dar la vuelta al mundo sin cambiar ni un saludo. Iba á comer todos los días la sopa sosa, el pescado pasado, la carne correosa y el Burdeos insípido, que tienen por decirlo así, un carácter internacional y sobre todo iba á experimentar todas las noches al volver á acostarse, el horror de recorrer los monótonos y desolados corredores alumbrados por gas, en los que se deja sentir sobre uno el peso de la tristeza de los falansterios, viendo delante de las puertas cerradas pares de

calzado cosmopolita, gruesos zapatos con clavos de los alpinistas, innobles botas de alemanes, botinas conyugales de milord y de milady, que por su dimensión hacen pensar en las épocas de los gigantes treglóditas y que esperan con aspecto de cansancio al limpiabotas matinal.

En Italia, el imprudente Amadeo estaba destinado á todas las desilusiones y desencantos, á todas las nostalgias del turista solitario. Ante los famosos monumentos y los sitios célebres que desde hace siglos reproducen los pintores y mencionan los narradores de impresiones de viaje y que han pasado, hasta cierto punto, al estado de antiguos modelos y de materia á propósito para el desenvolvimiento literario, Amadeo experimentó esa sensación de «ya visto» esa falta de sorpresa que paraliza la facultad de admirar. ¿Me atreveré á decirlo? La Catedral de Milán, ese enorme carcaj de flechas de mármol blanco, no lo emocionó. Permaneció frío ante el sublime follaje de bronce del Bautisterio de Florencia, y en Pisa, la Torre inclinada le produjo el efecto de una sencilla mistificación. En las silenciosas galerías de los museos, anduvo kilómetros, saturado de arte, empachado de obras maestras y notó con disgusto que no podia soportar doce Adoraciones de Pastores y catorce descendimientos de la Cruz consecutivos, aunque estuvieran firmados por los más gloriosos nombres. Las escenas de martirio y de suplicio tantas veces repetidas le fueron particularmente antipáticas y sobre todo tomóle cierta tirria más aún que al sempiterno San Sebastián atravesado de saetas, á cierto monje representado siempre de rodillas, orando, con un hacha colocada sobre la tonsura. Su atención enervada y depravada no discernía en una obra de arte más que el aspecto desagradable, el lado fastidioso. En los primitivos, adorablemente cándidos, sólo distinguía el diseño infantil y bárbaro, y en los coloristas renombrados sólo encontraba un tono monótono de amarillo de yema de huevo.

Quiso á pesar de todo, estimular sus sensaciones, ver cosas extraordinarias y corrió á Venecia, á la ciudad sin ruido, sin pájaros, sin verdor, al silencioso paisaje de cielo, mármol y agua; pero una vez allí la realidad parecióle inferior á sus ensueños. Delante de San Marcos y de las *procuraties* no experimentó la sorpresa, la sacudida de entusiasmo que deseaba. Desgraciadamente había leído demasiadas descripciones de estas maravillas y visto de ellas reproducciones más ó menos fidedignas. En su desencanto recordó una pantalla de casa de sus padres, que había excitado su imaginación de niño; una mala pantalla de cartón azul, en la que estaba representada una fiesta nocturna de Venecia con una serie de picaduras de alfiler, figurando las iluminaciones del palacio ducal.

Digámoslo una vez más: no viajeis, y sobre todo no vayais á Venecia solos y sin amor. Para los jóvenes esposos en plena luna de miel, para una pareja de amantes de tapadillo, la góndola es un *boudoir* flotante, un nido en las aguas, como el de los alciones; mas para el melancólico que se recuesta en los almohadones negros de la sombría barca, la góndola es un ataúd.

En los últimos días de Enero Amadeo volvió súbitamente á París, seguro de que no vería allí á Mauricio ni á su joven esposa, que, casados el mes anterior, debían permanecer en el Mediodía hasta fin de invierno. Además le llamaban en el teatro para que asistiera á los ensayos de su drama. El notario, encargado de sus intereses, le entregó los títulos de doce mil francos de renta; esto es, el bienestar, el trabajo sin apresuramiento ni concesiones vulgares, la libertad de cultivar el arte puro y desinteresado. El joven poeta, que se proporcionó un elegante alojamiento de soltero en una antigua y hermosa casa del muelle de Orsay, buscó á algunos compañeros de otro tiempo, entre ellos á Pablo Sillery, que había conquistado un puesto distinguido en el periodismo. Volvió á presentarse algo en sociedad y se reconcilió poco á poco con la vida.

Visitó en primer lugar á la madre de Mauricio, y tuvo la satisfacción de encontrarla entristecida indudablemente, pero indulgente con María, resignada al matrimonio de su hijo y satisfecha de que éste se hubiera portado como hombre de honor. En seguida trasladóse á Montmartre para abrazar á Luisa y á la mamá Gerard, que le recibieron con efusión. Ya no estaban tan apuradas, porque Mauricio, muy generoso en cuestiones de dinero, ayudaba á la familia de su mujer. Luisa daba lecciones convenientemente retribuidas, y la señora Gerard pudo rehusar, vertiendo lágrimas de gratitud, la oferta del poeta, que le abría filialmente su bolsillo. Amadeo comió, como otras veces, con sus antiguas amigas que tuvieron el tacto de no hablarle demasiado de los jóvenes esposos. Pero en la mesa había un sitio vacío, y asaltado por el recuerdo de la ausente, el poeta volvió aquella noche á su casa con el cerebro lleno de negros pensamientos.

Los ensayos de su obra que habían empezado ya en la Comedia Francesa, las largas sesiones en el teatro y los cambios y correcciones indispensables proporcionáronle útil distracción y poderoso preservativo contra sus pesares. Pero *El obrador*, representado en la primera semana de Abril, sólo obtuvo del público una atención respetuosa, un éxito de estima.

Aquel medio popular, aquellos sentimientos sencillos y rudos, la dama con vestido de indiana, el padre honrado, con blusa y medias azules, aquellos ásperos versos salpicados de ardientes términos de la jerga de los arrabales, sobre todo una decoración que representaba una fábrica en plena actividad, con el zumbido de las máquinas y de los trabajadores y las contínuas bocanadas de humo, no fueron del agrado de las gentes de la alta sociedad, á las que sorprendió todo esto, porque estaban acostumbradas á lujosos salones de tres puertas, á personajes con título, á adulterios aristocráticos, á declaraciones de amor que á los oídos de la gran coqueta ricamente prendida murmura el galán joven, apoyada en el piano. Además, Jocquelet en su papel de viejo artesano estuvo enfático y exagerado, y le ayudó piadosamente una debutante fea y mediana. La crítica, rutinaria generalmente, estuvo poco benévola, y los menos agresivos rechazaron la tentativa de Amadeo, calificándola de *honroso esfuerzo.* Hubo alguno que se ensañó, y un antiguo melenudo del café de Sevilla, relegado al folletín (precisamente el novelista macabro de sepulturas profanadas) abrumó al autor de *El obrador* con un artículo ultra-clásico, en el que execraba el realismo, tomando por testigos de su indignación á to-

dos los bustos y pelucones de mármol del salón del Teatro Francés.

¡Cosa singular! Amadeo se consoló fácilmente de su fracaso. ¿No tenía las cualidades necesarias para el teatro? Pues renunciaría á él. En suma, no era una gran desgracia abandonar un género artístico que es el más difícil de todos, pero no el primero, y que no permite al poeta desplegar su libre fantasía. Amadeo volvió á hacer versos para él solo, para su propia satisfacción; á embriagarse de rimas y de imágenes, á recoger con dolorosa voluptuosidad las flores de melancolía que la pena amorosa había hecho brotar en su alma.

Llegó el verano y Mauricio regresó á París con su mujer, que en Niza había dado á luz un niño con toda felicidad. Amadeo tuvo que ir á verles, aunque sabía de antemano que esta visita le haría daño.

El pintor aficionado, más guapo que nunca y vestido con su acostumbrada chaqueta encarnada, estaba solo en su nuevo estudio, que había adornado y hasta obstruído con lujosas y agradables chucherías. El insubstancial joven recibió á su amigo como si nada hubiera pasado entre ellos; y después de los abrazos y preguntas respecto á los amigos dispersos y á los sucesos acaecidos desde su separación, encendieron sus cigarrillos.

—Y bien, ¿qué haces?—preguntó el poeta.—Tenías grandes proyectos de trabajo. ¿Te has puesto á la tarea? ¿Tienes muchos bocetos que enseñarme. ....

—No, á fe mía. Casi nada. Como comprenderás, allá abajo he dejado que mi vida se deslizara agradablemente; he hecho lo que el lagarto tendido al sol.... La dicha ocupa mucho, y he sido bestialmente dichoso.

Y colocando su mano en la de su amigo, sentado junto á él, prosiguió distraidamente:

—Una dicha que te debo, mi buen Amadeo......

Pero Mauricio decía esto en tono ligero. ¿Se acordaba acaso, habíase fijado alguna vez en que el poeta había sido y quizás era desgraciado por causa suya?

Sonó un campanillazo.

—¡Ah!—exclamó alegremente el dueño de la casa.—Es María que vuelve de pasear á su *bebé* por el Luxemburgo. Este ciudadano cumplirá seis semanas el lunes próximo, y ya verás qué hermoso es mi hombrecito.

Amadeo sintió que la emoción le ahogaba: iba á volver á verla esposa y madre: seguramente distinta.

María se presentó alzando una cortina. Detrás de ella se veían la gorra y el rústico semblante de una nodriza. No había cambiado en nada; no, en nada; pero el amor feliz, la primera maternidad y aquella existencia rica y fácil habían aumentado su belleza, realzada además por un elegante y encantador atavío. Al ver á Amadeo se puso colorada, y él pensó con tristeza que su presencia debía suscitar en la joven penosos recuerdos.

—¡Abrazaos, antiguos amigos!—dijo riendo el pintor, con aire de hombre amado y seguro de sí mismo, y con ese tono, peculiar á los maridos, de dueño que permite tirar á un conejo en su vedado.

Pero Amadeo se contentó con besar la enguantada mano de María, y la mirada con que ésta le dió gracias por su discreción fué un nuevo sufrimiento para él. Y sin embargo, ella se mostraba agradecida y le sonreía bondadosamente:

—Mi madre y mi hermana,—le dijo graciosamente,—tienen con frecuencia el placer de ver á usted, como en otro tiempo. ¿Se acuerda usted? Espero, pues, que no se venda caro con Mauricio y conmigo.

«¡Con Mauricio y conmigo!» Su voz era muy dulce, sus ojos se volvían tiernamente hacia su marido al pronunciar estas sencillas palabras.

«¡Con Mauricio y conmigo!....» ¡Ah! ¡Ambos no formaban más que uno! ¡Cuánto, cuánto le amaba!

Entonces fué preciso que Amadeo admirara al recién nacido, que en brazos de la nodriza se había despertado con la estrepitosa alegría de su padre. Desde el fondo de su gorrita de encajes, el niño abrió sus ojos azules, sus ojos serios como los de un viejo, y apretó suavemente entre su manita, fina como piel de pollo, el dedo que le alargaba el poeta.

—¿Cómo se llama?—preguntó éste obligado á decir algo.

—Mauricio, como su padre,—respondió con viveza María, que puso en estas palabras toda una explosión de amor.

Amadeo no podía más. Buscó un pretexto cualquiera para retirarse, prometiendo que volverían á verle pronto, y huyó por decirlo así.

—No vendré muchas veces,—se dijo al bajar la escalera, furioso contra sí mismo por tener que sofocar un sollozo.

Sin embargo, volvió, y siempre para sufrir.

Era él quien había hecho aquel matrimonio: debía estar satisfecho de que Mauricio, contenido y hasta un poco aletargado por el bienestar conyugal y por la paternidad, no tenía trazas de volver á sus antiguas calaveradas. Mas, por el contario, el espectáculo de aquella familia, el aspecto dichoso de María, las alusiones que hacía ésta alguna vez á la gratitud que debía á Amadeo, sobre todo los modales de bajá de Mauricio y el modo de hablar á su mujer como amo indulgente á la esclava gozosa de obedecer, disgustaban y ponían nervioso al poeta, que salía siempre de aquella casa descontento de sí mismo irritado contra los malos sentimientos que se agitaban en su corazón, avergonzado de amar á la mujer de otro, á la mujer de su antiguo compañero, y aunque sintiendo siempre necesidad de la amistad de Mauricio, no pudiendo verle sin experimentar un movimiento de secreto de rencor y de sorda envidia.

Sin embargo, logró visitar lo menos posible al joven matrimonio y hacer intervenir en su existencia otro interés de corazón. Hombre desocupado puesto que su pequeña fortuna le permitía trabajar sólo cuando recibía los favores de la inspiración, volvió á presentarse en sociedad frecuentando los salones, los escenarios y los lugares en que se consumía la bohemia. Hizo el vago y perdió el tiempo, interesándose por todas las mujeres, engañado por su tierna imaginación y derrochando en sus caprichos demasiada sensibilidad, y tomando sus deseos por amor, tuvo varios amantes.

Fué la primera una bella señora, algo pedante, á quien encontró en el salón de la condesa Fontaine. Hallábase aquella casada con un hombre machucho perteneciente al mundo político y financiero y servidor sucesivamente de varias situaciones, el cual señor que no había cambiado de bandera ni mudado de casaca más que dos ó tres veces, no permitía que se pronunciara su nombre en las asambleos públicas sin estar precedido del epíteto de honorable. Semejante hombre tan formalmenle ocupado en salvar el Capitolio, es decir, en sostener denodadamente al más fuerte, en aprobar todas las bajezas de las mayorías, y en aumentar sus empleos, sinecuras, gratificaciones, acciones y gajes de todas clases, tenía forzosamente que descuidar á su mujer inquietándose poco del ridículo de Sganarelle que ésta le infería las más veces posibles y al que parecía predestinado.

La señora cuya belleza era la de una muñeca, que además no era joven y que en literatura no había pasado de Jorge Sand, pero que en cambio se mudaba de traje tres veces al día y pagaba cuentas menores al dentista; la señora, decimos, distinguió al joven poeta de cabeza romántica y recorrió rapidamente en su compañía todo el itinerario del país de lo «Tierno.» Empero, gracias al progreso moderno, se efectuó el viaje en tren directo. Después de haber traspuesto las estaciones secundarias de «Rubor detrás del abanico,» «Presión de mano significativa,» «Cita en un Museo», etc., etc., el tren se detuvo en la estación más importante, los «Escrúpulos,» (diez minutos de parada), y Amadeo llegó al punto *terminus* de la línea, siendo el más envidiable de los mortales.

¡Horas deliciosas de una íntima y distinguida unión.

El poeta se transformó en perro faldero de la señora y en mueble esencial del salón de ésta. Figuró en todas las comidas, bailes y reuniones donde ella se presentaba, se ahogó en el fondo de un palco de la ópera, y recibió la misión de confianza de ir al salón de descanso á buscar bombones y caramelos. Su recompensa consistía en conversaciones metafísicas, en las que la señora y él se entretenían en partir en el aire algún cabello sentimental y en algunas raras sesiones de placer más substancioso, en las que el poeta no tardó en comprender la pesada calma de su corazón y la decepción de sus sentidos. Al cabo de unos meses de esta mediana felicidad verificóse sin dolor la ruptura y Amadeo no experimentó el más mínimo pesar al restituir las prendas amorosas que había recibido, á saber: un retrato fotográfico en un marco de Leuchars, un paquete de cartas copiadas de novelas en moda y escritas con letra inglesa en un papel satinado, sin olvidar un guante blanco que en el cofre de los recuerdos habíase ajado un poco, como su hermosa dueña.

Una joven alta, sonrosada, con cuerpo de diosa, que cobraba trescientos francos mensuales por exhibir sus trajes en el teatro de Vaudeville y que daba cuatro diarios á su peluquero, permitió á Amadeo hacer una nueva experiencia amorosa, más costosa, pero más divertida que la primera. Nada de vaguedades del alma al lado de esta linda persona, nada de sutilezas psicológicas; la muchacha tenía piernas admirables,

fuertes y finas á la par, como las diosas de Primaticcio; el porte magestuoso de aristocrática dama y su voluptuosa sonrisa descubría una dentadura hecha para devorar patrimonios. Cerca de ella el poeta conoció placeres confortables de los sentidos que no dejan ni tristeza ni disgusto; pero desgraciadamente, la señorita Rosa de Junio (este era su nombre de teatro) sólo tenía en su encantadora cabeza el cerebro lleno de estupidez y vanidad. Sus accesos de cólera atroz, producidos por un artículo de periódico que se permitía una pequeña censura; sus ataques de nervios y sus torrentes de lágrimas cuando le repartían un papel corto, *un embutido* en una pieza nueva, empezaban á impacientar á Amadeo; además, una casualidad le convenció de que tenía un rival preferido en Grandoux, el actor de Variedades, cuya coriza crónica y su fealdad de gorila han parecido deliciosas durante veinte años al público más refinado del mundo. Violette se retiró con algunos billetes de banco menos en el bolsillo.

En seguida comenzó una aventura sencilla pero bastante agradable con una linda muchachita, con la que hizo conocimiento en el corro de gente que miraba dar vueltas á los caballitos de madera una noche de fiesta pública. Luisa tenía veinte años, se ganaba la vida en casa de una florista famosa y era sonrosada y fresca como un almendro de Abril. Sólo había tenido dos amantes: primero, el mozo del obrador (elegantes vividores, nunca tendréis más que las sobras de esas gentes) y después de un dependiente de una tienda de novedades, que le había transmitido el poco aristocrático gusto de bogar en el río. Allí fué donde Amadeo, surcando el Marne, sentado al lado de Luisa en una barca, amarrada luego á los sauces de las islas del Amor, obtuvo el primer beso de la griseta entre dos coplas de una canción de remeros, y la gentil criatura, alegre como la alondra, que siempre que venía á verle le traía un ramilletito, encantó al poeta hijo de París que recordó inmediatamente los versos de Béranger: «Soy del pueblo lo mismo que mis amores.» Sintióse amado y se enterneció. En efecto, á él se debía el cambio operado en el modo de ser de la inocente joven: Luisita se tornó pensativa, le pidió un mechón de pelo, que llevaba siempre consigo en el portamonedas, y fué á casa de una echadora de cartas para que le hiciera el gran juego, el juego que costaba cinco francos, para saber si el joven moreno, el caballo de bastos, le sería fiel durante mucho tiempo. Amadeo descansó sobre aquel sencillo corazón; pero á la larga (¡infelices espíritus delicados!) notó y se disgustó de las vulgaridades de su amante, que verdaderamente era demasiado habladora, se expresaba en el tonillo pesado de los arrabales, amenizaba sus discurso con muletillas de «patatín patatán» ó llamaba á Amadeo «mi niño,» y se recreaba con los manjares más ordinarios. ¿Te enteras? Un día al besar á su amante, su aliento apestaba á ajo; sin embargo, el poeta no la abandonó en una larga temporada, enternecido por el sentimiento sincero y desinteresado de la pobre muchacha, contento de dar á quien ni esperaba ni pedía nada. Ella fué, al fin y al cabo, la que le dejó por orgullo femenino, comprendiendo que no era amada. Amadeo casi la echó de menos.

El trato que había tenido el poeta con los barbudos revolucionarios del café de Sevilla y con las corbatas parlamentarias del salón de la Condesa Fontaine, habíale disgustado para siempre de la política. Por tanto, se preocupó muy poco de los ministerios liberales, del plebiscito y de las diferentes fases de la enfermedad de que moría el segundo imperio. Pero Amadeo era un buen francés. La violación de la frontera, las primeras batallas perdidas, hicieron asomar á su rostro el rubor encendido del ultraje. Cuando París fué amenazado pidió un arma como los demás, y aunque no tenía espíritu militar, se juró cumplir con su deber, con todo su deber. El día en que vió pasar, bajo el hermoso sol de Septiembre, el kepis dorado de Trochu entre las bayonetas, había cuatrocientos mil parisienses llenos como él de buena voluntad, que en el cañón de su fusil habían puesto como una flor su resolución de morir como buenos.

¡Ah, miseria de la derrota! Todos aquellos valientes debían solamente estacionarse durante cinco meses, en su sitio, y comer carne podrida.

¡Que Dios perdone á los tímidos y á los habladores! ¡Ay! ¡Pobre vieja Francia! ¡Después de tanta gloria! ¡Pobre Francia de Juana de Arco y de Napoleón!

XVI

Hacía cerca de tres meses que duraba el gran sitio. El 3 de Noviembre se había librado una gran batalla en las riberas del Marne, después, durante veinticuatro horas, la acción cesó algún tanto por la mucha nieve que caía, pero decíase que la jornada del 2 de Diciembre sería decisivo.

Aquella mañana el batallón de la guardia nacional, del que formaba parte Amadeo Violette, había salido por primera vez con órden de mantenerse sencillamente de reserva en tercera línea, bajo los cañones de un fuerte situado en una espantosa llanura al Este de París.

Los guardias nacionales no tenían, por cierto, mal aspecto, aunque pareciesen algo embarazados por sus pesados capotes de paño azul obscuro con botones de hoja de lata, y por sus fusiles de cazoleta más pesados todavía, todo nuevo y como improvisado.

Salieron del centro de la ciudad á paso doble, de cuatro en fondo, al redoble de tambores y mandados por un coronel que había sido bagajero y herrador del tercero de húsares. Verdaderamente sólo deseaban portarse bien, y no era culpa suya el que, por falta de confianza en ellos, no se les destinara á la primera línea. Al llegar á las fortificaciones y franquear el puente levadizo, entonaron la *Marsellesa* como hombres dispuestos á hacerse romper el bautismo. Lo que tal vez perjudicaba más á su aspecto marcial, eran sus sólidos zapatos de caza, sus polainas de cuero, sus guantes de algodón y sus bufandas, en fin, su aire confortable de gentes que se han procurado en su casa algunas cosas agradables, como, por ejemplo, panecillos rellenos de comestibles, pastillas de chocolate, tabaco y algún frasco de ron.

Apenas habían andando dos kilómetros fuera del parapeto y cuando llegaron cerca del fuerte, en donde en aquel momento no jugaba la artillería, un oficial de estado mayor, montado en un jacucho de amarillenta piel, que sólo tiene huesos y pellejo, les detuvo con un ademán y mandó secamente al comandante que se situaran á la izquierda del camino en un campo del que hacía tiempo se había arrancado hasta la última hierba. Allí formaron pabellones, y rompiendo filas esperaron órdenes.

¡Qué lugar tan siniestro! En el cielo sucias nubes y en la tierra terrenos áridos manchados de nieve á medio derretir; el fuerte, bajo, cerrado como en actitud de defensa; grupos de casas ruinosas en demasía; una fábrica, cuya alta chimenea habían destruido en parte las bombas, acribillando la pared, en la que aún se leían estas palabras, escritas con grandes letras negras: «Jabonería del High-Life,» y atravesando este paisaje de desolación un camino largo y tortuoso, que se prolongaba hasta allá abajo, del lado del campo de batalla, y en medio del cual, ofreciendo un símbolo de muerte, yacía el cadáver de un caballo, caído allí como un fardo.

Frente á los guardias nacionales, al otro lado del camino, tomaba el rancho un batallón de línea, muy castigado en la acción de la antevíspera. Habíase replegado en aquel sitio para descansar un poco y había pasado toda la noche sin abrigo y azotado por la nieve. Tiritando, llenos de barro, cubierto de andrajos, los soldados lúgubremente agrupados alrededor de escasas hogueras de leña verde que apenas ardía, ofrecían un aspecto lamentable. Los infelices mostraban caras cetrinas y barbas de hospital debajo de sus kepis deformados. Azotados por el viento áspero y frío que barría la llanura, sentían estremecerse sus espaldas rendidas de cansancio, cuyos omóplatos se hundían debajo del paño ajado de sus capotes. Algunos de ellos, que por estar heridos levemente no habían sido llevados á la ambulancia, mostraban en la frente ó en las muñecas surcos sangrientos. Cuando pasaba un oficial humillado y con la cabeza baja, no le saludaban. Aquellos hombres habían sufrido demasiado, y en sus extraviadas miradas adivinábase una desesperación furiosa é insolente, próxima á estallar en injurias. Hubieran causado horror á no haber inspirado compasión. ¡Ay! Eran vencidos.

(Continuará).

LOS ADELANTOS EN NUESTRO PAIS

El Buen Tono, S A.

Nunca como ahora sentimos jubiloso y satisfecho el ánimo, al tener que ocuparnos de la descripción de una industria, regenteada por extranjeros, pero genuinamente nacional.

Mal hacemos en decir que aquellos próceres del trabajo y de la constancia, de la actividad y de la honradez, sean extranjeros. El industrial no tiene patria: pertenece á la humanidad.

La fábrica que nos ocupa es una completa revelación de lo que puede y alcanza la actividad humana, cuando como en el presente caso se aunan, en feliz consorcio, una iniciativa audaz espoleada por una voluntad de hierro y una inteligencia suprema.

Nadie entre nosotros ignora quién es el señor Don Ernesto Pugibet. Un luchador infatigable que en la eterna brega de la labor industrial quiso vencer y supo lograrlo.

Nuestro semanario engalana sus columnas con el retrato del distinguido francés por origen, y del eminente mexicano por simpatía y por cariño.

***

La historia de la sociedad de «El Buen Tono» es una página de lo que puede y alcanza la voluntad del hombre, puesta al servicio de una causa noble y levantada.

Ayer apenas estaba en su gestación.

El honrado comerciante, el conspícuo industrial, se lanzaba allende el Océano y encontraba en la populosa París, en ese cerebro del mundo, de cuyo centro irradian fulguraciones eternas de grandeza y poderío intelectual, una pequeña máquina que había de evolucionar, en nuestro país, la industria cigarrera, y que prometía, al ojo avisor de M. Pugibet, una victoria segura: nada equívoca, nada discutible.

Importa para la patria de su distinguida señora é hijos aquella maquinaria, y comienza á trabajar.

Fuimos testigos presenciales de la lucha; de cerca palpamos cómo se agitaron en la sombra intereses bastardos y malvadas pasiones, que propendían, arteramente, á deprimir el brillante éxito que se anunciaba; á nulificar la victoria que con luciente colorido y bien perfilados contornos, se señalaba para no lejano término.

***

Arribaron á nuestras playas 20 máquinas primero; poco tiempo después llegaban á cuarenta; y cuando la realidad del buen éxito se hizo indiscutible, cuando Pugibet se impuso en el mercado de la República como el primer fabricante de cigarros; cuando nadie pudo osar el disputarle la excelencia de sus productos y la bondad de su mercancía, realiza un problema económico de gran importancia, constituyendo las bases orgánicas de una sociedad anónima, y realizando en el mercado sus valores, cuyo solo anuncio significó un caso único y ejemplar, dentro de la historia de los valores mexicanos: las acciones de «El Buen Tono» se cuotizaron, con *prima*, antes de lanzarse á la circulación.

Sr. Don Ernesto Pugibet.

Pero esta industria no se detiene ni un momento á través de su marcha triunfal; la mercancía invadió los mercados todos de la República, y traspasando nuestras fronteras, y surcando las procelosas ondas del Océano, llega al extranjero y proclama en alto tono, con la voz elocuente de los hechos consumados, que la industria cigarrera de México alcanzaba prestigiado y prominente lugar entre las industrias similares del mundo entero.

***

Los pocos pálidos conceptos anteriores nada son y nada significan, ante la realidad de lo que aquello ha sido, de lo que actualmente es, y de lo que tendrá que ser para lo porvenir.

M. Ernesto Pugibet es el cerebro privilegiado, es el hombre que piensa y discurre, es el generador victorioso de toda esta bonanza.

Pero á su lado se encuentra un honrable caballero; á su lado, y siendo siempre partícipe de la lucha, ha estado el distinguido industrial y comerciante, Señor D. Francisco Pérez Vizcaino.

De tal suerte se liga la personalidad del Señor D. Francisco á los intereses de «El Buen Tono,» que seríamos altamente injustos con callar su respetable nombre, al describir, siquiera sea á grandes rasgos, la historia de esta importante industrial.

El Sr. Pérez Vizcaino ha dedicado su atención, todas sus energías, sus actividades todas, á todos y cada uno de los departamentos que forman la magnífica instalación de que venimos ocupándonos.

Aseo, orden, moralidad y economía han sido las cualidades que, siempre en actividad, supo desarrollar entre los numerosos operarios de esa fábrica, el correcto español á que nos referimos.

De palabra fácil y expedita; de viva inteligencia y buena cultura, es el distinguido Sr. Pérez uno de esos caballeros con quienes una vez que se conversa difícilmente se olvidan en el futuro.

***

Vamos á entrar á aquellos magestuosos salones que son el templo del trabajo para los operarios de «El Buen Tono.»

Gustosamente, y poseídos de íntimo respeto, penetramos allí. El ruido zumbador de la maquinaria es el himno reverente, la loa purísima, la cántiga excelsa que el trabajador entona en aquellos salones.

Ciento veinte máquinas, servidas y atendidas por otras tantas trabajadoras, elaboran el cigarro engargolado, sin pegamento.

La elocuencia abrumadora de los números nos releva de entrar en especiosos detalles, que si bien es cierto que mucho servirán para una completa descripción de las máquinas, en último análisis y sintetizando las vivísimas impresiones que persisten en nuestro cerebro, no creemos necesario entrar en pormenores minuciosos y descripciones que á la postre resultan cansadas. Los números hablan muy alto y muy claro.

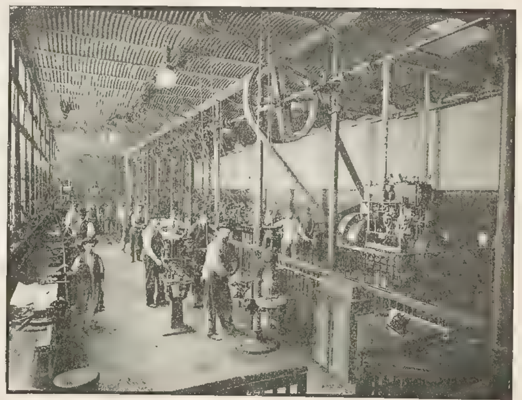
Cada una de las máquinas á que nos referimos elabora, por día, treinta mil cigarros, que arrojan, en conjunto, una producción total de TRES MILLONES SEISCIENTOS MIL CIGARROS, diarios.

¡Y no dan abasto aquellas máquinas!

La producción no satisface las exigencias de la demanda.

Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica y la mayor parte de las naciones europeas consumen el cigarro

Departamento de maquinas para elaborar el cigarro engargolado



Talleres mecanicos en la Fabrica «El Buen Tono.»

mexicano, que en no lejano término será consumido en todos los mercados del mundo.

* * *

En el mismo salón á que venimos refiriéndonos, y que tiene una longitud de ciento diez metros, se encuentran dos distintas instalaciones, que corresponden, una de ellas al Taller mecánico, y la otra para los grandes cilindros en que se seca y enfría el tabaco.

Antes de entrar en pormenores, es conveniente precisar cómo llega el tabaco á la máquina y cuál es el procedimiento á que se le sujeta para el uso á que se destina.

* * *

La enorme cantidad de grandes pacas de tabaco que se encuentran simétricamente colocadas en las vastísimas bodegas de la negociación, se nos antojaron el inexpugnable baluarte, la formidable fortificación que esta industria opone para resistir á los rudos combates de la competencia comercial.

Más de un millón de pesos en tabaco se encuentran almacenados en las elegantes bodegas. De estas se toman las pacas que contienen la planta y se saca ésta, que debe ser preparada de antemano para que se la pueda utilizar en las máquinas confeccionadoras del cigarro engargolado.

Como el tabaco tiene que emplearse en forma de hebra, para que pueda ser cortado por las máquinas destinadas al efecto, se le humedece, primeramente. Una vez humedecido, pasa á una ingeniosa máquina de extrema sencillez, en la cual queda cortado en la forma conveniente.

En este estado el tabaco, y conservando la humedad que se le dió, es llevado, en canastos, hacia los cilindros secadores, estos son tres, miden, aproximadamente, tres metros y medio de largo, por ochenta centímetros de diámetro.

Los cilindros se encuentran á una alta temperatura, y en ellos se verifica la operación de secarse el tabaco.

De los secadores pasa el tabaco á los enfriadores, que son dos cilindros de idénticas dimensiones á los anteriormente descriptos. Aquí se enfría la planta, y una vez que ha quedado á la temperatura normal, se pasa á otra máquina que tiene por objeto quitarle el polvo, de la manera más perfecta posible.

En estas condiciones la hebra es depositada en unos almacenes forrados de cedro colorado. Esta madera sirve para conservar, con la mayor pureza, el aroma del tabaco.

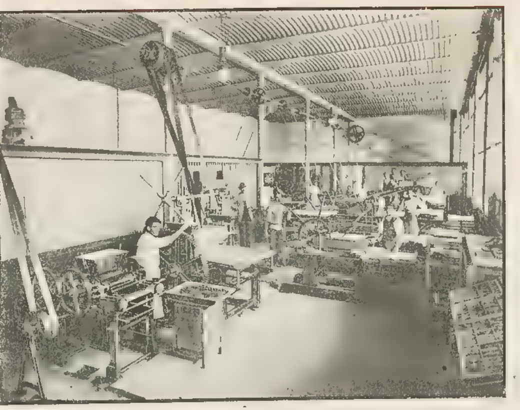
Cumple á nuestro deber, que estimamos en esta vez como obligación, proclamar en alto tono y con toda honradez, que el tabaco que se emplea en la Fábrica de «El Buen Tono» no sufre adulteraciones de ningún género.

Algún espíritu mezquino, algún menguado detractor, incapaz de sostener una competencia honrada, quiso imputar malos manejos en aquella industria. El público respondió con un supremo desdén á las frases calumniosas, y el éxito siempre victorioso de esta fábrica de cigarros, nos excusa de insistir más acerca de este punto.

* * *

Volvamos á las máquinas.

El tabaco ya en hebra, se distribuye en proporciones determinadas, á cada una de las obreras.



TALLER LITOGRAFICO.

Con actividad, con dedicación, con orden, las jóvenes, sentadas frente á su máquina, comienzan la elaboración.

La máquina que fabrica el cigarro, no permite dentro de la hebra ningún cuerpo extraño: así, pues, la obrera tiene especial cuidado de ir segregando los palillos y cualquier otro género de basuras que puedan encontrarse.

El enorme número de cigarros elaborados por las máquinas, pasa al departamento de empaque, donde se encuentran numerosas operarias, encargadas exclusivamente de distribuir y colocar los cigarros en las cajetillas en que son lanzados al comercio. En este mismo departamento se hace el empaque de cigarros destinados á la exportación.

* * *

El cigarro, estilo habano, que se elabora en esta fábrica, es de extremada limpieza y tiene exquisito sabor.

El departamento en que se verifica esta fabricación, es independiente del que hemos descrito con anterioridad. El salón es amplio, bien ventilado y perfectamente alumbrado, por gran número de traga-luces.

Son muchas las obreras que ahí existen; todas perfectamente aseadas, y dedicadas por completo á su trabajo, no se distraen en pláticas ociosas, ni se perjudican con divagaciones de ningún género.

Muchas son las marcas que con diferentes nombres explota la fábrica de «El Buen Tono,» de los cigarros denominados de estilo habano; todas compiten entre sí en la magnífica aceptación que tienen en la plaza, y su consumo es muy respetable, aunque sus cifras no alcancen las del consumo del cigarro engargolado.

Talleres mecánicos.

Este departamento de la casa, absolutamente francés, tiene por objeto la reposición y construcción de todas y cada una de las piezas que forman la ingeniosa máquina de elaborar el cigarro.

Se encuentran ahí: tornos, máquinas cortadoras, martillos mecánicos, y en general la maquinaria que se necesitaría para construir todas las piezas de una de las tantas veces repetida máquina de elaborar cigarros.

El motor que imprime movimiento á toda la maquinaria de la fábrica, es un precioso ejemplar del arte mecánico francés, pues sus autores son «P. Domange & Mus. Sastré Ingenieurs constructeurs. Lyon.»

Su fuerza es de ciento veinte caballos, bastantes para las necesidades de la fábrica y para alimentar seis dinamos, que en departamento especial, pero anexo al del motor, están instalados, produciendo corriente bastante para quinientos focos incandescentes.

Taller de Litografía

En este departamento se hallan instaladas todas las máquinas mecánicas, de pedal y de mano que últimamenne ha inventado el ingenio humano, para trabajos litográficos; así como un gran surtido de satinadores, cilindros, entintadores, piedras y útiles para dibujar y grabar; pues es de advertirse que en los talleres litográficos de la fábrica de «El Buen Tono,» se hacen todos los trabajos de dibujo é impresión de las cajetillas, que como el público habrá podido observar, son de una composición artística irreprochable.

Además, en estos talleres se están imprimiendo los bonos de la nueva sociedad anónima, que con capital de dos millones quinientos mil pesos, dará mayor ensanche á la negociación; y el trabajo artístico de esos documentos, es de tan buen gusto y exquisita ejecución, que con prohijarlo se enorgullecería cualquiera de las casas especialistas en trabajos litográficos.

El crédito de la Negociación.

En cualquiera sociedad anónina; la mejor garantía para la idoneidad de sus procederes, está en el Consejo de Administración, que cuida y vigila sus operaciones.

El Consejo de Administración electo con motivo del aumento de capital y de cuyo asunto nos ocuparemos próximamente en alguno de nuestros diarios, es la mejor prueba del prestigio y honorabilidad con que se procede en esta sociedad.

Por aclamación, en junta general de accionistas, resultó electo, como Director general del negocio, el honorable M. Ernesto Pugibet; y el Consejo quedó constituido como sigue:

Presidente, Sr. Gral. Don Manuel González Cosío; Vice Presidente, Sr. Don José V. del Collado; Vocales: Sres. Lic. Don Rafael Dondé, H. C. Watters, Porfirio Díaz, [hijo] Lic. Emilio Velasco, en substitución de Don Julio Limantour (ausente); Secretetario del Consejo, Sr. Don Francisco Pérez Vizcaino.

Hay dos Vice Directores: Don Baldomero de la Prida y Don Andrés Eizaguirre, quien funge como Tesorero de la Compañía.

Para concluir las presentes líneas, mencionaremos un hecho: es el mejor elogio que puede hacerse de «El Buen Tono.»—«Las acciones se cuotizan en los mercados europeos, con una *prima* muy considerable.»

PASAGE «PORFIRIO DIAZ» EN EL INTERIOR DE LA FABRICA.

BODEGAS.

Páginas de la Moda

Fig. 1.—Toilette de paseo.

Fig. 2.—Traje de ciudad.

LECTURA PARA LAS DAMAS.

LA MADRE.

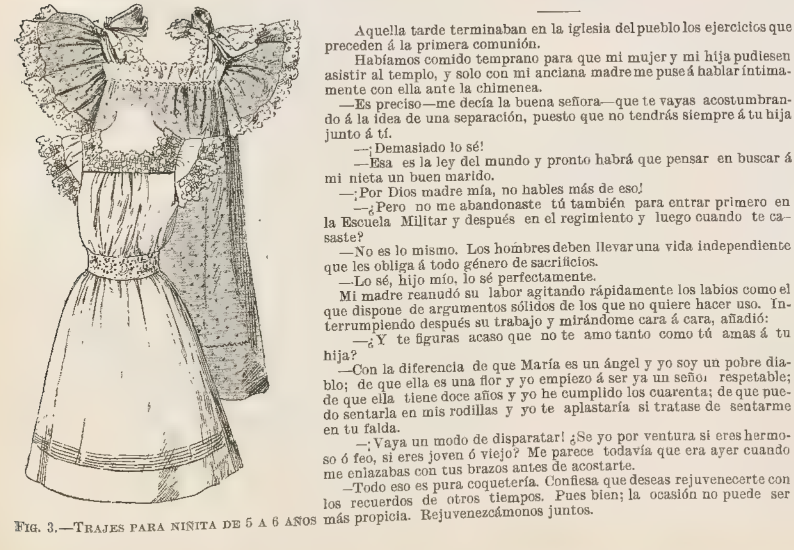


Fig. 3.—Trajes para niñita de 5 á 6 años

Aquella tarde terminaban en la iglesia del pueblo los ejercicios que preceden á la primera comunión.

Habíamos comido temprano para que mi mujer y mi hija pudiesen asistir al templo, y solo con mi anciana madre me puse á hablar íntimamente con ella ante la chimenea.

—Es preciso—me decía la buena señora—que te vayas acostumbrando á la idea de una separación, puesto que no tendrás siempre á tu hija junto á tí.

—¡Demasiado lo sé!

—Esa es la ley del mundo y pronto habrá que pensar en buscar á mi nieta un buen marido.

—¡Por Dios madre mía, no hables más de eso!

—¿Pero no me abandonaste tú también para entrar primero en la Escuela Militar y después en el regimiento y luego cuando te casaste?

—No es lo mismo. Los hombres deben llevar una vida independiente que les obliga á todo género de sacrificios.

—Lo sé, hijo mío, lo sé perfectamente.

Mi madre reanudó su labor agitando rápidamente los labios como el que dispone de argumentos sólidos de los que no quiere hacer uso. Interrumpiendo después su trabajo y mirándome cara á cara, añadió:

—¿Y te figuras acaso que no te amo tanto como tú amas á tu hija?

—Con la diferencia de que María es un ángel y yo soy un pobre diablo; de que ella es una flor y yo empiezo á ser ya un señor respetable; de que ella tiene doce años y yo he cumplido los cuarenta; de que puedo sentarla en mis rodillas y yo te aplastaría si tratase de sentarme en tu falda.

—¡Vaya un modo de disparatar! ¿Se yo por ventura si eres hermoso ó feo, si eres joven ó viejo? Me parece todavía que era ayer cuando me enlazabas con tus brazos antes de acostarte.

—Todo eso es pura coquetería. Confiesa que deseas rejuvenecerte con los recuerdos de otros tiempos. Pues bien; la ocasión no puede ser más propicia. Rejuvenezcámonos juntos.

Fig. 4.—Tablero para niñita, delantero y espalda

Fig. 5.—Toilette de visitas para señora joven.

Al decir esto, me senté á sus piés sobre un cojín, y apoyé mi cabeza contra su cuerpo.

Mi madre arrojó al suelo su labor, se quitó las gafas, abrió sus brazos, y sentí que sus labios se posaban en mi frente.

Durante unos instantes se presentó á mis ojos como en otro tiempo, cuando era una mujer hermosa y yo un chiquillo.

—¡Ya ves—murmuró—como siempre, siempre, siempre eres mi hijo!

Y me abrazaba aún con mayor efusión.

—Lo triste es—añadió—que no se puede molestar á un hombre con eternas caricias por temor de humillarle y que á las mujeres no les gusta que le besen á sus maridos hasta el punto de que haya necesidad de buscar una ocasión para no mortificar á nadie. De modo que sólo por casualidad y como á escondidas puede una madre mimar á su hijo. Pero nada te echo en cara, Pedro mío. Todo se gasta con la edad á excepción del amor materno. ¿Cuántos besos te he dado en las mejillas de tu hija? No lo has adivinado muchas veces?

—¡Ah, madre mía?

—Y es verdad, Pedro, que empiezas á tener canas. No te las había repasado aún. ¡Como tengo tan pocas ocasiones de mirarte de cerca!... Pero levántate, hijo mío; me parece que oigo el ruido de un coche.. Tu mujer y María van á llegar al instante.... ¿Donde está mi labor? ¿Dónde están mis gafas?

A los pocos momentos entraron mi mujer y mi hija, visiblemente emocionadas.

María se acercó á nosotros como hubiera podido hacerlo una virgen de Murillo, y nos tendió los brazos cariñosamente.

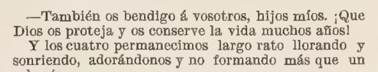
Luego dijo á mi madre:

—Abuelita, ¿quiere usted darme su bendición?

—Sí, hija mía, te bendigo en nombre de tu padre y de tu madre; en nombre de tu abuelo, que tanto te quería y con el cual iré muy pronto á reunirme.

Mi madre se volvió hacia nosotros con tal expresión de ternura que aquella santa mujer parecía no pertenecer ya á este mundo y añadió:

Fig. 6.—Mangas nuevas para traje de ciudad.



—También os bendigo á vosotros, hijos míos. ¡Que Dios os proteja y os conserve la vida muchos años!

Y los cuatro permanecimos largo rato llorando y sonriendo, adorándonos y no formando más que un solo sér.

Cuando hubo calmado nuestra emoción, dijo mi madre con aire alegre y risueño y dirigiéndose á mi mujer:

—¿Me permites, hija mía, desempeñar por algunos minutos el papel de dueña de la casa y llamar á tus criados?

Al decir esto, agitó la campanilla y suplicó á la doncella que hiciera subir á Francisca y á Doreau, ó sea á Filemón y Baucis como solían allí llamarles.

Doreau había sido asistente de mi padre por espacio de veinte años y cuando me casé entró con su esposa á mi servicio.

Es un veterano, valiente como un héroe y fiel como un perro. Cerró los ojos á mi padre después de haberle salvado la vida cuatro veces, y morirá en mi casa con sus manos entre las mías.

Cuando estuvieron presentes los dos criados, mi madre les dijo:

—María celebra mañana su primera comunión y como vosotros formais parte de la familia, os he hecho venir para que le deis un beso.

Doreau estaba cortado y al indicarle yo con un gesto que avanzara el paso, murmuró:

—Si usted lo manda, mi comandante, obedezco.

No se trata de obediencia. Este es un acto de amistad sincera, mi querido Doreau. Dale un beso.

El veterano besó á María, y Francisca, abnegada en llanto, imitó la conducta de su marido.

—Y ahora—exclamó mi madre—vámonos á acostar. Dame el brazo hijo mío.

Gustavo Dres.

Fig. 7.—Mangas nuevas para traje de ciudad.

NUESTROS GRABADOS

FIG 1.—TOILETTE DE PASEO.

Traje estilo sastre en paño gris ratón, compuesto de una falda que se recorta á la izquierda formando un tablero y va cerrada por un botón fantasía, La jacquette muy ceñida va doubleé de tafetán escocés en campo de paño.

Guardamanga elegante. Sombrero de paja de arroz negra, guarnecida de tafetán turquesa y de encaje de chantilly negro.

FIG. 2.—TRAJE DE CIUDAD.

Traje sastre en paño «piel de guante» beige. La falda tallada de una sola pieza, está guarnecida de dos diagonales de paño blanco picado, ascendiendo en punta en el delan-

Fig. 8. Traje de tarde estilo sastre.

FIG. 9.—DOS HERMOSOS FIGURINES DE CASA.

tero. Jacquette con basquiña, ornada también de diagonales blancos, recortada graciosamente y con dos filas de botones fantasía.

Capota en miosotis, geranio, rosa y follaje.

FIG. 3.—TRAJES PARA NIÑITA DE 5 Á 6 AÑOS.

La primera es de batista con delantero y espalda, montados por medio de un pequeño entredos en *broderie* rematado por un volante.

Espaldetas drapeadas de batista anudándose sobre los hombros.

Las mangas están hechas de un gran volante orlado de broderie.

La segunda es en batista unida, compuesta de una faldita orlada de pequeños pliegues de lino y de un cuerpecito fruncido, montado por un empiezamiento en guipure escotado en cuadro.

Cintura en entredos. El cuerpo está tallado de una sola pieza.

FIG. 4.—TABLERO PARA NIÑITA, *delantero y espalda.*

Se hace en batista rayada, rosa y blanca, se monta con fruncidos en el talle y se orla de un entredos de broderie blanca, volante ornando un fichú drapeado que desciende hasta la espalda. Nudo satín sobre los hombros. Bolsitas cerradas por un pliegue.

FIG. 5.—TOILETTE DE VISITA PARA SEÑORA JOVEN.

Este traje simula un modelo princesa. Está hecha en velo *abadesa*; el corpiño con delantero y espalda drapeados, entra en una cintura proporcionada por la misma falda; esta cintura se drapea de cada lado hacia atrás y se cierra en medio de la espalda. Falda á seis pliegues. Manga de una sola pieza.

FIG. 6.—MANGAS NUEVAS PARA TRAJE DE CIUDAD.

a. Manga en lanaje; terminada por un paramento coronado de galones negros. Galones semejantes sobre lo alto de la manga y sobre el yockey.

b. Manga de lanaje guarnecida de pequeños cometas negros, coronados por botones de Milán negros, ordenado todo á guisa de galón.

La parte inferior se termina por un volante plissé.

FIG. 7.—MANGAS NUEVAS PARA TRAJE DE CIUDAD.

a. Manga de tafetán, recortándose sobre un abullonado de la misma tela. La parte inferior está formada por paramento. Pequeños cometas negros forman la guarnición.

b. Mangas en tafetán Pekin, tallada de una sola pieza.

En lo alto está guarnecida de tres jockeys bordados, orlado de *ruchés* de muselina negra.

FIG. 8.—TRAJE DE TARDE ESTILO SASTRE.

Se compone de una jaquette fantasía en paño beige y de una falda en lanaje glacé, malva y beige.

La jaquette se compone de un espalda sastre recortándose en el talle. Sus delanteros se ajustan de cada lado. Cuello recto. Corbata de satín negro.

FIG. 9.—DOS HERMOSOS FIGURINES DE CASA.

El primero de cachemir gris perla á rayas obscuras, formando blusa abierta y chaleco figurado, sobre un gran plastrón de seda negra.

El segundo, blusa sencilla de muselina de seda, adornada de cinta de seda obscura, con cuello americano y mangas de globo.

La blusa recuerda el estilo marinero aunque va completamente cerrada.

FIG. 10.—NUEVAS MANGAS PARA TRAJES HABILLEES.

a. Manga en foulard, guarnecida en lo alto de cuatro *ruchés* en cinta de gasa negra. Volante en forma orlado de una *ruché* que guarnece la parte inferior. Cuatro *ruchés* semejantes rematan este volante.

b. Manga en muselina de seda, enteramente fruncida, tallada de una sola pieza. Se monta sobre tafetán transparente. Un volante plissé orna la parte inferior.

FIG. 11. —GRUPO DE PRENDAS PARA DAMA.

Damos el grupo más hermoso que pueda verse de hermosas prendas de lujo para damas.

Un hermoso cuerpo última novedad, á gran bordaho y con aplicaciones de tul de *ruchés* intervalados de cinta de terciopelo y jockeys de blonda antigua de Bruselas, dos corbatas, una blanca y la otra obscura, de la más encantadora novedad, dos abanicos de gran lujo, un cinturón de gros y seda con elegante broche y un volante de blonda de punto viejo de Alençon.

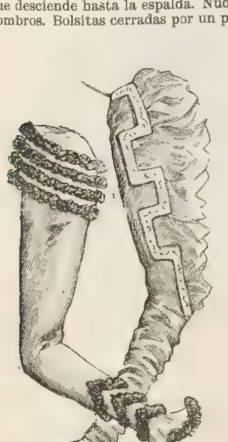


FIG. 10.—MANGAS NUEVAS PARA TRAJES HABILLES.

FIG. 11.—GRUPO DE PRENDAS PARA DAMA.

UNICA BRUJERIA

—PARA MIS DIENTES BLANCOS.—

La muy afamada «Pasta Oriental» de los Dres. Spyer para conservar y blanquear la dentadura y curar el dolor de muelas, compuesta de plantas mexicanas, premiada con medalla y diploma en la Exposición Universal de Paris de 1889 y reconocida como el mejor dentrífico del mundo. Privilegio exclusivo de Patente de México y también de los Estados Unidos, aprobada por el Supremo Consejo de Salubridad. Está de venta en el tan conocido Gabinete Dental de los Dres. Spyer, inventores de la muy afamada dentadura automática. Calle de la Palma No. 3. Precio del pomo, $1.00 Ventas al por mayor con descuento.

TOMESE

EL OLUGNA

Que es el único específico para la sangre.

FACSIMILE de la caja conteniendo el verdadero polvo "**VELOUTINE**" inventado por **CH. FAY.**

La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el mas recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. *Facilita la denticion, asegura la buena formacion de los huesos.*

PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmácias.

RESTAURADOR UNIVERSAL DEL CABELLO

PREPARADO POR EL DR. TORREL, DE PARIS.

PETROL

Unica preparación para restablecer, vigorizar y hermosear el cabello.

Impide la prematura caída del pelo. Evita las canas y limpia la cabeza. Preferible á toda preparación deq uina.

De venta: en todas las Droguerías y Perfumerías.

Las Mujeres Estan Sujetas á muchas Enfermedades.

El Cura quien hizo esta declaración sabía que, lo que decia era verdad.

La parte que la mujer toma sea socialmente, moralmente ó fisicalmente es muy rigida.

Mucha de su existencia es monótona llena de penas y solicitudes.

Ella parece haber nacido para sufrir, creada por dolores y surtida para aguantar.

Es dichoso que esté dotada así, porque, no hay duda que padece mucho y tiene muchas penas.

Hay el desarrollo misterioso de la doncellez ó soltería el cuidado de la maternidad y el cambio que se efectua envejeciendose.

Cuan grande causa, para dar las gracias, debiera ser el descubrimiento científico que ha dado á la mujer el mejor amigo que jamás ha tenido.

Es un amigo en caso de necesidad.

Es un amigo el ayuda de la cual es segura.

Es un amigo durante su doncellez, su maternidad y su vejez.

Es ese remedio maravilloso y digne de confianza.

LA CURA SEGURA DE WARNER

Mujeres quienes estaban débiles, aburridas y cansadas hanse hechas fuertes, vivas y dichosas por medio de su ayuda.

Mujeres quienes se sintieron melancólicas hanse vuelto ser alegre gracias á su poder.

Mujeres en la cara de las cuales se podía ver las expresiones de solicitud, palidez causada por los dolores, son poseedoras de su viveza natural y se hallan alegres gracias á su ayuda segura.

Mujeres en los ojos sin lustre de las cuales, se podía ver la desesperación han sido hechas jóvenes por medio del poder mágico de esta verdadera amiga.

¿ Extraña Ud. de que esta maravillosa Cura Segura es tan popular?

¿ Se sorprende Ud. porque, está usada en el mundo entero?

Pregunte Ud á cualquiera mujer que Ud. conozca y ella le dirá francamente lo que decimos ahora: que la maravillosa Cura Segura se ha hecho tan popular entre las mujeres especialmente porque les ha probado que es.

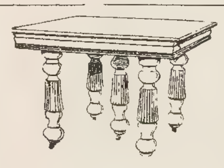
Su mejor amiga.

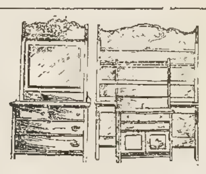
Gran venta por cambio de local.

American Furniture Manufacturin Co.

Esquina 3ª Independencia y Callejón de López.

Juegos de Recámara.
Chiffoniers.
Guardarropas.
Mecedores.
Sillas para comedor.
Sillas para oficinas.
Mesas de centro.
Mesas de comedor.
Mesas de oficina.
Cristaleros.
Aparadores para comedor.
Trinchadores.
Bastoneros.
Marcos para espejos.
Toalleros.
Repisas.
Galerías para cortina.
Cuadros para retrato
Escritorios.
Refrigeradores.
Mesas de noche.
Juegos de lavabo.
Etc., etc.





Esperamos cambiarnos en nuestro nuevo almacén, enfrente del que ahora ocupamos, la próxima semana. Como no deseamos pasar más efectos que los que nos sean necesarios, ofrecemos muebles, juegos de lavabo ingleses, etc., con una gran rebaja sobre nuestros baratos precios actuales, y tan próximos al precio de costo como nos sea posible.

ACABAMOS DE RECIBIR

Un bonito y variado surtido

--De tapetes japoneses--

que también ofrecemos á precios excesivamente bajos.

Aprovechamos esta oportunidad para informar á nuestros amigos y compradores, que estamos manufacturando un surtido de muebles decorados á mano, que excede en belleza y diseño á cualquiera otra de su clase que se halla ofrecido en la República.

Es especialmente propia para regalos de matrimonio y nacimiento.

Debe verse para poder ser apreciado.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 12 de Marzo de 1899. | Número 11

Excmo. Sr. Don Francisco Silvela,

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE ESPAÑA.

(Vease la «Política General.»)

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

¿Dime, blonda chicuela, de cabecita soñadora y risueña, como la de un genio de Bouguerau, en qué piensas y qué sientes cuando dejas caer tus manos, frágiles y nevadas como dos lirios cuyos sutiles tallos mese el aire, sobre la dentadura del monstruo negro? ¿Qué fluido milagroso pone en contacto tu alma inocente y pura con el alma sonora del piano? ¿Qué extrahumano poder, qué maravillosa adivinación, qué divina telepatía mueve tus dedos que parecen guiados, como niños ciegos y débiles, por alguna Musa invisible y compasiva?

Tú no puedes haber sentido —imposible— todo eso que nos cuentas, Scherezada en miniatura; tus bracitos que acaban de dejar el aro y la muñeca, nos engañan; no hay dentro de tu corazón esas amarguras, esas melancolías, esas desesperaciones, esos sueños, esas tristezas de que nos hablas en el vago lenguaje de las notas. ¿Conoces, acaso, el libro de la vida? ¿Sabes que hay cosas muy malas, y seres muy perversos y espíritus muy negros y muy grandes ingratitudes? ¿Sabes que el amor es el dolor, que el fin del placer es el hastío, que en el fondo de toda copa hay ajenjos, que en el fondo de todo goce hay sufrimientos? Mira la pauta: ¿ves? Esos signos que vuelan por ella, como pájaros obscuros por los alambres telegráficos, aislados ó en bandadas, pasan ante tus dulces y serenos ojos de pervinca, cantando la alegría ó la esperanza, ó el amor ó la pena. Cada pájaro tiene su grito, el que le ha dado una alma dolorida y vibrante, y el que sólo oyen los oídos que ya escucharon antes, á través de la existencia, cómo se quejan las ilusiones, cómo suspira el desencanto, cómo habla la pasión, cómo llora la fé, cómo ruge la duda.

Tus dos lustros no pueden saber eso; lo han adivinado. Es mentira que tienes sabiduría; no, no la tienes: no te han alcanzado los años para poseerla; hasta ahora la tierra no te ha enseñado nada; lo que tú tienes, lo traías desde el cielo. Cuando tocas, recuerdas tus momentos de querub. Cuando tocas sientes que se te despliegan poco á poco las alas, como los de una ave entumecida que calienta un rayo de sol. ¡Si nosotros, los que te oímos, casi te las vemos!

Entras en las almas tenebrosas, complicadas, ásperas, de los maestros, con la lámpara de tú inocencia, en la mano. No tropiezas con las escarpaduras, no te hieres con los filos de las rocas, no te manchas con el fango de los pantanos. Los reptiles que anidan en esas almas, no te acometen; te siguen sumisos y obedientes: los murciélagos que han hecho su morada de sombra de esas cavernas, no huyen espantados de tu presencia; vuelan en torno tuyo atraídos por la luz que despides. Eres allí el hada del bien y de la pureza. El ingenuo Mozart, te lleva de la mano por sus palacios, y pone en tu boca su *flauta encantada* para que la suenes; el ceñudo Beethoven se inclina á darte un beso y sonrié cuando te conduce á su empolvado y divino clavicordio; el viejo Bach te sienta en sus rodillas y mientras tú juegas con su corbata de encaje, que ciñe el cuello rollizo, él te explica las combinaciones de sus fugas.

Los profanos te contemplamos desde lejos con una muda y sagrada admiración, á veces con miedo de que te hagas daño, de que te rompas, porque tienes la *fragilidad aparente de las cosas aladas*, y juegas —oh atrevida!— con la maza de Hércules.

El pálido y angustiado Chopín, el de las ternuras nebulosas y las extrañas nostalgias, el pobre lunático que confió al teclado la historia de sus infinitas tristezas, no quiere darte aún, porque es muy compasivo y muy bueno, el secreto de su espíritu. Bien es cierto que á nadie se lo ha dado porque también es hosco y huraño; pero ya muestra su simpatía por tí, adorable criatura, y deja que travesees con sus lamentos: tienes ya el privilegio de ser en este mundo de los escasos elegidos que no le profanan.

Liszt sacude su lacia cabellera cortada á pico, encantado de que tus manos *mignone* caminen y brinquen en sus rapsodias, como el gato del cuento que se puso las botas de siete leguas, y Schumann se pone pensativo, observando que eres uno de sus más fieles intérpretes.

¡Oh Paloma Schramm blanda chicuela, alba purísima de un gran día luminoso, vida creada para hacernos amable la sensación del dolor y verter una gota de miel en nuestro acíbar, gracias, muchas gracas.

Todavía nacen seres para el Amor, para el Bien, para la Belleza; todavía brotan nuevas rosas en las campiñas áridas, y nuevas estrellas en los cielos ensombrecidos. No, poeta blasfemo, no está la tierra cansada de dar flores.

Paloma Schramm no es, como esos niños prodigios falsificados, que van por ahí, en la barraca de un saltimbanco, enflaquecidos y canijos, y que despiertan en todo ánimo sano, un sentimiento de profunda misericordia.

Paloma, la niña de ojos de pervinca, está satisfecha de sentirse así como es, una genial adivinadora del Arte; es para ella muy de mañanita, acaba de levantarse y, alegre y fresca, entreabre las puertas de la vida, para decirnos: buenos días. ¡Oh, sí; tiene la alegría de vivir.

No es de aquí; ya lo conocemos; llegó por casualidad á la Tierra, en una sideral y misteriosa peregrinación. ¿Se quedará mucho tiempo? Quién sabe! Suelen estos seres superiores no sentirse contentos á nuestro lado: no les agrada nuestra burda existencia.

Sin embargo; no hagamos ruido, no sacudamos el aire con nuestra maligna algazara. Retengamos á la paloma. Y cuando vuele, por fin, en una soberana asunción, pensamos que, de la misma manera que otras sublimes epifanías, ésta no era posible que prolongase su descanso. No, ya sabemos que no eres de aquí, blonda chicuela; tú, como dijo un soñador joven, vienes de la Poesía cual de una patria lejana.

* * *

La primavera ha empezado á pintar sus maravillosas decoraciones en los cielos. Ya el horizonte se incendia por momentos: brochazos de púrpura culebrean á lo largo de las montañas; el sol tiende, por las tardes, su pesada tela de oro, de picacho á picacho. La tierra, caldeada, se resquebraja: el charco de bordes blanquizcos y agrietados, como labios sedientos, lanza con desesperación y para defenderse de las quemaduras del aire, las invisibles y envenenadas saetas del miasma, que van á clavarse en la inmóvil y mohosa esmeralda de la ciénega. Los árboles de los jardines públicos, ya reverdecidos y pomposos, chupan con avidez las primeras gotas de agua que humedecen la tierra. Las cúpulas de los templos relampaguean de ira y se empinan para atisbar en el horizonte el negro velamen de la tormenta. ¿Se habrá perdido en la alta mar del cielo el gran *Buque Fantasma?* Al ponerse el sol, y ya en los últimos instantes del crepúsculo, el espeso cortinaje de la sombra no puede cubrir por entero la roja hornaza de la fragua y, por mucho tiempo, quedan aún las chispas de sus carbones inflamados sobre las crestas de la serranía.

La tierra, engalanada de flores, es como una novia que el sol bendice.

* * *

Hoy acaba de publicarse en nuestro semanario la más linda novela de Coppée, *Toda una juventud*. Es una página admirable de moderna vida parisiense, el romance de una alma buena que corre por esos mundos de Dios, la aventura sentimental y dolorosa del amor. El libro del poeta de los humildes escrito hace más de una década, es la tragicomedia de un enamorado romántico del ideal. En esas páginas, cuya lectura produce el efecto de una tierna carta de mujer, manchada con gotas de llanto, sorprendemos confidencias que son nuestras. Hay latidos de nuestro propio corazón en el ritmo brillante de esa prosa, suelta y magnífica como la túnica de una reina. Se lee, entre renglones, la historia real, que acota y comenta el cuento imaginado. En las últimas líneas sentimos la melancolía de un paisaje de Otoño, y en nuestro espíritu percibimos el rumor de las hojas secas que caen, caen, caen......

Y el *Mundo Ilustrado*, después de la elegía parisiense de Coppée, ofrece á sus lectores, —maravillosamente ilustrado—el monumento inmortal que la fantasía francesa elevó á la heroica y caballeresca truhanería. Papá Dumas sacó de un cuento de niños una obra inmortal, como el Dios bíblico formó el mundo de la nada. Hizo hombres de sus manequíes, y tipos eternos de sus ficciones.

Esos cuerpos son tangibles: proyectan sombra sobre la tierra. *Artagnan, Athos, Porthos, Aramis*, he aquí á nuestras camaradas de la adolescencia de los que nunca, nunca volveremos á separarnos.

Los *Tres mosqueteros*, que son cuatro, nos acompañarán hasta la vejez, y aunque largo tiempo nos olvidemos de ellos, tornarán siempre, audaces, risueños y burlones, á narrarnos la vieja fábula, inmortalmente nueva, de su vida. Es un recuerdo primaveral el que nos dejan, ha caído mucha nieve en nuestro espíritu y no obstante, la memoria de los nobles y embusteros espadachines, rompe el hielo, toma jugo de nuestras pasadas ilusiones y retoña en pleno invierno, llena de perfume y de savia. Fuiste el príncipe de la gracia, viejo papá Dumas. A través de los años desfila la pomposa cabalgata histórica de tus personajes. Eres sano, eres bueno, eres sencillo, eres admirable. Apagas la sed de verdad con tus mentiras; adormeces la pena con tus locuras, matas el fastidio con tus fantasías. Curas con tus bálsamos á las almas tristes. Te buscan los enfermos y los convalescientes. Eres el amado de los pobres. Llenas la biblioteca de los hospitales y de las casas de asilo.

El lápiz de Leloir ha dado á los *Tres Mosqueteros* un nuevo encanto.

Los Tres Mosqueteros. ¿No es verdad que á tí te parecían deliciosos, á tí, cándido anciano, á tí, sabio tierno, á tí, buen Michelet?

LUIS G. URBINA.

Política General.

RESUMEN.—EL NUEVO MINISTERIO ESPAÑOL.—LA CLAUSURA DE LAS CORTES.—EL PROGRAMA CONSERVADOR.—ANTECEDENTES POLITICOS DEL SR. SILVELA.—LA REACCION Y SUS PELIGROS.—LEY SOCIOLOGICA.—CONCLUSION.

Por fin, después de haber atravesado el período más agudo de la crísis que ha sacudido á España, después de sortear con la habilidad posible todos los escollos que se han levantado ante su paso en el proceloso mar de la política y en medio de las convulsiones terribles, ocasionadas por una guerra extranjera y dos insurrecciones coloniales, el gabinete del Sr. Sagasta ha abandonado el poder, porque no pudo conseguir de la Reina Regente la autorización debida para disolver las actuales Cortes.

Apenas abierta la discusión sobre el gran problema de la paz y de la guerra, sintióse la hostilidad en el parlamento contra el Sr. Sagasta; de entre las filas de sus amigos se levantaron voces acusadoras, y la minoría conservadora, acaudillada por el Sr. Silvela, se opuso abiertamente á la votación de la ley de indemnidad por la cesión de las Islas Filipinas, hecha en el tratado de paz, después de las conferencias de Paris.

Era preciso que el gabinete fusionista buscara como último recurso, para librarse de toda responsabilidad, la disolución de las Cortes, la creación de un nuevo parlamento que, dócil á sus indicaciones y sometido mejor á la disciplina de partido, aprobara en todas sus partes la marcha del gobierno en su último período. Sintiendo que le faltaba mayoría, debía buscarla en los comicios electorales, á riesgo de encontrar ese voto contrario, en el pueblo asusado por los partidos y espoleado por los aspirantes al poder. La Reina Regente se opuso á la disolución de las Cortes, manifestó su deseo de seguir gobernando con el actual parlamento, y el resultado de esta resolución fué la retirada de Sagasta.

* * *

Ya ha quedado organizado el gabinete conservador bajo la presidencia del Sr. D. Francisco Silvela. Aparte del antiguo jefe disidente del grupo canovista, aparecen en el nuevo ministerio el Sr. Fernández Villaverde y el general Polavieja como figuras principales. ¿Cual es el programa que llevan los conservadores al poder? Suspendidas las sesiones de las Cortes, antes de que lo hubiera presentado el presidente del consejo de ministros; cerradas las cámaras entre aclamaciones tumultuarias y protestas ruidosas; acallada la voz de la representación nacional, sin que se hubiera oído en su recinto las declaraciones oficiales del nuevo ministerio, preciso es atenernos á los discursos anteriores del Sr. Silvela, cuando figuraba en las filas de la oposición, y á la carta del general Polavieja, cuando en ocasión solemne hablaba al pueblo español de sus ideas políticas para la reorganización del país.

Desgraciadamente de entre esos documentos, de entre esas declaraciones, resalta muy claramente una verdadera reacción. No se proponen los conservadores actuales, que recogen la herencia del Sr. Cánovas y pretenden continuar su obra, seguir aquella política amplia y conciliadora que hizo del difunto estadista la gran columna de la restauración borbónica. Con resabios ultramontanos, con dejos amargos de un retroceso medioeval, pretenden que la política española, que hoy debía ser fuerte y vigorosa para restañar tantas heridas abiertas, para enjugar tantas lágrimas vertidas, para curar tantos descalabros sufridos, quede supeditada enteramente á la idea religiosa; y como para contrarrestar esa morbosa aproximación á las ideas del carlismo, que confinan con la teocracia, háblase de regionalismo, pronúnciase la palabra mágica de descentralización provinsial, no en el sentido federativo, sino dándole cierta significación como la que tenía en la Edad Media, desenterrando viejos fueros olvidados y antiguos privilegios caídos en desuso; háblase del régimen autonómico de ciertas provincias á las cuales se les habrá de conceder, no en virtud de un derecho común, sino por efecto de la magnanimidad del trono.

Si á este programa meramente político, se añade el que corresponde en el orden económico, según las declaraciones de Silvela y Polavieja y las ideas del Sr. Villaverde, con pena tendremos que confesar cuán descaminado va el nuevo ministerio para emprender la ardua tarea de reconstruir la monarquía española, después de la suprema crisis que acaba de atravesar.

Pensando erróneamente el Sr. Silvela que hay una inclinación pública que lleva á los españoles á los nimbos obscuros del carlismo, no ve todo lo que ha adelantado el sentimiento nacional, educado bajo un régimen liberal que data de la revolución de Septiembre. Olvidando sus propias ideas, adquiridas en una educación brillante, despojándose de sus antiguas convicciones, que lo señalaban entre los ultramontanos como sospechoso, por sus tendencias volterianas; olvidando también que las guerras civiles más desastrosas que han ensangrentado el suelo español, fue-

ron ocasionadas por el reaccionarismo de Don Carlos de Borbón, busca sin embargo en esos ideales la manera de sostenerse. No ve cómo ha germinado en todas partes la idea republicana, no ve cómo el pueblo se ha ido educando en sus doctrinas, no ve el abismo que se abre ente sus piés, pretendiendo reducir el sufragio universal y suprimir el jurado. Y engreído en sus tendencias reaccionarias, no quiere comprender —ó por lo menos todavía no lo ha manifestado, desde que se hizo cargo del gabinete responsable—que la nación está ávida de medios nuevos de gobierno, de algo que despierte sus dormidas energías y haga vivir al país en una nueva vida, donde pueda curarse de sus pasados males.

Es ley ineludible que á todo movimiento reaccionario en las sociedades responde constantemente un movimiento revolucionario, y á la inversa. En España no ha fallado esta ley general; al *terror blanco* de Fernando VII, siguió la revolución de Riego; al clericalismo de Isabel II, la revolución de 1868; á la demagogia republicana y á la explosión cantonal siguió la restauración borbónica. Plegue á Dios que á la reacción de Silvela—sino cambia de rumbos y se acomoda mejor á las necesidades de la monarquía—no siga muy de cerca la asonada carlista ó la erupción republicana.

Marzo 10 de 1899.

Ernesto Peña Chiágrez

FRAGMENTOS
de un libro de viaje.

EN TIERRA RUSA.

IMPRESIONES MELANCOLICAS.

Un sentimiento profundo de negra é inexplicable tristeza cayó sobre mi espíritu, envolviéndole entre obscuros y tupidos velos, cuando después de haber terminado en Alejandrovo, la estación de la frontera, los molestos y enfadosos trámites de la inspección de equipaje, de tomar pasaje para Varsovia, y de registrar mis bultos para ese destino, me instalé en el tren ruso, formado de cómodos wagones de *couloir*, y que estaba á punto de partir para la desventurada capital del muerto y descuartizado reino de Polonia.

Causas físicas y causas morales engendraban en mí aquella lasitud casi dolorosa. Una noche de completo insomnio, en que mi pensamiento, nueva Penélope, había hecho y deshecho labores, tejido y destejido telas, erigido nocturna y fantástica construcción, que los rayos del matutino sol derrumbaban. La penosa y violenta tensión de ánimo á que durante diez minutos me ví sometido, recorriendo con la ansiedad del turista moderno, aquella estación, en que se hablaba una lengua, la lengua rusa, que me era total y absolutamente desconocida, contemplando peregrinas fisonomías y raros trajes que aumentaban mi aturdimiento; los judíos, que por primera vez viera, con su larga nariz aguileña, sus negras y pobladas cejas, sus sagaces, obscuros y grandes ojos, y que vestidos de negra hopalanda, pululaban en la estación, ofreciendo á los viajeros moneda rusa, antojábanseme siniestros y agoreros buitres, y traían á mi memoria el despiadado Shyllok, con tan fatídicos colores descrito por el gran Shakespeare.

Ansias mortales me acometieron, cuando esperaba en el despacho de la estación el talón de mi equipaje, que había ido á registrar un fornido mozo de cordel de raza eslava, zumbaban mis oidos, creyendo escuchar el silbato del tren que partía, y que me dejaba solo, lejos de mi patria y de los míos, en aquel desamparado y casi desierto lugar de la vasta frontera.

No me quedó siquiera un minuto disponible para acercarme al incitante buffet de la estación, y tomar á lo menos una taza de aromático the, *tchai*, que dicen los rusos, que hubiera desentumecido mis lánguidos miembros y entonado mis nervios deprimidos.

Y bien necesitaba yo de algún refrigerio; desde la víspera á las cinco de la tarde, en que habíamos tomado en Berlín una ligera colación, no ingresaba á mi estómago materia alimenticia alguna; mas era preciso partir, la ansiedad del espíritu acallaba las necesidades del cuerpo, era yo en aquellos momentos una especie de desdichado Ashaverus, á quien la impaciencia, en forma de voz implacable y fatídica, gritaba ¡anda!

Pude al fin instalarme sin novedad en el wagon cerca del ventanillo de la izquierda: contemplaba un panorama que por lo desusado y raro agobiaba verdaderamente mi espíritu, con su severa é implacable monotonía: una llanura inmensa, extendíase en torno mío, sin que la cerraran las líneas pintorescas de cordilleras azuladas, que en mi patria limitan necesariamente todos los paisajes, aún cuando recorramos el árido Bolsón de Mapimí; el cielo límpido sí, mas de un color plomizo, caía pesadamente sobre el horizonte, degenerando paulatinamente en una zona ó cortina de blancura casi deslumbradora; un sol melancólico de matiz argentino se levantaba pocos grados encima del horizonte; campesinos de pintorescos trajes resaltaban como móviles manchas, sobre el monótono gris de la llanura.

Mas nada desoló mi espíritu tanto como fijarme en los diferentes departamentos de la estación, designados con caracteres rusos, que veía por la primera vez de mi vida. Tal espectáculo fué el golpe de gracia para mi abatido espíritu, había dejado de ver el amado alfabeto latino, el amigo de mi alma, el báculo de mi inteligencia, con quien desde mi infancia vivía en grato comercio, siendo para mí cada uno de sus signos venero de ideas y fuente de emociones; el último vestigio de la patria se borraba y por primera vez me sentía completamente extranjero. Bruscamente surgían ante mí los treinta y siete caracteres del alfabeto ruso, peregrinos, desusados, estrambóticos, y que nada decían á mis sentidos; unos se me antojaban letras al revés, cifras los otros, y todos me inspiraban el superticioso temor que infunde lo desconocido. La letra *zé* que corresponde á nuestra Z, tiene casi exactamente la forma de un número 3; la *chicha* que parece una M patas arriba, es una consonante que no tiene análoga en nuestro alfabeto; la *iery*, que es una vocal que equivale á una i sorda, se parece por su figura á una bl de imprenta; la *ieri* que es una i muda, se representa por un signo muy semejante á nuestra B de imprenta, ó mejor á una P al revés; la *iati*, que es una de las e rusas, se parece á una P al revés con travesaño; la *iou* es una vocal característica de la lengua rusa, sin análoga en la nuestra, pues tiene á la vez el sonido de la i, de la o y de la u, se representa en la escritura por un signo semejante al número 10 en que la cifra 1 se uniese con el cero por una pequeña raya horizontal, colocada á la mitad de la altura. Algunas letras rusas, muy pocas por cierto, tienen la misma figura que las nuestras, pero con muy distinto valor; la n, por ejemplo, tiene la figura de nuestra H mayúscula de imprenta, la r la figura de nuestra p.

Mis compañeros de departamento, todos rusos de buena ley, aumentaban la extrañeza de aquel espectáculo, completando lo estrambótico del cuadro para mis ojos de meridional: frente á mí había tomado asiento un caballero que llamó extraordinariamente mi atención: su muy tupida cabellera de color negro y lustroso le bajaba casi hasta las cejas, dejándole apenas frente; mi primera impresión había sido que llevaba puesta una gorra de piel, y mi sorpresa fué indecible, cuando me convencí que aquel tocado era su cabellera natural; sus cejas eran muy gruesas, muy pobladas, su tez morena, y sus labios carnosos; este buen señor, me dije, es sin duda de las provincias meridionales, probablemente de las orillas del Mar Negro. Mi vecino, sin darse cuenta de la admiración que me inspiraba, leía con un reposo verdaderamente olímpico un libro en ruso.

En esto mi alma experimentó un transporte de indecible júbilo; entró al compartimiento y se sentó junto á mí mi compañero, amigo y condiscípulo, Rafael Caraza. Nunca le había querido tanto y si no me hubiera contenido la circunspección y gravedad que le es habitual, me habría arrojado á su cuello dándole un estrecho abrazo; me hizo el efecto de un hermano queridísimo ¿y cómo no, si era para mí la patria, la lengua amada y familiar, y los recuerdos del colegio y de la juventud? Con acento ligeramente consternado, pues es seguro que sentía lo que yo, me dijo:

—Y bien, compañero, hénos por fin en tierra rusa.

Quise decirle tantas cosas, comunicarle tantas impresiones, que mis labios quedaron paralizados, y apenas pude articular un incoloro: «en efecto.»

Momentos después el tren corría silencioso por la gran llanura, no había de detenerse hasta Varsovia.

PORFIRIO PARRA.

LA POESIA DE LA HISTORIA.

MARIA ANTONIETA

Era al casarse con el heredero de la corona de Francia, un tipo de princesa ideal; de belleza majestuosa, de gracia altiva, de hermosura espléndida, de aspecto olímpico, de hechizo soberano, de coquetería semejante á la que las diosas de la fábula griega empleaban al acercarse á los mortales,—teniendo y mostrando en todos sus actos la conciencia de ser de la *casa de Austria*, lo que debía valer mucho á sus ojos y de ser de deveras una mujer bella, lo que acaso valía más aún.

Para darse cuenta de si desempeñó bien ó mal el papel que le tocó en la Historia, es preciso apreciar por entero su situación. Era aquella princesa un símbolo, y como una expesión matemática, de cierto orden de ideas y de sentimientos con raíces seculares y con casi divino fundamento. Los reyes de entonces eran los ungidos del Señor Dios, encargados de irradiar la bondad; pero también la magnificencia divina, sobre la haz de la Tierra; que tenían por derecho propio la corona sobre la frente y la espada en la mano; lugartenientes de lo eterno; representantes de la suprema justicia y de la gracia excelsa; los dueños de las multitudes con celeste señorío; los encargados de hacer el orden en la naturaleza, teniendo á su alcance el verdugo y la mazmorra como el Señor tiene á su alcance el vendabal y el rayo; con voluntad que no es el capricho de un simple mortal sino como una ley de de la vida; con inteligencia que no es sólo la que alumbra á los demás, sino que tiene, ó puede tener en ocasiones, irradiaciones de la luz infinita; seres cuyas virtudes son trasuntos del cielo y cuyos errores y aún cuyos crímenes son desgracias comunes que deben aceptarse resignadamente y con la frente baja.

Esa doctrina que era la del común del clero, muy ignorante y corrompido entonces, no era en verdad la de la Iglesia. *El Angel de las Escuelas*, el atleta de Aquino, había explicado que las leyes y los príncipes deben levantarse y existir de acuerdo con la voluntad general, y que su gobierno tiene por límite de su derecho el establecido por Jesucristo al pasar por la Tierra.—Constitución, por cierto, algo más firme y noble que todas las que este siglo ha inventado.—Llegó un momento en que los hombres pensadores, sin variar esencialmente la fórmula del egregio Doctor, encontraron que la Iglesia accidental y pasajera no desempeñaba bien las funciones encargadas á la sublime del Cristo, creyeron que era urgente estatuir el Pontificado de la conciencia humana, el Doctorado de la razón, contemplaron un hacinamiento de miserias, un hervidero de dolores, un *pandemonium* de angustias, sobre los cuales los ungidos del Señor reían y junto á los cuales los ministros del Señor engordaban; santas indignaciones salieron entonces de su pecho tan fieras como las lavas de un volcán; oyóse entre los truenos y relámpagos de cataclismo nunca sospechado, una voz formidable que repetía con acento nuevo el sermón de la Montaña y que lo estampaba en los aires mezclado con los rujidos que aquellos profetas de Israel que se arrancaban los cabellos, se herían las carnes y comían escrementos para simbolizar las miserias de Sion. Los Reyes ciñeron la espada á su costado y levantaron en el aire los cetros con ademán amenazador; todos los soldados del privilegio, vestidos de hierro, acudieron en murados escuadrones á la cita sombría de una batalla más grande que la de los Titanes y los dioses, y como los Pontífices derramaran su tiara colmada de maldiciones sobre aquel pensamiento nuevo, arreció de golpe la tempestad, en vez de decrecer, y sonó con eco inmenso, que todavía se oye, esta frase enorme, precedida como del ruido de águilas numerosas é inmensas que agitan sus alas en la sombra: no hay Dios.

Cuando el poeta se inclina sobre el abismo á cuyo seno descienden yertas las naciones en el silencio del no-ser, vé entre las nieblas crepusculares de la historia, sombras que habían de moverse irritadas en el momento solemne á que me refiero: caballeros los unos, de la cruz, que del árabe en la tostada arena, tremolaron su estandarte y en sangre de infieles tiñeron el pretal de sus bridones; escudo y rayo los otros de la venerable Monarquía, el oriflama augusto los vió caer bajo sus pliegues esplendorosos, defendiendo el trono de sus reyes, dando cada día nuevo honor y nuevo lustre á sus blasones y dilatando, con empuje de semi dioses, el suelo de la patria; ve los reyes santos, los obispos sin mancilla, los caballeros sin reproche, los sacerdotes mártires, los nobles con armadura de acero y alma de diamante, padres de los pueblos, ministeros del honor, escuderos de la justicia, castellanas que eran ángeles de castidad y de caridad, monasterios en que el dolor dejaba de serlo, alumbrado por un rayo del cielo; ve las temeridades heroicas, las grandezas inconmovibles, las gallardías insuperables, las magnificencias ideales; pero su mirada va más abajo y descubre entre abismos de cieno un torbellino de torpezas: la glotonería y la lascivia en el trono; los señores sin piedad y las señoras sin pudor, los pueblos sin pan y sin esperanza de justicia entregados al crimen por el despotismo; el *parque de los ciervos*, en que las doncellas eran casadas como bestias; la crápula en el convento, la simonía en la iglesia, la orgía en el castillo, la desvergüenza en el trono, el miedo en el cuartel, y se aleja entristecido bendiciendo la tempestad que anuncia un nuevo día. Disculpa entonces, porque las comprende, las convulsiones revolucionarias: se apiada del hijo del Rey, educado en el vicio, y del hijo del pueblo, educado en la miseria; de la hija del Príncipe, corrompida por la molicie, y la hija del villano, prostituida por el hambre; ve la gran patria en el suelo avergonzada por los propios, insultada por los extraños, y prefiriendo á los altares profanados, los altares sin Dios, alza con júbilo la vista y bate las palmas con estrépito al ver saltar á Mirabeau sobre las tablas de la tribuna para que se desmorone en ruinas el edificio del pasado por el arrebato de su sagrada indignación y bajo el imperio de su fulminante palabra.

¿Quién puede culpar á la pobre reina inalumbrada

PALACIO DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE HIDALGO [PACHUCA].

PROYECTO DEL SR. INGENIERO, CAPITAN PORFIRIO DIAZ.

porque no viera el aspecto divino de la catástrofe? ¿Qué podían ser á sus ojos aquellos aristócratas que rompían sus propios blasones, aquellos clérigos que se desnudaban de su carácter sacerdotal, como si no fuera la mano de Dios, la que lo hubiera impreso en ellos, sino tránsfugas miserables? ¿qué podía haber para ella de noble y elevado en aquel populacho soez, ebrio, sucio, grotesco que venía á gritar junto á su palacio y al que veía huir á veces del acero de los soldados ó ser comprado por el oro de los palaciegos? La Revolución debía ser á sus ojos algo como una bestia inmunda, de contacto asqueroso y horrendo, y cuando sintió sobre sus hombros la zarpa del monstruo, la repugnancia y el asco tuvieron que disputar al terror la primacía en sus sentimientos de princesa. Pocos destinos tan trágicos recuerda la Historia, y para ella no puede haber sino piedad en su fallo definitivo. Vió asaltado su palacio, desconocida la autoridad de su rey, insultada la de su Dios; tuvo que ensayar la actitud del ruego, -ella,—acostumbrada á verlo de hinojos á sus plantas; vió todo lo que era á sus ojos sagrado conspuido, todo lo que era miserable y vil puesto en lo alto; debió experimentar esos espasmos de terrible sorpresa de que dan indicio los irracionales cuando la tierra tiembla y la ley de la gravedad parece suspendida.

***

Arrojada á una mazmorra sombría, insultada por sus carceleros, calumniada como reina, como esposa y como madre, á sus propios oídos y sin defensa posible; privada de su esposo, privada de sus hijos teniendo que remendar sus ropas, y sin medios de aseo; arrastrada por la larga calle de la Amargura de un proceso de vergüenzas; viendo subir en torno suyo, con movimiento lento, pero inexorablemente ascendente, una ola de inmundicia en la que debía tener la seguridad de ser en definitiva asfixiada; como naufrago agarrado á débil tabla en el vértice de tempestuoso piélago; sin servidores, sin auxilio, y veces sin pan y sin agua; ofendida en su majestad, ofendida en su decoro, ofendida en su pudor; sola,—ella con la costumbre de ser tan acompañada; sola, en la noche de su angustia, sintiendo venir en la obscuridad profunda, jauría de mónstruos ávidos, y sin poder hacer otra cosa que extender sus manos desfallecidas para rechazarlos; agonizando largos días; insultada horas enteras; marchando al cadalzo sin el auxilio de un sacerdote, que había tenido cuando ella era Reina el último de los villanos; al subir á la carreta infame, al enfrentarse con el patíbulo tremendo, al arrojar de soslayo una mirada trémula al cesto en que debía caer su cabeza, —todo sentimiento que no sea el de una piedad profunda desaparece en el pecho de quien la contemple en el anfiteatro de la Historia.

A. ZAMBRANA.

LOS NAPOLEONES DEL TEATRO.

Cuentan los revisteros que Coquelín se prepara á caracterizar el papel de Napoleón Bonaparte en una comedia de Bergerat que está ensayándose en el Teatro de la Puerta de San Martín.

Después de haber «creado» el Cyrano de Bergerac de un modo admirable, quiere el gran actor ofrecer al público un Napoleón I, digno de su reputación escénica.

En el fondo, todo se reduce á una cuestión de narices.. . La de Cyrano era larga y deforme; la del Emperador era noble y aquilina. Si salió Coquelín airosamente de su empresa cuando se cubrió con la máscara ciraniana, es de esperarse que con éxito igual presente ante el público un perfil de medallón antiguo.

El cómico ilustre tiene una nariz perfectamente adecuada á su oficio: nariz de trompeta como la del Coquelet de Coppée en «Toute une jeunesse;» pero qué nariz!.... Es lo que hay de más espiritual y vibrante en materia de narices.

La nariz en forma de trompeta es un apéndice más que suficiente para desempeñar un papel de guerrero glorioso, cuyo nombre haya sonado mucho en la trompa de la fama; pero Coquelín sacrificará una vez más su simpática fisonomía personal para adoptar la del tipo legendario que va á encarnar en las tablas.

Hay que advertir que Coquelín no viste el traje imperial sino en último extremo. Buscó en vano por todo París un actor que tuviere un parecido más ó menos remoto con el grande hombre; pero qué iba á hallarlo!.. .

Nuevos tiempos, nuevas gentes. Hubo una época en que el Circo del Boulevard del Temple presentaba á diario comedias militares en las que se servía al menudeo la epopeya napoleónica; entonces abundaban los Napoleones y no había más que escoger entre ellos: un cómico tenía la casa de Napoleón, primer Cónsul otro, era idéntico á Napoleón en Austerlitz; el de más allá, se parecía como una golondrina á otra golondrina, al prisionero de Santa Elena. Casi todos los jóvenes que tenían vocación para el teatro querían parecerse á Napoleón, el que había nacido con la solicitada semejanza, podía llamarse heredero de una fortuna. Algunos se contentaban con parecerse á Murat ó á Massena: eran los menos ambiciosos ó los de estatura muy alta ó muy baja.

***

El más célebre de todos esos Napoleones de tablado fué un tal Gobert, artista de cierto mérito que tuvo la fortuna de nacer á tiempo y de llamarse propietario de un físico casi idéntico al del vencedor d'Eylan. A fuerza de «hacer» su personaje, adoptó las manías de éste, y se paseaba por la calle con las manos cruzadas atrás, saludando imperialmente á sus camaradas. Cualquiera lo confundía con Napoleón... En la vida privada, en lo más íntimo de su existencia, hablaba como el héroe, era el héroe en persona: cuando iba á desempeñar otro papel, decía: «Si esta noche es un Auzterlist y no un Waterloo....» Jamás decía: «Cuando me retire del teatro,» sino, «Cuando esté en Santa Elena».

Al pasar por la Plaza Vendomme, deteníase para contemplar al grande hombre de bronce y una vez, murmuró estas palabras: «No importa! Llevo mejor que él la casaca gris.

***

Edmundo Galland, comenzó su carrera artística, representando á Napoleón, pero era demasiado alto y no pudo adueñarse de la actitud clásica. Su fracaso no fué completo, pues habiéndose resignado á ser Murat, llegó á hacer maravillosamente su papel. Este cómico también dió en la flor de identificarse con su héroe, y cuando jugaba al dominó en el Café del Circo, exclamaba á menudo al poner su pieza:

—A caballo, señores, á caballo.

PROYECTO DE PALACIO DE GOBIERNO EN PACHUCA.

DEL SR. INGENIERO PORFIRIO DIAZ (HIJO).

La obra de transformación y embellecimiento material de nuestras ciudades continúa activamente en todo el país y ya empiezan á desaparecer en las capitales de los Estados las casonas viejas ó casucas chaparronas que servían de oficinas y residencia oficial á los poderes públicos, sustituyéndolas verdaderos palacios, edificios monumentales, con el sello de un estilo arquitectónico en armonía con su noble objeto y dignos de un país que prospera, enriqueciéndose con la explotación de sus productos y de un pueblo que se ilustra en la escuela de la moderna cultura.

El Palació del Gobierno del Estado de Hidalgo, cuyo proyecto aparece en esta página de nuestro Semanario, es de estilo Renacimiento y consta de dos cuerpos rematados por techumbre «mansard,» sirviendo ésta no sólo para dar más amplitud al edificio sino también para establecer la proporción estética entre la altura y la longitud.

En el sentido vertical hay cinco salientes que rompen la monotonía que necesariamente tendría un muro de más de ochenta metros. Estas salientes son las dos alas que uniéndose al muro por superficies cilíndricas, avanzan en su basamento, el cuerpo central y los dos vanos principales que también avanzan.

Prescindiendo de todo elemento técnico en esta descripción, pues basta el efecto que produce la fachada, para formase cabal idea de su valor artístico, nos referimos á las partes puramente decorativas que requieren explicación por no destacarse en el grabado como se destacarán en el edificio. Entre el balcón central y los laterales hay dos atlantes, y á los otros lados de dichos balcones laterales, dos ménsulas que corresponden á las columnas y medias columnas del primer cuerpo.

Sobre los zaguanes hay dos medallones que simbo. zan el uno la Minería y la Agricultura el otro.

NIÑA PALOMA SCHRAMM, DISTINGUIDA PIANISTA DE 10 AÑOS DE EDAD.
(Vease «La Semana.»)

En los capiteles de las columnas descansan unas águilas de bronce que sirven de apoyo á las repisas de los balcones del segundo cuerpo, reemplazando las ménsulas ordinariamente usadas con este objeto.

En las superficies cilíndricas de las alas de la fachada hay cuatro medallones con el monograma E. H. del Estado de Hidalgo que también se verá en las rejas de los zaguanes.

En la cornisa superior se destacarán cabezas de ozelotl [león mexicano] que como las águilas son motivos de decoración netamente nacionales.

En consonancia con la sobriedad general del decorado, la parte exclusivamente escultórica es también muy sobria. En el vestíbulo, en el frontis de cada una de las puertas del fondo hay un busto: el de Hidalgo, en el del centro, y en los laterales los de otras dos figuras culminantes de nuestra historia.

En el segundo cuerpo y sobre los balcones del centro hay dos bajo-relieves que representan los Poderes Legislativo y Judicial que tendrán sus oficinas en el edificio.

Por último, en el ático y donde se corta la balaustrada de coronamiento, están un relox y cinco grandes esculturas de bronce: la Minería, la Agricultura, la Industria y el comercio, bajo la protección de las anchas alas del Angel de la Paz.

El material para toda la fachada será de piedra blanca de Pachuca, que á su buena calidad une la ventaja de encontrarse cerca de la ciudad.

LA CRIOLLA DE NUEVA ORLEANS.

Parece que la sangre latina, esa á que Sar Peladán acaba de dedicar un libro extraño é incisivo, no cesa de salpicar todavía la línea pura de la belleza. Aún no abdica esta inmortal soberana, esta vencedora ilustre del arte. Allá en el mediodía europeo, bajo la ardorosa caricia de un sol bermejo, la raza se conserva, por comarcas, como enraizada al medio de que procede. En tierra americana el tipo latino se esfuma, pierde la energía de sus contornos, se suaviza acaso; pero se desvanece, se hace tenue, borroso, frágil.

Tal vez en Nueva Orleans es en donde la sangre latina bulle aún, en el cruzamiento de las razas americanas, con su vigor primitivo. Por eso la criolla de Louissiana se enorgullece de su origen, porque su origen es su belleza. Ovalo irreprochable, ojos en almendra, un poco á flor de cara, boca carnosa, de labios pronunciados, matiz pálido, ligeramente sonrosado en las mejillas, cabeza coronada de una diadema de cabellos negros.....

Así cruza el Canal Steet, impregnada de gracia, esa harmonía de las líneas en movimiento, vardadera *boulevardiére* transplantada en territorio yankee. Ha querido vivir aislada -en un mundo suyo, en una sociedad que le pertenece -de la gran corriente del norte, que poco á poco se abre paso en la vida de la ciudad suriana.

Y, hecho que salta á la vista, esta latina absoluta, esta acérrima adversaria del viejo Tío Sam—al modo que Madama Staël lo era de Napoleón —no se siente herida por esas tenaces crisis de los hijos del mediodía de Europa. No es una «Eva fin de siglo.» ni la neurosis ha clavado la garra en su espíritu. No punza, no late ninguno de *los morbos* que caracterizan este crepúsculo de la raza. Es ingenuamente sana, de una salud que irradia por todos los poros de su cuerpo.

No recuerdo quien ha dicho que en toda parisiense hay algo de la mujer de Bourget. Esta es una cerebral demasiado refinada, demasiado exquisita, en la que las sensaciones son patológicas. Asusta penetrar en esos espíritus hostigados por el pensamiento y en los que la agudeza de las emociones ha adquirido un desarrollo enfermizo, que las devora como una enfermedad incurable.

Creo sinceramente que una de las causas de la decadencia latina, arranca del exceso de emotividad de las mujeres de esta raza, del que se han librado las americanas, y aún las mismas españolas,—sostenga lo que quiera Don Jose Echagaray en su hermosa *tesis* «Mariana.» La angustia de las actuales generaciones latinas, ya latente por otra parte en las comarcas del Norte, es compartida por el sexo débil, que experimenta las mismas sacudidas que el hombre y con una fuerza igual, si no en *extensidad* en *intensidad*.

La criolla de Nueva Orleans es una de las mujeres más *femeninas* que puede contar la raza latina. No hay temor de que de sus labios salte el ratón que Fausto vió salir de la boca de su compañera de baile la noche de Walpurgis. Es sencilla y francamente por educación—y también lo será por sentimientos -la sumisa y tierna *irredenta* de la sensibilidad prolongada, desarrollada, aguzada, hasta el malestar, hasta el martirio.

Y es que estos estados de conciencia, estas hiperestesias psicológicas corresponden siempre á una civilización muy fatigada, en las que el exceso de la funcionalidad de todos los aparatos engendradores de vida, da como resultado estas flores de gran desarrollo pero en las que la savia no parece circular libremente.

Hermosa, ingenua, tierna, saboreando la alegre dicha de vivir, con una ráfaga de la vieja gracia francesa—de esa gracia que esbozó Mürger y fotografió el gran Dumas I—la criolla neorleanesa fija un tipo en la variada serie de la mujer contemporánea.

Carlos Díaz Dufoo

Cuando estudiamos de cerca el pasado, toma el presente, en virtud del contraste, todos los atributos de la edad de oro.

***

Evolucionar no es cambiar.

***

No hay grandes y pequeñas libertades. Hay libertad.

MRS. HENRY VENNARD SMITH (DE NUEVA ORLEANS)

LA EVOLUCION DEL MANDADO.

Sería cuestión de nunca concluir, historiar el «mandado» desde sus orígenes, «desde el San Miguel de la Cartilla,» que dicen las viejas.

Por lo pronto mucha tinta puede gastarse en los

ángeles, esos mandaderos del Altísimo que *llevan y traen recados suyos* y no poca en la biografía de la paloma mensajera de Noé, pájaro maravilloso que en una rama de laurel llevó á la flotante menagería, por decirlo así, el indulto misericordioso de Jehovah.

Ni podríamos olvidarnos á fuer de patriotas de los correos aztecas, andarines tan recios, ágiles y diligentes que en menos de un día y por cordillera proporcionaban al Emperador, pescado fresco, atrapado en la mañana en las aguas que más tarde debían bañar la Villa rica de la Veracruz, hoy heroica.

Pero esa labor le compete á Luis González Obregón, tan entendido en restauraciones y en lo que pudiéramos llamar el examen de conciencia de los viejos siglos mexicanos; él que nos hable largo y sabroso como sabe hacerlo, del señorón virreynal que para bien mandar una esquela, hacía razurar á su doméstico por navaja de rapista de curas, lo vestía de limpio, y en bandeja de plata, sobre cojín de terciopelo ó pañuelillo primorosamente deshilado, colocaba el sobreescrito rotulado con una letra hoy sólo visible en polvorientos archivos, el todo cubierto por limpia tela como si se tratase de una cuelga para padre confesor, ó golosina preparada por las sabias y discretas manos de las monjas Claras.

Otro es mi intento y va mi pluma al mandadero de hoy, empleado público, símbolo de progreso, regeneración de la fuerza bruta antes usada en palizas y jayanadas y hoy al servicio de la clientela que no puede desempeñar ciertas comisiones personalmente.

Progreso dije y sé que el mandadero es un producto. Nada más fácil hay que enviar un recado, así fuera una cita amorosa, empresa poco menos que imposible en aquellos tiempos de mi bisabuela, cuando en el hogar, las doncellas eran más vistas y cuidadas que el reloj de pesas, regulador de las medicinas y alimentos de su Ilustrísima enferma; cuando la doncella tenía sobre sus pasos dos agentes de policía, en lo moral el Angel de la Guarda y en lo material la *Dueña*: engendro regordete, flatoso y suspicaz; cuando las niñas se educaban en conventos como internas y sufrían una vigilancia casi fiscal en todo sitio y á toda hora; y aún en la reja dialogando con la familia, entre el rumor verbal y las visitas se inmiscuía desconfiado y alerta el finísimo tímpano de la «madre escucha.»

Y sin embargo había correspondencias tiernísimas y contrabando de gratos billetes, porque no siempre fué de piedra el corazón de una tornera y muy antigua es la prosapia de las cocineras sentimentales y las fregatrices cohechables, blandas para la propina y el lenitivo al mal ajeno, y los ojos présbitas de la hepática Superiora y el olfato de las reverendas chismosas, no llegaban tan lejos como la malicia profesional de aquellos antiguos emisarios.

Pero ya murió todo eso; las costumbres modernas son más holgadas y más tolerantes, se multiplican las vías de comunicación, y tan sólo, tal cual infeliz, apela al papel doblado como papillote, al mensajero disfrazado y *al lenguaje de las flores*, resabio del romanticismo y muy en boga en los «Calendarios para señoritas» en los «Albumes del Hogar» y en las cajetillas de cigarros de torcer para señoras, los mentados «Arrobadores.»

Hoy se le palmotea al cargador de la esquina: hombre rudo, pero de buena memoria, discreto, prudente, fisonomista fiel, no mal entendedor y capaz de entregar en propia mano un atento á la Felicidad, esa novia perpetuamente prófuga y escondida....

Un chambergo mosquetero á la usanza nacional, espaldas abultadas por paquetes musculares; blusa aplanchada y en su bolsillo lápiz con goma, pantalón de inválido difunto doblado en las bocas; cacle para mayor comodidad; un lienzo burdo en el poyo donde se sienta y sobre el hombro la *mula* y como cadena de traición *la lía*.

Buen bebedor, suelto de lengua, (arma diestra en la esgrima del retruécano y dura en el tajo de la mala palabra) juguetón, y afecto á la crónica urbana, es el tipo ideal de las porteras gordas. Porque es tan expresivo para la caricia como para el golpe y ya se sabe que en la plebe femenina el costillar es una harpa cuyo dominio no logra sino el artista que sabe arrancarle el suspiro y hasta las clavijas en los grandes arranques. El cargador es el David de esas señoras.

Riega la calle, escombra el patio, enciende y apaga el farol, abre á deshoras en traje de tribuno romano, sabe tapar los agujeros de los toneles, rapa al falderillo, tira en lugar lejano al gato intruso y practica la pequeña cirujía en el de la casa tornándolo de inquieto, vagabundo y caprichoso, en manso y sedentario: condiciones para una larga y beatífica obesidad.

En la honradez está el secreto de sus propinas, en la discreción la amplitud de su clientela: es tan imparcial qus hace los mandados *de la otra esposa* del Señor y lleva el ramillete que envía á la legítima el rondador que le paga. En las mudanzas es Capitán, en las viviendas de los célibes camarista, en las estaciones, hábil rescatador de equipajes.

El *mecapalero*, esa especie de Lázaro arrojado de la tumba, su única habitación apropiada; ese hombre dejado textualmente en las cuatro esquinas, ese pediculoso enmarañado; vestido con harapos y de pies duros como cascos, es la degeneración de la raza; el mandadero de la plebe y por eso desempeña oficios de bestia y se doblega al peso de enormes cestos de vituallas, desperdicios de abasto y cornamentas de novillos; carga los menesteres culinarios de la vendedora callejera, la mesa del café barato con todo y caldero, el metate de la molendera, el mobiliario infame de un menesteroso y la silla de esparto donde á manera de momia y envuelto en toda clase de cobijas va atado al enfermo rumbo al hospital. Tareas todas que no desempeñaría un cargador de número, acostumbrado á llevar á cuestas talegas de pesos, en parihuela lunas venecianas, en la blusa pagarés y documentos reservados y en brazos un milagroso Santo Niño de Atocha, con todo y capelo.

Mandadero es el hijo de la cocinera, quien por un vil cobre, tira el cajón de la basura, sirve la mesa, llena de agua el cacharro y *vuela poniéndose los piés en la cabeza*, y trae de la tienda el aceite, de la bizcochería la *pechuga* suave ó el *bolillo* caliente y del estanquillo el paquete de horquillas.

Abusando de su inocencia, interrumpe su juego de canicas y por medio de capciosas preguntas el señor de barbas güeras y anteojos azules, sabe cuanto le importa sobre la más alta de las niñas del balcón, la niña Conchita, abrigada con una pañoleta roja á quien (aparte y sin que nadie lo vea) debe entregarle *ese papel*, esperando la contestación.

Aunque no sea su oficio, hace las veces de mandadero el *asistente* del señor Coronel, en quien las señoras se ceban cual si trataran de denigrar el uniforme de dril. Basta con oír sus órdenes.

—Mire, *soldado*—porque no le conceden ni el apellido.—Mire soldado: ya limpió los cubiertos y tostó el café? Bueno, pues así que acabe de bombear y cuando le haya dado la bola á los zapatos, se trae el pan y las tortillas ... medio de merengues y un acitrón y plátanos si encuentra ¡ah! y tres huevos; le dice á la lavandera que las camisas son para hoy; recoje los zapatos y ve si le han echado bien las medias suelas; va usted en casa de la niña Lola y le dice que qué hubo de las muestras de *alemanisco*, repítalo: *alemanisco*, no se le vaya á olvidar; pregunte si salió este billete, traigase á los niños del colegio, ¡ah! espérese. Antes que se venga ayude usted á bañar al «Alí,» clave esa alfombra y cargue los aparatos. Y por Dios que no se dilate porque después de comer lo nacesito.

Entre familias de confianza y cuando se trata de misivas para personas de mucho cumplimiento, se pide prestado al mozo ó á la recamarera y si es esta última, son de rigor las enaguas amponas, el rebozo nuevo, y los botines rechinadores; se la alecciona en punto ó tratamientos y se le entrega el memorial que ella toma entre el pulgar y el índice previa una fianza de papel de periódico para que no se manche.

Los niños de zapatos rotos, sombrero desborbado y pantalón herido en parte noble; las niñas de ojos tristes, manecitas rojas y medias agujereadas; el so-

brino, que no va á la escuela, con jacquets pero sin camisa y con las botas del tío; la cuñada de pantuflas; la madre sexagenaria de tápalo verdioso, dedos culoteados, húmeda tos y párpados sanguinolentos: oh! todos ellos son los mandaderos de la miseria, los seguros conductores del menesteroso; los mandaderos de sí mismos; los repartidores de *atentos* suplicantes sin contestación porque se contestan en papel moneda.

* * *

Pero la época presente entre otras cosas se distingue por su insufrible tendencia á la monotonía, y ha impuesto el uniforme á los mandaderos pagados por hora, llamando sus faenas «mensajerías.» Estos mensajeros se usan para los días onomásticos y para darle mayor solemnidad al envío de un bouquet, de un ciento de pasteles, de una cuelga, en fin: son decorativos pero no son prácticos; su librea los denuncia en las comisiones delicadas.

Y como si no bastara este agente, el ciclismo nos lanzó á la vía pública al «rápido,» empleado postal, mercurio moderno, que está condenado á medio matarse en tantas plazuelas-pantanos y en tantos callejones cordilleras, para llevar malas noticias, que son de preferencia las urgentes.

El teléfono ha dado un golpe de muerte á muchas de esas profesiones que antes bastaban por sí solas para mantener á familias numerosas, muy numerosas, cuasi leporinas como son las de los pobres: y todavía el teléfono presenta obstáculos á la violenta transmisión de recados.... bien porque se cruzan los alambres, bien porque no contestan, bien porque tenemos la dasgracia de que hasta la electricidad se malee en esta altitud, como decía Gedeón el nuestro.

* * *

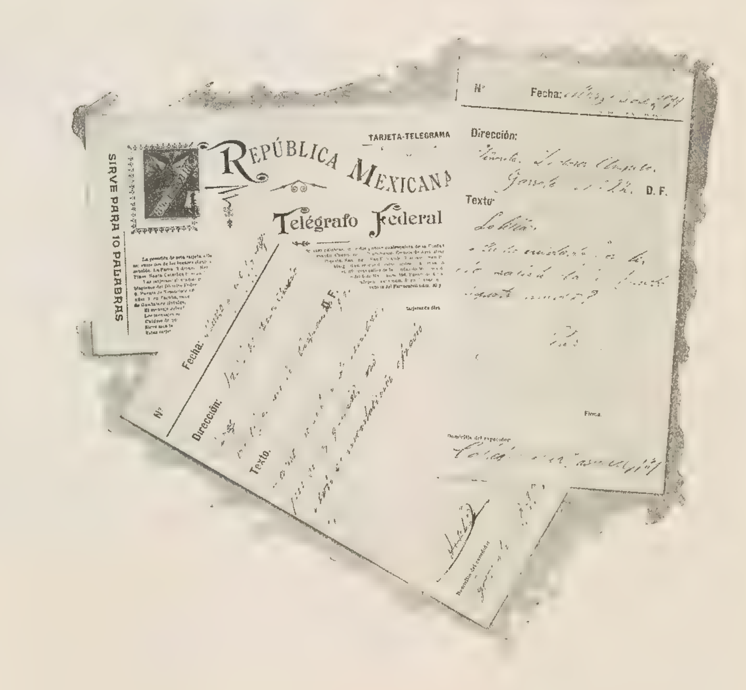
Y se inauguraron las tarjetas telegramas resolviendo el problema, y apenas comenzábamos á usarlos, llegó al colmo el adelantamiento; se lanzaron á la circulación las mismas pero con la contestación pagada.

De modo que el *mandado* merece otro nombre, desde el instante en que no necesitamos pararnos en una esquina, llamar á un hombre de piernas desnudas y cabeza de cretino, ofrecerle una remuneración decorosa y producirse en estos términos:

—Sabes dónde queda el zócalo ¿no? bueno: pues está frente á Catedral, una iglesia muy grande; le preguntas al gendarme dónde queda por ahí la calle del Relox; en la primera á mano derecha buscas este número: ¡ah, si no sabes leer! pues le preguntas á otro gendarme; subes y en el entresuelo buscas á Don Anastasio y le das eso y el te ha de dar otro papel y le dices de palabra que me urge y ya van tres meses que me dice que no tiene. Ve y no tardes.

El troglodita volvía al obscurecer y de sus explicaciones se deducía que en vez de haber entregado el citatorio familiar á un deudor moroso, lo había puesto en manos de un honrado profesor de salterio que vive por la Verónica y se llama Mariano, y protestó con muy justa razón y memorias para la familia porque el tenor del «recordón» era agresivo.

Vengan esos cinco—hay que decirle al Progreso—después de estos mensajes:



Damas Mexicanas.

SRITA. MANUELA LACROIX.
De Palenque [Chiapas].

EXTRAVAGANCIA RIDICULA.

El pueblo inglés es el más serio, el más práctico y el más progresista; pero los ingleses, individualmente, son á veces los locos más ridículos y su locura la más pueril.

He aquí en prueba, sumada á los mil millones que han dado en todo tiempo los periódicos, la extravagancia de un pobre diablo de las Islas Británicas que pasó diez años, contando los versos, las palabras y hasta las comas de las obras de Shakespeare.

Después de haber hecho sus laboriosos cálculos escribió una memoria, publicada en no sé que revista.

De los datos de ese necio, sacamos uno sólo; los demás ni los vimos. Hélo aquí:

El drama más largo que escribió Shakespeare es el Hamlet: tiene 3,930 líneas, 29,492 palabras y 120,434 letras.

Una novela vivida.

Desde que soplan vientos tempestuosos y no hay tronos sólidamente asentados ni dinastías á cubierto de una revolución, los pobres reyes pasan las de Cain para desempeñar su oficio de un modo honorable.

Diríase que viven á ciegas, esperando por momentos la liquidación definitiva, y sin acertar con la realidad de los peligros que se ciernen sobre ellos, á su lado, en un lugar que ignoran.

Para resarcirse de ese estado de vacilación é incertidumbre, gastan la vida al menudeo, en distracciones que no les dejan punto de reposo ni les permiten quedar á solas consigo mismos. Algunos soberanos tocan la flauta, otros escriben; las reinas, sobre todo, tienen su flaco por el lado de la literatura y la letra de molde les causa vértigos.

Ya conocíamos á una reina, reina también en las letras, Cármen Silva, la de Rumanía. Pálida, de aspecto lánguido, toda su obra literaria es tan débil, tan quebradiza, que no tiene por donde la admire la posteridad. Los consejos y las lecciones de los escritores franceses llevados á palacio en calidad de maestros, han sido inútiles ó poco menos.

Ahora surge otra soberana que aspira también á ocupar un trono en el mundo del arte literario. Es la reina de Servia, Natalia.

Las gacetillas y las crónicas dicen que se estableció hace dos meses cerca de Florencia, en una villa opulenta y magnífica, y que allí escribe una obra pensada mucho tiempo, una novela personal cuya acción empieza en Servia y se desenlaza en Biarritz.

La novela se escribirá en francés y se publicará en París. La intriga, dicen los que saben ó creen saber esto, no es una creación imaginativa sino una historia real, vivida, con personajes que todo el mundo podrá nombrar con el nombre que llevan en la sociedad europea.

Si realmente escribe Natalia la novela de su vida, podrá darnos á paladear una obra sabrosa, exquisita y amarga.

Aún recordamos su ruptura con el rey Milano, después de una aventura escandalosa en la corte de Servia.

El rey Milano era demasiado galante, demasiado tierno con las damas.... Al fin hubo de exasperarse la reina, huyó de la corte y se dió á los viajes por toda Europa, siendo Biarritz la residencia de recreo que prefiere.

Es muy altiva para perdonar y muy tierna y delicada para olvidar los deslices de su esposo.

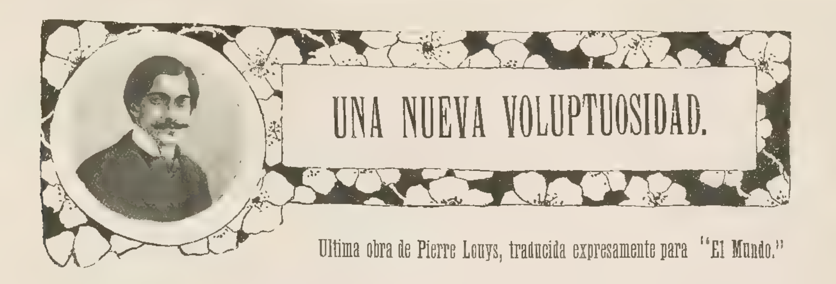
Magnífico estado de alma el suyo para la creación de una obra literaria! Todos la esperan con curiosidad ansiosa.

Después de «Los Reyes en el destierro,» «La Reina en el destierro.»

MEXICO MODERNO.

CASA DEL SR. LUIS SARRE.—AVENIDA DEL 5 DE MAYO.

CASA EN CONSTRUCCION. -CALLE DE ROSALES.



UNA NUEVA VOLUPTUOSIDAD.

Ultima obra de Pierre Louys, traducida expresamente para "El Mundo."

M. Gladstone. (frente á un mapa. Qué montañas son esas dos cerca de las fuentes del Nilo?

M. Stanley. Son las montañas Gordon—Benett-Mackay.

M. Gladstone.—Y quién les ha dado esos nombres ridículos?

M. Stanley.—Yo, Señor, que las he descubierto.

M. Gladstone.—Oh! no. Fueron descubiertas hace veintitrés siglos por Herodoto.

[*Daily News, 1896*].

I

Hace cuatro años, acaso cinco, habitaba yo muchos días de la semana una planta baja incómoda, pero clandestina y habitual, en una calle que comunicaba por una de sus extremidades con el pequeño parque Monceau. Detalle sin interés para mí, porque la verja de mi casa se cerraba siempre antes de la media noche, de suerte que yo no podía pasar precisamente á la hora en que aprecio los paseos al aire libre.

Una noche, como me encontrase ahí en conversación silenciosa con dos gatos de fayenza azul acurrucados sobre una mesa blanca, vacilaba entre dos pasatiempos de soledad: ó escribir un soneto regular fumando cigarrillos ó fumar cigarrillos mirando el tapiz del techo.

Lo importante es tener siempre un cigarrillo en la mano; es preciso envolver los objetos de una nube celeste que bañe las luces y las sombras, borre los ángulos materiales y, por un sortilegio perfumado, imponga al espíritu que se agita un equilibrio variable de donde pueda caer en el sueño.

Esa noche yo tenía la intención de escribir y el deseo de no hacer nada; en otros términos, era una soirée que se parecía á todas las otras, y que iba á terminar fatalmente delante de una hoja de papel virgen y de un cenicero lleno de cadáveres, cuando de pronto fuí distraído de mis pensamientos por un campanillazo inesperado.

Levanté la cabeza. Me persuadí de que el viernes 9 de Junio, no esperaba á nadie á esa hora de la noche; pero como un segundo campanillazo siguió de cerca al primero, fuí á la puerta y la abrí.

Abierta la puerta ví á una mujer. Manteníase envuelta en una capa flotante que era de paño *beige* como una toilette de viaje, pero con broches de entrelazos como una salida de baile, y la cual se ceñía al rededor del cuello, por medio de una cadenilla redonda y acopada, de donde la cabeza emergía apenas, morena bajo los cabellos teñidos de azul. El rostro era joven, sensual, un poco burlón: dos ojos negrísimos, una boca muy roja.

«¿Quiéres permitirme que pase?» dijo inclinando la cabeza sobre el hombro.

Yo me hice á un lado con el asombro particular de un hombre que ve entrar en su casa, á la hora en que casi no se recibe ni á las amigas más íntimas, á una mujer que no le despierta el menor recuerdo y que le tutea desde la primera frase.

«Querida amiga, le dije tímidamente, cuando la hube seguido á mi recámara, «querida amiga, no me acuses; te reconozco á maravilla, pero no sé por qué infortunio no puedo en este instante recordar tu nombre. No sería por ventura Luciana ó Tototte?»

Ella se sonrió con indulgencia y sin responderme desató su abrigo. Su traje era de seda verde agua, ornado de gigantescos iris tejidos con el mismo género, y cuyos tallos subían en husos á lo largo del cuerpo hasta un escote cuadrado que mostraba desnuda la punta de los senos. Llevaba en cada brazo una pequeña serpiente de oro de ojos de esmeralda. Un collar de gruesas perlas en dos filas brillaba sobre su piel obscura marcando el nacimiento del cuello que era móvil y redondeado.

«Si me reconoces, dijo ella, es que me has visto en sueños. Yo soy Callisto, hija de Lamia. Durante mil ochocientos años mi tumba permaneció en paz en los bosques floridos de Daphné, cerca de las colinas donde fué la voluptuosa Antioquía. Pero ahora las tumbas viajan. Me han llevado á París y mi sombra siguió á la piedra que contenía mis finas cenizas. Largo tiempo aún he dormido encerrada en los sótanos glaciales del Louvre. Ahí estaria aún si un gran pagano, un Santo varón, M. Louis Menard, el único que se acuerda ahora de los ritos y de los gestos divinos, no hubiese pronunciado ante mi tumba las palabras tradicionales que saben dar á los pobres muertos una vida efímera y nocturna. Durante siete horas, cada noche me paseo por la ciudad sucia.

—Oh! pobre niña, interrumpí yo—qué cambiado debes de encontrar el mundo!

—Sí y no. Encuentro las casas negras, los trajes feos y el cielo lúgubre (qué singular idea habeis tenido de venir á habitar bajo un clima semejante!) Encuentro que la vida es más tonta y las gentes tienen el aspecto menos alegre; pero si siento estupefacción, es cuando veo, á cada paso todas las cosas que yo he conocido. Cómo! En mil ochocientos años no habeis hecho *más que esto.* Nada más nuevo? Nada mejor en verdad? Lo que yo he visto en vuestras calles, en vuestros campos, en vuestras casas, es todo? Eso es todo?....Qué miseria, amigo mío!»

El asombro que ella notó en mí bien podía servir de réplica. Sonrió y se explicó.

—Ves cómo estoy vestida? me dijo. Tengo el traje que me pusieron en el sepulcro. Míralo. En mi tiempo se vestía uno de lana, de hilo y de seda. Al volver á la tierra yo creía que aún el recuerdo de esos trajes había desaparecido.

Imaginaba (perdóname) que después de tan largos años los hombres habían descubierto telas maravillosas como el sol y la luna, y más voluptuosas al tacto que la piel de una virgen ó de una fruta. Pero no: de qué os vestís? de lana, de hilo y de seda.....

Oh! bien sé; habéis inventado los cotones y envolvéis en ellos á los negros que os parecen inconvenientes en el estado en que andan por ahí. Acaso es extremadamente moral..... Y á tí te gusta mucho el algodón? Estás orgulloso de su descubrimiento? Yo no puedo ni siquiera tolerar entre mis dedos esa cosa que se desliza y se deshace. En fín, tienen ustedes una tela mejor *drapeada* que la lana? No. Más fina que el hilo de lino? Más luminosa que la seda?

Pero respóndeme!»

Y prosiguió:

«En mi tiempo se calzaba uno de cuero. .Conocíamos las babuchas, los zapatos de color, las pantuflas forradas, los botines altos....toma! tus zapatos de ciclista descubiertos, con una brida un poco más alta, son de una forma frigia: Mira ahora los mios: son de marroquí olivo y dorados en los fierrecillos como una pasta. Admíralos. No encontrarás unos tan bellos en la zapatería donde se calzan tus amigas.»

Y continuó todavía:

«En mi tiempo, para hacer las alhajas, se servían de los metales preciosos: el oro y la plata. Han encontrado ustedes un tercer metal? Hacían collares, sortijas, brazaletes, aretes, diademas y broches. Yo he encontrado todo eso en la calle de la Paz, idéntico. Nosotros conocíamos las perlas, la esmeralda, el diamante, el ópalo, la piedra de luna, el rubí, el zafiro y todos los sílices matizados que vienen de la Arabia y de la India. Ahora es como entonces. Por acaso tendríais vosotros una nueva piedra preciosa creada en dieciocho siglos? Una sola, díme una, te lo suplico! Una piedra que yo no haya conocido, una sortija que yo no me haya puesto en mi dedo; una alhaja nueva, aunque la montadura sea de oro como las mías, puesto que no tienes un metal más raro que ofrecerme, pero que lleve entre sus garras una gema inventada.»

Su voz se iba animando poco á poco basta llegar á un tono de reproche y de despecho.

—Callisto, respondí, me parece que das una importancia exagerada á los ornamentos de que se cargan las mujeres y que no tienen otra excusa que la de ocupar con su elección difícil y su composición meticulosa una vida sin labor y sin movimiento. Es sabido ahora, después de diez mil años de esfuerzos infructuosos en todos los pueblos, que una joven no sabría jamás ser tan bella por ministerio del arte del costurero, del bordador y del orfebre como en el instante en que se muestra tal como los Dioses la han creado. Ese simple traje no dudo que los Griegos no lo hayan conocido......

—Mejor que tus compatriotas.

—Ustedes no lo han inventado sin embargo. No te enorgullezcas de él. Yo reconozco que en nuestros días lo disfrazan todavía peor que en el tiempo en que tu naciste; pero de lo malo á lo peor, importa acaso la diferencia? No puede uno vestir á las mujeres. Esta es una máxima. Nosotros no la destruiremos. M. Poincaré ha probado ya matemáticamente que es inútil ejercitar la imaginación humana en buscar este descubrimiento, tan quimérico como la trisección de los ángulos. Por mi parte, yo no me aflijo de un fracaso que persiste porque es eterno, y me contento con admirar á la mujer en su pureza primitiva (que, también es immutable), con la emoción antigua de aquellos que tocaron á Helena.»

Ella me miró más fijamente, inclinando la cabeza hacia mí y me dijo con lentitud:

«Estás tú seguro, oh presuntuoso! de qué las mujeres no han cambiado?»

II.

Lo que hizo inmediatamente después de haber dicho esas palabras no se si lo he visto en la turbación en que yo estaba.

Cómo se quitó sus sortijas, hizo deslizarse cuatro brazaletes, abrió su cuello y dejó caer sus ropas al mismo tiempo que sus luengos cabellos, no podría decirlo. Fué tan rápido y maravilloso que me ha quedado en la memoria un deslumbramiento lleno de sombra.

Hasta entonces yo no había creído con certidumbre en la realidad de la aventura. Las apariciones tomadas largo tiempo por sobrenaturales y después consideradas como más expontaneas, obedeciendo á las leyes de una naturaleza profunda y mal conocida, se presentan algunas veces con los caracteres de una materialidad que no es desmentida por ninguno de nuestros sentidos y que puede extraviar á un espíritu incrédulo ó simplemente prevenido contra lo inverosímil.

Yo me preguntaba hacía una hora, si era mistificado por una lectora extravagante: alguna extranjera, pensaba yo, demasiado inmodesta y sobrado deliberadora para dirigirse en la noche á una recámara donde no la invitan, y que quiere hacer olvidar el designio trivial que la arrastra, en consideración del cuidado que pone en disimularlo con un traje de teatro. Yo había respondido en el sentido en que ella misma

me hablaba, con la reserva de un interlocutor complaciente que por deferencia ó por curiosidad no quería desgarrar demasiado pronto el tejido de una comedia laboriosa é interesante.

Mas desde que la ví tal cual era, comprendí que venía del fondo del pasado....

Me acuerdo que en el momento en que tuve esta certidumbre, inicié, si no acabé, todos los movimientos que un instinto religioso me inspiraba invenciblemente. Me retuve en mi asiento para no ponerme de rodillas y la miré inclinando la frente con un sentimiento de sacrilegio, como si una persona de tal modo milagrosa no debiese ser contemplada de la misma suerte que se vé á las mujeres vivientes.

Jamás me he sentido tan conturbado.

Callisto, era alta, tenía el torso estrecho y redondo; el talle alto, la pierna muy larga. Sus articulaciones finas eran de una fragilidad que me deslumbraba.

Pura y sin afeites su piel lucía como al salir del baño. Era morena, de un ligero tono uniforme, casi negro en el borde de los parpados. No sabría explicar cómo su belleza no podía ser realizada ni bajo nuestro clima ni aún en nuestro tiempo, porque esta evidencia no nacía de detalle alguno, sino solamente de una harmonía y acaso de una claridad. Para afirmar una diferencia entre ella y las mujeres de mi época, estaba yo obligado á creer sin otra prueba para mi discernimiento, como un coleccionador distingue lo verdadero de lo falso sin que algunas veces pueda demostrar, que se funda en un indicio particular para establecer su convicción.

Como para ponerse á mi vista, extendióse sobre una *chaise longue*.

«Hubierais podido á lo menos perfeccionar á las mujeres, replicó ella sonriendo. Y ya lo ves, las razas han perdido. Vuestros médicos que desprecian á los nuestros, por qué dejan ahora á tus amigas menos bellas que mis hermanas? La tierra en que nosotros vivimos no ha desaparecido. El Oronto desciende siempre del fondo de las montañas de cedros. Smirna sobrevive. Esparta ha muerto pero Atenas ha resucitado. Siglo vanidoso y débil, por qué no has criado selecciones de mujeres como creas familias de rosas? No lo puedes. Tu esfuerzo es el de un niño; nuestro esfuerzo fué el de los Dioses.

En tanto que me hablaba (Yo no estaba casi en espíritu de discutir con ella) un terror como ya no se experimentan sino en los extremecimientos de la somnolencia, me oprimía las sienes. Temblaba al pensamiento de que me abandonase de pronto como un ser fluido, una nada de luz y me preguntaba si sólo mis ojos tendrían la ilusión de su presencia carnal, si podría tocar con el extremo de mi dedo la piel tierna de su cadera.

«Ven, dijo ella riendo. No soy una sombra. Dame la mano.»

Y me atrajo dulcemente.

Después, con una obstinación que no quería desmentirse, tornó á su conferencia.

«Mil años antes de que yo fuese bella, los hombres se unían á las mujeres poco más ó menos como los rebaños. Has leído á Homero? Ni Argos ni Troya conocieron otros placeres que los salvajes con que los animales se contentan. Aun el beso en la boca era ignorado de Briseis. Jamás al rededor del talle de Helena, una mano abierta y ligera hizo surgir el extremecimiento que nace de la caricia humana.»

Cerró los ojos.

«Y después, de pronto, en un día, al antiguo oriente donde yo nací, robó á los Dioses, como un fuego eternamente joven, el sólo don que los distinguiera de los otros habitantes de la tierra: inventó la voluptuosidad.

«Oh días de savia! Juventud del mundo! Por la prira vez los labios de un hombre y los labios de una mujer, dejando las frutas, se saborearon. La gran alma ardiente de Afrodita, inspiró todos los días un placer nuevo, un placer nuevo, me entiendes? Descendió desde el olimpo azul y la embriaguez del goce comenzó. Desde Babilonia hasta el Monte Erix, todos los perfumes, todas las sedas, las felpas, las artes, y las mujeres, formaron el triunfo que siguió al descubrimiento de la alegría. Las muchachas, libradas al fin de una barbarie hereditaria, conscientes de sus anhelos abrieron las alas de su nariz á la rosa y sus bocas á la boca. Durante siglos aumentó el tesoro de los goces. En mi tiempo, en Antioquía y Alejandría, las mujeres enriquecían aun ese tesoro. Yo misma, Callisto, hija de Lamia, encontré» ....

Pero yo retrocedí.

Ella rió.

«Ah! tienes medio! Pues bien, habla á tu vez, veamos! Durante los mil novecientos años en que yo permanecí en mi sueño sepulcral, qué nueva alegría habeis conquistado? Hace un momento te pedía una perla nueva. Ahora te pido un amor que no haya experimentado. Sin duda después de tanto tiempo se os han debido revelar nuevas dichas. Espero que me invites á compartirlas.»

Manteníase con seguridad en sus posiciones de ironía y yo adivinaba que durante sus largos paseos nocturnos á través de la ciudad, había ensayado en vano completar su educación: así, no intenté nada en este camino imposible.

«Ten paciencia, le dije simplemente. Sabes, hemos comenzando por olvidarlo todo. Y después inventamos de nuevo. Eso es lo que se llama historia de la civilización moderna. Llegaron al mundo pocos años después de tu muerte calamidades sin ejemplo y que habrían podido ser irreparables. Desde luego el nacimiento y la singular fortuna de una religión que en su origen era seguramente loable, pero que, desnaturalizada por israelitas demasiado groseros ó demasiado hábiles, esterelizó el esfuerzo de tu raza y sembró de sal las ruinas de Atenas. En seguida vinieron las invasiones bárbaras; cuando el diluvio de Judea hubo podrido el navío, las ratas penetraron en él y lo hicieron pedazos. Eso duró hasta el nuevo día en que se vió subir del oriente como una aurora los libros salvados del desastre y vueltos de Constantinopla. Cien años tardamos en leerlos. Después que fueron estudiados sólo han pasado tres siglos. Pero acaso el tiempo es nuestro. Déjanos el tiempo Callisto.»

Ella mostró una sonrisa irónica.

«Encontrarás—respondió—en los pergaminos de tus museos la tradición de Rhodopis? Vuestros arqueólogos, que tan bien poseen la política de Pericles y la estrategia de Alejandro, han reconstruido la ciencia de Aspasia y de Thaïs? Saben si la tumba en que reposa el polvo fino de Trinéa no ha encerrado para siempre el secreto de una dicha perdida?»

«Esta tradición yo la poseo aún Quieres conocerla? Te la abandono.»

III.

No llevaré más adelante este fragmento de memorias; porque ya he escrito con los documentos de Callisto todo un libro que es *Afrodita*.

Callisto se dispuso á alejarse á eso del medio día. Me hizo observar con dulzura que ya el sol se había levantado y que por culpa de un alumbrado perfeccionado no nos habíamos dado cuenta de ello.

«Vosotros destruís la noche; vosotros no conoceis ya el alba, dijo ella con voz triste. En otro tiempo el espectáculo de los fulgores de la mañana era la recompensa de las largas veladas enervantes. Ahora pasais vuestra vida en medio de una luz monótona y no sabeis ni aun mirar las tinieblas.»

Yo me inquieté.

«Medio día!......pero tú me habías hablado para tí de una vida limitada á las horas nocturnas. ¿Cómo puedo tenerte aún aquí?

Ese es asunto entre mí y Persephone, dijo con una sonrisa singular. Conversemos, no he acabado aún de injuriar tu época.»

Yo estaba un poco cansado y sin embargo, nervioso.

Basta, le dije, te lo suplico. Hablemos de nosotros, quieres? Dejemos el mundo, mejor ó peor.... Tú sola me interesas.

«Entonces escúchame. No estás convencido. Continuaré hasta que confieses. Verdaderamente vuelvo desolada de mi segundo viaje sobre la tierra. Habría debido permanecer en la tumba con el ensueño de un tiempo más puro en que yo había crecido en medio de la alegría. Tengo necesidad de decir á alguien con qué decepciones termino mi paseo y cuanto censuro á tu siglo, por todas las sorpresas que ha dejado de ofrecerme. Si vieras! El mundo es un joven que daba esperanzas y que está en vías de inutilizar su vida.

Yo no sé.... Me parece sin embargo que hemos pensado mucho, creado mucho desde tu muerte. El siglo en que vivimos no es tan despreciable.

—Lo es un poco por su impotencia y un poco más todavía por su fatuidad. No! vosotros no pensais, y no creais! Sois fenicios hábiles para reproducir los modelos inventados por mi raza, pero fuera de nosotros no los encontrais y no existís sino en nuestra sombra.»

Hizo un gesto.

«Paseate por las calles de París. Por donde quiera nuestra alma eterna surge brillante en las fachadas de los monumentos, en los capiteles de las columnas y sobre la frente de las estatuas. Después de haber esbozado durante una edad media bárbara y enclenque, miserables construcciones que ya se desmoronan (admirable!) vosotros, los hombres de los tiempos modernos, incapaces de crear, habéis tornado á nuestras ruinas y hace cuatrocientos años hacéis mosaicos de piedra con los trozos de nuestros templos. Una columna encontrada en Sicilia ha engendrado dos mil iglesias y otras tantas estaciones de camino de fierro. Ni aún para las necesidades nuevas habéis sabido crear una arquitectura nueva. Con el bronce de vuestros cañones, recopiais la columna Trajana y hacéis galerías de quators que son de estilo corintio. Después de nosotros que esculpimos el mármol y que fundimos el bronce al *moule*, no habéis encontrado nada, ni siquiera una alianza química, más digna de reproducir la figura humana. Y el solo grande de vuestros escultores no ha sido lo que es sino porque habéis encontrado bajo la tierra un torso de Apolonius, un trozo sin cabeza, sin brazos, sin piernas, una ruina lamentable, pero obra creada, eso sí, obra creadora! Principiantes!»

Tomó dos libros de un estante y los arrojó sobre la alfombra.

«Vuestro pensamiento, como vuestro arte es parásito de nuestros cadáveres. No es Descartes, es Parménides quién dijo que el pensamiento era idéntico al ser. No es Kant, es también Parménides quién dijo que el pensamiento era idéntico á su objeto. Y en esas dos frases se agrupan las escuelas enteras; y no saldrán de ahí. En donde quiera que vuestra ciencia se vuelve general, se basa, aún ahora sobre nuestras bases fundamentales. Los maestros de Euclides fijaron para siempre las relaciones inmutables de las líneas. Arquímedes se sirvió del cálculo integral, mucho antes que vuestro Leibnitz que nos debe también su metafísica.

En lugar de meditar ante la caída de las manzanas, el Newton á quien reverenciais, habría podido limitarse á leer una página de nuestra Aristóteles en que su teoría de la gravitación universal estaba expuesta hace dos mil años. Sobre la constitución de la materia, que es el problema de Dios, Demócrito sabía tanto como Lorel Kelvin, su hipótesis queda como sola admisible. Por último, en el momento en que estais á punto de concebir una ciencia universal y central, cuya ley bastaría á explicar la totalidad de los fenómenos, qué ciencia es esta, y cuál es esta ley? Aquellas de que Heraclito dió hace dos mil cuatrocientos años, la expresión definitiva:—el fuego se transforma en movimiento; el movimiento se transforma en fuego y ese es el mundo.»

Yo estaba agotado.

«Oh Callisto, supliqué escucha mis palabras aladas, eres demasiado sabia. Yo ya había oído decir que las cortesanas antiguas, eran mujeres de rara intelectualidad, pero no fué sin duda eso lo que las hizo bellas. Ahora si Madame de Pougy, á pesar de su hermoso talento literario quisiese conversar con M. Boutroux de los asuntos que la preocupan, no lograría interesarlo tanto como una Aspasia hablando á Xenofonte. Y sin embargo yo la prefiero porque me habla con más gusto de un traje de Jacques Doucet que de una ley termodinámica, y es esa una conversación que cuadra mejor á su cuerpo flexible. Por lo demás, el encanto de una mujer se acrece siempre en el momento en que se calla; pero ésta es una verdad especial cuya evidencia no aparece sino á los hombres.»

Ella esperó en silencio que yo hubiese terminado; después con una obstinación victoriosa, prosiguió:

«Sea como fuere, en dos mil años vosotros no habeis descubierto ni......

Hemos descubierto la América, interrumpí yo pacientemente.

Eso no es cierto.

Callisto, no digas absurdos.

—Repito y sostengo que la América fué descubierta por Aristóteles y que esta no es una tesis paradojal, sino un hecho historico y patente. Aristóteles sabía que la tierra era redonda, [y así puedes leerlo en sus obras] había aconsejado que se buscase el camino de las Indias. «por el occidente, más allá de las columnas de Hércules.» Este es el proyecto de que Colón hizo uso. Pero siempre se ha estimado que la gloria de un descubrimiento es para el cerebro que lo concibe y no para el obrero que lo ejecuta. Cuando Leverrier descubrió á Neptuno . .

—Vaya! Dije yo en el colmo del cansancio, convienes pues á lo menos en esto: en que hemos descubierto á Neptuno.

—Y aún cuando eso fuera! Han descubierto á Neptuno. Eres sorprendente! Desde ayer te suplico que me reveles un placer nuevo, una conquista hacia la dicha, una victoria sobre las lágrimas. Y han descubierto á Neptuno! Vuelvo á la vida después de veinte siglos, ansiosa de todo, celosa de las maravillas que suponía inventadas, preguntándome si no voy á llorar durante mi vida de sombra eterna, por haber venido al mundo demasiado pronto: y han descubierto á Neptuno! Un placer! Un placer! Placer de espíritu, placer de los sentidos, qué me importa! Voy, pues, yo á volver á los campos Elíseos sin llevar conmigo el recuerdo de una nueva voluptuosidad?»

Extendió las manos. Después dijo bruscamente:

«Por lo demás, es Pitágoras quien descubrió á Neptuno.»

Yo me sentí aniquilado.

«Sin duda—explicó inexorable.—Pitágoras había encontrado que el sistema solar debía componerse de diez astros. Yo no sé en qué se fundaba para afirmar esta cifra; pero como su discípulo Philolaos debía discernir más tarde sin ningún instrumento provisto de lentes y muchos siglos antes de Copérnico, el doble movimiento de la tierra alrededor de su eje y alrededor del fuego central, como sin duda no es posible comprender cómo un descubrimiento semejante ha podido establecerse, con el solo recurso del razonamiento, no tienes el derecho de prejuzgar que la hipótesis de Pitágoras haya sido avanzada temerariamente y se haya confirmado por azar. He dicho:»

Yo no luchaba ya.

—Quiéres un cigarrillo? pregunté.

—Cómo?

—Digo: quiéres un cigarrillo? Sin duda también eso nos viene de Grecia, puesto que es Aristóteles quien ha......

—No. No voy hasta allá. Confieso que ignorábamos esa inepta costumbre que consiste en llenarse la

boca con humo de hojas. Pero creo que no pretendes ofrecer eso como un placer.

—Quién sabe! Has ensayado?

—Jamás! Cómo, tú eres de los que se entregan á ese ridículo ejercicio?

—Sesenta veces al día. Y aún es la sola ocupación regular con que he consentido en cargar mi vida.

—Y te agrada?

—Creo verdaderamente que me resignaría á no tocar la mano de una mujer durante una semana entera, antes que verme separado de mis cigarrillos durante el mismo tiempo.

—Exajeras.

—Casi no.

Se había puesto pensativa.

—Bueno! dame mi cigarrillo.

—Aquí lo tienes.

—Enciéndelo. Cómo se hace? Se aspira?

—Las señoritas soplan en él: pero este no es el mejor medio. Más vale aspirar en efecto. Aspira una bocanada. Cierra los ojos. Otra....

En algunos minutos Callisto había vuelto cenizas su pequeño rollo de hojas orientales. Arrojó la colilla media consumida, en la cual el afeite de sus labios había dejado algo rojo.

Hubo un silencio.

Evitaba aún mirarme. Había tomado el paquete cuadrado, en su mano, que me parecía agitada como por una ligera emoción y después que lo hubo examinado por sus cuatro lados, ví que no me lo devolvía.

Lenta, con el cuidado que se concede á los objetos más preciosos, lo depositó cerca del cenicero, al borde de un diván claro donde extendió su largo cuerpo moreno.

PIERRE LOUYS.

1899.

TIBI, BEATRIX.

Clamando á tu piedad en mi suplicio,
Como en un claustro vivo en mi amargura,
Y tu desdén tenaz, como un cilicio,
Mortifica mi alma y la tortura.
Tu sólo nombre mi aflicción modera,
Y cuando á tí suspiro y en tí pienso,
Perfuma mi aflicción, como si fuera
Tu nombre un grano de oloroso incienso.
¿Me verás con tus ojos soñadores
Y me darás tus manos bendecidas,
Cuando hayas descubierto mis dolores
Y cuando hayas tocado mis heridas?
Cuando hayas descubierto mis dolores
Y cuando hayas tocado mis heridas,
Me verás con tus ojos soñadores
Y me darás tus manos bendecidas.
Eres el agua que la sed apaga,
Eres sombra, eres bien, eres dulzura,
Y para el corazón que es una llaga,
Un óleo milagroso de ternura.
Mi amor fundir espera tus enojos,
Y ya mi amor ha visto á la esperanza
En el azul abismos de tus ojos
Relucir como el signo de la alianza.
Y quiere tu bondad mi sufrimiento,
Y ante tu solio mi pasión se inclina:
Oye mi voz, alivia mi tormento,
TURRIS EBURNEA, STELLA MAUTINA.

EFREN REBOLLEDO.

LOS ALACRANES.

De "Canciones Surianas."

Es la siesta de oro. Ya el Sur mansamente
dormitando yace;
la afanosa araña su nipona seda
teje infatigable;
llueve sobre toda la Tierra Caliente
lumbre tremulante,
y fingen crisoles hirvientes los ríos,
y su guitarrico la cigarra tañe.
Míralos! del fondo negro del terruño
que cubren las greñas de los yerbazales,
de entre los rastrojos del jacal indiano
y de entre las crústulas de los viejos árboles
buscando los rayos del Sol, ya saliendo
van los alacranes!

***

Míralos! ansiosos tijereteando
van entre la yerba, sedientos de sangre;
todos los insectos que á su paso encuentran
—vampiros aleves—los tornan cadáveres.

***

Oh los traicioneros, oh los malechores,
oh los criminales!
Doré á los dragones que grabó en las páginas
del libro de Dante,
no les dió el aspecto que teneis vosotros,
viles alacranes!
Qué loco poeta, qué astrónomo iluso
en sus ideales,
entre las miriadas de rubias estrellas
pudo distinguiros bellos y radiantes?
Porqué formais parte de los misteriosos
signos zodiacales?

***

Cómo tiemblas niña; tal parece al verte,
pálida y cobarde,
que en el seno llevas un grueso puñado
de esos alacranes!
Oh criolla, mi criolla de ojos negros, como
dos lagos que asombran lúgubres frondajes;
la que tiene fina vellazón dorada
en su tez suave;
la que ostenta labios frescos y purpúreos
que destilan néctar de anona fragante
labios como ubérrimas tunas del Otoño
cuya carne pican pájaros voraces!
Dame tu boquita en flor, esa boca
que al sentir el polen de mi beso amante,
con supremo espasmo se estremezca.... dámela....
Y cuando en la hamaca tranquila descanses,
yo—mísero esclavo—con un abanico
de palmas reales,
haré que la nube de moscos se ahuyente
y seré el verdugo de los alacranes!

***

Entretanto, míralos: con sus ocho patas
de ganchos puntales,
la panza escamosa con su par de peines
de diáfanos ámbares,
el dorso enarcado y hecho con sortijas
pequeñas y gráciles,
vívidos los ojos múltiples; erecta
la cola y vibrante,
y abriendo y cerrando las férreas tenazas
inquisitoriales,
por entre la yerba, rápidos huyendo
van los alacranes!

JUAN B. DELGADO.

México.

IN MEMORIAM.

Dijo la Muerte: venceré! y traidora
Rauda saeta disparó al amante
Que al punto en tierra da y, agonizante,
En vano auxilio de la Vida implora.

Amor conduce á la que triste adora,
Y pálida al mirarlo, vacilante
Se arroja al lecho y clama delirante
Le oprime y besa y sin consuelo llora.

De pronto calla....se extremece, fría
Mira en sus brazos la materia inerte
Y el alma en brazos de la Parca impía....

Y entonces ¡loca! sin temer su suerte,
Hiérese el albo seno y á la umbría
Región se lanza y triunfa de la muerte.

FERNANGRANA.

Nosotros tenemos *idea de lo perfecto*, y esa idea no puede venirnos ni de nosotros ni de la naturaleza. Tiene, pues, que provenir de un ser perfecto en sí mismo, cuyo reflejo en el hombre se llama *belleza*.

ZORRILLA DE SAN MARTIN.

COSAS DE PACHECO

A JUAN SANCHEZ AZCONA.

Pacheco fungirá esa tarde en el entierro de una doncella de veinte años.

No es el mozo de cordel, rudo y vulgar, de la muerte, sino un empleado que tiene cariño á sus ocupaciones; un empleado que viste de negro pero posee una imaginación de poeta nato; una imaginación tropical, generosa, inagotable, encerrada en un cuerpecillo menesteroso y raras veces externada en su faz asimétrica.

Y dicen los médicos que esa asimetría facial, sumada con los antecedentes hereditarios, las anomalías pupilares, la torpeza de la palabra y otros signos pudieron ser el procenio de una gran tribulación. Tarde ó temprano, el pobre Pacheco ceñirá la corona de flamas, espinas, víboras y flores de la locura y traicionera lo ceñirá con abrazo de piedra, con abrazo hercúleo la parálisis general progresiva. No se lo han dicho ni él se lo sospecha.

Y ama la vida el tal mozo de la Agencia de Inhumaciones; la ama como si fuera una bendición; la ama aunque á diario y de cerca contemple los aspectos multiformes de la muerte.

La muerte á quien juzga fenómeno tan familiar como el cambio de clima ó la germinación del trigo.

Metidas las manos en los bolsillos de su pantalón necrológico, caída sobre los ojos la visera de su gorrilla rotulada, camina de prisa aunque claudicando y sonríe y habla solo: sonríe de sus imaginaciones, habla de sus fantasías. Al mirarlo encender su cigarro y expulsar valientemente la bocanada de humo entrecerrando el ojo derecho, se diría que va de parranda ó se dirige á una eutropalia plácida; y nó, camina rumbo al entierro, á tres calles, donde se detienen coches y de los coches descienden los de la comitiva.

¡Cuántas personas le han sido presentadas y no las reconoce; porque es mal fisonomista para los vivos, pero en cambio, cuán fiel es su recuerdo para conocer las caras de los muertos que *ha tratado!*

Su memoria no es una galería, es una fosa enorme, un larguísimo panteón donde yacen sus conocidos de última hora: amarillos, rígidos, los ojos bajos, la nariz afilada, labios azules, mandíbulas ceñidas por lívidos pañuelos.

Estima á los hombres por los honores póstumos que se merecen; alguien se le antoja célebre, talentoso, meritísimo, y allá en las mientes avalúa su entierro: carroza número uno, ocho caballos, cuatro palafreneros, diez carros con cortinas y visillos, etcétera; alguien se le antoja insignificante y lo encierra con la imaginación, primero en una caja desvencijada, espolvoreada de marmaja, y después en la gaveta municipal de los menesterosos.

Si en este país se estimara á los artistas; si pudiera escribir en un periódico, charlar con un cronista, extrañaría sus proyectos geniales, sus ensueños simbólicos, su poesía funeraria, produciendo una revolución en la estética convencional hoy reinante en lo que atañe á sepelios.

Entonces los Presidentes, los Obispos, los Cresos, los masones, serían inhumados según el programa original y concerniente formado *ad hoc*. En todo se adelanta y sobre todo se legisla, pero *aquí* ni quien sospeche que ya es anacrónico tender á los muertos en una cama sin colchón, sobre una sábana y con los cuatro cirios de rigor. ¿Pues qué, no podría amenizarse la decoración? ¿pues qué, no pueden inventarse lechos en los que figuraran el libro del hombre de ciencia, el tablado del escultor, el piano del *virtuoso* los tambores del soldado?

¿Por qué no sacudir el yugo de la rutina? ¿por qué acostar venga ó no venga al caso á quién finó? Un perito hábil en actitudes de cadáveres, podría dar á estos posturas académicas, poéticas, significativas; ¡cuán bello un orador cubriéndose el rostro con el manto tribunicio! ¡qué hermoso el sabio sentado frente á un bufete con la cabeza entre las manos, pensativo! ¡qué noble el pastor de almas arrodillado, humillada la testa como en profundo acto de adoración! ¡qué consolador el niño de bruces sobre sus juguetes más amados!

Y las que mueren jóvenes, las vírgenes......

Aquí Pacheco se siente invadido por una profundísima tristeza ¡vírgenes! Virgen es Marta, la pobrecita bien amada, ese vaso de resignación, esa infeliz criatura antes tan bella, hoy tan demacrada y patética, hundida en un viejo sillón, atada por el reumatismo, mirando desfilar eternos y á paso de entierro, los días, las semanas, los años!

Pobre niña! Para ella qué góndolas de seda, qué hamacas de enredaderas, qué nubes sostenidas por ángeles, qué atahudes de cristal, qué canastillas de flores frescas, multicoloras, libadas por colibríes y mariposas serían dignas de sustentarla?

Pero su enfermita, de miembros angulosos y torcidos por el dolor, como patas de araña; para esa, no tendrá tal vez ni el vulgar cojín aforrado de seda, con vidrio en la tapa, ni la corona trivial y rutinera que á diario se echa á cuestas como una carga cualquiera.

Es tal recuerdo lo único que le preocupa al desempeñar animoso casi alegremente las funciones de su empleo.

Los carritos blancos; las difuntas vestidas de novia; las niñas rodeadas de flores y cubierto el rostro inocente por un velo diáfano de primera comunión, pudoroso aún sobre la helada castidad del postrer sueño; todo eso le hace mover la cabeza y le sacude el corazón que se repele angustiado, huyendo del presagio. ¡Si habrá muerto cuando lo está pensando; ella que está en perpetua agonía!

Y en tales momentos sí que asumen aspecto solemne y elegiaco, tantas escenas que le son familiares y cuotidianas: el carro rodeado de chicuelos y curiosos; los balcones atestados de vecinos en mangas de camisa, ó con bata; el patio y sus corrillos de enlutados; la servidumbre llorando por contagio; un hombre traído de aquí para allá; de brazos en brazos, como un fardo; un hombre á quien palmotean en las espaldas y le dan el pésame al oído; en el comedor ya con el sombrero puesto y de pié inconsolables parientes tomando una copa de coñac ó encendiendo un puro con mano temblorosa; órdenes y carreras en la alcoba por cuyas alfombras, cual autómata desarticulado rueda una dama presa de convulsiones crónicas; en la cocina un niño llorando en el regazo de la vieja criada; y en el cuarto del baño olor á éter y á tisana de naranjo y semidesnuda una histérica de seno aún infantil, cubierto por un sinapismo lanzando trágicas é incontenibles risotadas.

Entonces sí, que se le humedecen á Pacheco los ojos. ¡Veinte años tenía apenas la muerta y murió del corazón! Y veinte va á cumplir al día siguiente su pobrecita Marta y del corazón está enferma! Ya le lleva adelantado á la muerte la inmovilidad de un cuarpecito mártir.

Pero en marcha ya va la fúnebre caravana bajando las escaleras.

Pacheco se queda atrás y en la cámara mortuoria ¡cuán grande y qué vacía y en cuál desorden!

Hermosa corona de blancas flores, la que le toca llevar, la ciñe un ancho listón de moaré.

Mira Pacheco á diestra y siniestra, está solo, nadie le espía, sin testigos y desata el listón de prisa y se lo esconde en la camisa y después en el bolsillo, cariñosamente envuelta se guarda una gardenia, la más grande, la más pura, la más fresca.

Y dice tristemente:

La flor para mañana que es su santo y el listón... y el listón.... para cuando le toque, para muy pronto, pobrecita.

Y se incorpora á la comitiva; en su faz la tristeza que exige el decoro profesional.

A. del Campo.
Micros

MATINAL

El Oriente es un mar. Onda parece
el celaje que flota sobre el monte,
y en su límite azul, el horizonte
en tintes de violeta languidece.

Poco á poco Lucífer palidece,
y en su carro guiado por Faetonte,
como una joya de imperial arconte
la mirada de Aurora resplandece.

Con matinal y fervoroso acento
tañe muy lentamente la campana,
infundiendo en mi ser recogimiento;

y en ese instante de ilusión temprana,
vuela á tí mi amoroso pensamiento
con la primera luz de la mañana.

SALVADOR GUTIERREZ NAJERA.

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 11.

Los parisienses estaban ávidos de noticias respecto á las recientes operaciones militares, porque no habían leído en los periódicos de la mañana, más que despachos enigmáticos y boletines erizados exprofeso, de términos estratégicos, poco comprensibles para los profanos, como todos los publicados durante este horroroso sitio. Pero todos casi todos conservaban intactas sus esperanzas patrióticas, ó para hablar más sinceramente, su ciego optimismo; y estaban seguros, contra toda razón, de la victoria definitiva. Atravesaron el camino en pequeños grupos y aproximáronse á los pantalones encarnados para hablar un poco.

—Y bien, ¿qué ha pasado el 30 hacia el lado de Chapigny? ¿Es cierto que somos dueños de la ribera del Marne? ¿Sabéis, hijos míos, lo que se dice en París? Pues que Trochu va á abrirse paso á paso por entre las líneas prusianas, para unirse con los ejércitos auxiliares; en una palabra, que estamos á punto de dar los últimos golpes...

Y ante aquellos espectros de soldados rendidos y hambrientos, los honrados guardias nacionales bien abrigados para el invierno, comenzaron á proferir las palabras crudas, las frases rimbombantes con las que se enjugaban desde hacía meses: «romper el círculo de hierro,» «ni una pulgada, ni una piedra,» «guerra á todo trance» «salida torrencial,» etc., etc. Pero los más fogosos preopinantes se desalentaron pronto al observar que los soldados de línea se encogían brutalmente de hombros, mirándolos con los malos ojos con que el perro huraño mira al que le molesta.

Sin embargo, un soberbio sargento mayor de la guardia nacional, con equipo nuevo y barba rubia, esposo de una modista de fama que todos los días en la cervecería después de apurar el sexto bock explicaba, valiéndose de fósforos, un plan infalible para hacer levantar el sitio de París y reducir á polvo los ejercitos alemanes, cometió la torpeza de insistir.

—¡Veamos, valiente!—dijo dirigiéndose á un picaresco cabo que se preparaba á tomar el rancho, en el mismo tono con que hubiera preguntado á un táctico veterano, á un estratégico como Turena ó Davout.—¡Veamos! ¿Estuvo usted en la tremolina de anteayer? Díganos su opinión. Las posiciones ocupadas por Daucot ¿son tan fuertes como se asegura?....¿Será hoy el día de victoria?

El cabo se volvió bruscamente, mostrando una cara cetrina y unos ojos azules llenos de cólera y de amenaza, y dijo con voz sorda:

—¡Vayan ustedes mismos á verlo!

Entristecidos y desalentados por la desmoralización de la tropa, se retiraron los guardias nacionales.

—He aquí el ejército que nos ha dejado el imperio,—dijo el marido de la modista, que era un imbécil.

Viniendo por el camino, procedentes de París, llegaba un batallón de móviles, encaminándose en desorden al lugar en donde empezaban á oírse las descargas de artillería. Eran pobres hijos de los departamentos del Oeste, todos jóvenes, que llevaban sobre los kepis los armiños de Bretaña, y cuyo buenos colores no habían apagado todavía los sufrimientos y privaciones del sitio. Menos deteriorados que los infelices soldados de línea, no teniendo demasiado frío bajo sus pieles de carnero, respetaban aún á sus oficiales, á los que conocían personalmente, llamándoles «nuestros señores.»

Estaban confortados, en caso de desgracia, por la absolución que les había dado anticipadamente uno de sus rectores, que marchaba en las filas de la primera compañía, con la sotana remangada y calado hasta los ojos el sombrero romano. Aquellos muchachos de la landa entraban en fuego algo á la desbandada, como sus antepasados del tiempo de M. de la Rochejaquelein y de Stofflet, mas con paso firme y bien colocado sobre el

hombro el chassepot. ¡Por Santa Ana, que tenían cara de buenos soldados!

Cuando pasaron por delante de los guardias nacionales, el rubio modisto agitó furiosamente su kepis en el aire, gritando con toda la fuerza de sus pulmones de buen mozo:

«¡Viva la República!»

Pero otra vez el entusiasmo de aquél fátuo cayó en el vacío.

Los bretones arrostraban el peligro, algo por temperamento y mucho por espíritu de deber y disciplina, y desde un principio, aquellos sencillos corazones llegaron á la suprema sabiduría, que consiste en amar á su país y dejarse matar por él cuando es necesario, sin preocuparse de las varias mixtificaciones llamadas gobiernos. Cuatro ó cinco mocetones, todo lo más, admirados del grito con que se les saludaba, volvieron hacia los guardias nacionales sus plácidas caras de campesinos......y pasó el batallón.

El marido de la modista, que era un vago adorado de su mujer y que gastaba en el café todo el dinero que ella le daba, seduciendo de vez en cuando á alguna aprendiza, se escandalizó sobre manera.

Entretanto, Amadeo Violette se paseaba meditabundo delante de los pabellones.

Su ardor guerrero de los primeros días había decaído mucho. Desde el principio de este horrible sitio había visto demasiado y oído decir tonterías sin cuento y de sobra asistido á uno de los más tristes espectáculos que pueda dar un pueblo: la vanidad en la desgracia. Estaba hastiado de ver á sus compatriotas, los queridos parisienses, redoblar sus fanfarronadas á cada desastre, y tomar su frivolidad por heroísmo.

Admiraba la resignación de las pobres mujeres que hacían cola, con los piés metidos en el barro, á la puerta de las carnicerías en donde se expendía carne de caballo; pero le afectaban cada día más dolorosamente las baladronadas de sus compañeros de parapeto, que se creían sublimes haciendo el fantasmón. Las pesquisas oficiales y la charla de los periódicos inspirábanle inmenso disgusto, porque jamás habían mentido tan descaradamente ni adulado al pueblo con tan innoble bajeza.

Sin ninguna esperanza en el corazón, con la certeza del desastre final, Amadeo se procuraba un poco de sueño vagando por las obscuras calles de París de entonces, apenas alumbradas por algún quinqué de petróleo, bajo el opaco y negro cielo de las noches de invierno, oyendo los ecos de los cañones que retumbaban semejantes á aullidos lejanos de perros monstruosos.

¡Qué soledad! El poeta no tenía ni un solo amigo á quien confiar sus tristezas patrióticas.

Pablo Sillery servía en el Ejército de Loire. Alberto Papillón, que había demostrado ardiente entusiasmo en el 4 de Septiembre, habíase hecho nombrar prefecto de un departamento de los Pirineos, y dando un repaso á sus autores, el antiguo laureado del concurso general gastaba allá abajo, lejos de los golpes, mucha saliva y prosopopeya, expectorando desde lo alto de todos los balcones arengas en las que frecuentemente salían á relucir los trescientos militares de la antigüedad y cierto desfile por las montañas de Grecia, no del todo desconocidos.

En los teatros en donde se daban beneficios á favor de las ambulancias, ó para contribuir á la fundición de un cañón, Amadeo iba alguna vez á ver á Jocquelet, que revestido de la cazadora guerrera y con botas de montar hasta el vientre, declamaba con éxito enorme poesías de actualidad, en las que el entusiasmo y los buenos sentimientos suplían al arte y al sentido común. Más ¿qué decir del farsante triunfal que se creía un Tirteo, y que así que le llamaban dos veces á escena estaba convencido de que acababa de salvar á la Patria y de que á Bismarck y al viejo Guillermo no les quedaba más remedio que largarse?

En cuanto á Mauricio Roger, éste desde el principio de la campaña había enviado á la provincia á su madre, á su mujer y á su hijo, y llevando el doble galón de oro de teniente sobre su uniforme de móvil, se hallaba en los puestos avanzados, al lado del antiguo amigo de su padre, el coronel Lantz.

Porque á causa de la escasez de oficiales, habíase arrancado al coronel, del negociado de ingenieros del ministerio de la guerra, haciéndole renunciar á sus reglas y sus compases. ¡Pobre hombre! Sus recuerdos de actividad se remontaban á Crimea y al Cerro Verde. Desde entonces no había visto relucir al sol la sierra de un zapador; y he aquí que pedían á este veterano que volviese á la trinchera á secar los partes de ordenanza con pólvora y tierra removida por las bombas, del mismo modo que Junot lo hizo en Tolón en la Batería de los «Hombres sin miedo.»

Pues bien; no había rehusado el viejo Lantz. Después de haber besado en la frente á sus tres hijas sin dote, sacó de un cajón su uiforme medio apolillado, sacudió cuidadosamente el alcanfor y granos de pimienta, y se marchó á pasito de burócrata á dirigir los trabajos de las trincheras lo más lejos posible de las fortificaciones, muy cerca de los prusianos. ¡Ea! Los ingenieros auxiliares, los señores de gorra á la americana, no tuvieron mucho tiempo para burlarse de la casaca de Africa de corte raro: y del alto kepís á la Bugeaud del antiguo coronel: una bomba alemana estalló un día en medio de este estado mayor improvisado; todo el mundo se echó boca abajo, excepto el Coronel Lantz, que después de la explosión se aseguró los anteojos en la nariz y limpiose la chamuscada barba con tanta sangre fría como si lavara sus pinceles de tinta china. ¡Caramba! Se trata de daros ejemplo señores de la gorrita americana, de sostener el honor de las armas especiales, de enseñaros á respetar el peto de tercipelo negro y la doble tira roja del pantalón. A pesar de su distracción y sordera, el coronel había oído murmurar á su lado las palabras de «abuelo Lantz, viejo estantigua.» Pues bien, señores oficiales de cartón, ahora ya sabeis lo que algo bueno tenía el antiguo ejército.

Mauricio Roger, destacado de su batallón y á las órdenes del coronel Lantz, cumplía su deber como verdadero hijo de soldado, siguiendo á su jefe á los puestos más peligrosos, sin bajar tampoco la cabeza ni encojer los hombres al silbido de los obuses. Corría por sus venas sangre militar, y aquel voluptuoso no temía á la muerte. Pero la vida al aire libre, la ausencia de su mujer, el estado de excitación producido por la guerra, y la necesidad de goce que sienten casi todos los que arriesgan la vida, habían excitado bruscamente su temperamento de libertino. Cuando su servicio le permitía volver á París y pasar allí veinticuatro horas, se aprovechaba para comer bien y beber champagne en casa de Brebant ó Voisin, en compañía de alguna hermosa muchacha, saboreando los platos de lujo de aquella época, como albaricoques, queso de Grulliere ó la rarísima pierna de un carnero criado ocultamente por una criada en un quinto piso.

Una noche que Amadeo Violette se había retardado en los boulevares, vió á Mauricio que salía de un restaurant nocturno, vestido de uniforme y dando el brazo á una linda actriz de Variedades, de la que se hacían lenguas las coristas del teatro por su celo en servir en la ambulancia; pero que á juzgar por las apariencias, no debía pasar muchas noches á la cabecera de los heridos. Este encuentro proporcionó al poeta un nuevo disgusto. Por tal esposo, María refugiada en un rincón de provincia, de seguro hallaríase devorada por terribles sobresaltos en aquel momento; y era por causa de aquel incorregible vividor; por quien había desdeñado á su amigo de infancia, despreciando el más tierno, delicado y fiel amor.

Con objeto de matar el tiempo y huir de la soledad, Amadeo había vuelto al café de Sevilla, en donde sólo halló un pequeño grupo de sus antiguos conocidos. Los melenudos al presente, obedeciendo á la ordenanza, habíanse rapado, y la mayor parte de los poetas llevaban kepis y cartuchera. Pero algunos de los barbudos políticos no renunciaban á sus antiguas costumbres; no obstante, la guerra y la caída del imperio fueron un triunfo para ellos, y el 4 de Septiembre los distribuyó en todas las carreras. Veinte barbudos, por lo menos, fueron nombrados prefectos, y todos ó casi todos ocupaban puestos oficiales. Había uno en el gobierno de la defensa nacional y tres ó cuatro elegidos entre los más feroces, en la comisión de barricadas, pues por inverosímil que el hecho parezca hoy día, esta comisión ha existído y funcionado. Comisión en regla, con oficina constituida, grandes tinteros de loza, papel para letra especial, actas votadas y aprobadas al comienzo de cada sesión, y en derredor de su tapete verde los profesores de asonadas, los doctores en insurrección del café de Sevilla, ponían generosamente al servicio del país la experiencia práctica que habían adquirido ejercitándose en el juego del dominó.

Pero los barbudos que permanecían en París y ocupaban empleos más ó menos considerables en el Estado, no eran infatigables á pesar de su celo y las oficinas en que trabajaban por la salud de Francia se cerraban generalmente á las cuatro, y entonces aquellos hombres disfrutaban de un descanso bien ganado é iban como antes al café de Sevilla á tomar aperitivos. Allí los encontró Amadeo, se mezcló en sus conversaciones, que versaban exclusivamente cobre temas patrióticos y militares.

Estos barbudos, de los que ninguno hubiera sido capaz de mandar «¡flanco derecho!» á un pelotón de infantería, acababan todos de recibir, sin duda, por obra del Espíritu Santo, el genio de la estrategia. Todas las tardes de cinco á siete se libraba en cada mesa de mármol una batalla decisiva. Sostenido por la artillería de la garrafa helada, que representaba el Monte Valeriano, un vermout de Turín simulaba atacar á un platillo que figuraba ser las baterías de Montretout, mientras que el ejército y la guardia nacional, simbolizados por un bitter y un ajenjo, salían en masa por el lado del Sud y marchaban derechos al corazón del enemigo, á Versalles; es decir, á una caja de fósforos.

Entre los barbudos había también hombres de proyectos, inventores terribles que tenían un medio infalible de destruir de golpe los ejércitos prusianos y que acusaban de traidor al general Trochu, culpable de haber rechazado sus ofertas, invocando las góticas preocupaciones del derecho de gentes. Uno de estos visionarios, en otro tiempo médico en casa de una sonámbula, sacaba del bolsillo, á la vez que la petaca y el papel de fumar, una serie de frascritos con etiquetas de «cólera, peste, tifus, fiebre amarilla, vómito negro,» etc., y proponía como cosa muy sencilla el ir á derramar estas epidemias en todos los campos alemanes, con ayuda de un globo dirigible que había ideado precisamente la noche antes al meterse en la cama.

Cansado pronto de todos aquellos habladores y locos, Amadeo no volvió al café de Sevilla. Vivió solo, engolfándose cada vez más en su desaliento y nunca quizá le sintió mayor que en aquella mañana del 2 de Diciembre, última batalla de la jornada de Chapigny, mientras se paseaba tristemente entre los pabellones de su batallón.

Aquel cielo bajo en que se agrupaban fúnebres nubes cargadas de nieve, el ruido cercano de los cañonazos, el paisaje fangoso, las casuchas arruinadas, los soldados vencidos tiritando bajo sus harapos; todo esto sumía al poeta en las más profundas meditaciones.

De modo que el género humano, viejo de tantos centenares, de tantos miles de siglos tal vez, ¡se encontraba todavía en este estado, en el odio, la guerra absurda, la muerte fratricida! ¡Progreso! ¡Nunca el reposo; jamás una tregua duradera de paz, de fraternidad, de amor! Siempre reapareciendo la brutalidad primitiva, el derecho del más fuerte teniendo en sus garras de bestia feroz al blanco cadáver de la justicia! ¿Para qué habían servido tantas religiones, filosofías, nobles aspiraciones y grandes esfuerzos del pensamiento hacia el bien, hacia el ideal? ¡Era pues, verdad la horrible doctrina de los pesimistas! ¡Parecidos á los animales, estamos condenados eternamente á matarnos unos á otros para vivir! Si fuera así, debería renunciarse á la existencia, vomitar el alma!

Entretanto redoblaba el cañoneo y á su trágico estruendo se mezclaba la seca granizada de la fusilería.

Al lado de un ribazo cuyos árboles no permitían ver á lo lejos, hacia el Sudeste subía continuamento al cielo gris una humareda blanca muy espesa, esparcida por todo el horizonte.

Todo estaba demostrando que el combate acababa de renovarse allá abajo y debía ser terrible, porque en seguida los carruajes de ambulancia (camiones y ómnibus embargados) empezaron á desfilar llenos de heridos, cuyas quejas plañideras oíanse al paso. Habían colocado á los menos graves en los ómnibus que iban despacio; pero el mal tiempo llenaba de baches el camino, y daba lástima ver el traqueteo de las cabezas de aquellos infelices, dolorosamente sacudidas.

Además, todavía era más lúgubre ver el perfil de los moribundos, tendidos sobre colchones ensangrentados, en las largas y estrechas carreras de bagajes militares.

El horroroso convoy de carne sacrificada se

dirigía lentamente hacia la ciudad, hacia los hospitales; pero los carruajes se detuvieron á cien pasos de la posición ocupada por los guardias nacionales, delante de una casa en donde habíase establecido una ambulancia provisional y en donde dejaban á los heridos menos transportables. El atractivo funesto, pero tan poderoso, que ejercen en el hombre los espectáculos horribles llevó allí á Amadeo Violette. Esta casa respetada del bombardeo y protegida contra el pillaje é incendio por la bandera de Ginebra, ofrecía el tipo de casita de recreo con que sueña todo tendero que ha hecho fortuna. Nada faltaba en ella; ni los leones de loza de la gradería, ni el jardincito con bolas de vidrio, ni el pilón rodeado de rocas artificiales para los peces encarnados. En los calurosos días del pasado estío, las miradas de los pasajeros debieron sorprender en aquella vivienda á un grupo de hombres en mangas de camisa y de mujeres con vestidos claros, comiendo un melón en familia. La imaginación del poeta, que conocía los alrededores de París, recordaba quizá aquel cuadro, cuando de repente se asomó á una ventana abierta en el primer piso un joven practicante, limpiándose las manos con su delantal manchado de rojo, y dirigiéndose á un enfermero militar, en quien Amadeo no había reparado, que tendía ropa blanca en una cuerda del jardín, exclamó:

—¡Vamos, con mil demonios! Vidal. ¡Esas vendas! ¿Las traerás hoy ó el día del juicio?

—Haga usted el favor de apartarse,—dijo al propio tiempo una voz suave cerca del poeta, que se separó para dejar paso á dos camillas, conducidos por cuatro hermanos de la Doctrina Cristiana.

Amadeo hizo un gesto y dió un grito de espanto y de sorpresa; pues en los dos heridos, privados de sentido y que llevaban en las camillas, reconoció á Mauricio Roger y al coronel Lantz.

¡Heridos, sí, heridos mortalmente no hacía una hora!

La cosa iba mal para nuestros soldados allá en la orilla del Marne. Habíase cometido la torpeza de conceder todo un día de descanso dando al enemigo tiempo de concentrar sus fuerzas. Cuando se quiso atacar de nuevo, nuestras tropas se estrellaron contra masas compactas y formidable artillería. ¡Dos generales muertos! ¡Tantos valientes fuera de combate! Por eso una vez más se batían en retirada, perdiendo terreno.

Bajando la cabeza y encogiendo los hombros, inclinado sobre la silla, más por desaliento que por cansancio, uno de los generales con los gemelos en la mano observaba desde lejos nuestras líneas que se replegaban.

—Si al menos pudiéramos fortificarnos allí y establecer un reducto.... en una noche y con un centenar de hombres podría hacerse todo. Esa posición es buena, y me parece que está fuera de tiro de los enemigos.

—Podemos intentarlo, mi general—respondió una voz tranquila.

Era el coronel Lantz, el *viejo antatigua*, que estaba allí de pié, acompañado de Mauricio y de tres ó cuatro ingenieros auxiliares; y ¡á fe mía! á pesar de los cinco galones de su kepis que parecía datar de la «Smala» de Horacio Vernet, el pobre hombre, con los anteojos en la nariz, su largo gabán y su carrillera color de pimienta ,no tenía más prestigio que un guarda paseos, uno de esos veteranos que amenazan con el bastón á los chiquillos para impedirles que anden sobre el césped.

—Cuando digo que la artillería de los alemanes no alcanza hasta allá,—murmuró el jefe,—no estoy bien seguro .. En fin, tiene usted razón, coronel. Conviene enterarse.... Envíe usted, pues, á dos de esos señores.

—Con permiso de usted, mi general,—dijo el coronel Lantz.—iré yo mismo.

Y Mauricio Roger, en un arranque de elegante bravura, añadió en seguida:

—Pero no sin mí, ¿verdad, mi coronel?

—Como ustedes gusten,—dijo el general, que miraba con los gemelos hacia otro punto del campo de batalla.

Seguido por el hijo único de un compañero de armas de Africa y Crimea, el lavador de acuarelas marchó al fuego tan tranquilamente como cuando iba al ministerio con el paraguas debajo del brazo. Mas en el momento en que los dos oficiales llegaban á la meseta, un proyectil disparado por las baterías prusianas cayó sobre un arcón, haciéndole explotar con terrible estrépito.

El suelo se cubrió de cadáveres y de heridos, y el coronel Lantz vió cazadores que huían y artilleros enganchando sus piezas precipitadamente.

—¡Cómo! —exclamó, irguiéndose cuán alto era.—¡Abandonan la posición!

El rostro del coronel se transfiguró.

Abriendo su viejo gabán, que dejó ver su peto de terciopelo negro, en el que brillaba la cruz de comendador, tiró de la espada, se enderezó el kepis, y con los cabellos grises flotando al viento y los brazos abiertos se puso delante de los fugitivos.

—¡Alto!—mandó con voz tonante.—¡Media vuelta, desgraciados, media vuelta!....Ocupáis un puesto de honor....¡A las filas, hijos míos!..Artilleros, á las piezas! ...¡Viva Francia!

Entonces una nueva bomba estalló á los piés del coronel y de Mauricio, y cayeron los dos....

Amadeo, tambaleándose de emoción y con el corazón henchido de dolor y espanto, entró en la ambulancia detrás de las dos camillas.

—Colocadlas en el comedor,—dijo un enfermero á los conductores.—Allí no hay nadie todavía. El doctor no tardará en venir.

Y en seguida, el joven del delantal ensangrentado, después de echar una mirada á los dos heridos, hizo un gesto de compasión, y se encogió de hombros, diciendo entre dientes:

«Todo es inútil, no vivirán mucho tiempo.»

En efecto, el coronel ya agonizaba.

Habíanle tapado con una manta de lana gris sobre la que se conocía la hemorragia por manchas húmedas que se extendían penetrando por la tela. Sin embargo, pareció que el herido volvía en sí; medio abrió los ajos y sus labios se estremecieron.

El médico, que estaba en el portal, acudió al lado de la camilla del antiguo oficial, y se inclinó hacia él.

—¿Tiene usted algo que decirme—le preguntó.

El coronel sin mover la cabeza, miró tristemente al cirujano, ¡oh, muy tristemente! y con voz apenas perceptible, voz de fantasma, murmuró:

—Tres hijas casaderas...... Tres...... sin dote......tres......tres......

Luego exhaló un profundo suspiro. Sus azules pupilas se obscurecieron, alzáronse un poco hacia el párpado superior y tornáronse fijas y vidriosas. El coronel Lantz estaba muerto.

¡No desesperes, vieja Francia militar!

Tendrás siempre bajo tus banderas soldados de corazón sencillo, resignados de antemano al sacrificio, prontos á servirte por un pedazo de pan y á morir por ti, legándote confiadamente sus viudas y sus huérfanos! ¡No desesperes, vieja

Francia, la de la guerra de los Cien años y del Noventa y dos!

Los hermanos que llevaban en la manga la cinta blanca con la cruz roja, arrodilláronse cerca del cadáver y rezaron en voz baja. Entonces el ayudante mayor reparó en Amadeo Violette, inmóvil en un rincón de la pieza.

—¿Qué hace usted aquí?—le preguntó bruscamente.

—Soy amigo de este pobre oficial—respondió el poeta señalando á Mauricio, que estaba privado de sentido.

—Bien; pues continúe usted á su lado......Si pide de beber, ahí tiene usted tisana sobre la estufa. Ustedes, señores,—repuso el cirujano, dirigiéndose á los hermanos que se levantaban persignándose,—¿supongo que volverán allá abajo?

Los preguntados inclinaron la frente silenciosamente. El de más edad cerró los ojos al muerto, y el ayudante mayor salió con ellos, diciendo en tono de mal humor:

«Procuren ustedes no traérmelos tan *in extremis.*»

Porque Mauricio Roger se moría también. Debajo de su chaqueta desabrochada se veía la camisa completamente ensangrentada y un hilo de sangre que brotaba de la frente corría por su rubio bigote; pero aún estaba hermoso, no obstante su marmórea palidez. Amadeo cogió con cuidado uno de los brazos del herido, que colgaba, y le colocó en la camilla, conservando entre las suyas la mano de su amigo. A este contacto, Mauricio se agitó débilmente y acabó por abrir los ojos murmurando.

—¡Ah! ¡Qué sed tengo!

El poeta fué á buscar el bote de tisana y se inclinó sobre el desgraciado para darle de beber. Entonces en la mirada de Mauricio se retrató una expresión de sorpresa: reconoció á Amadeo.

—¡Tú, Amadeo!......¿Donde estoy, pues?

Hizo un vano esfuerzo para incorporarse, volvió un poco la cabeza hacia la derecha, y á dos pasos de él vió el cadáver de su viejo jefe, con los ojos cerrados y el rostro apacible ya, después de los primeros minutos de perfecto reposo.

—¡Mi coronel!—dijo.—Comprendo....Ya me acuerdo....¡Cómo huían!....¡Estúpidos, cobardes......Pero tú, Amadeo......¿cómo estás aquí?

Y viendo las lágrimas que su amigo no podía contener:

—¿No hay remedio, verdad?—murmuró.

—¡No, no!—exclamó calurosamente Amadeo,—van á curarte en seguida.... El doctor va á venir.... ¡Valor, mi buen Mauricio, valor!

Mas de repente el herido sintió un gran escalofrío, apretó los dientes y dijo con espantoso temblor en los labios:

—Tengo sed.... Dame de beber, amigo mío... dame de beber.

Algunos sorbos de tisana le calmaron un poco. Cerró los ojos como para descansar ó recogerse; pero un minuto después volvió á abrirlos, fijólos en el rostro de su amigo y le dijo con voz que se extinguía:

—Sabes.... María, mi mujer.... cásate con ella.... Ella.... mi hijo.... te los confío....

Luego, sin duda agotadas sus fuerzas por la fatiga de haber pronunciado estas palabras, quedó aletargado en la camilla, cuya tela estaba empapada en sangre. Poco después empezó el estertor. Amadeo, arrodillado al lado de Maurcio, con la mano de éste entre las suyas, lloraba; y en los intervalos que mediaban entre los hipos del agonizante, oía siempre, allá abajo, del lado de la batalla, el tronar no interrumpido del cañón que mataba á otros.

XVII

¡Las hojas caen!

Esta hermosa tarde de Octubre tiene una serenidad deliciosa. Ni una nube en el azul intenso del cielo, donde el sol, que ha derramado desde por la mañana pura y armoniosa luz, comienza á declinar magestuosamente, semejante á un buen rey que envejece después de un reinado largo y próspero. ¡Qué aire tan ligero, apacible y fresco! Es seguramente el día más hermoso de este otoño. Allá abajo, en el fondo del valle, el río salpicado de puntos luminosos parece de plata líquida, y los bosques que bordean las orillas semejan de oro desleído y de cobre ardiente. El lejano panorama de París, grandioso y encantador, con todos sus edificios ilustres y la cúpula de los inválidos, brillante como una joyería, limita el horizonte. Del mismo modo que una mujer tierna y coqueta que quiere que no se la olvide dedica á su amigo, en el momento de la partida, su más embriagadora sonrisa, así la otoñada se adorna en sus últimos días con toda su espléndida suavidad. ¡Pero las hojas caen!

En Meudon, en el jardín de la casa de campo que habita desde hace años Amadeo Violette, que se ha casado poco tiempo después de la guerra con la viuda de Mauricio, y que ya tiene más de treinta años, se pasea solo en el terrado sombrado de tilos medio despojados de sus hojas, admirando el paisaje otoñal.

Amadeo ha conquistado la celebridad: ha trabajado mucho, fundando en obras de verdadero arte su reputación de poeta. Muy envidiado y todavía juzgado frecuentemente con injusticia, pero estimado por su existencia digna que llenan por entero los cuidados del arte, ocupa un puesto distinguido en la república de las letras. Aunque muy modestos, sus propios recursos le bastan para librarse de triviales preocupaciones. Viviendo lejos del mundo, en la estrecha intimidad de los que ama, no conoce las miserias de la ambición ni de la vanidad. Amadeo Violette debe ser dichoso.

Su antiguo camarada Pablo Sillery, que ha venido esta mañana á almorzar en Meudón; Pablo Sillery, condenado al esfuerzo cuotidiano, á la existencia enervante y sin descanso del periodista, ha exhalado un profundo suspiro al instalarse en el vagón que le volvía otra vez á París al trabajo forzado, al artículo que pergeñar para el día siguiente, en medio del estrépito de la oficina de la redacción, al lado del cigarro interrumpido y dejado al borde de la mesa.

¡Ah! Amadeo no es digno de lástima.

Tiene comodidades, hogar, familia; no está obligado á gastarse como moneda suelta ni á derramar su talento como perdigones. Puede detenerse cuando no se siente inspirado; puede pensar antes de escribir y producir obras buenas. No es, pues, sorprendente que en la atmósfera de afectos que le rodea, conciba verdaderas obras artísticas, libros simpáticos llenos de naturalidad. En primer lugar, adora á su mujer, esto salta á la vista, y se ha acostumbrado á considerar como hijo suyo al pequeño Mauricio, á ese tunantuelo de diez años tan elegante y espigado, con sus largos cabellos de infante real. Seguramente que en la señora de Violette se adivinaba un disgusto inolvidable, algo como muerto ó deshecho; ¡pero mira á su marido sin cesar con una expresión tan buena de gratitud! Y ¿hay nada más conmovedor que esa Luisa Gerard, esa excelente solterona alma de la casa, que encuentra medio de que reine en ella el orden gracioso y el bienestar elegante, rodeando al mismo tiempo de cuidados á la mamá Gerard, la abuela paralítica? ¡Ciertamente! Amadeo ha arreglado bien su vida. Ama y es amado. Se ha creado hábitos seguros gratos para su corazón y para su talento. ¡Vamos! Es un dichoso y un sabio.

Mientras Pablo Sillery, hundido en el coche del tren, envidia á su amigo, Amadeo, retenido por el encanto de aquel hermoso día que va á terminar, se pasea lentamente y se entretiene bajo los tilos del terrado.

En torno suyo las hojas caen.

Acaba de levantarse una débil brisa. El azul del cielo palidece un poco. Allá abajo, en el arrabal de París más cercano comienzan á resplandecer las ventanas bañadas por los resplandores oblícuos del sol poniente. Pronto será de noche, y sobre la alfombra de hojas secas que chascan bajo los pasos del poeta, caen otras hojas. Caen poco á poco, lenta pero continuamente. La escarcha de la noche anterior las ha quemado. Las que aún quedan en los árboles, arrugadas y de color mohoso, están medio desprendidas y por muy ligero que sea el viento que sopla, las va dejando caer una á una. Desgajándose de la rama, dando vueltas un instante entre la luz dorada se desprenden al fin produciendo un sonido triste y se reunen á sus hermanas ya marchitas, que tapizan la arena de la avenida. ¡Las hojas caen, las hojas caen!

Amadeo Violette se siente invadido por la melancolía.

Debía ser dichoso. ¿Qué puede reprochar al destino? ¿No tiene por mujer á la que ha amado y deseado siempre? ¿No es para con él la más dulce, la mejor de las compañeras? Sí, pero él sabe demasiado que ha consentido en ser su esposa sólo por obedecer á la orden suprema de Mauricio; sabe demasiado que su corazón está sepultado en la tumba del soldado muerto en Champigny. María esconde en su alma un secreto altar de recuerdos, en el que Amadeo no es ni será nunca admitido y en donde constantemente, como una lámpara de santuario, la memoria del muerto adorado, del hombre á quien ella, virgen amorosa, se había entregado sin reserva, del padre de su hijo único, del héroe que se arrancó de sus brazos para ofrecer su sangre á la patria.

Amadeo puede estar seguro de la gratitud, de la abnegación de su mujer; pero nunca poseerá su amor. Rival póstumo. Mauricio se interpone entre ella y él. ¡Y sin embargo, Mauricio ha amado bien poco y bien mal á la pobre María! Debía ella acordarse de que primeramente la sedujo de un modo poco digno, que pensó en abandonarla, y que, sin Amadeo, no hubiera llegado á ser su mujer. ¡Y si supiera que en París, durante el sitio, cuando ella estaba lejos, era engañada por Mauricio, que olvidando sus sagrados deberes pasaba los mejores ratos al lado de mujerzuelas! Pero no lo sabrá. Amadeo es demasiado delicado para tocar á la memoria del muerto, y además respeta y admira en María esa fidelidad de sentimiento é ilusión. Y sin embargo, esto le hace sufrir. Aquella á quien ha dado su nombre, su corazón y su vida, se muestra en el fondo inconsolable.

Debe, pues, resignarse. Casada por segunda vez, María continúa viuda en lo más recóndido de su alma, y es en vano que se ponga trajes claros: su sonrisa y sus ojos siempre están de luto.

¡Su Mauricio! ¿Cómo podrá olvidarle, cuando revive cerca de ella en su hijo, en este hermoso hijo del amor, que se llama también Mauricio y cuyo expresivo y gracioso semblante ofrece tan notable parecido con el de su padre?

Amadeo tiene el presentimiento de que dentro de algunos años, este niño será otro Mauricio, con los mismos atractivos y los mismos vicios. El poeta no olvida que su amigo expirante le confió el huérfano, y trata de ser bueno y justo para con él, educándole bien. A veces siente amargo enternecimiento al ver reproducidos en el niño las facciones y los instintos del hombre que le fué tan querido y que le hizo tanto mal; mas á pesar de todo, él, cuyo matrimonio estéril, no puede experimentar sentimientos de padre por un hijo ajeno.

¡Y envidian al pobre Amadeo! La poca alegría de que goza está mezclada de disgustos y tristeza, y no puede confiarlos á la excelente Luisa, que, sin embargo, los adivina; á Luisa, en quien ahora sospecha el secreto sentimiento que ahogado valerosamente abriga hacia él; á Luisa, que es el genio benéfico del hogar. ¡Si él la hubiera comprendido en otro tiempo...... Quizá hubiese encontrado en ella la dicha, la verdadera dicha!

¡Las hojas caen, las hojas caen!

Después del almuerzo, fumando cigarrillos y paseando á lo largo de los macizos de dalias, en donde las gruesas y doradas arañas de otoño tejen sus telas, Amadeo Violette y Pablo Sillery hablan del pasado, de los compañeros de juventud. No es por cierto conversación muy alegre; pues desde aquel tiempo han sobrevenido la guerra, la *commune*, el fín del mundo. ¡Cuántos muertos! ¡Cuántos desaparecidos! Además, esta revista retrospectiva enseña que se equivocaban completamente respecto á muchas personalidades, y que en resumidas cuentas sólo impera la casualidad.

«Fulano de tal,» á quien en otro tiempo se consideraba como á gran prosista, como á jefe de escuela, cuyas doctrinas artísticas difundían cinco ó seis jovenzuelos, discípulos fieles, tratando de imitir el corte de su chaleco y hasta su modo de hablar apretando los dientes; «fulano de tal» se halla reducido á escribir en periódicos pornográficos cuentos repujados y cincelados como los obscenos marfiles del Japón. «Zutano,» el fogoso revolucionario, ha pedido un buen empleo, y en cambio, el modesto «mengano,» un comparsa, un fondo de cuadro apenas conocido en los cenáculos, ha publicado sencillamente libros exquisitos, obras maestras.

Todos los melenudos y todos los barbudos, han seguido igualmente caminos inesperados. Pero sobre todo, los políticos son sorprendentes por la variedad de sus destinos. Entre los parroquianos de la hora del ajenjo en el café de Sevilla, se encuentran ocho diputados, tres ministros, dos embajadores, un receptor general y treinta presidiarios que aguardan en Numea la tardía hora de la amnistía. Bien considerado, el más interesante, es ese sectario imbécil, Dubief, el viejo fanático, que sólo bebía agua azucarada; porque él, al menos, se hizo matar en la acera por el fuego de un pelotón de los versalleses.

Uno de los personajes cuyo recuerdo disgusta más á los dos amigos, es el saltimbaqui Arturo Papillón.

El sufragio universal, con su inteligencia de costumbre, no ha podido menos de elegir á ese tonto frasista, que hoy día se mueve como el pez en el agua en medio de la cloaca política. Enriquecido por la pesca de una considerable dote, ha sido sucesivamente diputado, ponente de comisión, secretario, vicepresidente, presidente de grupo, subsecretario de Estado; todo cuanto es posible ser, en una palabra. Al presente truena contra el clericalismo, y su mujer, fea, rica, y piadosa, acaba de meter á su hija en *Les Oiseaux*. Aún no ha gastado cartera; pero no hay cuidado, ya llegará á eso. Es vanidoso, está lleno de confianza en sí propio, no es más honrado de lo que hace falta y se impone. A menos que para entonces no se decida establecer un turno á fín de que todos los diputados sean ministros, ó jugar las carteras al as de oros (lo cual no sería tan tonto) Arturo Papillón es el hombre indicado, necesario, fatal en tres ó cuatro combinaciones.

Entonces ¡pobres de nosotros! Su elocuencia lloverá á chaparrones, y será uno de los microbios más agitados del caldo del cultivo parlamentario.

¿Y Jocquelet?...... ¡Ah! Los dos amigos sólo necesitan pronunciar su nombre para reír á carcajadas; porque el ilustre actor llena en la actualidad al mundo de su gloria y de ridiculez. Desde hace mucho tiempo Jocquelet ha roto la cadena que le sujetaba á los teatros de París. Como la bandera tricolor, ha dado varias veces la vuelta á Europa. Como el pabellón inglés, ha surcado todos los Océanos.

Es el gran cómico de la legua y todas las capitales del mundo esperan pataleando de impaciencia que se digne derramar sobre ellas el bienhechor maná de sus monólogos. En Chicago, en donde han desenganchado la locomotora que le conducía, tuvo intención, en vista de tal homenaje proporcionado á su mérito, de hacerse naturalizar como ciudadano americano. Pero le han propuesto un nuevo viaje artístico por la vieja Europa, y por recuerdo filial (los grandes corazones tienen esas debilidades) ha consentido en venir todavía una vez más entre nosotros. Como siempre, ha recolectado montones de oro y de laureles. Sin embargo, al llegar por mar á Stockolmo, se ha sorprendido penosamente de que la escuadra no le haya saludado con salvas de artillería, como lo hizo poco ha en honor de una célebre cantante. ¡Tenga cuidado la diplomacia! Jocquelet se muestra frío con la corte de Suecia.

Después de marcharse Pablo Sillery, Amadeo da vueltas á la memoria recordando muchas cosas pasadas y evoca otras figuras medio borradas: como por ejemplo, la de la señora de Roger, á quien ha debido tratar menos con motivo de su matrimonio con María, respetando el luto trágico de aquella madre. No obstante, algunas veces lleva á su casa al pequeño Mauricio. La desgraciada señora ha recogido y dotado á las tres hijas del coronel Lantz. Amadeo también suele acordarse del lindo perfil de Rosina Combarieu, su compañera de infancia, á quien encontró una noche en Bullier y á quien no ha vuelto á ver desde entonces. ¿Qué habrá sido de la pobrecilla? Amadeo casi cree que ha muerto.... ¡Ah! ¡Qué tristes son los antiguos recuerdos en otoño, á la caída de las hojas, cuando se pone el sol!

El astro del día se ha puesto ya, hundiéndose en el horizonte y extinguiéndose de súbito. En el paisaje obscurecido, en el vasto cielo de color de perla, se derrama el fúnebre estremecimiento que sucede al adios del día. Los vapores blancos de la ciudad se tornan grises y el río parece un espejo empañado. Hace poco, iluminadas por el último rayo de sol, las hojas muertas semejaban al caer una lluvia de oro; ahora parecen negra nieve.

¿Dónde están tus esperanzas é ilusiones de otro tiempo, Amadeo Violette? Esta tarde en la rápida fuga de los años, sueñas con las margaritas de cementerio que empiezan á florecer en tus sienes. Tienes la prueba hoy día de que el amor recíproco es absolutamente imposible en este mundo. Sabes que la dicha ó lo que así se llama, sólo existe en parte, que no dura más que un minuto, que es frecuentemente mediana y que el día de mañana es amargo: sólo esperas consuelo en tu arte. Abrumado por el monótono fastidio de vivir, pides el olvido á la embriaguez de la poesía y del ensueño. ¡Ay! ¡Ha acabado tu juventud, pobre sentimental! ¡Las hojas caen, caen, caen!

FRANCISCO COPPÉE.

Páginas de la Moda

Fig. 1. Dos trajes de ceremonia.

LECTURA PARA LAS DAMAS

LA EDUCACION

No es la escuela la llamada á encauzar el carácter del niño.

La escuela nutre de conocimientos la inteligencia del niño, por medio del maestro, pero la educación del niño pertenece únicamente á la madre.

Educación quiere decir la lactancia que prepara y forma el corazón del niño para las hermosas y saludables máximas del bien.

La escuela pulimenta el entendimiento, mientras que el hogar modela el corazón.

La instrucción debe estar subordinada á la educación, porque la educación es la que dirige el alma.

Una mujer instruida, pero nada más que instruida, corre riesgo de no servir para madre.

Una mujer educada, aun cuando carezca de ilustración, reune todos los títulos para ser una excelente madre, porque antes fué una excelente hija.

Un hombre erudito, así haya nacido en un palacio, si carece de educación, no será otra cosa que un mueble barnizado.

La instrucción es el barniz de la inteligencia, en tanto que la educación obra sobre el espíritu, corrige las pasiones, suaviza las asperezas del carácter y refrena los ímpetus del corazón.

Si pretendemos que la escuela cumpla la misión que de derecho corresponde á la madre, hagamos hombres que lleven á la escuela una educación de alma exquisita; que exquisita debe ser la educación del corazón del maestro, si ha de formar y preparar á un tiempo la inteligencia y el corazón del niño desde la escuela.

¿Que no hay hombres así?

Pues dejemos á la madre la tarea, la árdua y trascendental tarea de formar el corazón de sus hijos, para que cuando esos hijos se transformen en hombres, busquen para esposas mujeres de las virtudes de sus madres, y esas madres nuevas sigan formando hombres que hagan del hogar el único y formidable baluarte de la educación del niño.

Duración de existencia entre los animales

El oso y el lobo no viven mucho más de veinte años; rara vez se ha visto al lobo, al verdadero lobo, pasar de esta edad. Los leones viven mucho. Se ha visto en el Jardin Zoológico de Londres, á un león que llegó á los sesenta años, á pesar de la curiosidad indiscreta de los visitantes, la carne de calidad secundaria con que se le nutría y el abuso de pan con que lo bombardeaban sus admiradores.

Las liebres y los conejos viven ocho años. Se afirma que los elefantes han alcanzado cuatrocientos años. Cuando Alejandro el Grande venció á Porus, en Porus consagró al sol uno de sus animales que había combatido valerosamente y le dió el nombre de Ajax.

Volvióle la libertad después de haberlo provisto de una marca distintiva. Ahora bien, 350 años después se encontró al animal. ¡Extraño poder de las marcas distintivas.

Los rinocerontes no viven más que 22 años; el faisán y la gallina no pasan de 12; la ballena vive hasta

mil años; los delfines y los peces espadas 30 años. Los cochinos de 8 á 10 años.

Los pericos llegan á una edad muy avanzada. En Florencia se ha visto una de esas aves de más de 110 años y que pertenecía á la misma familia desde hacía tres generaciones.

La cabra nunca pasa de 15 años; los pelícanos viven hasta 100 años. Los bueyes que se escapan á la matanza, llegan hasta 35. El caballo no pasa de 35 años; el burro no llega más lejos. Un perro de 20 á 25 años es sobrado raro. El gato de 15 años es un anciano completo. Las águilas, en cambio, han llegado hasta 130 años.

EL AMOR EN 27 LENGUAS.

En italiano, portugués y español se dice "amo;" en griego, "aghapo;" en rumano, "eu iubsec;" en inglés, "I love,; en ruso, "lioubliou; en holandés, "inmaak;" en alemán; "ich liebe" en bretón, "karan," en danés, "jegelsker;" en sueco, "jagalskar;" en polaco, "kocham;" en vascuence, "maitatzendet;" en húngaro, "varock," en turco, "sereyorum;" en árabe, (Argelia) "neab;" en árabe, (Egipto) "nef'al; en persa, "doust darem; en armenio." "gesirem;" en el Indostán, "main bolta;"en Cambodge. "khuhom sreland;" en Annam, "toithu'o'ng;" en China, "uno hi honan;" en el Japón, "Watakusi masu," en malayo, "sahya suca;" en volapiie, "lopob;" en francés, "j'aime."

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1. —DOS TRAJES DE CEREMONIA.

De última novedad ambos: el primero formando una falda fantasía y un cuerpo sencillo, drapeados ambos con gran rejilla y ahuevados de muselina de seda.

En la parte inferior de la falda, gran bordado á guías. Encuadrando el escote que es redondo, tres órdenes de volantes.

El segundo es de foulard muy rico, todo bordado de guías y cálices y rematando en la falda en cinco órdenes de volantes de tul. Escote redondo y gran fichú avolantado de muselina de seda.

FIG. 2.—BLUSA DE INTERIOR.

Blusa de satín, drapeada á derecha é izquierda de una aplicación á cuadros de entredoses de encaje.

En el centro plissé detenido por una aletilla.

FIG. 2.—BLUSA DE INTERIOR.

FIG. 3.—TOILETTE DE CASA.

Bata interior de muselina negra á puntos blancos, Muceta de cheviotte, cayendo en hermosa túnica orlada de cinta, sobre la falda.

FIG. 4.—OTRA TOILETTE DE CASA.

De cheviotte muy sencilla, sin más adorno que cinta de terciopelo formando los anges en la parte inferior de la falda y una capelina de blonda antigua.

FIG. 5.—TRES MODELOS PARA DAMAS.

El primero de cheviotte acero, formando en la falda una elegante túnica bordada en paja de seda y ribete de cadenilla. La falda va orlada también de cadenilla. Cuerpo blusa con un gran escudo bordado.

Plastrón triangular de guipure.

El segundo es de cheviotte azul marino con patas en la falda y en el cuerpo, de tres en tres en la primera y de uno en uno en el segundo. Adorno de cinta de terciopelo y pequeño plastrón de rejilla. sobre satín blanco.

El tercero de piel de seda, falda lisa y jacquette á dos alas bordadas de cinta de seda y abiertas sobre una camisola de tul bordado, adornado por una corbata de satín fantasía. Es un modelo de indiscutible elegancia.

FIG. 6.—CUELLO FICHU.

Está compuesto de un empiezamiento plomo, recubierto de muselina fruncida, cortada de entredoses. Tres volantes de tafetán, tallados en forma, se ligan á la parte inferior del empiezamiento; estos volantes que se aconchan naturalmente de cada lado del delantois, se orlan de *ruchés* en cinta de muselina negra, cuello guarnecido de muselina plissé y de un nudo de satín negro.

FIG. 7.—MANGAS NUEVAS PARA TRAJES HABILLEES.

a. Manga en tafetán glacé, tallada de una sola pieza. La parte inferior se abre sobre un volante de encaje. La parte alta está guarnecida de un jockey de bordado que cae sobre un abullonado de tafetán glacé.

b. Manga de muselina de seda. Está formada de una parte inferior fruncida y de una parte superior abullonada, reunidas por dos entredoses de encaje. En la parte baja de la manga nudo papillón en satín negro.

FIGS. 3 Y 4.— TOILETTES DE CASA.

FIG 5. —TRES MODELOS PARA DAMAS.

OTRO PAGO DE $5,000 00 DE "LA MUTUA"

EN TAPACHULA.

Un timbre por valor de $*.00 debidamente cancelado.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New York,» la suma de $5,000 cinco mil pesos oro americano, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 741.304 bajo la cual estuvo asegurado mi finado esposo Don Rutilo Francisco Maldonado, y para la debida constancia en mi carácter de tutora de mis menores hijos Luis, Fabio y José Alberto Maldonado, beneficiarios, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en Tapachula, á 26 de Enero de 1899.

Firmado:—CECILIA L. DE MALDONADO. Rúbrica.

Un timbre de 50 cts. debidamente cancelado.

Manuel Salvador Elorza, Notario Público del Estado de Chiapas. Certifico y doy fe: que la firma que antecede es de la señora Cecilia L. de Maldonado.

Tapachula, Enero 26 de 1899.

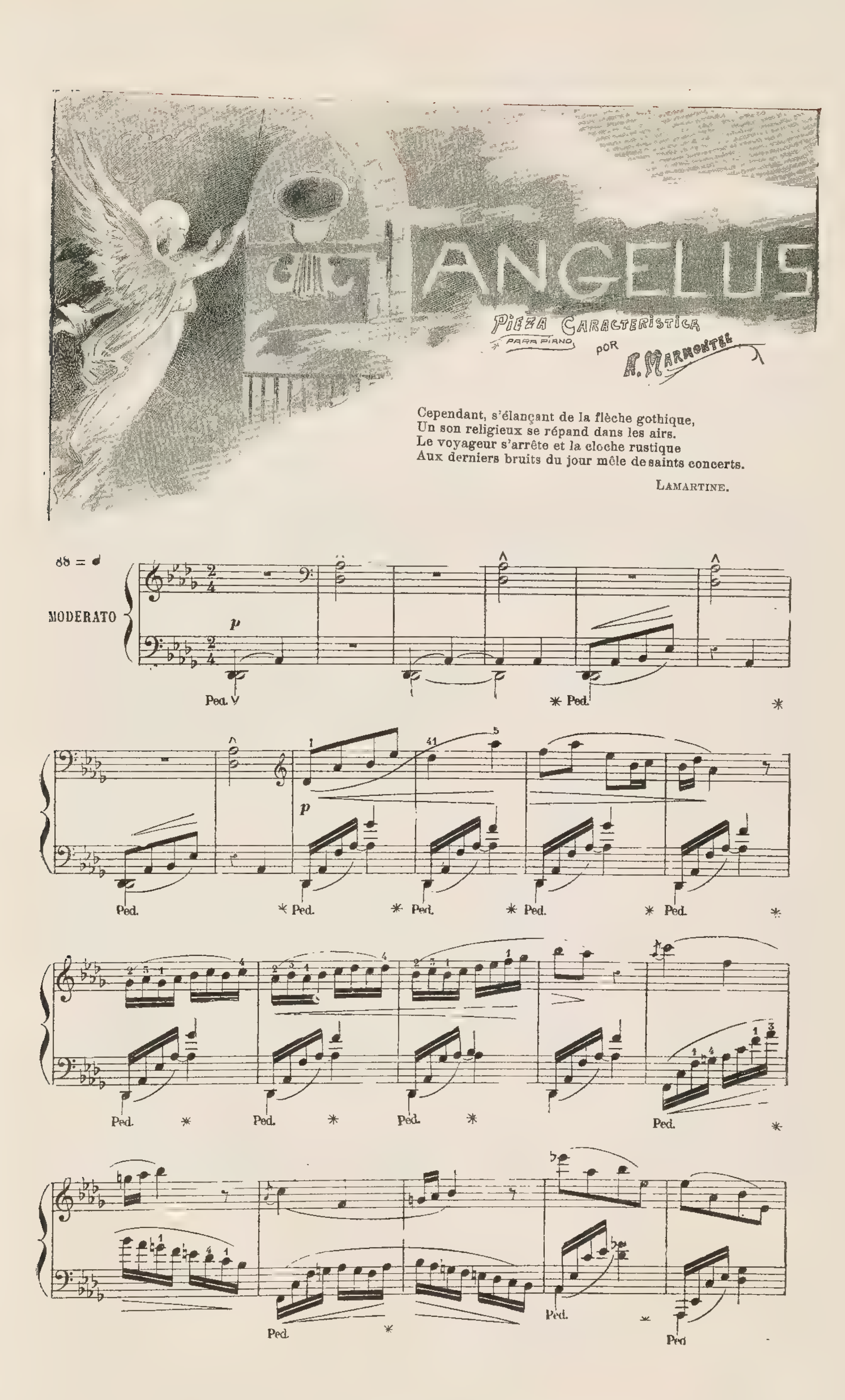
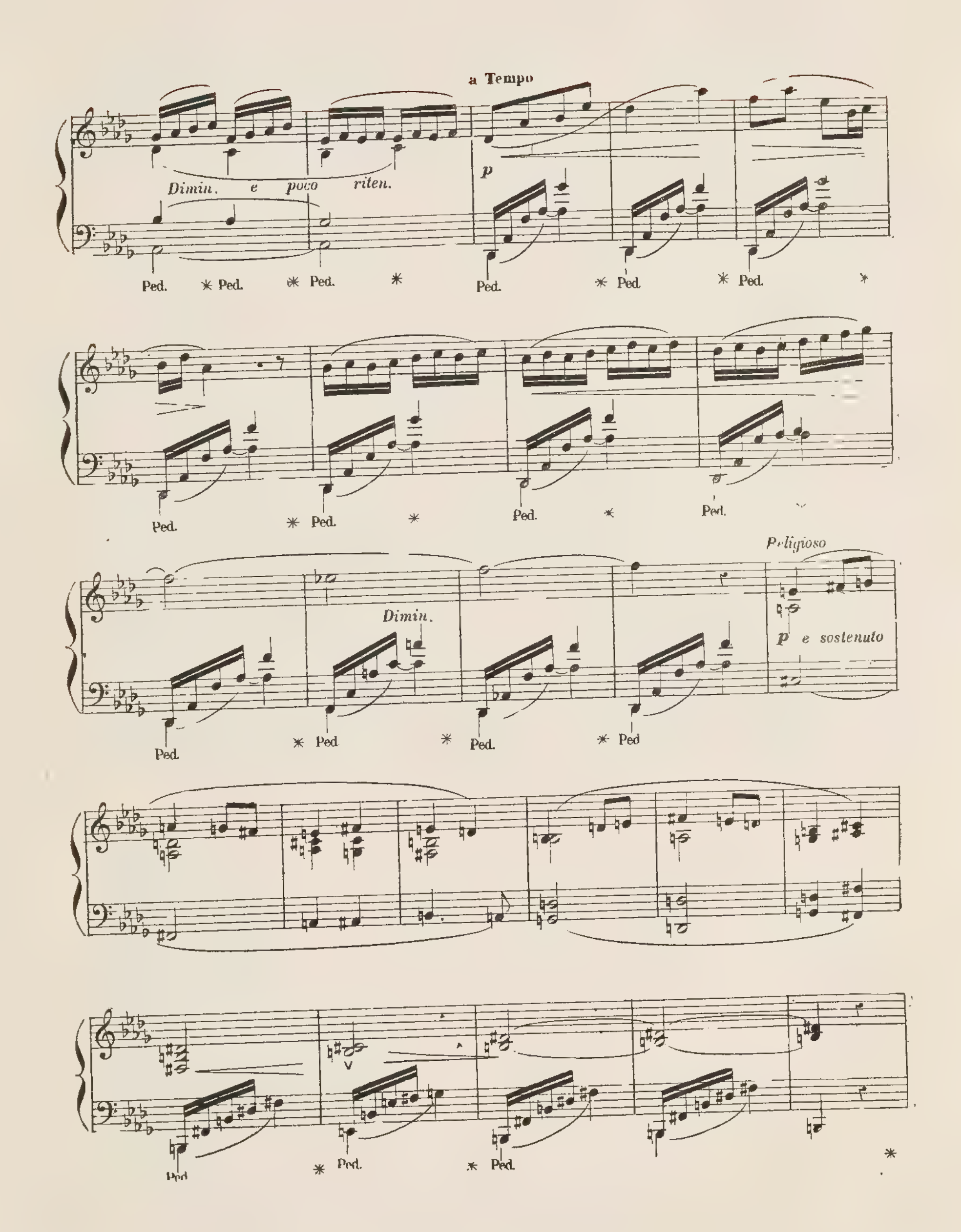
Firmado. —MANUEL S. ELORZA. E. P.—Rúbrica.

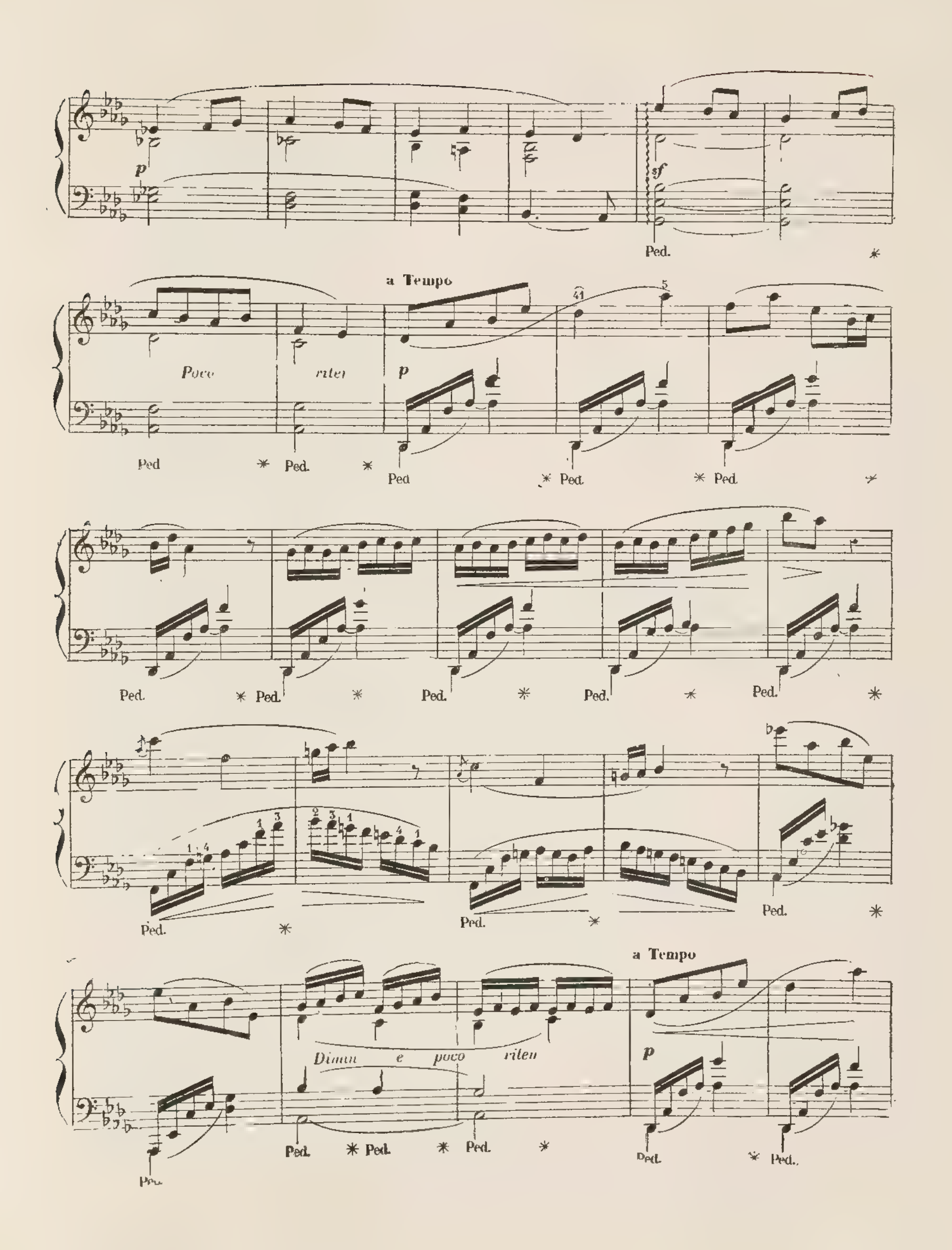
Llamamos la atención del público que el Sr. D. Rutilo Francisco Maldonado, es el mismo que se refiere en el pago de la semana pasada de diez mil pesos plata.—Así es que la Compañía pagó más de veinte mil pesos en este siniestro.

El Sr. Maldonado fué desgraciadamente asesinado á las pocas semanas después de haberse asegurado.

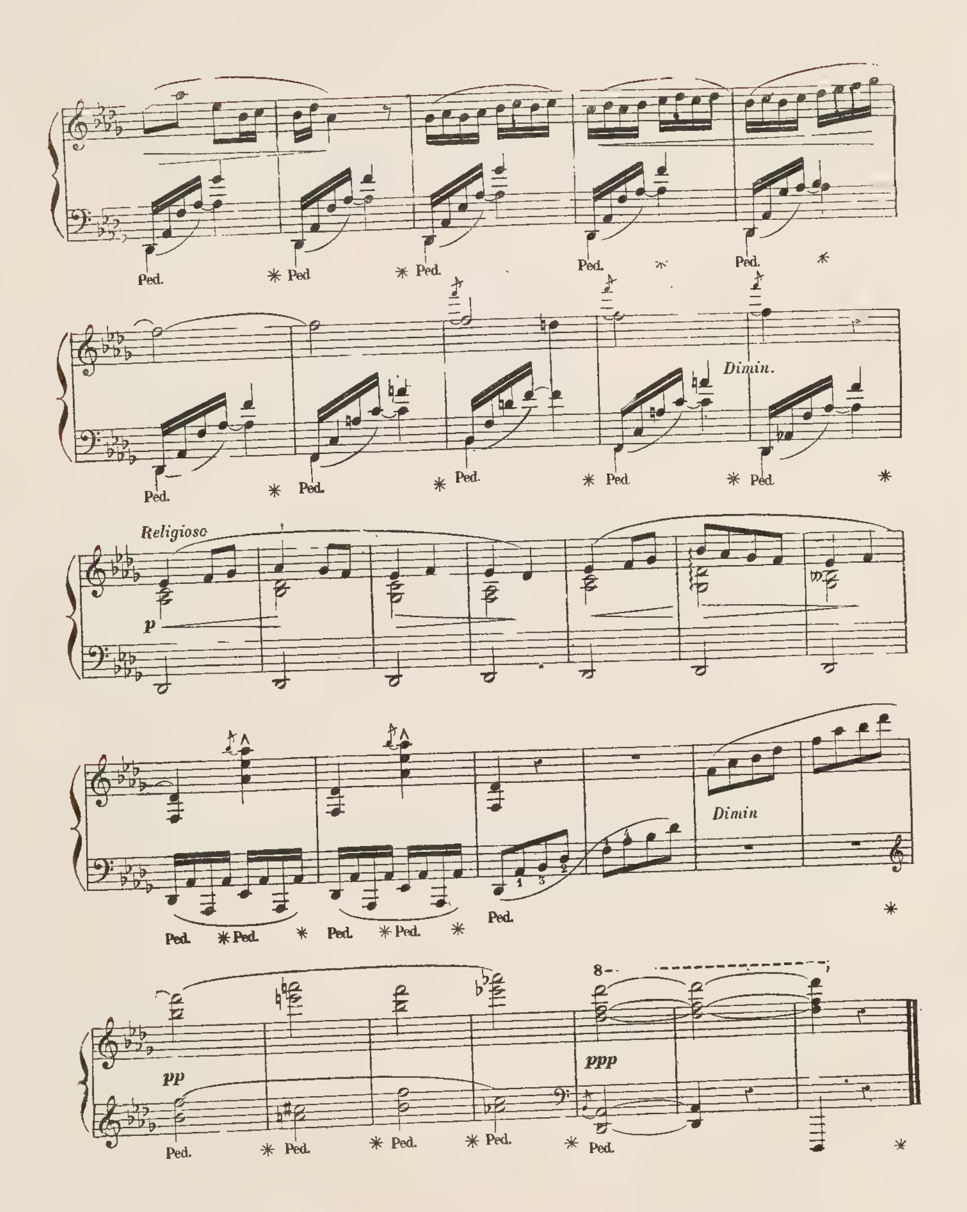
FIG. 6.—CUELLO FICHU.

FIG. 7.—MANGAS NUEVAS PARA TRAJES HABILLEES.


ANGELUS
PIEZA CARACTERISTICA
PARA PIANO
POR
A. MARMONTEL
Cependant, s'élançant de la flèche gothique,
Un son religieux se répand dans les airs.
Le voyageur s'arrête et la cloche rustique
Aux derniers bruits du jour mêle de saints concerts.
LAMARTINE.
88 = ♩
MODERATO
p
Ped.

a Tempo
Dimin. e poco riten.
p
Ped.
Dimin.
Religioso
p e sostenuto



p
sf
Ped.
a Tempo
Poco
riten
Ped.
Dimin
e
poco
riten


Ped.
Dimin.
Religioso
p
Dimin
pp
ppp
8

EL MUNDO.

Año VI -Tomo I | México, Domingo 19 de Marzo de 1899. | Número 12

LAS PRIMERAS FLORES

Dibujo de N. Mendez Bringa.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Leí, en uno de nuestros diarios la cantidad fabulosa que ganan hoy los artistas de teatro. No sólo las celebridades, sino también las medianías y hasta las insignificancias, viven en esta época una vida de derroche y escándalo que cuesta mucho á los públicos. Lo raro es que no son los que cuidan del Arte noble, los fieles guardianes de la Severa Belleza los que están más enriquecidos, sino los que menudean y degradan el teatro, los que hacen piruetas, cantan coplas y representan tipos populares, los que ponen la mueca de Bufón en el rostro de Thalía, y vuelven, en fin, grotescas, en fuerza de atrevidos retoques, las buenas máscaras alegres.

¡Qué diferencia entre el actor de hoy y el cómico de antaño! Para observar bien el contraste, evocad primero la imagen de cualquiera de nuestras *divetas* célebres y oid, en seguida, la narración que me he hallado en un viejo y hermoso libro.

«No lejos, por la línea gris y polvorienta de la carretera que separa los campos de terruños secos y mieses soleadas, se ven venir las carretas de la farándula; una de ellas la ocupan dos mujeres; son la dama y la dueña, tal vez hermana y madre del bobo que arrea las cansadas mulas, mientras repasa de memoria el papel que le toca en el pasillo nuevo. Vienen detrás otros dos ó tres hombres; el que dirige la farándula, poeta y cómico juntamente, que camina pensando una regocijada farsa, y el que hace de viejo y también lo es, más rendido á la fatiga que afanoso de gloria. En cofres y cajones traen las ropas, ricos trajes de santos, reinas y magnates, hidalgos, damas y princesas, porque los que ellos visten son de grosero paño de Segovia; á la zaga del carro guardan los trastos necesarios para la comedia; el cetro de caña dorada que así lo empuña Carlos I como Barbarroja; la corona de talco que así la ciñe el Padre Eterno en los *Autos*, como Neptuno en las loas ó Wamba en la tragedia; allí vienen también guardados, los paños con que se forma la embocadura de la escena, y la valija donde aquella pobre gente guarda los escasos ducados que penosamente gana viviendo entre miseria y representando grandezas. Llegan al pueblo, se albergan aquella noche en la posada, y en torno del hogar descansan entre soldados que relatan las desastrosas glorias de Flandes, y labriegos que se quejan de ver mermada su cosecha con la alcabala del Rey y el diezmo de la Iglesia: algún familiar del Santo Oficio mira de reojo al comediante poeta, adivinando en él un adversario; algún ricacho dice lindezas á la cómica, y los chicos ríen á carcajadas los chistes con que el bobo excita su curiosidad, contándoles algo de lo que á la otra tarde han de recitar los farsantes. A la hora de la fiesta alzará en el corral de la posada el tabladillo de la escena, asománse á los corredores las mozas y encaramánse los muchachos hasta las bardas de las tapias mientras suena el parche del tamborino llamando á los labriegos que llegan, trayendo para pagar su regocijo, quién alguna cosa que se coma ó beba, quién las mugrientas monedas de cobre con el borroso cuño de los Felipes.

Después se representan *Las aceitunas* de Lope de Rueda, ó *Los habladores*, de Cervantes, y al otro día se aleja la farándula por la línea gris y polvorienta de la carretera, dejando en el tosco lenguaje de los villanos alguna palabra culta, en su corazón algún sentimiento noble, infundiendo tal vez en aquellas almas envilecidas por la ignorancia, el goce de la belleza artística, y acaso con figuras como *El Alcalde de Zalamea*, despertando en sus conciencias humilladas por el absolutismo, la esperanza de la libertad y la justicia.»

* * *

He comenzado á ver por ahí, este sencillo anuncio: «Próximamente, beneficio del cuerpo de coros.» Hay todo un poema en él. El beneficio de los coros, de la multitud innominada, de la masa indistinta, es un bello asunto para un cuento de Richepin.

El corista pierde su nombre al entrar en la escena, como el presidiario al entrar en la cárcel, y es sólo una voz, una unidad, un maniquí del segundo término. Musicalmente es un pedal oprimido; plásticamente, una nota decorativa. Se viste con todos los desechos de la guardarropía; en una misma noche es *chulo*, húsar, torero y aldeano. Cambia de nacionalidad á cada instante. Se viste y se desnuda diez veces en tres horas. Canta todas las músicas: desde Wagner hasta Chueca. Se agita, brinca, corre, baila, se arrodilla en el tablado, en actitudes inverosímiles, amaneradas y ridículas.

El teatro es su cuartel, su reclusión, su encierro. Ensaya todo el día: canta toda la noche. Y mira impasible, casi burlón, las coqueterías de la tiple ó la mímica rudimentaria del tenor. Oye con estoica indiferencia el aplauso; no le emocionan las ovaciones.

Es un escéptico de la gloria. Está acostumbrado á ver, desde lejos, las caras de los espectadores radiantes de cruel ironía; sabe que su traje está ridículo, que su cara enharinada provoca á risa, que sus gestos son groseros y falsos, y....¡no le importa! Allá va traveseando con la suripanta de muecas epilépticas, haciendo evoluciones cancanescas, tejiendo y destejiendo figuras en la *bande joyeuse* vistosa y canallesca.

A los que asisten á la tanda noche á noche, les parece un feliz algo imbécil, cuando por rara casualidad se fijan en él. Pero en el fondo es un pobre diablo, impotente y triste que en la compañía de los comediantes, tira, como el bobo, del carro de la zarzuela como una mula de carga. Vive, frente por frente, del lujo y del aplauso, repleto de ambiciones, sin consuelo y sin esperanza.

La corista, cuando es hermosa, suele ser una conquistadora. El corista es un mártir.

Bien se puede pecar por asistir al cuerpo de coros. Los que asistan cumplirán con algunas obras de misericordia, excepción hecha, tal vez, de la que ordena vestir al desnudo.

Porque en la opereta, el único traje que según la moda reinante, deben llevar las coristas, es el famoso de las diosas: el de sí mismas.

* * *

Me descubro, como al cruzar el cancel de un templo, al penetrar en los días místicos.

De semana en semana se alzan los viernes de cuaresma, como de trecho en trecho cubren los sagrados muros, las dolorosas escenas de la *vía crucis*.

A pesar del escepticismo que nos invade, soñamos aún más bien que sentimos, la poesía religiosa.

El aire empieza á trascender á incienso y amapolas.....

Luis G. Urbina

Pio IX y León XIII

Una ceremonia inolvidable.

Pio IX murió en el Vaticano el 7 de Febrero de 1878, al *Ave María*. Su cuerpo fué depositado en un lecho cubierto de seda roja y transportado á la antecámara secreta de sus habitaciones, á la tramontana. En cada uno de los ángulos ardía un cirio. Los penitentes de San Pedro recitaban las oraciones de los difuntos y dos guardias nobles, con la espada rendida, permanecían de pié en la cabecera. El cardenal Pecci, camarlengo de la santa iglesia, llegó, entrada la noche, seguido del mayordomo de cámara y de dos camareros participantes, revestido con un largo manto de seda negra y violeta. Hizo levantar el velo blanco que cubría el rostro de Pío IX y, dándole tres golpes en la sien con un martillo de plata: *«Duermes, Juan Mastai?* le preguntó.

Como su pregunta no fuera contestada, entonó el *De Profundis*.

Al tener noticia de la muerte, el Vaticano se había llenado de sacerdotes y de damas. El camarlengo ordenó que se cerraran las puertas. Algunos oficiosos, que se decían autorizados por el gobierno italiano, habían tratado de introducirse en el palacio. El camarlengo los hizo despedir. De Sinigaglia había llegado un hermano, sobrinos y sobrinas de Pío IX. El camarlengo se negó á recibirlos y los dejó que esperaran, con un tiempo frío, bajo el pórtico de San Pedro. Ese cardenal Pecci, débil y enclenque, desplegaba una energía extraordinaria. Velaba hasta muy tarde, dormía muy poco y se levantaba con el alba.

Estaba en todas partes, ordenaba con palabra imperiosa, teniendo en sus manos las llaves del mando. Marchaba escoltado por alabarderos, preocupado, severo, consagrado á su doble guardia, á la guardia del Papa difunto y del papado amenazado, un tanto triste é inquieto, á causa de ciertas predicciones y de ciertos presentimientos. ¿No le había dicho el cardenal Consolini: «Eminencia, votaré por vos?» El se había excusado con modestia, le había rogado que no pensara en su «pobre persona.» Sentía ya pesar sobre sus hombros la divina carga. Su puesto de camarlengo le daba de antemano la plenitud del poder.

Pero la novena de los funerales se acercaba. El soberano pontífice había sido revestido con sus ornamentos de ceremonia; lo habían calzado con sandalias rojas y enguantado sus manos con guantes rojos. Luego lo habían colocado sobre una parihuela forrada de tela de oro, apoyada la cabeza en almohadones de tela de oro, con el pellium y la mitra de tela de oro; y por la escalera de los papas, la primera loggia, la sala ducal, la sala real, y la Sala del Santísimo Sacramento, los que llevaban la silla triunfal lo habían conducido en procesión á San Pedro. Toda la prelacía, los obispos, los cardenales, abrían el cortejo formado por la guardia palatina é iluminado por las antorchas encendidas, bajo los techos elevados y sombríos y el dédalo de colores obscuros, de los palafreneros vestidos con casulla de damasco rosa. La parihuela era inclinada, y fué preciso para que el cuerpo no cayese, tomar la precaución de liar con cordones á Aquel á quien en nombre de Dios se le había dado la omnipotencia de atar y desatar en la tierra.

Una de las capillas de la Basílica fué convertida en capilla ardiente. En ella fué expuesto el cuerpo de Pío IX, cuyos piés pasaban por entre la reja de hierro, á fin de que los fieles pudieran besarlos. La multitud acudió en oleadas y se vió que si el Papa había muerto, el papado no moriría tan pronto en el corazón y en el espíritu del pueblo de Roma. Los carabineros reales, agentes de policía, y una compañía de infantería mantenían el orden en la plaza. El 15 de Febrero se celebró el primero de los tres servicios fúnebres en la capilla Sixtina ante ese Juicio Final, magnífico y terrible, en que el Cristo con ademán supremo, separa los justos de los pecadores, bajo la mirada encendida de los profetas y la mirada advertida de las sibilas, en presencia del gran Jonás irritado. Se cantan las alabanzas de ese papa vencido en lo que el papado ha legado á los siglos de más sublime y aplastante.

En el centro, levantábase un suntuoso catafalco, adornado con cuatro bajo-relieves que representaban la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, el homenaje del Municipio, la Caridad y la Muerte. Las cuatro esculturas contenían el Pío IX por entero.

Era él, con su fé entusiasta y un tanto estrecha, un tanto supersticiosa, con su fé italiana y campesina, con su imaginación viva é inclinada á la ternura, poblada con las gracias, las virtudes y el poder de la Madona. Era el rey desceronado, pero indomable en la protesta, halagado al sentir hasta en su ataud la tiara de tres coronas, al sentir aún, en las puertas del más allá, una multitud que le besaba los piés, y de saber que era una multitud romana. Era el rico bueno, el pastor generoso y pródigo, aquel que hubiera hecho un milagro para multiplicar las migajas de su mesa, que fué en verdad para el universo un padre, padre al punto de restituir á su título de papa el sentido infantil, el adorable sentido primitivo de que Su Majestad lo había despojado.

Había sido todo eso: tres de los bajo-relieves lo decían; la iglesia católica sabe encontrar los símbolos. El cuarto bajo-relieve, la Muerte, decía lo que Pío IX era ahora, y lo decía tanto más cuanto que era una muerte cristiana, embellecida por la esperanza, dulcificada por certidumbres de inmortalidad.

El Sacro Colegio rodeaba el catafalco y hubiérase dicho que sus miembros eran estatuas arrodilladas. Después de cada uno de los servicios fúnebres, cuatro cardenales daban cuatro absoluciones generales.

Al día siguiente el papa fué colocado en una tumba. Se le puso con toda su púrpura y todo su oro, en su mortaja de seda roja y su velo de seda blanca en un triple féretro de pino, plomo y olmo, que el camarlengo, el mayordomo y el capítulo del Vaticano sellaron con siete sellos. Se rompió el anillo del pescador que el soberano pontífice tenía en el dedo y, según la tradición se repartieron los pedazos como reliquias. El sacristán retiró lo que quedaba de los cirios y en esa misma capilla Sixtina en donde acababan de hacer un santo, se recogían para hacer un papa. El secretario de los breves al príncipe ocupó el puesto del secretario de las cartas latinas, y, en la misma lengua elegante, con el mismo acento ritmado, con que había leído el otro la oración *pro pontifice defuncto* él leyó á su vez la oración *pro pontifice eligendo*. La iglesia, la mística esposa, esperaba al nuevo esposo.

Se habían elevado sesenta y cuatro asientos para los sesenta y cuatro cardenales que entonces formaban el Sacro Colegio; sesenta y cuatro tronos, porque cada asiento remataba en un dosel, emblema de la soberanía. El color de la mayor parte de los doseles era azul pavorreal; sólo cuatro eran verdes, los de los cardenales supervivientes del tiempo de Gregorio XVI. En el momento en que todo estuvo listo se entró en cónclave. Por dentro el camarlengo, y por fuera el general perpetuo de la santa iglesia romana, Mario Chigi, habían cerrado todas las salidas tras de un ejército de religiosos, empleados, obreros y criados, conclavistas, eclesiásticos, médicos, farmacéuticos, albañiles, herreros, carpinteros, cocineros y pinches. En seguida los cardenales invocaron al Espíritu Santo, conmovidos, fatigados aún por las felicitaciones llenas de esperanza de sus deudos y amigos. Prestaron y recibieron toda clase de juramentos, juramento de defender el patrimonio de la Iglesia *usque ad effusionem sanguinis*, juramento de no decirse por influencias, juramento de no revelar cuanto hicieran, vieran ú oyeran.

Una ó dos veces por día había congregación ó reunión de cardenales. Salían de sus celdas á la voz del maestro de ceremonias, el cual, por los tres pisos del desierto Vaticano iba gritando: ¡«A la capilla, eminencias!» Allí, cuando se les llamba por su nombre, se levantaban é iban á depositar su boleta en un cáliz, sobre el altar, porque la Iglesia es mística y simbólica en todo: para escoger al sacerdote de los sacerdotes, se vota junto al altar y en un cáliz.

El cardenal Pecci era el que contaba con más pro-

babilidades, á pesar de que el camarlengo, por su altiva severidad, se había enagenado muchas simpatías. Los cardenales Franchi y Bilio quizás tenían algunos votos; pero el cardenal Franchi se contentaba con la secretaría de Estado, y contra el cardenal Bilio había, lo han negado sin razón, la *exclusiva* de Francia.

En el Sacro Colegio, unos, como el cardenal Randi, no querían por papa más que un gran señor, Chigi, ó un santo, Martinelli. El cardenal Bilio se encargó de decírselo al cardenal Bartolini, ardiente partidario del camarlengo.

El cardenal Bartolini se agitaba mucho en favor del cardenal Pecci; estimulaba á los indecisos: «Eminencia, Pecci ha sido delegado y sabe de gobierno temporal; ha sido obispo durante treinta años y sabe lo que es el gobierno de la iglesia.»

Entretanto, el cardenal Pecci era presa de una devoradora inquietud. Había recibido una carta del Ilmo. Pappalettere, prior de San Nicolás de Bari, que le auguraba el papado, y una carta de un abogado llamado Pecoraro, á quien su difunta mujer se le apareció en sueños anunciándole que el camarlengo sería elegido por aclamación. En las comidas, apenas tocaba los platos; por la noche, no podía pegar los ojos. Estaba nervioso, triste, agitado, pensativo. A nadie quería recibir. Si por casualidad recibía á alguno, le decía: «¿No sabeis lo que quieren de mí? Soy viejo, débil, dentro de poco tiempo sucumbiré; no es el papado lo que quieren darme, sino la muerte.» A cada escrutinio su angustia aumentaba.

En vano se encerraba en su pasado, inútil era refugiarse en sus recuerdos de la infancia. Su casa de Carpineto, el tranquilo hogar de Ludovico y de Ana Pecci, el colegio de jesuitas de Viterbo, la ordenación, la delegación en Benevento, la nunciatura en Bruselas, hasta la imposición del capelo, ¡cuán lejos estaban todos esos hechos, cuán lejos todas las cosas humanas!

Despedíase con amargura de todas aquellas cosas ya conocidas y temblaba en los umbrales de lo desconocido, ese desconocido glorioso, en donde se encontraría solitario, tan por encima de los que estuvieran más cerca de él. ¿Por qué no le dejaban que siguiera recitando versos á sus cofrades de la Academia de los Arcades, en aquel huerto de olivos, que se apoya en la colina, detrás de San Pedro in Montorio!

Quam flore in primo felix, quam prima Lepinis
Orta jugis, patrio sub lare, vita fuit!

¡El huerto de los olivos! En él estaba y como á Jesús, le traicionaban y le preparaban un calvario: el solio! Y he aquí que un vertiginoso delirio le arrastraba en aquel momento, y que el álamo que figuraba en sus armas crecía y crecía, ya era invisible la cima, y por un instante le pareció que tocaba en las estrellas. Confusamente, en aquel intervalo, oía al decano del Sacro Colegio que pronunciaba su nombre repetidas veces.

Por lo demás, ¿no eran afirmativas las divisas del santo irlandés Malachie, y á Pío IX, *Crux da Cruce*, no debía suceder un papa que sería *Lumen in cœlo? Lumen in cœlo*. ¡La estrella de sus armas!

¿Pero él, él llegar á ser, como dicen los concilios y los Santo Padres, el santísimo y muy feliz patriarca, el muy dichoso en el Señor, el obispo elevado al pináculo apostólico, el prefecto, el llavero de la casa de Dios, la boca y el jefe del apostolado, el lazo de la unidad; llegar á ser Abraham por el patriarcado, Melquisedec por el orden, Moisés por la autoridad, Samuel por la jurisdicción, Pedro por el poder, Cristo por la unción?

Cada vez que una boleta con su nombre se unía con las otras que también llevaban su nombre, tenía un desvanecimiento. Así como otros viejos ven que la noche del tiempo se aproxima, él veía que al declinar de su vida se levantaba una eterna aurora. De pronto el sub-decano vino á prosternarse á sus piés, murmurando las palabras latinas: «*¿Aceptasne electionem de te canonice factam in summum Pontificem?* ¿Aceptas tu elección, hecha regularmente, para el Pontificado soberano?» Acordóse de Celestino V y el imperecedero estigma con que el Dante, su poeta favorito, «persiguió á la sombra de aquel que, por cobardía, hizo su gran renuncia.» Respondió con esa voz entrecortada, suya, que parecía un sollozo: «Puesto que Dios lo quiere, yo no me opongo.»—¿Cómo quieres llamarte? —«León XIII, en recuerdo de León XII, por quien siempre tuve una profunda veneración.» Bajáronse todos los doseles excepto el suyo. Se lo llevaron casi inconsciente, anonadado. Vistiéronle de blanco.... *Lumen in cœlo*, vistiéronle de luz.

Pasó para la adoración, entre dos largas filas de diáconos que arrojaban al suelo sus cirios cuando pasaba: «¡Santísimo Padre, así pasan las glorias de este mundo!» Pasó, endeble, delgado y pálido, como un cirio que va á apagarse, entre los cirios que se apagaban. Besáronle el anillo, besáronle los piés, llleváronlo donde quisieron. Desde lo alto de la loggia interior de San Pedro, bendijo á la ciudad y al orbe. Extendidos los brazos, para bendecir, con su demacración ascética, parecía una cruz viviente y en aquel ademán solemne y grande, vicario de Jesucristo, sucesor del pescador de almas, abrazó á doscientos millones de almas.

Charles Benoist.

¿POR QUE GUSTAN TANTO

"LOS TRES MOSQUETEROS?"

El arte tiene por objeto pintar, si es plástico, la naturaleza y si es literario la vida humana. Pintar la vida humana es describir la lucha sempiterna é infatigable del hombre con la Naturaleza exterior, con la sociedad, consigo mismo. Según los pueblos, según las razas, según los climas y las épocas, los episodios y las peripecias varían, el combate se entabla en diversos terrenos y se realiza con distintas armas. En las épocas primitivas de la humanidad, se combate primero y principalmente contra la Naturaleza agreste y hostil; pero como ante el obscurantismo y la superstición las cosas inanimadas tienen un alma y una voluntad, como son fetiches el río majestuoso, el volcán humeante, el mar encrespado; como las divinidades presiden al sacudimiento del terremoto, al ímpetu del huracán, al estallido y fulguraciones del rayo, al desencadenamiento de los elementos, á los estragos de las epidemias y á la evolución de las enfermedades, la lucha del hombre contra la Naturaleza se transforma para las imaginaciones primitivas en lucha del hombre contra los dioses.

Prometeo deja caer la chispa desprendida al choque de dos guijarros sobre un montón de hojarasca, y produce artificialmente el fuego. Esta conquista del hombre sobre la Naturaleza es un triunfo obtenido sobre los dioses, y la mitología nos presenta á Prometeo robando el fuego del cielo. Moisés y los hebreos pasan á pié enjuto en la baja marea las playas del Mar Rojo y la marea alta ahoga á Faraón y á sus ejércitos; la Biblia nos presenta el fenómeno como castigo de la divinidad. La tempestad se desencadena y el mar se encrespa; Neptuno está irritado; vuelve la calma y cesa la furia del oleaje: el Dios del Océano ha pronunciado el *Quos ego*.

En las literaturas primitivas: en el Ramayana, como en la Biblia y en los poemas prehistóricos como el anillo de los Nibelungen, el hombre lucha, pues, contra los dioses. Esta manera de comprender la vida humana y de pintarla es vivaz en la humanidad; se prolonga más allá de Grecia y Roma é invade la Edad Media con el poema caballeresco, épico á la vez que mitológico.

Después el combate se entabla en otro terreno; el hombre no pelea con los dioses, sino con el mundo exterior que lo acomete, con la sociedad que lo esclaviza y con sus propias pasiones que lo torturan. Al llegar á esta etapa de la evolución del arte poético, del caudaloso y único río del pasado, se desprenden tres corrientes diversas caracterizando tres grandes escuelas literarias. Para el anglo-sajón tiene seducciones especiales la lucha con la Naturaleza; espíritu batallador y práctico, su afán es domeñar y adueñarse del mundo exterior, esclavizarlo y explotarlo, y esa propensión acaba por encontrar su fórmula literaria en el Robinsón Crusoe, la novela, casi diríamos el poema, más popular en Inglaterra.

El espíritu germano, más concentrado, más contemplativo y más metafísico, ama de preferencia la lucha entre las ideas y el conficto entre las pasiones. Los tratados de filosofía alemana, especialmente Hegel, son epopeyas metafísicas, torneos de abstracciones, luchas encarnizadas de conceptos, que, como combates entre burbujas de jabón, acaban por disiparse en la nada, en el pesimismo de Shoppenhauer. La fórmula de esta literatura es el Fausto de Goethe.

Los pueblos latinos: los españoles, los italianos, los franceses, los latino-americanos, aman de preferencia la lucha del hombre con el hombre ó con la sociedad. Los mejores poemas caballerescos son de ese origen; Roldán, Esplandián, Amadís, son soldados, son luchadores, vacíos de cerebro, estériles para el progreso industrial del mundo; pero impetuosos, temerarios, heroicos, amantes de la guerra, por la guerra misma; mártires á veces por el amor como héroes por él, y siempre fieles á su rey, á su dama y á su Dios. En serio, la fórmula de esta literatura es El Romancero y en bufo, el inmortal Quijote.

***

Los Mosqueteros son populares y lo serán siempre entre los pueblos latinos, porque son un poema caballeresco y porque pintan la lucha del hombre con el hombre. Pero á este atractivo fundamental se agregan otros no menos grandes. Cuando leemos las aventuras de Orlando ó las proezas de Esplandián, no tardamos en percibir y con desconsuelo, que esas hazañas nos están vedadas, que, luchadores de inclinación y de raza, no podemos elevarnos á tanto heroismo, ni dar cima á tamañas empresas. No esgrimimos espadas mágicas, ni cabalgamos en caballos alados, ni poseemos almetes encantados; ninguna hada nos proteje ni ayuda; hombres simples y sencillos, de carne y hueso como todo el mundo, vemos inaccesible é irrealizable el ideal de la lucha, imposible el triunfo, quimérica la gloria. Por dar magnificencia al cuadro y grandiosidad al poema, la lucha se ha hecho extrahumana, ha llegado á las lindes de lo homérico, y antes que placer nos causa desaliento y tristeza, por imposible.

No así en los mosqueteros. Aquellos son hombres reales, positivos, más valientes, más inteligentes, más virtuosos, ó más ambiciosos que el común de las gentes; pero giran en una órbita de vida real que todos creemos accesible. De ahí ese resultado que es indiscutible y es notorio, todos queremos ser D'Artagnan y creemos poder llegar á serlo; quisiéramos igualmente ser Athos por la nobleza, Porthos por la fuerza y la generosidad, Aramís por la belleza y el talento, y como creemos todo eso posible, como el tipo ideal apenas difiere un grado del tipo real, simpatizamos con los personajes, nos identificamos con ellos, vivimos su misma vida, lloramos sus dolores, participamos de sus alegrías, de sus ensueños y de sus ambiciones.

Los Mosqueteros no son tipos abstractos, no son virtudes en acción, ni conceptos personalizados, tienen cuerpo y alma, substancia y vida; todos ellos tienen virtudes y vicios, cualidades y defectos, como los hombres comunes y corrientes: D'Artagnan es valiente, es leal, es generoso, pero avaro y taimado; Porthos es cándido, sencillo y franco, pero vanidoso, tonto y codicioso; Aramís es inteligente, tierno con las damas é impetuoso, pero es hipócrita y falso y acabará por ser jesuita; Athos, el más noble y grande, ha tenido la debilidad de dejarse abatir por la desgracia y se ha entregado á la bebida. Exajerando, pues, un poco las virtudes que nos atribuimos y alterando un mucho los defectos que nos caracterizan, nos creemos sus iguales, capaces de lo que ellos hicieron; reputamos nuestras sus proezas y leemos su historia con la voluptuosidad y la tenacidad con que leeríamos nuestra propia y apologética biografía.

El mérito del poema se acrecienta y se acentúa cuando en la serie de volúmenes que constituyen la obra vemos pintada con una palpitante realidad la evolución de los caracteres á medida que viven, que sufren y que luchan. En la primera parte, predominan en todos ellos las pasiones, las ideas y las propensiones de la juventud; generosidad y desprendimiento, franqueza, solidaridad, toda la gama de las virtudes juveniles resuena en aquella sinfonía. D'Artagnan ama con toda su alma á Mad. Banacieux y corteja con todo su cuerpo á Milady; sirve con absoluto desprendimiento á su reina y lucha con toda energía contra Richelieu; Athos tiene siempre la escarcela y el corazón abiertos, todo es generosidad sin cálculo y caballerosidad sin ambición; la petulancia de Porthos no llega á fatuidad y sigue á sus amigos con la ciega lealtad del perro á su amo; Aramís es todavía de buena fé con el breviario ó la espada en la mano y ama de verdad y tiernamente á María Michon.

Veinte años más tarde aquella juventud es madurez y los rasgos de carácter peculiares de la edad madura se acentúan y se delinean; ya D'Artagnan regatea con Mazarino y más que á la gloria, aspira á restaurar el torreón paterno y comprar hectáreas al rededor; Porthos, harto de riquezas, quiere ser barón y disimula su posición pecuniaria por temor de verse defraudado; Aramís se hace diplomático, engaña á D'Artagnan y se burla casi de él cuando va á buscarlo en nombre de Mazarino, y Athos regenerado por la paternidad cuenta los centavos y hace política al mismo á quien llamaba su hijo. Se ve luego que esos jóvenes son ya hombres y que el cálculo, el interés mejor ó peor entendido, guía ya, y no los generosos impulsos de la juventud, su acción, y determina su destino. Por eso en la juventud leemos más «Los Tres Mosqueteros» y sólo en la madurez gustamos de «Veinte años después» y del «Vizconde de Bragelonne.» En esta última etapa D'Artagnan es casi un cortesano; Porthos, más tonto que nunca, sólo aspira á ser duque; Aramís entregado en cuerpo y alma á los Jesuitas carece ya de toda nobleza y de toda generosidad y pierde á Fouquet como hace matar á Porthos por fría y despiadada ambición. Athos, decepcionado hasta de su rey, muere de dolor al suicidarse su hijo; D'Artagnan cae en el campo de batalla al realizar su sueño dorado: ser Mariscal de Francia, y sobre las ruinas de tanta ilusión y de tanta esperanza, y entre los escombros de tanta virtud y de tanta generosidad, sólo se yergue el Rey Sol, tan astuto como D'Artagnan, tan hipócrita y falso como Aramís, tan ceremonioso y fatuo como Porthos y sin una sola de las virtudes de Athos.

«Los Tres Mosqueteros» son, pues, obra magna de Arte y deben á su popularidad á que funden en sí mismos tres de las más altas y grandiosas fórmulas poéticas: la epopeya, el drama y la comedia; porque el movimiento y la vida reinan en el poema de un cabo al otro, porque respetando la realidad ha sabido idealizarla sin hacerla inaccesible y porque en suma como el Robinson Crusoe para los ingleses y el Fausto para los alemanes, si no describe lo que somos, sí pinta lo que queremos y lo que en rigor podíamos ser.

J. M. Flores

MEXICO ANTIGUO.

La casa en que murió Beristáin.

El Domingo de Ramos, 19 de Marzo de 1815, una numerosa multitud de fieles henchía las amplias naves de la Catedral de México, para asistir á la solemne función religiosa que en este día celebra la Iglesia.

Todos, después de haberse provisto en el atrio del templo de sendas palmas adornadas con flores, las llevaban unos, grandes y esbeltas, y otros, pequeñas y sin aliños, según sus gustos y fortuna.

¡Era hermoso el espectáculo que presentaba la Catedral invadida por tanta gente, ansiosa de presenciar la ceremonia y de escuchar el sermón de la fiesta!

La procesión y bendición de las palmas fueron solemnes. La primera salió por la puerta occidental de la basílica, recorrió el atrio exterior, penetró por la puerta oriental del frente y atravesó las espaciosas naves.

Aquella compacta muchedumbre semejaba un bosque en movimiento, un océano agitado en el que las palmas enfloradas, el humo del incienso y la cruz alta y los ciriales, parecían naufragar entre el flujo y reflujo de la multitud que se empujaba, se oprimía casi sofocada á pesar de la anchura y elevación de las bóvedas del templo.

Antes de la misa como de costumbre, se pronunció el sermón en este día, y cada uno de los fieles procuró colocarse en el mejor sitio para no perder palabra. Los canónigos tomaron asiento en las bancas exteriores de la reja del Coro. Enfrente del viejo púlpito de mármol, bajo dosel y acompañado de los oidores de la Audiencia, también con sus palmas, podía verse al Excelentísimo Sr. Don Félix María Calleja, Virrey y Capitán General de Nueva España. Sólo se echaba de menos la asistencia del Arzobispo que en otras ocasiones estaba presente.

El sermón prometía ser muy bueno. Gran fama y justa gozaba como orador el que tenía que predicarlo, el Dr. Don José Mariano Beristáin y Souza, Dean entonces de la Catedral, y muy reputado por sus letras; pero aunque nacido en Puebla de los Angeles, partidario acérrimo, más por conveniencia que por convicción, del dominio de los reyes de España en América.

De improviso las palmas enfloradas se mecieron como si suave ráfaga de viento las agitase. Los fieles se levantaron en las puntas de los piés: todas las miradas se clavaron en el púlpito de mármol.

El medio busto del Dr. Beristáin se destacó en la cátedra sagrada. Iba con el traje de Canónigo, de roquete blanco y capa negra, con una hermosa palma en la mano. Sus ojos grandes, negros, expresivos, barrieron aquel enjambre de cabezas y de palmas, é instantáneamente se fijaron en el Virrey y sus labios se abrieron, comenzando el sermón de este modo:

«Jesús Nazareno aclamado hoy por el pueblo, rey de Jerusalen, hijo de David y enviado de Dios; y Jesús Nazareno blasfemado dentro de cinco días por ese mismo pueblo, condenado á muerte é ignominiosamente crucificado, es una cosa que admira y asombra, pero que merece también las reflexiones del orador. Ved aquí la materia de mi breve discurso y de vuestra cristiana atención esta mañana. Para que yo acierte y vosotros saquéis alguna utilidad, es necesaria la gracia del Espíritu Santo. Pidámosla humildemente. AVE MARIA.»

El exordio anterior dicho con unción religiosa preparó convenientemente al auditorio. Más de un buen devoto sintió cierta piadosa fruición con aquellas palabras, y más de un devoto sensible se conmovió hasta derramar copiosas lágrimas, cuando en el curso del sermón el elocuente predicador preguntaba al ingrato pueblo que hacía siglos dormía bajo el sepulcro:

«¿Hoy vitoreas á Jesús, y dentro de pocos días le abandonas? ¿Hoy le conduces triunfante al monte Sion, y mañana le llevarás preso al monte Calvario? ¿Hoy te desnudas de la capa para tendérsela, y el viernes le despojarás de su túnica para repartírtela? ¿Hoy cortas palmas y ramos para aplaudirle, y el viernes arrancarás cambrones para coronarle? ¿Hoy se escuchan de tus labios bendiciones y vivas, y el viernes no resonarán delante del pretorio sino las terribles é insolentes voces de *apártale de nuestra vista, muera crucificado?......*»

Prosiguió así Beristáin en su discurso, inspirándose en los hermosos conceptos del evangelio del día; pero súbitamente la piedad se ocultó tímidamente en un rincón del marmóreo púlpito: el orador sagrado, como muchos de sus contemporáneos, olvidó su misión: sus labios no destilaron la *dulce miel*, el bálsamo consolador de la piedad cristiana: el apóstol se trocó en sectario; el púlpito se cambió en tribuna.

Ya las siguientes palabras no conmovieron al auditorio, sino que lo exaltaron. El texto del evangelio del día, le sirvió para establecer un símil blasfemo entre Jesucristo y Fernando VII, entre los fariseos y escribas que pedían la crucificción del Nazareno, y los sacerdotes é insurgentes que se habían levantado en armas para proclamar la emancipación de México.

El orador perdió la calma. Tronó y relampagueó contra el patriotismo de los independientes; los llamó maldicientes, ingratos, pérfidos, rapiñadores....

«Nuestros escribas y fariseos,—decía exaltado,—los aprendices de políticos y de filósofos ilustrados, sedujeron, pervirtieron á los pueblos......No debe reconocerse á Fernando por rey, sino al Apóstata Hidalgo, al Judas de la nueva España, al Barrabás de la América: *Non hunc sed Barabbam....*»

Beristáin no pudo proseguir....Quedó de improviso mudo, sin articular palabra. Cayó desplomado en el fondo del púlpito, en medio del mayor asombro de los fieles....

La multitud ya no parecía entonces un mar tranquilo en el que sobresalían las enfloradas palmas: la multitud se agitó como un mar embravecido. Era una época de lucha: hacía cinco años que en los campos se combatía por conquistar la independencia, y en las ciudades los odios de realistas é insurgentes dividían á los sostenedores de una y otra causa....

La multitud de fieles que había en la Catedral fué presa de encontradas pasiones......*¡Castigo del cielo!* decían los piadosos al considerar la blasfemia de Beristáin cuando comparó á Cristo con Fernando VII. *¡Castigo de Dios!* clamaban los insurgentes indignados de que á Hidalgo se le comparara con Judas y Barrabás!

Hasta en las bancas exteriores del coro, donde estaban los capitulares, hubo una gran conmoción. Entre ellos había también partidiarios de España y partidarios de la independencia, y uno de estos últimos, el Canónigo Dr. Don José Nicolás Maniau y Torquemada, desde su asiento y con tono burlón, gritaba repetidas veces: —*¡Que le quiten la chaqueta! ¡que le quiten la chaqueta!* aludiendo á las ideas realistas de Beristáin. Los que estaban inmediatos no podían menos que reirse.

Beristáin fué bajado en hombros del púlpito, llevado á la sacristía para prestarle los primeros auxilios, y después á su casa de la esquina de Santo Domingo y Tacuba.

Sobrevivió á aquel accidente, pero baldado del lado izquierdo. Sólo la cabeza y el brazo derecho podía mover. Y sin embargo de esta enfermedad, Beristáin siguió rabioso por la causa realista. Paralítico como estaba se hacía conducir en silla de manos para hablar con Calleja; firmaba con la única mano que tenía disponible la sentencia que degradó al gran Morelos, y no satisfecho con haber pronunciado el sermón del Domingo de Ramos, lo imprimía completo con la parte que le había faltado decir, llena de insultos contra los insurgentes. Aún hizo más: en la dedicatoria manuscrita con que lo envió á España al ex-Virrey Venegas, le manifestaba «que tenía á dicha el haberse visto en el último peligro de su vida por atacar religiosa y eclesiásticamente á los insurgentes de su Patria,» y le pedía lo sacara de ella.

Nada extrañas hubieran sido estas ideas en hombres de buena fé, mas el Deán de la Catedral no fué sincero en sus opiniones. Su servilismo era por conveniencia. Siendo familiar del Sr. Fuero, había dicho que las bienaventuranzas eran nueve, y que la nona rezaba: *Bienaventurados los gachupines porque de ellos es el reino de las Indias*, y como censor de impresos había puesto el V° B° con elogio á muchos folletos revolucionarios.

Esta doble conducta de Beristáin lo hizo sospechoso á la Inquisición, la cual comenzó á formarle expediente en 1815, ausándole de que había abusado de textos sagrados en 1796 para elogiar á Don Manuel Godoy, como lo había hecho con Fernando VII, de poseer un libro prohibido *El hombre de Hierro*, y de haber aprobado los dichos impresos contra el gobierno español.

La única tarea noble á que se consagró ya paralítico, fué á la de concluir su *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*. Con ayuda de su sobrina Doña Lorenza Vizcaya de Lobo, pudo corregir hasta la página 184 del tomo I. El resto hasta completar tres volúmenes, lo dió á la estampa otro sobrino, Don José Rafael Enriquez Trespalacios. La publicación de esta obra fué un servicio inapreciable para las letras patrias. Beristáin fué un gran bibliógrafo, aunque adulador y falso como político.

Por fin, tras largos sufrimientos, murió en la casa de la esquina de Santo Domingo y Tacuba, la noche del 23 de Marzo de 1817, casi dos años cumplidos del día en que pronunció el sermón que causó tanto escándalo en la Catedral.—LUIS GONZALEZ OBREGON.

CASA DE BERISTAIN.—ESQUINA DE TACUBA Y SANTO DOMINGO.

Dr Bergeron. Dr. Lannelongue. General Bailloud. M. Le Gall. M. Charles Dupuy.

ULTIMOS MOMENTOS DE M. FELIX FAURE.

[Vease el articulo en la página 126].

Presidente de Francia.

SU CASA Y SU FAMILIA.

El abogado provincial que hoy ocupa el puesto más elevado en la política francesa recorrió en línea recta y por ascensos graduales la distancia que media entre su hogar humilde y el Eliseo. Desempeñó todas las funciones públicas electivas, siendo sucesivamente regidor, alcalde, consejero general, diputado y senador. Ya en el Parlamento fué Ministro y luego Presidente del Senado. Realiza, pues, el ideal democrático este servidor del pueblo que ha ocupado normal y legítimamente todos los puestos de confianza por propio mérito, sujetando siempre su conducta franca y su vida laboriosa á los dictados de su conciencia de republicano convencido.

Antes todo buen soldado podía ser mariscal de Francia; hoy todo buen ciudadano con tal que lo ayude la suerte tiene abiertas las suntuosas cámaras del Eliseo.

* * *

El año de 1867 M. Loubet era abogado de Montelimar de donde fué nombrado alcalde después del 4 de Septiempre de 1879. Se casó con Mlle. María Denis, de Montelimar, hija de un comerciante en ferretería.

Aunque la Sra. Loubet ha sido siempre una mujer sencilla y esclava de los deberes domésticos, cuando su esposo ocupa altos puestos da muestras de irreprochable corrección social y hace los honores en sus recepciones con gracia exquisita.

El Presidente ha tenido de su feliz matrimonio dos hijos y una hija, ésta casada ya.

M. Loubet es huérfano de padre, pero su madre vive aún «en la tierra» y tiene OCHENTA Y SEIS AÑOS DE EDAD.

Esta interesante campesina que ha llegado sin saberlo y sin quererlo á ser la persona de más influencia política en Francia, es de la misma pasta de la madre del Nabab de Daulet: una buena mujer, y nada más, sencilla hasta el grado de no comprender lo que significa la palabra ambición y tan encariñada con su casa campestre que no la dejaría por todas las grandezas y por todos los honores.

LA MADRE DE M. LOUBET RECIBIENDO LA NOTICIA DE LA ELECCION PRESIDENCIAL.

* * *

Desde que empezó á correr por Francia la noticia de la elección presidencial, la venerable octogenaria se vió asediada por una plaga de reporters ansiosos de dar al mundo las primeras *notas* sobre la madre del Presidente.

La han descrito los periódicos como aparece en nuestro grabado, robusta, activa y llena de vitalidad. También han dicho con qué conmovedora melancolía recibió la noticia, que le comunicó por telégrafo su nieto, el hijo mayor de M. Loubet.

La casa donde nació éste y donde siempre ha vivido su madre, está ubicada en la municipalidad de Marsanne, (jurisdicción de Montelimar) á dos kilómetros del pueblo.

«La Terraza,» así se llama la granja, está en el fondo de un valle y la forman dos cuerpos de un edificio rústico, con sus caballerizas y establos en la parte baja y en el piso superior las habitaciones de la señora Loubet.

La verdad sobre los últimos momentos. Del Presidente Faure.

Las narraciones minuciosas que han corrido en la prensa no son de una exactitud absoluta. Así lo dice y lo sostiene con buenas razones un periódico que echó sobre sí la tarea de una rectificación completa de los hechos, reconstituyendo la fúnebre escena con el auxilio de los más autorizados testimonios.

Del canapé en donde se recostó primero al enfermo se le llevó á un colchón colocado á toda prisa cerca del busto de la República en la parte de la pieza que forma rotonda y está decorada de Gobelinos.

Rodeaban el improvisado lecho en los momentos en que murió el Presidente: el General Bailloud, jefe de la casa militar; M. Le Gall y M. Blondel director y sub-director respectivamente del gabinete civil; M. Dupuy, Presidente del Consejo, los Doctores Bergerón y Lannelongue; el Padre Renault, llamado para impartir los auxilios religiosos al moribundo y Bridier el camarero de M. Faure.

El Dr. Lannelongue observaba ansiosamente el pulso, que se paralizó á las diez de la noche.

GRANJA DE MARSANNE, RESIDENCIA DE LA MADRE DE M. LOUBET.

CURIOSIDADES CIENTIFICAS.

La embarcación de seguridad Henry.

Se han hecho numerosas tentativas para la construcción de embarcaciones insumergibles y á pesar de tantas investigaciones y de tantos cálculos y experiencias, no se había obtenido hasta hoy ningún resultado verdaderamente práctico.

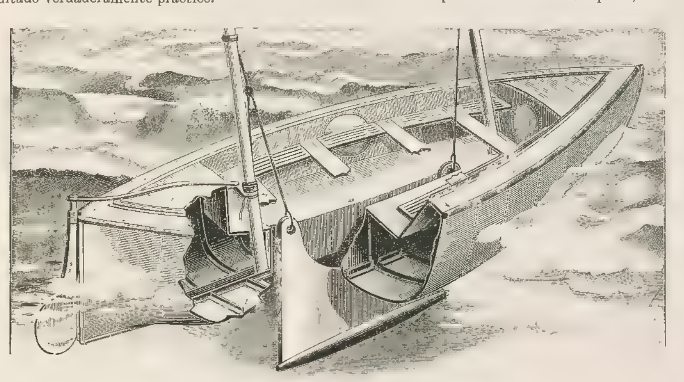


FIG.—VISTA INTERIOR DEL BOTE HENRY.

M. Albert Henry fué el llamado á la realización del ideal tanto tiempo perseguido por los inventores, y los ensayos hechos en la Rochela, demuestran que su embarcación por inclinada que esté en un momento dado, vuelve á enderezarse por sí sola y que expulsa instantáneamente el agua que se le introduzca por cualquier causa.

La descripción del sistema es muy sencilla como se ve en la fig. 1. Hay en el interior de un casco ordinario otro casco que viene á formar una cámara interior.

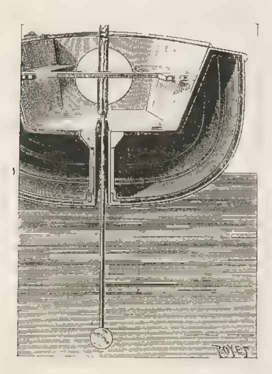


FIG. 2.—CORTE TRANSVERSAL DEL BOTE.

El espacio comprendido entre ambos cascos está herméticamente cerrado y forma una caja de aire dividida en varios compartimientos. Para el buen funcionamiento del sistema es indispensable que el piso de la cámara interior se halle arriba del nivel exterior del agua. A lo largo de dicho piso hay una abertura que sirve de orificio á un pozo que llega al exterior del casco y de este modo el interior de la embarcación se comunica libremente con el agua en que flota. Una barra con una bola de plomo en su extremidad inferior (fig. 2) y que se hace subir más ó menos, según que se navegue en profundidades ordinarias ó se llegue á tierra para atracar, mantiene el centro de gravedad en un lugar muy bajo respecto al fondo de la embarcación.

Se consigue que ésta no se vuelque por medio de la combinación de las cajas de aire y de la barra que la mantieneen la línea del agua.

La insumergibilidad se logra igualmente con las cajas de aire y el pozo longitudinal abierto en el interior de la cámara sobre la línea de flotación. En efecto, el agua que se introduzca sale necesariamente por este orificio toda vez que el piso está sobre el nivel del agua exterior y por pesantez será expulsada la que entre á la cámara.

Para completar esta breve descripción, bastará decir que el sistema de la embarcación Henry se aplica á botes de salvamento, porta abrigos y yates de recreo.

La maniobra se hace por medio de remos ó velas con la mayor seguridad. En la cámara de aire se embarcarán los víveres y aun puede haber lugar suficiente para camarotes en embarcaciones de cierto tamaño.

El principio que ha guiado á M. Henry es de lo más sencillo y los resultados obtenidos en la Rochele permiten augurar las más lisonjeras esperanzas para un empleo general de su invento.

***

Un gran *life boat* de más de nueve metros, construido por M. Decout-Lacour, fué puesto á prueba por oficiales de marina, ropresentantes de la Sociedad de Salvamento y de las grandes compañías, así como por algunos miembros de la prensa, ante un público numeroso. La primera vez se inclinó la embarcación hasta salir la barra fuera del agua, es decir, en un ángulo de 90°. Abandonada á sí misma la embarcación volvió á tomar asiento y todo el agua que entró salió por su propio peso en menos de un segundo.

En otra de las pruebas, no sin grandes esfuerzos, pudo ponerse la quilla al aire, — lo que prueba que en el servicio ordinario esta eventualidad no es de temerse.—é instantáneamente volvió el bote á su posición, bastando cuatro segundos para que el agua saliera.

Los ensayos terminaron con una prueba que da una idea completa de la resistencia que puede oponer la embarcación Henry á los fuertes golpes de mar.

Se dispuso un gran receptáculo de 8,000 litros en el muelle á tres metros y medio de altura respecto á la embarcación Henry. Volcado bruscamente el receptáculo, cayó una gran masa de agua sobre el bote el cual se inclinó completamente, volviendo á su posición normal y expulsando el agua introducida. Esta experiencia parece concluyente.

Un nuevo uniciclo.

Si disminuís las ruedas de un vehículo, disminuiréis los frotamientos: hé ahí una de las razones porque el biciclo ó la bicicleta son superiores al triciclo, y el uniciclo, por ende, valdrá más que el biciclo

Presentamos hoy un modelo de uniciclo debido á Mr. Vernon D. Venable, de Virginia, y que como verán nuestros lectores no carece de originalidad en sus diversas disposiciones. La rueda es una sola, naturalmente; pero además de eso, no tiene rayos y su yanta se compone de dos partes que giran una dentro de otra, como puede verse en nuestro grabado.

La porción exterior D. de la yanta presenta una concavidad externa en la cual halla lugar el vendaje pneumático; tiene otra parte análoga, de forma semi circular, que constituye un cilindro para el rodaje de las municiones, las cuales se encuentran la mitad en ese cilindro y la mitad en un vaciadero hecho en la segunda parte de la yanta E., Es fácil comprender que con tal disposición, los frotamientos que se produzcan quedarán muy reducidos.

La media yanta E queda fija y en relación á ella gira concéntricamente la otra, para lo cual se adaptan, de un solo lado, los tornillones C. El ciclista mueve por medio de pedales una rueda bastante gran de A que está unida por medio de cadenas con otra análoga B.

La disposición del manubrio y del asiento difiere en inclinación de las usuales y fácilmente podrá estudiarse en el grabado principal, así como la posición que guardará el ciclista en ejercicio.

El ciclista puede inclinarse hacia adelante, obteniendo de esa suerte el desplazamiento de su centro de gravedad y facilitando en consecuencia el movimiento de progresión del aparato.

El inventor afirma que su uniciclo es absolutamente

FIG. 1—EL NUEVO UNICICLO.

estable y fácilmente gobernable con solo la inclinación del cuerpo á la derecha ó á la izquierda.

La invención es curiosa, pero es muy posible que las dos yantas se presten á la distorción y además ocurre preguntarse si el polvo no penetrará con facilidad entre las municiones y sus rodetes.

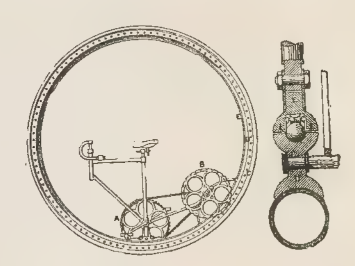


FIG. 2—CORTE Y DETALLES DEL MECANISMO.

Mas sea como fuere es un invento más y en pos del ingenio que nos lo presenta en su forma actual vendrán los perfeccionadores á desarrollarlo y á darle mil aplicaciones nuevas.

Quién sabe si mañana el uniciclo de Venable se convertirá en medio poderoso de locomoción ferroviaria según la idea de un precursor que imaginó largos años hace el empleo de grandes ruedas auto-motrices para las líneas de ferrocarriles urbanos.

LAS CALLES LONDINENSES.

Sin querer medir los caminos de fierro, *elevated*, de Nueva York ó de Chicago, Londres parécenos que es la ciudad donde los medios de transporte son comprendidos mejor.

Podréis, ahora, con facilidad hacer el viaje y os daréis personalmente cuenta de ello: si al llegar á Douvres tomáis el tren del «London Chatam and Dover Railway» penetramos en Londres por la estación de Victoria. Allí no hay sino escoger: á una indicación, un *hansom cab* (un *cab*, como se suele llamar) viene á alinearse, al lugar mismo donde habéis puesto el pié y al trote rápido y ágil de su caballo os conducirá á vuestro hotel. —Si lo deseais así, únicamente tendréis que recorrer el patio de la estación, y descendiendo, tomar un tren del Metropolitano, que sirve para el transporte de toda esa aglomeración, muy á menudo, sin cambio de tren. Las estaciones subterráneas del Metropolitano, comunicannos casi siempre, por pasillos y escaleras, con las estaciones de las grandes líneas que penetran en Lóndres, y las más de las veces, con las estaciones de las nuevas líneas eléctricas metropolitanas y las subterráneas.

A cualquiera hora que se atraviese la calle, la encontraréis cruzada por una colección de ómnibus livianos, caminando con una ligereza creciente, como que pertenecen á empresas en competencia. Si deseais tomar uno, no hay que correr tras del que os ha dejado, pues en uno ó dos minutos, tal vez en medio minuto, pasará otro en la misma dirección. Este movimiento de los ómnibus, en fila nunca interrumpida, es del todo fantástica en el Strand, y aun llega á superarle en el puente de Lóndres.

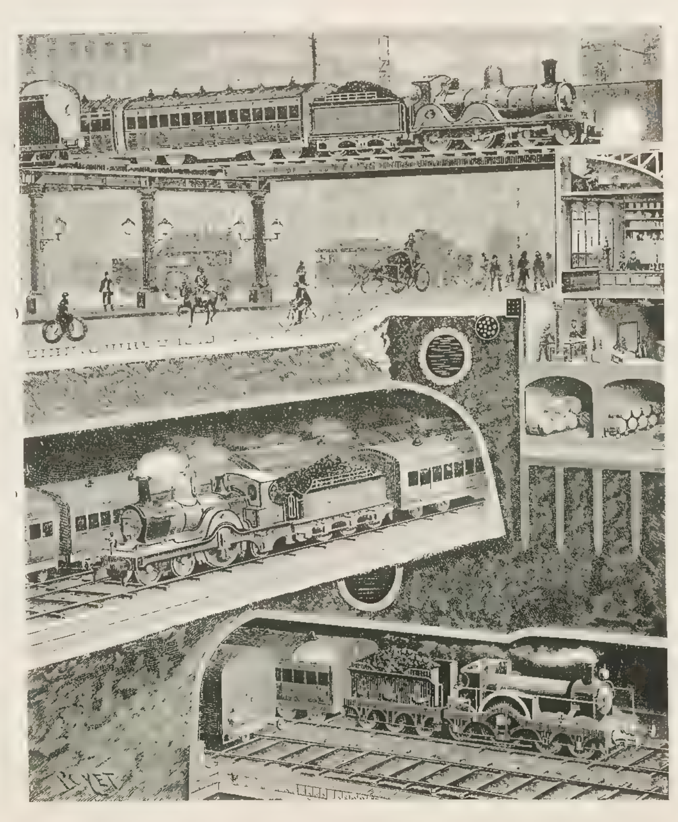
Lo que constituye la superioridad de los medios de transporte en Londres, es que han seguido la ley del progreso, desarrollándose al mismo tiempo que la metrópoli, que ocupa una superficie formidable. Actualmente la extensión sujeta á la jurisdicción de la policía de la Cité y metropolitana, alcanza la cifra de 1761 kilómetros cuadrados, con una población de seis millones de almas. La superficie postal es de 622 kilómetros, abarcando, aproximadamente 5½ millones de habitantes. Pero en realidad, la aglomeración londinense, tal como es servida por los medios de transportes urbanos y suburbanos, es mayor aún que todo esto, y ascenderá á no dudarlo en el transcurso de treinta años, aproximadamente, á la suma de doce millones de habitantes.

Visto lo que antecede, no causará admiración que las compañías de caminos de fierro, conduzcan diariamente á la gran ciudad 960.000 viajeros suburbanos, sin incluir en esta cifra los que desembarcan de 3170 ómnibus y de los dos mil *tramways*. Datos recientes arrojan en una hora 1288 coches y 5660 peatones en el Strand; 992 vehículos y 6358 peatones en Cheapside una de las principales del gran barrio de los negocios.

Coloquémonos en la *Queen Victoria Street*, en plena *Cité*, en la encrucijada de la Reina Victoria y de la rampa que da acceso al puente bien conocido de Blackfriars. Mientras que ante nosotros desfilan innumerables transeuntes, los ómnibus ligeros, los *cabs* rápidos, bajo la vigilancia del automedonte, *inmóvil*, correcto, sereno y complaciente, al levantar los ojos vemos un tren que rueda sobre un viaducto y un puente bajo de los cuales están instalados los almacenes. Es el «London Chatam and Dover Railway,» que acaba de desembarcar los viajeros del continente en la estación de San Pablo, y continúa, recorriendo Londres rumbo á las otras estaciones de otras líneas que vienen de la provincia. En el subsuelo, donde ha sido preciso construir pilares para establecer el viaducto, he aquí los conductores eléctricos, los tubos del gas y del agua; á 6 metros de profundidad encontramos la bóveda del *Underground*, del primitivo Metropolitano: más allá están los albañales, los colectores, cuyo establecimiento ha sido un trabajo desgraciado. Podemos descender á mayor profundidad aún y á veinticinco metros de profundidad próximamente, ver como un tubo metálico que da paso al «City of Waterloo Railway.»

No hay, sin disputa, en la superficie del globo, un solo punto donde se encuentre tal multiplicidad de medios de transporte; lo que no impide á los londinenses pedir aún más, pues comprenden la importancia que acarrea la facilidad de comunicación á una gran ciudad. Y mientras se terminan dos nuevas líneas subterráneas, un eminente ingeniero, Sir John Wolfe Barry, insiste en la necesidad urgente que hay de prolongar las calles de Londres y de establecer cruceros á niveles diferentes para permitir una circulación más rápida todavía de los vehículos.

CICLISTAS DEL CLUB «AGUILA» DE MERIDA.



UNA CALLE LONDINENSE.

BICICLETAS ADORNADAS.

Las que figuran en nuestro grabado son algunas de las que se presentaron en el Club ciclista «Aguila» de Mérida.

La primera es de un clown, la que sigue, adorno floral, luego escena cómica; en el centro la que obtuvo más premios y representa un cisne, continuando otras de adornos florales.

DUELOS PUBLICOS Y CORBATAS BLANCAS.

En los funerales de M. Faure presentóse M. Loubet de guante blanco y corbata blanca. M. Deschanel llevaba también corbata blanca, pero sus guantes eran color de paja. M. Frank iba de riguroso luto: guante y corbata negros.

Los periódicos de París discuten á este respecto una tesis de alta indumentaria: ¿cuál es el traje de luto cuando se prescriba para una solemnidad el traje de etiqueta?

En primer lugar descartan de la contienda las prendas de M. Deschanel. Este es joven y aunque su título de Presidente de la Cámara de Diputados le da un carácter oficial respetabilísimo, los periódicos y los salones ven principalmente en el joven político, un lyon á quien sus antecedentes mundanos hacen lícito cualquier mundanismo en la severa escena oficial. Pasen pues, los guantes color de paja de M. Deschanel como una concesión á su simpática figura de elegante.

El debate ha sido reñidísimo entre la corbata y guantes negros de Franck, y la corbata y los guantes blancos de Loubet. ¿Quién ha estado en lo correcto al ir como fué al entierro?

Los periódicos parisienses no se darían por convencidos en favor de Loubet teniendo sólo en cuanta su alta dignidad; al frondismo francés, irrespetuoso y atrevido, se inclinaría de mil amores á llevarle la contraria al gran personaje, si éste fuera convicto de un atentado contra la coracción mundana.

Pero en esta vez la corrección estuvo de parte del campesino de Marsanne.

Las autoridades en la ardua materia, opinan que el traje de etiqueta exige *á fortiori* el guante blanco, ó color de paja; pero en todo caso el guante negro de M. Franck fué una aberración que los parisienses no perdonan y han castigado severamente.

PENSAMIENTOS

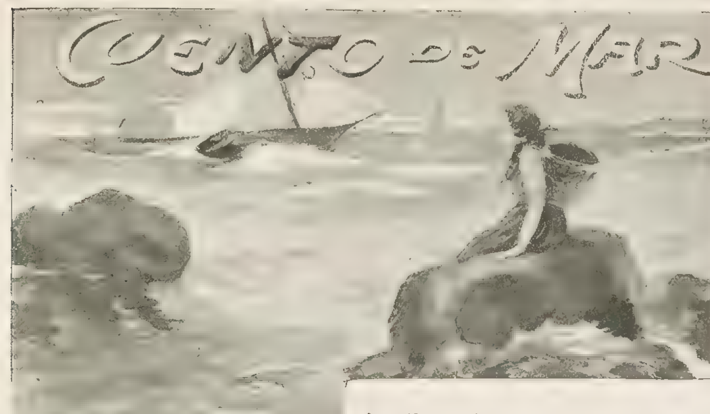
Dos cosas igualmente peligrosas: un arma en las manos de un loco y una idea exacta en el cerebro de un tonto.

* * *

La convicción es tan ingeniosa en sus razones como el escepticismo en sus dudas.

* * *

La virtud más rara en la lucha de las ideas es la moderación.



En las bajísimas costas de la península yucateca, bañadas y desmenuzadas por las cortas y duras olas del Golfo, hay tramos extensos en que la orla de la playa parece calada por la mar que forma en ella verdaderos encajes de lengüetas arenosas que corren paralelas á la tierra firme y de islotes ó bancos en que la arena tiene la consistencia de la roca y forma insubmergibles montículos cubiertos de vegetación entre la cual suelen los cocoteros alargar hacia la región del viento sus tallos derechos coronados del gran penacho sonoro de palmas verdes despuntadas por la brisa.

El flujo cubre casi completamente las lenguas de arena y el reflujo las deja descubiertas así como los delgados istmos que sueldan los islotes al litoral. Las ciénegas, los charcos salineros que por ahí son frecuentes añaden un elemento de vida social, digamos así, á aquellas ingratas costas, porque en las épocas de pesca y en las de la cosecha de la sal se forman pequeñas poblaciones á lo largo de la orilla y pululan los botecillos y las chalupas en cuanto el viento y la marea lo permiten. A la salida ó á la puesta del Sol, aquellos charcos salineros presentan un aspecto mágico; á veces un solo tono de oro, á veces un maravilloso color de rosa pálida ó una confusión sorprendente de todos los colores del espectro, convierten á aquellas áridas y desiertas playas en sitios encantadores que pocos ven, que nadie admira.

Las gaviotas que van y vienen en bandadas de rombos blancos por la azul inmensidad del golfo, los alcatraces pescadores que se dejan mojar por la ola y surgen de la espuma con un pececillo en el pico y lo engullen seriamente como viejos filósofos, son los habitantes permanentes de aquellos parajes.

Cerca de los barandales de cristal de las salinas y en algunos de los pequeños istmos que unen los islotes á tierra cuando baja la marea hay *tembladeras.*

Navegando en una embarcación costanera entre Campeche y Sisal se ve la *Ciénega de las Palmas.* Muchas hay en aquel trozo curioso de playa y abundan los cactus cuyas gruesas manos espinosas ofrecen dulces tunas de sangre. Allí la población es permanente; las chozas de los pescadores con sus techos de *guano* como por allá dicen, y sus albarradas de piedras marinas y caracoles de nácar, muestran tendidos al sol las nazas ó redes de pescar y los fuertes anzuelos. En un islote cercano á la playa había una de estas chozas y dos ó tres cocoteros altísimos que se veían desde el mar: las aves marinas hacían sus nidos entre los pedruscos que la rodeaban. En esa cabaña junto á la cual estaba amarrada una vieja chalupa, había vivido una familia de pescadores. El padre y la madre que se habían refugiado allí, viniendo de las costas que limitan al Mar Caribe, durante las horas de espanto de la sublevación de los mayas, habían muerto del cólera hacía pocos años; un muchacho güero y bonito que, por milagro, se había salvado del naufragio de un buque americano que su padre mandaba, y que los viejos pescadores habían recogido y una nietecilla que se llamaba ó á quien llamaban *Laya,* formaban la familia. El niño, hombre ya y fuerte se había casado con la hija del salinero principal de la ranchería y había abandonado la choza en que Laya vivía contenta y sola. El islote, cuando en la época de lluvias, cuajaba la sal en todos los charcos en la arena, parecía, á los rayos del sol, una gran malla de cristal: le nombraban *la Telaraña.*

Allí vivía Laya, sola, respetada y cuidada por todos, por los salineros, por los vientos que no habían destruído su viejísima cabaña, por el mar que la lamía y la besaba á veces, pero que nunca había tenido para ella una de esas sus terribles caricias matadoras.

Laya había sembrado algunas flores en los huecos de las piedras, había domesticado algunos pájaros marinos y sola en su chalupa salía á la mar, por gusto, para embriagarse de ruido y aliento de olas, de ráfagas de inmensidad y por necesidad para pescar; solía vender bien sus *bulcayes* y sus *cazones.* Laya corría por los pedruzcos de la *Telaraña* con una ligereza de sonámbula y desafiaba al norte en su chalupa, á pesar de los pescadores viejos que enmudecían de secreto horror viéndola volar como un pájaro sobre la espuma del Golfo en furia. Pero Laya hacía lo que nadie, lo que no había memoria que alguno hubiera hecho, lo que sólo el diablo podía hacer, ¿y quién sabe? Laya pasaba corriendo por una *tembladera.*

La *tembladera* es una de esas trampas terribles del Golfo; el mar que cría la perla entre los labios sonrosados de sus conchas y hace del coral sus árboles vivos de púrpura y aborta fantásticos seres como el pulpo, se permite el lujo de bordarse de una cintura de arena sobre la cual es imposible hacer pie firme; nadie la distingue del resto de una playa, á la vista; mas al pasar sobre ella cede y cede siempre; la arena se abre y se abre bajo las plantas, el desgraciado que ahí pisa se hunde y lucha y cada movimiento lo hunde más; las convulsiones del esfuerzo supremo abren más la sima y aquel infierno silencioso y frío traga, traga sin descanso, los latidos del corazón empujan hacia abajo y hasta el aliento entierra en aquella tumba implacable en que uno mismo es su sepulturero. Después de la agonía sigue el hundimiento invisible, la absorción del hombre por aquel pozo espantoso de moléculas sólidas y la *tembladera* une, lisa y brillante de nuevo, su superficie serena y pérfida.

Figuraos la magnitud del peligro que desafiaba Laya, atravesando, alada y risueña, aquel juguete cruel del Océano.

Así pasaba la vida la pescadorcilla, mirando al cielo con sus grandes ojos verdes, llenos de reflejos del mar de la costa, tendiendo su endeble cuerpecillo en una hamaca colgada de los cocoteros en las horas del calor, ó vagando por la ciénega ó por la mar aspirando á pulmón pleno el viento salado, luchando sin cesar con las rebeldes mechas de pelo negro que le borroneaban el dulce rostro ambarino; y cantando, cantando á todas horas: *la cantadora* le decían en la Salina; á veces, en las noches de luna, se oía entre el tumbo del mar la canción de Laya, un hilo de agua potable y pura. ¿Qué decían esas canciones? Nada; todo. Decían el corazón de la la muchacha; eran retazos de playeras, de trovas pescadoras, de versos de poetas de la ciudad transformados en baladas marinas, al pasar por la guitarra de los cantores ambulantes en las ferias de Campeche ó enmarañados en la imaginación y en la garganta de aquella *Mignon* de la costa.

Y este, lectores, no tendría el honor de ser un cuento romántico, si no cayera en él una gota de amor, para perfumarlo todo, si no os revelase que Laya amaba. A nadie se lo había dicho; no se le había ocurrido; ni podía explicar á los demás un sentimiento que ella misma no podía explicarse.

Vuestra perspicacia lo ha adivinado: cuando Laya se había separado de Jorge, del rubio náufrago, su hermano de adopción, lloró mucho y quiso morir; pero no quiso ir á casa de éste, á pesar de muchos ruegos. Se quedó sola y el mar, el gran consolador, difundió el sentimiento de la niña en sus brisas inmensas y Laya pudo vivir. Eso sí, pareció haber perdido la inteligencia, toda ella como que se había refugiado en su corazón enfermo á fuerza de sentir y callar. ¡Ah! como envidiaba la pobre muchacha el vuelo de las garzas que se perdían en el cielo!....

Y cantaba, cantaba siempre:

> Viven las algas apenas
> un solo día,
> y acaban así sus penas
> así se acaba la mía.
>
> Garzas, garzas que vais por el cielo,
> muy lejos, más lejos con lento volar,
> yo quisiera volar vuestro vuelo,
> volar vuestro vuelo,
> y volando sin rumbo perderme en el mar.

Estas eran las palabras de Laya; no sé si las transcribo bien: así me las repetía en su guitarra andaluza la gentil campechana que me contó esta historia.

* * *

Ya hemos dicho que Laya despreciaba los peligros, menos uno; la inconsciente criatura, tenía un miedo indecible á la mujer de Jorge, su hermano adoptivo. Había en efecto una terrible fiereza en los ojos de Rosalinda, de *la Linda* como la llamaban los salineros. Brillaban esos ojos con la luz acerada de las estrellas blancas en las noches de invierno, á veces flameaban como los del *chacmol* el jaguar de las sábanas yucatecas, Su hermosura era espléndida, magnetizadora, no había palma en la costa que se cimbrara como la cintura de aquella trigueña. Había enloquecido literalmente á su marido: contaban que este pasaba los días en su cómoda casuca de ricacho, besando las manos de su mujer y llorando. Frecueutemente salían juntos á pescar; entonces Jorge hacía prodigios de destreza, de valor, de gracia.... La *Linda* lo veía.

Cierta ocasión ella no quiso salir al mar porque amenazaba el Norte, mas Jorge decidió partir solo; ella invitó á su marido para que prescindiese de la pesca.... Jorge quiso ser hombre y sacudir el yugo un día.... Y partió.

Rompió el Norte; Jorge luchó con bravura para que el viento lo llevase á la costa, sin volcar su canoa; hizo prodigios, sereno y risueño; los vogas alentados por tanto valor lo secundaron y ya llegaban á las pla-

[*]. Escrito en 68; no está en la colección de cuentos románticos ed. V. Bouret.

yas de *La Telaraña*, que era la salvación..... Entonces el bravo muchacho se acordó de su mujer, le flaqueó el corazón, los brazos le cayeron flojos sobre el remo que le servía de timón, el miedo de no volverla á ver lo acobardó y se sintió vencido y se puso á llorar como una mujer.

Aquello fué instantáneo; Jorge gritaba «Linda, Linda,» los vogas se echaron al mar y la canoa fué á estrellarse en las piedras redondas y lisas de la *Telaraña*. Jorge resucitó, puede decirse, en la choza de Laya que lo besaba y lo besaba creyéndolo muerto, sin duda. Mucho tiempo hacía que Jorge no veía á su hermanita solitaria, la había amado mucho en su infancia y entonces, sin duda, no habría podido explicarse la vida sin ella.

Pero vió á Rosalinda y no volvió á pensar en Laya, ni volvió á pensar en su infancia, los ojos de la trigueña habían sido para él *la tembladera* suprema. Laya tampoco había vuelto á hablar con él; por entre los intersticios de las palmas de su choza lo veía y sus miradas tenían la extensión y la amargura del mar.

¡Cuantas cosas se dijeron el muchacho y Laya aquella noche! Al partir Jorge dejó á Laya el relicario que con él se había salvado del naufragio, allí, su madre, había puesto un rizo de sus cabellos canos mezclados á los blondos del niño. Con él se salvó del naufragio. Dichosa con aquel presente, Laya lo colocó al pié de la imagen del Cristo que tenía en la choza, frente al cual en un vaso roto ardía siempre una lámpara.

***

La mujer de Jorge notó la falta del relicario é interrogó á su esposo: Jorge se lo contó todo. Brincó Rosalinda como una tigre herida, se metió en una chalupa y se dirigió á *la Telaraña*. Laya no estaba en su choza, había salido á pescar.

Concluía el reflejo cuando volvió á su islote la pesdorcilla alegre y cantadora como una golondrina de vuelta al nido. Estaba seca la lengua de arena que unía la playa á su islote; levantóse la falda de indiana incolora y echó á correr por *la tembladera*. Su ligereza era un prodigio: sus piecesillos rosaban apenas la arena movediza. Volaba, podía decirse; porque con la menor detención estaba perdida.

Un grito estridente resonó en *la Telaraña*

Laya alzó la vista.

En la puerta de la choza estaba en pié *la Linda*, agitando entre sus manos el relicario de Jorge.

Laya palideció intensamente y comenzó á hundirse.

El suplicio fué terrible, pero corto.

La arena cedía con espantosa rapidez.

La víctima no arrojó un grito siquiera, pensó en Jorge.

La Linda miraba fijamente *la tembladera*.

Cuando ya la arena le llegaba al pecho, Laya hizo un movimiento convulsivo de desesperación y se hundió más.

Entonces al sentir una bocanada de brisa volvió los ojos hacia la entrada de la laguna y notó que el flujo comenzaba y la laguna se iba llenando de agua.

La pobre niña dobló la cabeza; una lágrima, una perla, rodó por sus mejillas.

Pocos minutos después, cuando la ciénega presentaba el aspecto de un inmenso tapiz de agua, *la Linda* desató su chalupa y ganó la orilla vecina.

La gentil campechana que me refiere esta verídica, aunque romántica historia, añadía solemnemente: esa noche una blanca paloma de mar, volaba por encima del agua que ocultaba *la tembladera*. Algo brilló en las olas, la paloma hundió en ellas la cabeza y la sacó en el acto con una perla en el pico y voló, voló y se perdió en el cielo.....

—¿Es cierto eso? pregunté sonriendo. Mi amiga replicó: es tan cierto como el dolor, como el cielo, como el alma.

1868.

Justo Sierra

LOS NIÑOS ACTORES.

Yo los he visto; algo aqui, mucho en el interior. Y de las muchas cosas tristes que he visto en la vida, acaso sea ésta una de las más tristes,—de las que más me han obsesionado.

La más innoble de las explotaciones es la explotación del niño. La corrupción comienza á devorarlos en esa edad en que todavía se ignora todo lo de la vida, excepto la parte sonriente. Ellos la ignoran. Como frutos madurados á golpes y fuera de la rama, hay actitud hasta en sus gestos vagos —gestos que apenas esbozan el sér. Las blasfemias vuelan de sus labios como mariposas negras y hay rencores por preferencias de papeles como en las compañías de cómicos de la legua....ó de eminencias. Algunos llevan microscópicos *revólvers* colgados al cinto, sin que nadie sonría asombrado ante esos actores de siete, nueve y once años.

Todos llevan algo de sombrío, de irreparable, marcado en la cara que los coloretes del teatro—el rojo de carmín, el negro de antimonio, el menjurge de albayalde—comienza á cuartear.

La escena para ellos es un veneno sutil, un ácido corrosivo que lentamente les mina. Las funciones que se prolongan hasta hora avanzada de la noche, la falta de sueño, la ausencia de ejercicio, la carestía de besos—que los padres, preocupados por sus negocios, los suprimen por inútiles—todo hace de esas falanges desgraciadas los pequeños torturados de la vida moderna.

Y sin esperanza de logro alguno para más tarde. Casi todos mueren. Una hada negra—la tuberculosis—les acecha al comienzo de la adolescencia. Son los niños precoces de que habla Shakespeare, cuando afirma que mueren temprano.

Basta verlos en los ensayos, á la penumbra envenenadora del sofocante escenario, nido de microbios en todas las ciudades del mundo. El olor de pintura, atravesado por relentes de gas en una atmósfera enrarecida, el polvo que cae eternamente de los telares y flota sobre las gentes como una gasa malsana,—la falta de sol y de aire y el estrecho espacio en que se mueven—mejor dicho, en que no se mueven—porque una disciplina á la prusiana, suprime las risas si no están marcados en el *papel* que ensayan—obran sobre esos cuerpecitos señalados casi todos para la consunción.

Yo los he visto ensayar y los he contemplado larga y melancólicamente.

Casi todos tísicos, de caras color de momia donde las chispas obscuras de los ojillos vivísimos parecían

redondas y brillantes, cabecitas de clavos negros. Más que niños hechos de carne de madre amantísima, parecían fantoches de Karagheuz arrojados sobre una mesa para distracción de un verdugo loco.

Los sexos se confundían, accionando, gesticulando, cantando, desentonando, chillando ó armonizándose. Pero en unos para otros una indiferencia donde á veces pasaban miradas cargadas de odios. Ah! el rencor de un niño azuzado por envidias de teatro! Se comprende tanta infamia en los que los arrastran á eso?

Poco se hablan unos á otros. En ninguno de ellos he visto el deseo alegre de los labios hacia los labios que son como los abocetamientos angelicales de la infancia. Se critican entre sí como actores. ¡Ay del (ó la) que roce al paso con su traje el de la primera tiple, muñequita de cinco años penetrada ya de su misión, Patti en miniatura, Theo en capullo, que no desplegará al sol del renombre su ya marchita corola de cinco á seis raquíticas hojas.

Ninguno se logra. Ese lento suplicio se acaba poco á poco. Viven en un estado de neurosismo completo, en una perpetua catalepsia del espíritu, llevando marcado en los labios el pliegue aterrador del sufrimiento prematuro.

En vano se ha protestado contra esa sombría moralidad; en vano figuras salientes en las ciencias han hecho oir su voz autorizada señalando y llamando la atención acerca de esos lentos asesinatos que la codicia lleva á cabo. Sus voces han resonado en el vacío. Los actores niños son hijos del pueblo. Y el pueblo es muy pobre. Hay medio de ganar ciento ó ciento cincuenta pesos estrangulando pacientemente á un hijo que apenas habla y lo estrangulan.

Pero ¡ay! es la eterna historia de las gallinas de los huevos de oro!

Y cuando veo pasar ante mis ojos alguna prometida en pocos meses á la tumba—como la inolvidable Colás, matada por la tísis en un pueblucho de la provincia de Buenos Aires—brumas de pena humedecen mis ojos! Ante un niño-actor, (ante un mártir actor) ejemplo de corrupción de las sociedades modernas, aunque sonría, aunque los tintes purpúreos de la vida toquen sus labios y pinten su frente, mi frase de tristeza es siempre la misma:

Paz á sus restos!

Es que mi alma, hermana del infortunio ageno, los adivina.......

Y ¡ay! rara vez se equivoca!......

KOSTIA.

LA PRINCESA EN EL SABADO.

TRADUCIDO PARA "EL MUNDO."

La princesa Ilsa no amaba más que los espejos y las flores. No había, en todo el palacio más que reflejos de corolas y de pétalos; grandes nenúfares se bañaban noche y día en el agua de grandes vasos de arcilla y en los altos vestíbulos ornamentados de mármol y de bronce verde, había una eterna vigilia de cálices y de hojas rígidas, de una húmeda palidez. La princesa Ilsa no había jamás mirado ni á los hombres ni á las mujeres; mirábase en los ojos de todos como en una agua más azul y más profunda, y las pupilas de su pueblo eran para ella como otros tantos espejos sonrientes y con vida.

La princesa Ilsa sólo se amaba á sí misma. De pié durante largas horas ante el estaño bruñido de los espejos, pasaba su tiempo en trenzar de hilos de oro y de perlas, la seda ondulante de su cabellera, ó bien en ataviar de dijes, de anillos y de brazaletes la gracilidad de sus brazos desnudos, ya ataviada de suyo de telas de seda orfabricada y florida, cuyos dibujos demandaba á tejedores etiopes que jamás debían tornar á su país.

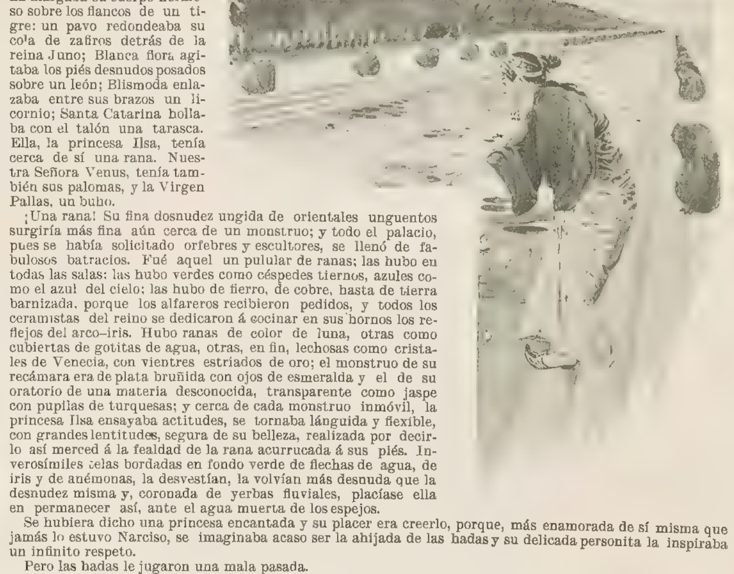
La princesa Ilsa era negligente, indolente, con una gracia largamente aprendida ante sus preciosos espejos. Toda su existencia suntuosa se pasaba en bañarse, en perfumarse, en peinarse, en adornarse, en ensayar joyas, túnicas y velos, en sonreirse á sí misma y en soñar en el traje nuevo, en la actitud imprevista, en la tela desconocida que la distinguiría de la

multitud y la haría diferente de las otras mujeres. Era, en suma, una criaturita, asaz fútil, ferozmente egoísta y locamente enamorada de sí misma; pero llevaba hasta embelesar, las túnicas transparentes de las islas Canarias, los collares de conchitas del Extremo Oriente, y nadie en el reino poseía un talle tan grácil: la princesa Ilsa no amaba más que los espejos y las flores.

Una mañana, en que desperezaba sus miembros delicados en el agua helada de las piscinas, dióse á mirar, con más curiosidad que de costumbre los dos monstruos de bronce acurrucados en el borde del estanque y cuyas fauces esgadas, vomitaban un perpetuo trozo de agua: jamás los había contemplado. Eran dos ranas enormes, casi humanas, de fisonomía y de un verde únicos, de un verde de bronce patinado por el tiempo, con grandes ojos rodeados de oro, ojos de vidrio encendidos por un fulgor amarillento. La fantasía de uno de los antepasados de Ilsa había ornado con ellas la inmensa sala de baños y esculpidos por un prestigioso artista de nombre ya olvidado, los monstruos inmóviles parecían vivir sobre sus gradas de mármol, con la vida intensa y quimérica de las obras maestras.

Y la princesa Ilsa se enamoró inmediatamente de estos mónstruos. Su belleza delicada se afinaba con la vecindad de su horror, é instivamente resolvió llenar las salas de su palacio de monstruosas ranas de metal y de mayólicas copiadas de las figuras de las piscinas.

Las princesas de la leyenda y las reinas de la mitología, estaban todas representadas, teniendo á su lado un animal fabuloso: Leda se inclinaba hacia su cisne; Europa, retorcía su desnudez sobre la grupa de un toro; un bicho de cuernos de oro se combaba bajo la mano de Diana; la reina Melisenta estaba pintada conduciendo de la brida un lebrel; la princesa Ariadna alargaba su cuerpo hermoso sobre los flancos de un tigre: un pavo redondeaba su cola de zafiros detrás de la reina Juno; Blanca flora agitaba los piés desnudos posados sobre un león; Blismoda enlazaba entre sus brazos un licornio; Santa Catarina hollaba con el talón una tarasca. Ella, la princesa Ilsa, tenía cerca de sí una rana. Nuestra Señora Venus, tenía también sus palomas, y la Virgen Pallas, un buho.



¡Una rana! Su fina desnudez ungida de orientales unguentos surgiría más fina aún cerca de un monstruo; y todo el palacio, pues se había solicitado orfebres y escultores, se llenó de fabulosos batracios. Fué aquel un pulular de ranas; las hubo en todas las salas; las hubo verdes como céspedes tiernos, azules como el azul del cielo; las hubo de fierro, de cobre, hasta de tierra barnizada, porque los alfareros recibieron pedidos, y todos los ceramistas del reino se dedicaron á cocinar en sus hornos los reflejos del arco-iris. Hubo ranas de color de luna, otras como cubiertas de gotitas de agua, otras, en fin, lechosas como cristales de Venecia, con vientres estriados de oro; el monstruo de su recámara era de plata bruñida con ojos de esmeralda y el de su oratorio de una materia desconocida, transparente como jaspe con pupilas de turquesas; y cerca de cada monstruo inmóvil, la princesa Ilsa ensayaba actitudes, se tornaba lánguida y flexible, con grandes lentitudes, segura de su belleza, realizada por decirlo así merced á la fealdad de la rana acurrucada á sus piés. Inverosímiles telas bordadas en fondo verde de flechas de agua, de iris y de anémonas, la desvestían, la volvían más desnuda que la desnudez misma y, coronada de yerbas fluviales, placíase ella en permanecer así, ante el agua muerta de los espejos.

Se hubiera dicho una princesa encantada y su placer era creerlo, porque, más enamorada de sí misma que jamás lo estuvo Narciso, se imaginaba acaso ser la ahijada de las hadas y su delicada personita la inspiraba un infinito respeto.

Pero las hadas le jugaron una mala pasada.

Un tibio día de Septiembre, erraba ella con pasos lentos bajo los árboles tallados de su parque al borde de un canal ornado aquí y ahí de ranas de mármol (porque le agradaba en el curso de sus largos paseos acodar su languidez en el dorso luciente de los monstruos), cuando percibió, sobrenadando en la superficie del agua grandes cálices de un azul pálido que jamás había mirado: eran unas especies de lotos de un azul de esmalte, con pistilos de luz: enormes hojas en forma de corazón flotaban alrededor de los maravillosos cálices y la princesa Ilsa deseó esas flores.

Desciende precipitadamente algunas gradas y trata en vano de cogerlas; los cálices azulados están demasiado lejos; pero hay ahí una barca que duerme fija á sus amarras, con la proa en medio de floraciones de azur. Ilsa no vacila; entra en el esquife, mas la amarra se desanuda, las flores de ensueño se hunden y desaparecen, la barca se desliza con la corriente en medio de un paisaje que Ilsa no reconoce ya; es un río que se la lleva á través de los campos, de inmensos llanos bordados de álamos. Ilsa junta las manos y se inquieta. Que lejos está ya del viejo parque de la ciudad y del castillo de los abuelos. Hacia qué tierra encantada la arrastra esa barca? Ilsa, que cree en las hadas comienza á temerlas; mas he aquí que aparecen islas; los troncos de los sauces se enlazan en medio de plantas acuáticas; un niño grotesco está sentado á la criolla. Cubierto por una capucha escarlata, con una larga varita de avellano en la mano, el niño enano vigila un rebaño *craquezador* de ranas que brincan á sus piés. «Quietas, ranitas!, canturrea la voz monótona del pastorcillo y la princesa teme que la barca aborde á la Isla, porque ha reconocido conforme á la leyenda al niño hechicero que guarda los sapos.

Pero la isla maldita está ya lejos, la barca se desliza; se desliza siempre más rápida, agita ya los mimbrerales de otra isla donde extraños trabajadores forrajean pulidas trincheras de centeno; son grandes mujeres harapientas con rostros lívidos coronados de mechas grises; insultan á Ilsa con risas mudas y lanzan rabiosamente hacia el cielo la cebada que se desparrama; y he aquí que el cielo se cubre de nubes hostiles en forma de flámulas que *zebrean* en el horizonte y la tempestad estalla. Es una lluvia torrencial, ó la vez tibia y helada; la maravillosa tela orfabricada se echa á perder; la lluvia redobla sobre los hombros de la tiritante princesa, la isla de las henmeadoras está ya lejos. Ilsa empapada en agua, se ha arrojado de rodillas al fondo de la barca, la barca es sacudida y bamboleada por las engrosadas ondas del río y crepita bajo el vendabal, y he aquí que otra isla se perfila en la bruma, una isla plantada de sombríos castaños. Aparece una chocita acurrucada bajo las ramas.

La barca llega á la ribera y una viejecita agraciada sale de la cabañuela al encuentro de Ilsa. La lluvia ha cesado y trotando bajo una gran caperuza ornada de malvarrosas, la buena anciana acoge á la princesa en su hogar. Este está todo florido de tornasoles y agujereado por ventanillas en que hay pintados enanos en fondo de oro, é Ilsa, á quien la vieja desnuda, seca y enjuga ante un gran fuego, no se fija ni en su barba peluda ni en el pié de piña que oculta bajo su falda. Cae la noche y la princesa, de pié, toda desnuda ante la chimenea se siente ungir y frotar con una extraña pomada; cree desfallecer al olor de ésta, pero se reanima espantada al aspecto de su huésped que muestra sus caderas, también desnuda toda ante el atreo, ungiéndose de untos, con los senos arrugados, los flancos sin carne y el vientre flácido.

«Arriba el chivo, arriba el chivo!» Estallan voces sobre el techo, el hogar flamea, la leña crepita y dos platillos de balanza bajados con gran ruido no se sabe por dónde ni por qué agujero resoplan, relinchan y caracolean. «¡Arriba el chivo!» «¡Arri-

ba el chivo!....Ah! si yo te cogiese Felipe....«Escobeta, escobeta» y la princesa despantuflada y transida se siente alzar por los cabellos.

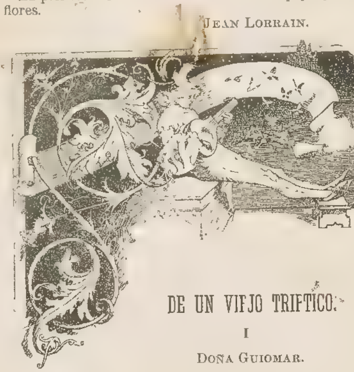
Bajo un cielo lluvioso que alumbra una luna verde, hay un vuelo insensato de hechiceras, jóvenes y viejas, flacas y gordas, feas y lindas; las desnudeces se encorvan, descienden en torbellinos, descabelladas aulladoras y van á abatirse allá lejos, sobre el bosque; hay también bestias que revolotean en el espacio: un buho la roza con sus alas: un cisne con pico de gallina ronda al rededor de su cabeza y un escarabajo babea al pasar. Por encima de ella, á sus piés, en las torrenteras, en los senderos de los bosques hay un ir y venir de multitud hormigueante; son cojos, jorobados, ventrílocuos y malandrines; se diría la procesión de todo un país para alguna peregrinación; una invasión en masa de saltimbancos y de juglares hacia una aterradora Kermesse: «Sábado! Sábado!» es el Sábado, todos los desagraciados de la naturaleza están ahí, aullando en apretada fila por la campaña lunar; los estropeados semejantes á sapos brincando en las rutas y los exhibidores de osos danzan en los caminos. La princesa Ilsa se siente morir: un enjambre de pavos espantados la rodea, una cola de rata la roza, un zorro la huella, una víbora alada como un gallo la azota, y atenaceada por garras, besada, lamida, mordida y cabalgada por mil bestias invisibles, la princesa Ilsa se despierta dando un grito.

Está en su recámara de estuco y de pomos de vidrio. Salta de su lecho, con los cabellos alborotados la rana de plata bruñida y ojos de esmeralda yace hecha pedazos sobre la alfombra, y, apenas recobrada de su asombro, la princesa Ilsa corre á su espejo: horror! Aquella espantosa pesadilla la abruma aún? El gran cristal refleja la cama en desorden y la recámara desierta y la Princesa Ilsa no se encuentra. Huye de la cámara hechizada y corre á través del palacio á interrogar todos los espejos; en cada pieza, la rana de metal, de mayólica ó de tierra cocida está hecha pedazos, y ningún espejo interrogado responde ya.

La princesa Ilsa no volvió á encontrar jamás su imagen; la había dejado en el Sábado: las hadas le jugaron esa mala pasada para castigarla de su orgullo. Es necesario desconfiar de las flores que flotan sobre las aguas y de los rostros que sonríen en los espejos.

La princesa Ilsa amaba demasiado los espejos y las flores.

JEAN LORRAIN.



DE UN VIEJO TRÍPTICO.

I

DOÑA GUIOMAR.

En vano los trotones de abades y guerreros
doblaron la rodilla rindiéndole homenaje;
en vano sus rondeles alzaron los troveros:
Guiomar muere de amores, de amores por un paje.
Por él rádian sus ojos arcanos y hechiceros,
por él, bajo los oros antiguos de su traje,
su corazón palpita con entusiasmos fieros:
entraña hidalga y prócer, sujeta al vasallaje.
Oh! cuántas veces, luego de haber pasado esquiva
ante sus amadores, acércase á la ojiva
donde la luna baña su cabecita blonda
con un fulgor enfermo! Y ante la noche incierta,
mientras los guardias gimen su *centinela alerta*,
desgrana besos para su paje que la ronda!

AMADO NERVO.

II

EL PAJE.

Es joven y muy débil....Jamás en la batalla
fué conquistando lauros su espada vencedora,
ni sobre del acero bruñido de su malla
vertió su luz el triunfo como radiante aurora.
Pero el amor le guía; cuando en la noche calla
todo rumor, la escala se tiende, osciladora,
del señorial castillo sobre la hostil muralla,
y él sube á donde espera, temblando, la que adora.
Y mientras las estrellas envían sus fulgores
al silencioso campo en diamantina lluvia
y en el azul del cielo semejan áureas flores,
Guiomar tiene en sus brazos al adorado preso,
desata un manto régio, su cabellera rubia,
y entona el himno ardiente y arrullador del beso.

FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL.

EL RAPTO DE EUROPA.

El ósculo candente del sol dora las ondas
del mar glauco y sonoro, que alegre cuchichea;
la arena de la playa fenicia centellea;
y—músicos alados—van en fugaces rondas

los pájaros, cantando su amor bajo las frondas,
donde la blanca Europa su juventud recrea;
su juventud radiosa que lánguida pasea
la gloria de sus carnes, desnudas y redondas.

Esplende su hermosura cual coruscante estrella,
cuando con frescas rosas, entre los cuernos de oro,
con el testuz erguido, camina hacia la bella
traidoramente quieto, blanco y divino el toro.
Carga en los recios lomos á la gentil doncella,
y arrójase á las aguas del mar glauco y sonoro.

RAFAEL LOPEZ.

Guanajuato.

MUSA FEMENINA

¿QUE ES EL AMOR?

Es suspiro y es luz, murmurio y ráfaga,
Dulce cadencia que al oído vibra,
Es ardorosa y cristalina lágrima
Es perfume de flor desconocida.

Es mariposa de doradas alas
Que en el jardín del corazón se agita,
Emanación purísima del alma,
Del fuego de los cielos una chispa.

Es trino de la alondra cuando canta,
Es suave giro de la mansa brisa,
Es.... lo que no define la palabra. .
¡El amor es la vida!

AMOROSA.

De mis versos de amor el más dulce
No tiene palabras,
No lo he escrito jamás, lo conservo
En el fondo de mi alma.

Expresarlo no puede el idioma
Que mi labio habla
Porque es pobre, vulgar, incorrecto,
Cadencia le falta.

Transcribirlo no puede mi pluma
Que emborrona y mancha
Porque fuera preciso para ello
Arrancar á las alas

De algún ángel celeste y divino
Una pluma dorada,
Empaparla después en la esencia
De nardos y azaleas

Y con ella sobre hojas fragantes
de azucenas blancas
Escribir en lenguaje sublime
Mi amorosa página.

Metamórfosis.

(A mi hijo Gustavo viéndole leer la segunda parte de mis versos «Cardos y Abrojos».)

Hijo mío, tus dulces nueve abriles
Bien parece que empleas,
Pues en lugar de juegos infantiles
Escribiendo y leyendo te recreas.
Verte leer me causa gran ventura,
Me haces feliz con eso;
Deja por un momento tu lectura
Y ven á dar sobre mi frente un beso.
¿Qué leías? ¡mis versos! los «Abrojos»
Que en mi mente crecieron,
Mas qué veo? ¡Las perlas de tus ojos
Sobre mis pobres páginas cayeron!
¡Oh, gracias! esas gotas de rocío
Cual perlas golcondinas,
Irán á convertir, encanto mío,
En flores, de mis «Cardos» las espinas.
Muy satisfecho en realidad me siento
Que en edad tan pequeña
Ya se fije tu puro pensamiento
En las quimeras que mi mente sueña.
Si tanto á la lectura ya te inclinas
Y mis «Cardos y Abrojos» son tu herencia,
Leelos sin que te hieran las espinas
Y al leerlos dales con tu aliento esencia.
Detén sobre esas páginas tus ojos
Pero antes llora sobre todas ellas,
Y serán tiernas flores mis «Abrojos»
Y entre mi «Sombras» brillarán estrellas.

MARIA COS DE KATTENGELL.

Guanajuato.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 26 de Marzo de 1899. | Número 13

LA ELEVACION DE LA CRUZ.

P. VANDERVOORT.

BAJO RELIEVE DE LA IGLESIA DE SANTIAGO, AMBERES.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

En esta semana, como en la anterior, lo que resalta más sobre el fondo gris y monótono de los sucesos ordinarios es la nota roja del suicidio. Los husmeadores de noticias, galgos incansables, en persecución de la presa del escándalo, no se dan punto de reposo en esto de descubrir los móviles ocultos, los resortes íntimos que lanzan á una alma á la desesperación y á la muerte. Todo lo escudriñan los ávidos *reporters;* las relaciones de familia, las alegrías y desengaños de la víctima, su temperamento, su sistema de alimentación, sus lecturas; y no contentos con describir el cuadro á la Montepín,—la habitación en sombras, el lecho en desorden, el cuerpo en la última horrible contracción de la agonía, la mueca tragicómica de la angustia en la faz amarilla y seca,—entran en intimidades y pormenores del orden psicológico, sin que sea parte á detenerlos en sus investigaciones, hipótesis y tanteos, cierto compasivo respeto que en todos nosotros despierta el dolor huraño, la desdicha misteriosa, la pena secreta que, en silencio, sin despedida, sin cómplices, abre la puerta de lo desconocido y le dice á una vida: escápate!

¡Admirables detallistas, narradores platerescos, que describen con inusitado lujo de líneas la complicada arquitectura de un espíritu enfermo! El público del periódico, romántico impenitente, burgués sentimental, saborea con exquisita delicia estos capullos denovela que le permiten fantasear un poco, mientras recorre, sin leerla, la compacta plana de avisos.

Desde hace varios años los *reportages* y gacetillas de suicidios aparecen, á diario, en los periódicos de la metrópoli; mas quizá nunca, como en estas semanas, se ha podido observar un doloroso fenómeno social; el pueblo se mata.

Nos han contado los noticieros cómo se arrancaron la vida, en estos últimos días, un artesano, una mujerzuela y un comerciante de última clase.

Este atentado contra la propia existencia en la masa popular que vive una vida primitiva, una vida de instinto, grosera, zoológica, sin reflexiones ni refinamientos, nos trae un hondo y extraño desconsuelo.

La epidemia ha cundido, la mala sabia no sólo marchita las flores, tuesta las ramas y pudre los frutos, sino que también seca y envenena las raíces. Los hombres de nuestro pueblo con sus pasiones salvajes, sus celos de macho y sus rabias de fiera, se enfurecen y matan. Tienen aún en el seno de la sociedad las costumbres reminiscientes de la selva. Pero la bestia nunca atenta contra sí misma. Ama su garra y su guarida y se aferra á la existencia como un tronco al terruño. Es capaz de todo por salvarse. ¿Cuándo se ha herido el león con sus propias zarpas? ¿Qué lobo se ha hincado los colmillos? Solamente se quita la vida el que piensa en ella, el que teme al dolor, el que pierde la fe, el desdeñado por la esperanza.

El mal de Werther no contagia sino á imaginaciones vivas, á frentes meditabundas y á corazones inflamados. Es un exquisito trastorno del pensamiento; es un delicado extravío del sentimiento. Es también, en muchos casos, una locura de imitación, una contagiosa fiebre de notoriedad y de fama. Los párrafos de gacetilla, las narraciones melodramáticas, los *entrefilets* espeluznantes, han atraído á buen número de incautos. ¡Qué dicha, inocentemente tonta, la de sacrificar la vida por un escándalo de prensa, que traiga en lenguas nombres obscuros y episodios vulgares! Pero esta degeneración burguesa la tienen quienes han estado suscritos al gabinete de lectura, y se saben de coro á Pérez Escrich, á Ponson du Terrail y á Fernández y González.

***

El indio analfabeta no conoce la idea de la muerte, del aniquilamiento, de la nada. En su fetichismo embrionario y nebuloso, tiene plena seguridad de vivir siempre. Sus ritos fúnebres, que parecen egipcios, lo indican bien; en torno de los sepulcros pone cada año viandas y golosinas, para que se alimente la materia inextinta, que no pierde nunca su forma, ni sus apetitos, ni sus deseos. El indio no puede ser cristiano: no se imagina almas sin cuerpo.

Su tosca y sangrienta idolatría se transformó en otra más bondadosa y más amable. Es melancólico por naturaleza, y además, por una larga serie de esclavitudes y miserias. Es un sometido, no un desesperado. Quiere vivir vegetativa y brutalmente, como está acostumbrado. Pero en la ciudad las primeras capas la han arrojado su miasma mortal; le han dicho: no sufras; mátate, y él ha obedecido, como suele, sin protestas ni análisis.

¿Será cierto que comienza á perder el instinto de conservación este primitivo? De ser así, tal síntoma de debilidad es alarmante. La dipsomamía popular, comienza á entrar en un período agudo de demencia. Dentro del lipemaniaco empieza á aparecer el suicida. Ya los sociólogos comienzan á observar este doloroso fenómeno.

Para mí—creo que lo he dicho en otra ocasión—existe alguno más desdichado que el que se arranca la vida: el que sobrevive á su desdicha. ¿Lo conoces? Del universo de las almas negras entresaco este tipo siniestro. Míralo atentamente.

***

Va por esos mundos, huesoso, enflaquecido, amarillento, apoyando en su endeble bastoncillo el torso en ruinas; moviendo como un *fantoche* las piernas extenuadas, que parecen de una sola pieza, y que sustentan con dificultad el pronunciado arco de la espina. Raído, mugroso, indefinible, lleno de colgajos y desgarraduras, cae el levitón de largos faldones.

Las botas, torcidas y empolvadas han tomado la forma de zapato chinesco, y el hongo que se yergue sobre la alborotada melena, tiene las extravagantes curvas de una gorra de saltimbanco. No pide limosna, míralo bien, transeunte desocupado y soñador; no es un mendigo de esos que te asaltan en el pórtico de los teatros y en el átrio de las iglesias; no es camarada de aquel ciego ébrio, de hermosa cabeza blanca—cabeza de Homero—que pasa junto á ti masculllando blasfemias, de la mano de su harapiento lazarillo; no es amigo de ese indio monstruoso—Gwymplaine de bronce—que, acurrucado en el hueco de la puerta, exhibe sus llagas ante la multitud indiferente; no es compañero de ese mutilado de brazos y piernas que se arrastra, como reptil humano, por las calzadas del jardín público; no es amigo de aquella pordiosera greñuda en cuyo rostro, como en una máscara de ébano, ríe un dolor idiota é inconsciente, ni padre de aquella niña rubia que se acerca á los hombres para pedirles una moneda á cambio de una caricia obscena; no pertenece el huesoso, el enflaquecido, el amarillento, al hampa tenebrosa de las ciudades rebosantes, de los centros pletóricos; no ha entrado, en las noches negras, antorcha en mano, á la caverna iluminada, á celebrar la misteriosa liturgia de la Corte de los Milagros.

Míralo bien, soñador desocupado: esa cara de asceta, de barbas obscuras, lacias, opacas, como seda vieja colgada de un pergamino rugoso, esas pupilas febriles y llameantes, hundidas en la profundidad de las cuencas, como charcos de agua cenagosa que brilla en el fondo de las barrancas; esa nariz corba, como pico de águila, con algo de altivez borbónica, esa boca de cueva gesticulando no se sabe si en una sonrisa demoniaca ó en un sollozo eterno, ese triste entrecejo, esbozo de una mueca dolorosa, no piden socorro, ni mendigan pan; y sin embargo hay hambre en ese cuerpo, mucha hambre, hambre infinita como la de las *Bienaventuranzas*; sólo que no se parece á las otras, á las que fatigan al ciego, al mutilado, al idiota; no es necesidad fisiológica, lucha de carne, deseo orgánico, grito de la vida animal, furia de bestia.

El hambre de este joven envejecido, está mezclado de iras violentas y apetitos refinados, de orgullos satánicos y desprecios olímpicos, de exquisiteces raras y de ilusiones desenfrenadas.

Dentro de esa ruina, decorada con harapos, vive un espíritu rebelde; dentro de esa ruina se desarrolla todo el panorama de la vida moderna. En esa memoria, transeunte desocupado, hay recuerdos que lucen como puntas de acero, días de riqueza, noches de orgía, montones de oro, chispeos de champaña, carcajadas de Mefistófeles y cantares de trovador; noche oriental, lluvia de pedrería, fuentes maravillosas de placer, fantasías de luz.... que se desvanecen en la obscuridad de los calabozos y se desgranan y rompen en las rocas y abismos de una existencia.

Las horas de pena son muchas y muy largas; los orgullos poderosos y rebeldes, las memorias lucientes y preciosas, las ambiciones desmesuradas. Sobre el fango de esa vida, flota como una bandera de combate, la vanidad canalla de un caído.

Ese hombre huesoso y amarillento, es un fardo de odios y un venero de venganzas. Rechazaría la mano piadosa que le ofreciera un mendrugo, y estrecharía de igual á igual, la mano velluda que lo condujera á una taberna.

No pide nada. Ha comido, ha bebido, ha amado. Salió de la cuna para entrar en la orgía, y de allí salió para entrar en la cárcel. En el fondo de esa alma vigila un criminal. Es un Luzbel sin infierno, un Luzbel solitario, ese hombre de cara ascética y gestos demoniacos. Tiene la cobardía de la vida y el odio de lo bueno.

Como no puedes darle lo que necesita, aléjate de él y compadécelo, más que al mutilado y al ciego, más que al indio suicida y á la mujerzuela abandonada, paseante soñador y contemplativo.

Luis G. Urbina

EL ARTE Y LA MORAL.

Parece ya cosa resuelta entre artistas, críticos y filósofos, que el arte no tiene por objeto predicar la virtud, inspirar horror al vicio, difundir y popularizar las buenas costumbres. A los pensadores compasados, severos, puritanos que precedieron á la Revolución Francesa y que predicaron que el arte es un medio de educación y de gobierno, que puede, si gusta ser pomposo, brillante y solemne como el culto; pero que debe ser austero y correcto como el dogma, á los tratadistas y legisladores reaccionarios de principios del siglo que deseaban ver convertida la pluma en palmeta, el tiento en férula y el cincel en disciplina y que revistieron al arte con la montera y las hopalandas del pedagogo y hasta, como Víctor Cousin, con el uniforme y el garrote del gendarme, han sucedido otros críticos, otros artistas y otros filósofos más desabotonados, más desparpajados y más bohemios que piensan y predican que el único fin y el objeto supremo del arte es lo bello como el de la ciencia es lo verdadero.

Para éstos, y probablemente influídos por el principio económico de la división del trabajo, el hombre tiene tres aspiraciones y afecta á la satisfacción de cada una de ellas debe haber una clase social especial.

¿El hombre aspira á lo bueno? pues para servirle el bien á punto, y sólo para eso, está el moralista; ¿quiere conquistar la verdad? pues el matemático, el físico, el astrónomo deben investigarla; ¿quiere la belleza? pues que la cree y la busque el artista. La humanidad come, viste y calza y así se justifica la existencia y funciones de cocineros, sastres y zapateros y tan absurdo como sería exigir del remendón un plato de buenos macarrones ó al cocinero un frac bien entallado, es estúpido pedir al artista un principio de moral ó al científico una creación estética.

Al arte sólo hay que pedirle belleza, como calzado al zapatero; todo lo demás le es extraño é indiferente; la datura da frutos venenosos; pero es tontería exijirle los prodigios del melonar del Barón de la Castaña, que daba unas peras....!

Esta manera de ver parece definitiva y ya no hay, casi, quien de otro modo piense ni quien á otra opinión se afilie. Los partidarios de esta doctrina, á mayor abundamiento, han adoptado la táctica de Pilatos; si se les dice que el Aretino es obsceno y desmoralizador se encojen de hombros; si se les cita á Zola y sus extravíos pornográficos dan la media vuelta y ante el Baroncito de Faublas ó Teresa la Filósofa no estarían lejos de parodiar el ¿qué es la verdad? del magistrado romano y de largarse sin esperar la respuesta.

A mi me parece que la cuestión, lejos de estar resuelta, está aún en pié; que la doctrina, no de la libertad sino del libertinaje del arte, está fundada en falsas analogías y en un examen deficiente de la cuestión y he llegado á creer que la fusión completa de lo verdadero, lo bello y lo bueno, es la tendencia suprema, la aspiración última de la humanidad civilizada; que á ella deben propender moralistas, pensadores y artistas, y que así como el bienestar material es la meta de la industria y del comercio, la virtud universal el norte de lo moral y la verdad completa la brújula de la ciencia, así el arte debe propender y aspirar á ser á la vez bello, verdadero y bueno. Aspirar no quiere decir realizar, guiarse por una idea no significa lograrla; tomar como guía la estrella polar ó el polo no significa llegar al polo ni á la estrella. La tendencia al bien no quiere decir la realización del bien; pero no porque el mal sea eterno ha de ser principio de conducta el procurarlo. La fusión de lo bello y de lo bueno podrá no llegar á hacerse jamás, pero esto no será motivo pera decretar su divorcio. De que el amancebamiento no puede extinguirse no se inferirá nunca que deba combatirse el matrimonio.

Claro que los partidarios de la libertad del arte no le prescriben la inmoralidad; pero al desligarlo de toda obligación á ese respecto lo estimulan á ella, como estimularíamos al vicio afirmando que el hombre es libre de practicarlo.

Que el fin inmediato y directo del arte no es llegar á lo bueno sino producir lo bello, es indiscutible; pero de ahí á inferir que tiene el derecho de no ser moral, que no es vituperable si no lo es, media diferencia; á tanto equivaldría como á so pretexto de que la moral no aspira á la belleza, el tolerarle que fuera repugnante.

A mi juicio, la conciliación se establece dentro de la definición correcta y sana de lo que es la belleza. En efecto; el hombre tiene gustos perecederos y aficiones transitorias que evolucionan, se modifican, desaparecen con el tiempo, con la cultura, con la civilización. Mientras una pasión, un acto, una idea, son gratos al hombre, su reproducción plástica ó su descripción literaria son bellas; en un pueblo caníbal cabe toda una estética repugnante para pueblos civilizados; los griegos celebraban en sus himnos y reproducían en su plástica sentimientos y actos de tal modo odiosos á los hombres modernos que no se atreverían á hacer con ellos una novela ni el autor de «Les Demi-Vierges» ni el de «Nana» y que hoy no hay pin-

tor ni escultor capaz de reproducir ni en la tela ni en el mármol. Los misterios del Vomitorium romano no dan ya materia prima para ninguna obra de arte; todavía la embriaguez, la guerra, la galantería y el adulterio son buenas bases y buenos asuntos estéticos, porque aún no sentimos ante ellos la náusea que otras *bellezas* del pasado nos han llegado á inspirar.

Lo mismo se comprueba comparando la estética de los diversos países. El drama francés repugna á los ingleses porque tiene por eje el adulterio ó la galantería; la plástica anglo-sajona explota menos el desnudo, por pudor, que la latina. Si lo estético tiene de por fuerza que halagar el gusto, que excitar determinados sentimientos, que despertar ciertas emociones y pasiones; es claro que si llega á excitar las pasiones contrarias y á procurar sensasiones opuestas deja de ser un arte para convertirse en una tortura. Rabelais hace una triste figura en una sociedad de temperancia y Bocaccio inspira repugnancia entre hermanas de la caridad.

Ahora bien ¿en qué sentido evoluciona la humanidad? ¿qué giro, aunque lento, qué camino, aunque tortuoso, qué sendero, aunque escabroso, siguen los sentimientos humanos? Pues no hay pesimismo que baste á negar que la evolución se hace en el sentido de la moral; todavía no somos buenos pero ya somos menos malos; acaso nunca alcancemos la perfección, pero algunas conquistas hemos hecho; subsisten vicios, malas costumbres y peores pasiones, pero se abren paso ya muchas virtudes; comienzan á implantarse otros usos y se propende á refrenar ó cuando menos á disimular las pasiones de otra edad.

Si la humanidad se perfecciona, si propende cada día más acentuadamente al bien, si la civilización desarraiga en su corazón los gustos dañados y las bajas sensaciones, á la estética no le queda otro recurso que «someterse ó dimitir.»

Zola es pulcro en comparación de Marcial; el Barón de Faublas es tímido al lado del Aretino y en medio de un aparente renacimiento del arte pornográfico se comprueba una positiva decadencia del arte inmoral. Las figuras y atributos que se conservan en el Museo Secreto de Nápoles figuraban en las calles y plazas de Pompeya; hoy no habría quien reclamara su exhibición pública, ni los mismos Robespierre ni los mismos Marat de la estética.

¿Por qué aún gustamos y gustaron durante el Renacimiento de ese género ambiguo de manifestaciones estéticas? Por un fenómeno de reacción. La naturaleza humana, como los cuerpos elásticos, recobra, despues de comprimida, su forma primera, y algo más. El ascetismo medio eval, que es una moral falsa por contraria á las necesidades humanas, comprimió durante siglos todas las expansiones, despotizó los instintos, declaró en estado de sitio todas las necesidades. La naturaleza humana aherrojada, tiranizada, aprisionada en cárcel obscura y estrecha recobró un día su libertad; hastiada de quietismo aspiró al movimiento, harta de castidad se lanzó al libertinaje; después de tanto ayuno practicó la gula; y como toda reacción es exagerada tanto ó más que lo fué la acción, el Renacimiento fué lúbrico y pornográfico, porque la Edad Media había sido ascética.

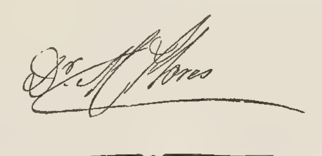
En nuestros días el renacimiento de la pornografía puede atribuirse á un efecto del hastío. Después de la literatura melosa y dulzona de Lamartine se necesitaba un manjar amargo, como después del néctar se apetece el alcohol. Los gastrónomos literarios ostigados de manjares sanos, sazonados y delicados ponen asafetida en su róstbeef y dejan *faisander* las aves. El decadentismo es un fenómeno de ese género; es algo así como el carnaval después del trabajo ó la orgía después de los desagravios.

Son éstos fenómenos de desequilibrio siempre pasajeros, siempre momentáneos; la humanidad busca su camino y no lo encuentra, tentalea en pos del bien y no lo alcanza; pasa de Scila á Caribdis sin encontrar mar libre y nada tiene de sorprendente que la barca cabecee, ruede, haga agua y que la tripulación se maree.

De todas estas consideraciones se desprende un hecho capital: el deber del arte de ser moral no lo impondrán los tratados de estética; filósofos y moralistas serán impotentes para trazar al arte su ruta y abrirle sus cauces; pero lo que no podrán los dogmas, lo podrá la evolución del gusto público. Cada vez que se estrague y corrompa volverá á imperar el *divino* marqués de Sade; si las mujeres vuelven á los gustos, las tendencias y las costumbres de Margarita de Valois, triunfará Brantome; Marcial reaparecerá durante las decadencias de Roma y Zola florecerá al fin de todos los Segundos Imperios.

Pero aún con esas desviaciones y esos retrocesos, puesto que la marcha triunfal de la humanidad se efectúa en el sentido de lo menos malo, ya que no de lo bueno, el arte tendrá que ceñirse, que acomodarse al movimiento y secundarlo, ya que no precederlo; libre de seguir lo malo, tendrá que aspirar á lo bueno, y si la humanidad camina irresistiblemente en ese sentido, también tendrá que seguirla el arte.

Los tratadistas no prescribirán al arte el bien; pero el público se lo impondrá y no comprendo cómo no haya de ser ley de un fenómeno la pendiente irresistible é irremediable que su evolución ha de seguir. Es, pues, ley del arte, la aspiración al bien porque quiera ó no quiera tiene que adaptarse al gusto público y éste se depura y perfecciona y propende á lo bueno con tanta energía como á lo verdadero.



RUINAS.

Cada vez que surge en mis recuerdos la grave silueta del viejo guarda que me mostró las ruinas de Herculano, siento vergüenza y envidia: vergüenza porque en unión de mis compañeros de viaje me reí de él á hurtadillas y del modo más cruel é injusto; envidia, porque á medida que pasa el tiempo me parece ver personificada en aquel hombre la conclusión última y suprema de la mejor filosofía.

Nuestras burlas eran hijas de la juventud, que es implacable, porque es frívola. Y por aquella mañana luminosa la juventud hervía como nunca en nuestros pechos; habíamos pasado en Sorrento algunas horas, y veníamos de ahí, bebiendo á raudales la vida, al través de nuestros poros abiertos á todos los perfumes que embalsaman el ambiente y á los cálidos besos del sol napolitano. Muy alegre el espíritu, en nada fijábamos la atención, y aún en las cosas más serias veíamos algo ridículo. Así, el entusiasmo respetuoso del pobre guarda por las ruinas que tenía á su cuidado nos mereció tan sólo risas mal reprimidas y rechiflas veladas con máscara de seriedad impertinente. Su admiración nos parecía hueca y postiza y hasta la creímos hija de un sentimiento bajo: grosero interés material, esperanza de una propina cuantiosa.

Cada una de sus explicaciones terminaba en un estribillo que, si primero nos chocó bastante, después nos caía en gracia, contribuyendo á exagerar el buen humor en que rebosábamos. El estribillo era decir que Herculano es mil veces más interesante que Pompeya. Y no había medio de rebatir las razones que daba en su apoyo; cuando alguno de nosotros lo intentaba, dejando asomar una duda, ó aventurando alguna observación, él respondía con palabras y gestos apasionados de réplica imposible.

La causa de sus preferencias por Herculano estaba, no en su fidelidad y celo de guarda, como supusimos en el primer instante, sino quizás en un sentimiento instintivo, común á todos los hombres, tanto más poderoso cuanto mayor es nuestra ignorancia, gracias al cual somos atraídos de manera irresistible por todo aquello que existe en lo indeciso de la penumbra, por todo lo que está en parte sumido en sombras, por todo lo que imperfectamente conocemos, y jamás conoceremos de otro modo. La imaginación suple en tales casos la impotencia de nuestros sentidos y la mezquindad de nuestro saber con todos los esplendores y galas posibles. En tanto que Pompeya ha sido en gran parte desenterrada, de Herculano sólo se ha descubierto un teatro, un templo y algunas casas construidas á orillas del mar. El resto de Herculano sigue escondido en un sepulcro de lava, soportando la humillación, tal vez eterna, de servir de asiento á Resina, la ciudad nueva, que alza con triunfo en el aire su fealdad de población moderna y pobre. En tanto que Pompeya extraída casi entera de su tumba, abre de nuevo sus puertas al viajero que pasa y ofrece su belleza desnuda á las caricias del sol y á las miradas del hombre, Herculano deja entrever apenas algo insignificante de su perfil de diosa. Coqueta divina, sólo permite filtrar la más débil radiación de su belleza al través de una pequeña rasgadura del manto de tinieblas que la envuelve, manto del misterio, esposo impenetrable, surcado de jeroglíficos luminosos, llenos de palabras intraducibles, bordado de sueños.

Pero si así puede explicarse el estribillo del guarda, no pueden explicarse de igual modo las palabras y los gestos de que el estribillo se acompaña. Mientras nos hace bajar al obscuro seno del teatro y se empeña en hacernos comprender la antigua disposición de éste á la vacilante luz de una bujía, ó cuando trata de representarnos lo suntuosa que fué en tiempos felices la célebre casa de Argos, sus manos jamás permanecen quietas: si no accionan con violencia en el aire, tocan las paredes, rozan los mosaicos y se pasean por las columnas, prolongando la sensación de contacto con una complacencia infinita, con cierta voluptuosidad extraña que ilumina la cara del viejo. Como si acariciasen las mejillas ó destrenzaran el cabello de una mujer amada, sus manos se deslizan por la superficie de grandes ánforas de barro cocido, medio enclavadas en el suelo de una bodega, antes de perfumado aceite ó vino blondo. Sus miradas se posan tan amorosamente como sus dedos en los objetos cercanos. De manera que el buen viejo, con sus hombros medio encorvados, la cara llena de arrugas, muy calva la cabeza y la frente del color y brillo de marfil vetusto, parece, en su entusiasmo entre aquellos escombros, gloriosas reliquias de la amable civilización pagana, una ruina de hombre, ruina viviente, enamorado de otras ruinas, frías é insensibles. Un lazo estrecho, quizás la tristeza común del esplendor pasado, une aquella ruina viva, de la que huyó para siempre la juventud con sus rosas y sus cantos, á las otras ruinas, un tiempo ciudad brillante, por donde pasaron destejiendo guirnaldas y rompiendo en himnos alegres bajo el cielo claro, sobre la onda tirrena, los festivales de los dioses.

Pero al lado de ese cariño y amor que el guarda profesa á las cosas en medio á las cuales vive hace ya mucho tiempo, cosas que, sin duda, por la fuerza del hábito, por el hecho de tocarlas y verlas incesantemente, forman parte de su alma, hay cierto desdén olímpico, digno de respeto y no de burla. Con desdén y menosprecio nos habla de Portici, Resina y sus habitantes, y sin creerse obligado al disimulo, por encontrarse en presencia nuestra, con el mismo desdén y menosprecio habla de los viajeros que van y vienen por el suelo de Italia, paseando por entre los venerables restos del mundo antiguo su curiosidad frívola y tonta de profanos burgueses. ¿Teme acaso que la vulgaridad, la lengua y el pié del ignorante mancillen aquellos sitios sembrados de memorias ilustres? ¿O no será el viejo guarda, como he pensado á veces, un hombre que ha llegado, al través de una existencia llena de dolores, colmada de pesadumbres, al convencimiento de que es mil veces preferible al amor de los seres, inquieto y azaroso, el amor de las cosas, tranquilo y sin fiebre?

¿Por qué no suponerlo? Fatigado de la vida se acoge á la serenidad inmutable de las cosas. El amor de los seres, á lo menos el amor de los hombres, es fuente inagotable de amarguras, perpetuo martirio. A cada punzada suya brota en el corazón una abundante eflorescencia pálida de recelos y tristezas. Cada uno de sus ratos felices lo purgamos con dolores sin término. A su influjo despiertan en nosotros mil pasiones pequeñas, bajas y tristes, que poco á poco nos impregnan como de un veneno sutilísimo. Suspicacia, temor, celos, mil angustias y mil cobardías nuevas nos asaltan, y á veces el odio surge en el fondo del alma, agitando su múltiple cabeza de hidra.

Al amor de las cosas podemos, al contrario, acogernos como á un regazo muy suave. Amando a tierra, el polvo, todo aquello de donde venimos y á donde tarde ó temprano volveremos, nos libertamos de un poco del dolor acumulado en nosotros por la lucha de la vida. El amor de las cosas es firme y sereno como las cosas mismas. De éstas no tenemos ingratitud ni falsedades. Se dejan acariciar por nosotros, y no corresponden á nuestras caricias con palabras huecas ni golpes traicioneros. Nos dan todo lo que poseen: forma, color, belleza, y nada nos exigen en cambio. No se corrompen, no varían, jamás engañan. No tienen labios para mentir y dar besos aleves; no tienen corazón mudable, ni alma falaz, nido de víboras.

M. Díaz Rodríguez.

EL CRISTO DE BAZZI

En mis viajes de Roma á Florencia, deténgome continuamente en Siena, ciudad que tiene para mí atracciones de persona amada. Y así como en París dedico siempre mi primer visita á Mona Lisa, la Gioconda de Vinci, la eterna misteriosa del Museo del Louvre, aquí en Siena consagro mi primer momento al Cristo de Giovannantonio Bazzi.

Y al recorrer las salas del Museo viendo los cuadros y los frescos de Beccafumi, Pinturicchio, Sano Di Pietro, Beato Angelico y Sandro Boticelli, hasta llegar frente á mi cuadro favorito, donde escribo estas líneas, experimentaba la sensación beata que nace de la visión prolongada de lo sublime, y pensaba que el arte cristiano ha creado un mundo fantástico, un mundo de ideas, de bellezas y de sentimientos superiores á la naturaleza. Si el arte tiene por objeto la evolución del alma, es esta escuela de la expresión, y dentro de ella el pensamiento cristiano el que realiza con más intensidad su ideal.

Y si no, he ahí la sugestión poderosa del Cristo pintado por Giovannantonio Bazzi, he ahí su rostro que personificaba á Aquel que nos prometía la serenidad de una vida llena de luz y de amor, sin odios, sin mal y sin el horrible misterio de la existencia.

He ahí el Cristo verdadero de la redención presente y de las bienaventuranzas futuras, el Jesús soñado en mi infancia, con la línea y la forma imaginada por la más ingenua y mística poesía. Alegoría palpitante de una concepción superior que reside transitoriamente en la carne sin ser carne; símbolo gráfico de una idea que vive, marcha, se agita, se transforma objetivamente, y revelada al mundo en formas materiales se convierte en hombre que ama y sufre, aparentemente como uno de nosotros, pero en realidad con sentimiento divino.

Belisario J. Montero.

LA BENDICION DE LAS PALMAS.

José Villegas y Corderc

De copia fotográfica dedicada por el autor al Sr. D. Juan B. Híjar y Haro.

EL CALVARIO DE LA IGLESIA DE SAN PABLO. AMBERES.

LA ELEVACION DE LA CRUZ.

La Iglesia de Santiago de Amberes, es una de las más famosas de los Países Bajos, y fué construida durante los grandes siglos de florecimiento de la ciudad flamenca cuyo puerto veía entrar diariamente quinientas naves mercartes.

El bajo relieve que reproducimos difiere en general de las obras flamencas por la actitud y el agrupamiento teatrales de sus figuras secundarias. El sayón de la derecha semeja una cariátide.

Con todo, la «Elevación» de Vandervoort es uno de los primores de esa Iglesia de Santiago, tan rica en tesoros de arte, obras maestras del género flamenco.

LA BENDICION DE LAS PALMAS.

Este notable cuadro del famoso pintor sevillano, Don José Villegas y Cordero, se publica hoy en nuestro semanario, gracias á la galantería del Sr. Híjar, á cuyo padre, el distinguido poeta Don Juan B. Híjar y Haro, dedicó Villegas una magnífica copia fotográfica de la que se tomó nuestro grabado.

Reciba el Sr. Híjar en estas líneas el testimonio de nuestro agradecimiento por la ocasión que nos ha dado para ofrecer á los lectores de *El Mundo Ilustrado* obra de tal autor como Villegas, á quien admiran artistas y aficionados de Europa y América como representante glorioso ya, del arte contemporáneo.

Si en «La muerte del torero» y en «Preparativos de la lidia» ostenta Villegas inapreciables facultades de observación servidas por una técnica superior, en obras como la «Bendición de las Palmas» admira el esfuerzo poderoso con que realiza su genio artístico una como adivinación de los maravillosos encantos de la buena tradición italiana.

EL CALVARIO DE LA IGESIA DE SAN PABLO.

He aquí un aspecto pueril, primitivo y simpático del arte religioso.

El Calvario de San Pablo es algo así como nuestros «nacimientos.»

En torno del Cristo crucificado y de otras escenas culminantes de la Pasión, amontónanse,—que no se agrupan,—personajes y figuras simbólicas que se confunden en un todo heterógeneo, pero pintoresco, inarmónico, pero gracioso, como manifestación de un sentimiento sencillo y piadoso que busca la emoción artística sin encontrar todavía su fórmula.

Tal como en los nacimientos á que nos referimos, al lado de una escena de la «Huida á Egipto» aparece una escena pastoral, y junto á los «Reyes Magos» un turista alpino, en el «Calvario» de San Pablo hay obispos, apóstoles, cenobitas, confesores y sibilas, hacinados al capricho en ese sitio, uno de los más curiosos para el que gusta de las manifestaciones espontáneas de la fé religiosa.

GETHSEMANI.

Aunque tengo menos esperanza que nunca, he de consagrar esta noche al Gethsemaní. Casi es la última noche, pues pasado mañana abandonaré Jerusalem.

Tantos años hace que soñaba con una noche de recogimiento solitario en ese lugar!..... Después del triste éxodo de mi fé, cifraba aún en ese sitio único mi esperanza, creía que en el Gethsemaní, estaría más cerca de Cristo; que si él había triunfado en realidad de la muerte, siquiera como un alma humana muy grande y muy pura, allí, y no en otra parte, se apiadaría de mí, haciéndoseme patente su presencia...... Y voy con un corazón helado y duro; voy por satisfacer mi propia conciencia, á realizar un sueño acariciado mucho tiempo.

* * *

A las once me pongo en camino; la luna brilla en lo alto. Ir solo es imposible, aun armado de revólver; es preciso que me acompañe un jenízaro armado, no sólo para precaverme de los peligros nocturnos en los que no creo, sino para franquear los sitios vedados del Haram-ech-Chari, pues las puertas de la ciudad estarán cerradas y sólo se abren con una orden del pachá, transmitida en forma.

Bajando por la Vía Dolorosa, atravesamos toda Jerusalem, en estos momentos silenciosa, obscura y desierta. Las casas están á obscuras y entre las sombras de las calles abovedadas, los rayos de la luna hacen recortes blancos en el pavimento y en las ruinas. A lo largo de nuestro camino, ni un alma; si acaso, dos ó tres soldados turcos que vuelven tarde á sus cuarteles. Sólo se oye el ruido de nuestros pasos, amplificado por las piedras sonoras, y el retintín del gran sable con vaina de plata que va arrastrando el jenízaro. Este, me habla en turco y me dice: «Ya lo ves, en la noche Jerusalem es un lugar de pobres, no hay nada. Para, nosotros los musulmanes, hay esto.... (y señala el recinto sagrado, la mezquita de Omar, á la que nos vamos acercando). Para tí, cristiano, hay el Santo Sepulcro. Pero eso es todo. Lo demás no vale la pena. Ya lo ves, en la noche no hay nada.»

En el barrio cerrado á los cristianos que está cerca de la Santa Mezquita, el jenízaro parlamenta con los centinelas nocturnos, y pasamos.

Bajando siempre entre las sombras de una bóveda de piedra, llegamos á la puerta de la ciudad que da al valle de los muertos; los cristianos la llaman puerta de San Esteban y los árabes puerta de Señora María. Está cerrada y se abren difícilmente sus hojas herradas. Dos centinelas de la guardia nocturna, á quienes despierta el jenízaro, la hacen girar sobre sus grandes goznes. Abrese lentamente rechinando en medio del silencio de la noche,—y entonces, de la obscuridad, pasamos, en un deslumbramiento, á la súbita aparición de un inmenso é inmóvil paisaje espectral, hecho de blancuras, de piedras blancas bajo las ondas de una vaga luz blanquecina: el Valle de Josafat y Gethsemaní iluminados por la luna!....

A nuestra vista se abre el valle, cubierto de tumbas, y en la opuesta ladera, sube el Gethsemaní. En el fondo blanco de la montaña los olivares se destacan como manchas negras y los cipreses como negras lágrimas. Los conventos se escalonan; la gran iglesia rusa con sus cúpulas superpuestas de Kremlin, parece á lo lejos pagoda indostánica. El conjunto, envuelto en pálidos fulgores, es encantador, como visión asiática, pero no evoca pensamientos cristianos. Más allá quiero ir, fuera de esos recintos monacales.....

Pero en el último momento, un temor creciente me aleja de ese lugar en el que siento que nada encontraré. Para retardar el instante de las últimas decepciones desoladas, vagaré largamente en esta silenciosa soledad, seguiré al azar el lecho del Cedrón, con la esperanza de que descienda á mi espíritu la paz del recogimiento.

* * *

Llegamos ya al fondo del valle, ante los grandes monolitos de Absalón, Santiago y Josafat, al pié de las rocas en que fueron labrados y en las que se abren tantas puertas sepulcrales. El lúgubre escenario se levanta bajo la blanca luna, con sus contornos rígidos; se diría que son cosas mucho ha acabadas, secas, que se sostienen en fuerza de la tranquilidad ambiente como las momias que un soplo pulveriza.... Valle de la muerte, suelo lleno de huesos y de polvo humano, templo silencioso de la nada en donde hasta el sonido de las trompetas apocalípticas se extinguirá.... Y bajo la opresión de lo que nos rodea, el espanto paralizador que sale de las columnas funerarias y de los profundos hoyos negros, he aquí que de una de las grandes tumbas escápase también el ruido de una tos humana que parece venir de muy lejos y de muy abajo, repercutida en las sonoridades subterráneas.... El jenízaro se detiene, temblando de miedo,—y es, sin embargo, un valiente que tiene el cuello atravesado de balas que

lo hirieron al lado del gran Osman Pachá, en la gloriosa defensa de Plevna. «¡Oh! dice, hay hombres que duermen dentro! ... Yo me volvería loco en una noche.... Qué hombres son esos, capaces de dormir allí, Dios mío!....» Acaso pastores beduinos, que se refugian en los viejos sepulcros con sus ganados; pero él cree acaso que son vampiros, hechiceros evocadores de espectros. Y aquello era tan imprevisto en medio de tanto silencio, que me estremecí como él.

***

Llegamos por último al Gethsemaní; ya aparecen á nuestra vista sus olivares y sus tristes piedras. Cerca del convento de franciscanos, sumido en sueño, me detengo en un lugar que han dejado los hombres tal como debió ser en los tiempos antiguos.

Yo digo a jenízaro, á fin de quedar solo: «Siéntate y espérame ahí; me esperarás largo rato, una hora quizás, hasta que yo te llame.» Me alejo de él lo suficiente para no verlo y me tiendo en el suelo, apoyándome en el tronco de un olivo.

Al mismo tiempo que yo ascendía la cuesta, parecían levantarse los muros de Jerusalem en la otra vertiente del valle de los muertos: sepárame de ellos la cañada, en cuyo fondo corre el Cedrón, —la cañada, aquella noche vaporosa y blanca, bajo el exceso de los rayos de la luna; —y sobre su fondo de aspecto nebuloso, los muros se levantan á la misma altura del lugar en que estoy; diríase que están como suspendidas, tales eran en su aspecto de quiméricos.—Desde aquí debió mirarlos Cristo en su noche de agonía; trazaban en el cielo como hoy su gran línea recta, menos dentellados entonces sin duda, porque no eran sarracenas y circuyendo el templo maravilloso y dominador que ni aun podemos imaginar cómo era.

Aquella noche más allá de sus troneras no aparecía ni una habitación humana, ni una luz; sólo el domo de la mezquita de Omar, azulado por la luna del cielo y coronado por la media luna mahometana. Cerca de mí, la soledad absoluta; la montaña pedregosa, que participa de la inmensa irradiación blanca del cielo, y que está como penetrada de luz de luna; uno que otro olivo proyecta su sombra, dibujando pequeños manchones negros.

El clamor de los perros de Jerulalem, incesante en la noche como en todas las ciudades turcas, sube debilitado del fondo del valle; llega hasta mí, lejano, sonoro y ligero; los ecos sin duda lo desvían porque parece que viene de arriba, que llega del cielo. Y de vez en cuando, óyese el grito más próximo, en sordina, de un ave nocturna.

Pierre Loti.

LA PALABRA DIVINA

Sermon del Lago.

En el grupo que rodeaba á Jesús en las márgenes del lago de Tiberiades, la aristocracia estaba representada por un aduanero ó cobrador y por la mujer de un intendente:—el resto se componía de pescadores y de gentes sencillas. Todos eran ignorantes en extremo, débiles de espíritu y todos creían en los espectros y en las apariciones. En aquel primer cenáculo no había penetrado ni un sólo elemento de cultura helénica, y aun la instrucción judáica era en él bastante escasa; pero en cambio abundaban el sentimiento y la buena voluntad. El hermoso clima de Galilea convertía la existencia de aquellos honrados pescadores en delicioso y perpetuo encanto. Sencillos, buenos, dichosos, blandamente mecidos por las cristalinas olas de un mar en miniatura, ó bien arrullados por su oleaje mientras dormían sobre el césped de sus risueños bordes, aquellas familias de pescadores preludiaban, á no dudarlo, el reino de Dios.

Difícil es figurarse la embriaguez de una vida que de ese modo se desliza á la faz del cielo, el robusto y dulce entusiasmo que infunde en el alma el continuo contacto con la naturaleza, y los sueños de aquellas noches pasadas bajo la inmensidad de la azulada bóveda al trémulo fulgor de las estrellas. En una noche semejante fué cuando Jacob, apoyada la cabeza sobre una piedra, leyó en los astros la promesa de una posteridad innumerable y vió la escala misteriosa por la cual iban y venían los *Elohim* del cielo á la tierra. En la época de Jesús, el cielo continuaba abierto y la tierra no se había enfriado. Las nubes se entreabrían aún sobre el hijo del hombre, y los ángeles subían y bajaban sirviéndole de mensajeros; las visiones del reino de Dios se hallaban en todas partes, puesto que el hombre las abrigaba en su propio corazón. La mirada tranquila y dulce de aquellas almas sencillas contemplaba al universo en su origen ideal; quizás el mundo descubría sus misterios á la conciencia divinamente lúcida de aquellos seres dichosos, cuya pureza de corazón les mereció un día ver á Dios.

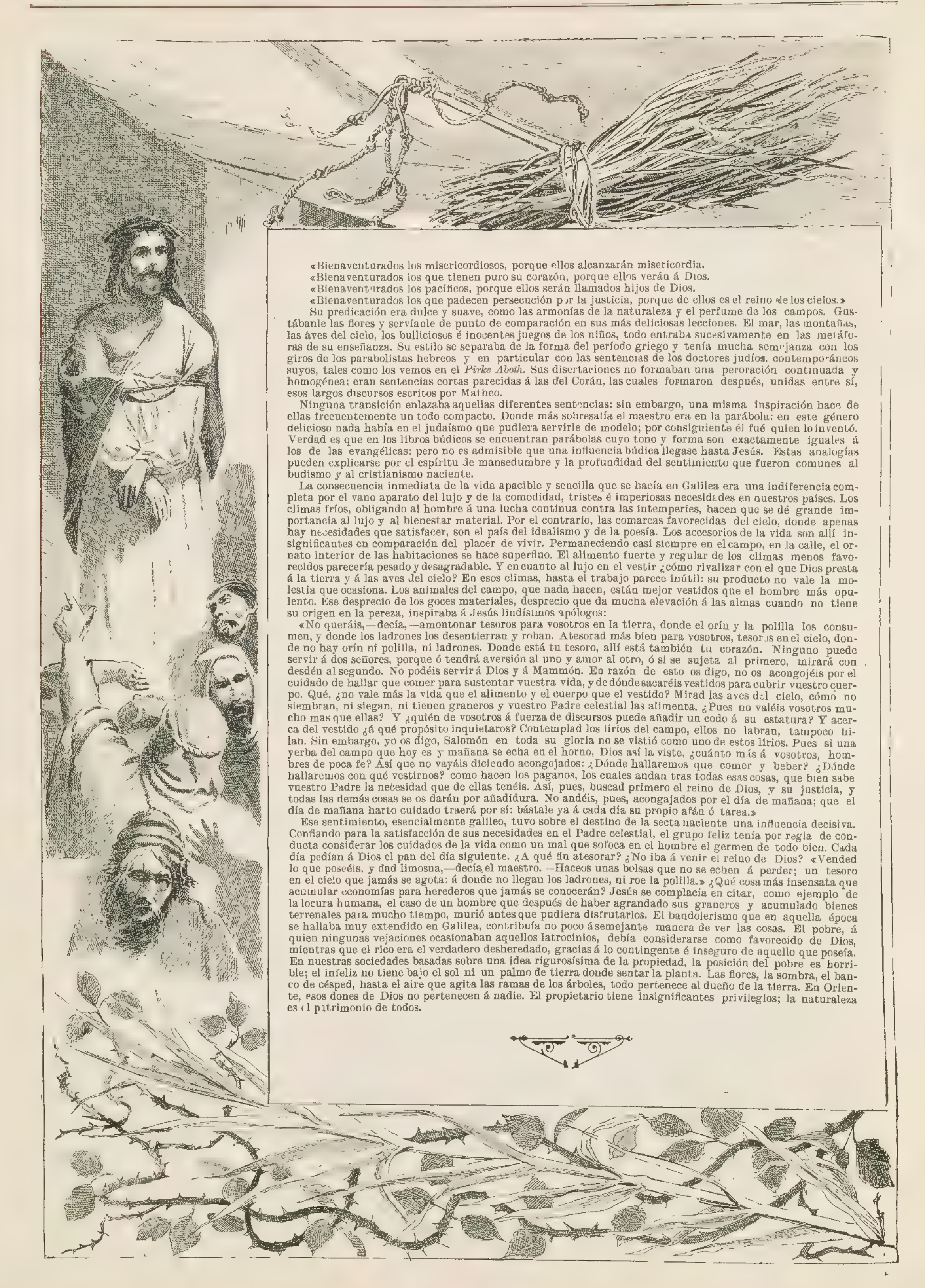
Jesús vivía casi siempre al aire libre rodeado de sus discípulos. Unas veces subía á una barca y desde allí predicaba á la muchedumbre estacionada en la orilla del lago, otras, tomaba asiento sobre las montañas de la ribera, allí donde el aire es tan puro y tan luminoso el horizonte. El grupo de fieles adeptos iba de este modo, alegre y vagabundo, recogiendo en sus primeros gérmenes las inspiraciones del maestro. Si por casualidad surgía alguna ingenua duda, alguna pregunta inocentemente escéptica; una sonrisa ó una mirada de Jesús bastaban para desvanecer la objeción. A cada momento creían notar las señales del reino de Dios; en el paso de una nube, en la germinación de un grano, en la madurez de una espiga, en la cosa más insignificante; imaginábanse que se hallaban en vísperas de ver á Dios, de ser los dueños del mundo, y las lágrimas se cambiaban en gozo. Aquello era el advenimiento á la tierra del consuelo universal:

«Bienaventurados,—decía el maestro, —los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.



«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
«Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán á Dios.
«Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
«Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Su predicación era dulce y suave, como las armonías de la naturaleza y el perfume de los campos. Gustábanle las flores y servíanle de punto de comparación en sus más deliciosas lecciones. El mar, las montañas, las áves del cielo, los bulliciosos é inocentes juegos de los niños, todo entraba sucesivamente en las metáforas de su enseñanza. Su estilo se separaba de la forma del período griego y tenía mucha semejanza con los giros de los parabolistas hebreos y en particular con las sentencias de los doctores judíos, contemporáneos suyos, tales como los vemos en el *Pirke Aboth*. Sus disertaciones no formaban una peroración continuada y homogénea; eran sentencias cortas parecidas á las del Corán, las cuales formaron después, unidas entre sí, esos largos discursos escritos por Matheo.

Ninguna transición enlazaba aquellas diferentes sentencias: sin embargo, una misma inspiración hace de ellas frecuentemente un todo compacto. Donde más sobresalía el maestro era en la parábola: en este género delicioso nada había en el judaísmo que pudiera servirle de modelo; por consiguiente él fué quien lo inventó. Verdad es que en los libros búdicos se encuentran parábolas cuyo tono y forma son exactamente iguales á los de las evangélicas: pero no es admisible que una influencia búdica llegase hasta Jesús. Estas analogías pueden explicarse por el espíritu de mansedumbre y la profundidad del sentimiento que fueron comunes al budismo y al cristianismo naciente.

La consecuencia inmediata de la vida apacible y sencilla que se hacía en Galilea era una indiferencia completa por el vano aparato del lujo y de la comodidad, tristes é imperiosas necesidades en nuestros países. Los climas fríos, obligando al hombre á una lucha continua contra las intemperies, hacen que se dé grande importancia al lujo y al bienestar material. Por el contrario, las comarcas favorecidas del cielo, donde apenas hay necesidades que satisfacer, son el país del idealismo y de la poesía. Los accesorios de la vida son allí insignificantes en comparación del placer de vivir. Permaneciendo casi siempre en el campo, en la calle, el ornato interior de las habitaciones se hace superfluo. El alimento fuerte y regular de los climas menos favorecidos parecería pesado y desagradable. Y en cuanto al lujo en el vestir ¿cómo rivalizar con el que Dios presta á la tierra y á las aves del cielo? En esos climas, hasta el trabajo parece inútil: su producto no vale la molestia que ocasiona. Los animales del campo, que nada hacen, están mejor vestidos que el hombre más opulento. Ese desprecio de los goces materiales, desprecio que da mucha elevación á las almas cuando no tiene su origen en la pereza, inspiraba á Jesús lindísimos apólogos:

«No queráis,—decía,—amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad más bien para vosotros, tesoros en el cielo, donde no hay orín ni polilla, ni ladrones. Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. Ninguno puede servir á dos señores, porque ó tendrá aversión al uno y amor al otro, ó si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir á Dios y á Mammón. En razón de esto os digo, no os acongojéis por el cuidado de hallar que comer para sustentar vuestra vida, y de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. Qué, ¿no vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho mas que ellas? Y ¿quién de vosotros á fuerza de discursos puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido ¿á qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo, ellos no labran, tampoco hilan. Sin embargo, yo os digo, Salomón en toda su gloria no se vistió como uno de estos lirios. Pues si una yerba del campo que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? Así que no vayáis diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos que comer y beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestirnos? como hacen los paganos, los cuales andan tras todas esas cosas, que bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis. Así, pues, buscad primero el reino de Dios, y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura. No andéis, pues, acongajados por el día de mañana; que el día de mañana harto cuidado traerá por sí: bástale ya á cada día su propio afán ó tarea.»

Ese sentimiento, esencialmente galileo, tuvo sobre el destino de la secta naciente una influencia decisiva. Confiando para la satisfacción de sus necesidades en el Padre celestial, el grupo feliz tenía por regla de conducta considerar los cuidados de la vida como un mal que sofoca en el hombre el germen de todo bien. Cada día pedían á Dios el pan del día siguiente. ¿A qué fin atesorar? ¿No iba á venir el reino de Dios? «Vended lo que poseéis, y dad limosna,—decía el maestro. —Haceos unas bolsas que no se echen á perder; un tesoro en el cielo que jamás se agota: á donde no llegan los ladrones, ni roe la polilla.» ¿Qué cosa más insensata que acumular economías para herederos que jamás se conocerán? Jesús se complacía en citar, como ejemplo de la locura humana, el caso de un hombre que después de haber agrandado sus graneros y acumulado bienes terrenales para mucho tiempo, murió antes que pudiera disfrutarlos. El bandolerismo que en aquella época se hallaba muy extendido en Galilea, contribuía no poco á semejante manera de ver las cosas. El pobre, á quien ningunas vejaciones ocasionaban aquellos latrocinios, debía considerarse como favorecido de Dios, mientras que el rico era el verdadero desheredado, gracias á lo contingente é inseguro de aquello que poseía. En nuestras sociedades basadas sobre una idea rigurosísima de la propiedad, la posición del pobre es horrible; el infeliz no tiene bajo el sol ni un palmo de tierra donde sentar la planta. Las flores, la sombra, el banco de césped, hasta el aire que agita las ramas de los árboles, todo pertenece al dueño de la tierra. En Oriente, esos dones de Dios no pertenecen á nadie. El propietario tiene insignificantes privilegios; la naturaleza es el patrimonio de todos.

Joyas de la Mística Española.

(1) Es el cuidado del amor tan grande, y está tan en vela en lo que desea, que de mil pasos lo siente, entre sueños lo oye, y tras los muros lo ve; finalmente, es de tal naturaleza el amor, que hace en quien reina obras mucho diversas de la común experiencia de los hombres, y por esto los que no sienten tal efecto en sí no creen ó les parece milagros, ó por mejor decir, locura, ver y oir las tales cosas en los enamorados; y de aquí resulta que los autores que tratan de amor son mal entendidos, y juzgados por algunos autores de devaneos y disparates. Por lo cual, un antiguo poeta de nuestra nación, muy enamorado y muy honesto, hizo el principio de sus canciones diciendo en su lengua misma esta sentencia: «No vea mis escritos quien no es triste, ó quien no ha estado triste en tiempo alguno.» Así que, las extrañas cosas que dicen, sienten y hacen los que aman, no se pueden entender de los libres de amor.

* * *

(2) Dícese del que ama que no vive consigo sino la mitad, y la otra mitad que es la mejor parte de él, vive y está con la cosa amada. Porque como nuestra alma tenga dos oficios, uno de criar y conservar el cuerpo, y el otro, que es el pensar é imaginar, ejercitándose en el conocimiento y contemplación de las cosas, que es el mayor y más principal, cuando uno ama, este oficio, que es de pensar é imaginar, nunca lo emplea en sí, sino en aquella cosa á quien ama, contemplando en ella y tratando siempre de ella; solamente obra consigo las obras de su cuerpo, aquello primero que es un poco de su presencia y cuidado, cuanto es menester para tenerle en vida y sustentarle, y aun esto no todas veces muy enteramente. Esto así parece; y supuesto simplemente, sin más filosofar en ello, nos declara la grandeza del amor que en este lugar muestra la esposa, diciendo: «Yo duermo y mi corazón vela;» porque dice que, aunque duerme, no duerme del todo, ni toda ella reposa, porque su corazón no está siempre en ella, sino en su amado está siempre; que, como se ha entregado al amor y servicio de su esposo, no tiene que ver con ella en su provecho; que el uno quería huir los trabajos del amor, más el corazón dice: «Yo los quiero sufrir.» Dice el que ama: «Grave carga es ésta;» responde el corazón. «Llevarla tenemos.» Quéjase el amante que pierde el tiempo, la vida y la esperanza; dalo el corazón por bien empleado todo; y así, cuando el cuerpo duerme y reposa, entonces está el corazón velando y negociando con las fantasmas del amor, y recibiendo y enviando mensajes; y por esto dice: «Yo duermo y mi corazón vela.»

* * *

(3) Tres condiciones y diferencias entendemos en el amor de dos personas: una, cuando fingen quererse bien, y no se quieren, y viven engañándose el uno al otro con palabras y demostraciones amorosas; otra, cuando una de las partes ama con verdad, y la parte amada muestra quererle responder, más de hecho no le responde; la otra, cuando quieren y son queridos por igual grado y medida. De los primeros no hay que tratar, porque no es amor el suyo, sino fingimiento y embuste, y cual hacen, así lo pagan; y aunque entrambos hagan mal y profanen la virtud, verdad y santidad del amor, cuyo nombre usurpan y cuyas propiedades remedan estando tan lejos de sus obras, pero ninguno agravia al otro, ni tiene de qué quejarse de su compañero, porque, en fingir entre sí y mentirse, ambos corren parejas.

El segundo estado donde el que ama no es amado, es estado de amor; pero es estado infeliz y trabajoso más que ningún otro de cuantos hay bajo del cielo, porque se juntan en él culpa y pena, y son todos sus males en su más subido grado; la pena padece el que ama; y la culpa se comete de parte del que no responde á su amado. Y entenderse ha cuán grave sea cada uno de estos males en su razón, si se advierte, primero que el amar una persona á otra no es otra cosa sino hacer el que ama un entregamiento y una cesión de sí y de todos sus bienes en el que es amado, desposeyéndose de sí mismo, y poniendo en la posesión de ésto y de toda su alma á la otra parte. Y que esto sea así está claro; porque el amor es un aplicarse y entregarse la voluntad á lo que ama; y la voluntad es la señora que manda y rige, y sola ella mueve y menea todo lo que hay en la casa del hombre. De do se sigue que amar es darse todo, porque es dar la voluntad, que es señora de todo. Tócase esta verdad con las manos y con la experiencia, porque vemos que el que ama de veras no vive en sí, sino en lo que ama; siempre piensa en ello y habla de ello, su voluntad es la de su amado, sin saber querer otra cosa ni poder quererla; que es evidente señal que no es suyo, sino ajeno, entregado ya al poder y albedrío de otro, que es la regla y el señor de su querer y entender. Esto presupuesto, entiéndese, lo primero el incomparable mal y daño que la parte desamada padece de la parte de su amado, porque se ve desposeída de sí y entregada sin remedio al poder ajeno, y que el señor se levanta con la entrega villanamente, sin hacedle correspondencia ó restitución alguna. Si es pena á un rico verse despojado de su honra y hacienda, ya veis cuál y cuánto mayor será la del pobre que se ve desposeído de lo uno y de lo otro, y de sí mismo, que ve á sí mismo y á todos sus bienes en el poder ajeno; y si pena más y es causa de mayor sentimiento la pena que viene sin culpa, ¿qué dolor sentirá el que de buen servicio saca mal galardón, y el que sembrando amor coge frutos de desdén y de aborrecimiento? Por el contrario, por los mismos pasos se entiende lo segundo, lo mucho que peca, y la gran fealdad y vileza que comete el que siendo amado no ama, ó no desengaña abiertamente al triste amante; porque si es culpa hurtar la capa y es pecado tiznar la fama ajena, ¿qué será levan-

1 *Libro de los Cantares, II.*
2 *Libro de los Cantares, V.*
3 *Libro de los Cantares, VII.*

tarse alevosamente con la posesión de todo, juntamente de la fama, de la hacienda, de la vida, del alma y, finalmente, de toda una persona que nació libre y se vendió á él, para comprar con ese precio parte de su voluntad? Este se recoge el precio y se abraza con él y con la mercaduría. Y si la verdadera caridad es noble aún con los que no conoce, y se extiende su virtud y beneficios aún hasta á los malquerientes y enemigos, ¿qué palabras encarecerán la bajeza del que paga el amor con desamor, y roba la libertad del que le sirve, y se va riendo con ella, y triunfa de su mayor amigo, y da en trueco y cambio de su firmeza y sencillez y claridad de buen amor un cuento ó millón de engaños y de embustes, un favor fingido y recatado, un cariciar muy disimulado, un mofar y un reír muy verdadero en volviendo las espaldas, una muestra de favor muy recatado, un enfadarse luego de lo hecho, un agraviarse de nonada, levantar en el aire sin fundamento mil vanidades de quejas, con otros melindres y niñerías que se callan?

Así que, quien esto hace, por más principal persona y por más generosa que sea, aunque nadie se lo diga, dígaselo ella á sí, y condénese con testimonio de su conciencia, por muy baja y soez y de muy viles y torpes mañas. Porque se ha de entender que entre dos personas (aunque las demás calidades, ó que se adquieren por ejercicio, ó que vienen por caso de fortuna, ó que se nace con ellas) puede haber y hay grandes y notables diferencias, pero unidas en caso de amor y voluntad, porque esta es señora y libre, así como en todo es libre y señora, así todos en ella son iguales, sin conocer ventaja del uno al otro, por diferentes estados y condiciones que sean. Así que, mi voluntad es de tanto valor como la de mi vecino, cualquiera que sea, y no se puede pagar la deuda de mi amor sino con otro amor tan bueno y tan grande.....

Resta que digamos del tercero, donde se entiende todo esto, porque ciertamente es la más alegre y dichosa vida que en esta vida se vive, y es muy semejante y muy cercano retrato del cielo, donde viven las llamas del divino amor, en que amando y siendo amados los bienaventurados, se abrazan, y es una melodía suavísima, que vence toda música artificiosa, la consonancia de dos voluntades que amorosamente se responden porque los que aman como los primeros que dijimos, no son hombres; y los que aman como los segundos, son, ó desdichados, ó malos hombres; sólo para estos terceros queda la buena dicha y la buena andanza, que, como dicen los sabios, consiste en tener el hombre todo el bien que quiere.

***

(1) Una de las cosas que hay en el verdadero amor, es el crecimiento suyo, que mientras más de él se goza, más se precia y más se desea. Al contrario es el amor falso y vil, que es fastidioso y pone una aborrecible hartura.

***

(2) Los que bien se aman, aman la soledad y aborrecen cualquiera estorbo de la compañía y conversación, porque el que ama y tiene presente lo que ama, tiene llena su voluntad con la posesión de todo lo que se desea; y así, no le queda voluntad, ni deseo, ni lugar para querer, ni pensar otra cosa; y de ahí nace que todo lo que le divierte algo de aquel su amor y gozo, poniéndose delante, le es enojo y aborricible como la muerte.

***

(3) Una de las condiciones del amor es que á los enamorados hace de gran memoria, que sin olvidarse jamás de cosa, por pequeña y liviana que sea, siempre les parece tener delante un retablo de toda la historia de sus amores, acordándose del tiempo, lugar y del punto de cada cosa; y así, en sus dichos y secretos usan muchas veces de las cosas pasadas para su propósito: unas veces cantándolas sin parecer que hay para qué, y otras que se ve claro el fin de su invención; y como la retórica de los enamorados consiste más en lo que hablan dentro de sí, que en lo que por la lengua publican, muchas veces traen lo primero á la postre, y lo último al principio.

***

(4) Mayor y más ardiente fuego es este que el que acá se usa, porque el fuego de acá con echarle un poco de agua se apaga; mas el fuego del amor vence á todas aguas; echándole agua, arde más y se embravece más, aunque se derramasen sobre él los ríos enteros; así que tan fuerte es el amor, que no basta todo el poder de la tierra para lo vencer....

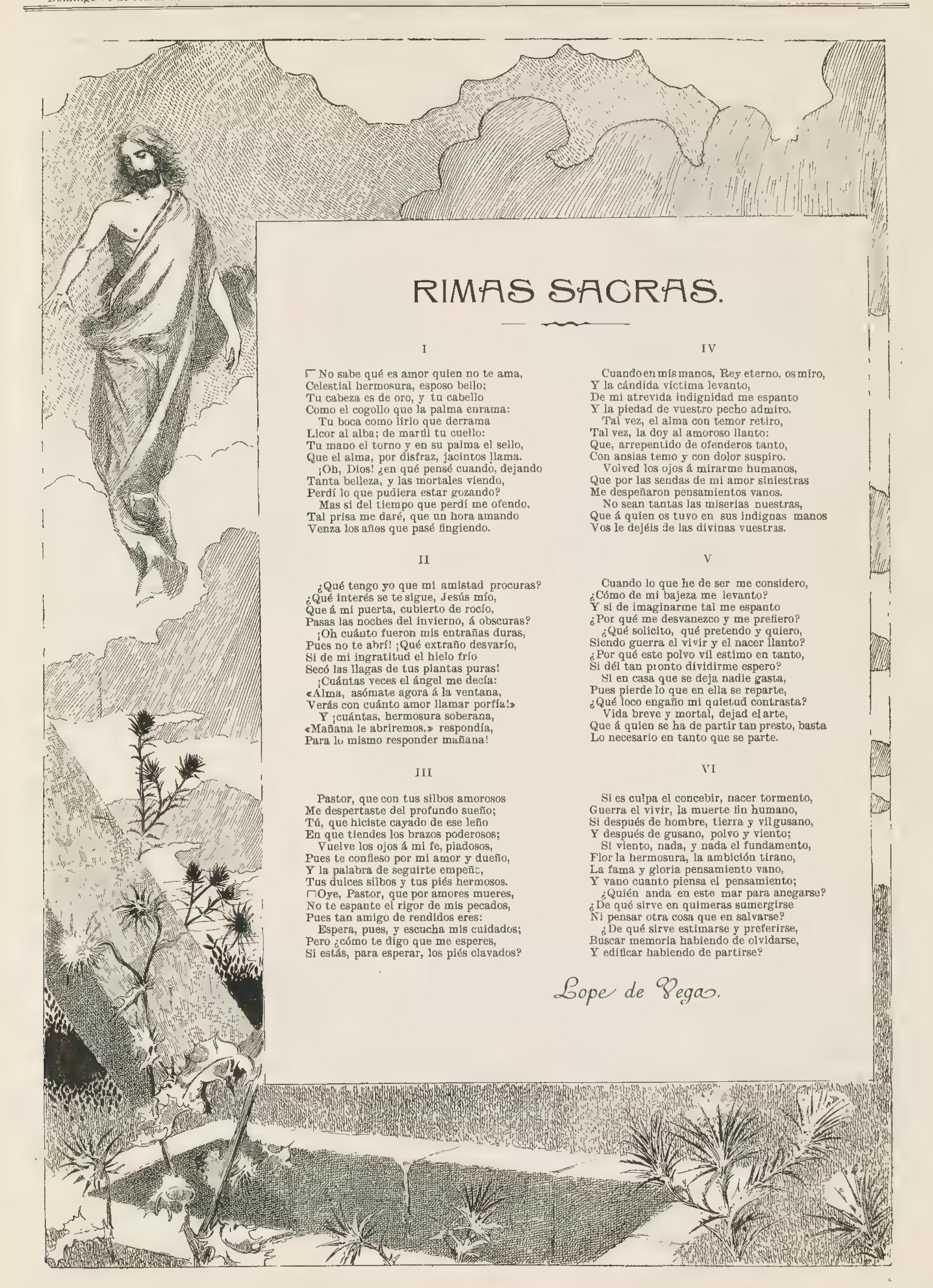
Si el hombre quiere rescatar del amor cuando él cautiva á alguno, y le diese cuantas riquezas y haberes que en su casa tiene, aunque fuese el más rico, no curaría el amor de ellas, y despreciaría al que se las ofreciese con gran desprecio, y le haría servir por fuerza; de manera que el amor es señor muy fuerte é inexpugnable cuando ha tomado posesión en el corazón de alguno.

***

(5) Suele acaecer que cuando dos están en gran conformidad de estrecho amor, nunca faltan envidiosos que les pese de ello, porque ellos no tienen semejantes amores, ó porque naturalmente son envidiosos del bien ajeno, y cualquiera señas ó cosas que ven pasar entre los buenos amantes, les es enojoso y grave; y de esto reciben gran gusto los que mucho se aman, porque no solamente con estas muestras hacen pesar á los émulos, mas acreciéntase también su amor, que parece que el atizar del contrario les enciende más el amoroso fuego de sus corazones.

FRAY LUIS DE LEON.

1. *Libro de los Cantares*. VIII.
2. *Libro de los Cantares*. VIII.
3. *Libro de los Cantares*. VIII.
4. *Libro de los Cantares*. VIII.
5. *Libro de los Cantares*. VIII.



RIMAS SACRAS.

I

No sabe qué es amor quien no te ama,
Celestial hermosura, esposo bello;
Tu cabeza es de oro, y tu cabello
Como el cogollo que la palma enrama:
Tu boca como lirio que derrama
Licor al alba; de marfil tu cuello:
Tu mano el torno y en su palma el sello,
Que el alma, por disfraz, jacintos llama.
¡Oh, Dios! ¿en qué pensé cuando, dejando
Tanta belleza, y las mortales viendo,
Perdí lo que pudiera estar gozando?
Mas si del tiempo que perdí me ofendo,
Tal prisa me daré, que un hora amando
Venza los años que pasé fingiendo.

II

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
Que á mi puerta, cubierto de rocío,
Pasas las noches del invierno, á obscuras?
¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
Pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
Si de mi ingratitud el hielo frío
Secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate agora á la ventana,
Verás con cuánto amor llamar porfía!»
Y ¡cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos,» respondía,
Para lo mismo responder mañana!

III

Pastor, que con tus silbos amorosos
Me despertaste del profundo sueño;
Tú, que hiciste cayado de ese leño
En que tiendes los brazos poderosos;
Vuelve los ojos á mi fe, piadosos,
Pues te confieso por mi amor y dueño,
Y la palabra de seguirte empeño,
Tus dulces silbos y tus piés hermosos.
Oye, Pastor, que por amores mueres,
No te espante el rigor de mis pecados,
Pues tan amigo de rendidos eres:
Espera, pues, y escucha mis cuidados;
Pero ¿cómo te digo que me esperes,
Si estás, para esperar, los piés clavados?

IV

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro,
Y la cándida víctima levanto,
De mi atrevida indignidad me espanto
Y la piedad de vuestro pecho admiro.
Tal vez, el alma con temor retiro,
Tal vez, la doy al amoroso llanto:
Que, arrepentido de ofenderos tanto,
Con ansias temo y con dolor suspiro.
Volved los ojos á mirarme humanos,
Que por las sendas de mi amor siniestras
Me despeñaron pensamientos vanos.
No sean tantas las miserias nuestras,
Que á quien os tuvo en sus indignas manos
Vos le dejéis de las divinas vuestras.

V

Cuando lo que he de ser me considero,
¿Cómo de mi bajeza me levanto?
Y si de imaginarme tal me espanto
¿Por qué me desvanezco y me prefiero?
¿Qué solicito, qué pretendo y quiero,
Siendo guerra el vivir y el nacer llanto?
¿Por qué este polvo vil estimo en tanto,
Si dél tan pronto dividirme espero?
Si en casa que se deja nadie gasta,
Pues pierde lo que en ella se reparte,
¿Qué loco engaño mi quietud contrasta?
Vida breve y mortal, dejad el arte,
Que á quien se ha de partir tan presto, basta
Lo necesario en tanto que se parte.

VI

Si es culpa el concebir, nacer tormento,
Guerra el vivir, la muerte fin humano,
Si después de hombre, tierra y vil gusano,
Y después de gusano, polvo y viento;
Si viento, nada, y nada el fundamento,
Flor la hermosura, la ambición tirano,
La fama y gloria pensamiento vano,
Y vano cuanto piensa el pensamiento;
¿Quién anda en este mar para anegarse?
¿De qué sirve en quimeras sumergirse
Ni pensar otra cosa que en salvarse?
¿De qué sirve estimarse y preferirse,
Buscar memoria habiendo de olvidarse,
Y edificar habiendo de partirse?

Lope de Vega.

De Santa Teresa de Jesús

Alma, buscarte has en mí,
Y á mí buscarme has en tí.
De tal suerte pudo amor,
Alma, en mí te retratar,
Que ningún sabio pintor
Supiera con tal primor
Tal imagen estampar.
Fuiste por amor criada
Hermosa, bella, y así,
En mis entrañas pintada,
Si te perdieres, mi amada
Alma, buscarte has en mí.

Que yo sé que te hallarás
En mi pecho retratada,
Y tal al vivo sacada,
Que si te ves te holgarás,
Viéndote tan bien pintada.
Y si acaso no supieres
Dónde me hallarás á *mí*,
No andes de aquí para allí,
Sino, si hallarme quisieres
A mí, buscarme has en tí.
Porque tú eres mi aposento,
Eres mi casa y morada,
Y así llamo en cualquier tiempo
Si hallo en tu pensamiento
Estar la puerta cerrada.

Fuera de tí no hay buscarme,
Porque para hallarme á *mí*
Bastará sólo llamarme,
Que á ti iré sin tardarme,
Y á mí buscarme has en tí.

* * *

Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi amado.
Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado,
Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi amado.
Tiróme con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues á mi Dios me he entregado,
Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi amado.

Cuando el amor está obrando
Lo que tiene obligación,
Si flaquea, si se cansa,
Si desmaya, no es amor.
Cuando el amor está orando
Con amorosa atención,
Si decae, si se entibia,
Si se inquieta, no es amor.
Cuando en sequedad padece
Tormenta de una opresión,
Si no sufre, si no es firme,
Si se queja, no es amor.
Cuando el amante se ausenta
Y le deja en aflicción,
Si se acobarda y se turba,
Si se abate, no es amor.
Cuando tiene de sí mismo
El amor satisfacción
De que ama, de que adora,
De que sirve, no es amor.
Cuando en la adversa fortuna
Y en toda tribulación,
No es humilde, no es alegre,
No es afable, no es amor.
Cuando favores recibe
En una y otra porción,
Si los quiere, si los toma,
Si le llenan, no es amor.

INRI

Es la visión que sube desde el valle,
La víctima expiatoria del pecado,
El esposo que aguarda Sulamita,
El Rabí obedecido del milagro,
A quien odia el Senedrio y lo condena,
Y cuya muerte pide el populacho;
Y marchando obediente al sacrificio
Es Abel por Caín despedazado,
Es Isaac conduciendo silencioso
La leña destinada á su holocausto,
Es José con su túnica sangrienta,
Vendido por los suyos y negado.
El Gólgotha está arriba, codicioso
De víctimas, sediento su pico árido
De sangre, y cayendo hasta tres veces
Bajo el leño, sube al Gólgotha excecrado.
Tomó del Padre el cáliz de amargura,
Y son dos cálices de miel sus labios,
Y abandona su cuerpo á las heridas,
De todas las heridas siendo el bálsamo:
Porque debe á los golpes sus mejillas,
Su espalda á los azotes inhumanos,
Su frente á la corona de azufaifa,
A la lanza alevosa su costado,
Su barba á las salivas, y su vida
A la muerte que infama á los esclavos.

Moribundo se acuesta en la pesada
Cruz de pino de Alep, tiende las manos
Desfallecidas y los piés sangrientos
Al filo y la verguenza de los clavos,
Y se eleva ante el pueblo enfurecido
Como una hostia en el ara del Calvario,
Y ofrece al Dios del Sinaí su cuerpo
Y su sangre divina en holocausto.
La sed, como una brasa lo atormenta,
Y enmedio de las iras es el blanco
Donde clava sus flechas el insulto,
Y los oprobios y el dolor sus dardos.
Sobre su testa erígese el simbólico
INRI que lo proclama soberano,
Y el INRI infame escrito en tres idiomas,
Y fijado en la cruz como un escarnio,
Evoca las fatales profecías:
¡Oh Atenas de las Artes y los sabios!
¡Oh Israel, guardador de las promesas!
¡Oh Roma de la espada y los tiranos!
Mirad al Rey del mundo, y ofrecedle
El solio de vuestro Arte sacrosanto,
La excelsa majestad de vuestros ritos,
Y la épica triunfal de vuestros cánticos.

EFREN REBOLLEDO.

Páginas de la Moda

FIG. 1.—TRAJE DE CALLE.

LECTURA PARA LAS DAMAS

La incompatibilidad de caracteres en el matrimonio.

DESARMONIAS.

La incompatibilidad de caracteres ha sido juzgada con razón por los legisladores como causa bastante de divorcio.

Esta desarmonía de los sentimientos tiene muchas y variadas formas, pero en el fondo hay siempre este esqueleto: «lo que á mí más me agrada á tí te desagrada, lo que á tí te alegra á mí me hace sufrir.»

La mujer es un armiño que se deja matar antes que atravesar un campo nevado manchado de fango. En el hombre, por el contrario, como en el chimpancé, no hay parte alguna de su cuerpo ni de su alma que no ame el fango.

¿Cómo pueden vivir juntas estas dos criaturas?

El es optimista hasta el cinismo, egoista hasta la adoración de sí propio, y tiene como divisa: *apres moi le déluge.*

Ella es pesimista por haber puesto tan alto el propio ideal, que ninguna mano humana puede tocarlo. No puede vivir una hora sin amor y sin dedicar un pensamiento, un acto, un sacrificio, al bien de cualquiera.

¿Cómo han de vivir unidos?

El no ha sentido nunca la necesidad de lo sobrenatural y no cree ni en Dios, ni en el alma.

Ella ha nacido mística, y la educacación materna la ha hecho religiosa y supersticiosa. Tiene una gran tendencia al ascetismo.

¿Cuándo pueden ser felices estas dos criaturas?

El es franco, expansivo hasta la imprudencia, y por otra parte, impetuoso hasta la cólera. Dice pronto y en alta voz lo que piensa, y reniega, sin perjuicio de olvidar una hora más tarde el temporal que se ha desencadenado dentro de él.

Ella está cerrada con siete llaves, y tímida y desconfiada, expresa siempre la décima parte de lo que siente, temerosa todavía de aquella avara expansión. Delicada como una sensitiva, se apena si encuentra por obstáculo un grano de arena. En todo ve una ofensa, una falta de cariño, en todo sospecha el mal, y en el bien busca con celo inquisitorial las intenciones perversas.

Estos dos, de caracteres opuestos, de gustos tan diferentes, de temperamentos tan distintos, ¿serán felices viviendo unidos?

El es misántropo por inercia y por desconfianza; detesta la sociedad y la evita cuanto puede.

Ella adora las conversaciones rumurosas, las charlas alegres, los teatros y los bailes, sin que por eso busque en estos lugares ocasión de delinquir, sino solamente porque adora todo lo que produce rumor y aturde.

Y estos dos, siempre juntos ¿podrán bendecir el matrimonio?

El es avaro y no quiere confesarlo; esconde las propias rentas para lamentarse perpétuamente de su pobreza. Nada escapa á su inquisición económico-doméstica: ni la limosna á la puerta de casa, ni la luz de más que se enciende, y sus tristes lamentos por los gastos excesivos, por las excesivas compras, llenan el aire que le rodea de un olor de pobreza y de miseria.

Ella es generosa, espléndida, hospitalaria y caritativa. Quisiera gozar y hacer gozar y oír cómo todos le responden: ¡gracias, gracias! No comprende cómo se puede vivir atormentado en el presente, pensando en el lejano porvenir. Le seduce hasta la fascinación del incierto mañana. Cree en la Providencia y en la fortuna y defiende con calor á todos los desgraciados.

El se halla siempre en un estado de exitación febril ó de depresión. Dice á todos que el hombre más infeliz es el que no siente ningún entusiasmo y el más feliz el que los siente todos, confiando él en ser de estos últimos.

Ella, en cambio, es fría siempre y aborrece toda forma de entusiasmo, porque le parece una forma de locura. Detesta la poesía; desprecia el heroísmo, el sacrificio, el martirio, contentándose con decir que sus placeres son la novela y el teatro.

Y estos séres ¿vivirán siempre unidos?

Bastan estos pocos ejemplos tomados de la realidad, para que pueda formarse una idea de las infinitas desarmonías de los caracteres que pueden darse en la asociación del matrimonio.

¿Cómo haremos, pues, para defendernos del peligro de una incompatibilidad de carácter?

FIG. 2. -OTRA TOILETTE DE CALLE.

De una sola manera: estudiando y reestudiando el carácter de aquélla á quien queremos hacer compañera de la vida.

FIG. 3.—SOMBRERO ELEGANTE.

NUESTROS GRABADOS

FIG. 1.—OTRA TOILETTE DE CALLE.

También de sarga de lana formando gran casacón, merced á aplicaciones ámplias de cintas de seda, encorvada en guía. Gran botonadura central en el cuerpo.

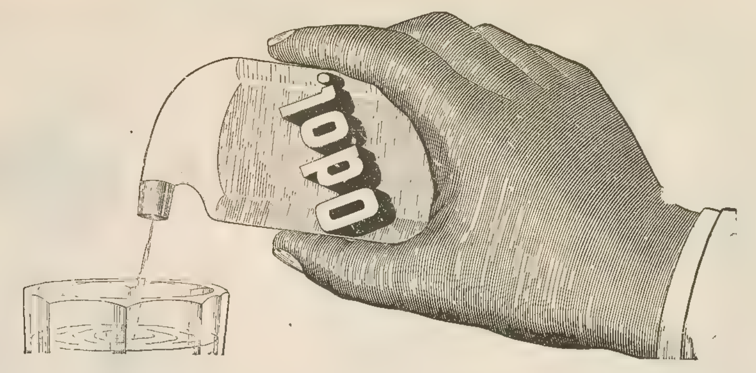
FIG. 2.—TRAJE DE CALLE.

Toilette de sarga fina de lana gris acero con aplicaciones de la misma en forma de capelina, cuello y cinturón. Elegantes botonaduras laterales en la falda.

FIG. 3. —SOMBRERO ELEGANTE.

Gran sombrero de fieltro. La falda redonda, lleva toda aplicaciones de avestruz. La copa está completamente drapeada de satín, en caprichosos fruncidos y bordado de cadenilla de seda. Hacia atrás, á la izquierda, un penacho formado por dos hermosas plumas de avestruz.

EL MEJOR DE TODOS LOS DENTIFRICOS



PORQUE enteramente distinto de todas las otras aguas, polvos, pastas y jabones, no contiene sustancias que alteren el esmalte y corroen la dentadura.
PORQUE dotado de propiedades antisépticas, impide el desarrollo de todos los microbios que enferman la boca y carien los dientes.
PORQUE todas las demás preparaciones no permanecen en la boca sino un tiempo excesivamente corto para ejercer la acción antiséptica que pudieran tener, en tanto que el ODOL que forma con el agua una emulsión en la que se encuentra dividido en gotas finísimas, penetra en todas las cavidades, quedando á ella y todas las membranas de las encías y de la boca, adheridas, y de esta manera *ejerce su acción por muchas horas.*
PORQUE su uso produce una sensación de agradable frescura, que no se obtiene en ninguna otra preparación dentífrica.

El ODOL es sumamente barato. Un frasco que vale $1.50 cs. alcanza para varios meses. Se halla de venta en el afamado Almacén de Drogas de

José Uihlein Sucesores.

Calle del Coliseo Nuevo No. 3.

Cura la anemia, el linfatismo, tuberculosis, convalescientes y enfermedades del corazón en general

EL VINO DE

=SAN GERMAN=

Fórmula del Dr. Latour Baumetz, de Paris.

Véase en toda la prensa de la República los certificados de los más ilustres Profesores y Médicos.

DE VENTA

EN MEXICO: Droguería de Cárlos Félix y Cª Droguería de Plateros. Droguería Belga. Almacén de Drogas de J. Uihlein Sucs. Droguería de Manuel Méndez. Droguería de Tacuba. Droguería de Zuleta. Droguería del Seminario. Droguería de Santa Catarina. Droguería de la Joya. Almacén de Drogas de B. y L. Grisi, etc.
EN PUEBLA: Droguería y Botica Francesas.
GUADALAJARA: R. Berrueco y Cª
OAXACA: Tolis y Renero y Cervantes y Varela.
VERACRUZ: S. Serralta. S. Muler y Cª
TAMPICO: J. Solórzano. Felipe González.
MORELIA: M. Sunderland. Anastasio Mier.
TOLUCA: L. Fernández Hno. Castillo y Uribe.
SAN LUIS POTOSI: Rafael Radríguez y Cª
ACAPULCO: Botica de la Salud.
GUAYMAS: A. Wallace.
HERMOSILLO: B. Suárez.
CIUDAD JUAREZ: Calderón Hnos.
CHIHUAHUA: Carlos Cuilty.
MONTERREY: Ed. Bremer y Cª
MERIDA: P. Peniche y Hno. Pedro Capetillo Alvarez. Cárlos Guzmán O. P. Cámara é Hijos. B. Cano y Cª
ZACATECAS: Agustín Alvarez.
SALTILLO: Juan D. Carothers. José María Rodríguez. R. Rodríguez y Cª y en todas las principales ciudades de esta República.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 2 de Abril de 1899. | Número 14

La Transfiguración.

Cuadro de Rafael. Museo del Vaticano.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

El espectáculo que en México nos ha divertido durante la Semana Santa, aparte las grandes decoraciones religiosas conque se revisten en estos días los templos, es el *Cinematógrafo*. En el centro de la ciudad hay tres de estos aparatos vencedores gloriosos del *Kinetoscopio* y de otras exhibiciones de óptica.

Somos decididamente unos niños: nos agradan sobre manera estas sanas diversiones que recrean los ojos y vierten en la fantasía la adormidera de los sueños.

Recuerdo que desde la *Exposición Imperial* nos mostramos decididos protectores de estos juegos de la luz que tanto nos encantan y entretienen. El Cinematógrafo, sin embargo, es el único que ha vivido largas temporadas entre nosotros, sin fastidiarnos. Desde luego tiene sobre sus rivales una buena ventaja: no es preciso ponerse en acecho detrás de un lente, en postura incómoda, para sorprender lo que hay más allá del cristal vivamente iluminado; no hay necesidad de ponerse pupilas postizas para ver el mundo de lo maravilloso. El flamante invento está muy lejos de ser el anteojo de Hans Schnap, aquel del cuentecillo alsaciano, especie de telescopio de la felicidad y que hacía contemplar á quien le aplicaba la vista, todos sus sueños realizados, todas sus esperanzas cumplidas, todas sus aspiraciones satisfechas, su dicha, en fin, tal como la imaginación la había tejido, enhebrando las cosas reales con el hilo de oro de la locura.

El *Kinetoscopio* y la *Exposición* sí se asemejan al anteojo de Hans. Es necesario ponerle espejuelos á la fantasía para que mire. Está cerrada la puerta del encanto; pero la fantasía—chiquilla traviesa—se pone de puntillas para ver por el ojo de la cerradura.

¡Qué bien que se divierte! Allá dentro está China, con sus casas de torres extrañas, que parecen *abatjour* superpuestos, y que, en el cristal azul mate del horizonte, fingen una selva de pinos exóticos; allá está el templo de Budda con sus bonzos panzudos y melancólicos en el pórtico; allá está el Egipto con sus llanuras de tierra seca y amarilla, y su cielo ardiente recortado en la lejanía por el abanico de una palmera ó la punta de una pirámide ó el caprichoso *zig zag* de la cordillera Líbica; allá están los viejos países, las catedrales góticas, erizadas de agujas, los bosques húmedos y obscuros, con sus intrincadas galerías y sus naves de ramaje por donde la luz no penetra nunca, los lagos italianos pulidos y espejeantes, con brillazones y azuleos de acero pavonado; allá están los muros de encaje de la Alhambra, las ruinas del Coliseo, los castillos normandos, las mezquitas turcas, los patios andaluces. Y la fantasía hace el rápido viaje, un viaje lleno de peripecias y aventuras, hacia las Venecias de las ilusiones y los Stambules de los anhelos, como dijo el poeta.

Mas por muy vivaracha y muy traviesa que sea la fantasía, no alcanza á dar existencia completa á sus visiones porque á todos ellas les faltaba el signo característico de la vida: el movimiento. No vuelan las palomas de la Plaza de San Márcos, ni bulle el agua en la fuente monumental de Viena, ni llega á atravesar la góndola el Puente de los Suspiros; las calles están henchidas de una multitud inmóvil; las procesiones se han detenido; los rostros nos ven curiosamente, como ven los que van á retratarse, la cámara del fotógrafo; el agua no balancea los buques en el canal de Kiel ni el aire sacude la oriflama; no se oye un grito, no se vuelve una cabeza, no se agita una mano. Todo lo que se mira, es verdadero y exacto y hermoso, sólo que está muerto; es un instante retenido y petrificado. La cámara obscura hizo con una fiesta, con un desfile, con una muchedumbre, lo que el naturalista hace con las mariposas: sale al campo, las caza, las atraviesa con un alfiler y, con las alas abiertas, las prende en los cartones de su colección.

Pero la imaginación, la muchacha exigente y visionaria, quiere escuchar un poco de ruido y ver otro poco de movimiento.

Y por eso corre al Kinetoscopio, y se asoma por los lentes del aparato, que parecen dos ojos fulgurantes, y toma las trompetillas del fonógrafo y ve, y oye, y sueña á su sabor, y se regocija.

¿Recordáis el Kinetoscopio?

Dentro de la caja de madera, sí está la vida, rápida, eléctrica, que brilla y se apaga en un instante, que pasa ante la mirada como un bólido por el cielo. Se escucha una extraña música, y al mismo tiempo aparece en un fondo negro como el de las magias de un ilusionista, una mujer del Oriente, una bayadera, ó se oye rumor de martillos y se contempla un episodio en las fraguas de una herrería, ó se ve una revista militar, con ejércitos que marchan á compás mientras las fanfarrias sacuden el aire con sus marchas.

A pesar de su violencia, cualquiera escena impresiona y divierte. Sin embargo, aún pides más, como en la famosa dolora, fantasía insaciable y descontentadiza. Más, porque la existencia que te simula el *kinetoscopio*, es falsa, como prestada, como de imitación; no ves séres, como creías, sino muñecos, que van y vienen, te saludan, bailan, hacen contorsiones y dan saltos como los *marionettes* en un teatro de niños. Aquellos cuadros están tomados de la realidad; así debió de ser la Danza del vientre, así se envuelve en su ropaje de fuente maravillosa la Serpentina; pero las figuras son pequeñas, se desvenecen por átomos de segundo en el espacio para volver á surgir del fondo opaco, y pierden, por lo mismo, su apariencia humana. Falta algo para dejar contenta á la ilusa. ¿Qué falta, Dios mio? En el kinetoscopio, los séres adquieren alma, pero parece que la perdieron las cosas; la Naturaleza recobró sus ruidos pero perdió su claridad; la sensación es trunca porque la vida está incompleta.

Y la fantasía, cansada de buscar, se pone á ver el *Cinematógrafo*. En la triunfante diversión de óptica no hay necesidad de ponerse los anteojos Hans. Basta con entrar y sentarse cómodamente frente al extremo de la sala. Esperar; se espera un minuto; el indispensable para que la curiosidad se despierte; tiene ella el sueño muy ligero y es amiga y perseguidora de novedades y modas.

A poco, se apagan bruscamente los cucuyos eléctricos que, retorcidos, fulguraban dentro de su voluta de vidrio, y en el cuadro de albura uniforme y limpia, como una página en blanco, se presenta de improviso, una lámina, un fotograbado, una ilustración de Revista, en grande, del tamaño natural, y cuyas figuras adquieren desde luego relieve y vivacidad.

Figuraos que estaís contemplando una linda estampa, y que, desvanecidos por la atención, veis que el dibujo adquiere movimiento; que el fondo se ahonda, que el ambiente se llena de aire y de claridad, y que los personajes toman cuerpo, se mueven á su antojo, despreocupados del paisaje que representan y de la intención del artista.

A este nuevo aparato que nos entretiene con la reproducción de la vida le falta el sonido. Dicen que puede trabar amistad con el fonógrafo y pedirle auxilio.

La fantasía, la curiosa soñadora, cuando vuelve de su asombro, le da las gracias á la ciencia, á la calumniada, á la que dice Spencer que es la Cenicienta.

¡Y hay todavía quien asegure que la Ciencia es árida!

* * *

Ahí están abiertos ya los teatros todos: podéis pasar. Un espectáculo teatral es también una diversión de la fantasía, un juego infantil del espíritu. Es la casa de muñecas, es la guerra de soldados de plomo de la imaginación. El mundo real se vuelve niño ante nosotros y nos divierte con fingirnos sucesos que no son y seres que no viven. Como muchacho travieso que se pusiera á asustar á tímidos rapaces, se coloca la máscara dolorida y nos hace llorar, ó bien se asoma con la máscara alegre y nos contenta. Cuando al bajar por última vez el telón nos levantamos del asiento y atravesamos el vestíbulo de un teatro, se nos antoja que despertamos de un sueño.

Al cabo de algunos instantes, el recuerdo dulce ó amargo se ha desvanecido. La vida llega y nos dice: Parece que te habías olvidado de mí. ¡Qué ingrato eres!

Luis G. Urbina

Estampas viejas.

DAVID.

I

El pastor de Bethlehem.

Yo conocí al rey profeta: se llamaba Sbriglia; muchos retratos de David había visto, (distintos todos, naturalmente; pero con un rasgo común: una gran barba patriarcal y una harpa de pedales, que daba una idea muy vaga, por cierto, de la clásica sambuca ó *kinnor* de los trovadores asiáticos) ese David demis estampas siempre estaba triste, era el David de los salmos penitenciales (diremos mejor *psalmos*.) Debe de haber sido por todo extremo melancólico el autor de tan melancólicos cantares. Quien compuso este inmortal lamento (*Miserere*):

«¡Oh Elohim, ten de mí piedad según la gracia tuya—

Y según la magnitud de tu amor mis transgresiones borra—

de mi iniquidad lávame
de mis pecados púrgame—

Porque conozco mis faltas, y mis delitos están siempre enfrente de mí»

Quien gimió estas endechas pavorosas (*De profundis*):

«Desde lo profundo te llamo, ¡oh! Iahvé,
Escucha, Adonaí, mi voz;
Atentos sean los oídos tuyos
A los acordes de mis suplicaciones,
¡Oh! Iah, si tomas en cuenta las iniquidades,
¿Quién, Señor, en pié quedar podría?»

Y aunque sostengan muchos que nada de esto es de David y que del pastor que cantaba como *la paloma de los lejanos terebintos*, nada ó muy poco auténtico nos queda ¿quién puede borrar del alma de la humanidad judía y cristiana la imagen del rey psalmista? ¿Su imagen triste?....

Y os explicaréis mi sorpresa cuando en vez del tétrico anciano de las dolientes elegías, me encontré (tenía yo trece años) con el rey profeta en carne y hueso, joven, elegante, fascinador; si entonces ya hubiera leído lo que dice Renan de David (lo que no podía ser, en segundo lugar, porque no lo había dicho todavía) á quien llama antes de apellidarlo bandido, un prodigio de gracia, de elegancia y de talento, habría podido definirme para mi coleto al hombre que tenía delante; pero ¿qué digo? si aquel David era la prefiguración de Jesús, el Cristo (así lo considera la Iglesia). Prefiguración material: la misma estatura, la misma barba delicadamente dividida, la ondulante cabellera y el encanto, la fascinación inefable de la mirada; y aquel Cristo era tenor, no sé si tocaba el harpa, pero cantaba con una aflautada y primorosa vocecilla; después de todo la Iglesia hace bien en encargar de la voz de Jesús, en las Misas de Pasión, á un *basso profondo*; esto es preferible aun al Cristo barítono del padre Perosi.

Había en mi tierra un padre Castellanos, santo varón, que cuando vestido con su alba y su estola negra en los oficios de Semana Santa, lanzaba en el registro más grave de la escala vocal, el famoso: *¿quem quaeritis?* á los cómplices de Judas, nos extremecía á los dos mil concurrentes que lo escuchábamos en la Catedral de Mérida.

Conocí á David en la Catedral de Munster el año de gracia ó de desgracia de 1861; debía tener, por tanto, cerca de tres mil años de edad. Y no; era un joven que fascinaba literalmente en sus paños blancos y bajo su áurea corona que coruscaba de diamantes y carbúnculos, cuando seguido de interminable y abigarrado cortejo, discurría al son de las trompetas de Meyerbeer bajo las naves de palo y tela pintada dispuestas con muchísimo talento por un pobre Sr. Serrano, el gran escenógrafo de mis tiempos.

¿Claro que usted nos habla de una ópera, dirán con admirable perspicacia mis lectores? Ruégoles que se coloquen cinco minutos en el estado de ánimo de un muchacho de provincia, pobre, recien desempacado, un sí es no es volado de cascos, que había estudiado la historia santa profundamente......en las ilustraciones de una Biblia del padre Scio y que repentinamente se encuentra en un teatro que le pareció la primera maravilla (no había visto las otras ocho) en medio de un mundo de gente, de rumores, de elegancia y aplausos que le dejaron nervioso por un año ¿Había de creer que todo aquello era ficción? ¿Quién en mi caso lo ha creído? Juan de Leyde era David, la inspiración sortílega de Meyerbeer lo había evocado del fondo del abismo, *de profundis*. Luego me he familiarizado algo con la historia ó la leyenda de este personaje extraño, simpático y terrible. Lo veo gigantesco en el bien y en el mal, y en la historia quienes así son me avasallan. ¿A vosotros no, lectores, no, lectoras? Tal vez sea un fenómeno de crepúsculo este agrandamiento; en el Oriente, como en las capas atmosféricas en donde refracta el sol naciente sus primeros rayos, los héroes adquieren proporciones extra-humanas.

* * *

Una vida típica fué la suya; un bravo como Humjadi Yanos ó Iskander Bey, un cruel como Bayezid ó Selim, un generoso como Saladino, un aventurero sin escrúpulos como un Visconti ó un Sforza, ó más bien, un Cid, un Ruy Díaz que hubiese llegado á ser rey de Castilla, tales son los tipos clásicos en que se distribuyen y personifican los elementos que compusieron el alma compleja de David. (¿Quién ha dicho que el alma es simple?) ¡Pero cuán ardiente de colorido se nos presenta la gran figura en Samuel, en los Reyes, en las Crónicas! Oro y púrpura, la de la sangre, negro de abismo, el azul crudo y vibrante del cielo del Desierto, otro azul, que no es más que la transparencia de los espacios negros, la que los asemeja á un fanal cuyo foco no se ve sino se sueña, un nocturno azul de Psalmo goteado todo de estrellas que caen siempre y no llegan nunca; tales son los tintes con que el dedo soberano de Iahvé esfumó á David en el cristal de la historia para proyectarlo luego al través de la imaginación israelita que todo lo agiganta en el telón sin fin de la leyenda.

Los niños de mi tiempo (no ha llovido poco desde entonces) despertábamos á la historia, entre los cuentos de hadas y el Robinson Crusoe, y cuando todavía no asomaban en el horizonte las grímpolas multicolores

del barco maravilloso de papá Dumas, no leyendo, lo dije ya, sino soñando sobre las estampas de algunos libros cuya substancia era histórica. Y esas estampas son verdaderas *negativas* que grabadas en nuestro cerebro, como en el papel sensible, se convierten en *positivas* imborrables; la memoria las fija para siempre. Estos clichés (me refiero á los históricos nada más) con ligeras variantes, según el *medio* doméstico que nos envuelve, son, además del David, ya profeta, ya matador de Goliat, una imagen del Paraíso, Adan, Eva, la Serpiente; el Arca de Noé; las Pirámides; los retratos de Moctezuma y de Cortés y varios Napoleones; de estos muchos, y son los que más impresionan naturalmente. Lo cierto es que, todavía no habíamos dejado de ser niños, y ya estaba decorada nuestra imaginación con estos *panneaux* soberbios, llenos de encanto y poesía en acción. Entre ellos vivíamos las primeras escenas de nuestra propia tragedia psicológica, los chicuelos de mi época. ¡Ay! aquí del suspiro en verso de Jorge Manrique. ¿Será ó no justo encontrar mejor esas decoraciones y bambalinas de antaño que las de hoy, constituidas por las *cocottes* y demás cantantes reproducidas en las cajetillas de cigarros, que reemplazan con ventaja á la serpiente del Paraíso, así como á David y Goliat lo substituye con mayor donaire un Mazzantini de tantos estoqueando un bicho?

***

El viejo Ishaí (Isaí) era un patriota de esa brava tribu meridional de los beneyehudá, (Judá) que, desde lo alto de sus rocas quemadas por el implacable sol de Siria, atisbaba por un lado el mar de los Filisteos y por el lado oriental bajaba de escalón en escalón agarrándose á los bosques de sicomoros y terebintos henchidos de rumores de aguas y de cantos pastoriles, verdaderos oasis en las rocas, hasta la lúgubre hondonada en que, á ochenta ó cien metros bajo el nivel del Océano vivo, yace en su enorme plato de sal el lago muerto. Por las grietas cálidas de las montañas, en las húmedas sombras de los bosques, á orillas de los *aguajes* del país sediento, vagaba de continuo el hijo menor del viejo patriota que en Bethlehem tenía su casa y en Iahvé su corazón, en Iahvé que había sacado á los beneísrael de la servidumbr de Mizzaim (Egipto).

El lucero de los pastores, el precursor Lucifer, surgía apenas entre las cimas azules de los montes de la aurora, y ya, corriendo en pos de sus corderos, bajaba David por la quiebra hasta el torrente cercano, hacía su provisión de guijarros planos propios para hender con mayor rapidez el aire; pronto veía esparcirse su rebaño por los collados cubiertos de grama perdida en un interminable tapiz de flores de primavera, cuyo abigarramiento, ni los maravillosos artífices de Babilonia pretendían reproducir en sus polícromas telas. Una cenefa espesa de felpa verde indicaba, á lo lejos, el curso sesgo del torrente Quidrón (Cedrón) cuya vera seguía largo tiempo el pastorcillo buscando planos y cortantes guijarros que guardaba en el zurrón de cuero, provisión de la honda que en aquellos momentos le servía para ceñir bien en derredor de sus lomos el vellón híspido de una oveja negra. Pero: vosotros conocéis á este pastor, en el salón que precede á la galería dorada de la Escuela de Bellas Artes, lo retrató Murillo, según dicen, apoyado en el brocal de una fuente y tendiendo los labios rojos de sangre viva y de sed árabe hacia el hilo de agua que cae lejos todavía de su ávida boca. Diréis que este es un anacronismo imperdonable y que mal pudo el artista del siglo XVII retratar á un pastor de mil años antes de Cristo; reíos de esa objeción chavacana ¿no lo estoy retratando yo?

Y si no temiera fatigaros, os haría el obsequio de unos cuadritos orientales pintados *de chic*, porque no he visto el Oriente más que en sueños (en sueños repetidas veces, eso sí;) voy á esbozarlos para que os figuréis como serían y probablemente para que me agradezcáis que no los pinte y menos á la pluma que es como pintamos los literatos:

Núm. 1.—David, desnudo, trepando por las aristas de las rocas, en busca de aves de presa; sus piernas gráciles, pero articuladas de acero, lo ayudaban en vertiginosa ascensión; rojas huellas de sangre, de esa vívida sangre de la edad en que nada nos importa perderla, marcan su paso. Luego, arriba, en las puntas de las peñas, píos roncos de polluelos, (eso sí no lo puede reproducir un pintor común y corriente) aleteos negros de una gran ave, espantada y furiosa, chasquidos férreos de picos hechos al combate y á la carne, y después una vaga espiral trazada en la cálida atmósfera por enormes alas en fuga y el descenso trabajoso, pero seguro, del regocijado pastor sujetando contra el pecho un grupo de pequeños nebfíes moribundos entre briznas hediondas de nido roto. —Núm. 2. En la estación propicia, David, reunido con otros pastores bethlehemitas dejaba los risueños contornos, áridos hoy y escuetos, de su aldea natal, y bajaba de escalón en escalón, de roca en roca, teniendo al frente, á la vista, las graciosas líneas de las montañas de Ruben y de Gad, que destacaban su azul intenso en el pálido azul del cielo; á su derecha, el oasis maravilloso de Jericó, en donde todavía florecían las rosas que hoy buscan en vano los viajeros, pero que viven perfumadas y rojas entre las viejas páginas de la Biblia, y más allá de ese oasis, en su inmensa tasa blanca de sal, el inmóvil espejo del *mar muerto*, espléndido de luz y serenidad, como la muerte de los que esperan, pero sin un suspiro, sin una ola.—Allí donde los beduinos descansaban de sus excursiones de rapiña, bajo sus tiendas chatas de piel, que se confunden con la arena parda del desierto, distribuían en las orillas del Yarden (Jordán) sus ovejas los pastores de Judea y sesteaban después de bañarse en el turbio y sinuoso río. que se precipitaba con una especie de loco anhelo en las aguas amargas del mar muerto.—Luego, cuando el sol no se reflejaba ya sobre la placa de acero del lago, ni sobre los picachos blancos manchados aquí y allí de terciopelo verde y oro de los montes de Judea, reunidos los pastores en derredor de la fogata. cuyos penachos rojos estriaba y doblaba el viento sobre las gramas de la estepa, David narraba las hazañas de los bene-Israel en lucha perpetua allá, al otro lado, contra el Moabita y el Ammonita, y al occidente contra el Edomita y el aborrecido Peleshti (filisteo) el humillador sempiterno del pueblo del Señor. Y tomaba el kinnor (el harpa) y cantaba entusiasmado las proezas de las tribus en los tiempos de los grandes caudillos que juzgaron á Israel. Y su exaltación crecía y su voz, ya vibrante y varonil, de adolescente heróico, prorrumpía en himnos de áspero y violento amor hacia su Elohim Yahvéh, el Dios del pacto, el Dios de Moshé, (Moisés) cuyo gigantesco sepulcro se perfila sobre los montes en las lejanías nocturnas, el Dios de Abraham, el escudo y la roca de Yehudáh. Era David un poeta, hijo de la naturaleza y del instinto, engendrado en su cálida y apasionada sangre de semita por el contraste eterno entre el oasis y el desierto, entre el sol calcinador y el cielo maravillosamente sereno y constelado de las noches sirias; como él, muchos aparecieron y aparecen sin cesar bajo las tiendas de cuero de los aduares árabes, pero en los cánticos sensuales y feroces del betlehemita se deslizaba un soplo de infinito y el vibrar de su harpa comunicábase al corazón en forma de anhelo y al alma en forma de ensueño.

Alguna vez, solo ya, tirado sobre un lecho de mal adobada piel de oso, oía, vagamente primero, luego con sobresalto, los ojos muy abiertos y el cuerpo entero tendido hacia el rumor que venía. el sordo trueno de un rugido de león; la fogata se apagaba, temblaban las ovejas y le temblaba el corazón. Se acercaba, se acercaba; juntábanse convulsivamente las ovejas como si quisieran formar una sola, los mastines anunciaban al enemigo con miedoso alarido; David estaba en pié. Derrepente el acre olor del flavo llega hasta él é instantáneamente siente el brinco junto á sí, oscila como con una ráfaga de huracán, el rebaño huye sobre las brasas mal apagadas y de entre la penumbra surge el soberbio señor del desierto, llevando en sus colmillos, sujeta por el espeso vellón, una oveja y corre hacia la barranca obscura del Jordán. David le sigue cauteloso, el león se para, deja caer á sus piés su presa medio muerta y yergue la formidable testa, sus ojos apuntan en la sombra sus dos clavos de fuego; zumba la honda del pastor, ruge el león con el cráneo destrozado, pero arrebata la oveja y huye desesperadamente; tras él David, los perros y los otros pastores lo siguen apenas; luego el silencio, una sorda lucha espantosa en la obscuridad, luego el rugido agonizante del león en fuga y entre el silencio temeroso de los anhelantes pastores, la reaparición del beltlehemita, ensangrentado y pálido, pero con la oveja, viva aún. sobre los lacerados hombros.

Los montes de la ammonitida se ceñían de aurora como de un nimbo: las estrellas cintilaban más antes de desvanecerse en el alba y Lucifer, puro y rutilante, se alzaba como una antorcha en el Oriente: mientras las ovejas balaban alargando sus húmedos hocicos hacia el río, David apoyado en un tronco de sicomoro murmuraba cantando, en dirección del cielo las miradas inmovilizadas por el éxtasis:

> Los cielos dicen la gloria de Yahvéh
> El espacio, obra de sus manos, la proclama;
> Como un mensaje, un día lo trasmite al otro,
> y una noche la da á conocer á la siguiente—
> Y sin palabras, y sin discursos y sin voz;
> no la dice el sonido ni la repite el eco;
> y por la tierra entera resuena
> Y llegan sus acentos á las extremidades del (mundo,
> En donde El estableció la tienda del Sol.

***

Cierto dia, regresaba de lejana excursión y un mensaje de su padre, del viejo patriota Ishaí, le obligó á apresurar la marcha.

«Ha llegado á la casa de tu padre, le decía el mensajero, un gran profeta, el *nabi* Shemuel (Samuel). Hondo terror causaba ver su faz airada como la del Yahvéh de los combates de que nos hablas al son de tu kinnor en las noches de la montaña, del dios que conmueve la tierra y hace crujir los fundamentos del cielo cuando su cólera se enciende y sale el humo de sus narices y el fuego devorador brota de su boca.....

—¡Oh! sí, murmuraba David enardecido por el recuerdo de sus propios cánticos que le repetía el mensajero. En los días de la ira de Yahveh inclina los cielos y desciende y una nube de tormenta sirve de escabel á sus piés y cabalga sobre su toro alado (Kerub) y vuela; se le ve sobre las alas del viento y amontona las tinieblas en torno suyo como una cabaña...

Continuó el mensajero: los *nabis* (profetas videntes) que acompañan á su maestro Shemuel dicen que ya se acercan los días de la casa de Jehudáh; dicen que la tribu solitaria del medio día, la despreciada de Efraím, la separada de las tribus hermanas, entrará por encima de Benjamín al poder y á la gloria como el león; agregan que el gran profeta ha sentenciado á muerte á Shaul, el rey de la montaña de Guibea, el jeque de los bene-Israel, porque desobedeció el mandato de Yahvé y perdonó con misericordia al rey vencido de los de Amalek, y añaden que el profeta sacrificó al rey vencido con sus propias manos y roció con su sangre el ara de nuestro Eloim Yahveh; y que furioso y sombrío se retiró á Rama desde cuya altura se ve la tierra de promisión entera y que contemplando los montes de Jehudáh, exclamó inspirado: allí es, allí está, de allí vendrá nuestro salvador, allí vive el que será nuestro Meshia (Mesías-ungido.) Y el viejo profeta consultó por los urim el tablero de piedras preciosas del efod, el oráculo de Dios, y las piedras señalaron á Bethlehem, y en Bethlehem la casa de Ishaï tu padre, y vistió Shemuel su meskil de lino blanco y el efod sagrado y seguido de sus profetas llegó á la casa de tu padre, y los bethlehemitas le preguntaban: «¿vienes por nuestro bien ó es de mal agüero tu venida.» Y Shemuel los convocó para un sacrificio.

—¡Oh! volemos, lleguemos, decía el joven pastor, tras el cual se precipitaban balando las ovejas, sin poder alcanzarlo; ¡oh! volemos, lleguemos que yo quiero adorar al viejo y besar la orla de su efod de lino...

El rumor de las sambucas, de las flautas y de los tamboriles indicaron la proximidad de la casa de Ishaï; de cuando en cuando una lenta melopeya suspendía el concierto de los instrumentos músicos, eran los profetas de Shemuel que interrumpían sus danzas, para alabar á Yahvé y predecir lo futuro......

Ishaï había presentado al gran profeta de Rama á todos sus hijos, fuertes y hermosos como los guibborim de los tiempos de Deborah y de Iftá. «¿No tienes otro hijo? preguntó Shemuel.» Y partió el mensajero en busca de David. Cuando éste se presentó polvoso, con el cabello enmarañado, rica la piel de tonos dorados y rojos, encendida la boca como una cereza salvaje y luminosa la mirada como el cielo al levantarse el día, Shemuel prorrumpió en un canto de gracias al Muy Alto. Y tomando el cuerno sagrado de manos de uno de los profetas, bañó al joven pastor con el oleo santo, y el cuerpo del adolescente vibraba de juventud y de vida.

***

El pueblo de Bethlehem contemplaba atento, los nabis de Shemuel, con las bocas entreabiertas é hirsutos los cabellos, miraban atónitos....les parecía columbrar en mágico espejismo al pueblo de Iahveh entonando sus cánticos y aleluyas en torno de una montaña sacrosanta en cuya cima se consumaba supremo sacrificio.... Y el nuevo Mesías, el rey futuro de las tribus del pacto arrojó el cayado y la honda, cayó á sus piés el vellón que lo cubría, y agitado por el soplo divino, bailó al compás de los címbalos, y las siringas y las harpas marcaron el ritmo de su voz pura, y Shemuel y los nabis bailaron con él danzas de la inspiración y de la lucha.... Y la voz de oro de David clamaba....

Yahvéh es mi piedra, mi ciudadela y mi salvador.—

> Elohim es mi roca, en él me amparo—
> Mi escudo, mi cuerno de defensa—
> Mi fuerte y mi refugio.

> ¡Oh! Yahvéh, tu eres mi lámpara,—
> Tú iluminas mis tinieblas.—
> ¿Quién es Dios (El) si no es Yahvéh?
> ¿Quién es la Roca si no es nuestro Elohim?
> Yo te alabaré, Yavéh, entre todos los pueblos.
> Y pulsaré el harpa de tu nombre.—
> Yavéh cubre de beneficios á su Mesías
> David y á su raza para siempre.—

Justo Sierra.

———

LA VUELTA DEL HIJO PRODIGO.—CELEBRE CUADRO DE MURILLO.

VIEJO FUMADOR.

Cuadro de H. Umbricht.

LA ENFERMEDAD DEL PAPA.—EL CAMARERO DE SU S. S. DANDO NOTICIAS.

La enfermedad del Papa.

El 28 de Febrero empezó á circular en Roma la noticia de la enfermedad de Leon XIII.

Creíase que era un resfrío; pero al día siguiente aumentó la ansiedad cuando se supo por la prensa que el Papa iba á sufrir una operación, pues aun cuando por naturaleza no era de ningún modo peligrosa en un hombre robusto, sí podía serlo, y mucho, tratándose de un nonagenario.

Desde hacía veinte años, tenía Leon XIII un tumor en el muslo izquierdo. De pronto se produjo una fuerte inflamación acompañada de vivísimos dolores. El Dr. Lapponi, médico ordinario de S. S. pidió que viniese en consulta un colega suyo; el Papa designó al Dr. Mazzoni, cirujano que ya en otra ocasión le había prestado sus servicios. Decididos ambos médicos á hacer la operación, quedó señalado el día siguiente para efectuarla.

En efecto, la mañana del jueves á las nueve, al presentarse los facultativos, el augusto enfermo ayudado por su fiel camarero Pío Centra, levantóse de su lecho acostándose en otro, ya dispuesto para la operación. Antes de esto el Papa recibió al cardenal Rampolla, á quien dió algunas instrucciones, y á los camareros participantes, Monseñores Merry del Val y de Croy. El secretario particular de S. S., Monseñor Angeli, dijo misa en la capilla privada contigua al cuarto del Sumo Pontífice.

Con excepción de su camarero, nadie presenció la operación. A las nueve y media los doctores Lapponi y Mazzoni estaban apercibidos con todos sus instrumentos, y habiendo propuesto el empleo del cloroformo, S. S. se opuso resueltamente á absorberlo. En atención á la edad provecta del paciente, los médicos juzgaron que acaso era mejor no cloroformarlo y se limitaron á anestesiar la región en que debía practicarse la operación.

Media hora tardaron en extirpar el tumor, cuyas dimensiones eran aproximadamente como las de una naranja. Durante la operación el ilustre enfermo lanzó algunos gritos, pero no hizo momimientos bruscos.

***

Naturalmente todo ese día hubo en el Vaticano un constante ir y venir de cardenales. diplomáticos, personajes de todas clases, romanos y extranjeros, que acudían en busca de noticias. El primer boletín de la mañana dió cuenta de la operación; antes nada se sabía. pues los allegados cuidaron de mantener bien el secreto.

Al día siguiente los Dres. Lapponi y Mazzoni llegaron á las nueve. El Papa dormía aún y al abrir los ojos y ver á los médicos, sonrió con expresión de gratitud.

—Santo Padre, dijo uno de ellos, es preciso examinar la herida.

—No me atormentéis mucho, os lo ruego, dijo León XIII dirigiéndose á Mazzoni, el operador; y curadme en dos días, si podéis.

—Que se tranquilice S. S.: no sufrirá la más insignificante molestia. En cuanto á la rápida curación, que yo deseara fuera más rápida aún, sólo el Papa puede hacer milagros; los médicos, no.

Examinada la herida vieron los médicos que estaba en vía de cicatrización. En la visita médica de la tarde estuvieron presentes los sobrinos de S. S., Camilo y Ricardo Pecci. Como se prolongara la conversación, empezó á inquietarse la gente que esperaba en las antesalas. Felizmente, al salir los médicos dieron buenas noticias.

Por la noche el Santo Padre estuvo de muy buen humor, más que nunca, y le dijo al Dr. Lapponi que se sentía perfectamente.

Por último, desde el sábado en la mañana, pudo darse por cierto que el Papa estaba curado.

***

Nuestro grabado representa la sala de la Guardia Palatina, en la que Monseñor de Croy, descendiendo de una noble familia belga, daba informes sobre la salud del Papa.

Había un registro en el que inscribían su nombre los visitantes, algunos de los cuáles escribían una ó dos líneas expresando sus sentimientos de veneración para el Papa.

***

Concluiremos con unas cuantas palabras acerca de los médicos de S. S.

El Doctor Lapponi es joven aún. Hace algunos años terminó sus estudios en la Universidad de Bolonia y se dedicó al ejercicio de su profesión luchando con grandes dificultades. Llamado á Roma para que sirviera de ayudante al Doctor Ceccarelli, su predecesor como médico de cabecera de Papa, heredó las funciones del antiguo médico cuando éste murió. Habitualmente visita una vez por semana á su augusto cliente: pero cuando se presenta algún trastorno en la salud del Papa, permanece en el Vaticano sin salir del palacio.

Mazzoni, el cirujano que extirpó el quiste, es más joven que su colega. Ya era conocido, pero ahora su nombre suena en todos los ámbitos del mundo, junto con el de Lapponi.

En el fondo las letras y las artes tienen el mismo objeto, que es satisfacer nuestros deseos de huir de la realidad.

***

Entre los sentimientos humanos, el más fuerte—la palabra lo indica—es el resentimiento.

***

El gobierno parlamentario siempre medidas provisionales, dejando siempre algo que resolver para el porvenir.

***

Los militares gozan de una reputación tan comprometedora, que sólo son verdaderamente peligrosos cuando se encuentran con mujeres que nada tienen que temer.

***

El milagro más grande que hace el amor es curar el vicio de la coquetería.

LA CASA DE HUMBOLDT.

El 28 de Marzo de 1803, desde el puerto de Acapulco, anunciaba el ilustre viajero Don Alejandro de Humboldt su arribo á Nueva España, en carta que dirigió en esa fecha al Virrey Don José de Iturrigaray.

Pocos días después, á mediados de Abril, llegó á México, entregó sus pasaportes al citado Virrey y le presentó á su distinguido compañero Alejandro Bonpland y al joven Don Carlos Montufor, hijo del Marqués de Selvalegre, quien desde Quito venía con Humboldt para dirigirse á España.

Humboldt permaneció como unos nueve meses en Nueva España, ya residiendo en la Capital ó viajando por el Sur y el interior del país.

El sabio viajero visitó hermosas regiones en que la planta humana nunca había dejado huella alguna, é inscribió su nombre en las cortezas de seculares ahuehuetes; bajó á las minas más célebres y más profundas, y contempló con admiración los monumentos arqueológicos de antiguas razas aborígenes.

A la ciudad de México, donde vivió algunos meses, la visitó con todo detenimiento y atención. Le sorprendieron sus sólidos y cómodos edificios, y la limpieza de sus calles, en las que aún se hacía notar la policía que legó á sus sucesores en el virreinato, el inolvidable Revilla Gigedo.

¡Cuántas cosas vió que ya no existen! El monumento á Carlos IV en la plaza principal, á cuya inauguración estuvo presente; la *Acordada*, el *Parián*, el sepulcro de Cortés en Jesús, los conventos de frailes y de monjas, y tantas y tantas cosas que describe en la amena é interesante narración de sus viajes.

Humboldt y Bonpland registraron y estudiaron todo: unas veces en los archivos de viejos papeles, otras en las cimas y en la espesura de las montañas y de los bosques vírgenes de Anáhuac.

Volvieron al antiguo continente más ricos en tesoros literarios—dice Beristáin—que si hubieran llevado los millones extraídos de los minerales que visitaron.

* * *

En la ciudad de México habitó la Casa número 3 de la calle de San Agustín. Durante su permanencia, se hizo querer generalmente por su trato amable y exquisita urbanidad, y recibió del Virrey, del Arzobispo y de todos aquellos á quienes trató, las señales más respetuosas de aprecio y admiración por su conducta y sabiduría.

Cuando visitó el Colegio de Minería, que entonces estaba en la calle del Hospicio de San Nicolás, tuvo palabras de ardientísimo entusiasmo y de elogio para los sabios y modestos profesores de ese plantel, y él mismo presidió los exámenes de jóvenes alumnos que se distinguieron después, y para quienes tuvo también frases de aliento y alabanza. Agradecidos los profesores y alumnos por estas distinciones, le pidieron permiso para colocar su retrato en uno de los salones de la escuela, y ese viejo retrato al óleo se conserva aún representando al ilustre viajero, joven, vigoroso, todavía con la mirada llena de saber é inteligencia.

Al despedirse del Virrey Iturrigaray en carta de 3 de Enero de 1804, le enviaba el primer fruto de sus investigaciones acerca de nuestro país, las *Tablas Geográfico-Políticas del Reyno de Nueva España en el año de 1803*, que constituyen el primer ensayo estadístico que se hizo en México á principios del siglo.

«Cerca de salir de estos dominios—decía al Virrey—he pensado dar esta última y pequeña prueba de la rendida veneración y del tierno agradecimiento que me ha inspirado la alta protección de V. E. y el cual conservaré toda mi vida.»

* * *

El 14 de Septiembre de 1869 fué el centésimo aniversario del nacimiento del barón de Humboldt, y solemnes fueron las manifestaciones que se hicieron en México para celebrarlo.

Entre ellas se hizo notar la inauguración de la lápida colocada en el frente de la casa en que vivió.

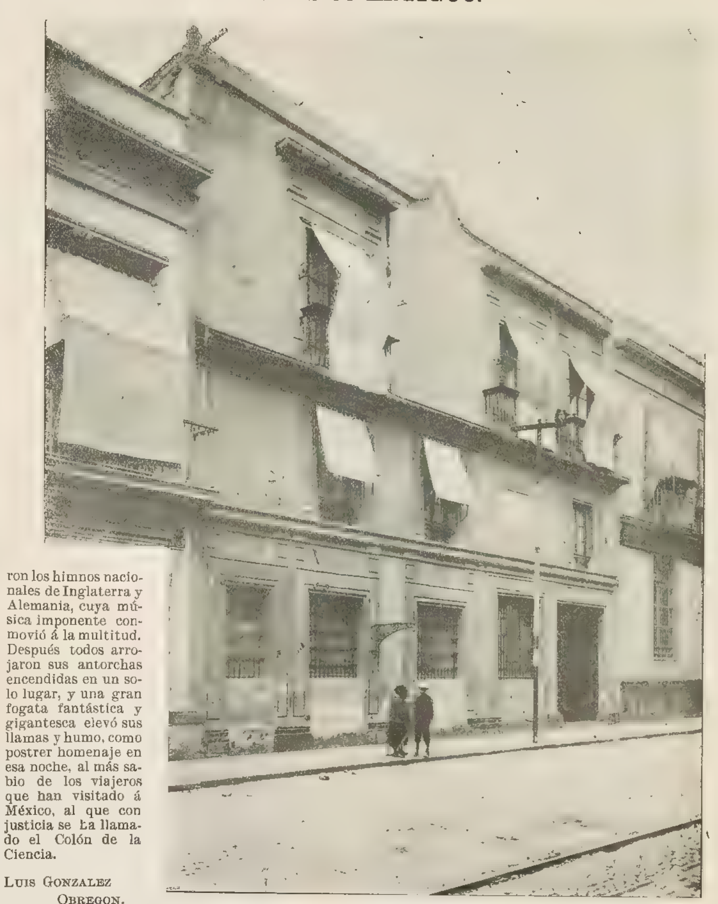
Un periódico contemporáneo la describe con estas ó parecidas palabras.

A las nueve y media de la noche los miembros del Club Alemán, situado en la calle de San Francisco, se dirigieron procesionalmente, con antorchas en las manos y precedidos de una excelente música, hacia la calle de San Agustín, y se duvieron delante de la casa que habitó Humboldt durante su permanencia en esta Capital. Aquí fueron cantados en coro trozos magníficos de piezas clásicas, y M. Schlözer salió á una de las ventanas de la casa, pronunciando un elocuente discurso, que fué acogido con entusiastas aplausos.

La comitiva se puso en seguida en marcha, recorrió las principales calles de la ciudad durante dos horas enteras, y se dirigió por último á la plaza principal. Todas las banderas que llevaban los miembros del Club fueron colocadas aquí en hermoso pabellón; se formó un gran círculo por todos los individuos que iban en el cortejo, y á la luz de las antorchas se entonaron los himnos nacionales de Inglaterra y Alemania, cuya música imponente conmovió á la multitud. Después todos arrojaron sus antorchas encendidas en un solo lugar, y una gran fogata fantástica y gigantesca elevó sus llamas y humo, como postrer homenaje en esa noche, al más sabio de los viajeros que han visitado á México, al que con justicia se ha llamado el Colón de la Ciencia.

Luis Gonzalez Obregon.

MEXICO ANTIGUO.



CASA NUM. 3 DE LA CALLE DE SAN AGUSTIN.

LA PASION DE CRISTO.

Recuerdos de Oberammergau.

Apenas hay una región en todo el orbe cristiano, que deje de representar año por año, y de una manera muy viva, la pasión de Cristo.

En México mismo, todo el mundo conoce esas risibles ceremonias que se efectúan en los alrededores y que, por fortuna, la Iglesia no autoriza, por más que en aquellas tomen parte sus ministros, obligados por la arraigada costumbre popular.

La costumbre es muy vieja y sin duda arraiga en esos misterios que hacían la delicia del siglo XV y que por su burda ingenuidad herían profunda y fructuosamente aquellos espíritus empapados en la sensación religiosa. No puede negarse la belleza de tales representaciones sin aparato ni artificio, é hijas sólo de una piedad espontánea y primitiva que naturalmente las envolvía en una sencillez encantadora.

Pero sí es muy sensible verlas degenerar en fiestas orgiásticas y vulgares que, como nuestras clásicas *Tres caídas*, lejos de recordar sublimemente la tragedia cristiana y despertar el sentimiento religioso ó estético, sólo ridiculizan al Hombre Dios y sólo sirven de diversión á una muchedumbre ebria de alcohol y de burla.

Por desgracia, no sólo entre nosotros se nota esa degeneración, sino también en otras muchas partes, casi en todos los sedicentes pueblos latinos. Tan es así, que esos espectáculos vivos de la Pasión se han abandonado á las últimas capas sociales, y si acaso los presencia un hombre culto, es sólo por mera curiosidad y sin pruritos de obtener emoción de ninguna especie.

* * *

Por otra parte, el menguante espíritu religioso contribuye no poco á que la clase culta se aparte de esas ceremonias que le eran muy queridas todavía hace un siglo.

Por eso es un espectáculo curioso el que se ofrece al turista que, en pos de emociones bucólicas y selváticas, llega á Oberammergau en tiempos de Semana Santa.

Oberammergau es un pobre lugarejo de la tierra bávara y pertenece al pintoresco departamento de Garnisch.

Su población no llega á mil y quinientas almas, y vive la obscura vida de las montañas, alimentándose de sus pequeñas industrias que consisten en la labor de maderas á punta de cuchillo, de esas maderas que, con supuesto abolengo suizo, llegan á nosotros en forma de cajitas ó de péndulos de *cú-cú*.

Allá por el año de 1636, hubo no sé qué desgracia en el pueblo: ó peligraron las cosechas ó se apestaron los habitantes, para el caso es lo mismo. Sucedió que como tal plaga les hiriera á principios de cuaresma, los de Oberammergau, para aplacar la cólera divina, hicieron solemne voto de representar todos los años la Pasión de Cristo con gran unción y supremo recogimiento.

Parece que su ruego fué atendido, pues hace dos siglos que vienen cumpliendo su voto, y como dicen las crónicas que Dios da ciento por uno, el cumplimiento de ese voto se ha convertido para ellos en un venero de ingresos que dejan muy atrás los que obtenían labrando maderas pacientemente, á punta de cuchillo.

Mas de tres mil turistas van año con año á presenciar el *Passionspiel* y no hay casa en el villorrio que deje de hospedar á los curiosos. Los que llegan al último, tienen que acampar en barracas que al efecto se construyen.

El espectáculo dura tres días, y empezando con la triunfal entrada de Cristo á Jerusalen concluye con la Crucificción. Por no sé qué extraña anomalía, suprimen la Resurección.

Un guapo mozo del pueblo, que ya tenga de vida unos seis lustros, funge de Redentor, previos ensa-

Damas Distinguidas.

SRITA. CRISTINA CICERO, DE MERIDA.

yos que suelen durar toda la época del año que precede al decantado espectáculo.

La dignidad de Cristo da en el pueblo un sello de respetabilidad que de otra suerte no fuera lograble, y muy á menudo se ofrece el caso de que con tal carácter se presenta revista simultáneamente el cargo de alcalde ó de cosa parecida en el villorrio. Lo triste de tal gloria es que en breve el Redentor desciende de categoría y pasa á apóstol San Pedro, lo cual, amén de disminuir por modo notable el tanto por ciento que de las entradas generales, percibe el interesado, amengua muy sensiblemente su prominencia social y la de su familia, y más de una vez se ha dado el caso de que un *Cristo* claudicante discuta sus derechos á la permanencia en tan conspícuo desempeño por medío de un abogado debidamente titulado.

Generalmente, una vez que en una aldea se reconoce figura y talento propios para empuñar el estandarte en que Oberammergau cifra su orgullo, se le confiere el grado de *San Juan*, que es conforme á su viril belleza de veinte años, para que cuando se afirmen las facciones y crezca la barba, pase á Cristo y después degenere en apóstol viejo ó en comparsa coral.

De tal suerte se imprimen en los episodios del pueblo esos encargos, que sus efemérides se cuentan por ellos, y se dice, para recordar tal ó cual sucedido: *pasó en la época en que* Fulano *era Simón el Cireneo.*

El sitio en que se hace la representación, no es un teatro con bambalinas y bastidores, sino un semicírculo bordado de arboledas exhuberantes y sembrado de peñascos y de vegetación.

¡Cuán lejos de ese *misterio* los ridículos convencionalismos de nuestras *Pasiones!*

El alemán, de suyo azás místico y contemplativo, sabe dar á todos sus pasos un carácter de austeridad, reconcentración y franqueza, que nosotros no estamos acostumbrados á usar á menudo. Por ello es que, aún yendo mal preparado y con ánimo propicio á la burla, al contemplar la representación pasional de Oberammergau, siéntese el ánimo hondamente sacudido y evócanse remembranzas que no por olvidadas y polvorosas dejan de conmover á todo el mundo, ya sea que se trate de un místico ó de un escéptico, y á unos por religión y á los otros por estética.

Porque la naturalidad que aquellas buenas gentes aplican á su cometido, es tal, que si se prescinde del fondo natural que en Germania con pinos sustituye las palmas de Palestina, la reconstrucción de la tragedia cristiana es completa y vivísima.

Yo, agnostizado sin esfuerzo ni ostentación, he sentido en Oberammergau, á la vista de ese espectáculo, no se qué palpitaciones extrañas, quién sabe qué anhelos indefinidos; y no como un resíduo de antiguas teologías, sino como la revelación objetiva de un símbolo muy humano y muy sublime....

Y ocúrreseme preguntar: si la «Pasión» se recordase en todas partes así, muy sencilla, muy sincera y muy ingenua ¿no sería el mejor medio de conservar siempre viva la creencia que amengua?

JUAN SANCHEZ AZCONA.

Los cañones de tiro rápido.

Antaño las operaciones necesarias para disparar un cañonazo eran múltiples y á cual más laboriosa. Si era un cañón de campaña de los que se cargaban por la boca, había que ponerlo en batería, limpiarlo con el escobillón, introducir sucesivamente la pólvora y el proyectil, preparar el fulminante, para apuntar luego y disparar.

La adopción del sistema de retro-carga acortó mucho la duración de estas operaciones, facilitando la colocación del obús y la carga de la cámara.

Los sorprendentes progresos realizados últimamente, han perfeccionado de tal manera el material de artillería que el cañón de tiro rápido es ya una verdadera maravilla.

Adoptado en un principio por la marina de guerra, lo fué después por los ejércitos de tierra.

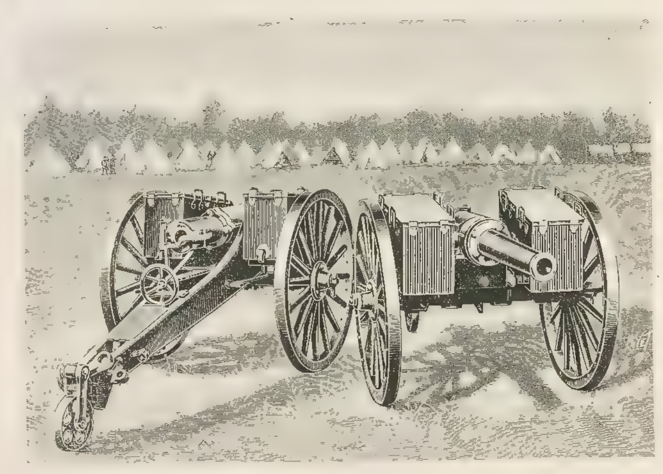
***

Los caracteres distintivos del cañón de tiro rápido son los siguientes. En primer lugar, es nulo el movimiento de retroceso; al salir el proyectil, la cureña permanece inmóvil y la pieza retrocede, pero vuelve á su sitio. El tiempo que se emplea en cargar es insignificante, y ya en otra ocasión hemos hablado de esto refiriéndonos al cañón sistema Mondragón. En cuanto á la puntería, se hace de antemano, toda vez que la cureña permanece inmóvil y basta una que otra corrección para anular las desviaciones inevitables debidas á la explosión.

El cañón de tiro rápido es más bien un fusil de grueso calibre y la rapidez del tiro determina una superioridad tal respecto del antiguo cañón, que seis de éstos valen por uno de los últimos modelos.

Los cañones más pequeños tienen un calibre que no baja de 4 centímetros; el límite superior de los cañones de esta especie no pasa de 16 centímetros, en razón de la longitud y del peso de los proyectiles.

La pólvora, llamada «sin humo» es una especie de algodón-pólvora que afecta la apariencia del cartón corriente. Su principal ventaja consiste en la velocidad que imprime á los proyectiles cuando se emplean cañones de buena longitud.



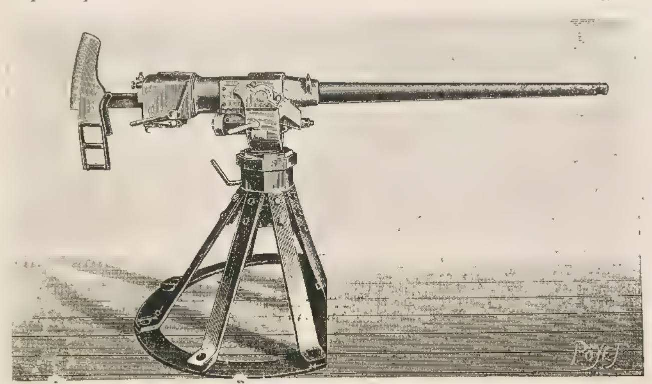
CAÑON FLETCHER DE CAMPAÑA (TIRO RAPIDO.)

La antigua artillería lisa lanzaba balas redondas con una velocidad de 500 metros; al inventarse la artillería rayada disminuyó la velocidad inicial por el aumento del peso de los proyectiles, siendo aquella de 350 metros. Luego la pólvora gruesa aumentó la velocidad hasta llegar á 600 metros. Por último, y gracias á la mayor longitud de los cañones y al uso del algodón-pólvora, la velocidad que se obtiene actualmente es de 900 metros.

Creese que en poco tiempo la velocidad de 1000 metros obtenida ya en los polígonos, será la que sirva de base de cálculo en las campañas.

La artillería ha aumentado sus fuerzas destructivas de tal manera que la próxima guerra continental europea dará á esa arma un papel considerable y decisivo en las operaciones.

Así lo aseguran al menos los escritores y especialistas, aún los que hablan con calma de una materia que no obstante sus escabrosidades técnicas apasiona como pocas y ofusca los espíritus.



CAÑON HOTCKISS DE MARINA (TIRO RAPIDO.)

EL NIÑO PERDIDO

No lejos de Blois y en medio de una fértil y bien cultivada llanura, erguíase altivo y sombrío el antiguo castillo del conde de Aiglenoir. Este castillo era allá por el año de gracia de 1450 una vasta mansión feudal, flanqueada por sus cuatro torreones puntiagudos, rodeada de profundos fosos y con sus muros perforados por sendas troneras.

El interior de la señorial mansión era muy triste, sobre todo desde que murió la condesa algunos años antes, víctima del acerbo dolor que le causó la pérdida de su hijo, de su Raul, aquel precioso bebé de tres años de cabellos rubios, y con unos ojazos azules que eran una maravilla.

¿Quién se robó al niño? Jamás se aclaró el misterio. Algunos bohemios sin duda sorprendieron al niño jugando solo en la pradera y lo arrebataron al dulce y tierno abrigo maternal, para enseñarle á fuerza de golpes sus infames jugarretas.

La condesa languideció desde entonces y al fin sucumbió á su dolor.

Alberto de Aiglenoir quedóse solo en su sombría mansión, rodeado de sus viejos servidores, de aguerridos hombres de armas, sin otro amor para endulzar su vida que el de su hijita Liana, una linda muñeca de ocho años.

Sus emisarios habían recorrido el reino entero haciendo mil pesquisas para hallar al pobre niño robado, pero todo fué inútil: ¡el niño estaba perdido!

I

La noche se aproximaba. Un hermoso tronco ardía chisporroteando alegremente en la alta chimenea, el conde estaba sentado cerca del fuego con su pequeña Liana sobre las rodillas, y pensando tristemente en su hijo perdido.

De pronto el cuerno del vigía con sus notas melancólicas, lo hizo estremecerse, sacándolo de su meditación la presencia de un escudero de alta estatura y marcial aspecto que apareció en la blasonada puerta.

—Señor, dijo, dos juglares, uno muy joven y otro mayor piden hospitalidad para ellos y su carro por esta noche y prometen en cambio divertiros mostrándoos todas sus habilidades.

El escudero vaciló un instante y luego añadió:

—El más joven es un hermoso muchacho; del otro.... no me fiaría yo!

—Me repugnan esos vagabundos, respondió el conde á media voz como si hablase consigo mismo. Después dijo en voz alta:

—No importa; hazles entrar; nos ayudarán á pasar algunas horas ...

El escudero se inclinó y salió, volviendo después de algunos instantes seguido de dos bohemios. Verdaderamente el escudero tenía razón: el de más edad no inspiraba confianza.

Era un gran diablo de largos cabellos negros y chispeante mirada; su nariz de ave de rapiña, se encorvaba sobre un hirsuto bigote negro.

El joven que lo acompañaba, no se le parecía absolutamente: podía tener de catorce á quince años y su fisonomía era inteligente y simpática. Ambos saludaron al conde, inclinándose hasta el suelo.

—¿Tenéis hambre? preguntóles éste.

—Señor, dijo el juglar con una sonrisa melosa y falsa, un platillo no se rehusa nunca.

—Está bien. Segismundo, haz traer pan, vino y fiambres para estos hombres.

Mientras comían, el conde observaba atentamente á los juglares.

—¿Cómo te llamas? preguntóle al más joven.

—Zando, monseñor.

—Ese nombre no es cristiano.

—Pero es el mío, monseñor.

—Y tú? preguntó el conde al otro juglar.

Este se echó á reir hipócritamente.

—Mi padre me llamaba Antonio, pero yo me conformo con todos los nombres que se me quieran dar.

En este momento el conde creyó advertir que Zando dirigía una mirada poco afectuosa á su compañero, mas no prestó grande atención.

Acabada la cena de los juglares, Zando esparció sobre la mesa dados, cubiletes, esferitas, una cacerola y una varilla y luego, ante el conde y Liana, cuyos ojos se les salían de asombro, hizo mil habilidades y prodigios.

El conde á quien complacía el inocente gozo de Liana, había acabado por reírse también, cuando un hombre de armas se acercó respetuosamente y le dijo algunas palabras en voz baja:

—Continuad, vuelvo en seguida, dijo el conde á los juglares, y salió.

Mientras volvía, Zando siguió haciendo sus jugarretas ante la pequeña castellana maravillada y los ancianos servidores que no lo estaban menos.

No tardó el conde en volver, y deteniéndose ante el juglar mayor, díjole con voz irritada:

—¿Por qué has dejado en tu carro á esa pobre niña enferma?

El bohemio se estremeció y pareció turbarse; pronto recobró su sangre fría y dijo:

—¡Ah, monseñor! es mi hija. La pobrecilla, está mala, bien mala, y no somos ricos ¡qué diantre! y no podemos pagar los costosos remedios del boticario. ¡Ah, soy bien desgraciado!

Y el bribón fingió enjugarse una lágrima.

El conde lo observaba fríamente.

—No te aflijas, le dijo: *tu* (y recalcó la palabra) *tu* niña va á quedarse aquí hasta que sane.

—Quitarme á mi pequeñuela, monseñor! gritó Antonio con voz desfalleciente.

—Tú puedes quedarte entre mis servidores, si quieres. Ya hice traer á la chiquilla; mi escuderote alojará á ti y á tu compañero.

El conde hizo una señal, y Segismundo salió con los juglares.

A la mañana siguiente cuando el conde bajó al gran vestíbulo del castillo para presenciar la revista de sus hombres de armas, encontróse un trozo de papel en el cual una mano inhábil había trazado violentamente estas palabras:

«Monseñor, cuidad á vuestra niña, por Dios, quién sabe lo que pueda suceder!

Zando.»

—Monseñor, dijo Segismundo, los dos juglares desaparecieron.

El conde hizo un gesto de sorpresa.

—Cómo! y su carro?

Se lo llevaron, regando paja en el trayecto para apagar el ruido.

—Oh! murmuró el conde; es extraño. Este Antonio es sin duda un bandido. Pero ¿y el otro? Este papel revela buenas intenciones....

—La enfermita quizá pueda deciros algo, monseñor, dijo el escudero.

—Es verdad! La había olvidado, vamos á verla.

Era una preciosa niña de cinco años, muy pálida y enflaquecida por las privaciones y el mal trato.

—Está en peligro? preguntóle el conde al médico.

—No, monseñor, respondió éste. Está fatigada solamente. Con reposo y alimentación estará curada.

Liana, muy dichosa por tener una camarada con quien jugar, instalóso al lado de la enfermita diz que para cuidarla, dándola ella misma las tisanas y el reconfortante caldo entre risas y besos.

Cuando despertó la niña, preguntóla el conde:

—El hombre del bigote negro ¿es tu padre?

—¡Oh, no!

—Pues quién es?

—Es Antonio.

—Sí, ya lo sé; pero quién es tu padre.

La niña miró al conde con asombrados ojos y no respondió.

—Desde cuándo estás con Antonio?

—No lo sé.

Siempre has estado con él?

—No; respondió la niña, vacilante; antes estaba yo en un castillo como éste.

Es lo que pensé, murmuró el conde, este bandido es un ladrón de niños.

—Zando es bueno, dijo la niña sin que se le preguntara.

En este momento entraba Liana y ambas niñas pusiéronse á jugar.

—¡Oh, qué bonito es esto! gritó Liana mirando curiosamente un medallón que la enfermita llevaba al cuello, pendiente de un sucio cordón.

El conde se aproximó vivamente y examinó la alhaja en la que se distinguía un blazón esmaltado con vivos colores.

—Pero si estas son las armas del conde de Rochegrise! gritó el de Aiglenoir sorprendido.

—Rochegrise......repitió la niña.

—Conoces este nombre?

—Sí......sí, sí:

El conde ya sabía á que atenerse.

Hacia tres años que la hijita menor de ese padre desdichado, despareció, atribuyéndose la desgracia á un lobo que se decía la había sorprendido y devorado.

—¡Ah! Su padre va á ser muy dichoso. ¿No me será dado serlo igualmente? díjose el conde. Hay que castigar á ese bandido, pero antes debo ir á Rochegrise sin pérdida de tiempo.

Pero el viaje era muy largo y la caravana compuesta de treinta arqueros que escoltaban al conde y la

litera en que iban Liana y la niña recobrada, avanzaba muy lentamente y rendida de fatiga.

II

Los primeros días de viaje transcurrieron sin incidente alguno. Un día la caravana se internó por una abrupta cañada, cuyas rocallosas laderas estaban erizadas de encinas añosas y corpulentas hayas. El camino era escarpado y la obscuridad del bosque se añadía á la tristeza de la soledad.

La niña de Rochegrise, espantada por el espectáculo pavoroso, escondíase en el fondo de la litera y apenas respiraba. Liana, más valiente y curiosa, miraba hacia fuera.

Bruscamente las ramas se apartaron con violencia á los lados del camino y un tropel de hombres enmascarados se arrojaron espada en mano sobre los caminantes gritándoles:

—¡Rendíos!

Los bravos arqueros del conde no lo deseaban á fé mía, y desenvainando prontamente sus aceros hicieron morder el polvo en un santiamén á varios bandidos.

Pero en el ardor del combate todos descuidaron la litera hacia á la cual iba acercándose casi á rastras un hombre alto y de gran bigote negro á juzgar por los cabos que asomaban bajo la careta que le cubría el rostro.

Cuando más encarnizada era la refriega y todos los hombres se empeñaban en ella, el de la careta dió un salto de lobo, cogió en brazos á Liana, enmudecida por el terror, y antes que nadie lo advirtiera, internóse con su presa en la intrincada red de malezas y arbustos.

La niña de Rochegrise, única testigo del atentado, cuando hubo desaparecido el ladrón de la careta con su preciosa carga, comenzó á lanzar grandes gritos de desesperación. Oyólos el conde y separándose de la pelea, acudió á saber la horrible pérdida. Loco de ira y de dolor, arrojóse seguido de sus soldados en lo más espeso del bosque, mientras que los bandidos, viéndose descuidados huían en todas direcciones sin cuidarse de la niña que quedaba abandonada en la litera.

El conde y sus hombres recorrían desesperadamente el bosque en todos sentidos, pero al azar, porque no conocían sus vericuetos y encrucijadas y á veces quedábanse prendidos entre las lianas y raíces entretejidas, sin poder moverse hasta que les prestaban ayuda, como si el bosque quisiese hacerse cómplice de la infamia inaudita de los bandidos.

Bien pronto comprendieron lo inútil de sus esfuerzos y regresaron al camino locos de rabia. La desesperación del conde era espantosa. Sin derramar una lágrima, sin proferir una palabra, dirigióse á la litera donde lo esperaba un espectáculo que no esperaba.

Negligentemente reclinado sobre una portezuela, con la sonrisa en los labios y las manos enlazadas con las de la niña de Rochegrise, un hermoso adolescente de unos quince años lo esperaba al parecer.

La niña muy alegre le sonreía al joven.

—¡Zando! exclamó el conde estupefacto. ¿Qué significa tu presencia aquí?

—Es bien sencillo, monseñor. Soy uno de los que os atacaron.

—¡Explícate, desgraciado! rugió el conde sacudiéndolo por un brazo.

—Calma, monseñor. Antonio, mi amo, juró vengarse de vuestra compasiva hospitilidad. Le habéis quitado á la señorita Blanca, así se llama esta niña, y él no os perdona este robo, como lo llama. Habiendo sabido que pasaríais por aquí, porque maese Antonio lo sabe todo, resolvió tenderos una emboscada para robaros vuestra hija y no restituírosla sino mediante un crecido rescate. En cuanto á mí, siento por ese bandido el odio más violento y más justo y me he propuesto deshacer su maldad y devolveros vuestra niña.

—¡Si dices verdad, gritó el conde, te haré rico y noble!

—Digo verdad, monseñor. Escuchadme. A media noche de hoy, oiréis tres veces el canto del buho y luego una sola vez y luego llegaré con la niña.

El adolescente se escapó y desapareció entre las profundidades del bosque.

El desdichado conde pasó las horas que faltaban para la media noche, presa de una horrible inquietud, y atormentado por la incertidumbre.

Por fin, oyó la anhelada señal con febril alegría. Transcurrió un momento y se oyó el ruido del ramaje que se agitaba y rompía al paso de alguien. El conde desenvainó su espada temiendo una traición. Los pasos se acercaban cautelosamente. Por fin, se apartaron unas ramas y apareció una figura blanca y esbelta.

—¡Liana, Liana, hija adorada! gritó el conde, ¡Niña querida, mi tesoro!

La niña reía y lloraba á la vez y no podía articular palabra.

—¿Y Zando? preguntó el conde.

—Mandadme, monseñor, respondió la voz franca y alegre del joven.

El conde lo abrazó diciéndole:

—Tú no te separarás de mí, ¿verdad?

—Me ofrecéis lo que iba á pediros, Monseñor. Pero urge que huyamos del bosque antes que Antonio advierta la falta de la niña, porque son muchos y nos derrotarán si nos alcanzan.

—A muerte, á muerte, á muerte!

—No tardará el castigo.

Un torrente corría impetuoso y espumeante cerca de allí. A él fueron arrojados los malhechores con una piedra al cuello. Sólo el jefe Antonio faltaba.

Los soldados iban á asaetearlo cuando gritó:

—Sire, monseñor, hubiera querido confiarte un secreto pero me lo llevaré al sepulcro!

—Lo que tú quieres es obtener tu perdón engañándome.

—A muerte, á muerte! rugieron los campesinos.

La tropa emprendió inmediatamente la marcha y pudo salir del bosque sin contratiempos.

—Salvados, murmuró el conde, gracias á tí, Zando!

Pintar la loca alegría de los condes de Rochegrise cuando vieron volver á la niña adorada que todavía lloraban, es cosa imposible.

Hubo grandes fiestas que duraron muchos días y al cabo, el conde y su tropa emprendieron el regreso, pero no ya con treinta arqueros solamente, sino con muchos centenares de hombres mandados por ambos condes.

Habíase resuelto explorar todo el bosque y no volver á los castillos hasta no haber colgado al último de aquellos bandidos que lo infestaban.

Zando había sido nombrado lugarteniente de los condes, pues el de Aiglenoir sentía por el joven una creciente y poderosa simpatía.

—No es solamente el reconocimiento lo que me atrae hacia él, pensaba el conde; siento algo más que no puedo explicarme.

A veces lo contemplaba en silencio largamante y sentíase invadido por viva emoción; pero luego se encogía de hombros y murmuraba:

—¡Ensueños.... locura....!

III

El día se anunciaba claro y límpido cuando los condes y sus soldados llegaron al bosque. Zando conocía los senderos y bajo sus órdenes, los hombres fueron colocados cortando todas las salidas. Después un grupo imponente, mandado por los duques y Zando fué á buscar la madriguera.

Llegaron á una plazoleta bien escondida donde se oían algunos rumores. Allí estaban las tiendas plantadas.

—Duermen todavía, dijo Zando. Bonito despertar les preparamos.

Siete ú ocho soldados se pusieron á la entrada de cada tienda. Luego, á una señal del joven jefe, algunos soldados entonaron alegres himnos. En ese momento los bandidos salieron: no habían tenido tiempo ni para desenvainar sus espadas, de modo que á pesar de sus alaridos de rabia, bien pronto estuvieron atados. En seguida se les llevó á la pradera.

Entonces campesinos y servidores, todos acudieron y cada uno tenía alguna queja que exponer contra los bandidos. Era un concierto de gritos y maldiciones:

—Me robaron mi vaca!

—Incendiaron mi casa!

—Saquearon mi trigo!

—Matadlos!

—Desvastaron mis sembrados!

—Mataron á mi niño, á mi niño bien amado!

—Sire, insistió Antonio, podría decirte una palabra que haría dichosos tus últimos días.

El bandido era valeroso; volvióse hacia la furiosa multitud y la dominó con su mirada. Los alaridos se apagaron.

—Vamos, dijo, nadie ha de creer que Antonio tuvo miedo alguna vez. Voy á morir.

Al acabar su frase, volvióse hacia el conde y le dijo:

—Bastante mal he hecho en mi vida y no quiero morir haciéndolo. He aquí un secreto: Zando......

Se detuvo un momento y lanzó una mirada de desafío al conde.

—Habla! gritó éste, anhelante. Oh, habla, Antonio!

—Es tu hijo!

***

Algunos días después una gran fiesta reunía en el Castillo de Aiglenoir á toda la nobleza de los alrededores, así como á los vasallos y servidores del conde Alberto. Todos festejaban el reconocimiento del joven vizconde Aiglenoir.

Detrás del joven vizconde un guerrero de alta talla llevaba en un cogín su corona, su espada y su escudo: era Antonio.

—¡Hacedle gracia! había suplicado Raul á su padre. Se enmendará, os lo juro, y será mi escudero fiel y leal.

Cuentan que Antonio dejó cumplido el juramento.

AUGUSTO BAILLY.

SOR FILOMELA.

¡Ya está hecho, por todos los diablos!—rugió el obeso empresario, dirigiéndose á la mesita de mármol en que el pobre tenorio ahogaba su amargura en la onda de ópalo de un vaso de ajenjo.

El empresario—ese famoso Krau,—¿no conocéis la celebridad de su soberbia nariz, un verdadero dije de coral de rubios alcohólicos?—el empresario pidió el suyo con poca agua. Luego secó el sudor de su frente, y dando un puñetazo que hizo temblar la bandeja y los vasos, soltó la lengua.

«¿Sabes, Barlet? Estuve en toda la ceremonia; lo he presenciado todo. Si te he de decir la verdad, fué una cosa conmovedora.... No estamos hechos de hierro . . .» Contóle lo que había visto. A la linda niña, la joya de su *troupe*, tomar su velo, sepultar su belleza en el monasterio, profesar, con un vestido obscuro de religiosa, la vela de cera en la mano blanca. Después los comentarios de la gente. «¡Una cómica, monja!»

Eglantina Charmat, mimada del público parisiense, había sido contratada para una *tournée* por los países de América. Bella, suavemente bella, tenía una dulce voz de ruiseñor. Un cronista la bautizó en una ocasión con el lírico nombre de Filomela. Tenía los cabellos un tanto obscuros, y cuando se le desataban en las escenas agitadas, hacía con gracia propia para recojérselos, el mismo encantador movimiento de la Reichemberg. Entró en el teatro por la pasión del arte. Hija de un comerciante bordelés que la adoraba y la mimaba, un buen día, el excelente señor, después del tiempo de Conservatorio, la condujo él mismo al estreno. Tímida y adorable, obtuvo una victoria espléndida ¿Quién no recuerda la locura que despertó en todos cuando la oímos arrrullar, incomparable Mignon:

«Connais tu le pays oú fleurit l' oranger?»

Festejada por nababs y *rastas* pudo, raro temperamento, extraña alma, conservarse virtuosa.

Siguió en una carrera de gloria y provecho. Su nombre se hizo popular. Las noches de representación, la aguardaba la madre para conducirla á la casa. Su reputación se conservaba intacta. Jamás el *Gil Blas* se ocupo de ella con reticencias ó alusiones que indicasen algo vedado; nadie sabía que la aplaudida Eglantina favoreciese á ningún feliz adorador, siquiera con la tierna flor de una promesa, de una esperanza.

¡Almita algelical encerrada en la más tentadora estatua de rosado mármol!

Era ella una soñadora del divino país de la harmonía.

¿Amor? Sí, sentía el impulso del amor. Su sangre virginal y ardiente le inundaba el rostro con su fuego. Pero el príncipe de su sueño no había llegado, y en espera de él, desdeñaba con impasibilidad las galanterías fútiles de bastidores y las misivas estúpidas de los cresos golosos. Allá en el fondo de su alma le cantaba un pájaro invisible su canción, vaga como un anhelo de juventud, delicada como un fresco ramillete de flores nuevas. Y cuando era ella la que cantaba ponía en su voz el trino del ave de su alma; y así era como una musa, como la encarnación de un ideal soñado y entrevisto, y de sus labios diminutos y rojos, caían, á gotas harmónicas, trémolos cristalinos, arpegios florecidos de melodía, las amables músicas de los grandes maestros, á los cuales ella agregaba la delicia de su íntimo tesoro. Juntaba también á sus delectaciones de artista profundos arrobamientos místicos. Era devota....

—¿Pero no estáis escribiendo eso de una cómica?

....Era devota. No cantaba nunca sin encomendarse á la virgencita de la cabecera de su cama, una virgencita de primera comunión. Y con la misma voz suya con que conmovía á los públicos y ponía el estremecimiento de su fuerza mágica sobre palcos y plateas, lanzaba, en los coros de ciertas iglesias, la sagrada lluvia sonora de las notas de la música religiosa, interpretando también los deliquios del infinito amor divino; y así su espíritu, que vagaba entre las rosas terrenales como una rosa de virtud, iba á cortar con las vírgenes del paraíso las margaritas celestes que perfuman los senderos de luz por donde yerran, poseídas de la felicidad eterna, las inmortales almas de los bienaventurados. Ella cantaba entonces con todo su corazón, haciendo vibrar su voz de ruiseñor en medio de la tempestad gloriosa del órgano; y su lengua se regocijaba con las alabanzas á la Reina María Santísima y al dulce príncipe Jesús.

Un día, empero, llegó el amado de su ensueño, el cual era su primo y se llamaba el capitán Pablo. Entonces comenzó el idilio. El viejo bordelés lo aprobaba todo. Ella fabricó inmediatamente dos castillos en el aire, con el poder de su gentil cabecita: aceptaría la contrata que desde hacía tiempo le proponía el obeso y conocido Krau, para una *tournée* en América y á su vuelta, ya rica, se casaría.

Concertada la boda, Eglantina firmó la celebre contrata, con gran contentamiento de Krau, que el día del arreglo presentó más opulenta y encendida su nariz......¡Qué negocio! ¡Qué viaje triunfal! Y en la imaginación veía caer el diluvio de oro de Río, de Buenos Aires, de Santiago, de México, de Nueva York, de la Habana.

También firmó contrata Barlet, ese tenorcito que, á pesar de su buena voz, tiene la desgracia de ser muy antipático, por gastar en su persona demasiados cosméticos y brillantinas. Y Barlet, «¡por todos los diablos!» se enamoró de la diva. Ella, á pesar de las insinuaciones de Krau en favor del tenor, pagaba su pasión con las más crueles burlas. Eglantina llevaba en su corazón la imágen del capitán. Por la noche, al acostarse, rezaba por él, le encomendaba en sus oraciones y á él enviaba su amor con el pensamiento.

......El primer castillo aéreo comenzaba á solidificarse. En Río de Janeiro ganó la diva crecidas sumas. El día de su beneficio recogió una cestilla de diamantes. El emperador Don Pedro, (q. D. g.), le envió un imperial solitario. En Montevideo, Buenos Aires, en Lima, fué para la deliciosa Mignon la inacabable fiesta de las flores y del oro. Entre tanto, Barlet desafinaba de amor, y más de una vez se inició en su contra la más estupenda silba. Pasaron meses. En víspera de regresar, Krau recibió propuestas excelentes de Santiago de Chile, y se encaminó para allá con su compañía. Eglantina estaba radiante de gozo. Pronto volvería á Francia y entonces. .

Mas un día, después de leer una carta de Paris, al concluir la temporada del Municipal, la diva se quedó pálida, pálida......Alla en la tierra de la porcelana y del odio, en el horrible Tonkin, había muerto el capitán. El segundo castillo aéreo se había venido al suelo, rompiendo en su fracaso la ilusión más amada de la triste almita angelical. Esa noche había que hacer «Mignon,» la querida obra favorita, tenía que cantar Eglantina con su aurea voz arrebatadora.

«¿Connais tu le pays oú fleurit l'oranger?»

Y cantó, y nunca, ¡ay! con mayor encanto y ternura. En sus labios temblaba la balada lánguida de la despedida, el gemido de todas las desesperanzas... Y en el fondo de su sér, ella, la rosa de Paris, sabía que no tenía ya amores é ilusiones en la tierra, y que sólo hallaría consuelo en la Reina María Santa y en el dulce Príncipe Jesús.

Santiago estaba asombrado. La prensa hacía comentarios. El viejo bordelés, que había acompañado á su hija, lloraba preparando los baules......¡Adiós, mi querida Eglantina!

Y en el coro del Monasterio estaba de fiesta el órgano; porque sus notas acompañaron la música argentina de la garganta de la monja....¡Un ruiseñor en el convento: una verdadera Sor Filomela!

Y ahora, caballeros, os pido que no sonríais delante de la verdad.

RUBEN DARIO

Canto de Amor

A JOSEFINA

Inédita, escrita en 1895

I

He rasgado mi capuz
y te muestro, no te asombra?
el prodigio de una sombra
toda trémula de luz.
Espinas, gólgota, cruz:
no más! se han desvanecido;
revientan la flor y el nido
en las ramas de mi huerto....
Amor, yo no estaba muerto;
estaba sólo dormido!

II

Eres, oh gracia infinita,
la palabra de batalla
que dice á la yema: estalla!
y al corazón: resucita!
Eres el numen que grita
con inflexión soberana:
el numen del *Ramayana*,
robusto como un atleta,
en el ánfora discreta
de una rima becqueriana!

III

Para que mi mente ejerza
su vigor, la galvanizas,
la despiertas, la electrizas
con heroísmos de fuerza.
Quien hay que mi rumbo tuerza
si mi alma no te resiste?
á tí voy, pues que tú hiciste
con tu mirada ideal
una aurora boreal
de mi luna enferma y triste.

IV

A tí voy dejando huella
de fulgor, joven señora;
voy mudo como la aurora,
pero radiante como ella!
La luz que mi ser destella
llenará la creación,
y animará la pasión
en tí, con el centelleo
del fuego de Prometeo
la estatua de Pigmalión.

V

Seré Apolo y seré Marte
por tí, vigor ó desmayo.
¡Para protegerte, rayo
y jazmín para tocarte!
Te vestiré toda de arte
para que tu alma presienta
el prodigio que me alienta,
y la canción que me inspiras
será un acorde de liras
glosado por la tormenta!

VI

Te labraré, sola y fiera,
en marfil de Singapur,
una lis en campo azur:
la realeza en la quimera!
Y en lampo de Primavera,
con un rayito sutil,
dibujaré tu perfil,
tu perfil de medallón,
que brillará en la extensión
en las mañanas de Abril!

VII

Oye, fuera un arrebol
por volverte nube hermosa;
oye, fuera nebulosa
con tal de volverte sol!
Oh mi alma, girasol
de una estrella soberana,
que vas con angustia vana
demandando sus reflejos:
No ves que brilla muy lejos?
—Y el alma dice: «Mañana!»

VIII

Oh! Jamás, jamás creí
al ir de tu vida en pos,
estar tan cerca de Dios
estando cerca de tí!
Doliente como Noemi,
en tu duelo hay tal alteza
—el duelo es una nobleza—
que cuando te miro pienso:
Necesito ser inmenso,
grandeza pide grandeza!

IX

Dí, qué virtudes exhalas
que aunque estoy de tí distante
hay en mi alma una constante
peregrinación de alas?
Porque en mi espíritu igualas
con tu beldad á la intensa
visión de Dios?......Cuán inmensa
es la fe que te interroga!
Soy el cometa que boga
y tu la estrella que piensa!

X

Tus ojos! lago risueño
ó doliente, á donde llega
tenue luz y en que navega
cual góndola azul el sueño......
oh! tus ojos! qué beleño
dan á mis ansias! qué bellas
titilaciones de estrellas!
Dos pupilas que son dos
milagros......Tan solo Dios
es más hermoso que ellas!

XI

No! yo no tengo en mi historia
un cariño como el tuyo;
alabarte es un orgullo
y quererte es una gloria.
¡Que perezca la memoria
de antiguas insensateces!
sólo tú laude mereces
y ante tu alteza y mi amor
he de ser siempre mayor
puesto que tú me engrandeces!

XII

Oh Josefina, un profundo
clamor diciéndome está
que eres un ángel que va
de incógnito por el mundo.
Tu poder al infecundo
estro donó la simiente
y es hoy el estro potente
hasta unir en sus querellas
al salmo de las estrellas
la rapsodia del torrente.

XIII

......Pero su fuerza no ignora
tampoco los cantos suaves:
es mar que arrulla las naves
después de azotar la proral
Para tí, mi Emperadora,
pues que te quiero, no temas,
tendrá caricias supremas,
será leve como un tul
inmenso: un piélago azul
lentejueleado de gemas.

XIV

Y si ayer los embelesos
de tus dieciseis abriles
cantó con versos gentiles
en que temblaban los besos,
Hoy ya no más serán esos
tus pregones ideales.
Pues que tus gracias son tales,
te labraré con mis brazos
estrofas á martillazos
en granitos inmortales!

Amado Nervo

Páginas de la Moda

Fig. 1.—Toilette de calle.

Fig. 2.—Traje de tertulia.

No te aflijas de guardar sólo un real que de uno en uno juntarás un peso y después cien.

No compres lo que no necesitas con urgencia, y no te verás en el caso de vender lo necesario para tu servicio.

No seas mezquino por ser económico; pero tampoco gastes demasiado por aparecer desprendido.

No juegues, porque te roban; no bebas, porque te burlan; no enamores, porque te engañan.

Casate, pero con mujer económica y de tu clase.

Fig. 3.—Cesto para papeles.

De Alfonso Karr.

Suprimamos la pena de muerte—bien está—pero que los señores asesinos comiencen.

Los mendigos roban á los pobres.

—Vosotros á vuestra vez habéis predicado el dogma absurdo de la igualdad, que consiste, no en elevarse hasta los otros, sino en abatir á los otros hasta sí: y después os admiráis y preguntáis ingenuamente: «¿Qué quiere la clase laboriosa? La *clase laboriosa* quiere simplemente *no trabajar.*

—El número de escritores es ya innumerable y ya irá creciendo, porque es el solo oficio, con el arte de gobernar, que se atreve uno á ejercer sin haberlo aprendido.

—Se comparan las flores á las mujeres: hay error en esto. Siempre existirá entre ellas esta diferencia: que las flores son bellas y no lo saben.

—Se llama edad de oro á la época en que el oro era desconocido.

—Hay dos cosas que las mujeres no perdonan: los negocios y el sueño.

RECETAS UTILES.

El agua hirviendo quita la mayor parte de las manchas de fruta. Se vierte aquella á través de un tamiz muy fino á fin de no mojar más tela que la necesaria.

El jugo de jitomate maduro quita las manchas de tinta del lienzo y de las manos.

El petróleo ablanda el cuero de los zapatos y del calzado endurecido por la humedad, lo pone tan flexible como cuando está nuevo.

El agua fría de lluvia, mezclada con un poco de sosa, quita la grasa de todas las telas que se pueden lavar.

Alfajor de coco.

Se clarifican cinco libras de azúcar, mezclándose después dos cocos rallados, dejándose en la lumbre hasta que tome punto de conservilla, se le añade entonces bizcocho tostado y martajado, el necesario para que espese, no dejando de moverlo hasta que despegue por todos lados; entonces se vacía sobre una mesa cubierta con obleas, emparejándose luego y cortándose del tamaño que se quiera; pero no se dividen los alfajores sino después que se haya enfriado la pasta

Para tener dinero.

Trabaja cuanto puedas.

Si no tienes trabajo, búscalo; y si no lo hallas, invéntalo.

Nunca trabajes de balde, pero cuando los tiempos sean malos, trabaja por lo que te paguen.

De tu jornal coje la parte que necesites para tus gastos justos y guarda lo demás.

Fig. 4.—Cesto para papeles.

FIG. 5.—DOS TRAJES PARA NIÑOS.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TLILETTE DE CALLE.

Es de sarga de lana, y está formado de un cuerpo muy ceñido con acuchillados paralelos de terciopelo. La falda lleva un gran acuchillado de seda figurando una falda interior muy elegante.

FIG. 2.—TRAJE DE TERTULIA.

De tul de seda figurado, formando una falda toda avolantada. Cuerpo holgado abierto en escote triangular.

Hombreras muy elegantes, formando jockeys. Gran cinturón de raso con lazo á la izquierda.

FIG. 5.—DOS TRAJES PARA NIÑOS.

Un frock escocés con plastroncito de muselina de seda plissé, encuadrado por un volante para bebé; y un frock de sarga de lana con blusa fruncida que remata en el pecho en otro plastróncito plissé para niña de 6 á 8 años. Mangas á gran abullonado. En la falda, adorno al sezgo de cinta de seda.

FIG. 6.—GRUPO DE TOILETTES DE MEDIA ESTACION.

Gran blusa plissé de satín acordonado y bandas de raso crema.

Toilette de sarga con jacquet militar. Delantero y espalda.

Capa de casimir de damas gris perla, con solapas doubleé de tafetán.

OBJETOS PARA SALON.

Damos con los números 3. 4 y 7. Un elegante cesto para escritorio, una cubierta bordada para piano y otro cesto para escritorio de rara forma y hermosos lazos. El primer cesto es cilíndrico, de canevás con grandes motas.

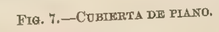


FIG. 7.—CUBIERTA DE PIANO.

LA MUERTE DEL ALCOHOL.

Este es un problema importantísimo que actualmente preocupa y apasiona tanto al fisco como á los industriales europeos, aunque uno y otros lo consideren y estudien desde muy distinto punto de vista.

El problema es éste: encontrar una subtancia, alcoholoide de preferencia, que inutilice el alcohol como bebida, conservándole sus demás propiedades físicas y químicas, pero sin que por ningún medio pueda volverá servir para beberlo.

El objeto del problema es este otro: la razón de ser de los fuertes gravámenes que en todas partes impone el fisco al alcohol, es que se le considera como un artículo supérfluo y por añadidura de aquellos cuyo consumo importa restringir por peligroso, mediante el recargo de las contribuciones que, encareciéndolo, hacen que sea poco accesible ó limitan el abuso que, á pesar de las sabias leyes, se hace de él.

Pero si muchos solo compran y á cualquier precio, el alcohol para embriagarse, las más variadas industrias lo necesitan y desean ávidamente para loagarse ... bles fines.

Por consiguiente, sería un gran hallazgo encontrar el medio de que el alcohol continuara siendo caro para el vicio y barato para el trabajo y los fines útiles, sin que los bebedores pudieran aprovecharse de la franquicia concedida tan solo en bien de la industria.

La Cámara Sindical de Perfumeros franceses ofreció un premio de veinticinco mil pesos plata, al químico que le indicara una substancia que inutilizando el alcohol como bebida, le conservara su olor, color y propiedades disolventes de los aceites esenciales; no siendo venenoso, ni antihigiénico y pudiendo ser adquirido en grande escala y á precio bajo.

El premio no ha sido ganado hasta hoy.

Otros industriales solicitan de los químicos igual estudio, aunque según el objeto á que destinan el alcohol, exigen que conserve tales ó cuales propiedades de preferencia.

Por su parte, varios gobiernos europeos ofrecen eceptuar de derechos á ese alcohol industrial exclusivamente.

Como se ve, el problema es de los más interesantes y digno de llamar la atención de los hombres de ciencia porque es altamente remunerativo y provechoso para todos, puesto que una vez resuelto dará riguroso impulso de la industria productora de alcoholes y á las que necesiten de este producto forzosamente.

FIG. 6. -GRUPO DE TOILETTES DE MEDIA ESTACION.

OTRO PAGO DE $2,000 00 DE "LA MUTUA"

EN MEXICO.

Timbres por valor de $2,00 cs. debidamente cancelados.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New,» la suma de ($2,000) dos mil pesos plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 810,628 bajo la cual y á mi favor estuvo asegurado mi finado hermano D. James Devereux; y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en el Mineral de El Oro, E. de México, á 10 de Febrero de 1899.

Firmado.—JOHN DEVEREUX.—Rúbrica.

Un timbre de $0.50 cs. debidamente cancelado.

El Juez que subscribe, Certifica: que hoy compareció ante mí el Sr. John Devereux y prévia lectura del recibo anterior lo certifico en todas sus partes, reconociendo como suya, de su puño y letra la firma puesta al calce y que expresa á su nombre. Y firmo esta certificación. El Oro, Febrero 10 de 1899. Doy fé.

Firmado.—TRINIDAD G. TRUFILLO.—Rúbrica.

A. P. VIEYRA.—A. LUCIO CORREA.—Rúbricas.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 9 de Abril de 1899. | Número 15

REVISTA MILITAR.

El Sr. Presidente de la República, General Don Porfirio Diaz.

Fot. de Mora.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Los teatros, armados de punta en blanco, han dado principio á la batalla caballeresca. El drama y la zarzuela son los númenes de este combate.

En el teatro Hidalgo hallamos al viejo drama español; y á la picante opereta, en Arbeu y en el Principal. Cada uno de estos coliseos tiene su público, sus piezas, sus heroinas y sus lances.

La concurrencia que asiste al Teatro Hidalgo,—un teatro cómodo, aseado y risueño como un burgués en domingo—es sencillota, jovial, honrada, y se compone, en su mayor parte, de los pacíficos moradores de aquel lejano barrio. Gusta de Bouchardy, de Zorrilla, de Cano y Mazas y de Fernández y González; desdeña, á veces, á Echagaray y á Tamayo, no entiende bien á Shaskespeare y á Victor Hugo, y aborrece de todo corazón á Alejandro Dumas, hijo, porque no la entretiene ni la hace llorar. No puede pasarse sin ver una vez al año «La vida de un jugador;» dos veces, «La Huérfana de Bruselas,» tres, por lo menos, el «Don Juan Tenorio,» en principios de Noviembre, y una pastorela por Navidad.

Comediantes de segundo orden hacen las delicias de este buen público que se interesa, como si fuese realidad viva el fingimiento escénico, por los mártires de la virtud, siente odio por los personajes criminales ó viciosos, y experimenta cierta repulsión mezclada de miedo por el *barba* ó el *galán* central á quien toca interpretar los aborrecibles tipos de los traidores.

El público de Hidalgo, como lo tengo dicho, es honrado y de buena fe; ha dejado la tienda, el taller, el hogar tranquilo, para venir á solazarse delante de un tablado donde la virtud triunfa del vicio, la inocencia del crimen y el débil del fuerte. Son respetables estas candideces simpáticas que tienen un fondo de verdad que conmueve.

El público del Principal y el de Arbeu, es otro: alegre, zandunguero, malicioso, con sus puntas y ribetes de mal intencionado. Va al teatro por reír, y exclusivamente para divertirse riendo. Y, en efecto, ríe, á boca llena. Prefiere el chiste rojo, la frase picante, las escenas cómicas, los tipos ridículos, la música retozona y el canto flamenco. Es adorador, más que del *sprit* francés, alado y colorido como una mariposa, de la gracia española, no siempre ligera, ni ingeniosa, ni delicada, antes bien, con frecuencia, tosca, pesada, burda. Este público es joven todavía, calaverón, trasnochador, parrandero; muy decente y muy fino, pero muy alegre, y, como todo joven, impresionable y novelero. Le agrada, hasta el extremo de haberse convertido en manía, ver esta frase, en letras carmesíes, en el pórtico, á la entrada del salón de espectáculos: *El sábado próximo, estreno.*

No pide grandes obras. Le gustan piezas en un acto, sainetillos, manjares de chistes, de equívocos, de situaciones graciosas condimentadas con la salsa de una música alborotadora y espolvoreada con su respectiva sal y pimienta.

Por supuesto que este público no llora—¡quiá! ¡que ha de llorar!—Toma la vida por el lado sonriente, irreflexivo, leve. Aunque.... á veces sí; á veces se pone pensativo y como mal humorado. Tiene momentos de seriedad y cuando se fatiga de estar contento, de reír (pequeño paréntesis del regocijo juvenil) entonces hay que darle otra cosa.

—Offembach, Lecoq, Andran, Souppé.. ..con permiso ¡oh dioses de este Olimpo placentero! van á venir Arrieta, Marqués, Chapí y otros españoles cenudos á hacernos una visita. Chueca, Valverde, Jiménez ...fuera de aquí.

Y ahí están «Marina», «El Milagro de la Virgen», «El Juramento» y quizás «La Tempestad» y tal vez «Las Hijas de Eva»?

Se van las piezas chicas; las grandes no; esas quedan mohinas y despechadas en un rincón del repertorio. Están ungidas por la gloria, han atravesado el océano y saben que pronto volverán á ser llamadas, como sabe la Primavera que no es la eterna vencida del Invierno. La petipiezas, en cambio, se escurren en interminable desfile por los bastidores, plegando cuidadosamente las alitas frágiles, con la esperanza de que si tornan á acordarse de ellas no las hallen tan envejecidas ni maltratadas.

Por fortuna, para conservarlas siempre flamantes, están allí las tiples del *género chico*: Rosa Fuertes y Rosario Soler.

La Soler anda con garbo, sonríe con intención, canta con gracia. No es por cierto, la plástica la que la hace invencible; ese talle necesitaría, tal vez, corrección en las curvas; en ese rostro hay líneas vulgares; mas colocad sobre el alto peinado un clavel sanguíneo, abrid esos labios con una sonrisa provocativa y audaz, echad sobre ese cuerpo un mantón floreado de largos flecos, y la artista, joven é inexperta, surgirá triunfante como llevando en sí toda el alma española. ¿Esta mujer tiene talento? Quizá; lo que tiene seguramente es ángel. ¿Te ha visto? Pues....infeliz de tí! como canta la Carmen de Bizet. Haciendo una maja parece una ilustración de Madrazo.

Rosa Fuertes, adorable artista, de *fond en comble*, tiene en su talento la extraña particularidad de no encanallarse nunca. Su semblante, hermoso semblante de mujer apasionada, se conserva en el término preciso en que concluye el guiño pícaro y comienza el gesto obsceno

La gracia de Rosa tiene alas. Cuando la veis descender al fango de una copla, ó á la maraña de un equívoco, creéis que va á salpicarse de lodo esa ave del paraíso. Y no: vedle el plumaje inmaculado; bajó rozando la superficie sin tocarla; he aquí un verdadero milagro del Arte.

Estefanía Collamarini, más artista que todas, por la superiodidad de su género y su magnífica escuela que le ha permitido hacerse tiple de opereta con la misma sencillez con que la reina de Saba se hizo campesina, sin perder ni un instante la magestad de su aspecto, es, por ahora, uno de los más grandes atractivos del Teatro Principal.

La artista italiana, que ya domina bastante el peligroso idioma castellano, ha hecho de la olvidada «Mascota» una resurrección. Nada más encantador que ese tipo de aldeana enamorada interpretado por la Collamarini. Es una maravilla de gracia....

***

El oratorio de Perosi, «La Resurrección de Lázaro», es en la presente época, en que triunfa en toda la línea, Su Magestad la Zarzuela, una estrella caída en un pantano.

El Abate Perosi, discutido, comentado y admirado en Europa, es un apóstol lleno de fé artística y religiosa que quiere, nuevo Palestrina, crear la moderna música sagrada. Doce oratorios—dice—van á servirle para ello.

Efectivamente, según el parecer de los musicólogos, Palestrina es su modelo y su ideal. Quiere Perosi dar á su música lo que aquel maravilloso cantor; las vagas y vastas harmonías de las desolaciones místicas y las suplicaciones de un pueblo triste, arrodillado bajo la mano de Dios.

No sé si ahora que oigamos el flamante oratorio, nos causará la impresión de sublimidad y de angustia que en un templo cristiano causa la voz del órgano. El teatro es un lugar sin unción que no convida al recogimiento, sino que antes bien, distrae al espíritu con el recuerdo de ideas profanas y torpes. La música sacra es allí como una monja loca que se vistió de fantasía. Conmueve poco porque sus más inspirados arranques de piedad, sus excelsos gritos de dolor y de fé, se derraman en una atmósfera insana que no está empapada en llanto, ni huele á incienso, ni lleva ecos de oraciones. Esa música es una desterrada de las naves y del coro. Le falta decoración; le falta ambiente.

En la capilla Sixtina...... ¡ah! oid lo que un gran poeta sintió en esa capilla, oyendo un *Miserere* de Palestrina:

«Estos *Misereres* están fuera y quizá más allá de toda música que yo haya jamás escuchado. El tono continuo es el de una oración extática y quejumbrosa que persevera y vuelve á empezar sin dejarlo jamás, fuera de todo cántico simétrico y de todo ritmo vulgar; aspiración infatigable del corazón gemidor que no puede y no quiere reposar más que en Dios, anhelos siempre renovados de las almas cautivas, siempre abatidas por su peso hacia la tierra; suspiros prolongados de una infinidad de desgraciados y tiernos amantes que no se cansan de adorar y de implorar.

El espectáculo es tan admirable para los ojos como la música para los oídos. Los cirios se extinguen uno á uno; el vestíbulo se obscurece, las grandes figuras de los fresnos se mueven obscuramente en las sombra. Se está delante de la capilla resplandeciente como un paraiso angélico de gloria, de luces y de perfumes. Los pisos de cirios suben al altar como una custodia: descienden las arañas abriendo sus arabescos dorados, sus penachos de resplandores con sus adornos diamantinos como las aves místicas del Dante. Las conchas de nácar erizan el santuario con sus blancuras esplendentes; las columnas tuercen sus espirales de azul entre los encantadores cuerpos de los ángeles, bajo los vapores enrollados del incienso que humea: un aroma embriagador llena el aire»....

En nuestro viejo Nacional no vamos á experimentar esas sensaciones. Perosi allí es como una profanación: pero ¡oh divino sacrilegio que eleva nuestras almas á la contemplación de lo bello!

Luis G. Urbina

EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

No estoy convencido, lo digo con franqueza, de que los lectores de *El Mundo Ilustrado* puedan hallar gran atractivo en estos resúmenes, forzosamente sobrios y fríos, de acontecimientos que sólo muy de léjos tienen conexión con nuestra vida nacional y que el cable da á conocer á diario copiosamente. Nuestra óptica mental se educa hoy por medio del caleidoscopio y no gusta de trabajos, que, como estas Revistas, no significan más que tentativas de introducir orden y simetría en un caos de colores que tienen en la confusión su encanto y en lo heteróclito su harmonía.

Mas eso no es cuenta mía, como me han dicho con insistente amabilidad los editores y directores de esta publicación; se trata de que habiendo quedado temporalmente desamparada esta sección antes á cargo de una persona notablemente experta y bien informada, yo según ellos, puedo desempeñarla. Dudo que lo sea á gusto de mis lectores.... y al mío.

***

Todo cuanto se refiere á las diferentes faces que va presentando la transformación de la democracia americana, inmenso *trust* organizado para las batallas internacionales del comercio y la industria, en un imperio conquistador y colonizador, tiene para nosotros los mexicanos gravísima importancia. No hay para qué explicar esto ¿no es verdad?

La conquista de la isla de Luzón, la principal del archipiélago filipino, prosigue su marcha; sólo allí hay resistencia; á Mindanao no ha llegado sensiblemente la influencia de Aguinaldo, las Visayas están sofocadas. Un triunfo de los patriotas tagalos en Luzón reencendería la guerra en todo el archipiélago; pero esto es muy improbable; y dada la facilidad con que la flota puede acudir á cualquier punto de peligro y la agonía de la resistencia en la gran isla, puede considerarse como imposible. La superioridad del armamento, la fría bravura del soldado americano, que ha traído á tierra las opiniones de cuantos desde lo alto de las pirámides guerreras de la vieja Europa, lo juzgaban esencialmente inepto para la guerrra, será parte á que la empresa americana se lleve á feliz remate en breve término.

Si así no fuere, si el innegable heroísmo de los isleños impidiese á los batallones de Otis pacificar, antes de Mayo y Junio, la tierra vendida por España, entonces el asunto tomaría otro aspecto; la lucha se prolongaría indefinidamente, la sorda hostilidad de los alemanes á la ocupación militar de las Filipinas, encontraría coyunturas favorables, apuntaría la de los japoneses que llegará á su hora indefectiblemente, y aunque á todo ello puede sabreponerse la energía yankee, podría traer como resultado inmediato la no reelección de MacKinley el año entrante.

El Presidente ha asumido valiente ó temerariamente quizás una tremenda responsabilidad ante la historia: la indecible é inesperada debilidad, más moral que física, de España, puso todos los triunfos en su baraja y ganó. Es un gran jugador: ya su famosa tarifa, antecesora de la de Mr. Dingley, le había captado las simpatías de los grandes industriales y monopolizadores; la *plataforma* de su elección había sido también un golpe maestro, porque desorganizó á los demócratas, sus adversarios naturales, en el terreno de la libre acuñación de la plata, terror de la gran mayoría de los ricos y ricachos de la Unión. Mr. MacKinley es lo que llaman los jugadores franceses un *veinard.* Pero si el *business* filipino, resulta demasiado lento, si *no paga* pronto, la plataforma imperialista, que será la de MacKinley y los republicanos en la próxima elección, corre riesgo de no tener buen éxito y la elocuencia torrencial de Mr. Bryan puede barrer con ella. Sin embargo, el actual presidente es un *veinard*, ya lo dijimos; tiene una estrella y cree en ella; mucha fuerza es esta.

***

Todos los amigos de España, somos de ellos ahora en la desgracia más que nunca, ahora que está condenada á muerte por sentencia de algunos profesores muy duchos en esto del destino de las razas, que sentenciándola nos sentencian por idéntico considerando á nosotros, todos los amigos de España, vemos con profunda pena la lentitud morbosa con que se procede en liquidar una situación que, ya se ha dicho hasta la saciedad, no fué obra de un partido, ni de estos ó aquellos estadistas. Cierto, unos la reagravaron, como los conservadores: 1. ° Por incapacidad de transigir con las ideas separatistas de los cubanos; pero los que hoy los censuran (y son legión) eran los primeros en anatematizar á cuantos proponían esta solución, dígalo el anciano integérrimo Pi y Margall. Puede decirse que en este punto, todos los españoles son culpables; 2. ° Por haber dado á la represión un carácter inhumano. Ahora que se está inventariando, digámoslo así, todo esto, y haciendo á un lado las exageraciones interesadas de los *jingoes* y las espantosas necesidades de una guerra que urgía acabar pronto y

á todo trance, queda un sobrante de crueldad inútil, por desgracia. ¡Y qué sobrante!

Ese es el cargo á los conservadores. El de imprevisión queda, principalmente, sobre los hombros de los gobiernos liberales, que no creyeron en la guerra, que no supieron apercibirse á ella, que no supieron evitarla, que entraron á ella vencidos, que parecían espantados con la idea de obtener cualquiera victoria parcial que pudiera prolongarla; pues bien, ya está, todo esto concluyó, porque todos y nadie tienen la culpa, porque la culpa está en la historia de España, porque, con su población y sus costumbres de guerra y aventura, España no podía tener ni siquiera un pequeño imperio colonial sin agotarse, y, el imperio más grande de la historia tenía que devorar á quien lo había creado. Bien pues, sáquense de esa historia cuantas lecciones contenga, piénsese en ellas; hagamos todos con ellas una base para serias y dolorosas meditaciones. Pero ahora, á vivir activa, económica y laboriosamente. España aun puede recobrar por el trabajo la fuerza perdida.

Entre el día en que el ilustre Cánovas del Castillo dijo *urbi et orbi* en la tribuna de las Cortes: «Antes que España prescinda de un solo palmo de tierra en Cuba, habrá sacrificado su último soldado y gastado su última peseta,» y el día en que se firmó el tratado de París, transcurrió el epílogo del periodo quijotesco de la historia de España: el periodo de Sancho adviene ya. Algo de D. Quijote hay que conservar siempre, es claro, y los pueblos son lo que son; pero debe preponderar Sancho. Sancho, después de la jornada de trabajo, rodeado de una prole sana y satisfecha, puede, debe levantar los ojos hacia lo ideal, el lucero de la tarde de los pueblos de gran historia.

Y da grima ver que hombres de inteligencia superior, que han ocupado la cima de la gloria literaria de España en nuestro siglo, me refiero á Don Emilio Castelar, contribuyan á aplazar el advenimiento de esta obra de concordia y restauración, con censuras exageradas, que desconciertan toda buena voluntad, como la que hizo hace poco del señor Silvela y su política.

El señor Silvela no es un hombre de genio, tal vez no los requiera España ahora: modestos, trabajadores, muy inteligentes, muy sinceros, estos son los hombres que necesita. Graves errores ha cometido desde el punto de vista español; ni mayores que su antiguo jefe el señor Cánovas, cuyo prestigio debilitó inconsideradamente, ni menores que los de sus adversarios los Sagasta y los Romero Robledo, unidos hoy. Pero es un hombre muy distinguido, muy sesudo, moderado por temperamento, tenido en alta estima en la Europa política. En verdad no se le juzga capaz de sobreponerse á la situación, pero se desearía que pudiera hacerlo. Si alguno parece estar llamado á volver á normalizar la sucesión en el gobierno de los partidos, característica del régimen parlamentario, es él.

Una cosa es muy interesante en su programa; cierta tendencia, si nó al federalismo, que sería una locura, sí á una descentralización muy seria, que desde aquí, parece buena y necesaria. Su alianza con el general Polavieja que es el *pendant* de la de Sagasta y Weyler; su deseo de poner de su parte la cordial cooperación del Papa, tan natural en el ministro de una monarquía católica, amenazada por un pretendiente ultramontano, todo esto, será más ó menos acertado, pero se explica, se comprende y vale la pena de esperarlo en la prueba, en la obra; dejadlo por Dios, poner la mano en la pasta.

Y furibundamente, nuestro venerado Castelar, le lanza al rostro los epítetos de reactor, de encubridor de *Boulangers* españoles, de esclavizador del Estado á la Iglesia, etc., etc. Son hipérboles, son injusticias estas; ¡oh! maestro, querido y admirado maestro, el tintero en que mojáis vuestra pluma tiene en el fondo el lodo que os arrojaron á la cara vuestros adversarios: reactor, papista, cesarista, todo, todo, todo, lo mismo, lo mismo, vos pudisteis contestar, y os aplaude la historia: energúmenos, insultadme, ese día salvé la patria.

***

El jefe actual del gabinete francés y un diputado, Maurice Binder, apostaron días pasados sobre la época en que terminaría el asunto Dreyfus, *l'affaire*, como dicen hoy los franceses. M. Dupuy sostuvo que una vez sometido el espediente á las dos salas reunidas de la Corte Suprema, ó de Casación, quedaría en breve sentenciado y todo concluiría antes de la mitad de Marzo. Los jefes de un ministerio no deben apostar sino cuando están seguros de ganar. El ministro francés perdió. El procurador general afirma que antes del 15 de Abril le será difícil presentar sus conclusiones.

Terminará con la decision de la Corte el *affaire*. ¿No puede dejarlo abierto esa misma decisión si, por ejemplo, asegurase que Dreyfus había sido condenado sin pruebas suficientes, lo que probablemente dirá? Yo creo que no; el negocio está ya próximo á terminar en el cansancio de la opinión. Después habrá todavía una agitación facticia si el reo queda exculpado; pero esto no puede prolongarse más allá de la época en que los vértices de los palacios de la Exposición se destaquen en el cielo gris del otoño parisiense. La punta de la espada de Floquet y luego la Torre Eiffel desinflaron el globo de Boulanger que las multitudes francesas habían cargado con el gas ligerísimo de sus ilusiones de gloria y sus esperanzas de desquite. Pues ahora sucederá lo mismo; el sol de luz eléctrica (lo mismo es probablemente el otro, el de todos los días) de la Exposición de 1900, apagará á los Rochefort, los Drummond y á ese simpático é insensato Joaquín Villalobos de Paul Deroulede.

La República es un poco histérica, diremos, para disminuir el alcance del vocablo. Está sujeta á crisis periódicas, ninguna es mortal, aunque todas sean constitucionales. El pueblo francés necesita esto quizás para restablecer su equilibrio; es un pueblo sensenciado á la paz, siendo como es, guerrero; sentenciado á sostener, á cuidar, á *chiquear*, como decimos los mexicanos, un ejército, siendo como es una democracia, y de esta especie de antinomia de su situación, resulta no sé qué de paradojal, de facticio que produce excitación y tensión nerviosa y que acaba en convulsiones periódicas.

Este asunto Dreyfus no puede sorprender á quienes conozcan la historia de estos latinos.

En él hay dos grandes y dos nobles pasiones en juego: la pasión de la justicia, sin la cual Francia dejaría de ser un país civilizado; la pasión del honor, sin la cual Francia perdería su personalidad histórica.

Lo horrible sería que estas dos grandes pasiones no pudieran fundirse en un mismo crisol: el amor á la patria.

***

El Papa se muere, el Papa se muere, nos grita el telégrafo todos los dias; uno de estos, no tarda, nos despertará con la frase suprema: el Papa ha muerto. Y la cristiandad dejará de rezar por el Papa y empezará á rezar al Papa.

¿Quién será el sucesor: el cardenal Oreglia ó el cardenal Goti, el austero carmelita, que, según dicen, es el candidato del Quirinal? ¿O monseñor Svampa, que tiene en su favor la profecía de Malaquías? No hay que burlarse de ella; muchos cardenales y muchos católicos, pero muchos, creen en la profesía de Malaquías. Muchos la creen hecha en los siglos medios; la verdad es que antes del siglo XVI, nadie la conocía; pero lo curiosísimo del caso consiste en que esta profecía, que revela el número de papas que habrá hasta el fin del mundo (á principios del siglo entrante) los designa por nombres simbólicos y estos nombres, del siglo XVI acá, han coincidido casi siempre con las divisas de los Papas. León XIII, tiene por divisa en el blasón de su casa *luz del cielo* y ese es el anuncio del profeta. Luego vendrá *fuego ardiente* y esta es la divisa del cardenal Svampa; sería curioso, lo repetimos.

Pero más curioso sería que el futuro Papa no fuese italiano y que resultara electo el cardenal Gibbons. ¡Ah! en éste sí hallaría la iglesia un continuador convencido de la gran política de León XIII; éste sí sería el Papa de la reconciliación definitiva con la democracia y con la libertad. Le doy mi voto; lástima que no sea cardenal todavia.

Justo Sierra.

COMO SE ELIJE UN PRESIDENTE
EN FRANCIA.

El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

No bien exhala el último suspiro un Presidente surge el problema de la sucesión, y como en las repúblicas no hay delfines listos para asumir el cargo supremo, todas las ambiciones se ponen en movimiento. Los ciudadanos son iguales ante la ley; los representantes del pueblo son iguales ante la púrpura elisia. Todos pueden aspirar á ella legítimamente. Para pintar ese desencadenamiento de pasiones, sería necesario ser Tácito ó.... Jorge Courteline.

Primeros rumores.—A las once de la noche se consumó el trance fatal. Lo saben los ministros y por lo mismo no lo ignoran los personajes que giran en torno de ellos,—amigos íntimos, secretarios, etc. Y se formula la pregunta: ¿Quién será el afortunado que reciba los votos del Congreso? Al día siguiente desde el alba se organizan los conciliábulos, se forman largas filas de carrozas frente á la casa de los senadores y diputados influyentes. Entran y salen por esas puertas graves personajes con la fisonomía contraída por una misma preocupación; son los «clientes» de los candidatos. Porque ha de saberse que cada candidato tiene sus clientes y que éstos siguen su buena ó mala fortuna. Por poco que prestéis atención á lo que pasa, os será fácil oír en todas las casas, conversaciones por el estilo de la que reproducimos.

—Mi querido maestro, Francia reclama vuestros servicios.

Y el querido maestro se defiende con maravillosa hipocresía y aparenta rechazar esas halagadoras insinuaciones. En el fondo de su alma desea ardientemente que se realicen las profecías de sus clientes, pero sabe ocultar y oculta sus íntimos pensamientos.

—No, os lo aseguro...... Que otros más dignos y merecedores que yo, tomen á su cargo la representación del partido republicano.

Tanta modestia excita la vehemencia de las protestas. Primero se le exhortaba; mas ya que resiste se le obliga imperiosamente:

—Tenéis un deber sagrado que cumplir.

El candidato suspira tristemente y dice:

—La presidencia es un fardo pesadísimo, sobre todo en estos momentos. En fin, si el país me necesita......

Ya no se pregunta más. Anúnciase desde luego en todos los círculos políticos que M. X....(ó Y. ó Z..) se *deja sostener*. Los periódicos acojen y propagan esos rumores pero es necesario darles consistencia. Los grupos parlamentarios se ponen de acuerdo, ó para hablar con más propiedad, los jefes de esos grupos: formulan un programa amplio, general, á fin de que las opiniones más diversas se unan, descartando cuanto pueda provocar conflictos entre ellas. Es inimaginable el número de mentiras que se dicen y de promesas que se hacen para no cumplirse después. A veces no se llega á un acuerdo y al abrirse la votación, los que no pudieron ligar sus ambiciones son enemigos encarnizados. Muy raro es que haya armonía completa, pero entonces la disciplina sucede al desorden. Loubet tuvo la ventaja de esta excepcional unidad de propósitos y ambiciones.

En el café.—Es el gran día..... Suenan las once de la mañana...... El restaurant no puede contener más gente de la que hay en las mesas y entre las mesas. En ese terreno neutro los enemigos fraternizan, ó cuando menos se codean sin morderse. El azar pone á veces muy cerca, en mesas contiguas, á Drumont y á Clemenceau, á Rochefort y á Jaurés, á Baudry d'Asson y á Camille Pelletan, á Paul de Cassagnac y á Ives Guyot. Míranse unos á otros con ojos de perros de porcelana, ó esquivan las miradas, ó se dirigen frases intencionadas, precursoras de la próxima tempestad. La atmósfera está cargada de electricidad; el vapor alcohólico, la excitación producida por las conversaciones, la impaciencia, la inquietud de las combinaciones y de los cálculos personales, son elementos que se amalgaman y constituyen el aire que se respira en el Congreso.

Una agitación febril sacude la ciudad triste, muerta, la ciudad dormida, ese Versalles sobre cuyos edificios flota la sombra orgullosa del Rey-Sol.

Despues de la votacion. Ya está elegido, se le felicita. Las frases de enhorabuena son idénticas á las que oyeron sus predecesores; las recibe del mismo modo y corresponde á ellas con palabras iguales á las que ellos emplearon. Su satisfacción es inmensa, por más que la enturbie un poco de inquietud.... Plebeyo obscuro, antiguo abogado de provincia, alcalde de su ciudad ó de su aldea, he ahí que súbitamente se ve hecho algo así como rey, primo de los emperadores, y el personaje más alto en una nación de treinta y ocho millones. Y piensa en los que han quedado atrás, en sus paisanos, en sus parientes, en sus electores, se imagina la sorpresa con que recibirán la feliz noticia. Por más que se empeñe en permanecer tranquilo, una onda de júbilo vanidoso infla su pecho. Sonríe, estrecha las manos que por todos lados se le tienden. Está bajo la impresión de una especie de borrachera y siente vértigos. A duras penas liga las frases que traía preparadas para contestar la enhorabuena del Presidente del Consejo, y cuyos términos deben pesarse con cuidado, porque la prensa los comentará mañana. Desde ese momento el Presidente ya no se pertenece. Sus actos, sus palabras, sus gestos, son «históricos.» Pero la responsabilidad que pesa sobre él no le desagrada: aviva el sentimiento de su importancia personal....

En la calle.—Al volver de Versalles dí de manos á boca con un anciano que parecía sumido en honda aflicción. Inmediatamente reconocí en su persona la del honorable M. Decroix, presidente de la «Sociedad contra el abuso del Tabaco.» Después de saludarnos, me dijo: Habría sido mejor que elijieran á M. Meline.

Al punto comprendí el sentido de su frase. M. Decroix tiene un espediente de todos los hombres célebres, á quienes divide en dos grupos, los que fuman y los que no fuman, esto es, los que merecen su veneración y los que sólo tienen su desprecio. M. Loubet pertenece á la segunda categoría; no sólo hace uso del tabaco sino que siente por la pipa una culpable predilección. M. Meline, por lo contrario, no quiere ni oír hablar de pipas y cigarros.

M. Decroix tenía el proyecto de escribir para la Exposición una memoria ó un poema laudatorio en honor del Presidente. Sus esperanzas salieron fallidas.... Hasta hoy—salvo el período de Faure,—la Providencia lo había favorecido siempre, pues el tabaco no era muy bien aceptado en el recinto del Elíseo. Thiers lo detestaba. Cuéntase que cuando formó su estado mayor, pidió que se le enviase un oficial de órdenes inteligente y laborioso, pero sobre todo, *que no tuviera el vicio de fumar*. Eligió al capitán

Cance, de la Guardia de París.... Ese guerrero, fiel observante de su consigna, estableció un cordón sanitario en torno del Elíseo. Tan lejos llevaba su celo, que inspiró á M. Thiers ukases ridículamente feroces. El Presidente prohibió que los soldados fumasen en su puesto de guardia durante los momentos de descanso. Hubo una verdadera insurrección contra esa orden y poco á poco aparecieron las proscritas chimeneas.

Cuando el Mariscal Mac Mahon sucedió á M. Thiers, M. Decroix tembló de miedo. Un mariscal de Francia debía fumar como una locomotiva! Efectivamente, Mac Mahon *culoteó* innumerables pipas durante sus campañas; pero su salud se quebrantó, tenía insomnios y perdió el apetito y la memoria. Su amigo el Doctor Broca le hizo jurar solemnemente que renunciaría á la peligrosa embriaguez de la nicotina. El mariscal cumplió su juramento como cumplió el que había hecho de no permitir que se inmorala la República.

Grevy, Carnot y Casimiro Perier siguieron esas tradiciones moderadas. Los cinco primeros presidentes profesaron las doctrinas de la liga; pero el sexto las violó y el séptimo persevera también en el error...

Imagináis la melancolía de M. Decroix?

Por mi parte creo que este excelento filántropo es más severo de lo que debiera; á pesar de cuanto él diga, el cigarro es un benefactor de la humanidad: es el complemento de los banquetes fraternales, favorece la conversación, crea y mantiene la ilusión y hace olvidar las miserias de la vida. Es un gran consolador.

Y los Presidentes tienen á veces tanta necesidad de consuelos...

A. Brisson.

EN EL CAMPO DE SAN LAZARO.—La gran Revista Militar del 4 de Abril

Aspecto general de las tribunas.

La capital y la República entera han podido apreciar los notabilísimos adelantos de nuestro ejército, promovidos con feliz acierto y grande constancia por la Administración actual.

El ramo de Guerra ha creado una organización militar por todo extremo admirable, no sólo comparada con lo que eran años atrás nuestras fuerzas colecticias, sino aún con lo que son actualmente los ejércitos de los países mas adelantados.

Y era necesario que así fuese, exigiendo como exige la lógica de un buen gobierno, paralelismo en el avance y perfeccionamiento de todos los servicios públicos.

Además de la construcción de cuarteles, establecimiento de maquinarias poderosas en las industrias militares y dotación de armamento perfeccionado, en la parte moral y en su disciplina é instrucción, el ejército mexicano aduna hoy á las cualidades tradicionales, características de nuestros soldados, esa poderosísima fuerza constituida por el orden y la coordinación.

El llano de San Lázaro, en donde se efectúan desde hace varios años los ejercicios de tiro al blanco, se ha convertido en un campo de maniobras perfectamente adecuado á su objeto, y á ese fin obedecieron los trabajos de remoción del terreno llevados á cabo por el Batallón de Zapadores.

* * *

Con la debida oportunidad se hicieron los grandes preparativos necesarios para el buen éxito de la revista, ordenando la Secretaría de Guerra que los cuerpos de todas las armas concurrieran á recibir instrucción según el plan formado por el Señor General Berriozábal.

El 26 del mes próximo pasado el Sr. Secretario de la Guerra pasó una revista general de los cuerpos que forman la guarnición de la Plaza, á fin de ver el resultado de los preparativos, y como fué enteramente satisfactorio, desde luego pudo preverse el que se obtendría en la gran revista.

El día 4 desde las seis y media estaban ya los cuerpos de la guarnición en el campo de San Lázaro. Formaban la primera línea de infantería el Colegio Militar, el Batallón de Zapadores, el 3.° el 13 y el 14; la segunda línea de la propia arma, se componía de los Batallones 27, 24, 21 y 16. Los mandaba el Sr. General de Brigada D. Jesús Alonso Flores, siendo el jefe de su Estado Mayor el Teniente Coronel de Caballería E. Marcos Gómez.

La Artillería formaba extensa línea á retaguardia de la Infantería, constando de cuatro batallones y el siguiente material; dos baterías de ametralladoras sistema Coltz y dos de cañones de montaña Bange de ochenta milímetros, el 1.°; el 2.° cuatro baterías de montaña, Bange y Mondragón; el 3.° una batería de montaña, Mondragón y tres Bange de batalla, y el 4.° tres baterías de batalla y una ligera Bange. El Jefe de la Artillería era el General Coronel Jesús S. Jiménez y el del Estado Mayor el Teniente Coronel Felipe G. Moreno.

La caballería estaba bajo el mando del Sr. General de Brigada D. Manuel F. Loera, de cuyo Estado Mayor era Jefe el Coronel Rodrigo Valdés. Formaban esa línea los Regimientos 1.°, 2.°, 7,°, 10.° y 14.°, el 1er. Cuadro y el Cuerpo de Gendarmes del Ejército.

En doble línea de más de un kilómetro formaban los trenes de Artillería, de Ingenieros y los transportes militares, más el Servicio Sanitario y las acémilas de todos los cuerpos. Mandó la impedimenta el Coronel Félix B. Estrada.

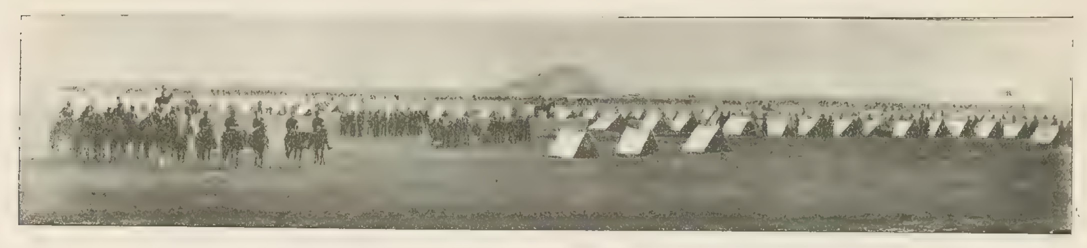
El Cuerpo de Ejército constituido como queda dicho y cuyo efectivo era de más de 10,000 hombres, situado en orden admirable, desplegaba sus extensas lineas en el campo, cuado llegó el señor Secretario de la Guerra, á las siete de la mañana, seguido de su escolta y estado mayor del que era jefe el General Coronel Don José M. Pérez. Después de recorrer varias veces el campo se instaló en la tienda de campaña destinada á Cuartel General.

Se dió entonces la orden de formar campamento y dispuestas las armas en pabellón, entraron los soldados á las tiendas para tomar un pequeño descanso.

Tienda del Cuartel General.

El Sr. Secretario de la Guerra, General en Jefe del Cuerpo de Ejército, el Sr. Gobornador del Distrito, el Sr. Inspector General de Policía, el Sr. General José M. Pérez y los Oficiales del Estado Mayor, esperando la llegada del Sr. Presidente.

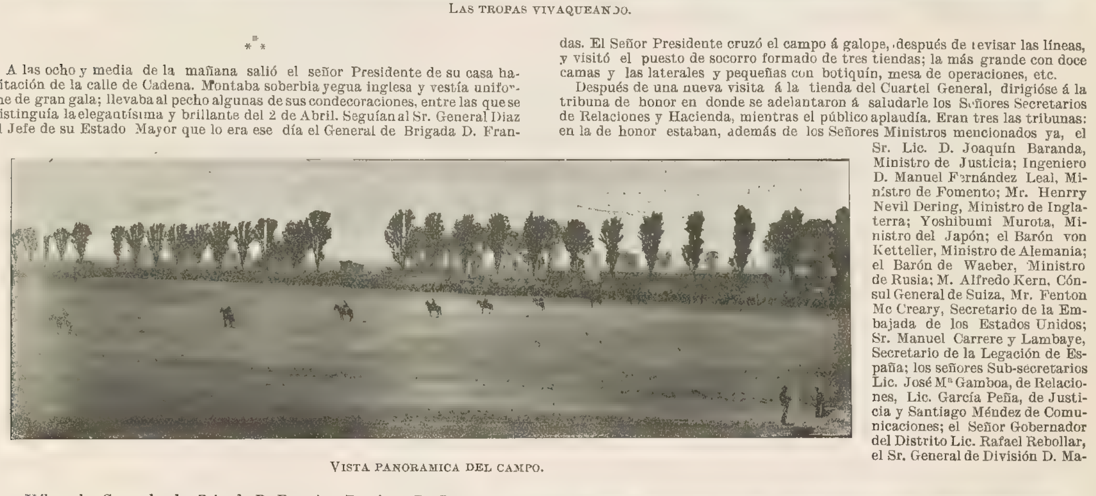
EN EL CAMPO DE SAN LAZARO.—La gran Revista Militar del 4 de Abril.



Las tropas vivaqueando.

***

A las ocho y media de la mañana salió el señor Presidente de su casa habitación de la calle de Cadena. Montaba soberbia yegua inglesa y vestía uniforme de gran gala; llevaba al pecho algunas de sus condecoraciones, entre las que se distinguía la elegantísima y brillante del 2 de Abril. Seguían al Sr. General Díaz el Jefe de su Estado Mayor que lo era ese día el General de Brigada D. Francisco Vélez y los Generales de Brigada D. Francisco Ramírez, D. Francisco O. Arce, D. Gregorio Ruiz, D. Sebastián Villarreal, D. Epifanio Cacho y D. Alberto Escobar, los Generales Coroneles D. Pedro Rincón Gallardo y D. Ignacio Salas, los oficiales de Estado Mayor Capitanes D. Pablo Escandón y D. Porfirio Díaz, los Tenientes D. Agustín del Río, D. Armando Santacruz y D. José Montesinos y el attaché militar de los Estados Unidos, Teniente Powell Clayton. Detrás de este brillante Estado Mayor iba una escolta enviada por el segundo regimiento.



Vista panoramica del campo.

Un soldado de caballería llevaba un hermoso alazán de repuesto para el Sr. General Díaz.

Las calles por donde cruzó el primer Magistrado estaban henchidas de gentes de todas las clases sociales que lo esperaban para aclamarlo, como lo hicieron entusiáticamente cuando pasó.

***

A las nueve de la mañana estaban llenas de espectadores las tribunas de distinción y el terreno libre abierto al público. Cuando sonó el toque de atención que anunciaba al Sr. Presidente, damas y caballeros pusiéronse en pié y saludaron al Señor General Díaz con unánimes y estruendosos aplausos, mientras una batería hacía salva de honor.

Recibido por el Sr. Secretario de Guerra, se dirigió con él á la tienda del Cuartel General y una vez allí, al toque de Generala los soldados desmontaron las tiendas y tomando sus armas volvieron á formar en columnas desplegadas, lo que se hizo con toda la precisión y prontitud que puede lograrse en el ejército más bien organizado. Las bandas tocaron marcha de honor, y el Sr. Presidente empezó á pasar la revista, acompañado del Sr. General en Jefe que iba medio cuerpo de caballo atrás, seguido del Cuartel Maestre y de su Estado Mayor. Los soldados presentaban armas y los jefes y oficiales inclinaban sus espadas. El Señor Presidente cruzó el campo á galope, después de revisar las líneas, y visitó el puesto de socorro formado de tres tiendas; la más grande con doce camas y las laterales y pequeñas con botiquín, mesa de operaciones, etc.

Después de una nueva visita á la tienda del Cuartel General, dirigióse á la tribuna de honor en donde se adelantaron á saludarle los Señores Secretarios de Relaciones y Hacienda, mientras el público aplaudía. Eran tres las tribunas: en la de honor estaban, además de los Señores Ministros mencionados ya, el Sr. Lic. D. Joaquín Baranda, Ministro de Justicia; Ingeniero D. Manuel Fernández Leal, Ministro de Fomento; Mr. Henrry Nevil Dering, Ministro de Inglaterra; Yoshibumi Murota, Ministro del Japón; el Barón von Ketteler, Ministro de Alemania; el Barón de Waeber, Ministro de Rusia; M. Alfredo Kern, Cónsul General de Suiza, Mr. Fenton Mc Creary, Secretario de la Embajada de los Estados Unidos; Sr. Manuel Carrere y Lambaye, Secretario de la Legación de España; los señores Sub-secretarios Lic. José Mª Gamboa, de Relaciones, Lic. García Peña, de Justicia y Santiago Méndez de Comunicaciones; el Señor Gobernador del Distrito Lic. Rafael Rebollar, el Sr. General de División D. Mariano Escobedo y otros distinguidos caballeros, diputados, militares y empleados de categoría.

Otra vista panoramica.

Muchos y de los más distinguidos eran los concurrentes de las tribunas, pasando su número de mil quinientos. En la de honor presenciaron la revista las familias Limantour, Clayton, Ketteller, Waeber, Liceaga, Camacho, Rin-

Puesto de Socorros.

EN EL CAMPO DE SAN LAZAZO.—La gran Revista Militar del 4 de Abril.

LLEGADA DEL SR. PRESIDENTE AL CUARTEL GENERAL.

cón Gallardo, Morán, Landa y Escandón, Buch, Pérez Figueroa, Diener, Gomez, Méndez, Escandón y García.

Después de presenciar el desfile del Cuerpo del Ejército, desfile que dió nuevos motivos para apreciar la perfecta organización de las columnas que marcharon frente á las tribunas, el Sr. Presidente montó á caballo y se retiró del campo, cerca de las doce del día, recibiendo nuevos testimonios del cariño popular en cada una de las calles que recorrió á su regreso.

COMIENZA LA REVISTA.

NAUFRAGIO DEL VELERO "YUCATAN."

Este buque que hacía un viaje de instrucción con doscientos alumnos de la Escuela Naval, naufragó el martes tres del corriente á las dos de la madrugada.

El «Yucatán» se fué á pique junto al pueblo de Lerma en la costa de Campeche. La causa del naufragio, según las noticias que circularon en la prensa, fué un choque contra unos bajos que hay en esos lugares.

El capitán del Buque, que lo era el Teniente Mayor de la Armada Don Manuel Trujillo, los alumnos y tripulantes salvaron á nado la distancia que los separaba de la costa, llegando á tierra con toda felicidad.

Reconocido el «Yucatán» encontróse una vía en la mura de babor y que el buque esta tumbado sobre esa banda.

Aparte de que no hubo desgracias, parece que el equipaje se salvó también perdiéndose sólo algunas piezas de correaje y otros objetos poco valiosos.

El velero «Yucatán» salió hace pocos días de Veracruz, haciendo feliz travesía. Detúvose cerca de Campeche á hacer un cargamento, y estando próximo un temporal, levó anclas con el fin de capearlo en mar abierto; pero desgraciadamente acaeció el choque, causa del naufragio, y como el hundimiento era rápido, no hubo tiempo para echar al agua los botes ni para tomar alguna medida que salvara el buque, así es que todos los que iban á bordo se apercibieron para ganar la playa á nado, como queda dicho.

La impresión que domina en el público, favorece al capitán no sólo por haberse llevado á cabo el salvamento de los alumnos y tripulantes con toda oportunidad, sino porque, según se cree, el naufragio fué un hecho fortuito y no puede imputársele como imprevisión culpable.

Con todo, tendrá que practicarse una averiguación para que se justifique plenamente la conducta del capitán y de los oficiales del «Yucatán.»

Es de esperarse que el resultado de las investigaciones judiciales, favorezca al Teniente Trujillo que ya tiene en su abono honrosos antecedentes como marino experto y valiente en los peligros.

DESFILE DE LOS CAÑONES MONDRAGON.

Fotografía del E. M. E.

DESFILE DE LOS NUEVOS TRENES.

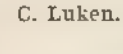
Fotografía del E. M. E.

EN EL CAMPO DE SAN LAZARO.—La gran Revista Militar del 4 de Abril

El Señor Presidente presenciando el desfile.

Fotografía del F. M. E.

El velero «Yucatan» de la Armada Nacional, varado en las costas de Campeche el dia 3 del corriente.



UN GRUPO SONORENSE.

C. Luken. J. C. Camou. Blanca Villaseñor. J. Paganini. A. Metiá. María Ruiz. A. C. Calderón.

Manuela Escalante. E. Ramírez. María Morán. Amalia Ramírez. R. Ruiz. Luz San Vicente. Isabel Aguilar.

UN GRUPO SONORENSE.

Publicamos un hermoso grabado hecho según fotografía que de Hermosillo, importante población de Sonora, nos fué remitida y que muestra un grupo de caballeros y señoritas vestidos de fantasía, los cuales tomaron parte en un gran baile de trajes, organizado en el Carnaval.

En ese grupo figuran señoritas tan hermosas como María Ruiz, en quien todos reconocen un talento y una gracia exquisitos, Luz San Vicente y Amalia Ramírez, las tres gala y ornato de aquel Estado lejano, donde es fama que nacen y embelesan las mujeres más bellas, que suelen ser además espirituales y elegantes como pocas.

Hermosillo es una de las ciudades del país donde con mas acierto y entusiasmo se festejó el Carnaval.

LOS YANKIS Y LA SERPIENTE.

Si al Creador se le ocurriera dar vuelta hacia atrás al manubrio y deshacer el universo para construirlo de nuevo, tornaría á suceder idéntica cosa de lo que sucedió con este primer ejemplar que tenemos Colocado el hombre en el Paraíso, bien comido, aunque mal vestido, satisfecho en todos sus gustos y caprichos, con árboles que á la boca le llevasen sus frutos, con ríos de leche que le brindasen alimento y frescura, con pajaritos que se le subiesen al hombro á cantarle sinfonías celestiales, volvería á escuchar la voz de su compañera que le diría:.... «¡Qué sabroso huele esa manzana. Comámosla, hombre, que si se ha de perder, más vale que haga daño.» Y se la engulliría, como hay Dios, porque el diablo es persona que sabe hacer las cosas.

Ejemplo al canto. La mujer norteamericana ha llegado á la cima de las humanas aspiraciones. Debido á los progresos democráticos, es reina. Pero así y todo, no está satisfecha, porque las reinas de la democracia no ciñen corona; ¡y la corona es un adorno tan bonito! Si el pelo es rubio, parece junto con la joya toda una obra de oro; y si es negro el pelo, ¡qué contraste tan peregrino! El sol sobre la noche.

El diablo se acerca á la mujer norteamericana, y le dice:—«Qué bien te vendría, yanquesita preciosa, una coronita de esas que ya no se van necesitando en Europa, y podrías conseguir por nada, con sólo decir esta boca es mía»

La niña lanza un suspiro; y como si estuviese al paño, ó sea detrás del bastidor, á modo de personaje de comedia, se aparece un duque, un conde ó un marqués de esos tronados que ahora se usan, y cae á los piés de las Miss, con corona y todo. Esto es mucho menos dramático, pero más sano que echarse al camino real con aquello de «¡la bolsa ó la vida!»

La rica yanki deja caer el portamoneda repleto de billetes de banco, recógelo el príncipe, y entrega la diadema.

La luna de miel se pasa siempre en Europa; en los Estados del duque ó lo que sea; Estados que sólo en el mapa están, estando vendidos; y si por acaso estuviesen los tales Estados, no será sino en deplorable estado.

Al cabo de poco tiempo un suelto en el *Herald*: «Ayer llegó de Europa la marquesa de Tutti Frutti, *nee* Miss Eva Fancy. La Alteza su esposa, después de haberle derrochado los seis millones que el laborioso Mr. Fancy había *amasado* en la noble profesión de Salador de tocinos, y los cuales dió en dote á su hija, viéndose acribillado de deudas, quiso el marqués ahorcar á la marquesita para que le firmase un cheque de cien mil libras contra su padre. La señora marquesa se asiló en la Legación americana en Roma, y está de vuelta en Nueva York, arrepentida de haberse dejado tentar por la serpiente y resuelta á seguir siendo hija de rico tocinero y no princesa apaleada.»

N. BOLET PERAZA.

Damas Mexicanas.

SRITA. DEIFILIA PONCE DE LEON.
De Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

EL ABEJORRO DE ORO

[DE BAUMBACH].

La casa en que comienza nuestra historia tenía un aspecto pobre y modesto. En aquellas blancas paredes sólo se miraban un par de mapas: el uno representaba el país en general, mientras que el otro era del pequeño lugar de nuestro relato. También había dos angostas camas, un pupitre y un armario de ropa sobre el cual descansaba una esfera representando la tierra. El centro del cuarto estaba ocupado por una mesa rectangular, toda llena de manchones de tinta. A un lado y otro de ésta estaban sentados en bastas sillas de madera, dos adolescentes. El uno era rubio y traducía un pasaje difícil de *Cornelio Nepote*, que lo hacía suspirar hojeando el pesado diccionario; el otro era moreno y tenía puesta toda su atención en sacar la raíz cúbica de una larga cantidad.

El filólogo se llamaba Hans; el que estudiaba matemáticas Heins. De tiempo en tiempo alzaban ambos niños la cabeza y miraban hacia la abierta ventana, por la cual las zumbadoras moscas estraban y salían. Allá fuera, en el jardín, los dorados rayos del sol jugaban entre árboles y malezas, y como para burlarse de ellos, una rama de árbol, toda llena de florecitas, venía á asomarse por la abierta ventana al cuarto donde estudiaban los dos discípulos. Todavía tenían los pobres que trabajar una hora larga, antes de poder gozar de libertad, y los minutos corrían tan lentos, como la babosa que se resbalaba allá en el jardín por un arbusto erizado de espinas. No había que pensar en tomarse una pequeña pausa durante las horas de clase, porque en el salón contiguo estaba sentado en su mesa de escribir el Doctor Schlangentzwei, á quien los pobrecillos estaban entregados para que los educara, y estando la puerta de comunicación abierta, podía muy bien el Doctor en cualquier momento cerciorarse de la ausencia de sus pupilos é inspeccionar también su conducta. «Aníbal tenía algo más que hacer que pasar los Alpes,» mascullaba entre dientes Hans. «Nueve veces ochenta y uno, son setecientos veintinueve» murmuraba en voz baja Heins. De pronto percibieron un zumbido. Un abejorro dorado se había introducido al cuarto. Por tres veces se bamboleó sobre la cabeza de los muchachos, hasta que vino á caer en el tintero.

—Precisamente le ha sucedido lo que se merece, dijo Heins, ¿porqué no se quedó donde estaba? Pero ahogarse en tinta debe ser una muerte muy negra,—y con la pluma se puso á ayudar al pobre coleóptero, que pataleaba entre la tinta, para que saliese; pero Hans estuvo más listo y lo sacó con los dedos. Mientras ellos se entretenían en secarlo, se arreglaba él las alas con las antenas.

—Tiene una coraza dorada y cuerno negro, decía Hans, limpiándose los dedos manchados de tinta. Sin duda es el rey de los abejorros dorados. Vive en un castillo cuyos muros están hechos de jazmines blancos en botón, y cuyo techo se compone de pétalos de rosa. Los grillos y los mosquitos son los músicos de su corte, mientras que las luciérnagas le sirven de pajes.

—Estás inventando; eres un fantaseador, dijo Heins.

—El que se encuentre con el rey de los abejorros dorados, prosiguió Heins, ese será siempre feliz. Pon atención, Heins: una aventura ó algo extraordinario nos tiene que suceder. Piensa, además, que hoy es primero de Mayo y en este día siempre suceden cosas maravillosas. Mira cómo parece que nos llama con el cuernecillo y extiende sus alitas como queriendo volar. Pronto lo verás transformarse ante nosotros en un silfo con su manto real y su corona de oro en la cabeza.

·Quiere volar, —dijo sonriendo Heins. Sus!....ya voló. Los muchachos corrieron á la ventana para ver el abejorro. Cortando en grandes círculos el aire, revoloteaba el inquieto insecto, hasta que al fin fué á perderse al otro lado del jardín. En este momento se oyó un ruido en el cuarto del maestro, y ambos discípulos corrieron á sus puestos.

—No te lo dije? murmuró Hans al oído de su compañero,—ahí tienes ya el milagro!—Del tintero salía un verde arbustito que creciendo poco á poco llegó hasta tocar el techo.

Soñamos -dijo Heins, restregándose los ojos.

—No, decía regocijado Hans; es que asistimos á un prodigio, tomamos parte en una verdadera leyenda fantástica.

El arbusto crecía cada vez más. De cada rama brotaban, como por encanto, hojas y flores. El techo del cuarto desapareció, las paredes se desvanecieron y una

suave claridad crepuscular envolvió á los maravillados muchachos.

Adelante! —gritó Hans, llevándose consigo á Heins, que se resistía á seguirlo. Ahora comienza nuestra aventura.

La maleza, llena de florecillas silvestres, se abría por sí misma para hacerles amplia vereda. Los rayos del sol, al quebrarse por entre el enrejado de hojas, dejaban caer sobre el musgo millares de puntos luminosos. Estrelladas florecillas de variados y vivos colores subían del musgo, y enredaderas verdes y grises se adherían como pintorescas serpientes á los viejos troncos de los árboles. En las ramas de estos aleteaban cantando pájaros de vistoso plumaje, mientras que los siervos y venados saltaban contentos por los matorrales. De pronto se iluminó el bosque con una claridad de color de fuego.

-Lo vez? ahora comienza el encanto, dijo Hans á su compañero.

Ante ellos se extendía la selva con sus praderas. En el centro se elevaba un árbol, uno solo, cuyas hojas eran de oro. Los niños casi no se movían: tal era su asombro. De pronto apareció ante ellos un gnomo tan pequeño como un infante de dos años, delgado, bien hecho y gracioso. Llevaba yelmo de oro y capa verde. Dió dos pasos adelante, y saludando á los jovencitos, les dijo:

La encantada princesa aguarda en su palacio de marfil y oro á su libertador. ¿Cuál de vosotros quiere serlo?

—Yo, respondió alegremente Hans. Al punto el gnomo le presentó un caballito, blanco como la leche y que tascaba freno de oro.

—No te montes—decía Heins con ansiedad; pero ya Hans estaba sobre la silla. El caballito relinchó é irguiendo la cabeza y agitando las flotantes crines, se internó en el bosque.

Aquel fué un agradable paseo á caballo. Hans se sentía tan seguro como si estuviese sentado en su banco de escuela. Pensó entonces que apenas haría una hora se encontraba atareado con la traducción de *Cornelio Nepote*, en presencia del doctor Schlagentzwei, en tanto que ahora se veía transformado en un caballero con capa, collar, espada y espuelas de oro, paseándose por un bosque encantado. De nuevo la selva se iluminó con suave claridad. Unos cuantos pasos más y caballero y caballo se detenían á las puertas de espléndido castillo. Las torres ostentaban banderolas de abigarrados colores. Bocinas y trompetas herían el aire en son de fiesta. Dentro, sentada en el trono, estaba una hermosísima princesa, ataviada con su blanco velo de novia. Hans creyó ver á su vecina Lottchen, con quien había compartido sus juegos varias veces al salir de la escuela. Pero la princesa era más grande y más linda. Saltó con presteza de la silla y subió presuroso la escalera de mármol. En la puerta del salón le esperaba un gran señor, probablemente el Mariscal de Corte de la princesa, pues á nuestro héroe se le imaginó conocerlo. Aquel personaje alargó la mano y tomando al caballerito por una oreja, le dijo:

—¿Se ha dormido el haragán?—Toma. . .

Con esto se deshizo el encanto. Hans se encontró otra vez sentado junto á su mesa, en la cual estaban, como riéndose de su pereza, el *Cornelio Nepote* y el *Diccionario Latino*. Al otro lado de la mesa escribía Heins, tan de prisa, que hacía rechinar la pluma. A su lado estaba el Doctor Schlangentzwei, contemplando á través de sus espejuelos azules, al pobre soñador.

Al fin llegó la hora de la salida de la escuela, y mientras comían algunas golosinas, Hans relató su sueño á su compañero.

—Es maravilloso! —exclamó Heins, tan luego como aquel concluyó su narración.—; Verdaderamente maravilloso!—Yo también he soñado lo mismo que tú soñaste, aunque con diferente conclusión. En mi sueño no aparece ningún castillo encantado.

—Cuéntamelo!—decía con insistencia Hans.

—Hasta el encuentro del árbol de oro, mi sueño es igual al tuyo. Todavía me parece verte montado en el caballito blanco como la leche. encaminándote á libertar á la encantada princesa. Mientras tanto yo.....

—Qué hiciste? preguntó curioso Hans.

—Yo me puse á golpear el árbol y me llenaba los bolsillos de oro. En esto me despertó el Doctor y se acabó toda mi riqueza.

—Heins, dijo Hans entusiasmado, tomando la mano de su amigo; cuando dos personas tienen á la vez el mismo sueño, te digo que andando el tiempo se cumplirá aquello que soñaron. Nuestra visión es más que un sueño, yo creo que es una profecía.—

—¿Se cumplió acaso el sueño de nuestros héroes infantiles?

Sí.—Hans llegó á ser un gran poeta, cuya fantasía creaba cuentos y leyendas. Heins, el que se quedó bajo el árbol llenándose de hojas de oro los bolsillos, fué el rico industrial que editaba las obras de Hans.

CUENTOS DEL MANICOMIO

ADULTERIO

Ya lo sé; no necesita usted decírmelo si á eso viene. Anoche lo supe sin que nadie me lo dijera; lo sabía hace mucho tiempo. A muerte ¿verdad?

Sólo le ruego que pronto cumplan su justa venganza. La justicia es la gran vengadora.

Si yo me vengué de ella, de la adúltera, por qué no han de vengarse otros de mí? No pretendo robarles ese placer, que me impongan el castigo á que, según ellos, me he hecho acreedor, que me ejecuten, pero que sea pronto.

Si como á otros sentenciados á muerte, me tienen encerrado durante mucho tiempo, ó si mi defensor idiota consigue el indulto, entonces sí, sellaré esta vida de miserias y de imbecilidades, con el suicidio; no puedo más; mi memoria está á diario rumiando la historia de mi crimen, desde el principio hasta el fin. Que me maten, pero pronto.... Hacen bien, todas las apariencias me condenan.

¿Qué no hay prueba alguna de su falta? Ya lo creo; ¡oh! si la prueba existiese, no la habría matado; hubiera dado muerte á su amante.

A ella no; porque *se reunirían en el cementerio.*

La prueba pide la justicia; eso, la prueba fué lo que yo busqué inútilmente. Sin embargo, tengo la convicción de que fué adúltera, tengo la seguridad de su falta. Por eso la maté. Y no me arrepiento. Cuando lo deploro es solamente por la falta material que me hace. Siento el pesar que sentía cuando niño, después de haber roto un muñeco, para saciar mi apetito de destrucción ó para saber qué tenía dentro! ¡Oh! si yo hubiera podido saber lo que ella tenía dentro de su alma.

Lo que me desespera es que desde entonces no vibra mi cerebro más que para esa idea, para la de mi crimen. No he podido sepultar en el negro hueco del olvido esa historia. Como las cajas de música que sólo tienen una pieza, y que cuando terminan vuelven á empezar, así en mi memoria llego al momento del uxoricidio y ella, la maldita, la adúltera, levanta su cuerpo acribillado de heridas y vuelve á desposarse conmigo y empieza de nuevo el drama terrible y sangriento, muy sangriento ¿no es verdad?

Esto nunca puede concluir. Yo la mato, y resucita; vuelve á provocar mis iras, y la vuelvo á asesinar, y así lo haría si de veras surgiese viva de su tumba.

Ese recuerdo, negro buitre odioso, me está royendo el cerebro.

Me siento agotado; que me maten pronto; que me maten pronto....

¿Sabe usted cuántas veces en un día puede una caja de música repetir la misma pieza?

¡Ah! figúrese cuántas veces releeré en mi cerebro esa historia. Como cuando me entregaba á los placeres del *haschich*, en una hora vivo muchas vidas; sólo que hoy todas esas vidas son mías; es la mía una y múltiple.

Ahora empieza otra vez, y como si á un espectador en un teatro, lo obligasen á presenciar la representación de su propia vida, de la tragedia de que es él mismo protagonista, me siento obligado á verla, á oirla, á sentirla, á representar dentro de mí mismo mi tragedia.

¡Qué feliz aquel día del casamiento! ¡Era tan hermosa!

Por eso me casé con ella.

Ya ve usted que los celos no son sólo privilegio del que ama.

¡Muy pronto se rompió la uniformidad de aquella monótona paz en mi hogar!

Un día sentí como si hubiese besado los labios de un oso marino: sus rojos y finos labios parecían congelados y en mi boca se coaguló el beso.

Miré sus ojos y estaban mudos. Tenían el brillo y el silencio de los ojos de esmalte.

Y sus brazos me estrecharon como podrían hacerlo los brazos de loza de una muñeca que tuviese cuerda para abrazar....

Qué! ¿tan pronto el hastío habría hecho de ella una nueva víctima? ¿Sería una decepcionada? ¿Habría esperado que fuese algo más el matrimonio?

Y bien, yo no podía darle más; así son todos los matrimonios.

Sin embargo, procuré ser más amante, más apasionado, más ardoroso.

¡Ojalá que hubiera podido ser menos feo!

Acaso sería una esteta intransigente.

Acaso abarcaba la horrible magnitud del contraste de mi cuerpo enjuto y zahonado al lado de su carne mórbida y blanca.

....Ella cumplía en todo como buena esposa. Era más, era una buena esclava.

¡Pero eso me desesperaba: á mi lado no era feliz!

Y la melancolía comenzó á hacer lacio su cuerpo, indolentes sus actitudes.

¿Era una mujer, ó era un mármol hecho carne?

Yo gustaba de ella,—creo habérselo dicho—porque era hermosa. Gustaba de envolverme en sus cabellos blondos, gustaba de envolverme en sus miradas zafíricas, gustaba de que me envolviese y me embriagase con sus caricias, pero ya mi mujer se había vuelto muñeca. Era una Ruth que había vuelto á ser mujer.

Y cuando allí, ante la ventana, inmóvil y silenciosa, el crepúsculo la iba amortajando y ella dejaba hundirse sus miradas en la lluvia cada vez más densa de sombras que caía sobre la tierra ¿en qué pensaba?

Su laconismo era desesperante; me causaba su respuesta el dolor de un martillazo: «en nada» «en nada.» ¡Se puede pensar en nada! ¿Cómo se paraliza esa máquina de movimiento continuo? yo no quiero ya pensar.

«En nada» ¡y un suspiro hondo y largo entreabría su boca!

¿Soñaría, tendría ansias infinitas, deseos inmensos, anhelos inexplicables de algo, de ese algo que nunca llega, que nunca se define bien?

¡Oh, no, no; las nervaturas del mármol son ficticias, no corre sangre por las venas del jaspe.

Esas ansias nunca sasisfechas, esos anhelos jamás colmados, son patrimonio de los elegidos de la Diosa Neurosis.

Y sus miradas eran más vacías, sus besos más insípidos, más automáticas sus caricias.

Aquella mujer no me amaba.

Pero ¿amaba á otro?

Y la flor negra de los celos se abrió en mi corazón. ¡Oh! si eso fuera, la mataría.

Procuré sorprenderla. La espié en sus habitaciones. Siempre el mismo canturreo cuando bordaba; siempre el mismo bostezo cuando leía.

Llegué á horas inesperadas. Nada, nadie.

Y sin embargo, la idea de que me era infiel se prendió á mi cerebro con tentáculos de pulpo.

Me parecía encontrar en aquellas carnes, en donde era una mancha mi mano simiana, huellas de caricias ajenas.

Y ¡ay! en sus lábios ya no volví á hallar calor. A veces encontraba al juntarlos con los míos, un beso que no era de ellos para mí; el beso maldito del desconocido que estaba allí palpitante, vivo.

Y comenzó á arrastrarse por mi corazón como un repugnante caracol que dejara á su paso reguero de baba gelatinosa y envenenadora, el terrible odio.

¿Cuál era, si no amaba á alguien, la causa de sus hondas melancolías, de su eterna nostalgia.

Cuando sumergía mis miradas en sus ojos eternamente serenos, en sus ojos azules sin tempestades, Saharas de expresión, se perdían como la sonda en las profundidades del mar.

Intercepté su correspondencia. Ni un indicio.

Y por las noches, en vela, conteniendo el aliento, allí muy cerca de ella, aguardaba oír un nombre que se le escapara.

Siempre su respiración acompasada. De cuando en cuando un suspiro, aquel suspiro desesperante que me irritaba, que hacía crecer más y más mi odio..

¿Había pertenecido aquella mujer, antes que á mí, á otro hombre por el cual anhelaba?

¡Ah! si así era cómo debía á solas burlarse de mí, cómo se burlaría de mi imbécil, de mi *inocente* credulidad.

En mi pecho se desarrolló alarmantemente el terrible odio y llegó hasta sus más apartadas cavernosidades.

Luego invadió todo mi ser, lo llenó como el gas que llenara un pobre aeróstato hasta que se sintiera próximo á reventar.

«Tú no me amas,» le dije.

¿Cómo no había de amarme si yo era tan bueno?

Tan bueno. Comprende usted?.... Aquella noche me sentí impelido, obligado, á salir del teatro.

Esperando oír cuchicheos amorosos, llegué. En efecto. Hasta oí un beso, ¿lo oí en realidad?

De un golpe hice saltar el picaporte de la puerta.

Una figura de hombre, de hombre joven, de hombre hermoso,—mi eterno enemigo,—se deslizó rápidamente, pegado á la pared, y se agazapó en un ángulo de la pieza.

Una, dos, tres veces, disparé sobre él, y cuando se disipó el humo de la pólvora, aquel hombre había desaparecido. Me había burlado.

La hipócrita aparentaba tranquilidad. Había gritado con espanto y estaba agitada.

El ruido la había hecho romper su armadura de hielo.

—«Pero ¿estaba yo loco?»

Loco, sí; eso habría deseado ella. Era una buena causa ajena á su voluntad para deshacerse de mi repulsiva presencia, de mi odiosa compañía y poder presentarse en todas partes tranquila, serena é inocente.

Yo creo que pensaba con tal fuerza en su amante, que se reprodujo la imagen en el muro. Usted comprende que yo no puedo haber visto visiones.

Y ¿qué importaba que no me fuese infiel materialmente?

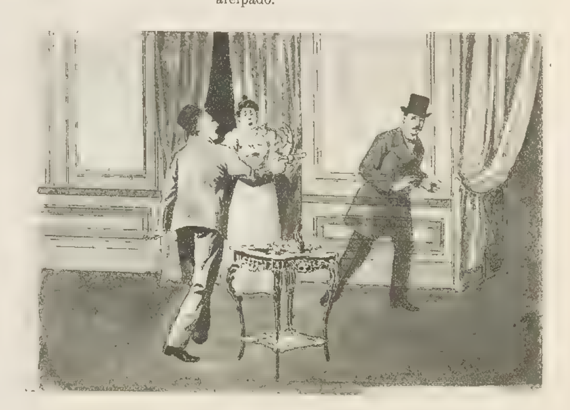
Bastaba su infidelidad de pensamiento para que yo la odiase, para que la odiase inmensamente.

Mi odio era gigantesco, era mi amor,—entiende usted? —era el amor que antes no había podido tenerle y que se manifestaba cuando la creía perdida, bajo la forma de odio. Un odio infinito, generador de insoportables, de incontenibles ansias de venganza.

Mi amor de Sátiro por ella, se convertía en el odio de Minotauro celoso de una de sus mujeres.

Traté de convencerme de que estaba en un error.

La estreché fuertemente, la oprimí contra mi pecho repleto de aborrecimiento para ella. La besé ruidosamente en la frente, en las mejillas, en los ojos, en la boca, en el cuello, su cuello blando y blanco, afelpado.



Cuando la retiré, busqué en el fondo de sus ojos la verdad, y subió á ellos una oleada de perfidia. Pasó por sus celestes pupilas un relámpago de maldad. En sus labios finos y rojos, en sus labios de sangre coagulada, en sus labios de nieve roja, se balanceó una sonrisa *clownesca*, burlona, irónica, befante, escarnecedora.

Gozaba con su triunfo y le causaba yo lástima y desprecio. Había logrado engañarme.

¡Oh, no! eso nunca.

Pude haber oprimido su cuello con mis manos atenaceantes, pero habría caído muy pronto inerte sobre la alfombra. No hubiera sufrido mucho, como yo lo deseaba.

Así lo reflexioné con una rapidez notable.

Y acariciando con cariño, con prematura gratitud, con deleite, el pomo de mi puñal *veneciano* -una cabeza dantesca—esperé impacientemente.

Llegó la noche envuelta en su manto muy negro, taimada, hipócrita...... y mala consejera. ¡Como si ella no tuviese parte en el crimen!

Quién sabe si la luz de la luna hubiese llegado hasta mi espíritu á disipar un tanto sus negruras.

Esperé yo tranquilamente—así, tranquilamente esperarán mis verdugos en la víspera de mi ejecución—á que el sueño se extendiera por su cuerpo pecador.

Debo en justicia hacerme un elogio por la destreza y violencia con que la até con fuertes ligaduras á su propia cama.

Presintió su destino y gimió y se retorció desesperadamente como un enfermo á quien se ministrara cloroformo.

Sus dolorosos y penetrantes gritos no entraron en mi alma.

¡Cómo me deleité con los temblores que imprimió á su cuerpo, el miedo! Le temblaban los brazos. las piernas, los labios, hasta las miradas y aquel miedo horrible, mortal ¡era yo quien se lo inspiraba!

Retardé un momento más el placer, para saborearlo mejor, y suavemente, delicadamente, hundí la hoja brillante y pura en la carne blanca......la sangre puso su nota roja.

Habíaselo en el muslo. No debía morir muy pronto y sin embargo murió; el miedo la asesinó. Fué una pequeña decepción para mí; después iba á saciar mi febril sed de venganza en carne muerta.

Una vez y otra y otra, hundí la hoja acerada.

¡Qué placer cuando sentía la resistencia de la carne maciza!

Cómo oprimían las carnes abiertas al puñal justiciero, y cómo besaban las heridas con sus labios muy rojos—¿podrían no serlo?—la hoja homicida.

Y cada vez que desgarraba la epidermis. cada vez que rompía los tejidos, abriendo nuevos manantiales de sangre tibia, muy tibia y muy roja, experimentaba placer infinito, inefable y enervante.

A cada puñalada sentía mayor desahogo; un peso enorme se desprendía de mi alma. El odio me salía ya satisfecho, en enormes cantidades. Transpiraba odio por todos los poros ¡Estaba yo sanando!

Mi brazo fué debilitándose; fueron más suaves los golpes, más pequeñas las heridas y no pude más.

Me encontraron desmayado, desmayado de placer, junto al cadáver.

Dicen que eran cuarenta y ocho heridas; es posible,—y me acusan de espantosa crueldad. Tienen razón: fué una imbécil crueldad, tanto herir un cuerpo muerto. ¡Si hubiera tenido vida hasta el último golpe!

Estoy vengado y ella está redimida. La hice impecable. La sacra putrefacción purifica su cuerpo del pecado y la salva de toda profanación humana, allá en el fondo de su tumba.

. . . .

. . . .

¿Ve usted? ya empieza de nuevo mi pesadilla.

Ya veo el velo blanco y los blancos azahares de la desposada. Ya siento el olor de incienso del templo.

. . . .

¡Oh! que me maten pronto. que me maten pronto.

FRANCISCO ZARATE RUIZ.

Una escena del Evangelio.

RELATO DE UN DISCIPULO.

Se levantaban al cielo las gallardas agujas de mármol blanco, entre arquerías colosales de mármol blanco, entre innúmeras estátuas de mármol blanco, entre prodigiosas quimeras de mármol blanco, entre aéreas balaustradas de mármol blanco; todo esto rematado, á más de cien metros de altura, por una gigantesca madona de oro!

***

Dentro, en las naves, profundas y sonoras, los órganos y los coros regaban su almíbar armoniosa entre las blanquecinas volutas del incienso...... La luz, atravesando los esplendentes vitrales de colores. quebraba sus iris en las baldosas de mármol blanco, en

las columnas de mármol blanco, en las esculturas de mármol blanco....

***

El Tesoro resplandecía, fulguraba... Las grandes cruces de oro y pedrería, las pesadas coronas de oro y pedrería, las severas casullas de oro y pedrería, los imperiosos báculos de oro y pedrería, los anchos cálices de oro y pedrería, ¡oh! todos los dones de Emperadores, Papas y Arzobispos—grandes de riqueza y remordimientos, de poder y de miedo.

***

....Pálido, el blondo Redentor de ojos judíos, salió del templo triste, angustiosamente triste.... Y léjos, allá en los rientes huertos de Galilea, se arrodilló sobre un pedazo de tierno césped, ante un pedazo de claro cielo. Y su voz gloriosa dijo esta oración: «Padre, Padre de Justicia! más altas y más puras que esas agujas de mármol blanco son mis aspiraciones al bien; más bellas que esas estatuas de mármol blanco son las estrofas de mi poesía; más raudalosas que esas notas de los órganos y de los coros, son las plegarias de mi alma resonante; de más limpias aguas, de más vivas luces que las pedrerías de ese Tesoro son las virtudes que constelan mi espíritu; mi frente es tersa, mis ojos soñadores, mis labios castos; oh Padre! Padre de Justicia! dame valor!»

***

....Y luego, en la soledad, estuvo tejiendo, con las cuerdas duras, vibrantes y trágicas de su indignación, un *Látigo!*

Milán.

JESUS URUETA.

SOMOS MORISCOS.

Una de las sorpresas mayores y acaso menos agradables que pudiera darse á un mexicano *pur sang*, sería la de revelarle que era andaluz y si de la sorpresa se le quisiera hacer pasar á la estupefacción, no habría más que afirmarle que no solo es andaluz sino morisco. Ante aserciones semejantes, el gomoso del Jockey Club que se cree inglés, el cursante de *base ball* que se reputa yankee; el boulevardero que se juzga francés y el asíduo del «Cambio de la Tambora» ó de «La Amistad de los amigos» que se declara mexicano neto, de una pasta y de una sangre especiales que no son ninguna de las conocidas y sí mejores que todas, pondrían el grito en el cielo, clamarían á toda la corte celestial y desenvainarían *trompeadores, revolvers* y cuchillos en defensa de su abolengo denigrado y de su genealogía calumniada.

Ya es fuerte cosa, en efecto. llevar en las venas la misma sangre del «Ecijano,» ó del «Boto» y descender en línea recta de Diego Corrientes, y aunque sea honroso ser nieto de la misma María Santísima, apena en extremo cuando se viste *jaquette* y se monta en bicicleta, tener hermanos de sangre que visten de corto y cabalgan en jaca, que ponen *un buen par al cuarteo* ó se *acuestan en la cuna* previa una *cita en corto*.

Andaluces nosotros que jugamos al *bacarat* y menospreciamos el *tute* ó la *brisca!* Andaluces nosotros que tocamos el piano y no la guitarra! Andaluces nosotros que preferimos la trufa al *ajo* y el Champagne al Manzanilla!

Nada en efecto más paradojal; pero nada en cambio más cierto ni demostrable. ¿Qué es en efecto un andaluz? En lo físico, es un ser bajito, encanijado, huesoso y amarillento y no podemos, pretender á la nívea blancura del inglés, á los dos metros y centímetros del ruso, á las morbideces y exhuberancias del holandés y á las proporciones armoniosas que inmortalizó la estatuaria griega. A mayor abundamiento nuestros ojos son negros y ocupan la mitad de la cara; nuestra mirada es ardiente y despide fuego; nuestros labios tienen una alarmante contracción irónica y nuestras cejas pobladas y obscuras parecen un suplemento de bigotes; todo esto es andaluz á más no poder y nuestras mujeres, con sus pesadas crenchas de ébano, sus caderas amplias, su andar onduloso y sus ojos chispeantes, no son más que sevillanas. En lo físico no podemos, pues, negar el abolengo.

En punto á virtudes y vicios, á usos y costumbres, á moralidad y á indumentaria, la analogía no sólo se mantiene sino que se corrobora. Los caracteres morales del andaluz son un sentimentalismo exajerado, un eterno columpio de pasiones encontradas, una imprevisión de niño, un histerismo de mujer; grandísimo desprendimiento, sentimientos hospitalarios, valor heroico, vanidad elevada á la quinta potencia, amor á la ostentación, fanfarronería: culto de la hipérbole, del ditirambo y de la mentira.

Esta enumeración es casi nuestro retrato. Como el andaluz, somos ponderativos é hiperbólicos; nuestro estilo ampuloso é hinchado va siempre, como el suyo, esmaltado de palabrotas, de juramentos y de obscenidades. Nuestras pasiones son tumultuosas y volcánicas: el amor es delirio frenético; el patriotismo, religión y culto; la amistad, abnegación y sacrificio.

No existen para nosotros sentimientos atenuados é intermedios; amamos ú odiamos; huimos ó desafiamos; lloramos ó carcajeamos. Nuestras opiniones son contundentes como martillazos, nuestra crítica cortante como cuchillada. Fulana es divina ú odiosa; Zutano es sublime ó ridículo; Mengano es un genio ó un imbécil. Llevamos en la mano un látigo, la sátira, y nos servimos de él sin descanso como sin piedad. Somos burlones, agresivos, punzantes; cada persona tiene su apodo; á cada individualidad se le cuelga su milagro; nadie está al abrigo de la maledicencia y de la crítica. Nuestra conversación gira siempre al rededor de una persona á quien se desuella viva y va salpicada de chistes, de anécdotas y de chascarrillos.

Nuestras costumbres son tanto ó más andaluzas que nuestros sentimientos y pasiones. Como en Andalucía, comemos ajo. cebolla y chile picante; roncamos calles, acechamos celosías y damos serenatas; somos celosos, pendencieros y mal hablados; gustamos de montar potros brutos; nuestros espectáculos favoritos son el género chico y las corridas de toros; la guitarra es un utensilio doméstico; tenemos santo patrono, le encendemos cirios y le colgamos milagros y retablos; somos tan asiduos al templo como á la verbena; hacemos San Lunes y dormimos siesta; cargamos navaja; regamos flores al paso de las mujeres y gustamos de *chulearlas* y galantearlas.

Nuestra indumentaria, la popular al menos, es calcada de la suya; el zarape y el jorongo son nuestra manta zamorana siempre estorbosa y siempre al hombro; vestimos de corto y nuestra chaqueta bordada, nuestras calzoneras con vistosa y ruidosa botonadura, nuestro jarano lentejuelado con voluminosa toquilla, remedan y reproducen los alamares, brandeburgos, bordados y *golpes* del traje andaluz. Hace poco aún, la china poblana calzaba bajo, vestía corto, ceñido y bordado, y se envolvía en el rebozo de seda como una manola en su mantón de Manila. Las randas y bordados de la camisa, los bolanes y encajes de la enagua, las voluminosas arracadas, los hilos incontables de la gargantilla, las sortijas brillando en todos los dedos; las flores, los clavillos y peinetas del tocado y el balanceo de las caderas y el salero y el donaire y la gracia, todo recordaba y todo reproducía la indumentaria ostentosa, graciosísima y pintoresca de la tierra de María Santísima.

Hasta en la articulación de la palabra somos andaluces. Pronunciamos idénticamente la z, la c y la s. Decimos *sapato* y no *zapato; gose* y no *goce;* mutilamos las palabras y nos tragamos sílabas y letras; no decimo *salado* sino *salao*, ni *comido* sino *comío;* usamos de un caló tan pintoresco como incorregible; todos son sentidos figurados, metáforas desmesuradas, hipérboles infinitas. Amenazamos con un *Voy á romperte el alma!* que rompe los tímpanos. Unos peladitos que empujaban un vehículo gritaban á los transeuntes: *ábranla de Temamatla!* en recuerdo del gran siniestro ferrocarrilero; arrepentirse ó desdecirse es: *Abrirse de alas ó rajarse;* humillarse es *sumirse;* en una fiesta animada ó una reunión tumultuosa *está la cosa que arde;* locuciones todas, giros y modismos que revelan nuestro temperamento ardiente y nuestra índole imaginativa y que corroboran nuestro parentesco inmediato y consanguíneo con los andaluces.

En nuestras costas del Golfo y en la Península yucateca el parecido pasa casi á la identidad y puede decirse de veracruzanos y yucatecos, y es cuanto hay que decir, que son más andaluces que nosotros y puede también que hasta más que los mismos andaluces.

Ahora bien; quien dice andaluces dice moriscos Son enteramente orientales, -la historia de las con-

quistas musulmanas lo explica—ese natural fogoso, pasional, ponderativo y mentiroso; ese culto ferviento á la mujer; la serenata, la celosía, los alamares del traje, la toquilla del sombrero que no es más que una degeneración del turbante, las chapetas que son la evolución de la media luna, la manta zamorana, que no es más que el albornoz; los ejercicios ecuestres, las corridas de toros; el cuchillo al cinto; el estilo colorido y figurado; la ponderación y la hipérbole y hasta la multiplicidad de los nombres y apellidos, tan usual entre portugueses. Y todo ese tesoro de ideas, pasiones, costumbres, indumentaria, lo heredamos de los moriscos nuestros abuelos á través de nuestros padres los andaluces.

Si en vez de inscribir en nuestras tarjetas de visita, Ramón González ó Paco Rodríguez, pusiéramos Ahmed ben Fernández ó Abdul ed Martínez no habríamos renegado de nuestra ascendencia, ni derogado nuestro árbol geneológico, ni vendido nuestra progenitura por un plato de lentejas.

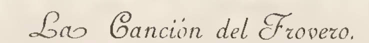
Lo siento por los jugadores de Polo que quisieran descender de Guillermo el Conquistador ó por los que *piden á cinco* en el Baccará y á quienes desconsolará no ver figurar en su ascendencia siquiera un Valois ó un Borbon; pero la etnología y la linguística obligan, como la nobleza, y hay que resignarse á descender modestamente de Boabdil ó de Omar y sentir circular por las venas sangre del Profeta. Al fin que todos somos unos y que descendemos en último análisis de Adan ó en último caso de Noe, de sus hijos y de las mujeres de sus hijos.

Dr. M. Flores

VORREI MORIRE.

Yo quisiera morir en pleno día
Mirando al sol llegar hasta mi lecho
Como un amigo alegre y satisfecho
Que viene á visitarme todavía.
Yo quisiera morir y en mi agonía,
Estrechar afanosa contra el pecho
A la mujer que conquistó el derecho
De hacerme suyo por llamarse mía.
Yo quisiera morirme dulcemente
Como mueren los pálidos ancianos
De faz inmaculada y sonriente,
Sintiendo como céfiros livianos,
Acariciar mis ojos y mi frente
Osculos tiernos y piadosas manos.

B. Byrne.



Mis castillos he trocado por los lauros del Trovero,
Por la lira mis esmaltes y mis nobles orflamas,
Y en los blancos plenilunios, cual vidal aventurero,
He cantado los amores: soy el bardo de las damas.

Y el enojo de las damas he sufrido como Arnaldo,
Cual Rudel he sorprendido las bellezas más adustas,
Y pregona mi linaje la trompeta del heraldo
En las iras del torneo y en las glorias de las justas.

El sentido he descifrado de los viejos armoriales,
Y conozco la inocencia por la plata de las frentes,
La virtud, por las doradas cabelleras señoriales,
Y el candor, por el armiño de los hombros transparentes.

Los sinoples agresivos de los ojos me han herido,
El azur de las ojeras me ha confiado sus secretos,
Y á los ojos verdiobscuros mis rondeles he ofrecido,
Y al azur de las ojeras he cantado mis sonetos.

En los gules de los labios abrevé mis ilusiones,
En los lises de los senos he guardado mis quimeras,
Y he rondado las ventanas adornadas de blasones,
Sorprendiendo rostros blancos al través de las vidrieras.

En el mote de mi empresa preconizo mi bravura
Y en el puño de mi estoque mi blasón es un tesoro:
Un escudo, y como emblema de esperanza y de amargura,
En su campo que es de sable reluciendo un fénix de oro.

Efren Rebolledo.

VERSOS ROMANTICOS.

A Ninón.

Huyó la Primavera hermosa y deslumbrante,
Las flores, ya marchitas, se lleva el viento errante
Que zumba entre los hierros obscuros del balcón.
Reposa en el espíritu el sueño entumecido,
El triste pensamiento de luto está vestido
Y de profundo duelo se empapa el corazón.
Con voces que sollozan se queja la arboleda,
suspiran los ramajes y la hoja mustia rueda. . .
La luz se apaga débil.... la sombra reina ya....
Oh, pálido crepúsculo, oh, clámide nocturna,
Qué sola queda el alma, el alma taciturna,
Cuando la tarde muere, cuando la luz se va!
Pero aunque de la aurora se apaguen los reflejos,
Aun cuando la ventura se pierda allá.... muy lejos!
Vuelve radiante el alba en blanco despertar;
De cándidos botones se cubren los rosales,
Resurgen en la vida los santos ideales,
Y el alma—siempre joven—torna de nuevo á amar.
Como radiosa lámpara que no extinguió su flama,
En las tinieblas lóbregas del pecho que te ama
De tu inmortal imagen se aviva el resplandor,
Y entre las brumas pálidas de mi pasado incierto
Fulgura tu memoria....Mentira!....no está muerto
El sol de tu recuerdo, el astro de mi amor.
Sobre mi pena agitas tus alas de paloma.
Derramas en mi senda tu embriagador aroma,
Me envuelves en los rayos de tu mirar de luz,
Y con tus manos castas, piadosas y divinas
Arrancas de mi frente las trágicas espinas
Y rompes de mis duelos el fúnebre capuz.
Eres el ángel blanco de mis ensueños de oro,
En tu palabra canta como un alegre coro
De alondras, que su vuelo levantan al zafir;
Y en perfumadas ondas tu rubia cabellera
Cayendo en rizos blondos, es la triunfal bandera
Que sigo, enamorado, con rumbo al porvenir.
Amemos!....La esperanza risueña nos convida
Amemos! Es la estrofa suprema de la vida.
Amor, cantan los cielos! amor, murmura el mar;
Y las vetustas selvas y el lago adormecido,
Las rosas en el tallo, las aves en el nido,
La sangre en las arterias....todo nos dice: amar!
Después, cuando muy fría descienda la nevada,
Cuando al oír las notas de la invernal balada
La juventud esquiva nos dé el postrer adiós,
Con los perfumes últimos de la pasada gloria
Que en su ánfora conserve dormidos la memoria,
Felices aún seremos amándonos los dos.
No importa que la lluvia azote la ventana!
No importa que la tarde—como oriental sultana—
Desgarre de sus chales el transparente tul!
Pasada la tormenta, la flor abre su broche,
Y las estrellas pálidas esmaltan en la noche
—Como azucenas de oro—el infinito azul.
Que cante el viento errante sus himnos lastimeros
Que entre las negras nubes fulguren los luceros,
Cual diamantinos clavos en funeral tisú!
Allá quedan las luchas....la tempestad sombría!
Conmigo, tu hermosura de blanca epifanía!
Allá el olvido....el duelo....pero en mi alma....tú.

F. M. de Olaguibel.

4 de Abril de 1899.

SONETO VERDE.

De «Canciones Surianas.»

Es todo verde: el Iris que en pos del aguacero
de cumbre á cumbre tiéndese como un arco triunfal,
al cielo trueca en lámina de pavonado acero,
al derramar su glauco, lumíneo y espectral.
Qué verde el abanico del alto cocotero!
qué verde la onda trémula que afluye al bejucal!
qué verde el guacamayo que aturde por parlero!
qué verde el romerillo que cubre mi jacal!
La gama de los verdes el bosque ha empenumbrado.
El Sol—vívida flama de gran ponchera—h[illegible]ado
todo, un misterioso y eclógico verdor ...
Tú sólo niña rubia, perdida en el bosca
eres la nota de oro del vesperal paisaje,
nota que inspira al Títiro alado...al ruiseñor

Juan B. Delgado.

MARGARITA GAUTHIER.

Oh virgen profanada! te arroja la miseria
al lecho donde todo lo impuro te devora,
y con el beso rojo de la brutal materia,
escupe sangre y ríe tu boca encantadora.
¿Qué sombras, hay, á veces, en tu mirada seria?
¿Presientes que se acerca la muerte redentora,
que gimes en los brazos convulsos de la Histeria
y bajo el raso tiembla tu carne pecadora?
El amor es escala; por ella asciendes, cuando
tu vida purifican con bálsamos lustrales
los hondos infortunios, y en sus tremendas crísis
Se apagan tus pupilas que ya no ven á Armando...
abandonados yacen los opulentos briales....
¡deshoja tus camelias el frío de la Tísis!......

Rafael Lopez.

Guanajuato.

Páginas de la Moda

Imaginación y sentimiento en la mujer.

Cuántos, con mayor ó menor motivo, se jactan de conocer á la mujer, aseguran que los dos enemigos capitales de nuestro sexo son la imaginación y el sentimiento. En rigor, no andan del todo equivocados al afirmar así; pues, en efecto, imaginación y sentimiento mal dirigidos, son orígen en infinitas ocasiones de la desgracia de las mujeres. Sin embargo, dando á una y otra calidad la dirección debida, podemos asegurar que constituyen el más poderoso encanto femenino.

La imaginación vivaz, penetrante, sutilísima de la mujer; convierte á su individualidad en algo profundamente atractivo, en algo sujeto á sorprendentes cambios, que tienen el dulce privilegio de deslumbrar y seducir.

La monotonía aburre, cualquiera que sea la faz que revista; importa, en cambio, la variedad, lo inesperado, lo bueno, para que la vida tenga atractivos.

El día sufre infinitas transformaciones en medio de su luz, las flores, entregadas á las caricias del viento, si no cambian en absoluto de color, truecan sus matices en pálidos ó encendidos; la palabra humana, para ser arrebatadora, incontrastable, por necesidad ha de hacer gala de variedad de inflecciones.

Con doble motivo la imaginación, que es maravilloso espejo donde las impresiones se retratan, ha de evidenciar ese cambio infinito y peregrino de ideas y conceptos. Dotada la mujer de más impresionabilidad, como quiera llamársela, que el hombre necesariamente ha de tener en constante ejercio la imaginación, y de ésta los destellos son más vivos cuanto más ejercita sus maravillosas disposiciones la que no sin razón se llama la loca de la casa.

Con todo, las fogosidades, hijas de la impresionabilidad, deben tener sus límites: una imaginación desbordada es un gran peligro que conviene evitar, y en efecto, se evita, cuidando del dominio de uno mismo, pidiendo á la vida sus amargas enseñanzas y á la inteligencia la lógica precisa para razonar.

Una mujer que haya recibido educación prudente y sana, que tenga costumbre de encauzar por las sendas debidas su talento y conocimientos, no evidenciará nunca una imaginación desbordada y loca, porque aun en caso de funesto extravío, sabrá imponerla pronto el debido freno.

Cierto que la imaginación, con sus espejismos maravillosos, hermosea muchas de las cosas que nos salen al encuentro en la vida; pero de hermosearlas á desviarlas de su cauce natural, media gran trecho. Es una de las misiones del talento evitar que la imaginación imprima equivocado derrotero á la vida.

Se puede tener una imaginación brillante y ser sensato; se puede deslumbrar con su vívido centelleo sin ofuscar ni ofuscarse. Dios nos ha dado la inteligencia para que sea el regulador de nuestras facultades todas; dirijámosla bien, y los peligros habrán desaparecido, principalmente aquellos en que abunda la imaginación femenina.

Y al sentimiento, esa hermosa joya que embellece el corazón de la mujer—preguntarán nuestras amables lectoras,—¿qué lugar se le reserva en este artículo? El último, que, en suma, es el más interesante, el principalísimo.

Es algo tan expontáneo el sentimiento, tan sublimemente bello, que en vano trataríamos de reducirles á reglas fijas. Como no se mide la extensión de los afectos, tampoco se puede medir el terreno que ocupa el sentimiento; pero es indudable que informa la poderosa vida del alma en la mujer, y que en esta criatura, sensible por naturaleza, y cariñosa, el sentimiento se encarga en gran parte de la direcciún de su vida.

FIG. 1.—MANGAS Y CUERPO ULTIMA NOVEDAD.

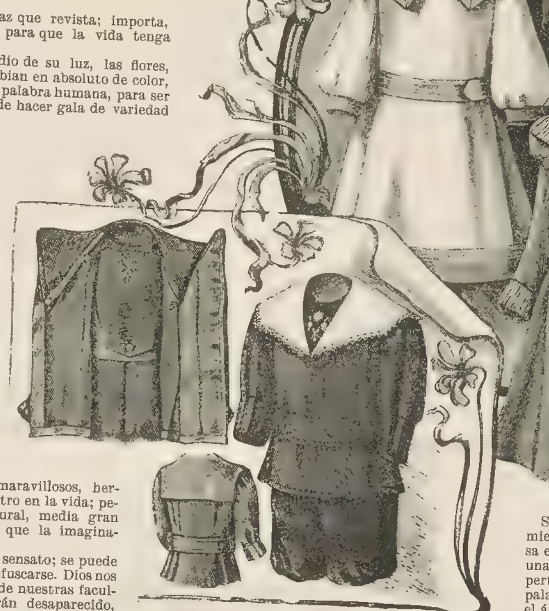


FIG. 2.—GRUPO DE FROCKS PARA NIÑOS Y TRAJECITO MARINERO.

Si la mujer careciera de sentimiento, sería, en suma, una hermosa estatua; no vibraría al choque de una emoción, y por lo tanto, no despertería pasiones; no podría, en una palabra, embellecer las horas y ser el árbitro de los destinos humanos.

Sin el sentimiento, que se ampara de la mujer, carecería el amor de alas, y en vano las almas, en su peregrinación por la tierra, buscarían el dulce calor que las vivifica y ennoblece. No; no diremos nunca á las mujeres que dejen de sentir, ó que coarten sus sentimientos: sería lo mismo que pedir á Dios suprimiera el sol sin suprimir el día, igual que impedir á la flor derramar aromas teniendo abierta su corola. La mujer ha nacido para sentir, como ha nacido para amar; pero de la misma manera que ha de procurar amar lo que es noble y bello, al tratarse del sentimiento importa que no le prodigue en terreno poco agradecido. El secreto de la dureza de alma en algunas mujeres consiste, no en que no tuvieran antes sentimiento, sino en que lo derramaron generosas, sin medida, en corazones ingratos. Del mismo modo que el hábil jardinero busca el terreno apropiado para colocar la semilla, á fin de que fructifique, de idéntica manera la mujer ha de derramar los tesoros íntimos de su alma y las dulzuras inefables de su ternura en séres que sepan comprenderla y estimarla.—JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

NUESTROS GRABADOS

FIG. 1.—MANGAS Y CUERPO ULTIMA NOVEDAD.

El cuerpo es de tul punteado con gran aplicación de punto de alençon en picos, encuadrando el escote. Las mangas, la una de satín con alamares de seda bordada, y la otra de tul plissé con anillos de ahuevados.

FIG. 2.—GRUPO DE FROCKS PARA NIÑOS Y TRAJECITO MARINERO.

Damos un grupito de tres frocks para niños y un trajecito marinero, todos de última novedad y de gran fantasía. Los tres primeros son, el blanco de lanaje fino; el gris, de sarga clara, y el azul obscuro de la misma. El trajecito de marinero es de cheviotte.

EL MUNDO.

Año VI -Tomo I México, Domingo 16 de Abril de 1899. Número 16

El Sr. Lic. Don Manuel Azpiroz,

EMBAJADOR DE MEXICO EN WASHINGTON.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

El viaje del señor Presidente de la República que, sin carácter oficial, acaba de recorrer en estos momentos, comarcas no surcadas todavía por los nervios de acero de los ferrocarriles, es un síntoma de alta significación social que no puede pasar inadvertido por los observadores, y que demuestra muy á las claras, la benéfica influencia que ejerce en un pueblo inquieto como el nuestro, un puñado de años de paz. El tipo del revolucionario ha desaparecido de entre nosotros. El General Diaz, caminando por vericuetos, trepando por montañas, internándose en la espesura de los bosques, viviendo hoy la vida gloriosa y errática de antaño, cuando la Patria le exigió, no como un castigo sino como un deber, el sacrificio de Ashaverus, es una patente prueba de que, por fin, nos encaminamos, decididamente, á la realización de ese supremo ideal que Comte resumió en su maravilloso lema: Amor, Orden y Progreso.

***

La más bella pareja que el padre Noé conservó en su arca,—un hombre y una mujer,—cansada de la existencia ó hastiada del placer, acaba de recurrir á la medicina, única que este siglo de la desesperanza y del suicidio, ofrece á las almas enfermas; se ha quitado la vida del modo más natural, *como viene la noche cuando se va el día.*

Pocos detalles, pocas palabras de despedida, poco escándalo: todo en silencio, fácil y dócilmente, escondiéndose á la escéptica y malévola curiosidad.

Yo compadezco y disculpo á estos espíritus atormentados por la obsesión contagiosa de huír de sí mismos con el pánico de los malhechores que se ven perseguidos por los gendarmes. El dolor los fatiga, los acobarda, los acongoja, espía sus movimientos, como Javert á Valjean, medita la manera de apoderarse de ellos en cualquier rincón de la vida.

En el fondo no son tan desdichados estos despreciadores del mundo.

Allá va el peregrino, rumbo á lo alto, por entre las agrias serranías, sin báculos de viaje en las manos, ni jubón de pieles en el torso, ni escudos en la escarcela. ¡Qué importa! El cree en las hadas buenas y se encomienda de todo corazón á Nuestra Señora la Suerte. No halló—era natural!—entre la intrincada y húmeda soledad de los pinares, la Titania con que soñaba; ni como el príncipe de los cuentos, miró alzarse en el lejano claro de la selva el vestíbulo de mármol; ni, como el monje de la leyenda, oyó cantar el ave del paraiso bajo las frescas galerías del ramaje. Y, tal vez arrepentido, hala, hala, caminó en tanto que la noche, traidora como siempre, llenaba hasta los bordes el precipicio con negruras pérfidas. En él cayó el iluso caminante; pero su último grito de desesperación y angustia, rodó de tumbo en tumbo como un alud de nieve hasta la remota comarca y logró conmover á los indiferentes moradores. El cadáver fué quizá pasto de lobos, mas durante algunas horas la memoria del atrevido mancebo encendió las imaginaciones ardientes, y humedeció las pupilas piadosas.

Esta manera de encontrar la muerte, de salirle al encuentro mejor dicho, al correr, como el héroe de una opereta en busca de felicidad, es sugerente. La caída, en medio de la lucha, entre nubes de polvo y borrascas de fragores, es cantada casi siempre, por la conmovedora narración de un testigo. Dejar así la vida es despreciarla. La engañadora amante no huyó; comprendemos sus falsedades y cuando más nos prometía la dicha, la abandonamos sin adioses y sin lágrimas.

Al huir de ella tuvimos un rápido momento de placer: ya nunca, nunca, volveríamos á los brazos de la infame querida.

¿No os acordáis de aquel wals callejero, *Sobre las olas*, que tocaban los organillos en las encrucijadas de los barrios y era la serenata preferida de las mandolinas enamoradas?

Pues así, sobre las olas, va el desdeñador de la vida. No se arrojó del alto mástil en la desesperación suprema del naufragio; no hendió las coléricas hondas, con crispamientos de agonía, asido al leño roto. El mar estaba sereno, brillante y verde, como los ojos de una hermosa. El soñador contemplaba las radiosas lejanías, desde la orilla de la playa; sintió deseo de llegar allá donde lo llamaba la aureolada vela latina, como el pañuelo de una mujer. Y, á nado, quiso alcanzar la barca que venia empavesada para la fiesta eterna de la juventud y de la Gloria. Y el nuevo Leandro no tuvo fuerzas para llegar hasta donde lo esperaba, con los brazos abiertos, la Hero desconocida. Las olas lo acariciaron tanto que agotaron sus alientos. Los tripulantes que supieron el dramático trance, aplaudieron el heroismo. Muerto ya, obtuvo lo que la vida no le cumplió, á pesar de sus juramentos. Fué como el Cid: un vencedor de ultratumba.

¡Qué diversos y cómo contrastan con esta inquieta existencia, que se agota en un instante, los que se extinguen, á lentos parpadeos, en la obscuridad y el olvido, como una lámpara en el sombrío rincón del claustro!

De vida á vida, ó más bien, de muerte á muerte prefiero las heridas por el rayo de la desesperación.

—¿Qué muerte deseas? —preguntaron á César en cierta ocasión los amigos infieles.

Y el gran hombre respondió de improviso:

—La inesperada.

Al llegar el cansancio de la existencia, sentarse á la vera del camino á esperar la muerte.... ¡Qué cosa tan abrumadora y tan triste!

***

Tienen razón los que aseguran que el público de teatros es uno de los más inofensivos é inocentes.—Ya lo creo.—El público de los toros es agitado, revoltoso, desenfrenado; asiste al espectáculo para poner en tensión sus nervios rebeldes, va á presenciar una lucha sangrienta; quiere enardecer sus sentimientos con las impresiones bruscas en las mortales aventuras de la arena. El público del *sport* es bonachón, pero malicioso y sobre todo jugador; en las carreras convierte los llanos en un tapete verde. La apuesta es como un latigazo: despierta la ambición, sacude las carnes, hace olvidar el Universo: una ola roja sube á los ojos y anega el espacio; del fondo de púrpura de este mar irritado surge, como un sol en Oriente, el disco amarillo de una moneda de oro. No es la belleza de un caballo ni el traje franjeado del *jockey* lo que excita y conmueve, es el premio, es el tanto, es la puñada de monedas que ponemos en manos del azar para que nos haga el milagro de centuplicarla.

La carrera es como un albur vivo, en el que se mueven, pasan corriendo y llegan á un punto lejano el caballo de copas ó el de espadas; es un juego de naipes humanos. Los partidos de pelota en el *Frontón* no son por cierto, los juegos olímpicos de Atenas; no se premia á los vencedores con los laureles de Tempé, ni se recita al fin de cada quiniela una oda á Píndaro. Corren los *momios*, suben los valores, se hacen combinaciones bancarias, se dan golpes de audacia: un partido de pelota es un juego de bolsa, un combate de capitales.

Un espectáculo teatral es, comparado con los otros, una diversión inocente.

Ahora los tandófilos andan divertidísimos con la competencia. *El género chico* ha entrado en batalla caballeresca. Bien es cierto que el *género chico* se ha elevado, se ha ennoblecido, como dice Amado Nervo. Tiene ya rasgos exquisitos, gracejo espontáneo, soltura, gallardía, y sus cuadros están tomados *d'apres nature*, plenos de luz y movimiento y hasta con sus granos de reflexión y filosofía, espolvoreados aquí y allá, entre chiste y chiste, para no obligar á fruncir el ceño á las alegres máscaras. Sus personajes, copiados con cuatro líneas, á trazos gruesos—siluetas á lápiz—son indicio de un fino espíritu de observación. La llaneza popular está depurada hasta donde el arte lo permite y tras el lenguaje burdo - un *caló* expresivo y rico—se adivinan las suaves inflexiones del alto idioma. Hay, es preciso—porque así lo exige el género—sus equívocos y licencias, pero llevan una tan coqueta envoltura de gracia, pasan tan disimulados y airosos que sólo los oídos malévolos pueden percibirlos, como sólo los libertinos descubren, á primera vista, á las perdidas que se disfrazan de señoras.

Como los sainetes líricos que hoy se estilan no tienen argumento desarrollado, mas á pesar de eso tienen intención, y casi, casi, tesis, una tesis que es una *pero-grullada* por supuesto, que no se han de ir á buscar en las zarzuelas en un acto, los misterios y problemas de Hamlet.

El nuevo *género chico* se diferencia del viejo, en la delicadeza de su expresión tanto más notable, cuanto que como dije, imita deliciosamente la enrevesada jerga popular; pero así y todo, no llega á lo soez ni despierta esas carcajadas villanas que, son en muchos casos, como el himno triunfal de la grosería. Por el contrario, sus vulgares proverbios, sus picarescas imágenes, sus velados equívocos, provocan la risa amable, la ligera, la aristofanesca, la que se confunde con la sonrisa, porque apenas entreabre los labios, la que suena dulcemente como si fuese la marcha real de la Alegría. Comienza en este género á explotarse, la ternura y la delicadeza.

Gracias á Dios! Ya merecíamos esta recompensa.

Don Lorenzo Perosi,
Autor del Oratorio «La Resurrección de Lázaro.»

LA RESURRECCION DE LAZARO

DE D. LORENZO PEROSI.

La decadencia de la música sagrada ha llegado á ser tan completa como general en los últimos años. Sea que los progresos del escepticismo hayan entibiado el calor y atenuado la presión del sentimiento religioso, sea, y es lo más probable, que el movimiento musical se haga hoy de toda preferencia en el sentido dramático, es el caso que había quedado muy atrás la lírica sagrada y muy lejos su expléndida edad de oro.

La música puramente sinfónica y la de cámara han sufrido la misma suerte y la lírica como la literatura modernas han creído encontrar su objeto predilecto y su fórmula preferente en la descripción de las pasiones y de las luchas que constituyen la vida humana; de la capilla y del salón, la música emigró al teatro y luego, como de rechazo, refluyó del teatro al salón y á la capilla.

En los conciertos domésticos se cantan aún con gusto fragmentos de ópera y hasta de zarzuela y las bóvedas magestuosas de los templos, llamadas á repercutir el severo canto litúrgico, han vibrado á menudo, ¡oh desacato! á los acordes teatrales del Miserere del Trovador y hasta ¡oh blasfemia! á los del Brindis de Lucrecia. De esta decadencia se pasó en Mexico á la abyección cuando en las misas de aguinaldo una orquesta típica, compuesta de bandolones y bajos, *rasgueaba* las mazurkas de Alejo Infante y los más bulliciosos danzones cubanos.

Si la abyección local de la música sagrada encontró en nosotros enérgicos protestatarios y llegó el clero á fijar su atención en ella y trató de corregir el mal; la decadencia general no encontró sino contados opositores y contados reformadores; el público europeo que acudía en masa á los teatros no extrañó el vacío de los coros catedrales; Europa toda que clamaba por la resurrección de Wagner y de Meyerbeer y que se lamentaba de no encontrarles substituto, no ha aspirado con igual entusiasmo á un nuevo Palestrina, á otro Haendel ni á un segundo Pergoleso, y parecía decretada y todo hacía temer una decadencia definitiva é irremediable de la música sagrada.

En los últimos tiempos Gounod había escrito la Gallia; Massenet, María Magdalena; Verdi, la incomparable misa de Requiem, acaso sin suficiente convicción y el público las había escuchado y admirado, pero, como suele decirse, sin ejemplar, y más ruido habían producido y mayor sensación causado, obras teatrales de mérito incontestablemente inferior.

En medio de esta tibieza y de esta apatía de autores y público, he aquí que de súbito, un joven abate emprende de nuevo un ferviente apostolado en favor de la música sagrada, levanta bandera frente á bandera ante el drama lírico y aspira no sólo á resucitar al Lázaro ya sepultado, sino también á transformarlo, á transfigurarlo y á infundirle una vitalidad nueva y más intensa y persistente que la que había ya disfrutado. En una serie de doce Oratorios, de los cuales han sido ya escritos y ejecutados cuatro, Perosi se propone desenvolver á lo que parece su concepción y sus ideales líricos religiosos y crear un nuevo modelo, digámoslo así, y señalar un nuevo norte á esta noble, magestuosa y descuidada rama de la lírica.

En su calidad de reformador y de propagandista parecería que le estaban reservados los abrojos del

camino, las escabrosidades de la ruta, los obstáculos de la senda y los sinsabores y amarguras de un viaje de exploración aventurado y azaroso; lejos de eso, triunfos, gloria, fanatismo y entusiasmos lo han acogido y regado de flores y sembrado de palmas el sendero y no bien ha dado los primeros pasos cuando ya parece haber llegado á la meta.

Salvo la crítica francesa que se ha manifestado severa y hasta un poco envidiosa de las flamantes glorías del abate, por todas partes el público le ha acojido con entusiasmo y aclamado con frenesí y la crítica italiana lo ha ungido gran maestro. Tratemos, aunque con timidez, puesto que sólo conocemos uno de sus oratorios, de formar juicio de la tentativa en sí misma, de las dotes que para realizarla posée el autor y del valor exacto de la parte ya realizada de su magna empresa.

Así como todas las literaturas primitivas son mitológicas, todos los cantos primitivos son hieráticos. La música ha sido siempre la más fiel aliada de la religión, su más ferviente propagandista, su leal servidora. La lira, el psalterio, el órgano, han transfundido más religión que el púlpito, la misión y la conquista. El sentimiento religioso encuentra su perfecta expresión artística en la música y en la arquitectura; la catedral y el motete son su estética y la índole religiosa de los pueblos se traduce, mejor que en los libros y en los cuadros, en la estructura de las basílicas y en la tonalidad y el ritmo de los cantos litúrgicos.

Y es que el sentimiento religioso no arranca de los sentidos, como el plástico; ni elabora conceptos como la literatura sino que se arraiga vago, indefinido é indefinible, en el fondo del corazón. La religión no es fruto de la observación, ni es dogma ni razonamiento; es esperanza, es temor, es melancolía, es aspiración, es sentimiento puro sin realidad exterior que lo evoque ni razonamiento interno que lo justifique.

Las formas estéticas más adecuadas á interpretarlo y á fomentarlo, serán aquellas que exciten menos el trabajo intelectua. y hagan vibrar más hondamente el sentimiento, y á este respecto la música es el arte de las artes. Por lo mismo que no obliga á pensar, que deja cauce abierto á las corrientes sentimentales, que no les pone diques ni trabas, la música se adapta perfectamente á las exigencias del sentimiento místico, las traduce, las interpreta, las despierta cuando adormecidas y las alhaga cuando despiertas.

La tentativa de Perosi considerada en su objeto es pues legítima; el sentimiento religioso es un filón inagotable de inspiración lírica y molde vastísimo en que pueden vaciarse grandes concepciones.

¿De qué medios piensa valerse Perosi, qué recursos se propone emplear para galvanizar el cadáver y resucitar y transformar la música religiosa? Pues á juzgar por *La Resurrección de Lázaro* y por la opinión que emitió la crítica respecto de sus demás obras el abate sueña con una fusión armónica y grandiosa del arte profano y del arte tradicional sagrado. En punto á lírica sagrada, romper con la tradición á tanto equivale como á acabar con ella, como á quitarle su carácter propio, la amplitud, la simplicidad, la severidad de que supo revestirla el canto gregoriano y que hoy es, por hábito y asociación de ideas, el rasgo distintivo que permite caracterizarla y distinguirla de todas las demás. En *La Resurrección de Lázaro* hemos podido observar que la conservación del tipo tradicional da gran carácter, sublime austeridad y completa unidad á la composición.

Combinar con el tipo tradicional las tendencias más elevadadas y los poderosos recursos del arte moderno, no es tentativa personal de Perosi; Gounod es dramático en la Gallia; Massenet, sinfonista en María Magdalena; Verdi, vagneriano en el *Requiem;* Mendelsohn trataba el Oratorio á la manera de Beethoven y Haydn del mismo hacía gorjear á sus personajes bíblicos. La novedad de la tentativa está, no en la mezcla sino en la fusión, en la combinación íntima de los sistemas sinfónico, dramático y litúrgico en un todo nuevo y único en el que no descuelle ni predomine ninguno ni absorba uno de ellos á los demás.

La Resurrección de Lázaro, y en concepto de la crítica los demás Oratorios de Perosi, realizan á más no poder este ideal, y la apetecida fusión de todos los sistemas y la hábil y adecuada combinación de todos los recursos, es uno de los grandes méritos y uno de los grandes éxitos del joven abate.

Dentro de esa concepción la parte vocal de la música sagrada no debe estar distribuida en arias, duos, tercetos y concertantes; proceder así sería caer de lleno en la música dramática y correr el riesgo de encanallarse en la lírica de la ópera bufa italiana.

El canto, en Perosi, es un recitado, un diálogo en el que los personajes solistas cantan alternativamente, sin combinar sus voces y sin más enlace entre sus respectivos recitados que el que impone la unidad general de la composición. Este modo de proceder causa extrañeza; el público, al ver anunciados cuatro personajes, se esperaba como en el Stabat de Rossini el aria de Jesús Nazareno, el duo de las Santas Mujeres, el concertante de la Resurrección ó cosa así. Nada de eso hay en *La Resurrección de Lázaro*. Como Perosi no escribe para un público, en el sentido teatral de la palabra, sino para una agrupación de corazones místicos, no recorta su música en fragmentos, ni la sirve en cucharadas como un medicamento, ni en platillos como un banquete; no se preocupa de interrumpirse, de dejar un hueco donde quepa el aplauso. Cada una de las dos partes de que consta su oratorio, corre tranquila ó impetuosa, murmuradora ó tonante; pero continua y no interrumpida como un arroyo.

Habla un personaje y la orquesta subraya, comenta y explaya su idea; después toma otro la palabra y la orquesta lo sigue y lo continúa y lo completa; María no tiene más que una frase, otra y corta el mensajero. Pero en ese recitado ¡cuántas maravillas de expresión, cuánto desbordamiento de pasión, qué prodigalidad de sentimientos delicados y exquisitos!

La parte vocal de *La Resurrección de Lázaro* está tratada en formas altamente dramáticas para los *solos* y profundamente litúrgicas para los coros. Ha sido esta última la parte mejor comprendida y más profundamente sentida.

El elemento sinfónico, la parte de orquesta, es por mil títulos notable; en ella el abate se revela armonista delicioso, hábil contrapuntista é instrumentador de primer órden. El tratamiento y desarrollo de los temas fugados, por los que manifiesta una predilección acentuada, recuerda á los grandes maestros y á los más concienzudos profesores. Gusta, igualmente, mucho de la combinación de las ritmos que enlaza, entremezcla y entrechoca con desparpajo y maestría, creando así á la ejecución dificultades enormes. Usa y hasta abusa del contrapunto, combina á veces tres y cuatro temas simultáneos; armoniza con amplitud y sabe como los mejores preparar y resolver un acorde; no desdeña la inarmonía, de la que saca gran partido y suele emplear las más extrañas disonancias y hasta verdaderas cacofonías, si bien escogiéndolas su tiempo y su lugar; conoce los recursos orquestales; tiene el buen gusto de preferir la cuerda y principalmente el violencello al que arranca dulcísimos gemidos y las maderas á las que pide mucho y de las que alcanza cuanto quiere. Es sobrio del fortísimo á que recurre varias veces y de los bronces á quienes fatiga poco.

Con semejantes dotes se puede ir lejos; agréguese á ellas una originalidad completa y en la cual nada hay de artificial, ni de forzado, ni de extravagante y se tendrá idea de los grandes recursos personales que Perosi pone al servicio de su idea. Los fragmentos más notables del Oratorio que oímos, son los que constituyen la segunda parte, todos los coros, el fragmento llamado las lágrimas de Cristo, y el grandioso final, de una potencia inmensa.

Hay sin embargo algo que criticar en la obra. Desde luego y en fuerza de complicación, la música suele resaltar brumosa, esfumada, falta en ocasiones de diafanidad. Mucho contrapunto, mucha complicación rítmica sobre el *piano* ó el *pianissimo*, suelen conducir á un simple murmullo, vago é indeterminado, muy adecuado al tratamiento de ciertos pasajes; pero del que no hay que servirse sino en ocasiones dadas.

Otro defecto, éste de concepción y no de tratamiento, es la forma estridente y casi cacofónica del final, que es magnífico, sin duda; pero que no responde á la situación. Lázaro acaba de resucitar; ante semejante prodigio cabe el asombro casi mudo del pueblo y después el himno de gratitud, de admiración y de amor. En vez de eso que la situación exigía, del éxtasis popular, del himno angélico, del canto de triunfo, Perosi, en el final, describe un cataclismo, con una estridencia y una cacofonía de bronces, con sacudimientos de terremoto en las cuerdas graves y en los parches, con aclamaciones admirables, pero bélicas de los coros, que más parece que acaba de morir Cristo que de resucitar Lázaro. Este final es, lo repito, irresistible; arrebata y hace delirar al público, porque es inspirado, espontáneo, magnífico y espléndido; es uno de esos gritos del alma que se creen intraducibles y que sólo el genio llega á reproducir; pero en suma no es la forma expresiva de la situación y estaría más en su lugar en el Gólgota.

En suma, el abate Perosi es un hombre superior, sus obras durarán y no debe desconfiarse de que su talento aún juvenil y ya poderoso, le permita realizar su magna empresa.

A. M. Flores

Estampas viejas.

DAVID.

II

CONDOTTIERE Y REY

Muy capaces serían de excomulgarme los ignorantes para quienes pasan inadvertidos los admirables trabajos de clasificación y coordinación del heterogéneo material de los sagrados libros, que se están llevando á cabo en los cuerpos docentes católicos, si me atreviese á decir aquí que había contradicción entre los textos que se refieren á la entrada del rey profeta en la escena histórica. Porque unos afirman que el pastor betlehemita era absolutamente desconocido para Shaúl y sus conmilitones, cuando se verifica el duelo con un Goliath, y otros dejan entender que el rey ó jeque de los israelitas, contaba entre sus hombres de guerra y entre sus cantores y tañedores de harpa, á David mucho tiempo antes de que el tal duelo hubiese originado la popularidad (que ha resultado eterna) del joven supradicho. Mas no tendrán ocasión de airarse, porque no creo que haya contradicción: se trata de dos textos distintos, de dos fragmentos de crónicas épicas, sin duda, de retazos de poemas populares probablemente, *los cantares de gesta del rey David* quizás, que, bastante tiempo después de los sucesos, fueron surcidos sin criterio, para no desperdiciar un solo elemento de información; y así tenemos como principal guía en la historia del rey profeta una maltrecha composición, que, con eso y todo, rebosa de savia y de vida.

* * *

Los cuentos con que suelen deleitar nuestra infancia las niñeras, y nuestras mamás á veces y aún nuestros papás, esos cuentos que indignaban al venerable y laborioso tontaino Don Luis Figuier, pueden resumirse en esta moraleja: los fuertes acaban vencidos por los débiles, los malos por los buenos, los gigantes por los enanos y eso, que no sucede en la vida, sería bueno que sucediera, y por ende nuestras niñeras procuran el primer riego á la semilla de ideal que llevamos todos sembrada en el alma. Y de los tales cuentos todos hemos reído satisfechos.

Toujours, ces quatre douces têtes
Riaient, comme à cet âge on rit,
De voir d'affreux géants très-bêtes
Vaincus par des nains pleins d'esprit.

dijo Hugo.

Pues David realizó este cuento de niños; por eso su popularidad inmensa ha perdurado. No por haber fundado en Siria el imperio de los israelitas, sino por haber vencido al gigante Goliath. Los gigantes estaban de moda entonces y los hebreos pusieron de moda también el vencerlos. Durante la época en que se desenvuelve la epopeya davídica, aparecen no pocos todos ellos tienen aire de familia y lo eran sin duda: unos hombrones; David apenas llegaba á la cintura del gigante Goliath, mozo aterrador que salía del grupo armado de los filisteos, cada vez que con los israelitas se encontraban, y desafiaba á todos y los despreciaba, porque Shaúl y sus fuertes, quedaban mudos al verlo, pegados unos contra otros como las ovejas cuando asoma el león á la orilla del bosque.

David estaba en el campamento en aquellos días de ignominia; vió al gigante fortantón y rió en sus barbas; su lanza, su cimitarra, su loriga, su yelmo, de bronce todo, no le causaron miedo; vió el rostro, descubierto bajo el casco del insolente hombrón y debió decir para su coleto: es mío. No bastaron los consejos de sus hermanos, soldados de Shaúl, ni las observaciones de éste, ni quiso revestir las pesadas armas del rey; para quiso más que su honda bien provista de guijarros cortantes y duros. Y se fué derecho al monstruo.

¡Con cuántas historias como éstas habrán entretenido los ancianos, sobre todo, las ancianas de Israel á los chicuelos en las veladas de Bethlehem y de Hebrón! Las epopeyas, qué son en su orígen sino cuentos de niños para hombres formales? Un grupo de estas narraciones incoherentes y difusas, substancia de los futuros poemas que circula en el plasma de la imaginación popular, toma en los cantos de un poeta, de un *aeda*, de un juglar, una forma definitiva, cristalizada en el verso, y nacen las Iliadas y los Romanceros. Del *Romancero* de David salió, armada de poesía y de vida, la historia de su lucha con el monstruo filisteo que hacía cuando se movía tanto ruido como una legión, y cuando escupía sus injurias parecía que una horda hablaba por su boca. De la lucha y del triunfo, la piedra lanzada por la honda del pastor, destrozando el cráneo del gigante que, aterrado en un charco de sangre, cae en manos de su vencedor que lo despoja de su cimitarra, le cercena la cabeza y vuelve al campamento israelita arrastrando sus hórridos trofeos, mientras los filisteos huyen por

los bosques y los vericuetos de las montañas de Judá, fué la piedra angular de la grandeza mesiánica de David y de su casa.

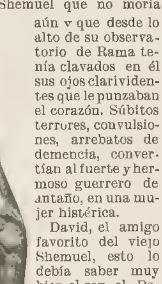
Inmenso fué el júbilo de las hermanas y las madres; durante trescientos años y más, los bene israel habían luchado sin tregua para apoderarse de la tierra bendita que Iahvéh les había prometido, habían luchado dentro y fuera de Kenaan, para conquistar, para despojar, para defenderse luego; pero no habían hallado ni en los edomitas, ni en los ammonitas, ni en los moabitas, la crueldad y la constancia en la victoria que en los filisteos; los terribles *peleschtim* habían venido, armados de bronce como los héroes troyanos de Homero, de las islas helénicas precisamente, y habían atacado la Delta del Nilo y se habían fijado en las orillas del mar de Siria y se habían lanzado sobre las montañas del país que ha perpetuado el nombre filisteo (Palestina equivale á Filisteina) para apoderarse de las rutas que comunicaban la Siria con la gran Mesopotamia y la opulenta Babilonia. Ellos habían impedido la unión de las tribus; por ellos la tribu de Iehudá y su vasalla la de Schimeon estaban aisladas al S. y los de Beniamin estaban aislados en el centro de su montaña y Efrain sola, la gran tribu de José, mantenía la personalidad israelita al Norte.

La aurora de los tiempos nuevos albeaba en las montañas judaitas; los eternos humilladores iban á sentir sobre sus cabezas la mano de hierro de Iahvéh Zebaot, el Señor de los Ejércitos; él había suscitado al joven héroe de tez sonrosada, de boca risueña y roja bajo la sombra del bozo, de ojos que hacían estremecer á las mujeres y que cuando se presentaba (no en Jerusalem, como dice el texto, porque la futura capital no existía aún) sino en los pueblos de Beniamin y de Iehudá, colgando al cinto la espada que en prenda de fraternidad perenne le había regalado Ionatham, el hijo de Shaúl y mostrando á todos la cabeza del gigante horriblemente hirsuta, exangüe, tigreada de manchas negras, lo aclamaban frenéticamente Y los chicuelos desnudos casi, apenas cubiertos con abigarrado guiñapo y los hombres agitando palmas y las mujeres en las azoteas, envueltas en sus blancos alquiceles rayados de negro y mal velada la faz en que centellaba el negror de los ojos sirios, todos prorrumpían en regocijados cantares cuyo estribillo no olvidaron nunca ni el rey Shaúl ni los filisteos:

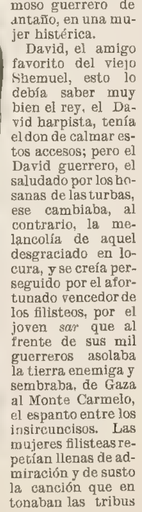
Shaúl mató sus mil,
David sus diez mil.

***

¿Qué diez mil había matado el joven héroe?—Desde el funesto día en que Shaúl había desobedecido las órdenes de muerte del Muy alto, un perenne temblor se había apoderado de su alma. No temía al enemigo, jamás lo temió: temía no sé qué catástrofe, no sé qué irreparable desgracia que Iahvéh había emboscado para él en un rincón negro de su destino. Este miedo profundo se objetivaba, por decirlo así, en una persona, en el viejo Shemuel que no moría



aún y que desde lo alto de su observatorio de Rama tenía clavados en él sus ojos clarividentes que le punzaban el corazón. Súbitos terrores, convulsiones, arrebatos de demencia, convertían al fuerte y hermoso guerrero de antaño, en una mujer histérica.



David, el amigo favorito del viejo Shemuel, esto lo debía saber muy bien el rey, el David harpista, tenía el don de calmar estos accesos; pero el David guerrero, el saludado por los hosanas de las turbas, ese cambiaba, al contrario, la melancolía de aquel desgraciado en locura, y se creía perseguido por el afortunado vencedor de los filisteos, por el joven *sar* que al frente de sus mil guerreros asolaba la tierra enemiga y sembraba, de Gaza al Monte Carmelo, el espanto entre los incircuncisos. Las mujeres filisteas repetían llenas de admiración y de susto la canción que en tonaban las tribus israelitas: Shaúl venció sus mil y David sus diez mil.

SR. D. FRANCISCO MANUEL SANCHEZ DE TAGLE.

DAMAS MEXICANAS.

SRITA. ROSAURA SANTA CRUZ DE OVIEDO. DE MERIDA.

Llegaba David á la presencia de su rey, narraba sus hazañas y la cólera se iba amontonando en ideas de muerte en el cerebro de Shaúl, como las nubes de tormenta en la cima del Hermón y de improviso estallaba en espasmos y convulsiones y delirios. Pero seguía el harpa resonando, sus notas cristalinas y puras traían al ánimo del pobre enfermo, como las gotas de agua á la corola de la flor sedienta, un poco de frescor y de calma. Y seguía el harpa y sus acordes vibraban en ritmo con los latidos cada vez más tranquilos del corazón herido y la rabia del demente tornaba á desvanecerse en la tristeza del melancólico y su angustia se deshacía en lágrimas y sus impetus homicidas en tristezas de los ensueños de gloria desvanecidos, de las perdidas esperanzas de hacer de su casa la piedra angular de Israel y de sus hijos los caudillos perpetuos del pueblo. Y los recuerdos y añoranzas de los días en que era el escudo de las tribus que lo aclamaban y bendecían, tornaban á asombrar su alma y quería acercarse de nuevo al Señor y recobrar su amparo y como si adivinara lo que pasaba en el fondo del rey, la voz de oro del betlehemita surgía como de las cuerdas del kinnor y decía el entusiasmo de los adoradores de Iahvéh.

«En Iahvéh se estremece mi corazón.—Y en él se erige mi fuerza.—Nadie como El es Santo—Nadie lo es, excepto El,—A él pertenecen la muerte y la vida. El hace bajar al Sheól de la muerte y del Sheól hace volver á los que quiere.—Iahvéh despoja y enriquece, abate y levanta.—Del polvo eleva al desgraciado—Del lodo hace subir al indigente.—¡Oh! Iahvéh que tus enemigos sean destruidos.—Fulmina contra ellos en los cielos, y juzga las extremidades de la tierra, y da fuerza al rey que escojiste, y erige por encima de todos la cabeza de tu ungido.» (1)

Shaúl volvía á la razón y á la vida, entonces alentaba y bendecía la amistad de David y Ionathan, entonces, en premio de una hazaña del joven *condottiere*, que había traído los despojos sangrientos de cien filisteos muertos por él ó capturados, le cedía la mano de su hija Mikal, flor de su casa y perfume virginal del harem. Mas la enfermedad seguía su siniestra ruta: en un momento de furor quiso el demente matar á David, la lanza que contra él dirigió se clavó en el muro. Los hijos del rey le aconsejaron que huyera; Mikal lo ayudó á evadirse.

El fugitivo corrió á Rama, el viejo Shemuel le abrió los brazos trémulo y lo escondió entre sus profetas. Shaúl corrió en persecución del fugitivo; entonaban los *nabis* acompañados de la flauta clara y de los címbalos resonantes, cerca de la fuente que parecía traducir sus himnos en gorgeos cristalinos, las endechas alternadas de la antigua profecía:

«Yo no veo iniquidad en Israel—no veo mal en Iacub—Iahvéh, su Elohim, está con él, —con él está la trompeta del rey.—El es quien lo libertó en Egipto.—Su vigor es como del toro salvaje.—He aquí que el pueblo se levanta como una leona.—Y como un león se irgue....»

Los emisarios de Shaúl llegaron á la meseta de la montaña y aparecieron junto á la fuente clara; vestido con el *efod* de lino David danzaba con los profetas; los mensajeros enmudecieron y temblaron...... El viejo Shemuel en el atrio de los altos edificios, en donde estaba el tabernáculo y se abrigaba el colegio profético, con voz vibrante cantó solo apoyado en el brocal de la fuente y callaron las flautas y los címbalos y el chorro de la fuente habló más bajo:

«Cuán bellas son tus tiendas ¡oh! Iacub.—Y tus pabellones, ¡oh! Israel.—Como valles se extienden á mi vista.—Como jardines en los *uads*—Como bosques de aloes plantados par Iahvéh—Como cedros á la orilla de las aguas.—Las aguas surgen de sus troncos como de urnas—y sus cimientos son como ondas poderosas...... Quien te bendice, bendito sea y maldito sea quien ose maldecirte.»

Y en pos de sus mensajeros, el rey Shaúl subía la pendiente y se acercaba rodeado de sus fuertes.

Shemuel calló y estimulado por la risa de la mañana, inició la danza sagrada; volvieron á tocar sus ritmos gozosos flautas, címbalos y psalterios y David y los profetas se movieron á compás y bailaron cantando mientras el solano agitaba los pliegues de sus túnicas de lino.

Y llegó el rey; al ver á Shemuel su corazón se sobrecogió de temor; salieron de su garganta sonidos inarticulados; luego su cuerpo como impulsado por un resorte oculto osciló con estremecimiento rítmico y Shaúl siguiendo los movimieutos de los profetas bailó lentamente primero y después como un delirante hasta que sofocado y convulso vino á tierra á los piés del gran nabi, que murmuraba el apólogo que se cantaba bajo las tiendas de Israel en los tiempos heróicos de los suffetas (jueces). «Los árboles se juntaron cierto día para escoger un rey y ungirlo.—Y dijeron al olivo: reina sobre nosotros.—¿He perdido acaso mi fuerza—de donde brota el jugo que sirve para honrar á Elohim y á los hombres para que me entregue al cuidado de los otros árboles?—Y los árboles fueron hacia la higuera y le dijeron: Se tú nuestro amo.—Y la higuera les contestó ¿no tengo mi dulzura y mi fruto exquisito? ¡Por qué he de fatigarme por los otros árboles!—Y dijeron los árboles á la vid: Ven, reina tú sobre nosotros.—Y la vid les respondió: ¿No tengo mi vino nuevo, regocijo de Elohim y de los hombres? ¿Y queréis que me fatigue por los árboles?—Y los árboles á una dijeron á la zarza: -Ven, reina sobre nosotros.—Y respondió la zarza: si con sinceridad me habéis escogido por rey, venid todos y acogeos á mi sombra protectora;—si nó, saldrá una llama de la zarza y devorará á los cedros del Líbano.»

David escuchó al profeta; el rey dormía sollozando; David besó la mano trémula de Shemuel y se perdió tras de la fuente y se ocultó en los montes, y el profeta y el héroe no volvieron á encontrarse nunca.

***

Shaúl continuó persiguiendo; conocía sin duda lo que en Bethlehem había pasado: el cuerno del óleo santo derramado sobre la cabeza de David privaba á su casa de la monarquía en Israel....... Era, pues, preciso arrancar de cuajo el árbol y descoronar el porvenir soñado por Shemuel del cedro que descollaba en el bosque..... David huyó; Shaúl llegaba á alcanzarlo, á tocarlo, y el ágil corzo de los montes iudaítas escapaba á sus sabuesos y huía siempre. De improviso sus huellas se perdían en la montaña; las grutas de las rocas cubiertas de yedras y lianas lo escondían en sus profundidades con el puñado de bravos que le se-

GRAL. LIC. D. IGNACIO LOPEZ RAYON.

[1] Seguimos de preferencia las versiones Reuss y de Ledrain.

INHUMACION DE LOS RESTOS DEL PRINCIPE Y DE LA PRINCESA DE BISMARCK EN EL PANTEON DE FRIEDRICHSRUHE EL DIA 16 DE MARZO ULTIMO.

guía...... Alguna vez Shaúl entró solo en la gruta cuya sombra ocultaba al fugitivo, que pudo matarlo y lo dejó ir: no podía tocar al que como él era el ungido de Iahvéh.

Shaúl había sido cruel con su rival.... Le había quitado á su hija, á la bella Mikal, y la había dado á otro, y el harem trashumante del guerrero proscrito, había perdido su esmeralda y su alma una luz, su amor más puro, su único amor puro quizás. Había matado á los levitas del santuario de Nob que habían dado á David hambriento *los panes de la proposición* y le habían armado con la espada de Goliath depositada allí como *ex-voto*; los habían hecho morir y á sus mujeres y á sus hijos y á sus convecinos.... Yermo y solo había quedado el pueblo por donde la cólera del rey había pasado ... Uno solo de los *cohenim* (sacerdotes) se había salvado llevando consigo el tablero de gemas del Efod; sobre ese tablero arrojaban noche á noche David y sus compañeros los *urín* y los *tumín*– y el oráculo siempre había contestado: David será rey.

Cansado de huír, David pidió asilo á un rey filisteo; los rencorosos soldados blondos del rey hospitalario lo vieron con curiosidad y con recelo: *Shaúl mató sus mil y David sus diez mil*, tarareaban sordamente cuando lo veían. David obtuvo una ciudad por refugio y desde allí, engañando á los mismos filisteos, el terrible *condottiere*, atacaba sus poblados y los saqueaba y talaba sus campos. ¿Llegó á combatir con sus compatriotas? Parece que no. El lo negó siempre.

Shaúl se había propuesto disputar á los peleschtim una transitadísima ruta de caravanas que pasaba al N. de Efraim; todos los contingentes filisteos se aprestaron á la lucha y marcharon...... David encontró un motivo para marchar en otra dirección. La batalla fué terrible; los israelitas fueron aniquilados, como el espectro implacable de Shamuel lo había predicho al infortunado Shaúl la noche anterior á la batalla. «Y tú estarás mañana conmigo en el Sheól» había agregado la fatídica sombra.

Muerto Ionathan, vencidos sus guardias, Shaúl se había dado la muerte; al día siguiente los filisteos encontraron los cadáveres, los decapitaron, según costumbre, para presentar las cabezas como trofeos á sus dioses y los cuerpos, llevados á una fortaleza cercana al campo de batalla, quedaron colgados en escarpias á la vista de todos en un lugar alto y dominante; unos antiguos aliados de Shaúl vinieron piadosamente desde más allá del Iardén y condujeron aquellos ennegrecidos despojos á tierra amiga en donde les dieron sepultura.

Cuando David tuvo noticia de la catástrofe, quedó sobrecogido de terror; luego pensó en Ionathan, su amigo, su hermano, y en la humillada gloria de Israél fugitivo y vencido para siempre acaso, y lloró. Y después, pulsando el kinnor cantó estas magníficas endechas épicas:

Tu honor ¡oh! Israél yace herido en la montaña,
¿Cómo han caído los *guibborin* [los fuertes?]
No lo anunciéis en Gath,
No lo publiquéis en las encrucijadas de Aschquelon,

AINO ACKTE.
Nueva estrella del arte lírico

Para que no se regocijen las hijas de los Peleschtin,
Que no salten de contento las hijas de los incircuncisos.

Montes de Guilboá

Que no torne á caer sobre vosotros el rocío,
Ni la lluvia sobre vuestros campos de ofrendas,
Porque en vosotros arrojaron su escudo los guibborim,
El escudo de Shaúl, como si el no hubiese sido el ungido.

Sin la sangre de los atravesados, sin la grasa de los fuertes.
El arco de Ionathan no volvía
Y la espada de Shaúl no tornaba al cinto vacío.

Shaúl, Ionathan, los amados, los encantadores,
En la vida, en la muerte no se repararon, no;
Eran más ligeros que las águilas
Eran más fuertes que los leones.

Hijos de Israel, llorad sobre Shaúl,
El os vestía de joyas y de púrpura
Y decoraba vuestras túnicas de áureos adornos.
¿Cómo cayeron los guibborim en medio del combate?

Ionathan yace atravesado en las alturas,
Me lleno de angustia cuando en ti pienso.
¡Oh! Ionathan mi hermano!
¡Me eres tan caro!

Tu amistad me era más grata
Que el amor de las mujeres!

¿Cómo cayeron los guibborim?
¿Cómo se han perdido esos instrumentos de guerra?

* * *

Muerto Shaúl, la tribu de Iehudá reconoció á David por rey: Hebrón, la antigua ciudad santa de los iudaítas fué su capital. Las otras tribus reconocieron á Isch Baal, un hijo de Shaúl por rey. Quedó así esbozada la división de los israelitas, que después del rey Schelomó (Salomón) había de realizarse para siempre. Muchos años duró la lucha entre los dos reyes; Ioad y los jefes del ejército de David, ganaban día á día terreno hacia el N. Por fin Ioad mató á Abner, el primo de Shaúl, el verdadero rey de las tribus del N.: el sostén de Isch Baal. Poco después fue asesinado este pobre príncipe, David lloró sobre Abner y sobre su pupilo: hipócrita que lloraba sobre crímenes que tal vez él mismo había ordenado, y que se aprovechaba de ellos, dice Renan. Es más creíble que procediese con sinceridad; jamás atacó directamente á Shaúl y los suyos; tenía un respeto supersticioso por *el ungido* y por sus hijos. Este respeto era su propia salvaguardia.

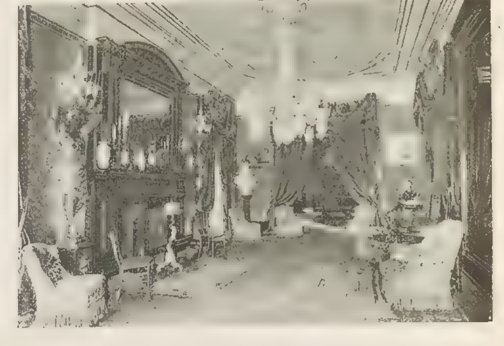
Los *sequenim* (ancianos) de las tribus, se dirigieron á Hebron y dijeron al venturoso bethlehemita: «Iahvéh te ha dicho: tú serás el pastor de mi pueblo; tú serás el caudillo de Israél» y David fué ungido de nuevo en Hebrón en presencia de los ancianos del pueblo.

Poco tiempo después se apoderó de una fortaleza enclavada en el territorio de Beniamin, Tsion, y la montaña de Tsion se llamó la ciudad de David y la ciudad entera se llamó: la posesión de la paz, Ierushalaim.

JUSTO SIERRA.

LA EMBAJADA DE MEXICO EN WASHINGTON.

SALON DE BAILE.



SALON DE RECEPCION.

NUESTROS GRABADOS.

Dos nuevas estatuas.

El gobierno del Estado de Michoacán eligió atinadamente las figuras históricas de López Rayón y Sánchez de Tagle para erigirles estatuas en el Paseo de la Reforma de esta Capital.

Al hacer esa designación el Gobierno de aquel Estado no sólo tuvo en cuenta los méritos de los ilustres michoacanos en cuyo honor se erigirían las estatuas, pues además procuró que los monumentos del Paseo consagrasen el recuerdo de héroes que no hubiesen recibido todavía manifestaciones de admiración semejantes en el suelo del Estado natal.

A Morelos se ha elevado una estatua en Morelia y el actual Gobernador proyecta erigirle un nuevo monumento digno del glorioso caudillo. A Ocampo también, aunque ya tiene estatua, habría que erigirle una que en su materialidad guarde proporción con las extraordinarias fuerzas morales que el héroe civil de la Reforma consagró al bien social.

Don Ignacio López Rayón, después de Morelos, es el insurgente michoacano más digno de la representación de su tiempo, de su Estado y de su familia; de un tiempo caballeresco, de un Estado gloriosísimo y de una familia de héroes!

Sánchez de Tagle fué en la primera mitad del siglo uno de esos espíritus prematuramente abiertos á la contemplación serena de las verdades sociológicas, entonces desconocidas. Amó la ciencia y las letras; fué maestro, representante del pueblo y administrador: hizo por el progreso de México lo que pudo, lo que su deber como intelectual exigía, y lo que le permitieron la época turbulenta que oprimía á la sociedad y la metafísica que esterilizaba los esfuerzos del espíritu en la escuela.

Las estatuas de Rayón y Sánchez de Tagle fueron inauguradas el 2 de Abril, haciendo entrega de ellas en nombre del Gobierno de Michoacán el señor Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Lic. D. Prudenciano Dorantes y el Sr. Lic. D. Manuel A. Mercado, Oficial Mayor de la Secretaría de Gobernación.

La inhumación del Príncipe de Bismarck

El 16 de Marzo se efectuó la inhumación del Príncipe y de la Princesa de Bismarck en Friedrichsruhe. No se repartieron invitaciones, pero como no fué posible ocultar la fecha de la ceremonia, una multitud de burgueses, militares, funcionarios, notables hamburgueses y damas, sitió el palacio y se dispersó por la colina en donde se levanta el mausoleo de la familia Bismarck.

A las once de la mañana llegó el Emperador en traje de coracero de la guardia. Arrodillóse ante las cenizas de los ilustres muertos y después de una breve oración, encabeza el cortejo que se encamina al mausoleo.

Una música militar va delante de los ataúdes; conducen el de la princesa guardabosques acompañados por una escolta de dos compañías de infantes; el del príncipe va en hombros de criados con grandes mantos negros, escoltándolo coraceros blancos del regimiento de Seydlitz. En pos del grupo que forman el soberano, su comitiva y la familia Bismarck, marchan cuarenta criados y guardabosques.

En todo el trayecto forman valla los delegados con antorchas encendidas.

* * *

El monumento sepulcral no despierta ideas de grandeza.

Es una capilla de estilo romano. En la parte inferior de la torre están los sarcófagos del Príncipe y de la Princesa.

El de Bismarck tiene esta inscripción: *Príncipe de Bismarck.—Nació el 1.º de Abril de 1815, y murió el 30 de Julio de 1898.—Un fiel servidor alemán del Emperador Guillermo I.*

La ceremonia fúnebre no duró arriba de veinte minutos. El Pastor Westphall pronunció un discurso siguiendo el texto del Apocalipsis: «Ahora, puerto de paz, ábrete! Aquí termina el viaje del peregrino.»

Después de la inhumación de los restos, el Emperador comió con el Príncipe Herberto, conversando con él de una manera animada y cordial.

SALA DE CONVERSACION.

Una nueva estrella del arte

La Aino Ackté es finlandesa. Viene de esos países poéticos y lejanos, cuyos habitantes tienen tanto de misterioso en la mirada y de vago en la fantasía....

Sus padres son artistas y viven en una ciudad coqueta y tranquila á donde va ella, como en peregrinación, anualmente, para traer del *fiord* silencioso, ensueños que la aislan y la amparan del contagio parisiense.

Muy poco hace que empezó á distinguirse en los concursos y dieciocho meses apenas que pisa las tablas de la primera escena lírica del mundo.

Su noviciado no fué largo, pues aunque es muy joven, ya se le encomiendan los más notables papeles del gran repertorio, Margarita, Julieta y Elsa.

Encarnar esas divinas mujeres de Shakespeare, de Goethe y de Wagner, hacerlas cantar en la Opera de París, era un hermoso sueño, y la joven finlandesa lo ha realizado.

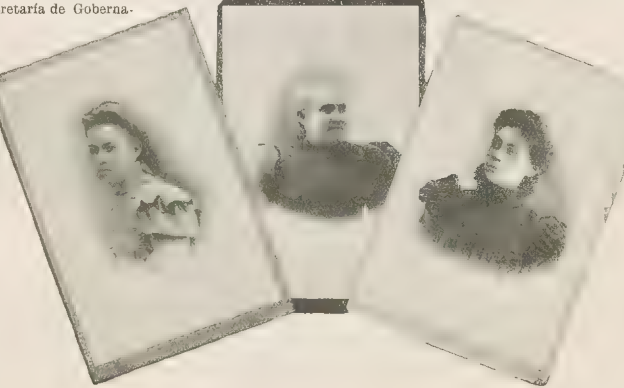
Y lo realizó de un modo tan notable que ha entusiasmado ya al público más exquisito y tiene fanáticos que la ponen á la altura en que brillan una Nilsonn y una Adelina Patti. ¿La veremos algún día en México?

Embajada de México en los Estados Unidos.

Dedicamos la portada del número de hoy al Sr. Lic. D. Manuel Azpíroz, Embajador de México cerca del Gobierno de los Estados Unidos del Norte.

También publicamos los retratos de las damas de la familia de nuestro Embajador, respetabilísimas y muy apreciadas en la sociedad mexicana.

Ya en otra ocasión hemos escrito algunas líneas explicativas sobre el edificio de la Embajada de México en la capital de la República vecina y hoy aparecen en estas páginas, grabados del interior de ese edificio, uno de los más elegantes y lujosos de cuantos hay destinados á tal objeto.



BELEN AZPIROZ. BELEN GARCIA DE AZPIROZ. LUZ ASPIROZ DE PEREZ RIVERA.

El Sr. Gral. D. Resendo Márquez.

A última hora y ya en prensa esta sección, recibimos la noticia del fallecimiento de este distinguido veterano, cuyo retrato, no obstante la premura del tiempo, aparece en la página 284.

PENSAMIENTOS.

Bien veo que el hombre perfecciona todo al rededor de sí; mas no veo que se perfeccione él mismo.

*

Dios paga, pero no paga todos los sábados.

*

La edad en la cual se parte todo, es aquella en la que no se tiene nada.

*

La esperanza y el recuerdo tienen el mismo prisma: el alejamiento.

*

Los poetas nacen en provincia y mueren en Paris.

*

El amor nace de nada y se muere de todo.

*

El hábito no hace al monje, pero el vestido hace á la mujer.

*

La mujer no debe leer novelas sino cuando haya pasado el peligro de que quiera ponerlas en acción.

EL TELEGRAFO SIN HILOS

Sorpréndense tanto las gentes con esto del telégrafo sin hilos, como si fuera algo de brujería la nueva invención.

Sin embargo de largo tiempo atrás transmitimos señales de un lugar á otro, esto es, expresamos nuestros pensamientos á largas distancias, sin establecer comunicación metálica entre las dos estaciones. Es el caso de la telegrafía óptica y....es el caso de la la voz humana. Todos *hacemos diariamente telegrafía sin hilos*; nos pasa en cierto modo cuando nos sorprendemos al saber que hay telégrafo eléctrico sin hilos, lo que le pasaba á M. Jourdan cuando supo que hablaba en prosa diariamente.

La diferencia entre la telegrafía óptica y la eléctrica, es que la primera emplea las vibraciones luminosas y ésta las eléctricas. La base del fenómeno es la *ondulación*, la *vibración*. La conmoción de un cuerpo hace vibrar el aire y produce un número indefinido de ondulaciones que atraviesan y agitan el espacio. Si esas vibraciones encuentran un aparato receptor lo hacen vibrar también.

De la misma manera que hay vibraciones luminosas y sonoras, las hay eléctricas, esto es, desplazamientos ritmados de electricidad producidos en los conductores alternativamente en uno y otro sentido.

Las vibraciones eléctricas que se mueven con una velocidad de 300,000 kilómetros por segundo, á semejanza de las sonoras y luminosas, atraviesan los muros, la madera etc. y sólo las detienen los metales.

Para producirlas rápidamente, el físico Hertz empleó excitadores y un receptor resonador que las recoge, pero el receptor resonador empleado por Hertz es poco sensible relativamente, pues la chispa desaparece cuando median más de diez metros de distancia entre el resonador y el receptor.

***

El telégrafo sin hilos procede de un descubrimiento hecho por el profesor Branly. He aquí en lo que consiste:

En un tubo de materia aislante, vidrio por ejemplo, se deposita limadura metálica y dos hilos metálicos pasan por los tapones y se ponen en contacto con la limadura. Colócase el tubo en un circuito con pila y galvanómetro; entonces la limadura conduce mal y la aguja del galvanómetro se desvía muy poco. Si cerca ó á gran distancia estalla una chispa oscilante, la limadura conduce bien y la desviación de la aguja será considerable.

***

Las ondulaciones eléctricas del aire encuentran el tubo de limadura [resonador,] y se producen pequeñas chispas entre los fragmentos metálicos y como esas chispas conducen, destruyendo la capa de óxido, hacen una especie de soldadura entre los fragmensos y establecen una cadena que conduce mejor. Si se impresiona el tubo, destrúyese la cadena, los fragmentos toman otra disposición y el tubo se hace otra vez mal conductor.

***

El oscilador Hertz y el tubo Branly son pues dos elementos generadores del telégrafo Marconi, del que ya hemos hablado en nuestro semanario.

El aparato de Ducretet son un perfeccionamiento completamente automático, inscribe las señales en una banda de papel y se detiene cuando cesan las oscilaciones. Este automatismo es lo más curioso del sistema.

La figura primera muestra el medio á que se apela para emitir y recoger las ondas, elevándolas sobre los obstáculos que pudieran detenerlas.

Un gran mástil, semejante á los de los buques, se planta en el lugar indicado. En un extremo tiene un conductor aislado que flota al aire: comunica por el extremo opuesto con el aparato receptor del puesto telegráfico: puede recibir y emitir ondas, pues cada puesto tiene los aparatos necesarios para transmitir ó recibir, según se desee.

Con sus aparatos logró Ducretet franquear la distancia de cuatro kilómetros entre el Panteón y la Torre Eiffel, salvando los numerosos abstáculos que hay, y las señales llegan con toda claridad, aun en días nubladoi ó lluvioosos.

Aumentando la potencia de la bobina del transmisor, se puede indudablemente franquear mayores distancias.

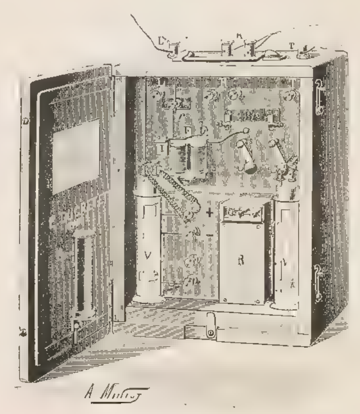
1.—Un puesto de telegrafo sin hilos.

Cuando una mujer ya no se ruboriza, podéis decir que ha perdido su mayor encanto.

***

La ciencia pocas veces hace atractivos á los hombres: á las mujeres, jamás.

2.—Registrador automatico Ducretet.



3.—Receptor Ducretet.

MEXICO ANTIGUO.

Casa numero 3 de la calle de la Puerta falsa de Santo Domingo.

La casa de la mujer herrada.

Protesto bajo mi palabra de honor, y no lo juro por no ser ya costumbre en estos tiempos, que el suceso «formidable y espantoso» que voy narrar, está consignado en el capítulo octavo, páginas 40 y 41 de la *Vida* del P. D. José Vidal, de la Compañía de Jesús, impresa el año de 1752 en el muy antiguo Colegio de San Ildenfonso; *Vida* que escribió el muy R. P. D. Juan Antonio de Oviedo, también de la dicha Compañía, y que halló el suceso relatado por el dicho P. Vidal en los escritos de sus misiones, formados por mandato superior.

Protesto á la vez que lo propio refiere en sus *Noticias de México*, el muy curioso y erudito vecino D. Francisco de Sedano, quien escuchó el mencionado «espantoso y formidable suceso», de los labios de otro religioso jesuita, en sermón que predicó en el templo de la Casa Profesa, allá en una de las Cuaresmas del año del Señor de 1760, y que fueron testigos del supradicho suceso un sacerdote secular, un religioso carmelita y un padre de S. Ignacio, cuyos nombres encontrarán los pacientes lectores en el curso de esta verídica, aunque estupenda narración, que hoy escribo en prosa vil y estilo llano; pero que ya han trovado inspirados vates, de los que uno murió por desgracia para las patrias letras, y otro vive para honra de las musas mexicanas.

* * *

Por los años de 1670 á 1680, según las sesudas investigaciones de D. Francisco de Sedano, vivía en esta ciudad de México y en la Casa numero 3 de la calle de la Puerta Falsa de Santo Domingo, calle atravesada entonces de Oriente á Poniente por uno acequia, vivía, digo, un clérigo eclesiástico; mas no honesta y honradamente como Dios manda, sino en incontinencia con una mujer como si fuera su esposa.

No muy lejos de allí, en la Calle de las Rejas de Balbanera, bajos de la ex Universidad, había una casa que hoy está redificada y lleva el número 5, la cual antiguamente se llamó Casa del Pujavante, porque tenía sobre la puerta «esculpido en la cantería un pujavante y tenazas cruzadas,» que Sedano vió varias veces, «y que decían ser memoria» del sobrenatural caso histórico que el incrédulo lector tendrá sin Juda por conseja popular.

En esta casa, habitaba y tenía su banco, un antiguo herrador, grande amigo del clérigo amancebado, item más, compadre suyo, quien estaba al tanto de aquella mala vida, y como frecuentaba la casa y tenía con él mucha confianza, repetidas ocasiones exhortó á su compadre y le dió consejos sanos, para que abandonase la senda torcida á que le había conducido su ceguedad.

Vanos fueron los consejos, estériles las exhortaciones del «buen herrador» para con su «errado compadre,» que cuando el demonio tórnase en travieso Amor, la amistad es impotente para vencer tan satánico enemigo.

Cierta noche en que el buen herrador estaba ya dormido, oyó llamar á la puerta del taller con grandes y descomunales golpes, que le hicieron despertar y levantarse más que de prisa.

Salió á ver quien era, perezoso por lo avanzado de la hora; pero á la vez alarmado por temor de que fuesen ladrones, y se halló con que los que llamaban eran dos negros que conducían una mula y un recado de su compadre el clérigo, suplicándole le herrase inmediatamente la bestia, pues muy temprano tenía que ir al Santuario de la Virgen de Guadalupe.

Reconoció en efecto la cabalgadura que solía usar su compadre, y aunque de mal talante por la incomodidad de la hora, aprestó los chismes del oficio, y clavó cuatro sendas herraduras en las cuatro patas del animal.

Concluida la tarea, los negros se llevaron la mula, pero dándole tan crueles y repetidos golpes, que el cristiano herrador les reprendió agriamente su poco caritativo proceder.

* * *

Muy de mañana, al siguiente día, se presentó el herrador en casa de su compadre para informarse del por qué iría tan temprano á Guadalupe, como le habían informado los negros, y halló al clérigo aún recogido en la cama al lado de su manceba.

—Lucidos estamos, señor compadre, le dijo; despertarme tan noche para herrar su mula, y todavía tiene vuestra merced tirantes las piernas debajo de las sábanas, ¿qué sucede con el viaje?

—Ni he mandado herrar mi mula, ni pienso hacer viaje alguno, replicó el aludido.

Claras y prontas explicaciones mediaron entre los dos amigos, y al fin de cuentas convinieron en que algún travieso había querido correr aquel chasco al bueno del herrador, y para celebrar toda la chanza, el clérigo comenzó á despertar á la mujer con quien vivía.

Una y dos veces la llamó por su nombre, y la mujer no respondió. Una y dos veces movió su cuerpo, y estaba rígido. No se notaba en ella respiración, había muerto.

Los dos compadres se contemplaron mudos de espanto; pero su asombro fué inmenso cuando vieron horrorizados, que en cada una de las manos y en cada uno de los piés de aquella desgraciada, se hallaban las mismas herraduras, con los mismos clavos, que había puesto á la mula el bueno del herrador.

Ambos se convencieron, repuestos de su asombro, que todo aquello era efecto de la Divina Justicia, y que los negros habían sido dos demonios salidos del infierno.

Inmediatamente avisaron al Cura de la Parroquia de Santa Catarina, Dr. D. Francisco Antonio Ortiz, y al volver con él á la casa, hallaron en ella al R. P. D. José Vidal y á un religioso carmelita, que también habían sido llamados, y mirando con atención á la difunta vieron que tenía un freno en la boca y las señales de los golpes que le dieron los demonios cuando la llevaron á herrar con aspecto de mula.»

Ante caso tan estupendo y por acuerdo de los tres respetables testigos, se resolvió hacer un hoyo en la misma casa para enterrar á la mujer, y una vez ejecutada la inhumación, guardar el más profundo secreto entre los presentes.

* * *

Cuentan los cronistas que ese mismo día, temblando de miedo y protestando cambiar de vida, salió de la Casa numero 3 de la calle de la Puerta Falsa de Santo Domingo, el clérigo protagonista de esta verídica historia, sin que nadie después volviera á tener noticia de su paradero. Que el Cura de Santa Catarina, «andaba movido de entrar en religión, y con este caso, acabó de resolverse y entró en la Compañía de Jesús, donde vivió hasta la edad de 84 años, y fué muy estimado por sus virtudes, y refería este caso con asombro.» Que el P. D. José Vidal murió en 1702, en el Colegio de San Pedro y San Pablo de México, á la edad de 72 años, después de asombrar con su ejemplar vida, y de haber introducido el culto de la Virgen, bajo la advocación de los Dolores, en todo el Reyno de la Nueva España.

Sólo callan las viejas crónicas el fin del R. P. carmelita, testigo ocular del suceso, y el del bueno del herrador, que Dios tenga en su santa gloria.

Luis Gonzalez Obregon.

Sr. Gral. de Division D. Rosendo Marquez, † el día 14 de Abril de 1899.

CUENTO NEGRO.

Del libro "Cuentos de Color."

A menudo iba á sentarse en un extremo del viaducto, y allí, la cara al pueblo, la espalda á la serranía, se entregaba á sus cavilaciones tristes. Rara vez el paisaje embargaba su atención. Esta se fijaba contenacidad en el recuerdo de los últimos meses. Deshojando y deshojando la melancólica flor de los recuerdos, el pobre chico pensaba descubrir la verdadera causa de su mal. Y casi siempre terminaba, reconociéndose culpable de su dolencia larga y enojosa.

—¡Cuánto tiempo llevaba sepultado en aquel rinconcito de la montaña! ¡Cuántos días de dolor, de tristeza y de fiebre! ¡Cuántas noches de insomnio, de sueño agitado por pesadillas espeluznantes ó interrumpido por sudores copiosos! Y él, únicamente él, tenía la culpa de todo eso. No se hubiera entregado en la ciudad, como se entregó en efecto, á una vida de vicio y desorden, durante la cual cometió excesos de toda especie, en el beber sobre todo, y pasaba las noches en claro, sin dormir un segundo, hasta que, en las afueras de la ciudad, ó tendido en algún banco de la plaza pública, ó sentado en el parapeto de un puente, lo sorprendía el alba; no se hubiera entregado á esa vida, y no se habría visto nunca en el caso de habitar aquel pueblecito silencioso lleno de caras pálidas de convalecientes y moribundos, sin otra distracción que la de mascullar sus propias murrias y sin otra compañía que la compañía de su violín, como él, mal humorado y enfermo.

¿De dónde le había salido á él, tan pacífico y manso, una irritabilidad tan quisquillosa y violenta? Aún no comprendía por qué había hecho caso de las pullas, las bromas y ofensas vulgares de sus compañeros. Bien pudo haber continuado impávido y tranquilo como siempre, sin cuidarse de rechiflas y burlas ganando con la música de su violín el propio pan y el pan de la madre anciana.... Pero no, no: muy crueles habían sido esas bromas. Y de no ser así, muy crueles ¿por qué le hicieron ver monstruosos los hombres, grotesca la sociedad, repugnante y feo el mundo?

La primera broma fué la del tocador de flauta, muchacho travieso y malicioso: de ojos bailadores y procaces. Este lo sorprendió más de una vez como sumido en éxtasis, admirando, en actitud contemplativa, la belleza de una mujer, asidua concurrente á las representaciones, y comprendió al fin por qué su compañero no abandonaba nunca su puesto durante el primer entreacto. En ese espacio de tiempo, las damas, por lo general, no salían de los palcos, y el violinista podía, á todo su talante, ver hacia uno de los palcos de la derecha, siempre ocupado por las mismos personas: un matrimonio y su hija. La hija era la belleza, objeto de admiración del músico, belleza deliciosa y extraña, producto de una mezcla feliz: del padre, español de origen—piel y ojos de árabe—tenía los ojos negros y profundos, y de la madre, escocesa muy ·· hia, la blanquísima tez y el oro del cabello.

El flautista, malicioso y truhán, comunicó su descubrimiento á los demás camaradas, y una noche, cuando más desprevenido estaba el compañero, dió principio á la burla, seguro de ser imitado por los otros.

—¿Cuándo la pides, Pascual?

—Pascual, para cuándo las bodas?

—¡Y qué escondido lo tenía!

Y Pascual á todo contestaba, al principio, sonriendo melancólicamente, ó murmurando alguna frase.

—¿Qué le importaban las bromas? Sus camaradas no podían, en serio, suponerlo enamorado de aquella beldad blanca y regia; no podían suponerlo tan ridículo y tonto como para no medir la distancia que lo separaba de aquella hermosura, alejada de él por la riqueza y por algo más difícil de conquistar que el oro. Nadie, por consiguiente, lo turbaría de su admiración lejana, respetuosa y muda. Derecho tenía él á ver y adorar la belleza en donde quiera la encontrase, y más derecho que cualquiera otro, porque la sabía admirar y la sabía sentir con noble emoción de artista. Para eso llevaba consigo el grano de incienso que los artistas queman en aras de la belleza, el grano de incienso humeante siempre, consumido nunca, del cual en los momentos de inspiración creadora, salía á palpitar, en las cuerdas de su violín, lo mejor de su alma.

Y el violinista, sin atender gran cosa al reír de los amigos, continuó en su adoración extática y dulce. Todas las noches esperaba con impaciencia la llegada de aquella mujer de atractivos cautivadores y gracia exótica y picante, para darse después, en oportunidad propia, el embeleso inefable de su contemplación casta y muda. Poco á poco esa contemplación se le fué transformando en necesidad urgente. Llegó á necesitarla como el pan, el aire, la luz, como el único alimento ideal de su alma de artista, indispensable para mejor comprender la obra de los maestros y crear mejor en sus cortos días de estudio solitario.

Sin duda, no dejaba de tener breves y raros instantes de flaqueza, en los cuales su admiración no era pura admiración artística. Y no queriendo confesar á sí mismo que cesaba en esos instantes de vibrar como artista para sentir como hombre, todo lo achacaba al gentío, á la música, ó á la gran profusión de luces eléctricas, ó á la viveza de los colores en los trajes femeniles ó al ambiente cargado del perfume de mucho seno de mujer, menos á su verdadera causa. Durante esos breves y raros intervalos de tiempo lo sobrecogía un desfallecimiento súbito, uno como instantáneo desmayo voluptuoso, con la sensación de estar bajo una lluvia de flores, bajo una lluvia de rosas desmayadas hasta morir en un ardor supremo, rosas cuyos pétalos de seda, al caer, lo acariciaban por todas partes.

Pero las bromas, de inofensivas cambiáronse en hirientes. Pascual creyó sentirlas llenas de reticencias injuriosas é insultos disfrazados; y desde entonces empezó á perder su antigua resignación melancólica, para vivir en constante recelo. Le pareció adivinar que sus colegas lo tildaban de presuntuoso, aludiendo á su obscura piel de mestizo, y semejante sospecha, á la mejor frase ambigua, le quemaba las sienes como un ascua.

—¿Por qué lo creían presuntuoso? ¿Por qué le reprochaban lo que no era una falta, y menos aún su falta? ¿Había él, por ventura, halagado, siquiera con el pensamiento, una ilusión imposible? Bien sabía él que no eran iguales la aristocrática flor de belleza y el artista ignorado y pobre. Bien sabía él que la igualdad á pesar de las bobadas aprendidas, cuando muchacho, en la escuela y en la calle, era sólo mentira inocente, engaño amable, esperanza falaz. Promesa de muchas revoluciones y de muchos Cristos, la igualdad continuaba siendo una promesa. ¡Bien lo sabía él! Posible en teoría, en la boca de los charlatanes de plazas públicas, y en el espíritu mismo de las leyes, no lo era en las relaciones diarias de los hombres. Ah! bien lo sabía él! Tanto la dama cristianísima como el señorón, llamado liberal, retroceden ante ciertas cosas, llenos de repugnancia y disgusto, renegando, á sabiendas ó no, de sus propias doctrinas. Y él conocía muchas de esas cosas: una sobre todo la tenía siempre delante: podía verla en sus manos, en su rostro, por todo su cuerpo. Era sombra vaga, y poseía fuerza de obstáculo invencible; era vago matiz, y despertaba innúmeros prejuicios, muchas preocupaciones y muchos fantasmas desvanecidos, al decir de los tontos, en la conciencia de las gentes. Ah! la familia, el linaje, los antepasados, el nombre!

—Todo eso lo comprendía él perfectamente, y nadie, mucho menos los camaradas, debían echárselo en cara, en forma de reproche vil, de modo brutal y perverso. El no merecía ningún reproche. Aquella mujer no le inspiraba amor vulgar, sino amor de artista, sin deseo ni mancha, puro y luminoso. La veía como de muy lejos, muy blanca y muy alta, así como el viajero ve la altura distante coronada de nieve, sin el capricho de tocar con sus manos la radiosa candidez de la cumbre.

Sin embargo, al fin de esas reflexiones, Pascual no recobró su indiferencia. La alusión imbécil de amigos nada generosos tuvo por efecto renovar en su alma una lucha mezquina, la lucha latente de las dos razas que en él vivían, unidas en la sangre, unidas en la conciencia, unidas en las raíces del sér, jamás reconciliadas. Y esa lucha modificó la serena admiración del artista, convirtiéndola en un sentimiento angustioso, velado de tristeza, embebido de amargura. Su carácter se volvió irritable y sombrío; y Pascual, separado cada vez más de sus compañeros, dióse á la vida turbulenta, que maldecía y lamentaba después, cuando ya era demasiado tarde.

Una noche, Pascual rompió de modo definitivo con la mayor parte de sus compañeros. El maligno tocador de flauta, informado del nombre de la dama, objeto de la admiración de Pascual, lo escribió junto al nombre del violinista en un pedazo de papel, agregando á los dos nombres, sarcásticamente unidos, las frases con que los reciencasados acostumbran ofrecerse. Luego, hizo pasar el papel de mano en mano. Y de mano en mano fué el papel, entre cuchicheos burlones y carcajadas reprimidas. Cada uno, al leer, saboreaba la sorpresa y la furia de Pascual, alegrándose mucho, en el fondo, de la humillación del compañero. Ninguno tuvo un movimiento de piedad, y el tonto papelucho, no interrumpido en su viaje, llegó por fín á quien estaba destinado.

Pascual, después de leer, se puso intensamente pálido, arrugó el papel con la mano derecha, y lo arrojó sobre uno de aquellos rostros que lo espiaban contraídos en una mueca irónica. Y por la primera vez estalló en palabras duras, vibrante y soberbio como himno de guerra, su orgullo reprimido.

—Imbéciles! Cretinos! Envidiosos! Raza de lacayos incapaces de nobleza! ¿Qué daño les hacía él para que siguieran molestándolo? El era libre, muy libre, no sólo de admirar, sino de querer á la más encumbrada de las reinas. ¿Quién podía impedírselo? ¿Y por qué iba él á considerarse inferior á nadie? Los que se creen inferiores merecen serlo, y no de cualquier modo, sino á la manera del esclavo. El, por lo contrario, valía más que muchos. ¿Acaso no valía más que muchos de los boquirrubios que estaban en los palcos y andaban por los pasillos, muy orgullosos de su elegancia, contentos y felices con lucir sus albas pecheras, las botas relucientes y los dedos enjoyados?

La mayor parte de ellos eran vanidad é insipidez, en tanto que él siquiera llevaba por dentro algo noble, como la virtud de vaciar en notas y acordes gratos la harmonía de las cosas, la música de las almas, lo más ideal de la belleza. Y por esto mismo ¿no era él superior á muchas de aquellas mujeres, de maneras y voz amables, de apariencia delicada y frágil de lirios, de carne blanca y sedosa, pero de alma primitiva, cerrada al ideal y vencida del deseo? Y si no era así: ¿cómo explicar las conquistas hechas entre esa multitud femenina por el bajo de la última temporada, italiano vulgarote y grosero, con su belleza de Apolo plebeyísimo, de formas hercúleas y expresión de macho brutal y dominador, escapado de la selva? Eso, él no quería, ni lo envidiaba......

Y Pascual, toda esa noche y al día siguiente, no abrigó sino pensamientos é impulsos de odio. La misma mujer, símbolo de su ideal—blanco, alto, inacce-

sible—le inspiró antipatía y repugnancia. Pero ese estado de alma fué pasajero. Parecía como si en Pascual hubiese dos hombres distintos: el uno orgulloso, vano, irascible, pequeño; el otro dulce, paciente y magnánimo. La generosidad del artista triunfó del odio vulgar cambiando la sombra y la amargura del odio en la sombra y amargura suaves de una melancolía apacible, germen de bellezas. Entretanto, la enfermedad, hasta entonces escondida, apareció desnuda y sin máscara, abrazándose de Pascual como de una presa valiosa á la cual había de impedirse de todos modos la fuga. Al quebranto ligero de todas las tardes, atribuído al principio á un catarro común, sucedió la fiebre tenaz y franca; y cada vez hacíase menos llevadero al violinista su trabajo nocturno. Cuando recurrió al médico, éste le aconsejó abandonar sin tardanza la orquesta, dejar el teatro en cuya atmósfera viciada, llena de excitaciones peligrosas, la enfermedad tomaría rapidez considerable, y vivir, si era posible, en algún sitio campestre ó en cierto pueblo montañés hacia donde peregrinaban los enfermos del pecho á buscar, en el reposo y la brisa buena y fragante, la cicatrización de los pulmones malheridos.

El médico no le dijo toda la verdad, sin alentarlo con una promesa halagadora. Y durante los dos primeros meses de su estada en el pueblecito montañés, la promesa estuvo en camino de realizarse. El descanso, la verde perspectiva de los cafetales y bosques próximos, y las auras frescas y puras parecieron devolver al cuerpo desmazalado y anémico de Pascual todas las fuerzas juveniles.

Pero, la tos, apagada algún tiempo, despertó, y la fiebre, de nuevo encendida, prosiguió su obra siniestra. Ah! la enfermedad larga, lenta é implacable! La noche, sobre todo, era un suplicio, y Pascual la veía aproximarse con espanto. Lo aterrorizaba la idea de dormirse, por miedo á despertar bañado en sudor, un sudor frío y odioso que le empapaba la frente y le corría por el cuello en gotas finas, ó por miedo de un sueño desesperante y raro que lo turbaba con frecuencia. Cuando soñaba, solía aparecérsele en sueños la imagen de la mujer admirada tiempo atrás en el teatro, y esa aparición era como nuncio de otro sueño raro y angustioso. Los contornos limpios y claros de la imagen se esfumaban y confundían hasta desvanecerse en una gran blancura de lirios, de hostias y nieve. Y Pascual sentía su cuerpo miserable como tendido no una estepa solitaria cubierta de nieve ó abandonado en el misterio de una región polar, muy blanca y muy fría. La gran blancura borraba poco á poco la sombra de su piel; el frío intenso apagaba el calor de su fiebre, y el cuerpo todo de Pascual iba gradualmente aniquilándose hasta caer en la nada con el último calofrío de angustia: en ese instante despertaba en una ola de sudor, y al día siguiente su tristeza crecía con los recuerdos de la noche. Sin embargo, la gran visión blanca le parecía ridícula, y no podía explicarse por qué turbaba tan hondamente sus nervios.

Desde su llegada al pueblo, el violinista daba todos los días, hacia la tarde, un largo paseo, terminado en las afueras del pueblecito, en un extremo del viaducto, ó en la estación del ferrocarril, á la hora de pasar el único tren rápido de por aquellos alrededores. Pero con mayor frecuencia tomaba camino del viaducto. En la estación, el ir y venir de los viajeros le hacía mucho daño. Le llenaban de pesadumbre los viajeros en cuyos rostros lozanos cantaba la vida, cruel y hermosa, y de vuelta á su casa había de arrepentirse de bajos impulsos de odio sentidos en presencia de mejillas y cuerpos rozagantes.

Por la noche, el violinista se retiraba desde muy temprano á su alcoba, y cuando la fiebre no lo vencía, empeñábase en verter, en los sones más dulces de su instrumento, la queja de continuo resonante en su alma. El violín, en las trémulas manos de Pascual, gemía, sollozaba, lloraba sin consuelo. Cada nota, exhalada de las cuerdas, caía como una lágrima en el silencio nocturno. Los vecinos insomnes, desolados con la tristeza del violín, proyectaban á veces acallar por un medio cualquiera el eterno sollozo del músico; pero, después, al ver la cara del enfermo, olvidaban, llenos de piedad, su propósito egoísta. Los desarmaba el aspecto del tísico, y su aire de azoramiento como de pobre animal perseguido de muy cerca por la jauría. Le daban ese aire de azorado, los ojos con su vivo centelleo de fiebre y las orejas, en apariencia muy grandes, por la flacura del rostro.

Y en la quietud y el silencio nocturnos, el violín seguía gimiendo y sollozando sin consuelo. El artista luchaba por encerrar en el quejumbroso lenguaje de las cuerdas, con su amargura, sus tristezas y dolores, las tristezas, los dolores y toda la nostalgia de las dos razas que no se habían dado aún el beso de paz en su alma incierta de mestizo. De este modo la melodía se prolongaba, sin fin, al través de semanas y meses, triste y monótona. Cada noche, Pascual encontraba todavía un gemido sin exhalar, un sollozo ignorado, una lágrima nueva, y nuevas frases desgarradoras poblaban de lamentos el aire. Pero las últimas frases, las últimas notas, las más dolientes y amargas, las que habían de contener el postrimero grito de dolor con el primer singulto de agonía, tardaban en llegar......

Y cuando por fin llegaron después de mucho tiempo, no llegaron tales como las previó el artista. El acaso, brutal y ciego, turbó y deshizo el ensueño melodioso.

Una tarde, Pascual, en vez de ir como de ordinario hacia el viaducto, encaminóse á la estación, y ahí, sobre el andén, en un grupo de viajeros recién llegados al pueblo, vió con sorpresa indecible á su admirada del teatro. Era la misma mujer de ojos negrísimos, cabello de oro y blancura de nieve, pero muy enflaquecida y pálida. Con ojos ya muy expertos, Pascual vió comenzándose en ella el mismo drama lúgubre qué en él estaba por concluirse.

La misma dolencia implacable había llegado hasta la mujer, símbolo de su ideal, llenando el pecho de dolor, sembrando de violetas los párpados, prendiendo en los pómulos fugitivas rosas de fiebre. Y ante la cruel certidumbre, algo muy extraño pasó en el violinista. Pascual sintió desvanecerse como el humo toda su tristeza, mientras un júbilo desenfrenado lo invadía, estremeciéndole cuerpo y alma. De vuelta á casa, al caminar, su cuerpo todo vibraba de júbilo contenido, y como un insensato, hacía gestos y hablaba á solas el músico.

Imbéciles! Digan ahora si no somos iguales. Imbéciles! Vengan á decir si no somos iguales. Imbéciles! Imbéciles!

Y ese día, por la noche, no se quejó el violín como en las noches anteriores. No más preludió una queja, cuando rompió á reir estrepitosamente. La risa del desdén, la risa del orgullo, la risa del desprecio, la risa irónica, la risa del sarcasmo, las risas de la franca alegría y del placer verdadero, todas las risas, todas las risas estallaron en la caja sonora del violín, se mecieron en las cuerdas y revolotearon en el aire como bandada de pájaros bulliciosos. Durante casi toda la noche resonaron esas risas, tan siniestramente, que los vecinos insomnes llenáronse de miedo; y cada vez menos tímidas, cada vez más altas, cada vez más locas, fueron juntándose, hasta acabar fundidas en un solo grito de suprema exultación y de triunfo.

Al otro día, en la boca y entre los labios del tísico se vieron grandes coágulos de sangre y, sobre la blancura del lecho de muerte á todos pareció muy blanca y luminosa la piel del violinista, como si en el trance final se hubiese realizado la cándida visión de sus noches, desapareciendo, en la vasta blancura soñada, de región polar desierta y fría, toda la sombra de su piel, á la vez que se apagaban en el frío de esa gran blancura sus dos fiebres mortales: la fiebre de la tisis y la fiebre del amor, no satisfecho.

M. DIAZ RODRIGUEZ.

TARCISIUS.

[Escultura de Alejandro Falguière. Museo de Luxemburgo].

Oh noble fé! oh alta poesía! oh puro ideal! Morir así como el joven mártir, lapidado el cuerpo y gozosa el alma! .... apretar sobre el corazón la hostia santa mientras se cae al golpe impío!.... ser el poeta, que al romperse, exhala su divino verso de piedad y de amor!...

El Cristiano, bello y radiante, coronado con el orto de la juventud, marcha sobre su ensueño llevando el

blanco pan de las eucaristías.... Hijo de Jesús, flor de Galilea, destello de la promisión, en tu sonrisa vibran las delicias del beso materno, en tu alma vuelan alas seráficas entre acordes de aleluya, y flotan ante tus ojos pedazos de cielo tachonados de miradas de vírgenes!......

La turba grita, aulla; es la Bestia que trae todos los odios, todas las venganzas, todas las garras y todas las hambres del pasado. Te acecha, te ve, te sigue, se encoleriza, se enrojece y espumea su delito....; y tú marchas, marchas sobre tu senda de naranjos y de alondras, adorable inmaculado!

Por fin la piedra brutal silba en los aires, te hiere y te derriba......Entonces eres más bello! El dolor te completa: no el dolor que blasfema, no el que cede, no el que implora; el dolor que transforma la queja en dulce estrofa de amantísimo perdón; el que afianza el ideal con los últimos nerviosos esfuerzos de la fé; el que haciendo diáfana la carne vencida, deja ver los esplendores del alma invicta; el que conserva en la muerte, puras las manos heróicas, tersa la frente soñadora, claros los ojos sonrientes y frescos de besos y de poesía los labios castos!

Mártir! Corona del castigo universal sobre la cabeza de un inocente; sangre que para extinguir la sed de la conciencia hacen brotar del corazón del justo los picos bravos de los buitres y las lanzas implacables de los fariseos; lágrima que rueda eternamente brillando sobre la cumbre de los siglos como faro y como estrella; anhelante imploración al cielo, de los brazos que se abren sobre la locura y la maldad; palabra de virtud que al caer de la cruz como perdón se eleva sobre la cruz como esperanza!

Oh, Tarcisius, pobrecito mártir! pobrecito poeta!

París.

JESUS URUETA.

INMORTALES.

A MI RESPETADO Y PATERNAL AMIGO EL SR. GENERAL D. JOSE VICENTE VILLADA.

CANTO PRIMERO.

Tarde por tarde, cuando el sol de Mayo,
sonrosando la frente de los cielos,
ocultaba con lánguido desmayo
su agonizante rayo
del tropical crepúsculo en los velos;
ella, la virgen mía,
esa niña con alma de poeta
que embriagada de amor y de alegría
inspiró á mi laúd su melodía
y lo adornó con ramos de violeta;
ella, mi pensadora,
que del sueño en los mágicos verjeles
ostentaba triunfante,
en sus labios un nido de claveles,
y en sus ojos un lampo de la aurora;
ella, riendo ufana,
con la risa feliz del inocente,
acercaba su rostro á la ventana;
y, ocultando su frente
tras el marco de blancas madreselvas,
contemplaba, con rostro embebecido,
el beso de las hojas en las selvas,
el beso de las gotas en la fuente,
el beso de las aves en el nido
y el beso de la luz con el torrente!

Y después, cariñosa,
oprimiendo mi mano entre su mano,
que era tersa y ligera
y suave cual si fuera
el ala de una blanca mariposa;
—"Hay flores inmortales, me decía;
hay flores inmortales, y esas flores
son las que yo he soñado
para adornar tu frente, vida mía;
tu frente en que abandona
mi corazón, sus besos de alegría,
donde mi fé derrama sus fulgores,
donde puso mi alma una corona
tejida por la luz de mis amores!
Hay flores inmortales, no lo dudes:
mis ensueños son rosas, rosas blancas,
que al caer en mis párpados rendidos
me ofrecen sus aromas,
cuando, al dormirme en brazos de la noche,
me acuerdo de esos nidos
donde se quieren mucho las palomas;
mis esperanzas son los azahares
que se abren á la luz de tu mirada
y que al ir sus hojitas enlazando
van trémulos formando
mi corona inmortal de desposada;
y mis recuerdos son mustias violetas,
las violetas que alegre la inocencia
fué en mi cuna de encajes derramando,
y que se fueron sí, pero dejando
empapada en perfumes mi existencia!
Y esas flores no mueren ¡imposible!
¿Y cómo han de morir si son las flores
que alimentan el alma,
y el alma es inmortal? .... Si eres sensible
no me hables más del porvenir obscuro:
hay flores inmortales, no lo dudes;
hay flores inmortales, te lo juro!"—

Y nerviosa, intranquila,
inclinándose ufana,
lanzaba á mi pupila
de su negra pupila americana
el beso tropical......
Y en tanto, lejos,
absorta ante los últimos reflejos
del espirante sol, se reclinaba
la ciudad, medio envuelta
en el ropaje negro que le daba
el Genio de la noche. ¡Parpadeaba
el mundo soñoliento!
Y en las alas del viento,
al perderse en el cielo enrojecido
la nube que al contacto voluptuoso
de la luz, ruborosa se encendía,
iba del sol tras la brillante estela,
como si fuera la turgente vela
de un barco luminoso
que en un golfo de sangre se perdía!

CANTO SEGUNDO.

Responde, Juventud:—¿Para qué sirven
tus sueños tropicales?
Yo soy joven aún, tengo en el alma
el germen de tus dulces ideales;
y sin embargo, inclino la cabeza,
y abrazado convulso á la pobreza,
náufrago del placer y los amores,
ay! no puedo alcanzar en mi tristeza
ni la flor menos bella de tus flores!

Devolvemos sus lirios á la infancia
y ella se va. La juventud ardiente
en el alma derrama su fragancia,
sus cánticos sentidos,
y dice al corazón, con voz vehemente
los secretos del polen y los nidos.
Y la infancia se va.... Lejos, perdida,
no vierte cariñosa
de sus pupilas el fulgor de luna,
y el niño, con el alma estremecida,
saluda al Océano de la vida
irguiéndose en el borde de la cuna.
Y se lanza....¿Y á qué?....Llega la hora
en que mustio reclina la cabeza
en el seno glacial de la Tristeza......
Tú, Juventud, hermana de la aurora,
¿por qué arrebatas con afán impío
al niño del hogar de la inocencia
y ofreces á la flor de su existencia
el mentiroso amor de tu rocío?......

***

La noche descendía paso á paso,
y la tarde, que triste la miraba,
silenciosa y temblando, se encerraba
en la elegante alcoba del ocaso.
Mayo enfloraba las distantes selvas:
las blancas madreselvas
trepaban al esbelto naranjero,
y dejaban caer una guirnalda
sobre el cafeto de hojas de esmeralda
que creció junto al límpido venero.
Era el mes del placer! Las mariposas
espiaban indiscretas, los amores
de las sangrientas rosas;
los silfos desplegaban todo el lujo
de sus alitas diáfanas. Las brisas
jugaban de la tarde á los fulgores......
ay! era la estación á cuyo influjo
tiemblan de amor las tempraneras flores.
Y en voz baja, mi niña me decía:
—«Siempre, mi rey, te he dicho lo que siento;
siempre, siempre entregué á tu pensamiento
los sueños que forjara el alma mía;
mas hoy que tornas de tu largo viaje

no sé!....¡Tengo verguenza!....¡Hay una extraña
sensación que trastorna mi cabeza......
Me ruboriza la menor patraña,
con morderme los labios me embeleso....
¡Ah! ¿qué será este afán, loco, infinito?
—¿Por qué, mi cielo, si en tu amor medito
pliego los labios y te mando un beso?»

Yo absorto la escuchaba;
con ansiedad profunda la miraba,
y sus calientes manos oprimía.
Ya no era aquella niña sonriente
que ocultando su frente
—«Hay flores inmortales»—me decía.
Era ya una mujer, y la tristeza
agobiaba su artística cabeza,
porque en el fondo tibio de su seno
arrojaba cruel, como un veneno,
su savia, la inmortal Naturaleza!

Ardiente la miré.. .se fué acercando...
sus labios, entreabiertos, me atrajeron...
Sí, los besé....Sus brazos me oprimieron...
dió un grito de placer....huyó temblando ..

Y la noche llegó! Todas las aves
se adurmieron, medrosas, en el nido;
el pabellón sublime del espacio,
quedó con clavos de oro suspendido;
y el torrente, surcando las cañadas,
condujo á las praderas olvidadas,
en barquillas de espuma vaporosa,
mosquetas deshojadas,
manojos de gardenias desmayadas
y temblorosos pétalos de rosa.

CANTO TERCERO

¡Oh dichas del ayer! ¡Fugaces horas,
formas del ideal que os deshicisteis
para tomar las formas seductoras
de una mujer......huid, huid ligeras
y dejad que en mis ansias infinitas
deshoje tristemente las marchitas
guirnaldas de mis muertas primaveras!
Recordar! Recordar me causa hastío!

Yo sé muy bien que el cáliz de las flores
necesita del beso del rocío;
pero sé, por mi mal, que en sus amores,
caen los pétalos mustios, sin colores,
y la gota es vapor, errante y frío!

Ella, mi pobre niña, ya no quiso
verme otra vez. Tenaz melancolía
encendió en su pupila apasionada
una luz funeral. La selva umbría
ya no escuchó su alegre carcajada,
y en su postrera carta, apasionada,
¡aun me acuerdo!—
«¡Oh, amado!—me decía,—
fuí débil nada más; pero soy pura;
mas si torno á mirarte, la ternura
y esta pasión satánica y sombría
estallarán en mi anhelante seno
y rodarán entonces sobre el cieno
las flores ¡ay! de la inocencia mía!....
Vete; no tornes más!.... Ah! ¡sufro mucho!
¡Con cuánta angustia escucho
el eco agonizante de aquel beso!
Fuí una loca.... ¡perdón!...... ¡estaba ciega!
No pude imaginar que el embeleso
de dos que se acarician delirando,
fuera el saludo que se dan temblando
el genio del amor que triste llega
y la paz que se aleja sollozando!
—Hay flores inmortales—te decía
¿No te acuerdas, mi bien? ¡cuánta tristeza!
Te lo juré mil veces, bien me acuerdo:
Será inmortal la flor de tu recuerdo!
Será inmortal la flor de mi pureza!
Vete, vete, por Dios! De estos amores
aparta, por piedad, tu pensamiento.
No soy cruel al deshojar tus flores,
que es mejor el puñal de los dolores
que el puñal del voraz remordimiento!»

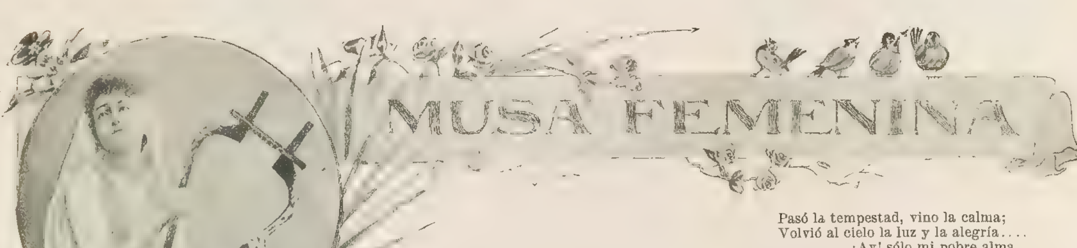
Con el hondo pesar con que se cierra
un ataud, así cerré esa carta;
sacudí la cabeza entristecida,
y partí.... me alejé.... ¿Cómo la tierra
no tembló con mi horrible despedida?....

¡Qué barullo! ¡qué estruendo! Se hacinaban
en el andén los sacos de viaje,
al largo tren más carros se agregaban,
y los viajeros, todos, se agitaban
produciendo el rumor de un oleaje.
Llegó la hora. La audaz locomotora,
silbó, partió triunfante,
y avanzando soberbia en el desierto
su banderola de humo sacudía,
cual adalid que saludara amante
al sol, que por mirarla, en ese instante
su dosel de celajes entreabría!

. . . .

Tarde por tarde, cuando el sol de Mayo,
sonrosando la frente de los cielos,
oculta con desmayo
su agonizante rayo
del tropical crepúsculo en los velos;
cuando ya la ciudad parece muerta
y velan solamente, temblorosos,
los recuerdos que van, de puerta en puerta,
pidiendo una limosna de sollozos;
entonces me reclino en mi ventana;
miro el confín donde la luz oscila;
con ávida pupila
abarco la extensión del cielo obscuro,
y escucho un vago acento
que me repite trémulo, inseguro
despertando pasadas inquietudes:
—«¡Hay flores inmortales, no lo dudes!
Hay flores inmortales, te lo juro!»

JOSE M. BUSTILLOS.



DEFINICIONES

Amor, dijo la rosa, es un perfume;
Amor es un murmurio, dijo el agua;
Amor es un suspiro, dijo el céfiro;
Amor, dijo la luz, es una llama.
—¡Oh, cuánto habéis mentido!
Amor es una lágrima.

ASI!

Elevóse en la orilla del arroyo
blanco girón de gasa,
y al llegar á lo azul, desvanecióse,
cayendo en gotas de agua.
Mi esperanza de amor se alzó ligera
como esa nube blanca,
flotó un punto en el cielo de la dicha,
y se deshizo en lágrimas.

SIEMPRE SUFRIENDO

Se desató la tempestad, y el cielo,
Cubierto de una nube ennegrecida,
Fué la imágen de mi alma sin consuelo,
de mi alma dolorida.

Pasó la tempestad, vino la calma;
Volvió al cielo la luz y la alegría....
¡Ay! sólo mi pobre alma,
Después de su dolor, quedó sombría!

Quiero ver:
No la onda que suave se desliza
Y el verde margen de la orilla besa;
—Porque mi corazón ya no armoniza
Con ondas como esa;—
Sino la onda inmensa que, atrevida,
Sube al hundir la nave donde estalla;
Como tal vez acabe con mi vida
El mal que me avasalla!
No la estrella de ráfagas brillantes,
Que tranquila prosigue su camino;
Porque no vierte sobre mí, como antes,
Un rayo peregrino:—
Sino la exhalación que, de repente,
Surge, cruza y se apaga en lontananza;
Como pasó una vez sobre mi frente
La luz de la esperanza!

JOSEFA MURILLO.

ESPERANZA DE AMOR

POLKA

Luis G. Jordá

Introducción

PIANO

f p rit

à tempo p

ral . len tan . . . do

à tempo

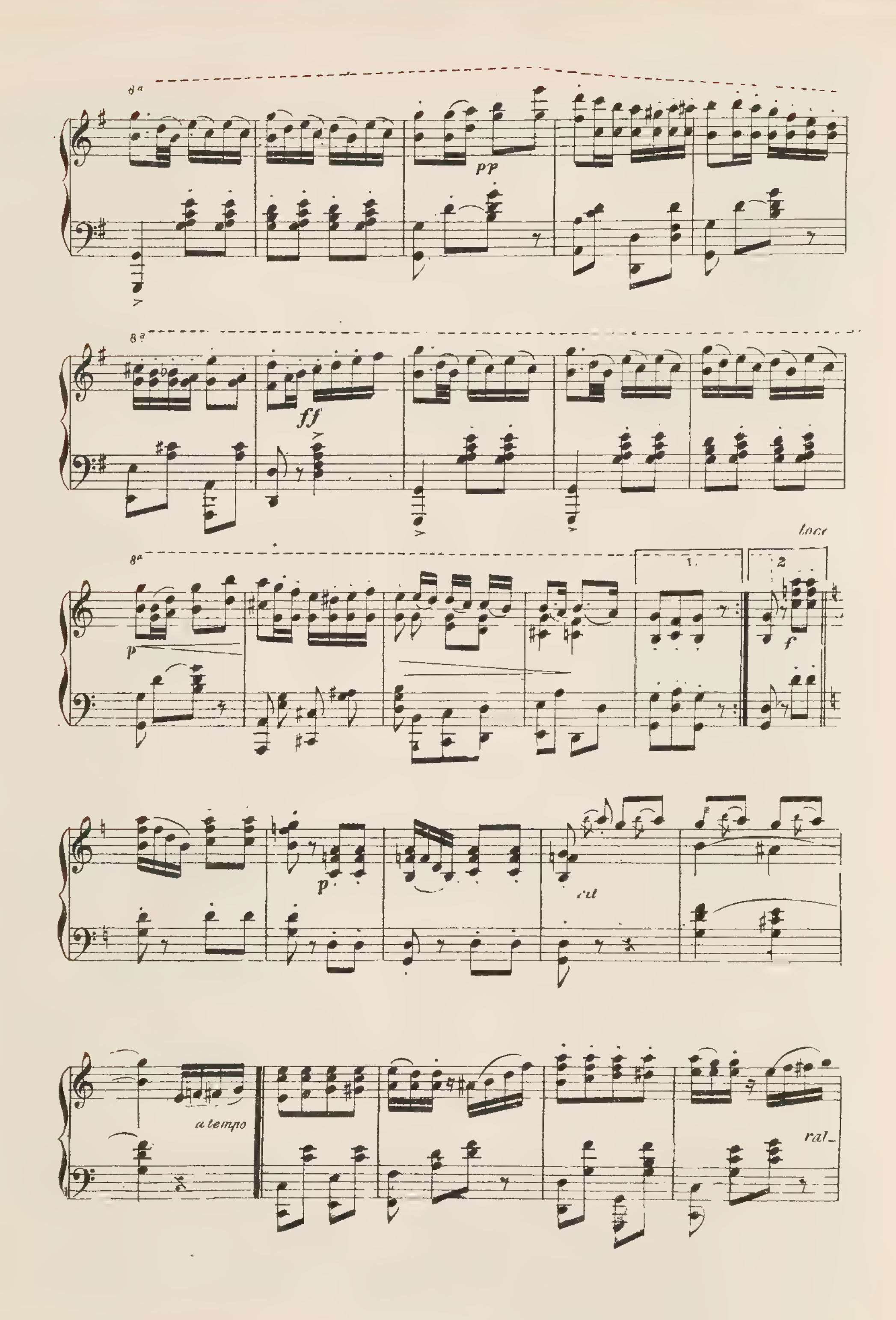
ff

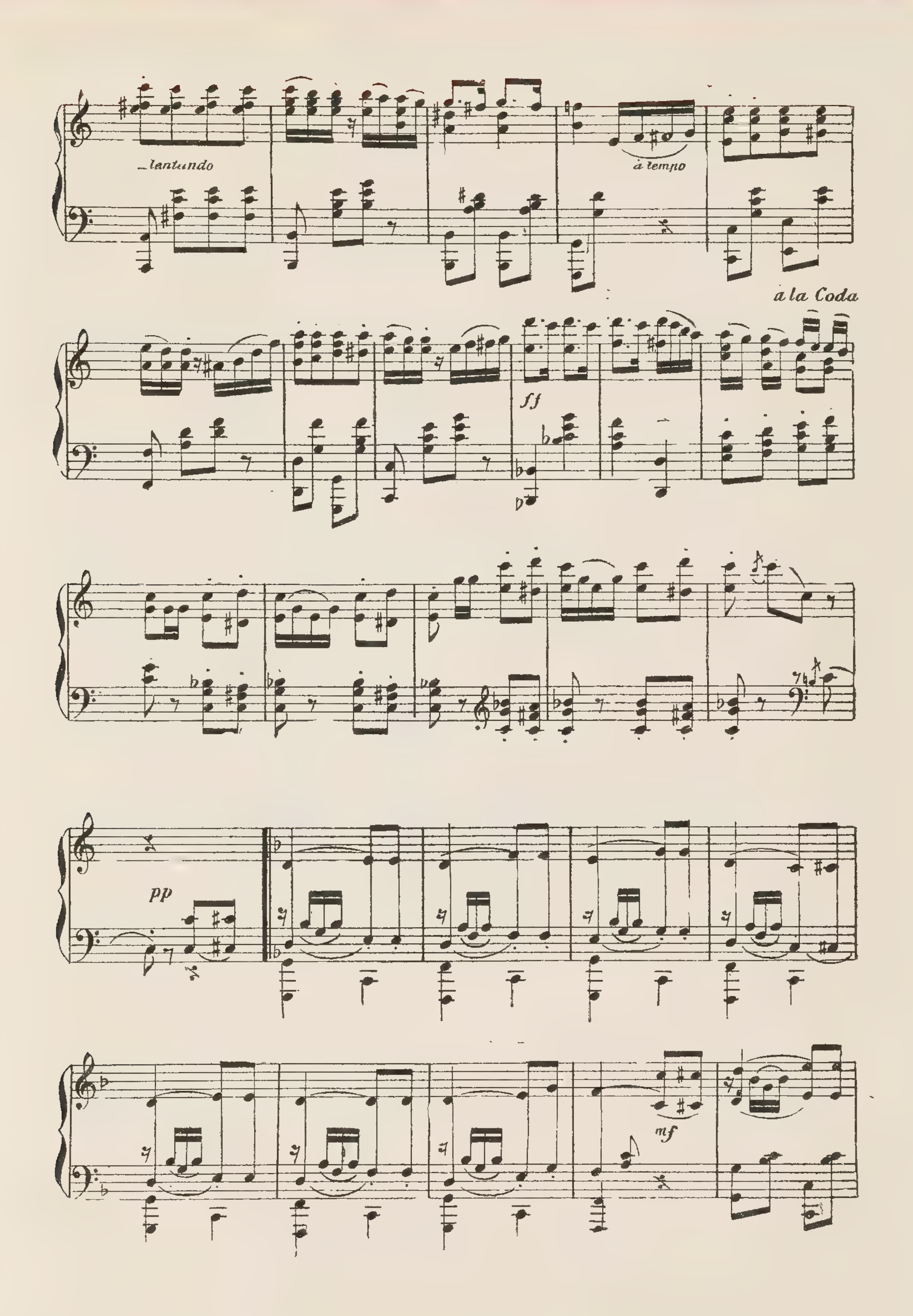
1 2

8. . . . .

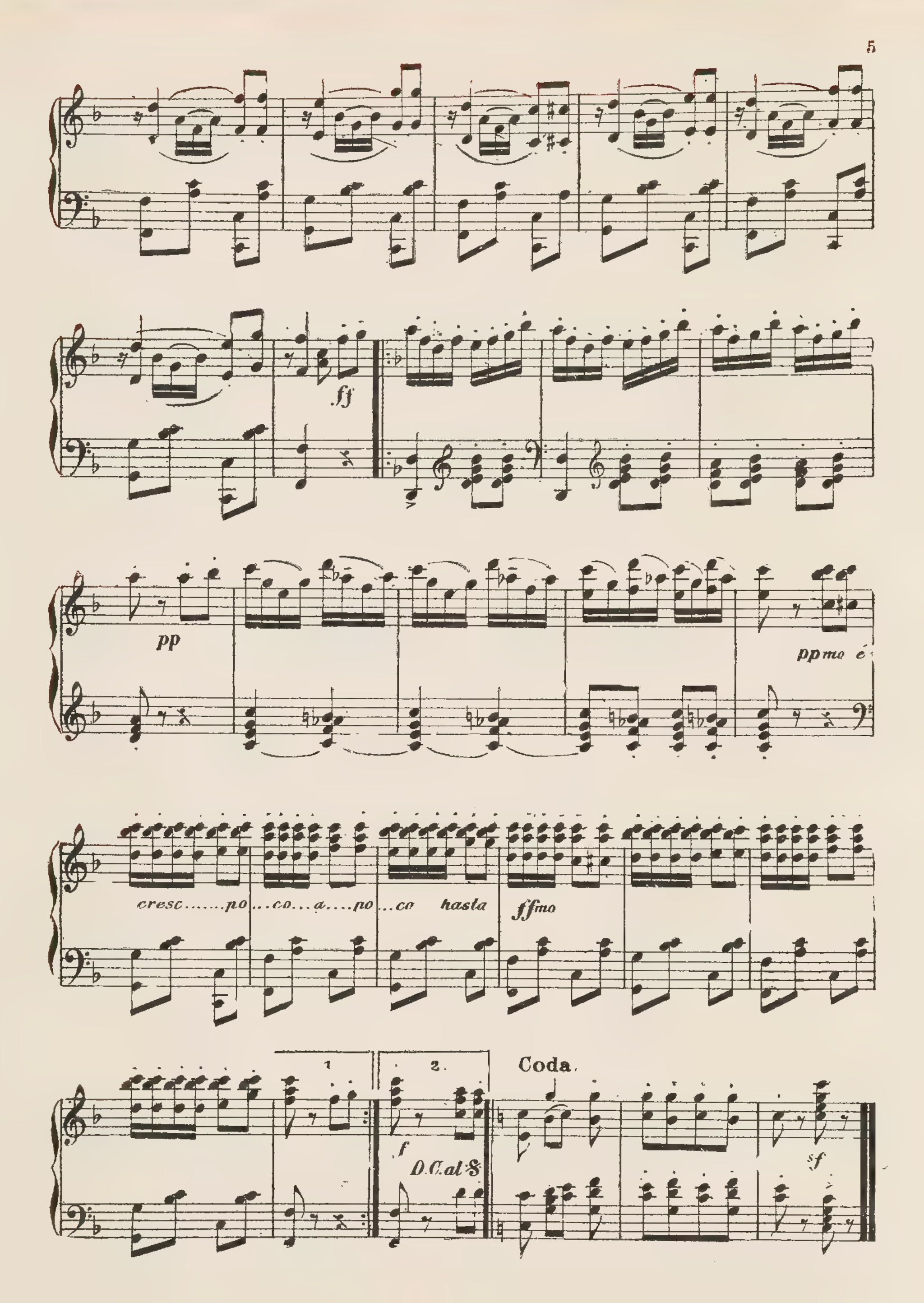
p ff

OTTO Y ARZOZ. Editores, Vergara. 12. MÉ


8a
pp
8a
ff
8a
loco
1.
2
p
f
p
rit
a tempo
ral_



_lentando
a tempo
a la Coda
ff
pp
mf


ff
pp
pp mo é
cresc.......po...co...a....po...co hasta
ffmo
1
2.
Coda.
f
D.C.al 𝄋
sf

Páginas de la Moda

MEDICINA DOMESTICA

LOS ALIMENTOS INDIGESTOS

Con el calificativo expresado á la cabeza de estas líneas, se designan las substancias alimenticias que, no pudiendo ser digeridas, ocasionan las incomodidades y accidentes, gravísimos á veces, comprendidos genéricamente en la voz indigestión.

Las substancias indigestas son muchas y hay que advertir para darles este calificativo, que se debe tener muy en cuenta la persona que los ha tomado, pues hay individuos que por lo delicado de su estómago, por la falta de dientes ó por circunstancias muchas veces desconocidas, se indigestan con substancias que son perfectamente digeridas por la mayoría de las gentes.

Hecha esta salvedad, diremos que los alimentos indigestos, lo son por su procedencia, por su textura, por sus principios inmediatos ó por su modo de preparación.

Hablando en general puede decirse que los alimentos de procedencia vegetal son menos digeribles que los de origen animal; los alimentos vegetales son más indigestos á medida que tienen menos jugo y más fibras, las semillas, cubiertas de una película de celulosa inatacable por los tubos digestivos, deben ser despojados de ella para que su digestión sea fácil, ó deben masticarse con cuidado, en tal caso se encuentran los frijoles y los garbanzos. Es muy común notar que los niños expulsan semillas de frijol intactos, pues comiendo con voracidad, tragan antes de haber mascado bien.

La textura de las substancias alimenticias influye mucho en la facilidad ó dificultad de la digestión. Todas aquellas que contienen tendones ó tejido grasoso, son de digestión bastante difícil, lo mismo que las que contienen mucho tejido del que los anatómicos llaman correctivo, por esta razón deben tenerse por alimentos muy indigestos las patas, los chicharrones, los sesos, la cola, las panzas y las tripas.

Entre los principios inmediatos que deben calificarse de indigestos, figuran las grasas, que fatigan extraordinariamente los intestinos. Por este motivo se deben tener por indigestos: el jamón, la mantequilla, las natas y los sesos, de que ya hemos hablado.

El modo de preparación de una substancia alimenticia influye en extremo para hacerla más ó menos digerible: una misma substancia preparada de un modo se digiere bien y preparado de otro es muy indigesta. Por ejemplo los huevos crudos ó tibios se digieren con facilidad, estrellados se digieren menos bien, en tortilla, menos bien aún, mientras que duros son muy indigestos.

UN HERMOSO MODELO DE PRIMAVERA.

Entre las condiciones de la preparación de los alimentos, que modifican su indigestibilidad, se deben distinguir dos, el grado de cocción y la condimentación. Las carnes, por ejemplo, cocidas insuficientemente ó muy recocidas son muy indigestas. En cuanto á la condimentación lo que más influye es la grasa que se mezcla á la substancia alimenticia, pues ya hemos dicho que, en igualdad de circunstancias, debe tenerse por cierto que á mayor cantidad de grasa, corresponde mayor dificultad para que se efectúe la digestión. Los pescados comprueban esto muy bien, la carne de estos animales es de las más fáciles de digerir, mientras que la mayor parte de los platillos que con pescado prepara el arte culinario, son de una digestión muy difícil, debiéndose esto á la gran cantidad de grasas que se le mezcla.

Para juzgar de la digestibilidad de las carnes, se deben tener presentes dos cosas: la clase de animal que la proporciona y su edad. La carne de los animales jóvenes es más fácil de digerir que la de los animales viejos. La carne de los ostiones es de facilísima digestión, luego viene la de los pescados, en seguida viene la de los reptiles, tales como las tortugas, luego la de las aves, y la de los mamíferos es la de menos fácil digestión. El pollo se digiere con más facilidad que el pavo, la carne de carnero es más digestible que la de res, y ésta más que la de puerco.

La dispepsia.—Sus causas y modo de combatirla.

Entre las dolencias que incomodan al hombre, haciendo su vida insoportable, ocupa nada ínfimo lugar dor su larga duración, por lo que resiste á los métodos curativos, por su frecuencia y por su multitud de dolencias que ocasiona, la incapacidad habitual del estómago para digerir, que lleva el nombre de dispepsia. No es de este lugar discutir si la tal enfermedad es ó no una gastritis, si es ó no de causa parasitaria. Que la sea en buena hora, el hecho es que sea cual fuere la lesión material de que depende, sus resultados son entorpecer y dificultar la digestión estomacal.

La inapetencia es uno de sus síntomas más constantes; los enfermos se quejan de sequedad y de mal sabor en la boca, son aquejados por la sed. Apenas comen algo y les agobia lo que en ellos sí puede llamarse los horrores de la digestión; experimentan en la boca del estómago y debajo de las costillas una sensación de tirantez y de peso que les incomoda en alto grado, sienten que el vientre se les abulta hasta sofocarles. Son atormentados por frecuentes erutos, que consisten en la expulsión, por la faringe y la boca, de los gases formados durante una digestión imperfecta.

Unas veces los gases son insípidos y sin olor, otros causan al enfermo una sensación de acritud en la garganta y exhalan un olor fétido insoportable. Otras veces en vez de repetir productos gaseosos, el enfermo siente que sube á su garganta un líquido agrio y corrosivo.

Con las incomodidades que el enfermo experimenta en el vientre se asocian dolores de cabeza, vértigos repetidos, una sensación de somnolencia insoportable y sombríos accesos de mal humor. Es muy común observar que en la boca del estómago y debajo de las costillas y en el espinazo se presenta un dolor intenso, que á menudo toma las proporciones de una verdadera gastralgía, también se observa con mucha frecuencia que sobrevengan vómitos en los cuales el enfermo arroja alimentos mal digeridos, mezclados á mucuosidades.

Estas diversas incomodidades molestan al enfermo casi toda la tarde, el carácter se altera profundamente, el discéptico se vuelve irrascible é hipocondriaco; el estreñimiento es uno de los síntomas que acompañan frecuentemente esta enfermedad, cuya duración es positivamente indefinida, pues se observan casos de dispepsia que han durado veinte años, y no pocas veces no concluye sino con la vida del enfermo.

Para curar esta enfermedad debe el enfermo suprimir la causa que le haya ocasionado, hacer ejercicio, usar los baños fríos, aplicarse una ducha en la boca del estómago. Debe abstenerse de las bebidas alcohólicas, del café cargado, del chile, de la mostaza, de todos los condimentos fuertes, de las bebidas heladas, del tabaco, sobre todo si lo usa en pipa, en puro, ó mascado, que es la peor de las formas.

Debe reglamentar muy bien las horas de sus alimentos, tomar carnes suaves como el filete, carnes de ave, de tortuga, pescado blanco y ostiones crudos. Debe evitar los pescados y mariscos fritos. Esto como regla general, pues aconsejamos á cada enfermo en particular que observe qué alimentos son los que mejor digiere.

Después de cada comida deberá tomar una infusión aromática: té, yerba-buena, ó manzanilla, y una cucharadita de magnesia granulada. En la comida beberá agua de sedlits teñida con vino Bordeaux ó un vaso de buena cerveza. Una hora después de haber comido convendrá tomar un vaso de agua de Vichy.

Cuando los erutos gaseosos sean muy abundantes, deberá tomar magnesia ó carbonato de magnesia en polvo ó carbón de Belloc. Para los agrios será conveniente usar el carbonato de sosa, y tener frecuentemente en la boca una pastilla de Vichy.

Para combatir el extreñimiento y estimular el estómago, será conveniente usar por la noche una dósis de veinte ó treinta centígramos de acíbar, tomados en dos píldoras, con el mismo objeto podrán emplearse medicamentos que tengan como base el ruibarbo ó la coloquíntida. Cuando el extreñimiento sea excesivo, cuando haya vértigos frecuentes, sensaciones subjetivas de luz, gran dolor de cabeza y otros síntomas que haga temer una congestión cerebral, el enfermo tomará una cápsula que contenga un grano de calomel y de jalapa.

Cuando haya motivo para creer que la causa de las malas digestiones se debe á la falta de jugo gástrico, ó á la escasez en este líquido de su fermento soluble se administrarán las preparaciones de pepsina.

La inapetencia se combatirá por medio de los amargos, tales como la genciana, la cuasia y la nuez vómica, tomadas poco antes de comer; recomendamos para este efecto la siguiente preparación, que en muchos casos nos ha dado muy buenos resultados en nuestros enfermos: vino de quina, sesenta gramos; extracto de cuasia, uno; tintura de nuez vómica, cincuenta centígramos; para tomar una cucharadita antes de comer.

DR. PORFIRIO PARRA.

NUESTRO GRABADO

Gran toca de tul azul muerto, empenachado á la izquierda de flores y con una guarnición de muselina de seda á la derecha. A la izquierda varios ruchés alternados de blondas. Un penacho imitando ave del Paraíso corona la toca.

UNICA BRUJERIA para mis DIENTES BLANCOS

La muy afamada «Pasta Oriental» de los Dres. Spyer para conservar y blanquear la dentadura y curar el dolor de muelas, compuesta de plantas mexicanas, premiada con medalla y diploma en la Exposición Universal de París de 1889 y reconocida como el mejor dentrífico del mundo. Privilegio exclusivo de Patente de México y también de los Estados Unidos, aprobada por el Supremo Consejo de Salubridad. Está de venta en el tan conocido Gabinete Dental de los Dres. Spyer, inventores de la muy afamada dentadura automática. Calle de la Palma No. 3. Precio del pomo, $1.00 Ventas. al por mayor con descuento.

De venta: en la Droguería Uhilein, Calle del Coliseo Nuevo Droguería Belga Calle d l Espíritu Santo. Novaro y Wiener Sucs., Calle de la Profesa y en todas las principales Droguerías de la Capital.

TOMEN

Vino de S. Germán.

EL HOTEL PLANTERS.

St. Louis Mo. E. U. de A.

Absolutamente seguro contra incendios.

Calle 4ª de Chesnut y Pino.

EL MEJOR

Y MAS NUEVO HOTEL

EN ST. LOUIS

RECONOCIDO POR LOS VIAJEROS.

No tiene rival en los ESTADOS UNIDOS.

Estilos Americano y Europeo

Cuartos confortables.

Servicio inmejorable.

HENRY WEAVER, Gerente.

Máquinas y Malacates á Gasolina de "WEVER"

TRABAJAN con Gas, Gasoline, Kerosene, Nafta Aceite crudo, á un gasto de un centavo por cada fuerza de caballo por hora.

(La gasolina á 10 cts. el galón). Cada máquina se pone á prueba con carga llena y está garantizada absolutamente.

Pidan catálogos á WEBER GAS & GASOLINE ENGINE CO.

421, S. W. Boulevard, Kansas City, Mo., U. S. A.

Solicitamos correspondencia en Castellano, Francés y Alemán.

CABAL SALUD

Pueden alcanzarla todos aquellos que siguen el ejemplo de la Sra. Lizzie W. De Veau del 262 15th St., Brooklyn, Nueva York, E. U. A.

"Por años, en todas las primaveras he padecido de dolores de cabeza inaguantables, acompañados de falta de actividad; de modo que la estación que anhelaba ver llegar era por mi temida, porque á medida que se presentaba el tiempo caliente y agradable sentía el cansancio y el dolor.

El boticario de quien me servía habíame conocido desde la niñez, y hubo de aconsejarme que tomara en la primavera la Zarzaparrilla del Dr. Ayer. Así lo hice y desde que la probé no he experimentado ningún síntoma de dolor de cabeza; mi apetito es excelente y atiendo á todos mis quehaceres diarios con tal contentamiento y energía que me sorprenden."

La Zarzaparrilla

del Dr. AYER

HA CURADO Á OTROS Y LE CURARÁ Á USTED

TOMESE

EL OLUGNA

Que es el único específico para la sangre

MUEBLES
MUEBLES
MUEBLES

Muebles Americanos finos á precios Mexicanos

Hechos de madera de encino

Y NOGAL

Importada especialmente para nosotros.

TENEMOS

Un gran y variado surtido

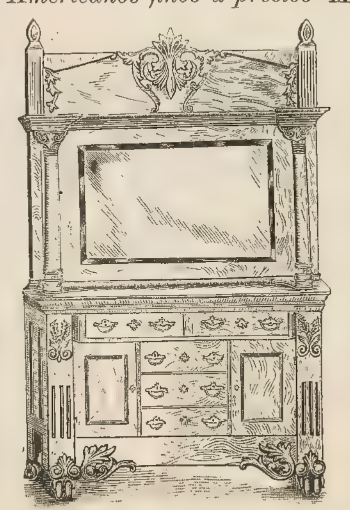
De muebles corrientes

y de lujo

A precios baratísimos.

GARANTIZAMOS

TODO LO QUE VENDEMOS.



HACEMOS

—TODA CLASE DE—

OBJETOS DE MADERA,

SEGUN SE PIDAN

Y con la mayor puntualidad

INVITAMOS A TODOS

PARA QUE VISITEN

NUESTRAS EXISTENCIAS.

SE SOLICITAN PEDIDOS DEL INTERIOR

American Furniture Manufacturin Co. Sucrs. to Mc Vicar & Bissell, 3d Independencia Cor Callejon de Lopez.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 23 de Abril de 1899. | Número 17

BELLAS ARTES.

ABAJO CARETAS.

CUADRO DE CORCOS.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

....*Mierós* me dijo:

—¿Sabes que se murió Manjón?

—No. ¡Pobrecito!

Y recordé á aquel ciego melenudo á quien oí hace cuatro años: un maravilloso tocador de guitarra que enredaba su alma en las cuerdas sonoras y las hacía llorar y reir de un modo tan conmovedor que—no he de olvidarlo nunca—me hizo el efecto de una hechicería como aquellas de las leyendas medioevales.

Era ciego el músico; pero ¿será una gran desgracia ser ciego, no contemplar la luz, no sentir el mundo real, estar condenado al calabozo perpetuo de sí mismo?

Ah, no! Por lo contrario: ser ciego desde la cuna, figurarse el mundo, como viajamos dormidos, por los aéreos países del ensueño; crear un universo conforme á nuestro temperamento; dar caprichosas y vagas formas á nuestras ideas, soñar con el color ignorado, al percibir una agradable fragancia; dan el matiz que imaginamos al palpar un objeto que nos seduzca; extraviarnos en metafísicas reflexiones cuando oímos que los que ven nos dicen: el cielo es azul, el agua corre, los pájaros vuelan, los ojos de las mujeres brillan como estrellas.... es ser feliz á la manera extática y mística, de los creyentes y de los enamorados.

Se ama la luz porque no se la conoce; con el fervor con que adivina el cristiano el ejército de los ángeles y el coro de las vírgenes. Lo que llega á poseerse hastía. La hermosura que jamás se ha desnudado ante nuestra vista es la que más nos enamora.

Y luego...... ¿quién nos asegura que los ciegos no ven? No ven como nosotros, convenido. Pero ellos que cada día educan y afinan sus sentidos, ven lo que no podemos distinguir los que absorbemos claridades con las pupilas sedientas. *Ven* el perfume y sobre toda *ven* el sonido.

El sonido que tiene para ellos gama más extensa y exquisita. La naturaleza es para los ciegos un concierto infinito de voces nunca oídas por nosotros, los torpes que hurtamos con la mirada el placer de todas las otras emociones. Oímos el gorgeo de las aves y el susurro de las abejas; pero......¡quiá! eso es demasiado fuerte, demasiado vulgar. Esa es la banda militar de los paseos públicos; es el ruido de los latones; no es la orquesta completa; no tampoco el cuarteto de cuerda, que interpreta música de cámara, suave y aristocrática. ¿A que no habéis escuchado nunca un coro de libélulas ni un concertante de mariposas? Ellos sí. Porque para ellos el ruiseñor es un canónigo que entona misas de vigilia, y la alondra una *primadonna* de café cantante.

¡Oh, Manjón era un gran artista! ¿Lo viste, muchacha de los ojos dormidos, como entrecerrados en la contemplación de cosas queridas y lejanas? ¿Supiste acaso de alguien que te hablara mejor que Manjón de las cosas que habías visto ya sin haber reparado en ellas? Acuérdate. Salvador Rueda no describe con más nimios detalles en sus versos de iris, el patio andaluz, el emparrado de anchas hojas, la mesa tosca con un batallón de cañas de manzanilla en la cubierta, el *macareno* de cabeza ceñida, la *maja* de peineta de nácar, el muro blanco deslumbrante de sol, y arriba, el cielo de cobalto inmaculado y hondo. Todo eso pintaba el instrumento de aquel delicioso *ciego que veía*. ¡Y qué maravilloso pintor! ¿Estábamos seguros de que era Manjón? Cualquiera, al oírlo, hubiese asegurado que era Fortuny. Su guitarra era un lienzo: cuadro de tonos vivos y enérgicos, ó de pálidos y esfumados matices.

Y, como iba tocando, no en el instrumento, sino de corazón en corazón, para despertar sensaciones dormidas, el hechizo de la vista se hace más intenso y concluye por dominarnos. ¡Mentira! Manjón veía hasta deslumbrarse, la Radiación Suprema. Y mientras la miraba de hito en hito, nosotros íbamos percibiendo las cosas más obscuras y más remotas, como que nuestros ojos se empañaban, poco á poco, con las lágrimas.

¡Pobrecito ciego que nos hizo ver tantas cosas divinas!

***

Un periódico de la Frontera asegura que va á solicitarse nuevamente de nuestro gobierno el permiso para establecer el juego del *box*. Varias veces ha querido implantarse en México esta diversión *yankee*. Creo, sin embargo, que no arraigará!

Los caracteres de las primitivas razas sajonas, marcados por la firme mano de Taine, han resistido á través de las múltiples complicaciones de la herencia y del medio: "Corpachones blancos, flemáticos, con fieros ojos azules y pelo de un rubio rojizo, estómagos voraces, repletos de carne y queso, y caldeados por bebidas fuertes; un temperamento frío, tardo para el amor; apego al hogar doméstico, propensión á la embriaguez brutal".... "No se vive en esas comarcas sin abundante y sólida alimentación; el mal tiempo encierra á los moradores en sus casas; para reanimarlos se necesitan bebidas fuertes; sus sentidos son obtusos, sus músculos resistentes, sus voluntades enérgicas." "Gritar, beber, agitarse, sentir las venas caldeadas y henchidas por el vino, oir y ver en su rededor el tumulto de la orgía era su primera necesidad. La torpe bestia humana se sacia de sensaciones y de ruidos. Para ese apetito hay un pasto fuerte: las refriegas y las batallas."

Los *yankees* tienen algo—muy modificado por la civilización,—conservan algo de los pobladores de las orillas del mar del Norte. Suelen ser atléticos, feroces y sombríos.—«Nosotros, la raza latina,—exclama un historiador—no vemos, de pronto en esos hombres más que bestiazas torpes, cuando no rabiosas y temibles. Al mirar frente á frente á uno de aquellos hombres corpulentos, se viene á la memoria el arranque del crítico insigne: «El amor risueño, los dulces sueños poéticos, las artes, el pensamiento ágil y sutil quédanse para las afortunadas playas del Mediterráneo. Aquí el bárbaro, mal resguardado en el fango de su cabaña, oye caer la lluvia durante días enteros sobre las hojas de la encina. ¿Qué sueños puede tener cuando contempla su lodo y su cielo empañado?»

La imaginación hace un viaje fantástico, retrospectivo y confuso, ante el espectáculo de los *boxeadores*. Después de centenares de generaciones se ve reaparecer el perfil distinto y clásico de los bárbaros. La innoble lucha, llevada á cabo sobre un estrecho cuadrilátero de estiércol, entre dos hombres desnudos, encerrados en un valladar de cordeles, á pleno sol, tiene un alto y marcado relieve de raza. Los músculos, elásticos y poderosos, sirven fielmente á los instintos de conservación. No hay trabajo alguno intelectual en esa clase de combate. Es una pelea de fieras irritadas.

Y los toros? me diréis. Los toros son otra cosa. Los latinos encubrimos siempre nuestro salvajismo con una esplendente y matizada decoración. Aprovechamos el aire y el sol como elementos de nuestra estética. Ponemos bordaduras en los vivos trajes de seda y ocultamos con púrpura la sangre. Amamos los juegos olímpicos por lo que tienen de plásticos y esculturales. Buscamos, para verlo reñir, al animal más gallardo. Nos place ver el rosetón de listones y la pua joyante de la banderilla, en el enrojecido morrillo del toro. Nos divertimos con la regia actitud y el irisado penacho de plumas de los gallos. Nos burlamos del dolor y de la muerte, cuando llegan ricamente ataviados. No nos importa la daga; lo que nos importa es que el puño cincelado se yerga artísticamente sobre la herida.

Por eso no aclimatarán entre nosotros esos espectáculos fríos, sin actitudes ni colorido, que en lugar de avivar nuestro interés, nos producen disgusto. La raza que prefiere estas diversiones, á pesar de su progreso creciente, no ha podido llegar á poseer, en su plenitud, el sublime sentido de lo bello.

***

La lucha de los espectáculos teatrales continúa más fiera y encarnizada, con su ejército de mujeres y su armamento de coplas y seguidillas. La Soler, una muchacha que parece una ilustración de Llovera, es la rival de Rosa Fuertes, una mujer hermosa y fuerte, y atrevida, como una amazona. ¿Quién vencerá? En estas batallas, en las que antes viene la plástica, como principal elemento, no hay vencidos. El buen busto, que es un caballero muy experto reparte laureles y glorificaciones, de la manera más conveniente y procura dejar satisfechas á las batalladoras. Mientras tanto, el público como el célebre personaje del poeta, se divierte. Y cuando desea sacudir un poco el yugo de la zarzuela, asiste al Circo Orrin que ofrece, de vez en cuando funciones tan suntuosas como la dedicada á la prensa—una galantería de la vieja empresa.

Las mujeres que no quieran parecer coquetas, y los hombres de avanzada edad que pretendan no ponerse en ridículo, sólo deben hablar del amor como de una cosa extraña y que no les interesa.

***

Si los hombres supieran lo que piensan las mujeres serían veinte veces más impertinentes. Si las mujeres supieran lo que piensan los hombres serían veinte veces más coquetas.

EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

Los asuntos de mayor gravedad para Europa y los Estados Unidos anglo-americanos, no suelen, como antaño, dejar ver sus puntos negros en las fronteras de Alemania ó de Turquía, ó en las súbitas y tumultosas emociones de las multitudes francesas ó en las protestas autonomistas de Irlanda ó en la sorda y reñida batalla entre el Emperador Guillermo II y el socialismo que crece andando como el gigante de la fábula.... Ahora aparecen y se multiplican en horizontes más lejanos, en el Africa intertropical, en las costas ventrudas del imperio chino, en una isla de la Polinesia perdida en la inmensidad del Océano. Este fenómeno deriva fatalmente de la aspérrima competencia que existe entre las grandes potencias de la civilización por crearse vastos imperios coloniales, es decir, mercados obligatorios para sus industrias pletóricas y sus comercios que tienden á localizarse y encastillarse entre muros formidables de tarifas. Y como en la expansión colonial, Inglaterra lleva á las demás un siglo de ventaja, todas las empresas de este género tropiezan con ella en Africa, en Asia, en el Mar Pacífico.

La alianza popular, si no gubernamental, entre los dos grupos anglosajones ha acentuado el desequilibrio entre los competidores y de todo ello surgirá un primer cuarto de Siglo XX preñado de amenazas como decimos los retóricos.

Inglaterra presiente que estorbando, por su posición actual en el mundo, las empresas coloniales de Rusia, Alemania y Francia, tiende inevitablemente á unirlas contra ella. No, claman algunos estadistas, hay acuerdos y alianzas imposibles. ¿Quién hubiera creído, sin embargo, que el autócrata de todas las Rusias y la radical democracia francesa celebraran un entusiasta connubio antes de morir el siglo de *la Santa Alianza*? Los intereses se imponen é imanan indefectiblemente la aguja política hacia el polo económico. Por eso los ingleses no se forjan ilusiones: hace pocos días un buque francés era saludado en los mares asiáticos por la Marsellesa entonada por la tripulación de un crucero alemán; ayer el rey Humberto de Italia, el aliado marítimo de Alemania, pasaba revista á las escuadras francesa é italiana reunidas en una sola, en medio de frenético entusiasmo; mañana el Kaisser alemán confiará su esposa y su hijo, lo que más pegado tiene á su corazón de poeta forrado en acero Krupp, al dulce clima de Francia y á la exquisita cortesía de los franceses y más que todo el tono de la prensa de los dos pueblos, irreconciliables ayer, es un indicio cierto de cambio de viento.

Ahora bien, toda alianza internacional se celebra contra alguien.... Alianza, ¡oh! imposible. ¿Imposible? Está llegando al gobierno en Francia y Alemania la generación que nació al día siguiente de la guerra; una generación más y la transformación de sentimientos se habrá verificado en Francia; podría dudarse de esto si quien tuviese que olvidar no fuera un pueblo latino.

***

Fachoda y Samoa van á ser dos factores de humillación y odio que crearán una comunión de sentimientos amargos entre los dos enemigos hereditarios. El incidente de Fachoda ha terminado con una convención anglo francesa, en que la Gran Bretaña se compromete á respetar la acción libre de Francia al occidente de una línea que, partiendo de un punto de unión entre el Estado del Congo y el Congo francés, va en zig-zag hasta el sur de la Tripolitana, encerrando entre sus ángulos casi todas las orillas del lago Tchad, que "*las cinco semanas en globo*," por Julio Verne, hicieron popular desde hace treinta años. Los ingleses se reservan todo el Nilo y sus afluentes ecuatoriales, y ahora ya podrá realizar su plan Mr. Cecil Rhodes, el Napoleón del Cabo, de quien decían que había amarrado al remolcador inglés la fortuna colonial de Alemania, ahora sí podrá unir el Cabo y Egipto con su inmensa vía férrea, si encuentra quienes le den dinero para atravesar, no ya *el desierto*, donde no hay vida, sino las regiones del Nilo, en que ha sido imposible penetrar recientemente al mayor inglés Martyr, porque en ellas está el reino de la muerte; de ahí nadie sale, nadie entra tampoco.

Asunto terminado, pues; los franceses han sacado algunas ventajas, los ingleses las han sacado diez veces mayores; no queda en el fondo más que un capitán del ejército francés, obligado á arriar su bandera enarbolada en un país que no era de Egipto ni de Inglaterra. Quedó la espina.

Y el incidente de las islas Samoa terminará del mismo modo; allí el caso es obscuro, complicado: ¿quién tiene razón? El tratado de 88 atribuye una representación igual en la tutela (digamos así) del Archipiélago á los Estados Unidos, Alemania é Inglaterra. Con la flamante alianza entre las naciones anglo-sajonas, ingleses y americanos tendieron á preponderar sobre los alemanes, que parecen tener intereses más considerables que los otros europeos.

en aquellas islas. Y la lucha era solapada é inminente el conflicto. En Enero murió el viejo rey, y allí fué Troya. Los partidarios de la preponderancia anglo-sajona apoyaban á Malietao, y el gran juez Chanders (un americano) lo nombró sucesor al trono; pero el presidente municipal de Apia escogió al destronado rey Mataafa, y este presidente era el Dr. Raffel, un alemán. Mataafa con los suyos, instigado por el cónsul alemán, se adueñó por la fuerza de la situación. Pero entonces el almirante americano Kantz y el jefe de la escuadra inglesa de consuno condujeron al fugitivo Malietao á su trono de carrizo. Y tomó incremento la lucha civil. Entretanto, el almirante lanzó una proclama en favor de su negro y el cónsul alemán protestó, y apoyada por él la resistencia continúa, y ha habido marinos anglo-sajones sacrificados y propietarios alemanes capturados y los guerreros de Mataafa, han sido bombardeados en los litorales de la Isla; y no, no es aquella una situación sin peligro; un poco más, y puede acontecer algo irreparable; quizá ha sucedido ya, si lo que se dice del comandante del Falke, resulta cierto.

La conducta de la diplomacia alemana en este embrollo inesperado, no ha tenido una buena prensa en el imperio; las censuras acres y violentas han llovido sobre el ministro de relaciones. Esta actitud de la opinión ha puesto de resalto el profundo resentimiento que existe contra los ingleses en el fondo del corazón germánico y cierta exasperación contra los americanos. Pero no habrá *tragedia*, sino *conferencia* facultada para dirimirlo todo. Antes de un mes los comisionados habrán tomado asiento en Apia en derredor de la mesa de la reconciliación. Decía Napoleón (v. las memorias del Barón Gourgaud recién publicadas) que el mejor modo de cortar una escena trágica era sentarse; entonces la tragedia se vuelve comedia; es el caso.

Si la mayoría hubiese decidido las cuestiones en que la conferencia va á ocuparse, medrada estaba Alemania; todas las resoluciones habrían sido en su contra. No le quedaba más que cargar con su cónsul batallador y marcharse. Mayoría de tres, el americano y el inglés. Por eso se vanagloria con justicia el Sr. De Büelow de haber obtenido, gracias á los Estados Unidos, el principio de que las resoluciones fuesen tomadas por unanimidad. En cambio, con la unanimidad corre riesgo la conferencia de no dar por rematados sus trabajos sino la víspera de los kalendas griegas.

Tampoco, pues, nos regalará con una guerra general la cuestión de Samoa. Pero quedará en la tenaz memoria del alemán esta amarga reflexión: nadie puede adquirir una isla, un terruño, una cabaña fuera de Europa, sin el permiso de Inglaterra. Quedará la espina.

* * *

Sabe la orgullosa Albión (este cliché lo conozco desde que tenía yo cinco años) que pudiera el Siglo XX reservarle la desagradable repetición de una alianza continental contra ella. Y se dispone á conjurarla y á resistirla.

A conjurarla, desarrollando una política de fijación de límites de acción en que indefectiblemente se reserva la mejor parte, la parte del leopardo. Y trata con Francia, con Alemania, con Rusia para decir: «tú hasta aquí, yo desde aquí....» Así conjura el peligro, y se prepara á él aumentando sin cesar su marina; la marina es la consecuencia y la condición de todo imperio colonial; la de Inglaterra mantiene desde hace tiempo su superioridad numérica sobre las dos principales marinas reunidas del continente: Francia y Rusia, Francia é Italia, ó sobre tres excluyendo á Francia. Pero las naciones marítimas de Europa aumentan también sus escuadras y el presupuesto marítimo inglés sube en proporción, pasa ya de más de cien millones de libras esterlinas y seguirá en su progresión ascendente, porque un nuevo factor ha entrado en escena: los Estados Unidos. Ayer era una nación de marina mercante bien resguardada, ahora es una potencia marítima de segundo orden por lo menos, con el deseo y la posibilidad de serlo de primera. Y su política imperial hace necesaria esta actitud, *noblesse oblige*.

Por este lado Inglaterra se ha empeñado en conquistar un aliado y todo manifiesta que considera esta alianza como un complemento indispensable de su poder marítimo, y tiene razón. Sin embargo, si los Estados Unidos permaneciesen neutrales en una lucha marítima entre Inglaterra y una coalisión europea, el Japón se les adheriría y es probable que pudieran distribuirse pingües despojos. La alianza ó la *bonne entente* con Inglaterra, que en la reciente lucha con España prestó á los Estados Unidos el servicio de paralizar la acción de Europa y que les es necesaria mientras se pacifican las Filipinas, no ofrecerá las mismas ventajas en lo porvenir y se nos figura que seduce poco á los Estados Unidos el papel de espanta-pájaros que les destina Inglaterra en sus combinaciones.

Entretanto todo es almíbar sobre ojuelas en las relaciones entre John y Sam. Mr. J. Chamberlain y Sir Beresford, hacen entre ambas naciones el papel de palomas correos de amistad y de paz; Mr. Choate nombrado ministro de la Casa Blanca en Inglaterra, precisamente por su fácil y ardiente palabra, ha producido en sus alocuciones entusiastas en favor de la confraternidad sajona una gratísima impresión. Muy bien; mas no faltará algún malicioso que se pregunte ¿y por qué el famoso tratado de arbitraje saludado como el principio de una era nueva en la historia de las relaciones internacionales, acojido con un *hurrah* atronador por la prensa inglesa, duerme un sueño de plomo en la cartera del Senado? Manifiestamente los Estados Unidos son más fríos, magüer que jóvenes; se reservan más.

* * *

Salta á los ojos que nuestros queridos primos se han metido en un charco con su empresa de conquistar las Filipinas; después de serios encuentros en que siempre han sido vencidos los tagalos, no sólo por la prensa asociada, sino también por las tropas de ocupación, que ha ensanchado mucho su radio de acción en la isla de Luzón, resultan las cosas en el mismo estado que en los comienzos de la campaña. Aguinaldo intacto en sus vericuetos y matorrales clama al cielo contra los americanos y pone al mundo por testigo de la violación del derecho humano en su patria. El general Lawton que es un excelente hombre de guerra abandona sus posiciones en el lago de Bay y se concentra declarando, según dicen, que necesitaría cien mil hombres para pacificar la isla; además el descontento entre los voluntarios americanos va creciendo; en suma, esta campaña toca á su fin: la estación de los calores tórridos, la estación de la muerte, avanza y llega.

¿A este aliado se refiere Aguinaldo en sus proclamas ó á otro, á Alemania, al Japón? Sus palabras parecen ser voluntariamente enigmáticas; pero desconoce la flema sajona si cree que eso hará desistir de su empresa á los americanos.

Ya no desistirán; tomarán el tiempo necesario para plantearse bien el problema y lo resolverán en seguida, aunque les cueste cien mil hombres, cien millones de pesos y diez años de fatigas. Sobre esto debe meditar el caudillo filipino: los *yankees* no cederán.

Por otro lado, es claro que no serán los voluntarios americanos los que conquisten á Luzón; ya se ha dicho, los imperios coloniales no se adquieren con voluntarios. Los americanos tienen que dominar con los tagalos mismos: para ello cuentan con dos cosas de primera importancia: el dinero; sesenta ú ochenta mil tagalos bien alineados; entre oficiales y sub-oficiales americanos harán más que doscientos mil soldados aún cuando sean del temple de los *rough riders* de Mr. Roosevelt. Si á eso se agrega un apretado cerco de la isla por la escuadra, la pacificación será cuestión de dos años. Pero en segundo lugar necesitan dar á los isleños su autonomía positiva, su gobierno civil, reservándose los Estados Unidos exclusivamente el militar.

Y á medida que escribía yo las líneas anteriores me reía para mi sayo de la facilidad y la maestría con que un revistero da consejos á generales y diplomáticos que teniendo la mano en la masa saben, naturalmente, diez mil veces más á qué atenerse. Por fortuna ni Mr. Alger ni el general Otis están expuestos á leer estas lucubraciones nuestras, destinadas sólo á hacer pensará nuestros inofensivos lectores que aquí sabemos todo de todo; la tontera humana no tiene límites, ni el talento siquiera la limita.

Lo que deseamos de veras los mexicanos en todo esto, es que nuestros primos no tengan ni la oportunidad ni la necesidad de convertirse en potencia guerrera: agricultores, comerciantes, industriales, estos son los vecinos que nos convienen, no los *rough-riders* de Mr. Roosevelt.

* * *

A pesar del respetuoso escepticismo con que los gabinetes europeos han acojido el proyecto de desarme del Tsar, éste ha seguido con tranquila tenacidad insistiendo en llevar á cabo su pensamiento; nuestros aplausos; el mundo es de los obstinados. No lo han desalentado las clarinadas épicas del emperador alemán, que no desperdicia banquete, revista ó servicio religioso, para predicar la paz como un deber, es cierto, pero la guerra como un derecho santo, sobre todo, como un santo derecho alemán. No lo ha detenido la deferente y silenciosa ironía con que su aliada Francia, se ha apresurado á mostrarse pronta y como resignada á un capricho humanitario de su augusto aliado, mientras su ministro civil de la guerra presenta al cuerpo legislativo en un discurso admirable de precisión y de energía, al ejército francés á punto de adquirir, por su singular armamento y su calidad como instrumento de ataque, una superioridad de algunos segundos de grado sobre el ejército alemán. Ni lo ha enfriado el acento resonante, demasiado para ser sincero, con que Inglaterra se adhiere á sus miras, al mismo tiempo que hace subir y subir el presupuesto de su marina de guerra. Nada lo para. La conferencia se reunirá en Amsterdam bajo los auspicios de la graciosa, risueña y rubicunda muchacha que reina en Neerlandia, dentro de quince días y veremos lo que resuelve; será poco, será un principio, será un punto de partida y acaso lo poco resultará inmenso.

El Tsar no está aislado: con él conspiran dos papas, dos leones: León XIII el santo agonizante blanco que morirá bendiciendo á un príncipe cismático porque el Evangelio no es una doctrina de exclusión sino de inclusión y León Tolstoi el papa del socialismo místico de los eslavos, porque considera la guerra como el mal supremo. No es un mal supremo la guerra, ha sido un bien frecuentemente en la historia, puede serlo todavía por comparación con otros males. Hoy en los pueblos de la civilización y bajo el doble aspecto económico y humanitario sí lo es. Por eso en Europa y los Estados Unidos se multiplican las manifestaciones en favor del pensamiento del Tsar.

A nosotros nos vendría de molde el desarme; mientras más completo sea, mejor. Un millón de hombres sin trabajo en Europa significa un millón de emigrantes y México captaría un buen hilo de esa corriente en favor de nuestra industria y nuestra agricultura. Y el alivio gigantesco que resultaría á los contribuyentes con solo la suspensión en los armamentos, dejaría libres grandes capitales que buscarían inversiones en los países nuevos. México haría venir una parte de esos capitales en rieles, en palacios de fierro, en turbinas, en arados.

No tenemos representación en la conferencia de Amsterdam; nombramos nuestro representante al Tsar.

Justo Sierra

BUENOS, FUERTES Ó FELICES?

El problema de la felicidad humana.

La vida humana tiene una estrella polar que le traza camino, que le sugiere itinerario, que le atrae y conduce. Todos los hombres caminan en pos de la felicidad, todos la buscan, todos la desean; felicidad de presente ó de futuro, material ó moral; consistente para unos en la posibilidad y la libertad de encenegarse en el vicio, de revolcarse en los más bajos placeres, de disfrutar y agotar todas las concupiscencias; vinculada para los otros en la conquista de la riqueza, del poder ó de la gloria; radicada para unos cuantos en la exquisita satisfacción de producir el bien y difundirlo, de gozar con el placer ajeno, de derrochar filantropía y amor al prójimo, de sembrar al rededor de sí la semilla de todas las virtudes y de hacer libar á todos los labios la miel de todos los consuelos y el néctar de todas las simpatías.

Para aquéllos la felicidad es de este mundo, para éstos sólo se alcanza más allá de la tumba; pero á todos, sin excepción, mueve, agita, inspira y gobierna.

¿Se pueda ser feliz en este mundo? ¿Hay un conjunto de circunstancias, un género de vida, una colección de máximas, una sucesión de contingencias que permita á los hombres ó á algunos de ellos conquistar el preciado vellocino? ¿hay argonautas bastante afortunados ó bastante sabios para abordar las playas de la isla encantada y misteriosa. *That is the question.*

Si preguntamos á cada hombre respecto de la felicidad de los demás, todos propenden á reconocer que hay hombres felices y no hay nadie que deje de envidiar la dicha ajena. El codicioso juzga feliz al millonario; el ambicioso piensa que lo es quien depara el poder; el enamorado cree dichoso al rival preferido; el mandarín de cuatro botones exclama ante el de cinco ¿cómo puedes soportar sin morir ese exceso de felicidad celeste? Pero pasando *del lado del mango* encontramos que el rico envidia la paz, la tranquilidad, el apetito y la digestión del pobre; que el magnate y el poderoso anhelan el descanso y la irresponsabilidad del humilde; que el amante afortunado siente náuseas ó hastío; que nada pesa tanto de cuanto se conquista, como los laureles del triunfo y las palmas de la gloria. Cuando niños envidiamos á los grandes, si hombres, creemos más dichosa á la mujer; si ancianos, quisiéramos volver á la juventud y á la niñez.

Nadie está contento de lo que posee, del lote de satisfacciones que le tocó en suerte; todos juzgan mejor lo que no es suyo, lo que les está vedado, lo inaccesible ó lo imposible y en esas condiciones no puede existir la felicidad. Sostener que hay seres felices, pero que no tienen conciencia de serlo, es, en otra forma, negar la felicidad. Si la felicidad ha de ser una sensación permanente, no interrumpida de bienestar, basta no tener conciencia de él para, de hecho, no ser feliz. No hay, no puede, pues, haber seres felices que ignoren que lo son; á tanto equivale eso como á afirmar que los ciegos ven, pero que no tienen conciencia de la luz.

Entendida la felicidad, á la manera del vulgo, como sensación y conciencia permanentes de bienestar, puede haber momentos felices en la existencia; pero no puede existir la felicidad. Dado el juego natural de nuestras tendencias, de nuestras necesidades y de nuestras aspiraciones; dadas igualmente las circuns-

Sr. Ingeniero D. Mariano Bárcena, † el día 10 del actual

tancias del medio en que estamos condenados á vivir—la parsimonia de la productividad del suelo, las ciegas brutalidades de los elementos desencadenados, las crueles inclemencias de los climas, los vicios y crímenes de los hombres—la vida más apacible y serena, la dicha más continua tiene que verse interrumpida por catástrofes, contratiempos, dolores y martirios. Ya es la fortuna lentamente adquirida que una torpeza ó el azar disipan; ya el ser amado que la muerte arrebata; ya la ilusión que el desengaño marchita; ya la esperanza que el destino desvanece; ya la playa á cuya orilla se hunde la barca.

Pero aun hay más; en nosotros mismos, en lo más íntimo y recóndito de nuestro sér, se levanta un enemigo encarnizado de nuestra felicidad; nuestra ambición. No es *poseer* lo que anhelamos, es *adquirir*. Todo el progreso, pero también toda la desdicha humana, están encerrados en esa fórmula. Conquistar y lograr, pasear la vista por el inmenso dominio territorial; palpar y recontar el tesoro; amar y poseer al ser amado; escalar las altas cimas del poderío y de la gloria, antes de conseguirlo, parecen ser la felicidad; pero, una vez realizados esos anhelos, nuevos deseos comienzan á excitarnos, nuevas ambiciones á atenacearnos, nuevas codicias á torturarnos. La ambición humana, con su cortejo de envidias mal disimuladas, de dolorosos deseos mal comprimidos, de desengaños siempre temidos, es una escala infinita; por muchos que sean los peldaños escalados, innumerables son aún los que quedan por escalar; en proporción de lo que hay que subir, lo que se ha ascendido resulta siempre insignificante y mezquino. Tántalo y las Danaides son la imagen viva de la dicha humana, como las entrañas, jamás por completo devoradas, de Prometeo, son el símbolo de nuestra vida.

La Naturaleza no parece habernos creado para que seamos buenos, ni menos aún para que seamos felices. Ha sembrado la semilla de todos los vicios y el germen de todos los crímenes en el surco mismo de nuestras más imperiosas necesidades. La gula, la intemperancia, la lujuria no son más que el impulso ciego y brutal hacia el alimento, la bebida y el amor; la ambición, la codicia, la avaricia emanan de la desproporción entre nuestras necesidades y los medios de satisfacerlas; la envidia es un extravío de la emulación; la guerra y el delito son lucha cruel y despiadada por la vida.

Pero el hombre ha podido hacer más en favor de su virtud que en favor de su felicidad. Inventando el trabajo ha creado un dique al desbordamiento delictuoso de las necesidades y asegurando la subsistencia humana ha puesto freno á su criminal satisfacción; instituyendo el matrimonio, el poder público, el derecho y la libertad ha domado, y cada día más completamente, á la fiera primitiva; gracias al progreso en todas sus formas los hombres son cada día mejores y puede plausiblemente esperarse una época, aunque remota, en que la virtud impere y el vicio y el delito sean la excepción.

Pero ese progreso y esa civilización si han hecho mejores á los hombres, no los han hecho perceptiblemente más felices. Claro que la industria nos ha rodeado de mayores comodidades que á los hombres primitivos; que, gracias á ella, nuestro hogar está más abrigado y es más confortable, que nuestro alimento es más sabroso, más abundante y más sano y nuestro vestido más cómodo y más abrigador. Vivimos rodeados de lujo y de refinamientos, somos sibaritas en parangón con el hombre de las cavernas, y causaríamos envidia á los trogloditas. Por este concepto, si nuestras necesidades, nuestras ambiciones y nuestra misma sensibilidad no se hubieran acrecentado, seríamos felices más allá de cuanto pudieran soñar nuestros primeros padres. Con aspiraciones de *felah* y posibilidades de banquero, es claro que estaría realizado el ideal de la existencia; pero si el paria ha acumulado libertades y millones, ha acumulado también ambiciones y ensueños; á mayor abundamiento se ha hecho más sensible á la intemperie, es más delicado el juego de su organización física, más exquisitos sus gustos, más refinados sus apetitos, más inaccesible su ideal; su vida intelectual se ha ensanchado en lontananzas infinitas, su vida afectiva se ha acordado á tonalidades más delicadas. El troglodita fué roca que ningún huracán descuaja, el hombre civilizado es arpa eólica, de delicadas cuerdas, que la brisa más suave hace vibrar y que se rompen al contacto menos rudo. El hombre primitivo pensaba sólo en comer, y para comer en matar; el hombre moderno tiene el pensamiento ocupado por la gloria, el poder, la patria, la ciencia, la humanidad, la virtud, el progreso, la civilización.

La mesa está servida, brillan la cristalería y la mantelería; chisporrotea la lumbre en el hogar; los gobelinos, los bronces, los cuadros de maestros, la vajilla de Sévres solicitan y acarician la vista, un vago perfume de rosas y de bouquets de vinos se esparce por la estancia; todo convida al descanso, al placer, á la distensión del sistema nervioso fatigado, á las dulces y tiernas emociones; pero...... hay un niño enfermo; la guerra es inminente, el krack inevitable; reinan en la India el hambre y la peste; León XIII periclita; fracasó la expedición de Andree; la hábil combinación financiera vino por tierra...... y el hombre moderno de inteligencia y de corazón, que vive con la vida de todos y participa de los dolores de la humanidad, siente opresión, melancolía, amargura y ve desfilar los ricos manjares sin tocarlos y oye, sin escuchar, la charla bulliciosa de los niños. Un hombre de la edad de piedra hubiera comido como un ogro y digerido como un lobo.

No: la Naturaleza, si hemos de atribuirle algún designio, no nos quiso ni felices, ni virtuosos, se preocupó tan sólo de que llegáramos á ser fuertes y hemos llegado á serlo y cada día lo seremos más por la ciencia, por la industria, por la riqueza, por el derecho y por la libertad. Esa ruta, la única libre, la hemos recorrido y la recorremos á grandes pasos.

Y quién sabe! tal vez conquistando la fuerza, conquistaremos la felicidad, como hemos conquistado la virtud. Para ser fuertes hemos tenido que luchar con la Naturaleza y que vencerla; para ser buenos hemos tenido que combatir y vencer hombres; para ser felices acaso bastaría con luchar contra nosotros mismos y con vencer y dominar nuestras ambiciones, nuestras pasiones, nuestras exijencias y nuestros arrebatos. Y bien pudiera llegarse á esta conclusión paradojal, que para ser felices lo primero que nos importa es saber que no podemos llegar á serlo.

Dr. M. Flores

Monumento erigido en Orizaba al Presbitero D. Nicolas del Llano.

El Sr. D. Antonio de Mier y Celis.

El Sr. Ingeniero D. Mariano Bárcena.

Hace algunos días murió en esta ciudad el reputado ingeniero mexicano D. Mariano Bárcena.

Los periódicos de información hablaron ya lo bastante sobre el Sr. Bárcena para que nadie ignore lo que fué y los servicios que prestó como hombre público en los diversos puestos á que lo llevaron sus aptitudes.

Al publicar hoy su retrato «El Mundo Ilustrado» pretende rendir un homenaje de admiración y gratitud al hombre de ciencia.

Los que la cultivan y la enseñan y los que como el Sr. Bárcena marcan su paso por el mundo con la producción de obras útiles, merecen un lugar distinguido en la gratitud nacional.

El Sr. Don Antonic de Mier y Celis

Nuestro representante diplomático en Paris fué nombrado por el Gobierno de México Comisario General para la Exposición Universal de 1900.

Con grande empeño ha tomado á su cargo los trabajos relativos á la participación de nuestro país en el certámen del fin del siglo.

Ya llegó á Paris el Sr. Anza, autor del proyecto para el Pabellón Mexicano, proyecto cuyo diseño publicaremos en su oportunidad.

Es más que un pabellón, un verdadero palacio que llamará la atención no sólo entre los que instalen las otras nacionales hispano-americanas, sino aún comparado con algunos pabellones del Gobierno francés. Su aspecto exterior según se vé en el proyecto, lo hace digno de la exhibición interior, tan minuciosa y sabiamente preparada por el Gobierno de México y por sus distinguidos comisionados.

Monumento erigido

Al Presbítero Don José Nicolás del Llano,

en el atrio de la parroquia de Orizaba.

Pocos meses hace fué inaugurada la estatua de este monumento erigido á iniciativa de la señora Doña Josefina Ocampo de Mata.

El Pbro. Llano fué cura de Orizaba desde Marzo de 1833 hasta Octubre de 1849 en que falleció.

En ese espacio de tiempo prestó grandes servicios á sus feligreses, distinguéndose por su ardiente caridad durante la epidemia del cólera, así como por el espíritu de paz con que procuraba aplacar las discordias políticas.

El recuerdo de esa existencia entregada al bien se hubiera borrado sin la iniciativa que apuntamos y á consecuencia de la cual, se reunieron por donativos particulares fondos para el monumento que se ve en nuestro grabado.

D. Baldomero Galofre.

Honramos esta página con el retrato de este artista eximio, y algunas ilustraciones de las que hizo para un número especial del *Album Salón* de Barcelona, que el mismo Sr. Galofre se sirvió enviar con galante dedicatoria á nuestro Director.

Ya nos era conocido el pintor español. Lo hemos elogiado en estas columnas, hablando de un cuadro suyo; pero no podemos negar á nuestros lectores la reproducción del siguiente artículo en que con tanto acierto se juzga al artista español. Fué publicado por primera vez en el *Fortunio*, de Nápoles:

"Completamente abstraído en la idea de una grandiosa creación artística, siempre entusiasta por su idolatrada Italia, Baldomero Galofre ha permanecido cuatro meses entre nosotros, trabajando en las dulcísimas soledades de Sorrento. Allí, en medio de frescos bosquecillos de naranjos, de festones verdegueantes, entre la alegre tranquilidad sorrentina, el ardiente pintor español ha temperado el espíritu, fatigado por las largas y victoriosas batallas del arte.

Al saludar á Galofre, que hoy se aleja ya de nosotros, podemos enorgullecernos, si el plácido ambiente de nuestro país y la esplendidez de sus paisajes han vigorizado la inspiración y los alientos de uno de los más esforzados artistas europeos. Presunción es ésta que la tradición ha salvado de la catástrofe de nuestras prerrogotivas.

A bien que, para Baldomero Galofre, Italia es casi una segunda patria; residió en Roma de 1873 á 1886, trabajando al lado de Fortuny, del cual parece derivación viviente, y no hay rincón de Italia desconocido para él, que los ha recorrido y admirado todos; admiración tan comprendida en su sér, que cuando no está entre nosotros asáltale fuerte nostalgia: la de la Italia distante.

***

En Galofre, la adoración por Italia no se confunde con la imitación de nuestras escuelas y de los ingenios que les dieron la vida. Los grandes predecesores de ese artista, fervientes admiradores de las bellezas de nuestro suelo, formáronse en la escuela de nuestros pintores, y quién de ellos recuerda las suavidades rafaelinas, quién la osadía sorprendente de Miguel Angel de Caravaggio, quién las acariciadoras morbideces del Correggio, quién el colorido profuso del pintor de Verona, quién la natural sencillez de Vecellio: pero Galofre, al paso que ama de Italia las bellezas, quiere asimismo la verdad en el arte. No hay para él escuela, género ni mecanismos especiales. En e dibujo, refiéjase su gusto depurado, su experiencia; en el colorido, su visión exacta de la realidad; la inspiración es producto de su refinada cultura, de su natural ingenio, de su sentimiento exquisito, porque representa la excitabilidad del temperamento artístico en presencia del natural.

D. BALDOMERO GALOFRE.
(Artista español.)

Así vese de Galofre, ora un cuadro grandioso, en el cual personas y trajes revélanse en su más estética evidencia, como en la *Feria* ó en los *Saltimbanquis;* ora un paisaje profundamente sentimental, como la *Playa de Napoles;* ora una mística visión, dulcísima como el *Ave María;* ya un admirable estudio de caballos, como *Un coso de gitanos;* ó bien una plácida remembranza de la región natal: estudiado, visto, comprendido todo con el mismo *amore*, con igual fuerza de reflexión, con la intuición pronta y penetrante del hombre de gusto. No le basta á Galofre que un hecho sea maravilloso, es indispensable que sea verdadero; para convertirlo en maravilloso, sabe él muy bien que sólo ha menester hacerle pasar al través de su talento y de su percepción artística. Galofre es además un soberbio representante del naturalismo pictórico, y por esto precisamente resulta prodigiosa la rapidez de su visión y extraordinario el modo que tiene de traducirla plásticamente.

Cuanto á esta forma de traducción, Galofre no siente preferencia: tanto la pintura al óleo como la acuarela, el temple como el carbón, la pluma como el lápiz, para él tienen igual valor, y conoce á la perfección sus resortes y los maneja á voluntad, para no dar lugar á suponer, como creen algunos, que el valor del artista adquiere mayor ó menor importancia según sean los medios de que se vale. La diferencia, en todo caso, podría consistir tan solamente en la manera de emplear un medio con preferencia á otro; pero Galofre posee el secreto de todos, y así resultan sus acuarelas maravillosas, al igual que sus cuadros al óleo, y sus dibujos á pluma tan efectistas cuanto sus espléndidos *fusins*.

En este sentido, esto es, por su dominio del natural, Galofre tiene derecho á ser considerado algo así como el Zola de la pintura. Cuando la visión de la verdad es tan precisa, equilibrada, pronta; cuando se está en la posesión plena de todos los medios de reprodución, puédese impunemente ejercer absoluto dominio en el reino del arte, como hace Galofre, que no en vano nació en aquella tierra singular donde con tanto fausto imperó Carlos V, pintó Velázquez con suntuosidad inusitada, derramó Lope de Vega su inspiración á raudales, y Cervantes los tesoros de su gracia.

Reinan á la par en aquel país morisco los espectros

y los ángeles, gitanos y soldadesca, el mundo de la hampa y del toreo. Este abigarrado conjunto hace que Galofre, aun siendo esencialmente modernista por la índole de su ingenio y cualidades de su cultura, no pueda substraerse á aquella magnificencia atavística, que es el gran prestigio histórico y artístico del bello y rico país hispano.

Por semejante razón, Galofre presenta en sus pinturas, á despecho de las modernas corrientes en que se baña, algo que recuerda siempre los antiguos esplendores de la España dominadora; obsérvase en ellas como el trasunto de grandiosa estirpe y liberal afinidad; siéntese que en aquel amasijo de tintes, igualmente fugaces y fulgurantes, en aquellas líneas amplias y seguras, está la herencia aristocrática

y maravillosa de Velázquez y de Ribera; adivínase al través de las delicadas resplandecencias del *Ave María*, que no en vano pintó el divino Murillo en aquella España, cuna de Galofre; considérase cómo caldearían la imaginación de los artistas los ardientes besos de las hijas de Andalucía, las deliciosas serenatas de Sevilla, las dulcísimas noches de Granada, las fascinadoras leyendas árabes, los soberbios blasones de Aragón y las grandezas y fastos burgaleses; piénsase, en fin, que la modernidad de Galofre no es la iconoclasta de venerandas tradiciones, del carácter etnográfico, de la personalidad nacional. Así, y por tales conceptos renueva el milagro de Fortuny, cuya soberbia pintura abraza como una fascinación suprema de arte, la gloriosa poesía del Renacimiento con las radiantes visiones del porvenir.

Baldomero Galofre armoniza en sí todas esas exigencias por su opulento numen, ardiente sentimiento patrio, amor inmenso al arte é ilimitada pasión por lo real en sus procedimientos. Por este motivo es uno de los más insignes pintores modernos: un auténtico *grande de España*.

G. M. SCALINGER.»

LA CABEZA DE CRISTO EN EL ARTE.

Siglo XII.—Catedral de Chartres.

Siglo XIII.—Catedral de Amiens.

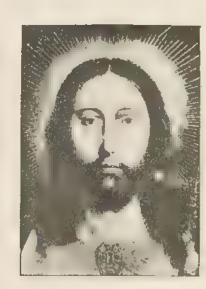
Siglo XIV.—Cristo, por Van Eyck [Museo de Berlin.]

Siglo XV.—Cabeza de Cristo por B. de Montelupo.

Siglo XV.—Museo de Beauvais.

Siglo XV.—Fragmento del "Cristo rodeado por los ángeles." Memling, Museo de Amberes.

Siglo XIV.—Estudio para la «Cena.»—Vinci. Pinacoteca de Milán.



Siglo XV.—Cristo, por Quentin Matsys. Museo de Amberes.

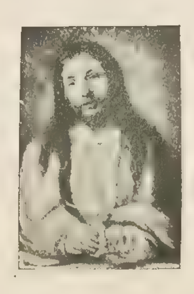
Siglo XVI.—Cristo de la transfiguración. Rafael.—Roma.

Siglo XVI.—Museo de Poitiers.

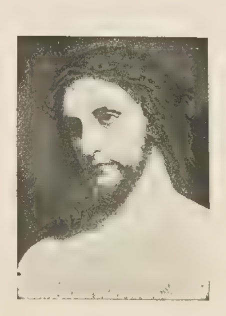
Siglo XV.—Grabado en madera de Alberto Durero.

Siglo XVI.—Cristo por Benvenuto Cellini. Escorial.

Siglo XVI.—«Ecce Homo».—Guido Reni Museo del Louvre.



Siglo XVII.—Cristo de los «Peregrinos de Emaus,» por Rembrandt.—Museo del Louvre.

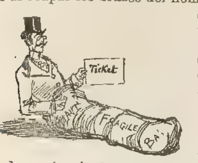


Siglo XIX.—«Ecce Homo.»—Ary Scheffer. Museo del Louvre.

Siglo XIX.—Estudio para la «Cena» por Dagnan Bouveret.

EL CICLISMO.

No ha habido acaso en centenares de siglos nada más grave, hecho más sorprendente en la evolución de los hombres, que el uso del velocípedo. Sólo es mayor en importancia otro hecho, la división del trabajo, que al ocupar los brazos del hombre en la conquista del mundo, nos dejó nada más dos miembros útiles para la locomoción y nos puso en la categoría de los animales menos ágiles de nuestra clase.



Empero, el sacrificio fué recompensado con tanta liberalidad que jamás ha pensado el hombre en lamentarlo ni arrepentirse. Pero ocultamos en el alma una melancolía, -y los recuerdos personales de cada ser humano lo atestiguan—sentimos siempre tristeza al ver la facilidad y rapidez de movimientos de ciertos animales. Atenuamos los efectos de nuestra tristeza con el uso del caballo, primero, y después con la invención de las máquinas vertiginosas. *de los proyectiles encarrilados*, que nos sirven para cruzar las distancias desde hace cincuenta años. Mas allá en el fondo del alma la melancolía de que hablamos, lejos de aquietarse se exasperaba porque al sentirnos transportados en estado inerte, de parásitos ó larvas, sentimos la amenaza de ver convertirse ese estado en *hábito* aun para los trayectos más cortos. Por otra parte, obstinarse en andar á pié, cuando todo á nuestro derredor corre vertiginosamente, era insensatez, propósito vano.

***

El vehículo rápido creó, pues, el «viandante desalentado.» El hombre llegó á desinteresarse de esa función tan importante, tan propia para desarrollar el sentido exacto de la especie que consiste en moverse por sí mismo. Ya podía preverse el día en que el hombre se negara á todo ejercicio de locomoción personal, cuando apareció el velocípedo.

El humilde instrumento fué despreciado al principio. No obstante el nombre con que se le bautizó, nadie creía que fuese susceptible de formidable velocidad; á lo sumo se le concedía la posibilidad de crear ejercicios sportivos, amenos pero muy limitados. Por otra parte como no había exigido su invención esfuerzos maravillosos de ingenio é inteligencia, no impresionó la imaginación de los hombres, no vueltos aún del asombro que le causaron el ferrocarril y el telégrafo.

La Naturaleza oculta, maliciosamente, bajo apariencias modestas las cosas destinadas á un gran porvenir. El velocípedo llegó humildemente y á tiempo. Traía consigo la fuerza de la fatalidad, porque es algo más que una máquina, es un *órgano*,—el silencioso Mesías que iba á devolver al hombre una facultad perdida desde los milenarios. La propaganda fué pacífica pero incesante: aquellos á quienes llegaba á seducir no le abandonaban ya. Cuando llegó su era de florecimiento, recibió ataques, y los ironistas lo abrumaron con las sutiles é ingeniosas necedades que han sido en todos los tiempos el rasgo diferencial de su manera de ser. Y no acababan aún de reirse cuando ya uno, ya otro de ellos se convertía á la nueva religión, cediendo al amable reclamo del devorador de caminos. Y la joven humanidad, y aun la vieja, abandonaron á nuestra vista "el paso sobre zancos" por la carrera giratoria. El desarrollo ha sido tan rápido, tan acentuado, que antes de medio siglo el mundo entero se había persuadido, y la traslación pedestre irá á juntarse con las diligencias, abandonada, olvidada, aplicable sólo á las distancias insignificantes.

Entonces ya no habrá quien conciba que el ciclismo es un medio de locomoción irracional y sin elegancia, ni quien crea más natural y bello apoyar nuestros "zancos articulados" sobre, el suelo que mover los pedales. Cuando toda la superficie terrestre se componía de malezas, pedregales y pantanos, cuando los "puentes y calzadas" prehistóricos dejaban imperante la anarquía en los caminos, la naturaleza sólo permitía el ejercicio de las piernas á los habitantes de este curioso planeta, á menos que la condenase á caminar arrastrando el vientre como los gusanos y las serpientes. Pero en los medios homogéneos, hay instrumentos más regulares, flexibles y rápidos: la cola—helice del pez aventaja de un modo incomparable las patas del cuadrúpedo más ágil. Desde que los millones de caminos han hecho una especie de regularidad en la tierra firme, se impuso un órgano de propulsión más veloz: si puede aun servir el pie para subir á las montañas ó para andar en caminos desiguales, es un absurdo singular en los buenos caminos y en las llanuras. Es ya demasiado tarde para que nos salgan en el cuerpo ruedas de carne; debemos pues adoptar ruedas artificiales, del mismo modo que manejamos los útiles del trabajo. Burlarse de la bicicleta es una novedad igual á la del que se burlara de un carpintero porque corta la madera con una sierra y golpea los clavos con un martillo.

En suma, la bicicleta ha hecho un enorme servicio á la humanidad: la vigoriza, mejor dicho la *vitaliza*. Hace poco sólo se hablaba de la decadencia del cuerpo, del predominio excesivo de las ocupaciones sedentarias, de la anemia general, en una palabra del *larvismo*.

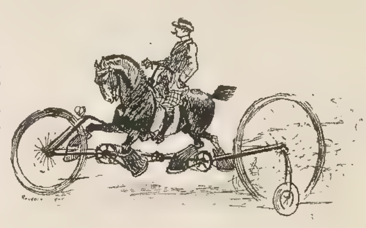
En dos lustros todo ha cambiado: hay sed general de movimiento, ardor deambulatorio en los seres humanos. Los que viven más especialmente á costa de los inmóviles y de los enclaustrados,—los libreros, los fabricantes de aparatos fotográficos, los escritores, etc,—lanzan un grito de aflicción: son víctimas del krack de la librería, de la fotografía, de la industria novelera...... Los ex clientes se dan baños de aire libre, reciben la brisa vigorizadora, buscan la fugitiva magia de los campos, de los bosques y de las playas. La sangre vuelve á las venas, la energía á los corazones abatidos, á los nervios debilitados, á los pulmones apretados en la atmósfeaa «podrida de humanidad.»

Hombres y mujeres se fortalecen, se nutren de espacio, se saturan de rapidez y la mecánica, que mataba todo esfuerzo, ya no asusta ni desalienta, á nuestra generación.

Esto en cuanto al presente. En donde aparece sobre todo el carácter maravilloso de la bicicleta es en su poder como elemento transformador de la humanidad. La bicicleta, hemos dicho, es un *órgano*: es la impresión que nos produce. Con ella ha vuelto á ser el hombre un animal ágil y uno de los más ágiles de la tierra firme. Si puede luchar aún en ese *record* el caballo *pur sang* es sólo en cortas distancias: no hay caballo en el mundo que hiciera un París-Bordeaux como Lesna, una carrera de veinticuatro horas como la que hizo Rivierre, ó de seis horas como la de Linton. Y el hombre aparece en toda su integridad y en toda su fuerza orgánica y psíquica, mientras que en la equitación hay colaboración por más que no se quiera: mil movimientos que ejecuta la bestia sin que el jinete lo advierta ni aún pretenda darse cuenta de ellos. En la bicicleta el que lleva el timón debe preverlo todo ¡qué maniobras tan delicadas, tan imperceptibles, tan instantáneas! Cuánta rapidez de decisión, qué relámpagos de energía! ¿Qué bestia podría pasar tan cerca del obstáculo y evitarlo con esa audaz precisión?

El primer efecto del ciclismo será el de aumentar la precisión de las resoluciones urgentes, la energía y la presencia de espíritu ante las dificultades imprevistas; pero á la larga creará facultades nuevas y ensanchará el campo de las nociones adquiridas. Cómo? No es fácil decirlo, pues si se admite que el cerebro es una función del organismo, variable con él, se comprenderá lo que pretendemos indicar. Desde luego la gran velocidad afectará los centros nerviosos y cuando tres ó cuatro generaciones de ciclistas hayan transmitido á sus descendientes la facultad de ver y de recorrer mayores espacios en menos tiempo, de calcular simultáneamente más dificultades y obstáculos, sin perder *la dirección de sus movimientos*, modificarán el sistema nervioso y por lo mismo el cerebro. Este, modificado en ese sentido, verá con mayor rapidez un número mayor de esas cosas y tendrá concepciones actualmente imposibles porque no abarcamos tantos detalles; en una palabra, formará razonamientos más complejos.

En segundo lugar la bicicleta es la preparación necesaria de la humanidad para lanzarse á los espacios; es el preliminar de la navegación aérea. Las últimas experiencias demuestran que el vuelo, mas que de fuerza es un problema de velocidad bien dirigida. La fuerza del ave es menor de lo que se cree, y su «habilidad» para sostenerse, el conocimiento de su medio fluido tienen una importancia preponderante. Con la bicicleta aprende la humanidad á vivir en ese estado de rapidez horizontal que caracteriza el vuelo; aprende á sutilizar su movimiento, á dirigirse «casi sin sentir la tierra.» La bicicleta preparará las piernas del hombre para enseñarles luego á correr por el espacio; será el embrión del ala, como la vegiga natatoria del pez fué precursora de los pulmones de los animales terrestres.



Para terminar formularemos una pregunta ¿los animales domésticos llegarán á participar de los aparatos de carrera? Un ciclo para caballos es, á primera vista, uns idea cómica. ¡Y por qué no sería una realidad cuando el genio mecánico se desarrolle más? Es triste que ese animal maravilloso, compañero del hombre durante tantos siglos, perezca difinitivamente ante el maquinismo. Antes de que eso suceda ¿por qué no adaptarle algún aparato que le permita vengarse de la orgullosa locomotiva? Ciertamente no será un aparato inmediatamente comparable al ciclo. Será más complejo, á fin de que el animal pueda utilizar su ímpetu, multiplicar su galope formidable é igualar la rapidez del *Flying Scotchman*, orgullo de los trenes británicos.

Volvería á ser el favorito del hombre, porque una fuerza viva, siempre dispuesta, no muy voluminosa, tendrá siempre ciertas ventajas para los trayectos fraccionados é individuales y además, sería preferido por la poesía que encierran para nosotros las cosas vivas.

J. H. Rosny

J. H Rosny a

MEXICO MODERNO.

CASA DEL SR. MENDEZ. -ESQUINA DE BUCARELI Y DONATO GUERRA.

Fragmentos de un libro de viaje

EN VARSOVIA.

LA ESTATUA DE COPERNICO.

Por fin á las 11 de la mañana llegamos á la histórica Varsovia. Un médico ruso de lo más fino, cuyo nombre siento deveras no recordar, aguardaba en la estación á los congresistas de paso para Moscow. Se expresaba en correctísimo francés, y parecía un francés por su aire *chic*, su personalidad atractiva, su traje correcto, sus modales urbanos y su carácter afectuoso y servicial.

El nos proporcionó *droitkas*, pequeños coches de dos ruedas, abiertos, con dos asientos en la parte trasera, y uno muy chico, bajo é incómodo en la delantera. Trotando en un vehículo de estos por el desigual y no bien pavimentado piso de la vieja Varsovia, tomamos alojamiento en el Hotel de Europa, el Sr. Dr. Liceaga, su apreciable familia, el Sr. Riva, mis compañeros Carbajal, Hurtado, Caraza, Vallejo, Bernáldez y el que esto escribe.

Heme al fin en Varsovia, á orillas del Vístula, en las comarcas septentrionales de Europa, en el inmenso territorio de la poderosa Rusia; heme al fin en Varsovia, repetía dentro de mí mismo, una voz interior, que me refería cuchicheando las diferentes noticias que de Varsovia había yo ido adquiriendo hasta allí, y que en conjunto forman lo que pudiera llamarse: historia de Varsovia en mi espíritu.

Era yo muy niño, sí, muy niño; apenas contaría seis años, cuando oí por primera vez el nombre de esa lejana y desdichada ciudad, y lo oí envuelto en dulce y placenteras melodías. Se bailaba en esa época una pieza llamada varsoviana que me gustaba á mí sobremanera, por su compás generalmente lento, y lo peregrino y variado de sus figuras y pasos. La pareja daba cuatro pasos largos en un sentido, luego retrocedía con rápido y precipitado paso de *galop*, luego daba vueltas acompasadas parecidas á la de la mazurca. Excitada mi curiosidad de niño pregunté qué significaba el nombre de esa pieza, y se me contestó, llenándome de asombro, que significaba la hija de Varsovia, la señorita nacida en una ciudad muy remota, que las varsovianas eran muy hermosas, muy sensibles y muy delicadas, y que sobre su ciudad y sobre su raza el sino había descargado sus más cruentos rigores.

Sobre este núcleo primitivo de mi concepto de Varsovia, se habían ido condensando nuevas y variadas ideas sucesivamente adquiridas en el estudio de la historia. La vigorosa dinastía de los Jagellón, los Casimiro, los Sigismundo, los Sobieski, los Kosciusko, y tantos y tantos reyes, y tantos y tantos caballeros esforzados, y tantos y tantos paladines que ilustraron con sus proezas aquellas regiones cuya briosa espada contuvo á los turcos en las puertas de Viena, y tantas veces derrotó á los sármatas, á los cosacos de la horda de oro, á los czares de Moscow y de Kasan, á los mismos que más tarde organizados por la vigorosa mano de Pedro Romanof, habían de constituir el poderoso imperio ruso, y que bajo el gobierno de la que Voltaire, cediendo á un sentimiento de baja adulación, llamó la Semíramis del Norte, habían de tomar tan principal participación en el fraccionamiento y reparto de la vieja Polonia.

Agitado, pues, por las muchas ideas que Varsovia suscitaba en mi espíritu y hallándome ya en su recinto, estaba impaciente por recorrer sus calles, por contemplar sus edificios, por examinar sus monumentos y por visitar sus institutos; por confrontar, en fin, con la realidad, la Varsovia fantástica que mi imaginación procreara.

Restauradas mis fuerzas con un abundante almuerzo, sacudido el polvo del camino, salí, pues, á vagar por la ciudad, siguiendo en una misma dirección la ancha, prolongada y concurrida avenida en que se abría el Hotel de Europa. Los edificios son altos, de aspecto moderno y se componen de cinco ó seis pisos; entre los transeuntes lo que más llama la atención son las siniestras figuras de los judíos, vestidos todos con el mismo traje negro, en forma de largo manteo.

Habría andado unos cuatrocientos pasos, cuando llamó mi atención, fijó mis miradas y detuvo mis pasos, un monumento que se alza en una plaza en que desemboca la avenida, y que es tan notable por lo que representa, como por su mérito artístico y por las circunstancias en que fué erigido.

Representa á Nicolás Copérnico, el eminente astrónomo polaco, nacido en Thom, el 19 de Febrero de 1473. La estatua le representa sentado, teniendo en la mano un planetario, y levantando la vista al cielo en actitud de sagaz observación y de meditación profunda.

Copérnico realizó en la ciencia la mayor de las revoluciones, substituyendo su doctrina heliocéntrica á la doctrina geocéntrica de Ptolomeo; consignó esta doctrina importante en su famoso libro, intitulado: *De Revolutionibus Orbium Celestium*, la cual fué dedicada al Papa Paulo III, y el primer ejemplar impreso lo recibió su ilustre autor en su lecho de muerte.

La estatua es obra del eminente artista Thornwaldsen, se fabricó en los talleres de Roma, los fondos destinados al monumento se reunieron por suscrición nacional, tan generosa idea fué debida á Staszyc, presidente de la Sociedad de los Amigos de las Ciencias, el cual se suscribió con un donativo cuantioso No tuvo, sin embargo, la dicha de ver realizada su idea, pues había muerto cuando la estatua se terminó, y le reemplazaba en la presidencia de la Sociedad Julián Ursino Niemawiez.

El 5 de Mayo de 1829 se inauguró solemnemente el monumento, se cantaron himnos en honor del padre de la Astronomía moderna por numerosos coros, acompañados por una orquesta selecta. La Sociedad de los Amigos de las Ciencias se dirigió de su palacio á la Iglesia de Sta. Cruz, templo vasto é imponente cuyas afiligranadas torres góticas, se levantan sobre el horizonte de la capital. Mas ah! sentimos decirlo, no se presentó sacerdote alguno á celebrar el oficio divino, no quisieron elevar sus preces por un hombre cuyas doctrinas fueron condenadas por la Congregación del Index. Fueron más papistas que el Papa como suele decirse, pues ya la Iglesia ha anulado tan injusto fallo. Lo ignoraba aquel clero ilustrado.

Mas el sol, el glorioso y radiante amigo de Copérnico, honró la augusta solemnidad destinada á enaltecer al genio que había discernido á ese astro el puesto de honor en el sistema planetario; apenas el Presidente había concluido su discurso, apenas había descubierto la estatua, cuando el cielo nublado hasta entonces, comenzó á despejarse, y un rayo de sol fué á herir la frente de Copérnico, como si hubiese querido reproducir la chispa divina que brilló en la cabeza del insigne astrónomo. Se escucharon gritos de entusiasmo, se vertieron silenciosas lágrimas de gozo y de duelo á la par, pues la suspicacia del gobierno ruso mancillaba aquella fiesta con la presencia de las ignaras tropas, y el recelo suspicaz de los agentes del gran duque Constantino, que gobernaba entonces la Polonia en nombre de su hermano el emperador Nicolás I.

PORFIRIO PARRA.

EL CIEGO

La tarde del 24 de Diciembre le sorprendió en despoblado, á caballo, y con anuncios de tormenta. Era la hora en que, en invierno, de repente se apaga la claridad del día, como si fuese de lámpara y alguien diese vuelta á la llave para acortar la luz. sin transición, las tinieblas descendieron borrando los términos del paisaje, acaso apacible á mediodía, pero en aquel momento tétrico y desolado.

Hallábase en la hoz de uno de esos ríos que corren profundos, encajonados entre dos escarpes, á la derecha el camino, á la izquierda una montaña pedregosa, casi vertical, escueta y plomiza de tono. Allá abajo, no se divisaba más que una cinta negruzca, donde moría un reflejo rojo del poniente; arriba, densas masas erguidas, formas extrañas, fantasmagóricas, todo solemne y amenazador. No pecaba Mauricio de cobarde, y, con todo eso le impresionó el aspecto de la montaña; sintió deseos de llegar cuanto antes al Pazo, del cual le separaban aún tres largas leguas, y animó con la voz á su montura, que empinaba las orejas recelosa

Arreció el viento y le obligó á atar el sombrero con un pañuelo bajo la barba; el trueno, lejano aún, retumbó misteriosamente; ráfagas de lluvia azotaron la cara del jinete, y de súbito el caballo se encabritó y pegó un bote de costado: de entre la maleza había salido un bulto. Echaba ya Mauricio mano al revólver, cuando oyó estas palabras en dialecto

— ¡Una limosnita! ¡Por amor de Dios que va á nacer... una limosnita, señor!

Mauricio, tranquilizándose, miró enojado al que en tal sitio y ocasión pedía limosna. Era un hombrachón alto, descalzo de pie y pierna, que llevaba al hombro unas alforjas, y se apoyaba en recio garrote. La obscuridad no permitía saber como tenía el rostro; la ancianidad se adivinaba en lo cascado de la voz y en el vago reflejo plateado de las greñas blancas.

— Apártese — murmuró impaciente el señorito. — ¿No ve que el caballo se asusta? Si me descuído, al río de cabeza... ¡Vaya unas horas de pedir!

— ¿Dónde está el río? — gritó con hondo terror el pordiosero. — ¿No es aquí el camino de la iglesia de Cimáis? Señor, por el alma de quien lo ha parido... Señor, no me desampare... ¡Soy un ciego! ¡Nuestra señora le conserve la vista!

Mauricio comprendió. El viejo sin ojos se había perdido, y para no despeñarse necesitaba un guía. Sí, convenido; necesitaba un guía .. ¿Y quién iba á ser? ¿El, Mauricio Acuña, que desde Orense regresaba á su casa, en noche de Navidad, á cenar, á pasar alegremente la velada, jugando al julepe ó al golfo con sus hermanos y primos, fumando y riendo? Si sujetaba el paso de su caballo al andar de un ciego; si torcía su rumbo cara á la iglesia de Cimáis, distante buen trecho de allá, ¿á qué santas horas pondría los pies en la sala de. Pazo de Portomellor? Un instante titubeó: era cuestión de sacrificar algunos minutos á colocar al ciego en la dirección de Cimáis, y dejarle ya orientado. Sólo que era internarse én la *carballeda*, exponerse á tropezar en los cepos y en los pedruscos, y sobre todo era condescender á los ruegos del mendigo, que no soltaría á dos por tres á su lazarillo improvisado. «Más vale escurrirse» decidió; y sacando del bolsillo un duro, lo dejó en la mano suplicante que el viejo extendía, metió espuelas al caballo, y escapó como un criminal.

Sí, como un criminal — así definió su conducta, en el punto de refrenar á *Maceo*, su negro andaluz cruzado, y darse cuenta de que había caído enteramente la noche. Celada por sombríos nubarrones, la luna se entreparecía lívida, semejante á la faz de un cadáver amortajado con hábito monacal. La carretera se desarrollaba suspendida sobre el río que, á pavorosa profundidad dormitaba, mudo y siniestro. El viento combatía los troncos robustos de los árboles; y un relámpago alumbró la superficie del agua, un trueno resonó ya bastante cercano, Mauricio se extremeció. ¿Se habrá caído el viejo al agua? Encogióse de hombros, después; pero creía escuchar el paso de un hombre que tentaba el suelo con un palo, como hacen los ciegos. Absurdo evidente, pues con la galopada que *Maceo* había pegado, quedaría el mendigo atrás un cuarto de legua. Lo cierto es que Mauricio juraría que le seguía *alguien*. alguien que respiraba trabajosamente, que tropezaba, que gemía, que imploraba compasión. Invencible desasosiego le impulsó á apurar nuevamente á su montura, para alcanzar pronto el cruce en que la carretera se desvía del río, cuya vista le sugería el temor de una desgracia. ¿Se habría caído...? — Lo que á Mauricio le acongojaba más, era la idea de haber abandonado á un ciego, en tal noche. «Hoy no debí dejar sólo á un infeliz»... cavilaba, hincando la espuela en los hijares de *Maceo*. Y lo más sucio, lo más vil de mi acción fué darle dinero. ¡Dinero! Si á éstas horas flota en el sil... Estoy por volverme. ¿Y si me vuelvo y veo el cuerpo en el río? ¿No viene nadie detrás?...»

Maceo volaba: un sudor de angustia humedecía las sienes del jinete. El zumbido de sus oídos y el remolino del viento no le impedían oir cada vez más próximas las pisadas del que le seguía, y de percibir la misma respiración entrecortada, el mismo doliente gemido; y no se atrevía á volverse: menos volverse, todo,... porque, si se volviese, quizá vería la figura del ciego mendigo, alto, descalzo de pie y pierna, con el zurrón al hombro, el cayado en la mano, y reluciente en la obscuridad la plata de sus blancas greñas...

— ¿Estaré loco? — discurrió Mauricio, en un espeluzno de pavor. — Ea, ánimo... Debo volverme... — Y no se volvía; su garganta apretada, su corazón palpitante le hacían traición: tenía miedo. Apretó las espuelas, y el caballo, excitado, aceleró el tendido galope, haciendo volar los guijarros del camino. La tempestad estaba ya encima: el relámpago brilló, un trueno formidable rimbombó sobre la misma cabeza de Mauricio. Alborotóse *Maceo*; giró bruscamente sobre sus patas traseras, y se arrojó hacia el talud que dominaba el río. Vió Mauricio el tremendo peligro, cuando otro relámpago le mostró la superficie del agua y el abismo: cerró los ojos, aceptando el castigo... y el caballo, en su vértigo mortal, arrastró al jinete al fondo del despeñadero, tronchando en su caída los pinos y empujando las piedras del escarpe, cuyo ruído fragoroso, al rodar peñas abajo, remedaba aún los desatentados pasos del ciego que tropezaba y gemía.

EMILIA PARDO BAZAN

Del *Album Salón*, de Barcelona.

AVARICIA.

¡Soy pobre!..es que no ha visto jamás el potentado
Sobre tu hermosa espalda caer como un diluvio
La aurina cabellera, ni como yo ha bañado
Los brazos en las ondas de su océano rubio.

Soy pobre con tus senos de nácar, virginales,
Las finas hebras de ámbar de tus pestañas blondas,
Y tus divinos ojos que vierten á raudales
Diamantes de más brillo que espléndidos golcondas.

Soy dueño de tus formas de mármol, veteadas
De azul, del talle débil en que al andar oscilas,
Y el regio camafeo que forman engarzadas
En su iris de azabache tus húmedas pupilas.

Soy dueño de tu boca: jarrón en que la ardiente
Y roja flor del beso lascivo se consume,
Estuche donde guarda sus perlas el Oriente,
Y vaso, siempre abierto, de arábigo perfume.

Son míos tu albo cuello, tu frente que remeda
Al nítido alabastro, tus breves pies de niño,
Tus uñas relucientes de ágata, y la seda
De tu epidermis blanca, más suave que el armiño.

Y así me llaman pobre, y así nunca te canto
El himno de los versos ni su amoroso arrullo;
Poseo tus hechizos de diosa, y no levanto
La frente altiva, lleno de colosal orgullo.

Levántate radiosa, deslumbra con la intensa
Luz de tus ojos, clara como la luz del día;
Tendrás tú los aplausos, y yo tendré la inmensa
Envidia de los hombres, porque te llamas mía.

Mas no te verá nadie. Son vanos tus anhelos
De triunfo; eres mi esclava, y vivirás obscura:
Guardada por los hoscos eunucos de mis celos,
Que armados de puñales custodian tu hermosura.

EFREN REBOLLEDO.

DE TANAGRA.

Dulce hermana religiosa
que transitas por la acera;
las mejillas como rosa
blanca, y las manos de cera;
religiosa, dulce hermana,
que paseas por la mañana
buscando alimento al pobre;
y recibes, mansa y leda,
ya la dorada moneda
ó ya la pieza de cobre;
al ver tu figura magra,
y tu palidez de luna,
me parece mirar una
estatuilla de Tanagra.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

MADRIGALES.

[A PAPÁ].

A la Srita. Josefina Tornel.

El alma has desdeñado
Que te ofrecí en un día;
Vuelven á tí estos cantos,
Ultima ofrenda mía.
Hojas y tallos secos
Son de un Abril remoto;
Son los corales sueltos
De un collarcito roto.

I

Cuando entro á visitar la galería
Y me detengo enfrente de una hermosa
Imagen de la Virgen, de ojos negros
Y de mejillas de color de aurora,
Quisiera interrogar, á la que amante
El ser te dió, si cuando aún, gozosa,
Te llevaba en su seno, alzó los ojos
Y los ojos miró de la Madona.

II

Eres fúlgida, más que sol de Mayo;
Vences del trébol la sutil esencia:
Hurtaste á la granada
La de tu boca púrpura risueña,
Su frescura salvaje
A intacta poma que aún del ramo cuelga,
Y su tersura al nardo
Y sus ojos á tímida gacela:
Pon un poco de amor en tu mirada
Y tú serás la bella entre las bellas.

III

No era tu flor la blanca margarita,
La flor que del amor es el oráculo;
Tu flor traición te ha hecho,
Blanco te dijo el negro y negro el blanco;
Te ha dicho que dulzura
Guarda tu corazón, no orgullo vano;
Y dijo, finalmente,
Que no te quiero mucho y... ¡te amo, te amo!

IV

Eres igual al claro de la luna,
Que ilumina la tierra y no calienta;
Igual á la Madona que en su nicho,
La multitud venera;
El iris de tus ojos
Es un cielo sin fuego y sin tormentas:
Si lo has dejado helarse poco á poco,
¿Qué vale, dí, que corazón se tenga?

V

Mi alma se parece
A una estatua antigua,
Cubierta por el polvo,
Cubierto por el musgo y por la ortiga;
Mas tu mano gentil, breve y piadosa,
Si quisiera, podría
Volverle al punto su encubierta gracia,
Su blancura nativa.

VI.

Dice, de tí prendada,
La blanca luna en el confín del cielo:
—Yo rompo el agua y á lo más profundo
Del hondo mar desciendo;
Así bajar quisiera
Con tenue rayo á tu profundo seno;
Así violar de aquel arcano mundo
El virginal silencio,
Y buscar del amor la obscura perla
Hasta hallarla en su centro.—
Así, de tí prendada,
Dice la luna en el confín del cielo;
Mas no ha de hallarla nunca......
No tiene fondo, como el mar, tu seno!

VII

En las siestas de estío,
Las amapolas en sus tallos duermen;
Del trigo por los surcos
Duermen, entrelazadas, las serpientes;
Duerme el lago argentado,
Y á flor de agua se mecen,
Dormidas ya, las hojas que han caído......
Mi ánima doliente,
Así dormir quisiera
Así......pero por siempre.

VIII

Desde que reclinaste del funesto
Olvido en la almohada la cabeza,
Ya no es el amor mío
Semejante á ese mar de azul ribera.
Más se parece el agua que en el foso
Yace estancada y negra,
Donde mis cantos, llenos
De pálida tristeza,
Reflorecen á lo alto como tantas
Melancólicas flores de ninfea.

FERNANGRANA

Abril de 1899.

LA RAZON DE VENUS.

Calumniaron á la diosa. La llamaron amada de muchos varones, inconstante y pérfida, (aun antes de que Shakespeare dijera: «*Inconstancia*, tu nombre es de mujer,») amiga de todos los lechos, pecadora inmortal, esposa infiel del herrero Vulcano. Todo cuanto de malo puede decirse en femenino, dijeron de la diosa. Su cinto era cabestro de la lujuria, sus ojos lámparas de los deseos, su desnudez tentación de la castidad. Calumniaban á la diosa. Aun en Milo la calumniaban.»

«No obstante, Venus tenía sus razones.»

***

Mi diálogo de aquella tarde no era con Emma ni con Lila. Esos pajaritos encantadores se habían ido á la primera razón descortés del invierno. El sol estaba, entonces, poco interesante. Sufría de cataratas. Las tardes habían cambiado sus gasas rosas por amables sedas moradas. Todo invitaba á los graves discursos.

Mi interlocutora era una señorita de treinta años que ya no pensaba en casarse, pero que, en cambio, estudiaba mitología. No admiraba á Hercules, desde que llegó á su conocimiento aquella desagradable aventura con el rey Augias. Consideraba al héroe como á un barrendero formidable y nada más. En cambio adoraba á Hipólita, á Philippis, á Ælla, á Asteria, y Antinoo le parecía sublime. Todo lo cual os indicará suficientemente que manifestaba cierta voluntad por Venus. La llamaba infiel, y esto es una vulgaridad, no puedo negarlo. Pero todos son un poco vulgares, sobre todo cuando son un poco burgueses. Mi amiga lo era; pero muy poquito; apenas.

Y esto fué lo que me incitó á explicarle las razones de Venus. Hecho mi exordio, con sujeción á las más minuciosas reglas de la oratoria, empecé diciendo: Señorita.....

Pero es mejor que os lo cuente de otro modo:

Un día de claro sol, afable cielo y serena mar, caminaban en la ribera, en dirrección opuesta, dos guerreros. Yelmo coraza y cnemidas de bronce, ancho escudo, lanza temible y espada suspendida del hombro á usanza de aquellos tiempos: pues estamos en las costas del mar Jónico, algunos años antes de Homero. Sus pasos sonaban enormemente y el mar daba á compás á aquellos pasos. Un paso, una ola; un paso, una ola. ...

Líricamente cantaban las cigarras y el sol cuidaba de bruñir cada relieve de sus armaduras. Aquellos guerreros venían para sostener, uno contra otro, combate leal por discusiones de amor. Llamábanse Trasimedes y Amphiclus, ilustres ambos por la lanza. Venían por el amor de una diosa del mar que había entonces aparecido sobre una concha luminosa, al beso de las espumas amargas. Amathea, madrina del primero, y Speio, nodriza del segundo, nereidas las dos, habíanles dado la extraordinaria nueva, infundiéndoles á un tiempo espíritu de curiosidad, primero, y calor de rivalidad más tarde, cuando conociendo á la diosa de las espumas y oyendo de sus labios la confesión de que sólo se entregaría al más valeroso guerrero, decidieron hacer de sus brazos jueces supremos, en lidia caballeresca y heróica, por demostrar cada uno que lo era así.

Unidos ambos en la codicia cuanto separados en la inclinación del ánimo (pernonad el giro arcaico, si queréis,) diéronse á exterminar cuantos guerreros eran conocidos por la fama, no sólo en el continente sino en todas las islas de la Dodecanesia; y cuando no quedaron sino los dos, echaron á andar por la ribera hacia el cabo Sunio, punto de la cita.

Venus había atado su carroza marina á las raíces de una roca sonora—y miraba.

Al rayar el sol en el meridiano, circunstancia astronómica que se conoció, porque la espada de Amphiclus, clavada perpendicularmente, no dió sombra, los guerreros embrazaron los escudos y las dos lanzas comenzaron á buscar los pechos con inaudito fragor.

No tardó la sangre en sembrar de rosas las armaduras. El polvo que levantaban los pasos desordenados de los combatientes obligaba al sol á cerrar los ojos, y el estruendo de los bronces era tal, que las aguas se vieron obligadas á levantar el tono de su grave conversación para poder oírse. Las rocas vibraban á cada choque de las armas y el aliento de los guerreros doblaba los gajos de los cercanos laureles. Una ola se levantó en el lejano horizonte, toda desgreñada, como una yegua que se encabrita, y abriéndose paso por entre el tumulto de las otras, vino en soberbio galope, erguida, su penacho en alto, agitados los flancos por breves temblores, á volcar sobre la playa estremecida su enormidad de montaña.

La carroza marina de la diosa experimentó un vaivén terrible. Se oyó un grito. Los guerreros bajaron los brazos. Era ya de noche. No lo habían advertido porque sus armaduras, candentes con los golpes, daban un dorado resplandor. Y el uno en el regazo de su madrina y el otro en las rodillas de su nodriza, se durmieron bajo las estrellas.

Al siguiente día, después de haber asado y devorado juntos un buey de negros cuernos, y de haberse refrigerado apurando doce cráteras, los dos guerreros, con las manos bien lavadas en agua saludable y las heridas curadas con menta olorosa, emprendieron su heróica faena, como dos vigorosos forjadores que baten el hierro en los yunques: el sudor baña su piel, nudos de carne corren á lo largo de sus huesos, las venas se hinchan de sangre generosa como los torrentes en el estío, cuando se desata el flujo de las nieves; y ellos siguen domando el metal con sus martillos, sintiendo crecer el brío á medida de la resistencia que encuentran. Así combatían Trasimedes y Amphiclus, y así trabajaban sus espadas en la carne enemiga.

Y llegó la noche y ya no suspendieron el vigor de sus esfuerzos, pues sentían grande urgencia de terminar, teniendo en escasa cuenta la economía de la sangre. Y vino y terminó otro día y llegó y acabó otra noche, y todas las estrellas se enteraron del suceso, sin que la fatiga les rindiese ni el dolor les atase las piernas.

Muchos mantos de lino habían teñido ya las olas con aquella púrpura humana que corría de sus carnes abiertas, muchas nubes habían pasado tronando sobre el esplendor de sus cascos, muchas lágrimas habían vertido las bondadosas nereidas sin conseguir ablandar sus corazones y Venus había sonreido muchas veces á cada nueva herida que destruía las armaduras, cuando rompiéndose el último instrumento ofensivo en sus manos incansables de luchar, fué preciso ceder á la fuerza del acontecimiento lo que aún quedaba de deseo en los corazones.

Miráronse. Sus barbas habían crecido, pues llevaban cien días de combatir. Estaban destrozados, pero enhiestos, como dos encinas que acaba de desgajar el huracán. La sangre les había pintado de rojo, vistiendo de púrpura lo que al descubierto iban dejando las piezas rotas de las armaduras.

Amphiclus tenía las uñas quebradas de haber arrancado la última roca con la que desarmó las rodillas de su contrario. Trasimedes ostentaba el pecho abierto por el paso de la lanza. Estaban hermosos y terribles como dos montañas asaltadas.

Gran conflicto empezó entonces para Venus, pues había prometido el goce de sus gracias al más valeroso. Suele en estos casos resolver el corazón femenino en pro de la gentileza las dubitaciones del entendimiento. Pero la diosa adoraba los ojos azules de Trasimedes tanto como deseaba los cabellos negros de Amphiclus. Y convencida por tan absolutos argumentos, dejóse llevar á las sentencias de la justicia. En cuya virtud, el cielo vió aquella noche ocupados los brazos de Venus por las cabezas heróicas de dos guerreros.

***

Un gran silencio cayó sobre la estufa semi-apagada. Mi interlocutora callaba, sumergiéndose en la inmensa melancolía de sus primaveras estériles. Y de repente:—No recuerda usted los hermosos versos:

La marquesa Eulalia, risas y desvíos
Daba á un tiempo mismo para dos rivales?...

Efectivamente; eso se lee en las *Prosas Profanas* de Rubén Darío, le respondí.

LEOPOLDO LUGONES.

SIMBOLO.

La bandera es la fe. Oid, vencidos,
el nuevo salmo; que al chocar los versos
se levantan los gérmenes dormidos
y se agrupan los átomos dispersos.

Vacilar es caer.—En cada vida
clava su garra aguda el pensamiento,
y tiene el que deserta de la vida
una trágica mueca de irredento.

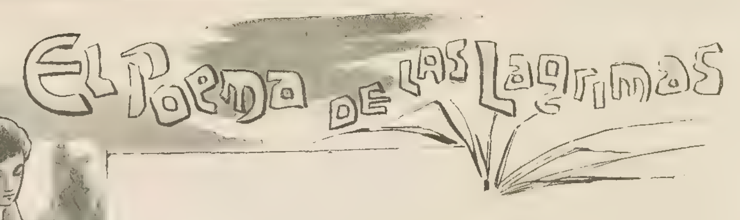
La vida es el afán.—Noble delirio
que sublima y redime en la pelea;
para cada dolor, se alza un martirio,
y un cadáver rebelde, á cada idea.

Buena nueva: convoca á los rehacios,
infúndeles aliento y energía.
Sale el sol; ya se incendian los espacios,
¡aparece en Oriente el nuevo día!

CARLOS DIAZ DUFOO.

Septiembre de 1898.

El Poema de las Lágrimas



I

Una blanca beldad fascinadora
de rubia trenza y seno floreciente,
de claros ojos como tersa fuente
y risa más alegre que la aurora;

por ameno jardín, que el sol colora,
camina placentera y diligente,
cuando su leve falda transparente
prende un rosal con rama punzadora.

Dichoso acariciando á la hermosura
se estremece el rosal, como una llama,
al romper la beldad su ligadura.

Pétalos rojos llueven de la rama...
Es que el rosal, perdida su ventura,
llanto de sangre por la infiel derrama.

II

Esplendores magníficos, brillantes
curvas de plata y majestad divina
muestra su cuerpo escultural de ondina
al salir de las olas murmurantes.

Las tembladoras gotas rutilantes,
con que ciñera el agua cristalina
su inmaculada frente alabastrina,
fingen regia corona de diamantes.

A la luz cegadora que desprende
su desnudez triunfante y deliciosa,
en gentílico amor todo se enciende.

Da en su cabello el sol besos de oro,
y el mar, abandonado por la hermosa,
vierte á sus blancos piés amargo lloro.

III

La beldad, sonrosada como el día,
esparcido el raudal de su cabello
por la mórbida espalda y níveo cuello,
llega al arroyo de la verde umbría.

Un vaso llena en la corrienta fría,
y al rozarlo después su labio bello,
tiembla el vaso, feliz, lanza un destello,
y campo y sol refleja en su alegría.

Cuando su viva sed siente aplacada,
la hermosura retira, indiferente,
el cristal de su boca de granada.

Tórnase triste el vaso, antes riente,
y por su faz, de nieblas empañada,
se desliza una lágrima luciente.

IV

Suspiran los ardientes ruiseñores,
llena la luna el mar, valles y lomas,
y, en álamo frondroso, dos palomas
cambian roncos arrullos gemidores.

La bella viste encajes, raso y flores;
y, cual rocío en las fragantes pomas,
en su pecho gentil lleno de aromas
lanza un collar de perlas sus fulgores.

Un dichoso amador, en tierno lazo,
á la beldad fascinadora oprime,
besándola en su labio de escarlata.

Y, á la presión del venturoso abrazo,
roto el collar de perlas, dulce gime,
y en lágrimas radiantes se desata.

V

Vierte el mustio rosal llanto encendido;
del vaso rueda lágrima luciente;
llora el collar de perlas refulgente,
y llora el mar y estalla su rugido.

Llora también el amador rendido:
que la beldad de inmaculada frente
es estatua de mármol esplendente...
y en el mármol jamás vibró un latido.

Todo tiene una lágrima ó lamento.
Todo....menos la bella seductura,
causa de tanto mal y hondo tormento,

que, arrogante, impasible y triunfadora,
responde á los dolores dando al viento
su risa más alegre que la aurora.

MANUEL REINA.

Páginas de la Moda

Fig. 1.—Trajes de primavera.

LA MUJER ANTE LA PEDAGOGIA

FRAGMENTOS.

La mujer es un ser racional, y como tal, hay que considerarla en orden á la cualidad de existencias que actúan en todo ser humano: la psicología y la fisiología.

Por la primera, poseé un yo espiritual, una vida interna que se agita en el recinto del ser corpóreo, con facultades que le son inherentes, reconocidas por los filósofos. Una de esas facultades es la inteligencia, en la que adelante nos ocuparemos.

Si, pues, está probado que existe una alma en la mujer, y si el espíritu no reconoce la diferencia de sexos que la materia: es natural que en el orden físico, la mujer sea igual al hombre; desde luego, si el hombre poseé el derecho emanado de su naturaleza de proveer al perfeccionamiento de su ser moral, es de presumirse que este mismo derecho asiste á la mujer, y desde luego, la amparen las leyes cual al hombre y la proporcionen la instrucción necesaria.

Creemos que debe metodizarse filosóficamente la instrucción de la mujer, y no porque es físicamente igual al hombre, necesite poseer el caudal de conocimientos que éste.

Sería, en efecto, descabellado enseñar á la mujer á manejar las armas, antes que un manual de urbanidad.

Pero el espíritu analítico de la pregunta, va más allá, y es, á nuestro entender:

«¿Cuál será el límite que se oponga á la instrucción que deba darse á la mujer mexicana; ó debe condicionarse esa instrucción restringiendo el caudal de conocimientos, en vista de consideraciones filosófico sociales, aplicables tan solo á la mujer mexicana?»

Creemos que la pregunta debe plantearse así:

«¿Debe la mujer mexicana adquirir los conocimientos científicos que compiten al hombre, ó sólo limitarse su instrucción á los precisos para formar una señorita de sociedad culta y civilizada?»

Esto, en orden á la parte moral.

En lo relativo á la física.

«Debe impartirse á la mujer educación física—dada la delicadeza del sexo—ó no se hace ésta necesaria?»

«¿Debe excluirse del programa de enseñanza la educación social por creerse inútil, ya que no posee derecho de ciudadanía para figurar en el parlamento, en los comicios, etc?

Procuraremos ser breves en la respuesta:

La mujer mexicana, es por naturaleza sencilla: es su corazón—en lo general y salvo raras excepciones—santuario del altruismo campeando entre sus cualidades morales la filogenitura: el pudor, símbolo externo de la pureza de una alma noble, ocupa sitio preferente en el consorcio de sus virtudes, y una acendrada ternura viene á completar la parte moral del ángel corpóreo á que se llama mujer.

Una penetrante inteligencia hace vibrar sus retinas, mientras en su amplia frente sobrenada el supremo destello de una castidad angélica.

Así, pues, dada esta constitución moral de la mujer mexicana, ese excepcional sello de obediencia al paterno ó marital mandato y esa disposición congénita para amar lo bueno y lo bello, el análisis filosófico de su alma, debe propender á buscar en ella las malas tendencias para combatirlas y dirigir su instrucción y educación á fortalecer esas buenas cualidades y aniquilar los defectos de que adolece.

La propia circunstancia de poseer una imaginación ardiente y fogosa, de poseer belleza externa incomparable, puede inclinarla á la vanidad, hacerla esclava del tocador y generar así el coquetismo, plaga social que sería insufrible si corrompiera á nuestras paisanas. Desde luego, la madre de familia debe impedir á sus hijas las lecturas de novelas romancescas, *veneno* que insensible se filtra en los juveniles corazones que aman á los personajes de aquellas que se sueñan nobles, bellas, ricas, codiciadas, y que pierden con la virginidad del alma, el sentido común, ó dijésemos, la lógica.

PASTA ITALIANA.

En esta pasta, las proporciones de agua y de harina son las mismas que en la fórmula precedente y se sustituye la manteca por una buena cucharada de aceite de olivo superfino: se añade luego á la pasta, aderezada con sal y un poco de pimienta, una clara y media de huevo hecho espuma, en el momento de servirse de ella.

FIG. 2.—DOS ELEGANTES MODELOS DE SOMBREROS.

FUGITIVA

Pálida como un cirio, como una rosa enferma. Tiene el cabello obscuro, los ojos con azuladas ojeras, las señales de una labor agitada, y el desencanto de muchas ilusiones ya idas. Pobre niña.

Emma se llama. Se casó con el tenor de la compañía, siendo muy joven. La dedicaron á las tablas cuando su pubertad florecía en el triunfo de una aurora espléndida. Comenzó de comparsa y recibió los besos falsos de los amantes fingidos de la comedia. ¿Amaba á su marido? No lo sabía ella misma. Reyertas continuas, rivalidades inexplicables, de las que pintaría Daudet. La lucha por la vida en un campo áspero y mentiroso, el campo donde florecen las guirnaldas de una noche, y la flor de la gloria fugitiva; horas amargas, quizá semiborradas por el placer de locas fiestas; el primer hijo; el primer desengaño artístico; el príncipe de los cuentos de oro, que nunca llegó; y en resúmen, la perspectiva de una senda azarosa, sin el miraje de un porvenir sonriente.

A veces está meditabunda. En la noche de la representación es reina, princesa, delfín ó hada. Pero bajo el bermellón está la palidez y la melancolía. El espectador vé las formas admirables y firmes, los rizos; el seno que se levanta en armoniosa curva; lo que no advierte es la constante preocupación, el pensamiento fijo, la tristeza de la mujer bajo el disfraz de la actriz.

Será dichosa un minuto, completamente feliz un segundo. Pero la desesperanza está en el fondo de su alma delicada y dulce. Pobrecita. ¿En qué soñaría? No lo podría ya decir. Su aspecto engaña al mejor observador, ¿Piensa en el país ignorado á donde irá mañana; en la contrata probable; en el pan de los hijos? Y la mariposa del amor; el aliento de Pispais, no visitará ese lirio lánguido; ya el príncipe de los cuentos de oro no vendrá; ella ¡está á lo menos segura de que no vendrá!

¡Oh tú, llama casi extinguida, pájaro perdido en el inmenso bosque humano! Te irás muy lejos, pasarás como una visión rápida; y no sabrás nunca que has tenido un soñador que ha pensado en tí, y ha escrito una página á tu memoria, quizá enamorado de ese encanto de tu rostro enfermizo, en tí, en fin, paloma del país de Bohemia que no sabes á cuál de los cuatro vientos del cielo tenderás tus alas el día que viene.

RUBEN DARIO.

FIG. 3.—SOMBRERO IMPERIO.

SOPA JULIANA.

Se dividen en filetes muy delgados zanahorias, nabos, puerros, cebollas y apio, y se les hace tomar color pasándolos por la cazuela con manteca, luego se les añade unas cuantas hojas de lechuga, de cerafollo y de perejil picadas, y si la estación lo permite, un puñado de guisantes verdes con otras tantas habas tiernas. Cuando las legumbres hayan cocido bien, y en el momento de servirlas, se añade la cantidad de agua necesaria, sal á discreción, y un buen pedazo de manteca fresca.

En muchas casas se prefiere la juliana con puré; en este caso se cuecen las legumbres algo más á fin de que pasen fácilmente á través de un colador fino. La juliana con puré se sirve con pedacitos de pan muy pequeños, fritos en manteca en el momento de añadirlos á la sopa.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TRAJES DE PRIMAVERA.

Una gran toilette de sarga de seda. Falda plena, lisa al frente y con siete hermosos pliegues en la parte posterior.

Jacquette todo drapeado de blonda antigua de Bruselas, abierto sobre una camisola de tul figurada. Jockeys fantasía.

Plastrón con dos alas con adornos de botones de fantasía.

El segundo modelo es un elegante frock para niña de 8 á 10 años, de piel de seda, con gran bordado en la orla.

FIG. 2.—DOS ELEGANTES MODELOS DE SOMBREROS.

El primero de paja de Suecia, redondo, con la falda orlada de una guía de muselina de seda obscura, falda levantada y á la izquierda de ella un gran lazo de sarga.

El segundo redondo también; la copa va rodeada de dos hermosas plumas de avestruz, y en el centro lleva un lazo de sarga.

FIG. 3.—SOMBRERO «IMPERIO.»

Es un delicado y elegantísimo modelo, por el estilo y por la factura. De paja de Francia, blanco orlado de una guía abuevada de seda. Un lazo de satín rosa lo fija al cuello. La copa va drapeada de satín del mismo color y lleva dos elegantes penachos de avestruz.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 30 de Abril de 1899. | Número 18

BELLAS ARTES.

LAS CEREZAS.

Cuadro de Metzmacher.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

La sinfonía de la Primavera ha comenzado: el preludio con notas veladas, suave, *pianísimo*, con violines á la sordina y altos acordes de harpa, entra como en el amanecer del *Lohengrin* muy débil, imperceptiblemente melodioso, sonoro y lánguido, como el ruido de los follajes estremecidos por el rocío de la noche. Dentro de la tierra, acribillada por los venablos de oro del sol, comienza á oirse el canto de la savia. Los estambres de las enredaderas tiemblan como heridos por una salpicadura de cristal.

Muy pronto, en *crescendo* con una harmonía complicada y conmovedora, vendrán las lluvias fecundantes, las lluvias que ponen pálido el horizonte, rumorean dulcemente por la ciudad y hacen maravillas de sueños con las tardes opacas. Y conservo desde hace varios años, un delicioso recuerdo de estas hermosas metamorfosis de la naturaleza, que á todos nos impresionan por el hálito de juventud y de vida que esparcen en torno nuestro. Oyeme, si gustas escuchar impresiones francas y sensillas, imaginaria lectora de mi prosa, mas no por menos real menos amada. Ya es de noche, acaban de encender la veladora; los teatros no están abiertos todavía, y el último, lindo libro de cuentos, está cerrado sobre tu mesa. No puedo hacerte crónicas mundanas, ni como en otras veces, narrarte la *historia de lo que no ha sucedido*. ¿Quieres que te cuente mi cuento de primavera? ¿Quieres que entretenga tu fastidio con una fantasía? Pues acerca tu rojo taburete—escabel de paje rubio—junto á mi pesado sitial, y mírame un instante.

....La desaparición fué repentina. Momentos antes, el sol caía sobre la vieja pared de enfrente, en cuya cornisa de sillares despostillados las ramas secas y colgantes de una parásita se proyectaban en oblicuo, firmes y negras, fingiendo la sombra de una mano diabólica. La luz amarillenta loqueaba en el muro ruinoso, encendiendo á rojo de fragua los ladrillos descubiertos, plateando las piedras ensalitradas, incrustando polvo de diamante en las cortaduras y prendiendo agujetas de oro en la cabeza leonada y soñolienta de un gato que dormía en el muñón de una cantera ennegrecida de una canal sin tubo.

Y de pronto, con una rapidez de pensamiento, con la violencia con que la varita de una hada toca el aire para que desaparezca el encanto, se apagaron las fantasmagorías caleidoscópicas y el muro se pintó de gris plomizo, un lienzo casi incoloro, en el cual los agujeros y descarnaduras parecían manchas de tinta china alumbradas por palideces de luna. La parásita, sin relieve, se dibujó en la pared, como una grieta de la ruina, y el contorno de la cornisa, picoteado en zig zag, como línea trazada por una mano temblona, se recortó en un cielo obscuro, un cielo de polvo, plano y sin accidentes, un cielo de paisaje fotográfico.

Entonces abrí la ventana para contemplar mejor aquella metamorfosis. Arriba, entre la inmovilidad cenicienta y compacta del espacio, tras una desgarradura violenta hecha por el viento, tras un boquete de bordes caprichosos inmaculadamente blancos, con fragilidades de nieve, brillaba una placa de azul de cobalto, fuerte y limpia, que arrojaba una gran ráfaga de claridad fría, ala inmensa de luz que se quebraba en los negros acantilados de las nubes.

Qué quietas estaban las inconstantes, las que correteau por el aire y se burlan de la forma; los monstruos marinos, los pájaros gigantescos, las islas milagrosas, las cabezas de gigantes airados, las catedrales góticas, los castillos ruinosos, los rebaños fugitivos! Atravesó el horizonte un hilo de aves negras, y chillando, comenzó á describir, en el seno de un nubarrón, círculos vertiginosos como los de los juegos pirotécnicos. La caricia del aire era fresca y olía á tierra húmeda. Y á lo lejos, sobre el borrado cono de las montañas, un relámpago mudo rayó el ónix del horizonte.

Cayó en mi mano una gota, suavemente, sin ruido, como si hubiese bajado con lentitud, como si fuese una lágrima de las que se deslizan de las mejillas de una virgen hasta los labios de un enamorado. Después cayeron otras, también poco á poco, anunciando la primera lluvia primaveral, la que abre el corselete de las rosas, engalana el pompón de los claveles y enhebra su chaquira de cristal en la glauca pica de las hierbas del llano.

He aquí, por fin, á las bien amadas, á las tardes tristes, opacas y pluviosas, á las que ocultan el sol, el ardoroso sol que nos fatiga y del que están cansadas las selvas americanas, las que nos traen la melancolía de las baladas, las que ponen niebla y gasa á nuestros pensamientos para que reluzcan á través, como á través de las trasparencias de los chales brillan los collares de las odaliscas. Nosotros no decimos, como el pobre noruego enfermo, como el trágico Oswaldo de Ibsen, mirando el sombrío cielo de su patria: Madre, dame el sol.

Al contrario, á estas tardes maravillosamente obscuras, y que nos hacen pensar en cosas vagas y lejanas, en solitarios bancos de piedra, en mujeres hechas de luna, en recuerdos nostálgicos, en amores imposibles, á estas tardes así opacas y silenciosas, les pedimos que nos den bruma, un poco de bruma para acurrucar en ella nuestros sueños!

***

Los pueblos cercanos se preparan á celebrar las fiestas en que toma parte el sol: las de las flores. Es fuerza confesar que á este caballero se le deben los prodigios de pétalos y de ramos que trae en su delantal de lino la Señorita Primavera.

Las flores viven: son almas de mujeres coquetas que hicieron sufrir en anteriores existencias á jóvenes enamorados y sensibles.

Todos los poetas cantan en sus estrofas el amor de las rosas ó la ternura de las violetas. Manuel Gutiérrez Nájera tiene un encantador *pastiche* huguiano lleno de fantástica animación. ¿No conocéis la *Misa de las flores*? Recordad qué sencillos y qué divinos versos. Parece que Andersen se entretuvo en rimar alguno de sus cuentos. Corre por esas estrofillas de arte menor, hechas como al paso de un ensueño, savia virgen y primaveral. Al leerlas se pregunta uno si no están regados con jugo de azucenas y perfumados con agua de rosas.

¿Habéis oído algo más que ésto?

Vamos al templo. Hoy es fiesta
Tulipán dirá el sermón;
En la misa gran orquesta,
Y en la tarde procesión.

—

Palomas y codornices
Con hojitas de azahares
Remiendan sobrepellices
Y componen los altares.

—

Un pobre topo, el más mandria
Y apocado, barre el coro,
¡Hoy va á cantar la calandria
La calandria, de voz de oro!

———

Será el zenzontle, tenor,
Jilguero, el primer violín,
Y maestro director
El arrogante clarín.
....

¿Verdad que esta poesía es una escena del *Sueño de una noche de Verano*? Es poesía que huele á juventud que ama la naturaleza y que penetrada de sus secretos, los canta en un lenguaje fino y sutil como un tejido de luz El joven maestro sabía como nadie de estas cosas. Era el bardo de las delicadezas. Este humorista maravilloso debía ser el orador en las fiestas de las flores. Las amó y las soñó toda la vida.

Suguro estoy que ellas no lo han olvidado......

***

La sociedad se ha estremecido unos cuantos instantes con dos acontecimientos: el suicidio de un cansado y el crimen de un degenerado. El suicida era joven, era bueno, era artista. Dejó por herencia una carta profundamente melancólica y sincera. El criminal es un hombre obscuro, que como el Guymplaine, viene del abismo. Es un martirizador extraño que posee todos los vicios, todas las supersticiones, todos los instintos de esa multitud de que habla el filósofo, pálida, mal alimentada, sucia, grosera, pervertida; de esa plebe en donde, en el adulto todas las fibras del cuerpo y del alma se corrompen, en donde en la mujer se envenena el manantial de la santa maternidad, en donde el niño ignora las alegrías de su edad, en donde todos están envilecidos, olvidados, legión anónima condenada á la cruz de un trabajo de ilota.

***

En la semana teatral son de anotarse dos sucesos: el triunfo del género chico con *Gigantes y Cabezudos* y los beneficios de Bell, el *clown* glorificado y amado.

¿Por qué Bell habrá alcanzado tan gran celebridad? —me preguntaba una muchacha.

—Lo merece —le respondí—; en los espectáculos modernos, representa la nota sana y la risa inocente. Es el único amigo de los niños... ..

Luis G. Urbina

LA ESCLAVITUD MODERNA.

Servidumbre de la mujer.

Quien en pueblos como los civilizados, y en épocas como la moderna exclame: Subsiste aún la esclavitud: la mitad de la especie humana vive en estado de servidumbre; hay todavía una clase social, numerosa, interesante, estimable por mil títulos, que gime bajo el yugo, con capataz al lado, tutoreada y asesorada siempre, sometida á una autoridad casi despótica, corre riesgo de hacer estallar en una sonora carcajada, la ironía de quienes creen que basta decretar la libertad para gozarla y que un principio escrito en un pergamino reemplaza á tradiciones, usos y costumbres inveteradas.

En México todos nacen libres y los esclavos que pisen el territorio nacional, recobran por ese sólo hecho su libertad y el goce integral de sus derechos conculcados. Tal es la ley, tal debía ser, y sin embargo la mujer es sierva, la mujer está condenada á vivir bajo la tutela del hombre, la mujer le debe sumisión y obediencia y por el sólo hecho de ser mujer, y aun cuando su planta huelle el suelo de la libertad, lleva cadena al pié y ostenta en su hombro la marca de la esclavitud.

Claro es que esta servidumbre no es la de la mujer nómada, simple hembra, bestia de carga ó instrumento de trabajo; claro también que su esclavitud no es la de la odalisca en el harem, encerrada en jaula dorada, perfumada con pebeteros, ataviada y cuajada de pedrería como una reina, pero simple instrumento de placer, sin autoridad, sin derechos, sin defensa en la ley ni amparo en las costumbres; pero no por ser menos dura y menos ruda, no por aparecer más disimulada y solapada es menos real y efectiva la esclavitud de la mujer moderna.

Los dos grandes medios de opresión son la ignorancia y la miseria. Oprime de hecho quien priva á las demás de la luz y del pan; dentro de la ignorancia podrá haber tumultuosas é intermitentes rebeldías, pero no disfrute de libertad permanente ni conciencia ni reivindicación efectiva del derecho; dentro de la miseria podrán comprobarse airadas represalias, violentas explosiones de iracundia popular, pero no goce continuado y tranquilo de los beneficios de la justicia.

Los grandes emancipadores han sido la instrucción de las masas y la plena, absoluta y completa libertad de trabajo. Ahí donde las instituciones, las leyes y las costumbres no acatan esos dos supremos derechos: el derecho á estudiar y la libertad de trabajar, imperará la servidumbre y estará de hecho vigente la esclavitud.

En las sociedades modernas, en la nuestra especialmente, no es la ley, sino la preocupación quien veda á la mujer la instrucción y la que le coarta la libertad de trabajar confinándola á un círculo reducido de actividad mal retribuida, privada de vastos horizontes y de amplias perspectivas. So color de proteger á la mujer, de suplir á su supuesta debilidad con el capcioso y caballeresco pretexto de trabajar para ella, de evitarle los abrojos de la senda y de secuestrarla á las heridas del combate, la hemos confinado al hogar, condenado á la rueca y á la aguja; le hemos puesto gafas ahumadas para que no vea lejos ni vea claro; hemos reprimido sus aspiraciones y cercado su ambición; le pedimos encantos, fidelidad, trabajo doméstico, pero le vedamos la intervención en nuestros negocios, la libre y expontánea iniciativa en los suyos, la libertad de acción y la expontaneidad de pensamiento.

Hay más; para mejor reprimir sus veleidades de emancipación la hemos hecho frívola, adoradora de la moda y no del ideal, consagrada al atavío y embellecimiento de su persona; la hemos transformado en muñeca, en joya, en objeto de ornato. Cuando á los piés de la mujer amada, le hablamos de su cautivadora belleza, del brillo incomparable de sus ojos, de su talle de palmera, de sus labios de rosa, la mujer no imagina siquiera, y el hombre se lo figura apenas, que se la está pervirtiendo, engañando, que se la deslumbra para mejor seducirla, y que se la adula para mejor explotarla.

Hay algo en la mujer, superior á su belleza, más admirable que sus encantos, su inteligencia y su corazón; pero de eso ni le hablamos. No querríamos llamar su atención hacia su talento y hacia los tesoros innegables de ternura, de abnegación, de filantropía, de dignidad humana que se esconden, como valiosa joya en rico estuche, bajo los atractivos exteriores de su forma corporal. No le hablamos de su alma sino para llamarla pérfida, desleal, voluble y frívola; no le hablamos de su inteligencia sino para hacerle comprender que es ignorante, tontuela y sandia.

A fuerza de no oir elogiar sino su cuerpo, la mujer ha acabado por no adorar más que su belleza; daría la noción más fundamental por un cintajo, el principio científico más capital por una joya y prefiere en general tener erguido el talle y amplia la cadera á tener recto y sólido el criterio. Llegada á este punto la mujer está ya subyugada y esclavizada; sólo se con-

forma con tener un adorador á los piés; su horizonte es su espejo, su altar, el tocador; no tiene aspiraciones, pero tiene cortesanos; no goza de libertad, pero se embriaga con el perfume de la adulación; no es poderosa, pero es bella.

El matrimonio y la vejez vienen á abrirle los ojos; cuando el amartelado trovador se transforma en el *señor de la casa*, cuando en lugar de entonar ditirambos da órdenes, cuando en lugar de respetar caprichos y exigencias antepone los suyos y cuando en vez de derrochar y de obsequiar impone economías y sacrificios, la mujer comienza á ver claro, discierne la red que se le ha tendido, Se le hizo creer que era reina y resulta esclava; su cetro se ha trocado en esposas, su soberanía en servidumbre, su imperio en sumisión. La vejez es más cruel aún, los primeros hilos de plata en la cabellera y las primeras rugas en la tez, espantan y hacen emigrar á los cortesanos como las primeras escarchas y las primeras brumas hacen emigrar á las golondrinas; el vacío al derredor, el menosprecio, la indiferencia de todos, la miseria, á veces negra y sórdida, dimanada de la ineptitud para el trabajo, tal es la perspectiva que la vejez ofrece á la mujer.

Y todavía á la madre la redimen los hijos, encuentra al lado de la cuna los consuelos y goces que le negó la sociedad; pero ¿hay nada más lóbrego, más frío y más triste que el hogar y la vida de la soltera?

A este porvenir hemos condenado á la mujer; somos los artífices de su desesperación y de su ruina; los hombres podemos aspirar y lograr, ambicionar y conquistar, luchar y triunfar; la vida entera es mezquina para recorrer el camino interminable que se abre á nuestro paso; riquezas, gloria y poderío, toda una Naturaleza que domeñar, toda una misteriosa ciencia que descifrar, toda una sociedad que reorganizar dan aliento á la vida, pábulo al trabajo, estímulo á la actividad; por cada ilusión que se desvanece resurgen nuevas ilusiones, por cada esperanza marchita retoñan nuevas esperanzas.

Para la mujer no hay más que una misión, una ilusión, una esperanza, el amor; la mujer podría ser feliz si fuera siempre bella y siempre amada; pero le hemos hecho vincular su felicidad en lo que hay de más efímero, sus encantos, y como nos hemos condenado á no amarla sino por su juventud y su belleza, nuestro amor acaba por ser tan efímero como ellas.

Darwin llegó á ser viejo y feo, Spencer es casi un gorila, Lord Salisbury causa casi espanto; pero vivieron ó viven respetados, admirados, poderosos y gloriosos. Las mujeres á quienes vedamos la grandeza, el saber, el poder y hasta la gloria sólo sobreviven á su belleza por su virtud, su virtud que no es mas que otro cáliz libado hasta las heces.

¿Hay una redención para la mujer? ¿vendrá un nuevo Mesías á sacarla de la servidumbre y á predicarle la buena nueva? Sí, y ya se anuncia el feliz advenimiento; vagas agitaciones y sordos murmullos lo dejan presentir, y profecías llenas de fé é impregnadas de ardientes esperanzas lo pregonan y ensalzan.

A la mujer la redimirán la ciencia y el trabajo. La naturaleza hizo de ella una hembra como hizo del hombre un animal. Por el trabajo y por la ciencia el animal ensanchó sus horizontes, multiplicó sus medios de acción, se engrandeció en lo material, en lo intelectual y en lo moral, fundó la sociedad, conquistó la fuerza, y el trabajo y la ciencia hicieron del animal un hombre. De la hembra que forjó la Naturaleza, de la muñeca frívola que la sociedad formó y ataviό, el trabajo y la ciencia harán la mujer, la verdadera y la digna del hombre, inteligente, fuerte y rica como él.

Ya la mujer comienza á abandonar la rueca por el libro, ya se aventura fuera de su cárcel en busca de enseñanzas y de trabajo; ya la preocupan arduos problemas científicos y serias empresas prácticas; ya comienza á hacerse amar, no tan solo por su belleza sino también por su talento; ya va siendo capaz de dar consejo, de ejercer la dirección y el mando, de colaborar con el hombre en sus altas empresas. La madre ya no tiene por único guía su instinto ciego y su amor ignorante; hoy consulta, estudia y resuelve las altas cuestiones y los arduos problemas de la educación. La ley no le cierra las puertas del taller ni las de la Universidad y contra la preocupación y la rutina comienzan á elevarse las protestas. Para redimirse y regenerarse la mujer no necesita más que audacia y energía; que se instruya, hoy sobra dónde; que trabaje, hoy no falta en qué, y no sólo podrá ser más fuerte sino también más feliz.

Cuando el hombre no vea en ella ya un instrumento de placer ni una chuchería de aparador; cuando la crea capaz de ayudarlo, de aconsejarlo, de atalajarse con él á la pesada carreta; de colaborar en sus empresas, de sostenerlo en sus luchas, de impulsarlo y estimularlo, el amor del hombre será acaso menos volcánico, pero será más duradero y más firme.

Hasta aquí el hombre ha caminado con la mujer á cuestas, estorboso, pesado y fatigado en su marcha y ella maniatada, impotente, inerte casi como un fardo; cuando marchen los dos lado á lado, apoyado el uno en el brazo del otro, sus movimientos serán más libres, su paso más seguro, su marcha más rápida y el sendero, antes escabroso y difícil, parecerá más llano, más recto y más florido.

DR. M. FLORES.

VIRGILIO.

(DEL LIBRO «RESONANCIAS DEL CAMINO.»)

Virgilio que se levanta en la aurora de la era cristiana, en el mundo romano, después de los triunfos de Augusto, es el intérprete de una ansia de paz idílica que entonces sintió la tierra, y que parece el rayo precursor de la aurora de paz del alma, que rayaba en Palestina. Me recuerda una de esas claridades de luna que, antes del amanecer, nos parecen el alba, y después de las cuales vuelve de nuevo la noche azulada en que se diluyen las estrellas y que de veras precede al día

Las estrofas pastorales de Virgilio hacen algo más respirable para los niños la atmósfera romana en que cantaba Ovidio y el mismo Horacio. Canta el poeta, y, poco después, nace un niño en Belén.

La sombra y los cantos de Virgilio no huyeron al aparecer la aurora del pesebre: parece que tímidamente se acercaban á él detrás de los pastores llamados por los ángeles.

Es que el poeta era piadoso y casto.

Dante, el austero poeta del amor puro, no rehuye el ser guiado por él hasta el mismo linde de la eterna pureza infranqueable para el dulce armonioso pagano; pero éste, al aparecer Beatriz, la diáfana bienaventurada, desaparece como luz que en luz mayor se disipa.

Dante lo busca entonces: lo busca como el niño á su madre cuando tiene miedo.

Col quale il fantolin corre á la mamma
Quando ha paura

Lo necesita para decirle que, como el mismo Virgilio lo había sentido, siente él de nuevo el amor en su alma casi con terror;

Conosco i segni dell' antica fiamma.
Agnosco veteris, vestigia flammae.

Pero Virgilio lo ha dejado. Dante llora entonces su ausencia amargamente. Llora á las puertas del Paraíso!

Lloró el Dante la belleza que se iba en el poeta: la belleza que él identificaba con la frase rítmica del dulce verso virgiliano. ¿Cómo ver á Beatriz sin Virgilio, si Virgilio no era otra cosa en el alma del bardo florentino, que la emanación rítmica de Beatriz, de la belleza, del amor?

¡La belleza! ¡La frase numerosa! ¡El ritmo! ¡El poeta! ¡El Arte!

¿Qué es eso que circunda la sombra de Virgilio, y que he sentido pasar por el aire en la tarde del Pausilipo?

Yo no sé cómo explicarme, y mucho menos cómo definir la noción de esa belleza abstracta, hermana de la verdad y del bien que cuaja en estrofas como se cristalizan los cuerpos en transparentes figuras geométricas; que se inocula en el ritmo como el alma en el cuerpo á que substancialmente se une. Pero en la necesidad de reducir á formas sensibles lo que los escolásticos llaman *entes de razón*, yo no quiero imaginarme un espacio entre los mundos en que está aquello que Goethe llama *las madres*, en el vagar fantástico de Fausto arrebatado por el espíritu: un espacio en que existe la línea perfecta, tenuísima, pura, casi sin extensión; el color recién nacido, primer estremecimiento de la luz acabada de brotar en la sombra del principio; el sonido virgen que se difundió en la infinita transparencia; las formas y los ritmos prístinos que fueron el molde del primer hombre y la primera mujer desnudos y el eco de su primer palabra de amor. De allí acaso salieron la estatua griega con la noble castidad de su desnudez, la tinta que derramó Murillo en torno de sus cabezas angélicas; la estrofa transparente que se desprende del alma sin dolor, aunque sea dolorosa, como se desprenden las lágrimas.

Nosotros tenemos *idea de lo perfecto*, y esa idea no puede venirnos ni de nosotros mismos ni de la naturaleza. Tiene, pues, que provenir de un Sér perfecto en sí mismo, cuyo reflejo en el hombre se llama *belleza*.

A ese foco ha ido, y va é irá siempre también á parar todo lo inmaculado que pasa sin historia por nuestro mundo, suspiros que el hombre no comprende, lágrimas ahogadas en secreto, anhelos de pueblos mártires, ayes de razas extinguidas, quejidos de expiación no escuchados. Allá va el amor puro; el puro ideal de patria, emanación del alma de los verdaderos héroes; la esencia de sacrificio y de martirio que allá se concentra después de desprenderse de la lágrima de una madre, que quedó seca en los ojos; de la gota de sangre de un soldado, gota que, al evaporarse, agrandó la herida; de la oración de un santo que remedió una ciudad maldita; del quejido de un niño huérfano; del grito perdido en el mar de un pescador náufrago.

Todo eso no tiene nombre, pero es ritmo, armonía, armonía suprema como la de los mundos.

El poeta es el único á quien es dado asomarse en sueño á esa región, y descender y hablarnos de ella. Y, al proponerse cantar lo que allí se ve, tiene que hacer palpable lo que no se toca, inteligible lo confuso, limitado lo inmenso, sensible lo que no tiene forma. Entonces canta; canta con palabras que buscan instintivamente el ritmo; que se abrazan en él, para ser algo más que palabras; que vibran reproduciendo otras vibraciones sin nombre; que se agrupan alrededor de núcleos misteriosos y forman las estrofas que se engranan entre sí como collares de urnas cadenciosas.

Entonces el sonido es idea que no ha cabido en la palabra, y flota en torno de ella y se difunde en el verso y penetra la estrofa; ésta palpita como un organismo vivo, con prescindencia del sentido propio de las palabras que la formaron. El sonido es entonces recuerdo, es mensaje, es latido del corazón de la belleza muda, inmóvil, impasible

Es que allá, en el gran foco, no hay idea sin ritmo, sonido sin alma, color sin vibración melodiosa, línea sin color; y, al traerse á la tierra uno de esos elementos de belleza, lo siguen, más ó menos de cerca, sus hermanos, como la cauda luminosa á la estrella errante. La palabra canta, la melodía piensa, el color y la línea palpitan. El verso y la estrofa toman forma, cuajan en el alma junto con el pensamiento y la imagen; son una misma cosa. Separarlos es separar el alma del cuerpo: es la muerte.

No se exija, pues, al poeta que hable como los hombres; no se espere de él la reproducción de lo que ven y sienten y piensan los demás. El viene precisamente á decirnos lo que aún no se ha oído; él, con un verbo nuevo, hace un desgarrón en el velo sagrado que cubre el misterio; con un adjetivo melodioso y extraño agujerea la bóveda negra que nos oculta la luz, y deja allí una nueva estrella que nos revela la existencia de otros sistemas siderales.

Pero para ver el rostro nuevo, es necesario alzar la cabeza; para reflejar su luz, es necesario tener algún brillo siquiera, aunque sea de lágrimas, en los ojos.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

EN LOS VALLES DE SIENA.

San Giovanni d'Asso (Toscana), 25 de Junio.

Partimos ayer de Siena. En los valles tranquilos y apacibles, á ambos lados del camino, una serie no interrumpida de viñedos, alquerías y granjas cultivadas. En las vertientes de las colinas, los caseríos que asoman entre los bosques de olivos, de encinas y de castaños, los caseríos con su aspecto de paz y de fiesta, con sus ventanas floridas y abiertas, como sonriendo por una felicidad interior. Y después, sobre el telón gris formado por los contrafuertes de los Apeninos, los burgos y los pueblos refugiados en la roca casi inaccesible. Y allá á lo lejos las moradas de piedra ennegrecida, que trepan y parecen arrodillarse cerca de la cumbre, como para besar los cimientos del castillo, que se destaca dibujando netamente sobre el cielo diáfano sus almenas güelfas.

***

¡Cuánto recuerdo de los pasados tiempos! T...... me cuenta en su lenguaje poético las tradiciones conservadas por Guerrazzi, y los episodios bosquejados por Montluc en la parte de sus *Comentarios* en que habla de la defensa de Siena. Aquel fué el teatro de luchas sin fin, en el que las mujeres pelearon, después que los hombres murieron en el combate. Todas las damas de Siena se dividieron en tres bandas, comandadas por Livia Fausta, *la* Piccolomini y *la* Fortaguerra. Eran tres mil, entre nobles y plebeyas, y en pocos días levantaron las trincheras donde combatieron con valor antiguo por la patria y la libertad.

Y fué allí, á lo largo de esos valles deliciosos, donde se refugiaron los hijos de Siena que huían del despotismo florentino, esos sieneses que hicieron del arte una religión, porque necesitaban consolarse con algo grande de la pérdida de su fé, y de las injusticias crueles del Dios de las batallas!

***

Todas esas aldeas fortificadas y en actitud de asechanza contra el vecino, me producen, como las de los montes Sabinos en los alrededores de Roma, una impresión gráfica de la vida feudal, con sus aislamientos y egoísmos, con sus odios y rencores, con sus miserias y grandezas, con sus preocupaciones y tradiciones, con su ideal de fuerza brutal, y al mismo tiempo con su culto caballeresco por su Dios y por su dama.

Paisaje revelador de ideas y de hechos dolorosos, y melancolías sin nombre, ideas que brotan de sus árboles y de sus piedras como si hubieran sido allí abandonados por una raza caída que maldijo del más fuerte, y que lloró sobre la roca, en el bosque profundo, por la pérdida de la patria y del honor.

***

Y después la *maremma* que despierta un movimiento de tristeza que toca el ánimo sin penetrarlo, se desliza y dejar al pasar una dulzura lánguida!

BELISARIO J. MONTERO.

La Sra. Doña Antonia Ochoa de Miranda.

Artista de gran inspiración, pensionada un tiempo por el Gobierno para que hiciera sus estudios en los Conservatorios de Europa, recibió de la naturaleza ricos dones como cantante y cultivó sus facultades llegando al pleno dominio de su arte.

Los inteligentes la admiran y la tienen en el alto concepto que sólo merecen los privilegiados.

Su gran prestigio artístico y las cualidades que tan respetable hacen su nombre nos permiten angurar el éxieo feliz que alcanzará en el magisterio, al que va á dedicarse.

Será, no lo dudamos, una perfecta maestra de canto y las damas de nuestra sociedad que á ese arte se consagren, tendrán de hoy más una guía segura, pues la Sra. Ochoa de Miranda posee todo lo que es necesario para formar una escuela de cantantes, una verdadera y alta escuela que cultive dignamente y glorifique el arte en nuestro suelo.

SRA. DOÑA ANTONIA OCHOA DE MIRANDA
Distinguida cantante mexicana.

MEXICO ANTIGUO.

La casa que habitó un ilustre huesped.

México, la antigua ciudad de los lagos, la Capital del Imperio Azteca, del Reino de Nueva España, y de la actual República, ha sido visitada por ilustres viajeros, que por recreo, por negocios ó por amor á la ciencia, han surcado el Oceano en pos de las maravillas de nuestra naturaleza, ávidos de nuestras riquezas ó ansiosos de contemplar las ruinas arqueológicas de las razas indígenas de esta parte del continente.

Muchos de estos viajeros nos han dejado consignadas sus impresiones en libros de sumo interés, llenos de observaciones atinadas, pintorescos por su estilo, aunque casi todos, unos mucho y otros poco, plagados de no escasos errores y falsas apreciaciones.

Larga lista podría hacerse de los muchos viajeros que han visitado á la ciudad de Cuauhtemoc, desde los ingleses Roberto Tomson y Miles Philips, que en el siglo XVI vinieron aquí para ser víctimas del Santo Oficio, el exagerado Tomás de Gage y el ingenuo Gemelli Carreri, que describieron minuciosamente muchas poblaciones y costumbres del siglo XVII, el ilustre astrónomo Chappe D'Auteroche que vino en el siglo XVIII á observar el paso de Venus por el disco del sol, hasta los nunca bien elogiados Humboldt y Bompland que estuvieron aquí á principios del siglo XIX.

¡Cuántos nombres distinguidos podríamos citar de los que á México vinieron para no volver á su patria, como el de Mateo Alemán, autor de *El Pícaro Guzmán de Alfaroche*, que después de haber impreso aquí varios libros suyos, murió pobre y olvidado! ¡Cuántos como Mejía el traductor de las *Heroidas* de Ovidio, ó como Gutierre de Zetina el inspirado poeta!

Pero ahora consagramos un recuerdo á otro viajero ilustre, que pocos días estuvo en nuestra capital; pero que se hizo simpático á todos los que le trataron, y cuyo nombre es un símbolo de Gloria para la América independiente.

* * *

El 19 de Enero de 1799, precisamente hace una centuria, se embarcaba en la Guayra, á bordo del navío de «San Ildefonso,» un joven de dieciseis años no cumplidos, pues había nacido en Caracas el 24 de Junio de 1783.

El joven á que aludimos era de talla regular, de maneras vivas y resueltas: sus ojos rasgados lanzaban miradas eléctricas y penetrantes, bajo pobladas y arqueadas cejas; su frente levantada, hacía adivinar una inteligencia superior; su color juvenil; apenas sombreada por el bozo su boca graciosa y expresiva.

Erguido llevaba el cuello; pronto se mostraba en el andar, y aunque lánguido en su exterior aspecto y agudo en la voz, tenía empero palabra fácil, y un carácter tan franco y atractivo, que á todos se hacía simpático y sobre todos ejercía un ascendiente irresistible.

Sus compañeros en la navegación gustaban de oírle hablar, por su donaire y agudos dichos, que revelaban una gracia genial y una perspicacia suma.

Vestia á la sazón uniforme, el de Teniente de Milicias de Aragua, de cuyo Regimiento había sido Coronel su padre, pues el joven era huérfano, y su curador D. Carlos Palacio lo enviaba entonces á España, con el objeto de que completase su educación en Madrid.

El navío de "San Ildefonso," que comandaba D. José de Uriarte y Borja, Oficial de la Marina Real de España, siguió la derrota de Veracruz, donde tocó para embarcar los caudales que de aquí, como era costumbre, se enviaban periódica y regularmente á la Península.

Las estadías que hizo el buque en nuestro puerto mal sano, aunque cortas, las aprovechó el joven para bajar á México, tanto más, cuanto que traía cartas de recomendación para personas distinguidas.

De paso visitó la hermosa ciudad de Jalapa, el edén veracruzano, admirando la belleza de sus mujeres y de sus jardines y el trato leal y franco de los hombres. Visitó también la ciudad de Puebla de los Angeles, la segunda población del virreinato por su importancia, y quedó gratamente sorprendido de sus industrias y manufacturas, así como de la variedad de sus mármoles y tecalis.

* * *

Una vez en la capital, se hospedó en la CASA DE LA ESQUINA 2ª DE LAS DAMAS Y ORTEGA, casa de la familia de los marqueses de Uluapa, cuyo penúltimo poseedor de este título, D. Alejandro Cosío, estaba recientemente muerto; pero su viuda Doña María Josefa Rodríguez de Velasco, hermana carnal de la famosa *huera Rodríguez*, hizo todos los honores á aquel joven viajero, y quedó tan encantada de la vivacidad de su huésped, que años después hablaba con entusiasmo y elogio de sus cualidades, y mostraba orgullosa el retrato con que la obsequió como recuerdo.

Nuestro joven traía cartas de recomendación para el Oidor de la Real Audiencia de México, Don Guillermo de Aguirre; cartas que le había proporcionado el Intendente Don Esteban Fernández de León.

El Oidor Aguirre salía á la calle con su joven recomendado, mostrándole lo más digno de verse en la ciudad, y no contento con esto, un día lo presentó al Virrey Don José Miguel de Azanza, quien mostraba gran placer conversando con el *caraqueñito*, por el despejo, prontitud y soltura que naturalmente revelaba en sus sabrosas pláticas.

En cierta ocasión, sin embargo, de palabra en palabra, y sin darse cuenta los interlocutores, la conversación versó sobre asuntos políticos, tan trascendentales como peligrosos de tratar en aquellos tiempos.

El Virrey Azanza quedó asombrado, cuando el joven su amigo, sin preocuparse por la presencia de tan alto personaje, comenzó á defender con entusiasmo, con sólidas razones y con elocuentes frases, la conspiración que hacía poco fué descubierta en Caracas, y todavía más *los derechos de la Independencia de América.*

El Virrey cambió hábilmente de asunto, suplicó al Oidor Aguirre procurara cuanto antes saliese para España tan peligroso huésped, y éste, después de haber permanecido unos quince días en la ciudad de México, se embarcó de nuevo en el «San Ildefonso,» rumbo á la Península.

* * *

¿Quién fué este joven, defensor ardiente de la independencia, en plena capital del virreinato de nueva España, y en el año del Señor de 1799?

¿Quién fué este ilustre huésped, que tantos recuerdos gratos dejó á los que lo trataron?

¡SIMON BOLIVAR, EL LIBERTADOR!

México debe enorgullecerse de haber sido visitado por tan ilustre huésped, mensajero misterioso de la libertad, que sin pensarlo nos enviaron las hermanas repúblicas de Sud-América, hacia fines de la última centuria.

La ciudad haría bien en colocar una inscripción en la casa que habitó tan distinguido viajero en la esquina de las calles de las Damas y Ortega; inscripción breve y sencilla que recordara á la posteridad que

AQUI VIVIO
EN EL AÑO DE 1799
EL LIBERTADOR
SIMON BOLIVAR.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

CASA EN QUE VIVIO BOLIVAR, ESQUINA DE LAS DAMAS Y ORTEGA
(HOY PROPIEDAD DEL SR. LIC. LUIS MENDEZ.)

OFICIALES Y SOLDADOS DEL EJERCITO INSURRECTO FILIPINO.

EL COMITE FILIPINO DE HONG-KONG.

La crisis de Samoa: los rebeldes recorren las calles principales de Apia.

Un obsequio al Sr. General Díaz.

El Sr. C. M. Sandoval, en representación de la casa manufacturera de Rochester, Nueva York, *The Woodbury Whip Co.*, ha puesto en manos de nuestro Primer Magistrado, en calidad de obsequio, un primoroso fuete de preciosa confección artística.

Está hecho de barba de ballena y mide poco menos de un metro. Lleva un casquillo de oro y en él grabada la fecha: «2 de Abril de 1867.»

El mango es de nácar, con guarnición de plata, y en el pomo se ve realzada una alegoría que representa á San Jorge matando la hidra de la discordia.

En la parte superior, ostenta un magnífico monograma.

El fuete descrito está encerrado dentro de un lujoso estuche, forrado de raso blanco en bullones y lleva esta marca impresa: «Fabricado especialmente para el Sr. General D. Porfirio Díaz.»

LOS FILIPINOS EN CAMPAÑA.

Aparecen en la página 309 dos grabados característicos de la contienda filipina.

En verdad que son dignos de atención estos tipos tagalos y que no somos sólo los latinos quienes los miramos con interés y simpatía. En plena lucha, los americanos por la voz poderosa de sus revistas y periódicos, han hablado más de una vez en términos de tal modo favorables á los filipinos, que difícilmente creeríamos que quienes así juzgan á un pueblo y á sus capitanes, no son precisamente los mismos que hacen contra ellos una guerra formidable de conquista.

Muchas son las cualidades que les reconocen á los insulares del archipiélago asiático nuestros vecinos, y en los artículos que han escrito sobre Aguinaldo, Agoncillo y sus parciales, los llaman inteligentes, astutos, sufridos y constantes.

Lo son, en efecto, y admira la resistencia que han opuesto á Otis en la campaña, imponiendo al ejército americano pruebas que suponen en el adversario, grandes facultades de combate.

Por otra parte, los miembros de la Junta de Hong-Kong y Agoncillo, el agente ó plenipotenciario de los insurrectos, pueden sufrir ventajosas comparaciones con los diplomáticos y hombres de gabinete de los países más adelantados.

Sin emitir aquí, pues no es esta sección la destinada á ello, juicio alguno sobre el fondo de la cuestión filipina, cumpliendo con fidelidad nuestra tarea de registrar los sucesos de importancia, al hablar de los directores y agentes principales de la insurrección, no podemos negarles lo que sus mismos adversarios les otorgan con imparcialidad sólo posible en un pueblo donde el constante ejercicio del libre examen no supedita las opiniones individuales á las supremas y tiránicas imposiciones del poder directivo nacional.

LA CUESTION DE SAMOA.

En la sección de caricatura verán nuestros lectores una serie de grabados que en expresión cómica traducen con admirable fidelidad, á la vez que con suma gracia, la situación de las islas Samoa.

La parte seria y amenazadora de las agitaciones de aquellas islas lejanas radica no sólo en la efusión de sangre, en las cocaciones y bombardeos, sino también, y muy principalmente, en la posibilidad de un conflicto entre las potencias interesadas que pueden verse conducidas á una guerra por la imprudencia de sus agentes.

Pero al lado de estos peligros, la cuestión presenta un aspecto más bien pintoresco que trágico en la candorosa seriedad con que los reyezuelos aborígenas y sus súbditos pelean y se entregan á vehementes manifestaciones de odios y rivalidades, creyendo obrar por cuenta propia, cuando son en realidad inconscientes porta-estandartes de extraños intereses que ignoran.

Nuestro grabado da la impresión del conflicto, visto por el lado indígena: la revolución y la lucha de los pretendientes á la corona de un imperio de 37,000 habitantes, sujeto á la tutela de tres potencias.

"LA CASA DEL BOSQUE."

Esta casa, cuyo nombre antójasenos título de novela inglesa, está situada en un bosque al norte de La Haya

La reina Guillermina la ha ofrecido á las potencias para que en ella celebre sus sesiones la Conferencia tan impropiamente llamada de la Paz.

En efecto al convocarse esta reunión de representantes de los Estados soberanos no se ha hablado de paz ni de desarme, sino de poner un límite al sacrificio que hacen los pueblos para aumentar de día en día los armamentos y los efectivos militares y navales.

Los hombres que son ó se llaman prácticos se rien de esta conferencia; pero no podrían negar que á la corta ó á la larga la influencia moral de lo que allí se diga, será un factor favorable á la concordia internacional, dado que los representantes de las potencias no lleguen á un acuerdo que realice plenamente las ideas propuestas por Nicolás II.

La «Villa del Bosque» fué construida el siglo XVII por una princesa de Orange en memoria de su esposo muerto. Hay en ella un monumento que tiene una inscripción, la cual en cierto modo puede aplicarse á la próxima conferencia. Dice así: «Que lo que Dios ha unido no lo separe el hombre.»

INVENTOS NACIONALES.

Nuevo sistema de ferrocarriles eléctricos.

Los señores ingenieros Armando Santacruz y Alberto H. Olivier, Roberto Hebbe y Manuel Velázquez pidieron patente para un nuevo sistema de ferrocarriles eléctricos.

Como puede verse en las figuras 1 y 2 consta escencialmente de unas cajas de fundición enterradas bajo la vía, y que encierran: una palanca D, un resorte sin tensión E, un doble electro-imán F, un fusible, y los contactos y alambres para las conexiones. Correspondiendo verticalmente con estas cajas, hay una serie de botones ó contactos metálicos G, que están situados en el eje de la vía, sobresaliendo solamente algunos centímetros del nivel de la calzada.

Al lado de estos contactos y comprendidos también entre los rieles, hay otros contactos ó botones que sobresalen lo mismo que los principales.

Tanto unos como otros contactos, están conectando convenientemente con el electro-imán y la palanca de cada caja, que á su vez lo está con el cable subterráneo A, que corre paralelamente á la línea, debajo de la calzada. Este cable parte del dinamo y conduce la corriente cuyo regreso se verifica por los rieles.

En el carro y colocado por la parte inferior, según el eje longitudinal, hay un cepillo N, formado de una serie de láminas metálicas, y destinado á rozar sobre los contactos G, colocados en el eje de la vía.

Paralelamente á este cepillo que corre á lo largo del wagon, y colocado de manera que encuentre á uno de los contactos H al mismo tiempo que el cepillo grande toca á uno de los principales G, hay un

«La casa del Bosque,» donde se celebrara la conferencia de la paz convocada por el Czar.

cepillo pequeño O, que comunica con una resistencia K.

Hay también un tercer cepillo P, pequeño como el segundo y colocado en la prolongación del cepillo principal; de tal manera, que toque á uno de los botones G, un momento después de haberlo abandonado, el cepillo N. Este tercer cepillo comunica con una campana eléctrica R colocada en el mismo carro.

El sistema funciona de la manera siguiente: Para imprimir el movimiento inicial, se hace pasar una pequeña corriente á una de las cajas, ya sea por medio de una batería colocada en el carro, ó bien oprimiendo un resorte que habrá en cada estación terminal y que pondrá el carro en comunicación con la línea principal, haciendo se electrice el electro-imán F y atraiga la palanca D.

Iniciado así el movimiento, se prosigue del modo siguiente, Siendo la distancia entre dos botones consecutivos. de seis á siete metros, menor por consiguiente que la longitud mínima del cepillo N., este último, ántes de abandonar uno de los botones, habrá encontrado forzosamente al botón siguiente, al mismo tiempo que el cepillo O. encuentra al contacto H.

repararse el desperfecto, evitándose así por completo los accidentes.

Para mayor seguridad, al mismo tiempo que suena la campana, la corriente hace fundir un fusible que está colocado en la caja, con lo cual se interrumpe la comunicación.

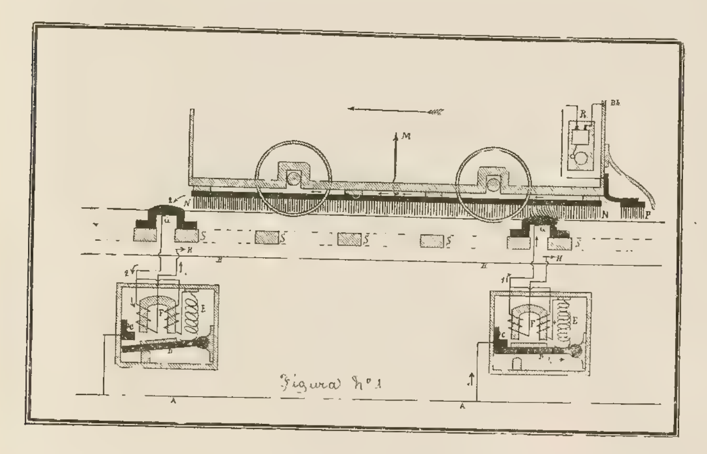
Los dos cepillos O y P, son susceptibles de levantarse, colocando otros simétricos cuando se invierte el sentido de la marcha, y estos á su vez se levantarán, haciendo descender los dos primeros, en caso de nueva inversión en el sentido del movimiento.

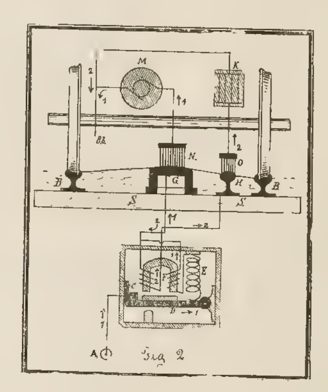
El electro-imán está construido de tal manera, que cualquiera que sea el sentido de la corriente, los polos permanecen constantes y por ninguna causa pueden alternarse.

Como se ve por la anterior descripción, el sistema es bien sencillo, su explotación fácil y económica, y no presenta peligro alguno, pues aún cuando un transeunte se colocara sobre los rieles en el momento de cerrarse el circuito por el cepillo del carro, teniendo la corriente tendencia á irse siempre por el camino más fácil, es decir, por donde encuentre menor resistencia, seguirá por el riel sin causar daño alguno al público.

fensiva, surgirán muy pronto gravísimos trastornos en esta parte del mundo. Los ensanches territoriales de Rusia y el desamparo de China, por una parte, y por otra la rapacidad francesa y su altivez y el desprecio con que pasa esa nación por sobre los monarcas orientales, borrando fronteras que debía respetar, todos esos son elementos de perturbación, incompatibles con la política de la puerta abierta y con las francas aspiraciones japonesas y anglo-sajonas.

Quisiéramos poder invitar á Alemania para que forme parte de nuestra liga, pero no tenemos confianza en esa potencia después del episodio de Kiao-Chau y de las maniobras sospechosas de la flota alemana en las aguas filipinas. Además no estamos por «el Evangelio de la sagrada persona del Kaiser.» Pero si formase parte de nuestra liga que venga en buena hora como factor poderoso para el sostenimiento de las relaciones internacionales y el progreso del Oriente; pero en ese caso debe venir á nosotros la Alemania prosaica, laboriosa y sobria, no la nerviosa é inconstante que nada tiene de alemán sino el nombre.





INVENTO NACIONAL.—NUEVO SISTEMA DE FERROCARRILES ELECTRICOS.

Una pequeña cantidad de electricidad pasa por el cepillo N al electro imán F, electrizándolo, haciendo que atraiga la palanca B y regresando por el contacto H y el cepillo O atraviesa la resistencia y va á los rieles por los ejes de las ruedas.

Al levantarse la palanca, pone al contacto C en comunicación con el cable; la corriente del dinamo atraviesa entonces el electro-imán por intermedio del resorte sin tensión unido á la palanca; recorre el electro-imán sin alternar sus polos, pasando enseguida al contacto G y por intermedio del cepillo N, al motor, según lo indican las flechas marcadas respectivamente con índice.

Desde el momento en que el cepillo N abandona el último contacto G que corresponde, se interrumpe la corriente, y por lo mismo, cae la palanca y aisla por completo la línea, sin que pueda formarse arco ó chispa alguna entre la palanca y dicha línea.

Si por alguna causa anormal, la palanca permaneciera en contacto con la línea, la corriente seguiría pasando, y como el cepillo P. toca al contacto que va á abandonarse, un momento después que lo ha dejado el cepillo N, la corriente pasa por intermedio de dicho cepillo al timbre de alarma, cuyo sonido indica inmediatamente y de una manera segura y constante que hay algún trastorno en la línea ó algún escape de electricidad; con lo cual podrá desde luego

LA DISOLUCION DEL IMPERIO CHINO.

Desde el punto de vista japonés.

«*El Oriente*,» revista japonesa escrita en inglés, se ocupa en tratar extensamente las cuestiones relacionadas con la reciente excursión de Lord Charles Beresford al Imperio Chino.

Refiriéndose á la alianza anglo-japonesa-americana, dice lo siguiente, que traducimos textualmente para los lectores de este semanario:

«Con el mayor interés hemos seguido los pasos de Lord Charles Beresford en su visita á China En sus discursos impresos, que hemos leído, no encontramos sentimientos vituperables ni conclusiones injustas; nos llena de satisfacción que haya confesado paladinamente su opinión favorable á las cualidades de nuestros vecinos del celeste Imperio, y por nuestra parte, estamos dispuestos á tomar parte en cualquier alianza que tenga por objeto su desarrollo y su integridad nacional.»

«Pero los tiempos son amenazadores y se necesita algo más que un convenio tácito para conservar intactos nuestros intereses nacionales. Una alianza anglo-americana-japonesa, podría en nuestro concepto mantener fácilmente el equilibrio político en el Extremo Oriente, y creemos que sin esa alianza de-

La prima de nuestro Semanario.

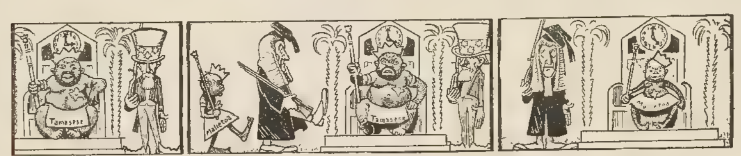
Como lo ofrecimos desde principios del año actual, ya hemos repartido á nuestros abonados las novelas que corresponden á los meses de Enero, Febrero y Marzo último, y son: AGUAS PRIMAVERALES, DIAS SOMBRIOS y TIERRA PROMETIDA. En el curso de la semana próxima se repartirá la prima de este mes, EL ALMA DE PEDRO, y de Mayo en adelante seguirán repartiéndose las demás, con toda regularidad.

La novela que corresponde á la prima del mes entrante es "HUMO" de Turgueneff, autor que tanto agradó á nuestros abonados, que muchos de ellos nos pidieron otra obra del mismo, lo que hicimos escogiendo esta que es una de las mejores del eximio escritor ruso.

FOUET OBSEQUIADO AL SR. GRAL. DON PORFIRIO DIAZ POR LA CASA WOODBURY WHIP DE ROCHESTER, NUEVA YORK.

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO.

A la una Mataafa sube al trono. — Y reina bajo la protección alemana hasta las dos. — A las dos y media se instala Tamasese.



Lo pr otejen los yankees hasta las tres. — A las cuatro el jove.ı Tanus Malietoa se sienta eu el trono, — Gracias á la protección británica.

A las siete vuelve el Alem in — Y aparece el yankee. — Y á las ocho los seis se rompen la crisma.

[*Lustige Blätter*, Munich.]

EL PSEUDO-NAPOLEON.

CASSAGNAC [á la República]: "¿Puedo presen'aros á Napoleón IV?"

LA REPUBLICA: "No, muchas gracias. Con Napoleón III tuve bastante."

[*Lustige Blätter*, Berlin.]

McKINLEY.—Bien. Ya lo tengo en la mano.

[*Kladderadatsch*, Berlin]

TIO SAMUEL: ¿Cómo podré enseñarle á este las prácticas republicanas?

EL NUEVO PRESIDENTE.

—Tengo mucha inquietud por lo que puede suceder. [El barómetro marca *tempestad*]

(*Moonshi e*, Londres.)

EN LA CONFERENCIA DE LA PAZ.

Cuando un oso habla de paz, no olvidéis que es el oso quien habla.

EL NUEVO POSTILLON.

MADAME FRANCIA [nerviosa]: ¿Postillón Loubet, está usted seguro de que conoce el camino?

[*Punch*, Londres.]

M. Loubet.

(*Le Rire*, Paris.)

UN CARACTER.

—Por aquí, señor, por aquí. La Srita. Lidia no está bien.

Renzo Frioli se puso pálido y se detuvo en el dintel del salón.—¡Oh! nada grave! añadió la vieja criada. El señor lo sabe bien, la señorita es muy impresionable. La visita del señor le hará bien.

—¿Volvió ahora el señor?

—A las cinco y media.

La criada, con una luz en la mano, le precedió en el corredor que conducía á la recámara de Lidia y Renzo la siguió, pasándose y repasándose la mano por la frente que perlaba un sudor helado, lleno de espanto ante la aproximación de lo que iba á acontecer.

¿Había hablado Lidia? Cómo lo recibiría delante de sus padres? ¿Qué podría él decir para excusarse en presencia de ellos, para explicar el hecho?

No tuvo tiempo de encontrar una respuesta á estas preguntas que se revolvían en su espíritu. La vieja criada había llamado suavemente á una puerta y habiéndola abierto, habíase pegado al muro para dejar pasar al novio de la señorita, como ella le llamaba hacía seis meses.

En la recámara semi-obscura, Renzo distinguió inmediatamente á la Sra. Franzeri á la cabecera de su hija y al Sr. Franzeri arrellanado en un sillón á la derecha de la puerta. Bajo las blancas ropas del lecho se advertía apenas el frágil cuerpo de Lidia. Su pálido rostro, con los ojos cerrados y los labios lívidos, no se distinguía de la almohada, sino merced á la negra cabellera desatada que lo rodeaba.

Renzo no osó avanzar. —¿Reposa? preguntó en voz baja al Sr. Franzeri.

—No lo creo; verdad Aurelia?

La Sra. Aurelia tendió la mano á Renzo y le atrajo hacia el lecho.

—¡Lidia! ¡Lidia!—dijo—mira quién está aquí.

Lidia abrió los ojos, ensayó una sonrisa.—Ha hecho usted un buen viaje, Renzo?

—¿Cómo está usted?

—Bien.... Un poco de calentura.... No muere uno de eso!

Renzo experimentó un estremecimiento ante la amargura; con que habían sido pronunciadas aquellas últimas palabras, sólo él podía comprender su sentido oculto.

—Y ¿cuántos días lleva así? preguntó él á la madre.

—Tres días. Yo ya se lo había hecho notar á Franzeri—así llamaba ella á su marido.

—Yo le había dicho: "Tu hija tiene algo." Veamos, ¿cuándo te dije eso?.... ¿El domingo ó el lunes?

—El lunes, afirmó M. Franzeri.

—Sí, el lunes en la mañana.... "¿Qué puede tener?" me respondió él. Su novio está lejos.... Eso es todo.... ¡Las muchachas así son!"

—¡Mamá! interrumpió Lidia con una voz que no era más que un soplo.

La Sra. Franzeri, levantándose con rapidez, se inclinó sobre la enferma que murmuró:

—¡Cállate, te lo suplico! No puedo oir hablar.—Perdóname.

Y volvió á cerrar los ojos. Renzo se sentó en una silla frente de la Sra. Franzeri. La luz incierta que difundía la lámpara recubierta por una pantalla de seda blanca, el silencio, interrumpido solamente por los ligeros accesos de tos del Sr. Franzeri y aquel lecho blanco en que la enferma con sus ojos cerrados y sus labios descoloridos, parecía, á punto de exhalar el último suspiro, producía en el alma de Renzo impresiones de tal suerte opresivas que se sofocaba.

Acordábase, como de un sueño lejano, de las primeras semanas de su noviazgo. Lidia había cogido un resfriado, había debido ponerse en cama, y en aquella misma recamarita, sentado en el mismo lugar en que estaba la señora Franzeri, había pasado horas y días deliciosos, entregándose á una alegre charla que las risas de Lidia excitaban aun más. Lidia le había recordado frecuentemente, esos días, esas veladas de invierno mientras el viento aullaba fuera y la lluvia venía á azotar los vidrios, en la camarita resonaban sus alegres pláticas, y ella, acurrucada bajo las gruesas ropas, bendecía casi aquel resfriado que le permitía permanecer así, calientita en aquel pícaro tiempo frío.... ¡Era tan friolenta! Y reía.

Renzo tenía ante los ojos los hermosos labios rosas de entonces, los ojos tan vivos que le decían tantas y tan tiernas cosas; aquellos labios ahora descoloridos y mudos, aquellos ojos ahora cerrados y casi extinguidos!.... Y aquel delgado y frágil cuerpecito, antes siempre en movimiento, agitado siempre por los grandes estallidos de risa, y ahora extendido, inmóvil, como el de una muerta.

Y le parecía que ese cambio se había operado de un día á otro. Aquella serena felicidad de las primeras semanas había durado, siempre igual, hasta la semana última.... No, antes de eso había habido una ligera nube, una sombra pasajera entre ellos... Lidia había sabido algo acerca de las relaciones de Renzo con una cierta señora Candián, viuda de un doctor veneciano.... Renzo no había podido negarlo; la cosa era demasiado conocida.... Pero había jurado á Lidia que desde hacía algún tiempo ya no se veían y que esa persona estaba á punto de casarse con un alto empleado del ministerio.

Lidia se había tranquilizado. Mas ahora Renzo tenía remordimientos de haber mentido á aquella dulce criatura que de tal suerte le amaba. Y no porque entre él y la Candián durase aun la pasión que los había arrojado al uno en los brazos del otro con un ímpetu casi salvaje.

Desde hacia tres años habían hecho ellos algunas reflexiones: ella había pensado en su situación en el mundo, él había comprendido que su amante tenía cuatro ó cinco años más que él. Ni el uno ni el otro habían hecho jamás alusión á eso; pero sus relaciones no vivían ya de amor; sobrevivían al amor. Era él, Renzo, quien más desprendido de ella estaba; pero, por debilidad de carácter, por delicadeza también, quizá no quería darlo á entender. Ahora bien, en tanto que en él de esta suerte se amenguaba la pasión, en ella se había encendido de nuevo de una manera inesperada en aquellos últimos meses. Renzo, con el corazón ya lleno de su nuevo amor por Lidia, á quien hacía una corte asidua desde hacía algún tiempo (aunque sin declararse, á fin de conocer bien su terreno y de tener la certidumbre de ser querido) no sabía que hacer.

—Oh! Dios mío, Dios mío! Se estremecía pensando en Lidia

Cómo pudo acontecer lo que aconteció? Qué venda tenía en los ojos en aquel momento?.... Había devuelto á Lidia algunas de sus cartas, que ella quería leer.... Había nacido una discusión entre ellos. Lidia decía que le había escrito tal cosa; él afirmaba que no.... Cómo resolver la cuestión? Confrontando las cartas. El las puso en un sobre —eran cinco ó seis—y las llevó él mismo al correo, un sábado en la noche. Lidia las reelería y encontraría el fragmento discutido.

—Dios mío, Dios mío! No fué pues una pesadilla... Entre las cartas devueltas había él tenido la increible distracción de poner una de su amante, la última, la más reciente, toda llena de ardor, de besos... y de celos tambien, porque la noticia del noviazgo había llegado finalmente.... Renzo se había puesto furioso, había negado echándole la culpa ó fingiendo echársela á esa sociedad habladora en la cual no había ya manera de vivir tranquilo.... Precisamente, precisamente en esa carta la Candian le decía: «Te creo.»

Y Renzo se volvía á ver en su recámara, muy contento al desgarrar el sobre de una carta de Lidia,... y tornaba á verse tendido en el canapé, como fulminado al ver caer á sus pies la terrible carta de la Candian antes que hubiese acabado de leer la otra... Y asombrado de encontrarse ahora en aquella alcoba con el señor y la señora de Franzeri, frente de Lidia, abrumada de pena, presa de la fiebre, herida acaso de muerte por su culpa, veía de nuevo aparecer ante sus ojos la funesta hoja leída y releída después quién sabe cuántas veces y que le parecía aún leer:

«Señor, esta carta no es mía y se la devuelvo. Qué cruel ha sido usted! Lo ha hecho usted expresamente ó por equivocación?»

Expresamente!... Dios mío!... Expresamente!... Protestaba de nuevo. Y, continuando su lectura imaginaria: «En uno ó en otro caso ha cometido usted una infamia sin nombre! Qué mal le he hecho yo á

usted? ¡Yo le amaba!.... Es inútil decirle que todo ha acabado entre nosotros. Ya no tengo la fuerza necesaria para acabar esta carta. Cuando nos volvamos á ver le diré el resto de viva voz.... No ensaye usted excusarse, será inútil. Tranquilícese usted sin embargo. Nadie sabrá jamás nada.»

Y él se había excusado y había en vano esperado una respuesta. Después se había escapado, había partido para Florencia, bajo el pretexto de un negocio que tenía que arreglar con su tío, pero en realidad para reconocerse, para adquirir fuerzas, á fin de ser dueño de sí mismo y poder afrontar la escena dolorosa de esta explicación que debía decidir de su porvenir.

Y helo de vuelta, esperando su sentencia, con el alma desgarrada por la vista de aquella enferma. Ah! no enferma, asesinada la pobre criatura! Y el asesino era él!

—Franzeri, te estás cayendo de sueño, dijo Doña Aurelia á su marido.

—No, esta luz me fatiga los ojos y por eso los tengo cerrados.

—Qué cuentos! Pues qué le tienes cumplimiento á Renzo? Vete á dormir.

—Buena noche, entonces, dijo el señor Franzeri resignándose fácilmente á irse á acostar. No la despiertes, recomendó á su mujer indicándole á la enferma.

Y se fué dando traspiés.

Renzo hizo un movimiento, Lidia abrió los ojos y los volvió á cerrar inmediatamente. Entonces no dormía, así pues, no los tenía cerrados por debilidad sino para no verle!

Tenía razón la pobre criatura; y ya se levantaba para despedirse cuando la señora Franzeri le preguntó: Y bien, ese asunto con su tío de usted marcha bien?

—Muy mal, al contrario. La conclusión depende, añadió él con una súbita inspiración, de la voluntad de una persona que está indignada de un acto inexcusable sin duda, ¡pero comprensible por parte de mi tío, hombre débil é irresoluto. Le han sido dadas á esa persona que es seria y muy razonable, las más amplias explicaciones, y se le darán otras. Esperamos que ella no se obstinará en su falso juicio. Mi pobre tío se volvería loco.

—Se trata de una cosa grave?

—Muy grave por las consecuencias que puede tener, pero no por sí misma.

—Pobre de su tío de usted! En que estado estará!

—No puede consolarse.

A medida que respondía, Renzo miraba á Lidia frecuentemente, esperando que ella le mostrase por un signo cualquiera que había comprendido que aquello se refería á *su* negocio: pero había permanecido inmóvil, con los ojos cerrados. Llamaron á la puerta. La criada iba á anunciar la visita de una amiga de Lidia. Podía pasar?

—Lidia reposa; no quiero despertarla, dijo la señora Franzeri. Voy á ir yo á recibir á su amiga un instante. Si hay necesidad de algo ven á buscarme, añadió, volviéndose hacia la criada é indicándole por medio de un signo que se quedase cerca de la enferma.

La vieja apoyada en la puerta esperó un momento en silencio. Después preguntó: Qué, todavía tiene calentura?

—No, respondió Renzo, si tiene usted que hacer, aquí estoy yo.

—Bueno, entonces, puesto que el señor quiere, voy á acabar mi cena. Después de todo, el señor.... No concluyó la frase pero era fácil de completarla. El futuro de la señorita podía velarla mejor que nadie.

—Lidia! mi Lidia!.... Apenas se había cerrado la puerta cuando Renzo se puso en pié é inclinado sobre la joven la llamaba y posaba una mano sobre su frente. Pero ella abrió los ojos y sacando un brazo de debajo de las ropas previno el movimiento.

—No me toque usted!.... no venga ya! Su vista me es odiosa! Debía usted comprenderlo.... Ah! qué infamia!.... Pero yo le he perdonado á usted, Renzo! Es usted un hombre como todos los otros...... y yo le creía diferente! Por piedad para mis padres que le estiman y aman más de lo que merece.... yo no diré jamás una palabra de lo que ha pasado. Usted es quien debe encontrar un pretexto para la ruptura.

—Lidia! mi Lidia! interrumpió Renzo balbuceando.

—No manifestaré pena alguna para no apenarlos.

—Lidia! eso no es posible!.... eso es absurdo.

Encuentre usted un pretexto y pronto! No me haga usted morir de angustia prolongando más esta tortura. Yo le he perdonado ... Le doy una gran prueba de ello ... Yo le estaré aún reconocida, porque usted sólo me hizo conocer el amor. No insista! Es inútil! Yo ya no soy su Lidia. . no seré de nadie. Déjeme morir tranquila. . Y aun cuando no me muera, váyase!.... No se deje ver aquí... Adios! Adios! mi madre vuelve. Siéntese, cúbrase el rostro!

Y en tanto que se aproximaban, arrastrándose, los pasos de la señora Franzeri, Renzo volvió á caer sobre su silla, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

Había comprendido en el tono de la voz y en las miradas de Lidia, que la terrible sentencia era irrevocable, ay!

—Usted también tiene sueño, Renzo! dijo la señora Franzeri viéndole en esa posición.

—Me fatiga viajar de noche. No puedo dormir en el tren.

—Lidia!

La señora Franzeri sacudió ligeramente á su hija.

—Renzo se va, está fatigado. Lidia le miró fijamente con ojos suplicantes:

—Adiós! le dijo forzando sus labios á sonreir.

—Buena noche, repose usted bien, dijo él.

La señora Franzeri quiso acompañarle hasta la antesala.

—No será nada, le dijo. No esté usted tan inquieto!

Qué descompuesto tiene usted el rostro, Dios mío! Lidia y usted hacen un par que ni mandado hacer, por lo impresionables! El doctor vendrá mañana á las diez. Lo que son los jóvenes de ahora. Una indisposición cualquiera los asusta.

Renzo no podía hablar. Sentía la lengua pegada al paladar. Apretó la mano de la señora Franzeri que todavía desde la antesala quiso acompañarle hasta la puerta de entrada tratando de reconfortarle y gruñendo, con su aspecto de entierro:

—Lo que son los jóvenes de ahora!

El bajó la escalera lentamente, volviendo la cabeza para ver aquella puerta que se cerraba detrás de él por la última vez, para siempre! No podía hacerse ilusiones. Sabía de qué temple de acero era el carácter de Lidia. Ensayar que cediese era obra vana! Y su corazón se hacía pedazos!

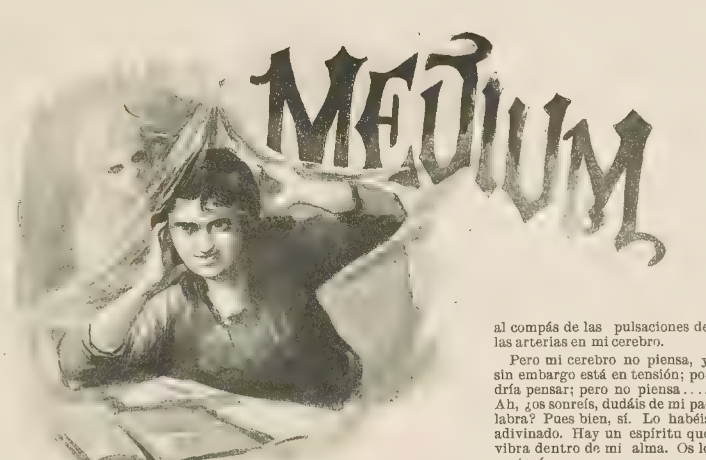
Y su razón vacilaba....

Todo había acabado pues! Por una distracción! Y un ímpetu de ira furiosa contra la funesta Candián le hizo apretar nerviosamente los puños.... Y un desprecio de sí mismo, de su cobardía frente á esa mujer y de la miseria de las pasiones humanas, le subía desde las profundidades del alma como una náusea!....

El cielo estaba sereno, purísimo. Un espléndido claro de luna alumbraba las calles y las plazas casi desiertas y la apacible solemnidad de aquella noche de Julio le parecía un insulto á su bien merecida, pero inmensa desventura!

LUIGI CAPUANA.

(Traducido para "*El Mundo*")



al compás de las pulsaciones de las arterias en mi cerebro.

Pero mi cerebro no piensa, y sin embargo está en tensión; podría pensar; pero no piensa.... Ah, ¿os sonreís, dudáis de mi palabra? Pues bien, sí. Lo habéis adivinado. Hay un espíritu que vibra dentro de mi alma. Os lo contaré:

Es hermosa la infancia, ¿verdad? Para mí el tiempo más horroroso de la vida. Yo tenía cuando era niño un amigo; se llamaba Román Hudson; su padre era inglés y su madre era española.

Soy un hombre intranquilo, nervioso, muy nervioso; pero no estoy loco como dicen los médicos que me han reconocido. He analizado todo, he profundizado todo, y vivo tranquilo. ¿Por qué? No lo he sabido todavía.

Desde hace tiempo duermo mucho, con un sueño sin ensueños; al menos cuando despierto no recuerdo si he soñado; pero debo soñar: no comprendo por qué se me figura que debo soñar. A no ser que esté soñando ahora cuando hablo; pero duermo mucho; una prueba clara de que no estoy loco.

La médula mía está vibrando siempre, y los ojos de mi espíritu no hacen más que contemplar una cosa desconocida, una cosa gris que se agita con ritmo

Le conocí en el Instituto. Era un buen chico; sí, seguramente era un buen chico; muy amable, muy bueno; yo era huraño y brusco.

A pesar de estas diferencias, llegamos á hacer amistades, y andábamos siempre juntos. El era un buen estudiante, y yo díscolo y desaplicado; pero como Román siempre fué un buen muchacho, no tuvo inconveniente en llevarme á su casa y enseñarme sus colecciones de sellos.

La casa de Román era muy grande y estaba junto á la plaza de las Barcas, en una callejuela estrecha, cerca de una casa en donde se cometió un crimen del cual se habló mucho en Valencia. No he dicho que pasé mi niñez en Valencia. La casa era triste, muy triste, todo lo triste que puede ser una casa, y tenía en la parte de atrás un huerto muy grande, con las paredes llenas de enredaderas de campanillas blancas y moradas.

Mi amigo y yo jugábamos en el jardín, en el jardín de las enredaderas, y en un terrado ancho con losas que tenía sobre la cerca enormes tiestos con pitas y plantas de higos chumbos.

Un día se nos ocurrió á los dos hacer una expedición por los tejados, y acercarnos á la casa del crimen, que nos atraía por su misterio. Cuando volvimos á la azotea, una muchacha nos dijo que la madre de Román nos llamaba.

Bajamos del terrado, y nos hicieron entrar en una sala grande y triste. Junto á un balcón, estaban sentadas la madre y la hermana de mi amigo. La madre leía; la hija bordaba. No sé por qué me dieron miedo.

La madre, con voz severa, nos sermoneó por la correría nuestra, y luego comenzó á hacerme un sinnúmero de preguntas acerca de mi familia y de mis estudios. Mientras hablaba la madre, la hija sonreía; pero de una manera tan rara, tan rara.... Hay que estudiar—dijo á modo de conclusión la madre.

Salimos del cuarto, me marché á casa, y toda la tarde y toda la noche no hice más que pensar en las dos mujeres.

Desde aquel día esquivé como pude el ir á casa de Román. Un día ví á su madre y á su hermana que salían de una iglesia, las dos enlutadas, y sentí frío al verlas.

Cuando concluímos el curso, ya no veía á Román; estaba tranquilo; pero un día me avisaron de su casa, diciéndome que mi amigo estaba enfermo. Fuí y le encontré en la cama, llorando, llorando, y en voz baja me dijo que odiaba á su hermana. Sin embargo, la hermana, que se llamaba Angeles, le cuidaba con esmero y le atendía con cariño; pero tenía una sonrisa tan rara....

Una vez, al agarrar de un brazo á Román, hizo una mueca de dolor. ¿Qué tienes?—le pregunté,—y me enseñó un cardenal inmenso, que rodeaba su brazo como un anillo. Luego en voz baja murmuró:

—Ha sido mi hermana.

—¡Ah! Ella....

—No sabes la fuerza que tiene; rompe un cristal con los dedos, y hay una cosa todavía peor: que mueve un objeto cualquiera de un lado á otro sin tocarlo.

Días después me contó, temblando de terror, que á las doce de la noche hacía ya cerca de una semana que sonaba la campanilla de la escalera, se abría la puerta y no se veía á nadie.

Román y yo hicimos un gran número de pruebas. Nos apostábamos junto á la puerta.... llamaban.... abríamos.... nadie. Dejábamos la puerta entreabierta para poder abrir en seguida.... llamaban.... nadie.

Por fin quitamos el llamador á la campanilla, y la campanilla sonó, sonó.... y los dos nos miramos estremecidos de terror.

—Es mi hermana, mi hermana dijo Román, —y convencidos de esto buscamos los dos amuletos por dos partes, y pusimos en su cuarto una herradura, un *pentágramo*, y varias inscripciones triangulares con la palabra mágica Abrakadabra.

Inútil, todo inútil; las cosas saltaban de su sitio, y en las paredes se dibujaban sombras sin contornos y sin rostro.

Román languidecía, y para distraerle, su madre le compró una hermosa máquina fotográfica. Todos los días íbamos á pasear juntos, y llevábamos la máquina en nuestras expediciones.

Un día se le ocurrió á la madre que los retratara yo á los tres en grupo, para mandar el retrato á sus parientes de Inglaterra. Román y yo colocamos un toldo de lona en la azotea, y bajo él se puso la madre con sus dos hijos.

Enfoqué, y por si acaso me salía mal, impresioné dos placas. En seguida Román y yo fuimos á revelarlas. Habían salido bien; pero sobre la cabeza de la hermana de mi amigo se veía una mancha obscura.

Dejamos á secar las placas, y al día siguiente las pusimos en la prensa, al sol, para sacar las positivas.

Angeles, la hermana de Román, vino con nosotros á la azotea. Al mirar la primera prueba, Román y yo nos contemplamos sin decirnos una palabra. Sobre la cabeza de Angeles se veía una sombra blanca de mujer de facciones parecidas á las suyas. En la segunda prueba veíase la misma sombra; pero en distinta actitud, inclinándose sobre Angeles, como hablándole al oído.

Nuestro terror fué tan grande, que el amigo y yo nos quedamos mudos, paralizados. Angeles miró las fotografías y sonrió, sonrió. Esto era lo grave.

Yo salí de la azotea y bajé las escaleras tropezando, cayéndome, y al llegar á la calle eché á correr perseguido por el recuerdo de su sonrisa. Al entrar en casa, al pasar junto á un espejo, la ví en el fondo de la luna, sonriendo, sonriendo siempre............................

. . . .

¿Quién ha dicho que estoy loco? ¡Miente!; porque los locos no duermen, y yo duermo.... ¡Ah! ¿Creíais que yo no sabía eso? Los locos no duermen, y yo duermo. Desde que nací, todavía no he despertado.

PIO BAROJA.

Esta frase de Elisée Reclus: «La ciudad de los libros,» despierta en mí este pensar: «las casas de las ideas.»

En efecto; si *la palabra es un sér viviente*, es á causa del espíritu que la anima: la idea.

Así, pues, las ideas, con sus carnes de palabras, vivientes, activas, se congregan, hacen sus ciudades, tienen sus casas. La ciudad es la biblioteca, la casa es el libro.

Helas allí como los humanos seres; hay ideas reales, augustas, medianas, bajas, viles, abyectas, miserables. Visten también realmente, medianamente, miserablemente. Tienen corona de oro, tiara, yelmo, manto ó harapos. Imperiosas ó humilladas, se alzan ó caen, cantan ó lloran. Evocadas por el hombre, dejan sus habitáculos, abandonan sus alveolos, resuenan en el aire, ó silenciosas penetran en las almas por los ojos. Luego vuelven á sus casas, después de hacer el bien ó el mal.

*
* *

Teneis aquí una vieja catedral, es un misal antiguo. Muestra sus ferradas y pesadas puertas; sus muros, sus esculturas, sus vidrios coloreados, sus rotondas, sus flechas, sus agujas, sus campanarios. En los nichos de las mayúsculas viven los santos, las vírgenes, los mártires. A su rededor clama un pueblo de ideas santas, canta como á són de órgano, ó al vago vibrar de tiorbas celestes. Las ideas angélicas encarnadas en palabras castas y blancas dicen en coro rezos, himnos, glorias, *hosannas*. Las martirizadas pasan purpúreas, cerca de los azules y oros que pulieron los monjes. Unas llevan ramos de lirios en las manos, otras clavos, coronas de espinas ó palmas. ¡Palmas! Cuando el triunfo de Nuestro Señor Jesucristo llena las vastas naves, el pueblo de ideas fieles se congrega. Es el ambiente de los profetas, el mundo de los doctores, la atmósfera de los beatos. Un incienso de fé perfuma el aire. Los altares, bellos de oro y de cirios, presentan la magnificencia mística de sus arquitecturas. Por las cornisas, por los tallados de las puertas, por los calados de las piedras, piruetean los demonios bufos con los frailes obscenos; un macho cabrío, que termina en largo y crespo follaje vegetal, quiere ascender hasta la soberbia expansión de los maravillosos é historiados rosetones.

Esa vieja historia es un castillo feudal. Oís el cuerno del enano, entráis por el puente levadizo. Encontraréis dentro al castellano, á la castellana, á los pajes, á las dueñas. Las ideas están vestidas á la usanza de entonces; todo es de hierro, lorigas, caparazones; en los cintos las espadas, en los blancos cuellos las golas; en los puños gerifaltes. Y suena el rumor de las mesnadas de ideas. Ellas claman, vitorean, dicen decires, cantan cantos; tienen sus fiestas, sus cacerías; pelean bravas, juran y se signan, saben de respeto y de honor, de Dios y de los caballeros; de noche, al calor del buen hogar, cuentan cuentos.

En esa *Iliada* pasa, truena, un mundo de ideas gigantescas; viven en palabras desmesuradas, altas, vibrantes, sonoras, primitivas, divinas. Hay ideas que pasan desnudas como Venus; otras que ululan como Hécuba; otras heroicas y veloces como Aquiles. En esa portentosa ciudad griega por donde quiera os halaga la maravilla del ritmo, reina la música en su sentido original; al mandato de una lógica imperiosa, todo se mueve obedeciendo al número; al paso es cucháis cómo hacen vibrar el bosque de aritmética las cigarras del verso.

En ese usado *Ars Amandi* os sonríen variadas y graciosas ideas femeninas. Provocan, llaman á la batalla de amor; así como ese hojeado Aretino, propiedad quizá de alguna refinada marquesa del tiempo pasado, es un curioso prostíbulo.

En las bibliotecas existe el «inferi,» como en ciertos museos los gabinetes secretos y en los estereóscopos las vistas reservadas. ¿En dónde habría de estar sino en el infierno la *Justina* del divino Marqués?

*
* *

Los impresores y los encuadernadores son los arquitectos de las ideas congregadas. Ellos les levantan sus palacios, ó las alojan en casas burguesas; las adornan de formas elegantes, caprichosas, modernas, graves, cómicas; las ilustran, las refinan ó las ponen en aislados ghetos; las colocan, las recaman de oro, como si fuesen personas imperiales; tapizan sus casas con las pieles de los animales, con costosos pergaminos, telas ricas, sedas y galones. Muchas, fastuosas y vulgares, moran en palacetes opulentos de keapsake; otras hermosísimas, puras, nobles, llevan pobremente en ediciones modestas su perfecta gracia gentilicia.

Las primeras son semejantes á ricas herederas, feas y estúpidas; las otras, á princesas olvidadas, hijas de reyes caídos, virginales, supremas, avasalladoras por la sola virtud de su potencia nativa. Hay unas heroicas, yámbicas, masculinas. Hay las soldados, espadachines, verdugos, perros furiosos. ¡No toquéis á los que manejan ideas!

Allí viven las ideas en sus casas, en sus ciudades é imperios, las bibliotecas; tienen sus Parises, sus Londres, sus aldehuelas, sus villas. En las puertas de sus mansiones se ven nombres anunciadores de sus jerarquías, desde la *Biblia* hasta *Bertoldo*, desde Hugo hasta el Sr.*** Pues todo en ellas sucede como en los hombres, y así son unas porfirogénitas, otras plebeyas. Y como el hombre también, unas mueren y caen en el olvido, otras ascienden á la inmortalidad, por la suma gloria del genio.

RUBEN DARIO.

Frente al arco del Triunfo.

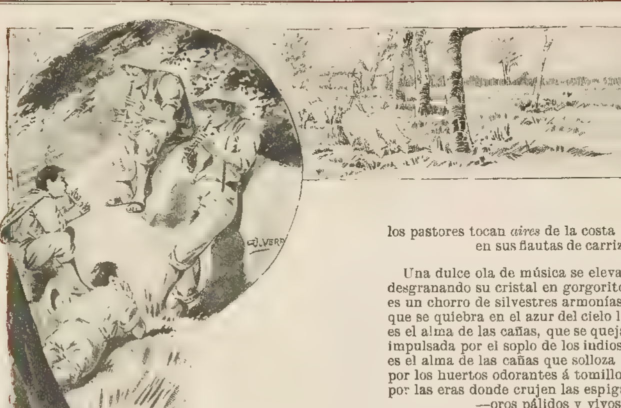
¡Los Bárbaros, Francia! ¡Los Bárbaros, cara Lutecia!
Bajo áurea rotonda reposa tu gran Paladín.
Del cíclope al golpe ¿qué pueden las Risas de Grecia?
¿Qué pueden las Gracias, si Herákles agita su crin?

En locas faunalias no sientes el viento que arrecia,
El viento que arrecia del lado del férreo Berlín,
Y allí bajo el templo que tu alma pagana desprecia,
Tu Vate hecho polvo no puede sonar su clarín.

Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina;
Oh, Roma, suspende tu fiesta divina y mortal!
Hay algo que viene como una invasión aquilina

Que aguarda temblando la curva del Arco Triunfal.
Tannhäuser! Resuena la marcha marcial y argentina,
Y amaga á lo lejos el águila de un casco imperial.....

RUBEN DARIO.



EL ALMA DE LAS FLAUTAS.

Tityre tu patulæ recubans sub tegmine fagi,
Sylvestrem tenui musam meditaris avena
Eglog. I. Virgilii.

De «Canciones Surianas.»

Y los indios les inspiran á las flautas
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Mientras triscan en el prado las ovejas
y retozan en las peñas los cabritos,
se congregan los pastores, bajo el toldo
que abre un misericordioso tamarindo.
Son los ángeles-custodios del rebaño;
los que acechan á los lobos carniceros
rondadores del aprisco;
son los buenos habitantes de la Sierra,
son los indios!

Y á la sombra del gran árbol opulento,
árbol-rey, árbol prolícuo,
verde lira de los vientos surianos,
camarín de los zenzontles y los mirlos,
los pastores tocan *aires* de la costa
en sus flautas de carrizo!

Una dulce ola de música se eleva
desgranando su cristal en gorgoritos:
es un chorro de silvestres armonías
que se quiebra en el azur del cielo limpio...
es el alma de las cañas, que se queja
impulsada por el soplo de los indios....
es el alma de las cañas que solloza
por los huertos odorantes á tomillo;
por las eras donde crujen las espigas,
—oros pálidos y vivos;—
por las yuntas que laboran en los campos
mansamente, con su grave porte olímpico;
por la púbera pastora Galatea,
muy más blanca que el *toisón* del corderillo.

Y los indios les inspiran á las flautas
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Unas lloran con dolor de chirimía,
otras plañen como triste caramillo,
otras tienen la ternura de la avena
y otras el marcial *alegro* de los pífanos.
Y esa música salvaje, tan sentida,
que se eleva de las flautas de carrizo,
tiene un mágico poder: en su ala de oro
nos remonta al infinito.
Hasta el ave se avergüenza al escucharla
y en el buche esconde *trémolos* y trinos....
hasta sienten los jaguares al oirla
misteriosos calosfríos,
y las víboras se arrastran hacia ella
por la influencia de su hechizo...
Oh buen Pan, guarda tu rústica siringa,
que más dulces son las flautas de los indios!
Asombrados los zagales, bajo el toldo
que abre el misericordioso tamarindo,
mientras pacen las ovejas en el prado
y entrechocan sus pitones los cabritos
se entretienen jubilosos é inocentes
con sus flautas de carrizo,
y en alegre ruedo todos congregados
son un grupo melancólico de Títiros.

Lenta lenta, triste triste, suave suave,
vuela el alma de las flautas de los indios;
tiembla el bosque con *frú-frú* de fina seda,
se abre un surco luminoso en lo infinito,
sopla tibia y leve ráfaga de viento,
se columpia el gigantesco tamarindo;
y, de pronto, diademada de laureles,
con su túnica de armiño,
con la lira de las églogas al hombro,
proyectando su gran sombra sobre el río,
dulce y tierna y hermosísima y sagrada
atraviesa la figura de Virgilio....

Y los indios les inspiran á las flautas
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

México.

JUAN B. DELGADO.

LEYENDA.

A CARLOS.

Y mi guitarra es testigo
y mi llanto,
de que es cierto lo que digo
en mi canto;
que el mismo viento oloroso
que aromas tomó en el valle,
al pasar por esta calle,
cual un viajero curioso,
fingió llamar á mi puerta
bien cerrada,
nunca abierta,
donde una yedra morada
—signo de esperanza muerta—
sola creció y olvidada......
Y que después de tocar
á porfía,
fuése á otra puerta á llamar
frente por frente á la mía,
ancha puerta,
siempre abierta,
de cuyo marco pendía
—símbolo de la ventura—
una oxidada herradura
que en la altura
se mecía.....
en tanto que por la puerta,
siempre abierta
á la luz y al firmamento,
juntábase con el viento
la charla de golondrina
de mi pálida vecina.
Y mi guitarra es testigo
y mi llanto,
de que es cierto lo que digo
en mi canto.....
que las lluvias otoñales
que deshojan los rosales
y salpican los cristales,
por mi yedra resbalaron,
y la herradura oxidaron....
que al llegar la primavera
que el valle con flores viste,
siempre viera
su alma, alegre, mi alma, triste....
. . . .
¡Oh alma mía!
¿quién creyera
que ida ya la primavera,
en melancólico día,
muerto el sol tras el poniente,
mi amado, que estaba ausente,
buscando su amor volviera!
¿Y quién, decid, quién creyera
que al regar mi enredadera
en una hermosa mañana
peregrina,
los dos, desde la ventana,
mirando ¡ay! hacia le puerta
siempre abierta,
de mi pálida vecina......
tendida la vimos....¡muerta!
Y mi guitarra es testigo,
y mi llanto,
de que es cierto lo que digo
en mi canto....
que á la siguiente alborada
cuando á llamar á porfía
su prometido venía,
sobre la puerta cerrada
—símbolo de la ventura—
que de su marco pendía—
sólo encontró la herradura
oxidada
que en el aire se mecía......

María Enriqueta.

Páginas de la Moda

Fig. 1.—Grupo de trajes de primavera.

MODAS PARISIENSES.

En cuestión de modas, continúan llevándose las faldas muy largas, muy amplias del ruedo.

Usanse mucho menos que hace algunos meses los adornos flotantes y hasta las puntillas se llevan ahora incrustadas, digámoslo así.

Sólo haremos la excepción para las túnicas de encaje que pueden colocarse flotantes sobre la falda de encima.

Estas túnicas, que constituyen verdaderos *pardesus* de puntillas se harán sin costura.

No por esto vayamos á creer que los encajes son tejidos *ad hoc*, no; se unen entre sí con entredoses y esto nos da la ilusión de que todas son de una sóla pieza.

Todo eso, como puede comprenderse, no es más que un exquisito refinamiento de la fantasía y de la sencillez lujosa.

Esas dos palabras expresan muy bien las tendencias de la época: no queremos nada demasiado llamativo; pero todo lo deseamos en armonía y tratamos de que una falda de lanilla sea hoy más perfecta que lo fuera en tiempos una falda de la más rica seda.

Siempre trajes princesa, principalmente de terciopelo; las economías hacen estos vestidos con doble fin: para *soirées*, descotados y, para vestir, con un pechero, también de terciopelo ó de muselina de seda del mismo tono.

Los sombreros de verano van presentándose ya por los escaparates.

Son, más que nada, caprichosas fantasías nacidas de los dedos de hada que poseen las obras parisienses.

Su descripción sería muy difícil por eso mismo, su variedad es tal que casi podríamos decir que se hacen á medida, según la cabellera y el color de la que le lleva.

⁂

Los vestidos completos de un solo color van á estar ahora muy á la moda.

He visto en los escaparates de una gran casa de costura un lindo traje de terciopelo ligero azul gris, falda princesa muy sencilla, larga capa del mismo tono forrada de tafetán glaseado azul, adornado con dos grandes amazonas del mismo color unidas por delante en un florón de terciopelo y plumas.

Era de un gusto perfecto como conjunto y como tonalidad.

No hace falta que el traje sea precisamente de terciopelo, puede hacerse de lanilla siempre toda de un solo tono, gris, malva verde y el vestido resultará de alta distinción y buen tono.

La blusa-saco ha perdido todo el favor de nuestras elegantes y sólo se llevan ahora las chaquetas ó los boleros ceñidos.

Lo que parece imponerse definitivamente es la doble falda de la misma tela, una falda más corta como sobrepuesta á otra más larga y ambas sin adornos.

En fin, la moda, reina del capricho, varía como veleta expuesta á los cuatro vientos.

EL AHORRO.

El desprecio de las cosas pequeñas es la roca contra la cual la mayoría de los hombres se han roto la cabeza.

Nuestra vida no es otra cosa sino una sucesión de pequeños acontecimientos, cada uno de los cuales, comparativamente, tiene poca importancia; pero que á la larga, del modo como los manejamos, depende nuestra felicidad.

Base del carácter son las cosas pequeñas, cuando son bien ejecutadas.

El buen éxito de los negocios depende de la atención que se les dé á las cosas pequeñas; el bienestar de una familia es el resultado de cosas pequeñas bien arregladas y bien hechas.

El buen gobierno de una casa depende de todas las medidas que se adopten para llevar á cabo las cosas más insignificantes.

Muchas veces, de la más ínfima cosa depende ó proviene nuestra fortuna y nuestra felicidad.

Cuántas personas llegan poco á poco, á fuerza de constancia y de privaciones, á conseguir labrarse un

Fig. 2. Gran toiletee de calle

capital; pero para ello se necesita tener una fuerza de voluntad á toda prueba, y no desmayar nunca en la empresa; muy desgraciado ha de ser el que no llegue á conseguir el resultado apetecido, haciendo los pocos un total de muchos.

El ahorro en una familia es la base fundamental de ella. Sin él, todas son desgracias y discordias, viniendo por fin á concluir en la miseria, y lo que es muchas veces más terrible, en el deshonor.

Acostúmbrense las familias al ahorro y disfrutarán siempre de la felicidad y bienestar que ésta proporciona.

JOYAS DE RICAS AMERICANAS.

Las mujeres americanas poseen las joyas más espléndidas del mundo. Mrs. Jorge Vanderbilt, es dueña de un famoso collar de solitarios rubíes valorizado en $500.000. Mrs. Webbe tiene un lazo de perlas negras, que suele llevar sobre un corset de terciopelo. Mr. J. J. Astor tiene una magnífica corona de diamantes, y Mrs. J. Gould posee dos lazos de perlas y dos de esmeraldas. Mr. C. Macuay tiene un curioso trío de anillos que pertenecían á un príncipe Indo. Los anillos se encontraron unidos uno al otro, aunque cada uno es para un dedo separado, los tres deben ser llevados á la vez. Se hallan montados en oro y contienen un magnífico rubí, dos esmeraldas y dos diamantes. La montadura consiste en la cabeza de un dragón, teniendo las joyas entre las mandíbulas.

El úlmo amor de Goethe.

La baronesa Ulrich de Levetzow, la última pasión de Goethe, que la conoció muy joven con su madre en Carlsbad en 1822, acaba de celebrar en Triblitz, Bohemia, el 95° aniversario de su nacimiento; según dice un diario belga.

La anciana dama que es bien conocida por su caridad, se conserva admirablemente bien. Los habitantes de Triblitz organizaron en esta ocasión una gran procesión de antorchas.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—GRUPO DE TOILETTES DE PRIMAVERA.

Damos un grupo que abarca los principales modelos nuevos que la estación pone en boga en París.

Las sargas de colores claros, los cuadrillés de seda, los fourlards y las bengalinas leves, son los que triunfan en asunto de géneros.

El modelo *a* es de una rara elegancia. Se compone de un casacón ajustado de satín perla de una hermosa y levísima capota con aplicaciones de terciopelo y de una falda obscura.

El modelo *b* es de satín también con dos elegantísimos acuchillados en el cuerpo que remata en punta. Lleva adornos de patas de seda obscura, y un plastrón triangular de terciopelo.

El modelo *c* es muy exótico, el jacquette se abre sobre una camisola de muselina acordonada y lleva dos elegantes filas de botones.

Por último, el modelo *d* de fourlard, con gran bordado, lleva una gran jacquette abierta, ondulada graciosamente sobre una blusa justa de terciopelo y recortada en forma de bolero.

FIG. 2.—GRAN TOILETTE DE CALLE.

Túnica amplísima, con corte de bata, cayendo sobre una falda inferior de cuadrillé de seda.

FIGURA 3.

Damos uno de nuestros modelos más en boga para los trajes de ciclistas. De sarga gris acero, muy elegante. Jacquette y faldas abiertas con presillas de mucho gusto. Sombrerito redondo de paja de Francia.

Otro pago de $10,000 de "LA MUTUA" EN MEXICO

México, Abril 11 de 1899.—Sr. D. Donato de Chapeaurouge, Director General de «La Mutua.»—Presente.

Muy señor mío:

Como beneficiario que he sido de la póliza núm. 909,257 voluntaria y gustosamente cumplo el deber en que me creo estar de dar á usted las más expresivas gracias por las atenciones que se ha servido dispensarme y por la eficacia con que expeditó mi reclamación para que la respetable Compañía que usted tan dignamente representa, me pagara los diez mil pesos que á mi favor estaban asegurados bajo la mencionada póliza.

Digno de especial mención es el hecho de que la órden de pago viniera á los diez y nueve días de haber salido de aquí las pruebas de la muerte, porque comprueba una vez más que «La Mutua» paga con toda la prontitud que es posible, cuando los interesados presentan las reclamaciones debidamente documentadas y requisitadas.

En este caso, la Compañía sólo había cobrado $364. 90 cs. como prima del primer año, y según dejo expresado sin oponer ninguna dificultad y tardanza, me pagó los diez mil pesos que representaba la póliza.

Puede usted, señor Director, publicar esta carta si lo estima conveniente y contar con el sincero agradecimiento de su atento y S. S.—C. M. Muñoz.

Fig. 3.—Traje de ciclista.

Páginas de la Moda

Fig. 1—Traje de verano.

EL JABON ES UN BUEN DESINFECTANTE.

Generalmente no es conocido que el jabón es uno de los mejores desinfectantes. Esto es verdad hablando no solamente de los jabones llamados antisépticos, sino también de los jabones ordinarios, y es particularmente cierto tratándose del jabón de potasa. El jabón ordinario de potasa, por ejemplo, así como el jabón común de lavadero, es mejor desinfectante que cualquiera de los llamados jabones antisépticos.

El Dr. Reithoffer ha hecho recientemente una serie de cuidadosas investigaciones sobre este asunto. Hizo sus experimentos con varias clases de jabón antiséptico y con jabones ordinarios. Encontró que una solución al cinco por ciento de jabón ordinario mataba los microbios del cólera en cinco minutos. Si al levantarse las manos se frotan con el jabón humedecido, la fuerza de la solución de jabón es siempre más del cinco por ciento, y algunas veces más del cuarenta por ciento; de modo que este sería un método de desinfectarse las manos tocante á los gérmenes del cólera. Si los gérmenes son de la fiebre tifoidea ó el coli-bacilus, se requiere, para matarlos, una solucion al menos de diez por ciento. Los gérmenes productores del pus, los cuales se encuentran siempre sobre la piel, desgraciadamente no son afectados por el jabón.

El Dr. Reithoffer concluyó de estos experimentos, que en el uso de los antisépticos es mejor usar primero el jabón solo, que mezclar el antiseptico con el jabón.

Nosotros hemos experimentado últimamente con un «jabón de alquitrán,» y resultó digno de recomendarse porque no sólo es un jabón bueno y seguro sino también un antiséptico.

COMO EVITAR LA TUBERCULOSIS.

Tucker Wise M. D. en un artículo publicado en el número de Octubre del *Medical Record* resume las precauciones que deben tomarse contra la tuberculosis del modo siguiente:

1. Una alimentación abundante de alimentos azoados.
2. Buena ventilación en las habitaciones y dormitorios usándose tela de alambre en las ventanas las cuales deben tenerse abiertas.
3. Calentar convenientemente la casa en el invierno.
4. Hervir toda leche ó crema antes de usarla.
5. Tratar de dormir ocho horas cada noche; pero si no se tiene un sueño tranquilo, limitarse á siete, y reposar durante el día.

Fig. 2.—Toilette de paseo.

6. Si os halláis débil y con mala digestión, recostaos para descansar un cuarto de hora antes y después de las comidas.
7. Usad el vestido tan amplio como sea posible especialmente al rededor de la cintura y las costillas, para proporcionar una libertad absoluta á la respiración.
8. Haced metódicamente un ejercicio diario, á pié, ó en bicicleta al aire libre.
9. Si vuestra situación ó elementos os permiten tener de cuando en cuando una vacación de un día entero, pasadlo en su mayor parte, si hace buen tiempo, en una tienda de campaña ó en una casa de campo; y si estáis desocupado entreteneos en alguna cosa que mantenga vuestro ánimo divertido.

Fig. 3.—Traje de calle ingles.

Las nueces como artículo de dieta.

El *Popular Science News* cita del Dr. Allsly la siguiente recomendación entusiasta de las nueces como artículo de alimento.

"El alimento del hombre primitivo era exclusivamente de frutas y de nueces, mas con los progresos de la civilización fueron éstas olvidándose poco á poco como artículos de alimento hasta llegar á ser miradas como un plato secundario de uso limitado y después como un accesorio de la mesa, una especie de lujo más bien que un alimento. Las nueces no sólamente son nutritivas en extremo sino de fácil digestión si se privan de las cortezas y membranas interiores.

Tienen poco ó nada de almidón, y son por esto muy propias para sustituir á otros alimentos en caso de obesidad. Ellas obligan á un grado de mastificación que no se da á ninguna otra sustancia. Forman en el estómago una función de peptonización, nos sirven para impedir la formación de la bilis en exceso, y obrar como un laxante suave. Las personas que padecen de dispepsia hallarán grande alivio haciendo de las nueces una parte de su dieta diaria.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TRAJE DE VERANO.

Es de cachemira azul formando una elegantísima túnica que cae sobre una falda avolantada en su parte inferior. Cuerpo jacquette abierto sobre una camisola de tul y con solapas doublee de satín blanco.

FIG. 2.—TOILETTE DE PASEO.

Es de sarga de seda plomo *foncé* con una gran aplicación bordada formando guías, la cual cubre todo el pecho. Falda bordada á grandes líneas bordadas paralelamente de seda.

FIG. 3.—TRAJE DE CALLE INGLES.

De cuadrillé de algodón estilo sastre, con una jacquette muy corta, muy ceñida, y muy elegantísima. Corbata de seda rosa formando un bonito moño.

FIG. 4.—BLUSA «SPORT.»

De muselina de seda á rayas lisa, con bandas alforjadas diagonalmente puestas y sobrepuesta una banda recta carrujada. Cuello de raso negro.

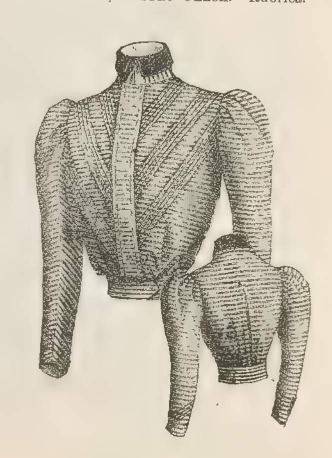


Fig. 4.—Blusa Sport.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 7 de Mayo de 1899. | Número 19

Festividad del 5 de Mayo.

CUERPO DE RURALES.

EL SR. GRAL. FRANCISCO VELEZ, COMANDANTE MILITAR Y JEFE DEL CUERPO DE EJERCITO ACCIDENTAL.

EL 13 BATALLON

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

El aire, como pillín de barrio, gusta mucho de jugar con la tierra. Hace cosas inauditas con la basura de las calles: equilibrios, juegos de salón, contorsiones y saltos imposibles. Y, á todo correr, riendo y silbando por rendijas y rejas, levanta el polvo con su soplo travieso, y lo arremolina en largos embudos grises y giratorios, ó lo pliega y despliega por el espacio á modo de flámulas inquietas y banderolas ondeantes, ó lo enrolla en aros pirotécnicos que voltejean hasta deshacerse en la atmósfera, ó lo avienta, en fin, á puñadas locas, sin ton ni son, á esta ventana, á aquella maceta, á la cortina de aquellos balcones, al huevo, de cristal cuajado, de la luz eléctrica, y más alto, al tejido de alambres donde se pasan la vida, haciendo sus ejercicios gimnásticos, golondrinas y gorriones.

En estas calientes tardes de Abril y Mayo, es de ver, cómo á pleno sol, fabrica el viento, en el azul dorado del aire, sus efímeras y transparentes gobelinos, sus cortinajes color de perla, sus telas diáfanas, franjeadas de luz, sus humaredas llenas de chispas y fulgores, sus remotos vahos y neblinas, sus gasas flotantes que envuelven las lejanías, los últimos términos, los horizontes, en una indecisión de ensueño. Pero el aire, muchacho maldadoso, no finge todas estas decoraciones teatrales por el simple gusto de recrearse con ellas y de ser admirado de las gentes. Es alegre, parlanchín, y gracioso; pero es también grosero y mal intencionado, y astuto.

Va por esas calles, muy paso á paso, abanicando los rostros sudorosos, besando mejillas, rizando plumas, arrebatando, aquí y allá, de los jardines públicos, de este árbol, de la otra planta, una fragancia que diluir; soplando, soplando, sin fuerza, sin estrépito, para que el pedazo de papel vuele y finja una mariposa blanca, ó la brizna de yerba, brinque sobre el agua aceitosa del charco, como un insecto, y salten, y rueden ó se arrastren por el suelo, una hilacha roja como el ala de un colibrí, una colilla de cigarro no apagada aún como una luciérnaga herida, una hoja seca como un escarabajo, un corcho de botella, como un carro de combate en miniatura, un pedazo de vidrio, una cinta, la cáscara de una fruta mondada, todo ese ejército minúsculo de las cosas inútiles que el aire mueve á su antojo y pone en marcha caprichosa.

¡Oh, qué buenas y delicadas caricias que nos hace! Le sonreímos; no nos quejamos de él, se nos olvidan por largos ratos sus malas pasadas y sus inconsecuencias. Mirad que manso está!

No juega con las veletas, ni con los rehiletes de los tubos ventiladores, ni siquiera se pone á sacudir, como mozo mal humorado, las banderas. Sólo muy arriba, muy arriba, sobre aquel cerro violeta, se distingue que está escardando y desflecando nubes, con mucha lentitud y mucho juicio. Pero eso que hace allí en el cielo no es una diversión; es un trabajo.

Y repentinamente, como chiquitín nervioso, que se cansa de estarse quieto, acelera el paso, trotea, tira los juguetes que movía á compás, los rompe, los estruja, los arroja muy lejos, y en seguida, emprende la carrera, desatentado y ciego, arrebatando los sombreros á los que encuentra, echándoles tierra á la cara, levantando faldas, con cínica grosería, cerrando y abriendo con brusquedad vidrieras y puertas para que se rompan los cristales, entrando y saliendo por todas partes como *rotero* perseguido, y moviendo de su sitio las cosas que halla á mano: de aquí un mueble, de allá un cuadro, de la mesa una copa, de la cama un cojín; en los corredores quiebra las guías de las enredaderas, y en las azotehuelas... oh! allí infla la ropa tendida, la arranca de los cordeles, se la lleva á la calle, la eleva, y hace de ella cometas de nieve y pájaros de fantásticas formas. Cobra bríos, casi se enfurece con el ruido y la algazara que produce: las gentes que gritan, las cosas que caen, los perros que ladran, las hojadelatas que rechinan, el estrépito de los vidrios rotos, el crujido de las maderas, toda la alharaca que provoca, es para el viento como una diana, como un canto guerrero que lo anima y lo entusiasma en sus audaces y desordenados retozos.

Bien es cierto que la Ciudad sirve ahora á este locuelo, como nunca para sus burlas y correrías. Trincheras de adoquines, cordilleras de cascajos, volcanes de grava, abismos de lodo, grutas con estalactitas de fango, lagos artificiales, cavernas; la vía pública accidentada hasta lo inverosímil por quién sabe cuantos diabólicos trabajos del progreso. Tiene el aire, por lo mismo, un precioso campo de operaciones; vericuetos, escondites, salidas falsas y pertrechos de guerra como no se los hubiera soñado.

Los buenos habitantes de la Ciudad sufrimos las travesuras de este jocoso cantante de madrigales, que á cambio de sus puñados de polvo, de sus intempestivos arrebatos, de sus desagradables fechorías, nos trae bocanadas de primavera que aspiramos á grandes sorbos, como rejuvenecidos también por el cálido aliento de vida que lleva el polen de flor en flor, el gérmen de grano en grano, y la alegría de corazón en corazón......

Cuán distinto es este viento de Abril y Mayo, este hálito de amor, este insufrible y mañoso chiquitín de barrio, que juega con tierra y basuras, á pleno sol, ardoroso y desenfrenado, al otro, al frío y melancólico viento de Noviembre y Diciembre, al que arrastra hojas muertas por jardines y caminos, al que canta baladas tristes en las ramas desnudas, al viajero invernal que recorre las calles por las noches, quejándose lúgubremente y dejando lágrimas en los cristales de las vidrieras! Ese no alza polvo, ni sacude cortinas, ni tiene alientos para abrir puertas, levantar faldas y arrebatar sombreros. Es débil y está enfermo; no juega, no sonríe, no fabrica efímeros gobelinos ni finje humaredas cuajadas de chispas y fulgores; pasa, pasa tosiendo, con su cascada tos de tuberculoso, friolento, entrapajado, quejumbroso, hablándonos al oído de cosas amargas y de sueños dolorosos: del amigo ingrato, de la mujer infiel, de la novia muerta, de los muros ruinosos, de las enredaderas que el hielo quemó; en el alma, de las ilusiones extinguidas y, en el camposanto, de las tumbas olvidadas... .

* * *

Compadezco á los oradores del *Cinco de Mayo*. No los oí, pero los conozco; son amigos míos, y de sobra sé que tienen mucho talento, vasta instrucción y facultad tribunicia. Manuel Flores es una maravilla de dialéctica elocuente: es metódico, claro, preciso. Sabe ser formidable y sabe asimismo ser gracioso. Toca los extremos con la facilidad con que un pianista recorre un teclado. Sus discursos son armoniosos. Juan Peza es un admirable recitador de sus versos; un poeta, sencillo y fácil, dominador absoluto de la rima, que posee el arte de enardecer á las multitudes.

Mas á pesar de todas su buenas cualidades, no lograron de seguro, los oradores, hacer en la masa popular, con las clarinadas de su retórica, la impresión que la luz del día. En este combate de elocuencia, el sol vence siempre al idioma. Para despertar el entusiasmo no hay tribuno semejante. Cuando pide la palabra, desde el oriente, cuentan los poetas, que la tierra tiembla de placer, se abren las flores como pupilas curiosas y los pájaros se ponen á cantar himnos y vítores; llenan el aire los *vivas*; en los bosques, los árboles lanzan sus aplausos de hojas, y el agua corre empujando los obstáculos, como temerosa de no llegar á tiempo y perder una parte del discurso. Siento en el alma confesar que muy pocas veces he podido sorprender al orador celestial en su exordio rosado: la aurora.

Tengo, sin embargo, vagas noticias de su belleza: dicen que es un encanto, sobre todo, en estas mañanas de primavera. Lo creo; tengo plena confianza en este Mirabeau de lo infinito. ¡Lo he visto en tantas ocasiones decir al espíritu cosas tan sublimes en los lugares menos apropósito, en una pared ruinosa, en el suelo caleidoscópico de un muladar, en un fleco de harapos, en la placa joyante de una charca!

....Decididamente compadezco á los oradores del *Cinco de Mayo*. Las delicadezas de mis amigos se pierden en campo abierto, á la luz, envueltas en ruido de tambores, y toques de cornetas y temas de marchas, y traqueteos de caballerías y truenos de salvas. La voz humana lucha en vano con los grandes rumores: apenas si cuando se deja oír llega débil y con el plumaje opaco, como ave que sorprendió la lluvia. El verso heroico, tomado de Homero, flexible, luciente y fuerte como hoja de espada, se quiebra en el aire; la frase guerrera, pesada y dura, la frase de hierro, erizada de puas como una maza, tórnase frágil esfera de vidrio, que un soplo rompe y desmenuza; la rima aguda y sonora, como un grito de águila, enmudece en el viento.

La marejada de cabezas que sostiene la tribuna, no cambia; ella misma produce un rumor extraño que es la suma de muchas palabras. Pudiera aplicársele la imágen de Hugo; es lo informe aullando.

En cambio, fuera de la plataforma que el *velorium* abriga, el sol improvisa una bélica arenga militar que el pueblo comprende y que le provoca regocijo. Cae la luz áurea sobre las tropas que invaden la vía pública; se prende en los galones, abrillanta las bayonetas, abre un florón de chispas en el metal de las empuñaduras, derrama polvo de luz en la tela de los pabellones, y envuelve el cuadro en un incendio de reflejos. Habla, en su lenguaje colorido y deslumbrador, de leyendas épicas, de batallas, de triunfos, de marciales desfiles, de marchas gloriosas, de ataques á campo raso, cuerpo á cuerpo, brazo á brazo, de toma de fortificaciones, de iliádicos rasgos de valor, de combates y encuentros, de victorias rápidas y seguras. ¡Oh, sí! el sol anima, con solo mirarle, como alentaba Napoleón á sus soldados cuando pasaba revista! Y es hermoso verle poner condecoraciones, repartidas un poco al capricho, en el pecho de los soldados; á este una cruz de diamantes, al otro un cordón de oro, al de más allá una medalla de rubíes.

Este sol de Mayo fué el orador más aplaudido en la fiesta cívica. El discurso que pronunció en este año es el mismo que ha dicho en años anteriores. Solamente que en esta ocasión lo dijo con más fuego, con más lujo de elocuente ardor. En ciertos conmovedores episodios, habló de la Patria con inusitado entusiasmo. Narró la victoria con más aliento que lo hacía el General Negrete.

La muchedumbre deslumbrada se sintió satisfecha. Un sol así, candente y limpio, merecía al día glorioso. Para todos fué el *Cinco de Mayo* un festín de luz.

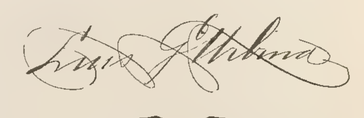
No debemos de haber estado en gran número los que al ver cruzar en correcta formación los pelotones de indios, escuálidos y anémicos los más, con el visible raquitismo de los degenerados, con el fusil al hombro, llevado sin arrogancia y sin donaire, nos hayamos dicho, pensando en un porvenir, quizá no remoto, de ruina y destrucción, para la raza debilitada é inútil: ¡Pobres hombres!....

* * *

Lo más notable de estos días, artísticamente hablando, es la conferencia de Justo Sierra en el nuevo club francés: *La Unión*.

Mi maestro, que es la perpetua admiración y adoración de mi vida, tiene de raro, de extraordinario y casi diré de extrahumano, su juventud, siempre hermosa y fresca, conservada —iba á decir inviolada— como dentro de una ánfora misteriosa, dentro de sus canas, de sus desilusiones, de sus cincuenta y un años, tres meses, y doce días (cuenta cabal, hoy 7 de Mayo de 1899).

Para la generación á que yo pertenezco, no hay hombre mas alto, en el sentido moral de la palabra, porque ninguno como él supo hacer de su existencia una fuente viva de sabiduría y de consuelo. En ese manantial inagotable de ternura y de consejos, abrevamos muchas almas sedientas de fé. En él hallamos el amor y la esperanza; y á través del pomposo humorismo del escritor y de la brillante verba del orador, como en una cazoleta de oro, encontramos, ardiendo y perfumando, los granos de mirra de un sentimiento dolorosamente sublime que, en medio de su resignada agonía, alza los brazos para señalarnos el ideal....



EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

España *fara da se* como de Italia dijo antaño el rey *galant'uomo*. Y no porque haya ganado las elecciones el Sr. Silvela; nada significa esto en un país que es, en Europa, la Jauja de la candidatura oficial. Diga usted, lector amigo, si no vale más así allá donde el sufragio verdaderamente libre ahogaría á los partidos moderados y de gobierno, con fuertes mayorías clericales y socialistas, que harían imposible la gobernación del reino! Pero de aquí fluye, como ineludible consecuencia, la nulificación del prestigio del Poder Legislativo y la reducción de las Cortes á un factor de segundo orden en la marcha de la cosa pública. No, ciertamente; esto no es indicio de que España se rehace. Es la renovación con creces de las transacciones, es la seguridad y la confianza en la riqueza intrínseca de la Península, que se traduce por la restauración del crédito, el alza de los valores y la rápida mejoría en los cambios, lo que constituye un haz de buenos síntomas. España explotadora de sus frutos, de su capacidad agrícola multiplicada por la ciencia industrial de nuestros días, de sus minas, de sus facultades artísticas, es la España del porvenir. Y á mediados del siglo XX, á juzgar por lo que en América vemos, los españoles habrán recuperado individualmente la posesión de los territorios coloniales, hoy perdidos colectiva ó nacionalmente. ¿No es cierto que computada en pesos, la propiedad territorial de los españoles en México, v. g., vale más que la que tenían en vísperas de la Independencia?

Es para todos evidente que, al estallar la guerra con los Estados Unidos, el pensamiento de *derriere la tete* de los hombres públicos en España era éste: necesitamos perder las Colonias, para los politiqueros y los burócratas son una ruina, es cierto, mas para la Nación constituyen una pérdida seca, una bancarrota irreparable, un deficit en progresión ascendente. «Es preciso perder las colonias.» Y no porque este raciocinio sea cartaginés, deja de ser justo; perdámoslas, pues, con honor; perdámoslas de modo que no resulte una tragedia, un Hernani ó el honor castellano, sino una tragi-comedia, ó hablando en plata, una operación. Y en honor de la verdad diremos que la opinión, no reservada, sino claramente manifestada en los principales centros de trabajo en la Península, coincidía con la de los estadistas españoles.

Elementos de tragedia los había por cierto y un escritor francés, de los conspicuos, al ver desembarcar en la Coruña algunos millares de soldados repatriados, se quedaba boquiabierto y, al fin exclamaba: ¡estos soldados son admirables, con ellos se puede conquistar el mundo! Lo que veía Claretie era la vuelta á su casa, para morir, del Caballero de la triste figura. Ese mismo día se abría en la historia de España el período de Sancho. Lo dijimos en otra ocasión, lo repetimos ahora, que sea para bien; no hay un sólo síntoma de salud fundamental en un pueblo latino que no nos interese á los mexicanos; y en España más quizás, por razones de pasado y de porvenir. Que sea para bien, con tal que la muerte de D. Quijote no sea para siempre; sería esto deplorable hasta y sobre todo, desde el punto de vista estético. Nos parecería que la civilización dejaba caer de su sombrero el penacho, el de Cirano de Bergerac precisamente. Mas no hay cuidado, D. Quijote es inmortal.

Esto pensaba leyendo los fragmentos del último *libro rojo*, publicado por el Ministerio de Relaciones en Madrid y reproducidos por la prensa; he aquí uno bien significativo: el duque de Almodóvar expresa á M. Cambon para que lo diga así á Mr. Day «que el gobierno español desea poner fin á una guerra que sólo aceptó para poner á cubierto el prestigio de un nombre honrado.» Cuando de buen grado casi se muestra dispuesto á ceder á Cuba, tiene el mencionado duque la complacencia de aconsejar á los americanos la anexión de la Isla para ponerla á cubierto de los peligros de una independencia prematura. Y no negamos que haya en esto cierta ironía, pero hay además otra cosa ¿cómo la llamaremos? En fin, es el *sanchismo* pleno. Luego España, sin resistencia, por telégrafo, en despachos en que su derecho está perfectamente demostrado é imperfectamente defendido, cede, cede siempre, cede en todo. Y esto era fatal y es lamentable y triste. En esa absoluta falta de fé en sí mismos, más que en el deseo de no prolongar una situación capaz de poner en peligro el trono de Alfonso XIII, hay que buscar la clave de los sucesos de la guerra.

***

Y esta historia me recuerda lo que en cierta época y en cierto lugar, de que no quiero acordarme, me referían dos oficiales de artillería que se habían encontrado en una acción de guerra, civil naturalmente, y en la que habían resultado derrotados y estupefactos. «Nos colocó el general, me decían, en el ala derecha y puso á nuestra disposición una batería bastante bien dotada, en los momentos en que apareció el enemigo. Cuando éste tomó posiciones, notamos fácilmente que, aunque era numeroso, se componía de guerrillas recogidas al paso y reunidas, ya que no organizadas. En cumplimiento de nuestro deber, dispusimos nuestras piezas, hicimos unos cuantos disparos, y viendo el excelente efecto que habíamos obtenido, dispusimos avanzar para aprovechar mejor nuestros tiros. Un ayudante del general en jefe nos previno que no avanzáramos; contestamos que tomábamos bajo nuestra responsabilidad el éxito feliz del movimiento, y para demostrarlo con los hechos, corrimos á situarnos en el lugar que habíamos escogido, disparamos, rectificamos, tornamos á hacer fuego y las chusmas comenzaron rápidamente á disolverse. El general se presentó colérico, le dijimos que estábamos seguros de ganar la batalla con solo nuestra artillería; esto lo puso furioso. ¿Qué pasaba? No nos lo explicábamos; rabiosos y atónitos nos vimos obligados á abandonar nuestras excelentes posiciones; las turbas naturalmente se rehicieron y se dió por perdida la batalla. ¿Pero qué es esto? nos preguntábamos. Qué ha de ser, tontos, nos dijo un amigo *paisano* que allí hacía de tesorero ó algo así, aquí nos hemos parado para perder cuanto antes, urgía mucho que fuésemos derrotados, y ustedes iban á descomponer el plan con sus malditos cañones.» Cuatro días después los dos oficiales, que, lo repito, no salían de su asombro, me referían este chusco episodio de nuestra historia militar, que me vino á la memoria leyendo los partes del Sr de Almodóvar. Los narradores viven aún y tienen en el ejército la alta situación que merecen.

***

«Lástima que España, decía el presidente Mc Kinley al ministro de Francia, no haya solicitado la paz al otro día de Cavite; nuestras condiciones habrían sido mucho más suaves!» Tal vez; mas lo que resulta con claridad de la lectura de los documentos del *libro rojo* es que, la adquisición de las Filipinas cuajó en el ánimo de los jefes del gobierno americano, sino al día siguiente, dos días después de la batalla, ó diremos mejor de la *ejecución* de Cavite, puesto que dado el alcance de los cañones españoles y el material de su flota, lo mismo les habría valido haber tirado con piedras. Verdad es que el presidente declara antes del armisticio, que «solamente la cuestión de las Filipinas no está resuelta en su ánimo. Respecto de las ventajas permanentes que conservaremos en el Archipiélago, los negociadores decidirán, á ellos les tocará definir el *control*, la disposición y el gobierno de las Islas.» De donde se infiere que en realidad sólo el modo con que se debían adueñar de ellas era el no resuelto *a priori*.

Ahora todo ha cambiado: el gobierno de Madrid, con el pié sajón sobre el pecho, vendió barato y en estos momentos reciben sus cien millones.... de pesetas: el poder colonial mayor que han visto los siglos, pasó á la historia.

Nada puede ser más importante para nosotros que la parte política de la tarea que se han improvisado nuestros vecinos. ¿Cuál será la suerte de Cuba? Decidan los profetas; el haber quedado todo reducido en la isla á una cuestión de dinero, de poco dinero, parece ser un indicio de que, más escépticos ó de menos fibra que los tagalos, los cubanos se proporcionarán el tiempo necesario para hacer el balance entre las ventajas de la Independencia y las de la Anexión que en esta caso se llamarían *federación con los Estados Unidos* y decidirán luego. ¡Oh! si ellos serán los que decidan de su suerte....en su *oportunidad*.

Entretanto los síntomas precursores del fin de la campaña de toma de posesión de la gran Filipina se marcan ya. Si *los monsones* del S. O. y los calores y lluvias que acarrean, no hacen imposible el avance de los americanos de Calumpit hacia el N. ó si las tentativas de paz no fracasan, la labor de pacificación irá rápidamente; si no, se llevará á cabo en la próxima estación buena. No, lo repetimos, á pesar de la gran opinión anti imperialista que existe en los Estados Unidos, aun cuando en pos de Mc Kinley viniese un Presidente demócrata, con una *plataforma* de concentración de fuerza en América (y contra ese programa votaríamos cien veces nosotros si fuésemos electores yankees) la cuestión en las Filipinas no podrá acabar en un *non possumus*; el plan se llevará á cabo, la Isla de Luzón será sometida y las dificultades militares serán vencidas. Las verdaderas dificultades, las largas, las permanentes, las que nacen de la distancia, de la índole de la población, del clima y de la situación geográfica, esas vendrán luego, esas son las graves. Y las soluciones que ensayen los americanos, esas serán las curiosas.

En un libro muy bien escrito, muy sugestivo, que acaba de publicar Alfredo Russel Wallace, propone como modelo de sistemas coloniales el aplicado por los holandeses en el archipiélago malés, en Java y en las Celebes, sobre todo. El introductor de este libro en los Estados Unidos Mr. S. Baxter hace notar con exactitud que haciendo abstracción de Inglaterra, las naciones coloniales han sido ó son: España, Portugal, Francia, Holanda, Dinamarca y Alemania. Estas dos últimas apenas pueden entrar en cuenta; Dinamarca nunca ha poseído más que unas cuantas islas, Alemania ensaya ahora su aptitud colonial. Francia, dice Mr. Baxter, ha abarcado mucho y apretado poco y los ejemplos de España y Portugal son puramente negativos: enseñan precisamente lo que es necesario no hacer. Sólo resta Holanda cuyo ejemplo es precioso, porque solas ella é Inglaterra pueden presentar maravillosos resultados, frutos de una administración colonial hábil, prudente y liberal con cierta medida; la colonia holandesa de las Indias, prosigue el prologuista citado en el análisis que traducimos, ofrece el más brillante y feliz modelo de la organización de las relaciones del elemento europeo y el indígena industrioso, pero semi-bárbaro, organización ventajosa para ambas partes."

Y el resultado es palmario efectivamente; en el maravilloso jardín tropical de Java la población era en 1826 de 5.500,000 almas; hoy es de 24 millones. El régimen ha probado. ¿Cuál es el secreto? La conservación de toda la jerarquía indígena, el respeto de su estado social, de su religión, de sus costumbres. Los misioneros protestantes han sido muy prudentes y su afán ha consistido, sobre todo, en trasformar las costumbres de los grupos salvajes de la población haciéndolos venir poco á poco á un estado superior al que tenían, sin empeñarse en convertirlos en europeos. Los términos *despotismo* y *esclavitud* no tienen por qué alarmar tratándose de pueblos que no pueden transformarse bruscamente, dice Russel Wallace; todo ha sido un elemento de dominación y mejoramiento en manos de Holanda que ha procedido siempre de acuerdo con los indígenas.

¿Seguirán los americanos en las Filipinas los consejos de Wallace? Será un espectáculo singular por todo extremo el de esta democracia con vasallos como la democracia ateniense hace veinticuatro siglos, mas en qué distintas, en qué peculiares condiciones! La democracia ateniense estaba asentada sobre la esclavitud y no conocía los derechos individuales superiores al derecho de la ciudad, mientras que los americanos están maniatados por una constitución libérrima. ¿Despotismo, esclavitud? ¡Oh, no! sálvense los principios y perezcan las colonias, como dijo el otro. Ese otro, nos lo tememos mucho, no será el pueblo americano. ¿No ha proclamado casi, por la voz de sus congresos y tribunales y formulado en la Constitución política de un Estado de la Unión que los chinos no eran hombres, sino colonias de microbios? Y contra los microbios, *eterna auctoritas esto*, como decía otra Constitución vetustísima, es decir, los chinos no tienen derechos del hombre.

¡Oh! prodigiosamente curioso va á ser todo esto; concédame Dios verlo ó verlo venir.

***

Se ha reunido un Congreso en París tan importante ó más que el que intentará en La Haya hacer la guerra á la guerra y reemplazar en ella, ya que no la podrá evitar, el lujo de los medios de destrucción, por la superabundancia de los medios de reparación y caridad; nos referimos al Congreso anti-alcohólico. ¡Oh! qué bien hacen estos hombres en reunirse para darse cuenta exacta del carácter y las condiciones del mal, de su extensión, de las dificultades del problema, y cuántas bendiciones merecerá su memoria si formulan claramente el remedio.

En Francia han obligado á la sociedad á doblar la cabeza sobre el pozo del abismo y á espeluznarse con una visión apocalíptica. Le han dicho (y el dicho ha sido profusamente documentado): Francia, patria nuestra, desciendes, bajas, te vas. Pronto, á consecuencia del estancamiento de tu población comparado con el crecimiento constante de la de otras grandes naciones, serás una potencia de tercer orden (v. los estudios demográficos de Bertillon, en curso de publicación). Serás una potencia de tercer orden y no ganarás en calidad lo que pierdas en cantidad. Tu influencia, la de tu idioma, la de tu industria, la de tu genio bate en retirada por todas partes, ¿por qué? Porque eres cada vez más débil. ¿Por qué? Porque cada vez bebes más; porque has dejado de beber el buen vino de tus ricos *crus* que alegraba el corazón y calentaba la cabeza, y te has dedicado á beber alcohol, y eres probablemente la nación que más alcohol consume en Europa; y el alcohol es un veneno social, porque no sólo embrutece al individuo, sino que hiere el sistema nervioso de las generaciones nuevas y mata la especie. Por eso eres debil. La Francia moral se irá disolviendo en aguardiente!

¡Horror! Pero dentro de esta situación que sólo no ven los alcoholizados, porque esa terrible plaga que se llama el *quemeimportismo* (*je m'enfichisme*) es propia de los alcohólicos, se verifica una reacción: hombres de buena y grande voluntad están removiendo las entrañas de esa sociedad enferma y se forman grupos cada vez más considerables para combatir el mal. Hace pocos días el representante del gobierno francés saludaba á los miembros del congreso anti-alcohólico de París con estas palabras:

«Precisa organizar una santa cruzada en pro del triunfo de la razón sobre una bestialidad tanto más repugnante, cuanto más contraria á la naturaleza se manifiesta, una santa cruzada en pro de la salvación de la raza y la nobleza del sér pensante y del patrimonio común de la humanidad.»

Y nosotros que estamos llenando nuestros manicomios de dipsómanos y nuestras cárceles de alcohólicos ¿qué diremos? ¿qué hacemos? Somos unos desgraciados.

Justo Sierra.

EL AMOR Y LA CRUELDAD.

LOS MISTERIOS DE LA PASION HUMANA.

El alma humana es todavía un arcano; tiene selvas impenetrables como los juncales de la India, regiones inexploradas como las del centro de Africa, cimas inaccesibles como las del Himalya, rincones impenetrables como las regiones polares.

Como la naturaleza exterior, ofrece tempestades aterradoras, huracanes que devastan, irradiaciones boreales que deslumbran, nevadas que congelan. Pero si en la naturaleza exterior imperan la congruencia en el seno de la variedad, la lógica en medio de la devastación, el orden estricto en el dominio de la apariencia caótica, en la naturaleza interior, en el alma humana, suelen darse cita los sentimientos más contrarios, las más incoherentes manifestaciones, las pasiones más opuestas. Tal hay que practica simultáneamente la avaricia más sórdida y la prodigalidad más desenfrenada; en Francia, después de ofrecer un banquete de Trimalción á sus amigos ó un baile de hadas á sus relaciones, el millonario se encierra con su intendente y su despensero, cuenta los cascos vacíos, pesa, mide y valúa las flores del adorno, las golosinas del buffett, los *cabos* de bujía de los candelabros y á la hora de pagar á tapiceros y reposteros, regaña, regatea, se enfurece y protesta por una diferencia de un franco ó de cincuenta céntimos. Otros hay, que valientes hasta el heroismo, sientan miedos pueriles y que capaces de asaltar una trinchera huyen de un ratón ó tiemblan ante una sabandija. Hay espíritus serios, reflexivos y reposados que incurren en las menos disculpables ligerezas, y á quienes una imprevisión infantil caracteriza. Conozco poetas inspirados, soñadores é ilusos, que hacen negocios lucrativos, ordenan y metodizan su vida; fríos como un témpano y rígidos como una barra de acero.

Entre esas anomalías é incongruencias del espíritu las hay risibles como las hay siniestras, las hay cómicas

como las hay trágicas, y entre ellas una de las menos explicables y menos comprensibles, una de las más generales como de las más funestas y que da ocasión lo mismo á dolorosos dramas que á repugnantes crímenes, es la coexistencia frecuente, casi general y casi constante, del amor y de la crueldad.

Ante la razón pura y la poesía romántica, amor es sacrificio, es abnegación, es sufrimiento propio en pro del ser amado. Quien ama no debe tener otra aspiración que la felicidad del ser á quien ama; debe regar de flores su camino, sembrar de dichas su existencia, impregnar de aromas su ambiente, hacer vibrar su oído con estrofas y cantos; alfombrar su camino con nubes; formarle doseles con girones de cielo; alhajarlo con astros. Si el ser amado sufre, hay que quitar de su planta la espina que le punza, de su lecho el pétalo mal tendido que le importuna; atenuar con un celaje la luz que lo deslumbra. Si el ser amado tiene enemigos hay que exterminarlos, si caprichos hay que satisfacerlos, si exigencias hay que obsequiarlas.

Envuelto en nubes, en perfumes, en caricias, rodeado de cuidados, de solicitudes, hay que impedir que el ser amado sufra, que pene, que llore; hay que disipar de su espíritu la aprehensión y la inquietud, el tedio y la melancolía, la angustia y el dolor y debe construírsele un paraíso y que en él viva, goce, se extasíe y sea perennemente feliz.

Así concebimos el amor y así lo definimos; ¿es así como lo experimentamos y practicamos? ¿es en ese cuadro idílico en donde se desenvuelven sus peripecias? ¿son esos panoramas edénicos, esos cantos paradisiacos, esas dulzuras celestiales las que constituyen el escenario y el poema del amor?

No, evidentemente, todos concebimos así el amor; pero más ó menos todos lo sentimos y lo practicamos de otro modo. Lo primero que el amor provoca y que el amor suscita es dolores y penas, y suelen sus manifestaciones ser, no dulces y acariciadoras, sino toscas y brutales.

Amamos hoy y ya mañana sufrimos y hacemos sufrir. Nos prometíamos y habíamos jurado sacrificarnos á la felicidad de otro ser y no tardamos en sorprendernos sacrificándolo á nuestra dicha. Toda expansión suya nos parece fría, toda preferencia, poca, todo sacrificio, deficiente. Jurábamos no ver sino con sus ojos y le exigimos que no vea sino con los nuestros; habíamos abdicado á sus piés, y ejercemos un intolerante despotismo; prometíamos un abandono y una abnegación completas y sólo imponemos sacrificios; afirmábamos que todo el universo se había condensado en el ser amado y le exigimos después que su universo se condense y sintetice en nosotros. Y como pedimos un imposible, como un imposible prometimos; como no hay ser, ni la madre misma, que sólo viva y aliente por la dicha agena sin preocuparse un poco de la propia; vivimos en el amor descontentos, recelosos, inconformes, prometiendo y no cumpliendo, exigiendo y no obteniendo y nos imponemos é imponemos á quien nos ama angustias y tormentos que hacen doloroso el amor y torturan á uno y otro amante.

El el orden moral, pues, el amor, que se concibe como esfuerzo permanente por la agena felicidad, es, en realidad, un instrumento de tortura y su noble y elevado altruísmo no es más que un refinado y vituperable egoísmo.

Las penas del amor, los sufrimientos que recíprocamente se imponen quienes se aman, no se atenúan sino con el amor mismo. Los amantes volcánicos son casi siempre verdugos y la felicidad es sólo compatible con el amor cuando éste es moderado, reflexivo y sereno.

No sólo se atormenta moralmente al ser que se ama, sino también físicamente. Hay transporte que es estrujón, caricia que acardenala, abrazo que asfixia, beso que muerde.

Bajo la influencia del cariño intenso y de la expansión ciega, el músculo se contrae y se distiende bruscamente, la mano aprieta, el brazo oprime, la mandíbula cruje. En condiciones normales, esas brutalidades resultan atenuadas por la reflexión, las moderamos con el esfuerzo de la voluntad, las reprimimos con la energía de la razón ó mediante los hábitos de la educación. Los temperamentos excitables y nerviosos suelen no poder refrenarse y son temibles sus expansiones de efecto; á un grado mayor no sólo no hay freno, sino que el nervioso y desequilibrado se excitan, se estimulan con sus propias expansiones, las exageran y las extreman, golpean al ser amado, lo muerden, lo estrujan y hasta lo hieren y lo matan. De ahí esos crímenes odiosos como los de Jack el Destripador, como los espantosos y repugnantes de Vacher.

La educación, la instrucción, la civilización, en suma, atenúan estas extravagantes y contradictorias manifestaciones del sentimiento amoroso; pero en los pueblos bárbaros, en las tribus no civilizadas, en las clases ignorantes, son la regla y como el signo característico del amor y del afecto en todas sus formas. En las clases bajas, la amistad tiene por suprema manifestación el retozo, es decir, el empellón, el puntapié, la bofetada; nuestras mujeres del pueblo se alarman y comienzan á sospechar que ya no son amadas cuando el marido ó el amante dejan de golpearlas. La paliza es reglamentaria en las uniones de las clases bajas; el *souteneur* francés golpea sistemáticamente á su querida y la mujerzuela que lo mantiene suele ostentar con orgullo, y como prenda segura de amor, el cardenal ó la herida que le infirió su brutal amante. A veces, como en el repugnante caso actual de Palma, la crueldad sobrevive al amor y las torturas infligidas al ser amado, perduran después que se ha extinguido todo afecto y ha cesado toda manifestación de amor.

¿Cómo conciliar, cómo explicar tendencias tan divergentes, pasiones tan contrarias, deseos tan contradictorios como el amor y la crueldad, como la abnegación y la tortura, como el deseo del bien y la práctica del mal? ¿Qué lógica preside al enlace de esas ideas contrarias y á esas prácticas tan inconexas? ¿Dentro de qué noción del sentido común pueden quedar conciliadas esas contradicciones?.... Hay sin embargo una lógica que informa esas extravagancias y un principio que da unidad á esas incoherencias.

El amor es el menos egoísta de los sentimientos, pero, en el fondo, es una forma del egoísmo; so color de ofrecer placeres, satisfacciones y goces, buscamos goces, placeres y satisfacciones. Buscamos por el amor otro ser, pero para completar el nuestro; prometemos dicha con la oculta intención de exigirla, y apremiamos, urgimos, empujamos al ser amado no tanto del lado de su felicidad cuanto del lado de la nuestra. De ahí el deseo de la posesión exclusiva, los celos, las exigencias y los reproches; de ahí en suma las torturas morales que imponemos á aquellos á quienes amamos y en proporción del amor que nos inspiran.

Los tormentos y dolores físicos que imponemos tienen también explicación; todas las manifestaciones orales y mímicas de nuestras pasiones, son, aunque atenuadas, reminiscencias de la lucha, del combate, del ataque y de la defensa que nos impuso nuestra prehistórica existencia animal.

Ya hemos explicado en otra ocasión que desde la sonrisa hasta el beso, desde el apretón de manos hasta el abrazo, desde el suspiro hasta el grito, todas nuestras manifestaciones pasionales son simulacros, remedos, imitaciones de actos de combate, de agresión y de defensa. En las pasiones mitigadas y débiles nos conformamos con el remedo y el simulacro, y besamos, acariciamos y abrazamos dulcemente y sin causar daño; cuando la pasión que nos anima es intensa y fogosa, acentuamos el remedo, el simulacro se aproxima más y más á la acción; comenzamos por besar, y podemos acabar por morder; la palmada en la mejilla propende á transformarse en bofetada y el abrazo discreto en estrujón asfixiante, y si el temperamento nervioso ayuda, es verdadera sevicia á la que nos entregamos.

El lenguaje y el estilo sufren las mismas modificaciones y es muy frecuente decir palabras duras en tono dulce á los seres á quienes queremos albagar; picaruelo! bribón! decimos á cada paso á las personas á quienes queremos agasajar y las francesas usan epítetos deprimentes y llaman gatito y perrito á sus amantes.

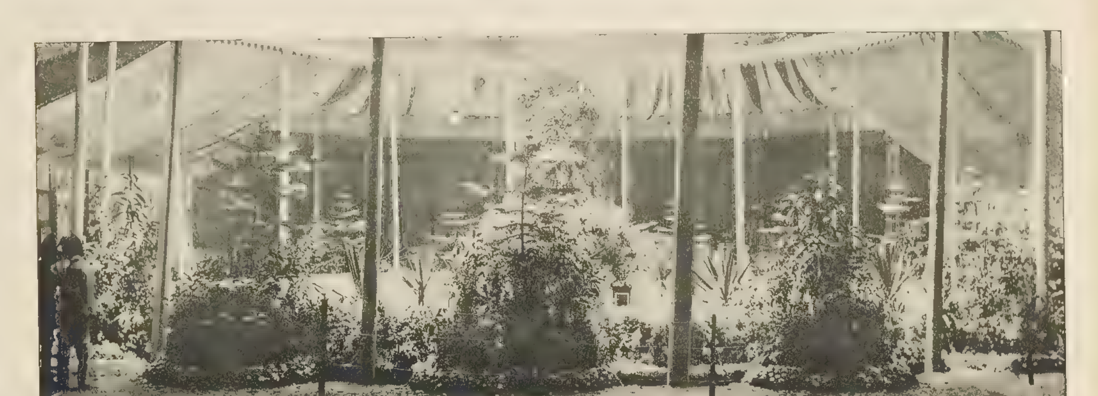
Falta un requisito á esta explicación; ella deja comprender por qué ejecutamos actos de crueldad; pero no explica cómo es que llegamos á sentir deseo, anhelo, ansia de torturas á los seres que amamos. La explicación es fácil; todo remedo de pasión suscita vagamente en el espíritu y con más ó menos intensidad, la pasión correspondiente. Finjiendo ira nos sentimos coléricos; finjiendo lágrimas acabamos por entristecernos; simulando odio acabamos por experimentarlo. Los artistas dramáticos se sienten, remedándolos, poseídos de los sentimientos de sus personajes y con la fuerza del hábito, esa vaga sensación se define, se acentúa y acaba por predominar.

Como las manifestaciones mímicas del amor son remedo de pasiones de odio; como las caricias son imperfectas imitaciones de actos de crueldad, nada más fácil en temperamentos susceptibles y nerviosos que el que las manifestaciones del amor susciten el sentimiento contrario cuya realización remedan y que la exajeración de esas manifestaciones acabe por crear sentimientos difinidos de odio y de rencor.

Así, por esa influencia del remedo sobre la pasión real, se explica esa terrible anomalía y se llega á comprender cómo amando podemos llegar á odiar y á atormentar.

El único correctivo á tan peligrosos extravíos es refrenar toda pasión excesiva, el de amar con dulzura y con ternura antes que con ardor y entusiasmo y el de extinguir con el hielo de la reflexión las hornazas volcánicas que suelen encenderse en nuestro corazón. Sólo así podrá hacerse más llevadera y digna la vida y sólo así la humanidad dejará de avergonzarse de producir monstruos como los Sade, los Jack, los Vacher y los Palma que la afrentan y mancillan.

Dr. M. Flores



Fiesta del 5 de Mayo.—Adorno de la glorieta central de la Alameda.

La festividad del 5 de Mayo.

EL ULTIMO ANIVERSARIO.

Presentamos á los lectores de EL MUNDO ILUSTRADO una serie de apuntes tomados por nuestros fotógrafos el último día 5. Aunque ya otras veces lo hemos dicho, no creemos superfluo repetir que en la parte ilustrativa de asuntos de actualidad nuestro semanario corresponde, hasta donde es posible, al deseo con que sus lectores esperan la nota viva, exacta y característica del suceso del día. Las afamadas revistas europeas guardan, como EL MUNDO ILUSTRADO, en sus colecciones el recuerdo de cuanto sirve para formar lo que pudiera llamarse la historia gráfica de un país, y violentos como son é improvisados los trabajos del apunte fotografico directo, no puede pedirse mayor acierto. Los que hojean periódicos ilustrados extranjeros, apreciarán nuestros esfuerzos y sus resultados, así como la variedad con que presentamos escenas y ceremonias, que repitiéndose cada año, hacemos que se vean bajo un aspecto diferente cada vez.

***

Nada tenemos que describir aquí. Nuestras ilustraciones lo dicen, y han dicho ya nuestros diarios, todo lo que pudiera formar la materia de esta revista.

Lo que es preciso acentuar para que no pase inadvertido, es la definitiva consagración de la fecha gloriosa de Mayo á una gran labor patriótica: la enseñanza de los deberes cívicos por medio de la pieza literaria, poética y oratoria, encomendada á artistas y pensadores que desempeñan en la tribuna un magisterio autorizado y fértil.

Cuando los oradores patrióticos son como esta vez distinguidos representantes de nuestra intelectualidad, la voz que habla al pueblo tiene insinuaciones poderosas y se propone un fin nobilísimo, la difusión, el afianzamiento, el imperio de las ideas que han hecho de México una nación pacífica y enamorada de todos los adelantos.

***

Cierto, pocos son los que pueden escuchar al orador; pero la prensa toma á su cargo la tarea de recoger y fijar sus palabras. Todos las leen y todos las meditan. Así la enseñanza es más fructífera, más general y más serena.

El que escribe para que le lean, hace una labor más concienzuda que el improvisador arrebatado, y un pueblo como el nuestro que sube los primeros peldaños de la cultura, y que tiene sed de verdades, necesita maestros que se las descubran, no divagadores que las desprecien.

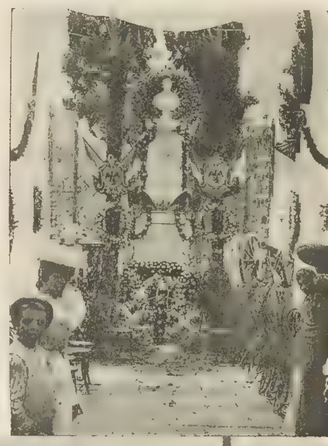
Sentimos no tener á la mano las piezas delicadas y meritísimas del Sr. Lic. Don Ezequiel Chávez y del poeta Don Juan de Dios Peza: pero ya que no es posible citar las cláusulas justamente aplaudidas del primero y las estrofas admirables del segundo, permítasenos repreducir algo de lo que dijo en la tribuna cívica nuestro ilustrado compañero el Sr. Dr. Manuel Flores.

Esa cita es la mejor referencia que podemos hacer de la festividad, porque comprueba lo que arriba dijimos sobre la significación que hoy tienen las solemnidades patrióticas.

***

«El ejército francés, antes de la batalla se había detenido, y una copiosa distribución de víveres había dado tono á sus músculos, vigor á su brazo, aliento á su corazón. Nuestro ejército, ese día, se quedó sin prest y casi sin rancho, y cuatro días duspués no recibía ni prest ni rancho.

Da compasión en los partes de batalla, hacer el recuento de la artillería disponible. Consumada la derrota, nada más fácil que aniquilar al ejército fugitivo; pero apenas había caballería para cargar sobre él y el resto de las fuerzas era tan exiguo que hubo, ya lo habéis oído, que mandar detener en su avance al General Diaz, empeñado temerariamente en la persecución.



ADORNO EXTERIOR DEL PANTEON DE SAN FERNANDO Y MONUMENTO EN EL SEPULCRO DEL GRAL. ZARAGOZA.

DESFILE DE LA COMITIVA HACIA LA ALAMEDA.—LAS SOCIEDADES MUTUALISTAS.

La festividad del 5 de Mayo.

TELEGRAFIA MILITAR. LA IMPEDIMENTA DEL CUERPO DE EJERCITO. AMBULANCIA.

***

El día diez, cinco después de la batalla, se bregaba en vano por reunir en Puebla 20,000 pesos y apenas se conseguían 16,000, que no bastaban para poner en movimiento las fuerzas destinadas á la persecución. Por falta de caballería, de dinero, de artillería ligera, dejamos al enemigo reponerse; y después, por hambre, por fatiga y por sueño sufrimos el lamentable descalabro del Borrego.

Si hoy un ejército empeñado frente al enemigo nos pidiera cien palas, en un furgón de ferrocarril le enviáramos miles; si necesitara cien mil pesos para ponerse en marcha, un chispazo del telégrafo bastaría para enviarle un millón.

Entonces, exhaustos por la bancarrota, insolventes por falta de reservas y de crédito, agotados por una anarquía sin tregua y una lucha tenaz contra la reacción y el clericalismo despótico, tuvimos que luchar y supimos vencer con solo nuestra fé en el derecho, nuestro valor indómito y nuestro patriotismo ardiente, sin pan, sin prest, sin armas y casi sin municiones, y todavía nos sobró caballerosidad para ser modestos; para atribuir, con Zaragoza el triunfo á la torpeza del enemigo y para llamar humildes y modestos á aquellas tropas denodadas, y á aquellos caudillos intrépidos.

***

Detengámonos, señores, un momento en estos pormenores de la gloriosa jornada y meditemos en esas miserias, en esas escaceses, en esa carencia de elementos, que bien pudieron comprometer el triunfo y cambiarlo en gloriosa, pero desastrosa derrota.

Hubiera querido entonar aquí un himno; no he tenido tiempo ni para mal pergeñar una estrofa. En vez de ese himno y de esa estrofa, permitidme ofreceros algunas breves y serias reflexiones, que más que los líricos arranques de la poesía, cuadran con la índole de mi carácter.

Pudimos casi sin armamento, ni víveres, ni recursos, ni material de guerra, vencer el 5 de Mayo frente á Puebla, porque no estaba cerrada aún para siempre la era caballeresca de la humanidad. Estábamos á cuatro años de distancia de Sadowa y á nueve de Sedán. Todavía en 62 la imperfección ó la deficiencia del material de guerra, quedaban suplidas con el arrojo y con la intrepidez del soldado; todavía se podía combatir con la espada del paladín, y, aunque onorosas, las guerras no eran necesariamente ruinosas.

Los tiempos han cambiado; hoy se combate con fórmulas de ingeniero y con aparatos de industrial; se lucha á distancias inmensas, y se vence ó se es vencido sin ver casi al enemigo á quien se combate; el largo alcance, el tiro rápido, la pólvora sin humo neutralizan el valor y la audacia, hoy más que nunca el nervio de la guerra es el dinero; para hacerla, como para sufrirla, se necesitan crédito sólido, cuantiosos recursos, finanzas prósperas. Hoy, el más rico es el más fuerte; se prepara una campaña de un mes con años de paz, de trabajo, de industria, de comercio, de administración financiera, de organización militar.

Quien quiera ser respetado y temido, quien aspire á aplazar conflictos y quiera allegar elementos para conjurarlos, necesita riquezas, poderío industrial, predominio comercial, fomento de la riqueza pública, vías de comunicación y obras materiales, crédito y reservas.

La más cauta y previsora de las políticas es la del ahorro y la acumulación: la del trabajo y del progreso, la del mejoramiento económico.

Tal es la que hace un cuarto de siglo sigue el país; de ella emanan su seguridad presente y su tranquilidad para el porvenir. Y cuando volviendo la vista atrás, preñados los ojos de lágrimas y henchido de entusiasmo el pecho, el pueblo se extasía ante las glorias patrias y entona himnos triunfales á sus caudillos, sabe en sus ejemplos de heroismo retemplar sus energías para las emergencias del porvenir, y desde el seno de la paz y de la prosperidad que hoy disfruta, pero que no lo enervan, puede prometer á los manes de sus héroes imitar sus nobles ejemplos y se siente capaz, si la necesidad lo exije y la dignidad lo impone, de agregar nuevos florones á la corona de gloria de la Patria.

PRIMER REGIMIENTO DE CABALLERIA.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO DE VIAJE.

UN DOMINGO EN VARSOVIA.

El parque de los Sajones y el barrio de los judíos.

Fué un domingo de Agosto tibio, sereno, luminoso, de límpido cielo, de tranquila atmósfera, de calles concurridas, el primer día que vagué solitario, por la vieja é irregular ciudad de Varsovia. Quise hacerlo así para entregarme libremente á mis meditaciones, para ceder á mi antojo al aquilón de la curiosidad, y para recibir de lleno y sin distracciones las emociones de la sorpresa. Tomando todo género de precauciones para no extraviarme en el dédalo de sus tortuosas calles, cuidando de tomar siempre á la derecha, de contar las calles que atravesaba, así como las que recorría, de fijarme, tomándolo por señal, en algún edificio, que por su vetustez, su raro aspecto á cualquier otro motivo, lo distinguiesen de los otros, para poder á mi vuelta desandar el camino y regresar al hotel de Europa, emprendí, pues, por Varsovia mi primera excursión, sin saber por donde pasaba, ni á dónde me dirigía, sintiendo en mí las punzantes y sabrosas inquietudes del que se aboca con lo desconocido.

Me llamó la atención, por ser la primera vez que tal cosa contemplaba, una iglesia coronada por cúpulas en forma de cabeza de cebolla, curioso ejemplar de arquitectura rusa que en Moscow abunda y que en Varsovia sólo como rareza se puede ver, las cúpulas pintadas de azul daban al templo un aspecto alegre á la vez que chillón.

Impulsado por la curiosidad penetré al templo. Era iglesia rusa, como lo denotaba su arquitectura exterior. Por lo pronto quedé deslumbrado con lo grandioso de las naves cubiertas de mosaicos, los muchos y vivos dorados del altar mayor, que llenaba todo el fondo plano del templo, y entre los cuales, como obscuras manchas, se destacaban muchas *iconia* ó imágenes, de tintes sombríos y matices obscuros; eran vírgenes de líneas rígidas ó angulosas, de tonos acardenalados, coronadas de aureola monótona, y sin ninguna belleza pictórica, eran santos ó cristos hechos por el mismo estilo.

Me hallaba en pleno rito griego, los sacerdotes, *popes*, con el blanquísimo rostro cubierto de largas, rubias y muy bien cuidadas barbas, y revestidos de casullas de vistosísimos dorados, oficiaban entonando conmovedores y bien concertados cantos.

No sé cuál era el nombre de aquella iglesia, ni en qué calle estaba situada, pues hasta ese momento ignoraba voluntariamente la topografía de la capital polaca, pues tal ignorancia realzaba mis sorpresas. Mas era, como dije antes, iglesia rusa, en que se oficiaba conforme al rito griego. Dije también que estos ejemplares son raros en Vasovia, ciudad esencialmente

LA CABALLERIA VIVAQUEANDO.

LOS ALTOS FUNCIONARIOS.

católica romana, que no ama al rito griego, que sólo observan sus dominadores, los rusos.

Confieso que si el rito griego tiene para la vista la tristeza de las iglesias protestantes, por el ningún arte de sus *iconia*, en cambio, por lo vistoso de los mosaicos tomados al arte bizantino, por lo vivo de sus dorados, por el recamado traje de los popes, y lo bien ejecutado de los cánticos, tiene mucho de imponente, con no poco de teatral.

Salí del templo cerca de las doce, y continué mi solitaria excursión que me condujo de súbito á una larga calle bien alineada, una de cuyas aceras estaba formada por un muro uniforme de la altura de un primer piso, varias grandes puertas, como anchas brechas permitían traspasar aquel muro, junto á ellas había lujosos coches alineados en espera de sus dueños.

Penetré por una de aquellas puertas y gocé el más bello espectáculo que me proporcionó Varsovia, por lo hermoso de él y por lo inesperado. Me hallé en un vasto, frondoso y bien cuidado parque; en él abundaban las vistosas fuentes, las gallardas estatuas alegóricas, que representaban las artes y las ciencias, y graciosas figuritas representando dioses de la fábula; por las calzadas del parque discurrían, luciendo su airoso cuerpo, su gracioso andar y sus bellas facciones, las hermosas hijas de Varsovia.

No fué una ilusión del viajero que, trasladado á más de tres mil leguas de su patria, cree verla en donde quiera, lo que fingió á mi espíritu que me encontraba en la Alameda de México, un domingo después de las doce. No luché con esta idea oponiéndole la realidad; y la idea subsistió vivaz, porque se fundaba en semejanzas positivas. Aquel parque es en verdad más grandioso, más extenso, más adornado que nuestra Alameda, pero tiene con ella positivas semejanzas, siendo las principales que no circulan por él ginetes ni coches sino sólo gente de á pié, y el gran parecido inexplicable por otra parte, que existe entre las mexicanas y las muchachas de Varsovia. Ese parecido no lo reconocí en ninguna otra ciudad: las italianas son demasiado escultóricas, las parisienses tienen mucha desenvoltura, las alemanas son un si es no es toscas, las rusas, al menos las de Moscow, son de una blancura deslumbradora y de una seriedad glacial; nada digo de las mujeres de Nueva York, porque éstas, si bien muy bellas, no tienen sello propio, pues allí la francesa, la alemana, la italiana y la inglesa, se codean y se revuelven en aquel escenario cosmopolita.

Mas en la varsoviana reconocí el modesto á la par que agraciado continente de la mexicana, la misma pequeñez del pié, la misma cintura esbelta y airosa, la misma fisonomía afable; aun en la tez encontré semejanzas, pues las varsovianas cuando son blancas su blancura es sonrosada y no nívea, y cuando morenas presentan el matiz que entre nosotros se llama apiñonado.

A mi regreso al hotel, encantado con mi descubrimiento, lo comuniqué á mis compatriotas, invitándolos á que fuéramos á pasar la tarde á aquella Alameda de México, hallada por mí en Varsovia. El Dr. Vallejo y el Dr. Riva aceptaron mi envitación con entusiasmo, y apenas concluido nuestro almuerzo nos lanzamos en pos del hermoso parque. Mas ¡oh desilusión! creyendo yo conocer mejor la topografía de la vieja ciudad, cometí la imprudencia de guiar á mis compañeros, no por las mismas calles que había seguido en la mañana, sino por otras, y esto fué andar y andar por calles nunca vistas, como Ulises en busca de su isla, y recorrer avenidas desconocidas, y sufrir singulares espejismos, creyendo á cada momento tener á la vista el hermoso parque, y desvaneciéndose éste al llegar; así fuímos á dar nada menos que al barrio de los judíos, lleno de establecimientos mercantiles de todo género, donde los sectarios del Viejo Testamento desarrollan sus grandes aptitudes para el tráfico. ¡Ay! en vez de las varsovianas de claros y vistosos trajes, de fisonomías risueñas y movimientos agraciados, discurríamos por entre una turba de judíos mal olientes, hoscos, cejijuntos, envueltos en sus largas hopalandas negras. No pudiendo más, sin esperanza de llegar al parque ó de volver al hotel, recurrimos al único auxilio del viandante extraviado, el coche de sitio.

El hermoso parque que habíamos buscado en vano, y que más afortunados después recorrimos varias veces, se llama el Parque de los Sajones.

PORFIRIO PARRA.

MEXICO MODERNO.

CASA DEL SR. D. ROBERTO NUÑEZ.—CALLE DE ROSALES.

CASA DEL SR. SATURNINO SOUTO.—CALLE DEL SEMINARIO.

LA FAMILIA DE TOLSTOI.

M. Tchertkoff, antiguo secretario del conde Tolstoi y actualmente desterrado en Essex, dió á un reporter los siguientes curiosos pormenores sobre la vida íntima del escritor ruso:

«Recordaréis, dijo, que Tolstoi se casó antes de adoptar las opiniones que hoy profesa. Su mujer es rica y rechaza sus ideas filosóficas; figura en la sociedad de Moscow, en la que se distingue por su elegancia sosteniendo su casa en un pié de gran lujo. La acompañan y siguen sus ideas casi todos sus hijos, pues sólo dos, mujeres, se han puesto del lado del padre. Poco después de su matrimonio, cedió Tolstoi á se esposa los derechos de propiedad de algunos de sus libros, que eran y son aún, muy productivos.

Cuando cambió de opiniones el conde, *abjuró* de las ideas de casi todas sus obras y no recibe ni acepta dinero en pago de su labor literaria; al publicar sus libros pasan al dominio común y cualquiera puede reimprimirlos libremente. Después de su «conversión» aplicó el principio á sus obras anteriores; pero su mujer se negó á renunciar la propiedad de las que le cedió y contra la opinión del conde cobra los derechos que le corresponden.

La casa de Tolstoi no es un "hogar," pues el conde parece huésped en la residencia de su mujer. No obstante, la ama y olvida las ironías de su vida doméstica y las persecuciones que sufre á veces. Es y se considera feliz.

Como la propiedad ha subido en Rusia, la familia de Tolstoi percibe rentas considerables por las tierras que posee. Hace algunos años cedió el conde todas sus propiedades á su mujer y á sus hijos, y cada uno de éstos recibe más de cinco mil pesos auuales. Una de las hijas rehusó su parte, pues sigue la opinión de su padre, y como él, no quiere tener ni dinero ni propiedad personal.

El Patito Feo

QUE hermoso estaba el campo! Reinaba el verano y las rubias y doradas mieses contrastaban con la verde avena y con los prados de un verde más obscuro, cubierto de montones de heno que perfumaban el ambiente. Bandadas de cigüeñas cruzaban la campiña erguidas sobre sus rojos y prolongados zancos, cuchicheando confusamente el antiguo idioma egipcio de los Faraones: ellas son las únicas que lo conocen con pureza. Espesos bosques se extendían en torno de los campos y de las praderas, y los reflejos de la luz del sol rielaban en la superficie de un anchuroso estanque.

En medio de este espléndido paisaje, levantábase un viejo castillo rodeado de profundos fosos llenos de agua y cuyos muros desaparecían bajo un agreste tapiz de yedra y otras plantas trepadoras que enlazaban sus guirnaldas con las cañas y nenúfares de la orilla, formando una bóveda sobre el agua.

En una tronera de esas murallas había puesto su nido un pato hembra, y empollando los huevos se impacientaba por ver á los polluelos salir del cascarón, cansado de la soledad en que le dejaban sus comadres, las cuales, egoístas por demás, pasaban el día zambulléndose y chapuzando en el agua, sin acordarse de hacerle una visita.

Por fin, abrióse un huevo, se rompió el cascarón, sonó un *¡pip! ¡pip!* y se asomó una cabecita de pato. Al día siguiente un segundo pato hizo lo mismo, luego un tercero, y es de advertir que aquellos animalitos desde un principio progresaron tanto, que en breve supieron decir *rap, rap*, asomando con ávida curiosidad la cabecita por entre el follaje que envolvía el nido.

Su primera frase fué la siguiente:—«¡Qué grande es el mundo!» Y no es extraño, pues respiraban más libremente que en el estrecho recinto de su cascarón.

—¿Creéis tal vez, dijo la madre, que lo que veis es todo el universo? Oh, no: el mundo se extiende hasta el otro lado del jardín, hasta la iglesia, cuyo campanario he divisado una vez, sin pasar de allí.

—Vamos á ver, añadió levantándose del nido, ¿habéis salido todos? Oh, todavía no: veo que el huevo mas grande permanece intacto. ¿Ha de durar mucho este engorro? Francamente, ya empiezo á cansarme.

Y de buena ó de mala gana, volvió á acurrucarse cubriendo el huevo.—«¿Qué tal va?» le preguntó una ánade vieja que fué á visitarla.

—¡Ah! contestó, estoy pasando la pena negra con uno de mis huevos que no quiere abrirse. Mirad en cambio los polluelos, ¿habéis visto nunca patitos más hermosos? ¡Cómo se parecen á su padre! Y sin embargo, ese truhán ni siquiera una sola vez ha venido á verlos.

—Vamos á ver ese huevo que no quiere romper,» dijo la vieja. Y añadió después de examinarlo: «Creedme, es un huevo de pava. También yo fuí engañada una vez. Primero para empollarlos pasé horribles trabajos, y luego para llevar al agua á los recién nacidos, sin que nunca pudiese lograr que entrasen en ella. Pero volviendo al huevo, repito que es de pava y yo en vuestro lugar lo dejaría ahí, y desde luego me dedicaría á enseñar á nadar á los pequeñuelos.

—¡Bah! contestó la madre. Después de tanto tiempo, quiero cubrirlo aún algunos días, y veremos en qué para.

—Tiempo perdido, contestó la vieja, y se marchó.

Por último rompió el huevo, y al grito de *pip, pip* salió un pato muy grande, muy feo y muy mal conformado.

—¡Dios mío, qué horrible monstruo! exclamó la madre: este sí que no se parece á los otros. ¿Será realmente un pavo? Pronto lo sabré, iremos al agua, y si no entra en ella de buen grado, lo zambullo por fuerza.

A la mañana siguiente hacía un tiempo magnífico; la madre salió por primera vez con toda su familia y llegó al borde del foso. *¡Plas!* ya está en el agua. *Rap, rap*, dijo, y los pollos uno tras otro la siguieron desapareciendo bajo el líquido elemento, volviendo á aparecer en seguida y nadando con rapidez. Todos movían las patitas según las reglas, incluso el postrero, ó sea el patazo pardo procedente del huevo mayor de la pollada.

—Ese no es pavo, dijo la madre. O si no ved con que destreza se sirve de las patas y qué derecho se mantiene. ¡Es hijo mío! Después de todo, bien mirado, no es tan feo como parece á primera vista.

«*Rap, rap*... Ahora seguidme, hijos míos, venid conmigo al gran estanque y tendré el gusto de presentaros á los demás. No os separéis de mi lado y tened cuidado con el gato.»

Reinaba en el estanque un tumulto, un ruido, un zafarrancho extraordinario: dos bandadas de patos se disputaban á picotazos una cabeza de anguila, y en lo más recio de la pelea, el gato que parecía dormir acurrucado en la orilla, no hizo más que estirar la pata, llevó á tierra su presa, y la devoró.

—Ved, y aprenned hijos míos, dijo la madre: así es el mundo: el mundo está lleno de sospresas y asechanchas. Por esto es preciso que desde pequeños aprendáis á conduciros según las sabias reglas de la cordura. Ea, pues, doblad el cuello y saludad al viejo pato que anda por allá: es de raza española. Ved la cinta colorada que lleva en la pata; es una muestra de alta distinción, se la han puesto para que la cocinera no lo confunda con los demás, y por inadvertencia no lo ensarte en el asador.

—Ahora ensayaos á decir *rap, rap*, á coro y acompasadamente; no metáis los pies hacia dentro, que esto es de mal gusto; echadlos hacia fuera como yo.

Los polluelos obedecían fielmente los mandatos maternales; pero por mucho que se esmerasen en distinguirse por su actitud y por su porte, los demás patos les miraban de reojo y refunfuñaban diciendo en alta voz:

—¡Vaya..... una nueva pollada!....Como si para lo que nos dan de comer no fuésemos ya bastantes.

—¡A fé mia, que esto pasa de castaño obscuro, dijo un pato joven y ardoroso, y al ver al pollo feo añadió: ¿Habéis visto qué tipo? ¡Ah! á este sí que no podemos admitirle.

Y echándosele encima, empezó á darle picotazos en el pescuezo.

—Bribón, gritó la madre, déjale, que el pobrecito no hace daño á nadie.

—Es cierto, contestó el agresor, pero á su edad es demasiado grande, y además tan feo que deshonra nuestra casta.

En esto se había ido acercando el pato español de la cinta roja, y no pudo menos de encomiar el porte y los modales de la pollada. Pero añadió fijándose en el pato feo:

—¡Lástima que forme entre los demás que son muy lindos, esa especie de monstruo, cuyas plumas son de un color detestable!

—Verdaderamente, contestó la madre, no se distingue por su figura; pero es muy buen chico, tiene un carácter afable y nada mucho mejor qne los restantes. Creo que con el tiempo se pulirá, supuesto que su deformidad depende de haber permanecido en el huevo demasiado tiempo.

—Y por otra parte, añadió alisándole cariñosamente el plumaje con el pico, pues lo tenía erizado y descompuesto á causa de la solemne sobarbada que el pobre había recibido; es macho, y en este concepto la hermosura es lo de menos.

—Si vos os conformáis, enhorabuena, repuso el pato español. De todos modos los demás son muy gallardos. Bienvenidos sean todos. Unicamente debo advertirles, que si encuentran alguna golosina, como por ejemplo una cabeza de anguila, no se olviden de traérmela. Al fin y al cabo yo soy el jefe del estanque y quiero que se me respete.

La nueva pollada fué muy bien acogida por la banda, excepto empero el patito feo que se vió perseguido, matraqueado y mordido sin cesar. Las pollas se reían de él y lo encontraban ridículo. Había en el corral un pavo que solía pasearse ahuecándose como si fuera dueño de todo el universo, y al ver al pobre patito se hinchó como la vela de un buque impelido por el viento y cerró furioso contra el pobre animal. El pato, acosado de cerca, se arrojó al estanque, con lo que el pavo tuvo que quedarse en la orilla y empezó á echar terribles *glu, glu*, volviéndose rojo de ira. . .

El pato no gozaba de un instante de reposo; no sólo le zarandeaban continuamente durante el día sino que hasta de noche el recuerdo de tantas picardías no le dejaba cerrar los ojos. Sus penas iban en aumento de día en día, pues hasta sus hermanos de la pollada se mofaban de él, diciendo: «¡Que no te atrape el gato, horrible criatura que nos avergüenzas!» Y la misma madre que en un principio le defendía, acabó por decir: «¡Mala muerte hayas!»

Todos le llenaban de picotazos y le insultaban á porfía, inclusa la mujer encargada de repartirles la pitanza, la cual solía rechazarlo con el pié cada vez que el desgraciado animal se le acercaba deseoso de pillar un mísero resto de cocina.

Por fin no pudo aguantar más y tomó vuelo por encima del seto, pasó jardines y campos: los pajarillos que estaban en los brezos huían espantados al oír el extraño rumor de sus alas, todavía torpes é inexpertas.

—Se espantan porque soy feo decía el infeliz, cerrando los ojos para no ver el desastroso efecto que su aparición producía por doquiera. Y volando y alejándose cada vez más de los lugares de su nacimiento, llegó al gran pantano en que habitaban los ánades silvestres. Hizo alto en aquel sitio, pasando la noche entre los juncos, por todo extremo triste y cansado.

El día siguiente, al amanecer, acudieron ánades silvestres de todos lados, contemplando con curiosidad al recién llegado.

—¿De dónde vienes? le preguntaron. ¿A qué casta perteneces? Y el pato hacía saludos á todo el mundo con aquel embarazo propio de un sér que se avergüenza de su mala figura.

—Puedes envanecerte de ser horriblemente feo, añadieron los ánades silvestres; pero no im porta, mientras no se te mete en la cabeza la idea de casarte con alguna de nuestras hijas.

¡Cómo había de pensar en casarse el pobrecito, que no quería más que un poco de tolerancia, para buscarse el sustento en el lodo y dormir tranquilo entre las cañas!

Así permaneció algunos días, hasta que de repente se le presentaron dos ansarones silvestres, procedentes de lejanas tierras, de los países del Norte, pues eran jóvenes y la juventud es animosa y no ceja nunca ante los peligros.

—Hola, compañero, le dijeron: tienes una figura tan grotesca y divertida, que de buen grado te admitiríamos en nuestra compañía, y serías, como nosotros, ave de paso. Ea, decídete. En el pantano más próximo hay algunos gansos silvestres muy agradables, entre ellos varias hembras que como no han visto mundo, no se preocupan mucho en materia de hermosura; vente con nosotros, y tal vez á pesar de tu fealdad, encontrarás novia.

De repente se oyó *pif paf*, y los dos ansarones cayeron muertos en el agua. *Pif paf* se oyó nuevamente y grandes bandadas de aves acuáticas se elevaron desde los cañaverales huyendo en todas direcciones. Era una gran cacería; resonaba el estrépito de los disparos, y mientras los cazadores llegaban á la orilla de la laguna y algunos se encaramaban á las ramas de los sauces y álamos que se proyectaban sobre el agua, el humo azulado de la pólvora se cernía en el espacio, y los perros corrían por todos lados y *flas, flas*, se arrojaban al agua, tronchando y doblando juncos y cañas, acercándose al escondite del desventurado pato. ¡Qué terribles angustias pasó en aquellos breves momentos! Pero al ir á encoger la cabeza y ocultarla bajo el ala para perder de vista aquel cuadro de horrores, vió á su lado un enorme perro, con los ojos centellantes, la boca abierta, la lengua fuera y las quijadas armadas de formidables colmillos. Examinó al pato, le husmeó, rechinó los dientes, y *flas, flas*, volvió la espalda, yéndose, sin tocarle, en busca de una presa menos indigna.

—Loado sea Dios, dijo el pato, recobrando la serenidad: me ha encontrado demasiado feo y le he producido repugnancia. Es la primera vez que la fealdad me sirve de algo.

Y se enmarañó en lo más espeso de los juncales, en tanto que el plomo hendía el aire silbando y que las detonaciones se sucedían sin descanso. La broma duró todo el día: pero por fin los cazadores tocaron retirada, y aún el pobre pato permaneció algunas horas sin moverse, hasta que después de tomar mil precauciones salió del agua, y á toda prisa atravesó campos y prados, afrontando una deshecha tormenta que no le permitía avanzar con la precipitación que hubiera deseado, sin que por eso buscase abrigo ni suspendiese su marcha, deseoso de alejarse cuanto antes del maldito pantano.

Al anochecer llegó á una pequeña y miserable choza campestre, tan vieja y arruinada, que no sabiendo por qué lado caerse se mantenía en pié. El viento soplaba con tal fuerza al rededor del fugitivo, que para no caer derribado le fué preciso resguardarse al abrigo de la choza. Notó que á la puerta le faltaban los goznes, y viendo una abertura, se coló dentro de la habitación. Vivía en aquella choza una vieja con su gato y una gallina. El gato á quien llamaba *hijo mío*, sabía arquear el lomo y hacer *ron, ron*, como también se daba buenas trazas en enfurruñarse y echar chispas siempre que en la obscuridad le acariciaban á contrapelo. En cuanto á la gallina tenía muy cortas las piernas: pero ponía huevos excelentes y la buena mujer la quería como á una hija.

Hasta el amanecer no notaron la presencia del intruso, y el gato enpezó á gruñir y la gallina á cacarear.

—¿Qué tenemos? preguntó la vieja mirando á su alrededor. Y al ver al fugitivo acurrucado en un rincón, lo tomó por hembra, y exclamó:—¡Qué suerte! Voy á tener huevos de pato, y los haré empollar.

Con esta idea prodigó finas atenciones al recién llegado, le alimentó bien, y fueron aquellos los primeros momentos felices de su vida. Pero después de tres semanas, cuando notó la mujer que los huevos no venían, volvieron á empezar las tribulaciones para el pobre pato.

La gallina era la señora de la casa ó poco menos, y al hablar, decía siempre *nosotros y los otros*, entendiéndose por nosotros ella, la vieja y el gato, y por los otros el resto del universo que en su concepto estaba muy por debajo de los tres. El pato se permitió manifestar su opinión contraria, y encolerizada la gallina, le preguntó:

—¿Sabes poner huevos?

—Nó.

—Entonces punto en boca, que al fin y al cabo no eres nadie en este mundo.

Y el gato le preguntó á su vez:

—¿Sabes arquear el lomo, hacer *ron, ron* y echar chispas?

—No.

—Entonces ¿con qué derecho quieres tener opinión propia? Conténtate con escuchar á las gentes razonables y no chistes.

Y el pobre patito no tuvo más remedio que callarse, acurrucándose tristemente en un rincón. Volvía á ser desgraciado.

Pero un aire fresco y la luz del sol penetraron en la habitación y sintiendo irresistibles deseos de nadar, lo consultó con la gallina.

—Efecto de la ociosidad, dijo ésta con desdén: naturalmente, como nada tienes que hacer te asaltan esas ideas estrafalarias. Ya verás, pon huevos ó haz *ron, ron*, y te pasarán.

—Es sin embargo tan agradable tirarse al agua, sumergir en ella la cabeza y zambullirse hasta el fondo!

—Yo creo, repuso la gallina, que has perdido el juicio. Anda, pregunta al gato, que es el ser más razonable que conozco, si á él le gusta eso de meterse en el agua. Y no he de decirte lo que yo opino sobre este particular. Pregúntalo además á nuestra ama; nadie tiene más experiencia, pregúntale y te dirá si le vendría bien eso de chapuzar en el agua todo el día.

—Veo que no me comprendéis, se atrevió á balbucear el pato.

—¿Que no te comprendo? Pues qué, ¿te has figurado ser más sabio que el gato y nuestra ama? Y cuenta, que no quiero hablar de mí. Vaya, muchacho, repórtate y no seas vanidoso; si no procuras aplacar tu orgullo, Dios te abandonará. Recuerda que Dios te ha traído á una casa bien abrigada, y que gozas de una compañía de la cual podrías sacar gran partido para instruirte un poco. Yo, por mi parte, me ofrezco á pulir tu inteligencia, pues te quiero bien, y si te canto verdades algún tanto amargas, es porque en eso precisamente se conocen los buenos amigos. En el mundo no cabe hacer más que dos cosas de provecho: poner huevos ó hacer *ron, ron*. Procura aprender cualquiera de las dos.

—Creo que lo mejor será que me vaya á dar una vuelta por el mundo, para despabilarme un poco.

—En efecto, un viaje no te sentará mal, pues veo que eres muy palurdo.

—Y el patito se fué, llegando á un pantano solitario, por donde se dió á nadar á su sabor, yendo y volviendo, zambulléndose y remojándose y procurando olvidar en estos ejercicios las impertinencias de la gallina.

Vino el Otoño: las hojas de los árboles se pusieron amarillas, se secaron y el viento se las llevó formando con ellas remolinos en el aire. Llegó el invierno; espesas nubes preñadas de nieve tapaban el sol, y bandadas de cuervos acosados por el frío graznaban cruzando el espacio. Así, con un tiempo tan malo, pasó el pato enormes tribulaciones.

Una tarde tuvo, no obstante, un momento de felicidad. Había hecho un día magnífico: el sol tocaba á su ocaso envuelto entre soberbios arreboles de un color rojo incandescente. De súbito pasó una bandada de aves grandes y soberbias: eran de una blancura deslumbradora, tenían el cuello largo y flexible y lo doblaban graciosamente. Eran cisnes. Exhalaron un grito especial, desplegaron sus anchas alas y tomaron vuelo hacia los países cálidos del Mediodía. Iban remontando el espacio, subiendo siempre, y el patito feo experimentaba al verlos una sensación desconocida. Se revolvió en el agua, extendió el cuello hacia los viajeros y arrojó un grito tan singular, tan penetrante, que se dió miedo á sí mismo.

¡Oh! ¡Cómo quería á aquellas hermosas aves, sin conocerlas, ni saber siquiera á donde se dirigían! Cuando las perdió de vista, poseído de una extraña agitación, se sumergió hasta el fondo del agua, y si bien reapareció de nuevo á la superficie, notó que nunca había estado tan conmovido como en aquellos momentos. ¡Cómo las admiraba! Y sin embargo no sentía el menor asomo de envidia. El pobrecito que se habría dado por dichoso si los patos hubiesen querido tolerarle en su compañía, teníase por la más repugnante de las criaturas.

Y el invierno era cada vez más crudo. iban helándose los estanques y el pato nadaba sin cesar y agitaba sus remos de día y de noche, para evitar que el hielo se cuajase á su alrededor; pero á pesar de su incesante trabajo, el círculo en que se agitaba iba cerrándose cada vez más, hasta que por fin una noche, rendido de fatiga, se entorpecieron sus miembros y se quedó pegado en el hielo.

A la mañana siguiente pasaba un campesino por la orilla, vióle en aquel estado, rompió el hielo golpeándolo con los zuecos, y se llevó el pato á su casa entregándolo á su mujer. El calor le volvió á la vida. Los niños quisieron jugar con él; pero receloso al recuerdo de las injurias de que había sido objeto, se figuró que iban á maltratarle, y huyendo despavorido, cayó en un caldero de leche, derribándolo. La mujer enfurecida, cogió las tenazas y el pato corriendo de un lado á otro se metió en un barril de harina levantando nubes de polvo, con lo que se prolongó la escena largo rato. La mujer y los niños riendo y gritando le acosaban por todos lados, hasta que una ráfaga de viento abrió la puerta y el pobre animal pudo escabullirse y ocultarse en unos haces de ramaje.

Sería muy triste contar todas las miserias y trabajos que tuvo que soportar durante aquel crudo invierno. Pero reapareció el sol, cantó la alondra y brilló la primavera tan hermosa, cuanto el invierno había sido horrible.

En tanto el pato había crecido mucho: sus alas eran robustas, y sin darse cuenta, un día se elevó en los aires, alcanzando una altura que nunca había imaginado. Después de surcar el espacio á su sabor, bajó á tierra y se encontró en medio de un hermoso parque, lleno de saucos y oxiantos floridos. Por entre flores y arbustos serpenteaba un límpido arroyo que iba á desembocar en un grandioso estanque rodeado de césped. ¡Qué bello era aquel sitio, con sus umbrías frescas y regaladas! De pronto el pato vió tres hermosos cisnes meciéndose en el lago. ¡Qué soberbias aves! ¡Y con qué rapidez surcaban el agua, en tanto que el céfiro hinchaba sus alas desplegadas, como las velas de un buque!

Al verles, el pato se sintió dominado por dulce melancolía, y se dijo:

—No hay más, quiero ir con ellos, con esas aves regias, quiero admirarles de cerca, sé que me matarán y razón les sobra: feo como soy, no tengo derecho á acercarme. Pero me es igual: prefiero morir á sus golpes, que verme maltratado por los patos mis hermanos, menospreciado por las gallinas, rechazado por todo el mundo.

Y echando pecho al agua púsose á nadar corriendo al encuentro de los cisnes, y éstos por su parte, en cuanto le vieron, se precipitaron hacia él batiendo las alas.

—Ya sé que vais á matrame, dijo el pobre animal, é inclinó la cabeza hacia la superficie del agua, esperando la muerte. ¿Pero qué vió en el espejo que formaba el agua transparente? Su propia imagen, que ya no era como antes la de un ave mal conformada, de un color sucio, fea y repugnante, sino la de un precioso cisne. ¿Qué importa haber sido empollado por un pato, habiendo salido de un huevo de cisne? Al fin y al cabo la raza prevalece siempre y un día ú otro se revela.

Lejos de sentir el joven cisne sus antiguas penas y desventuras, por el contrario, contribuyeron éstas á hacerle más sabrosa la felicidad que le había cabido, sobre todo al ver á los cisnes que le rodeaban con solícito interés y le acariciaban blandamente con sus picos.

Algunos niños se acercaron al estanque á echar pan y verdura á los cisnes, y el más pequeño gritó:

—Hay otro nuevo.

—Sí, sí es, verdad, exclamaron los demás, saltando y dando palmadas de contento. Después corrieron á llevar la noticia á sus padres y volvieron al estanque trayendo pasteles y otras golosinas para obsequiar al recién llegado. ¡Qué guapo es! ¡qué gallardo! ¡qué gracioso! ¡es el más bonito!

El cisne se sentía confuso y avergonzado, y en vez de pavonearse lleno de soberbia como tantos que se elevan desde la nada, ocultó la cabeza bajo el ala, pensando en las crueles é inicuas persecuciones que había tenido que sufrir antes de oirse llamar la más hermosa de aquellas magníficas aves. ¡Oh! ¡Y pensar que iba á reinar con ellas en aquel encantador estanque rodeado de delicosos bosquecillos! Irguió su cuello gracioso y flexible, levantó sus alas, por entre las cuales zumbó la brisa y se deslizó con elegante abandono por la superficie de las aguas, exclamando interiormente, lleno de alegría:

—¡Cómo podía imaginar tanta felicidad, ni aun en sueños, en aquellos tiempos en que no era más que el pobre patito feo!—Andersen.

LA MALDICION DE JOB.

(PARA "EL MUNDO ILUSTRADO.")

Tarde tempestuosa. Las nubes negras y aglomeradas cruzan pausadamente el espacio.... El viento gime arrastrando las hojas secas. Los relámpagos brillan sin interrupción.

Job, sentado en un estercolero, apoya su cabeza en una mano y permanece inmóvil, hundido en meditación profunda. Se ve en el horizonte aparecer una nube más sombría. Se aproxima con rapidez á la tierra: estalla un rayo; la nube se rompe y de su seno sale Satanás que se mantiene á alguna distancia de Job, mudo y fijos en él los ojos.

JOB

¿Quién eres tú que así, triste y sombrío
mudo me ves? Tu rostro me es extraño:
no detengas tu planta al lado mío,
hay junto á mí pavor, y luto, y frío;
sigue adelante, vé.

SATANAS.

No temo el daño.

JOB.

¿Tú no temes el daño? ¿Acaso moras
en cómoda mansión? ¿A los excesos
te entregas del placer? ¡Varón, ignoras
qué eternas y sombrías son las horas
para el que sufre, como yo he sufrido,
¡y he de sufrir aún! dolores de esos
que el espíritu agobian. No has sentido
el barro de tu cuerpo, corrompido,
desprenderse á pedazos de tus huesos!

(*Breve pausa. Satanás sonríe irónicamente y avanza hacia Job.*)

Tú no has visto tal vez, tu humano orgullo
abatirse y caer, como la espiga
que guarda el grano de oro en el capullo,
que se mece gentil, que á otras se liga,
que eterno juzga el cariñoso arrullo
del manso viento que al besarla canta,
y cuando más se yergue y más se eleva
trocar se mira donosura tanta
en vil despojo que el turbión se lleva!....
¡Sigue, señor, tu ruta; yo no puedo
lavar tus plantas y ofrecerte abrigo!
todos huyen de mí; sólo asco y miedo
infunde mi desgracia....!

SATANAS.

Soy tu amigo.

JOB.

¡Mi amigo tú!

SATANAS.

De todo el que suspira.

JOB.

¿Y tu nombre cuál es?

SATANAS.

Llámame hermano.

JOB.

(*Contemplándolo atentamente.*)
Mucho de triste en tí también se mira,
¿es que Dios te ha dejado de su mano?

SATANAS.

¿Qué te importa, si vengo á consolarte?

JOB.

Es siniestra tu voz, aunque es sentida:
me parece que escucho al escucharte
la queja de la rama que se parte
y al suelo viene, por el rayo herida.
Tú sufres ¿es verdad? Es tu hermosura
sombría como noche sin estrellas
y hay no sé qué misterio y qué pavura
en torno de tu sér. ¿También la altura
lanzó su maldición tras de tus huellas?

No me digas que no: mal en tus ojos
el llanto amargo del dolor se estanca
y es tu acento negando tus enojos
queja que horrible malestar arranca....
¿De dónde vienes?—Dílo.

SATANAS.

Yo la tierra
recorro sin cesar. De lejos vengo.
Donde hay desolación ó peste ó guerra,
donde la dulce paz sus puertas cierra,
allí busco el descanso y me detengo.

JOB.

¿Pero quién eres tú?

SATANAS.

Soy el que pudo
hacer del hombre la ventura un día;
soy el que ha sucumbido al golpe rudo
de la más execrable tiranía.
Soy víctima de aquél que sus rencores
ha ocultado traidor tras la careta
hipócrita del bien, y á mil dolores
tiene á la triste humanidad sujeta!

JOB.

¡Espíritu maldito!

SATANAS.

¡Calla necio!
¿Maldito yo que consolarte ansío?

JOB.

¡Aléjate de mí!

SATANAS.

¡De un siervo mío
jamás pagué el amor con el desprecio!
Jamás, mortal, entiéndelo, mi mano
te abandonara en manos del destino
si fuera yo tu Dios; pero el tirano,
el que infundió en tu ser ese mezquino
soplo de vida; el que permite ahora
que te encarnezca y burle el orbe entero
¿con qué premia tu amor?... ¡Imbécil! ¡llora!
¡llora sobre tu inmundo estercolero!

(*Pausa. Después prosigue con voz conmovida.*)

Ayer, todo era encanto, todo calma;
en venturoso hogar, vejez tranquila;
y para ver al mundo, en paz el alma
se asomaba risueña á tu pupila.
Pastaban en las vegas tus rebaños;
rebosaban semillas tus graneros,
y unos tras otros, rápidos los años
pasaron á tu lado placenteros.
Nunca negaste el bien; jamás hiciste
puerta en tu casa con umbral estrecho,
y halló siempre el viajero, errante y triste,
pan en tu mesa y en tu alcoba lecho.

JOB.

(*Sollozando.*)
No te quiero escuchar, Vete; ¡me llenas
de desesperación en mi agonía!
Mal haces ¡ay! en aumentar mis penas
recordándome el tiempo en que serenas
fueron las horas de la vida mía!
Déjame en esta noche de dolores
soñar con el arcángel del olvido;
¡á qué hablarle de pájaros y flores
al viejo tronco, por el rayo hendido!

SATANAS.

(*Avanzando un paso é inclinándose hacia Job.*)
Siempre, cuando en Levante el sol lucía,
ó cuando estaba en el Ocaso oculto,
al Dios que tu existencia bendecía
rendiste humilde, reverente culto.
¿Por qué el Señor, de tí, quitó los ojos,
que tuvo tantos años en tí fijos?
¿Por qué trocó tus rosas en abrojos
y arrojó ante tu paso los despojos
inertes y sangrientos de tus hijos?
¿Es esa de tu Dios la bondad suma,
y ese el amor que en bendecir te empeñas?...
....
¡Más que sus dones, Job, dura la espuma
que deja el mar sobre las toscas peñas!

JOB.

¡Yo espero en el Señor!

SATANAS.

(*Con ironía.*)
¿También ahora?
¿No es acaso el Señor quien te ha abatido?

JOB.

Sé que tiende su mano bienhechora
al justo que cayó y al oprimido.

SATANAS.

¡Obcecado serás mientras alientes!
Él te da el mal, yo el bien. ¿Vienes?

JOB.

¡No puedo!
¡Adoro á Dios y lo bendigo!

SATANAS.

¡Mientes!
¡Es esa adoración flaqueza y miedo!
Te entregas maniatado á tu verdugo
porque altanero y sin piedad te hiere:
no eres tú el solo ser que innoble yugo
al dulce y blando bienestar prefiere.
No eres tú nada más quien hace alarde
de una piedad fingida y embustera;
no eres tú nada más, ruín y cobarde:
¡Es como tú la humanidad entera!

(*Retumba en las alturas un trueno y Job se postra hundiendo la frente en el estiércol. Satanás, erguido y con los brazos cruzados, prosigue, después de lanzar una carcajada.*)

¡Coloca, Job, coloca en la balanza
tus malas obras y tus obras buenas,
y díme si á tu espíritu no alcanza
que hay más seres que entonan tu alabanza,
que rayos tiene el sol y el mar arenas!
En vano fuiste justo y fuiste bueno,
que después de hacer bien y vivir tanto;
cuando te hallabas de confianza lleno,
comiste pan y saboreaste cieno,
bebiste vino y lo amargó tu llanto!
¿Qué hay en torno de tí? ¡Sólo tristeza!
¿dónde están tu mujer y tus amigos?
¡Los testigos ayer de tu grandeza
no serán hoy de tu dolor testigos!

(*Job lanza un gemido.*)

¡Varón, ese gemido es vana queja!
¿quién te ha de consolar si á nadie halagas?
¡demasiado hará el hombre si te deja
al pasar por aquí, la inmunda teja
con que rascas la podre de tus llagas!

Job.

¿Por qué prosigues? Tedio de la vida
doblega mi alma, y en su angustia horrible,
de cada úlcera abierta y corrompida
hace un oído en que entra fementida
llena de hiel, tu frase aborrecible.

Satanas.

Te engañas á tí mismo. Si me escuchas
ávidamente es, Job, que á tu despecho
mi frase, no de hiel, de verdad llena,
penetrando en el fondo de tu pecho,
como el rayo al caer, alumbra y truena.

Job.

¡Déjame!

Satanas.

¡Bien! Vendrán, cuando me vaya,
á verte algunos, nunca á consolarte;
si les hiciste un bien, que no te asombre,
que así como el terral borra la raya
que hace el necio en la arena de la playa,
borra el recuerdo en su memoria el hombre.
Tú los verás callados y sombríos
sentarse junto á tí y el ojo alerta,
fingiendo compasión, observar fríos
á los gusanos que abrirán impíos
lívidos surcos en tu carne muerta!
Y si llegan á hablarte, si sus labios
abren paso á su voz, ronca y adusta,
será nomás para inferirte agravios,
quizás juzgando tu miseria justa.
¡Así es la humanidad! Para el vencido
no hay piedad, ni consuelo, ni ternura.
¡Suenan mal los lamentos al oído
del que ignora lo que es la desventura!
Y entonces, bajo el peso formidable
de una invencible angustia, á tu infinito
dolor, cediendo al fin, en tu ansia loca
saldrá vibrando pavoroso grito
del antro negro de tu abierta boca!
¡Maldecirás á Dios!

Job.

¡Nunca!

Satanas.

En tí miro
fundirse á toda la caterva humana,
que la misma serpiente de la duda
que hoy á tu pobre corazón se anuda
en todo pecho anidará mañana!

Job.

Yo no dudo, yo creo, mis pupilas
con la luz del señor ansioso lleno.

Satanas.

Mientes, Job, tú no crees, dudas, vacilas
y estás pensando que tu Dios no es bueno!
¿Por qué te hiere así? ¡Cobarde! niegas
lo que leyendo estoy en tú mirada;
¡oh, Job! contigo mismo en vano bregas;
¡rebélate una vez! ¿Por qué así entregas
desnudo el cuello á tan injusta espada?

Job.

¡Déjame en paz morir! ¡Déjame, digo!

Satanas.

Siempre cobarde y vil.

Job.

¡Vete!

Satanas.

Me alejo....
¡Pronto me invocarás!

Job.

¡Yo te maldigo,
espíritu del mal!

Satanas.

Imbécil viejo!

Sopla huracananado el viento, y en tanto que Job se cubre el rostro con las manos, Satanás lentamente, muy lentamente, se eleva y se desvanece como un vapor en los aires.

Cae la noche. Entre las sombras se ven brillar fosforescentes dos pupilas que clavan siempre su pupila en Job.

Eliphas, Baldad y Sophar aparecen á lo lejos, avanzan hacia el estercolero, y mudos se sientan junto al leproso.

Y pasan siete días y siete noches y no dirigen una palabra á Job.

Job los observa silencioso y crece su angustia y no escucha una voz que le consuele y anime, y piensa en Satanás.

Después de esto abrió Job su boca y maldijo su día y habló;

¡Perezca el día en que nací, perezca!
Que ya nunca su sol al mundo alumbre;
y quiera Dios que oculta permanezca
en densa obscuridad su clara lumbre.
Que sea envuelto en mares de amargura
como hoy envuelta está la vida mía,
que el cielo, horror, tinieblas y pavura
arroje sobre tí, maldito día.
Y maldita tambien, maldita sea
la noche que en un vientre concebido
fuí por mi mal; que siempre la posea
y la atreune el turbión con su rugido.
Que su fría tiniebla entenebrezca,
al astro que en su cielo reverbere,
que en su levante el alba no aparezca;
que ansíe ver su luz y en vano espere.
Que en ella, peste y malestar profundo
bramando deje cuando pase el austro,
ya que cerrar no quiso cuando al mundo
vine, las puertas del materno claustro.
¡Miserable de mí! que mis mejillas
dos raudales de hiel surquen deshechos;
¿Por qué fuí recibido en las rodillas?
¿Por qué me dieron de mamar los pechos?
¿Me han dejado vivir para que encuentre
en mi vejez dolores y miseria?
¿Por qué no hicieron del materno vientre
eterna tumba á mi infeliz materia?
¡Maldito, sí, maldito....

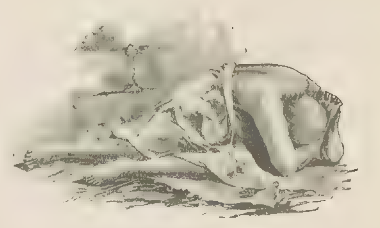
(Se oye en los aires, confundida con el aullido del viento, una carcajada,)

¡Qué! ¿quién rié?
¡Eres tú, Satanás! Pavor y frío
me causa tu reír. ¿No hay quien me guíe
en esta senda de dolor?

Satanas.

(Invisible.)

¡Ingrato!



Job.

Tú no, jamás, jamás angel sombrío!
(Postrándose.)
¡Señor, Señor, tu voluntad acato!
¡ten compasión de mí! ¡Piedad, Dios mío!

Jose Peon del Valle.

Marzo le había traído á Biasco el mal de amor. Hacía dos ó tres noches que no dormía; sentía en todo el cuerpo hormigueos, ardores, picaduras, como si de un momento á otro fueran á brotar de su piel, botones, retoños y ramilletes de rosas silvestres. Hasta el fondo de su desván entraba, quién sabe por dónde, un olor nuevo, un olor fresco y acre de savias en trabajo, de zarzales verdes y de almendros en flor.

¡Por Santa Bárbara protectora! la última vez que había visto á Zolfina, estaba apoyada en un almendro, contemplando las olas de una barca en alta mar; sobre su cabeza cuchicheaba al sol una gran alegría de blancura embalsamada; á su derredor se extendía la floración azul de una ola de lino, en sus ojos había dos hermosas pervincas abiertas, y sin duda había también flores en su corazón.

Sobre su camastro, Biasco, enloquecido, pensaba en toda aquella luz, en todo aquel desbordamiento de vida primaveral. Y allá abajo, la lejana línea del Adriático se iluminaba ya con las primeras miradas tímidas del alba, cuando se levantó y trepó por la escalera de madera hasta los nidos de golondrinas, en la cúpula del campanario.

En el aire flotaban voces confusas y extrañas, como jadeos fugitivos, como respiraciones de hojas, como susurros de ramas verdes, como rumor de alas. Las casas como acurrucadas dormían aún. La llanura todavía estaba soñolienta, bajo su cortinaje de neblinas leves; aquí y allá, en este inmenso lago estancado, se balanceaban los árboles con la brisa; en el fondo, las colinas violadas se escalonaban en tonos muy suaves, fundidas en el horizonte plomizo. Enfrente estaba el mar, espejeante como una lámina de acero, con no sé qué velo obscuro en la penumbra, y luego, sobre el

conjunto, la fresca y diáfana serenidad del firmamento, donde palidecían una á una las estrellas.

Las tres campanas inmóviles, con sus huecos vientres de bronce adornado de arabescos, esperaban que el brazo de Biasco lanzase sus triunfales vibraciones, en el ámbito de la mañana.

Y Biasco tomó las cuerdas. Al primer impulso, la campana más grande, la Loba, sintió un profundo estremecimiento; su ancha boca se dilató, estrechóse, y se dilató de nuevo; una gran ola de sonidos metálicos, seguida de una especie de mugido prolongado se estrelló sobre todos los techos y se propagó con el viento, por toda la llanura y por toda la ribera. Y las vibraciones se precipitaban, se precipitaban; el bronce se animaba, como un monstruo loco de cólera ó de amor; oscilaba espantosamente á izquierda y derecha, mostrando su boca á los dos vanos, lanzando dos notas amplias y profundas ligadas por un gruñido incesante, quebrando el ritmo, acelerando el movimiento hasta fundirse en una convulsión de armonía cristalina, derramándose con solemnidad en el espacio. Abajo las olas de los sonidos y las olas crecientes de la luz ahuyentaban el sueño de los campos. Las brumas se elevaban como humaredas, se doraban y se disolvían suavemente en la claridad matinal; las colinas tomaban un color de cobre. Y repentinamente surgía otro timbre sonoro: el repique de la Estriga; agrio, ronco, cascado, como un ladrido rabioso al aullido de una fiera. Y luego, seguía el martilleo rápido de la Cantadora, un martilleo alegre, límpido, ágil, obstinado, como un aguacero de granizo sobre una cúpula de cristal. Y seguían surgiendo los ecos lejanos de los otros campanarios que despertaban: allá lejos, el campanario de San Roque, rojizo, acurrucado entre las encinas; el de Santa Teresa, como un enorme pan de azúcar agujereado; el de San Francisco; el campanario del convento... diez, quince bocas metálicas que derramaban por los campos las variaciones sanas y alegres del himno dominical, en un triunfo de luz.

Biasco se enloquecía con este estruendo. Había que ver al muchacho flacucho y nervioso, con su gran cicatriz rojiza en la frente, agitar los brazos jadeando, agarrarse á las cuerdas como un mono, hacerse levantar por la fuerza irresistible de su querida Loba, y trepar hasta la Cantadora, dando los últimos toques entre las convulsiones de los otros dos monstruos domados.

Allá arriba era rey. Las tupidas hiedras escalaban el tupido muro descascarado en un arranque de juventud; se enredaban á las vigas del techo como á un tronco vivo; revestían los ladrillos bermejos de una tapicería de hojas coriáceas, relucientes como laminillas esmaltadas; escurrían de los anchos aleros como una pululación de menudos reptiles; asaltaban el techo alegrado por los nidos, nidos viejos y recientes, llenos con los gorgeos de las golondrinas en celo. Se tenía por loco al pobre Biasco, pero allá arriba era rey y poeta. Cuando el cielo sereno se acombaba sobre el campo florecido, cuando el Adriático se cubría de vivos reflejos y velos anaranjados, cuando el trabajo hormigueaba en las calles, permanecía él en la cima de su campanario como un halcón salvaje, sin hacer nada, con el oído aplicado al flanco de la Loba, la fiera terrible y soberbia que una tarde le había hendido la frente, y de tiempo en tiempo la golpeaba con los nudillos de la mano para escuchar sus largas y deliciosas vibraciones. Cerca de él la Cantadora relucía como una joya, con su falda de arabescos y de signos, con la imagen de San Antonio en relieve; y más lejos, la Estriga mostraba sus labios carcomidos y su viejo vientre surcado á todo lo largo por una rajadura.

¡Cuántos sueños bajo aquellas tres campanas! ¡qué revolar de ilusiones extrañas! ¡qué arranques líricos de pasión y de deseos! Y, ¡cuán bella y gentil era la imagen de Zolfina emergiendo de este mar de ondas sonoras en los inflamados mediodías ó desvaneciéndose en los crepúsculos, cuando la Loba tomaba su aire de cansada melancolía, y amortiguaba su repique hasta morir de languidez!

En una siesta de Abril se encontraron en el prado, tras los nogales de la Monna, bajo un cielo de ópalo en el Zenit, con manchas violadas en el poniente. Zolfina cantaba á media voz segando yerba para la vaca preñada. El perfume de la primavera la embriagaba, causándole vértigos, como el vapor del vino dulce en Octubre. Cuando se inclinaba, su zagalejo le rozaba ligeramente la carne desnuda como una caricia, y el placer la hacía entrecerrar los ojos.

Biasco se acercaba contoneándose, con la gorra levantada y un ramillete de claveles en la oreja. No era Biasco un feo mozo; tenía los ojos grandes, negros, empapados de una tristeza salvaje, de una especie de nostalgia, ojos que recordaban los de las fieras cautivas; y además, tenía en la voz un encanto, algo de profundo que no parecía humano; no conocía ni modulaciones, ni flexibilidades, ni morbideces: allá arriba en compañía de sus campanas, al aire libre, en plena luz, en la gran soledad, había aprendido un lenguaje lleno de sonoridades, de notas metálicas, de asperezas imprevistas, de profundidades guturales.

—¿Qué haces, Zolfina?

—Junto heno para la vaca del padre Miguel, respondió la rubia muchacha que con el seno palpitante seguía inclinada amontonando yerba.

—¡Qué aroma! ¿lo percibes Zolfina? Yo estaba en la cúpula del campanario, mirando las barcas que empuja en el mar el viento griego, y tu pasabas abajo, cantando, cantando "Flor de yerbecilla"

Se detuvo, porque sintió súbitamente anudársele la garganta. Y ambos guardaron silencio, escuchando el rumor grave de los nogales y el murmullo de la mar lejana.

Biasco, palideciendo, había acabado por inclinarse también sobre la yerba, y entre aquella voluptuosa frescura vegetal, sus manos ávidas buscaban las manos de Zolfina, enrojecida como una brasa.

—¿Quieres que te ayude? le dijo bruscamente.

Dos grandes y hermosas lagartijas enamoradas atravesaron el prado como dos flechas y desaparecieron entre las breñas del seto.

Biesco la asió del puño.

—Déjame, murmuró la pobre moza con voz desfallecida. Déjame, Biasco.

Después se oprimió contra él, se dejó besar, le devolvió sus besos, y decía: —!No, no! tendiéndole sus labios, dos labios rojos y jugosos como bayas de cerezo.

El amor crecía con el heno, y el heno subía, subía como una ola, y en medio de esta marea verde, Zolfina, erguida, con una mascada roja anudada en las sienes, tenía el aspecto de una espléndida amapola lujuriosa. Qué alegría de ritornellos en las bajas hileras de los manzanos y de los morales blancos, á lo largo de los breñales cargados de nísperos y de madreselvas, en los campos amarillos de coles en flor, mientras allá á lo lejos, la Cantadora ensayaba variaciones tan alegres que se la hubiera tomado por un pájaro enamorada.

Pero una mañana que Biasco esperaba en la fuente con un hermoso ramillete de alelíes frescamente cortados, no vino Zolfina. Estaba en cama, enferma de viruela negra.

¡Pobre Biasco! cuando lo supo, sintió que su sangre se helaba, y se tambaleó más fuerte que la tarde en que la Loba le hendió la frente. Y no obstante, en aquella algazara del Domingo de Ramos, en una alegría insultante de sol, de ramas de olivo, de telas vistosas, de nubes de incienso, de canciones y de plegarias, tuvo que subir al campanario y despedazarse los brazos tirando de las cuerdas, mientras su pobre Zolfina sufría Dios sabe qué torturas. ¡Virgen bendita, Dios sabe qué torturas!

Pasó días terribles. Al obscurecer, Biasco rondaba la casa de la enferma, como un chacal un cementerio; deteníase á veces bajo la ventana cerrada, iluminada por dentro, y con los ojos hinchados de lágrimas, prestando atención miraba pasar sombras detrás de las vidrieras, comprimiendo con la mano su pecho estrujado por la sofocación. Luego continuaba rondando como un loco ó corría á refugiarse á su desván. Allí pasaba las largas horas de la noche cerca de las campanas inmóviles, aterrado por la angustia inmensa, más lívido que un cadáver. Bajo él, en las calles inundadas de luna y de silencio, nada, ni un alma viviente: delante, el mar triste y rizado que se estrellaba con un rumor monótono contra las playas desiertas; y arriba, el implacable azul.

Y allá á lo lejos, bajo el techo que se divisaba apenas, estaba Zolfina agonizando, tendida sobre su lecho, muda, siempre muda, con surcos gurmosos de materias purulentas en el rostro ennegrecido, en tanto que la lámpara palidecía en la blancura crepuscular, y el cuchicheo de las oraciones estallaba en medio de una explosión de sollozos. Dos ó tres veces levantó trabajosamente su cabeza rubia, como queriendo hablar, pero las palabras se detenían en su garganta, le faltaba aire y la abandonaba la luz. Movió los labios con estertores ahogados, como un cordero degollado y se heló después.

Biasco fué á ver á su pobre muerta. Atontado, con los ojos vidriosos, miró el ataúd embalsamado con flores frescas, bajo las cuales se extendía aquella podredumbre de carne joven, aquella corrupción de humores ya descompuestos bajo la nieve del lino. Miró un instante confundido entre la multitud, después salió, volvió á su desván, trepó hasta la mitad de la escalera, cogió la cuerda de la Cantadora, hizo un nudo corredizo y metiendo el cuello, se dejó caer en el vacío.

Los estremecimientos del ahorcado, hicieron entonces que en medio del silencio del Viernes Santo, la Cantadora lanzase en un relámpago de luz, cinco ó seis repiques inesperados, argentinos, alegres......
y una parvada de golondrinas salió volando del techo, bajo el sol.

GABRIEL D'ANNUNZIO.

[Versión especial para EL MUNDO.]

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 14 de Mayo de 1899. | Número 20

Las maniobras de las Brigadas expedicionarias.

Fotografías tomadas expresamente para *El Mundo*

LA 3ª BRIGADA DISPONIENDOSE A ACAMPAR.

LA MISMA BRIGADA ACAMPADA.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Mayo es el perturbador de la metrópoli. La ciudad se va quedando sin fiestas, sin flores y sin mujeres elegantes. Porque las recepciones aristocráticas se han convertido en bailes campestres. Las flores—es natural—no quieren estar solas, y las pocas que vienen, bostezan de fastidio en los apretados haces de los ramilletes y se marchitan bajo la cúpula de cristal del mercado; y las mujeres han ido á despertar los ecos de los campos y á hacer confidencias á sus amigas las mariposas.

De suerte que aquí nada les queda que admirar á los pobres que aman la belleza. Hasta el cielo, ese eterno abastecedor de canciones estéticas, perpetuamente abierto y radiante sobre nuestros ojos americanos—se comienza á arrebujar en sábanas de niebla durante el día y no prende sus lámparas por la noche.

Todo está solo: hasta la pauta de alambres del telégrafo donde los pájaros—notas con alas—escribían sus aéreas melodías: romanzas de Massenet y canciones de Tosti.

En cambio, las aldehuelas de los alrededores están locas de contento. ¡Qué frescas, qué alborozadas, qué primaverales amanecen las campiñas! ¡Qué pálidamente azul se ve el horizonte!

Allá arriba, sobre las urnas turquíes de las montañas flotan las gasas de la bruma, pero qué sonrosadas y qué limpias!

En la mañanita, cuando el alba da los buenos días desde la cumbre de los volcanes, el paisaje no se muestra muy alegre, porque la luz está melancólica. Despierta muy pálida la virgen. ¡Pero cómo travesea el rocío en la diafanidad del aire! ¡El rocío! Salta en polvo de diamantes y todo lo salpica. Los átomos blancos ponen un cinturón de claridad en el corselete de las rosas, un aderezo en la veste inmaculada de los lirios, un joyel en el pomposo penacho de los claveles, un broche de perlas en el botón de las margaritas y una gota de luz en la flexible púa de las yerbas. Cómo ruedan de los copos, de rama en rama, de hoja en hoja, las menudas cuentas con que el juguetón rocío apedrea los árboles.

Es Puck que después de retozar con los sueños amorosos de las muchachas, ha volado á despertar á los pastores, ha apagado la lámpara que rendida de cansancio y muerta de miedo, parpadeaba en el rincón de la capilla, y ahora corretea por la húmeda tierra de los campos, soplando en las flores, sacudiendo los nidos y gritando á los pájaros: ¡arriba, perezosos!

Entonces es cuando se abren las ventanas de las alcobas, y las campánulas de las enredaderas. Entonces es cuando vuelan á par de las aves, las ilusiones. El mundo siente la dicha de vivir. Las flores dicen: ¡qué bello está el día!...... y cómo nos gustan las mariposas! Los pájaros cantan: ¡qué fresco está el aire! ¡qué hermoso es tener alas! Y las niñas piensan: ¡Si estuviera aquí mi novio!

Luego avanza el sol y camina el día, y llega la lluvia de la tarde, y torna la obscuridad de la noche. No importa: tras el bullicio de la alegría, el reposo de la felicidad.

***

Todo el mundo se pregunta: ¿Vamos á veranear? Ah, sí! La animación y la vida veranean; han emigrado hacia los pueblos pintorescos que ciñen la ciudad.

El más cercano es Tacubaya; pero Tacubaya es una lujosa aldeana ennoblecida. Tiene aires de señora: humos aristocráticos de dama linajuda, y apenas se le echa de ver en uno que otro pormenor aislado, la rústica simplicidad de su origen.

Allí las casas tienen porte de palacios, pórticos, columnatas, altas rejas de fierro, severas fachadas; todo limpio, enorgullecido, altivo; calles tiradas á cordel, bien pavimentadas, guardianes del orden público en cada esquina, vendedores ambulantes, transeuntes de paso acelerado.

Apenas, en los barrios, tapias carcomidas sobre las cuales asoman la cabeza algunos árboles curiosos.

Esto no es aldea; esto no es campo. Es la prolongación en verde de la ciudad con todos sus orgullos y vanidades.

***

¿Vamos á veranear? Esta es la pregunta de la temporada..

Adelante de Tacubaya está Mixcoac, y aún se prolongan las paralelas de fierro de la vía y trepan por la cuesta hasta llegar á San Angel. A un lado, frente al *Pedregal*, está Tlálpam, verdadera población rústica, con sus largas calles enfiladas entre tapias mohosas, su plaza triste, su tosca portalada, su iglesia chaparra, sus ruinas de convento, sus grandes huertas sombrosas y su agua límpida y charladora, bullendo por todas partes, como para subrayar el silencio y alegrar la soledad del pueblo.

Entre Tacubaya y Mixcoac, tendido en los potreros accidentados, está San Pedro de los Pinos, una acuarela de Jaquemart, con sus casucas de humilde apariencia, recién enjabelgadas, nuevecitas, como acabadas de comprar en la dulcería de Deverdun. El terreno es algo árido; por un lado va la polvorosa carretera, y por el otro la calzada del ferrocarril; por el Poniente alza un lomerío sus desnudadas corcovas, y por el Oriente se tiende el llano para dejar ver un fragmento de valle, al fin del cual se alzan las pirámides de los volcanes y la quebrada línea de la cordillera que sostiene la cúpula del cielo. .

¿Vamos á veranear? Esas fiestas, donde no hay más seda que la de las magnolias, ni más terciopelo que el de los pensamientos, ni más esencia que la de las violetas, ni más galanterías que las de los ojos, son más deliciosas que las otras, las que se hacen bajo el artesonado de oro, con deslumbramiento de bujías, en una atmósfera enervadora y pesada y donde el labio sonríe con tristeza, y se entabla la lucha de las pasiones mezquinas y ronda, silencioso, el pensamiento, para buscar una mirada cariñosa. ¡Oh la señorita Naturaleza es muy decorativa y muy amable!

Cada vez que concurro á estas fiestas de las flores, vuelvo lo más tarde posible. Y siempre es una misma la última impresión; una sola imagen que persiste en la memoria: una calle obscura y solitaria, la mancha luminosa de una ventana, sobre el muro, un piano que preludia melancólicamente. Paso con lentitud por la acera. Miro. Allá detrás del tapiz hay dos novios que cuchichean. El viento está callado, los árboles inmóviles, el horizonte negro. Alzo los ojos; aparecen luces en el cielo; ya las misteriosas manos de los ángeles comienzan á encender las estrellas....

***

Entre las noticias de policía, semi-oculto en el barullo de los chismes y enredos de la gacetilla, me encuentro con que ha ingresado á Belén un rapazuelo que en riña, hirió á otro gravemente. Es el nuevo y triste caso de los niños homicidas.

En manos del juez el caso del niño homicida se convirtió por obra de la investigación en un grave delito ó en una funesta travesura, pero este sangriento accidente reviste los caracteres de un grave mal social. Se trata de nuestro modo de vivir y de hacer vivir á los niños.

Los civilizados vivimos una existencia nerviosa de sobreexitaciones y locuras en la que se va ahogando lenta pero seguramente el sentido moral.

Hay neufragio de ideales en esta borrasca de pasiones y apenas si el *grupo de selectos* logra por instantes hacernos confiar en una próxima y milagrosa playa de salvación. La barca de la vida *hace agua*, y para que no se sumerja y nos sepulte en el fondo del mar embravecido, la aligeramos del cargamento que conduce

........la combatida nave echa al airado mar
todo un tesoro para salvarse en la tormenta grave.

La educación moderna tiende á corregir esta falta de estímulos, colocando en los altares vacíos una imagen de la divina Verdad que alumbra toda sombra y penetra todo misterio.

Pero la idea clara y completa de la verdad positiva no entra aún en la masa, que no teniendo ya sus viejas creencias, pretende substituirlas con un ateismo del bien que cada día la torna más infeliz y más desequilibrada.

Los niños de hoy son hombres pequeños, cuyo desarrollo moral está en abierta contradicción con el desarrollo físico. No entienden bien las cosas, pero las sienten con una enfermiza y pasmosa intensidad. Poseen la sensación sin el pensamiento, y van como unos sonámbulos, sin tropezar y sin caer, guiados por una intuición, que parece sobrenatural, hacia todos los secretos y abismos de la vida. Forzosamente son imitativos; pero ya su imitación tiene mucho de personal y de propio.

Los niños de ayer jugaban hasta la puerta de la adolescencia, con muñecos y chucherías. Los de hoy, en plena niñez, juegan con pasiones.

Y como todo niño es un primitivo, hay á veces, en él, y á la vista de nuestras venganzas, un crecimiento inusitado de odio, mezclado de un brutal deseo de destruir y de hacer daño. Sus travesuras resultan en ocasiones monstruosas. Y á medida que vive se complica su espíritu de todas estas impresiones vivísimas que, á modo de corriente eléctrica, sacuden el organismo social.

Los niños del pueblo son los primeros que se contagian, como que viven en un medio infestado por los miasmas del crimen. En general, las primeras manifestaciones de estos prometidos del presidio, son los delitos contra la propiedad. Un niño del pueblo, para graduarse de doctor en homicidio se examina antes de menores, medianos y máximos del robo: primero es ratero, luego ladrón y en seguida asesino. Su primera embriaguez coincide siempre con su primera puñalada. Sus padres le aconsejan robar y lo obligan al hurto; pero cuando sus padres lo dejan, y lo toma el pulque por su cuenta, éste le ordena matar. En el pueblo, la miseria hace ladrones y el pulque pendencieros y criminales.

Y ahora aparece que los niños de la clase media pueden ser más peligrosos, porque su delincuencia es como una reproducción en miniatura, de los delitos refinados. El ejemplo los pervierte, desde muy tiernos, y nuestros desequilibrios y locuras los tientan y los provocan á imitarnos. Son unos pasionales mucho antes de que en ellos hayan floreado y fructificado los sentimientos. Y estos arbustos de savia anémica, pero febril, se pudren en plena primavera. El vicio los atrapa y los chupa, á la salida de la escuela. Nuestro modo de vivir tan libre, tan descreído, tan desenfrenado, los sugestiona. Nuestros placeres y nuestros dolores son escandalosos, no tienen pizca de vergüenza y van por la calle haciendo escándalo.

Da tristeza pensar en esas pobres criaturas á quienes nosotros, sin quererlo y sin pensarlo, ponemos el primer cigarro en la boca, la primera copa en la mano y el primer odio en el corazón....

Luis G. Urbina

Estampas Viejas

DAVID

GLORIA Y PECADO.

David era un político hábil como uno de esos Papas italianos que precedieron y sucedieron al gran periodo de la teocracia medioeval, ni había violencias que no hiciera redundar en su provecho, sin que por eso resulte responsable de ellas, ni deseo de engrandecimiento y consolidación de su poder que no supiera realizar con un tacto admirable. Cuando, gracias al asesinato del gran caudillo de sus enemigos, Abner, en cuyo honor compuso una elegía, y al asesinato del rey hijo de Shaul, á cuyos matadores hizo perecer, no tuvo adversarios en las tribus que su mano enérgica iba á comprimir para convertirlas en nación, pensó en el exterior. Con casi todas las monarquías cananeas celebró pactos de alianza y los tratados tuvieron alguna vez, no el aspecto muerto de un cuaderno primorosamente caligrafiado, empastado en tafilete levantino y encerrado en una caja de terciopelo negro ó púrpura, como los de nuestros días, sino la forma viva de alguna hermosa mujer, hija de uno de los reyes vecinos del israelita, que después de los simplísimos ritos nupciales de aquellas épocas rudas, ingresaba en la casa íntima de David, en su *home*, en el haremlik. Ninguna de estas alianzas influyó tanto en Israel como la celebrada con el rey de Tiro, Hisam. Los fenicios llevaron á Ierusehalaim su arte industrial y bastardo, construyeron un suntuoso palacio al rey David, en que predominaba la madera del Líbano, y del mismo material edificaron las casas de los cortesanos en torno de la regia morada; aquella fué una ciudad real, un Versalles de cedro y bronce, dentro de la naciente población hierosolymitana. El idioma fenicio, las costumbres fenicias, pronto estuvieron de moda en los harems de la corte davídica, y luego, más ó menos ocultamente, las prácticas misteriosas de su religión naturalista que tenía tanto atractivo para aquellos hebreos ferozmente voluptuosos.

Sólo una cosa no pudieron matar los apóstoles fenicios del *business*, en la mente hebrea: la poesía. Esta forma intelectual de la emoción éralesdesconocida; pudieron inventar el alfabeto, no pudieron hacer un psalmo; el alfabeto es más útil que el psalmo, claro está, como que sin el alfabeto no conoceríamos los psalmos; mas las cosas útiles inventadas desde Kadmos (supongamos que así se llamaba el inventor del alfabeto) hasta Alba Edisson, son medios ¿para qué fin? Para éste: para guardar á la posteridad el *Miserere, el Sermón de la Montaña* y la voz de Adelina Patti.

El don de poesía sólo ha sido otorgado á los pueblos capaces de clavar los ojos en un Ideal trascendente. Los demás no han podido salir de un canto de niños. Ese don lo han poseido, entre los grupos creadores de nuestra cultura, el grupo helénico, en marcha hacia lo Bello, el romano, en marcha hacia lo Justo, el italiano, empeñado de hacer del Arte una patria, el germánico sacrificándose por organizar un catolicismo laico, el anglo-sajón aquistando para sí la libertad y encendiéndola como un faro sobre la civilización humana, el ibérico, consumiéndose en el esfuerzo de convertirse en la piedra angular del mundo de la autoridad y de la fe, y el francés, mezclando su sangre á la de todos los pueblos para fecundar en ellos e

ensueño de la solidaridad humana. Estos pueblos, uno en pos de otro, han sido los divinos musagetes del progreso.

Los hebreos también; no sé si hay poesía que á la suya pueda compararse, ninguna la supera; en sus períodos paralelos, en el ir y venir de la misma idea en dos conceptos y dos metáforas diversas, que un autor alemán ha comparado al vaivén de la honda, y que es el sello característico de la lírica hebrea, ha cabido cuanto de más angustioso, de más patético ha podido sentir el hombre ante el misterio del destino.

* * *

David tenía su palacio embalsamado de olor de cedro: las telas sembradas de animales fantásticos y de episodios alegóricos por los artífices babilonios, colgaban de gruesos anillos de cobre de los travesaños de madera sobre las puertas y caían en pesados lienzos que quebraban, con las grandes rayas de sombra de los pliegues, la policromia y las aplicaciones de oro apagado de los cortinajes.

Allí estaban los departamentos en que el rey reunía á sus oficiales y á sus consejeros, á sus *cohením* encargados del culto que en el Palacio se tributaba á Iahvéh; á sus profetas que cantaban y bailaban en coro cuando cantaba sus grandes odas de adoración, sus tedeums y sus hossannas ó sus elegías de amor ardiente, sensual y doloroso; allí en su casa estaba el *Efod* más venerado de los judaítas, la cuadrícula sagrada formada de gemas brillantes sobre las que rodaban los dados que revelaban la voluntad del altísimo.

Luego, todo lleno de rumor de fuentes, de olor de plantas de Siria, de cantos de aves que parecían haber retenido en sus plumas todos los matices; de la luz tropical, de flores venidas de más allá del desierto y de más allá del mar, medio borradas por el humo de los aromas de Arabia que ardían perennemente en las cazoletas de oro, vestidas de rígida y cristalina gasa egipcia, las señoras del harem, avivados los rostros por el fardo, los brazos y las piernas ceñidos de sonantes cercos de metal, reían, jugaban ó entonaban extraños cantares en todas las lenguas de Asia y de Europa ó aplaudían las danzas frenéticas de las almeas al son de los crótalos y los sistros de Fenicia.

Más allá, bajo el cuidado de eunucos y nodrizas nubias semejantes á ellos de rostro y de voz, sus largas túnicas blancas ceñidas á la cintura con bandas rojas y ajorcas de plata en los tobillos, los hijos pequeños del rey reían y jugaban sobre esteras índicas.

David no estaba satisfecho: en las orillas del Eufrates, al pié del Carmelo, en Gaza junto á la *Gran verde*, como los Egipcios llamaban al Mediterráneo, había clavado tres clavos de oro de su inmensa tienda que cubría ya toda la Siria; el cuarto clavo iba á ser Rabbah, la fortaleza de las estepas ammonitas, que estaba á punto de capturar el feroz Ioad, el fiel y enérgico ministro de la guerra del rey de Israel. David no estaba satisfecho: los filisteos, terror hasta el día antes de los circuncisos, estaban abatidos y dominados; David en una batalla, que su entusiasta abogado, el insigne arqueólogo Marcel Dieulafoi, compara hiperbólicamente á las victorias de Napoleón, los había quebrantado para siempre. Todos los pueblos vecinos eran sus amigos ó tributarios; el *Arca*, que había sido conducida por un ejército de israelitas convocado *ad hoc* por el rey, quedaba depositada en su tienda magnífica junto al palacio real, sobre sus toros alados ó querubines de oro. Por boca de sus profetas, Iahvéh había prometido á David que el cetro de Iudáh, no caería jamás de las manos de sus descendientes.

Pero David, colmado de poder y de gloria no estaba satisfecho: no amaba, no se sentía amado: la eterna espina clavada en el corazón de quienes todo lo pueden menos transmutar el fierro en oro y el temor en amor.

Mikal había sido el gran cariño de David, era su conquista, era una perla de la diadema real con oriente rojo extraída del fondo de un mar de sangre de los enemigos de Iahvéh. Mikal se casó con el vencedor de los filisteos por entusiasmo, por ambición, sin amor. Era una especie de Margarita de Valois, sin los deportes imposibles en la organización del harem hebreo, pero con el mismo carácter; capaz de exponer su vida por auxiliar á su esposo, incapaz de amarlo. Cuando Shaúl la obligó á divorciarse de David, se sintió feliz y fué esposa de otro hombre á quien sí entregó su corazón. David triunfante la arrancó á su felicidad y la reintegró en el tálamo real. David era un elegiaco y era un sensual; ella era una burlona, en sus gruesos labios rojos como la pulpa de la almendra, había un contínuo crispamiento de amargura, un pliegue de ironía, y en sus ojos el desesperado ensueño del hogar de su corazón perdido para siempre.

Y así vagaba por las calles y azoteas del harem, envuelta en los innúmeros pliegues blancos de su alquicel rayado de oro, sarcástica é inconsolada.

En las inmensas panegirias con que David y el pueblo celebraban el advenimiento del *Arca de la Alianza* á Ierushálaim, David, ebrio de orgullo y de exaltación javehista danzó delante del sagrado talismán de las tribus, vestido de la túnica efódica, en camisa blanca, decía Mikal llena de burla y de desprecio. David la odió y le reprochó la desgracia de su casa abandonada por Dios; Mikal, perdida desde ese día en el fondo del harem, no volvió á acercarse al Rey.

* * *

David se refugiaba en la azotea más alta de su palacio, solo, en las horas crepusculares, para ver con qué rapidez crecía en torno de la tienda de Iahvéh, la ciudad nueva, como la flor blanca del cactus que surge entre las peñas, rodeada de la indefiniblemente melancólica y poética desolación del paisaje circunstante.

En aquellos instantes, cuando la tarde apenas comenzaba á mover los sicomoros y los olivos con su abanico transparente de frescor y de sombra, David tornaba á sentirse poeta, resoñaba sus ensueños de poder y de gloria y sus labios balbuceaban las rudas estrofas de sus inquietudes, sus anhelos, su amor sensual á la vida, su horror físico á la muerte y su adoración un tanto salvaje y bronca á Iahvéh, el árbitro de la muerte y de la vida. Cánticos de que nada queda como no sea el eco de un sollozo inmenso á través de los misereres y deprofundis del psalterio judío.

Allá abajo, junto á una piscina sombreada de verde por una higuera, una mujer voluptuosamente velada de oro por el sol oblícuo, puesta de pié cerca del brocal gastado, dejaba correr desde su cabellera suelta en obscuros rizos que hacían resaltar el blanco mate de la piel, menudas cascadas de agua que resbalaban por su cuerpo espléndido de savia y de línea y hacían un gran charco cristalino en torno de sus pies desnudos.

David la vió, y aquella mujer entró en su concupiscencia y se enroscó en derredor de su corazón como la serpiente del paraíso, y así hasta la muerte. Era Batsheba (Betsabé) la mujer de uno de los heróicos soldados extranjeros de la guarda real, de Uriyah, uno de los bravos de proeza que en aquellos instantes se batía en Rabah por la gloria de su rey. ¡Oh! el rey lo podía todo, podía disponer de la vida de la hacienda y del honor de sus súbditos; el rey dispuso del honor y de la vida de Uriyah. Es popular este crimen: el soldado que viene á Ierusalem llamado por David y que prefiere dormir á las puertas del Palacio que visitar á su mujer culpable; su vuelta al campamento llevando á Ioad la orden de procurar su muerte, luego la aparición del profeta Nathan y con él la voluntad de Iavéh y su expresión terrífica: has faltado, serás castigado, morirá el hijo de tu amor, todo es conocido.

Estas entradas teatrales de la moral, que es el instinto de conservación de la especie sobreponiéndose al instinto egoísta del individuo, estos grandes gritos de la justicia eterna que en la historia hebrea resuenan más arriba de las cabezas de los ángeles y de los reyes, en los labios de un asceta ó de un mendigo, constituyen su incomparable grandeza y levantan de cien codos á los profetas por encima de los poetas guiadores de la humanidad.

David se arrepintió; una sola de sus lágrimas ha bastado para teñir de dolor toda la poesía de los psalmos, asistió temblando de angustia á la agonía de su hijo, el martirio supremo del corazón humano, y lloró.... lloró. Cuando el niño hubo muerto, se serenó y volvió á la vida; con el precio de un dolor inmenso había pagado á Batsheba, era suya.

Preferimos á las exclamaciones del rey hebreo, las tristes endechas del viejo poeta del Nippon:

«Siete tesoros son caros, según dicen, al mortal. No quiero conocerlos, uno solo era el encanto de mis ojos, mi hijo, mi hijo....—Mi polluelo querido que comenzaba junto con el sol su jornada de risa y de alegría. Siempre cerca de mí, contento siempre, obligándome á estar contento con él, como él. Por la noche se apoderaba de mis manos: Papá, tengo sueño; papá, quiero poner mi cabeza entre mamá y tú, tengo miedo de estar solo en lo negro. Si él dormía, yo velaba, con los oídos llenos aún de sus gorjeos; pensaba en el porvenir, repartía mi vida entre la buena y la mala ventura. Mi niño me parecía un hombre. Tiene el marino confianza en su barco, yo la tenía en mi dicha. Nada podía suceder á mi hijo. Un golpe de viento iba á hacer zozobrar mi barco y mi felicidad. Desesperado me así del sagrado espejo, oculté en mi manto la cabeza y grité: «Dios del cielo y de la tierra, sólo vos podéis oír ó rechazar los clamores de un pobre padre arrodillado.» Plegarias vanas. El niño languidece; día á día se apaga. Cesa ya su dulce parloteo. Ahora, su sonrisa: ¡ay! todo cuanto yo amaba. Estoy loco, estoy loco. Golpeo mi pecho, me levanto, me agito, vuelvo á caer sollozando. He aquí la vida. Mi hijo, mi amor huyó de mis brazos que lo apretaban. Y no lo veré ya, ya no, jamás.»

(Okura, poeta japonés del siglo XI.)

* * *

Egipto, en uno de esos períodos de depresión y desmembramiento que por intermitencias seculares descomponían su historia y parecía que la arrojaban en fragmentos al Nilo, como Osiris destrozado en la noche por el dios del infierno y de la sombra, se encerraba en Africa después de haber dominado al Asia anterior; el imperio Asirio, el de los terribles dragones de Ashur, después de haber tocado al Líbano y al Ponto Euxino con el filo cortante de su guadaña, se retraía obscuramente en los valles del Tigris y el Eufrates, mientras crecía Nínive la futura dominadora del Oriente; Babilonia sometida ó rebelada era impotente para conquistar; el imperio hitita (descubierto por los arqueólogos en nuestros días) había muerto ya. Por eso David había podido extender tanto su imperio y había hecho á la Siria entera su tributaria.

Batsheba reinaba, David y Natha heran más bien sus ministros y cuando dió á David un segundo hijo, el hijo de la paz, como fué llamado, Schelomó, (Salomón) y el rey manifestó su voluntad de dejarle la corona, la reina del harem, fué la reina de los judíos, la reina madre, la sultana Validé.

Se había adueñado del albedrío del rey, sus labios tenían para él el sabor de la manzana del paraíso; sentía que su poder y su gloria se desvanecían ante ella, no creyó que habían tenido otro objeto que conquistarla, no creyó que hubieran tenido otro fin que convertirlo en su esclavo. La ira de Iahveh, pasados los lamentos junto á la cuna de su hijo en agonía, se había retirado, se había perdido como una nube de tormenta en la irradiación de aquella aurora de amor, que devolvía la juventud como un elíxir mágico escanciado en la copa del deleite. Batsheba era todo, las otras mujeres del harem no tenían otro destino que el que les asigna el temperamento irreductiblemente poligámico de los sultanes de Oriente; eran cuerpos, no almas.

Batsheba era el alma de la nueva situación; su única idea era asegurar el imperio de su hijo, remover los obstáculos que pudieran estorbar la ascensión de su hijo, y hacer de esa ascensión y de ese trono lo más empinado, lo más excelso que en la historia humana hubiese aparecido. Por donde quiera se levantaban protestas; las tribus del Norte soportan impacientes el yugo, el santuario de Ierushalaim sube demasiado alto sobre los demás, el tabernáculo no es proclamado por los levitas, el templo único todavía, gracias á la oposición de los grupos proféticos diseminados sobre el país; pero queda establecida la premisa de la unidad de santuario que estableció Salomón y que fué la causa del Cisma. Toda tentativa de establecer la unidad religiosa en un imperio por medio de medidas de Estado, finaliza en un desmembramiento.

La familia de Shaúl, que podía estorbar al futuro dueño de Israel había casi desaparecido, lo que quedaba de ella no podía ser temible. Había casi desaparecido: David, con el pretexto de aplacar al ángel de Iahvéh que había vaciado el ánfora negra de la peste y del hambre sobre Palestina, en venganza de los asesinatos cometidos por orden de Shaúl en Guibeón, había entregado á los guibeonitas siete hijos de Shaúl que habían sido crucificados entre los olivos y granadas del risueño Calvario de Guibeón que se levanta entre el verde tierno y el oro rojizo de un lago de espigas de trigo y de repuestos cebadales.

Y allí en una roca vecina vivió noche y día bajo la lluvia de fuego del sol y la de las hinchadas nubes de otoño, una mujer que pasaba los días alejando las aves de presa que se acercaban á los crucificados y las noches ahuyentando á los chacales que rondaban lugubremente en derredor de las carnes descompuestas. Era una madre, la bella Rizpa, más digna del altar que David; era la madre de dos de los supliciados y yo no sé si la poesía de la historia ha tenido una más augusta encarnación que ésta. Ante aquel amor silencioso, desolado, infinito, David cruel y sensible al mismo tiempo, muy sensible y muy cruel ¡poeta al fin! se conmovió y tributó un homenaje á las proscriptas reliquias de Shaúl.

La familia de Shaúl no era un obstáculo; precisaba que no lo fuera la familia de David. El prestigio de Abschalóm, el hijo del rey y de una princesa extranjera, Abschalóm pródigo con el pueblo, maravilloso por su hermosura coronada por espléndida cabellera, ese era el temible. Abschalóm, para vengar á su hermana la gentil Thamar (Palma) mató á un hermano suyo y huyó; volvió después y viendo á su padre viejo y débil se hizo proclamar rey en Hebrón y la fiel tribu de Iehudah siguió al príncipe rebelde y David huyó de Ierushalaim y Abschalóm entró en la Ciudad Santa y profanó el harem de su padre y salió en persecución de su rey. Ioab lo venció y el rey de Hebrón que en su carrera furiosa había quedado colgando de un árbol fué asaeteado y muerto. Lo lloró, lo lloró sin descanso David.

Batsheba y su profeta Nathan y el jefe de los *cohenim*, el sacerdote Zadocq continuaron desenvolviendo su plan político. Otro hijo de David intentó sublevarse y el triunvirato (llamémoslo así porque la reina era, de los tres, el personaje más viril) aprovechó esta circunstancia para obligar al anciano rey, que daba calor á su vejez en el regazo virginal de Abishag, la bella schunemita, á proclamar á su hijo Schelomó, al hijo Batsheba, y para hacerlo ungir en su presencia.

* * *

Al morir David recomendó á su hijo, con una fórmula espantosa de fría y pintoresca crueldad, que se deshiciera de algunos enemigos, de Ioab, entre ellos,

enemigo de Batsheba y que no había consentido rivales en su puesto de generalismo del ejército israelita: los había asesinado, pero á él se debían las conquistas, á él la gloria del reinado. «¡Oh! decía el moribundo rey á Salomón, ¡oh! no dejes bajar su vejez en paz al Scheol (al reino de la muerte.) Y lo mismo con el que me ha insultado: ¡oh! has bajar sus canas ensangrentadas al Scheol.»

Era un hombre de su tiempo aquel viejo que después de tan terribles consejos «se durmió con sus padres.» Era un hombre de su época dura y cruel, en que no se habían inventado las fórmulas hipócritas de las guerras cultas, y en que la muerte era la siniestra y perpetua consejera de los reyes. Y era un hombre de más acá de su tiempo por sus arranques repentinos de humanidad, por su creencia en una justicia superior á él mismo. Este aspecto de David es el que se ha prolongado, como una sombra que fué alargando y agigantando el sol poniente de la gloria israelita hasta confundirla con la sombra de la cruz.

El polmista, el meshia de los días de gloria legendaria de Israel, al través de los profetas, se purifica y se espiritualiza como Iahvéh, su Elohin, su Dios y se diviniza al hacerse plenamente humano en el *nabí* de Galilea, á quien saludaban en las puertas de Ieruschalaim las multitudes pascuales con el nombre que encerraba sus esperanzas mesiánicas: «*Hossana, hossana;* ¡bendito el hijo de David.»

JUSTO SIERRA.

EL ANIVERSARIO DEL NATALICIO DE HIDALGO.

El lunes 8 del mes en curso fué solemnizada esta fecha en un acto público que presidió el señor Secretario de Justicia. Después la numerosa comitiva se dirigió á la Catedral, y en el altar que guarda la urna con los restos de los héroes de la Independencia, se depositaron innumerables coronas y ramilletes.

NO HAY VALIENTES
NI HAY COBARDES.

La vida humana se desenvuelve entre amagos, peligros y asechanzas. Desde el rayo que de súbito estalla y fulmina, hasta el miasma solapado y capcioso que envenena y mata; desde el enemigo audaz que acomete de frente, hasta el rival hipócrita que ocultamente zapa y mina nuestros intereses, nuestra reputación ó nuestra felicidad; desde el mar hasta la atmósfera, desde el abismo hasta el volcán, todo alrededor nuestro implica riesgo, supone peligro, encubre amago á la salud, á la vida, á la posición y á la fortuna, á la reputación y al prestigio de cada hombre.

El peligro se presenta á veces descarado, hirsuto, feroz como un monstruo, á veces disfrazado, cubierto de atractivos y encantos, seductor como una sirena. Hay flores perfumadas y coloridas en que fermentan venenos; amigos complacientes y amables que incuban odios y rencores; insectos pintados y primorosos que ocultan emponzoñados aguijones. La gloria nos atrae para torturarnos, el poder nos seduce para perdernos, la ambición nos embriaga para arruinarnos.

La vida humana no hubiera sido posible, la humanidad se hubiera ya extinguido en el planeta si frente á tanto peligro no pudieran levantarse el valor que los afronta, la astucia y la ciencia que los burlan y la fuerza que los domina y esclaviza. Por eso el valor es una virtud suprema y excelsa, es casi una religión y casi un culto, y honrándolo y venerándolo, el hombre tributa homenaje á una facultad redentora, origen y garantía de su bienestar presente y futuro.

Valientes los hombres primitivos que despoblaron de fieras los bosques, los guerreros que acometieron y vencieron á las tribus bárbaras: valientes también los apóstoles que predicando la buena nueva afrontaron la cruz y la hoguera, los que se pusieron frente á la superstición y la ignorancia, los que afrontaron la peste para poder curarla, los que manejaron venenos y explosivos, los que en débiles barcas surcaron el Océano, los que cruzaron sedientos y fatigados el desierto; valientes también los que aventuraron su fortuna en las grandes empresas industriales y comerciales. La historia del progreso humano es la historia del valor en sus múltiples y variadas manifestaciones.

Múltiples y variadas, en efecto. Dentro de la facultad fundamental de afrontar el peligro; dentro de la capacidad de arrostrarlo, de medirse con él, de dominarlo y de extinguirlo, se disciernen, en efecto, variedades de tipo con caracteres propios, con atributos peculiares y con signos distintivos, y hay tantas clases de valor cuantas son las variedades del peligro.

Desde luego el hombre tiene tres grandes intereses que defender: su salud y su vida, su fortuna, su prestigio, su honra y su reputación. A esos tres grandes intereses corresponden tres grandes peligros y á éstos tres clases de valor. Con el valor militar afrontamos los peligros que corren la vida y la salud; él mediante, acometemos á la alimaña y la destruimos, asaltamos la trinchera enemiga y la escalamos; nos medimos cuerpo á cuerpo con el agitado oleaje y lo dominamos. En este orden de ideas es valiente quien sabe arriesgar la vida, quien se siente capaz de aventurarla en una empresa temeraria; así, son valientes el soldado, el marino, el explorador del Polo ó del Continente Negro.

Pero no sólo la vida, también la fortuna, aumentada á fuerza de inteligencia y de trabajo, los bienes heredados y cuidadosamente conservados, pueden correr peligros, disolverse en la bancarrota, disiparse en empresas ilusorias y temerarias, disolverse en el fraude, en la mala administración, en la jugada de bolsa. Y ay! del progreso, de la civilización, del comercio, de la industria, si no hubiera hombres que se expusieran á la miseria, á las privaciones, al sacrificio del bienestar de los suyos con tal de ensanchar y mejorar la producción, de acrecentar el comercio, de implantar nuevas industrias, de iniciar mejores procedimientos de trabajo, y de ampliar el campo de la acción y aquilatar el bienestar humanos.

Héroes y próceres hay de la Industria, del Comercio y de la Banca como los hay de la guerra; y los capitalistas que tendieron los rieles del primer ferrocarril, los que hicieron construir y explotar la *mule-junny*, los que lanzaron el primer barco de vapor, han sido tan benéficos como atrevidos y la humanidad debe á su valor industrias inmensas y preciadas conquistas.

No menos gloriosos y benéficos son los apóstoles, los filósofos, los propagandistas que se han expuesto al escarnio, á la befa, al menosprecio, á la pérdida de toda consideración y de toda estima por haberse erguido contra el error, contra la superstición, contra las preocupaciones, por haber atacado de frente los extravíos del criterio y los descarríos de la opinión. Cristo, como Sócrates, Giordano Bruno como Juan Huss, Voltaire como Spencer ó Mill son también héroes de un género de valor grande, noble y benéfico.

Hay, pues, tres clases de héroes: los de la guerra, los del negocio, los de la idea; y hay tres categorías de proezas, las militares, las financieras y las científicas, filosóficas y políticas.

Pero lo raro y lo imprevisto del caso es que nunca ó rara vez estas tres formas del valor y estas tres variantes del heroismo coinciden y coexisten en el mismo individuo; lejos de eso parecen más bien excluirse la una á la otra. El financiero audaz que tiene valor para arriesgar millones en una empresa temeraria y sin palidez en el semblante, sin angustia en el corazón, sin un latido adicional en el pulso; que duerme á pierna suelta la víspera de la bancarrota, temblará como un convulsionario frente á un bandido, en un día de motín ó en una batalla. El pensador profundo que afronta sin pestañear el oprobio, la deshonra y el desprestigio por divulgar una idea, sentirá erizarse de terror su cabello á la idea de perder veinte pesos en un albur ó de malversar mil en una especulación arriesgada; y quien ha sabido ofrecer sereno su pecho á las balas enemigas, asaltar sonriente baluartes y afrontar impávido la metralla, sentirá angustia ante el *qué dirán*, tendrá miedo cerval á la opinión pública y no escalará una tribuna con el brío con que escaló un parapeto.

De ahí una primera clasificación de los valientes; de ahí la posibilidad de carecer de una y de ser capaz de otra forma del valor, y analizándose á sí mismo puede encontrarse que seguramente poseemos ya la una, ya la otra. Podremos ser cobardes ante la riña, el duelo ó el combate y sentirnos capaces de afrontar con denuedo la opinión; podremos ser tímidos ante las armas y arriesgados é impetuosos para los negocios, y los casos opuestos son igualmente frecuentes.

Aún hay más; dentro de cada clase de valor se presentan anomalías y en cada caso se puede ser valiente y cobarde según las circunstancias del peligro mismo. Tanto da, en rigor, morir de un balazo como de una apoplegía, y hay quien tenga más miedo á la apoplegía que al disparo ó al disparo que á la apoplegía. Valientes hay que impávidos ante un revólver se sienten acometidos de terror ante un cuchillo. Al escoger género de muerte se acentúan esas inexplicables preferencias y esos matices imperceptibles del valor. Cada suicida prefiere una manera de darse muerte; quién el arma de fuego, quién la precipitación desde una altura, quién la asfixia, quién el veneno; los otros medios, aún cuando sean más seguros y menos dolorosos ó más rápidos, inspiran temor, aprehensión, y á veces el suicidio se aplaza ó se frustra sólo porque el suicida no encuentra manera de usar del único medio que no le inspira miedo ú horror. Hemos conocido á uno que teniendo á la mano armas y venenos prefirió inocularse con sangre de un cadáver por más que sabía la horrible muerte que le esperaba.

Nada más frecuente que encontrar rayos de la guerra que tiemblan ante un ratón ó huyen de un alacrán.

Las mismas anomalías se observan en las otras variedades del valor. Hay financiero á quien inspiran miedo cerval las empresas mineras, y que se lanza de preferencia á las peligrosas aventuras de la Bolsa; á otros el comercio más aventurado les inspira más confianza que la industria más segura. En cuanto á valor civil hay quien es audaz en punto á ideas religiosas y tímido en punto á asuntos políticos; la audacia científica ó filosófica va á veces acompañada de pusilanimidad en materias morales ó sociales.

Esta facultad, pues, multiforme y multicolora, verdadero Proteo siempre cambiante y movedizo, ofrece formas para todos los gustos, moldes para todas las naturalezas, y puede afirmarse que nadie, ni aún las mujeres y los niños dejan de poseerla ó de carecer de ella, según la forma ó variedad que se considere.

No hay, pues, valientes en toda la extensión del término, ni cobardes en toda la significación de la palabra, cada cual tiene su alma en su almario y puede ser alternativamente un héroe ó un mandria según el valor que se le pida y las condiciones peculiares del peligro que lo amaga. Lo cual no deja de ser consolador para todos.

Dr. M. Flores.

LAS MANIOBRAS.

Decía el Sr. General Berriozábal en el banquete que le ofreció el Sr. D. Pedro L. Rodríguez, Gobernador del Estado de Hidalgo: «Desde el año pasado comprendí la necesidad de formar una nueva ordenanza, y para que lo reglamentado se practicara en lo que se refiere al servicio de campaña, se acordó la expedición que hoy hemos visto concentrarse aquí.» Y luego agregaba con modestia que realza sus grandes méritos de organizador: «Esto que es solamente un ensayo no puede considerarse como la última palabra de nuestro trabajo.»

Las tres brigadas á que se refería el Sr. Ministro de la Guerra, iban al mando del General Coronel D. Eugenio Rascón, del Coronel D. Lauro Villar y del Coronel D. José B. Cueto, respectivamente.

En los momentos en que entraba á Pachuca el Sr. Ministro efectuaban su concentración en la Plaza las tres brigadas, acampando, la primera en el Rancho de San Nicolás, la segunda cerca del edificio en que está la planta de la luz eléctrica y la tercera al N. E de la Estación del Ferrocarril Mexicano.

En la del Central Mexicano, esperaba al Sr. Ministro, el Sr. Gobernador del Estado de Hidalgo, á quien acompañaban el Secretario del Gobierno, Lic. Don Francisco Hernández, el Juez de Distrito, el Jefe Político, los miembros del H. Ayuntamiento de Pachuca, el Mayor de Plaza Teniente Coronel Pirraga y los Coroneles Sres. Sebastián Ramírez y Néstor González.

Nuestras ilustraciones permiten ver el inmenso concurso que llenaba la Estación esperando la llegada del tren que conducía al Sr. Ministro.

El Sr. Gral. Berriozábal recibió en Pachuca respetuoso y entusiástico saludo de todas las clases sociales de aquella capital.

Inmediatamente ocupó la carretela que le ofreció el Sr. Gobernador, y acompañado por este funcionario y por el Sr. Secretario del Gobierno de Hidalgo, se dirigió al campo de maniobras para practicar la revista de los cuerpos de la expedición.

Seguían á la carretela doscientos charros. En todas las calzadas y calles la gente se agolpaba para presenciar el paso del Sr. Ministro. Muchas familias se situaron en la Plaza de toros desde cuyos pasillos se domina el lugar en que estaba el campamento de las tropas

***

Pasó revista general de ellas el señor Ministro. Formáronse los campamentos y se desmontaron las tiendas con rapidez y precisión plenamente satisfactorias. El señor Ministro practicó reconocimientos minuciosos y concienzudos, á fin de medir con toda exactitud la instrucción de los jefes y oficiales y la obediencia á las prescripciones de los reglamentos vigentes.

El terreno en que acamparon las brigadas, es pintoresco y los jefes de ellas aprovecharon sus varias condiciones para desplegar las líneas y vivaquear, presentando sus tropas en la disposición apropiada para que el Señor Ministro apreciara las cuestiones de organización en campaña que trata de resolver la Secretaría de su cargo.

Las maniobras de las Brigadas expedicionarias.

Esperando al Sr. Ministro en la Estacion del Central en Pachuca.

El espacio de que disponía la 2ª Brigada era amplio y lo limitaban zanjas y setos vivos: formó en orden las líneas y la vista del campamento presentaba un aspecto de simetría admirable.

Llegada del expreso que condujo al Sr. Ministro de la Guerra. [Instantanea.]

La 3ª Brigada ocupaba un rastrojo cerca del Velódromo. Esta era la que mejor se veía desde la Plaza de Toros, y la que sirvió á nuestros fotógrafos para las vistas que aparecen en estas páginas, y por las que podrá juzgarse de las irreprochables disposiciones de jefe de esa Brigada.

La 1ª Brigada se situó en un lomerío, siendo de notar el tino con que se aprovecharon las ondulaciones y asperezas del terreno, tanto para acampar, como para efectuar en orden y concierto las maniobras.

El Sr. Ministro no se limitó á examinar los movimientos que creyó conveniente ordenar, sino que examinó el rancho de los soldados, recogiendo informes pormenorizados acerca de los alimentos que tomaron durante la expedición.

No dejaremos de llamar la atención sobre las secciones del Servicio Sanitario que han merecido tan especiales y atinadas disposiciones á fin de dotar ese elemento del ejército de todo aquello que lo haga plenamente eficaz.

El servicio de correos es también admirable. Cada Sección estaba encomendada á Inspectores de Zona los cuales dieron á sus disposiciones todo el método y exactitud necesarios para que se viera con toda exactitud lo que puede esperarse de ese ramo en el evento desgraciado de una campaña.

Al frente de la tienda del servicio de correos se leía en unos cartelones la hora fijada para expedir la correspondencia.

La tienda de correos se montó con la misma rapidez que las de los soldados y no bien se formó el campamento ya tenían la oficina instalada y en funciones á sus empleados; los mensajeros recorrían el campo en bicicleta.

Los representantes de *El Mundo* depositaron tarjetas dirigidas á nuestro jefe, el cual las recibió oportunamente y con ellas una prueba palmaria de la eficacia del servicio de correos de nuestro ejército.

Después de la revista, el señor Gobernador obsequió al señor General Berriozábal con un banquete, al que concurrieron, además de las personas que acompañaban al señor Ministro, el señor Secretario del Gobierno del Estado, el Juez de Distrito, Lic. Luis Alvarez León, el señor Director del Instituto del Estado, los Coroneles D. Jesús Rodríguez y D. Antonio Tovar, el diputado al Congreso de la Unión Lic. D. José María Castellanos y otras distinguidas personas.

Después de ofrecer el banquete el señor Gobernador, el señor General Berriozábal pronunció el brindis á que nos referimos arriba, y en el que revela la fe y el vigoroso empuje con que secunda y pone en práctica los grandes proyectos del señor Presidente en el ramo de Guerra.

Una vez acabado el banquete, se dirigió el Sr. Mi-

El Sr. Ministro, el Sr. Gobernador y el Sr. Secretario del Gobierno del Estado, dirigiendose al campo de las maniobras.

Las maniobras de las Brigadas expedicionarias.

La caballeria acampada pasando revista.

El servicio sanitario, carro de Ambulancia.

nistro á la Estación del Central, ocupando su coche especial en el que dictó varias disposiciones.

A las seis de la tarde se presentaron los Jefes de Brigadas y Estados Mayores á recibir órdenes.

Según la disposición del Sr. Ministro deben salir hoy domingo de Pachuca, formando una División al mando del General de Brigada D. José María de la Vega.

La división pernoctará en los siguientes lugares: Domingo, Hacienda de Chavarrí; Lunes, Ometusco; Martes, San Juan Teotihuacan y Miércoles, Santa Clara.

El jueves hará su entrada á esta Capital y según se dice desfilará frente al Palacio Nacional.

Ya se ha dicho cuál es el objeto de la expedición y maniobras de las Brigadas.

Como en la Secretaría de Guerra se estudia todo un plan de organización del Ejército, estas maniobras tienden á poner en práctica los reglamentos, no sólo para instrucción de jefes y soldados sino para modificar ó confirmar de las diversas disposiciones que contienen los reglamentos.

El Sr. General Berriozábal con gran prudencia dispuso que se pusieran al frente del mando y Estados Mayores de las Brigadas á los mismos jefes que tienen á su cargo la Comisión de Reglamentos, así es que en las próximas juntas se discutirán éstos con todos los datos que se haya podido compilar durante la expedición.

DEFINICIONES.

Movible como la onda, ha dicho Shakespeare del corazón de la mujer.

Podría agregarse, profundo é impenetrable como el mar.—*Javier Eyma.*

* * *

Comparo el corazón de las mujeres á esas cajas mágicas, de las que salen cuando se las abre, diablos de todas las formas imaginables.—*Alejandro Dumas.*

Zapadores del 16 de Infanteria pasando revista antes de acampar.

La artilleria de montaña acampada.

Las maniobras de las Brigadas expedicionarias.

El campamento de la 1ª Brigada.

El servicio de correos del Ejercito.

La impedimenta acampada. Las fraguas.

Un grupo pintoresco.—Familias de soldados.

ALMA DE VIAJERO.

Lo que pasa á algunos con la belleza de la mujer, nos ocurre á otros con la belleza en general. El recuerdo de los sitios hermosos donde vivimos y de las cosas que en tales sitios amamos nos persigue y asedia. El menor suceso evoca, á veces, en nosotros multitud de imágenes, pálidas y vivas. Un olor cualquiera, que para los demás nada significa, puede en nosotros despertar un gran número de sensaciones dormidas, apagadas, casi muertas, que un día sacudieron nuestros nervios: quizás me transporte á la obscura alameda por donde paseamos un sueño divino de la adolescencia, ó á la orilla del lago sobre cuya onda muda murmuramos palabras de amor al compás de unos remos, ó á la casita de campo adonde el viento llevó á media noche hasta nosotros una canción quejumbrosa y triste, como canción de ave extraviada en la sombra nocturna. La quietud y monotonía de una existencia que se desliza bajo el mismo cielo y en un mismo horizonte, se nos llega á hacer insoportable. Vivimos con el pensamiento en varios países á la vez y padecemos la nostalgia de todos esos países. El reposo nos fatiga y abruma; suspiramos por la agitación y el movimiento de los viajes; sentimos necesidad de que nuestro cuerpo se extremezca y vibre con el traqueteo de los coches; y echamos de menos el calofrío que pone en nuestra médula el desatentado correr de los trenes muy rápidos.

De cuando en cuando se cierran nuestros ojos, y se recogen, á la sombra de los párpados, á soñar con días llenos de sol y fugas vertiginosas de paisajes. A veces, pensando en todas las cosas bellas que hemos visto desparramadas por el mundo, muy distantes unas de otras, nuestra nostalgia se convierte en el deseo insensato de hallar todas esas bellezas en un haz reunidas; y poderlas gozar así, abrazándonos á todos juntos con un solo abrazo supremo.

Melancolías, nostalgias y deseos imposibles, forman lentamente la tristeza que se alza de las páginas de muchos libros de viajes, como aliento de flores marchitas, y llena el alma del viajero hasta cambiarla en algo semejante á uno de esos valles muy hondos, húmedos y obscuros, siempre llenos de niebla. Ignoro si esa tristeza tiene algo de envidiable, ni si revela hermosura y nobleza de corazón, como algunos dicen. Es cierto que nos regala instantes de voluptuosidad exquisita, pero en otras ocasiones inmensamente amarga. De todos modos, y aun en sus mayores amarguras, la prefiero á la indiferencia de las almas que, sin extasiarse una sola vez, ni vibrar un momento solo, recorren la tierra. ¿Qué importa que nos volvamos tristes, si podemos conservar, viva y palpitante en la memoria, una siquiera de las bellezas por entre las cuales pasamos: el pedazo de cielo que nos acogió sonriendo con su diáfana limpidez azul, la escena de campo que nos colmó de regocijo, el crepúsculo sangriento cuya agonía presenciamos, el rostro hechicero de mujer que nos turbó deliciosamente, ó la rama en flor, mojada de rocío, que en el borde de estrecha vereda golpeó nuestras mejillas, perfumándolas?

M. Díaz Rodríguez.

ECO.

SIN NOMBRE.

I

Un peón que recortaba el pasto, suspendió los vaivenes de la hoz, estaba en cuclillas, se puso en pié, y dirigiendo una mirada al pabellón de vidrieras herméticamente cerradas, dijo á su mujer, que echadas atrás las puntas del rebozo, encorvada, una mano en la rodilla, arrancaba las hojas de perejil en la hortaliza:

—¿Y, cómo sigue?

—Mala......tres veces ha venido el doctor, no quitan el coche desde ayer, por lo que pudiera ofrecerse. Donde esta niña se muera, sabe Dios lo que será de la señora, que está hecha una loca. Y volviendo la vista en torno, agregó, apoyando la mandíbula en la mano y la diestra en el codo: Mira, tú, si parece esto camposanto de puro triste. Y los patrones, de partir el alma, ora que me llamaron para sacar la ropa sucia, entré hasta la pieza: la señora en la cabecera, teniendo así á la niña Elodia, y el señor, ya sale, ya entra, ya se para, ya se deja caer en las sillas, sin cuello, sin pantuflas; no come, tú, por eso tiene una cara fatal......el desayuno lo dejó enterito: te guardé los bizcochos que sobraron.

—Bueno, y la chiquita llora, se queja.. ...¿ó qué?

—Nada, has de cuenta un tronco...resuella fuerte, y nada más....no abre los ojos.

—Eso es....*tiricia*.

—¡Qué! si dicen que es algo de adentro, de los nervios, ¡ve tú á saber! Y los patrones, llora y llora; uno trae el *chisme* ese que les meten debajo del brazo para ver si tienen calentura, otro vé el reló, y cucharada y cucharada, y píldora y píldora.

—¡Sea por Dios! ¿Ya hiciste el almuerzo? porque han de ser las diez, tú; mira hasta donde da la sombra de la magnolia. Anda carrerita, y cuando esté me avisas. Remangóse los calzoncillos, empuñó dos regaderas, que paseó bañando los arbustos, y tras un *¡han!* de cansancio, secóse el sudor con la manga, lanzó el principio de un silbido, se acordó que no podía, y siguió tundiendo el camellón, en cuyo extremo yacían olvidados juguetes de niño: un cubo azul, una pala minúscula y un rastrillo clavado en los terrenos.

¡Y Abril, entretanto, se cuajaba en grumos de nieve sobre los rosales! ¡El mes del blondo sol prendía ascuas verdes en los retoños y franjeaba de oro la flequería de las enredaderas! Toda la paleta de los blancos y azules castos y de los rojos lascivos se sacudía en los follajes, que aquí rompían las rejas del cenador, allá doblaban los alambres guías de las trepadoras, y Elodia, dentro, en la obscuridad de los enfermos, oía, desde su cama, el retozar de los pájaros y aquel melancólico ritornelo de la fuente, un tallo de cristal en cuyo extremo una florescencia de blancuras lanzaba centelleo de pedrerías.

Una semana antes, fué al jardín por última vez: el señor leía sus periódicos en el cenador, después de bañarse y hacer sus diez *cristos* con las balas, se paseó en zapatillas por la arena crepitante, enderezó las cercas caídas, olió las rosas y pidió el desayuno; la señora llevaba una bata azul, pusieron el almuerzo en una mesa rústica, en albo mantel, y se colocó la silla alta de Elodia, entre los dos: la niñera atrás, seria y con delantal almidonado, teniendo en la mano el aro de colores.

—Pero chiquita, ¿qué tienes? no has pedido un beso á papá. ¿No me quieres? A ver, déme su boquita; ¿no eres mi cielo?

—Sí, pero tengo sueño!

—Sueño ¡y ha dormido toda la noche! ande, floja. Cuando vayas á comprar carne, no la compres ni de aquí, ni de aquí, ni de aquí, sólo de aquí....

—Está palidita.

—Todas las porquerías que comió ayer, te lo dije; dale su purga. ¿No quieres café? ¿Prefieres el chocolate? ¿Tomas tu costilla y tu vino? Anda, yo mismo te la doy, así, en pedacitos, abre la boca.

La niña no respondía; cruzando los brazos sobre el mantel y dejando caer en ellos la cabecita, dormitaba.

—Y está fresca, no tiene calentura! ¿Qué será? Por las dudas, que venga el médico; tal vez un recargo de estómago.

Y lo decían con un tono que procuraban hacer alegre, pero resultaba sollozante, con el tono de la cobardía paterna, de que ese frágil sér, tierno capullo, delicado pajarito, ese querubín endeble, pudiera llorar. Porque era el primer hijo, el más amado, la caricia hecha carne, la herencia de amor, donde se completan y resumen los esposos; aquel angelito rubio de quien tanto hablaban en voz baja y entre rubores, el que esperaron tanto tiempo con mudas ansiedades; el hijo del primer dolor, el tesoro que se contempla al borde de la cuna, el que si suspira os hace saltar del lecho, temblorosos y cuitados, el que abre los ojos para que despierte el día, el que con su enfado ó sus transportes alegra ó entristece el desayuno: el que si está pálido, os persigue con su carita dolorosa, en la oficina, en la calle, en todas partes, y os sobresalta esta pregunta que acompañan latidos turbulentos: ¿cómo habrá seguido? y olvidáis el cálculo, y no atináis con la frase, y se confunden la ley ó la fecha, y os llegáis al teléfono para preguntar con ansia y sentir un inmenso consuelo cuando una voz amada os contesta que está dormidito, sí, dormido, y nadie chista; se anda de puntillas, se espanta la mosca, se dulcifica la mirada, y suspensos lo miráis respirar poco á poco, con huellas rojas de encaje en la mejilla, las manecitas apretadas, y cuando lanza un suspiro de reposo, balbutís, con los ojos húmedos: ¡pobrecito! Por un juguete, que romperá mañana, contraéis un compromiso; por verlo patalear un momento más, no acudís á la cita; y hay un poema de sereno amor en esa lenta y larga mirada que posáis en la esposa que le ha legado el azur de los ojos besados con mística ternura y el hoyuelito que en la risa hace exclamar: ¡es tu retrato! Le han hecho fotografías, desnudo y entre blondas; por él se detienen en los escaparates y recorren las tiendas, el incrédulo pide un Dios para que lo proteja, y sea la suerte una hija de Faraón, que no lo deje morir en la cesta de mimbres

de la vida, juguete de las olas! Y por eso ante Elodia ya palidecieron, la acarician y le dicen:

—¿Vamos al jardín á jugar quién corre más? ¡Que vayan por el doctor, y mientras, ¿le hará mal el sol? Véngase mi reina! Y la muchachita anda lenta, muy lentamente de mano de los dos.. ¿Quieres tu coche? ¿Traen al borrego, al *mé* y á los patos? ¿Juegas con tus muñecas? Vengan aquí todos los juguetes de la niña; que abran el paraguas chino para que no le dé el sol, y que pongan en la mesita negra la caja de música, para que baile este encanto; y la enfermita, rodeada de sus riquezas infantiles, bajo la ronda de endriagos, mariposas y daimios de estravagantes colores de Asia, al son del wals lento de la caja de laca, toma un objeto y lo deja, tiene sueño, mucho sueño, y en torno danza de insectos, cromáticas de pájaros, abaniqueo de frondas, lenta emigración de caracoles, indecisa fuga de lagartijas, y dominando esa égloga discreta de Abril, como una nota de pesar, el triste, triste ritornelo del agua, subiendo al cielo como tallo de vidrio, en cuyo extremo se abre una flor de espuma, que se deshace en lágrimas de iris.

La niña, al sol, como que se anima: arrastra el carrito barnizado de rojo, acuesta, sobre un escudo de enanas florecillas, sus tres muñecas: la mamá, una azul más grande que ella, que hablaba y cerraba los ojos; la rosa, vestida de muaré, y la minúscula, la novia de blanco, la de porcelana.... pero ni una ni otra, ni la restante, le arrancan más que una mirada incolora y sin fijeza.

Y á un paso, como un merodeador que acecha, tras las hojas sonantes del plátano, con ojos que suplican, con boca donde la respiración se suspende, una niña atónita, mira la cuna de mimbre, la vajilla de mentira, el roperito de espejo y esos ojos de cristal, grandes y azules, esos grandes ojos de muñeca, que la miran de hito en hito.... fascinándola, es la hija del jardinero, arisca y fea, la muchachita desmedrada á quien hablan y se chupa el dedo, frotando sus piés descalzos uno contra otro y bajando los párpados. La han sorprendido, quiere escurrirse, pero la detienen.

—¿Quieres jugar con ella?

—Sí, si quiero.

—Ven. ¿Cómo te llamas? ¿Por qué no respondes?

—Es la hija de Don Pancho.

—Bueno, pues jueguen, jueguen á las *visitas*, jueguen á la *comidita*. Anda, acércate, no tengas miedo, dale la mano á la niña, ¿las tienes limpias?

Y primero tímidas y recelosas, se acercan; Elodia la vé con curiosidad, le toca el rebocillo colgante, poco á poco pasa su manecita blanca por el carrillo asoleado de la otra, palmotea en él y le da un beso.

—¡Oh, tesoro! y la levantan por los aires, en medio de una explosión de ósculos paternos.

Son amigas, ya lo eran, pero la cuidadora había contado en la cocina que á los amos no les gustaba que la Marcela se juntara con Elodia; por eso tiembla la hija del jardinero, porque le pegan cuando la busca, y por eso como que descansa de un gran cuidado cuando el señor mismo la toma de la mano y la lleva bajo la sombrilla; se aleja para que no lo respeten, finge reanudar su lectura y las deja que en su lenguaje informe se cambien preguntas y confidencias, sugeridas por la parodia de mobiliario ó de gentes, que representan los juguetes; pero de soslayo sigue los manejos de esas dos figurillas, la nimbada de oro por los cabellos y la que relumbra como el cobre en que se forjan los desheredados.

Ya ha reído Elodia, quiere mucho á Marcela; como niña rica, es el único sér de su edad que trata.

—Toma, toma la cafetera....yo soy mamá, y traes el desayuno.

—¿Y si se rompe?

—No le hace.... trae al niño, porque le vamos á dar su leche. Mi hijo es el color de rosa; el tuyo el azul; y la humilde muchacha toma como objeto sagrado el muñeco, lo abraza, paso á paso lo acerca, y teniéndolo así, suyo un momento, objeto de sus sueños, ambición pueril pero inmensa, se olvida de todo, lo mece, lo contempla, le dice con media lengua, lo que su mamá le dice al hermanito para dormirlo, y es feliz; su amiga está absorta de tanto cariño, parece que, con imposible precocidad, comprende lo que Marcela piensa y siente, con el rorro en el regazo, y sin saber por qué, pónese roja, arrúganse sus cejas, se contraen sus labios; se le arrasan de lágrimas los ojos, y tras una convulsión rápida, como sollozo que no sale, se desvanece, tambalea, y cae boca arriba, con los brazos en cruz, sobre una caja de cubos con letras mayúsculas y un gato de cuerda, y queda así lívida, sin oír otro grito, que el del padre, que la sacude por el aire y le pregunta con voz de terror:

—¿Pero que tienes, vida mía? ¿Pero qué tienes, mi cielo? ¿Pero, Dios mío, qué tienes? ¡Responde! ¡Abre los ojos! ¿Qué tienes? Y corre enloquecido, salvando cercas, con el cuerpecito en brazos...... Fué el primer acceso......

II

—¿Y, no te duele nada?

—No, mamá. Y ¿quién habla allá adentro?

—Es papá, que le pregunta al médico si mañana bajas al jardín.

—Y Marcela, mamacita chula, ¿por qué no viene? yo quiero á Marcela.

—¿Quieres que venga?

—Sí, mamacita; pero no te vas tú, ¿verdad que no te vas?

—No, mi vidita, no; aquí estoy. ¡Carlos!

—¿Qué, hija?

—Que la niña quiere que venga Marcela.

—En el acto!.... Y él mismo baja á la vivienda del jardinero; que no quiere que la vistan de limpio, así está bien, descalza, no le hace, la niña la llama.

Y hélas ahí, momentos después, rodeadas de los mismos juguetes....

—Marcela, quieres mucho á mi muñeca, ¿verdad? La quieres más que á mí, la ves mucho y la besas cuando yo me volteo.

—Sí....

—Mira, mamá, cuando sane, cuando yo sane y sea grande, me compras otra muñeca grandotota, grandotota ¿eh? y ésta se la damos á Marcela.

—Bueno, sí, pero no hables; ¿ya sabes? ya te estás poniendo pálida, te cansas, mi tesoro...duérmete.... duérmete, así, en mi pecho. Aquí se queda la muchachita, no se va; cuando despiertes juegan más.

Y Marcela, inmóvil, con mirada de animal fiel, la contempla con los párpados violados de los agonizantes, con la boquita reseca y despellejada, el mento saliente, el pechito ahuecado, donde se mece apenas una medalla de esmaltes y asoma la transparencia gelatinosa de la tela de salud que protege el cáustico; la mamá dormidita, y entonces Marcela, poco á poco, primero toca la orla, después la palpa, y por último, abraza á la muñeca sesga en el lecho, y la arrulla.... y se duerme, para abrir los ojos cuando después de mucho tiempo oye una voz, que se dijera estertor de angustia:

—¿Carlos?

—Hijita.

—Se ha enfriado, tócala, ¡está como un hielo! le dice con mirada de loca....

—¡Doctor! ¡pronto! ¡pronto!..... ¡Hija! ¡reina! ¡princesita! Elodia..... Doctor, ¿qué es esto?. .... y no se atreve á preguntar.... Sí, ese frío es el frío de los epílogos.

—Desgraciadamente.... por inmensa desdicha!

—Hija, mira, no llores así; no llores, Adela, no llores así.

—Usted tómela, se lastima, se golpea, yo.... ¿pero qué hago? ¡Francisco! ¡Luis! ¡Hija, hijita, hijita! No, doctor, revívala usted, revívala usted, ó me muero yo. Pero Dios mío, ¿qué hemos hecho....?

—Calma, señora, calma, y sálgase usted de aquí... se enferma, recuerde al que viene, al que se estremece en sus entrañas, eso le hace mal.

—¡No me salgo, por Dios que no me salgo!

Y hay explosión de sollozos; en el lecho revuelto, y sobre el cuerpecito frío, se encuentran las bocas que besan en el mismo sitio, en esos labios adorados que se crispan en una sonrisa de burla, de la materia inerte; la calientan con el aliento, como si con él le infundieran vida, la bañan en lágrimas, la pasean desnuda y con demacraciones de mártir, y piden cuenta á Dios de ese crimen, de esa hija tan linda y tan buena, de esos ojos azules donde no brilló la culpa, de ese despojo de tonos liliales tornado en frialdad aterradora, de ese depojo á quien hirió un rayo, que no, no mandaba el Señor, porque no era tiempo aún!

Y Marcela, detrás de una cortina, con el muñeco en brazos, no llora; no sabe, no comprende lo que pasa; pregunta qué hace con el rorro, y una voz sollozante le dice: llévatelo, llévatelo, ella te lo dió. ¡Dios mío, Dios mío! ¿qué te hemos hecho?

Y la muchachilla sale, sale corriendo, sin miedo á las piezas obscuras, se llega á la madre y le dice, mostrándole el tesoro:

—¡Me la dieron, me la dieron, mamacita! Y luego, súbitamente seria y en secreto, murmura: ¡y si vieras, todos lloran, el señor y la señora, y la niña Elodita no habla, y está dormida, dormida, y el doctor le pega la oreja al pecho y dice, moviendo la cabeza, que no, que no, y todos gritan: «¿Pero Dios mío, qué te hizo para que te la llevaras?» Y sigue su charla insensata y cruel, sola, porque la madre ha comprendido, y vuela al pabellón, y todavía en las altas horas de la noche, cuando grupos silenciosos de criados arrancan flores que no se abren todavía, para la muerta, cuando salpica la fronda de los árboles el centelleo de los cirios, cuando los padres, embrutecidos de dolor, se hunden en el mutismo de los inmensos duelos, se oye un canto de niña feliz que arrulla, de niña feliz que no puede dormirse: es Marcela que

dice ternezas á su muñeca; y la acompaña triste, melancólico, lloroso, el ritornelo de la fuente, el recto chorro que allá, en el fondo de la noche, se desgrana en invisibles lágrimas!

MICROS.

DE "ACUARELAS"

Ha caído la tarde. Medrosas y silentes
se encaraman las sombras por las aguas vertientes,
las neblinas descogen su perlado capuz;
y lejos, muy lejanos, se perfilan los montes
sobre los horizontes
que el crepúsculo enciende con policroma luz.

En la playa murmura, como cansada queja,
la ola coruscante que viene y que se aleja,
dejando en las arenas su espuma de cristal;
mientras que, al triste acorde de las pausadas ondas,
el terral, en las frondas,
como en una arpa, rima su canción tropical.

Ya sus luces las barcas pescadoras encienden,
las alas tremulantes de sus velas extienden,
y, rasgando las brumas de finísimo tul,
como errantes gaviotas, surcan con raudo vuelo
el mar, color de cielo,
cromo, violeta pálido y zafirino azul.

Fingen sartas de estrellas y lucientes gusanos
las vivas quemazones de los montes lejanos,
suben las humaredas como grácil crespón;
y un nimbo, que simula crespo león rampante,
en el confín distante
pone su zarpa sobre el nítido Orión.

Sobre un bosque de pinos, que nimba un fulgor leve,
va surgiendo la luna, como bola de nieve,
filtrase entre las ramas su liufática luz;
y el girón de un celaje, como randa de espuma
se abrillanta y esfuma
sobre el cenit turquesa, de la noche al trasluz.

Un barquichuelo, súbito, de la costa se arranca;
el terral, dulce y blando, comba su vela blanca,
que cual gaviota alígera, sobre las olas va:
y, escuchad, vibra el canto, como doliente queja,
de un galán que se aleja,
y de la amante niña, que sobre el delta está:

—¡Mi bien, retorna presto!—¡Cuando despunte el día!
—¡Mi corazón te llevas!—¡Te dejo el alma mía!—
—¡Alúmbrenme tus ojos antes que alumbre el sol!
—¡Te besaré primero que la mañana fresca!
—¡Adiós!—¡Cuando amanezca,
me encontrará en tus brazos la luz del arrebol!

Ella agita el pañuelo, como una ala impaciente,
y el pescador se aleja sobre la mar turgente,
de olas coruscantes y de un azul turquí;
y se tienden los brazos con afán infinito,
y á la vez con un grito,
que el ronco mar sofoca, siguen gimiendo así:

—¡Quisiera ser el soplo que va hinchando tu vela!
¡quisiera ser la onda; ¡quisiera ser la estela
que de tu barquichuelo va de la popa en pos!
—¡Adiós! ¡el alma mía queda al pié de esa roca!
Y ella responde loca:
—¡Adiós!.... Y luego el eco repite: ¡Adiós!...¡Adiós!

JOSE BECERRA.

COSAS VISTAS.

I

LOS ADOBEROS.

El sol de Agosto caía á plomo sobre el fallaje que los frutos ya maduros y las primeras hojas secas salpicaban de manchas rojas y amarillas, y las inmóviles y atigradas sombras, tendidas en torno de los tallos, atraían dulcemente la vista fatigada por el gris deslumbrador de la reseca tierra. El lento susurro de moscas y mayates y el rumor invariable del agua, lejos de turbar el silencio, armonizaban con él, haciéndole más perceptible. De vez en cuando, una tenue ráfaga de aire, moviendo apenas las ramas más altas, volvía hacia el sol el dorso blanquecino de las hojas. El aire cesaba, y, precedido de un débil rozamiento, sonaba en la tierra, seco y distinto, el golpe de un fruto.

Dos adoberos, en una melga distante, ejecutaban sus maniobras iguales y precisas. Su camisa de morena manta remangada hasta los hombros, y sus amplios calzones de lo mismo enrollados á los muslos, albeaban junto á la broncínea piel de sus brazos y

piernas. En las ramas de un árbol colgaban los sombreros de petate y el guaje de agua fresca, y, arrimados al tronco, yacían los jorongos de vivos matices á par de los guaraches con el entretejido correaje del color de la tierra y en la plantilla inferior la mancha negra formada por el contacto del pié.

Los dos adoberos trabajaban, trabajaban sin descanso mientras el sol iba cayendo.... Uno de ellos llenaba una cubeta en el vecino regajo y la vaciaba de un golpe sobre el barro negruzco, salpicado de leves aristas de paja. Removíale después hundiendo en él su azadón, y cogiendo en la plancha cuanto en ella cabía, llenaba de lodo un mediano trozo de tabla que iba á vaciar más allá á lo largo de la melga, en montoncillos simétricos. El otro, apoyando en el borde de la tina la tosca adobera, la humedecía por dentro, y, poniéndose en cluclillas, la hincaba con fuerza en los montones de barro, quitaba el que había quedado en torno de ella, la rasaba con ambas manos, y golpeándola suavemente por uno y por otro lado, alzábala á pulso, apareciendo el adobe negro y brillante, sobre el cual arrojaba después un puñado de polvo...

Y empezaron á cantar las gorriones en los frutales y á chillar las urracas en los fresnos; hiciéronse las rachas más frecuentes y más duraderas; aparecieron mujeres que hablaban y reían, muchachos que apedreaban los árboles, y venían de todas partes alegres rumores que ahogaban el susurro de mayates y moscas y el ruido del agua. Los últimos rayos del sol ya oculto bañaban con dorada luz el horizonte, y alcanzándolas apenas con su débil extremidad, ponían un tinte rosado en las nubes dispersas en el cenit. Aparecían, aquí y allá, claros de cielo de un verde pálido y las cordilleras orientales se destacaban sobre un fondo sombrío, teñidas de intenso violeta.

Entonces los adoberos se restregaron las costras de lodo pegadas á sus piernas; laváronse las manos y se las secaron frotándolas repetidas veces de palma y de dorso en los calzones y en la camisa; se bajaron mangas y perneras, sobándolas hacia abajo para quitarles el vicio; se calzaron, y recogiendo los jorongos y los útiles de trabajo, el uno tras el otro, se alejaron por los umbrosos andadores, al través de las huertas.... Ya la arrebolada se había desvanecido, y el obscuro follaje destacaba claramente su caprichoso perfil en el espacio incoloro.

II

EN LA FERIA.

La pequeña ciudad de barracas de mantas parecida á un campamento, en que se albergan durante las ferias de mi pueblo, ruletas, *chuzas*, loterías y otros establecimientos similares, estaba aquella noche llena de gente y de ruido. Voceaban los *puesteros* los cacahuates, las naranjas, los perones, las nueces, y los dulceros ambulantes lanzaban su estridente *¡dulces y agua!*

tan grato á los oídos infantiles. Aquí tocaba una orquesta piezas alegres; allá un violín ronco rechinaba al compás de un canto desentonado y gangoso; en una pulquería, un *peladillo* de anchos calzones, el jorongo al hombro y el sombrero de palma echado hacia las cejas, batía la tierra, bailando el nervioso *jarabe tapatío*, al son de un arpa, mientras los demás parroquianos, sentados en torno, apuraban, uno tras otro, en el mismo enorme jarro, el espumoso pulque. La dueña del establecimiento, con cintas rojas en las negras trenzas echadas sobre la espalda, airosamente terciado el rebozo tornasol y sonantes y ampulosas las enaguas de indiana azul, de pié ante el mostrador, servía á los consumidores de dentro y de fuera, llenando sin cesar jarros y vasos en la gran tina erguida sobre el tablero. Más allá, los *caballitos* giraban con ruido de tren en marcha, entre los jadeos del vaporcillo que les movía y el aire monótono del cilindro.

Un *carcamanero*, ante la mesa cubierta con rojo cobertor, en que, á la luz del farol de sucios vidrios, se aparecían los naipes encuadrados en roñosos marcos de zinc y un montoncillo de centavos salpicado de pequeñas piezas de plata, agitaba su encascabelado cubilete, cantando una copla chusca para atraer á los jugadores.

Pero el hombre no estaba para ello. Primero una pareja de aldeanos, después una vieja con dos niñitos, luego una infinidad de tipos de todas clases y estaturas, habían ido ganándole centavos, medios, reales, llevándose, al cabo, las tres cuartas partes de su exiguo capital.

Por último, una pandilla de maleantes pilluelos rodeó la mesa. Tres de ellos, apoyados los unos en los otros, y el de en medio con los brazos sobre el cuello de sus adláteres, hacían las apuestas. De los otros dos, uno se afanaba por encender un cigarrillo de hoja de maíz, metiéndole por los resquicios del destartalado farol, y el otro daba terribles dentelladas á un trozo de caña y escupía los bagazos sobre el primero que acertaba á pasar á su lado.

Apostaban cuartilla cada vez; pero como la suerte era buena, uno de los rapaces gritó, moviendo nerviosamte brazos y piernas:

—¡Ora de á *rial!*

—¡Párate, párate,—observó otro!

—¡Sí, sí, de á *rial!*—aulló un tercero:

Y las apuestas se cuadruplicaron. En un dos por tres *tumbaron el monte*, y entre risas, alaridos y zapatetas, se fueron de ahí con el enorme capital de doce reales.

El infeliz carcamanero se rascó la cabeza metiendo los dedos de la mano derecha por debajo del sombrero; apagó el farol y le dejó en tierra; dobló cuidadosamente el zarape sobre los naipes y el cubilete; se puso en cuclillas debajo de la mesa, y, tras de algunos tanteos, la levantó en equilibrio sobre la coronilla; cogió en una mano el doblado zarape, y en la otra el farol y la silla, y abriéndose paso entre el inquieto gentío, desapareció en la obscuridad de la cercana calle.

III

EN MITAD DEL ARROYO.

Era un mediodía de principios de Mayo. El cielo grises en el cenit, hacía experimentar con sus lejanías intensamente azuladas la vaga sensación de misterio que causa el agua inmóvil y profunda. El sol no caldeaba la tierra, antes bien, parecía bañarla en un fresco raudal, callado y transparente, que lavaba las hojas de los árboles, sacaba lustre á las fachadas, humedecía levemente el polvo de la calle é impregnaba de grata frescura las alas del viento intermitente y suave como el soplo de un abanico. Pasaban los transeuntes con aire de actividad y bienestar; los carros de carga corrían rebotando con ruido ensordeciente, entre el chasquear de la tralla y el vocear del cochero, y cantaban los zenzontles y los canarios en las casas vecinas. Una pareja de gorriones piaba en la orilla de un pretil, y un perrazo, sentado en los cuartos traseros y meneando la cola, los miraba de de la acera de enfrente con ojos de codicia.

Tres chicuelos seguían, ronceando, la calle adelante. Dos de ellos, que debían de ser hermanos, llevaban idéntico traje: pantalones de cotonada con remiendos de género nuevo en las rodillas, sujetos con un solo tirante de materia y color indefinibles, camisillas de indiana colorada y sombreros de lana caídos de falda y puntiagudos de copa sin ribete ni cinta, como mangas de colar. El otro vestía calzones y camisa de manta, metida ésta dentro de aquéllos solamente por la parte delantera, y un gran sombrero de palma al que le faltaba la parte extrema de la copa. Los tres coincidían en tres cosas: en la suciedad de la cara, en lo alborotado de las greñas y en el ir descalzos y en pernetas. Uno de los primeros llevaba al brazo una canasta tapada con morena y burda servilleta.

Los seguía de cerca, deteniéndose cada vez que se detenían y mirándolos fijamente, como fascinada, una muchachuela de rostro moreno y gracioso, cubierta la cabeza con un rebocillo de hilo azul, por debajo del cual salían mechones de negro y liso pelo. Vestía cortas enagüillas de quimón y medias rojas, caída la una y la otra á medio camino de la pantorrilla abajo. Por los agujeros de los rotos zapatos se le escapaban los dedos gordos y desnudos al par que algunas hilachas de las rotas medias. Llevaba en la mano derecha un botijo de barro.

Los tres chicuelos se detuvieron á hacer sonar la argolla de hierro que servía de remate á un guardacantón, y la embobada muchacha se detuvo también á corta distancia, arrimada á una puerta. Aquellos hablaban y reían, cuando, súbitamente, rodó la canasta hacia el arroyo esparciendo hasta una docena de tortillas y sendos platos de loza burda con caldo, carne de cocido, garbanzos y frijoles. Caer la canasta y soltar el grito el muchacho que la traía, fué todo uno. Lloraba haciendo muecas y frotándose los ojos con el dorso de ambas manos. El que parecía su pariente recogió la canasta y fué poniendo dentro de ella los platos, las tortillas y la servilleta.

—Anda,—dijo al afligido muchacho,—les dices que te *cayistes*.

Y dirigiéndose al otro que permanecía impasible, agregó:

—Yo creo que no le harán nada. ¿Verdá?

—Llévala tú, gimió aquél entre sollozos y lágrimas.

Entonces el compasivo chicuelo extendió la servilleta sobre la canasta, y cogiéndola por el asa, á buen paso y sin decir palabra, se fué por donde habían venido.

La muchacha, entre tanto, silenciosa y sin moverse de su sitio, miraba, miraba fijamente; miéntras el otro rapaz, mascando *chicle* y escupiendo de vez en cuando por el colmillo, brincaba el guardacantón de acá para allá y de allá para acá con presteza increíble.

De pronto el que lloraba, interrumpiendo en seco su llanto y arrimándose á la pared, levantó vivamente una pierna, se cogió el pié entre ambas manos y serio y formal, comenzó con repetidos pellizcos á sacarse una espina. Cuando la tuvo entre el pulgar y el índice, tras de mirarla un instante, la aventó de un capirotazo, se puso á llorar nuevamente con iguales ganas y con las mismas muecas, y echó á andar á buen paso, diciéndole á su compañero que continuaba en sus juegos acrobáticos.

—Vente.... pa que me atajes porque no dilata en venir mamá.

El otro le siguió con aire descuidado y tranquilo. La muchacha se fué tras ellos con el embobamiento de siempre, y cuando doblaron uno tras otro la próxima esquina, los tres volvieron la cara: el primero con rapidez y azoramiento, el segundo con desgano, como quien satisface una curiosidad poco apremiante y la muchacha con cierta inconsciencia, como obedeciendo á un movimiento reflejo.

J. García Rodríguez.

LAPIDA.

[Para El Mundo Ilustrado.]

Cuando me muera yo, sobre mi fosa
No quiero en mármol inscripción que diga:
«Fué buena madre y excelente esposa,
Hija tierna, sincera y leal amiga.»
Quiero no más una modesta losa,
Una cruz de madera
Hacia el azul inmenso levantada
Cubierta de tupida enredadera,
Y esta inscripción sencilla y verdadera
Esculpida en la piedra: «¡Desgraciada!»

MARIA C. DE KATTENGELL.

FLOR DE AYER.

¿Cómo negarla, si me fué pedida
con dulce acento y ademán huraño,
cual si temiera ocasionarme daño
la fervorosa súplica rendida?

¿Cómo negarla?...... Vacilé aturdida,
y ante aquel modo de pedir extraño,
pensé que bien pudiera un desengaño,
por una flor, acibarar su vida......

Y la entregué: pero mirando al piso,
con un temor tan grande y verdadero,
que ni hablar me dejó; y, de improviso,
dióla un beso mi joven caballero,
que para el álbum de sus triunfos quiso
mi flor primera y mi rubor primero.

SIEMPRE SUFRIENDO.

Se desató la tempestad, y el cielo
cubierto de una nube ennegrecida,
fué la imágen de mi alma sin consuelo,
de mi alma dolorida.
Pasó la tempestad, vino la calma;
volvió al cielo la luz y la alegría....
¡ay! sólo mi pobre alma,
después de su dolor, quedó sombría!

TRISTE PASION.

Mando á mi pensamiento que te olvide,
y más de tí se acuerda;
mando á mi corazón que no te ame,
y, ardiente, se rebela.

Quiero cantar, y el pecho enamorado
exhala tristes quejas;
quiero reír, y llanto silencioso
por mis mejillas rueda.

En la noche pretendo refugiarme
contra esta lucha interna;
pero cierro los ojos, y mi espíritu
por tí velando queda.

Ni entonces un destello de esperanza
disipa mis tinieblas:
Siempre despierto sollozando triste,
mirando que te alejas.

Y si imagino que la muerte, al cabo,
piadosa me consuela,
pasas sobre las flores de mi tumba,
con cruel indiferencia.

¡Triste pasión, la que llenó mi alma,
por siempre de tristeza!
Sin tu amor, vivo triste; con tu olvido!
¡qué triste estaré muerta!

¡ALMA MIA!

Ave errante y peregrina,
tú, la de los sueños de oro
y las visiones celestes
y los anhelos hermosos,

¿Cómo te ves, alma mía,
presa en ánfora de lodo
y escondida entre las zarzas
de este valle triste y lóbrego?

Aquí no tienen tus alas
cielo, ni aurora tus ojos;
aquí todo está cubierto
por una nube de polvo.

Existen, por una flor,
una multitud de abrojos;
por una mariposilla,
mil gusanos asquerosos.

Hay más ciénegas que fuentes
y más eriales que arroyos.
Por un cordero ¿has contado
las víboras y los lobos?

Y el reptil desde su charca,
la fiera en su inmundo sótano
y el gusano desde el cieno
forman un terrible coro
de repugnantes silbidos,
de voces y gritos roncos....

¿Sabes lo que dicen?—¡Muerte!
¿Sabes lo que sienten?—¡Odio!
Y tú, con tus blancos sueños,
y tus anhelos hermosos,

¿Cómo vives, cómo vives
en este valle tan lóbrego!

¡Cuán lejos está la patria!
¡Cuán alto el divino aromo
que ofrece entre borlas níveas
lecho blando y oloroso!

¡Cuán lejos el puro ambiente
de aquellos montes frondosos!
¡Cuán alto el sol que difunde
el bien, con sus rayos de oro!

Pero el destierro se pasa,
y entre suspiros y lloros,
de la libertad el día
llega al cabo, tarde ó pronto.

¡Ya me parece mirarte
revolar, llena de gozo,
mientras que en polvo se trueca
la triste prisión de lodo!

JOSEFA MURILLO.

DE UN POEMA.

Un beso y nada más clamó el amante,
Y otro beso después, clamó la amada;
Mientras que allá en la mar iba tremante
Una onda de luz tornasolada.
Adiós, y piensa en el que está distante;
Adiós y piensa en la que está olvidada;
Un beso nada más clamó el amante,
Y otro beso después clamó la amada.
A la pálida boca del levante
Unió su labio el alba nacarada;
Un beso nada más clamó el amante,
Y otro beso después clamó la amada.
Después el eco de una voz distante,
Después el eco de una voz ahogada:
Un beso nada más mi dulce amante,
Y otro beso después, mi dulce amada.

MIGUEL E. PEREYRA.

DE "SAVIA ENFERMA"

Qué dragones, qué tarascas, en castillos encantados
te custodian, oh princesa de mis sueños incesantes,
entre cofres herrumbrosos por los genios fabricados
y repletos de zafiros, de rubíes purpurados,
de amatistas nunca vistas y diamantes titilantes?

Qué Merlin de seculares barbas cándidas disfruta
de tus núbiles frescuras y tu gracias infinitas
en lo espeso de una selva y al amparo de su gruta,
do se cuajan los albores de cien mil estalactitas?

Qué delfin de aletas de oro por las aguas ambarinas
te condujo —nauta mónstruo— penetrando los cristales,
á los limbos penumbrosos de cavernas submarinas,
entre perlas margaritas y obeliscos de corales?

O qué silfo, audaz tenorio con belleza y con fortuna,
te llevó sobre las alas de un hipógrifo nocturno
ó en las tiebras cabalgando de algun haz de blanca luna
á su alcázar verde y oro del anillo de Saturno?

Díme, díme dónde moras, iré á tí con loco empeño
quebrantando los hechizos, los conjuros y los lazos;
si eres sombra seré sombra, si eres sueño seré sueño,
si eres nube seré nube, si eres luz seré risueño
rayo de alba ó de poniente por llegar hasta tus brazos!

AMADO NERVO.

Páginas de la Moda

FIG. 1.—TRAJES DE VERANO PARA NIÑOS.

LAS ENFERMEDADES.

En lenguaje vulgar una enfermedad se define diciendo que es «Una alteración en el estado del cuerpo ó de alguno de sus órganos, que interrumpe ó turba el curso de las funciones vitales y que causa ó amenaza causar dolor y debilidad.»

Los redactores de «La Salud» se proponen presentar mensualmente en sus columnas artículos en que se describa brevemente alguna de las enfermadades comunes, y hacer al mismo tiempo observaciones que ayuden tanto á prevenir las enfermedades como al buen tratamiento de ellas. Vamos por tanto á presentar algunas notas preliminares sobre las enfermedades en general, que sean como un prefacio de los artículos que han de seguir.

Enfermedades de varias formas hay que están profundamente distribuidas. Unas enfermedades son muy comunes en un país y raras ó menos comunes en otro. En el mismo país y aún en la misma localidad ciertas razas contraen más fácilmente que otras una enfermedad particular. Ciertas estaciones del año favorecen la extensión de una enfermedad, y finalmente las particularidades de las individuales ó idiosincrasis son factores que deben considerarse entre las causas de las enfermedades.

Cuando una enfermedad aparece en una localidad, pero de modo que se dan pocos casos de ella, la llamamos esporádica; y si la enfermedad llega á establecerse en una comunidad y se manifiesta continuamente, se dice que es endémica.

Igualmente si la enfermedad se extiende profusamente afectando una parte considerable de la población, decimos que es epidémica.

La manera con que una enfermedad se extiende, es variada; y para entenderlo mejor presentaremos una clasificación algo general de las enfermedades.

Las enfermedades pueden ser infecciosas, contagiosas, miasmáticas, parasíticas y neuróticas. No presentamos pormenorizadamente la sutil distinción que hacen de ordinario los hombres de la profesión al definir y clasificar las enfermedades, sino solamente aquellos hechos que puedan ser de interés para nuestros lectores en general.

Las enfermedades infecciosas, contagiosas y miasmáticas están íntimamente relacionadas. Una enfermedad es infecciosa cuando es el resultado de la elaboración de venenos ó micro-organismos que de exterior se introducen al cuerpo y se multiplican indefinidamente. Cuando la infección pasa de una persona á otra, directamente, la enfermedad se llama contagiosa; pero si la infección se debe á una localidad determinada, entonces se llama miasmática. Enfermedades autógenas son aquellas que son producidas por los cambios que se verifican en el cuerpo á consecuencia del metabolismo de las células. Las enfermedades parasíticas y neuróticas apenas necesitan ser definidas aquí.

Ciertos signos y síntomas acompañan á las enfermedades y algunos son característicos. Los síntomas que se presentan al observador se llaman objetivos á diferencia de los subjetivos, que son los que no pueden conocerse sino por el informe del paciente.

La inmunidad, ó sea el estar libre de infección, en algunos casos es natural y en otros puede ser adquirida. Las personas que fácilmente son afectadas, se dice que están predispuestas á la enfermedad. Las enfermedades locales, generales y constitucionales deben ser cuidadosamente consideradas. El reconocimiento de una enfermedad por sus síntomas se llama diagnóstico, y la predicción de su marcha ó terminación se llama pronóstico.

Las enfermedades agudas duran poco; las crónicas se continúan por largo tiempo. Unas y otras pueden terminarse por resolución, esto es, por la desaparición gradual de los síntomas y el restablecimiento progresivo de la salud, ó por crisis cuando la enfermedad se termina por un cambio repentino. Convalescencia es el período de restablecimiento después que la enfermedad ha sido, y durante este período debe tenerse mucho cuidado con el enfermo para evitar una recaída.

TRAJES SALUDABLES.

El vestido debe arreglarse de tal manera que preserve igualmente todas las partes del cuerpo y que á la vez regularice la circulación. Las partes que están más alejadas del centro motor son las que requieren más cuidados; pero por regla general sucede lo contrario entre las mujeres. Adornan el busto con vestidos gruesos y capas de pieles, etc., etc.; mientras que las extremidades inferiores permanecen casi á la intemperie. Por tal motivo, la sangre afluye de las extremidades á los órganos interiores produciendo en dichos órganos congestiones.

RECETAS UTILES.

CALDO MAGRO.

Prepárase este caldo cociendo en agua, hasta que esté casi reducido á puré, guisantes secos y judías blancas, en partes iguales, con sal, perejil y apio, una zanahoria y una cebolla picada con clavos de especias. Este caldo pasado por un colador puede emplearse inmediatamente como una excelente sopa magra, añadiéndole un buen pedazo de manteca fresca; pero no es este su solo destino; sirve igualmente para mojar la salsa de los platos preparados á lo magro, lo que, en una cocina de cierta importancia consume una gran cantidad. El que se reserva á este efecto puede conservarse bueno durante algunos días, con tal que se tenga cuidado de calentarlo, cuando esté frío, para separarlo del depósito que se forma en el fondo del envase y que lo pondría agrio muy pronto.

CALDO DE PESCADO.

Este caldo, igualmente útil en la cocina magra, ya sea como sopa, ya para mojar las salsas de mar, con tal que éste sea muy fresco. La pescadilla y la truchuela figuran entre los mejores para este uso. Se les cuece á razón de unos 500 gramos por litro de agua, con sal, una sanahoria, un tronco de apio, cerafollo, perejil, una cebolla picada con 3 ó 4 clavos de especias, media hoja de laurel y un pedacito de manteca fresca. Cuando el pescado esté bien cocido, se pasa el caldo y se deja escurrir bien el pescado, pero sin comprimirlo. Todas las salsas blancas de pescado tienen por base este caldo, que puede conservarse en sitio fresco durante algunos días.

En las cocinas considerables como en las de fondas ó conventos, quedan siempre bastantes cabezas, espinas y otros desperdicios de pescado muy fresco, para que pueda hacerse con ellos el caldo de pescado dejándolos cocer una hora dentro de agua ligeramente salada, con las legumbres y el condimento indicados; es un método muy económico.

SOPA RASAGA DE CEBOLLAS.

Esta sopa de cebollas con caldo de carne se hace habitualmente el día en que hay puchero. Pasad por la cazuela, con la grasa procedente de la parte superior del puchero, pequeñas cebollas, cuyo volúmen no debe exceder del de una nuez. Cuando las cebollas hayan tomado color, añadidles caldo, con un puñado de cerafollo y un tronco de apio picados juntos; cocedlos durante una hora á un fuego muy lento; en el momento de servir la sopa, desengrasadla con cuidado; echad primeramente el caldo en el pan de la sopera, y poned luego las cebollas por encima.

Las sopas de caldo con zanahorias, pastinacas nuevas, lechugas y otras legumbres frescas, se preparan todas de la misma manera, empezando por pasar las legumbres por la cazuela con la grasa quitada de la parte superior del puchero, y escaldándolas con suficiente cantidad de caldo. Todas estas sopas no son realmente buenas, sino cuando antes de escaldarlas, se tiene cuidado de desengrasar perfectamente el caldo.

ARROZ CON LECHE.

Después de haber hecho hervir el arroz en agua con un poco de sal, se le escurre á fin de que no contenga agua; se termina el cocimiento con la leche, en el cual se sumergen las cortezas de un limón, y cuando el arroz está cocido, y momentos antes de servirlo, se añade una cucharada de agua de azahar.

SOPA A LA FLAMENCA.

Se cuecen en agua con sal y manteca, cortezas de pan secas, nabos y patatas mondados, y cortados en pedazos, en igual cantidad. Cuando está muy cocido, se muele y se pasa por un colador fino; se pone al fuego, se aclara si es necesario y se añade un puñado de cerafollo bien picado y un segundo pedazo de manteca. El caldo magro ya descrito, empleado en vez de agua para la sopa á la flamenca, da á esta sopa mejor gusto.

FIG. 2.—TRES ELEGANTES MODELOS DE VERANO.

LENGUA DE BUEY AL ASTA.

No se puede asar al asta una lengua de buey ántes de haberla hecho cocer medianamente como para la fórmula anterior. Retírase entonces de la marmita; es despojada de su piel y finalmente mechada con tocino, y puesta el asta para completar su cocción. Se sirve entera, rociada con salsa picante.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TRAJE DE VERANO PARA NIÑOS.

Es un elegante y harmónico grupo de figurines para niños el que presentamos á nuestros lectores. Está formado por varias toilettes para hombrecitos y mujercitas de edades comprendidas entre 8 y 12 años. La mayor parte de los géneros que entran en la confección son para las mujercitas, cuadrillés de algodón, bengalinas á rayas, y sargas de seda claras; para los hombrecitos, cheviottes de verano, sargas delgadas y driles finos. Los estilos para hombrecitos son marineros.

FIG. 2.—TRES ELEGANTES MODELOS DE VERANO.

El primero de sarga de seda, con jacquette redonda estilo sastre, bordado de guías de seda y abierto sobre una camisola plissé.

El segundo de foulard figurado, cuerpo blusa plissé á los lados

El tercero de piqué asargado con jacquette bolero, abierto sobre una camisola plissé también y armado de cintas de lana en curvas elegantes.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 21 de Mayo de 1899. | Número 21

LOS ALPINISTAS.

UN EPISODIO TRAGICO.

(De un apunte de Dore.)

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Había en otro tiempo un celeste enemigo de los espectáculos públicos: la lluvia. En Mayo, á más tardar, comenzaban sus conspiraciones.

Ya desde la tarde, poco antes de que se ocultara el sol, fragmentos de nubes manchaban las livideces del crepúsculo. Se mostraban síntomas alarmantes de revolución en el cielo. La conspiración, por más que fuese lejana y silenciosa, se dejaba adivinar.

Aquellos inusitados cambios de forma de los celestiales vagabundos, infundían en el ánimo contemplativo la trágica emoción de los grandes sucesos.

Y era de ver cómo las nubes, en vuelo rápido, pero mudo, asistían á las juntas secretas, á los *meetings* que se celebraban en algún rincón del horizonte.

Y se aglomeraban hasta hacerse una masa compacta, hasta fingir montañas color de sepia, escarpaduras lúgubres, acantilados sombríos.

Se fraguaba el golpe; se discutía el proyecto. Alguna imprudente, en un frenético arrebato de entusiasmo, dejaba asomar en la lobreguez de su seno,—inquietos áspides de oro—las puntas de sus relámpagos. Sí; venía armada. Pero las otras, las juiciosas, las expertas, se apresuraban á apagar el brillo arrojando sobre él la orla pesada de sus mantos. El trueno estaba amordazado; apenas si podía gruñir sorda y débilmente; este Hércules fatuo, todo lo echa á perder con sus fanfarronadas prematuras.

Y las nubes hablaban en voz muy baja; y yo oía el rumor de sus cuchicheos:

—¡Chist!—decían—interesan la discreción y el silencio. Es preciso que el plan que concebimos no fracase por charlatanería imprudente. Imitemos á los habitantes de la Ciudad. ¿Veis? ¡Cuánto semblante tranquilo! No hay que fiarse: son máscaras que se ponen los espíritus malévolos para inspirar confianza. Así hagamos nosotras. Tendámonos á la falda de los volcanes para no empañar la nieve de las cumbres; escondámonos tras de los cerros que circundan el valle; hagámonos girones opacos, bordaduras con reflejos turquíes en las verdiosas lejanías, derramémonos en la atmósfera, poco á poco, sin dejar sospechar nuestras intenciones. Ya sabéis, cuidado con faltar! A las siete de la noche, sobre el cerro de Guadalupe, al Norte. Todas armadas y que Dios nos socorra.

Hoy no hay enemigos celestes. Los teatros hornos de cremación—vuelven ceniza las carnes de los espectadores.

La zarzuela por tanda triunfa; decididamente es feliz. Ha hecho al cielo aliado de sus triunfos.

***

Ayer hablábamos de los niños criminales: hoy, por los sucesos de la semana es bueno divagar un poco sobre las mujeres delincuentes.

Los recientes delitos femeninos me recuerdan, por no sé que asociación de ideas, el fotograbado de un célebre cuadro parisiense: *Un lance de honor.*

De seguro que ustedes lo han visto en los aparadores de Pellandini. ¿No se acuerdan de aquellas dos esgrimistas colocadas la una frente á la otra en una guardia clásica que les permite lucir la morbidez de un torso desnudo y los airosos desgaires de una falda recogida con exquisito gusto? Son dos rivales, dos furias que arden en deseos de venganza, que ponen el gesto escultórico de la ira, sobre su gracioso semblante, empolvado y perfumado de antemano, á fin de que la cólera no lo descomponga del todo, que tienden el brazo, modelado en los que perdió la mutilada sublime, para buscar con la punta del florete el pérfido corazón de la enemiga, y que, en *desplantes y paradas*, cuidan, antes que todo, de hacer resaltar la plástica de sus contornos, sin poner en ridículo la estética.

Los corsés, los sombreros, los abrigos ruedan por el suelo en artístico desorden, y en los rizos de las nucas húmedas por la fatiga, tiemblan las gotas de sudor como un hilo de brillantes enredado entre los cabellos.

Hace años que *Un lance de honor* entretuvo á los desocupados de Plateros, por lo que el cuadro tiene de pornográfico y de frívolo, dos elementos característicos de la producción artística francesa.

Pero dentro de esa frivolidad y esa ligereza se esconde una crítica. ¡Y qué crítica! es una burla fina, una galante ironía en sarcasmo florido y envenenado.

Por mi parte, estoy conforme con el pintor parisiense que supo encerrar también en su lienzo este aforismo: las mujeres hacen la comedia del crimen.

En efecto; en todo delito de mujer, caído, en el escándalo de la prensa, he notado, primero, una locura pasional en su período agudo, y luego, una especie de *pose*, de artificio teatral, de estudio de gestos y actitudes que me han hecho sospechar acerca de la intensidad y la verdad que han originado la catástrofe. Hasta en la mujer del pueblo he visto esa tendencia ó fingir; ó hacerse heroica, y superior, ó convencernos de que es una víctima de la infamia ó una esclava de la fatalidad. La mujer delincuente, por lo general, es una actriz que hiere, corre, se horroriza, grita de desesperación, llora de pena, sabiendo que lo hace en lo alto de un tablado y que al rededor suyo un público conmovido está dispuesto á aplaudir sus arranques de inspiración.

Tiene algo de Hamlet; es una loca que se finge loca. Eso está en su naturaleza.

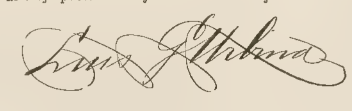
Es en ella un instinto engañar, exagerándolo y abultándolo todo.

Ella misma se engaña, sin quererlo; mas en el fondo conserva el suficiente raciocinio para coquetear con sus penas y sacar partido de sus lágrimas.

Como es muy nerviosa, una mancha de sangre la turba: el brillo de un puñal la desmaya; el fragor de una detonación la horripila.

Y á pesar de eso quién sabe qué premeditación malévola, qué reflexiva perversidad se desprende de sus actos, de sus declaraciones, de sus palabras, de sus movimientos.

Tiene una gran facilidad para llorar y la aprovecha siempre. Tanto que podría decirse bien, parodiando al viejo poeta: la mujer llorosa es la mujer armada.....



EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

Por cansancio y falta de interés, como en otra ocasión dijimos, este enervante asunto Dreyfus, *l'Affaire*, está condenado á apagarse dentro de poco tiempo; la Exposición lo encontrará vuelto ceniza. Muchos y muy largos rastros de pasión y odio dejará, como que no ha sido más que el pretexto para poner en contacto y choque dos electricidades contrarias de que hace años se están cargando sendos grupos de la sociedad francesa.

A mi modo de ver, equivocado tal vez, pero no puedo tener otros ojos que los míos, hay en el fondo de esta batalla una cuestión religiosa; la hay en el fondo de todas las conmociones sociales y en esto sí tiene razón el autor de la «psicología del socialismo» M. G. Le Bon. Una cuestión religiosa, una lucha entre el espíritu católico y el de libre examen; lucha terriblemente complicada porque intereses secundarios, pero poderosos para los grupos parciales dentro de los dos en lucha, sacan á todos de su centro de gravedad y hay elementos que debían estar de un lado, momentáneamente girando dentro de una órbita que no es la suya; de donde anarquía y caos.

En Francia unos dicen: el ejército insultado, con la esperanza de destruirlo; la proclamación insolente de la oligarquía del dinero, del capital, es decir, de la plutocracia ó judeocracia, este es, en resumen, el programa de los partidarios de la inocencia del capitán israelita Dreyfus. Otros gritan: los intereses de la justicia están por encima de todos los intereses, de los del ejército mismo, aunque éste sea la Patria armada; esto se infiere de los principios proclamados en 89, base de la Constitución verdaderamente nacional de Francia; lo que hay en el espíritu de los que se dicen convencidos de la culpabilidad de Dreyfus, porque un consejo de guerra representa al ejército y el ejército es infalible; lo que constituye el móvil profundo de este grupo de *nacionalistas*, como han dado en apellidarse, es la contrarrevolución; se quiere reconstituir á la democracia francesa fuera de sus quicios naturales, se quiere hacer de ella *una democracia medioeval*, bajo el arbitro soberano de un supremo jerarca, no político, pero sí social, del Papa.

Y estos dos puntos de vista, no del todo falsos, preciso es convenir en ello, son reforzados por los trasmitidores de ideas á las multitudes: unos empuñan la bocina épica de un Baudry d'Asson ó de un Drumond cualquiera y exclaman: se nos quiere entregar á los judíos, se quiere convertir á Francia en un nuevo Cristo y crucificarla en el Calvario del dinero; estos liberales, estos intelectuales, que son capaces de discutir sobre la luz increada en los momentos en que los turcos se apoderaran de Constantinopla (palabras del general Mercier que ignoraba, sin duda, cómo se había defendido Constantinopla) quieren disolver al ejército, último santuario del ideal de honor de nuestros ancestros glorioros, para ponerlo todo á los piés de la franc-masonería judía de los alemanes y los franceses. Vade retro, en nombre de la Patria y de Cristo (que, sin embargo, era judío.)

Una ocasión, en la Cámara Alta del Reino Unido, Disraeli, que no era todavía Lord Beaconsfield, pero que ya era el *leader* de los conservadores ingleses, decía á lord Ellensborough, que reprochaba á los torys su obediencia á un judío: «que el noble lord no se alarme por eso: hace dieciocho siglos que la humanidad cristiana está arrodillada á los piés de un judío.»

Los otros, franc-masones, librepensantes, hugonotes, volterianos, la familia entera de Homais, en una palabra, del inmortal farmacéutico de Flaubert, exclama: los antisemitas, los nacionalistas, los de esa y la otra liga son agentes de los jesuitas, son la reacción, son instrumentos de los *calotins quoi!* Sí que lo son; quieren convertir á Francia en una España de frailes energúmenos y de generales de capitulación y pronunciamiento. Este es el eterno diálogo entre el cura Bournisien y el farmacéutico Homais.

Debajo de estos portavoz de los hierofantes, está la chusma de cierta prensa, la más frenética, la más procaz, la más desesperadamente despreciable, la más irredimiblemente abyecta que puede imaginarse. Esta prensa que se bate sin una sola razón, sin una sola idea, sin un solo sentimiento nacido una línea más arriba del bolsillo, por el miserabe céntimo que cae de manos del noble, del burgués, del obrero, del vagabundo, de todos cuantos forman el populacho moral que hierve en el fondo de nuestra civilización, ávido de escándalo, con avidez rayana en la hidrofobia, esta prensa, cuyo más conspícuo representante es el furibundo demagogo *mistificador* H. Rochefort, el que llamaba á diario á Jules Ferry, acusado del delito de crear un imperio colonial á la patria francesa y un porvenir alfabético, á la democracia francesa, ladrón, traidor, asesino, Troppman. y otros horrores de este jaez; esta prensa, enfermedad parasitaria de la literatura, hongo que tiende á producir en el organismo social la fermentación pútrida, es la que con el nombre de «4.° poder» pretende señorearse por el terror de Francia y del mundo. Y he allí el más grave problema del siglo XX.

Y todo estaría perdido de veras, si no hubiese un grupo arraigado en todas las clases sociales, que representa el *in medium veritas*, el buen sentido genuino del pueblo francés, su idiosincrático buen sentido que da en él á toda exajeración el aspecto de una locura, de una afección patológica, jamás de un estado normal. Este es el apoyo con que se abre paso en medio de la espantosa tormenta verbal que la acomete, la galera que conduce al porvenir la fortuna de Francia.

Mas repetimos nuestro tema: nuestra época se halla en gestación de una fé religiosa, y el carácter de cisma social que asume cualquiera conmoción, cualquiera pasión que remueve las masas, es sintomático de esta dolencia que, de cuando en cuando, invade á la civilización. En las profundidades del asunto Dreyfus, existe la lucha entre la religión organizada en los tiempos medios, que hoy tiende á renovarse y á rejuvenecerse identificándose con la democracia, lo que era natural porque el catolicismo es fundamentalmente igualitario, y la nueva religión nacida de los principios de la Revolución francesa, religión de derecho individual y de libertad; esta religión es constantemente anatematizada por los socialistas y los católicos en Francia con el nombre de *parlamentarismo*, es una religión de libertad aristocrática, por ende, en pugna contra la otra que es de igualdad y democracia. ¿Pero no hay conciliación posible entre estos dos grupos? Sí hay un *modus vivendi*, por lo menos; los hombres de gobierno, por un lado, y el grupo que obedece por convicción y no por sumisión al programa augusto de concordia y de paz de León XIII, lo saben bien.

***

Dejémonos de lucubraciones que aquí huelgan quizás, por imposibilidad material de ampliarlas y explicarlas, y vengamos á lo que en concreto resulta de los últimos telegramas sobre el asunto.

Sabemos que la Corte de Casación que, por su lugar jerárquico y por la extensión de su jurisdicción, equivale á nuestra Suprema Corte Federal, toca al fin de sus trabajos de preparación y va á entrar en los de la deliberación que terminarán con un decreto judicial, con una sentencia. Esta sentencia sólo puede ocuparse en el punto de *revisión*, único que al tribunal ha sido sometido. Si resultase que hubo comunicación á los jueces del consejo de guerra, de piezas que no conocieron ni el defensor ni el reo (*dossier secret*) entonces quedaría á los interesados y al representante del Ministerio Público, mejor dicho, al Ministro de Justicia, según el Código francés de instrucción criminal, el derecho de proponer *en interés de la ley* un recurso de nulidad, lo que retardaría considerablemente la final conclusión del negocio. Mas si la Corte no puede decidir sobre la nulidad, sí puede tomar en consideración las piezas comunicadas y si la falta de aplicación de ellas al reo resultará una grave presunción de la inocencia de éste, la revisión se impondría. Ahora bien, es innegable que hubo esa comunicación antilegal de piezas secretas á los jueces, y es probable que esas piezas no puedan aplicarse á Dreyfus.

Haciendo á un lado el aspecto jurídico del asunto, he aquí lo que parece resultar de las declaraciones ante la Corte de Casación, publicadas *in extenso* por *Le Figaro*.

1° El *bordereau*, pieza aducida legalmente ante el consejo de guerra y base de la condenación de Dreyfus,

por noventa probabilidades contra diez, no es obra del condenado de *la Isla del Diablo*. Dos peritos aseguran que es obra suya, entre ellos el famoso antropometrista Bertillon; cuatro ó seis afirman que no es, ni pudo ser obra de Dreyfus, y de éstos, dos ó tres, aseguran que es obra de Walsin Esterhazy, por el cotejo de peculiaridades de la letra, por la clase de papel igual al que en esos mismos días usaba Esterhazy, etc. Entre estos peritos favorables á Dreyfus están los directores de *l'Ecole de Chartes* (de diplomas) de intachable reputación y de nombres conocidísimos de cuantos, de cerca ó de lejos, seguimos la transformación de los estudios históricos en Francia (Mayer, Giry, Molinier.)—En suma, el valor probante del *bordereau* es nulo.

2º Las confesiones del reo que después de su degradación afirmó su inocencia *con reticencias* al capitán Lebrun Renaud, ni es judicial, por lo que no se puede tomar en cuenta, ni es moralmente probable, y está contradicha con sumo ardor, por cuantos afirman que el capitán Lebrun-Renaud no habló nada de la tal confesión y aún la desmintió confidencialmente; la declaración del honrado comandante Forzinetti, primer carcelero de Dreyfus, es importantísima en contra de los *aveux*. Esta prueba es nula también.

3º Las presunciones que resultan del *dossier secret* del Ministerio de la Guerra.

Esas presunciones consisten en coincidencias entre actos de Dreyfus, (como viajes, asistencia á cursos especiales sobre la defensa francesa, etc.), pérdidas de documentos de las carteras del Estado Mayor francés y conocimiento de esos documentos por otros Estados Mayores, como se infiere de medidas tomadas en Alemania y en Italia. Estas coincidencias han sido sostenidas con más calor que convicción profunda acaso, por los Sres. Cavaignac, Billot, Mercier, Gonse, etc. Pero todas ellas han sido combatidas, fijando fechas, precisando datos, por otras declaraciones.

El oficial Cuignet, hablando en nombre del Ministro de la Guerra, puede decirse, ha demolido, en primer lugar, al oficial de Estado Mayor De Paty du Clam, á quien acusa de todas las intrigas, falsificaciones y fraudes que ha habido en este asunto. Y además, ha recapitulado y precisado los verdaderos cargos contra Dreyfus, tomados del *dossier*, es decir, extralegalmente conocidos por los consejeros de guerra. Y para dar la sanción suprema á estos cargos, se refirió á un telegrama emanado de un gobierno extranjero á sus agentes de París, á la raiz de la condenación de Dreyfus y que alude á este desgraciado.

En nombre del Ministro de Relaciones, M. Paleologue, precisa en términos que no dejan lugar á duda, las palabras del telegrama descifrado por los criptógrafos del Ministerio de Relaciones; ellas le dan un sentido enteramente contrario al que se le da en el Ministerio de la Guerra, y refuerzan la impresión moral favorable á Dreyfus. Los incidentes de que en estos días ha sido teatro la Cámara de Diputados, y de los que, con justicia, ha salido airoso M. Delcassé, son una consecuencia de las declaraciones de los Sres. Cuignet y Paleologue ante la Corte.

En suma, las presunciones se contradicen, se neutralizan, no pueden, por ende, ser tomadas en consideración. Y eso (he aquí lo terrible) que no se ha oído al sentenciado, que no se han debatido con él los datos que le son contrarios, que la deliberación se verificará en ausencia suya, y que si esto, en rigor no es ilegal en la substanciación del recurso de revisión, es indebido y cruel.

Todo el prestigio de la justicia francesa está empeñado en este asunto á la vista del mundo civilizado; la parte más tumultuosa de la opinión ha procurado pesar por tal modo sobre las decisiones de los jueces, que, en realidad, ha sido una tentativa de invasión de la autoridad de la Corte. El caso es dificilísimo; hay la ventaja de que todos los hombres sensatos en Francia han protestado inclinarse ante el fallo del tribunal, sea cual fuere. Esto es de buen augurio para la paz social.

* * *

La conferencia que Doña Emilia Pardo Bazán dió en Paris á mediados del mes pasado en la «Sociedad de Conferencias,» es un monumento de elocuencia seca, pero penetrante, y de patriotismo casi heroico, que debe de haber amotinado contra ella la jauría insaciable de los que fingen espeluznarse con la verdad azuzando groseramente el fanatismo de las masas. ¡Pero qué valiente mujer! Qué bien analiza y desmenuza *la leyenda* como ella apellida á esa adoración incondicional del pasado, á esa creencia nacida de la vanidad y la fantasía del pueblo, ornamentada y difundida por la literatura, á esa especie de autolatría que ha petrificado á España en la contemplación de sus exceltitudes como nación guerrera, religiosa, caballeresca y galante sin rival posible ni en lo pasado ni en lo porvenir! Muy brava, sí, dice Doña Emilia ¿pero muy patriota? ¿religiosa? fanática á veces; «nuestros ímpetus de fé, son ímpetus de persecución» «Cuando apuntaron nuestros desastres, exclama indignada la varonil señora, algunos obispos lanzaron cartas pastorales condenando los regocijos públicos é invitando á los fieles á llevar el luto de la Patria. Todos se hicieron los sordos; la voz cristiana y patriótica de los obispos fué ahogada por el ruido de los cascabeles de las calesas conduciendo un gentío loco á la Plaza de Toros.»

Sin embargo España se cree la nación católica por excelencia y ese es uno de sus orgullos, por eso esperaban las multitudes, en la última guerra, un milagro y la intervención, que creían decisiva, del Padre Santo. No es el catolicismo, añade la conferencista, lo que ha alterado nuestro carácter; somos nosotros quienes hemos extremado el catolicismo, y muestra á León XIII impidiendo la guerra civil y procurando que el catolicismo no sea en España lo que desgraciadamente es, un partido político.

Concluye asegurando que la *leyenda* se desvanece, se ha desvanecido ya. «Tengo el valor de ser sincera, agrega, cuando hablo de la patria en el extranjero. Tengo eso que llamaré mi valor profesional, puesto que no es á mí á quien puede exigir la patria otra suerte de valor.»

Muy bien; nuestros aplausos y nuestra admiración, y nuestra aprobación cuando fustiga á los propaladores de la otra leyenda negra, de la que en vez del drama de capa y espada en que unos han convertido, falseándola, la Historia de España, nos la presentan como una novela de Ponson du Terrail. Y aquí la gran señora intelectual se refiere principalmente á Ives Guyot y á su flamante obra: *La Evolución política y social de España*. Este notable economista trata la historia de España *au galop*, recoge todo lo que hay de negro y aborrecible en ella, y hecho el montón, le prende fuego. Como el designio del autor es romperles la historia de España en la cabeza á los antidrefusistas en Francia, que son, lo dijimos, los jesuitas, v. g. D. Carlos, Espartero, Menéndez Pelayo y Weyler (¡oh! Homais) todo lo interpreta á su guisa y lo acomoda á su propósito. Por supuesto que sus censuras son justísimas á veces; pero suele ser injusto reprochando exclusivamente á España, lo que á otros pueblos puede reprocharse también. Y suponemos que los informes del escritor francés respecto de España son un poco mejores que los que se ha proporcionado respecto de México, pues, según él, el jefe de los conjurados que sorprendieron en una noche de 1810 á un virrey y lo embarcaron para Cádiz se llamaba Hidalgo, cura que fué fusilado en México, lo mismo que lo fué en S. Cristobal su sucesor Morelos, con lo cual los insurgentes no tuvieron otro recurso que dispersarse en el Norte.

No reprocharemos nunca á un extraño que ignore nuestra historia (que por lo demás también ignora la inmensa mayoría de los mejicanos *ilustrados*) sino cuando se ocupen en ella, y dada nuestra posición modestísima entre las naciones civilizadas, estamos convencidos de que por mucho tiempo sabremos cien veces mejor la historia de Francia que los franceses la historia de México. Si hemos hecho alto en los pecadillos de que absolvemos á M. I. Guyot, es para mostrar el desenfado con que suelen los escritores periodistas basar juicios, fulminantes como excomuniones, sobre datos hacinados sin suficiente crítica.

El libro de Guyot comienza demostrando que no hay *raza latina* y trae á colación para demostrar su tesis las opiniones de antropologistas y etnologistas de nota. No necesitaba tanto á fe; su tesis es perfectamente cierta y empuja puertas abiertas el conspicuo economista ¿Y qué? Porque en el grupo que se llama latino en España y América no hay parentesco de consanguinidad ¿no lo hay psicológico? ¿La lengua, la educacion, la fé religiosa, no son ideas, no son fuerzas, no son factores mentales de primer orden que determinan la personalidad moral de una porción de la especie humana, capaz de diferenciarla de las otras porciones?

Justo Sierra.

POETAS VIAJEROS
Y
VIAJEROS EN CAMARA.

Hay personas para quienes viajar y sufrir deben de por fuerza ser palabras sinónimas. Por nada de este mundo emprenden una expedición sin acumular todas cuantas incomodidades ofrece la localidad, y por ninguna de estas nueve cosas se permitirían aliviar un algo, las molestias inherentes á toda traslación, á todo abandono, aun momentáneo, del domicilio conyugal. Si se trata de una ascensión, de por fuerza han de hacerla á pié aun cuando haya manera de realizarla en tranvía funicular ó en ferrocarril de cremallera; les parecería un desacato tomar el transahariano para atravesar el desierto ó visitar las estepas rusas desde las ventanillas del transiberiano.

Para esta clase privilegiada de personas, el color local domina todo y debe sobreponerse á todo; el asno debe ser el *vehículo* obligado en el Cairo, al pié de las pirámides debe imperar el camello; el elefante en los juncales de la India; el potro semibravo en la Pampa. Para visitar Argel son de vigor el pantalón bombacho y la *chechia* roja, la ancha faja de lana; en los llanos de Apam no admiten otra indumentaria que el jarano y las chaparreras, y echan de menos la trenza en Hong-Kong como el tatuage en Fidji cuando sus correrías los llevan tan lejos así.

Lo mismo en punto á bebidas, comestibles y alojamientos; bien que hoy en todas partes se encuentren cocineros parisienses, bodegueros bordeleses y hosteleros americanos, estos viajeros *pur sang* han de comer arroz y beber the en China, engullir kus-kus y leche de yegua en Egipto, chalupitas y pulque en México; ratas en Tokio y á poco más culebras y escorpiones en Samoa. Miran con horror el hotel á la Europea, con ascensor y luz eléctrica y acampan bajo la tienda, duermen en el jacal ó se guarecen bajo el baobab.

Es para ellos de rigor entregarse con fruición á las inclemencias peculiares y características de cada clima, á los chaparrones diluviales en las Antillas, á las torrideces secas y sofocantes en el Sahara, á la nieve penetrante y helada en los ventisqueros, al fango y al impaludismo en las costas cálidas y bajas. Estos tales, desdeñan el puente colgante del Niágara y se aventuran en los rápidos; dejan calcinadas las zuelas del calzado en las lavas del Vesubio; pierden las botas en los pantanos tropicales y salen al encuentro del Simoun en los arenales del Desierto.

A poco andar inspiran positiva compasión; las reverberaciones de la nieve les han procurado formidables oftalmias; la variada y pintoresca alimentación les ha hechado á perder el estómago y les ha ulcerado el intestino; tiritan de calosfrío palúdico y enflaquecen bajo la influencia de los miasmas pantanosos; vuelven, unos, con el hígado hecho piedra; otros, con el pulmón hecho criba; éstos cubiertos de erupciones y de piquetes de insectos, aquellos con una oreja menos ó con solo media nariz, por efecto de la congelación. Algunos no vuelven, náufragos de un junco chino, devorados por una pantera de Java, sepultados por el alud, despeñados en la profunda cima, víctimas del cólera ó de la peste bubónica, mueren al pié de la cureña como soldados leales y valientes. Pero vuelvan ó no, escapen ó sucumban, todos se han divertido prodigiosamente.

¿Quiénes son estos mártires del nomadismo? ¿Porqué aberración del espíritu dejan el tibio calor del hogar, las gratas y animadas discusiones del café, las comodidades de su existencia habitual y las truecan por una vida de soldaderas, por el sol y el polvo de los caminos, por las hambres y las escaseces del vagabundo? ¿Y por qué refinamiento de barbarie, si encuentran comodidades las desdeñan y las cambian voluntariamente por molestias gratuitas y por desagrados obligatorios?

Los viajeros de esta categoría, hablo de los que viajan por gusto y no por necesidad, pertenecen á dos grupos sociales. 1º: El de los poetas y literatos. Para éstos el ferrocarril, y sobre todo el Pullman es odioso; la cama de resorte, ridícula; el cuarto tapizado y amueblado, *cursi*; la comida caliente, sazonada, servida en platos y destasada con cubierto, repugnante. No; la selva virgen, la naturaleza primitiva, la vida simple y patriarcal, eso es lo que hay que buscar y de lo que hay que disfrutar. ¡Qué importan el cierzo y la inclemencia, el viento polvoroso que ensordece y ciega, el lodo que mancha, el guijarro que hiere, el sol que calcina, y la helada que congela! Bajo las frondas del baobab corpulento nada más cómodo que un sillón mecedor y un buen libro: pero qué cosa más burgués que un sillón mecedor y cómo tener el valor de leer ante el espectáculo de la naturaleza! Hay que arreglarse un lecho muelle con césped y con pétalos y recostarse en él á soñar y á esperar. Si una espina se entra en las carnes, si una garrapata se introduce en los oídos, si una tarántula hace presa en el cutis, ¡qué mejor! ¿no es esa la pura, la inmaculada, la virgen naturaleza?

A la hora del almuerzo qué bien vendrían una tortilla con hongos, un filete con trufas; una media botella de borgoña; por fidelidad á la naturaleza hay que recoger algunas frutas silvestres, mezcladas con cicuta ó con haba de calabar y después tomar en el hueco de la mano linfas cristalinas del arroyuelo cercano y mojar en ellas los sedientos labios á riesgo de tragarse una sanguijuela. Llega la noche; lo lógico sería un buen colchón patentado S. G. D. G.; pero es más pintoresca una simple manta; por cama, el césped florido; por techo de alcoba, el firmamento; por dosel, las frondas y por música, el zumbido de los moscos, el silbido del alacrán, los cascabeles de la víbora.

Esto es viajar y todo lo demás es música celestial.

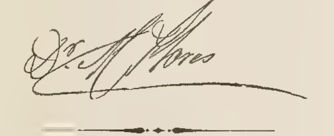
Se comprende que un burgués, un hombre sin ideales como sin sensibilidad delicada ni aspiraciones estéticas, que un padre de familia comodín y sibarita inaccesible á las grandes emociones, con ojos que no alcanzan á ver los grandes panoramas, con oídos que no llegan á oír la música de las esferas, con espíritu estrecho que no alcanza á medir ni penetrar las grandezas de la naturaleza, se comprende, decíamos, que hombres así, flanqueados de una mujer gorda y de media docena de chiquillos importunos, tome el tren, aparte de antemano cuartos en el hotel, inquiera sobre la mejor fonda, y fatigue tranvías, ómnibus y guayines para visitar los alrededores; pero un poeta debe viajar como Ashaverus, solo, pobre, desnudo y privarse completamente de todo, so pena de no poder disfrutar de nada.

El segundo grupo de personas que gustan de esa desnudez y de ese desamparo, que llaman pintoresco á lo incómodo, que sacrifican al color local y se imponen un purgatorio so pretexto de disfrutar de un paraíso, es el de las personas que nunca han viajado. Estos viajeros en cámara no toleran la ropa de refacción, el *lunch* bien meditado en la cesta bien provista, el estuche de tocador como *implementos de aseo*; darían la vuelta al mundo con el mismo par de calcetines y se burlan de los ridículos sibaritas que apartan cama en el Pullman ó acuden puntuales al buffet de la estación. Jamás comprenden que nada hay más bello que contemplar á la Reina de las Montañas, desde los suntuosos ventanales del hotel de la *Jung Frau*; que la magestad del Niágara resalta más y se impone más desde el puente colgante; que surcar el Lago Mayor en un yatch confortable es á la vez placer de dioses y de hombres civilizados; que nada hay más delicioso, á la vez que más cómodo, que los manteles blancos y la reluciente vajilla del restaurant moderno perdido en las espesuras de la selva virgen. Para ellos, como para Tartarín, como para Alfonso Daudet, Suiza está por los suelos desde que en ella se tiene todo, no se carece de nada, se pueden escalar sus cimas sin fatiga, descender á sus abismos sin riesgo y dormir abrigado, restaurado, cómoda y confortablemente instalado en la cumbre misma del Monte Blanco.

A los poetas viajeros, inconvencibles como todo poeta á quienes anima el fuego sagrado de su arcaísmo irremediable y de su amor por todo lo primitivo y todo lo *no profanado* por la mano del hombre, los dejamos en su buena opinión y fama; que viajen como gusten y con su pan se lo coman.

En cuanto á los viajeros en cámara, á quienes no han hecho mella nuestras interminables discusiones en favor del viaje culto y civilizado, los emplazamos para el día en que tengan que ir más allá de Atzcapotzalco y visitar algo más que Santa Fé ó El Desierto de los Leones.

Entonces vendrán á mí y reconocerán conmigo que viajar es un placer de dioses cuando se puede amalgamar los excelsos encantos de la Naturaleza con las grandezas y los refinamientos de la Civilización.



LA PRACTICA DE ASTRONOMIA DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA MILITAR EN OAXACA.

Por iniciativa de la Dirección de este Establecimiento, aprobada por la Secretaría de Guerra y Marina, fué Oaxaca la Ciudad elegida para que los alumnos que componen dicha clase, fuesen á hacer la práctica respectiva, dirigidos por su Profesor, el Señor Teniente Coronel de Estado Mayor Especial, Antonio R. Flores.

Alumno LUIS GARFIAS. Prof. Teniente Coronel de E. M. E. ANTONIO R. FLORES. Mayor de Ingenieros RODOLFO FRANCO. Alumno ARNULFO ESPINOSA. Sargento 2º de Alumnos GUILLERMO GONZALEZ.

Anualmente se elige punto distinto, lo que proporciona la ventaja de variar de posición geográfica y no tenerla conocida de antemano, cambiándose así los datos del problema que una vez resuelto sirve además para proporcionar otros nuevos á la Geografía del país, formándose la gran red geográfica que ha de servir de base á las geodésica y topográficas de orden inferior, para llegar á obtener una carta exacta de nuestro extenso territorio.

Los alumnos que en la actulidad forman la clase y que á fines de este año concluirán sus estudios para oficiales facultativos, son: sargento segundo, Guillermo González y los alumnos Luis G. Garfias y Arnulfo Espinosa, quienes acompañados de sus profesores llegaron á Oaxaca el día 16 del mes de Abril próximo pasado.

Basta saber la protección que el Supremo Gobierno ha dispensado siempre al Colegio Militar y la buena Dirección del plantel para comprender que la comisión fué dotada con los mejores instrumentos propios para el objeto, siendo éstos: un altazimut, un zenital de O. mts 75. de distancia focal, un teodolito astronómico de 10" de aproximación, dos cronómetros siderales y uno solar; barómetro, termómetros de máxima y mínima, etc., instrumentos todos importados directamente de la afamada casa Negretti y Zambra, de Londres.

Los alumnos fueron alojados en un departamento del Palacio Federal que proporcionó bondadosamente el señor Eugenio Pasquel, Jefe de Hacienda, quedando así á inmediaciones del Telégrafo y del Observatorio provisional, que establecieron en la azotea del Monte de Piedad.

Con un magnífico cielo se procedió desde luego á las observaciones para la determinación del tiempo, latitud, longitud, declinación magnética, etc., preparándose de antemano las estrellas que debían observarse por medio de las Efemérides, en cuya operación, así como en la observación material, contar el cronómetro, etc., fueron alternándose los alumnos con su inteligente profesor, de modo que su práctica fuese completa.

De acuerdo con el Observatorio Astronómico de Tacubaya, se cambiaron, durante esos días 500 señales telegráficas. Se observaron con el zenital 40 pares de estrellas para la determinación de la latitud por el método de Talcott y con el altazimut se observaron otras 100 por los procedimientos conocidos en la astronomía, con los nombres de absolutas y circunmeridianas, ligándose el Observatorio con el centro de la Plaza principal y puntos más notables de la ciudad por medio de levantamientos topográficos. Hubo noche que se prolongaran las observacianes hasta que la luz del nuevo día venía á ocultar las estrellas, y durante él se calculaban en el gabinete los datos de la víspera á la vez que por medio de las tablas se prepreparaban las nuevas estrellas que debían observarse en la noche, entregados así los alumnos á un asíduo pero fructífero trabajo, que se prolongó hasta la víspera de su salida de aquella ciudad, emprendiendo la marcha el día 2 del corriente para venir á tomar parte en la formación del día 5.

El *Mundo Ilustrado* se complace en dar á conocer á sus lectores estos importantes trabajos de los alumnos del Colegio Militar.

MONUMENTO A HIDALGO INAGURADO POR EL SR. GOBERNADOR DEL DISTRITO LIC. RAFAEL REBOLLAR, EN LA CIUDAD DE GUADALUPE HIDALGO, EL DIA 8 DEL ACTUAL.

RUINAS DE LA CASA DE D CRISTOBAL HIDALGO Y COSTILLA EN LA HACIENDA DE CORRALEJO, DONDE CRECIO EL HEROE DON MIGUEL HIDALGO.

VISTA EXTERIOR DE LA ESCUELA NAVAL MILITAR.

La Escuela Naval Militar.

Una de las grandes mejoras realizadas por el actual Ministro de la Guerra, es la creación de este plantel, inaugurado el día 1° de Julio de 1897, cuyo objeto es la enseñanza de las materias teórico-prácticas necesarias según la ley para las carreras de oficiales de guerra y maquinistas de la Armada y de pilotos y maquinistas de la marina mercante.

Destinóse para la escuela el local que ocupaba la Comandancia militar de Veracruz, mientras se construye el edificio especial, lo que no tardará, pues ya están aprobados los planos y pronto, según sabemos, se iniciarán los trabajos.

La casa que ocupa actualmente el plantel de enseñanza á que nos referimos, fué mejorado notablemente, adaptándolo á su objeto y á ese fin se construyeron dos cuerpos laterales con local suficiente para las cátedras, dormitorio, comedor y dependencias. Entre esos dos cuerpos están las oficinas, almacenes de vestuario, etc.

El régimen del establecimiento es militar y su reglamento está por lo mismo sometido á los preceptos de la Ordenanza del Ejército y Armada de la Nación.

El personal docente consta de diez y nueve profesores que enseñan las diversas materias del programa á sesenta ó setenta alumnos inscritos.

Todas las clases están dotadas del mobiliario y material escolar necesarios. Llaman principalmente la atención el gabiente de física y el laboratorio químico, así como los modelos de buques de la clase de Navegación, entre los cuales hay una fragata perfecta que se emplea en la enseñanza técnica que precede forzosamente á la práctica de mar.

CAPITAN DE NAVIO D. MANUEL E. IZAGUIRRE.
Director de la Escuela.

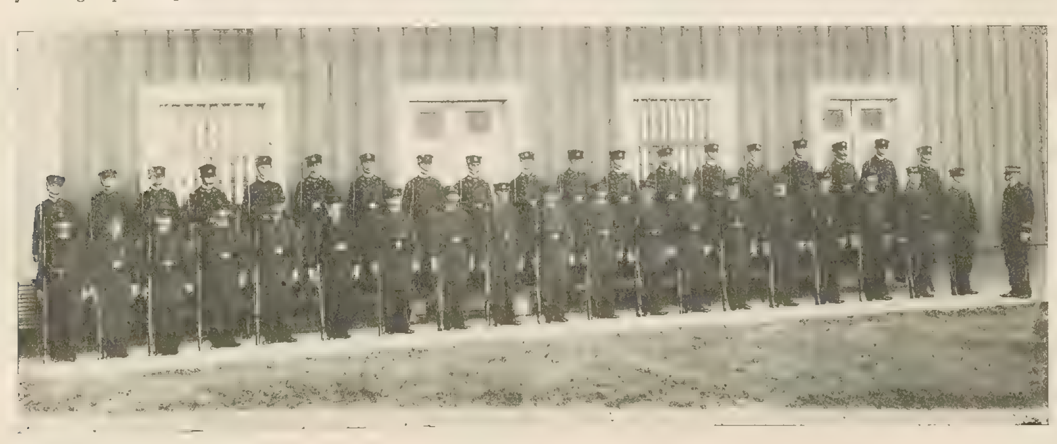
Ultimamente llegaron los aparatos de gimnástica pedidos á Nueva York, y se espera que antes de Julio quedará instalado el departamento respectivo, á fin de que lo utilicen los alumnos al abrirse los cursos del segundo semestre de este año.

Para los exámenes del primer semestre, están nombrados ya los vocales que integrarán los jurados, y se esperan resultados tan satisfactorios como los obtenidos en los períodos anteriores.

Dirige la Escuela Naval el Capitán de navío D. Manuel E. Izaguirre, jefe antiguo de la Armada, en la que ha hecho su carrera por escalafón riguroso, comenzando como aspirante de marina el año de 1874. Ha desempeñado, además de las comisiones y servicios ordinarios en sus empleos sucesivos como subalterno, el cargo de comandante de los buques «Juárez» y «Demócrata» y el de Jefe del Departamento del Pacífico.

Su larga práctica en el servicio es una garantía, que une á otras muchas, de su idoneidad para el puesto tan laborioso y honorífico de Director de la Escuela Naval.

Publicamos con gusto una vista exterior del edificio de la Escuela, el retrato de su Director y un grupo de alumnos que forman la primera Brigada, disponiendose para salir á instrucción al mando de su Jefe



ALUMNOS DE LA ESCUELA NAVAL MILITAR.

UN VIAJE A CACAHUAMILPA.

QUERIDA MARÍA:

La recomendación que me hiciste la víspera de mi viaje, no se me olvidará jamás; fíjate en todo, me dijiste, y descríbeme minuciosa y fielmente cuanto veas. Parece que adivinabas que en efecto vería todo, porque, la contemplación de la naturaleza que constituye mi mayor placer, me hizo fijar hasta en los menores detalles de cuanto ví; mas, no podías adivinar cuan grandiosa sería la obra de Dios que recomendabas á mi atención que regresaría muda de estupor sin atreverme á profanar con mi voz aquel inmenso espectáculo tan maravilloso y raro como poco conocido; no obstante, á los ángeles como tú, no puede negárseles nada, absolutamente nada; y por eso, después de darte una ligera idea de lo que es el Pueblo de Cacahuamilpa, te diré algo acerca del Abra, de las Bocas, de las Grutas y de la gran Caverna. Pero ¿querrás creerlo? á pesar de que siempre he sido atrevida para todo lo que es escribir, tratándose de Cacahuamilpa tengo miedo; miedo de decir poco y de rebajar á tus ojos aquellas bellezas que ni las plumas orientales sabrían reproducir. Ten pues, paciencia, aumenta hasta donde alcance tu espíritu las imágenes que á medio describir te abandono, y sígueme.

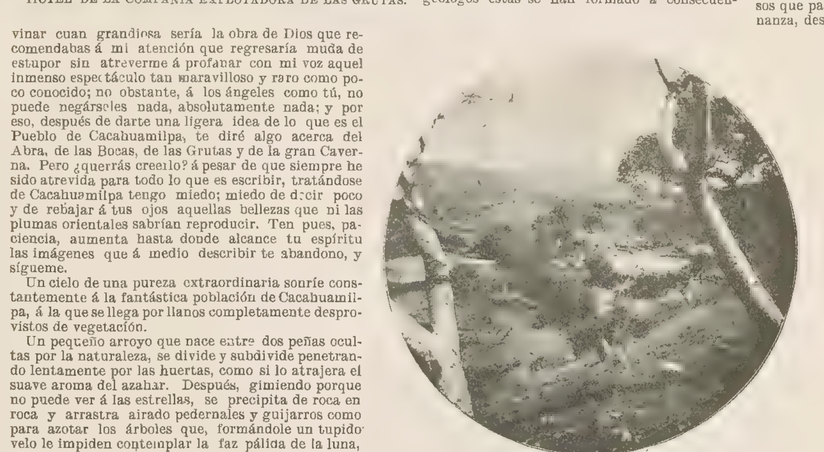
HOTEL DE LA COMPAÑÍA EXPLOTADORA DE LAS GRUTAS.

Un cielo de una pureza extraordinaria sonríe constantemente á la fantástica población de Cacahuamilpa, á la que se llega por llanos completamente desprovistos de vegetación.

Un pequeño arroyo que nace entre dos peñas ocultas por la naturaleza, se divide y subdivide penetrando lentamente por las huertas, como si lo atrajera el suave aroma del azahar. Después, gimiendo porque no puede ver á las estrellas, se precipita de roca en roca y arrastra airado pedernales y guijarros como para azotar los árboles que, formándole un tupido velo le impiden contemplar la faz pálida de la luna, y aun la del mismo sol. Mas en vano será que solloce, que murmure y que se despeñe iracundo y en su furor se azote contra las peñas, pues no hace sino besar flores y hojas. Flores y hojas he dicho, porque los mangos que en este tiempo florean, abundan en Cacahuamilpa, y, agobiados ante la hermosura del firmamento, ó quizá condolidos por los lamentos del arroyo, inclinan sus ramas hasra empaparlas en sus aguas, deseosos tal vez de levantarlas y mostrarles ese cielo que tanto ansían conocer. Pero el viento llega, las adormece con sus canciones, y las ramas soñolientas y faltas de fuerzas para levantarse, caen desfallecidas en las ondas transparentes, mientras el grillo entona himnos de bienvenida á la reina de la noche que ya comienza á tender su rico cendal de plata. Poco á poco y á medida que la luna se eleva en el Oriente cual hostia santa, como dice Núñez de Arce comienza á distinguirse entre las frondas, la rojiza claridad de los hachones que alumbraban aquellas cabañas: diré mejor, aquellos nidos de palomas, nidos ocultos entre hojas aterciopeladas y de diversos matices, arrullados, por el murmullo seductor de aquella rica naturaleza

Para ir á Cacahuamilpa se toma cualquiera de los ferrocarriles, el Interoceánico ó el Pacífico, aunque es preferible el último porque llega á Puente de Ixtla, á las 3,35 p. m. en tanto que el Interoceánico llega próximamente á las 5 p. m. Te trasladaré, pues, desde luego á Puente de Ixtla, y si lo quieres, caminaremos juntos por los llanos estériles de que te hablé, hasta llegar al pié de la barranca de Santa Teresa, distante casi una legua de Cacahuamilpa.

Las grutas propiamente deberían llamarse «Cavernas de Cacahuamilpa y anexas.» Por sabido no te referiré que según la opinión de los geólogos éstas se han formado á consecuencia de un levantamiento de masas calcáreas en los mares cretáceos etc., más, insistiré en decirte que la caverna, desde la cueva del Sobanchi y el *resumidero*, hasta el Abra, las Grutas, la entrada de la Caverna misma y las Bocas ocupa un radio de ocho leguas en cuadro proximamente que contienen espaciosas galerías todas ellas decoradas con monumentales estalactitas y estalagmitas. Galerías que llegarán seguramente á comunicarse unas con otras, si la Compañía exploradora sigue con ardor los trabajos de exploración que ha comenzado. Así es, que debe considerarse esta Caverna como la más grande del mundo, puesto que, la de Mammouth en Kentucky, E. U. no excediendo de 15 á 17 kilómetros de longitud, se ha tenido hasta ahora como la mayor.



VISTA PANORAMICA DE CACAHUAMILPA.

Vamos al Abra: luego que se sale de la población se baja y sube una corta barranquita, y se comienza á descender rumbo al Sur por un camino de herradura tolerable, hasta llegar á un pequeño arroyo en donde se bifurca conduciendo directamente á la Caverna el tramo de enfrente y siguiendo á la derecha el otro, para torcer también al Sur y tomar el nombre de camino de Tasco. Por éste se atraviesa el arroyo y lentamente se sube por un pedregal que termina poco antes de llegar al Abra, lugar que se halla á una distancia de una y media legua de la entrada de la Caverna y á dos de Cacahuamilpa. La molestia que origina lo pedregoso del camino es compensada por los soberbios panoramas que incesantemente se presentan á la vista. En todo aquel trayecto el Director que nos acompañaba nos hizo observar que formaban grandiosos salones con su soberbia ornamentación de estalactitas. ¡Oh! eso de pensar que durante kilómetros y kilómetros enteros se pisa la gigantesca techumbre de bóvedas enormes que ocultan palacios ignorados y de formas indescriptibles, en verdad, que más parece sueño que realidad. Hubo un momento en que el Director dijo: están ustedes pasando sobre el salón de los puentes, y otro en que, para hacernos más palpitante aquel fenómeno, añadió: están sobre Puente de Dios. ¡Qué soberbio espectáculo! desde aquella altura, abajo, allá muy abajo, divisamos al río de San Jerónimo atravesando el abismo que el río había perforado y que nosotros pisábamos, saliendo fragoroso por una de las enormes bocas para formar una ancha cinta de plata que á veces formaba los colores del arco-iris. Más lejos, al franquear una curva del camino, vimos á Cacahuamilpa surgir de una esplanada entre árboles frondosos que parecían aromatizarla y más allá, en lontananza, desprendiéndose de un horizonte cuyo cielo es siempre azul, distinguimos al Ixtlacihuatl y al Popocatepetl, como que nos salían al encuentro y luego, poco á poco, los vimos ocultarse tras de una pequeña eminencia al comenzar nosotros á bajar en una muy dilatada cuenca ó cavidad parecida al lecho de un lago desecado y que según se dice. es un hundimiento volcánico.

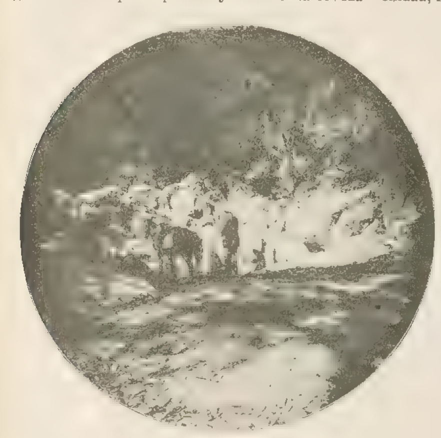
Una vez que llegamos á esa baja llanura coronada de cerros, pasé la mirada á mi derredor, y hubiera querido detenerme un poco en su centro para hacerme cargo de ese extraño lugar, que transladando mi imaginación á tiempos remotísimos, me hacía entrever aguas transparentes surcadas por ligeras barquillas, ó bien antojábaseme inmensa vorágine que se hubiera abierto para sepultar en su seno cuanto atrevidamente se haya producido sobre su superficie; mas el Director nos llevó en derechura á un punto que llaman El Corte. ¡Lugar más fantástico no había visto en mi vida! ocupa un extremo de esa llanura y la limita, á la derecha, un cerro formado de una sola roca cortada verticalmente, y que retiene incrustados en sus seno árboles corpulentos de un color verde-amarillo, que parecen espectros compurgando penas desconocidas, y á su lado les forma una corona de exuberante vegetación. Un poco más allá, y al frente, causa sorpresa ver un cerro, diré mejor, una inmensa roca también cortada verticalmente, como si se hubiera suprimido una mitad de ella...... salpicada de ligeras estalactitas, á su pié se notan aún los vestigios de la corriente del río que hoy atraviesa el Abra, como á 500 metros de distancia. La vista de esa roca gigantesca, de ese Corte como le llaman, además de sorprender por su extraña forma, por poco que se contemple, infunde pavor; porque, hallándose su

PLAZA DE CACAHUAMILPA.—JEFE DE SEGURIDAD PUBLICA.

RIO DE LA BOCA DE SAN JERONIMO.

altísima cima un poco inclinada hacia adelante, se cree por instantes verla rodar de lo alto aplastándolo todo. A la izquierda se abre una estrecha hondonada que separa el cerro de la Tempestad del cerro del Abra, y retirándose un poco de la roca inclinada, forman con ella un conjunto rarísimo y delicioso. Al llegar á él oí decir al Sr. Castler, quien en compañía de la Sra. Berley y su muy apreciable hija formaba parte de la comitiva, que esa sola vista merecía la pena de haber hecho el viaje. En efecto, de tal manera me sedujo aquel panorama, que propuse á mis compañeras de viaje descansáramos allí, en aquel paraje encantado.

Al llegar á un montículo cubierto de pequeños árboles y malezas, hizo alto el Director y nos invitó á apearnos; después se introdujo en una angostura pedregosa que debe servir de lecho á un riachuelo durante el tiempo de aguas, siguiéndolo nosotros sin sospechar que estábamos ya tocando el Abra, cuando á los pocos pasos se nos hizo sensible el murmullo de una lejana corriente de agua, y de improviso, al llegar á un frondoso árbol, abrióse al frente inmenso vacío cubierto por espaciosa y elevadísima bóveda



Cascada y rio de la Gran Caverna.

que se iba profundizando á medida que avanzábamos, hasta tomar las proporciones de un abismo y permitirnos divisar en sus honduras un anchuroso río, que viniendo del Oeste desembocaba entre bloques de fino mármol por una profunda y muy dilatada galería, y avanzaba majestuosamente para penetrar en otra no menos espaciosa y extendida al Norte que, como la anterior, oculta en sus densas tinieblas los misterios de una creación desconocida. Hay vistas que dejan al espectador atónito, sin poder articular palabra, cuando el conjunto de numerosas, diversas é inesperadas maravillas, hiere simultáneamente nuestro espíritu, porque, estorbándose las unas á las otras, aturden y paralizan nuestras facultades, de modo que de tantas como se miran no se ve ninguna. Así pasó en el Abra, y el Director, comprendiendo nuestra situación, quiso sin duda dar tiempo para que nos repusiéramos, nos dijo: ¿Ven ustedes cómo las variadísimas sinuosidades de este monstruoso anfiteatro se estrechan en partes y en otras se ensanchan hasta engrandecerse, al grado que sorprende su magnitud? pues bien, así sucede allá abajo con esas galerías que parecen formar únicamente el lecho del río, y que siguiendo el mismo orden de estrecheces y ensanchamientos, forman pequeños y extensos recintos que se encadenan los unos á los otros y están todos ornamentados de níveas y bellísimas estalactitas.

A dos y media leguas de aquí próximamente, se sume el río en un punto llamado *El Resumidero*, precipitándose de golpe á una profundidad como de 20 metros de altura; y de allí, á manera de inmensa culebra, se retuerce y se arrastra en zig-zag debajo de bóvedas que según los ensanchamientos que horada, forma ya espaciosas ensenadas y ya playas extensas, á las que se puede dar el nombre de salones. En varias partes del camino que hemos traído para venir aquí, por los meses de Agosto, Septiembre y Octubre, aplicando el oído al suelo, y á veces sin eso, escúchase el estruendo del río que crecido se precipita con terrible violencia y se azota á derecha é izquierda penetrando en las fragosidades de aquel vacío sin nombre, y permite al viajero casi adivinar la extensa capacidad de algunos sitios por los ecos prolongados que producen sus tumbos. A corta distancia de éste, corre otro río por separadas é idénticas galerías.

Abarcando con la mirada ese anfiteatro habitado por multitud de buhos y lechuzas que salieron espantados á la detonación de un tiro disparado por el Sr. Castler y que á guisa de caracol va recogiéndose en el fondo, distínguese desde luego el *Balcón del Diablo*, inmensa peña situada á la orilla del precipicio y desde la que, casi arrastrándose por temor de caer en los brazos de la muerte, se asoma la gente y divisa la rica ornamentación que, cual gasas extendidas por alguna deidad, envuelve las paredes de la sima y al río mismo que corriendo entre aquellas regias vestiduras llama á los viajeros con su atronadora voz.

Buscamos con la mirada el lugar más propicio para bajar hasta el cauce del río, y no tardamos en distinguir una rampa gigantesca y al parecer poco inclinada: inclinación engañosa, pues el desgraciado que seducido por su apariencia se entrega á ella es arrastrado con una violencia tal, que sólo le da tiempo para sentir la muerte irresistible que lo aguarda. Haciendo contraste con el primero, y en el extremo opuesto, está el verdadero camino en forma de inmensas conchas superpuestas por las que se comienza á bajar con alguna facilidad; mas, aquellos pliegues recogidos al principio van ampliándose á medida que se desciende y se avanza, de tal modo, que ya no se anda sino se arrastra uno por esos escalones de gigante con una dificultad que va creciendo mientras el espectáculo se hace más grandioso y más solemne. De repente se encuentra uno envuelto entre aquellas gasas crema bordadas de oro como si estuviera suspendido entre el precipicio y la cima, y en atención á la distancia apenas se puede ver á los que se han quedado asomados al *Balcón del Diablo*. Una lucha terrible se entabla entonces entre el temor y el deseo de continuar bajando y después de una corta suspensión, el miedo es vencido, pues la mayoría continúa avanzando hasta llegar al río, cuyas márgenes recorren los turistas internándose en las grutas.

En la tarde de ese mismo día, fuimos á las Grutas que distan media legua de la entrada de la Caverna. Se va á ellas por el mismo camino del Abra, tomando inmediatamente después de pasar Puente de Dios, una vereda que baja á la izquierda suavemente y flanquea la margen derecha del río. Al llegar á un pequeño bosquecillo nos apeamos del caballo sin verlas, y no bien torcimos á la derecha, nos hallamos frente á su entrada algo cubierta por ramas de árboles, yerbas y peñas. Se baja á ella, pero á los pocos pasos, dos peñas superpuestas forman un pequeño salto que es preciso salvar bajando por un madero tallado. Después, ya debajo de la bóveda y por un vasto recinto que es como el atrio de aquella región, se desciende, ó mejor dicho, se deslizan los

Las bocas, bloques de marmol en el gran rio.

Monumento de Cleopatra.

turistas por un suelo movedizo y muy inclinado que tiene como 30 metros de profundidad, hasta llegar, entre piedras diseminadas al acaso, á la superficie de las Grutas.

Una vez allí se ven tres entradas; una al frente del «Salón del Monje» y ornamentada de estalactitas que toman las formas de mil caprichosas figuras; otra á la derecha que conduce por una pequeña rampa al salón del Pabellón, y la tercera á la izquierda, ancha, arqueada en alto y del mismo tamaño del salón de los Plateros al cual da acceso. Principiamos nuestra visita por este salón dividido en dos partes de iguales proporciones: 50 metros de largo, 26 de ancho y 40 de altura próximamente por cada una. La primera parte del salón camina directamente al Este; desde luego tropieza la vista al entrar con una gran peña que en tiempos muy remotos se desprendió de la bóveda dejando un vacío que se mira con recelo; después, muy cerca del fondo, se ve la profusa ornamentación formada de varias estalactitas y estalagmitas que tienen la forma de fumíferos y por eso se da al salón el nombre de Pebeteros.

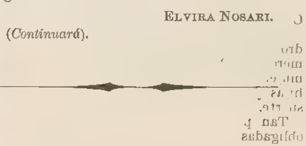
La segunda sección del salón camina al Norte, y se distingue por su mayor ornamentación, hay columnas ascendentes y descendentes artísticamente cinceladas y grandes cortinajes artesonados y capiteles que le dan el aspecto no se sabe si de inmensas decoraciones teatrales, de un pomposo y antiguo palacio regio, ó de un riquísimo templo revestido de múltiples encajes. Al fin de la segunda parte tuerce el salón al Oeste y camina aun como 10 metros formando el todo un apéndice que se desearía salvar para penetrar á las ignoradas galerías que la imaginación hace suponer han de seguir hasta desembocar al río.

De allí regresamos para entrar al salón del Pabellón, al que se penetra, como te dije antes, por una rampa corta que cuando las aguas caían por ella, así cubierta como está por una bóveda, debió ofrecer un precioso golpe de vista.

Este saloncito comparado con los demás es de cortas dimensiones; pero, su forma rigurosamente redonda le da elegancia y cuadra perfectamente con el nombre de Pabellón que le han dado; tiene á su izquierda una roca cortada verticalmente y como de 8 metros de profundidad que da al salón del Monje y se llama Roca Tarpeya. Salíamos del Pabellón para entrar al salón del Monje, cuando nos detuvo el director mientras encendían las lámparas y en seguida entramos.

Elvira Nosari.

(*Continuará*).



MEXICO ANTIGUO.

CASA NUMERO 8 DE LA CALLE DEL ESPIRITU SANTO.

La casa de los Condes de Miravalles.

A Victoriano Salado Alvarez.

Aún está en pié la vieja casa de los antiguos Condes de Miravalles, descendientes de una familia ilustre, que en esta ocasión más que en otras se puede llamar por la frase de estampilla, más ilustre por sus virtudes que por sus blasones.

Todavía ostenta la vieja mansión las almenas que pregonan la distinguida prosapia de sus antiguas dueños, que por enlace de familia también estuvieron emparentados con descendientes del Emperador azteca Motecuhzoma II.

La fachada, aunque con ligeras modificaciones, por la arquitectura, las hojas herradas de la puerta principal, y los balcones, revela desde luego que quienes edificaron esta casa, eran gente noble ó pudiente, señores de alcurnia y dineros, como en efecto lo fueron por su orígen y por las haciendas y minas que poseían y explotaron sus antepasados.

Pero la causa principal de esta fortuna de los Condes de Miravalles, está ligada de tal modo con una antigua y hermosa tradición, que aquí es la oportunidad de engolfarnos en ella, á despecho de los limpios y acicalados escritores *modernistas*, que hacen asco á la polilla y al polvo de olvidadas bibliotecas.

***

Cuenta el R. P. Fray Antonio Tello, en su pintoresca *Crónica Miscelánea*, en la que se trata de la Conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Xalisco, que allá por los años de 1543, descubriéronse las minas del *Espíritu Santo*, en términos de Compostela y casi milagrosamente.

Fué el caso, que habiendo muerto el Capitán Pedro Ruiz de Haro, uno de los conquistadores y primeros pobladores de dicha ciudad, dejó viuda á su mujer, que se llamaba Leonor de Arias, y con tres hijas jóvenes, y por jóvenes más dignas de mejor suerte.

Tan pobres estaban madre é hijas, que viéronse obligadas á retirarse á una laborcilla ó rancho que había fuera de la ciudad; rancho llamado de Miravalles, en el cual vivían escasas de recursos pero ricas en virtudes, bajo el techo de humildísima choza á pesar de que por parte paterna eran nobles las huérfanas, pues Don Pedro Ruiz de Haro fué de la casa de los Guzmán y primo del Marqués de Toral.

Madre é hijas eran, empero, grandes siervas de Dios, dice el cronista, quien pronto premió sus cristianas virtudes.

Estando una tarde, á las puertas de la choza, ocupadas en labrar el campo, acertó á pasar por allí un indio, y previo saludo respetuoso, les dijo:

—Señoras ¿tienen una tortilla que darme por amor de Dios?

Y al punto Leonor de Arias, le contestó:

—Siéntate, hijo, y descansa que sí habrá.

Mandó luego á dos de sus hijas, que una moliese un poco de maíz y otra un poco de chile, y preparadas las tortillas y el guisado, comió el indio tranquilamente, y habiendo concluido el frugal, pero apetitoso bocado, por la buena voluntad en su condimento, dijo, dirigiéndose á Leonor de Arias:

—¡Dios te lo pague, señora, y ten confianza en Dios que te ha de dar tanto oro y plata, que te sobren muchos millares, que yo te daré una mina de donde lo saques, y pasando mañana volveré con los metales!

***

No tuvo mucho que esperar Leonor de Arias al indio, porque al plazo por él fijado presentóse en la Milpa de Miravalles con el metal prometido, y madre é hijas lo molieron en metates y fundiéronlo después, sacando tal cantidad de oro y plata con el transcurso del tiempo, que en breve Leonor tuvo hacienda y casó á sus tres hijas, con los tres más nobles caballeros que había en Compostela.

La una casó con Don Manuel Fernández de Híjar, la otra con Don Alvaro de Tovar, y la otra con Don Alvaro de Bracamonte, llevando sendos dotes de cien mil pesos.

Fué tan grande la bonanza de las minas, que por ella se puso Caja Real en la ciudad de Compostela y fueron por oficiales Don Pedro Gómez de Contreras, tesorero, y Diego Díaz Navarrete, contador.

Los esposos de las hijas de Leonor de Arias, fabricaron casas en el mismo sitio en que estuvo la choza de su suegra, y el uno de ellos edificó un palacio tan extenso, que en el patio se corrían toros, y se hacían juegos de cañas, de sortijas y torneos.

El sitio, cuenta el cronista, era deleitoso, con llanos muy anchos y espaciosos, y los productos de las minas tantos, que pronto se puso en Compostela Audiencia Real de cuatro Oidores Alcaldes Mayores. y tanta era la plata que se sacaba, que iban recuas á México cargadas del argentífero metal, como las que antes conducían sal y pescado.

Y sucedió lo que sucede siempre, que la vida regalada, los muchos pasatiempos y gustos, la facilidad para adquirir el dinero, corrompieron las costumbres, y los vicios cundieron de tal modo en aquellos lugares, que el santo P. Fray Pedro de Almonte, ó del Monte como otras veces le llamaba el cronista, dijo en cierta ocasión: «¡Oh Milpa, Milpa, y como ha de enviar Dios fuego del cielo y te ha de abrasar!»

Y dicen también, que el mismo Padre sacó de un lechón *siete legiones de demonios*, y que en efecto llovió fuego del cielo é incendió la hacienda ó Milpa de Miravalles.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que la piadosa acción que tuvo Leonor de Arias con el indio, digna es de loarse y sobreponerse á otras muchas, y así lo hace con sobrasada justicia el distinguido historiador de la Nueva Galicia, Lic. Don Matías de la Mota Padilla, quien aludiendo á las acciones de mujeres de la época de la Conquista escribe:

«Alábase en hora buena la heroica hazaña de la otra mujer, Beatriz Hernández, que supo con su valor cortar la cabeza al gandul. Celébrase á Doña María Xaramillo, mujer de Don Juan Fernández de Hijar, quién mientras su marido, con la espada en la mano era terror de idólatras, ella, con la labor de sus manos, ministraba alimento á los soldados; que para mí de mayor alabanza es digna Doña Leonor de Arias, que supo con sólo una acción de piedad, abrir las manos del Omnipotente para comunicar á los hombres los tesoros de la tierra, para que de esa suerte el reino que antes era despreciable, se comenzase á llevar las atenciones.»

***

Doña Francisca Arias, que casó con Don Alvaro de Bracamonte, hija de la tantas veces mencionada Doña Leonor, tuvo entre sus descendientes á Don Alonso Avalos Bracamonte, primer Conde de Miravalles, quien á fines del siglo XVII, compró en México y la reedificó para morada suya y de sus herederos, la CASA NUMERO 8 DE LA CALLE DEL ESPIRITU SANTO, donde ahora está el *Hotel del Bazar*, calle que antes de establecerse el Hospital de su nombre, se llamó *calle de los Oidores*.

El Conde Miravalles, fué Caballero de la orden de Santiago, Canciller de la Santa Cruzada; tuvo el definitorio del Convento de la Merced, de donde fué gran limosnero, pues contribuyó con gruesas sumas, entre otras, para la construcción del hermoso claustro hoy convertido en cuartel.

Por vía de epílogo, diré, que una de las hijas del último Conde de Miravalles, estuvo casada con el General Don Miguel Barragán, Presidente de la República, que fué el que tomó el Castillo de San Juan de Ulúa en 1825, último baluarte de la dominación española en México, que se rindió gracias al bizarro ataque de la escuadrilla mexicana de la que era jefe el ilustre marino Don Pedro Sainz de Baranda.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

PENSAMIENTOS.

Sería más fácil para mí pacificar la Europa entera que poner de acuerdo á dos mujeres. —*Luis XIV.*

***

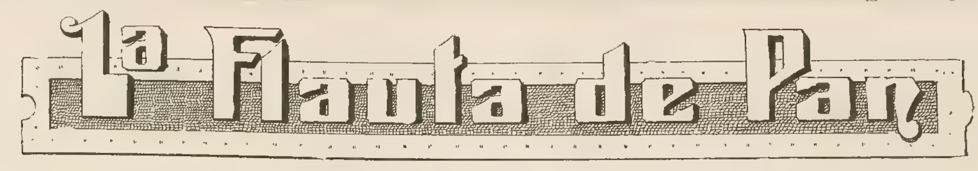
Si no se contrariase á la Naturaleza, las mujeres valdrían tanto como nosotros, con una diferencia: que son más delicadas y amables.— *Galliani.*

***

En un baile los hombres son el sexo tímido.... y el sexo débil porque son los primeros que se fatigan.—*Alfonso Karr.*

***

En el baile toda madre es un notario disfrazado.—*Leon Gozlan.*



Atardecía.

Los umbrosos sicomoros proyectaban sombras desmesuradas sobre el río, costeado de espesos cañales; el disco amarillo del sol descendía, y la luna se elevaba, pálida como una nube de plata.

Placía á Lycaon esta hora apacible, en que la hija y el hijo de Latona, ocupan juntos el borde del horizonte. Cubierto con el polvo de los caminos, llevaba

una lira de madera ennegrecida, porque era un Æda que había recibido las lecciones de los cantores y los filósofos bajo los pórticos bruñidos; y sobre lechos de marfil, probado las caricias de las esclavas hermosas entre el olor de los aromas y las armonías de los instrumentos de música. Recordaba también, con dulzura y con tristeza á las hábiles cortesanas que conocen el arte de convertir en oro los suspiros de los hombres.

Recorría la Hélade de cien villas buscando su quimera. Cantaba en los caminos, en el agora de las ciudades, en los confines de los burgos, y la feliz tierra Achaia le daba en cambio hospitalidad, vestido y amor. Sabía también contar las leyendas que deleitan á las mujeres y que incitan á la voluptuosidad.

De esta manera había llegado hasta el Ladón de orillas herbosas. En los crepúsculos divinos, soñaba con el hijo de Laërte, destructor de fortalezas, y con Nausicaa la de los brazos blancos. Qué hermoso sería verla aparecer entre el saucedal del río, seguida de sus ninfas semidesnudas, y riendo á través de su cabellera humedecida.

Así pensando, rendido de fatiga y con el corazón lleno de la dulzura de Eros, oyó entre el canto de las náyades un desgrane de risas argentinas. Se detuvo y miró.

El sol desaparecía; la luna semejaba un espejo inmenso donde se reflejara una colina. Y entre los árboles temblorosos, sobre los apios y los lotos, vió una ronda de ninfas apenas cubiertas de lanas puras, dejando secar al aire sus cabellos. En medio de aquella luz purpúrea y blanca resplandecía como la hija de Alcinöus y sus compañeras.

Y una de entre ellas, que simulaba tener rayos por cabellos, y parecía hecha de lirios, le hizo pensar que los pueblos no se habrían indignado de sufrir por ella, como por Helena.

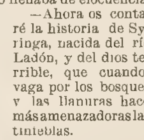
Entre tanto, avanzaba. Las ninfas resplandecientes, al verlo, se levantaban huyendo por los prados. El levantó las manos, y dijo con una voz suave, ejercitada por la música y la elocuencia:

—¡Oh! quienes quiera que seáis, diosas ó mortales, hijas de la tierra ó náyades salidas de las aguas, no temáis al viajero solitario. No quiere haceros mal. Escuchad su voz. Conozco las historias de los hombres antiguos, y los cantos de los Ædas. ¿No queréis que os cuente el infortunio de Syringa, hija de este río de abismos transparentes, de Syringa que no pudo huir del dios hirsuto y de piernas de cabrío, sino convirtiéndose en una débil caña? Es hermosa esta historia en las noches de estío, y está llena de secretas lecciones.

La ninfa que parecía tener rayos en la cabeza, se detuvo, y las otras después. Todas se acercaron al Æda con ademanes de ciervas curiosas de grandes ojos estrellados, y una de ellas dijo:

—Cuéntanos, extranjero, la historia de la ninfa Syringa. La oiremos mezclarse á la voz del río. Pero antes apura una copa de vino negro, dulce al corazón.

Tomó una odre de piel de cabra, llena de vino y le sirvió una copa á Lycaón. El levantó al cielo la copa brillante, hizo una ligera libación al río, y saboreó aquel elixir cuya alma alada lo llenaba de elocuencia.



—Ahora os contaré la historia de Syringa, nacida del río Ladón, y del dios terrible, que cuando vaga por los bosques y las llanuras hace más amenazadoras las tinieblas.

Sentáronse á su derredor; él respiró el aroma adorable de su carne, y vió brillar sus bocas de púrpura y de plata á la luz de Hécate. Su pecho palpitaba de voluptuosidad mientras templaba la lira sonora. Las estrellas más brillantes se inclinaron reflejándose en el agua y en las pupilas de las ninfas; y de vez en cuando descendía un aliento como perfumado con la ambrosía de un dios que flotara en las penumbras cristalinas.

Lycaon dejó que cantaran antes las hamadriadas eufónicas, cautivas en su lira, y luego comenzó.

* * *

Entonces el dios Pan se ocultaba de los demás dioses y de los hombres; por esto no lo conoció el viejo Hesiodo. Se escondía en el estruendo de las tempestades, en el murmullo de los árboles, y en esas voces repentinas que siembran el pavor en los rebaños, los viajeros y los ejércitos en batalla. Habitaba las selvas quejumbrosas y aullaba en las voces de los lobos invisibles, en las cóleras de los equinoccios y en las resonancias del mar.

La ninfa Syringa vivía cerca de su padre el río, en los prados resplandecientes y las islas umbrosas, cerca de las abras tranquilas. Era trémula y flexible, se deslizaba feliz sobre los rayos de la luna y desaparecía silenciosamente en los troncos de los sauces; trenzaba sus cabellos rojos con yerbas frescas. No era más tímida que ella ninguna otra inmortal. Una hoja arrastrada por el viento la hacía huir, tenía miedo de mirar su imagen y el canto de las ranas en las ciénegas interrumpían su sueño.

Desde el crepúsculo, se cubría con hojas y ramas, y acurrucándose, escuchaba la sombra. Y para ella esto era un placer. Conocía las extrañas voluptuosidades del miedo que hace hablar á las cosas, y vivir á los guijarros del camino. Y no le chocaba que fuese terrible el más pequeño de los insectos.

Una mañana oyó sobre el prado un paso que la seguía. Volvióse y no vió nada. Al día siguiente, al acostarse á la sombra de un sicomoro, sintió un soplo cálido sobre su cuello y sus cabellos. Cierta noche, entrando en una gruta, se sintió detenida por un obstáculo invisible, y vió elevarse el vapor de un aliento. Dió un grito y el obstáculo desapareció.

Desde entonces no dejó de ser seguida. Los árboles suspiraban á su paso, el agua murmuraba una queja al recibir su imagen, y no se atrevía á ver su cuerpo desnudo, porque al mismo tiempo que ella, ojos ocultos la miraban. No obstante su miedo á las tinieblas, no se bañaba sino en el secreto de las noches.

Comprendió que un dios estaba enamorado de ella y se turbó, como las ciervas en el Otoño. ¿Sería Phoibos el rey de la luz, ó el gran Zeus, perfumado de ambrosía? Se acostaba sobre el musgo de la selva ó sobre las yerbas odoríficas. Soñaba bajo el azul del firmamento ó bajo las nubes de Saturno. Ignoraba si se estremecía de temor ó de deseo. Hubiera querido hablarle á Eros, pero no se atrevía. El soplo se hacía más lánguido: junto á su cuerpo núbil sentía palpitar al Dios invisible para el eterno Himeneo, fin de los seres. Algunas veces un brazo muy suave la estrechaba y sentía el roce de un pecho. Y creía que iba á ver; pero sólo veía un rayo furtivo, una fiera

fugitiva, ó el vuelo de un pájaro negro sobre el cielo.

Un día adornaba sus cabellos con flores de iris y yerbecillas frescas. Miraba en una fuente reflejada su cabeza de oro. Y sonreía vagamente á su gracia exquisita, cuando junto á ella temblaron y hablaron los follajes. Y decían con una voz parecida al murmurio de las ondas!

—El dios Pan es quien te ama, ninfa nacida del hermoso río Ladón. Quiere contigo crear nuevos seres que no tendrán semejantes en la tierra. De tí nacerán animales quiméricos, hombres-leones y mujeres-cisnes. Poblarás los prados y las selvas de formas que no suelen vivir en ellos. Y serás gloriosa entre las inmortales, porque nada hay más bello que ser madre de formas desconocidas.

La ninfa, temerosa, no comprendió bien este lenguaje, pero la sedujo la voz que temblaba entre las hojas. Y dijo con dulzura:

—¿Acaso no tiene rostro el dios Pan, cuando habla siempre por los árboles, las aguas ó los ecos?

Respondieron los follajes:

—Tiene el dios Pan muchos rostros porque es rey de todas las fieras y de todos los sátiros que habitan en los árboles......y que han sido modelados á su imagen.

Pero la ninfa de ojos claros no comprendió tampoco, y continuó:

—¿Qué me importa tantos rostros si no se dejan ver?

Mientras hablaba, reía el follaje.

—¿Quieres ver á Pan, ninfa inocente?

Y tembló; pero más que el miedo fué grande la curiosidad.

—Sí.

—Mira.

Vió primero un reflejo, luego un gran ciervo de diez ramas. Erguía su cabeza, y golpeaba la yerba con su pezuña. Sus ojos brillaban como la estrella roja de Ares; el deseo levantaba sus flancos nerviosos. Se acercó á la náyade, y apoyó sobre su espalda su boca tibia. Syringa sintió el ardor de Eros en este ágil huésped de las selvas y quiso retroceder. Pero quedó oprimida contra el tronco de una encina: el vigoroso animal acariciaba su pecho blanco y su espalda comparable á la de la argentina Hebé. De igual manera el fiero toro, en la playa fenicia mezcló su aliento con el de Europa pálida.

Syringa lanzó un grito de pavor. El ciervo la miró aún con sus ojos brillantes, levantó sus cuernos frondosos y como una nube se perdió.

—Has visto una de las formas del dios Pan, susurraron los follajes, pero tomar puede también la forma humana.

Syringa estaba palpitante. La mirada del ciervo ardía en ella como en un hogar el fuego. La vida eterna la excitaba al abandono de sí misma para bien de los seres que nacerían después. Deseó ver á Pan bajo la forma humana, y muy quedo lo dijo á los follajes.

Entonces, en medio de una sombra azul apareció un rostro de hombre. Tenía la barba ahorquillada y cuernos en la cabeza; su cuerpo estaba cubierto de un pelo hirsuto; sus piernas eran las de un cabrío. Y su mirada resplandecía con la misma llama roja que había resplandecido en los ojos del ciervo.

—Syringa, hija trémula de las aguas y de los prados, tu destino será feliz como el de Echo, á quien doné Iynx, y como el de Ægа que concibió á Egipán. Soy el gran dios del porvenir: mis descendientes poblarán la tierra cuando los de Zeus, de Poseidón y de Phoibos huyan á las moradas tristes y sean desdeñados por los hombres. Ven, ninfa de hermosas trenzas, seremos felices sobre el césped profundo. Nos uniremos para hacer más misterioso el bosque.

Dijo, y Syringa desdeñó su cuerpo velludo y su cabeza con cuernos, se irguió sobre sus piés ligeros y quiso huír hacia el río de hermosos remolinos... Pero el dios le obstruyó el camino. Ella levantó los brazos al cielo y suplicó:

—¡Zeus, padre muy grande y muy glorioso que reinas en lo alto del Ida, y tú, Phoibos, conductor de la luz, y tú río divino que me diste vida! tened piedad de mí, no me dejéis caer en manos de este dios brutal.

—Es vana tu súplica, Syringa, contestó el dios Pan, porque dueño soy de las ninfas salidas de los ríos. Es insensata porque rehusas la felicidad.

—Cambia de forma.... gimió la ninfa, me repugnan tus piés de cabrío y tu pecho velludo.

—Es la forma bajo la cual quiero ser padre...., no existe otra más bella.

Syringa huyó hacia la colina. Saltaba como la yegua que aun no conoce el yugo del hombre; él la seguía como el fiero caballo, rey de las manadas. Salvaron los pastos, los collados y las llanuras donde habitan los hombres que se alimentan con trigo. Y atardecía, y los árboles proyectaban sus sombras cuando tornaron á ver el Ladón, cuyas quiebras habían cruzado.

Pan entonces gritó:

—Detente, Syringa. Teme correr á tu perdición esquivando el decreto de Eros. El río mismo no podría protegerte, y por haber desobedecido al destino, serías semejante á una yerba estéril.

—Que me convierta en una caña, respondió, antes que ser la madre de un sátiro.

Dijo, y delante apareció el río, enrojecido por el crepúsculo. En un momento pareció que Syringa iba al fin á ser alcanzada, pero ya se había arrojado al río. Pan tendió los brazos, tocando á la ninfa fugitiva. No tenía en las manos más que una caña larga y flexible.

El Æda dejó de hablar. Las ninfas continuaron calladas. Estaban conmovidas; sus senos se levantaban suavemente.

Una luz violeta descendía por entre las ramas; el río cintilaba entre los cañales; las ranas cantaban con melancolía.

Lycaón prosiguió:

—El gran dios Pan cortó la caña, é hizo con ella la flauta que en las tardes hermosas es tan dulce oír. Así la ninfa muerta por haber desdeñado el amor, habla con la voz del amor, y la flauta canta la eterna tristeza de las vírgenes que, como ella, mueren estériles. Porque son las muertas entre las muertas. Es preciso amar, vírgenes semejantes á las inmortales, aunque el amor tenga tanto de divino como de animal. Tiene piés de cabrío, y ojos de astros. Su cuerpo es velludo, pero su alma es sublime. Las que lo hayan desdeñado no serán más que cañas querellosas.

Dicen, añadió aún, que en las bellas tardes, cuando el aire está tranquilo y los ríos duermen como seres vivientes, las mujeres núbiles oyen cantar la flauta en las orillas de los lagos, de los ríos y de los pantanos. Es la melancólica Syringa que las exorta á no ser implacables consigo mismas, y á saborear la dicha de ser conquistadas.

A estas palabras, todos los oídos volviéronse hacia el río. No se escuchaba más que el movimiento ligero de las ondas, y el ruido de los batracios y las hojas palpitantes. Pero Agameda, la coronada de rayos, murmuró con voz temblorosa, clavando sus ojos en el Æda:

—Yo oigo la voz de Syringa.

Había dejado deslizar su velo, y á la luz de la luna se veía su garganta fresca. Escuchaba atenta la flauta flébil cuyo gemido percibía ella sola.

Lycaón sintió la llama suave y terrible por la cual viven y perecen las generaciones de los hombres, y que hizo salir los bajeles negros de la Achaia para recobrar á la hija de Leda de los Troyanos—domadores de caballos.

Y dijo:

—Es la voz del dios, virgen hechicera. Teme resistirle.

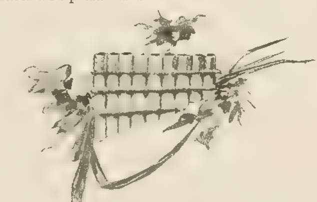
—No pretendo resistirle, respondió.

Se levantó, feliz de ser sometida, dejando caer su hermosa cabellera hecha de luz y de oro. Sus compañeras continuaron calladas, porque reconocían los designios misteriosos que no permiten discutir el sacrificio, sea de una virgen ó de una paloma.

Y el Æda oró:

—Sénos propicio, dios de las flechas invisibles, que reinas soberanamente en Thespis y que me has conducido á estas divinas riberas. Yo adornaré tu altar magnífico de Samos ó de Creta; mas, ¿podría ofrecerte una víctima más soberbia que ésta, una sacerdotisa más brillante y más digna de celebrar tus gloriosos misterios?

La voz y la lira enmudecieron. El Æda se llevó en brazos á su presa desfallecida.



En tanto que tras los sauces, en la sombra embalsamada donde las falenas relucían como estrellas mortales, el Æda unía su boca á los labios tiernos y vírgenes, el coro de las arcadias cantaba el bello himno de Afrodita, y el alma deliciosa de la Hélade que supo hacer de la belleza una gloria y del amor una virtud, flotaba, flotaba sobre las límpidas aguas del río, en el aire tan diáfano, que parecía que el cielo y todos sus astros tocaban la cima armoniosa de los árboles.

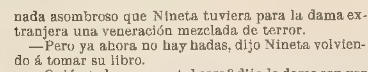
ENACRYIOS.

QUI REGNA AMORE.

En dónde estás? ¿de quién la sonriente
Luz de tus ojos calma la agonía,
Y de tu corazón la melodía
De quién responde al corazón latiente?
Pensativa en la grama, al libre ambiente,
Acaso das en prenda el alma mía?
O de la onda á la caricia pía
Cedes tu cuerpo en la fugaz corriente?
¡Oh! doquiera que estés, si voluptuosa
El aura ó la onda con murmurio lento
Te hace palidecer ó en tí se posa,
Es mi amor, él que en todo sentimiento
Vive y te busca en todo y no reposa,
Y te ciñe en eterno abrasamiento!

E. FERNANDEZ GRANADOS.

EL ALMOHADON DE UNA MUCHACHA.



[Traducido expresamente para "El Mundo Ilustrado."]

Nineta era la chicuela más encantadora del mundo. Sobrepasaba en belleza y en transparencia á esos deliciosos niños ingleses pintados por Joshua Reynolds ó por Sir Thomas Lawrence, esos niños cuyas carnes parecen hechas de rosas amasadas con leche; si no hubiese tenido un delantal negro, recortado á tiras, se la habría tomado por un querubín, pero es sabido que los querubines no usan delantales negros. Sus hermosos, límpidos ojos, cándidamente asombrados, abrigaban debajo de las franjas de sus cejas un cielo más azul que el otro cielo, pues por este no pasaba jamás una nube. Es inútil deciros que su madre estaba loca por ella: una madre encontraría soportable al mismo Quasimodo, y Nineta era una blonda esmeralda que no había sido educada entre truhanes.

Su graciosa cabecita encerraba un espíritu encantador,—espíritu de siete años se entiende,—y su dulce, pequeño y albo seno un buen corazoncito que palpitaba con la narración de acciones bellas y que se enternecía con las desgracias, ya fueran ciertas ó imaginarias; porque si bien Nineta amaba mucho á las muñecas, amaba todavía más los cuentos, y sobre todo los cuentos de hadas, que son tal vez los únicos cuentos verdaderos.

Los que la atraían más eran esos hermosos cuentos en que se ve acudir á las hadas para dotar á una princesa recién nacida, unas en una cáscara de nuez tirada por escarabajos verdes, otras en una carroza de corteza de alcornoque arrastrada por ratones enjaezados con telas de araña, ésta en un aeróstato hecho de una pompa de jabón con un copo de algodón por canastilla, aquélla montada en un rayo de luna cuidadosamente pulido. Nineta suspiraba por los tiempos en que todo eso pasaba y se preguntaba por qué las buenas hadas ya no concurrían en torno de las cunas infantiles, cual si ella no hubiese estado tan ricamente dotada como todas las princesas de los cuentos de Perrault ó de Madame d'Aulnoy!; pero Nineta era modesta é ignoraba que las hadas ya no hubieran tenido gran cosa que darle.

Cierto día, Nineta, sentada junto á su mamá sobre un cojín que ella misma había bordado, hojeaba un libro lleno de sus cuentos favoritos, cuando lanzó un suspiro como una palomita sofocada y arrojó el volúmen con un gesto de impaciencia y de mal humor.

—¡Oh, yo quisiera también un talismán maravilloso, como el espejo mágico ó como la sortija del Príncipe Amado, que me advirtiese cuando hago bien ó hago mal; de esta suerte, sería siempre muy buena y mamá no me regañaría nunca!

Hallábase ese día, en la casa de la mamá de la Nineta, una dama, joven aún pero extranjera, y de un aspecto muy singular, aunque perfectamente bella. Su pálido rostro, de un óvalo quizá demasiado largo, era iluminado por sus ojos de una fijeza insoportable. Las estrechas cejas, de una negrura azulosa, uniéndose casi sobre la nariz, daban á su fisonomía algo de inquietante y que hubiera sido duro, á no ser la semi sonrisa que melancólicamente esbozaban sus labios de un encarnado muy vivo. Estaba vestida con un traje de terciopelo negro y llevaba, por todo ornato, un collar y brazaletes de coral. El contraste de estos dos colores eminentamente cabalísticos contribuía á hacer más resaltante el carácter sobrenatural de su rostro. En una época de supersticiones, hubiérasela tomado fácilmente por una monja ó por una walkiria. Sus movimientos, lentos y majestuosos, infundían respeto, y, en presencia de su tranquila y triste belleza, los espíritus más escépticos experimentaban una impresión involuntaria. Así, pues, no era nada asombroso que Nineta tuviera para la dama extranjera una veneración mezclada de terror.

—Pero ya ahora no hay hadas, dijo Nineta volviendo á tomar su libro.

—¿Quién te hace creer tal cosa? dijo la dama con voz grave y resonante de notas de latón, y dejando caer de un golpe su magnética mirada sobre la chicuela, que se extremeció á pesar suyo.

—Pues parece que ya no las ha de haber, puesto que ya no se las ve nunca; ¡ay! y cómo hubiera yo querido encontrar á una, aunque la hubiese tenido miedo! encontrar á una buena hada vestida toda de estrellas y poseedora de una varita de oro fino, para que me concediera los dones que yo le pidiese!

Querida niña, lo que tal vez pasa, es que hoy las hadas se visten en la casa de Palmira, como simples mundanas; también gusta á las hadas seguir la moda, y los trajes constelados y los cinturones cabalísticos sólo servían en otros tiempos: empero la varita mágica no ha perdido nada de su poder sólo por haberse trocado en puño de sombrilla. ....

Mientras que así hablaba, parecía que las pupilas de la dama se iluminaban con una luz interior y lanzaban vivos fulgores; crecía su alta estatura y Nineta creyó ver como una especie de aureola en turno de la misteriosa amiga de su madre.

Mas como llegasen visitas que hicieron cambiar de conversación, la dama del collar coralino y del vestido de terciopelo negro, recobró su aspecto ordinario; no obstante, la extraña cuerda, tan pasajeramente herida, vibraba todavía en el alma de Nineta; la penetrante mirada de la señora*** la había traspasado, y no pudo menos que decirse en voz muy baja:

—¡Si la señora*** fuese una hada!

Algunos días más tarde volvió la señora*** en busca de la madre de Nineta y no la encontró en casa.

Nineta, sola en el salón, cosía alegremente para su muñeca, cortándole unas faldas de un viejo pañuelo de batista que la camarera le había dado. El espesor de la alfombra había ahogado los pasos de la señora***, de modo que pudo encontrarse muy cerca de Nineta sin que ésta lo hubiese advertido, tan ocupada como estaba en su labor. La chicuela lanzó un grito en cuanto advirtió, alzando sus ojillos, que la dama de las cejas de ébano se encontraba tan cerca de ella.

—¿Te he asustado, niña? interrogó la dama, usando de las notas más aterciopeladas de su voz.

—¡Oh, no! contestó Nineta en tono muy poco tranquilo.

—¡Tal vez te figuras que he descendido del techo ó que me hallaba oculta en el candil; quizá crees que he surgido de los vasos del Japón que adornan la chimenea, ó que he brotado del suelo entre fulgores de Bengala!

—No creo tales cosas, mas me hallaba tan absorta en mi costura, que no os había visto ni os había escuchado.

—En efecto, tengo el andar muy ligero, dijo la señora*** con singular acento;—cuando vivía en Java, ques es mi país natal, hubo muchas gentes que juraban haberme visto atravesar un torrente sobre una telaraña.

A tan extraña aserción, Nineta levantó su lindo rostro, mitad asombrado, y mitad crédulo.

La señora*** vió que había impresionado á Nineta y le lanzó una mirada tan llena de poder y de calma, que la chicuela, subyugada, abandonó el muñeco relleno de paja, en el que vanamente ensayaba la maternidad, y se puso á cierta distancia en una actitud de fascinación admirativa.

—En Java, en aquellas selvas donde brillan las amarillas pupilas de la pantera negra, en donde las flores abren como urnas sus cálices enormes, en donde el árbol *upa* proyecta su sombra mortífera, en donde el pasto es rayado por el vientre de las serpientes boas y oprimido por los monstruosos piés del hipopótamo, en donde el murciélago-vampiro fuetea con sus alas velludas los aires cargados de miasmas, yo me paseaba sola, con un sombrero de paja, con un traje de muselina y con una varita en la mano.

—¡Una varita! ¿Entonces sois una hada? ¡Ya me lo había figurado! exclamó Nineta.

La señora*** no hizo señal alguna de adhesión, pero nada dijo que pudiera desengañar á la niña. La cual, alentada por tal silencio y con toda la ingenuidad de la niñez,—de esa niñez en que la fe es tan fácil en medio de los primeros asombros de la vida,—preguntó:

—¿Y me podríais conceder una merced para hacerme mejor, tal como sucede en los cuentos de hadas?

—Sí puedo, repuso gravemente la señora***. Cuando te acuestes esta noche, encontrarás un almohadón mágico en la cabecera de tu cama. Ese almohadón responderá á todas tus preguntas, pero consúltalo sólo para las cosas importantes y jamás por motivo de vana curiosidad, porque en este caso pronto enmudecería. Si durante el día hubieres hecho alguna cosa reprensible, verás cómo el almohadón no esperará que lo interrogues y cómo tomará la palabra expontáneamente; pero á nadie digas nada de esto, porque gusta á las hadas la discreción, y no es digno de sus favores quien no sabe guardar un secreto.

Regresó de la calle la madre de Nineta y se suspendió la conversación.

Ya os figuraréis cuán largo parecería el día á la chicuela; contaba las horas y los minutos; sus piecesillos se extremecían de impaciencia sobre los barrotes de su silla; apenas respondía á quienes le hablaban, ó respondía equivocadamente. Creyó que ese día no tendría noche. Por fin, dieron las nueve y el timbre del péndulo pareció á Nineta más claro, más yocundo y más argentino que nunca.

Subió á su alcoba sin hacerse del rogar y cuando su cuidadora hubo retirádose, entreabrió las cortinas de su lecho con mano emocionada y trémula.

¡Oh prodigio! Aunque nadie había entrado en la alcoba de Nineta, el almohadón mágico hallábase allí, puesto delicadamente en la cabecera. Por lo demás, bastaba verlo para comprender que no era un almohadón ordinario. Para llenarlo, el *eider* de Noruega había proporcionado su plumaje más sedoso y más ligero; para envolverlo, Frisia había dado su tela más pareja y más blanca, bordada de un precioso encaje de Malines de dos dedos de ancho. Hay que agregar que, si decirse puede que un almohadón tenga su fisonomía, éste tenía un aire muy cándido, muy tranquilo, muy puro, muy benevolente; redondeábase de modo tan perfecto y exhalaba tan suave olor de limpieza y de polvo de iris, que á la Actividad misma hubiera inducido á reposarse en él.

Después de haber dicho su plegaria, acostóse Nineta, enterrando, no sin cierta aprehensión, las rosas de sus mejillas en la nieve del almohadón. Con su gorrillo ornado de un olán de tul estaba tan bonita, «que daban ganas de comérsela» como se dice en estilo de lobo. Uno ó dos bucles de blondos cabellos escapábanse por bajo del gorro, con brillos y ondulaciones de seda sin cardar. La chicuela hubiera querido desde luego trabar conversación con su talismán, pero se acordó de la recomendación que le había hecho la señora*** y tuvo la fuerza suficiente para no preguntar nada. Transcurridos algunos minutos y en el momento en que ya iba á dormirse, un murmullo casi imperceptible surgió del almohadón y las siguientes frases fueron dichas al oído de Nineta, pe-

ro tan quedo, tan quedo, que sólo podía oirlas, aún cuando en la pieza se hubiesen hallado otras personas.

—Nineta querida, ¡cuán impaciente, nerviosa y preocupada estuviste esta tarde! Más de veinte veces te dijiste á tí misma: «Yo quisiera que ya fuera de noche.» El tiempo es el que ha hecho la eternidad: ¿por qué querer violentar su marcha? Cada hora llega á su justo tiempo, hasta la más esperada. Si Dios te hubiera escuchado cada vez que has querido precipitar el tiempo, tu vida se hubiese acortado cuando menos de la mitad. Lo peor que se puede hacer para amargar el presente, es desear el porvenir!

Después de estos consejos, calló el almohadón y Nineta no tardó en dormirse. Tuvo los sueños más hermosos del mundo; creyó encontrarse en un paisaje cuyas praderas eran de lana con árboles de aserrín y con casitas de madera de Spá, poblado de muñecos de resorte tan bien articulados, que sus movimientos parecían naturales; luego el paisaje se borró y Nineta sintióse transportada al reino de Perla-Nácar en un palanquín hecho de hilos de la virgen y llevado por dos colibríes de gran librea; por fin, sentada en un trono de diamante, vió á una mujer de una belleza maravillosa, que tenía un pequeño niño parado sobre sus rodillas; tenía el niño como cicatrices en las manos y una raya roja en el costado. Miraba á Nineta con una expresión tan amistosa y tan dulce que pareció á la chicuela que volvía á encontrar al hermano que, no obstante, nunca había tenido. La divina madre dejó caer sobre Nineta una mirada inefable, y dijo:

Si eres buena, jugarás eternamente con mi hijo en el jardín del Paraíso y tendrás mueblecitos de oro fino y de cristal de roca y juguetes de todas clases, tan bien pintados y tan bien barnizados como no los tienen ni los hijos de los reyes. ¡Y podrás romperlos cuantas veces quieras sin que por eso dejen de conservarse nuevos y completos!

Sueños así acompañaron agradablemente á Nineta hasta su despertar. Jamás desempeñó sus deberes ni estudió sus lecciones con mayor atención que ese día; jamás fueron más parejos ni más claros los puntos de su costura, cosa importante, porque el trabajo manual, por humilde que sea, nunca debe ser desdeñado por una muchacha, aun cuando se encuentre en posición de no necesitarlo para vivir.

No repetiremos todas las conversaciones de Nineta con su almohadón, porque sería muy largo; tan sólo escojeremos algunas.

Un día, en pleno invierno, había caído mucha nieve durante la noche y todo el parque estaba enharinado: los árboles envueltos en terciopelo blanco, con sus ramas desligadas y brillantes, simulaban un inmenso trabajo de filigrana de plata, y los pájaros que con el vivo frío saltaban sobre la nieve, imprimían en ella pequeñas estrellas con sus patitas. Para ir á la iglesia, envolvióse Nineta en su *palatina* bordada de plumaje de cisne, escondió sus manos en el manguito juntas con su pañuelo y su libro de misa, é hizo su trayecto sin sentir las inclemencias de la estación más que por el beso, un tanto acre, que la brisa puso en sus mejillas A cierta distancia de la iglesia en el recodo de una esquina y sobre algunas briznas de paja que había recojido, tiritaba un niñito, apenas cubierto de miserables andrajos cuyos múltiples agujeros descubrían su carne desnuda. Ocultaba una de sus manos entre sus piés, tratando de calentarla algo, y tendía la otra, temblorosa, á las gentes que pasaban.

Cuando Nineta estuvo cerca de él, repitió su ruego en tono lamentable:

—¡Una caridad, señorita, por favor!

Primero, Nineta quiso detenerse; pero era preciso sacar sus manecitas del manguito, y además quería llegar á la iglesia entre las primeras; así pues, respondió:

—¡No tengo suelto! y siguió adelante.

Pronto disipose la impresión de piedad que la había causado la miseria del pequeño mendigo. El objeto no estaba ya delante de sus ojos y muy especialmente en la edad de Nineta es muy cierto el proverbio: italiano: «Lontano dagli occhi, lontano dal cuore.» ¡Es tan nuevo y tan maravilloso el espectáculo del mundo para una imaginación de siete años! . . .

Por la noche, se acostó Nineta vagamente descontenta de sí misma; aunque había olvidado la escena de la mañana, tuvo mucha dificultad para dormirse y se volteó veinte veces sobre el almohadón, sin lograrlo. Entonces el atormentado almohadón tomó la palabra:

—¡Qué mal hiciste esta mañana, Nineta! Faltaste á la caridad y dijiste una mentira, bien sabías cuando dijiste: «no tengo suelto.» que en la punta de tu pañuelo, del lado de la cifra, llevabas atadas cuatro piezas de á cinco sueldos, nuevecitas y relucientes. Una sola de esas piezas hubiera salvado tal vez la vida de ese pobre niño que no tiene ya padre ni madre. ¿Temías llegar tarde á misa? ¿Pero crees que en tal caso el buen Dios se hubiera disgustado? El que trabaja, ora; quien da limosna ora por sí mismo y por la persona á quien más ama. Por otra parte, tú no caminabas aprisa por cumplir tus deberes religiosos, sino para alcanzar sitio en primera fila y para que así todo el mundo viera tu *palatina* bordada de plumas de cisne que te regaló tu buena madre.

El almohadón decía la verdad, porque la javanesa de pestañas de ébano le había dado el poder de leer de corrido en el fondo de las almas. Nineta, confusa y arrepentida, se durmió con el espíritu agitado y pesado el corazón, y tuvo sueños inquietos y penosos, como los tienen las malas conciencias.

Esos sueños fueron horribles, lúgubres. Creyó ver al pobre mendigo sobre sus cuatro briznas de paja; el cielo era negrísimo y la nieve caía en copos densos; la capa gélida se tupía cada vez más sobre el infeliz, hasta que lo cubrió por entero. En vano intentaba Nineta libertar al pobre niño del mortal abrazamiento del frío: con sus manecitas abría la nieve á diestra y siniestra, pero siempre en vano; ella misma empezaba á sumergirse y el glacial lecho llegábale ya hasta las rodillas. Por fin pasó una mujer vestida con una túnica color de rosa y un manto azul y levantó al niño y puso á Nineta en terreno firme. El mendiguillo, sacudiendo la nieve prendida en las irregularidades de sus harapos, apareció todo esplendoroso é iluminado; unas marcas rojas fulguraban en sus manos, como llamas, y miró á Nineta con reproche y con tristeza, diciéndola:

—¿No quieres ir á jugar conmigo en las praderas celestes é ir á la eternidad, á correr en pos de las mariposas que tienen manchas de diamantes en sus alas?

El pequeño mendigo á quien Nineta había rehusado una pieza de á cinco sueldos era nada menos que el niño Jesús, que la había puesto á prueba.

Tal soñó Nineta y tal lección le bastó para siempre, de suerte que ya nunca respondió á ningún pobre: no tengo suelto. Aunque nevara como en el Monte Blanco y aunque lloviera como durante el Diluvio, Nineta se detenía para buscar en el fondo de sus bolsillos el sueldo pedido. Por ello la señora *** la hablaba con su más acariciadora voz y con su más linda sonrisa.

Otra vez, el almohadón la dió otro consejo utilísimo. Se acercaba el día de los premios; Nineta estudiaba su piano con el mayor celo; recomenzaba veinte veces la misma sonata hasta que salía á su gusto; martirizaba sus dedos como si hubiese querido entregarse á los prodigios de Liszt ó de Dreyschock. Y todos estaban encantados con ella, su mamá, su maestra, sus amigos, menos el almohadón.

—Sin duda,—díjole al oído una noche,—la emulación es hormosa y la música es un arte divino; pero ¿es precisamente el amor al arte y al deber lo que te hace estudiar con tanto ahinco desde hace dos meses? ¿No es más bien el deseo de apenar á tu pobre amiga Lucía que, según parece, obtendrá el premio y que cuenta ya con él? También tengo que advertirte otra cosa: tu tocas solamente con tus dedos y con tu voluntad, mientras que Lucía toca con su alma; y aunque fueras cien veces más habil que ella, ella te vencerá, porque solo llega al corazón lo que del corazón brota.

Lucía compartió el premio con Nineta.

Gracias á su consejero de plumas y de tela de Holanda, Nineta tornóse, en fin, la más encantadora personilla que soñar pueda el amor de una madre; hizo una primera comunión ejemplar, y el cuerpo de Dios fué en esa vez el alimento de un ángel.

Cuando Nineta alcanzó la edad del matrimonio, el almohadón le dió igualmente buenos consejos. Dos jóvenes visitaban la casa de su mamá, ambos honorables puesto que la visitaban, pero de caracteres muy diferentes. Uno era espiritual, brillante, pero algo vanidoso, algo superficial y más preocupado de su indumentaria de lo que conviene; el otro, más modesto, menos ruidoso, pero lleno de talentos y de sólida instrucción.

Nineta, al principio, prefirió al primero; es natural, pues el traje se mira antes que el corazón, el guante antes que la mano. Pero el almohadón la hizo cambiar de sentimiento.

Alfredo es honesto sin duda; mas mientras él corre por los bailes, vela Eugenio á la luz de su lámpara y estudia y medita, de suerte que al amanecer se acuesta con el corazón satisfecho y el espíritu lleno de buenos pensamientos, el otro, en cambio vuelve á su casa con el cuerpo rendido y el alma vacía ú ocupada por fantasías frívolas. El patrimonio del uno sólo podrá disminuir; el del otro aumentará siempre, y aunque fuera pobre, siempre será considerado porque costumbres puras y trabajo tenaz, unidos á un buen ingenio natural, necesariamente hacen célebre á un hombre. Eugenio sólo amará á su mujer y á sus libros. Todavía no se ha atrevido á hablarte, pero yo leo en su corazón como en el tuyo.

Eugenio era, en efecto, el que la madre de Nineta había escogido para marido de su hija.

En la noche del matrimonio, la dama javanesa penetró en la alcoba nupcial y, al ver que el blanco almohadón todavía se encontraba en su lugar, dijo, sonriendo á Nineta.

—Me has creído más hechicera de lo que soy en realidad, niña mía; el almohadón que te dí no es, como todos los otros almohadones, más que un saco de tela lleno de plumas, que nunca dice una palabra. Has tomado por su voz á la voz de tu conciencia, que te hablaba en el recogimiento de la noche, tu imaginación ardiente forjaba aquella ilusión.... Creíste *oír* lo que tú misma pensabas; y dime, ¿no vale eso más que la sortija del Príncipe Amado y más que todos los talismanes posibles? Ahora, tu razón está formada y tienes ya un marido que responderá á todas tus preguntas y que esclarecerá todas tus dudas.

Ya no necesitas el almohadón, quítalo, y guárdalo para tu primera hija.—THEOPHILE GAUTIER.

LA CANCION DE MI PUEBLO.

«¿Viste el país donde el limón florece?»

GOETHE.

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso
como una pandereta;
su cielo es de zafiro, su sol esplendoroso,
y del Genil radiante mi pueblo delicioso,
se baña en la onda inquieta.
Mi pueblo está cercado de huertos y olivares,
de viñas y jardines;
sus blancos campanarios semejan palomares:
y en él dan las guitarras sus plácidos cantares,
su aroma los jazmines.
Todo en mi pueblo ríe: la cristalina fuente,
el pájaro canoro,
la cincelada torre, la reja floreciente
y el vino generoso, el vino reluciente,
que lanza rayos de oro.
Es un verjel soñado, feliz nido de amores,
mi pueblo dulce y bello:
poblado está de notas, perfumes y colores,
de pechos entusiastas y rostros seductores
de mágico destello.
Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso,
como una pandereta,
mas ¡ay! que en su brillante regazo bullicioso
hay algo enfermo y triste, doliente y angustioso:
¡el alma del poeta!

MANUEL REINA.

DE STECCHETTI

Minister vetuli puer falerni
Inger mi calices amariores.

CAT. *Carm*

De largos cantos la nota suena;
Purpúreas rosas caen de mi frente
Y el negro esclavo mi vaso llena
De vino ardiente.

¡Loco! de amores pisé la senda
Y amé con toda la fuerza mía....
Rogué, y en vano; larga y horrenda
Fué mi agonía...

¡Loco! aun anhelo que ella me ame,
Que arda en su seno de amor la llama......
Lanzan sus labios sonrisa infame,
Miente y no ama!

Fé y esperanza mató el Destino;
¡Ay! por mi mismo de luto vengo..
Paz á los muertos.. Dame más vino.
¡Cuánta sed tengo!

F. FERNANDEZ GRANADOS.

Páginas de la Moda

FIGS. 1, 2 Y 3.—GRUPO DE TOILETTES DE CALLE.

¿ESTA DEGENERANDO NUESTRA RAZA?

Este es un asunto que indudablemente nos toca muy de cerca y cuya atenta consideración obliga á todo aquel que de corazón desea la prosperidad de su país. Francia reconoce hoy que sus ciudadanos son físicamente inferiores á los que vivían en los días de Napoleón, y lucha con el problema de hallar los mejores medios para contrarrestar esa degeneración. Otras naciones harían bien en estudiar cuidadosamente este problema, y si encuentran causas que tengan probablemente esta influencia degeneradora, ponerse luego á destruirlas. Los hombres del futuro son los muchachos de hoy, y lo que son los muchachos de hoy serán los hombres del futuro.

En nuestro país es evidente que la degeneración física va en aumento. Los médicos examinadores del ejército informan que un número mucho mayor que de costumbre de jóvenes que trataban de alistarse en el ejército, han sido rechazados por alguna incapacidad física para hacer el trabajo que se esperaba de ellos.

Cuando consideramos el enorme aumento del consumo de bebidas alcohólicas y de tabaco en la última decada, podemos formular una idea con respecto á algunas de las causas de la degeneración.

El alcohol y el tabaco no son de ningún modo los únicos agentes que contribuyen á la destrucción de nuestra raza, pero tal vez s n los mayores factores. La introducción del cigarrillo nos ha traído un ejército de fumadores jóvenes. Hoy pueden verse en las calles de nuestras grandes ciudades veintenas de niños de cuatro años arriba, y á veces más jóvenes, que fuman cigarrillos. La influencia del tabaco sobre el delicado sistema nervioso del niño todo puede ser menos benéfica.

De un editorial del *Medical Age*, de Diciembre, sobre «La salud de los niños,» tomamos lo siguiente:

«Un médico inglés que ha hecho el exámen físico de cien muchachos de una escuela pública; ha producido una tierna consternación en los ánimos de muchos de los que se interesan por la educación, por la extrañeza de sus informes. De estos cien muchachos, cuya edad variaba de trece á quince años, treinta y nueve estaban abajo de la altura media, cincuenta y tres abajo del peso medio, sesenta y ocho abajo de la medida media del pecho, sesenta y tres estaban sujetos á deformidades, dos padecían hernia; catorce tenían vericocele, y veinte y dos padecían albuminuria.

Parece difícil dar crédito á tales informes. El inglés tal como le conocemos, no carece de vigor, y ordinariamente sale en extremo bien cuando se compara su fuerza vital física con la que es tipo en otras naciones. Su gusto por los juegos y ejercicios atléticos y al aire libre, le han escapado según es de suponerse, de los vicios debilitantes que han promovido la degeneración física en las nacionalidades más débiles: y sin embargo se halla que estos cien muchachos son en su mayor parte un lote de raquíticos, que en algunas comunidades salvajes se habían dejado perecer entre los incapaces, y en Grecia ó Esparta habría sido limpiado de la mala yerba por algún sistema de selección más rápido en su modo de obrar que lo es la selección natural.

"Puede inferirse con mucha razón que algo semejante está pasando con nuestros niños. No faltan quejas de alteraciones de salud en nuestros muchachos de escuela, y á la edad de catorce ó quince años,

Fig 4. —Traje azul de calle.

Fig. 5.—Traje de muselina para paseo en coche.

fácilmente se ponen constipados, con músculos flojos, y atacados de anorexia nerviosa. Que la ciencia médica no puede preservar bastante á los así dañados se echa de ver por las estadísticas de las compañías de seguros. Estas demostrarían que no ha habido adelanto en la vitalidad media. Además, si causas congénitas fueran las bases de esta situación, ¿no deberían hallarse en las niñas tanto como en los muchachos ejemplos de estas tendencias físicas á retrogardar? Es muy conocido que nada de esta clase se echa de ver en las niñas. En Inglaterra especialmente se dice que las niñas son más robustas, más sanas y más fuertes que lo que sus madres alguna vez fueron. Disfrutan de vigorosos juegos al aire libre. Parecen haber aprovechado en alto grado de la protección impuesta por las concepciones sociales y sanitarias del día. ¿Por qué los niños no disfrutan de la ventaja correspondiente?

NUESTROS GRABADOS.

FIGS. 1, 2 Y 3.—GRUPO DE TOILETTES DE CALLE.

Son tres encantadores modelos de suma elegancia. El primero está formado por una falda plana y lisa de satín acero ceñida con cierta holgura al talle con un cinturón. El cuerpo forma una blusa abierta caprichosamente sobre una camisola de batista plissé, sobre la cual cae una corbata fantasía. Jockeys bordados de forma muy nueva.

La segunda es de puntillé de seda con una túnica redonda, cuerpo con reminiscencias de bolero y un plastrón de guipure.

La tercera forma un estilo capricho de la más encantadora novedad, de sarga plomo con grandes bastillas onduladas que recorren la falda y el cuerpo.

FIG. 4.—TRAJE DE CALLE AZUL.

De velo azul claro con una gran aplicación de blonda en el cuerpo y en la falda, formando en aquél tres series de volantes ondulados.

FIG. 5.—TRAJE DE MUSELINA PARA PASEO EN COCHE.

Lleva una túnica que cae en dos puntas hacia el frente y hacia la espalda. Jacquette redondo ondulado en ambas alas abierto sobre una camisola de muselina con tableados verticales.

FIG. 6.—TRAJE DE MUSELINA BLANCA PARA PASEO EN CARRUAJE.

Lo hermoso de este traje consiste en el bordado de gran dibujo, que figura una jacquette redonda abierta sobre un cruzamiento de bandas de muselina.

FIG. 7.—TRAJE DE CREPE DE CHINA.

Lleva una hermosa aplicación de chantilly y forma una túnica. La falda inferior es plissé. Camisola tableada.

OTRO PAGO DE $8,125 DE "LA MUTUA"

En Maravatío, E. de Michoacán.

Timbres por valor de $8.14 cs. debidamente cancelados.

Recibimos de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de $8,125.08 cs. plata mexicana, así: $6,000 suma asegurada, y $2,125.08 cs. por devolución de los premios pagados, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 576,431 bajo la cual estuvo asegurado el finado señor Alcibiades Marvan, y para la debida constancia en nuestro carácter de beneficiaria la primera, y el segundo como tutor de los menores María Dolores, Manuel, Rosalía y Felix Marvan, también beneficiarios nombrados en la póliza, extendemos el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en Maravatío, Estado de Michoacán, á 3 de Abril de 1899.

Firmados.—J. M. Santana.—Rosalia S. V. de Marvan.—Rubricados.

Un timbre de 50 cs. debidamente cancelado.

El Licenciado Urbano Torres Pallares, Notario Público.

Certifico: que las firmas que anteceden y calzan el precedente recibo, fueron puestas á mi presencia por la señora Rosalía Santana, viuda de Marvan y por el señor José María Santana, una y otro, personas de mi conocimiento, quienes declararon ante mí ratificar dicho recibo.

Y á pedimento de los interesados y para la debida constancia, extiendo la presente en Maravatío, á 3 de Abril de 1899.

Fig. 6.—Traje de muselina blanca para paseo en carruaje.

Fig. 7.—Traje de crepe de china.

EL MUNDO.

Año VI – Tomo I | México, Domingo 28 de Mayo de 1899. | Número 22

Don Emilio Castelar,

† EN MURCIA EL 25 DEL ACTUAL.

(Vease *La Semana*.)

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Las mañanitas así, con su luz virgen y curiosa, su cielo muy claro y muy azul, sin una mancha, sin la huella de una nube, y su aire fresco y húmedo, con transparencia de cristal y centelleos de piedras preciosas, son la delicia de los madrugadores, de los que se levantan con el día, de los que tranquilamente cierran los párpados cuando viene la sombra para que no se asusten las niñas de sus ojos, y los abren al mismo tiempo que las últimas estrellas se diluyen en la claridad de nieve del alba.

Las mañanitas así, puras y radiantes, que se visten de almas gloriosas para ofrecer flores al sol, que asperjan de rocío los nidos para que despierten los músicos y en cada árbol se toque una aleluya á toda orquesta, que destapan las urnas de las rosas para que se perfumen los campos, y echan á vuelo las campanillas para que repiquen la gloria, las mañanitas así, que ponen un grano de oro en cada arena, una gota de fragancia en cada cáliz, un gorjeo en cada ave, una sonrisa en cada boca, son la más exquisita coquetería de la Primavera, y reparten á todo el que se lo pide, á manos llenas, como quien dá limosna, con un tesoro inagolable, la alegría de vivir.

Las noches sin luna, enlutadas y llorosas, como viudas inconsolables, hacen de la Ciudad un camposanto. De lejos, entre la obscuridad, los bloques de casas, parecen pesados y gigantescos monumentos sepulcrales, y los focos eléctricos, lamparillas de tumba. Uno que otro lucero, como blandón de luz cansada, se enciende, por intermitencias, en el paño fúnebre del horizonte.

Pero sacude la aurora sus desteñidos pabellones de púrpura, en el fondo del paisaje, y la mañana de luz virgen y cielo azul abre la ventana del sol y se asoma, y sonríe, y dice jubilosamente: "Buenos días"

"Buenos días, señoritas flores; lirio, qué blanca está tu seda; anoche estuviste bruñendo tu tocado de oro, margarita; camelia, qué pomposa está tu gola de encajes; amapola, que joyel de brillantes te pusiste sobre el raso de los pétalos; qué vaporosa muselina pompadour la de las caléndulas; qué penacho tan gallardo el de los claveles!"

"Buenos días, jóvenes pájaros, bulliciosos artistas; vamos, hijos, á ver qué vieja canción ó qué empolvado motete ensayáis ahora. Qué numerosos están los coros. Suena un orfeón en todos los árboles!"

"Buenos días, muchachos enamorados; perezosos! que se llega el momento de la cita. Amaneció. Romped el hilo de luz del sueño con el que atáis las alas al amor; la vida se ha vuelto hermosa. La Naturaleza está contenta. Hay una boda en cada rama"....

Y mirad cómo los madrugadores, los buenos, los felices, los pobres, los que habitan las casas de barrio, el escribiente, la costurerilla, el *calicot*, el obrero, el estudiante, los que no viven de noche, porque la noche es muy mala, y muy cara porque los refinados placeres nocturnos, insanos y artificiales, no están á su alcance; los que se levantan con el sol, van por las calzadas de la Reforma, bajo la húmeda ojiva de los árboles, en parejas silenciosas, en bandadas cantantes; éste, pensativo soñador, de andar lento; aquél, mozalvete apresurado, que teme llegar tarde á donde lo esperan un beso y una mirada; esos otros dos, él y ella, en un coloquio de risas, todos aspirando el aire á plenos pulmones y sintiendo en el corazón la gran alegría de vivir.

¡Oh, mañanitas de Mayo, de cielo muy azul, de aire muy limpio, de luz muy blanca, y qué buenas sois para las flores, para las aves y para los enamorados!

***

Rostand está en un manicomio. Esa alma, fuerte y brillante, como la armadura de Lohengrin, se ha hecho pedazos al golpe de mazo de no sé qué sombrío y formidable pensamiento. La fantasía de este alto poeta, vuela, libre ya y escapada de la jaula de la razón, por los infinitos cielos de la locura.

Edmundo Rostand cayó al mar negro de la insania desde la cumbre resplandeciente. Llevaba poco más de un año de haber llegado allí y en pié habíase quedado, triunfante y tranquilo destacándose en un rompimieto de gloria; sonó en París la trompeta de su heróica poesía y el Arte se extremeció de júbilo. Un personaje apareció en el tablado del teatro y empezó á hablar en un idioma fastuoso, sencillo y rico, picaresco y apasionado, y la Crítica desarrugó el ceño, llamó al joven poeta y le dijo: aquí, donde se hacen tantos manequíes, has hecho un hombre; y este hombre lleva dentro toda el alma de Francia.

En efecto, de los pareados alejandrinos, de las elegantes combinaciones métricas, de cada verso, de cada palabra, del conjunto de la maravillosa comedia, se desprende como de un pebetero el humo perfumado, el espíritu francés. Los arranques de amor, los ayes de dolor, los gritos de cólera, los sollozos de agonía, están en la obra de Rostand encubiertos y como disimulados por el diáfano y colorido velo del *sprit*. La gracia irónica, la malévola reticencia, el símil alado y frágil como una mariposa, la pasión y la ternura tramadas de no sé qué risueño y drolático esceptisismo, hacen de *Cyrano* el arquetipo de un pueblo, que burla, burlando, ha sufrido y amado mucho.

El que supo concebir este maravilloso feo, este valiente y atrevido gascón, este bravo, generoso y audaz, este ingenio peregrino y callejero, este trovador narigudo y caballeresco, que hoy cruza gallardo y ágil con el chafarote desnudo y ondeante el esponjoso penacho blanco por todos los escenarios europeos, el poeta que creó á *Cyrano*, el mimado de la gloria y de la fortuna, el que vivió en un aire de aplausos y sobre una alfombra de admiraciones, se pasea hoy meditabundo y solo, llevado de la mano por la invisible Musa, en el jardín de un manicomio.

No me extraña. Los artistas de este tiempo, que golpean á la vida como á una amante infiel que se empeñara en perseguirlos, los neuróticos que tienen alegre la tristeza y que se refugian en el Arte, como los malhechores en los templos, los grandes y dolorosos artistas que beben en la dorada copa el tósigo del dolor y del desencanto, suelen hacer este luminoso viaje al país de la Locura, antes de tenderse perezosamente en la barca que ha de conducirlos por el río de las aguas silenciosas......

***

¡Cuán distinto del poeta francés, este otro excelso poeta español que se dejó acariciar por la muerte cuando ya nada tenía que decir al mundo, porque todo se lo había dicho en cincuenta años de oración perenne y magnífica al ideal! Emilio Castelar llevó una existencia sonora, exaltada, sublimada, altísima; existencia de profeta y de apóstol. Fué el amante inquieto, el Romeo de la Libertad. ¿Un poco iluso decís? No lo creais; ese joven visionario que predicó la buena nueva, ese ardiente orador, que dejó caer su palabra como lluvia de fuego sobre las multitudes asombradas, ese atrevido revolucionario en cuyo verbo fulgurante se enredaban, como látigos, los dogmas de la democracia, ese arrebatado profesor de Historia, que exprimía de los sucesos humanos el amor y lo derramaba en las almas como un bálsamo, ese vate numeroso, de amplias imágenes, y tropos inauditos, era un divino sembrador de libertad. La inmortal semilla germinó en muchos espíritus plantada por su mano. No fué su lucha estéril, ni su voz clamó en los desiertos. Sus prédicas elocuentísimas convirtieron á muchedumbres.

El hombre público, con sus errores y sus caídas, con sus apasionamientos y sus debilidades, muy en breve será definitivamente juzgado. Esta parte del monumento que se levanta á uno de los ingenios españoles más poderosos podrá quedar sombría; pero el lado que se conservará siempre resplandeciente, con resplandor intenso y vivo, ha de ser el que corresponde al soberano y glorioso poeta que hizo del habla castellana el más acabado y perfecto instrumento de la expresión. Nadie como él le encontró tantos secretos, tantas y tan vastas sonoridades, ritmos tan gratos, harmonías tan sutiles y deleitosas, músicas tan suaves y exquisitas. El largo y rotundo período, la frase airosa y pulcra, la oración robusta y fuerte, de vértebras de acero, el epíteto abundoso y pintoresco, el sustantivo exacto y flamante, el verbo, creador espíritu, soplo vivificador, á cuyo aliento se movían las voces, alzaban el vuelo las expresiones, flameaban los vocablos como antorchas, y cantaba el idioma cosas jamás oídas.

A veces, antójaseme el estilo de Castelar una de esas viejas catedrales góticas erizadas de agujas, cuajada en el pórtico de górgolas, endriagos, ángeles, tréboles y quimeras, y por dentro, de largas y altas naves que adornan los calados rosetones y los capiteles de hojas de espino; rasgando los muros las ojivas, como luminosas manchas de colores, y de trecho en trecho, las lámparas colgadas de gruesas cadenas, y en cuyo tazón de hierro enmohecido, boga una llamita, ocre y trémula, como el ala de un insecto náufrago en el aceite. Por allí desfilan las ideas encapuchadas y el rumor de sus pasos despierta los ecos soñolientos. Todo está mudo y triste: en la penumbra, se adivinan unos cuantos fieles arrodillados: una que otra devota pasa persignándose y mascullando sus monótonos rezos. No hay flores en las gradas ni cirios encendidos en el tabernáculo. Pero avanza el día y llega la hora de la fiesta. Y entonces la solemne catedral se ilumina de improviso, cuelgan de las bóvedas cortinajes y flámulas, desata el órgano su torrente de broncos sonidos, se incendian los altares, brilla el oro de los ornamentos con inesperadas refulgencias, la muchedumbre, invade la catedral desierta, el humo del incienso flota por todas partes como una gasa perfumada, y los fieles entonan un himno litúrgico que estremece las piedras y atruena los aires.

A veces, también, figúrome el estilo de Castelar como la plaza de una ciudad muy populosa en la Edad Media.

Vienen las multitudes en tumulto, de las calles cercanas, y se congregan allí, alborotadas y rumorosas como mar en borrasca. Se confunden y mezclan los colores de los trajes, se alzan en alto los brazos como espigas que el viento sacude, de cada boca sale un grito, en cada mano relampagua un puñal. Fulguran á lo lejos las lanzas como puas de luz.

Y de repente, en el balcón balaustrado del palacio, aparece el príncipe, ataviado de púrpuras y gemas, descubierta la cabeza de cabellera blonda, quieta y penetrante la mirada azul, sereno y noble el rostro, de perfil numismático. Detrás del príncipe, intranquilos y nerviosos se agrupan los cortesanos y los pajes. Y á la arenga real, apenas perceptible en los primeros instantes, sucede un dramático silencio, luego unas tímidas palmadas, en seguida un vivo estruendo, y al fin un cántico popular de regocijo y glorificación.

No seduce, pasma, obliga, domina, en verdad, este fecundísimo escritor que en su candorosa elocuencia no enturbió jamás las linfas de un estilo siempre puro, que recorrió todos los matices de la pasión y erró por todos los horizontes de la idea.

Castelar escribió historia, filosofía, novelas, viajes. Como historiógrafo es un gran pintor de cuadros decorativos. Como novelista......Castelar tomó la forma narrativa de la novela como un pretexto para hacer disertaciones empapadas de conmovedora poesía

Y en cualquier parte, en la cátedra, en la tribuna, en el libro, no dejó nunca de pensar alto y de sentir hondo este hombre bueno que amó la libertad por sobre todas las cosas de este mundo.

***

—¡A dónde irás?—me preguntas, linda y aburrida amiga mía?

—El campo y la zarzuela son las únicas diversiones, pero en el campo llueve y el teatro es, por hoy, el mundo del fastidio. ¿Quieres escuchar mis consejos? Abre un buen libro y quédate en casa.

Fragmentos de un libro de viaje.

Todavía en Varsovia.—El Dr. Alexandrof.

Voy á presentar á mis lectores á un sabio de raza eslava, muy digno de ser conocido, tratado y encomiado; se llama el Dr. Alexandrof, es fornido, vigoroso, de alta estatura, de ademanes prontos, sobrios y enérgicos, de mirada firme y casi dura, es Director del Hospital Militar de Varsovia, tiene, no recuerdo bien, que ingerencia en los asuntos sanitarios de la ciudad, y los médicos mexicanos tuvimos que tratarle para obtener de él nuestras cartas de congresistas.

Sobre muchas circunstancias loables, ofrece una bellísima: su hogar, su familia, en la que descuella, como fragante rosa, su hija, encantadora y muy inteligente muchacha que desempeña cerca del padre las funciones de secretario. Decir la amabilidad con que esta linda joven trató, no sólo á los médicos mexicanos, sino á los franceses, alemanes y de otras nacionalidades, que á Varsovia acudían con el mismo objeto que nosotros, fuera difícil; habla el francés con una pureza y corrección admirables, habla el alemán con soltura, no ignora el inglés; ¡ay! sólo la hermosa lengua de Cervantes no alcanzaba á hacer vibrar los frescos labios y la voluble lengua de la Srita. Alexandrof.

Sin embargo, para que no quedara desmentida en ella la sorprendente aptitud que para hablar extrañas lenguas posee la raza eslava, la hermosa joven, á la tercera entrevista con nosotros, pronunciaba ya con mucha corrección nuestros nombres y apellidos, y su fisonomía gesticulaba con la mayor gracia, según la impresión que cada nombre despertaba, en su bueno y penetrante oído; el mío, de origen griego, le era familiar al revés de lo que con él pasaba á los franceses que jamás acertaban á pronunciarle; el de Nicolás lo pronunciaba con un afecto respetuoso, demostrando así la cariñosa veneración que los súbditos rusos tienen por su soberano.

Casi imposible será que estas líneas lleguen á manos de esa varsoviana seductora, y aun caso de llegar, serían para ella incomprensibles, lo que es de lamentarse, pues así sabría la grata impresión que dejó en los mexicanos, que tan transitoriamente la trataron.

El doctor, amable en el fondo de su austeridad casi ruda, nos mostró su gabinete de estudio, amueblado con gusto y sencillez al estilo parisiense, enseñándonos algunos instrumentos científicos curiosos, entre otros una geringa de su invención, destinada á infectar jugos orgánicos, y que pensaba pesentar en el próximo Congreso Internacional de Moscow.

Un día, pues, arregladas nuestras cartas de congresistas, el sabio doctor invitó á la comisión mexicana á visitar por la tarde los filtros de Varsovia, colosal obra de saneamiento que tiene por objeto purificar las aguas del Vístula, y á ver de regreso el Hospital Mi-

litar. Todos aceptamos gustosos la invitación, y como era medio día tuvo la bondad de acompañarnos al Dr. Carbajal y á mí al Casino Militar de Varsovia, donde almorzamos en compañía de un médico de los hospitales de París. Era un día caluroso del mes de Agosto, mas las mesas del restaurant estaban en el jardín del Casino, cuya frescura amortiguaba los rigores de la estación.

Terminado el almuerzo nos reunimos con el Sr. Liceaga y los demás médicos mexicanos, á la sazón en Varsovia, y acompañados por el médico de los hospitales de París, y guiados por el Dr. Alexandrof, después de acomodarnos en un número competente de droikas, nos encaminamos á ver los colosales filtros.

Colosales á la verdad, no recuerdo haber visto en mi larga excursión una obra de tal magnitud, de tal importancia, en cuya ejecución los rublos han corrido formando un río más caudaloso que el Vístula, que la obra está destinada á purificar. Al contemplar tal monumento de higiene, se maravilla uno de la audacia rusa, de la paciencia y energía de ese pueblo admirable, que, confinado antes al último rincón de Europa, hoy se extiende acometedor y osado por todo el viejo mundo. Junto á los filtros de Varsovia, palidece el *Croton reservoir* del Parque Central de Nueva York, á pesar de ser también una maravilla y la obra de un pueblo, cuya actividad y empuje conocemos por desgracia demasiado bien los mexicanos.

Esta imponente obra de saneamiento está situada en las afueras de la ciudad, ocupa una grande extensión de terreno cercado por una tapia. Comenzamos nuestra visita por el gabinete bactereológico anexo á los filtros, y que es, por decirlo así, el termómetro que mide el grado de purificación de las aguas. Está confiado á un bactereólogo alemán; allí se ven muestras de las aguas del Vístula antes de ser sometidas á la purificación, y en las diferentes fases de ella.

Excusado es decir que antes de ser purificadas, las aguas de aquel río colosal se encuentran infestadas de muchas y muy temibles bacterias, y que estos temibles, aunque diminutos huéspedes, van progresivamente disminuyendo á medida que la purificación avanza, y que las últimas muestras, *échantillons*, que dicen los franceses, son casi ópticamente puras.

¡Qué impresiones tan especiales se experimentan en aquel reducido gabinete! ¡cómo se admira allí el poder de la ciencia, y qué alhagadores ensueños acarician nuestra imaginación, sobre las mejoras futuras de la condición humana! El Vístula, ese enorme río de 1,100 ks. de longitud, que en su largo y sinuoso curso riega el Austria, la Polonia y la Prusia, y cuyas turbias aguas beben los hijos de Cracovia, de Sadomir, de Varsovia, de Marienbourg y de otras poblaciones de menos importancia, recibe cantidades enormes de desechos é impurezas orgánicas, y en sus movibles cristales pululan por miriadas de miriadas esos micro organismos formidables, que el genio de Pasteur ha revelado y enseñado á descubrir y á vencer. Pues bien, gracias á los filtros de que hablamos, esas aguas van deponiendo gradualmente su virulencia, van recobrando su pristina pureza, y van paulatinamente volviendo á ser lo que la Madre naturaleza quiso que fueran: una de las materias primas más preciosas de nuestra vida. Ah! cuando la bacteriología avance más, cuando las naciones todas estén convencidas, como ya lo están las más adelantadas, de la importancia de la higiene, y de sus poderosos y eficaces medios, entonces los hombres beberán aguas límpidas é inofensivas, respirarán aire puro, hollarán un suelo sano, y la vida humana será menos corta y menos miserable.

Concluida la visita del gabinete bactereológico, presurosos y llenos de curiosidad, nos encaminamos á visitar los famosos filtros.

Porfirio Parra.

DE LA VIDA BOHEMIA.

Es curioso, verdaderamente curioso, que el buen burgués que odia á los *desiquilibrados* y para quien todo lo que no es comercio y ahorro es desequilibrio, haya sentido brotar en su corazón de paquidermo una ráfaga de simpatías para ese grupo de especiales *qui ipsa lingua Bohemia apellantur*. La arrobadora inspiración de un maestro de la nueva escuela melódica, que labró un canto sobre el viejo espíritu de Henry Mürger, ha venido á revelar ante los ojos atónitos de la muchedumbre, las extrañas intimidades de un grupo que nunca soñó con divertir á Monsieur Prud'homme, sino que más comunmente suele divertirse con él. Y cuando Monsiuer Prud' homme vió descorrerse la cortina que le ocultaba la existencia de esos que para él no pueden ser más que unos pobres diablos, he ahí que Monsieur Prud' homme se ha enternecido con los amores—¡pecaminosos!— de Mimí y de Rodolfo, y que en su voluminosa testa de tapir ha surgido la obsesión de darse á vivir, él también, su partícula de esa *poética* vida bohemia, ebria de besos, de juventud y de ilusiones! ¡*Vida gaya y terrible*, Monsieur Prud' homme, que de ninguna suerte está hecha para tí, puesto que para ser bohemio genuino es preciso ante todo tener talento!

Sí, Henry Mürger hubo menester de Giacomo Puccini para ser comprendido por las multitudes; la poesía pura tuvo necesidad de ser glosada y puesta en música para que penetrara dentro del cráneo de Monsieur Prud' homme; lo cual prueba—no que la música sea la menos intelectual de las Artes, líbreme Dios!—que muy á menudo las Artes tienen que tenderse una mano fraternal para vencer las sinuosidades de la ruta.

Henry Mürger en sus páginas y Giacomo Puccini en sus notas, han idealizado magnamente la vida bohemia y la han envuelto en tanta poesía, que, quien por ellos la conoce, imagínasela como la más hermosa, como la más envidiable, como la más feliz que puede darse. La palpitante tragedia que la multitud ha visto desarrollarse sobre la escena, con todo y ser de una intensidad desgarradora, no ha hecho más que acrecer sus simpatías por los bohemios, porque ha encontrado en ellos, en ellos que van por la extraviada senda de los desórdenes, algo que no se esperaba puesto que aún en su propio medio, tranquilo y burgués, es ya demasiado raro: un corazón completo y grande, y una sinceridad floreciente. Y por cierto que Ilica, al entresacar de las *Escenas de la vida Bohemia* lo que para su libreto necesitaba, tuvo el supremo tino de no utilizar más que las grandes carcajadas y los grandes dolores; el fondo esencial y uniforme de la vida bohemia apenas está esbozado en frases vagas y metafóricas. De ello que esa *Bohemia*, revelada en la escena, tenga aureolas inefables y atrayentes, que, al impresionar con lágrimas ó con sonrisas, siembran en la multitud un entusiasmo que muy bien puede ser causa de irreparables extravíos......

No, Monsieur Prud'homme: no dejes que tus hijos se afilien,—siquiera sea aparentemente—en la *vida gaya y terrible*; ni tan ólo les permitas que usen corbata flotante, ni fieltro muelle y ancho de ala, porque entre esa corbata y ese fieltro puede venir más tarde la melena altiva y alborotada y bajo esa melena, en el cerebro, estará tal vez la chispa sacra del Arte, que, si puede llevar á vivir la vida bohemia, es también el puñal más torturante que enclavar sea dado en entraña humana! ¿Tú crees que la vida bohemia es siempre Mimí y Rodolfo, Marcelo y Museta? Tienes razón en cuanto á que siempre es sincera y nunca respeta lo que es puramente convencional; pero.... ¿y después? ¿cuándo no hay ni grandes lágrimas que desahoguen, ni grandes carcajadas que arrullen? . .

Hay algunos que fueron lo suficientemente bohemios para beber á grandes sorbos lo que esa copa podía brindarles de dulzuras y de alegrías; un puñado de luises les impidió probar sus amarguras y sus tristezas; pero las palparon en otros y entonces .....

Pero tú, Monsieur Prud'homme, que andas ponderando los atractivos de esa vida, ¿sabes tú lo que es realmente son los bohemios?

***

Míralos: entre las barbas hirsutas, bajo un bigotillo que tiene toda la ternura de las espigas jóvenes, los labios de jaspe se enarcan en la entusiástica proclamación de una juventud llena de impulsos y de avideces; los ojos arden en una lumbre interna que acusa á gritos los tesoros ocultos que el cerebro incuba, hay en su silueta singular y clásica, toda una revelación de incontables ilusiones y de palpitantes esperanzas. Es cierto, cuando se les mira con la pipa entre los labios y enfrente de la copa opalina ó del pichel rebosante, mientras que la malicia y el esprit se desbordan por sus ojos en saetas de fuego, no es posible pensar que dentro de esos grandes burlones y dentro de esos grandes inconscientes pueda ocultarse algo más que el goce de vivir, amplio y despreocupado. Ciertamente, si se considera el brillante kaleidescopio que es su vida, nunca sujeta á un cartabón preciso y siempre juguete de la variación imprevista, no se ocurre que alguna vez el bohemio pueda dar cabida en su corazón y en su cerebro á esas ideas-puñales que la vida clava con tanta crueldad en los otros: creese que ellas se ahogan en la vorágine de pipas, de copas y de mujeres que tan injustamente se ha dado como escudo de armas á los bohemios.

Y la equivocación no es tan grande en cuanto á que la juventud, esa divina omnipotente, sabe velar con maternales solicitudes los sinsabores de la prosa y tiene mieles para dulcificar todas las amarguras y tiene nimbos para aurolear todos los dolores. Mas cuando el bohemio está solo, entre las cuatro paredes de su estancia, lejos de las risas femeninas y del ingenio de los camaradas y de la espuma de la cerveza; cuando *ve en los tiempos* sin que tenga al alcance de su vista prismas engañosos que le idealicen las realidades; cuando la Vida-Combate llama fatalmente á sus puertas con su mano descarnada y brutal, ¿no surge entonces, en el alma del bohemio, una tristeza desesperante y desoladora, que entenebrece las claridades de su espíritu y que desgaja como una granada la plétora de sus ideales?

Cuando algún escapado de la bohemia ha sido franco consigo mismo y con los demás, ha confesado siempre las crueldades de aquella vida; Mürger mismo, el que más y con mayor eco la ha contado, escribió el [illegible]

tan palpitantemente verdaderas, que Alfredo Delvau lo tacha de alto traidor acusándolo de *tirer sur ses troupes*. Tal vez pueda culparse á Mürger de haber vertido en sus memorias mayor dosis de irónica hiel de la que fuérale precisamente necesaria para lograr su objeto; pero en todo caso la acusación de traidor es dura é injusta, porque antes que la íntima masonería de un grupo de despechados, está y estará siempre la honradez literaria. Y el mismo Delvau, al comentar lo dicho por Mürger, ¿no tiene frases de tanta ó de mayor crueldad que las de éste? ¿no nos presenta á la bohemia en el peor de los papeles cuando dice que es *digne de toutte commiseration?*

Pero, no obstante que señalan todas sus sombras, ambos parecen estar de acuerdo en que por cierto punto es indispensable á toda celebridad naciente atravesar las horcas caudinas de esa institución semi gitanesca. Mürger dice que la bohemia es el *stage* de la celebridad ó del hospital, y por desgracia los hechos prueban que lo es más del hospital que de la celebridad. ¿De qué sirve que se nos citen cien nombres preclaros que pasaron por la bohemia, si en cambio podríamos citar mil que se ahogaron en ella?

La índole misma de esa vida apartada y exclusivista que levanta un cancel muchas veces infranqueable entre los talentos vigorosos y la realidad del esfuerzo creador, ¿no tiene más probabilidades de asfixiar que de robustecer?

Por fortuna, ya pasaron las épocas del apogeo bohemio, ya las nuevas generaciones de artistas se entregan al florecimiento sin pruritos de pasar por locos ni por interesantes, sino con la fé ciega en el trabajo y en el estudio. Esto pasa con los nuevos artistas de Francia, del foco máximo. Imitémoslos.

Juan Sanchez Azcona.

BALZAC.

A PROPOSITO DE SU CENTENARIO.

La talla del talento y del genio literario y poético tiene por medida la amplitud de los horizontes que la imaginación recorre; la fracción de tiempo y el fragmento del espacio que la mirada del poeta abarca; la cantidad y calidad de los sentimientos y de las ideas que el estro poético resume. Hay poetas y hay literatos que no logran pintar, interpretar y cantar sino un sentimiento ó pasión determinada, el amor, la gloria, el valor, y á veces tan sólo matices determinados de él: la ternura, la vanidad, los celos ó la abnegación. Estos son los poetas pigmeos. Pero los hay en cambio cuya poesía resume toda una época, toda una raza, todo un período histórico, á veces toda la humanidad. Estos poetas, son los colosos del arte.

Homero resume toda la epopeya antigua, más aún, toda la epopeya humana. En sus grandiosos poemas luchan, no un hombre, sino todos los hombres, y no contra un enemigo sino contra la naturaleza, contra los dioses y contra ellos mismos.

La opresión de la raza hebraica, sus dolores, sus éxodos, sus decepciones y sus esperanzas están resumidos y condensados en las imprecaciones, en los gemidos, en las promesas de redención de sus profetas. Cervantes en el Quijote no estudia ni traduce un tipo, sino que sintetiza en su estupenda creación toda la raza española con su miseria caballeresca, con sus ilusiones que el desengaño no desvanece; con sus nobles aspiraciones fracasadas siempre por torpeza y por ceguedad; con la convicción nunca quebrantada de una grandeza que se ha evaporado como el humo en la realidad, pero que subsiste sólida como el granito en la fé de España en sus destinos. Todavía en Cavite y Santiago el espíritu de D. Quijote animaba á España y Sancho no lograba hacer oir la voz de la razón.

El Dante es el cantor de la justicia inmanente y resume en sí solo la aspiración suprema de la época y de la humanidad oprimida y desgraciada. Shakespeare es el analista sutil y el admirable pintor del alma humana íntegra y completa con todo el cortejo de sus dudas y de sus ilusiones, de sus vicios y de sus virtudes, de sus grandezas y de sus miserias.

Balzac puede gloriarse de haber sintetizado y descrito toda una época y todo un mundo, de haber descubierto los resortes íntimos, los móviles ocultos, las tendencias ostensibles y disimuladas que mueven, agitan, elevan ó abaten al hombre moderno y á la sociedad contemporánea.

Veámoslo si no. Desde luego, ¿cuál es el sentimiento predominante, imperioso, dominador de la época presente? ¿cuál es á la vez la hélice y el motor que impulsan y guían la nave de nuestra existencia contemporánea? La lucha armada, la guerra y la conquista, fueron el ideal de la humanidad en los tiempos y épocas primitivas. El hombre entonces anhelaba ser héroe. A la caída del Imperio Romano el espíritu religioso, el fanatismo, la superstición, la vida futura, seducen, atraen y subyugan. Se es naturalmente místico, iluminado, extático, como antes se era atleta ó luchador. En esta época el hombre aspi- [illegible]

Viene el renacimiento, la humanidad reacciona contra el ascetismo y la penitencia, renacen las agapas y las bacanales, se reimplanta el culto de lo bello. El hombre quiere entonces ser artista. Con la revolución francesa todo el mundo quiere asemajarse á Bruto; con Napoleón el Grande todos envidian las glorias de Alejandro.

¿A qué aspiramos y propendemos en esta época industrial? ¿cuál es la cima de nuestras aspiraciones? ¿cuál la meta de nuestra incansable peregrinación? La riqueza, la acumulación á todo trance y á toda costa de esa poderosa fuerza moderna que todo lo gobierna, que todo lo subyuga, que todo lo domina y todo lo vence.

Una espada, una lira, un breviario, fueron en el pasado potencias incontrastables y orígenes de poder, de gloria, de dominación y de placeres; hoy puede y alcanza más un billete de banco. Los romanos trazaban caminos estratégicos y construían campamentos para extender su dominación y su grandeza. Los señores feudales cavaban fosos y levantaban puentes levadizos para abrigar su independencia; los frailes elevaban magestuosas basílicas y amplísimos claustros para dar hospitalidad á su poderío; hoy proyectamos fábricas, talleres y oficinas y encerramos bajo cuatro llaves nuestra fuerza y nuestra grandeza dentro de las férreas paredes de una caja fuerte.

Por eso en Balzac hormiguean los financieros, los industriales, los birladores de herencias, los escamoteadores de fortunas, los avaros, los *pioneers* de las empresas aventuradas, los filibusteros de las fortunas improvisadas. Este tripotage de negocios, este perpetuo vaivén de las fortunas, esos planes y maquinaciones financieras forman, en general, la trama de sus creaciones y el argumento predilecto de sus novelas, como forman la trama efectiva y real de la vida moderna. Para Balzac, como para la inmensa mayoría de los hombres modernos, el interés, y el interés pecuniario, es el móvil de la conducta, el origen de la virtud como del vicio; él dicta crímenes como sugiere heroísmos y sus marionetas viven y palpitan de sorprendente realidad y de congruencia asombrosa porque sabe moverlas con los mismos hilos de oro que dan movimiento y vida á los hombres actuales.

Disparados como un proyectil sus personajes bajo la alta presión del interés dominante, llegan á todo: al bien, más á menudo al mal, al crimen, al heroismo, á la locura y hasta á parecer inverosímiles en fuerza de ser verdaderos y consecuentes consigo mismos.

H. DE BALZAC.
(Retrato por Gavarni.)

Descubrir este móvil secreto de nuestra actividad, no hubiera bastado á Balzac para crear tantas obras maestras, si para pintar la vida moderna no hubiera seguido métodos y empleado procedimientos modernos. Al lado del amor á la riqueza descuella en nuestra época el culto á la ciencia. Hoy todo se hace científicamente, con arreglo á los cánones de la observación y de la experiencia, y Balzac derrochó ciencia y experiencia para la composición de sus obras.

Nadie ó pocos, han observado con la conciencia que él, analizado con tanta meticulosidad, descrito con tanto esmero, deducido con tanta lógica. De sus obras puede decirse que son á la vez producciones estéticas y tratados científicos y especialmente en psicología.

Por último el estilo cuadra admirablemente á la época, al asunto y al método empleado para tratarlo. Por un fenómeno de reacción contra el estilo mesurado, acompasado y acicalado de los clásicos, Balzac escribe con exuberancia, con fuego, con ardor, con desaliño, con extravagancia á veces. Es generalmente brutal y pedante, fanfarrón y suficiente, abstruso é imaginativo, brillante y pesado.

Con el potente martillo de su estilo y el fuego candente de la inspiración ha forjado figuras inmortales, tipos indelebles, caracteres broncíneos, estatuas indestructibles y la colección de sus personajes formaría espléndido friso al Partenon de La Atenas moderna.

A propósito de Balzac dice Taine: «He aquí algunas opiniones que he recogido respecto á él:

«Es el Museo Dupuytren in folio.»

«Es un hermoso hongo de hospital.»

«Es Moliere médico.»

«Es Saint Simon plebeyo.»

«Yo diré simplemente: Con Shackespeare y Saint Simon, Balzac es la más completa colección de documentos que poseemos sobre la naturaleza humana.»

Cuando de un hombre se dice eso, ya se puede festejar su centenario y mandarle fundir su estatua.

Dr. M. Flores

MEJORAS EN EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC.

PUENTE DE DOS TRAMOS CONSTRUIDO SOBRE EL LAGO QUE HAY EN LA PARTE DESTINADA Á JARDIN ZOOLOGICO, ACTUALMENTE EN FORMACION.

OFICIALES MEXICANOS EN LA FABRICA DE SAINT CHAMOND, FRANCIA

SR. ALVAREZ, Subteniente de artillería del Ejército Mexicano.
M. DIDELOT, Tte. Coronel de la Marina Francesa.
M. A. DE MONTGOLFIER, Director General de la Compañía.
SR. MELO, Mayor de Artillería del Ejército Mexicano.
CAPITAN MENDEZ, de la Artillería Mexicana.
M. POIVEZ, Capitán de Artillería de la Marina Francesa.
M. CHEVRIER, Capitan de la Artillería Real (Noruega)
M. HERTZBERG, Coronel de artillería (Noruega.) Ingeniero.
M. MONTAGNON Ingeniero.
SR. MONDRAGON, Teniente Coronel de Artillería del Ejército Mexicano.
SR. ANTONIO TAMARIZ ESPINOLA. Teniente de la Fabrica Nacional de Armas de México

Vista tomada después de las pruebas hechas el 15 de Diciembre de 1898.

La Fábrica de Aceros

[Y CAÑONES]

De Saint Chamond.

—

La fábrica de aceros de Saint Chamond es una de las más importantes de la República Francesa. Sus máquinas son de las mejores y más perfectas de cuantas emplea la industria en nuestros días y el personal de empleados y operarios que trabaja en los talleres, no baja de cuatro mil hombres.

El movimiento de la Fábrica es muy activo. Actualmente, aparte de otras obras de grande importancia, tiene en construccion lo siguiente: el material de Artillería sistema Mondragón, cuyos cañones de montaña, de tiro rápido, de 70 mm. de calibre, y los morteros de 80 mm. han dado muy buenos resultados en las pruebas que con ellos se han hecho, grandes proyectiles acorazados para las marinas inglesa y alemana; tres torres acorazadas para el Gobierno Francés y diverzas piezas para la nueva artillería francesa.

Otro de los trabajos encomendados á la misma fábrica, es la construcción de cañones de costa para el Gobierno de Noruega, de los que damos hoy una vista en el grabado de esta página.

En él se ve el gran cañón, momentos antes de hacer las primeras pruebas, á las que fueron invitados los oficiales mexicanos comisionados por nuestro Gobierno en la Fábrica de Saint Chaumond.

La fotografía fué tomado en el polígono de tiro de la misma fábrica que está situado á cuatro kilómetros del establecimiento.

A la entrada de la fábrica, y en un departamento especial, hay un magnífico museo de artillería, en el que llaman principalmente la atención preciosas colecciones de los últimos modelos de montages, cierres de entrada, etc., entre los que hay algunos inventados ó modificados por los ingenieros ó jefes del departamento de artillería de la misma fábrica, M. Dalzon y M. Darmancier.

El clima del departamento en que está situada la fábrica, así como la densidad del aire, altitud, etc., ha sido objeto de prolijos estudios por parte de los oficiales mexicanos, para hacer las tablas de tiro de los cañones Mondragón, tomando en cuenta las condiciones atmosféricas y climatéricas de México.

El Gobierno Mexicano ha utilizado varias veces los trabajos de la fábrica de Saint Chamond, pues en ella fueron construídas todas las baterías de cañones de sistema Bange con que cuenta nuertro ejército, y las cuales fueron recibidas por el Sr. Gral. Jesús J. Jiménez, actual Jefe del Departamento de Artillería en el Ministerio de la Guerra. Los fusiles Mondragón también fueron construidos en esa fábrica, y ahora está haciendo el último modelo de la carabina de tiro rápido, inventada por el mismo Sr. Mondragón.

Para concluir, diremos, que, la repetida fábrica, tiene en México un represente, el Capitán de Marina, M. François Pellisier. Los comisionados mexicanos, segun cartas que hemos tenido á la vista, están altamente agradecidos de las consideraciones con que los distingue M. Montgolfier, Director del establecimiento y descendiente de uno de los hermanos Montgolfier inventores de los globos aerostáticos á los que dieron su nombre.

MEXICO MODERNO.

Casa de la sucesion del Señor Don Pedro Mendez, en la calle de Donato Guerra.

A Dn Ignacio Ramirez recuerdo de una polemica en que la elocuencia y el talento estuvieron siempre de su parte, el vencido.
Emilio Castelar

Paris 28. de Agto de 868 –

De Emilio Castelar a Ignacio Ramirez.

EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC.

Hemos publicado ya una completa colección de vistas de nuestro hermoso bosque de Chapultepec; pero con motivo de las mejoras que se están llevando á cabo en este paseo, nos proponemos ir dando á conocer á nuestros lectores aquellas de verdadera importancia, como la que hoy aparece y que es el puente de dos tramos construido sobre el lago que existe en la parte destinada á Jardín Zoológico, actualmente en formación.

Los trabajos se ejecutan con verdadera actividad en Chapultepec, impulsados por el inteligente jefe del movimiento, Sr. D. Ignacio Santibáñez, quien tiene bajo su dirección más de quinientos operarios.

MARGARITA QUIJANO.

El martes 16 del corriente sustentó en la Escuela Normal para Profesoras, el examen indispensable para obtener el título, la bella é inteligente Señorita cuyo nombre encabeza estas líneas y cuyo retrato engalana nuestras columnas.

No en vano el gran salón de la Escuela estaba lleno de distinguida y selecta concurrencia, que presenció cautivada cuánto sabe, cuán bien se expresa y cuán elegante es en su elocuencia y en sus maneras, la joven profesora Margarita Quijano.

En todos sus estudios mereció las primeras calificaciones, y después de haber cursado el año de 1898 los dos últimos años de asignatura profesional, sustentó el 16 del corriente, como ya lo dijimos, el último examen, dirsertando con aplomo y erudición.

Publicamos el retrato de la joven Profesora para estímulo de las que como ella siguen una carrera tan llena de escollos.

LA SOCIEDAD SUIZA DE TIRO.

No hace muchos años todavía, el tiro al blanco tenía en México algunos partidarios y con la afición se sostenían varios establecimientos, que si actualmente no están clausurados. en cambio no pueden presentar sino muy escasos cartones.

Los tiradores son enteramente privados, y apenas si se mencionan tales cuales personas que muy en la intimidad se ejercitan, y se habla de militares que por razón de su carrera cultivan tan importante práctica.

Por eso el último concurso de la Sociedad Suiza de Tiro, ha tenido una alta significación, por ser el único centro, que nosotros sepamos, donde se reune lo mejor de los aficionados.

Esta simpática agrupación lleva varios años de establecida, y cuenta con 88 socios en su mayoría suizos, y en menor proporción franceses, alemanes y mexicanos, pues la nacionalidad no es obstáculo para formar parte de ella.

Posee en la Villa de Guadalupe una simpática finca, suerte de tívoli privado, con jardines, kioskos, boliches, cantina y un *stand* amplio, capaz de contener ocho tiradores en acción simultáneamente.

Una, dos ó tres veces por año. celebra concursos minuciosamente reglamentados y al final de ellos organiza animadas fiestas con motivo de la repartición de premios.

El último concurso fué muy reñido y animado, se usaron rifles de calibre 22, y los blancos estuvieron á 98 metros de distancia.

Publicamos los retratos de los Sres. Francisco Azurmendi, Eduardo Flückiger y Ernesto Christlieb quienes obtuvieron los principales premios.

La Sociedad, según se dice, prepara *varios tiros de pichón*, espectáculo aristocrático y muy en boga en los centros europeos, y como entre sus miembros cuenta con buenos cazadores, algunas excursiones cinegéticas.

Como las condiciones de admisión son liberales, los aficionados mexicanos tendrían en el *stand* de Guadalupe, un lugar agradable para ejercitarse.

Francisco Azurmendi. Eduardo Fluckiger. Ernesto Christlieb.

LA EXPEDICION GERLACHE
A LOS MARES DEL SUR.

La región antártica del globo es la menos conocida, pues apenas si se ha llegado á los 78º 10', latitud alcanzada el año de 1841 por Ross, en la que se llama Tierra Victoria, al sur de la Nueva Zelandia. El lugar descubierto por Ross corresponde al Spitsberg central en el hemisferio boreal, y dista 1,300 kilómetros del Polo Sur.

Desde hace algunos años el mundo científico se preocupa por la «cuestión antártica.» como dicen los geógrafos, y agotado el tema en las discusiones académicas, todas las potencias marítimas se apercibieron á la campaña de exploración en el mar austral. En Inglaterra las sociedades científicas abrieron una subscripción nacional para organizar la expedición exploradora; en Alemania y en los Estados Unidos se trabaja para enviar expediciones y Nansen también quiere lanzarse á las ignotas regiones antárticas.

Bélgica tomó la delantera y mientras las otras naciones están haciendo sus preparativos, el telégrafo anunció al mundo entero el éxito de la expedición antártica belga. Fué organizada y dirigida por el Teniente M. de Gerlache y salió de Amberes el 17 de Agosto de 1897 dirigiéndose hacia el Cabo de Hornos á fin de explorar las tierras situadas al Sur del Continente americano. Según el programa debía consagrar el estío austral de 97 á 98 al estudio de esa región y volver inmediatamente por Australia.

Grande fué la ansiedad originada por la falta de noticias durante el año de 1898 y como en esos mares las tempestades y los *icebergs* son terribles se temía un desenlace trágico, mas el telegrama de M. Gerlache vino afortunadamente á calmar las inquietudes.

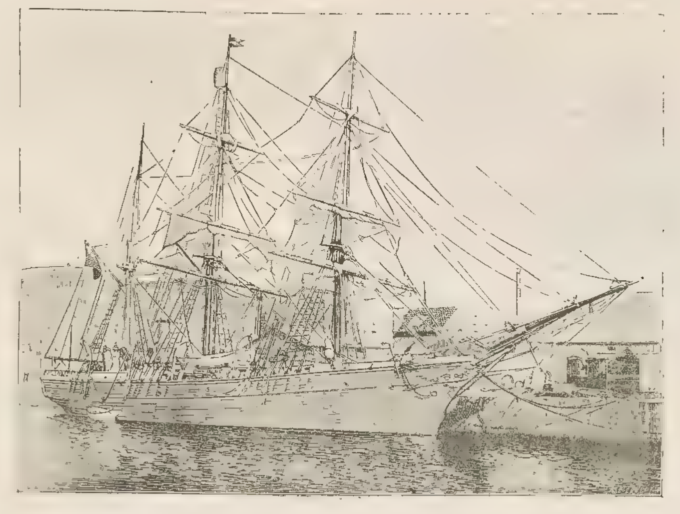
Antes de hablar de los resultados de la expedición, digamos algunas palabras del buque y del personal que formaron la expedición. El «Bélgica» es un barco de tres palos comprado en Noruega y que antes se destinaba á la caza de focas y cetáceos. Su Estado Mayor se compone de cuatro oficiales de navío y cuatro sabios, á saber: M. Adrián de Gerlache, Teniente de la marina belga, Comandante, Jorge Lacointe, segundo, Amundsen (noruego) y Melaerts, tenientes. El personal científico se formó así: teniente Danco, encargado de las observaciones magnéticas y metereológicas; M. Arctowski, geólogo; M. Racovitza, naturalista, y el Dr. Cooks.

El 1º de Diciembre el "Bélgica" llegó á Punta Arenas, el puerto más austral de nuestro continente. En ese hemisferio Diciembre corresponde á Junio en el nuestro y como ya era tarde para aprovechar bien el estío el comandante Gerlache se encaminó á las tierras inmediatas al Cabo de Horno llegando á la tierra de Palmer. En veinte lugares desembarcó haciéndose investigaciones de capital importancia para la geografía y la biología. Prosiguiendo su marcha hacia el Oeste llegó á la tierra Alejandra, alcanzando la latitud de 71º 36', cuando el buque fué bloqueado por los hielos viéndose los expedicionarios en la necesidad de invernar allí. Las tempestades fueron frecuentes y terribles, pero en cambio el termómetro no descendió más de 42º bajo cero.

Por fin el 14 de Marzo de este año se vió libre el "Bélgica" después de permanecer un año aprisionado entre los hielos.

La expedición del "Bélgica" no se proponía llegar al Polo Sur sino hacer estudios científicos en aquella zona, y en tal virtud ha llenado su objeto. Desgraciadamente sucumbió el teniente Danco, sabio entusiasta que sacrificó su noble vida á la ciencia.

Nuestro grabado representa el "Bélgica" anclado en la bahía de Amberes pocos días antes de lanzarse á la peligrosa travesía de la que trae nuevos y valiosos elementos á la ciencia.



«EL BELGICA,» BUQUE DE LA EXPEDICION QUE ACABA DE REGRESAR DE LOS MARES ANTARTICOS.

M. DE GERLACHE, Promotor y jefe de la expedición.

M. RACOVITZA, Naturalista.

M. ARCTOWSKI, Géologo.

TENIENTE DANCO, Encargado del Observatorio. [† en la expedición.]

El Buque rompe--hielos
YERMAK

No es el clásico y gigantesco rompe-hielos con sierras y espolones.

El *Yermak* es todo lo contrario y con mayor propiedad prodría llamarse aplasta hielos.

Los rasgos distintivos de este buque son: casco ovoide con una curbatura tal que al aprisionarlo el hielo lo levanta, rompiéndose con el peso que luego cae sobre el manto helado, porque naturalmente éste resiste menos una presión superior que una horizontal.

La proa es un pico que avanza levantándose sobre el hielo para hacer caer después sobre él toda la masa del buque.

Lo mueven tres poderosas hélices situadas en la parte posterior, y adelante bajo la línea de flotación otra hélice colosal movida por un árbol que sale bajo la quilla inclinada, rompe y desparrama á ambos lados y bajo la capa sólida de hielo los bloques que arranca la proa con su enorme peso.

Tiene el *Yermak* un cinturón protector en la línea de flotación y se divide interiormente en 48 compartimientos separados, buena precaución para el caso remoto de un siniestro.

Las máquinas tienen una potencia de 10,000 caballos y según decía hace poco el capitán del *Yermak* en Cronstad "caminó como sobre mantequilla, á razón de ocho nudos por hora en un trayecto de 150 kilómetros, rompiendo una capa de hielo de ocho pies de espesor."

EL ROMPE-HIELO RUSO «YERMAK» CAMINANDO POR EL MAR CONGELADO.

El Beato Calasanz

(SIGLO XVI)

Al gran poeta nacional Guillermo Prieto
Homenaje de filial admiración.

I

Qué triste fué esa noche! Qué invierno aquel tan crudo!
La escarcha entre la yerba del patio cintilaba
y un ángulo del claustro, muy frío, muy desnudo,
subiendo lenta y blanca la luna iluminaba.

En el rincón opuesto la celda más obscura
estaba entreabierta; un hombre en ella había
tendido en las baldosas: su rígida figura
crispaba en sus postreros espasmos la agonía.

El descarnado cuerpo en un sayal metido,
el rostro en la penumbra del capuchón, cerrados
los ojos, y saliendo del borde del vestido
los piés, como la piedra del pavimento, helados,

Cadáver parecía; dos frailes en voz baja
rezaban; crepitaba en su cristal exiguo
la lámpara, y del muro pendían, la mortaja
y, embadurnado en sangre, un crucifijo antiguo.

Eran las dos: el físico se acerca, en sus escuálidos
dedos, llevaba un frasco de elixir: vive, dijo;
vertió el licor, del monje entre los labios pálidos,
y se postró, esperando, al pié del crucifijo.

No esperó mucho; un súbito temblor al fraile agita;
de un golpe se incorpora, fijos los ojos muertos,
y balbuciendo: *Cúmplase tu voluntad bendita,*
tiende á la Cruz convulsos los brazos entreabiertos.

¡Oh Calasanz! el físico al contemplarle exclama:
*un día me dijiste: «si en el primer vahido
de la temida muerte, en mí la vital llama
atizas, dicha eterna te deberé» .... He cumplido.*

*Vive, levántate, anda; que Dios no me reproche
el detener su mano apenas nna hora,
porque en su instante último te arrastrará á su noche
la muerte, la implacable, la fría segadora.*

Con voz inacentuada repuso el moribundo:
—En un vetusto IN FOLIO *que existe en el Convento
un fraile escribió: «El hombre que al escapar del mundo
«á prolongar llegare el primordial momento*

*«en que la muerte empieza, escuchará en su oído
«sonar la voz del Verbo, la voz del Increado;
«sí, siempre que á la carne jamás haya cedido
«y nunca, nunca, nunca de Dios haya dudado.»*

*Pues bien, soy ese hombre; yo nunca del Eterno
dudé, ni del Espíritu, ni blasfemé su nombre;
y la impureza, fango que brota del Infierno,
jamás manchó mi humilde sayal, soy ese hombre.*

*¿Sólo una hora? Bástame; iré al Santuario,
y puesta la cabeza exánime en la alfombra,
esperaré, rezando, la voz que en el Calvario
hizo temblar la tierra y al sol cubrió de sombra.*

En tanto murmuraba el físico: *—«Misterio
no existe igual al hombre, que es gloria y que es miseria;
éste, al llegar su alma de Dios al puro imperio,
se pára á dar la prueba de Dios á su materia.*

El monje no le oía; con paso lento y grave
salió cual un espectro del ángulo sombrío;
llegó á un portón tallado y se metió en la nave
del templo, tumba inmensa por lo callado y frío.

Filtrándose la luna por la ventana ojiva,
de un nimbo circuía el gran capuz del santo
que, puesta al pié del ara la frente apenas viva,
dejó subir del alma las olas de su llanto.

Pues bien, Señor, en este Santuario
oiga tu siervo, que al morir te nombra,
la voz que al resonar en el Calvario
al orbe entero sumergió en la sombra.

II

Estalló al fin en grito penetrante
de sobrehumano afán su boca yerta,
que vibraciones de clarín triunfante
difundió por la bóveda desierta.

Señor, yo soy tu siervo reverente
clamó y mi vida entera y mis pesares
son átomos de incienso, lentamente
quemados por mi amor en tus altares.

Ave de mar, del mar de lo infinito,
hórrida tempestad me estrelló un día
contra las gradas de tu altar bendito;
allí, rotas las alas, me moría.

Y me salvó tu amparo, y ya mi vuelo
transponiendo la atmósfera terrena
pudo acercarse al foco que en el cielo
mantiene, eterno sol, tu faz serena.

Y héme ante tí, Señor, héme de hinojos
con la frente en el polvo. Ya cubiertos
por un velo de muerte están mis ojos;
ya sólo para tí se hallan abiertos.

. . ..

La vez primer que alcé ante la aterrada
muchedumbre, tu hostia blanca y pura,
en mística efusión arrebatada
mi alma de un vuelo se perdió en la altura;

Llegó al trono en que luz la estrella toma,
y al retornar del viaje peregrino
me trajo, cual la bíblica paloma,
una oliva de paz: tu amor divino.

Y por eso en tu amor mi vida flota,
átomo de la sangre indeficiente
que cae de tu pecho gota á gota
y baña al Universo en su corriente.

Como al sol la partícula de arena,
del Cosmos en los piélagos fecundos,
se llega á unir con la vital cadena
que á los átomos junta con los mundos,

Ah! mi espíritu así, del barro suelto
á tí se une, en tí su sér resume;
vaso de arcilla soy que al polvo vuelto
devuelve al cielo su inmortal perfume.

Ese polvo, esa alma, son mi ofrenda,
hostia de amor, que de la tierra inerte
levanta y alza, ante tu faz tremenda,
entre sus manos pálidas la Muerte!

....

III

Nada.. nadie.. ¡Ay de mí! siento en la boca
el amargo sabor de la agonía;
ya de mis sienes el latir sofoca
mano letal que para siempre enfría.
¿No me escuchas, Señor? Acaso loca
fué mi esperanza y mi ambición impía?
¿Podré morir sin escuchar tu acento?
No Señor; creo en tí; llegó el momento.

No pudo el santo que con pulso fuerte
trazó, por orden tuya, en un instante
su fin, con sangre, en el papiro inerte,
mentir de tu justicia ya delante
al traspasar las puertas de la muerte.
No; la historia del fraile agonizante
la verdad guarda, como á tí, Dios mío,
te guarda el tabernáculo sombrío.

Allí me escuchas con piedad; ya baja
á mí tu gran misericordia, y suena
en mi oído tu voz......Soy leve paja
que barre el viento ante tu faz serena;
cadáver soy, envuelto en su mortaja
de polvo; mas mi alma de tí llena
está, cual de tu luz están los astros.
y la conciencia humana de tus rastros!

Puedo al oír tu voz, de donde arraiga
la vida, en este pecho enflaquecido,
la postrer gota que la sangre traiga
al corazón, sacar, en el latido
postrero, y en la piedra en que yo caiga
espirante escribir: yo he oído
su voz......y el mundo atóuito creería,
y este siglo sin Dios, de Dios sería!

Este siglo dudó, nunca mi alma;
este siglo blasfema de tu nombre;
en mis horas de lucha, en las de calma,
yo lo bendije siempre; soy un hombre
que ambicioné jamás terrestre palma......
Y aunque al arcángel de la duda asombre
sólo una gloria codicié y ansío,
unirme, unirme á tí, Señor Dios mío!

¿Me escuchas? Por qué entonces á mi ruego
no respondes? Cansado peregrino
en tí busco la calma y el sosiego;
destrozaron las zarzas del camino
mis piés; estoy sediento, á beber luego
dáme, pues ya se cumple mi destino,
de la que al pecador jamás esquivas
inagotable fuente de aguas vivas.

¿Pues no, cuando caliente se encontraba
aún con tu beso creador la tierra,
tu voz en los oídos resonaba
del hombre primogénito, en la guerra
con Satanás? ¿Y no á Moisés llamaba
en Horeb, ó surgía de la sierra
del Sinaí con truenos iracundos
apagando al pasar almas y mundos?

Pues así suene para mí, se hunda
en mí aunque ciegue el gérmen de la vida
y calcine mis huesos iracunda,
y queme mis entrañas, y despida
de mí, como una llama moribunda,
la materia, y con ella el alma unida
torne del Cosmos á la mar revuelta
en disgregados átomos disuelta!

¡Ay! porque tanto la esperé, Dios mío,
que quizá en este instante, en el supremo
instante de espirar, vapor impío
tu luz me oculte, ¡ah! no, Señor, no temo
la duda, no, jamás....Acaso el frío
de la muerte, me turba por extremo....
¿Es una prueba?....Acepto; me es garante
mi vida entera de salir triunfante.

Recuérdalo, Señor; sobre las gradas
nací, de un trono, aun niño me mostraron
las multitudes ante mí humilladas
y *¡eso es tuyo!* en mi oído murmuraron:
De mi dorada corte, perfumadas
nubes de adulación á mí se alzaron,
y á mis piés doblegaban la cabeza
pontífices, burgueses y nobleza.

¿Y me creí divino por ventura?
¡Oh! no; desde el albor de mi conciencia
á tí me consagré: la investidura
regia á tus piés depuse; con violencia
rugió el pueblo indignado; de amargura
colmaron mis hermanos mi existencia,
y tu vicario me mandó en tu nombre
recoger la diadema y ser un hombre.

Resistí; y en mi fuga, un eremita
me amparó, y supe que mi hogar y trono
aventaban los bandos, que proscrita
mi madre huía, que, en su ciego encono,
la enfurecida plebe tu bendita
religión maldecía, y en su abono
denunciaba mi empeño desdichado
como gérmen mortal para el Estado.

Oré, vencí, y un día en que ya mudo
el furor popular, mi madre muerta,
mi familia dispersa en el zañudo
huracán, llegar pude hasta la puerta
de este asilo de paz, eterno escudo
á mi flaqueza, y encontréla abierta,
dejé el pasado en el umbral austero
y me abracé, Dios mío, á tu madero!

Era joven aún, aún ignorado
mi nombre aquí, más era mi fe tanta,
que la Iglesia su óleo consagrado
puso en mi frente, y me fió la santa
misión de combatir con el pecado,
y calmando el dolor, guiar la planta
de la ovejuela, errante entre los riscos
del mundo, hacia tus célicos apriscos.

Era mi hija espiritual la bella
mujer, prócer y santa fundadora
del cercano convento, pura estrella
del coro de las vírgenes.... ahora
devota besa su sagrada huella
la multitud, y en sus altares ora,
mientras dice la Iglesia en tierno canto
su virtud limpia y su renombre santo.

...... En una tarde rubia y transparente
de Abril, del sol los últimos fulgores
vibraban en la atmósfera caliente,
y ventalle de oro y de colores
abierto en el zafir, era el Poniente.
Dentro del huerto en flor, los ruiseñores
á compás de la fuente que reía,
preludiaban su grácil elegía.

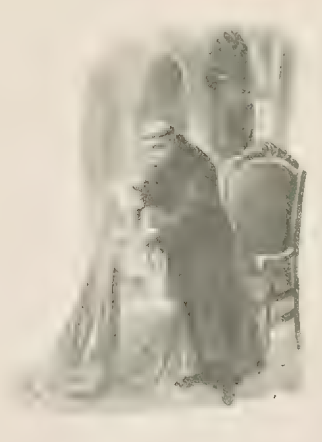
Estábamos los dos solos; postrada
confesábame ella sus amantes
deliquios con Jesús: pasó callada
una hora.... Y al fin las embriagantes
notas del ruiseñor en la enramada
fundieron nuestras almas delirantes
en insólito rapto, á un tiempo mismo
fruición de cielo y sensación de abismo.

De la nocturna brisa el beso puro
me volvió en mí... yo estaba estremecido,
llorosa ella, el santuario obscuro . . .
¡Ay de mí! aquella noche era un latido
de pasión...... Ella con acento impuro
el rojo labio al mío ya tendido,
contestó balbuciente á mi reclamo
un trémulo y opaco: «yo te amo!»

«Huyamos este templo y este velo
de virgen, que me ahoga, y esta fría
cruz que guarda un cadáver, que hace un duelo
de la vida, que torna en agonía
la sed de amar y que convierte el cielo
en un sepulcro. Ven si tu alma es mía;
¡ah! ven, huyamos á lejanos puntos
para vivir de amor y morir juntos!»

Serpeaba en mi sangre intenso frío,
luego un ardor de hoguera; ella mis manos
bañaba con sus lágrimas, al mío,
su corazón con golpes sobrehumanos
respondía.... .. Y aún miro el cuadro impío,
aún en estos momentos tan lejanos
siento el fuego de su hálito, aún la veo
agonizar de amor y de deseo!

¿Que pasó en mí? No sé; mas si no fuera
la infinita esperanza de la gloria,
si lo pasado revivir pudiera,
volver á aquel intante de mi historia
por morir de deleite yo quisiera......
La llama fué voraz! ay! mi ilusoria
virtud halló por fin su eterno ocaso......
¡La luz del templo se apagó en su vaso!



Y temblando me alcé: sentí tu aliento
mi rostro helar y como alción errante
que halla su nido entre el furor del viento,
volví á tí, Señor Dios: mi devorante
sed de aquella mujer pasó al momento....
Como en selva incendiada árbol gigante,
mi alma así, en el incendio de mi vida,
irguióse al cielo, mas de muerte herida.—

Volvió ella á la paz de la conciencia,
y ya jamás la ví. ¡Pudo esa hora
inexpiable hacer nuestra existencia!
Murió la Santa que la Iglesia llora;
medio siglo de austera penitencia
ha pasado después el que te implora
por borrar en su ánimo cobarde
el recuerdo, Señor, deaquella tarde.

Cincuenta años mi carne entre sus puntas
se llevaron las férreas disciplinas;
cincuenta años, Señor, vivieron juntas
mi sangre y del cilicio las espinas.
Si á estas piedras frías les preguntas,
te contarán mis noches peregrinas;
guardan vivos, las naves solitarias,
ecos de mis sollozos y plegarias.

Y tú, á quien no puedo desde el día
en que mi carne habló, con mis impuros
labios nombrar ¡oh! vuelve, Virgen pía,
tu vista á mis anhelos, tan obscuros
como fué angustiosa tu agonía;
haz que resuene en estos sacros muros
de tu hijo la voz; sólo tu acento
redimir puede mi postrer aliento.

Ya lo voy á exhalar y ya rebota
una idea, una sola entre la estrecha
pared del cráneo y ya mi fuerza agota....
¿Y mi fe? ¿Qué es la fe? ¿Por qué deshecha?
se hunde mi razón gota tras gota
en la implacable clepsidra en que acecha
la muerte? ¿Quién me tiende esta emboscada?
¿Vos, Señor? Tú, Satán? Será la Nada?....

IV

¿Fué acaso anuncio de la voz del cielo?
Ello es que al finar su frase inquieta
cayó en éxtasi el fraile: ¡era su anhelo!

Como después que lanza la saeta
vibrando queda el arco, así temblaba,
partida el alma, el cuerpo del asceta;

cuando al fin quedó inmóvil, semejaba
tendido inerte en la negruzca alfombra
que del altar las gradas ocultaba,

un girón de sudario envuelto en sombra.
Y esa alma al salir de aquel sudario
¿qué busca? ¿y á quién llama? ¿y á quién nombra?

Llama al Dante, al siniestro visionario
cuya *comedia* Calasanz leía
sin cesar, en su asilo solitario;

no sólo la admiraba, la creía.
Por eso buscó al Dante; era preciso
á su designio el prodigioso guía:

porque iba á escalar el Paraíso,
hasta que en su ascensión oír lograra
sonar la voz divina de improviso....

Parte, remonta hasta la fuente clara
de un rayo de la luna; era el primero
de los cielos del Dante, allí se pára.

Llama á su guía.... Un ¡ay! de prisionero
á quien la noche encadenado esconde,
como eco aspirante y plañidero,

á la voz del estático responde:
«¿eres tú el profeta florentino?
pregunta el fraile «¿dónde estás? en dónde,

«de los cielos sublime peregrino?»
Y junto á él, surgir ve derrepente,
roja sombra talar, en torbellino

silencioso, arrastrada lentamente.
Siente en su rostro un soplo que murmura:
¡ay! sólo existe la ciudad doliente,

y va y se borra en la extensión obscura.
Queda solo y entonces mirar piensa
ante él negra nube; no fulgura

sangrando el rayo entre su noche densa
ni el Aquilón desgarra, la que hunde
en horizontes vagos, orla inmensa.

Hondo, glacial pavor de nuevo cunde
del que vuela en el ánima angustiada:
llama pronta á extinguirse, se confunde

su fe, quiere en su vértigo á la Nada
huir.... Al cabo la visión comprende;
la nube es el Querub, el que la entrada

del Paraíso cierra.... Entonces tiende
su vista en derredor, noche y espanto....
Y su vuelo fatal de nuevo emprende

y el Querube ante él, huye entretanto.
¿Mas dónde está de Dante el cielo bello?
¿Donde el globo de Venus, que amor santo

enciende con su luz, puro destello
del amor esencial? Y el Sol, del rito
pagano centro é indestructible sello

puesto á la obra eterna en lo infinito?
¿Y Jove, el astro de radiantes huellas,
en el Edén cristiano, Dios proscrito?

¿En dónde el mar de inmóviles centellas
en que el Dante escuchó la portentosa
melodía triunfal de las estrellas

en derredor de la divina Rosa
en que el Verbo encarnó? Y el cristal terso
del Primer Móvil, sobre el cual reposa

el Señor, desde donde el Gran Perverso
fué lanzado y que al Dante parecía
la sonrisa inmortal del Universo,

¿en dónde estaba ó en qué mar sombría
había naufragado? ¡Hasta Dios mismo,
como ocultando al hombre su agonía,

apagaba su luz en el Abismo!....
Y tornó á detenerse el fraile osado
en medio del creciente paroxismo

de su delirio de Vidente; airado
acento en su interior le dice: «escucha,
«esa sombra que el paso te ha cerrado

«no es un querube que contigo lucha,
«es la sombra que brota de tu alma
«y ante tí se proyecta, tu fe es mucha,

«gigante tu valor, obtén la palma.»
Como al caer la tarde, en la amarilla
franja de Ocaso y por el mar en calma

hacia el levante donde el faro brilla,
como tras de su misma sombra, vuela
del pescador la frágil navecilla,

así, en pos de aquel nublo que le vela
la ruta, el fraile va; pasa el postrero
de los globos.... Allende se revela

sin duda el Verbo; llámalo el viajero:
su voz invoca.... Nada.... Abre los ojos,
busca del Sér el único venero,

y nada vé; sus labios caen flojos
de estupor, no osa hablar y ya no clama
al Señor como antes.... Los despojos

del Orbe flotar mira entre la llama
lívida de una tea mortuoria;
su pecho ya no siente, nada inflama

su cerebro. ¿Habré muerto? ¿Esta la Gloria
será?—pregunta, y en su loca idea,
suspira por su cuerpo; aquella escoria

lo atrae, en su angustia abrir desea
la enorme piedra que cerró su tumba;
con titánico esfuerzo la golpea....

Al fin la rompe y mira ... En torno zumba
el torbellino de la vida, el cielo
místico de Alighieri se derrumba....

Como tienda que pliega con anhelo
el caminante al asomar la aurora
así despareció; y el sacro velo

del Templo, roto está.... ¿Qué ve ahora
Calasanz? ¡Si verdad el sueño extraño
de Copérnico fuese!.... El santo llora

sintiéndose sujeto á aquel engaño
de Luzbel. No, no es cierto, su convento
él cerró al nuevo espíritu, aunque en daño

de la ciencia del mundo, pero atento
á la de Dios, á la que Aquino y Dante
le enseñaron.... Mas en aquel momento

olvidó todo.... El cerco de diamante
que encerró al Universo, en mil pedazos
estalló; donde el trono fulgurante

se alzaba del Altísimo, en los brazos
de querubes y arcángeles, hoy brilla
el mar del sér, sin límite, sin lazos....

En él flotan los soles, él orilla
no tiene en el espacio; entre su espuma,
átomo microscópico de arcilla,

gira la Tierra; impenetrable bruma
de mundos cerca el horizonte.... Nada
fija en cuál centro el Creador reasuma

su omnipotencia. Con angustia helada
la inmensidad recorre y donde quiera,
al tocar en la orilla vislumbrada,

surge ante él la inmensidad entera.
Entonces lo abrasó sed de la ignota
vida do no hay conciencia; la sed fiera

de salir de sí mismo, de ver rota
su alma y como lluvia disolverse
en aquel mar eterno, gota á gota!

fundirse en el Gran Todo, en él perderse....
Y no fué su conciencia que moría,
fué su instinto, al que, al fin, logró prenderse

el monje al sucumbir, el que á porfía
lo retuvo. El silencio soberano
rompió el monje, y con voz que parecía

provenir de un sepulcro muy lejano:
«Ven, exclamó, ven tú, ven á salvarme
«¡oh! santa á quien amé, tu cielo arcano

«abandona y me ampara. Condenarme
«pudiera si no accedes á mi ruego;
«¡que acierte yo en tu seno á reclinarme

«para escuchar á Dios.... y muera luego!»
Héme aquí, contestó el ser evocado;
y como del carbón, chispa de fuego,

surgió así de la noche: *héme á tu lado*,
murmuró en el oído del Vidente,
que la miró un momento enajenado.

Mas no era Beatriz de refulgente
inmaculada túnica vestida,
ceñida por un nimbo el alba frente;

ni era un alma sin color, nacida
en un rayo opalino de la luna.
¡Oh! no, una mujer ebria de vida

y de pasión, miró, tal como en una
tarde de Abril, magnética y serena,
cuando amor, *que es el mal*, quiso en su cuna

matar para los cielos su alma buena.
Así la vió y el perfumado nido
de su seno de virgen de amor llena

palpitaba con rítmico latido:
«Sin tí no hay cielo, dijo, por tí clamo.»
Y con el labio al beso ya tendido

respondió el sacerdote: «Yo te amo.»
¡Acento del Señor! ¿por qué iracundo,
al oir el sacrílego reclamo

no resonaste estremeciendo al mundo?
El fraile, como un beso del Infierno
sintió en la boca; su calor profundo

evaporó su sangre en un eterno
minuto de deleite.... luego, nada,
sólo el vacío que en su sér interno

se filtraba, sintió, cual agua helada.
Y tornó á prorrumpir en férreo grito,
que recogió la noche amedrentada:

«no me escuchas, Señor?... Pues tú, Proscrito,
«óyeme, escucha mi plegaria impía
«y por primera vez serás bendito.»

«Háblame» y condensando su agonía
en un postrer esfuerzo, el fraile atento
esperó.... Mas Satán enmudecía.

Como torrente que rompió violento
el dique huyendo en vértigo insensato,
así el monje siguió con hondo acento:

«Satán, Satán, Satán! tu nombre acato
«pero muéstrate á mí, tu voz quisiera
«escuchar, sé verdad y yo desato

«tus culpas y te arranco de la hoguera
«con mi poder sacerdotal ¿oíste?
Nada: ¿ni el mal existirá siquiera?»

En el ara que opaca luz reviste,
y en los muros de marmol del santuario
rebotó la blasfemia. Fulgor triste

de blandones en torno de un sudario
despedían los astros. Despertaban
los frailes, y cogiendo su breviario
hacia el templo solemnes caminaban.

V

¡Satán, Satan, Satán!...... Eco süave
pareció de la voz aterradora,
la campana mayor que lenta y grave
dio las tres. Calazanz oyó la hora;

se puso en pié al instante; con la mano
tendida al tabernáculo desierto,
dijo con un acento limpio y llano:
«Yo creo en tí, Dios mío.» Y cayó muerto.

Justo Sierra

LAS VELADAS DE LOS BROWN.

Si la casa de los Brown hubiese acatado los usos establecidos en Inglaterra, jamás habrían sonado las siete de la noche, sin que los niños estuvieran ya profundamente dormidos, meciéndose en dulces sueños. Pero es necesario hacerles justicia á los Brown, nunca sometieron su vida á una regla fija. Aun antes de cumplir ocho meses, la pequeña comprendió que le bastaba mascullar un sonido inarticulado con sus dos únicos dientes, dar saltos y reírse de una manera insinuante, para que la levantasen en alto, acostándola después en el tapete destinado á todos los placeres posibles é imposibles que le hayan ocurrido jamás á un cerebro infantil.

Tenía una muda y profunda adoración por Alfie, quien pronto cumpliría los tres años. Este pilluelo todo el día subía y bajaba por la escalera; á la hora de la comida arrastraba las tazas de te y los platos hasta la orilla de la mesa, de donde caían al suelo con un ruido encantador; tiraba la cola al gato, arrancaba las flores del jardín, y se arrojaba al baño, todo vestido, aprovechando el momento en que la mamá se volvía de espaldas. Baby, llena de alegría, las manos temblorosas, aullaba de contento á cada una de estas proezas; dijérase que tomaba nota de ellas, á fin de poder ejecutarlas á su debido tiempo, cuando sus piernecillas se lo permitieran. Su venida al mundo fué el principio de una nueva época para Alfie; ahora tenía un auditorio entusiasta que incondicionalmente le aplaudía sus travesuras todas, aplausos que sus dos hermanos más grandes, Stan y Frank, habíanle rehusado con el más alto desprecio. Aun quedaba Ettie, pero ésta era ya toda una señorita de siete años, con la seriedad y el criterio que conviene á la mayor de la familia.

—¿Quieres que yo acueste á Baby esta noche, mamá? preguntó Ettie; anda, ¿quieres? A ella le gusta tanto.... ¿no es cierto, mi palomita? Mira, ya se ríe, haciendo seña de que sí.... Y voy á bañarla cuidadosamente, como el otro día que tuviste el dolor de cabeza.

La señora Brown sonrió al ver la seriedad de la pequeña, y respondió:

—Sí, eh?.... es que Baby no ha cesado de estornudar desde aquel famoso baño!... Tu papá me dijo que entró al cuarto media hora después de que habías metido á la niña en el agua, y que aún estaba dentro de la tina.

—Ella era la que no quería salirse, dijo Ettie excusándose; ya sabes como le gusta el agua.

—Yo no te mandé que la bañaras, replicó la madre; te dije únicamente que la lavases la cara y las manitas, y que en seguida la llevaras á la cama.

—Eso era lo que yo quería hacer; pero cuando ella vió el baño listo para los demás, se puso á patalear hasta que tuve que hacer su voluntad.

—Cierta estoy de que tu papá no lo supo....

—Ah! no; había ido á fumar un cigarro con el señor Jones; yo tuve miedo de que ella se pusiese á llorar y te despertara; entonces la metí á la cubeta para hacerla callar; en ese momento vino Stan, y como viera que Baby tenía las rodillas llenas de arena, comenzó á frotárselas con el jabón. Después Frank le dió la esponja llena de agua y ella se la puso en la cabeza. Yo lo hubiera regañado, pero lo cierto es que jamás hace caso de lo que le digo, mamá.

—Son mentiras! gritó Frank con mucha indignación; yo mojé la esponja únicamente para quitar á Baby el dulce que tenía en la cara, porque Alfie se la había untado con un pastel de crema, y ella me errebató la esponja. Eso es todo.

—Pero yo te he repetido veinte veces que te llevaras la esponja, replicó Ettie.

Frank, despidiendo chispas por los ojos, exclamó:

—Los hombres no deben obedecer á las mujeres, no señor!

La madre se interpuso:

—¡Silencio, niños, que no dejan dormir á Baby. Mira, Frank, ve á traérmela....toma el chal de lana. Y tú, Ettie, ¿en qué piensas? son las seis y media, tu papá va á llegar y las cosas del baño aún no están listas.

A estas palabras, Ettie salió corriendo.

Todas las tardes una vez terminada la comida, el papá trae en la cubeta el agua para el baño. A Ettie le toca la tarea de preparar la esponja y el jabón, el peine, el cepillo, las tohallas, las cinco camisetas de dormir, y, por último, los cinco bizcochos que no deberán ser tocados hasta el fin de la ceremonia.

Aquella tarde procuraba darse prisa para ganar el tiempo perdido.

—Listo! exclamó al fin.

La señora Brown dejó sobre el velador el delantal que cosía á la luz de la lámpara y dirigiéndose hacia la ventana que caía sobre el jardincillo, exclamó:

—Ahí viene el papá......ya abre la verja; voy á prepararle su cena. Ettie, cuida á Baby que quiere coger el carbón.

Como de costumbre, Stan y Frank que han estado espiando el momento de la llegada de su padre, se le cuelgan de las piernas, y de las manos, para hacerse llevar así hasta la casa. El está acostumbrado á este recibimiento, y aunque algo fatigado por

un largo día de trabajo en la oficina, jamás ha pensado en librar su cuerpo de estos pequeños garfios.

Primero habían sido Ettie y Frank; ahora eran Frank y Stan. Mas en breve estos tendrían que abdicar en razón del principio que sólo concedía este privilegio á los más pequeños de la familia.

La señora Brown fué hacia su marido, y echándole los brazos al cuello, le besó tiernamente varias veces.

—¿Dónde está Baby? preguntó, desembarazándose del sombrero que colocó sobre la mesa.

Ettie, vacilante, apareció con la pequeña que se abrazaba á ella fuertemente; pero, al caminar pisó la punta del chal, y Baby vino al suelo. El padre corrió á levantarla, y sosteniéndola en el aire cuan alto pudo, hizo que desapareciese de su linda carita el gesto del llanto que ya comenzaba á nublar sus ojos.

La señora Brown sentóse á la mesa junto á su esposo; sirvióle el té humeante, y puso en su plato el sabroso *curry*, las patatas y las coliflores.

Comía él con gran apetito, en tanto que las arrugas de su frente borrábanse poco á poco al sentirse acariciado por esa atmósfera de paz y de ternura que le envolvía.

Baby, se sube á la punta de la mesa que no tiene mantel, junto á su mamá que, con los brazos entreabiertos, está pronta á recibirla. Ettie acerca la sal y la mostaza, de las que el señor Brown finge servirse muchas veces para dar gusto á la niña; Frank pasa su cabeza bajo el brazo con que el señor Brown maneja el tenedor, y Stan pasa la suya bajo el que sostiene el cuchillo: sólo así creen demostrar suficientemente el cariño que profesan á su padre. Alfie se echa al suelo gritando:

—Azúcar! quiero azúcar.

Si bien es cierto que la azucarera está casi vacía debido á las medidas preventivas que, como buena ama de casa, toma la señora, hay allí un delicioso *pudding* con miel que hace brillar los ojos del papá—goloso en tratándose de platillos azucarados. Una vez que el *pudding* queda reducido á un tamaño que quita toda esperanza á Frank y Ettie de saborearlo al día siguiente, el padre se prepara á fumar. Ettie corre en busca de los cerillos, mientras que Frank se esfuerza para limpiar la pipa; mas en este capítulo el señor Brown no se anda con complacencias y tórnase exigente. Los niños levantan el mantel. Se acerca ya el asunto importante de la velada.

—Echa una poca de leña á la calentadera, ordena á Frank el señor Brown. El agua va á estar fría sin necesidad ninguna.

Frank obedece, ayudado por Ettie; Alfie y Stan están en la cocina, ocupados en juntar las migajas para dárselas á los pollos. Baby en el regazo de su padre, mira, soñolienta, cómo brillan y se juntan las rojas llamas de la chimenea.

El señor Brown pasa sus manos por los cabellos de su mujer, sentada en una silla baja, y acaricia la hermosa frente fatigada que ella ha reclinado en las rodillas de su marido, en actitud graciosa y tierna.

Ah! el delicioso momento de paz y de amor en el que se regocijaban sus dos seres amantes, contentos por no tener un solo motivo de queja en su vida feliz consagrada al deber! Pero un gran ruido se oyó detrás de la puerta; Ettie anunciaba que el agua estaba ardiendo, Frank decía que esto sólo debido á él, Stan gritaba que también él había soplado, Alfie balbutiendo sonidos ininteligibles, pretendía hacer la confesión de haber volteado un plato lleno de salza.

Baby salió de su somnolencia, feliz ante la perspectiva del baño deseado. Entonces el papá de nuevo cargó su pipa, la encendió, y levantándose de su asiento, fué á llenar el cubo con agua caliente. La mamá junto á la cubeta sentóse en una vieja silla de madera, y Stan, apoderándose de Baby, la puso en sus rodillass.

En un momento la pequeña estuvo desnuda como un San Juanito. Franck hacíale cosquillas hasta obligarla á derramar lágrimas, á fuerza de reír.

—Besa á tu hermana mayor, dijo Ettie arrodillándose delante de Baby.

—Y á mí? continuó Frank.

—Y á mí? dijo Stan.

—Y á mí? balbutió Alfie.

Pero Baby, impaciente por entrar al baño, no respondía sino con un *rrrrr* de enojo que hizo decir á Stan:

—Déjenla! quiere estar conmigo.

—Sí, seguramente, dijo el padre sonriendo, y á su vez preguntó:

—Y á mí?.... ¿Quieres que yo te eche al agua, monina?

Ella comprendió y le tendió sus bracitos rosados, llenos de hoyuelos.

—Un instante, exclamó Ettie con aire de importancia, sumergiendo la mano en el agua. Todavía está muy caliente!....

Pero Baby se sumerge en el agua tentadora donde se agita con píos y aleteos de gorrioncillo; evidentemente no profesa, sobre el agua, las mismas ideas que su hermana mayor. La mamá cubre de espuma blanca su cuerpecito, las orejas transparentes, los piececillos no más grandes que los de una muñeca, los espesos bucles de oro, mientras que el padre aprieta en lo alto la enorme esponja henchida de agua cristalina que cae en una lluvia sonora.

Los demás chicuelos reclaman la esponja según su turno, y cuando llega el de Alfie, Baby le arroja á la cara un chubasco de agua que la ciega; Ettie tiene que desvestirla inmediatamente.

—Dios mío! Son ya más de la ocho, exclama la señora Brown, asustada. Despachemos! Cambia el agua, hijito, dice á su esposo.

Ettie calienta una tohalla, mirando distraídamente para otro lado; y cuando lo blanco de la tohalla ha dado lugar á un hermoso agujero que huele á quemado, se aflige y llora tanto, que es imposible reñirla. Traen otra que calienta con más cuidado y la extiende sobre las rodillas de su madre que al punto saca del agua á Baby, enrojecida y á punto de llorar. Pero no.... la tohalla, bien caliente, en la que se envuelve, seca las lágrimas que comenzaban á correr, y es entonces un gorjeo de risas que se redobla al ver á Alfie caer en el agua como un grueso paquete.

El padre acerca la cuna junto al fuego, bastante lejos de la tina para no salpicarse. La mamá coloca en ella á Baby que hace un pequeño mohín cuando ve que Alfie es ahora el blanco de todas las miradas; pero Ettie se inclina sobre la cuna de cortinillas azul pálido y canturrea con dulce sonsonete:

—Barba de oro.... boquita de plata.... cachetito lindo.... carita rosada.... toc, toc, toc.

Mientras que Baby, con su bizcocho en la mano, recostada en la almohada de pluma parece no desear nada más.

Una vez bañados Stan y Frank, y envueltos en sus *pyjamas* rayadas de azul y color de rosa son transportados á su recámara por el papá que tiene que volver al baño á traer los bizcochos olvidados.

Ettie desde que tiene siete años se baña sola, de lo que se vanagloría en voz alta con intención de provocar la envidia de sus hermanos; pero su mamá la seca y peina sus largos cabellos que le caen por la espalda cual un manto de trigo maduro. Después de llevarla á su recámara, como á los demás, el padre vacía el baño, en tanto que la madre cuida de que los niños recen sus oraciones, Stan es el primero:

—Padre nuestro que estas......

Pero al punto se interrumpe.

—Mira, mamá, la plumita que se sale de la almohada......

—Chit! dice la madre en tono de reproche, continúa.

—Santificado sea tu......

Segunda interrupción.

—Seguramente mataron á un pobre pollito y esta pluma es de él?.....

—Continúa, repite la madre.

—...nombre, venga nos á tu reino, etc.

Franck es más reverente, por más que sus oraciones sean más largas en razón de su edad. Con todo, se interrumpe también para acusar á Stan de que le está dando patadas y no lo deja acabar.

La fé de Ettie ha llegado á un grado que á veces pone en aprietos á su madre.

—Dios puede hacerlo todo, ¿verdad mamasita?

—Por supuesto, hijita, todo....

—¿Puede hacer que Londres quepa en una botella?

—Qué tontería!

—Oh! yo sé bien que no lo hará pero ¿puede hacerlo?

La joven madre, sin saber qué decir, responde:

—Sí, ciertamente; pero no hablemos más de eso, linda, no es conveniente....

Todas las noches hace preguntas de este género, de las cuales la fé de Ettie sale más segura y más fuerte, á pesar de la dificultad evidente de su madre al responderle.

Esa noche, como de costumbre, se arrodilló sobre su almohada para rezar al niño Jesús y pedirle que bendijese á su familia y á sus amigos. Después pasó á hacer sus peticiones particulares:

—Buen Jesús, hace mucho tiempo que mi casa de muñecas es roja, ¡si pudieras solamente pintármela de verde!...... Haz que no tire yo á Baby sino cuando se me caiga sobre una cama, ¡es todavía tan chiquita, y su cabeza tan tierna! Haz que ayude á mamá con empeño. Haz también que pronto tenga catorce años para que mis hermanos me obedezcan; que me guste ir á la Iglesia; que Frank no me pellizque durante el oficio, porque eso me distrae, y haz que me despierte muy temprano para ayudar á mamá á vestir á Baby y á Alfie.... En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Amen.

Al fin todo queda en silencio.

El padre, cuyo rostro expresa profunda fatiga, se sienta en un ancho sillón, y la esposa se despereza muy cansada también.

Los dos hablan bajo.

—Los niños se han dormido ya, murmura la señora Brown á media voz.

Pero Alfie abre sus ojillos que brillan de malicia y que sus palabras desmienten.

—Quiero agua, dice.

Muy á su pesar la señora Brown se levanta y le pone en los labios un pequeño vaso con leche tibia.

Después la voz de Ettie que llama desde la otra pieza:

—Papá, por vida tuya, mi muñeca, no Arabella sino Molly: está sentada en una silla cerca del baño . ....

Ahora es el padre quien se levanta de mala gana también: Busca por todas partes el objeto pedido; ve una muñeca sobre la cómoda y negligentemente, va á tomarla. Pero su mujer, en tono de dulce reproche, le dice:

—Esa es Arabella. Ettie acuesta siempre á Molly en su lecho, mira, allí está....en el suelo.

El recoge á mis Molly y la lleva á Ettie.

Al fin va á quedar todo tranquilo! Más......no; al entrar á su recámara, el Sr. Brown encuentra á

Stan que, con los piés desnudos, se dirige hacia la puerta.

—Olvidé mi conejo en el jardín y voy por él,

La madre interviene y pone á su hijo en el lecho. El chiquillo dice entonces con una voz confiada.

—Ah! va papá á traérmelo......

—Que el diablo me lleve si voy á buscar tu conejo al jardín! protesta con enérgica voz el Sr. Brown.

Los esposos recógense de nuevo en la atmósfera tibia de su aposento.

Pero Alfie vuelve á la carga:

—Quiero agua, papá!

—Duérmanse!

—Agua, mamá!.

Chit!.....

- Agua, papá!

—Basta! ó me levanto á festejarte!

—Alfie tiene sed. mamá......

La madre intenta levantarse; pero el padre la retiene con él, amenazando de nuevo al chicuelo.

—Si no te duermes inmediatamente, voy á buscar un chicote.

—Tengo sed!...... insiste Alfie, sofocando un fuerte sollozo.

Y una duda se levanta en el espíritu del padre: tal vez la pequeña dice la verdad. Y se levanta para darle agua. Todavía! Qué es lo que sucede en la otra recámara?...... Por qué lloras Stan?......

Ninguna respuesta.

—Frank, ¿por qué llora tu hermano?....

—Porque dice que su conejo va á coger un catarro en el jardín.

El padre, con dulce resignación, prende un cerillo, y despues de encender la linterna, se prepara á salir, diciendo mal humorado:

—Ese tuno va á lloriquear toda la noche si no le traigo su maldito conejo!......

Y en el jardín, á la incierta luz de la linternilla, le es necesario, para encontrar el maldito conejo, librar una caza en toda regla bajo las breñas, en los arriates, en el columpio, en el gallinero. Al fin! hélo allí.... colgado de la rama de un manzano! El señor Brown no puede dejar de sonreír ante esa ridícula caricatura de conejo, tan querida de su hijo! Ah! cuánto lo quiere! á juzgar por su júbilo cuando toma en sus brazos al favorito pródigo.

Cuando el señor Brown fué á reunirse á su mujer, la encontró apagando el gas de la cocina

—Todo está concluido? le preguntó.

—Sí, todo, respondióle ella sonriendo....hasta mañana.

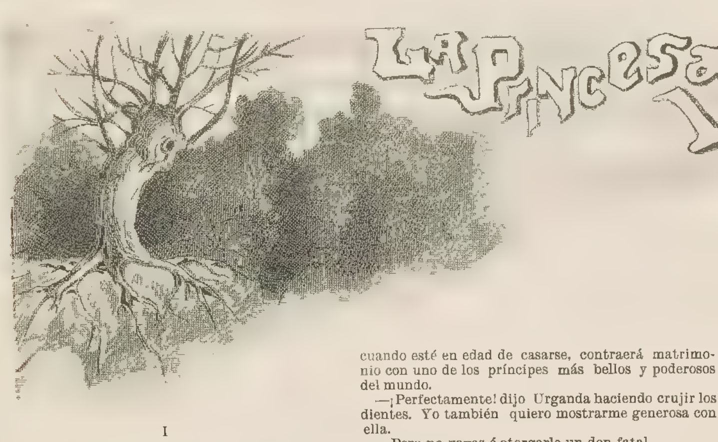
—Es un infierno ese baño, dijo él, con tono de convicción. Ojalá que mis medios me permitiesen ponerte una criada, mi pobrecita *mignonne*!

—Vamos, pues! Yo tengo tiempo para todo. Sabes bien que me disgusta ver gente extraña entre nosotros.

Y abrazando á su marido como en los primeros días de su bendita unión, posó los labios en sus sienes dirigiéndole una mirada de amor y gratitud.

Ethel Turner

La Princesa Victoriana



I

Encontráronse una vez dos hadas junto á la ladera de un bosque inmediato á la ciudad.

Una de ellas, que se llamaba Urganda, estaba de muy mal humor por no haber sido invitada á las fiestas que se habían celebrado para el bautizo de la hija del rey; pero la otra, denominada Filinda, hallábase en extremo satisfecha porque la habían convidado á la ceremonia.

Y con las hadas ocurrre lo mismo que con los hombres; son buenas cuando están contententas, y la tristeza les predispone al mal.

—Buenos días, hermana, dijo Filinda.

—Buenos días, gruñó Urganda; supongo que te habrás divertido mucho en la corte del rey Mataquín.

—Muchísimo. Las salas estaban tan bien iluminados como nuestros palacios subterráneos y se sirvieron vinos exquisitos, manjares en platos de oro sobre manteles de encajes. Luego se bailó......

—Sí, sí, desde aquí he oído los violines. Y en pago de la hospitalidad del rey habrás hecho á la princesa seberbios dones......

—¡Pues es claro! La princesa será hermosa como el

día; su voz se asemejará á la del ruiseñor y tendrá su cuerpo todas las perfecciones imaginables. Además, cuando esté en edad de casarse, contraerá matrimonio con uno de los príncipes más bellos y poderosos del mundo.

—¡Perfectamente! dijo Urganda haciendo crujir los dientes. Yo también quiero mostrarme generosa con ella.

—Pero no vayas á otorgarle un don fatal.

—Puedo ejercer contra ella uno de mis conjuros. La princesa Victorina será hermosa como el día, ya que ninguna hada puede deshacer lo que otra ha hecho; su voz se asemejará á la del ruiseñor; tendrá su cuerpo todas las perfecciones imaginables y se casará con uno de los príncipes más bellos y poderosos del mundo; sino que......

—Sino que......replicó Filinda llena de inquietud.

—Sino que, cuando se case, dejará de ser mujer para convertirse en hombre.

Filinda lloró y suplicó con desesperación, pero todo fué en vano. Urganda no quiso escucharla y desapareció como por ensalmo, mientras la otra meditaba acerca de los medios de que podría valerse para evitar las consecuencias del terrible conjuro.

II

A los diez y seis años era tan hermosa la princesa Victorina, que en todo el mundo no se hablaba más que de su extraordinaria belleza. No hubo nación que no enviara embajadores á la corte de Mataquín con objeto de pedir la mano de la princesa para los más ricos y poderosos monarcas.

Pero el rey y la reina, conocedores del terrible secreto, no sabían que contestar. Despedían cortésmente á los embajadores, sin consentimiento ni negativa, y se desesperaban ante el caso singular que les ocuría.

Cierto día jugaba Victorina en el jardín del palacio de sus padres, cuando oyó ruido en el camino inmediato. Alzó los ojos y vió un magnífico cortejo que se dirigía al regio alcázar.

Al frente de la comitiva, y en un soberbio caballo, iba montado un joven de hermosísimo aspecto.

—¡Qué hombre tan gallardo y elegante! exclamó la niña.

Luego pensó que si el mancebo tenía intento de pedirla en matrimonio estaba ella pronta á concederle su mano.

El joven, que al pasar había visto á Victorina, se detuvo y le dijo:

—Plegue á las hadas que seáis la hija del rey Mataquín, porque vengo á casarme con ella y sois la criatura más encantadora de la tierra.

—¡Pues soy la princesa Victorina!

Desde aquel instante se amaron con delirio.

III

¡Júzguese cuál sería la situación del rey y de la reina!

No se trataba ya de satisfacer la petición de un embajador, sino la de su propia hija que les suplicaba con lágrimas en los ojos que accediesen á la demanda del recién llegado caballero.

Por otra parte, el príncipe Diamante, hijo del emperador de Golconda podía poner en pié de guerra cuatro ó cinco ejércitos, y no era cosa de desairarle torpemente.

No pudiendo revelarle tampoco el fatal secreto, que hubiera sido considerado como absurdo, consintieron al fin en el casamiento de los dos amantes.

IV

El rey y la reina estaban sumamente intranquilos el día de la boda, y sólo abrigaban la esperanza de que el hada maldita hubiese desistido de su venganza.

Al día siguiente se presentaron los esposos á recibir la bendición paternal.

—¡Hija mía! exclamó el rey lleno de horror.

—¡Victorina!.... sollozó la madre.

—No soy vuestra hija, sino vuestro hijo Victorino.

Y volviéndose á la puerta, añadió:

—¡Ven, hermosa Diamantina! ¿Por qué tiemblas así? ¡He aquí á mi esposa!

¿Qué había ocurrido para aquel cambio?

Que mientras la princesa se convertía en gallardo mancebo, el príncipe, merced á otro conjuro de Filinda, se trocaba en hermosísima y agraciada doncella, burlando así el hada protectora de Victorina los efectos de la perversidad de Urganda.

Catulo Mendez.

Páginas de la Moda

Fig. 1.—Grupo de sombreros de verano.

Recetas útiles.

PUCHERO.

La carne de buey más fresca posible, ni demasiado magra ni demasiado grasa, es la mejor para el puchero. La proposición más conveniente es la de 500 gramos de carne por cada litro de agua. Es necesario llenar el puchero, es decir añadir á poca diferencia tanta agua como se haya evaporado por la ebullición, cuando la carne está á punto de haber cocido lo bastante.

Es del todo inútil limpiar la carne con agua hirviendo; basta ponerla inmediatamente al fuego con la cantidad de agua y de sal proporcionada al peso de la carne. El fuego puede ser bastante vivo hasta el momento de la primera ebullición que hace subir la espuma.

Desde las primeras ebulliciones, si se quiere tener un caldo muy claro, perfectamente exento de espuma, hay que echar en el puchero un vaso de agua muy fresca, y espumar tan pronto como la ebullición empieza de nuevo.

A partir de este momento, el puchero debe hervir muy despacio, pero sin interrupción; se le puede retirar del fuego y colocarlo al lado, cuidando solamente de que continúe hirviendo. Este es el momento en que conviene echar las legumbres en el puchero. El mejor método para que las legumbres no se deshagan al cocer y no enturbien la transparencia del caldo, es el de partir en dos una grande zanahoria en sentido longitudinal. Métense entre los dos trozos un berro, una pastinaca, un nabo y uno ó dos troncos de apio, y se atan luego los dos pedazos de zanahoria por medio de un hilo. Al mismo tiempo que estas legumbres, se añade al puchero una gruesa cebolla, dentro de la cual se han metido antes dos ó tres clavos de especias. La cocción de un puchero bien cuidado no debe durar menos de cinco ó seis horas. Si, según costumbre establecida en muchas casas, se añaden á la carne de buey 125 ó 150 gramos de tocino, se tendrá éste en cuenta para moderar la dosis de la sal; el tocino, que cuece mucho más aprisa que el buey, será retirado del puchero dos horas antes que el resto de la vianda.

En el momento de escaldar la sopa, si la carne empleada estuviese algo cargada de grasa, se desengrasará el caldo, pero con discreción, quitando la parte superior del puchero; el caldo demasiado desengrasado pierde una gran parte de su valor. Muchas cocineras, cuando el caldo les parece demasiado pálido, acostumbran á darle color con un pedazo de cebolla tostada.

Fig. 2.—Traje de casa.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—GRUPO DE SOMBREROS DE VERANO.

Damos un grupo de sombreros de verano de la más encantadora novedad y de las más variadas formas. En su mayoría llevan flores alternadas con tules y penachos de follaje. Todos son de paja de Francia de diversos colores, predominando el claro.

FIG. 2.—TRAJE DE CASA.

De sarga de seda gris acero, con tableros que se encuentran en ángulo sobre el pecho, dándole la apariencia de un peto. A derecha é izquierda dos aplicaciones de guipure enlazadas con galones.

OTRO PAGO DE $10,000 DE "LA MUTUA" EN PUEBLA.

Un timbre de $10 debidamente cancelado.

Recibimos de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de $10,000 plata mexicana en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 421,834 bajo la cual estuvo asegurado el finado señor D. Antonio Castaños y para la debida constancia en nuestro carácter de albaceas y beneficiarios los tres primeros, y el último como tutor de los menores Ramona, Antonio, Pilar, Elena, José y Cármen Castaños, también beneficiarios nombrados en la póliza, extendemos el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en Puebla á 3 de Abril de 1899.

Firmados.—Angela Castaños, Francisca Castaños, Leandro Castaños, como tutor de los menores herederos Antonio, Pilar, Elena, José y Cármen Castaños, advirtiendo que la otra heredera Srita. Ramona Castaños, que era menor de edad y estaba representada por mí, es la mayor de edad, y firma también al calce.

Blas Reguero y Caso.—Ramona Castaños y H.—Rúbricas.

Un timbre de 50 cs. debidamente cancelado.

Certifico: que las firmas anteriores han sido puestas en mi presencia por Doña Angela, Doña Francisca y Don Leandro Castaños, por la Srita. Ramona Castaños, por el señor D. Blas Reguero y Caso, los tres primeros albaceas y herederos y el último tutor de los menores igualmente herederos de Don Antonio Castaños. Puebla. 3 de Abril de 1899.

Firmado.—Patricio Carrasco.—Notario Público.—Rúbrica.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 4 de Junio de 1899. | Número 23

SALON DE PARIS.

ENTRE FLORES.

RIGWAY KNIGHT.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Con motivo de la representación de algunas zarzuelillos mexicanas vuelve á la prensa el manoseado problema de nuestras aptitudes para el humorismo.

La gracia es la médula de este teatro ligero que tanto ascendiente ha tomado en España y entre nosotros. Y aquí está precisamente la cuestión: ¿podemos ser artísticamente graciosos?

«Extraño—hacía notar hace algún tiempo un articulista—que los literatos de la generación actual, tan regocijados y alegres en los paliques, se enserien al tomar la pluma y pongan en el risueño rostro de Momo, á fuerza de retocamientos inútiles, un gesto doloroso.» La verdad es que aquí no me parece este fenómeno tan extraño.

Creo percibir que nuestros poetas modernos carecen de gracia nativa, de alegría ingénita, y aunque en ligeras conversaciones de calle lancen el chiste oportuno, envuelto en la irónica carcajada, éste se funda, por lo general, en un violento retruécano, en un sutil juego de palabras, en la gimnasia extravagante de la dicción, más bien que en el concepto, en la idea artísticamente desproporcionada, engendradora de las emociones gozosas y de las risas francas. En España, donde la lírica agoniza con Campoamor—el anciano Mefistófeles—y Núñez de Arce—el viejo Merlín—el instinto musical de la masa ha aparecido de pocos años acá, en un enjambre de abejas epigramáticas, cuyo zumbido alegre imita con gentil donosura las carcajadas inmortales de Quevedo, de Góngora y de Cervantes.

Sinesio Delgado, Pérez Silva, Vital Aza, Pérez Zúñiga, Fiacro Iraízos, se ríen, á mandíbula batiente, de la sociedad en que viven, porque ella los estimula y los obliga á hacerla reír.

El español, por naturaleza, es un burlón ingenuo, que no posee la venenosa ligerereza del francés, ni la amarga jovialidad del germano.

España es la tierra del chiste inocentón y burdo, tomado d'aprés nature, sin adornos que la falseen ó encubran; la tierra en que nacieron, «El Lazarillo de Tormes,» «Don Lucas del Cigarral,» y «Rinconete y Cortadillo.» Allí fué donde Quevedo tuvo el *Sueño de las calaveras* y Velázquez vió sus *Borrachos*.

Ahora mismo, Luis Taboada, que suele ser grosero hasta lo soez, no hace más que convertir en artículos cuanto recoje en los arroyos matritenses. La gracia está en la atmósfera que se respira allá como un acre perfume.

Aquí, entre nosotros, el pueblo bajo que ha tenido un magnífico Homero en *Fidel*, tiene también su gracejo; pero ya no es, por cierto, aquel que nos trasmitió Guillermo Prieto al libro, el de la *Musa callejera*, con sus chinas de enaguas lentejueleadas, sus *léperos* de vívido refajo, y sus verbenas coloridas y vertiginosas, como las fantasmagorías de una linterna mágica. Hoy ese pueblo, que quizá no ha existido sino en la fantasía de su poeta, es un taciturno que cuando se embriaga, en una locura imbécil, insulta, con la obscenidad.

No hay modelos para esculpir la estatua de la Risa. Nos ha quedado como un sedimento negro la tristeza indígena.

El indio no conoció la gracia. Nuestros literatos, los que aguzan las saetas del epigrama son imitadores: dibujan sus sátiras al margen del libro espiritual. Calcan los fríos contornos de la desnuda alegría parisiense.

Hasta suelen comentar y traducir á Rabelais.

No pueden imitar la innata sencillez de Cervantes. No son humoristas expontáneos.

Y luego...... qué es el *humour*? El *humour*—dice un excelso crítico—es el género de talento que puede agradar á los hombres del Norte; conviene á su espíritu como la cerveza y el aguardiente á su paladar. Para los hombres de otra raza es desagradable; para nuestros nervios es demasiado áspero y demasiado amargo. Ese talento contiene, entre otras cosas, la afición á los contrastes. Swift bromea con el semblante grave de un eclesiástico que oficia, y desenvuelve como hombre convencido los absurdos más extravagantes. Hamlet, poseído de terror y desesperación, se desata en bufonadas. Heine se burla de sus emociones en el momento mismo de entregarse á ellas. Les gustan los disfraces; ponen un ropaje solemne á las ideas cómicas; una casaca de Arlequín á las ideas graves. Otro carácter del *humour* es el olvido del público. El autor nos declara que no se preocupa de nosotros, que no le hace falta ser comprendido ni aprobado, que piensa y se divierte por su propia cuenta, y que sí nos desagradan su gusto y sus ideas, no tenemos más que quitarnos de delante. Quiere ser refinado y original á su manera; en su libro está como en su casa, y á puerta cerrada; se queda en bata y zapatillas, con los pies en lo alto á menudo, y á veces sin camisa. Carlyle, por ejemplo, tiene su estilo propio y anota sus ideas á su modo; á nosotros toca comprenderle.

Un último carácter del *humour* es la irrupción de una violenta jovialidad, en medio de un paisaje impregnado de tristezas. Así aparece de pronto la descompostura intempestiva. La naturaleza física, oculta y oprimida bajo el peso de los hábitos de reflexión melancólica, se presenta al desnudo un instante. Veis una mueca, un ademán de truhán, y después vuelve todo á su solmnidad acostumbrada. Añadid, por remate, las explosiones imprevistas de la imaginación. El humorista encierra un poeta; de pronto en la bruma monótona de la prosa, al final de un razonamiento, brilla un paisaje; bello ó feo, poco importa, basta que impresione. Esas desigualdades, pintan al germano solitario, enérgico, imaginador, amante de los contrastes violentos, guiado por la reflexión personal y triste, con imprevistos resabios del instinto físico, y tan diferente en todo esto de las razas latinas y clásicas, razas de oradores ó de artistas, donde no se escribe más que mirando al público, donde no se gusta más que de ideas enlazadas, donde no satisface más que el espectáculo de las formas armoniosas, donde la imaginación es ordenada, donde la voluptuosidad parece natural.

No, el *humour* sajón, no tiene imitadores entre nosotros. No podemos sentirlo ni tampoco él puede aplaudirse en los teatros de la zarzuela.

El buen humor hispano es el padre del género chico, el de los romances de Góngora, los jocosos de Quevedo, los sainetes de Don Ramón de la Cruz y las comedias de Bretón.

El chiste fúnebre de *Fígaro* es único en la literatura española: tenía mucho *spleen* inglés ese pobre suicida. El regocijo romántico y doliente, el regocijo que gime en el *Diablo Mundo* de Espronceda, no volverá tal vez á reproducirse. Es de origen byroniano y se sabe de memoria los primeros cantos del *Don Juan*.

Y tampoco podrán sentir nuestros poetas y literatos el buen humor hispano, el de López Silva y Arniches y Javier de Burgos y Ricardo de la Vega.

Nuestros poetas han hecho tan bien la comedia de las lágrimas que á la postre se les ha pegado la máscara.

Cuando más puedan deformarán el semblante de su Musa con el rictus de Guymplaine. Entrarán en la farsa como los saltimbancos, fingiendo groseramente la alegría.

Ay! mucho me temo que estas zarzuelillas sean más bien las pantomimas de la gracia, que los juegos florales de la alegría.

***

Una neurótica joven, impulsada por vulgares sufrimientos, buscó, en la tragedia de la muerte, su instante de celebridad y de escándalo.

Arrojarse así al nirvana, en pleno día, desde la altura más visible, para conmover, siquiera por un momento, el indiferente egoísmo de la ciudad; es de una ficción, de una falsedad, de un fingimiento que sin dejar de mover á lástima, permiten, sin embargo, que la burla mezcle á las cinerarias del dolor sus envenenados asfodelos.

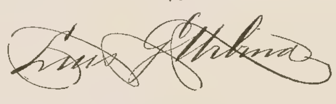
Una muchacha inquieta é ignorante que dedica su último pensamiento á Homero (perdona, oh! excelso padre!) ha pasado por la vida como una lipemaniaca por un manicomio.

¡Qué triste cosa, qué dura, qué mala, y qué común ahora, es esta trágica—comedia, esta espantosa é innoble farsa de la muerte!

***

No obstante, todo, ¡oh almas enfermas! convida á vivir.

El campo está libre, el cielo azul, charlan las golondrinas y el aire va diciendo cosas profundas y buenas. Acaba de llover. ¡Qué bueno es Dios!



EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

Nada termina fácilmente, nada termina de prisa; hay que hacer esta corrección al *todo acaba* del sabio Perogrullo. Los viejos nos impacientamos cuando las decoraciones del teatro de la vida no cambian pronto, deseamos ver mucho en poco tiempo. ¡Ay, la experiencia es una gran maestra, pero sin alumnos! Ella enseña que todo es igual, que todo es quimera; de esa quimera vivimos nuestro minuto de vida en la vida universal, que esa sí no acaba nunca.

Nos impacienta que la resistencia tenaz, astuta, heroica de los filipinos no haya acabado todavía. Comprendemos que tiene que acabar la libertad de este pueblo intrépido; que el gran pueblo de la libertad política y de todas las libertades tiene fatalmente que destruir la libertad de los pequeños y que una vez más quedará demostrado que la libertad es la médula de los fuertes; el que no es fuerte no es libre. Los filipinos libres serían un obstáculo en el engrane del mecanismo internacional que tiende á hacer del Pacífico un lago anglo-sajón; si no los dominan los americanos los dominarán los ingleses con los japoneses por comensales. Por eso deseamos que el drama doloroso de la guerra de independencia concluya cuanto antes; ya que hasta ahora los americanos se van pareciendo tanto á los españoles en lo que á la represión toca. quisiéramos palpar las diferencias en el período de organización; vendrá éste, las dificultades brotarán á porfía y el resultado quizás será que los americanos hayan puesto una escuela normal para enseñar á los tagalos á ser hombres libres dentro de casa, para que dentro de un par de generaciones logren lo que ahora no pueden lograr: una independencia, una personalidad nacional. Buen negocio habría hecho con esto la política imperialista.

Entretanto el gobernador Otis *terquea* contra la lluvia y el calor, á fuerza de impermeables y de excelentes generales como Lawton y MacArthur. La unión de las tribus enemigas de los tagalos al ejército americano será decisiva. ¿Se comprenderían las hazañas de Cortés sin los tlaxcaltecas? Mucho más se explica la tenacidad del gobernador Otis, si se tiene en cuenta que las proposiciones de paz de los insurgentes tienen todo el aspecto de añagazas. Y muchísimo más si siguen poniéndose turbias las cosas en la otra gran isla de Mindanao y en la de Negros; vamos, pues, suban de punto, extrémense los sacrificios de hombres y dinero, hay que pagar caro el lujo de ser emperadores y conquistadores; la púrpura es tela de muy subido precio; el *demos* norteamericano no es un vejete enclenque como el que Aristófanes fustigaba hace veintitrés siglos; es un mocetón de ancha espalda y á quien gusta ser admirado por todas partes; se necesita, pues, mucha tela.

Además, en la Casa Blanca, ya lo dijimos, necesitan un resultado, que, aunque costoso, sea feliz, si no la plataforma de la reelección sería endiabladamente impresentable. El archimillonario Carnegie en nombre de la fracción anti-imperialista del partido republicano hace un poco disimulado llamamiento á los demócratas: prescindid, les dice, de vuestro artículo de libre-acuñación de la plata, es decir, prescindid de Mr. Bryan, y nos uniremos y venceremos al imperialismo con este grito de guerra: Washington contra McKinley.

En los Estados Unidos, como en Inglaterra con motivo del *home rule* de Irlanda, los viejos partidos tienden á descomponerse y á recomponerse con otros hombres y otros programas.

***

Los mensajeros de paz de las potencias discuten sobre los modos de evitar la guerra entre los pueblos de buena voluntad á la sombra del Haya, *sub tegmine fagi* que diría Virgilio. La cuestión del desarme, aun parcial, aun bajo el aspecto de un compromiso de no aumentar los armamentos, parecía bien platónica y ¡ay! ociosa cuando menos. La conferencia del Haya se cerraría como cualquier congreso de la paz en Ginebra con una lista de *desiderata* humanitarios é inconcretos. La introducción en primer término de la proposición de constituir un tribunal permanente de arbitraje, cambia el aspecto de las cosas; esto sí que puede ser muy serio y muy trascendental. Esto haría por consecuencia de la iniciativa del Tsar el acto más importante del Siglo; sería augusto el resultado. Ojalá; los mexicanos suscribiríamos á dos manos un convenio semejante. Veremos en qué forma se desenvuelve la proposición. ¡Un tribunal permanente de árbitros internacionales! El Papa León XIII merece antes de morir, presidir este areópago.

***

Todo parece en Francia encaminarse al resultado que muchos, yo el último, habíamos anunciado: habrá revisión del proceso Dreyfus; un tribunal de guerra engañado lo condenó, otro tribunal de guerra debe absolverlo. Nos atrevemos á decir esto, porque fuera de Francia, fuera de las preocupaciones y las pasiones de Francia, la inmensa mayoría de cuantos han estudiado los elementos principales de este asunto ha llegado á esta conclusión: Dreyfus no es culpable del delito de alta traición. Y nadie fuera de Francia ha creído que el honor del ejército francés estuviera identificado con la no-revisión del proceso, nadie.

Si, las preocupaciones, las pasiones, la terrible manía antisemítica que con tanto acierto ha estudiado en estos meses Lombrosso. Hay una declaración en el proceso que, en mi sentir, marca el punto de partida psicológico de este tristísimo negocio. El Estado Mayor francés necesitaba en uno de sus *bureaux* un buen oficial de artillería que dominase el alemán. Lo pidió; el cuerpo de artillería envió á Dreyfus. Y el testigo dice: el general Gonse estaba frenético: mirad, exclamaba, nos mandan un judío......!

***

Doña Emilia Pardo Bazán decía en su conferencia de París: "Si fuese necesario, para personificar los

dos estados del alma española (el romancesco optimismo leyendista por un lado y por el otro el pesimismo estéril y devastador) nombraría á Emilio Castelar y á Cánovas del Castillo. El incomparable artista que se llama Castelar, embriagado con las bellezas de nuestro suelo y los prestigios de nuestra historia, satisfecho de haber obtenido, en premio de sus luchas juveniles, el establecimiento de las instituciones democráticas, y, sobre todo, el sufragio universal y el jurado, fué optimista y leyendista hasta ese año terrible de 98 que disipó la niebla dorada y mostró desnuda una España más infortunada que en los días del Guadalete."

"En cuanto á la ilustre víctima de Angiolillo era, puede decirse, un pesimista que juzgaba á su patria á través de un incurable desencanto. Mejor que nadie sabía distinguir y encontrar á los individuos superiores; pero no creía en la masa humana: cerebro potente, sentía el desfallecimiento mental de una raza profundamente descuidada de los estudios que constituyen la disciplina de la inteligencia; jefe de gobierno, investido de una autoridad sin límite, veía de demasiado cerca las miserias y las bajezas para no gustar el sabor amargo del desprecio."

"Castelar, pues, creía que nada quedaba por hacer en España, Cánovas suponía que con España nada podía hacerse. Y advertid, que á su modo cada uno de ellos era un patriota ardiente y que ambos se conmovían hasta las lágrimas con la sola idea de los desastres que sobre nuestra cabeza se cernían; advertid que Cánovas pagó con su vida y Castelar con la pérdida de su magnífica salud el momento espantoso que atravesamos. Sólo Dios puede saber lo que hubieran hecho por España, Cánovas con la esperanza y la fe, Castelar con la duda y el análisis frío."

La guerra ha arrancado, pues, á la corona de España, este su florón de oro; más valía Castelar para su patria, que Cuba y las Filipinas; con la frente de este hombre excelso tocaba á las regiones serenas del Ideal: eso no priva ahora, pero es muy bello. Y todos hemos llorado á Castelar, no por español, no por latino, sino porque supo ser más que eso, porque esos límites no lo contuvieron, porque fué un corazón, un carácter y una palabra. ¿Ha resonado otra en la tribuna más sonora que esa? Más elocuente que esa?

***

¡Una pieza escrita por un gran dramatista francés para un gran actor inglés! No se había dado el caso. El primero es el *Robespierre*, escrito por Sardou para Irving y para su eminente colaboradora Ellen Terry. Yo me muero por los dramas y las novelas históricas, y á pesar de mi amor profesional á la verdad histórica, sé distinguir (hacedme esta concesión, por cortesía, siquiera) lo más importante, lo medular de esa verdad en un acontecimiento ó en un personaje. Y no pido al dramatista ó al novelista, llámense Shakespeare, W. Scott, Schiller, Flaubert, Dumas ó Pérez Galdós, que respeten los detalles de un hecho, ni que no alteren á su guisa las peripecias de la vida de un personaje; pido esto nada más: si ese personaje, Robespierre por ejemplo, es el tema del drama, póngasele vivo y de pié delante de mí; no un Robespierre tal como puede vivir dentro del intelecto del dramaturgo, no subjetivo, histórico, sino tal como ha sido analizado y documentado por Michelet y Taine; idealícese un poco, no me opongo; tal es precisamente la obra del artista; mas esa idealización sólo puede consistir en dar más bulto y resalto á la facultad constitutiva de esa alma, á la envidia del incurablemente mediocre, dice Michelet, á la vanidad del incurable pedante, dice Taine, ambas cosas perfectamente amalgamables. Entonces tendré á la vista un personaje histórico vivo, un carácter. De ese carácter infieran el autor ó el novelador los hechos; aunque no concuerden con el dato preciso de la historia, no importa. Ricardo III, Coriolano, Marco Antonio, viven en Shakespeare la misma intensa vida que en la realidad, aunque la erudición encuentre mil errores secundarios en la composición del medio en que se mueven dentro de la obra del poeta; el D. Carlos de Schiller no vive, porque el cruel y antipático maniaco que nació física y moralmente deforme de la sangre de Felipe II—no fué adivinado por el poeta alemán; lo genial es presentir ó adivinar, ser Shakespeare.

El Robespierre de Sardou se nos antoja de la familia del «Don Carlos» de Schiller. Todos conocemos las tres maravillosas *aguafuertes* de Taine en el tomo tercero de la «Revolución,» Marat, Danton y Robespierre; todos recordamos el famoso párrafo: «es el último término de una vegetación intelectual que concluye, es la rama final del siglo décimo octavo, es el aborto supremo y el fruto seco del espíritu clásico.» —Yo defendí á este Robespierre contra mi eminente amigo el Dr. Barreda; lo defendí con el objeto de hacer hablar al sabio sobre la Revolución. La comparación del *cuistre*, del pedante trágico adorador de Rousseau y el idilista Gesner, con Mahoma tenía una base perfectamente cierta, *el cree ó te mato*. Por lo demás hay entre ambos, entre el árabe epiléptico é inspirado y el abogadillo bien perjeñado, de tez pálida, lengua silbante y anteojos verdes, mundos de diferencia. En suma, un incorruptible feroz y sanguinario, un predicador eterno de la moral y de la virtud, un aspirante á sumo pontífice de una revolución espiritualista, deista y humanitaria, que creía necesario el funcionamiento de la guillotina incesante para depurar, para exterminar á los gérmenes malos (es decir, los enemigos de Robespierre) que se apoyaba para llevar á cabo este espantoso designio (y lo llevó á cabo en gran parte) en una popularidad asombrosa, en la adoración ilimitada, no de la hez del pueblo, sino de los obreros y los burgueses capaces de leer, y, sobre todo de las mujeres, que lo deificaron casi, sólo porque se presentaba como una víctima eterna, porque predicaba siempre la virtud, porque era, como Condorcet lo definió muy bien, un sacerdote.

Y este hombre que como Nerón, tenía frases y palabras huecas en vez de alma; que no tenía en realidad más culto que el de sí mismo; que se adoraba al través del *Ser Supremo*, éste, según se ve del argumento del drama de Sardou, resulta un guardador estupendo de una pasión secreta de juventud por una joven aristócrata, de quien tuvo un hijo y con quien no se pudo casar porque *los nobles* se lo impidieron. Esta pasión, según Sardou, lo anima contra la aristocracia y no el odio á toda superioridad, bajo la máscara de las ideas abstractas de igualdad y fraternidad. Y no es esto todo; el hijo vive, lo que Robespierre ignora; y éste, el hijo de Clarisa, Olivier, ha sido adoptado por M. de Maulugon, el marido de esa madre. La tempestad revolucionaria les arrebata, Maulugón muere, vagan proscritas, Clarisa, Olivier y una su prima, la que en los dramas está destinada á las escenas reposantes de amor puro. Cuando su madre y su novia son capturadas y se aproximan á la cuchilla fatal, Olivier en plena fiesta del Ser Supremo, insulta al Sumo sacrificador, á Robespierre. Este interroga al joven, se convence de que es su hijo y se renueva en él la pasión del amante y brota en él la del padre. ¡Cuentos! Para un literato sensiblero, no hay más talento que los períodos sonoros, ni hay sentimientos, no hay más que actitudes. El incorruptible tenía la *pose*, la actitud del ser virtuoso y sensible, y detrás de sus espejuelos verdes era capaz de ver sin emoción subir á la guillotina á diez hijos suyos con tal de que dijeran de él: ¡ha sacrificado su tierno corazón en aras del deber!

Robespierre tiene una entrevista con Clarisa, le promete salvar á su hijo; en las soledades nocturnas de la Conciérgerie, á donde va en busca de Olivier *padece* una visión shakespiriana, las sombras de sus víctimas lo rodean y lo torturan. Parece que los ingleses é inglesas que en el drama desempeñaron el papel de fantasmas hicieron reír por su rubicundez y hermosura muy poco espectrales.

Rodeado de enemigos que conspiran contra su tiranía y que sospechan que se le ablanda el corazón, Robespierre va á la Convención, y aquí la famosa sesión del 8 Termidor. A punto de ser asesinado por su propio hijo, Robespierre se da la muerte y cae á los piés de Clarisa bañado en sangre.

Esto no es cierto, lo cual no importa á un autor dramático, y tiene razón; pero no pudo ser cierto, dado el carácter histórico del personaje; lo que hace falso el drama. Más importará esto alguna vez á Sardou? ¡Oh! no. Sardou de los caracteres y las pasiones no toma la parte profunda, sino la apariencia que se presta á las combinaciones escénicas y al efecto teatral; lo demás se le da una higa. El no necesita para hacer un drama, sino un actor especial, Sarah, Coquelin, Irving. En derredor de ese actor enmaraña una madeja de combinaciones, de *trucs*, para preparar los efectos supremos, y se vale de la historia ó de los vicios sociales; tanto da; es muy superior al enredista Scribe y al efectista Dumas, padre; es genial, es el Shakespeare de la triquiñuela.

Irving, que con esta pieza dirá *adiós* á la escena, estuvo portentoso, según los cronistas. Los periódicos londinenses y americanos ponen á Sardou y á su intérprete en los cuernos de la luna. Irving dará una serie de representaciones de «Robespierre» en los Estados Unidos en el próximo otoño. ¡Bienaventurados los que tienen *dollars*, porque de ellos es el reino del arte!

***

El polo opuesto de Sardou es Gabriel d'Annunzio, para quien toda acción es el proceso de una idea poética; el prestigio de sus creaciones, que, á la inversa de las de Sardou, son más bien poemas dramáticos que escénicos, proviene de la intensidad de un sentimiento que sólo puede exteriorizarse cuando encuentra su verbo, su expresión, su forma perfecta en la palabra. D'Annunzio no opera sobre los caracteres como los dramaturgos puros, como los Dumas ó los Donnay, ó los De Curel, ó los Suderman (Ibsen es otra cosa), introduciendo en ellos una pasión y siguiéndola paso á paso hasta la catástrofe, como Claudio Bernard introducía un veneno en el organismo y lo seguía de efecto en efecto hasta la muerte; ni se cuida de apurar su talento en una de esas combinaciones teatrales á que el choque de los actos humanos da lugar, como hacen Echegaray ó Sardou, sino que con su espíritu infinitamente apasionado y poético esculpe una tragedia subjetiva en la más plástica de las lenguas vivas, obteniendo estupendos efectos de música en plena prosa, como el escultor sus armoniosos acordes en pleno mármol.

"La gloria" es la trajedia que debe haberse representado en Nápoles en estos días; es un poema simbólico, es una alegoría, á juzgar por los análisis que los periódicos italianos nos trasmiten. La escena se desarrolla en Roma en lo futuro, podría decirse, más bien que en lo presente. Personajes: un viejo, Cesare Bronte, el mundo que se va, obstáculo á la furia destructora de los hombres nuevos. Ruggiero Flamma es el demagogo que lanza al pueblo hacia la realización de su empresa de reconstrucción de la Ciudad, de la Patria, de la fuerza latina: "no es el hambre, no es tan solo el hambre lo que abulla y tiende las manos, sino la revuelta contra la intolerable falsía que invade los órganos todos de nuestra existencia y la deforma, y la envilece y la amenaza de muerte" dice ó canta Ruggiero. De aquí la lucha desesperada entre los dos hombres: no ha nacido el hombre nuevo, todavía, y nosotros no queremos todavía morir, clama el viejo Bronte, y añade en la divina lengua del poeta. "Se la vita presente è sterile, non è dato a voi di fecondarla. Non veggo in fondo ai vostri occhi un gran destino ma la vertigine. Voi non appartenete alla razza dei creatori."

Una mujer, una descendiente de muchas generaciones de traidores y dominadores bizantinos, una Comnena, mezcla su ambición, su lujuria, su orgullo, su miseria, su rebelión, su crimen, al duelo supremo de los dos grandes luchadores, y ambos la aman mortal, infernalmente, como se ama á estas mujeres. El viejo es un inconmovible obstáculo: la Comnena, enamorada de Ruggiero lo mata. Y al fin hace de su nuevo amor un envilecido, un trémulo, un infeliz y la misma gran siniestra que pasea en triunfo á Ruggiero en una noche de batalla, en Roma, pedirá su cabeza para fijarla en la punta de una pica. Y así va el drama hasta los horrores supremos.

El apóstrofe de Ruggiero moribundo á Roma es soberbio "¡Roma! Nosotros nos agitamos, cambiamos, pasamos; ella no, es inmóvil, segura, antigua, única. Amante terrible, se nutre con la médula de los hombres fuertes; su caricia es atroz como el dolor. Yo creía haberla estrechado en mis brazos, haber luchado con ella, mezclándome á ella, creí haber tenido la fuerza de fecundarla, haberme vuelto un latido nuevo en su vida lenta.... Y he aquí que soy ya una tumba no más entre mil tumbas."

Justo Sierra.

EL DESEO Y LA VOLUNTAD.

Para la inmensa mayoría de las gentes *desear* equivale á *querer;* entre una y otra facultad humana discierne un matiz, un grado de intensidad tan sólo y y pasa por cosa demostrada que la voluntad firme y resuelta de lograr, de conseguir ó de realizar, que la tenacidad y el empeño para conquistar la riqueza, la gloria, el poder, no son más que resultados de la intensidad del deseo.

Según este principio, para desenvolver en un momento dado todas las energías activas, para persistir en un designio, para afrontar los peligros de una empresa arriesgada, para sufrir y tolerar los enojos de un proyecto difícil, basta tan sólo desear intensamente el fin ú objeto de nuestras tentativas, anhelar con ardor la realización de un deseo, percibir punzante y agudo el aguijón de la necesidad y sentirse desfallecer y morir con el fracaso.

Así, para alcanzar el poder ó la gloria parece indispensable un insaciable deseo de gloria ó de poder, sentirse incapaz de soportar la mediocridad ó la insignificancia, no comer, no dormir, pensando en el laurel ó en el cetro y percibir claramente que toda la felicidad posible está comprendida bajo de un solio ó sobre un altar.

Lo mismo en el amor: suspirar, gemir y llorar por el ser amado, sentirse enfermo en su ausencia y muerto con su desdén; adorarlo en extásis como á un dios; arrastrarse á sus plantas como un reptil; respirar con su aliento, vivir con su propia vida, tales parecen ser las indispensables condiciones para que surja en el espíritu la voluntad activa, indómita, inextinguible de conquistarlo, de poseerlo, de atacar y vencer monstruos para llegar hasta él, de remover cielo y tierra para serle grato.

La riqueza.... Quien no siente en su corazón clavadas como espinas las garras de la codicia; quien en sus sueños no ve la caverna de Alí-Babá atestada de tesoros; aquel á quien no desvela la sola idea de la miseria y á quien no aniquila y mata la bancarrota, ese no trabajará con tesón, ese no economizará á porfía, ese no se lanzará temerario á la alta especulación y vegetará modesto ó miserable toda su existencia.

Tal es la teoría; si ella es verdadera los hombres más activos, más enérgicos y más perseverantes serán, á la vez, los más sensibles, los más entusiastas, los más ardientes. Medirase entonces la fuerza de la voluntad por la intensidad de los espasmos del gozo ó de las convulsiones del dolor; serán más perseverantes, más tenaces y más hábiles las mimosas de la sensibilidad; las lágrimas que haga derramar el desengaño, los rugidos que arranquen la contrariedad

y el fracaso, darán el grado termométrico de la energía, del valor, de la constancia.

La doctrina vulgar es tan aparentemente racional como radicalmente falsa. Si la voluntad fuera tan sólo un grado del deseo, se manifestaría vigorosa y activa precisamente en los seres sensibles y nerviosos cuyos deseos son imperiosos y dominadores: distinguiríanse por las energías y la actividad los poetas y soñadores, verdaderas sensitivas, en quienes no hay deseo que no sea impetuoso, ni aspiración que no sea desmesurada, ni ambición que no sea frenética, para quienes todo dolor es desgarrador y toda pena devoradora; la mujer, toda ternura, toda sensibilidad, arpa eólica que hacen vibrar los imperceptibles soplos de todas las brisas, y cuyas cuerdas se rompen á la menor rudeza de contacto; el niño que se acalambra á la más leve contrariedad, que grita, se agita, vocifera y hasta cae en crisis nerviosas al menor empuje del deseo; el salvaje, brutal para desear y ciego para aspirar; el latino y el oriental, ardientes, extáticos, voluptuosos y juguetes de impetuosas pasiones; tales deberían ser los seres enérgicos, inflexibles, tenaces en la acción, y tales los prototipos de la voluntad.

En vez de eso, que corroboraría la idea de que la voluntad es un grado, ó mejor dicho, el paroxismo del deseo ¿qué vemos? ¿qué nos dicen á cada paso la observación y la experiencia? Pues que son precisamente seres fríos, impasibles, jamás sacudidos por las pasiones, jamás gimientes por la contrariedad, jamás atormentados por el fiasco los que despliegan las grandes energías activas, los tenaces para lograr, los cautos y hábiles para no fracasar, los refractarios al desaliento y á la desesperación.

Son anglo-sajones, helados como témpanos, germanos rígidos como el acero, razas del Norte casi sin pasiones y sin ímpetus, hombres y no mujeres, viejos y no niños, seres cultos y no salvajes, abarroteros y no poetas, quienes atesoran mayores y mejores energías activas, quienes revelan testarudeces de carpa, resistencias de granito, cautela y tacto de diplomáticos.

Nadie consagra más tiempo, más trabajo, más estudios á conquistar riquezas, como un inglés ó un norte americano, y á nadie quita menos el sueño la pobreza, ni agobia menos la bancarrota, ni desespera menos la ruina. Los hay que han sido media docena de veces millonarios y otra media docena pordioseros sin que una nube empañe su mirada ni una palidez tiña su frente, sin que una protesta brote de los labios, sin un día de inapetencia ni una noche de insomnio.

Si nadie trabaja más por ser rico que el anglo-sajón, á nadie tortura tanto el ser pobre como al latino, y nadie como él sueña con Creso y sus tesoros. Pero ese deseo es platónico, su realización se confía al azar del premio gordo, á un cambio de gobierno, al milagro de un santo. Ojalá: decimos, y nos cruzamos de brazos.

El amor, la gloria, el poder, todos los apetitos, todas las concupiscencias son imperiosas, exigentes, casi dolorosas en los séres débiles de voluntad y todas conducen á la misma aspiración platónica, á la misma esperanza pasiva, mas no los solicitan á bregar, á trabajar, á emprender y realizar. Sufrir cruzados de brazos, gozar inertes á inmóviles, tal es el destino de los seres sensibles, exquisitos y refinados.

Desde el momento en que no son ni la joven histérica, ni el adolescente romántico y decadentista, ni el niño impetuoso los seres más activos y enérgicos, ya no es posible admitir que la voluntad sea un grado del deseo y que para *saber querer* baste *poder desear*.

Más, aún, hay justamente un antagonismo visible entre el deseo y la voluntad, entre la sensibilidad y la energía. Son precisamente seres débiles, los séres sensibles; la exaltación de la sensibilidad va acompañada de lágrimas, sollozos, frases patéticas, actitudes teatrales y ademanes trágicos; pero nada más. La acción propia y encaminada al fin á que se aspira no se ejecuta.

Todas las grandes emociones paralizan; el miedo impide defenderse ó huir, la ceguedad de la cólera suele acalambrar; hay torpeza é incoherencia en todos los actos sugeridos por las grandes pasiones y á su momentánea explosión no tarda en suceder un abatimiento inerte y á veces un estupor completo. En los incendios, en los terremotos, en los naufragios se ven personas rígidas, catalépticas, inconscientes casi, perecer sin defensa por exceso de emoción y en los momentos de pánico sucumben en mayor número los que más emoción experimentan.

La aptitud para sentir y para desear, es pues, diferente de la facultad de emprender y de realizar. Con el deseo y la sensibilidad se forman poetas y artistas; con la voluntad; hombres prácticos. Sin deseos, aspiraciones y emociones, la vida sería triste, pesada, monótona, insoportable; sin la acción de la voluntad la vida sería infecunda y estéril.

Hay que tener sensibilidad, que ser susceptibles de pasión y emoción; pero á un grado tal que la voluntad subsista y persista y pueda ser eficaz. Y no es error de los menos graves de nuestra educación la tendencia á exaltar nuestra sensibilidad, el culto á las pasiones impetuosas y ciegas, y la convicción de que el hombre más perfecto es el hombre más pasional, el más tierno, el menos irreflexivo, el más desprendido, el menos calculador.

Si predicáramos otra cosa; si tributáramos, como los anglo-sajones culto á la voluntad, seríamos más grandes y más fuertes sin dejar por eso de ser nobles y buenos.

Rosa Bonheur.

EN HONOR DE VOLTA.

Nuestra edición diaria habló de la sesión especial organizada por la Sociedad Mexicana para el cultivo de las Ciencias, en celebración del invento de la pila eléctrica. La sesión tuvo lugar el domingo último en la Escuela Normal para Profesoras, y fué presidida por el Sr. Ingeniero D. Manuel Fernández Leal, Secretario de Fomento.

Todas las academias científicas de la capital enviaron comisiones que las representaran y concluido el acto los comisionados depositaron coronas de flores naturales ante el busto del gran sabio italiano Alejandro Volta. El Sr. Ministro de Fomento depositó la corona de la Sociedad Mexicana para el cultivo de las Ciencias.

Una comisión de la colonia italiana obsequió á las Sritas que hicieron uso de la palabra con hermosas canastillas de flores y tarjetones conmemorativos.

La Srita. Dolores González García fué muy aplaudida al terminar su discurso acerca de «La luz eléctrica, los Rayos X y la Telegrafía sin hilos.»

Nuestro grabado representa el monumento de Volta rodeado de las coronas que enviaron las asociaciones científicas de la capital.

Coronas depositadas ante el busto de Volta en la sesión organizada por la Sociedad de Ciencias.

ROSA BONHEUR.

Esta noble artista que acaba de morir fué grande por su talento, digna del éxito por su amor al arte y admirable en el hogar. Sufrió mucho, trabajó más todavía, y desde que en su adolescencia abandonaba á veces los pinceles para reemplazar en las tareas domésticas á su madre muerta, hasta que cerró los ojos de su hermana adoptiva pocos años ha, fué siempre la más cariñosa y noble compañera de infortunios, una hermana de la caridad para los que vivieron á su lado.

Nació en Burdeos el año de 1822. Su padre, artista modesto, se estableció en París y dejó á su familia en el campo, no pudiendo tenerla consigo en la capital; entonces Rosa subyugada por la magia de la naturaleza, se dió á trabajar sola, sin dirección, haciendo maravillas de intuición artística. Raimundo Bonheur, comprendió, ó más propiamente, adivinó el talento de su hija, la llevó á París, le enseñó los procedimientos artísticos, y comenzó la niña á trabajar sin descanso, adoptó el traje masculino y visitó los rastros para observar y copiar los animales sacrificados allí. Hizo varios envíos al Salón y á los veintiséis años obtuvo el primer premio.

Antes de expirar, el padre de Rosa recibió la gran recompensa de sus afanes: vió la medalla honorífica obtenida por su hija y el gran cuadro *Labourage nivernais.* Consolada de la pérdida de su padre y maestro, volvió al trabajo, y entonces fué cuando llegó á la cima de toda ambición, muriendo en plena gloria.

MEXICO ANTIGUO.

LA CASA DE LOS AZULEJOS, ESQUINA DE SAN FRANCISCO Y GUARDIOLA.

LA CASA DE LOS AZULEJOS.

Allá en el siglo XVI se embarcó, rumbo á México, D. Rodrigo de Vivero y Velasco, descendiente de aquel D. Alonso Pérez de Vivero, que según unos fué arrojado en Burgos desde una ventana por el Condestable de Castilla, D. Alvaro de Luna, y según otros, de lo alto de una torre de Valladolid en un memorable Viernes Santo.

Llegado á México D. Rodrigo, casó con Doña Melchora de Aberrucia, que tenía una encomienda en Tecamachalco, y era viuda del conquistador D. Alonso Valiente.

D. Rodrigo y Doña Melchora hubieron en su matrimonio un hijo, llamado D. Rodrigo de Vivero y Aberrucia, el cual nació en la citada encomienda.

Este D. Rodrigo *el mozo,* distinguióse por su talento é instrucción, pues queda noticia que escribió varios *Discursos,* un *Tratado de Economía Política,* y una *Relación* publicada en parte en el tomo V de la *La Ilustración Mexicana;* relación en la que refiere el naufragio que padeció al regresar de las islas Filipinas, en donde fué Gobernador y Capitán General.

Nuestro D. Rodrigo fué además Alcalde de diversos lugares de Nueva España y Gobernador de Nueva Vizcaya. En México fundó el mayorazgo de Vivero, que después se elevó á *Condado del Valle de Orizaba,* concesión que le hizo el Rey en premio de sus buenos servicios

«Comprendía (dicho Condado)—dice un escritor—las tierras que este título tenían (*sic*) en las inmediaciones de aquella población, las que aún conservaron sus sucesores en el Sabinal y Cañada de Iztapa, y las que formaron posteriormente el Marquesado de Sierra Nevada y el condado de la Colina, aquellas en lo más fragoso del Volcán, y éstas en el llano del Sumidero. D. Rodrigo fundó el ingenio ó trapiche de Ocempa, uno de los primeros (si acaso no fué el primero) de Nueva España, que hoy es Pueblo, conocido con el nombre del Ingenio ó de Nogales, á una legua hacia el Poniente de Orizaba.» (1)

D. Rodrigo de Vivero y Aberrucia casó en México, en el siglo XVI, con Doña Leonor Ircio de Mendoza, hija del Mariscal de Castilla, y murió por 1636 dejando un hijo, D. Luis de Vivero, segundo Conde del Valle de Orizaba, quien á no dudarlo fué el primero de los de su título que habitó la famosa *casa de los azulejos.* ¿Cómo sucedió esto? Lo vamos á decir en seguida.

La casa de que nos ocupamos, aunque reedificada después, es antiquísima, y las primeras y pocas noticias que de ella tenemos se remontan hasta el siglo XVI.

Entonces la poseía un D. Damián Martínez, juntamente con la plazuela anexa de Guardiola; pero concursado por su acreedores, se vió en la necesidad de rematar sus bienes en pública subasta.

El mejor postor á dicha casa fué D. Diego Suárez de Peredo, á quien se adjudicó en la cantidad de 6,500 pesos y tomó posesión de la finca y plaza el 2 de Diciembre de 1596.

D. Diego enviudó, metióse á fraile franciscano en el Convento de Zacatecas, é instituyó un mayorazgo vinculado en la casa ya citada y en otros bienes, que heredó su hija Doña Graciana, la cual contrajo matrimonio con D. Luis de Vivero, segundo Conde del Valle de Orizaba, como hemos dicho. (2)

***

Desde entónces la casa fué mansión de los señores Condes, y de ella nada hemos encontrado que sea digno de ser impreso.

Sólo al través de los siglos y en alas de la tradición, han llegado hasta nosotros dos anécdolas, una referente al *callejón de la Condesa,* que tomó su nombre de alguna de las del Valle, y otra á la reconstrucción de la casa.

Cuentan las consejas que cierta vez entraron por los extremos del callejón, dos hidalgos, cada uno en su coche, y que por la estrechez de la vía se encontraron frente á frente sin que ninguno quisiera retroceder, alegando que su nobleza se ajaría si cualquiera de los dos tomaba la retaguardia. Por fortuna, como asienta un grave autor, la sangre no llegó al arroyo ni mucho menos, ni siquiera hirvió en la venas de los dos Quijotes; pero á falta de cuchilladas sobró paciencia á los hidalgos, quienes se estuvieron en sus coches tres días de claro en claro y tres noches de turbio en turbio.

De no intervenir la auroridad, de seguro se momifican los hidalgos. El Virrey les previno, pues, que los dos coches retrocedieran, hasta salir uno hacia la calle de San Andrés y otro hacia la plazuela de Guardiola.

La otra anécdota, aunque sin fundamento histórico, es tan conocida, que la omitiríamos si no temiéramos á la erudición callejera.

Se dice, se cuenta y se comenta, que uno de los Condes del Valle tenía un hijo, y que este hijo fué un calavera redomado.

El heredero, fiado en sus riquezas, más pensaba en derroches que en negocios. Joven y apuesto, los trajes lujosos, los buenos caballos, los saraos elegantes, ocupaban más su atención que los librotes de cuentas y que los ingenios de azúcar.

El Conde su padre gastó mucha saliva en regaños, hasta que cansado, fué su benevolencia tanta, que sólo le decía:

—Hijo, tú nunca harás casa de azulejos.

Santa frase. El joven se preocupó, le escoció lo de los azulejos, y poco á poco cambió de vida, prometiendo edificar la casa que su padre tenía por imposible.

¿Su próposito fué pasajero? ¿Lo cumplió, cansado ó convencido de oír la eterna muletilla del viejo Conde?

La respuesta la tenemos clara, elocuente, en ese gran palacio reedificado y revestido de azulejos por el joven Conde, que dió con esto una prueba de lo que pueden hacer los calaveras arrepentidos.

«Diremos para concluir—dice D. Anselmo de la Portilla—que en esta casa se verificó la renovación del Señor de Santa Teresa, según lo cuenta un libro que anda en manos de los devotos de esta imagen.»

El Sr. Portilla incurrió en un error. La escultura que, según cuentan, se *transfiguró y sudó* milagrosamente en el entresuelo de dicha casa, no fué la del Señor de Santa Teresa, sino la del *Santo Cristo de los Desagravios,* que estuvo después en la capilla de Burgos del Convento de San Francisco de México. Derribada ésta á consecuencia de la exclaustración y de las leyes de Reforma, el Santo Cristo milagroso pasó á la iglesia de Jesús Nazareno, donde actualmente se encuentra y es venerado por los devotos.

***

Consumada la independencia, abolidos los títulos, los Condes del Valle de Orizaba continuaron viviendo en la Casa de los Azulejos.

Así transcurrieron muchos años hasta el 4 de Diciembre de 1828, día funesto para México por los robos que cometió la plebe, enloquecida por el motín de la Acordada.

En medio del desorden de que fué presa la ciudad, aprovechando sin duda aquellas circunstancias tan propicias para consumar los mayores crímenes, penetró á la Casa de los Azulejos un oficial, Manuel Palacios, en los instantes mismos en que el ex-Conde D. Andrés Diego Suárez de Peredo bajaba la escalera. Acometióle á puñaladas Palacios, con tal saña, que lo dejó tendido y sin vida.

Este horroroso asesinato se comentó en aquella época de diversos modos. No faltó quien lo atribuyese á siniestras maquinaciones políticas; mas la verdad fué que no pasó de una venganza personal de Palacios, porque el ex-Conde D. Diego se oponía á que tuviese relaciones con una joven de su familia.

Condenado el culpable á la última pena, se ejecutó la sentencia en la Plazuela de Guardiola, junto á una cochera que miraba hacia el Poniente y que ya no existe.

Con tan trágico acontecimiento termina la crónica de la casa secular y solariega.

Empero, cuando ahora penetra uno en su interior, admira la arquitectura severa, el lujo que reina en las salas, en las que le parece contemplar las sombras de sus antiguos moradores; pero al bajar por la vieja escalera, la fantasía se translada á otro tiempo, ve el brillo del puñal del asesino y el cuerpo del buen Conde tinto en la charca de su sangre; escucha los gritos angustiosos de sus deudos, y fuera, allá en el Parián, contempla á la Furia de las guerras fratricidas, desmelenada, con los ojos saltados por la codicia, excitando al populacho, al más salvaje de los saqueos.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

1 D. Joaquín Pesado, cuyas son estas palabras, confunde á D. Rodrigo de Vivero y Velasco con su hijo D. Rodrigo el mozo, y dice, además, que éste fué *Virrey* de Filipinas, en lugar de *Gobernador.*

2 Debo estos datos á mi excelente y entendido amigo el Sr. D. José María de Agreda.

CURIOSIDADES FOTOGRAFICAS.

UN FRAUDE

La instantánea es una *monomanía* universal, como lo ha sido el uso de la bicicleta.

La cámara portátil se ha convertido en artículo de primera necesidad para los touristas.

Pierden el dinero los fabricantes de libros de bolsillo y los fotógrafos titulados, porque ya no hay quien quiera retratarse de busto, ó apoyado en un tronco de árbol, navegando en un barquichuelo, correctamente uniformado, en traje de fantasía, en postura (tratándose de las damas) de ver huír un pichón mecánico de una jaula *renacimiento*, ó de llorar al pié de una cruz de cartón piedra los desengaños de este mundo y la subjetividad del otro.

Se prefiere la efigie tomada en la calle, en el patio de la casa, al aire libre.

La afición nos viene del Norte, los americanos son fotógrafos por herencia, prefieren á la narración del viaje, la *negativa;* al discurso original, su eco en el fonógrafo; á la catástrofe auténtica, la reproducción en el cinematógrafo.

La cámara es un regalo de año nuevo común y corriente; en frascos de Bohemia, como pudieran obsequiar Agua de Colonia, obsequian iconógena, hidroquinona ó cualquier otro revelador.

Personas hay que, en vez de enviar su tarjeta, envían su retrato, y la exagerada práctica de la fotografía ha traído, como es natural, la competencia, y he ahí á los especialistas.

Hay aficionados que se dedican á *instantanear* perros; otros, gatos únicamente; éstos, caballos; los de más allá, jumentos.

Jóvenes de sentimientos bíblicos se perecen por los ancianos; incurables solteronas gastan sus películas en los niños.

LAS TORRES DE CATEDRAL BAILAN LA ZARABANDA.

—Está virando.

—Ya sé que ese es su oficio, virarlo todo, pero qué vira?

—Ah! una exposición preciosa: la extracción de una muela matriculada á uno de sus clientes.

En la oficina:

—Quisiera usted decirme si mi negocio bajó?

—No señor, le faltó exposición.

—¿Qué?

—Y además, resultó movido. Usted dispense, creí que me hablaba de la placa...... Estaba pensando en otra cosa.

Las amas de casa maldicen la afición. Llegan de la calle cansadas, pero les para el alto en el portón la criada.

—Que se siente usted sobre ese cajón de vino y no entre porque el señor ha cerrado todas las puertas y puesto tápalos en las rendijas, no quiere ni que le hablen, porque dizque se le *velan*.

Las mesas resultan manchadas; en las soleras hay cristales de hiposulfito y la cámara funciona de la mañana á la hora en que el sol se presta.

—A ver tú, vamos á sacar á la cocinera torciéndole el pescuezo á un pollo.

—¡Espléndido asunto! Espérate, los saco, los saco á esos dos pelados tranchete en mano.

—Déjame afocar, ese señor muriéndose de angina de pecho es un asunto de órdago y en pleno sol.

Huelga decir que no hay paisaje, edificio, belleza titulada, mendigo popular, ó tipo humorístico que no haya desfilado frente al objetivo.

Y qué resultados! ¡qué parodias de la verdad! ¡qué embrollos dentro y fuera del foco! ¡qué caricaturas! qué cómicos algunos asuntos graves!

A mí se me presentó días pasados un aficionado solicitando permiso para retratarme en traje de baño, (soy cojo). El propio sujeto me ofreció tres días después unas negativas sensacionales.

Me dijo tener cinco hijas; el novio oficial de una de ellas y la madre de las mismas, no se ocupan en otra cosa que en sacar vistas de la ciudad; el 24 de Enero día del gran temblor *funcionaban*

LAS CASAS DE PLATEROS PARECE QUE QUIEREN BESARSE.

EL CABALLITO DE TROYA SE MULTIPLICA POR TRES.

Quienes persiguen á toda clase de borrachos, quienes se complacen en formar una colección de mendigos ó gentes feas de solemnidad.

En México la plaga ha tenido sus víctimas, ricos y pobres resultan aficionados.

Llega uno á cualquier visita:

—¿El señor?

—Revelando.

—¿Revelando qué?

—Sus instantáneas de la señora en el momento que tenía el cólico hepático.

Va uno por el médico:

—¿El doctor?

—Fijando.

—¿Fijando qué?

—Las positivas de una corrida de toros por aficionados.

Se llega en casa del licenciado.

—¿El Licenciado?

SAN HIPOLITO SE INCLINA, SE INCLINA.

todos y todas en el momento de la catástrofe se hallaban en distintos puntos, frente al edificio del Sr. Teresa, la Biblioteca de San Agustín, la esquina de Plateros, la Diputación, Catedral, el Teatro Nacional, el Caballito y la Iglesia de San Hipólito, con tan buena estrella que pudieron retratar el primer movimiento, antes de que las gentes se hincaran al darse cuenta.

En efecto, admirables negativas, vense en ellas los edificios fuera del centro de gravedad; las torres perdiendo el equilibrio, las columnatas desniveladas y el Caballo de Troya multiplicado por tres como en las alucinaciones de un borracho.

Dí por ellas lo que me pidieron y se las vendí al *Mundo Ilustrado* que las publica como ilustración de estas líneas. Qué barbaridad! Si son ustedes nerviosos les aconsejo que no vean las fotografías. Se trata de una danza macabra de edificios. Parecen todos danzar la Zarabanda: la Biblioteca de San Agustín se recarga confianzudamente sobre el hotel de la Gran Sociedad como pidiéndole confidencialmente una mayenesa; la torre de San Hipólito va á dar un coscorrón á la acera oriental de la calle de Zarco, sin miramiento alguno á los transeuntes; el Portal de la Diputación se desploma como un ebrio, haciendo gestos por todos sus arcos; el Caballito de Troya se ha convertido en una compañía de rurales; El Círculo del Comercio juega al estira y afloja con los almacenes del telégrafo; las calles de Plateros intentan darse un beso y el hotel de la Opera abre sus columnas como grandes piernas.

El reloj de San Hipólito marca en la positiva 18 minutos para las doce y el temblor fué á las 5 y pico de la tarde, la luz es zenital y me tiré la gran plancha seísmica, cuado el fotógrafo de la casa (chico muy águila en su oficio) me hizo notar que mis instantáneas habían sido tomadas por un viejo casi ciego y que además padece estremecimientos de San Vito cada tercer día. El *movido* era él, no el planeta.

Y me resigné filosóficamente, escribiendo en mi libro de apuntes, el primer caso de fraude fotográfico que es el colmo de los fraudes.

F. Daguerre.

LEA USTED "EL MUNDO."

Así se llama un bonito y elegante wals del compositor Sr. Gesu Gavanti, quien tuvo la bondad, que mucho agradecemos, de obsequiar con la dedicatoria de esa pieza, al Director y Redactores de El Mundo Ilustrado.

Mucho agradece esta Redacción el envío del Sr. Gavanti y sólo sentimos que obligados á él como estamos, no nos sea dable elogiar como lo merece su muy lograda composición musical.

PARIS SE DIVIETE

UNA MANIFESTACION DE LOS ESTUDIANTES FRANCESES.

Habiendo ordenado la autoridad la tala de los árboles en el Quai d'Orsay, los estudiantes, disfrazados, hicieron una manifestación de protesta, y á guisa de banderas llevaban árboles de papel que plantaron en los lugares que ocupaban los árboles arrancados.

PLANO TOPOGRAFICO DE LA CIUDAD DE OAXACA.

Publicamos en la pág. 387 una reproducción hecha en nuestros talleres del Plano de la Ciudad de Oaxaca, últimamente levantado con motivo de las obras de Saneamiento, próximas á emprenderse en aquella localidad.

Este trabajo, obra de los Ingenieros militares Franco y Ruelas honra á sus autores, tanto más, cuanto que ha sido llevado á cabo con sus propios esfuerzos, siendo Oaxaca la única ciudad en la República que haya logrado tener un Proyecto de Saneamiento sin costo ninguno para ella. En México estos mismos trabajos, que podríamos llamar preparatorios, han costado á la Municipalidad más de $60,000.

El plano que hoy reproducimos forma parte de dicho Proyecto, perfectamente estudiado y detallado en otros Planos, mas que por falta de espacio no publicamos y que serán sometidos por sus autores al examen del Consejo Superior de Salubridad, pues desean que dicho Proyecto llene todos los requisitos prescritos por la Ciencia Sanitaria.

Tenemos noticia de que dicho trabajo ha merecido los elogios de nuestro Primer Magistrado á quien le fueron presentados, y natural nos parece que así haya sido, pues justo apreciador de todo lo que encierra algún mérito, ha alentado siempre toda empresa que tienda al mejoramiento del país.

La importancia de las obras que se pretende ejecutar es notoria, pues la estadística nos demuestra con datos irrefutables la benéfica influencia que han ejercido en otras ciudades en las que se han ejecutado obras semejantes, disminuyendo de notable manera la mortalidad.

Oaxaca, á pesar de sus excelentes condiciones naturales, se halla sin embargo en malas condiciones higiénicas debido al abandono con que antes se veía tan importante cuestión; su mortalidad anual, según estudios que hemos tenido á la vista y que comprenden un periodo de diez años, es de 45.75 al millar, muy poco inferior á la de la Capital de la República que es de 47.

Situada la ciudad en el hermoso valle de su nombre, en el extremo de un contrafuerte que se desprende de la cordillera de San Felipe y á una altura de de 1.536 metros sobre el nivel del mar, es por su clima y por su situación topográfica uno de los lugares más agradables para la vida, que hace más agradable aun el buen carácter de sus habitantes. En la actualidad cuenta con cerca de 35,000 repartidos en 1,826 casas. Las calles son rectas, abiertas en sus extremos y con pendientes medias del 2 por ciento, lo cual facilita en extremo la salida de sus desperdicios. Actualmente éstos son depositados en fosas fijas en malas condiciones en el interior mismo de las casas, lo cual constituye focos constantes de infección, que, unidos al mal servicio de aguas, son la causa de la mortalidad relativamente crecida de la población.

El proyecto del Sr. Mayor de Ingenieros Rodolfo Franco, procura el remedio á todos estos males, pues comprende no sólo el establecimiento de un buen servicio de aguas, como base principal de la salubridad, y para el cual se proyectan obras importantes, como el establecimiento de una presa y la entubación de las aguas, sino la fácil y pronta salida de todos los desperdicios y arreglo de los pavimentos, obras todas que, una vez realizadas, harán de Oaxaca una ciudad modelo desde el punto de vista sanitario.

El costo total de las obras no será mayor de . . $ 1.000,000.00 cs. y sabemos de varias Compañías dispuestas á proporcionar al Gobierno de aquel Estado los fondos necesarios por medio de un empréstito en ventajosas condiciones puesto que casi en su totalidad serán cubiertas las anualidades necesarias con los productos de las obras mismas.

Ojalá que el éxito corone los esfuerzos de los iniciadores de estas obras que tan benéfica influencia han de ejercer en el porvenir de aquella ciudad, cuyos males han preocupado al Gobierno de aquella Entidad Federativa, que hace cuanto puede por evitarlos en el porvenir, alentando proyectos como el presente, que será uno de los mejores legados de la honrada Administración del Sr. General Martín González.

Una manifestacion de los estudiantes franceses.

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO

LA CONFERENCIA DE LA PAZ.

—General, tanto que celebro conocer á usted!.........
—Señor embajador...... soy su servidor......

—Milord, ¿cómo están esas señoras?
—Yes...... ¿qué señoras?
—S. M. la reina de Inglaterra y sus augustas hijas.

—¿Y vuestro excelente monarca?
—Como siempre.
—¡Vaya! ¡vaya!

Su graciosa Majestad la reina Guillermina nos invita á un banquete para esta noche......

—¿Ha ido Vuestra Excelencia á Harlem.

—No...... pero iré mañana á Saardam para ver la cabaña de Pedro el Grande. (Señales de aprobación. Gritos: ¡Viva Rusia!)

El Presidente.—Señores: el tiempo corre......... y ya es hora de terminar esta conferencia, nacida de una idea sublime.

El Embajador Suizo.—Por nuestra parte estamos dispuestos á hacer en nuestra flota las reducciones necesarias. [Aplausos.]

El Presidente.—He ahí un gran paso......... ¿Nadie pide la palabra?

(El Embajador francés dice algo en voz baja al de Alemania.) Este exclama: Jamás!
El Embajador francés. Entoncés, nada tengo que hacer aquí.

—A dónde va usted, señor Embajador francés, ¿no se ha convenido en no tratar cuestiones enojosas?

A su vez los animales han organizado una conferencia. No quieren que el hombre los torture.
Todos acuden convocados por el elefante.

El toro pide la supresión de las corridas ó la atenuación de su barbarie.

(Se adopta únicamente la supresión de la suerte de banderillas.)

El carnero bala en contra de las costillas asadas.

La liebre protesta contra el gusto que tienen los hombres por el «civet.»

Un gallo francés declara que ya no peleará en las plazas, puesto que se le reconoce su gran superioridad sobre los gallos extranjeros.

Y habiendo protestado un gallo inglés se traba la lucha. Una serpiente de cascabel logra á duras penas restablecer el orden.

El camello pide que se le reemplace en los caminos del desierto por los camellos-automóviles.

Un cocodrilo de Egipto protesta contra la ocupación de las fuerzas inglesas así como contra la detestable demanda de portamonedas forradas con su piel.

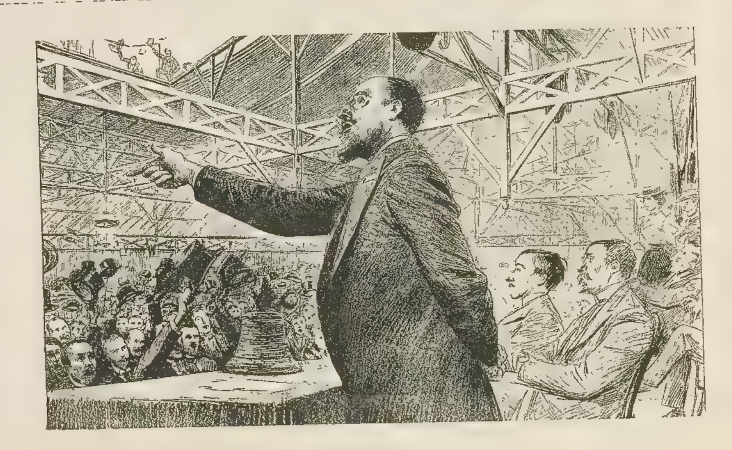
Un pájaro pide que los gatos respeten los derechos de todas las aves.

El oso blanco propone la supresión de las exploraciones al Polo Norte, causa eterna de conflictos.

[Originales de Henriot]

UNO DE LOS HOMBRES DEL DIA.

Deroulede arengando á sus admiradores en el cobertizo de un velódromo.



En todo el mundo y todo el mundo habla hoy de M. Deroulede, el autor de los «Cantos del soldado,» el boulangista de ayer y el anti-parlamentarista de la agitación actual. En efecto, por un fenómeno de superfetación social, las sesiones de la Corte de Casación en que se ha tratado la gran cuestión, la gran infamia, deberíamos decir, de la sentencia condenatoria del *enjaulado* en la Isla del Diablo; el *affaire* que dió origen á tanto escándalo pasa inadvertido casi, mientras en otro tribunal se juzga y se absuelve con gran contentamiento y entre los *hurras* de la chusma á ese mismo Deroulede que tomó como pretexto el *affaire* para hacer una de sus ruidosas correrías por la política de club.

Hemos escogido con deliberado propósito este excelente dibujo que retrata la fisonomía del impertinente revoltoso francés, arengando á su clientela compuesta del vulgo de condecorados inscritos en la «Liga de los Patriotas.» Es una de tantas reuniones en las que el orador de club, ese tipo tan genuinamente francés, encuentra en las veleidosas multitudes su fuerza de apoyo y de impulsión á la vez, puesto que por recíproca influencia, el auditorio fanatizado enardece al orador.

LA TELA DE ARAÑA.

CUENTO GRIS.

Hacía rato los cuatro médicos charlaban con bastante viveza. Al principio se refirieron casos extraños y difíciles. Y á propósito de uno de estos casos, pasaron á contarse, entre cuchicheos, risas y exclamaciones, historias de oprobio y deshonra, á ellos reveladas en el seno de las familias: crímenes ocultos, de amor la mayor parte; secretos vergonzosos de codicia y lujuria; todas las insanías, fealdades y tristezas del barro hecho hombre. Cada uno, psicólogo y médico á la vez, fué sacando de su museo particular, llevado en la memoria, las piezas más raras: algunas miserias peregrinas, pálidos jirones de cuerpos y muchos andrajos de almas.

Al mismo tiempo hablaron de lo arduo y fatigoso de la profesión, fuente inagotable de hastío, de noches de insomnio, de placeres truncados, de infinitas privaciones y mil disgustos, como viajes emprendidos en toda época del año y á toda hora, lluevan llamaradas de sol ó baje de los cielos agua á torrentes.

Dijeron tambien de la comedia por ellos representada á los ojos del vulgo, incapaz de medir y recompensar los esfuerzos del clínico; y entonces recordaron las acusaciones terribles de que es víctima el médico, los injustos reproches que el médico está condenado á oír en boca de los clientes, como si no le bastara su propio desconsuelo ante la vanidad de las cosas y el vacío del saber, cuando una vida de hombre se le va de entre las manos y nada impide á la sangre dormirse en las venas, á los ojos llenarse de sombras y la inteligencia caer, como débil llama tremulante, en un pozo de aguas negras y profundas.

—Pues yo—dijo con esta ocasión el más joven de los cuatro médicos—he oído las acusaciones más disparatadas y los reproches más duros. Bástame haber siempre ejercido en campos y aldeas, pues nada hay tan difícil como llevar á las almas de campesinos y aldeanos, con la excusa para nuestros errores, la idea de lo menguado y relativo de nuestra ciencia. En los comienzos de mi carrera, á cada paso recibía yo una granizada de reproches, y cada vez me atormentaba estudiando el modo de evitar el granizo. Colegas más ignorantes y menos afortunados lo evitaban. ¿Por qué no podía yo hacer igual cosa? El adaptarse á un medio requiere algún sacrificio, y el médico hace el de ingenuidad cuando ejerce en aldeas y campos. Será, según los casos, charlatán, brujo, ó algo parecido, excepto lo que realmente es ante la propia conciencia. De no hacer este sacrificio, la abundancia nunca pasará por sus manteles y ha de estar apercibido á huir, á lo mejor y entre las tinieblas nocturnas, del encono y la rabia lugareña.

De todos modos, oí de tiempo en tiempo algunos reproches, pero ya con oídos de mercader. Sólo uno me hirió hondamente, por la manera como se me hizo y las circunstancias que lo acompañaron. Fué simple y espantoso á la vez. Jamás lo olvido, y el recordarlo me llena siempre de escalofríos y vierte en mi alma las angustias y congojas del remordimiento. Tendría yo poco más de un año de establecido en Cantarena, poblachón antipático en donde la fiebre palúdica reina sin la más vaga sombra de enojos rivales. Fuera del nombre, en mi sentir muy bello, Cantarena es lo más antipático del mundo. Ahí fué mi iniciación en la lucha por la vida, mi iniciación en esta existencia de médico, humilde y amarga arrastrada de pueblo en pueblo, sin mejoras de fortuna, sin días claros ni momentos felices sin esperanzas de riqueza y aún menos de renombre. Como es natural suponer, mis principios fueron difíciles: hube de pelear bravamente, deshaciendo intrigas, evitando golpes, burlando armadijos y redes, hasta abrirme un espacio en donde comer tranquilo mi pedazo de pan mojado de lágrimas.

Armadijos, golpes é intrigas eran obra de un colega nuestro, de un farmaceuta de contrabando y del mismo señor cura de Cantarena, quien, no contento con ser médico de almas, aplicábase á curar el cuerpo de los míseros pecadores, pero con tan mala suerte, que las almas íbanséle en derechura á las copas y los dados, en tanto se les escapaban los cuerpos caminito del sur, hacia el paraje más hermoso y útil de los contornos, lleno de piedras albas y cujíes de anchos doseles, coquetón cementerio blanco y verde, paramentado de rojo cuando florece el cujisal sobre las tumbas.

Por lo demás, ninguna ventaja les lleva Cantarena á los otros pueblos comarcanos. Tiene el mismo aspecto ruin y pobre. El núcleo de la población lo forman dos calles, muy rudimentaria una de ellas. Las demás casuchas del pueblo se alejan de ese núcleo, desparramándose desigualmente como las aves más cautelosas y esquivas de una misma bandada. En el pueblo, como en sus habitantes, igual tristeza y desmedro: caserones caídos para no alzarse nunca más; casas abandonadas para siempre, cuando apenas comenzaban á levantarse del suelo; hombres de treinta años con aires de adolescentes marchitos, sin un pelo en la barba, ni un rastro de fuerza en los músculos; y en casi todas las puertas, ó jugando con el polvo de la calle, niños menguados, pálidas flores de anemia, de piernecitas graciles como hilos, vientres enormes, párpados espesos y labios lastimosos, pobres labios en donde no abren las rosas de la salud, ni rompen las risas frescas y radiantes, ni cantan sino los besos de la fiebre. Es la desolación de los hombres en medio á la infinita desolación de las cosas. Nunca pienso en esos lugares, en donde forzosamente vivo y trabajo aún, sin representarme la patria como un vasto desierto, á cuya tristeza y esterilidad concurren de fantasmas; el fantasma color de sangre de la guerra civil y el lívido, y no menos odioso, fantasma de la fiebre.

Este último jamás abandona á Cantarena: mantiénese en acecho en cada hogar de campesino, espiando, con sus ojos de llamas, los ojos próximos á extinguirse para siempre, señalando, con sus dedos convulsos, las manos encallecidas próximas á caer contra las paredes de un ataúd muy pobre, pintarrajeado de negro.

A veces pasa como una ráfaga de muerte, y mientras unos caen para no alzarse jamás, otros emigran, huyendo del azote. En una de estas ocasiones fuí llamado á una casita algo distante del lugar. Para llegar hasta la casa, débese orillar primero una laguna situada al noroeste de la población, y luego seguir en una senda fangosa, de bordes llenos de maleza.

Los habitantes de Cantarena ven esa laguna con ojeriza y rencor no infundados: dicen que de ella salen fiebres como del mar nubes. Sin embargo, después del cementerio, la laguna es lo más hermoso de los alrededores. Al menos hacia la tarde es una gloria verla copiar, en el fondo de sus aguas dormidas, el incendio del crepúsculo; y es casi casi una delicia por las noches serenas, cuando de sus aguas verdosas y del matorral de sus orillas álzase vibrando en el aire transparente el coro monótono y dulce de su pueblo de ranas. Primero son tres, cuatro, cinco ranas las que interrumpen el silencio con su croar continuo; después agréganse otras, y otras, hasta formarse un gran orfeón lloroso como de infinitas plañideras que marcharan tras un convoy fúnebre, perdido en las sombras.

Era mediodía cuando me llamaron. Apenas pude, monté á caballo y me dirigí á la casa, habitación de una vieja mulata, de mucho antes cliente mía, y de un hijo suyo. Este era el enfermo. La vieja, de nombre Paula, hacía apenas un año era envidiada, en el pueblo, de todas las madres, por tener tres hijos buenos y dóciles como si fueran corderos, y á la vez tan sanos y robustos como los toros salvajes. Pero, hacía un año precisamente, la guerra habíale matado el mayor. El segundo, honrado y trabajador como los otros, era el mala cabeza de la familia: la daba de cuando en cuando por beber, y entonces volvíase loco, armaba pendencias monumentales y era la zozobra y consternación de la aldea. En una reyerta, provocada por él, halló la muerte poco tiempo después de morir el primogénito.

Y así fué como la pobre madre quedó con un solo hijo. La tristeza nacida de su doble é irreparable pérdida se fué cambiando poco á poco en amor abnegado y sin límites para el hijo sobreviviente. Lo rodeó de sus mejores ternezas, lo convirtió en ídolo y como á un dios lo adoraba.

Era un amor lleno de angustias y temores. Al ver en su hijo el menor indicio de enfermedad, sobresaltábase, y sobresaltada, no sin razón, vino á mi encuentro aquel día. El hijo, fuerte mocetón de veinte años, de ojos claros y piel obscura, tenía la fiebre. El caso me pareció un caso vulgar. Sólo hallé algo congestionado el rostro y oí en el pecho algunos estertores de bronquitis.

—Creo que no hay motivo de alarma, dije á la buena mujer.

Ordené en seguida lo que había de hacerse al enfermo, y partí, prometiendo volver á la tarde, antes de cerrar la noche.

Por la tarde, en efecto, volví, pero la enfermedad no ofrecía grandes cambios. Sin embargo, á las reiteradas preguntas de la vieja, contesté:

—*Me parece mejorcito.* Y pensando volver al día siguiente con el alba, me despedí, ansioso de llegar á donde ya me esperaban de seguro mis contertulios de todas las noches, dispuestos á dar principio á nuestras habituales partidas de dominó, eternas y bulliciosas.

Muy tranquilo y confiado llegué, en la mañana siguiente, á la casa. La vieja, de piés é inmóvil en la puerta, veía con rara tenacidad hacia el Oriente, como si esperase algo que estaba por venir, tal vez de la población, tal vez de mucho más lejos. No se movió para venir á mi encuentro. Sin fijarme en su actitud enigmática, y mientras me apeaba del caballo, le dí los buenos días y le pregunté, en tono de voz casi alegre, por el enfermo.

—*Me parece mejorcito*, contestó la vieja, pero sin dar un paso, ni dejar de ver, con los ojos muy fijos, en dirección del Oriente. Después de lo que voy á contar fué cuando caí en la cuenta de que la vieja repitió con fidelidad implacable mis últimas palabras de la víspera.

Suponiendo que Paula me seguiría en lo interior de la casa, penetré en ésta, y fuí sin vacilar hasta el cuarto del enfermo. Rodeado de mujeres que rezaban en voz baja, y en medio de algunas luces estaba mi cliente, muerto durante la noche.

Ante aquel espectáculo, oyendo todavía las palabras de la vieja, y recordando su actitud, sentí algo terrible y confuso: fué como la sensación de una bofetada, capaz de reducirme á polvo, é inmediatamente después, la sensación de un miedo infinito, obedeciendo á la cual salí sordo y ciego de la casa, monté á caballo aún no sé cómo,

y á todo el correr de mi cabalgadura partí como el criminal perseguido de cerca por la justicia.

No exagero. Durante algún tiempo fuí vítima de ese terror pánico. No se me apartaban de la memoria el dicho y la actitud de la vieja mulata. A cada instante resonaban en mi oído aquellas palabras, indiferentes en la superficie, mientras en el fondo eran bofetones de sarcasmo, rehiletes de ironía, cisternas de amargura. A cada instante veía yo de nuevo la imagen de aquel rostro impasible y duro, como de bronce, y aquellos ojos resecos, de mirada lúgubre y fija.

Pero en la actitud de la mujer no había sólo un reproche dirigido á mi ignorancia ó ligereza: había otro reproche vagamente formulado por las entrañas rotas de la madre. Quizás la duda abría por la primera vez sus flores negras en aquella alma simple. El cura del pueblo, en sus cortas pláticas del domingo, y un libro de oraciones, en sus páginas, le habían hablado muchas veces de una Providencia que viste los lirios del valle y alimenta las aves del cielo; y tal vez preguntábase, la infeliz, por qué esa misma Providencia, cuidadosa con aves y lirios, permitía su desamparo y dolor, privándola en breve tiempo de su única riqueza y de todos sus amores en el mundo, de los tres hijos orgullo de su vida, vivas memorias de su juventud, apoyo de su vejez, pan de su cuerpo y alegría de su alma.

Días más tarde, Paula abandonó la casa, testigo de su infortunio, y se fué, quién sabe á dónde, sola, miserable y sola, con su carga de años y tristezas.

Y mientras estuve en el pueblo, siempre me sobrecogió al pasar junto á la casa desierta, una desazón invencible, á veces torturante, sobre todo por la noche, cuando se oía á lo lejos el canto de las ranas, monótomo y dulce, y cerca de mí infinitos cocuyos voladores sembraban de estrellas la sombra de los matorrales.

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ.

LAS ESTRELLAS.

Narración de un pastor provenzal.

—Del libro «Cartas de mi molino.—»

Cuando era yo pastor en el Luberon, se me pasaban, á veces, semanas enteras sin ver alma viviente, solo en el redil, con mi perro Labí y mis ovejas. De tiempo en tiempo el eremita del monte de Ure llegaba hasta allí buscando yerbas medicinales; á veces pasaba ante mis ojos la faz negra de algún carbonero del Piamonte. Todas estas eran gentes candorosas, calladas, en fuerza de vivir en eterna soledad, gentes que habían perdido el gusto de la conversación y que, por otra parte, nada sabían de lo que se dice abajo de la montaña, en las villas y las aldeas. No parecerá extraño, pues, que cada dos semanas, cuando oía en el camino ascendente las campanillas y cascabeles del mulo que traía las provisiones de la quincena, y cuando veía poco á poco aparecer sobre la colina la traviesa cara del pequeño *miarro* (mozo de la granja) ó la cofia de la vieja tía Norade, me sintiera verdaderamente feliz. Hacía que me contaran las nuevas de la región de abajo, bautismos y matrimonios, pero lo qué más me interesaba, era lo que me decían de la hija de mis amos, de la señorita Estefanía, la más linda moza en diez leguas á la redonda. Sin aparentar interés alguno, preguntaba, como al azar, si concurría á fiestas y bailes, si llegaban nuevos galanes á cortejarla; y á todos los que quieran saber la importancia que para mí tendrían estas cosas, les diré que yo era un mozo de veinte años y que Estefanía era la beldad más perfecta que había visto en mi vida.

Sucedió, pues, que un domingo en que esperaba los víveres de la quincena, éstos llegaron muy tarde. En la mañana me decía yo: «Este retardo se debe á la fiesta de la misa mayor;» después, al medio día, hubo una fuerte tempestad y pensé que el mulo no habría podido ponerse en marcha á causa del mal estado de los caminos. Por fin, á las tres de la tarde, despejóse el cielo, la montaña quedó reluciente de agua y de sol, y entonces oí, entre el ruido de las gotas que caían del follaje y el desbordamiento de los arroyos henchidos, los cascabeles del mulo, tan alegres, tan repicadores, como un gran campanario en un día de Pascuas. Pero no era el pequeño *miarro* ni la vieja Norade quien venía. Era...... adivinad quién venía!...... Nuestra señorita, hijos míos! nuestra señorita en persona, sentada entre los cestos, erguida, sonrosada por el aire de las montañas y por la frescura de la tempestad.

El pequeño estaba enfermo, la tía Norade de vacaciones en casa de sus hijos. La bella Estefanía me lo dijo, al bajar de su mulo, y me dijo tambien que llegaba tarde porque se había perdido en el camino; mas al verla en traje de domingo, con sus cintas floreadas, con su falda brillante y sus encajes, creiríais que más bien se le había pasado el tiempo en alguna danza y no buscando el camino entre los matorrales. Oh! la pequeña beldad! Mis ojos no se cansaban de mirarla. Es cierto que nunca la había visto de tan cerca. Algunas veces, en invierno, cuando bajaban los rebaños á la llanura, al entrar yo á la granja á cenar atravesaba ella la sala, de prisa, sin hablar con los sirvientes, siempre adornada y un poco altiva... Y ahora, ahí la tenía ante mí, sólo para mí; ¿no bastaba esto para que yo perdiera la cabeza?

Después de sacar del cesto las provisiones, Estefanía se puso á mirar curiosamente en su derredor. Y levantando un poco su hermosa falda de domingo, que hubiera podido mancharse, entró al redil, quiso ver el rincón en donde yo dormía, el camaranchón de paja con la piel de carnero, mi gran capa colgada al muro y mi fusil de chispa. Todo esto la divertía.

—¿Luego es aquí donde vives, mi pobre pastor? Cómo debes de fastidiarte, siempre solo! ¿Qué es lo que haces? ¿En qué piensas?

Yo tenía ganas de contestar: «En vos, señora,» y no habría mentido; pero mi turbación era tan grande que no podía hallar una sola palabra que decir. Creo que ella notó esto y que la cruel se complacía en aumentar mi confusión con sus malicias.

—Y la buena amiga, pastor, sube á verte algunas veces?.... Ella es, sin duda, ó bien la cabra de oro ó esa hada Esterelle que solo camina en las cumbres de las montañas......

Y al hablarme así, me parecía el hada Esterelle, con la encantadora burla de su cabeza inclinada y aquella prisa por irse que hacía de su visita una aparición.

—Adios, pastor.

—Salud, señora.

Y he ahí que parte llevándose los cestos vacíos.

Cuando desapareció en el sendero que bajaba, me parecía que los guijarros, rodando bajo los cascos de su cabalgadura, me caían uno á uno sobre el corazón. Y así estuve escuchando mucho, mucho tiempo, y hasta la caída del día permanecí como aletargado, sin atreverme á hacer un movimiento de miedo de que mi sueño se escapara. Hacia la noche, cuando el fondo de los valles comenzó á tornarse azul, y las ovejas, balando, se atropellaban para entrar al redil, oí que se me llamaba desde la pendiente, y ví aparecer á nuestra señorita, no ya sonriente como antes, sino temblando de frío, de miedo, empapada en agua. Sucedió que al bajar la colina, había encontrado crecido el Sorgue con la lluvia de la última tempestad, y que al intentar vadearlo, estuvo en peligro de ahogarse.

Lo terrible era que á tal hora fuese inútil pensar en volver á la granja, porque el camino de travesía no podría seguirlo ella sola y yo no debía abandonar el rebaño. La idea de pasar la noche en la montaña le atormentaba, sobre todo á causa de la inquietud de los suyos. Yo la tranquilizaba lo mejor que podía.

—En Julio las noches son cortas, señora.... Esto será un momento, malo, pero pronto pasará.

Y en un instante encendí un gran fuego para secar sus piés y su ropa impregnada del agua del Sorgue. Luego le traje leche y queso, pero la pobre niña no pensaba ni en calentarse ni en comer, y al ver las gruesas lágrimas que subían á sus ojos, yo también tenía deseos de llorar.

Había llegado ya la noche. En la cresta de las montañas, sólo quedaba un rastro de sol, un vapor luminoso del lado del poniente. Yo quería que nuestra señorita entrase al redil á descansar. Y habiendo extendido sobre la paja fresca una linda piel nueva, le dí las buenas noches, y fuí á sentarme fuera, delante de la puerta...... Dios es testigo de que, á pesar del fuego de amor que me quemaba la sangre, no vino á mi mente ningún mal pensamiento; nada más sentía orgullo al pensar que en un rincón del redil, junto al rebaño curioso que la miraba dormir, la hija de mis señores,—como una cordera más preciosa y más blanca que las demás—descansaba, confiada á mis cuidados.

Nunca el cielo me había parecido tan profundo, tan brillantes las estrellas...... Súbitamente se abrió la claraboya del redil y salió por ella la hermosa Estefanía. No podía dormirse. Las ovejas hacían un ruido extraño al remover la paja, ó balaban entre sueños. Prefería estar cerca del fuego. Entonces puse una piel sobre sus hombros, activé el fuego y permanecimos, uno cerca del otro, sin hablar.

Si alguna vez habéis pasado la noche á la intemperie, sabréis, sin duda, que á la hora en que dormimos despierta un mundo misterioso en la soledad y el silencio. Las fuentes cantan con mayor claridad, y los estanques encienden sus pequeñas llamas. Todos los espíritus de las montañas van y vienen libremente, y hay en el aire deslizamientos, ruidos imperceptibles, como si se oyese á los árboles crecer, y brotar á la yerba. El día es la vida de los séres, la noche es la vida de las cosas. Cuando no se tiene la costumbre, eso causa miedo...... Por eso nuestra señorita estaba trémula y se acercaba más á mí al menor ruido. De repente un ruido prolongado, melancólico, que salía del estanque, subió hasta nosotros, ondulando. En el mismo instante una hermosa estrella errante se deslizó sobre nuestras cabezas en la misma dirección, como si esa queja que acabábamos de oír llevase una luz consigo.

—¿Qué es eso? me preguntó en voz baja Estefanía.

—Una alma que entra al Paraíso, señora, é hice el signo de la cruz.

Santiguóse ella también, y permaneció un momento con la cabeza levantada, absorta. Después, me dijo:

—¿Es cierto lo que dicen, pastor, que vosotros sois hechiceros?

—Nada más falso, señorita. Pero aquí vivimos cerca de las estrellas, y sabemos lo que en ellas pasa mejor que las gentes de la llanura.

Ella seguía mirando hacia arriba, con la cabeza apoyada en la mano, y envuelta en la piel de carnero parecía un lindo pastor celeste.

—¡Cuántas hay! ¡Y qué bellas! Jamás había yo visto tantas.... ¿Y tú sabes sus nombres, pastor?

—Y cómo no, señora.... Mirad! Sobre nosotros precisamente está el *camino de Santiago* (la vía láctea.) Va derecho desde Francia hasta España. Santiago de Galicia lo trazó para indicar su ruta al bravo Carlomagno cuando hacía la guerra contra los sarracenos. Más lejos veréis el *Carro de las almas* (la osa mayor) con sus cuatro ruedas resplandecientes. Las tres estrellas que van delante son las *Tres bestias* y la pequeña junto á la tercera de ellas es el *Carrero*. ¿Véis en derredor de esa lluvia de estrellas que parece que caen? son las almas que el buen Dios no quiere para sí...... Un poco más abajo, mirad los *Tres Reyes* (Orión.) Es el relox de los pastores. Nada más con mirarlo sé que ha pasado la media noche. Un poco más abajo, siempre hacia el Sur, brilla *Juan de Milán*, la antorcha de los astros (Sirius.) He aquí lo que cuentan los pastores sobre esa estrella. Parece que una noche *Juan de Milán* con los *Tres Reyes* y la *Pléyade*, fueron invitados á las bodas de una estrella. *La Pléyade*, más impaciente, partió, se dice, la primera, y tomó el camino alto. Mirad allá arriba, en lo mas alto del cielo. Los *Tres Reyes* tomaron un camino bajo de travesía, le cortaron la vuelta y la alcanzaron; pero ese perezoso *Juan de Milán*, que había dormido mucho, se quedó muy atrás, y furioso, para detenerlas, les arrojó su bastón. Por esto los *Tres Reyes* se llaman también el *Bastón de Juan de Milán*.... Pero la más bella de todas las estrellas, señora, es la nuestra, la *Estrella del Pastor*, que nos ilumina en la madrugada cuando sacamos el rebaño, y también en la tarde cuando entramos con él. También lo llamamos la *Maguelonne*, la bella Maguelonne que corre en pos de *Pedro de Provenza* (Saturno) y se casa con él cada siete años.

—¡Cómo! pastor, ¿qué hay matrimonios de estrellas?

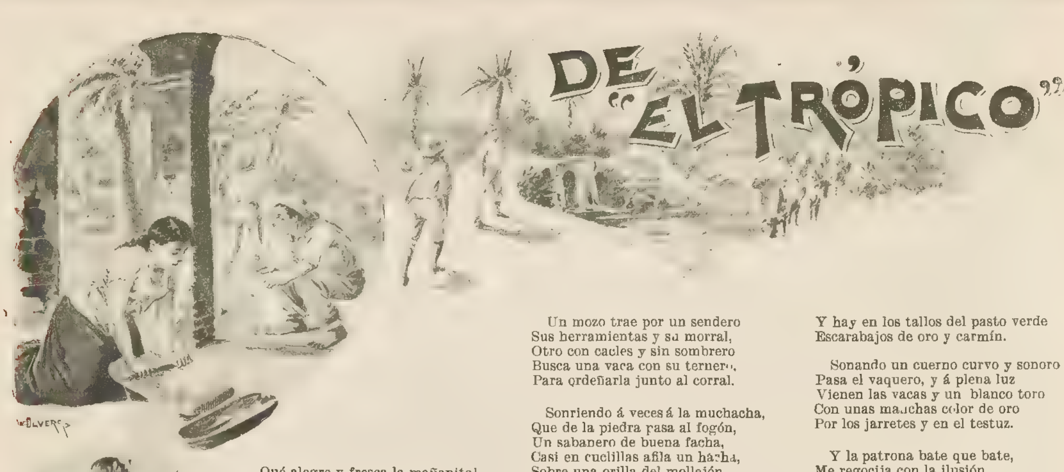
—Y ¡cómo no los ha de haber, señora!

Y al querer explicarle lo que son estos matrimonios, sentí que algo fresco, fino, pasaba sobre mi pecho. Era su cabeza, cargada de sueño, que se apoyaba en mí con un delicioso frú-frú de cintas, de encajes, y de cabellos ondulados. Así permaneció, inmóvil, hasta que los astros del cielo palidecieron, esfumados por la luz que subía.

Yo la miraba dormir, algo turbado en el fondo de mi sér, pero santamente protegido por la clara noche que nunca me ha traído sino bellos pensamientos.

En nuestro derredor, las estrellas seguían su marcha silenciosa, dóciles como un gran rebaño, y á veces me figuraba que una de esas estrellas, la más fina, la más brillante, desviada de su camino, había venido á apoyarse en mi pecho para dormir.

ALFONSO DAUDET.



¡Qué alegre y fresca la mañanita!
Me agarra el aire por la nariz;
Los perros ladran, un chico grita,
Y una muchacha gorda y bonita
Junto á una piedra muele maíz.

Un mozo trae por un sendero
Sus herramientas y su morral,
Otro con caites y sin sombrero
Busca una vaca con su ternero,
Para ordeñarla junto al corral.

Sonriendo á veces á la muchacha,
Que de la piedra pasa al fogón,
Un sabanero de buena facha,
Casi en cuclillas afila un hacha,
Sobre una orilla del mollejón.

Por las colinas la luz se pierde
Bajo del cielo claro y sin fin,
Allí el ganado las hojas muerde,
Y hay en los tallos del pasto verde
Escarabajos de oro y carmín.

Sonando un cuerno curvo y sonoro
Pasa el vaquero, y á plena luz
Vienen las vacas y un blanco toro
Con unas manchas color de oro
Por los jarretes y en el testuz.

Y la patrona bate que bate,
Me regocija con la ilusión
De una gran taza de chocolate
Que ha de pasarme por el gaznate
Con las tostadas y el requesón.

RUBEN DARIO.

ROMANCE DE CAMPANARIO.

Llevaba al pecho, pendiente
de roja cinta de seda,
una cruz de San Fernando,
como galardón de guerra.
Y asomaban á su rostro,
cubierto de piel morena,
las alegrías del alma
y la paz de la conciencia.

—

Nunca su ánimo turbaron
el fragor de la pelea
ni las roncas tempestades
con que los cañones truenan.
Nunca ante los vencedores
dobló la altiva cabeza.
Nunca humilló á los vencidos.
Nunca en hazañas sangrientas
volvió al peligro la espalda.
Nunca la fría tiniebla
del sepulcro, siempre abierto,
nubló su frente serena.
Y nunca cuando la noche
obscurecía la tierra
y en las alturas brillaban
suspendidas las estrellas,
dejó de abrir su memoria
al recuerdo de su aldeana,
sus labios á la plegaria
y el corazón á Gabriela.

—

El cielo sin una nube:
verde alfombra en las praderas;
rubias mieses en los valles;
nidos en las arboledas;
mansas ondas en el lago;
dormido el polvo en las sendas;
dormido el viento en los bosques;
allá, la azulada sierra,
y abajo el undoso río
que fertiliza las vegas
y los caseríos blancos
ocultos entre alamedas.

—

Iba cantando. Muy pronto,
desde la empinada cresta
de la próxima montaña,
que al oriente el valle cierra,
vería los chapiteles
de las torres de la iglesia
y los campanas, inmóviles
bajo sus arcos de piedra;
el humo inquieto, emanando
de las altas chimeneas,
y al extremo de una calle
la casita de Gabriela,
por cuyas paredes suben
trepadoras madreselvas.

—

Una onda suave de viento
trajo á su oído la queja
de dos campanas de bronce
que tañían lentas, lentas.
Pero el soldado llevaba
de alegría el alma llena.
Creyó que el toque de duelo
era repique de fiesta,
siguió, cantando, el camino,
subió al monte, vió la aldea
que doraba el sol de Mayo,
y aunque oyó desde más cerca
las notas de las campanas
acompasadas y lentas,
aún creyó que sus clamores
eran anuncio de fiesta.
¿Por qué habían de quejarse
las campanas de la iglesia,
cuando sonríen los cielos
y se engalana la tierra,
y los júbilos humanos
hacen de los bronces, lenguas?

Llegó á la entrada del pueblo:
todas las calles desiertas,
todas las casas cerradas,
y allí, por angosta senda
del lejano cementerio
que altos cipreses rodean,
una triste comitiva,
un féretro, una cruz negra,
una neblina de polvo
en cuyo fondo llamean
los blandones encendidos,
y en el féretro Gabriela.
Y las campanas seguían
en su clamor por la muerta.

La alegría del soldado
se trocó en honda tristeza,
su canto en ronco gemido,
la luz del sol en tiniebla,
y entonces supo de cierto
cómo los bronces se quejan,
cuando los duelos humanos
hacen de los bronces, lenguas.

CHRISTIAN ROEBER.

Buenos Aires.

MANDOLINAS.

En el aire apenas vibra la doliente serenata;
caen las notas como gotas de agua de las mandolinas,
como perlas desgranadas en una ánfora de plata
por liliales manos próceres de blancuras nacarinas

Y se escorzan, dulcemente, las cabezas femeninas,
hay arrullos y caricias en la erótica sonata;
caen las notas como gotas de agua de las mandolinas
y en el aire va muriendo la doliente serenata.

Ya se irguen ruborosas las cabezas venecianas;
Ya se apaga en la distancia la doliente serenata,
y un enjambre bullicioso de parleras golondrinas
en un *trémolo* postrero de las cuerdas, se desata...

RAFAEL LOPEZ.

ORACION.

(De "Interior.")

I

Madre Naturaleza, los dolores
erizan mi camino como abrojos,
atormentan mis piés con sus rigores
y hacen brotar mi llanto y mis enojos.
Tú no pones, callando mis clamores
y acatando amorosa mis antojos,
ni la sedeña alfombra de tus flores
ni un miraje falaz ante mis ojos.
Voy trepando en la cuesta de la vida,
desgarrada mi veste, solitario,
y en mis hombros la carga del Hastío.
Llévame á tu regazo conmovida
¡yo no puedo subir á ese calvario!
¡acógeme en tu seno! ¡tengo frío!....

II

Soñé encontrar dentro la selva obscura
do pasé dando tumbos y sin tino,
el pérsico tapiz de la verdura
y escuchar los gorjeos de algún trino.
Creí mirar en medio á la espesura
el listón del arroyo cristalino
y una Beatriz de angélica blancura
—estrella que me guiara en el camino.
Y sólo encontré breñas y arideces
y escuché pensativo las ternezas
de la Desolación—alondra mustia.—
Ví una mujer de extrañas palideces,
demacrada la faz por las tristezas,
que no era mi Beatriz sino la Angustia.

III

Madre inmortal de todo lo que existe,
hoy tedioso retorno á tu regazo
para dejar en tu gigante abrazo
la andrajosa envoltura que me diste.
Mi pié tanto martirio no resiste,
no queda de mi túnica un pedazo
y se fatiga mi convulso brazo
de sostener el báculo; ¡estoy triste!
Tú prenderás sobre mi tumba fría
á las estrellas cual nocturnas teas
y lloverás la luz del claro día.
Y ya en tu seno, libres de temores,
germinarán potentes mis ideas
con los varios matices de tus flores.

JOSE M. FACHA.

OAXACA
MITLA
LA SOLEDAD
PLANO TOPOGRAFICO
DE LA CIUDAD DE
FORMADO BAJO LA DIRECCION DEL MAYOR DE INGENIEROS
RODOLFO FRANCO.
1898.

Página de la Moda

NOTA DE LA MODA.

TUNICA ELEGANTE.

De cuadrillé muy fino de seda, cayendo sobre una falda de tul toda avolantada. Cuerpo blusa con gran aplicación bordada. Camisola de muselina de seda toda plisé. La túnica se abre al frente y va adornada de ahuevados de tul obscuro en ondas y bandas paralelas.

Recetas útiles.

ROSBIF.

El nombre de este manjar se escribe comunmente Rosbif, conforme á la pronunciación de los vocablos ingleses Roast-Beef (buey asado). Así en rigor, todo pedazo de buey asado es un rosbif; pero, en la cocina inglesa, sólo se comprenden bajo este nombre las enormes piezas de buey que se forman de los lomos y solomos del animal, y que pesan según el volúmen de esta, que sólo puede dar dos, de cuatro hasta doce kilógramos. Semejantes asados, propios para grandes festines, sólo convienen para las comidas donde se reune mucha gente y donde cada comensal puede consumir, como en Inglaterra, una considerable cantidad de carne.

En Inglaterra, creerían echar á perder el rosbif añadiéndole otro aderezo que sal y pimienta. Se le cuece en el asta, con gran fuego; se le quita del asta cuando la cocción le haya hecho perder todo el color rojizo del interior; entonces se le considera cómo cocido aunque en realidad sea sanguinoso, y por consiguiente medio crudo. Se sirve al lado, en una salsera, el jugo sin grasa, con algunas escaluñas picadas, un fuerte aderezo de sal y pimienta y unas cuantas gotas de vinagre.

En Francia, el lomo que nunca forma un enorme asado, se echa en remojo en una marinada doce horas antes de ser puesto en el asta; la marinada se compone de aceite de oliva de primera calidad, bien aderezado con sal, pimienta, perejil picado, una hoja de laurel y algunas escaluñas picadas. El lomo se vuelve de vez en cuando en la marinada á fin de que todas sus caras se impregnen sucesivamente. Se deja asar dos ó tres horas, según el volúmen de la pieza, conformándose con las reglas dadas para dirigir bien un asado. No se quita del fuego hasta que la cocina esté bastante avanzada para que el centro solo de la pieza sea aún algo rojizo, pero no sanguinoso. Se sirve el asado de lomo con la salsa indicada más arriba para el rosbif á la inglesa.

COSTILLA A LA MILANESA.

Coced en medio litro de caldo y medio de vino de Madera ó buen vino blanco. una costilla de buey mechada, y bien aderezada con sal y pimienta. Al cabo de dos ó tres horas de cocción á fuego lento, retirad la costilla de la cazuela, pasad el jugo por el tamiz, y reducidlo hasta la mitad. Por otra parte, coced macarrones con caldo, sazonados con una fuerte dósis de queso parmesano y rallado. Colocad los macarrones en una fuente; poned la costilla de buey encima, y echadle todo el jugo reducido. Esta manera de preparar la costilla de buey, da uno de los mejores platos de la cocina italiana.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 11 de Junio de 1899. | Número 24

La Corte de Casación de Francia.

GLORIFICACION DE LA LEY.

Plafond de R. Baudry.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

La crónica en México como los escenarios, necesita un telón de fondo. Es imposible no pintar este cielo tan cambiante, que tiene vestiduras tan nuevas y tan ricos y sorprendentes atavíos. Es imposible no trazar este anfiteatro de montañas azules y violetas, en cuya falda se tienden á descansar las brumas como rebaños fatigados, mientras en el dorso alzan las nubes sus blancas y doradas arquitecturas. Los senderos de árboles, las calles de rosas, los muros de madreselvas, la alfombra afelpada de los llanos, son los primeros términos de estas soberanas decoraciones matinales que, poco antes de salir el sol, tiemblan y se esfuman en el moreno vaho de las lejanías.

El sol, en estos tiempos, es un perezoso que no madruga, y que ya muy entrado el día, abre la ventana de su camarín de nieblas, un poquillo malhumorado. Se levanta pálido y débil, con marcadas muestras de disgusto, como calaverón que ha trasnochado toda la noche, y á quien obligan á levantarse sus quehaceres. Porque el sol tiene mucho que hacer. Es como el jefe de una oficina pública, que no puede faltar á ella á riesgo de que los asuntos no marchen y de que los empleados inferiores dejen de cumplir con sus deberes. Sin el sol todo camina de mala gana en la tierra: los cálices permanecen cerrados, ó se entreabren perezosamente, como sin ganas de tomar su baño de rocío; entre los frondajes los nidos continúan ocupados; el viento se fastidia de llevar polen, y la savia, amodorrada, aprovecha la oportunidad de correr lo menos posible.

Pero no bien se asoma el buen señor y comienza á sonreírse como encantado de ver los campos, limpios y empapados por la lluvia de la madrugada, cuando da principio el jubiloso trabajo de la vida y del amor: ábrense las alas, estallan las corolas, brotan puñados de insectos de los pomposos matorrales, comienzan las mariposas su inquieta borrachera de miel, pasa chorreando el aire perfumes y gorgeos, las arañas siguen tejiendo sus maravillosas telas de oro; de las hendeduras de la tapia salen las lagartijas, cuya piel tatuada con tinta verde, lanza chispas metálicas, y cada rama, cada hoja, cada yerba, se irgue orgullosamente para recibir su gota de rocío y su rayo de sol.

***

Y mientras este sol de Junio dice cosas buenas, despierta fuerzas dormidas, sacude frondas, inunda de alegría el cielo y de calor y gozo la tierra, los hombres se cansan de vivir y prefieren á las luminosas lontananzas y á los ruidos primaverales, la sombra infinita y el eterno silencio.

Un sabio alemán decía: «La humanidad sale de esta existencia por tres puertas: una inmensa, de proporciones colosales, por la cual pasa una multitud más y más considerable, es la puerta de las enfermedades; la segunda, de menores dimensiones y que parece estrecharse gradualmente, es la de la vejez; la tercera, sombría, de apariencia siniestra, toda manchada de sangre y que se ensancha cada vez más, es la puerta de las muertes violentas, la puerta de los suicidas.»

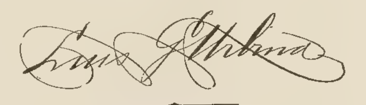
Ah, sí, sabio insigne; sólo que por esa puerta no salían en otro tiempo más que los aristócratas del dolor y los nobles de la desesperación. Por aquel inmenso pórtico—arco de triunfo de la Muerte—pasaban los caballeros del sufrimiento, los meditativos, los desamparados del ideal, los trágicos cortesanos de la esperanza, los nostálgicos de los sueños imposibles, los que le pidieron á la vida más de lo que ella podía darles. Iban vestidos de sedas, cubiertos de telas recamadas, quién con la espada de la fe, rota y sangrienta; quién con la copa de oro del deseo, ya vacía; quién con el ave de la ilusión, ya muerta. Cruzaban con muchas tristezas en el espíritu y mucha hiel en el corazón, en demanda de olvido. Habían hojeado el Werther y confrontado pena á pena y lágrima á lágrima, su propio infortunio y el del romántico enamorado de Carlota. Se sabían de memoria este pasaje de Schopenhauer: «Nada hay fijo en esta vida fugaz, ni dolor infinito, ni alegría eterna, ni impresión permanente, ni entusiasmo duradero, ni resolución elevada que pueda persistir la vida entera! Todo se disuelve en el torrente de los años. Los minutos, los innumerables átomos de pequeñas cosas, fragmentos de cada una de nuestras acciones, son los gusanos roedores que devastan todo lo que hay de grande y atrevido.... nada se toma en serio en la vida humana: el polvo no merece la pena. Debemos considerar la vida cual un embuste continuo, en las cosas pequeñas, como en las grandes. ¿Ha prometido? No cumple nada, á menos que no sea para demostrar cuán poco apetecible era lo apetecido: ya es la esperanza quien nos engaña; ya la cosa esperada. ¿Nos ha dado? No era más que para recojérnoslo. La magia de la lontananza nos muestra paraísos que desaparecen como visiones en cuanto nos ha dejado seducir. La felicidad está siempre en lo futuro ó en lo pasado, y lo presente es cual una nubecilla obscura que el viento pasea sobre un llano alumbrado por el sol: delante y detrás de ella todo es luminoso; sólo ella proyecta siempre una sombra.»

Con esa biblia de pesimismo emprendían el viaje negro las almas abandonadas y heridas.

Hoy, sabio alemán, entran por la puerta del suicidio, los plebeyos del dolor, los inconscientes de la vida, los analfabetas del sufrimiento. Una estúpida fiebre imitativa, una manía de simio, de imitar el gesto doliente, el crispamiento de la angustia, el temblor de la desesperación, conducen á estos innominados de la masa, á estas no caracterizadas unidades, á ejecutar el acto terrible, forzando un poco el instinto, por el vulgar placer de convertirse por unas horas en pasto de escándalo y presa de *reporters*.

No, la garra de chacal de la pena honda no les ha estrujado las entrañas, ni el torrente de fuego del llanto sublime les quemó los ojos. No están poseídos del delirio infausto del *Nirvana*, ni les picotea la memoria el cuervo de Poë. Allá van, empujándose y gritando como en la entrada de una feria, fingiendo suspiros, masculiando blasfemias, impulsados por la corriente nerviosa que desarrolla la locura de las multitudes. Tienen algo de bestias desenfrenadas é iracundas, que en una espantosa carrera se arrojan ciegamente al abismo.

¡Pobres y débiles séres á quienes bastó un latigazo de la vida, para entregarse, sin reflexionar, á la muerte!



CIEGOS Y SORDOS.

Si el calor es la vida, la luz es la alegría de la Creación. Cuando, según la tradición bíblica, quiso Dios dar vida al caos, ser á la nada, ordenamiento y leyes á la sombra, consistencia al vacío y población al espacio, lo primero que hizo fué pronunciar su *fiat* y crear la luz. No bien brilló su primer rayo, surgieron en la extensión indefinida, formas, lontananzas, perspectivas, panoramas, colores. Impregnadas de luz, las sombras tomaron cuerpo y consistencia, se condensaron en astros, se agruparon en constelaciones, se difundieron en nebulosas, se ostentaron brillantes en núcleos deslumbradores y en vaporosas caudas de cometas. La materia prima del Universo estaba preparada, no quedaba ya sino modelar con barro los seres, transfundirles con un soplo, movimiento, vida y alma.

La luz es la esencia de la poesía y de la belleza. Analizad las concepciones de los grandes poetas, tratad de discernir los materiales con que dan forma á sus creaciones y os convenceréis de que es la luz la materia prima de la idea poética. Las formas armoniosas, los matices irisados, la simetría y la armonía, los efectos de perspectiva, he ahí los orígenes de toda belleza, y formas, matices, simetrías y armonías plásticas, perspectivas y lontananzas son luz, sin ella no existen y con ella se extinguen. Todos los demás atributos de las cosas: su consistencia, su perfume, su gravedad, su resistencia, son, como instrumentos y medios de crear la belleza, secundarios, accesorios, y todos se agrupan como cortesanos complacientes ó como esclavos dóciles al rededor de la soberana altiva y radiante.

Con formas y colores describimos poéticamente la naturaleza y el hombre; formas y colores son las estatuas y los cuadros, las arquitecturas y los paisajes, y de las ideas de forma y de color nos servimos hasta para poetizar los pensamientos y las pasiones. Las ideas nos parecen á veces *luminosas;* en otras, *obscuras* ó *brumosas*; las concepciones, *brillantes;* la melancolía, *crepuscular;* la inspiración, *radiante;* el talento, *claro* y *lúcido;* hablamos de cóleras *blancas* y de *negros* rencores; los séres perversos ó siniestros tienen el alma y los pensamientos *negros*. Y estas asociaciones de ideas que enlazan en nuestro espíritu las de bondad y de belleza con las de luz y de colorido, y las del mal y de la fealdad con la niebla ó la sombra, prueban qué papel representa la luz en la Naturaleza y en el arte. No hay belleza humana posible si los ojos son opacos y el semblante está surcado de sombras; durante la noche no subsiste de bello en la Naturaleza más que el cintilar de los astros.

La luz es el supremo artista; riela de plata el cabrilleo del oleaje; festona de oro el contorno de la nube; tiñe de púrpura, de amatista, de zafiro, de esmeralda el follaje de los árboles, los pétalos de las flores, el plumaje de las aves; estalla en iris en las facetas de la pedrería; deposita carmín en los labios frescos, rosa en las mejillas juveniles, oriente de perlas en las dentaduras infantiles; prodiga oro en las cabelleras, fuego en las miradas, transparencia en las carnes. Artista maravillosa, transforma en zafiro la negruzca montaña, en alfombra de esmeralda el césped, en joyel al insecto, en flor multicolora al zoófito, y cuando todo lo impregna y todo lo envuelve, todo lo embellece y todo lo diviniza.

Estar privado de la luz es estar privado de la belleza, y estar privado de la belleza es estar privado de la felicidad. Ante estas consideraciones si tratamos de definir quién es el sér desgraciado por naturaleza y por esencia, condenado á una perpetua tortura y á una impotencia absoluta, no vacilamos en declarar y es ésta universal opinión que el símbolo viviente de la suprema desgracia es el ciego, el condenado á la eterna sombra.

No ver, tener ante sí y al rededor de sí una impenetrable negrura; volver á todas partes los apagados ojos y no percibir luces, matices, formas, ni colores; saber que hay astros radiantes, flores matizadas, iris esplendentes y no tener en la paleta de la imaginación más que sombras para pintarlas y opacidades para remedarlas; amar á un ser y no poder vincular la pasión en una forma definida, en un contorno no preciso: saber que es bella y no poder sentir su belleza! No es posible imaginar tortura más refinada ni angustia más dolorosa! Y sin embargo, y contra toda previsión, los ciegos son felices. Siempre contentos, siempre afables, siempre bondadosos, conformes con lo que llamamos su aciago destino, pasan por la vida cantando y sonriendo, sin suspiros ni lágrimas, sin quejas ni protestas, satisfechos del presente y confiados en el porvenir. Yo no conozco ciegos irascibles, ni misántropos, ni malvados; casi tampoco perezosos ó viciosos; son, en su impotencia casi siempre agravada por la miseria, aplicados, laboriosos, fuertes contra la adversidad, no sólo cuando nacen ciegos sino aún cuando hayan disfrutado de la luz.

Contraste marcadísimo el del ciego y el sordo. Este no parece haber perdido sino una facultad accesoria y secundaria y no fundamental; como el cojo, ó el manco, puede suplir á su defecto y atenuar sus consecuencias, no parece privado sino de ciertos goces, de contadas satisfacciones y casi nunca tan completamente como el ciego. Los sordos casi nunca lo son sino relativamente, y los ciegos generalmente lo son por completo. Y no obstante, los sordos son taciturnos, hipocondriacos, irascibles, misántropos; un velo de malévola y recelosa tristeza envuelve su semblante; viven, en general, descontentos de sí mismos y de cuanto les rodea; un fruncimiento perenne del ceño, y un pliegue constante de amargura en los labios revelan el estado de profunda decepción y de tristeza en que viven. Aun cuando sean buenos, lo son en forma concentrada y no espansiva, con acritud y no con dulzura, con severidad y no con ternura.

Casi nunca gimen y lloran; pero suspiran mucho y rechinan los dientes con frecuencia. El ciego es pródigo, es locuaz, hace fáciles é íntimas confidencias, no oculta ni atenúa su defecto. El sordo al contrario, disimula y oculta cuanto puede su enfermedad; calla lo más y habla lo menos que puede; lejos de prodigarse, se reserva; no se deja fácilmente interrogar, guarda para sí los secretos de su desgracia y es menos franco, menos generoso y menos feliz, sin discusión, que el ciego.

¿Por qué esta inexplicable diferencia? ¿Cómo el hombre teóricamente más desgraciado resulta en realidad más feliz? ¿Por qué el peor dotado es optimista y por qué el más favorecido es pesimista? Porque á los ojos de los hombres normales y de la sociedad, la ceguera es un defecto noble, y la sordera un defecto ridículo; porque la compasión que inspira el ciego lo envuelve á falta de luz en una atmósfera de consideraciones y de benevolencia. El ciego sabe que es amado y compadecido; que nadie le negará protección y apoyo, que en su miseria encontrará simpatías y amparo; que cuenta con todos los hombres y que no debe desconfiar de ninguno.

No así el sordo; en sociedad no se siente compadecido, sino burlado; á los ojos de los demás no aparece simpático sino ridículo; siendo inferior á los demás hombres y merecedor de su indulgencia y de su apoyo, comprende que no le serán fácilmente otorgados, porque nadie lo juzga tan infeliz como lo es en realidad, y siendo en parte un incapacitado no cuenta con el auxilio de los demás. Ha sorprendido en el gesto, en la sonrisa, en la actitud de los hombres la sátira y la burla; tiene siempre miedo de ser impunemente escarnecido y vilipendiado y vive en perpetuo recelo y desconfianza preguntándose, ¿qué dirán de mí? ¿qué burla sangrienta me estarán haciendo? ¿qué saeta envenenada me estarán lanzando?

De ahí su recelo y su desconfianza, su desgracia y su misantropía. Si fuéramos más benévolos, si tuviéramos por el privado del oído la misma compasión que por el ciego, si fuéramos para aquel tan benévolos como para éste, los sordos, confiados y seguros de nosotros, dulcificarían su carácter y serían mejores y más felices. Un mal hábito y una injusticia social han acentuado un mal. Del ciego condenado á la desgracia hemos hecho con nuestra compasión y nuestra bondad un ser feliz; del sordo, igualmente condenado al sufrimiento, hemos hecho con nuestra malevolencia un ser más desgraciado aún y también un ser menos benévolo y menos generoso.

El ciego tiene derecho á bendecir al hombre que le ha dado la dicha que la Naturaleza le había negado; el sordo tiene razón de odiarlo y de anatematizarlo, porque se ha hecho cómplice de una madrastra cruel y ha consumado la desgracia que la otra inició.

DR. MANUEL FLORES.

El Asunto Dreyfus.

OCTUBRE DE 1894—JUNIO DE 1899.

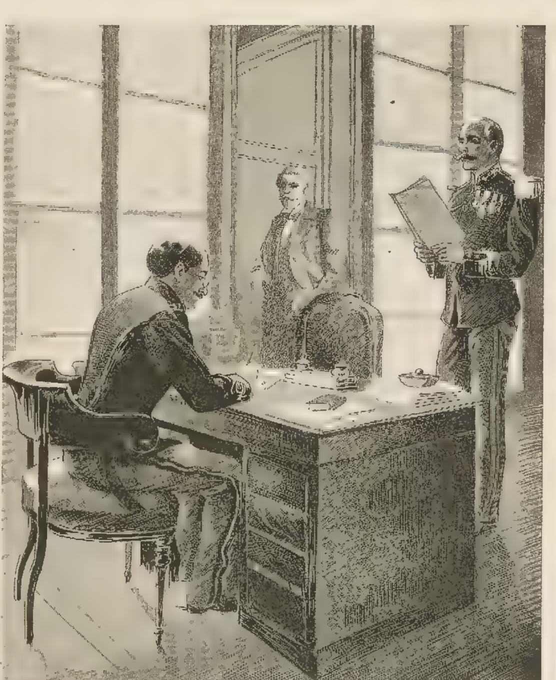
DREYFUS ACUSADO DE TRAICION.—El 15 de Octubre de 1894 el Capitán de artillería del ejército francés, Alfredo Dreyfus, empleado en el Estado Mayor, fué detenido por orden superior en el Ministerio de la Guerra. Los agentes secretos de la «Oficina de Informes» de ese Ministerio, descubrieron que las potencias extranjeras estaban al corriente de los pormenores de movilización del ejército, modificando en tal virtud las disposiciones de sus tropas de defensa. Procedióse desde luego á vigilar la conducta de todos los oficiales que por la naturaleza de sus funciones en el Estado Mayor general, se hallaban en posibilidad de entregar esos secretos, y después de varias pesquisas recayeron las sospechas sobre el Capitán Dreyfus.—Una pieza encontrada en el cesto de papeles de la Embajada de Alemania, fué el instrumento de donde partió la averiguación reglamentaria encomendada al Comandante Mercier du Paty de Clam, quien rindió su informe el 31 de Octubre.

GRAL. MERCIER,
Ministro de la Guerra en 1894.

DREYFUS [último retrato.]

GRAL. DE BOISDEFFRE,
Jefe del Estado Mayor.

EL BORDEREAU.—El papel encontrado en el cesto de la Embajada era una carta anónima de remisión de datos relativos á lo siguiente: *1.° Nota sobre el freno hidráulico del cañón de 120 y los resultados de la prueba de esa pieza; 2.° Nota sobre las tropas de defensa. El nuevo plan traerá algunas modificaciones; 3.° Nota sobre una modificación en las formaciones de artillería; 4.° Nota sobre Madagascar; 5.° Proyecto de Manual de tiro rápido de Artillería de campaña.*—Como las sospechas desfavorables á Dreyfus sólo se fundaban en la semejanza que creyeron encontrar entre su letra y la del bordereau, eliminados los demás oficiales que pudieran haberlo escrito, procedió M. du Paty de Clam por acuerdo del Ministro de la Guerra M. Mercier, á tender un lazo al Capitán Dreyfus. Llamado éste á la oficina del Comandante du Paty, se le dictó una carta cuyo texto seguía casi exactamente al del *bordereau*. Al acabar una frase dijo du Paty, «Usted tiembla!»—«No, tengo frío en los dedos,» contestó Dreyfus. Inmediatamente entró Cochefert, Jefe del servicio de seguridad y aprehendió al Capitán, conduciéndolo á la prisión militar de Cherche Midi.



Capitán Dreyfus.—Cochefert.—Comandante du Paty de Clam.

M. DU PATY DE CLAM DICTANDO UNA CARTA A DREYFUS PARA COMPARAR SU LETRA CON LA DEL BORDEREAU [OCTUBRE DE 1894.]

GRAL. GONSE,
2º Jefe del Estado Mayor.

LA SENTENCIA.—Practicada secretamente la instrucción preparatoria, hasta el día 31 de Octubre fué conocido el hecho con cierta precisión por el público y al día siguiente el nombre del oficial inculpado. El 19 de Diciembre comenzó á verse el proceso ante el 1er Consejo de Guerra presidido por el Coronel Maurel. El Consejo dispuso por unanimidad que los debates se efectuasen á puerta cerrada, no obstante lo alegado por M. Demange, defensor, quien pidió sin éxito, el examen previo de los elementos materiales de la causa. Los debates ocuparon cuatro audiencias y al fin de la cuarta, fué pronunciada la sentencia, el 22 de Diciembre de 1894. El veredicto fué el siguiente; "Alfredo Dreyfus, capitán de 14 Regimiento de artillería, comisionado en el Estado Mayor, es culpable de haber entregado á una potencia extranjera ó á sus agentes en París, el año de 1894, ciertas piezas y documentos que interesan á la seguridad Nacional y de haber sostenido relaciones con esa potencia á fin de invitarla á abrir hostilidades ó á emprender la guerra contra Francia ó para facilitarle los medios conducentes." Se le condenaba, en virtud de ese veredicto, "á deportación perpetua en recinto fortificado y á la degradación militar."

LA DEGRADACION.—Dreyfus escuchó la lectura de la sentencia que le fué notificada por el comandante Brisset y á los pocos momentos atravesó envuelto en su capote, la calzada que separa el Consejo de Guerra de la Prisión de Cherche Midi. El jefe de ésta, Forzinetti, dijo más tarde que el condenado protestó ser inocente, asegurando que antes de tres años lo comprobaría. El veredicto fué recibido en París con grandes manifestaciones de satisfacción, y sólo se lamentaba que no hubiese pena capital para un crimen tan odioso. Desechado el recurso que intentó el defensor Demange y confirmada la sentencia, se decidió que el reo sufriría la pena de degradación el día 5 de Enero de 1895 á las 9 a. m. en el patio de la Escuela Militar y ante las guardias y destacamentos de tro-

GRAL. PELLIEUX,
Encargado de la averiguación en el proceso Esterhazy.

pas de todas las armas de la guarnición de París. La ceremonia fué aparatosa: muchos oficiales del ejército activo, de la reserva y del ejército territorial, asistieron vestidos de uniforme de gala. El ayudante Bouxin arrancó los galones al oficial degradado. En la noche corrió en París el rumor de que el condenado confesó su delito al capitán de la guardia republicana, M. Lebrun-Renault, encargado de su custodia.

LA DEPORTACION.—Enviado Dreyfus á la isla de Saint-Martin-de-Ré, frente á la Rochela, lugar de escala de los sentenciados á deportación, permaneció allí hasta que se hizo la casa (*case*) en que debía compurgar su pena en la isla del Diablo, del grupo de las islas de la Salud, dependiente de la Guayana. Como reo político, no se le imponía trabajo forzado y podía moverse libremente dentro de un perímetro determinado, permitiéndosele además vestirse y comer á su voluntad. La esposa de Dreyfus intentó ir á hacer compañía á su marido, pero no se le permitió, y como se hablara de buques sospechosos que llegaban cerca de la isla del Diablo, se redobló la vigilancia, aumentóse el número de guardias, se rodeó con una estacada el perímetro de la casa del prisionero y no se perdonó precaucion para evitar su fuga.

LA AGITACION PUBLICA.—El 15 de Septiembre de 1896 publicó el *Eclair* una larga narración del proceso, diciendo principalmente que se habían alegado dos pruebas contra Dreyfus: «el *bordereau* que no podía ser sino un elemento moral en el juicio, toda vez que *no estuvieron de acuerdo los peritos para atribuírselo á Dreyfus;* la fotografía de una carta en cifra dirigida por los *attachés* de la Embajada Alemana á los de la Italiana y que contenía la frase «*Decididamente, este animal de D. se hace exigente,*» fotografía que se comunicó secretamente al Consejo en ausencia del abogado defensor, y que fué el elemento decisivo para la condenación. Ya muchas personas tenían dudas sobre la justificación de la sentencia y empezó á manifestarse en la campaña periodística la corriente revisionista. Madame Dreyfus se dirigió el 16 de Septiembre de 1896 á la Cámara, pidiendo la revisión del proceso, y el 18 de Noviembre de ese año se discutió una interpelación de M. Castelin; la solicitud de Madame Dreyfus no tuvo éxito y la interpelación dió por resultado un voto de «confianza en el gobierno para que investigase, si había lugar, las responsabilidades que hubiesen aparecido con ocasión y después de la sentencia contra el traidor Dreyfus».... Como se ve, ya apuntaban junto á las tendencias revisionistas, los odios contra supuestos intrigantes interesados en desvirtuar la acción de la justicia, desacreditar al Ejército y á la Nación, paralizar la defensa nacional, etc., etc.

EL COMANDANTE BRISSET NOTIFICA LA SENTENCIA CONDENATORIA A DREYFUS LA NOCHE DEL 22 DE DICIEMBRE DE 1894.

EL PROCESO ESTERHAZY.—El vice-Presidente del Senado, paisano de Dreyfus, M. Scheurer Kestner, tenía la convicción de que Dreyfus era inocente; vió al Ministro de la Guerra, M. Billot, quien le dijo que todos sus informes confirmaban la culpabilidad de Dreyfus. No obstante, el vice-Presidente del Senado iba ya á proceder en demanda de la revisión del proceso, cuando M. Mathieu Dreyfus, hermano del condenado, se dirigió en carta pública al Ministro de la Guerra, denunciando como autor del *bordereau*, base de la sentencia de 1894, al conde Walsin Esterhazy, comandante de infantería. El General Pellieux fué encargado de la averiguación reglamentaria ordenada el 4 de Diciembre de 1897, —orden pedida por el mismo Esterhazy quien se puso bajo la protección de sus jefes y estuvo libre hasta que se llevó la causa ante el Consejo. Aquí entra á figurar de un modo brillante el teniente coronel Picquart, valiente defensor de la justicia, pero aunque su testimonio en el proceso Esterhazy amerita largas explicaciones, las reservamos para otra parte de esta exposición, limitandonos á decir por ahora que su testimonio en el proceso fué terrible, abrumador. Dijo que cuando tenía á su cargo la «Oficina de informes» en el Ministerio de la Guerra, adquirió la convicción de la culpabilidad de Esterhazy como autor del *bordereau*.

ABSOLUCCION DE ESTERHAZY.—Dijo además Picquart que á mediados de 1896 llamaron su atención acerca de la conducta de Esterhazy algunos fragmentos de una tarjeta-telegrama que según él tenía el mismo orígen que el *bordereau*. El *petit-bleu* (tarjeta telegrama) llevaba la firma C., venía dirigido al comandante Esterhazy y daba qué pensar sobre las relaciones de carácter criminal entre el comandante y la persona que le escribía. Este descubrimiento fué el punto de partida de una investigación que en concepto de Picquart hacía aplicable á Esterhazy y no á Dreyfus un documento del «dossier secret» (expediente secreto). Esterhazy rechazó los cargos que se le hacían llegando hasta acusar á Picquart de falsificación del *petit-bleu*, y después de un juicio, mitad á puerta cerrada y mitad á puerta abierta, el 11 de Enero de 1898 fué absuelto del cargo de traidor. Durante el proceso todos, peritos, ponente, jueces y superiores gerárquicos, estuvieron de su parte: habló declamatoriamente de maquinaciones de sus enemigos y de una «dama velada», misteriosa, que puso en sus manos un «documento liberador.» De ese documento hablaremos también en otra parte.

PROCESO CONTRA PICQUART.—A los dos días fué reducido á prisión Picquart. Entre los hechos que se le han imputado aparece la divulgación de documentos del «dossier secret» de Dreyfus, pues el teniente coronel Henry, subordinado suyo en la «Oficina de informes» dice haberlo visto con el abogado Leblois compulsando documentos de ese expediente, de donde salió la fotografía del papel «Ese canalla D.» [el *documento liberador* de Esterhazy). También se le acusaba de la divulgación de cartas que le escribió el General Gonse en Agosto ó Septiembre de 1896, antes de que lo enviaran á una misión para separarlo de la «Oficina de informes.» En una de esas cartas le decía Gonse que «camina-

M. DU PATY DE CLAM,
Encargado de la averiguación en el proceso Dreyfus.

COMANDANTE ESTERHAZY.
Acusado por Mateo Dreyfus como autor del *bordereau*.

TENIENTE CORONEL HENRY,
del Estado Mayor.
Falsificador de documentos contra Dreyfus.

ra con prudencia en su investigación acerca de Esterhazy.» Debemos advertir que si entregó Picquart esas cartas á su abogado fué porque lo amenazaron después de su separación de la «Oficina:» ya tenía so bre su cabeza el amago de un proceso. Durante su ausencia de París, Henry registró su alojamiento: afortunadamente ya las cartas estaban á salvo.

EL ARTICULO DE ZOLA.—Aparece un hecho extraño en lo que llevamos dicho. Desde que Picquart cree tener pruebas de la culpabilidad de Esterhazy, se le separa del Ministerio, se le amenaza y se le reduce á prisión. Por otra parte, aun reconocida la identidad de la letra del *bordereau* con la de Esterhazy, los jueces lo absuelven. ¿Habrá un plan meditado para sacrificar á Dreyfus y salvar á Esterhazy?

El 13 de Enero de 1898 publica M. Zola en la *Aurore*, bajo el título *J'accuse!*.... una *Carta al Presidente de la República*, en la que imputa al Consejo de Guerra haber absuelto "á un Esterhazy" por "orden superior;" lo acusa de haber cubierto "por orden superior" la ilegalidad cometida por el consejo de 1894 que condenó á Dreyfus fundándose en un documento secreto; acusa á M. du Paty de Clam cuya imaginación novelesca creó á Dreyfus, defendiendo después su obra hasta en la historia de "la mujer misteriosa" del proceso Esterhazy; acusa al General Mercier, Ministro de la Guerra en 1894 como cómplice, á lo menos por debilidad de espíritu, en la iniquidad que hizo víctima á Dreyfus; acusa al General Billot, Ministro de la Guerra y á los Generales Boisdeffre y Gonse, jefe y sub jefe del Estado Mayor, quienes desde hacía más de un año tenían conocimiento de la inocencia de Dreyfus y de la culpabilidad del Estado Mayor, pues la condenación de aquél fué obra de éste: acusa al General Pellieux y á Ravary, encargados de la averiguación el primero y del informe el segundo en el asunto Esterhazy y los acusa de "una parcialidad monstruosa", llamando al informe "imperecedero monumento de cándida audacia"; acusa á los peritos calígrafos del mismo proceso "de haber rendido informes fraudulentos, á menos que un examen médico los declare atacados de alguna enfermedad de la vista y del juicio"; acusa á las oficinas del Ministero de la Guerra de seguir una campaña periodística para extraviar la opinión y ocultar sus faltas. Declara por último, que respeta al ejército "que es el pueblo, pero besar devotamente la empuñadura del sable, no!"

ZOLA SENTENCIADO.—De las acusaciones de Zola se recogieron las relativas al segundo Consejo de Guerra y por ellas se sometió á juicio á Perrenx, gerente de la *Aurore* y á Zola, autor del manifiesto, impidiéndoles en los debates á ellos, á sus defensores y testigos hacer alusiones al proceso Dreyfus, con lo que se les vedó toda defensa. El 21 de Febrero fueron condenados los supuestos reos y casada la sentencia se les citó para nuevo juicio en Versailles. Entre tanto se solicitó que M. Zola fuese suspendido en su carácter de oficial de la Legión de Honor y varios miembros del Consejo decidieron constituirse parte civil. Muchos fueron los escándalos durante el primer proceso; Picquart y Henry se batieron, hubo interpelaciones en la Cámara, tumultos en la calle y cuando la sentencia se leyó y la multitud aplaudía frenética, exclamó Zola: "Son caníbales." El 23 de Mayo comparecieron de nuevo Zola y Perrenx, asistidos como en el primer proceso por sus defensores, Labori y Georges Clemenceau; intentan un recurso, no lo obtienen, vuelven á comparecer el 18 de Julio, y en su ausencia, pues abandonaron el salón, se les condenó á un año de prisión, 3,000 francos de multa y el pago de daños y perjuicios. Por su parte los peritos del proceso Esterhazy habían intentado otro proceso por difamación ante la 9ª Cámara Correccional, siendo el resultado una condenación de quince días de arresto á Zola, 2,000 francos de multa, 1,500 á Perrenx y una indemnización de 10,000 á cada uno de los peritos. De aquí procede la historia del remate de Zola, cuyo editor dió 32,000 francos por una mesa Luis XV.

LA CRISIS.—El día 14 de Julio de 1898 cayó el Ministerio Meline, reemplazándolo Brisson con Sarrien en Justicia y Cavaignac en guerra. Es el momento de la crisis para el asunto Dreyfus. Los sucesos avanzan rápidamente, ya no los seguiremos en su orden cronológico, porque todos ellos concurren á descubrir los misterios y es tiempo de que los abarquemos en conjunto para penetrar al fondo de la cuestión de culpabilidad. Enumeremos, por vía de recordación, los antecedentes inmediatos á la revisión. La Sra. Dreyfus había pedido el 5 de Julio la anulación del proceso. El Ministro Cavaignac el día 7 leyó en la Cámara documentos que en su concepto probaban plenamente la culpabilidad de Dreyfus; pero uno de ellos, el principal, fué declarado falso; el falsificador Henry confesó su delito, fué reducido á prisión en el Monte Valeriano y al día siguiente, 31 de Agosto, se le encontró muerto con dos heridas de navaja de barba. Entre tanto se habían intentado nuevos procedimientos contra Picquart y por el abogado de éste, Labori, contra Esterhazy, su querida Mlle. Pays y M. du Paty de Clam. Había una inextricable confusión; pero ahí estaba Madame Dreyfus. El día 3 de Septiembre hizo su demanda de revisión fundada en la declaración de falsedad del documento fabricado por Henry. M. Sarrien recibió la petición, defirió á ella y previos los trámites legales pasó el asunto á la Cámara Criminal de la Corte de Casación. Pero aun no quemaban su último cartucho los anti revisionistas, y obtuvieron que juzgaran todas la Cámaras de la Corte, creyendo que la mayoría daría un voto anti-revisionista. Se engañaron; pero el triunfo de la justicia es tanto más brillante cuanto que la revisión del proceso Dreyfus no es el resultado de la opinión de una Sala sino la de la Corte en Tribunal Pleno, como aquí decimos.

EL DOSSIER SECRET.—Dijimos que no se les dieron á conocer á Dreyfus y á su defensor los elementos de convicción que tenía en su poder el Estado Mayor. En efecto, hubo un «dossier secret» que comprendía siete piezas: 1ª «*Este canalla D.*» Esta pieza no se aplica á Dreyfus: figuraba junto á otra en que había una D. también, y según declaración auténtica de Cuignet, esa D. corresponde á otro nombre, borrado con goma, y cuyas minúsculas fueron substituidas por gruesos puntos suspensivos. 2ª La pieza *Doute-Preuve*, escrita en cifra por el attaché alemán y en la que se refiere á un oficial cuyo carácter es dudoso; ahora bien Dreyfus, del Estado Mayor, no se hallaba en el caso de que se desconociera ó se dudara de sus funciones. 3ª Una nota en que el attaché italiano anuncia que pronto tendría la organización militar de los ferrocarriles franceses. Como se vé eso es muy vago y no puede referirse á nadie sin concordarse con otros indicios. 4ª Pieza relativa á un attaché militar enviado á Suiza. El asunto á que se contrae la nota nada dice próxima ni remotamente sobre la traición de Dreyfus. 5ª Cartas del Emperador de Alemania. Basta decir que el Ministerio de Relaciones nada sabía de esas cartas. 6ª Un comentario de du Paty de Clam sobre las otras piezas. Este comentario fué escrito para el General Mercier y se destruyó por orden suya el original conservándose una copia hasta Noviembre de 1896.

EL TELEGRAMA PANIZZARDI.—El 29 de Octubre de 1894 se sabía en París el arresto de un oficial, y el 1º de Noviembre *La Libre Parole* publicó el nom-

TENIENTE CORONEL PICQUART,
del Estado Mayor hasta 1896, testigo favorable á Dreyfus.

LA DEGRADACION DE DREYFUS EN EL PATIO DE LA ESCUELA MILITAR, LA MAÑANA DEL 5 DE ENERO DE 1895.

CORONEL SCHWARTZKOPPEN,
Attaché de la Embajada de Alemania en 1894.

CORONEL PANIZZARDI,
Attaché de la Embajada de Italia en 1894.

bre de Dreyfus. El mismo día el Coronel Panizzardi, attaché de la Embajada, envió á Italia este informe, que el Conde Tornielli entregó en copia á M. Dalcassé, Ministro de Relaciones, el 5 de Enero de 1899. Decía Panizzardi: «El arresto de Dreyfus ha causado gran sensación, como es de suponerse. Me apresuro á aseguraros que este individuo nada ha tenido que ver conmigo. Los periódicos de hoy dicen, en general, que Dreyfus tenía relaciones con Italia, tres solamente dicen que le pagaba Alemania. Ninguno hace alusión á los attachés militares. Mi colega alemán y yo nada sabemos. Ignoro si Dreyfus tenía relaciones con el Comandante del Estado Mayor.» El 2 de Noviembre seguía la discusión, y como su informe no llegaría á Roma sino hasta el 4, envió Panizzardi un telegrama cifrado, cuya traducción exacta, por nadie negada, dice así: «Si el Capitán Dreyfus no ha tenido relaciones con vd., convendría que el Embajador diese un mentís oficial, á fin de evitar los comentarios de la prensa.» El General Marsilli contestó que el Estado Mayor italiano y los servicios que de él dependen, no habían tenido relaciones directas ni indirectas con Dreyfus. Este telegrama no pudo ser traducido desde luego en el Ministerio de Relaciones, porque era la primera vez que Panizzardi hacía uso de esa cifra; pero al fin se tradujo, ¿y para qué? En el Estado Mayor se le substituyó por Henry y du Paty de Clam. El telegrama substituido, falsificado mejor dicho, es el siguiente: «El Capitán Dreyfus, detenido. El Ministro de la Guerra tiene la prueba de sus relaciones con Alemania. He tomado todas las precauciones necesarias.»

Emilio Zola,
Procesado por su manifiesto *J'accuse!*

La falsificacion de Henry.—Entre los documentos leídos en la Cámara por M. Cavaignac el 7 de Julio de 1898, figuraba uno posterior al proceso de Dreyfus, pero que en concepto del Ministro disipaba toda duda. Hélo aquí: «Sí...... diré que jamás tuve relaciones con ese judío. Es cosa convenida. Si le preguntan á vd., diga lo mismo, porque es preciso que nadie sepa lo que ocurrió con él.» Ya dijimos que Henry confesó de plano la falsificación; al día siguiente el General Boisdeffre que, como jefe del Estado Mayor, había hecho uso de esa pieza falsa, creyéndola verdadera, (así lo dijo al menos) presentó su dimisión, substituyéndole Renouard.

Complicidades.—Ya hemos visto á Henry como falsificador de varios documentos: el anexo al de «Este canalla de D .....;» el telegrama Panizzardi y el de 1896. Agreguemos que era amigo de Esterhazy, que lo veía frecuentemente y que se escribían. Ahora bien, Henry recibió el *bordereau* cuando llegó al Ministerio ese documento: ¿cómo no reconoció la letra de Esterhazy? Hay más aún, ese falsificador habitual preparó á Esterhazy una coartada; dijo que el *bordereau* era de Abril ó Mayo de 1894, y en esos meses Esterhazy *no pudo materialmente tener los datos á que se refiere el* bordereau. Establecida esa fecha, Esterhazy es inocente; pero Henry mintió y con él todo el Estado Mayor—y el hecho considerado cierto desde 1894 hasta 1897, cae después: así lo declaran los Generales Zurlinden, Gonse, Pellieux y Roget y el Capitán Cuignet, en Febrero de 1898 y después.

Antecedentes de Dreyfus y de Esterhazy.—Todo es sospechoso en las relaciones de Esterhazy y Henry, en la conducta del segundo con respecto al primero y en la vida de éste nada lo recomienda. Es un intrigante que escribe cartas contra sus jefes, que hace *chantage*, que atraviesa por una situación difícil, que tiene grandes necesidades pecuniarias, que lleva una vida desordenada, que sufre acusaciones como estafador. En cambio á Dreyfus no es necesario presentarlo como un ángel para establecer violentísimo contraste. Du Paty de Clam practicó una visita domiciliaria encontrando modestia y orden en la casa de Dreyfus; no obstante, Dreyfus tiene dinero y podía vivir mejor con sus rentas. Además no juega y no tiene esos dispendiosos entretenimientos que causan tantos apuros á Esterhazy. Por parte de Dreyfus no puede haber sospecha ni en cuanto á su conducta militar, excelente, ni por lo que respecta á la vida privada en la que no hay nada anormal. El informe del Prefecto de Policía es satisfactorio; pero ¿dónde está ese informe? Rendido en tiempo oportuno pasó á manos de Henry quien lo interceptó en vez de presentarlo al Ministerio como era su deber. ¿No es esto ya demasiado significativo?

Una conclusion.—Después de todas las declaraciones que se han hecho de algunos meses á esta parte, y ante la decisión de la Corte de Casación, dice un periódico parisiense: Si la inocencia de Dreyfus no se hubiese demostrado, tampoco estaría demostrada su culpabilidad. La inocencia no se demuestra. Se encuentra un cuerpo de mujer dentro de un baúl que flota sobre el agua. Figuraos que alguien os denuncia, un asesino acaso, y que la justicia os exige para absolveros una prueba positiva de inocencia. ¿Qué haríais? Tendrán testigos que digan que os vieron con un baúl, otros dirán que os vieron acompañando á una mujer y otros que llevabais un baúl y seguíais á una mujer. Si además de esto se plagase de falsedades el expediente; si se insertase un telegrama en el que substituyeran la palabra «salud» por «baúl» y «adios» por «mujer,» estabais lucido, señor mío. No hablemos, pues, de patentizar la inocencia, cuando la justicia del mundo civilizado consiste precisamente en demostrar culpabilidades.

Pero si no se ha demostrado la inocencia, tampoco se ha demostrado la culpabilidad de Dreyfus. Reflexionad. Siete oficiales honrados, á carta cabal, pero completamente ignorantes del derecho y de las formas de justicia—lo han demostrado—juzgan á Dreyfus someramente, basándose en las afirmaciones de peritos que se contradicen y retractan después. Condenan al acusado y cuando ya lo han condenado empiezan á buscar pruebas. Entonces pasa la causa ante el Tribunal más alto y competente de Francia y esa cuestión juzgada ligeramente y de una manera ilegal se sujeta á investigaciones concienzudas y libres sin que aparezca una sola prueba de culpabilidad contra Dreyfus.

Dreyfus en su prision de la Isla del Diablo.
Según una descripción hecha al corresponsal del "Daily Telegraph", por el Procurador General de la Guayanna Francesa.

Durante cuatro años buscan pruebas; durante diez y siete meses lanzan todas las fuerzas oficiales tras de un elemento de convicción, y no aparece un sólo hecho que demuestre la culpabilidad.

Lo único que se demuestra es que han empleado procedimientos de caníbal contra ese desgraciado que vive allá en su roca, ignorante de lo que pasa, como ignoró lo que se le reprochaba, torturado por los rigores del clima y la crueldad de los hombres, y confiando siempre en la justicia, en la bondad, en la conciencia de los que han dicho á sus agentes y subordinados: "Es necesario impedir á toda costa la revisión; rompeos la cabeza, romped la verdad, pero salvad al Ministerio!

Lo que se demuestra es que en esta tierra caballeresca, generosa y justa ha habido millones de hombres que glorifican á los falsarios, que dan el golpe de gracia á las víctimas y cierran el camino de la justicia.

Lo que oprime en todo este proceso es que se nos ha tenido por imbéciles mucho tiempo. Es duro pensar que había funcionarios de tal modo convencidos de nuestro cretinismo que cuando querían ocultar algo no se tomaban el trabajo de consultar á los profesionales. No se engaña á un pueblo con mayor desvergüenza.

Sé que entre nosotros abundan los que quieren que se les engañe y que justifican esa imprudencia del desprecio. Todavía los vemos á millares, cerrar los puños y poner los ojos en blanco, y decir que se insulta al ejército cuando se quiere purgarlo de falsarios. Pero de todos modos deberán tener en cuenta nuestra docilidad, nuestra buena índole y engañarnos con menos cinismo.

La prision de Dreyfus en la Isla del Diablo.

1 y 2. Habitaciones de los guardias.—3. Torre de observación á 8 metros de altura y á 30 sobre el nivel del mar.—4. Plataforma cubierta para el vigía. Hay un cañón hotkiss y el vigía tiene orden de disparar sobre todo buque sospechoso, orden ejecutada varias veces.—5. Cuartel de los vigilantes.—6, 7 y 8. Prisión de Dreyfus; de madera, cubierta de lámina blanca, cuatro metros por lado. La arista del techo tiene tres metros de altura.—8. Ventilador sobre la parte de la casita en donde hay un vigilante de día y de noche detrás de una reja.—6. Ventana enrejada.—9. Patio rectangular de 10 por 5 metros. La cerca es de postes de 2 metros y medio, agusados y sin intersticios entre uno y otro.—10. Piedras rojas llevadas á ese lugar para corregir el desnivel del terreno.—11. Playa sur de la isla en donde está, entre un grupo de cocoteros, la primera prisión de Dreyfus, que fué antes establo de cabras.—12. Garita.—13. Muelle.—14. Camino de la prisión al muelle.

La figura de Henry, más repugnante á medida que transcurre el tiempo y que aparecen sus crímenes, evoca fatalmente otra figura, la de un abnegado, la de un estoico silencioso: Picquart.

Picquart, que nada ganaba y todo lo perdía, al pretender que se reparase una iniquidad; Picquart, que era el coronel más joven del ejército francés, niño mimado de sus jefes, querido por sus compañeros, seguro de llegar al término más alto de la gerarquía. Y todo lo ha sacrificado por arrancar de un suplicio inmerecido, al hijo de una raza contra la cual sentía repulsiones atávicas.

Hay que decirlo sinceramente: será el honor de nuestra generación contar en ella, no sólo hombres que desafían la muerte emboscada en los pantanos del trópico, sino un soldado que prefiere la verdad y la justicia á los honores, y que se encara contra la opinión pública extraviada.

Los abogados Labori y Demange

[defensor de Zola y Picquart el primero y de Dreyfus el segundo. [M. Demange está de pié]

M. Leblois, abogado,

Consejero de Picquat, quien se dice le comunicó secreto, del Ministerio de la Guerra relativos á Dreyfus.

Y será también nuestra vergüenza que no haya entre nuestros gobernantes un hombre suficientemente enérgico que desprecie los galones y le devuelva su libertad.

No es que se la deseemos. En su lugar,—y ya quisiéramos estar en un lugar tan honroso,—en su lugar no la desearíamos.

Las almas virtuosas deben complacerse en el espectáculo de este justo que sufre y expía las faltas y las cobardías de los demás.

El nuevo proceso.—Ya la víctima está en camino y pronto comparecerá ante sus nuevos jueces.—Pero ¡qué diferencia entre éste y el anterior proceso! El de 1894 fué la obra sombría de las pasiones, de los errores de clase, del odio de raza contra el judío. Todo se conjuraba contra Dreyfus,—el fanatismo patriótico, la antipatía religiosa y la maniobra torpe y cruel de las instituciones militares. Hoy se ha abierto un inmenso espacio luminoso en la conciencia pública. ¡Cuántos progresos realiza nuestro siglo en un lustro, en un día! El año de 1898 rugía el populacho como fiera en el proceso de Zolá; el año de 1899 las multitudes aclaman á Deroulede de todavía, pero respetan el fallo de la Corte de Casación. Es que las instituciones tienen una fuerza íntima: la judicatura en Francia tiene una tradición sagrada. Pero ¿el ejército no es también una institución? Las instituciones del pasado se pudren y se desquician cuando no cambian con los tiempos y se adaptan al nuevo medio. Lo que hemos visto es la abdicación del militarismo.

M. Scheurer Kestner.

Vice-presidente del Senado en 1896, consejero de Mateo Dreyfus y uno de los primeros revisionistas.

Las Camaras de la Corte de Casacion reunidas para revisar el proceso Dreyfus en Mayo de 1899. En virtud de su fallo del dia 1° de Junio, Dreyfus sera juzgado de nuevo.

LA EXCURSION DE LOS CICLISTAS.

El domingo último más de trecientos ciclistas se reunieron, á iniciativa y por convocación del Lic. José Pastor y de Don Federico Trigueros, con el objeto de excursionar en grupo vistosísimo, desfilando á una hora convenida ante el señor Presidente de la República, que tuvo á bien bajar del Castillo para ver á los entusiastas *sportmen*.

Dieron la vuelta al bosque, y después de pasar dos veces ante el Sr. General Díaz, emprendieron el camino de los Ahuehuetes de Atzcapotzalco. Entre los ciclistas figuraban el Sr. Rebollar, el Sr. Lic. D. Miguel Macedo, el Lic. Valdés, de Puebla, el Ministro de Bélgica, el Sr. Crump, Presidente del *Cyclist Club*, y otras personas distinguidas.

El ciclismo arraiga en México. Los que formaron el domingo no son sino una fracción reducidísima de los ciclistas de la capital. Puede calcularse el número de bicicletas en uso, contando las de empleados públicos que á toda hora circulan por las calles, en 5,500 ó 6,000, lo que hace la cantidad de $750,000, término medio, invertidos en máquinas, y un impuesto municipal de $4,500 ó $5,000 mensuales.

Si todos los ciclistas de México se pusieran en fila, cubrirían una línea de 18 kilómetros.

Los cálculos más bajos hacen montar á $1.500,000 el valor de las bicicletas en uso en la República.

Esto que parece poco á los que consideran la enorme masa de capital, $80.000,000, oro, empleados en los Estados Unidos en la fabricación de bicicletas, es ya bastante, si se tiene en cuenta lo reciente de nuestro ingreso á los hábitos modernos, la topografía del país y el aislamiento en que vive una gran parte de nuestra población.

LA EXCURSION DE CICLISTAS DEL DOMINGO 4.—En los Ahuehuetes de Atzcapotzalco.

El Club Mexico.

Quien presenció el gran desfile de ciclistas el domingo sin sentir la maravillosa significación de esa máquina, corre peligro de no comprender las modernas tendencias de la humanidad.

Esa marcha silenciosa, tranquila y rápida nos habla, no sólo de una fisiología robusta, de hombres y mujeres nuevos, sanos, amantes de la naturaleza, sino de cerebros más amplios, de concepciones más rápidas, de chispazos de voluntad instantáneos como chispazos eléctricos. Sólo algún descarriado de esos que buscan el camino de la vida en las abruptas quiebras de la tradición, puede creerse en lo justo al desdeñar como escuela de un atletismo brutal el sport de la bicicleta.

Es el instrumento de locomoción de los *medios homogéneos*, de las avenidas modernas, con muchas maravillas arquitectónicas á uno y otro lado, pero con muchos árboles, con grandes corrientes de aire fresco. La bicicleta es el instrumento de locomoción del hombre nuevo en el medio nuevo que va creando el esfuerzo científico que mejora la obra de la naturaleza y la obra de los hombres de ayer. El pantano que tragaba vidas es hoy una llanura fértil; la ciudad que era un hacinamiento de cárceles sombrías es hoy un gran jardín con habitaciones.

El amor á la naturaleza no es una regresión, lo sería si buscásemos sus inquietantes soledades salvajes, si no nos ampárasemos contra sus inclemencias, y el amor á la vida social no es la abdicación de los órganos, el confinamiento malsano, el raquitismo.

El explorador de vanguardia en la conquista de los perfeccionamientos materiales imita á las legiones romanas: hace caminos macademizados, rectos, que reparten la población en grandes areas, no en montículos inaccesibles. Las capitales del porvenir serán provincias cubiertas de casas, y las casas serán quintas, villas y chalets.

No sería aventurado asegurar que muchas ciudades que se están trazando conforme á ese plan en los Estados Unidos son obra del ciclismo, porque el ciclismo en los callejones y en los matorrales es una transgresión al medio; es una maravilla de exhibición como una fiera en un jardín zoológico.

Y que no cause extrañeza el papel de los ciclistas en la obra del progreso, porque los ciclistas tienen en sus filas á los primeros intelectuales del mundo.

Emprendiendo la marcha a Atzcapotzalco.

Si Spencer no ha escrito un libro sobre el ciclismo, es porque en esa Inglaterra donde son centenarios los hábitos de progreso, el ciclismo entró á las costumbres como la fotografía ó el *lawn tenis*.

Pasa en el orden social lo que en el orden físico con los vasos comunicantes. La nivelación de los países viejos y de los países nuevos es el resultado de factores que cada día aceleran más su acción y multiplican sus efectos. Puede más el contagio de lo moderno que la tradición.

Así es como en un día sin ponerse de acuerdo mil hombres, en mil lugares distintos del mundo, tienen la misma idea y ejecutan la misma acción, y como los imitan cuantos viven cerca de ellos, nace un nuevo hábito, una nueva opinión en el mundo entero.

El Club Aleman

PRINCESA DE YTALIA

Simonetta Foscari

I

El retrato.

Bartholomeo Giovanni Salviati, Marqués de Spoleto y duque de Vintimilla, de la vieja familia de los Salviati, de la que salieron dogos de Venecia y Gobernadores de Florencia. era ya un anciano de cincuenta años y viudo hacía quince de María Lucrezzia Belleverani, los Belleverani de Nápoles, aliados con las familias ducales de Módena y de Parma, y aún con la casa de Médicis, cuando contrajo segundo matrimonio, ya cano y arrugado, con Simonetta Foscari, hermosa muchacha de apenas veinte años, en la flor de toda su deslumbrante pubertad. Esta Simonetta Foscari, florentina de raza y de instintos, de la sangre de los antiguos Foscari tan terribles á su propia patria, los Foscari de las rebeliones, de los complots, de los amores trágicos y de las traiciones, raza de criminales y de voluptuosos, en que los hombres hermosos como cortesanas y las mujeres bellas como arcángeles dieron favoritos al Fuerte-San-Angel y papisas al Vaticano, no podía desmentir un proverbio popular en Italia á propósito de la insolente belleza de los y las de su casa. Los Foscari, tan hermosos que tentarían á Dios,—blasfemaba por aquel tiempo y blasfema todavía en la llanura lombarda una conseja cuasi sacrílega.

Un cuadro anónimo de un discípulo de Vinci que bien podría ser la Foscari de esta historia (porque el catálogo de los Ufizzi lo intitula retrato de la Marquesa de Spoleto) ha transmitido hasta nosotros su peligrosa belleza. Olvidada en una sala obscura del museo, sólo la casualidad, ó más bien un deliberado propósito puede descubrir la preciosa tela; pero desafío á quien quiera que haya contemplado una vez esta hermosa cabeza altiva, á que la olvide. Toda esta breve cabeza, desde la combada frente hasta la nuca violenta, es imperiosa, obstinada; cabeza enérgica que casi sería maligna sin la languidez de los ojos de pesados párpados, dos grandes ojos obscuros cuya pupila extrañamente huída hacia el arco de las cejas tiene rojos resplandores de topacio ardiendo. Boca sinuosa de labios cincelados, nariz recta y pequeña, de ventanillas dilatadas, acusados y netos los rasgos de la cara, cual si hubieran sido esculpidos con una piedra dura; un rostro á la vez imperioso y tenaz de joven aventurero y de princesa sensual; una cabeza de un ardor y una juventud tremendos en su intensidad. Su tocado es el que la escuela toscana pone en todas las frente de sus mujeres: tocado de pesados tirabuzones entrelazados con perlas y gemas verdosas; el cuello muy femenil, viperino casi en su extrema y buscada delgadez, brota de un corsé ampliamente escotado; y pegado á sus espaldas cae un damasco azafranado en perfecto acuerdo con el tono obscuro de los ojos y la cabellera. La carne mate con transparencias verduscas en la luz, evoca á la vez las blanduras de la cera y las durezas del metal; y sin embargo no se podría decir que era bella aquella pintura. El rostro, quizá lo único donde se nota semejanza, es desfavorecido por detalles convencionales y rutinas de escuela, tales como el cuello demasiado largo y la cabellera roja; porque aquella mujer tan pálida debía ser morena, y aquella cabeza pequeña de pupilas húmedas debía descansar sobre un cuello más lleno. Pero tal cual nos la han legado los siglos, esta figura obsedia, inquieta, y persigue entre los demás cuadros del catálogo, por lo anónimo del pintor y del modelo..... Discípulo de Vinci, ¿quién era ese discípulo? Marquesa de Spoleto, ¿quién era esa Marquesa y cuál fué su vida? atrayente ante todo por el enigma tangible de una belleza que se ve desfigurada de propósito......¡Marquesa de Spoleto!...... me plugo identificarla con la heroína de esta trágica historia.

II

La marquesa de Spoleto.

Simonetta Foscari, desposada por su real belleza y su juventud triunfante, llevaba á aquella ruda y remota corte de los Vintimilla, las elegancias refinadas, las costumbres libres y las suntuosidades de una princesa florentina.

Hubo entonces en la lejana y pequeña ciudad hasta aquel día acostumbrada solamente á la soldadesca de una guarnición, pléyades de poetas, juglares y músicos, un séquito completo de artistas iluminadores de misales, modeladores en cera y hasta frívolos conversadores; recitadores de baladas y sonetos que por aquel tiempo populaban en Toscana y Lombardía, pagados por los ricos y los poderosos, y que llegaban en seguimiento de la nueva Duquesa, unos atraídos por su hermosura y casi todos de sus larguezas.

Llenóse la vieja fortaleza de un rumor de voces rientes, de fru-frus de sedas y de instrumentos armoniosos; ya no se oía en ella sólo el ruido de los cubiletes y el choque de las alabardas, y en las veladas de armas el golpeteo de los dados y el sonido de los clarines.

Desde aquel día hubo del alba á la noche, y especialmente de la noche al alba, pizzicatos de mandolinas, sollozos ahogados de guitarras y versos de poetas, ora cantados, ora balbuceados en éxtasis por voces aterciopeladas que desfallecían de amor. Hubo decamerones en las viejas salas bajas hasta entonces reservadas á los lansquenetes.

Los muros desnudos se ornaron de frescos: la joven Duquesa hizo venir pintores de Fiezola, y escultores de Romaña, y bajo las formas de una ninfa ó una santa canonizada, su imagen embellecía las galerías y los patios de palacio.

Andrés Salviati, el hijo del Duque y de María Lucrezzia Belleverani, el unigénito del primer matrimonio, abandonaba despechado la casa paterna. Erase un mezquino y flaco adolescente, de porte desagradable y carácter taciturno heredado de su madre. De ella eran sus ojos verdiobscuros, único encanto de aquella atormentada cara de aborto. Aquellos ojos eran los que encontrara en Vintinilla el mismo día de su llegada, la altiva é indeferente Simonetta. La florentina y el hijo de la napolitana cruzaron sus miradas como dos estoques, pero del choque no brotó la chispa. Política como todas las de su raza, la joven Duquesa hizo esfuerzos por ganarse el afecto del hijo de la extranjera: se hizo maternal, zalamera y hasta prometedora, pero no pudo vencer la hostilidad creciente de Andrés. Entonces, cansada ya de una lucha inútil, desdeñó aquella vana conquista y tornó á entregarse á sus placeres.

En medio de aquella corte de pintores, de músicos y de poetas, fué el suyo un reinado absoluto, voluptuosamente despótico y fantástico de una reina de amor: el enamorado duque lo toleraba todo. Sordo á todas las observaciones, apasionadamente ciego, respondía á la maledicencia con una sola frase: es Foscari; y la verdad es que todos estos jóvenes divertidos, florentinos todos como ella, eran más bien para Simonetta animales domésticos, maniquíes y bufones, que seres de su raza.

III

Los favoritos de la Levretta.

El escándalo era ya público; peor que eso: había salvado la frontera, y era la diversión de la Italia y de la Provenza; la duquesa se había prostituido. Era una cortesana que reinaba en la casa de los Salviati, y entre tantos favoritos, mezquino deshecho que despachaba semanariamente la soga de los estranguladores ó el veneno de los alquimistas adjuntos al palacio, tres solamente, tres italianos ligados por el mismo interés de su vida y de su crédito, compartían los favores ducales. Beppo Nardi, poeta formado en la corte de Aviñón y hacedor de sonetos á la manera de Petrarca, esbelto y cortés caballero de perfil de camafeo, de lampiño y fiero rostro, siempre metido en un capuchón de terciopelo escarlata, y cuya musa, tan flexible como su espina dorsal, celebraba á diario la gloriosa juventud de Simonetta. Angelino Barda, pulsador de mandolina, compositor á ratos de lánguidas canciones que acompañaba con su voz fresca; napolitano de origen, moreno aceitunado, de grandes ojos con la esclerótida de un blanco azuloso, de ardientes y secos labios, labios de fiebre y de voluptuosidad, con el negro violáceo de las maras. (Angelino de Nápoles que se jactaba de singular inventor en asuntos de placer;) y en fin, Petruccio d'Arlani, pintor escultor al estilo de Miguel Angel; un bruto soberbio musculado como un atleta; de cabeza de Antinoo, adornada de negros cabellos, ásperos y espesos; Pe-

truccio d'Arlani, viejo pastor (se decía) bajado de los Abruzzos á los talleres de Roma donde había servido de modelo; legendario galán de las grandes damas romanas, que una ironía del Vaticano, una idea feliz del Papa en un festín, enviara á la corte de Ventimilla con dos legados y un nuncio, como el prototipo del arte moderno, y que siendo hermoso, había sido conservado por la duquesa.

Por lo demás, su talento de escultor no iba más léjos de las figurillas de cera. Como decía la Foscari, había perpetrado ya tres bustos de Pallas-Victrix que la duquesa había destrozado despiadadamente, pero como el belitre tenía cuello de toro y era vigoroso, Simonetta lo retenía con la esperanza de que alguna vez brotase una obra maestra de sus dedos de bruto domado.

Y la florentina continuaba domesticando al pastor de los Abruzzos, en compañía de Nardi el poeta y de Barda el Napolitano.

Rasgueos de guitarras, serventesios y sonetos, bustos de cera pintada, tal era la atmósfera de voluptuosidad esquisita de la corte de la hermosa duquesa, á orillas de la mar azul, espejeante y dormida en medio de los laureles rosas y las palmeras de los arenales, ante la imponente y vaporosa decoración del valle de la Roya.

Bartholomeo Salviati todo lo toleraba; los directores y los físicos ocupaban al duque, y de aquella hermosa inteligencia, de aquella voluntad firme y rápida, de todo aquel carácter de decisión y de audacia, del viejo capitán, en fin, tan temible en otro tiempo á los enemigos de la patria italiana, no quedaba más que un viejo presa de la *sociedad* más peligrosa, un hombre casi vuelto á la infancia.

Así lo había querido la joven duquesa; diez años habían bastado á Simonetta para capturar á la fiera águila y convertirla en un retraído buho de laboratorio. No abandonaba ya los hornos y las retortas entre los que lo había confinado la hermosa Foscari, y cuando por casualidad, salía de la parte alta del palacio que habitaba, era para asistir á instancia de su mujer, á alguna fiesta, comedia ó sainete por ella organizados, y consagrar con su presencia augusta el lujo y los desórdenes introducidos en su corte.

Seguros de la impunidad, los favoritos se envalentonaban y la audacia de la duquesa todavía se atrevió á más. Ebria de lisonjas y de incienso, la Levretta tuvo la locura del escándalo, quizo patentizar, hacer ostentación de su adulterio y sus amantes, y olvidándose de toda prudencia, aconsejada por quien sabe qué mal genio, aquella aventurera Simonetta, resolvió nada menos que aparecer en escena ante toda la corte, al lado de sus tres amantes que desempeñarían un papel á su lado, y todo en una comedia ó sainete á propósito, donde resaltaría el mérito de todos.

IV

SALOME.

Era ésta, bravada de mujer ebria de poder, desafío de orgullo y grito espasmódico de amor, y no obstante el proyecto fué madurado y la obra elaborada con anticipación. La letra fué encomendada á Nardi y la música á Barda, pero la duquesa de Ventimilla dió el argumento; Petrucio d'Arlani, pintor-escultor á sus órdenes, guiado por ella se encargó de la indumentaria y las decoraciones. La Florentina no se confiaba en nadie, dirigía, fiel en esto á las tradiciones de las princesas de su país. Los más sublimes artistas, á su lado, no habrían sido más que obscuros colaboradores.

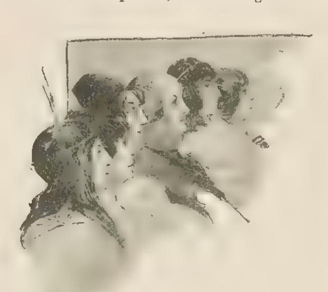
Tal no era el caso ni de Beppo Nardi, poeta bastante mediocre, ni el de Angelino de Nápoles, perfecto músico y poeta compositor. En cuantro al belitre de Petruccio, que tanto tiempo había apacentado cabras en las pendientes de sus montañas natales, no tenía ni gusto ni talento, pero la duquesa tenía imaginación é ingenio por los tres, y cuando Nardi y Barda le entregaron, terminada, la muerte de San Juan Bautista que les había encomendado. Simonetta aclamó la obra-maestra, porque á través de las sutilezas de una poesía de relumbrón y de preciosidad,

había reconocido su idea primitiva; y las insípidas melodías del Napolitano no alteraban en mucho el bello horror del drama que había forjado aquella alma trágica. La duquesa echó un collar de oro al cuello de Angelino, colocó el enorme rubí de una sortija en el dedo de Beppo Nardi, y ambos besaron entusiasmados la mano de su Alteza. Tanta el poeta como el músico, habían respetado el plan dado por ella: los favoritos habían obedecido.

La muerte de San Juan Bautista, la degollación del Precursor, la leyenda de lujuria y de sangre que ha obsediado á todo el Renacimiento Italiano; Herodes y Salomé, las teribles figuras que han seducido á todos los pintores de aquella época y cuya peligrosa reproducción nos han legado los museos; tal era el asunto que había acometido aquella voluptuosa y tenaz duquesa. Más que cualquier otra heroína de la Biblia ó de la Fábula la deslumbraba Salomé: nacida princesa en Florencia, y á la vez duquesa y marquesa por su matrimonio, se complacía en evocar, en encarnar, en ser una noche delante de todo un pueblo, la impúdica princesa de Judea.

Aquella virgen que baila toda desnuda ante un viejo rey libertino y obtiene una cabeza enemiga por la misteriosa ofrenda de su belleza: era el personaje que quería ser. Complacíase su perversidad en la realización de este sueño, y quién sabe si aquella rara imaginación de italiana no había sido también seducida por la semejanza entre la edad avanzada del Herodes legendario y la vejez prematura de su marido.

Se pondría en escena la debilidad senil de Herodes, pero reducida por un cerebro de mujer á una venganza de niña. La duquesa lo había arreglado en dos cuadros: el encuentro de Salomé y del precursor en los corredores del palacio; entre dos guardianes el



santo prisionero, y la princesa menos compasiva que curiosa ofreciendo primero de beber y luego tendiendo una flor al asceta; la repulsa desdeñosa del santo, y ante la insistencia de Salomé el furor profético y el anatema de Juan llamando el fuego del cielo sobre la tentadora. El segundo cuadro mostraría á Herodes sobre su trono, en medio de los dignatarios de su corte, y luego, á una orden suya, Salomé introducida é invitada á bailar; el comercio debatido y sangriento entre el tirano y la princesa, y después de ejecutado el baile, Herodes cumpliendo con su promesa y el verdugo trayendo sobre un plato la cabeza del Bautista.

La Foscari distribuyó así los papeles: Beppo Nardi, el poeta, desempeñaría el de Herodes; Angelino de Nápoles, de ardiente cabeza demacrada, sería el precursor; su flacura y sus ojos brillantes lo designaban para encarnar al feroz comedor de langostas. En cuanto á Petruccio d'Arlani, su elevada estatura y sus músculos enormes indicaban su papel: sería el verdugo. El sería quien se tendría inmóvil, durante todo el baile, con la cimitarra en la mano detrás del santo arrodillado; el que empujando al profeta por las espaldas lo arrojaría de la escena, y en fin, su brazo musculoso, saliendo de detrás de un pilar, el

que mostraría sobre un plato le cabeza sangrienta de San Juan.... y con una alegría infantil, con la pasión febril y el lujo de detalles que las mujeres ponen en estos asuntos, la duquesa se encargaría de los vestidos, de la representación y de la decoración de la sala, de las telas de Oriente y de los terciopelos preciosos. A una orden suya, escribieron los copistas á Venecia, y se mandaron de Génova mercaderes judíos para escoger tapicerías de Damasco y sedas de Tiro.... Se hizo venir á peso de oro, danzadores de Bérgamo, para ritmar el paso de Salomé y enseñar á la duquesa á moverse y ondular en un mismo sitio sacudida de la nuca á los talones por bruscos estremecimientos, por movimientos de caderas y súbitos levantamientos de senos, como una bailadora de los países berberiscos. La orquesta de la corte fué reforzada con quince músicos, las viejas tapicerías de la familia Salviati, que representaban la vida de la Virgen, salieron de los cofres de madera de alcanfor donde se les conservaba porque eran de un precio inestimable y sólo se las exhumaba para las grandes fiestas, para los matrimonios de los duques y los bautismos de los hijos varones y primogénitos.

Hizo más la duquesa: queriendo hacer la representación en el patio interior del palacio, mandó arreglar *ad hoc* el cerco de la ciudadela é hizo demoler veinte metros de murallas que dominaban el mar. Los picos y los azadónes mordieron los viejos bloques de granito colocados por Uberto el Fuerte, y se abrió una gran bahía luminosa y azul en lo infinito del Golfo, á una altura de diez metros, en el mismo espesor del muro: este debía ser el teatro. Las maravillosas tapicerías de los Salviati cubrieron los estrados, se apilaron en el patio, á la sombra de los torreones

y las atalayas, y al fin el día de la representación llegó.

El aniversario de sus nupcias fué el escogido por Simonetta para este fastuoso escándalo.

Un dosel de brocado con los colores del duque, se levantaba enfrente de la escena, justamente en medio de los estrados, reservado al viejo Bartholomeo y á su séquito de sabios. El espectáculo estaba anunciado para las tres, y la multitud amontonada en la gradería, compuesta de caras morenas y vestidos chillantes, se impacientaba, ondulante y agitada, y el palco del duque continuaba vacío. Después de una espera de tres cuartos de hora en que se exasperó la multitud, la orquesta preludió una sinfonía de flautas y de violas, y las tapicerías del escenario se levantaron. El duque Bartholomeo acababa de hacer saber á la duquesa que comenzara sin él; atacado por una ligera indisposición al salir de sus departamentos, le pedía diez minutos para reportarse y venir dentro de un cuarto de hora á lo más, á presenciar la danza de Salomé, en la que deseaba vivamente admirar á la duquesa, admirarla y aplaudirla; y el espectáculo comenzó en medio de una ligera angustia, porque verdaderamente nunca había ido tan lejos la audacia de la hermosa Simonetta.

En la escena, de pié contra una vieja tapicería de Flandes, que simulaba los frescos de un corredor, se levantaba vestida de pesadas telas del Asia, con un turbante de largos velos azules, la silueta ondulante y fina de la duquesa, transformada en princesa de Judea. Presentaba á Juan Barda, primero, una rosa, luego, una copa, y lo envolvía, amorosa y lasciva, con la desnudez de sus hermosos brazos. Después, las tapicerías volvían á caer, y en la sala improvisada no aparecía el duque. Hubo entonces cuchicheos é indiscreciones á los oídos de las mujeres, sobre la sorpresa que reservaba el segundo cuadro: una espantosa cabeza de cera modelada por D'Arlani: la cabeza de Barda mismo; la efigie del músico pintada y coloreada con la sangre del suplicio y la lividez de la muerte, que la duquesa ofrecería á todos al fin del cuadro, levantada triunfalmente sobre un plato.

Y levantadas de nuevo las tapicerías, sobre el fondo azul del cielo y del mar que inundaba de claridad todo el patio del palacio, apareció la visión de Herodes: Nardi cargado de púrpura y cubierta la cabeza con una mitral, sentado sobre un trono, con una fila á su derredor de esclavos y señores, perfilada netamente sobre el cielo y sobre el mar.

La gigantesca estatura del escultor casi desnudo, dominaba á todos: un d'Arlani soberbio en la ostentación de sus músculos y de su torso ceñido apenas con una tela blanca; y en medio de los pizzicatos de las mandolinas, en medio de un ritmo ligero y juguetón, como sonido de campanillas, en medio de una música verdaderamente extraña, mezclada aquí y allá de quejidos de flautas, y ahogadas languideces de guzlas, hizo su entrada Salomé: Salomé, es decir, la duquesa Simonetta, fina como una aguja, en un estuche de seda verde; una seda mordorada y luciente como piel de culebra, sembrada de enormes rosas de jade negro.

Una estrecha gorgera de esmeraldas y zafiros, le oprimía los senos y con las espaldas y los brazos desnudos, como flores brotadas de aquel estuche azul, descubría á cada uno de sus movimientos las axilas, y á cada uno de sus pasos, las pulidas piernas, porque el estrecho ropaje verde, adornado de espesas franjas de oro, estaba abierto hasta la cadera.

Su rostro de una palidez mortal bajo los afeites, de ojos agrandados y azules por el kohl, alucinaba como una máscara; pesadas placas temblaban sobre su frente, estrecha bajo los cabellos peinados en tiara, un cono de tinieblas espolvoreado de azul, y como un firmamento constelado de estrellas de oro. Avanzó orgullosa, rígida bajo sus adornos y sus orfebrerías; y de un ópalo, colocado entre sus senos, al extremo de un hilo de perlas, pendía á la altura de su vientre, una gran flor de esmalte.

V

LAS TRES CABEZAS.

Simonetta bailó, y en sus grandes ojos fijos, en su muda sonrisa, se translucía el pavor, y siguiendo la dirección de aquella mirada, toda la sala que la bebía con los ojos, se volvió. El duque había llegado. Estaba el viejo Bartholomeo sentado bajo el dosel, y á su lado, con el puño sobre la cadera, de pié en una actitud de respeto, pero con la mirada llena de amenazas, manteníase Andrea, Andrea Salviati, el proscrito, el desterrado, el hijo despreciado, el antiguo enemigo.

A él era á quien miraba Simonetta. Herodes sobre su trono, San Juan arrodillado detrás de la bailadora, el verdugo de pié al lado de su víctima, habían bajado la cabeza. Con los ojos fijos, como alucinada, Simonetta bailó, pero cuando según lo exigía su papel, volvió la vista hacia Herodes para pedirle la cabeza del blasfemador, un grito terrible salió de todos los pechos, y la duquesa, con la boca abierta, no pudo encontrar un grito en su garganta oprimida.

El duque se había levantado con la mano apoyada en la espalda de su hijo y había hecho una señal. Tres cabezas cortadas yacían á los pies de Simonetta: verdugos confundidos entre los figurantes habían obedecido extrictamente la orden. Un triple hachazo había decapitado á San Juan, al verdugo y á Herodes; un mismo castigo había caído sobre Nardi, D'Arlani y Barda.

«Han pagado» fueron las únicas palabras del duque al retirarse.

En la noche de aquel mismo día, una mujer despertaba, volvía en sí en las tinieblas vacilantes de una celda iluminada de cirios, como para velar un cadáver, una celda con la puerta y la ventana tapiadas, porque la condenada que yacía allí inerte no debía jamás salir. A sus pies tres cabezas ensangrentadas se hacinaban sobre un plato, tres cabezas de hombre, con las pupilas extraviadas, con los cabellos erizados por la horripilación, tres cabezas lívidas bajo el colorete; y la mujer, todavía cintilante de joyas y de sedas, al hacer un movimiento instintivo de retroceso, hizo caer de sus vestidos un pergamino sellado con las armas de los Salviati, y levantándolo, desdobló y leyó este adiós, Simonetta Foscari.

«Los habéis amado vivos, amadlos ahora muertos, Señora. Os habéis complacido en vivir con ellos y para ellos; os será grato morir con los que vos habéis hecho morir». Y la duquesa, volviendo la página, encontró estas palabras consoladoras: «Y yo, yo también os he amado Simonetta; lo recuerdo y os tengo piedad: sus labios están envenenados.»

JEAN LORRAIN.

NUPCIAS TRAGICAS.

Eso fué así......

El monstruo Océano se retorcía furioso encrespando sus escamas de zafir, sus múltiples escamas de zafir, lanzando amargos salivazos, espumas amargas sobre el dorso agrietado de las rocas coronadas de verdes algas, cabelleras flexibles, verdes y largas.

El sol decrépito y triste, un sol decrépito y triste, gladiador vencido, moría entre andrajos sanguinolentos y sucios, levantando sus dedos luminosos, deslumbrantes rayos, implorando misericordia cual gladiador herido muriente envuelto entre los pliegues de su manto hecho girones, entre los girones de su manto sangrientos y sucios.

Silbaba el viento acariciando las ondas encrespadas, las múltiples ondas encrespadas, y agitaba las cabelleras verdes, flexibles y largas sobre el dorso agrietado de las rocas.

Y entre tanto el ave trágica, la pálida gaviota celebraba sus núpcias, sus núpcias macabras, posada sobre el destrozado cuerpo del ignorado náufrago; carnes hediondas y flojas á la luz mortecina del sol decrépito y triste, un sol decrépito y triste que se hundía entre andrajos sangrientos y al compás de la clásica melodía del viento que acariciaba las encrespadas escamas, las múltiples escamas de zafir del mónstruo Océano.

Y eso fué así......

OCTAVIO BARREDA.

A LIDIA.

No, tu amor, no es Amor; te han engañado.
Tiene el tuyo, es verdad, forma divina:
Es casi el Dios su boca purpurina
Guarda la miel del Hibla; el delicado
Color y aroma y la tersura tiene
De las rosas de Pafos, y sostiene
El arco vencedor; de su albo cuello
Pende el carcax, que encubre
Ondulante y sutil, su áureo cabello.
Mas no, Lidia, no aguardes que me prenda;
No, tu amor no es Amor, no tiene venda.

FERNANGRANA.

RONDEL.

Húmedos labios apasionados,
Fresas teñidas en la miel roja
De los Deleites, flor que se moja
En frescos pechos ensangrentados;
Diáfanas conchas do tener quiso
El Océano su nácar preso,
Jaula de rosa del blanco Beso:
—Pájaro huído del Paraíso—
Dejad ¡oh labios apasionados!
Sobre los míos vuestra miel roja
Dame tu esencia, flor que se moja
En frescos pechos ensangrentados;
Reíd ¡oh conchas do tener quiso
El Océano su nácar preso!
¡Oh jaula! deja volar al Beso:
—Pájaro huído del Paraíso.—

EFREN REBOLLEDO.

¡PIEDAD!

A veces brota el llanto de mis ojos,
Cuando mudo te amo y te contemplo;
Tiemblo cerca de tí, caigo de hinojos
Cual si me hallara en el umbral de un templo.
Tan serena y tan pura es tu belleza,
¡Oh esplendorosa estatua! y es tan fría......!
Noches hay que, á tu lado, en mi cabeza
Siento el vértigo atroz de la agonía.........
Cuánto desdeñarás el loco exceso,
¡Mármol divino que ninguno toca!
El rudo ultraje del profano beso
Que perturbe las líneas de tu boca!......

J. LAHOR

¡Oh ardiente gibelino! ¡Oh genio augusto,
cuando, al fulgor sangriento del Ocaso,
contemplo á solas tu broncíneo busto

de aguileña nariz, de rostro raso
y enjuto, de mirada penetrante
como una espada y tan temida ocaso; (1)

no puedo refrenar, subleme Dante,
mi angustia, y una lágrima encendida
resbala por mi pálido semblante:

¡tan bien grabó tu desolada vida
su honda huella, con hierro incandecente,
en tu severa faz entristecida!

Quién arrugó tu soberana frente
ceñida, cual de fúnebre mortaja,
por negra caperuza? ¿Fué el torrente

de los años, que todo lo desgaja,
ó de la ingratitud la daga fría
que, marcando la frente, el pecho raja?

¿Fué en la prisión recóndita y sombría,
ó en el destierro, liberal soldado,
premio á tu patriotismo y bizarría,

[1] Terceto de *La Selva obscura.*

donde tu labio, en hieles empapado,
por siempre enmudeció, contra la loca
vil multitud, de maldecir cansado?

La sonrisa que vaga por tu boca,
como siniestra mariposa obscura,
¿el altivo desprecio la provoca?

¿Signo es de compasión, ó de ternura?
¿Es pálido reflejo de tu ira,
ó la espuma de mar de tu amargura?

El desprecio es tan sólo el que la inspira:
desprecio altivo hacia la tierra ingrata
que hirió tu pecho y ultrajó tu lira.

¡Cómo tu rostro lúgubre delata
que al cívico valor ahogado viste
de humana sangre en roja catarata!

¡Cuánto, excelso varón, cuánto sufriste
al contemplar la rutilante aurora
de la verdad, cambiada en noche triste!

Creyendo voy que, bajo el bronce, llora
tu corazón, henchido de dolores,
la muerte de tu amada seductora,

de Beatriz que, vestida de esplendores,
surgió á tus ojos, en feraz pradera,
cual surtidor de plata entre las flores.

Tú viste arder en espantosa hoguera
las víctimas del negro despotismo
y ondular de los vicios la bandera.

Sondaste de las almas el abismo,
y ante tí, la voz «¡patria!» deshonrada
fué por el labio impuro del cinismo.

Tú viste de la ley rota la espada;
impune el crimen; la maldad, triunfante,
la virgen libertad, mustia y violada.

¡Oh inmortal florentino! ¡Oh viejo Dante!
Bien sientan las arrugas á tu frente
y el lívido color á tu semblante.

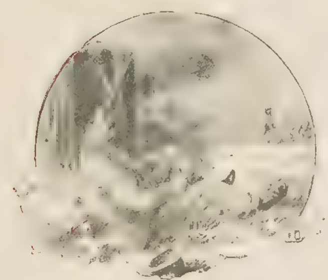
¿Cómo no, si en tu pecho y en tu mente
llevabas, como á un mundo de precitos
la miserable humanidad doliente:

Comprendo los anhelos infinitos
de tu alma egregia; tu mortal quebranto,
y de tu ardiente cólera los gritos.

Comprendo que las iras y el espanto
agitaran tu lira ronca y fiera,
nave que flota en piélago de llanto.

Comprendo, en fin, que, al ver tu faz severa,
terrible imagen del pesar eterno,
una mujer en Rávena dijera:
«Es Dante, que rotorna del infierno.»

MANUEL REINA.



PROCUL NEGOTIIS.

(DE LOS "POEMAS RUSTICOS.")

A Ladislao Gómez Palacio.

I

MATINAL.

Quiero, bajo una bóveda de frondas,
tras muro grácil de temblosa hierba,
hundir los miembros que el calor enerva
en el fresco zafiro de las ondas;
columbrar desde allí las parvas blondas
que el bruno y fuerte labrador acerva
y escuchar á la alígera caterva
que trina oculta en las cañadas hondas;
y luego reposar, sin un quebranto
que en el enfermo corazón se hospede,
bajo el haya de Títiro florida;
y alzar á Dios, como oración, un canto,
si tan sólo este goce me concede,
por las muchas tristezas de mi vida.

II

VESPERTINO.

Cubre el agua los surcos del sembrado
y, mientras que fecunda la simiente,
rebosando de espigas, lentamente
las carretas rechinan en el prado.
Por el chorro espumante golpeado
gruñe y zumba el rodezno roncamente
y, al girar de las muelas estridente,
truena el nutrido grano triturado.
Ya, tras la cerca gris de la alquería,
á bocanadas la tahona humea
entre los rayos últimos del día.
Brilla la llama en el hogar, testigo
de santos goces, y la pobre aldea
su pan ofrece y su seguro abrigo.

III

NOCTURNO.

Junto al rojo fogón de la cocina,
bajo el techo de paja del bohío,
ni lluvia torrencial, ni viento frío
temo, cuando la noche se avecina.
Después, el sueño mi cerviz inclina,
me arrulla el manso murmurar del río,
y encuentro en el reposo calma y brío,
al lado de mi vieja carabina.....
Cuando en el mar del cielo ya no bogue
la luna, y en el golpe del Ocaso
el grupo de las Pléyades se ahogue;
cuando entonen los pájaros la diana,
del pobre hogar saldré, con firme paso,
á bañarme en la luz de la mañana.

MANUEL JOSE OTHON.

El uso higiénico del baño.

La medicina racional como hace notar tan claramente el Doctor Horacio C. Wood, de Filadelfia, consiste esencialmente en la aplicación de medidas profilácticas; este es en el empleo de los medios capaces de mantener un individuo normal en estado de salud. Puede agregarse como un corolario de esa proposición que un individuo puede ser mantenido en buena salud por el empleo de aquellos medios que son más eficaces para restablecer la salud de una persona enferma.

Por cierto que sea este principio tratándose de otros medios terapéuticos, la experiencia ha demostrado de la manera más positiva que el baño frío es uno de los tónicos más poderosos y el más eficaz de los reconstitutivos al mismo tiempo que la más valiosa de las medidas profilácticas ó higiénicas. El baño frío obra sobre el sistema nervioso del gran simpático, regulador de la nutrición. Al mismo tiempo sirve como una gimnástica del sistema vaso-motor de nervios, y desarrolla por el ejercicio la actividad contráctil de los pequeños vasos sanguíneos. En lenguaje vulgar, el agua fría endurece la piel; técnicamente diríamos: aumenta la resistencia de la piel. Si se toma habitualmente el baño frío protege contra los resfriados, no cerrando los poros, sino aumentando la fuerza vital del cuerpo en general, y especialmente, aumentando la aptitud de la piel á recobrar su color por sí misma después de haber sido enfriada por agentes capaces de quitárselo.

Por la influencia del agua fría sobre el sistema del gran simpático todos los procesos de nutrición y asimilación son acelerados. Si aumenta la cantidad de ácido clorhídrico producida por las glándulas del estómago, mejorándose el apetito y la digestión; y el estómago provisto de mejor jugo gástrico, está mejor preparado para protegerse á sí mismo contra el daño que puede causarle los microbios que lo invaden. Investigaciones modernas han demostrado que los gérmenes de la fiebre tifoidea, gérmenes del cólera, y en realidad todas las variedades de gérmenes, sucumben bajo el ataque del jugo gástrico completamente sano; de aquí es que el baño frío diario, conservando sana la digestión y aumentando también la resistencia vital general del cuerpo, sirve de protección valiosa contra los desórdenes infecciosos, y aun contra los desórdenes que son comunicados por organismos virulentos vivos de varias especies.

Uno de los efectos más interesantes del baño frío, es aumentar el número de los corpúsculos de la sangre encontrados en la superficie de los vasos después del establecimiento de la reacción que sigue á estas aplicaciones frías. La sangre es el medio por el cual el oxígeno es conducido á los tejidos, y el ácido carbónico es llevado á los pulmones, y descargado del cuerpo. Algunas de las células de la sangre son también útiles para destruir los gérmenes que pueden pasar á los vasos sanguíneos y para remover varias especies de partículas muertas é inútiles.

Es, pues, claro que el número de corpúsculos contenidos en la sangre es una cosa de vital importancia en relación con el grado de vital resistencia, ó la aptitud para mantener la salud en buen estado en circunstancias adversas ó contra la influencia destructiva de causas que producen la enfermedad.

El área total de las células de la sangre contenidas en el cuerpo de un hombre de complexión media es de 3 100 yardas cuadradas. Se ha demostrado por Winternitz y por otros que la aplicación de un baño frío aumenta el número de células en un treinta y hasta un cincuenta por ciento. Esto equivale á un aumento de mil á mil quinientas yardas cuadradas en las superficies de las células y á un aumento proporcional de la superficie que sirve para llevar el oxígeno á los tejidos y para remover el ácido carbónico. Equivale también al aumento de millares de millones en el número de las células activas protectoras esparcidas en toda la circulación. Este efecto del frío sobre la sangre es uno de sus usos más valiosos é importantes, y da fácilmente cuenta de la frescura de color, la transparencia de la tez y la vivacidad y vigor que resultan del empleo habitual del baño frío.

En la aplicación del baño frío como medida higiénica debe tenerse cuidado de adaptar tanto la temperatura como el modo de aplicación á la edad, y también hasta cierto punto, al sexo lo mismo que al temperamento y susceptibilidades individuales.

Los niños de menos de siete años de edad no soportan bien la aplicación de agua muy fría. La ducha en todas sus formas debe evitarse; sólo debe emplearse el baño de esponja ó el de inmersión y la temperatura no debe en ningún caso ser muy baja. Una temperatura de 70° á 80° producirá unas impresiones bastante fuertes para desarrollar una buena reacción en los niños de menos de siete años de edad.

Después de los siete años y conforme el niño va creciendo, la temperatura puede bajarse un poco y hacerse aplicaciones más vigorosas tales como el riego y la ducha ligera con agua de 60° á 70°. A los catorce ó quince años pueden adoptarse medidas tónicas más enérgicas.

La ducha fría ó el riego usado diariamente son un excelente medio de corregir la incontinencia de la orina en los niños, enfermedad que indica debilitamiento de los centros inhibitorios, estado que más tarde puede traer serios desórdenes nerviosos.

El baño frío diario es un importante auxiliar para el desarrollo general de los niños que están creciendo. Favorece el vigor y actitud muscular y la entonación de los nervios. Previene el estado neurótico de los jóvenes, hombres ó mujeres, llegados recientemente á la edad adulta; preserva de los dolores llámados de crecimiento, y procura un desarrollo vigoroso y normal.

Los adultos deben apartar la forma del baño á sus condiciones de vida, sus predisposiciones especiales y sus susceptibilidades.

Las personas sedentarias necesitan especialmente el beneficio del baño frío. Estas personas pueden con ventaja hacer preceder la ducha fría de un baño caliente de tres ó cuatro minutos. Los fineses y los lapones que están una porción conciderable del año confina-

Páginas de la Moda

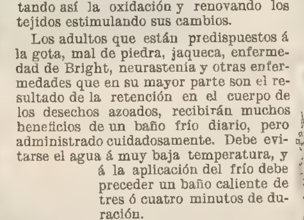
FIG. 1.—DOS TOILETTES DE PASEO.

FIG. 2.—DOS TRAJES DE CALLE.

Fig. 3.—Matinee elegante.

dos en sus habitaciones y hacen poco ó ningún ejercicio, han sido llevados instintamente á buscar la compensación por falta de ejercicio en un baño, que provoca el sudor seguido de vigorosas aplicaciones frías. Cada casa en Finlandia tiene un cuarto para este baño, y en él se produce el vapor echando agua sobre piedras calentadas. Después de permanecer en este cuarto hasta sudar por el calor y bañarse por transpiración, sale de allí el bañador precipitadamente, y se deja rodar sobre la nieve procurándose así la misma vigorosa reacción.

Este baño de vapor seguido de la aplicación del frío no es, sin embargo, un perfecto sustituto del ejercicio, pero en grado considerable alivia el sistema de los productos excrementicios que se acumulan dentro del cuerpo cuando no se hace habitualmente suficiente ejercicio, aumentando así la oxidación y renovando los tejidos estimulando sus cambios.



Los adultos que están predispuestos á la gota, mal de piedra, jaqueca, enfermedad de Bright, neurastenia y otras enfermedades que en su mayor parte son el resultado de la retención en el cuerpo de los desechos azoados, recibirán muchos beneficios de un baño frío diario, pero administrado cuidadosamente. Debe evitarse el agua á muy baja temperatura, y á la aplicación del frío debe preceder un baño caliente de tres ó cuatro minutos de duración.

El baño frío diario es especialmente útil á las mujeres civilizadas á causa de las influencias debilitantes de su vida artificial. Las costumbres perniciosas de la civilización más bien que la naturaleza han hecho de la mujer "el sexo débil" El baño frío entona los nervios, combate la debilidad nerviosa de varias especies, es un excelente profiláctico contar la histeria y en alto grado combate las tendencias malsanas de la vida retirada y sedentaria que están obligadas á hacer la mayor parte de las mujeres de los países civilizados.

(Continuará.)

Fig. 4—Traje para niña de 6 a 7 años.

NUESTROS GRABADOS.

Fig. 1.—Dos toilettes de paseo.

La primera lleva un medio paletot de verano de sarga de seda gris-obscura, con dos medias túnicas triangulares de muy bonito efecto; la segunda se compone de un jacquet muy justo, de solapa redonda, abierto sobre un chaleco pasado, y de una falda de foulard á rayas.

Fig. 2.—Dos trajes de calle.

El primero de satín con un cuerpo-blusa á gran bordado, con un plissé de muselina de seda encuadrado caprichosamente. El segundo de taffetas, con un cuerpo de muselina de seda todo plissé y adornado de una gran tira bordada en forma de fichú.

Fig. 3.—Matinee elegante.

De puntillé de seda, con un gran lazo de escocés orlado de blonda finísima, y que cae sobre la bata en dos hermosas bandas.

Figura 4.—Traje para niña de 6 a 7 años.

De sarga hoja seca, formando una blusita marinera abierta sobre una camisola lisa. Cinturón que ciñe la blusa formándole tableros.

Adorno de cinta de seda.

Fig. 5.—Toilette de excursion.

De paño de Verano, lisa y muy sencilla, con adornos de cinta en patas decrecientes tanto en el cuerpo como en la falda.

OTRO PAGO DE $ 2,000 DE "LA MUTUA." EN COLOTLAN, JALISCO

Timbres por valor de $ 2.00 cs. debidamente cancelados.

Recibí de "The Mutual Life Insurance Company of New York" la suma de $2,000.00 cs. plata en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 366,967 bajo la cual estuvo asegurado el finado Don Rosalío Muro Camacho, y para la debida constancia en nuestro carácter de beneficiarios y la segunda además como representante legal de sus hijos menores Taurino, Faustino, José Trinidad, José Benito y María Sebastiana, también beneficiarios nombrados en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación.

Colotlán, Mayo 4 de 1899.—Firmado, Sabas Barron V. de Muro.—Inocencio Muro B.—Rúbricas.

Un timbre de $0.50 cs. debidamente cancelado.

Miguel S. del Real, Notario de Número de esta localidad, Certifico que las firmas de Doña Sabás Barrón y del Sr. D. Inocencio Muro que autorizan el recibo del valor de esta póliza, son auténticas y por lo mismo merecen toda fé y crédito. Colotlán, (Jalisco) Mayo ocho de mil ochocientos noventa y nueve.

Firmado, Miguel S. del Real.—Rúbrica.

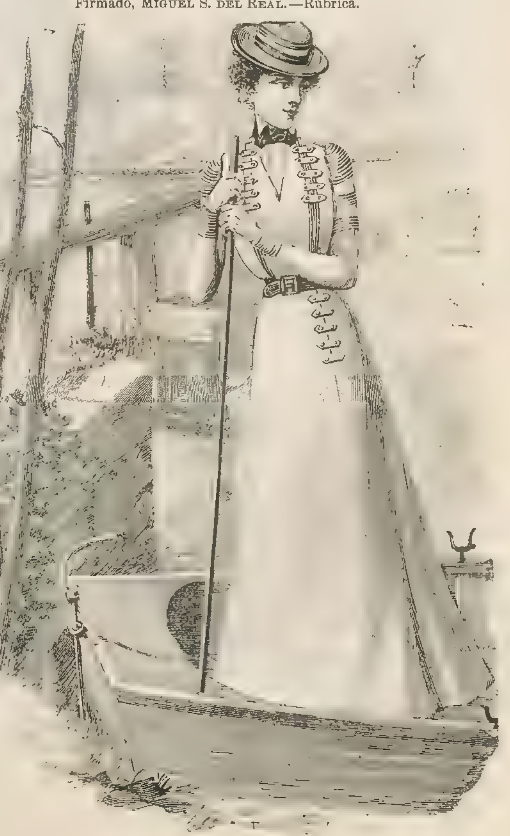
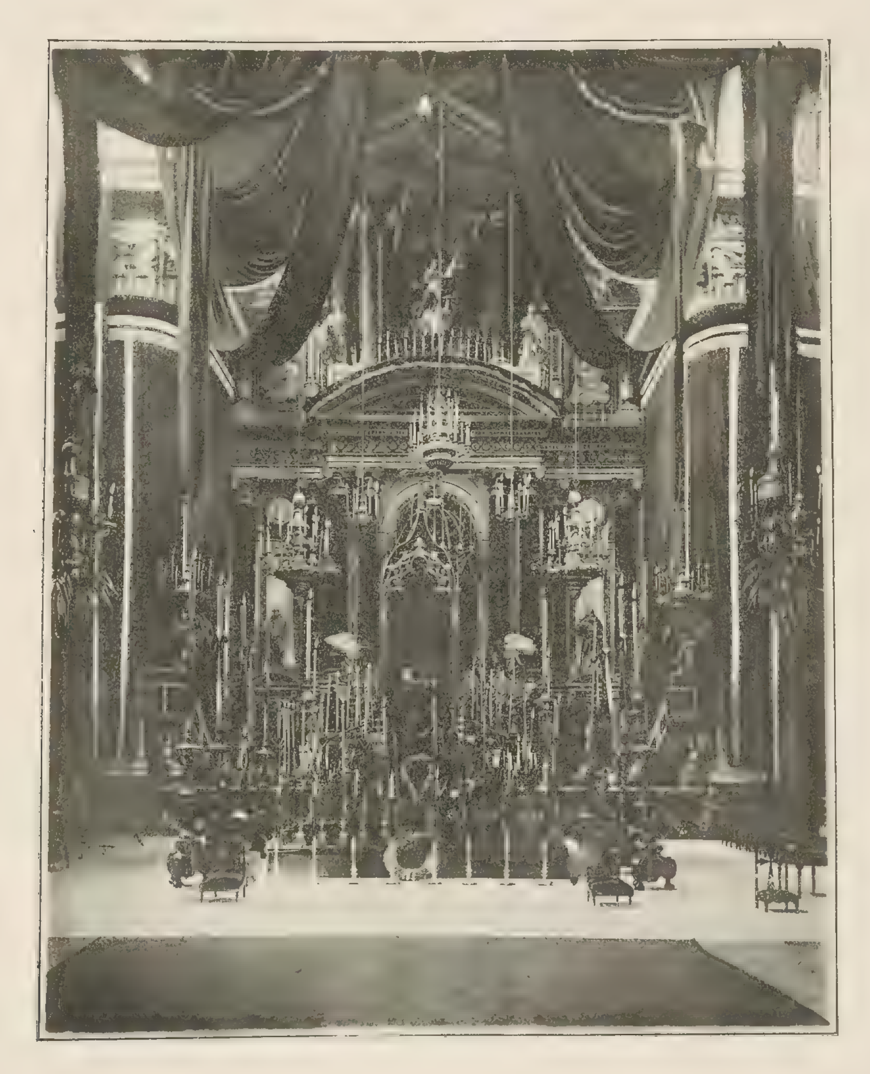


Fig. 5.—Toilette de excursion.

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I | México, Domingo 18 de Junio de 1899. | Número 25

Las honras fúnebres de Castelar en el templo de Santo Domingo.



Aspecto del altar mayor el martes 13 del actual, día de la ceremonia.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Las comedias de magia anuncian su temporada en el Teatro Nacional. Bien venidas sean. Tienen, entre nosotros mucho de primitivo y arcaico; pertenecen á la época de los primeros balbuceos de la mecánica escénica, y todas sus mutaciones, tramoyas y desapariciones son de una pueril é ingenua malicia. El viejo tablado de escotillones reclinantes y telares apolillados, vuelve á poner en juego sus secretos, á desempolvar sus armatostes, á desenmohecer sus goznes, á untar de aceite sus articulaciones anquilosadas y á renovar las ficciones de antaño para entretener á los niños, de la misma manera que el abuelo se viste con su casaca de juventud para referir á las nietos las proezas y aventuras de su vida.

El Nacional se mandó hacer nuevo decorado, vistas flamantes, apoteosis y rompimientos de gloria, y vestida así á la antigua usanza, divierte las fantasías recién nacidas.

El público liliputiense va de asombro en asombro, y sin darse cuenta, sin transición, sin dificultad, entra de la mano de la inocencia, en el reino de lo maravilloso.

El coro de risas angélicas, hace inauditas y encantadoras combinaciones rítmicas, en las que se mezclan gritos de pájaros, palmoteos de entusiasmo, tal cual queja inoportuna y comprimida, fragmentos de palabras extrañas, roce de seda y encajes que producen un ruido de alas impacientes.

La chiquillería está alegre hasta el delirio.

Las guirnaldas de cabecitas, cada una con su colorido y caprichoso tocado, bordan la barandilla de los palcos. El viejo teatro, fuerte y grande, pero roído y maculado por el tiempo, se parece á uno de esos árboles seculares, de corteza áspera y gris, y ramaje nudoso y seco, que, de pronto, en plena primavera, se ven invadidos por cantantes ejércitos de pájaros. Cada palco es una nidada. El aire está lleno de píos y gorgeos. De almita á almita vuela, como una fragancia, el regocijo. El candor está mistificado por la ficción. La infancia está engreída con la magia. ¿Qué sabe de ella, que ha pasado la frontera del desierto de la realidad y que va, á campo traviesa, por los inverosímiles cármenes de la ilusión?

Y entre tanto, un cómico cualquiera, un *Don Junípero*, va, viene, masculla los versos de Harszembuch, se esconde, reaparece transformado por el encantamiento, bulle en un mundo de hechicerías y batalla en una empresa extravagante y ridícula, entremezclada de agudezas inofensivas y de lances burlescos.

Las comedias de magia! Es decir los primeros encuentros con el ensueño, las impresiones primeras de lo fantástico y sobrenatural, los primeros relatos de la imaginación, los cuentos de hadas realzados y vívidos.... Bien venidas sean las comedias de magia.

Los que hemos crecido, los que hemos sufrido, los que ya no entendemos esas cosas porque rompimos el caleidoscopio de la existencia, los hombres, en fin, los niños grandes, experimentamos una celestial delicia en este cándido espectáculo, en el que no hay nada doloroso, ni cínico, ni vulgar, ni amargo, ni sensual. Oh, no! Cuando los pequeñuelos se entretienen, el mundo nos parece bueno y divinas las comedias de magia. Bien venidas sean.

Bien venidas sean las comedias que hacen reír á los niños y los libros que hacen llorar á las mujeres.

***

A Desgracia.—Una alma femenina, exquisitamente enferma de ternura escribió estos renglones: Ya ni los libros que antes fueron nuestra pasión, pueden distraernos. ¿Qué hacer, Dios mío? Si casi todas esas literaturas modernas, enfermizas, palpitantes de dolor, contagiadas de la angustia que ha anegado los corazones en el naufragio de todos sus ideales, saben más de tormento que de consuelo; si vienen á salpicar de amargura el *penacho blanco* de las quimeras inmaculadas!

Tienes razón, exquisita alma femenina, pero.... escúchame.

Un cuento de niños refiere cómo tres jóvenes príncipes, deseosos de alcanzar el amor de una reina, hermosa hasta el ensueño, juran, cruzando sus espadas, partir en busca del talismán que ha de darles la dicha de abrir á un tiempo las puertas de un palacio y el corazón de una mujer. Juntos marchan, y allí donde el camino se divide en tres vericuetos, se abrazan, se despiden, cambian entre ellos juramentos y promesas, y á la memoria de la divina enamorada, apártanse, y cada cual, gallardo y ágil, toma su rumbo, con el pensamiento clavado en un mismo recuerdo, y el anhelo henchido de una sola esperanza. También éstos allá van, borrándose entre el polvo, apresurados y seguros, camino del amor, de la felicidad y de la gloria. Llevan la espada al cinto, la escarcela repleta, el alma rebozante de alegría y un hervidero de sueños tras de las pupilas deslumbradas.

Para combatir les resguarda el pecho la coraza de plata; para cantar, les cuelga del cinto el laúd de ébano, y para vencer les anima la fe en su destino y la celestial epifanía de la prometida.

Tras de maravillosas aventuras, proezas de encanto, encuentros de hadas, batallas de gigantes y lances milagrosos, vuelven los tres príncipes el día en que convinieron, anunciados, á la vez, por la trompeta del heraldo. La corte, preparada en la gran sala, rodea el trono y la reina toda vestida de luz, de brocado y de belleza aguarda á los peregrinos, uno de los cuales, le ha de presentar el talismán, á cuya vista su corazón abrirá las alas, como paloma que despierta, herida pur un rayo de sol.

¿Quién es el elegido?—¡Oh, amiga mía, este cuento, lo sabías quizá desde hace muchos años;—no es el elegido, el bravo príncipe que trae enarcada en la pulida y blanca esfera de su casco una sierpe de oro; llega cargado de laureles y ha vencido en los combates á todos los guerreros y en los juegos florales á todos los trovadores; pero no es ese; no es tampoco el príncipe magnífico, que viene vestido de seda constelada de pedrerías y que anuncia que ha vuelto con los tesoros del Oriente; no es ese; el elegido es el príncipe enamorado que cruzando un bosque en una rosada mañana se acercó á un raudal misterioso y de su orilla cortó una flor, luminosa como una estrella, en cuya corola había una lágrima.

La cortó, pensando en que esa flor simbolizaba su pasión, hecha de luz y de llanto, y era la única joya digna de ser tocada por las invioladas manos de una reina.

Yo lo cuento á mi modo, un poco á la Mendes, á manera de apólogo de la vida;—¿qué otra cosa es la vida si no un cuento de niños?—adórnalo tú y complétalo con tu nueva y florida fantasía, alma femenina, exquisitamente enferma de ternura.

¡Si yo pudiera explicarte la sutileza de este símbolo! Si pudiera decirte que hay todavía poetas modernos, deliciosos poetas del último barco, que pueden llegar á tí, no como los púgiles y tremendos pensadores que han vencido á todas las ideas y han cantado todas las desesperanzas, ni como los magníficos dominadores de la forma, que envuelven su punzante ironía en el manto de gemas de su estilo, sino como el príncipe enamorado, trayéndote, luminosa como un lucero, la flor del amor y de la belleza, en cuyo fondo brilla una lágrima!....

***

Guillermo Valencia, un joven poeta americano, ha producido un estremecimiento artístico en el Continente, con su moderno poema: *Anarkos*. Las revistas y periódicos literarios reproducen la obra y la juzgan una gallarda muestra de inspiración y elocuencia. Realmente es una alta poesía, conmovedora y humana, que canta un gran dolor de nuestro siglo; el que ha engendrado ese monstruo sombrío, que se arrastra en el fondo de la musería: el anarquismo. EL MUNDO da hoy á conocer á sus lectores estas soberbias estrofas que terminan, tras duras imprecaciones y olímpicos arrebatos de ira, en un delicado y fino retrato de la figura más serena de la época: León XIII.

Guillermo Valencia ha encendido una nueva lámpara en el altar del Arte.

***

Lluvia menuda, fino polvo de lluvia que cae sobre la ciudad horas y horas, y que bajas el cielo de plomo, para que lo toquemos, como dice Daudet, con la punta del paraguas, lluvia menuda que todo lo entristeces, lo descoloras y lo enfrías, polvo de lluvia que jugueteas y triscas en las cornisas de las casas, y que estallas en el lodo del suelo con un rumor de abeja. ¿por qué entras tan adentro, hasta el corazón, y allí despiertas la indefinible melancolía de los recuerdos angustiosos y de las aspiraciones irrealizables? Tú que opacas la luz y echas tu cortina de bruma sobre los horizontes, por qué también goteas tus perlas negras, como en una ánfora sombría, en los espíritus enfermos? ¿Que nos traes de doliente, de angustioso, de desconsolador? ¿Qué letra misteriosa y elegiaca tienen tus canciones monótonas?

Ah, Verlaine, pobre Lelian, cuántos, mirando caer esta lluvia menuda, horas y horas en los vahosos vidrios de nuestras ventanas, arrullamos penas y sueños con tu verso sublime: llueve en la ciudad como llueve en mi corazón!

Luis G. Urbina

EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

Sentiríamos que se cumpliera el pronóstico pesimista de los autores de los últimos cablegramas que anuncian el probable fracaso de la Conferencia de La Haya; todos los pueblos militarmente débiles, por la escasez de su población ó porque han necesitado concentrar sus recursos en ponerse en condiciones de producir y en procurarse útiles de trabajo, y tal es nuestro caso, deben deplorar de veras que la humanitaria iniciativa de Nicolás II, no produzca un resultado práctico. Como acertadamente se ha dicho, las reglas internacionales que forman el derecho de guerra provienen más bien de las influencias ineludibles de la civilización sobre las costumbres, que de una serie de convenios generales entre las naciones, que pudiesen constituir un verdadero *corpus juris* obligatorio ó bien sancionado Y una regla precisa y clara es lo que se necesita, aun cuando fuese dura al vencido y al débil como la que puede inferirse del conocido tratado del profesor Bluntschli que mereció la aprobación de un perito de primer orden en materia de dureza y de fuerza, el Feld-Mariscal de Moltke. Los convenios sobre la prohibición de balas explosivas, la abolición del corso, etc., no son por cierto suficientes para dar cuerpo á un código internacional de la guerra; todo es, pues, derecho consuetudinario en estos puntos.

El abuelo del Tsar actual había promovido la reunión de otra conferencia que discutió á fondo puntos interesantísimos y aún llegó á un acuerdo sobre muchos de ellos, mas este acuerdo quedó sin sanción, ni era fácil que la tuviese: nos referimos á la conferencia de Bruselas, que debía ser el preámbulo de otra que se celebraría en Petersburgo, para dar cima á la obra extrayendo de los protocolos de la primera cuanto pudiera reducirse á regla precisa. Inglaterra, en nombre del derecho á la resistencia irregular de los pueblos pequeños, hizo abortivo el proyecto en los primeros meses de 1875 y las cosas quedaron *in statu quo*.

La conferencia bajo la influencia entonces omnipotente del imperio alemán parecía, á primera vista, que sólo había tenido en cuenta el famoso apotegma de Moltke: «puesto que la guerra es un mal, son lícitos todos los medios que conduzcan á abreviarla.» Examinando, sin embargo, atentamente las conclusiones en el *proyecto de declaración internacional*, preciso es convenir en que al rudo principio formulado por el Jefe del Estado Mayor alemán, se añadía esta atenuativa: «sin infligir al enemigo sufrimientos inútiles.» Y de hecho en los artículos del proyecto se especificaba el derecho de los invasores, se ampliaba mucho, se les daba facultad de vivir sobre el país, de organizar sobre la marcha las conquistas y de tratar á los resistentes, cuando no tuvieran algún carácter de regulares, con todo rigor. Y hasta aquí la influencia alemana. Mas la influencia rusa obtuvo que se declarase respetable la propiedad privada, que no se considerase fuera de la ley á quienes, no perteneciendo al ejército, contribuyen á la defensa del territorio invadido, con tal de que de alguna manera se hubiese autorizado su organización y diesen algunas garantías de que respetarían las reglas de humanidad en la lucha y aún las defensas expontáneas de poblaciones, sin autorización de gobierno alguno se considerabau incluidas en el derecho.

Esto y muchas otras cosas resultaban muy bien meditadas y animadas de un espíritu de previsión y de justicia dentro de la fatal necesidad de la guerra. Así es que la conferencia de La Haya, proponiéndose tomar como punto de partida las conclusiones teóricas de Agosto de 1874, agregando cuanto al tribunal de mediación se refiere, ha hecho bien y dado buen cauce á sus trabajos; las resistencias á la adopción de este programa se anunciaban de parte de Inglaterra; ahora resulta que Alemania es el obstáculo, no en cuanto á lo que atañe á los *desiderata* de Bruselas, sino en lo que se refiere al pacto de mediación y arbitraje.

Sería descorazonante un fin de esta especie para tan noble pensamiento; veremos, hay que contar con la dulce tenacidad del autócrata ruso. No sólo tendrá en su historia esta tentativa en favor de la paz del mundo como punto de oro: la supresión de la transportación á Siberia, plaga espantosa de las poblaciones situadas en las comarcas uralo altaicas y violación perenne de todo sentimiento humano, será un gran timbre de honor para su nombre en la posteridad.

Precisamente, si el tribunal de mediación proyectado en La Haya, estuviese organizado, ya tendría un par de buenos motivos de entrar en acción para evitar dos conflictos que parecen inevitables: el de los Boers y los Ingleses y el de los Suecos y los Noruegos.

Lo saben nuestros lectores: en el sur africano dominan los ingleses; pero su colonia del Cabo, bien reducida, cuando de los holandeses pasó á ellos, ha ido creciendo siempre en dirección del N. y ahora toca en las fronteras del Portugal africano, que ya hubiera salvado si el recelo de los alemanes que se han apoderado de dos trozos de costa en los catetos del triángulo africano y el de los holandeses libres (boers) no los

contuviera. Sería esto cuestión de formar un sindicato anglo-alemán para dividirse la colonia portuguesa: cuestión de tiempo. Porque así como parece probado que á los ingleses individualmente no les gusta ó por lo menos, no deliran por el agua, los ingleses colectivamente, es decir, Inglaterra, sí siente por ella una real pasión. Y desde luego por el agua salada, casi todo el Océano cabe en su copa; mas no juzga incongruente endulzar el amargor del mar con algunas gotas de agua dulce y de aquí el deseo de hacer entrar algunos grandes ríos en su vaso; y no estorba en verdad que esos ríos se lleven en sus márgenes una buena zona de tierra; al principio el agua se enturbia, pero se asienta luego y queda para siempre en el fondo de la copa.

La campaña de Lord Kitchener y el incidente de Fachoda proporcionaron á Lord Salysbury el gusto de brindar en la mesa del corregidor de Londres con todo el Valle del Nilo dentro de su *flute* de Champaña y Mr. Cecil Rhodes que tiene el temperamento agarrador, diremos, de los Clive y los Warren Hastings, quisiera llegar á servirle en una gran damajuana de oro incrustada de diamantes del Cabo al espléndido Zambeze, en mitad de cuya corriente puso ya la mano el leopardo, para lavársela, sin duda.

Ahora bien, enclavados en estos territorios ingleses en crecimiento perpetuo, hay dos libres republiquillas, una pegada por el Norte al gobierno del Cabo, que se llama el Estado de Orange, poblado por ingleses y holandeses, pero de hecho bajo la soberanía inglesa. Y al N. de éste, un territorio de mineros y pastores, holandeses de origen los últimos y muy robustos y muy altivos: los *boers;* la república del Transvaal, que así se llama, bajo la presidencia ó cacicazgo patriarcal del viejo Krüger, lleva una vida bastante precaria, gracias á la presencia de un grupo considerabilísimo de extranjeros ó *uitlanders*, que forman una parte principal de la población activa, sobre todo en los distritos mineros, y que llevan casi todo el peso de los impuestos sobre sus espaldas.

La mayoría de estos *uitlanders,* de origen inglés, aunque los hay de todas las nacionalidades, desearía una transformación completa en la legislación del Transvaal, y que en virtud de ella quedasen aseguradas la abolición de los monopolios que gravan la minería, la independencia de la justicia, á merced hasta hoy del presidente Krüger y una participación en el gobierno del país... y aquí es donde quema. Porque el susodicho presidente y todos sus burghers ó boers saben bien que los uitlanders se harían dueños del país en cuanto se le dé una completa facilidad de nacionalizarse y de votar, y que lo pondrían en manos de Inglaterra.

Cecil Rhodes, antiguo jefe de la liga de los *afrikanders* ó partidarios de la autonomía de las posesiones anglo-africanas, después de haber sido el secreto organizador de la tentativa de conquista del Dr. Jameson, se ha separado de sus antiguos amigos, ha constituido una nueva liga africana y ha hecho de la *Compañía del Africa del Sur*, que tiene su carta del gobierno británico como la antigua Compañía de las Indias, por lo que lleva el nombre, famoso ya, de *Chartered company* un agente de la política imperialista ó de expansión, cuyo corifeo es, en el actual gobierno inglés, el audaz y elocuente Mr. Chamberlain.

Parece, pues, decidido *in pectore* que el gobierno inglés, de grado ó por fuerza, someterá ó dominará por trasmano la república boer; que el pretexto será la reciente petición de los *uitlanders* hecha al gobierno de S. M. B. que cree tener ciertos derechos eminentes sobre el Transvaal (aunque el último tratado no se los reconoce ya) solicitando su intervención para remediar las vejaciones que sufren. Y el gobierno de S. M. B. habría intervenido inmediatamente á no ser porque la minoría de los *uitlanders*, cuyo centro es Johannesburg, ha hecho una contra petición favorable á Krüger y porque gran parte de los africanders son enemigos del imperialismo. La situación es muy tirante y preñada de amenazas; de ambos lados se hacen preparativos de guerra. Lo grave es que la conferencia de arreglo que debía vericarse entre el presidente y el comisionado inglés Milner en Bloemfontaine se ha interrumpido sin resultado alguno. *El Times* dice: «tenemos las manos libres» y si en lugar de manos leemos garras, convendremos en que una de estas noches habrá una sangrienta y opípara cena en el Africa del Sur. Toca de derecho el *toast* á Mr. Rhodes.—Al cerrar esta revista nos dejan entender los *cables* de Londres que en la Cámara misma de los Comunes habría su resistencia á llevar las cosas á términos violentos, y en verdad, que sería este un gran abuso de fuerza; aun se deja entender que el Ministro de las Colonias dimite...... No lo creemos, Mr. Chamberlain tiene demasiada importancia en el *unionismo*, para que los señores Salysbury, Goschen y Balfour consintieran en su retirada.....

***

Los suecos y los noruegos, que forman una unidad, geográfica desde las edades geológicas y política desde 1814, quieren separarse aun cuando sea rompiéndose las crismas. Es decir, no; Suecia no quiere la separación, al contrario, está resuelta á mantenerla aun por la fuerza; claro, dicen los noruegos, como que ella se ha hecho la parte del león; ella nombra los cónsules y los ministros diplomáticos y se arroga una superioridad que no debe tener...... La verdad es que son dos grupos de la familia escandinava que no congenian, ni hablan casi la misma lengua; Noruega forma en este grupo con Dinamarca y no con Suecia. Ni tienen la misma organización social; Noruega es profundamente democrática, Suecia es fundamentalmente aristocrática y la dinastía del antiguo soldado de los ejércitos revolucionarios franceses, se ha avenido perfectamente al ceremonial y á las preocupaciones de los suecos.

Los noruegos quieren su autonomía completa ¿completa? La verdad que yo no sé cómo entienden esto, ¿quieren una dualidad? ¿Quieren expulsar del trono de Noruega á los nietos de Bernadotte? Es un hecho que el republicanismo hace más prosélitos cada día; pero sobre todo, las tendencias separatistas. El gran explorador polar Nansen enarboló entre los hielos árticos la bandera separatista, sin la cruz que simboliza la unión. Y los dos más grandes poetas que Noruega tiene y le envidia Europa, B. Bjærnson y H. Ibsen, son los corifeos del movimiento. Todo lo que aquí no sea una transacción, sería una desgracia.

***

Los lectores del Mundo Ilustrado están al cabo de los graves asuntos de Francia: saben que el Tribunal Supremo declaró revisable el proceso Dreyfus; que esto coincidió con la absolución de uno de los jefes de la porción gritona y levantisca del pueblo de París, Paul Derouléde, por un jurado mal dirigido; no ignoran que en una fiesta hípica, los mismos que habían organizado esta diversión muy estimada de la gente de dinero, de los gomosos de la aristocracia que no se respeta y de las grandes impuras, habían complotado una manifestación injuriosa contra el Presidente de la República, y le dieron la forma, que creyeron probablemente la más *smart*, de unos bastonazos propinados al Jefe del Estado, por uno de los *clubmen.* Y de aquí la innoble ocurrencia del conde Christiani.

Esto fué miel sobre hojuelas para M. Loubet; la tremenda indignación que produjo el ultraje, levantó á las nubes su popularidad; todos los republicanos de todos los matices se unieron en una protesta, y de esta protesta nació la manifestación de Longchamps. ¿Y qué diablos es lo que reprochan á este excelente ciudadano y hombre de bien? Pues no se sabe; según una carta del delicioso poeta y deplorable político, el recién convertido François Coppée, M. Loubet debió haberse manifestado resuelto á sostener al ejército (pues claro es que lo está), aun contra la justicia (pues claro es que esto sería infame é imbécil). Y de aquí la ira y la imputación archicalumniosa de *panamista* que le regalan los energúmenos de la talla de los Sres. Drumond y Rochefort.

Para reencender en Francia el fuego republicano, no hay cosa mejor que herir el profundo sentimiento igualitario del pueblo, y de esto se encargaron los marqueses insultadores de Auteuil. Como por ensalmo unieron en contra suya á los elementos republicanos desde el sonrosado de los partidos de moderación y gobierno hasta el rojo vivo de los radicales y socialistas. No podía impedirse á éstos manifestar en favor de la República y de M. Loubet; pero era preciso tener el ojo sobre ellos, no fueran á aprovechar la oportunidad para convertir una manifestación republicana en una contra el ejército. Esto habría sido oro en polvo para los que proclaman que salvar á un inocente es deshonrar al ejército. M. Dupuy, que es un hombre enérgico, dió sus instrucciones á la policía con el indicado laudabilísimo fin. Mas la policía, según parece, no sólo puso el ojo sobre los socialistas, sino también la mano. Y aquí fué Troya. Vinieron las habituales interpelaciones furiosas y descompuestas, y en el voto de una orden del día quedó en minoría el Ministerio Dupuy, que dimitió en seguida. El presidente admitió la dimisión que hacía tiempo deseaba.

El Ministerio Dupuy contenía excelentes elementos: Delcassé, apenas inferior á De Hannotaux en el manejo de los asuntos exteriores; M. Freycinet, en sus comienzos, y el mismo Dupuy. Pero en realidad, no era simpático ni á los centros, ni á los extremos republicanos en la Asamblea; había tergiversado mucho, había hecho muchas vanas promesas, había tomado el partido de ser optimista cuando todos veían de bulto la dificilísima situación de la República. Pero hay que confesar que el pretexto escogido para derrocarlo fué desgraciado por todo extremo: la policía, el blanco de las iras de los revolucionarios socialistas ó monarquistas, había cumplido con su deber, y el orden había reinado en la manifestación de Longchamps: hubo sus excesos de celo; claro, y no era posible evitarlos. Si vierais, lectores, lo que es una manifestación popular en París...... me lo contaríais, porque yo no las he visto; mas vosotros y yo nos las figuramos. Millares de franceses obligados por su idiosincracia á saltar, á reir, á discutir y á gritar, exaltados por la pasión política y, en este caso, hasta por el odio de clases, ha de ser algo *sui generis* capaz de hacer perder la cabeza á todas las policías del mundo, operando de concierto. Dupuy prometió investigar y justipreciar los casos de abuso y castigarlos. ¿Podía hacer más? Cubrió con toda su responsabilidad al cuerpo encargado de velar por el orden. Muy bien; el gobierno que esto no hiciera, no sería digno de llamarse así. Y sobre este terreno fué derrotado. Pretexto, ya lo dijimos, pero desgraciadísimo.

Ahora bien, lo delicado, lo difícil en estas repetidas crisis ministeriales que desorientan la opinión, enervan al país y lo desinteresan de la cosa pública es, en primer lugar, el desprestigio que de tamaña instabilidad, reporta el régimen parlamentario. Pues bien, la república ó es parlamentaria ó no es. Eso de repúblicas plebiscitarias que grita M. Deroulede es pura soflama: lo que se pide con esto es un cesarismo y nada más y nada menos. Es cien veces preferible la monarquía constitucional.

Y, en segundo lugar, el ejército, cuya oficialidad se compone en buena parte de los hijos de la nobleza vieja y de la dorada y nueva nobleza, está inquieto y nervioso. Las amenazas á los jefes más conocidos lo soliviantan y conmueven; un régimen militar, la bandera tricolor en manos de un descendiente del héroe de Jemmapes ó del héroe de Iena, es para muchos militares un ensueño. Los ataques que los exaltados revisionistas y los anarquistas le han endereezado con impatriotismo supremo, le han hecho perder el apego que por la República tenía ya la oficialidad desde la alianza rusa. Con todo, el servicio obligatorio ha llevado á los cuadros masas profundas de hombres devotos á la democracia y una tentativa de restauración monárquica sería en el mismo ejército la señal de la guerra civil. Mantener el orden, tranquilizar al ejército y proseguir la obra de justicia trazada por la Corte de Casación, he aquí el problema para los nuevos ministros.

Y si yo fuese (no lo pretendo) el Presidente de la República francesa, compondría mi ministerio así: Ministro de justicia y jefe del Gabinete M. Waldeck Rousseau, el pesonaje más importante de la República, sin duda; descubrió su mérito el ojo único, pero infalible de Gambetta;—de Hacienda, M. Poincaré, muy joven, muy inteligente, muy honrado;—de Relaciones, M. Hannotaux, irreprochable;—de la Guerra, M. de Freycinet, el único civil popular en el ejército y apto para el caso. Si no, un militar ¿por qué no el general de Gallifet?;—de Instrucción pública, Bourgeois, prenda dada á los radicales, inmejorable en este ramo;—del Interior, M. Deschanel, gran orador, muy enérgico, muy cuerdo, la cortesía y el talento personificados;—de las Colonias, Barthou, valiente, elocuente y firme; etc.

Si con estos médicos la república no se salvaba, es porque está ya muerta. Voy á acomodar aquí un latinajo (de Tácito, con perdón vuestro) que hasta mis lectores entenderán, porque yo sólo se el latín que entienden los que no lo saben: *principes mortales rempublicam eternam esse.*

Justo Sierra.

Por qué los poetas viven poco.

El organismo humano es una máquina, delicada, finísima, de maravillosa y perfecta estructura que marcha con magestuosas elegancias de péndulo, que funciona con delicadezas y precisiones de cronómetro y que en momentos dados tiene explosiones de caldera y erupciones de volcán. Es además una máquina de fuego, como hubieran dicho los contemporáneos de Fulton, es decir que todo su poder efectivo y toda su potencia intrínseca las toma del calor, de la combustión general y continua de su propia sustancia.

Pocas gentes imaginan que llevamos una hornaza interior, que, sin metáfora estamos perpetuamente ardiendo vivos, que somos braseros ambulantes, que como los anafes de nuestras cocinas, quemamos carbón, consumimos oxígeno y desechamos vapores y cenizas.

Los pulmones son un poderoso ventilador que aerea la fragua y la alimenta, y en la intimidad de todos nuestros tejidos, en los recónditos vericuetos de todos nuestros órganos, en las envolturas y núcleos de nuestras celdillas, arde tenaz y persistente un fuego que sólo se extingue con la muerte.

El calor emanado de ese foco de combustión, se transforma en fuerza mecánica en la fibra muscular; en conmoción, en la celdilla cerebral; en corriente, en el hilo nervioso. El esfuerzo, el impulso, el empuje son calor transformado y carbón consumido y lo son igualmente las sensaciones, los pensamientos, las emociones.

Sometida, como todas, á las leyes de la mecánica, la máquina humana no funciona, no trabaja, no puede producir ninguna acción ni resistir ninguna impresión sin un gasto correspondiente, no sólo del combustible sino también sin un deterioro correspondiente al esfuerzo producido material ó moral. La máquina dura más ó menos en razón del trabajo á que se le somete, del cuidado que con ella se tiene y del combustible con que se la alimenta y la duración de la vida humana es una resultante á la vez de la ali-

El Sr. Presidente de la Republica presenciando las pruebas del cañon enviado expontaneamente a nuestro Gobierno por la Casa Krupp de Alemania.

mentación que se consume, de la higiene que se observa y del trabajo á que se da cima.

El maximum de la vida humana lo dan los campesinos lentos y metódicos en el trabajo, que viven al aire libre entre las vivificantes emanaciones de los campos, dotados de apetito voraz y de digestión vigorosa, secuestrados en su aislamiento y su soledad al embate de las grandes emociones, á las tempestades pasionales, á los sacudimientos y agitaciones de la vida activa y complicada.

El mínimum se presenta en los mineros sepultados en vida en la obscuridad de las galerías subterráneas, semiasfixiados por el aire continado, agotados por el trabajo rudo y antihigiénico y alimentados en razón inversa de su hambre y de las exigencias de su labor.

Los fogoneros de los grandes trasatlánticos, los obreros de los centros poblados, recluidos y aglomerados en mal sanos talleres, trabajando diez ó doce horas al día y consumiendo diez y seis onzas de pan y medio litro de alcohol, se marchitan como los trigos de los altares de Dolores y sucumben tísicos y exhaustos en su primera juventud.

El trabajo industrial es el Minotáuro devorador de existencias, y que exige tributo abundante de vidas humanas; el trabajo mental parece más compatible con la vida y la longevidad es mayor entre pensadores y artistas que entre jornaleros y obreros.

Pero el trabajo mental es un Proteo de incontables formas y entre los obreros de la inteligencia, los artistas en general y los poetas en particular viven poco y mueren pronto consumidos y aniquilados por las existencias peculiares de su vida.

Esa diferencia se explica y se comprende. El fenómeno mental más enervante, el que agota y consume más es la emoción. Llegadas á cierta intensidad las emociones hacen envejecer en momentos. María Antonieta encaneció la noche anterior á su ejecución; hay mujeres que envejecen en un año de viudez, lo que no envejecerían en diez. En los grandes pánicos: naufragios, terremotos, incendios, se ven gentes á quienes el siniestro sorprendió jóvenes y que quedan después de él agotadas, encanecidas, surcadas de ruges como en la edad provecta. La cólera, el rencor, la ambicion comprimida, la codicia burlada, el amor despreciado, el deseo no satisfecho agotan como la tuberculosis; se viven siglos en un momento de emoción suprema y la máquina humana suele no resistir á sacudimientos rudos y á esfuerzos sobrehumanos; el resorte distendido se rompe y la caldera calentada al rojo estalla.

No todas las emociones enervan y consumen á igual grado; las hay dulces y tiernas, regocijadas y espansivas, moderadas y deliciosas que parecen fomentar la vida, dar tono á sus funciones, estimular y prolongar su actividad. Son las emociones bruscas, las esplosiones súbitas, los sacudimientos rudos é imprevistos, los que agobian y aniquilan. Ahora bien; el artista vive de emociones, se crea artificialmente un mundo imaginario en que se codean y dan cita todas las pasiones humanas. Crea, y vive en sus evocaciones, encarna en sus personajes, goza y sufre con ellos, afronta odios, sufre desengaños, resiente injurias, recibe heridas, lanza dardos, fulmina rayos. Su espíritu no es un espejo terso, brillante y frío que recibe pasivamente y refleja las impresiones exteriores: los desfiles de luchadores y los hacinamientos de vencidos, las teorías de ambiciosos y los amontonamientos de desengañados, las procesiones de fanáticos y los calvarios de mártires; no, su alma es un vasto escenario en que se libran combates, se cumplen venganzas, se anudan y desenlazan dramas, se encadenan epopeyas. En ese escenario el poeta es el protagonista y en su corazón palpitan las emociones de todos sus personajes. El poeta, el verdadero, es legión; si pinta el adulterio sufre las angustias de la infiel á la vez que las torturas del abandonado: si deslinea los dramas de la ambición resiente á la vez las inquietudes del ambicioso y los odios de sus rivales; en un crimen, experimenta el terror de la víctima y también el furor del asesino, y si cuenta amores ama como el galán y como la dama, doblemente y en doble forma.

Un poeta verdadero, si canta la muerte de César, experimenta á la vez infinita amargura con la víctima y odio inextinguible con Bruto; si los tormentos de Prometeo, sufre sus dolores y resiente los sangrientos apetitos del buitre; Shakespeare dudó con Hamlet, amó con Romeo, sintió celos con Otello y envidias con Yago. Dante fué Ugolino, como fué Fancisca, y sufrió por la justicia con todos los desheredados; Byron libó todos los néctares y todos los cálices, lo

La Comision tomando los datos para presentar su informe al Sr. Presidente.

Arco de la Paz.—León.

corroyeron todos los vicios de D. Juan y todos los excepticismos de Manfredo.

Así sacudida y traqueada por todos los dolores como enervada por todas las voluptuosidades, el alma del poeta vive con todas las almas, es una síntesis y un resumen de todas las vidas, un aparato registrador de todas las emociones y una barca sacudida por todos los oleajes.

De ahí que viva mucho y muera pronto; que la caldera, expuesta á presiones excesivas, no tarde en estallar; que el mecanismo sometido á choques bruscos y á frotamientos rudos no tarde en deformarse, en tropezar y de súbito en rehusarse á funcionar. Las formas modernas que reviste el estro poético, con refinamientos sibaríticos, con exquisiteces patológicas, dada á menudo á lo siniestro y á lo macabro con Baudelaire; á lo profundamente triste y á lo irremediablemente excéptico con Musset; á lo lúbrico y á lo bajo con otros mil, son todavía más funestas y más mortíferas. Fray Luis de León hubiera podido vivir siglos, porque sólo experimentó emociones dulces, como el expansivo Cervantes y el cómicamente satírico Lope de Vega; pero Byron y Musset tuvieron que morir jóvenes, Baudelaire acabó loco, Gerardo de Nerval y Acuña, suicidas.

Si no hubiera poetas calculadores y reflexivos, á la vez que inspirados, como Víctor Hugo; si otros como Milton y Shakespeare, no estuvieran forjados de acero inglés; si muchos no tuvieran buenas costumbres y huyeran del desorden y del vicio, como Justo Sierra, el estado de poeta sería incompatible con la vejez.

En nuestra raza y en nuestro medio, esos estragos son más perceptibles. Los poetas latinos son, en general, fogosos, y los latino-americanos volcánicos. Sienten más, gozan y sufren á un diapasón más agudo y se agotan y extinguen en general más pronto. Flores de invernadero brotadas prematuramente al calor tropical, pasan en un día de botones frescos á pétalos marchitos, y rara vez esas cabezas volcánicas llegan á coronarse con las augustas nieves de la vejez.

Dr. M. Flores.

NUESTROS GRABADOS.

El altar mayor del Templo de Santo Domingo.

La muerte del egregio Castelar no podía menos de afectar hondamente á la Colonia Española, la cual dispuso una pomposa ceremonia fúnebre en el templo de Santo Domingo, á la que asistió, como era de esperarse la sociedad de México que tiene por el Señor Castelar la mas alta admiración. El hecho significativo de la presencia de la Señora Romero Rubio de Díaz en esa ceremonia, patentiza el sentimiento público nacional, elocuentemente manifestado anoche en la velada que los alumnos de la Escuela de Jurisprudencia consagraron á la memoria del gran republicano español.

Las pruebas del cañón Krupp ENVIADO A NUESTRO GOBIERNO.

Enterada la casa constructora de cañones Krupp, de que el Gobierno mexicano había mandado construir en la Fábrica de Saint Chamond, en Francia, varias baterías de cañones, del sistema ideado por el Teniente Coronel Manuel Mondragón, la casa Krupp construyó expontáneamente, un cañón semejante en calibre y dimensiones al Mondragón y lo envió de Alemania á México.

Una vez en esta Capital la poderasa máquina de guerra y presentada que fué á la superioridad, ésta ordenó que fuera estudiada por una comisión de Jefes de la Plana Mayor Facultativa de Artillería, nombrada especialmente para el caso y que fué integrada por los Sres. General Coronel Ignacio Salamanca, Coronel Juan Quintas Arroyo y Teniente Coronel Gilberto Luna, como Presidente y vocales de ella, respectivamente, y como Secretario con voto, el Capitán 1º Don Manuel M. Velázquez.

El modelo de cañón enviado, que pertenece á los clasificadas entre los de «Artillería de Montaña,» es del sistema de tiro rápido y de 70 milímetros de calibre y fué traído con toda clase de reservas y precauciones, por el representante de la Casa Krupp, señor Poblo Begnerd.

La comisión estudió el mecanismo de dicho cañón, así como su peso y sus cargas, fraccionadas, á lomo de mula, y cuando el estudio técnico estuvo concluido, procedióse á las pruebas de fuego, en el Polígono de San Lázaro, y en presencia del Señor Presidente de la República.

Estas pruebas son las que representan nuestros grabados, tomados de fotografías directas.

En el primer grabado, se ve al Coronel Quintas Arroyo, después de haber apuntado personalmente el cañón, en el momento que ordena se haga el disparo, y al Sr. General Díaz, viendo á través de sus anteojos de campaña el resultado de la granada proyectil, al dar en el blanco.

La segunda fotografía fué tomada después de las pruebas de fuego, en el momento en que los comisionados respectivos dan cuenta al señor Presidente de la República, de las velocidades iniciales recorridas por los proyectiles del cañón en estudio.

Sabido es el interés con que se estudia por todas las naciones, cualquiera modificación hecha en la artillería, factor decisivo en las guerras modernas, y por eso no es de extrañarse que en los grabados se vea tan gran número de oficiales mexicanos, que ansiosos de conocer el nuevo cañón, acudieron á las pruebas, á tomar las notas que creyeron convenientes para sus estudios.

Las pruebas á que nos referimos, han sido de las

Departamento Judicial en la Carcel Publica de Oaxaca.

Una Exposicion Artistica en el Casino nacional.

El Sr. Patricio Milmo.

más concurridas, pues además del Señor Presidente de la República, asistieron á ellas el Señor Secretario de la Guerra, General Felipe B. Berriozabal, el Sr. Ministro de Alemania, el Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra, Sr. Alejandro Pezo, el Jefe del Demartamento de Artillería, Sr. General Jesús F. Jiménez, los representantes de la Casa Krupp y multitud de Jefes y Oficiales, especialmente de Artillería.

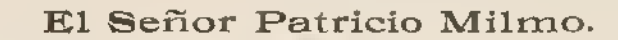
ARCO DE LA PAZ -LEON.

El magnífico Arco de la Paz que se levanta en el Paseo de la Calzada de la ciudad de León es una de las obras más bellas entre tantas que dejará en el Estado de Guanajuato la actual Administración.

La altura del intercolumnio desde la base del pedestal hasta el saliente de la cornisa mide cerca de quince metros y la altura total es de diez y ocho metros treinta y seis centímeros, dato que puede indicar perfectamente la hermosura monumental de esta delicada obra de arte.

El costo de ella no baja de $ 17,000 y se construyó en los meses corridos del 1° de Noviembre de 1893 á Marzo de 1897.

El Señor Patricio Milmo.



Presentamos el retrato de este acaudalado banquero de Monterrey muerto el día 15 de Febrero del corriente año. El señor Milmo era irlandés y muy joven vino á México, radicándose en Monterrey al lado de su tío el Sr. Santiago Milmo, de cuya casa mercantil se hizo á poco jefe, desarrollando los negocios de ella y formando nuevos ramos de especulación.

Su espíritu de empresa lo llevó por caminos nuevos en la banca y en el comercio, siendo uno de los que más han contribuído á implantar en el país los sistemas modernos de cambio y de las instituciones bancarias hoy perfectamente conocidos en toda la República.

En 1857 se casó el señor Milmo con la virtuosa dama Doña Prudenciana Vidaurri, hija del célebre General Don Santiago Vidaurri, y tuvo de su matrimonio varios hijos de los cuales viven cuatro. Mr. E. Kelly, banquero de Nueva York y el Príncipe Ratsiwill, noble polaco, contrajeron matrimonio con dos de las hijas del señor Milmo.

Creese que los sucesores del señor Milmo continuarán el manejo de los negocios de la casa, con el acreditado nombre del fundador de ella, gracias al cual ha sido y es una de las más fuertes y prestigiadas de la República.

El Palacio de Kensington, donde nacio la Reina Victoria.

DEPARTAMENTO JUDICIAL EN LA CARCEL PUBLICA DE OAXACA.

Según los datos de la Jefatura Política de Oaxaca, en la parte occidental de la Cárcel Pública de esa capital se acabó de construir el local destinado al despacho de los Juzgados 1° y 2° del Ramo Penal, en la planta alta, y en la baja la Sala de audiencias, Alcaidía, Cuerpo de Guardia, etc., decorándose y amueblándose convenientemente todas las oficinas.

El costo de las obras respectivas es de $ 21,443 de los cuales da $ 3,580 el Municipio de Oaxaca, y el Gobierno $ 7.000, erogándose el resto del fondo de multas de la Jefatura Política.

UNA EXPOSICION ARTISTICA

EN EL CASINO NACIONAL.

Los Sres. Francisco Solanes y Manuel Schopp han organizado, en el Casino Nacional, una Exposición de Pintura, en la que hay cuadros de diversos artistas españoles.

Nuestro grabado da una idea del aspecto del patio de ese edificio, convertido temporalmente en galería de *vernisage*.

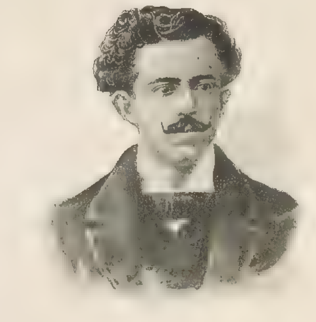
Para ser justos, debemos hacer muy especial mención de la franca y liberal acogida que dispensó el Casino al Sr. Schopp, haciendo suya su empresa en la parte de trabajos de preparación. Comprenden los señores miembos del Casino la importancia de todo estímulo al arte y la necesidad que tiene México de formar el gusto en la frecuente observación y comparación de obras artísticas, y de ahí que hayan hecho en pro del Sr. Schopp más de lo que la hospitalidad exige.

La falta de tiempo nos ha impedido escoger alguno ó varios de los cuadros de la Exposición para reproducirlos, pero nos prometemos proceder á esa tarea, que nos es muy grata, pues para nosotros el problema del avance del arte nacional, estriba en la multiplicación de ocasiones de observación, que forman la crítica estética.

El adorno del patio del Casino es obra del Sr. Gómez, habilísimo decorador.

Sabemos que antes de abrirse la Exposición, ya se han vendido algunos de los cuadros que han de formarla, por lo que felicitamos á los señores empresarios.

Las proporciones en el arte monumental.



Guillermo Valencia,
Autor del poema Anarkos.
(Véase *La Semana*).

EL PALACIO DE KENSINGTON.

En este «Palacio dentro de un jardín,» como dijo Lord Beaconsfield, nació y fué bautizada la Reina Victoria; allí fué llamada al trono y presidió su primer Consejo de Ministros; allí se despidió para siempre de su madre.

Evocando los grandes recuerdos de su vida, fué á visitar esa morada el día de su cumpleaños. Los periódicos ingleses, amantes de la tradición y respetuosos como no puede menos de serlo quien aprecia el alto valor de las instituciones estables, han prodigado á su reina todos los testimonios de la más absoluta fidelidad, reproduciendo vistas diferentes de este palacio, que es uno de los más conocidos de la Gran Bretaña.

Las proporciones en el arte monumental.

¿Cómo se determina con precisión las proporciones de una obra monumental? ¿Cómo se aprecia el efecto que han de producir las masas y las siluetas, el aspecto general en una palabra?

Se ha ensayado el procedimiento costoso é imperfecto de las telas pintadas, de los maniquíes de madera, etc. Sobre que no producen el resultado que se busca, son á veces imposibles: ¿cómo hacer por ejemplo un manequí de la estatura de la Libertad, de New York?

El procedimiento de Bartholdi es infalible y además sencillísimo. Se hace una fotografía del proyecto, tomándola de un modelo en gran relieve y bien iluminado, y teniendo cuidado de colorear la prueba con el tono de los materiales que hayan de emplearse. Se recorta la fotografía como los soldaditos de plomo de los niños y se pega la silueta en la extremidad de un alambre dejándole largo cabo. Se fija una mira en el lugar que debe ocupar el monumento graduándola con señales visibles, y á una distancia conveniente se enrolla el alambre en un bastón ó paraguas colocándolo como para disparar un fusil y de modo que la silueta quede libre en el espacio.

La proyección de la imagen de la silueta produce una ilusión completa, sobre todo si la fotografía recibe luz favorable. Así se puede juzgar con precisión el efecto que producirá el monumento, graduándose las dimensiones en la mira.

Esta experiencia, empírica en la forma propuesta, se basa en los principios geométricos que rigen las proporciones de los planos paralelos que cortan un ángulo y por lo mismo puede hacerse con instrumentos de precisión.

Batholdi ha obtenido los mejores resultados y es él quien lo recomienda á los escultores y arquitectos.

LA CONFERENCIA DE LA PAZ.

Ya en la sección destinada á la Política Exterior se ha venido tratando del problema, ó de los problemas mejor dicho, que tiene bajo su esfera de estudio y acaso desgraciadamente no dentro de la posibilidad de un acuerdo unánime la Conferencia convocada por el Tsar.

Publicamos hoy con una vista general de la Sala de Sesiones ocupada por la Conferencia en el Palacio del Bosque, los retratos de los jefes de la representación enviada por las potencias principales, Rusia, Alemania, Italia, Austria, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos.

Decimos que estos son los jefes, pues con ellos han enviado las naciones, á generales, marinos, profesores de derecho, etc.

Cuando sea historiable ya y se conozca la acción personal de cada uno de los miembros de la Conferencia, publicaremos los retratos, omitidos hoy, no por creerlos de escasa importancia, sino por esperar la oportunidad para hacerlo.

LA CONFERENCIA DE LA PAZ EN LA HAYA.

Inglaterra. — Sir Julian Pauncefote.

Rusia. — Baron de Staal.

Alemania. — Conde de Munster.

Francia. - M. Leon Bourgeois.

Una sesion en el Palacio del Bosque.

Austria.—Conde Welsenheim.

Italia.—Conde Nigra.

Estados Unidos.—Mr. Andrew D. White.

MEXICO ANTIGUO

Casa del Cacahuatal.

LA CASA DEL JUDIO.

Allá por el barrio de San Pablo, casi en los suburbios de la ciudad tantas veces llamada de los Palacios, y en la calle conocida con el nombre indígena de *El Cacahuatal*, existe una casa vieja que data de mediados del siglo XVII, y que hoy, después de tantos años, es del todo una ruina pronta á desaparecer.

Carcomida por la humedad y el salitre, llena de hierbas que han nacido entre las cuarteaduras de sus ennegrecidos muros, destechada, con maderos hendidos y apolillados, que han dejado vacíos los claros de puertas y ventanas; aquella casa próxima á derrumbarse es fea, triste, melancólica por una soledad sólo interrumpida en las noches sin luz de aquel barrio, por el chirrido de los repugnantes murciélagos que azotan las paredes, ó por el canto de uno que otro desvelado tecolote que abandona las torres viejas para ir á visitar ese sepulcro falto hasta de cadáveres.

La casa, por lo demás, no revela restos de belleza alguna; pertenece al orden churrigueresco, y por las cruces, emblemas, letras, grifos y adornos que casi borrados contiene su fachada, más parece haber sido la tranquila mansión de un obispo ó de un solitario religioso que huye del bullicio de la ciudad, que la morada de un judío, como quiere la tradición.

Empero, aunque sin haber encontrado, á pesar de repetidas investigaciones, el fundamento histórico de la creencia popular, desde muy niños hemos oído referir que en la citada casa vivió D. Tomás Treviño y Sobremonte, judaizante quemado vivo por la Santa Inquisición.

¿Pero quién fué este célebre pesonaje? ¿Qué delitos enormes cometió para incurrir en esa horrible pena, cuya sola mención hace estremecer de espanto?

D. Tomás Treviño y Sobremonte, que por algún tiempo se llamó Jerónimo de Represa, era natural de Medina de Río Seco en Castilla la Vieja, é hijo de D. Antonio Treviño de Sobremonte y de Doña Leonor Martínez de Villagómez. Esta Doña Leonor había sido relajada en estatua por judaizante en la Inquisición de Valladolid, así como otros muchos de sus parientes.

Ignoramos cuándo pasó á Nueva España D. Tomás Treviño, ó Tremiño, como le apellidan otros. Sólo sabemos que á principios del siglo XVII fué preso por la inquisición; pero entonces, aparentando sin duda arrepentimiento, logró ser reconciliado y puesto en libertad.

Poco después casóse con María Gómez, y de ella hubo dos hijos, Rafael de Sobremonte y Leonor Martínez, que también cayeron en las garras del Santo Oficio.

En México Treviño y Sobremonte se dedicó al comercio é hizo frecuentes viajes por el interior del país. Cierto tiempo se estableció en Guadalajara, capital á la sazón de Nueva Galicia, donde tuvo una tienda con dos entradas. Bajo de una de sus puertas había enterrado un Santo Cristo, y se cuenta que á los marchantes que por allí entraban les vendía más baratas las mercancías, que á los que iban por la otra. Se cuenta también que noche con noche azotaba á un Santo Niño de madera, y que como la escultura conservaba después las señales de los azotes, fué tenida por milagrosa y muy venerada en la iglesia de Santo Domingo.

Vuelto á México, cayó nuevamente en poder del Santo Tribunal; mas la enumeración de sus crímenes (?) bien merece ser conocida, y para hacerla, nos vamos á permitir extractar algunos trozos del compendio de su causa, que por aquel tiempo circuló impresa.

«Fué preso—dice—con secuestro de bienes por judaizante relapso. Salió tan poco arrepentido después de haber sido reconciliado en el Auto particular de la Fee, que se celebró en la Iglesia del Convento de Santo Domingo desta ciudad, á los 15 de Junio de 1625, que apenas se vió en libertad, quando comenzó á comunicarse de nuevo con sus cómplices, con que manifestó la ficción y cautela con que procedió en la primera causa en sus confessiones, encubriendo siempre en ellas propios, y agenos defectos, y con otras personas judaizantes, dándoles noticia de las cosas que en el S. Oficio y sus cárceles pasaban, é instruyéndolas para en caso que se vieran presos del modo con que se habían de portar, haciéndoles creer, que en estar negativo había consistido el buen suceso de su causa. Trató ya reconciliado, como judío tan de corazón, casarse con la dicha María Gómez, de quien sabía ser también judía y sus mayores aviendose comunicado por tales. El día de la boda combidó para ella á muchos de los de su caduca ley, y la celebró con ritos y ceremonias judaicas, poniéndose al tiempo de comer un paño en la cabeza, y dando principio á los demás platos con uno de buñuelos con miel de Abejas, alegando para ello cierta historia apócrifa, que decía ser de la Escritura, en que se mandaba hacerse así; degollando con cuchillo las gallinas que se habían de servir á la mesa su suegra Leonor Núñez, conformándose en semejantes ceremonias con su yerno, diciendo tres veces al degollarlas bueltos los ojos hacia el Oriente, cierta oración ridícula, labándose este pérfido judío después de comer tres veces las manos con agua fría por no quedar *treso*, que es lo mismo que manchado»

Se le acusó de haber incitado á su mujer y á su cuñada Isabel Núñez á que se denunciaran ante la Inquisición, por estar ya presos su suegra y otros dos de sus cuñados, Ana Gómez y Francisco López de Blandón; de haberse hecho circuncidar por uno de los suyos, lo mismo que á su hijo; de practicar continuos ayunos, valiéndose para verificarlo de «fingidas jaquecas y desganos de comer», de no oír misa y de confesarse «al modo judaico, puesto de rodillas en un rincón con harto feas ceremonias.»....

Que cuando acababa de comer ó de cenar, caminando en unión de católicos, al darle los «buenos días» ó las «buenas noches» no respondía «Alabado sea el Santísimo Sacramento» sino: «Beso las manos de Vuestras Mercedes.» Que su mujer le llamaba «Santo de su Ley,» y en su prisión se valía de la lengua mexicana ó azteca para comunicarse con su cuñado Francisco de Blandón. Que maldecía, en fin, repetidas veces al «Santo Oficio, á sus Ministros, á los que le fundaron y á los Reyes que le tienen en sus Reynos.»

«Y hecha la cuenta—prosigue el extracto de su causa—se halla aver hecho estos ayunos por espacio de cinco años, y á no haber acudido con hacerle comer por fuerza, hubiera muerto de este rigor de ayunos. Los delitos suyos si se hubieran de referir pedían volumen grande, basta dezir que la noche que se le notificó su sentencia de relaxación, descubrió el rostro y se quitó la máscara de fingido cathólico y dijo que era judío, y quería morir como tal, y que le coxía la muerte habiendo acabado de hacer un ayuno de setenta y dos horas; y diciéndole que había de morir al día siguiente, dijo que no, sino en el día que estava, contando el día al modo judaico, de puesta de Sol á Sol....»

Seamos justos. Leyendo las líneas anteriores se pregunta uno: ¿fué aquel infeliz judío un fanático? ¿sus sectarios no le contarán por ventura en el número de los mártires de su religión?

El 11 de Abril de 1649 celebró la Inquisición uno de los más notables y pomposos de sus Autos, y entre otros fué juzgado y condenado á ser quemado vivo D. Tomás Treviño de Sobremonte.

No describiremos la famosa procesión de la Cruz Verde que salió la víspera, ni conduciremos al lector al tablado que se levantó en la plazuela del Volador apoyado en la fachada de la iglesia de Porta-Cœli, ni oiremos la lectura fastidiosa de muchas causas insípidas y monótonas; sólo seguiremos á D. Tomás Treviño.

«Salió al Cadahalso con Sambenito y Coroza de condenado, sin cruz verde en las manos, que no la quizo admitir, mordaza en la boca, porque eran tantas las blasfemias que decía, que se usó de este medio que no aprovechó, según las travuras que hacía, y fué entregado á la justicia y brazo Seglar......»

Una vez en poder de la autoridad ordinaria, se le montó en una mula que mucho corcoveaba, se le mudó á otra, y en seguida á otras sucesivamente. El vulgo dijo que los animales no querían llevar á cuestas tan perro judío. ¿Por qué no decir mejor que se resistían á conducir á un pobre hombre á tan horrendo suplicio? Al fin se le puso en un caballo que era conducido por un indio. El indio exhortaba á Sobremonte para que creyera en "Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo," pero á las palabras acompañaba la acción, dándole tremendos puñetazos. ¡Que espectáculo! ¡Un siervo de la colonia atormentando á una víctima de su dominador!

El reo en su cabalgadura atravesó la plaza, los portales, las calles de Plateros y San Francisco, hasta llegar al *quemadero*, situado entre el convento de San Diego y la Alameda.

Se le amarró al palo del suplicio. El gentío era inmenso, llenaba todas las avenidas, las azoteas de las casas vecinas, las torres de las iglesias de San Diego y San Hipólito, las ventanas, todas las copas de los árboles de la Alameda. Esa multitud estaba formada de curiosos que iban á presenciar un acto teatral, y de devotos que esperaban ganar miles de indulgencias. Los sentimientos humanitarios se escondían allá en el fondo de los corazones. ¡Estaba prohibida bajo severas censuras la compasión!

De repente se encendió la llama de la hoguera, chisporrotearon los maderos secos, y el humo se elevó como huyendo de aquel horrible espectáculo.

La víctima, casi sofocada, mas sin exhalar un grito, ni un gemido, ni una queja la más leve, se contento con exclamar, recordando sus bienes confiscados, y atrayendo con los piés las brasas encendidas:

—¡Echen leña, que mi dinero me cuesta!

Luis Gonzalez Obregon.

LA CRIADITA

Pequeñuela, enclenque, pajiza, harapienta, con unos ojazos dulces y estúpidos, era quien por el estío llevaba los huevos frescos y la leche de la granja al castillo. Al entrar en la cocina decía «aquí está,» y se quedaba de pié junto á la puerta, esperando que la respondiesen «está bien,» mirando la batería de cocina, cuyo cobre relumbraba al sol, retorciéndose embobada con los dedos el delantal de algodón. El cocinero, vestido de blanco y serio, se le aparecía como un personaje extraño, casi imaginario y lejano, á pesar de estar allí. Era hija de un hombre que trabajaba en la granja, y de una mujer que había muerto. Pocas personas sabían que se llamaba Germana; como se la encontraba á menudo apacentando ánades, vara en mano, en las veredas festoneadas de espinos, llamábanla la Varera. Un día, el señor cura, con el breviario debajo del brazo, pasó junto á ella y la dió con dos dedos un golpecito en la mejilla, diciendo: «¡Je,

je!» Aquella carantoña y aquel «¡Je, je!» eran poco más ó menos toda su historia; la recordaba con interés todos los días. Sus ánades eran muy malas con ella, sobre todo una, la más grande. Hubiera preferido ser pastora de carneros, porque estos son pacíficos y se puede jugar con ellos. Pero era demasiado pequeña. Quizá más tarde se realizaría su ensueño, iba á cumplir ocho años por Pascua Florida.

Una vez la dijo el cocinero: «Hay gente á comer. Quédate. Ayudarás.» ¡Eso sí que era otra cosa y no el cariñito del señor cura! Estaba orgullosísima, comprendió que decididamente entraba en la vida social. En la repostería, donde comió, hiciéronla beber vino; era la vez primera que bebía «agua roja,» como ella decía. Hizo un gesto y dejó el vaso; pero el cocinero, que con su aspecto solemne era un hombre muy alegre, la obligó dos ó tres veces á beber, para reirse. Emborrachóse ella, y estuvo charla que charla. Contaba su gran aventura con el señor párroco, y que las ocas la picoteaban á veces hasta el hueso en las pobres pantorrillas desnudas. La hicieron beber más. Estuvo muy mala, teniendo que acostarse en la cocina entre dos sillas, con los flacuchos brazos colgando. «¡Tonta!» dijo el cocinero. Tenía pálida la cara y fijos los ojos Sufría y se quejaba, sin comprender. Luciano, el hijo de la baronesa, un chicuelo de diez años, pasó por allá, y al ver aquella niña que estaba enferma, la pellizcó hasta hacerla sangre en uno de los arrugados brazos. Dió un grito y le miró. Llevaba un traje de terciopelo azul y una gran gorguera de blonda de seda torcida, sobre la cual se agitaban unos rizos de cabellos rubios. Sonrióse ella y bajó dos ó tres veces la cabeza en señal de consentimiento; se acordó de los gansos, que también eran malos, pero no tan bonitos, y levantándose hasta el hombro la harapienta manga, acarició largo tiempo con gusto el daño que se le había hecho.

Más adelante, se interesó por ella la baronesa. Cuando se resolvió que la llevarían á París para convertirla en una doncellita de labor, se puso muy contenta á causa de Luciano, y muy triste á causa de las ánades. Las llevó á pastar una vez más por mucho tiempo, y las decía: «Anda, que yo voy á París, y vosotras no vais.» Sentóse al borde del camino entre las ramas espinosas que la punzaban, dejándolas hacer, mirando las tierras de labor, los prados, los tres pobos rectos y puntiagudos en medio de la llanura, y allá abajo el horizonte. Decía adiós inconscientemente. Fué á beber agua en una charca, detrás del seto. Debajo de una rama cogió un nido de ruiseñores de pared, un nido vacío, seco, del año anterior, y se lo llevó como un recuerdo. Acarició á los gansos, uno tras otro, y pensó que un ganso que tuviera un traje de terciopelo azul y una gorguera de blonda de seda torzal sería muy bonito; y besó tiernamente en el cuello á la mayor de aquellas aves, que era muy mala.

En París vivió en el hueco de una ventana, junto á la antecámara, marcando pañuelos y remendando trapos de cocina. Habíanla enseñado á coser, pero no la enseñaron á leer. Para las personas de la condición de Germana no es saludable la lectura. Leer induce á pensar y, una vez que se piensa, ya no se repasan tan bien las camisas. La servidumbre toda la estimaba poco, porque era silenciosa, obediente y devota de su ama. Nunca salía, á no ser los domingos, para ir á la iglesia. Mostrábase muy piadosa, sin comprender. Todas las noches decía: «Padre nuestro, que estás en los cielos....» No conocía en París nada más que la calle que estaba delante de su ventana; los transeuntes le parecían personajes extraordinarios, de diferente especie que ella; los carruajes, una cosa extraña; admiraba los adoquines. Pasó dos veces la Pascua Florida. Seguía corriendo. Continuaba siempre con sus ojazos estúpidos y dulces. Jamás alma alguna estuvo tan sola como la suya. Sin embargo, nó estaba triste. Veía algunas veces á su amito, tan altivo, tan bien puesto. Cuando entraba éste en el cuarto donde cosía ella sentada desde la mañana á la noche, temblaba con todo su cuerpo; y sin levantar cabeza, seguía cose que cose, precipitando las puntadas, pinchándose en los dedos. Un día, la dijo él de pronto: «Ven á jugar.» Levantóse ella estupefacta y con la boca abierta, como ante un milagro. Aquel día llevaba él un vestido de terciopelo negro con trencillas de oro. Jugaron. Luciano se puso á horcajadas sobre una silla tumbada en el suelo, de la cual tiraba Germana á guisa de caballo. El pesaba ya bastante y ella era aún muy débil; jadeaba extasiada. Para hacerla correr más, dábala él de puñetazos en la espalda. «¡Oh Dios mío, Dios mío!» repetía ella con arrobamiento. Y dijo él: «Necesito un látigo.» Corrió ella á la cocina y trajo una vara muy gruesa que se usaba para sacudir el polvo á la ropa. Luciano se valió de ella. Era ya muy fuerte. Azotaba él, corría ella diciendo: «¡Ah, señor, señor!» y lloraba de gozo con sus verdugones. Por la noche, en la cocina, después de haber comido con los criados, sentada aún á la mesa, cerró los ojos con lentitud, sonrióse y la oyeron murmurar: «¡Qué bueno estaba aquello!» El cocinero la dijo: «¡Golosa!»

Un día Luciano robó de la alacena una botella de vino de España. Por aquella época fumaba ya Luciano cigarrillos en los rincones. Le interrogaron y respondió: «He visto á Germana llevarse una botella.» La baronesa hizo llamar á la criadita: «¿Eres tú quien ha robado la botella?» Luciano interrumpió: «Es ella.» Germana dijo: «Yo soy.» La baronesa dió un cachete á Germana. «Bien hecho,» dijo Luciano. «Sí, bien hecho,» repitió Germana.

Pasó tiempo. Ella continuaba siendo flaca y chiquilla. ¿Y fea? Sí, con manchas rojizas en las mejillas, en la nariz, en la frente. Sus grandes ojos, de mirar bondadoso y vago, eran como los de una oveja. Llevaba un vestido negro, estrecho, que caía recto desde los hombros á los tobillos; sólo el cinturón indicaba el talle. A la sazón, Luciano era ya un mocito. Una noche la dijo: «Mamá no quiere que me den la llave de la puerta principal. Me veo obligado á tocar, advierten que entro tarde, y me regañan. Escucha: no te acuestes, daré una palmada y sales á abrirme sin meter ruido.» Era en invierno. Algunas veces quedábase ella hasta el amanecer, sin dormir, en un cuarto sin lumbre, en espera de la seña. Luego bajaba con una lamparita en la mano. Necesitaba atravesar el patio del palacio. Algunas veces había nevado. Para no hacer ruido, no se ponía los zapatos. Andaba con los piés desnudos por la nieve. Envolvíala el cierzo. La castañeteaban los dientes. Cogió un catarro que ya no se le quitó. Abría la puerta, quitando una barra transversal que le helaba las manos. Luciano decía: «Siempre me haces aguardar. Me hielo.» Una vez le respondió ella: «De ahora en adelante, esperaré en el patio.» Y así lo hizo. El invierno era muy frío.

Una noche Luciano volvió borracho. Venía de algún baile de máscaras. Estaba de veras muy guapo con su traje verde y rosa, un disfraz de paje. «¡Oh!» exclamó Germana levantando la lámpara. Subieron juntos por la escalera de servicio. Pegaba trompicones contra la pared, canturreando este estribillo de una opereta entonces en boga: «*Cierto día, al pasar por Meudon, una joven polaca....*» y todo lo que sigue. Ella escuchaba, admirándose. Tropezó él. Al incorporarse, se volvió. Miró á Germana. Estaba beodo. Era una mujer. ¡Bah! La agarró por la cintura y la

besó bruscamente en los labios. Estremecióse toda, como un ave que se sacude las plumas, y cayó sin sentido en los peldaños juntamente con la lámpara, que se hizo trizas. «¡Al diablo la tonta!» exclamó Luciano, huyendo por temor de que aquel ruido hubiese causado alarma.

Germana ya no trabajó más en el hueco de la ventana, junto á la antecámara. Tomó la costumbre de sentarse desde la mañana en un peldaño de la escalera de servicio, siempre el mismo, y de coser allí. Los criados burláronse de ella, y los dejó que hablasen. Se había vuelto extraña. Algo se había encendido dentro de sus dulces ojos, de mirar menos vago. Canturreaba á media voz durante mucho tiempo una tonadilla, siempre la misma: «*Cierto día, al pasar por Meudon, una joven polaca*....» Cantaba esto á veces muy alegremente y de prisa, otras con suma lentitud, acentuando las sílabas, prolongando las notas. Aquel tarareo tenía entonces una tristeza infinita. *Una joven polaca me dijo: Caballerito, perdón*....» y de pronto se deshacía en lágrimas. Encontrábase muy feliz.

Luciano se formalizó. Tratóse de casarle. La señorita era rica y bonita. Se enamoró de ella. «Casadnos pronto,» dijo él. Los casaron. Germana fué puesta al servicio de los nuevos esposos: ella misma había pedido este favor. El día de la boda estuvo desde en la mañana en el aposento nupcial. Iba, venía, correteaba, ponía los muebles en su sitio, colocaba las flores en las jardineras, sonreíase, exclamaba: «Esto es muy bonito, aquí» y jamás había estado más contenta. Llevaba puesto un trajecito que le dió la novia. Y repetía: «Señor Luciano..... señor Luciano...... bienaventurado...... bienaventurado.» Por la noche pensó que en aquel momento estarían bailando en la boda, y se puso á bailar también, cantando con ritmo de vals: «*Cierto día, al pasar por Meudon*......» Hacia media noche, ayudó á la recién casada á desnudarse. El dormitorio, con colgaduras pálidas y apenas iluminado, estaba misterioso y encantador. «¡Qué guapa es usted!» dijo á la esposa. Avivó el fuego, alineó con esmero las almohadas del lecho conyugal, besó furtivamente la que estaba más cerca del borde, y dijo riéndose á Luciano que entraba: «Buenas noches, señor Luciano.»

Una hora más tarde salió de la casa. Iba á escape, sin desviarse. En las calles, nadie. Había llovido. El cielo, muy nublado y obscuro, tenía acá y allá claros bruscos llenos de estrellas; la luz de los reverberos se reflejaba en las húmedas losas. Germana caminaba á lo largo de las casas. Iba muy alegre. Cantaba al andar y caminó más de una hora. Oyó un gran ruido, suave y uniforme, el de un río que corre. Se metió por el Puente Nuevo. Cuando llegó á la mitad se detuvo, miró á su alderedor, vió que estaba sola y se puso á hablar en voz baja. Lo que decía era una oración: «*Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre*......» Interrumpióse algunas veces en el rezo, para volver á la canción. Se subió en el pretil: («*Cierto día al pasar por Meudon*......») miró el agua, se quitó el delantal, arrancó la cinta, («*una joven polaca*......») arrolló la falda en torno de sus flacas piernecillas, la sugetó con la cinta cual si temiese que alguien le viese desde abajo las piernas, («*me dijo: Caballerito, perdón*...... *perdón*...... *Padre nuestro, que estás en los cielos*.... *perdón*.... *perdón*... »), y desapareció debajo del agua, que en aquel sitio reflejaba un claro del cielo, que estaba enteramente azul y lleno de estrellas.

Catulo Mendes.

LOS MOSQUETEROS DEL PINCEL.

Fragmento de Trilby, novela por Du Maurier.

Cuando el día era sereno, la tarde de un sábado pongamos por caso, Sandy se ponía su corbata y lo que era necesario para estar presentable. Entonces los tres amigos, cogidos del brazo, se iban á la casa de Taffy en la calle del Sena y lo esperaban los otros dos á la puerta hasta que vestía el traje de paseo, lo que hacía en un minuto. Del brazo otra vez, el gigantesco Taffy en medio de los otros, bajaban la calle del Sena, cruzaban el puente para ir á la Cité, contemplaban la Morgue un instante y luego vuelta á los muelles de la margen izquierda por el Puente Nuevo, encaminándose hacia el Oeste. Ya se paraban frente á los escaparates de libros y cuadros, ya en los almacenes de bric-á brac, compraban algún cachibache, hojeaban libros de segunda mano y se llevaban éste ó aquel volumen que no volvían á abrir jamás.

Cruzaban el Puente de las Artes y parándose en medio del río, dirigían sus miradas hacia la vieja Cité y Nuestra Señora, soñaban y se esforzaban por dar forma á sus sueños evanescentes. Contemplaban el ocaso llameante y todo lo que se encendía con su luz, —las Tullerías y el Louvre, los puentes, la Cámara de Diputados, el áureo río que estrechaba su perspectiva y ensanchaba su cauce, corriendo entre Passy y Grenelle, á Saint Cloud, á Rouen, al Havre, á Inglaterra tal vez,—á esa Inglaterra á donde no querían volver todavía. Decíanse que no les podía tocar suerte mejor que vivir en aquella ciudad, á esa hora. en ese día del año, en ese año del siglo y en esa época de su mortal é incierta existencia.

Y siempre del brazo y conversando alegremente, pasaban las verjas del Louvre custodiadas por negligentes zuavos imperiales, la calle de Rívoli hasta Castiglione en cuya esquina detenía sus miradas la deliciosa exhibición de dulces y pasteles, cristalinos, azucarados, de todas clases y colores, deslumbradores

como una iluminación: piedras preciosas, delicadísimos dulces helados, perlas y diamantes que se deshacen en la boca, y especialmente en esa época del año, los monstruosos huevos de Pascua de colores incomparables, puestos como ricas joyas en estuches de seda y oro.

Iban luego, pasando una gran verja, á la Calzada de los Fuldenses, subían á la Plaza de la Concordia, y se detenían para mirar, sin mezquina envida, á los elegantes que volvían del Bosque de Boulogne. Aun en París "la gente de coche" tiene la mirada triste, se pasea silenciosamente, como si las vibraciones de tantas ruedas que giran siempre sobre el mismo camino tarde á tarde los sumiera en embrutecedora, callada melancolía.

Y los tres mosqueteros del pincel disertaban largamente sobre la vanidad de la riqueza, del rango y de la vida elegante, del hastío de esos egoistas, de la fatiga que trae todo placer cuando se convierte en una tarea forzosa, -como si hablasen por propia experiencia y nadie antes que ellos hubiese pensado ó dicho tales cosas.

Pero había algo que les hacía olvidar sus filosofías, el hambre esa hambre intolerable que atormenta á los organizmos sanos. Se dirigían pues á una fonda inglesa de la calle de la Magdalena (á mano izquierda, cerca de la esquina) y allí renovaban sus fuerzas y su patriotismo con la carne y la cerveza, el pan de estufa, la mordente y amarilla mostaza, los rábanos picantes, el noble pastel de manzana y el queso de Cheshire. Comían durante una hora todo lo que les permitía comer su incesante charla, llena de esperanzas y entusiasmo, de fallos favorables ó adversos para todos los pintores, muertos ó vivos, y de modesta pero firme fé en sí mismos, como un huevo de Pascua está lleno de dulces y delicias para los niños.

Una vuelta por los populosos boulevares, iluminados como de día, y una taza de café en una mesita de mármol, con sus tres patas apoyadas en el genial asfalto, y más charla hasta por los codos.

Por último el regreso por las obscuras, silenciosas calles, por los puentes desiertos, á su amado Barrio Latino, ante la Morgue fría, siniestra, fatal, iluminada por el gas, Nuestra Señora irguiendo sus vigilantes torres gemelas que han visto durante tantos siglos discurrir tantos jóvenes felices, vigorosos, expansivos, cogidos del brazo, en grupos de dos y de tres y siempre hablando, hablando, hablando...

Sandy y el pequeño Billee acompañaban á Taffy hasta la puerta de su casa con muebles de alquiler en la calle del Sena, y tanto tenían que decirse antes de separarse,—tanto, que Taffy y el pequeño Billee acompañaba á Sandy á su casa de la calle de San Anatolio de las Artes.—Mas como nacía alguna discusión sobre la inmortalidad del alma, por ejemplo, ó sobre la connotación exacta de la palabra "gentleman" ó sobre los méritos relativos de Dickens y Thackeray, ó sobre algún otro tema recóndito y no dilucidado, Taffy y Sandy conducían al pequeño Billee á la Plaza del Odeon donde vivía, y él á su vez venía á acompañarlos y así sucesivamente hasta Dios sabe cuando.....

IVONE.

CANTO BRETON.

En la dorada urna de mi memoria
guardo de sus caricias la alada historia.

Bajo la fresca alfombra bordada en flores,
del sol á los alegres, rosados lampos,
cuán fría y sola duermes, allá en tus campos,
Ivone, Ivone, ¡oh mártir de mis amores!

Unica entre las vírgenes y las hermosas,
su amor embalsamaba como las rosas.

Como las suaves rosas por Primavera,
en que del sol los rayos se enfloran presos,
era su linda boca, torneada á besos,
nido de mis ensueños, flor tempranera.

Murió: tal en las eras, presto marchitas,
pasan las violetas y margaritas.

La dulce y fiel alondra de la montaña
que anida entre los tiestos de tus jazmines
y al alba en las albercas de tus jardines
moja el pico y las alas trémulas baña,

¿Qué dirá á los sinsontes de la campiña,
cuando por tí pregunten, mi pobre niña?....

Allá, en la solitaria, verde pradera,
bajo la fresca alfombra bordada en flores,
junto á la dulce niña de mis amores,
¡madre! haz que me entierren cuando yo muera.

Que aromen su memoria y el sueño mío,
las rosas que con lágrimas ungió el rocío.

Abraham Z. Lopez Penha.

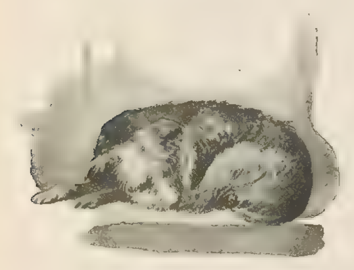
ANARKOS

De todo lo escrito amo solamente lo que el hombre escribió con su propia sangre. Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu.

FEDERICO NIEZTCHE.

A GUILLERMO URIBE H.

En el umbral de la polvosa puerta,
Sucia la piel y el cuerpo entumecido,
He visto, al rayo de una luz incierta,
Un perro melancólico, dormido.



En qué sueña? Tal vez árida fiebre
Cual un espino sus entrañas hinca
O le finge los pasos de una liebre
Que ante sus ojos descuidada brinca.
Y cuando el alba sobre el Orbe mudo
Como un ave de luz se despereza,
Ese perro nostálgico y lanudo
Sacude soñoliento la cabeza,
Y se echa á andar por la fragosa vía
Con su ceño de inválido mendigo,
Mientras mueren las ráfagas del día
Para tornar á su fangoso abrigo.
Hundido en la cloaca
La agita con sus manos temblorosas,
Y de esa tumba miserable, saca
Tiras de piel, cadáveres de cosas.
Entre tanto, felices compañeros
Sobre la falda azul de las princesas
Y en las manos de nobles caballeros
Comparten el deleite de las mesas;
Ciñen collares de valioso broche,
Y en las gélidas horas de la noche
Tienen calor, en tanto que el proscrito
Que va sin dueño entre el humano enjambre,
Tropieza con el tósigo maldito
Creyendo ahogar el hambre,
Y en las hondas fatigas del veneno
Echado sobre el polvo se estremece,
Fatídico temblor le turba el seno,
Y con el ojo tímido, saltado,
Sobre la tierra sin piedad, fallece.
Todos vuelven la faz, nadie le toca:
Al bardo sólo que á su lado pasa,
Atedia la frescura de su boca
«Donde nítidos dientes
Se enfilan como perlas refulgentes......»

Mísero can, hermano
De los parias, tú inicias la cadena
De los que pisan el erial humano
Roídos por el cáncer de su pena;
Es su cansancio igual á tu fatiga.
Como tú se acurrucan en los quicios
O piden paz, sin una mano amiga,
Al silencio de oscuros precipicios.
Son los siervos del pan: fecunda horda
Que llena el mundo de vencidos. Llama
Ávida de lamer. Tormenta sorda
Que sobre el orbe enloquecido brama.
Y son sus hijos pálidas legiones
De espectros que en la noche de sus cuevas,
Al ritmo de sus tristes corazones
Viven soñando con auroras nuevas
De un sol de amor en mística alborada,
Y, sin que llegue la mentida crisis,
En medio de su mísera nidada
Los degüellan las ráfagas de tisis!

Los mudos socavones de las minas
Se tragan en falanges los obreros
Que, suspendidos sobre abismo loco,
Semejan golondrinas
Posadas en fantásticos aleros.
Con luz fosforescente de cocuyos,
Trémula y amarilla,
Perfora oscuridad su lamparilla;
Sobre vertiginosos voladeros
Acometen olímpicos trabajos
Y en tintas de carbón ennegrecidos,
Se clavan en los fríos agujeros,
Como un pueblo infeliz de escarabajos
A taladrar los árboles podridos.
Sus manos desgarradas
Vierten sangre; sarcástica retumba
La voz de la recóndita huronera:
Allí fué su vivir; allí su tumba
Les abrirá la bárbara cantera
Que inmóvil, dura, sus alientos gasta,
O frenética y ciega y bruta y sorda
Con sus olas de piedra los aplasta.

El minero jadeante
Mira saltar la chispa de diamante
Que años después envidiará su hija
Cuando triste y hambrienta y haraposa,
La mejilla más blanca que una rosa
Blanca, y el ojo con azul ojera,
Se pare á remirarla, codiciosa,
Al través de una diáfana vidriera,
Do en mágicos joyeles
De rubias sedas y olorosas pieles,
Fulgen piedras de trémulos cambiantes,
Ligadas por artistas
En cintillos: rubíes y amatistas,
Zafiros y brillantes,
La perla obscura y el topacio gualda,
Y en su mórbido estuche
De rojizo peluche
Como vivo retoño, la esmeralda.
La joven, pensativa
Sus ojos clava, de un azul intenso,
En las joyas, cautiva
De algo que duerme entre el tesoro inmenso;
No es la codicia sórdida que labra
El pecho de los viles:
Es que la dicen mística palabra
Las gemas que tallaron los buriles:
Ellas proclaman la fatiga ignota
De los mineros; acosada estirpe
Que sobre recio pedernal se agota,
Destrozada la faz, el alma rota,
Sin un caudillo que su mal extirpe:

El diamante es el lloro
De la raza minera
En los antros más hondos de la hullera:

Loor á los dolientes campeones
Que vertieron sus lagrimas
Entre los socavones!

Es el rubí la sangre
De los héroes que en épicas faenas,
Tiñeron el filón con el desangre
Que hurtó la vida á sus hinchadas venas:

Loor á los valientes campeones
Que perdieron sus vidas
Entre los socavones!

El zafiro recuerda
A los trabajadores de las simas,
El último girón de cielo puro
Que vieron al mecerse de la cuerda
Que los bajaba al laberinto oscuro:

Loor á los sepultos campeones
Que no verán ya el cielo
Entre los socavones!

Y el topacio de tinte amarillento
Es recóndita ira
Y concreciones de dolor. Lamento
Que entre el callado boquerón expira:

Loor á los cautivos campeones
Que como fieras rugen
Entre los socavones!

La joven pordiosera
Huyó.... . . . .

¿Qué formidable vocerío
Pasa volando por la azul esfera,
Con el lejano murmurar de un río?
Es una turba de profetas. Vienen
Al aire desplegando los pendones
Color de cielo; sus cabezas tienen
Profusas cabelleras de leones.
En sus labios marchitos se adivina
El himno, la oración, y la blasfemia;
Llama febril sus ojos ilumina
De sacros resplandores:
Pálidos como el rostro de la Anemia,
Llegaron ya: son los Conquistadores
Del Ideal: dad paso á la Bohemia!
Ebrios todos de un vino luminoso
Que no beben los bárbaros, y envueltos
En andrajos, son almas de coloso,
Que treparán á la impasible altura
Donde afilan sus hojas los laureles
Con que ciñes de olímpica verdura
En tu vasto proscenio
A los ungidos de tu Crisma, oh Genio!
Aquél muestra su aljaba
De combate, repleta de pinceles;
El otro vibra, como aguda clava,
Un cuadrado martillo y dos cinceles;
Se interrogan, se dicen sus proyectos
De obras que dejarán eternos rastros;
Aunque sean insectos
El mármol y el pincel los harán astros.
Un escultor ofrece
Pulir la piedra como fino encaje
Para velar un seno que florece
Bajo la tenue morbidez del traje;
Aquése de fosfórica pupila
Que á las del gato iguala,
Discurre solo en actitud tranquila
Con el azul cuaderno bajo el ala;
Y el bardo decadente,
El bardo mártir que suscita mofas,
Levantará la frente,
Alto nido de férvidas estrofas,
Y de sus labios que el reír no alegra
Brotará el pensamiento
Como un águila negra
Con las alas enormes
Desplegadas al viento,
Para cantar la Venus Victoriosa
Cuya violenta juventud encarne
El espíritu alegre de la diosa
En las melancolías de la carne.

El músico, doblando la cabeza
Sobre la débil caja
De su violín sonoro,
Dice la voz que de los cielos baja
Como un perfume del jardín de oro,
Y agarrando del cuello enflaquecido
Al tísico instrumento,
Lo hace gritar con trágico alarido,
Y con ahogados trémolos simula
El sollozo de un mártir que se queja
Bajo el negro dogal que lo extrangula;
Y sobre todos flota
Como un sueño de amor en noche larga,
La paz del arte que su duelo embota
Y su llagado corazón embarga.

Desventurada tribu
De miserables, vuestro ensueño vano
Vuela solo entre sombras como vuelan
Las grullas en las noches de verano.
Esa lumbre asesina de los focos

Que doran las soberbias capitales,
Quemará vuestras frentes inmortales
Y vuestras alas de zafir, oh Locos!
Sin pan, ni amor, ni gruta
Donde dormir nuestras febriles horas,
Sucumbís á la bárbara cadena,
Sin más visión que la chafada ruta
Que os empuja á los légamos del Sena....
¡Canes, minero, artistas,
El árido recinto que os encierra
Consume vuestros lívidos despojos;
Y en el agrio Sahara de la tierra
Sólo hallásteis el agua ... de los ojos!
Huid como una banda tenebrosa
De pájaros nocturnos que entre ramas
Hienden oscuridad sin voz ni huella;
Morid: para vosotros
No se difunde el día
Ni se columpia en el cenit la estrella
Que llamaron los hombres Alegría!
Cuán lejos de vosotros se levanta
Sobre columnas de marfil bruñido,
La ciudad de los Amos, donde canta
Su canto de ventura
El gozo, entre las almas escondido.
Allí todos olvidan
Vuestra angustia. Los árboles no dejan
—De silencio cargados y de flores —
Llegar, de los vencidos que se quejan,
El treno funeral de los dolores;
Allí, cual un torrente
Que dé sus ondas á dormidas charcas,
Resbala fríamente
Con ruido sonoro
El oro, á los abismos de las arcas.
Allí las sedas crugen
Como crugen las carnes sacudidas
Por las fieras; son fieras que no rugen
Los seres sin piedad. Ved como pasa
Sobre el marmóreo suelo,
Con su capa de pieles, la hembra dura
Cual un oso gigante sobre hielo.
Por qué se abren sus ojos
Desmesuradamente?
Ah! si es que apunta con fulgores rojos
El astro de la sangre, por Oriente.
Bajo el odio del viento y de la lluvia
Por la frígida estepa se adelantan
Los domadores de la *Bestia rubia;*
Ya los perros sarnosos
Se tornaron chacales. De ira ciego
El minero de ayer se precipita
Sobre los tronos. Un airado fuego
Entre sus manos trémulas palpita,
Y sorda á la niñez, al llanto, al ruego,
Ruge la tempestad de dinamita!
Son los hijos de Anarkos! Su mirada
Con reberberaciones de locura,
Evoca ruinas y predice males:
Parecen tigres de la selva oscura
Con nostalgias de víctima y juncales.
El furioso caer de sus piquetas
En trizas torna la vetusta arcada
Que erigieron al Bien nuestros mayores;
Y por la red de las enormes grietas
Va filtrando con tintes de alborada,
Un sol de juventud, sus resplandores.

Aquél, un arma ruda
Pide, que parta huesos y que exprima
El verbo de la cólera; filuda
Por el trabajo, recogió su lima
De fatigado obrero,
Y bajo el golpe de Lucheni, muda
Cayó la Emperatriz como un cordero!

Pini, Vaillant, Caserio y Angiolillo,
Vuestro valor ante la muerte, espanta:
Negros emperadores del cuchillo,
Que rendís la garganta
Como débil mendrugo
A las ávidas fauces del verdugo:
De duques y barones
No circundó plegada muselina
Vuestros cuellos. Allí donde culmina
El dorado listón de los toisones
Os dió la guillotina
Su mordisco glacial: vendimiadora
Que la tez y las almas descolora.

Aún parece vibrar en mis oídos
La voz de Emile Henry; ya bajo el hacha
Iba á rodar su juvenil cabeza,
Como la flor al soplo de la racha,
Y exclamó: «GERMINAL,»
y de la herida
Corrió una fuente de licor sagrado,
Que bautizó la historia dolorida
De los siervos, con óleo ensangrentado.
Y ese fué dulce al comenzar: renuevo
De razas de alto nombre.
¿Quién me dirá si un huevo
Es de torcaz ó víbora? La mente
No sabe leer lo que en el tiempo asoma:
El hombre, como el huevo,
En nidos de dolor será serpiente,
En nidos de piedad será paloma!

Por donde quiera que mi ser camine
Anarkos va, que todo lo deslustra:
¡Un rito secular que no decline
Ante el puño brutal de Bakunine,
Y el heraldo feroz de Sarathustra!

No puede ser que vivan en la arena
Los hombres como púgiles: la vida
Es una fuente para todos llena:
Id á beber esclavos, sin cadena;
Potentado, tu siervo te convida!
Nada escuchan! Los pobres, á la jaula
De la miseria, se resisten fieros
Y con brazo de adustos domadores
Y el ojo sin ternura, los enjaula
La codicia sin fin de los señores!

Quién los conciliará? Tibios reflejos
De una luz paternal y vespertina
Visten de claridad el linde vago:
Es que el Patriarca de los Ritos Viejos,
De SAPIENCIA cubierto, se avecina,
Con la nerviosa palidez de un Mago.
Es flaco y débil: su figura finge
Lo espiritual; el cuerpo es una rama
Donde canta su espíritu de Esfinge;
Y su sangre, la llama
Que los miembros cansados transparenta;
De su nariz el lóbulo movible
Aspira lo invisible,
Son tus patricias manos una garra
Febril y amarillenta:
Es de los griegos la gentil cigarra
Que con mirar el éter se alimenta!
Impalpable se irgue
—Melancólico espectro —

Y de la cuerda blanca
A su místico plectro
La melodía arranca.
Impalpable se irgue:
Hay algo de felino
En su trémula marcha,
Hay mucho de divino
En la nítida escarcha
Que su cabeza orea.
Cruza, sin otras galas
Que la túnica nívea
Que remeda las alas
Rotas, de un genio del celeste coro,
Y sobre el pecho una
Cruz de pálido oro.
Alza el brazo. La Europa
Lo aguarda como á antiguo caballero,
Debajo de una bóveda de acero;
Calla sus labios la soberbia tropa
De esclavos y señores:
El Pontífice augusto
Trae el bálsamo santo que redime
Y calma la batalla de panteras;
Revalúa lo justo;
Ya va á decir el símbolo sublime....
Y de sus labios tiernos
Salió, como relámpago imprevisto,
A impulso de los hálitos eternos
Esta sola palabra:

«*Jesucristo.*»

GUILLERMO VALENCIA.

GARCILASO.

(De "El Jardín de los Poetas.")

I

Por senda de laureles y rosales
y arrullado por céfiro sonoro,
Garcilaso, á las lumbres matinales,
rige un caballo con rendaje de oro.
Cantando el mozo va, la faz serena
bañada en resplandores;
el ademán gallardo; el alma llena
de paisajes rientes,
de perfumes de flores
y músicas de pájaros y fuentes.
Canta el mancebo rústicos amores
en estrofas más claras que las linfas
de transparente lago; estrofas bellas
que, en su terso cristal, lucen las huellas,
de los húmedos labios de las ninfas.
De pronto, Garcilaso,
presa de ardiente anhelo,
de su bravo corcel detiene el paso,
y con rápida acción desciende al suelo.
Es que ha visto en la lóbrega enramada,
que pueblan ruiseñores y palomas,
á *Flérida*, su amada.
vertiendo luz y prodigando aromas.
La beldad, ruborosa y palpitante,
prendidos de jazmines los cabellos,
arrójase en los brazos de su amante;
quien, al ceñir con ellos
prendas tan codiciadas como hermosas,
se imagina estrechar ramo fragante
de azucenas y rosas.
¡Oh, *Flérida* querida! ¡Oh claros ojos,
alborada de vivos esplendores!
¡Oh, doncella de rojos
labios, de las abejas tentadores!
¡Oh, amor primero, henchido de ventura,
panal de miel, corona de violetas!
Siempre se elevará tu imagen pura
en los recuerdos de placer intenso
del más dulce y gentil de los poetas,
cual hostia blanca entre azulado incienso!

II

Raudo el tiempo ha corrido,
como árabe corcel, y heroico el vate
á su frente ha ceñido
los épicos laureles del combate.
Su noble alma altanera,
rebosando valor y ansia de gloria,
flotó en la lid guerrera,
cual bélica bandera
que guarda entre sus pliegues la victoria.
El poeta soldado
en su pecho acogió nuevos amores;
pero ni de la lucha en los furores
ni en brazos de otras bellas, ha olvidado
de *Flérida* los ojos seductores
Y cuando, combatiendo con fiereza
en su última batalla,
rueda á un abismo, hendida la cabeza,
al escalar, valiente, una muralla,
á un fiel amigo el tierno Garcilaso
ruega, ya moribundo y anhelante,
que su banda de raso
entregue, en prueba de su amor constante,
á *Flérida*, su musa deliciosa
de inmaculado seno,
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por Abril de flores lleno.

MANUEL REINA.

DE H. FOSCOLO.

LLANTO ETERNO.

Por qué calla el rumor de mi cadena
De llanto, de esperanza, de amor vivo
Y de silencio? qué piedad me enfrena
Si con ella hablo ó de mi mal escribo?

Tú sólo, arroyo, me oyes compasivo,
Donde consigo Amor venir me ordena;
Lágrimas fío aquí, daños describo,
Vierto en tí la creciente de mi pena.

Y narro cómo se incendió á la pura
Luz de sus ojos mi alma en fuego interno;
Cómo la roja boca, la tersura

Del cabello fragante, el eco tierno,
Y del cuerpo la mórbida blancura
Me enseñaron de amor el llanto eterno!

F. FERNANDEZ GRANADOS.

Páginas de la Moda

El uso higiénico del baño.

(CONTINUA).

La vejez está expuesta á la arterio-esclerosis y otras formas de generación á ella ligadas, afecciones que pueden existir en estado incipiente ó avanzado. La piel es inerte, rígida y comparativamente sin sangre, y las potencias caloríficas del cuerpo están en gran

FIG. 2.—MODELO DE BORDADO PARA UTILES DE SALA.

manera disminuidas de modo que la reacción térmica así como circulatoria es probablemente incompleta dando así origen á síntomas rebeldes y en extremo aflictivos. En este supuesto deben evitarse los grandes extremos de temperatura. El baño neutro, las duchas á una temperatura de 75° á 85°, la frotación con un lienzo mojado á la misma temperatura y el

FIG. 1.—TRAJE DE CASA.

FIG. 3.—TRAJE DE CALLE.

baño fresco de esponja ó la fricción con tohalla, son las medidas más apropiadas. La debilidad cardiaca, el empiema, la bronquitis, son tan frecuentes en las personas de edad, que probablemente existirán en un caso dado, por el cual deben siempre tenerse presentes en el tratamiento de los ancianos.

Con el cambio de la estación la forma del baño debe también algunas veces ser cambiada ó modificada. El baño frío da uno de los mejores medios para reanimar una persona abrumada por el calor, especialmente cuando éste va acompañado de un sudor abundante. El baño caliente de esponja tomado en la mañana es algunas veces preferible en tiempo muy caliente al baño frío. Como resultado de una corta aplicación caliente se produce una débil reacción que disminuye la sensibilidad al calor y da á una persona mayor facilidad para resistir á una alta temperatura.

En el invierno el uso habitual del baño frío enseña á la piel á cuidarse por sí misma, y disminuye así el peligro de resfriarse ó de sufrir una congestión pulmonar.

La importancia del baño diario es mucho mayor de lo que se cree generalmente. En concepto del que escribe, toda escuela pública debe contar entre sus dependencias con un baño de regadera, un tanque para nadar y un gimnasio; y obligando á recibir la educación física en el gimnasio por el empleo metódico de la gimnástica así como de los baños de regadera y estanque, todo bajo la cuidadosa vigilancia de un médico. Por estos medios el desarrollo físico de los jóvenes puede favorecerse grandemente, pueden combatirse las malas tendencias morales, y probablemente puede detenerse la rápida degeneración actual de la raza.

EL BAÑO FRIO.

El baño preserva contra los resfriados, especialmente si se toma por la mañana al levantarse. Muchas personas no tienen una constitución bastante robusta para resistir el choque que se siente al meterse en

FIG. 4. MODELO DE BORDADO PARA UTILES DE SALA

FIG. 5.—TOILETTE PARA NIÑO.

una tina de agua, aunque sea por unos pocos segundos, pero tales personas pueden tener resultados muy satisfactorios aplicándose el agua á una parte del cuerpo á la vez y frotándose en seguida rápidamente con una tohalla áspera. Así se puede recorrer el cuerpo en su totalidad en unos pocos momentos, y recibir la piel una saludable entonación. Si el cuarto no está bastante caliente, será bueno no exponer al aire sino una parte del cuerpo á la vez. La reacción será más satisfactoria si el agua se frota bien contra la piel con la mano, antes de secar con la toalla. Este baño se puede tomar en la recámara, y para él no se necesita más que una taza ordinaria de agumanil, una buena tohalla áspera y el uso vigoroso de las manos y los brazos para aplicar ésta. Si el baño se hace con lentitud y desgano, el beneficio no será tan grande.

FIG. 6.—CIFRA ELEGANTE.

Además del baño frío que puede tomarse diariamente como un excelente tónico, se debería tomar un baño caliente por semana y entonces sería bien usar un poco de jabón.

RECETAS UTILES.

RELLENOS PARA LAS AVES ASADAS.

Se preparan ordinariamente picando con la carne de puerco proporcionada al volúmen del ave que debe rellenarse, el hígado del ave misma, una ó dos llemas de huevo, de 25 á 50 castañas bien asadas, á fin de que no se deshagan al cocer, la miga de un panecillo bien embebido de caldo, y un aderezo conveniente de sal y pimienta. Cuando el ave que debe rellenarse es un grueso pavo ó un pato mediano, se puede prescindir de cocer el hígado antes de picarlo y mezclarlo con el relleno; pero si el ave es pequeña, el hígado debe cocer antes, porque el asado no permanece bastante tiempo en el asta para que cueza completamente el hígado.

Este relleno puede mejorar si se le prepara del modo siguiente: el hígado medio cocido y finamente picado se mezcla con una ó dos frutas también picadas, aderezadas con sal, pimienta y unas cuantas rayaduras de moscada; se incorpora luego cuidadosamente á la carne de puerco picada y á la miga de pan cocida en el caldo, al mismo tiempo que las castañas asadas y mondadas. Esta ligera modificación en el modo de preparar el relleno para las aves asadas, no es muy dispendiosa, transforma esos manjares mejorándolos tanto que no parecen los mismos, sobre todo cuando el cocinero se ha tomado el trabajo de picar y mezclar todos los ingredientes lo mejor posible.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TRAJE DE CASA.

Es de seda beige, con una gran aplicación de guipure en el cuerpo, atenuada con bandas escocesas. La

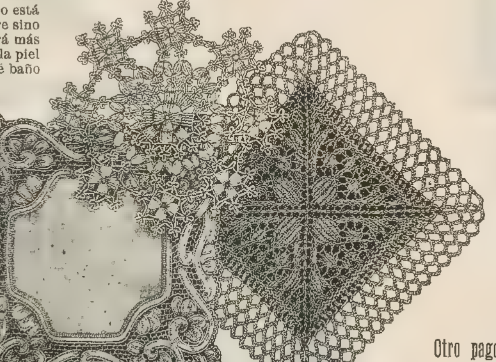


FIG. 8—CUBIERTAS DE COJIN.

falda lleva al frente, en ángulo, otra aplicación de guipure en bandas. Manga fruncida, última novedad.

FIGS. 2 Y 4.—MODELOS DE BORDADOS PARA UTILES DE SALA Y ESCRITORIO.

La primera es una papelera elegante y la segunda una cartera para periódicos. Ambas en roble y ostentando el mismo bordado.

FIG 3.—TRAJE DE CALLE.

De estamina con aplicaciones de mucho gusto.

El peto es perfecto, formando como un corselete muy ajustado. Las mangas estrechas llevan en las extremidades una aplicación muy elegante.

FIGS. DEL 5 AL 11.

Damos, comprendida en estos números, una colección completa de labores para damas, de la más alta novedad y el más acabado gusto, incluyendo también dos modelos de corset, ultima moda y un trajecito para niño.

Llamamos la atención de nuestras lectoras sobre los utensilios que lleva el número 11 y que son ridículos, papeleras y carteras, con cifras muy bonitas, las cuales en sedas grises diagonales resultan muy bonitas.

FIG 7.—TRABAJOS PARA DAMAS.

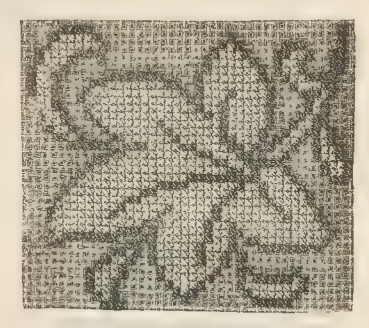


FIG. 9—BORDADO PARA CUBIERTA DE MESA.

FIG. 10.—CORSETS ULTIMA NOVEDAD.

Otro pago de $4,779.30 de "La Mutua" en Acambay.

Timbres por valor de $4.78 cts. debidamente cancelados.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company, of New York" la suma de $4,779.30 cts., plata mexicana, así $3,000, suma asegurada, y $1,779.30 cts, por devolución de los premios pagados, en pago total de cuantos se derivan de la póliza núm 421,842, bajo la cual y á mi favor estuvo asegurado mi finado señor padre Don Galo del Mazo y Conde, y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación, en Acambay á 12 de Mayo de 1899.

Firmado.—EUFEMIA DEL MAZO Y V. DE MAZO. | Rúbrica.

Un timbre de $0 50 cts. debidamente cancelado.

El C. Eufemio Arcos, Presidente del H. Ayuntamiento de esta municipalidad.

Certifica y da fé: que la persona que suscribe el recibo que antecede es la misma á que se refiere esta póliza.

Y por constarme la personalidad, lo certifico en Acambay á los veinte y dos días del mes de Mayo de mil ochocientos noventa y nueve.

Firmados. —E. ARCOS.—RAMON GUZMAN, Srio.—Rúbricas.

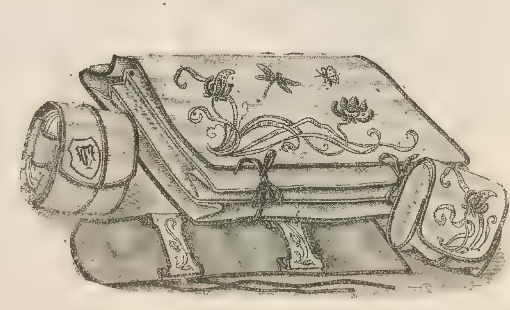


FIG. 11.—UTENSILIOS CON LABORES DE MANO.

EL MUNDO.

Año VI Tomo I   México, Domingo 25 de Junio de [illegible]   Número 26

BELLAS ARTES.

BELLEZA HÚNGARA.

Cuadro de Gabriel Marx.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Crónica: pon un crespón de luto, como una banda fúnebre, en tu chafado traje de arlequín. Es preciso que dejes un poco la sonrisa truhanesca y el guiño picaresco, que suspendas tus contorsiones y tus saltos: que cese tu charla de Triboulet y tu mímica de saltimbanco; ¡oh, nada más un momento, el rápido minuto que necesita el dolor para quejarse, para gritar un ¡ay! muy fuerte, muy hondo, muy desesperado, como si con él quisiese el corazón romper el cielo. Después continuará tu farsa interrumpida, tus juegos malabares, tus equilibrios retóricos, tus pirotécnias poéticas, tus efímeros bailes de fantasía.

Crónica: suelta el hilo de cascabeles, arroja los prismas de cristal de tu estilo, apaga la linterna mágica de tus divagaciones, desenjóyate de la falsa pedrería de tus tropos, arráncate la máscara cómica de la sutileza, enseriate, baja los ojos, cruza los brazos, y si tienes un arranque de piedad arrodíllate y ora: ¡acaba de morir un poeta joven, bueno y amado!

En la miel virgen de sus versos se embriagó una generación de mariposas. Fué de esos seres casi intangibles, casi incorporeos, de esos que, aun mirándolos, no estamos seguros de que existan, de esos que pasan sin hacer otra cosa que plantar en cada alma que se les acerca el grano de luz de un sueño. Pepe Bustillos era un muchacho inofensivo, angelicalmente bondadoso, dulce como una mujer, inocente como un recién nacido. Tenía una pereza de enfermo para todas las cosas de la vida; una voluntad suave, dúctil, floja, dispuesta á ceder la presión de cualquier mano. Por eso, cuando vino el Dolor lo maltrató tanto y lo hizo llorar tan á menudo; por eso cuando vino la Poesia le arrancó sonidos tan hermosos y tan puros; por eso cuando vino la Tentación, bebió él en su copa el licor amargo de los placeres fugitivos.

Su espíritu contemplativo, sin embargo, no perdió de vista el ideal, y por los fangosos vericuetos de la realidad, supo—por quién sabe qué divina artimaña—guardar su amor al Bien y su culto á la Belleza.

No servía para luchar; para bracear en este río turbio en el que forcejeamos sus amigos. El nos veía impasible, indiferente, estoico, convencido tal vez de la inutilidad de nuestro esfuerzo. Tendido en la hierba de la orilla, lleno de un prematuro cansancio, nos lanzaba sus epigramas, nos entretenía, nos obligaba á reir en medio del combate. Porque bajo las doradas transparencias de su sátira, columbrábamos su encantadora ternura femenina.

Cuando la vida le hacía daño, no se encolerizaba, no reñía con ella, no la odiaba; se la quedaba mirando con sus ojos bondadosos, como tímido huérfano que quiere desagraviar á la madrastra.

Algunas veces lo sorprendió la noche del mal en pleno campo, y la sombra le borró el horizonte y la lluvia le azotó el rostro. El poeta, pávido y desfallecido, tuvo para esos casos esta oración suprema: ¡Mamá, mamá! Y á tal misteriosa evocación, halló siempre viva la lumbre de su hogar y siempre abiertos los brazos de su madre.

Sus estrofas, como su existencia, son infinitamente tiernas, sencillas y sinceras. Nada de rebuscamientos, de elegancias, de versos platerescos y pomposos, de raras y sugestivas alusiones, de verbos que espumean como las ondas y de epítetos irisados como los colibríes: un lenguaje limpio, transparente, claro y blanco como el agua de un estanque en reposo, y bajo él, *la palpitación de ala herida* de una alma delicada y vibrante al menor contacto de las pasiones.

Del ideal y exquisito sensualismo de este poeta amable, nos quedan deliciosas muestras, esparcidas á los cuatro vientos, en las hojas volantes de la prensa. Bustillos escribía con la espontánea naturalidad con que brota una planta de la tierra.

En cualquier ocasión pudo decir como el cubano:

> Yo podré cuando á mi anhelo
> dulce inspiración socorra,
> hacer un verso que corra
> manso como un arroyuelo.

La existencia de este insinuante músico del ensueño, fué callada, escondida, sin aparato, sin ruido. Habitó el poeta una grata penumbra con salpicaduras de estrellas, olvidado del estrépito y desdeñoso de teatrales y ficticias apoteósis. Dentro de su pobreza, aspiraba, como una flor oculta, la inmensa dicha de sentirse amado. No podemos decir de él que vivió entre nosotros. Vivió más bien entre sus sueños y entre sus esperanzas. Cuando los sueños se extinguieron y las esperanzas tardaron en llegar, reclinó el soñador la hermosa cabeza en el seno de mármol de la Muerte, y le dijo:

—Tú sí que eres buena! llévame á ver á los ausentes....

* * *

Crónica, un instante más; aguarda, para despojarte de tus desusados arreos fúnebres, á que salgan de los puntos de mi pluma dos nombres de mujer. ¿Qué, nada te importa que Rosa Palacios y Josefina Lluch hayan desaparecido silenciosamente, como escapadas, en la alta noche, de la tenebrosa prisión de la vida? En efecto; morir así, cuando la existencia se convierte en un calabozo sombrío que alumbra por momentos el pálido sol de una remembranza, recordar, cuando todos nos han olvidado, existir sólo para nosotros cuando hemos muerto para los demás, acabar así, es huir, es fugarse, es esperar que las tinieblas nos ayuden, que venza el sueño al carcelero, que la cansada centinela no pueda vernos para dar el alerta; entonces abrimos el cerrojo lentamente, y, á tientas, conteniendo el aliento, deslizando con cautela los piés, palpando los muros, siguiendo, entre la sombra, nuestro proyecto de evasión, calculando obstáculos y tropiezos, salimos de la cárcel donde tanto nos hicieron sufrir los trabajos forzados del dolor, y nos vamos por el rumbo desconocido en busca de libertad y de consuelo. La mañana en que una gacetilla anunció la muerte de Josefina Lluch, le oí preguntar á un célebre concurrente de las *tandas:* ¿Pues qué, Josefina vivía aún?

Sí que vivía, viejo aplaudidor de tiples, insigne *Don Juan* de bastidores, vivía la graciosa belleza que tu admiraste y que fué por tanto tiempo la urna sagrada de tus galanterías; vivía aquella española de cabeza intrépida y sensual, y ojos estriados de fuego, que hizo tus delicias en las picarescas coplas de *Niniche* y en las travesuras de alondra, de *Historias y Cuentos*, vivía la moza, pródiga de voluptuosidad y donaire para quien fué el tablado pedestal de su hermosura, y los bastidores y telones, palacio de su gloria. Vivía; pero ya para tí y para tus compañeros de butaca, su nombre era un epitafio. El olvido sorbió poco á poco su recuerdo. Fué una superviviente de la juventud y de la alegría, y arrastró esos largos años en que, como dice el poeta, un día sucede penosamente á otro día, acumulando innumerables dolores.

* * *

Rosa Palacios tenía un ruiseñor en la garganta, un ruiseñor que aprendió en Italia todos los secretos del *bel canto*, y que, á semejanza de las princesitas del cuento de Theo, era digno de ser acompañado en sus trinos por el divino clave de Santa Cecilia. Esta vida comenzó de una manera triunfal. Rosa fué intérprete del arte excelso. Después......descendió de la escalinata de alabastro, y en el último peldaño se puso á cantar aires de zarzuela. El ruiseñor como era natural, se enfermó de tristeza y empezó á trinar de mala gana. En seguida, y para volver más negra la fatalidad, la dueña del ave paradisiaca, no pudo oirla más: se hizo el silencio á su alrededor.

Y el pájaro celestial, ya mudo, murió de soledad y de frío.

Rosa Palacios murió mucho más tarde, expatriada y nostálgica del sublime reino de los sonidos.

* * *

¡Oh, debes de estar fastidiada. ¡No es posible que estés seria por tanto tiempo. Arráncate los crespones de luto, recoje tus cascabeles, suena tus timbales, baila, palmotea......¿Qué te fatigaste de finjir el dolor? Pues bien: descansa.

Y luego, cuando quieras, hablaremos de las frivolidades del día? No te parece que la locura aerea de Cantoya es buen asunto?......

LA MEJOR AMANTE

Y LA

MEJOR ESPOSA.

Si hubiere alguien que necesitado de ropa la encargara á un zapatero: que diera su reloj á componer al sastre; que deseando pasear en buena y alegre compañía invitara á un enterrador, que organizara tamaladas en los cementerios y pasara los días de duelo en las tandas, ese tal sería reputado insensato, loco de atar y no tardaría en dar con su humanidad en S. Hipólito.

La misma suerte correría quien pretendiera escribir con un escobillón, barrer con su limpia dientes ó peinarse con una espumadera; y sin embargo, todos los días y á cada paso vemos á los hombres incurrir en un error más craso, cometer un desatino más transcendental, caer en un absurdo más palmario sin protestar contra él, sin formular cargos y hasta con gran aplauso de propios y extraños.

Y ese desatino no es una divagación, una distracción, sino un acto deliberado y consciente y casi un principio de moral y de conducta. Hay quien absorto y preocupado sale á la calle con un botín y una pantufla; quien, como Newton, pone el reloj en el agua hirviendo y se guarda el huevo en la bolsa; quien como Edison el día de su boda, entra en su laboratorio, se abstrae y olvida novia, padrinos, é invitados hasta que vienen á despertarlo y á volverlo á la realidad y al cariño de la contrayente. Estos errores son disculpables y comprensibles, quien primero los reconoce es el que en ellos incurrió, y nadie aspira y pretende que sean dignos de imitarse, ni que constituyan sabias reglas de conducta y hábiles preceptos de acción.

Pero hay, ya lo dejábamos sospechar, un disparate del mismo orden, una incongruencia mayúscula en que la generalidad incurre á ciencia cierta, con conocimiento de causa y que no sólo no calificamos como merece, sino que solemos aconsejarla y recomendarla como regla de sabiduría y hasta de alta moralidad.

Es el que consiste en buscar en la que ha de ser nuestra esposa las cualidades y condiciones de una amante, siendo así que la amante y la esposa están separadas por un abismo, y que no sólo media diferencia, sino hasta contradicción entre las cualidades de la una y de la otra.

Amar es, ó una enfermedad ó una diversión; casarse es una función seria y transcendental llena de responsabilidades. A estas diferencias radicales en los hechos, deben corresponder diferencias no menos profundas en los agentes. Veamos cómo debe ser una amante.

El erótico enfermizo que necesita, busca y acaba por encontrar una amante, ó pertenece al género lánguido, tierno y llorón, ó al género impetuoso, pasional é impulsivo. En el primer caso, su amante debe ser delgada como el junco, pálida como el lirio; anémica y nerviosa, suspirona y gemebunda, sometida á la servidumbre de las jaquecas y de los vapores, es fuerza que sufra, que padezca, que en lo físico como en lo moral se revele ese torcedor implacable, esa sed inextinguible de ideal que hace las delicias de los Werther de pacotilla, de los Rafael de vecindario, de los románticos meritorios de oficina. Una mujer así, ni puede ni debe trabajar; á muchos piés de altitud sobre el nivel de la vida ordinaria, debe ser inapetente é ignorante de la cocina; debe vestir blanco y flotante; pero jamás empuñar la aguja; debe leer mucho y malo: versos, idilios, lieds, sabrá recitar melopeas, pero no llevar el gasto, y debe morir antes de ser madre ó en los momentos de serlo.

El amante del género impetuoso, necesita una amada alta, vigorosa, trágica, siempre encendida en ira, siempre rabiosa de celos, siempre empuñando el puñal vengador. Para verla, hay que escalar un balcón ó una tapia, que afrontar las iras de un padre, de un hermano, de un rival; ese género de amores obliga á tener, como los gambusinos californianos, el revolver entre los dientes. Si una amante de este género se hace paciente y dulce, si deja de ser exigente é imperiosa, resulta sosa, insubstancial y deja de inspirar amor. Tiene que ser coqueta para mantener el fuego sagrado de la desavenencia, y á la vez ha de ser celosa, gastadora, caprichosa y extravagante para sostener el estímulo que la hace deseable.

Entre estos dos grandes tipos, aunque con más afinidades con el segundo, se coloca la niña frívola, juguetona, ligera de cascos, versátil, todo el día mascullando pastillas y devorando fortunas; vestida con sombreros monstruosos, con faldas chillantes, con corpiños ceñidos, dotada de impertinente y pródiga de impertinencias, amable y afectuosa con todos, menos con su amante, regañona y con cóleras de gatita *enjongada* que saca las uñas y enseña los colmillos: la verdadera y perfecta amante del viejo rico.

¿Cuál de estas mujeres puede ser una esposa? ¿con cuál de ellas se puede fundar un hogar, procrear y educar una familia, consultar y resolver los grandes problemas de la vida? ¿Qué colaboración esperar de ninguna de ellas para la edificación de una fortuna, para la conquista de un nombre y de una posición, para dotar de principios y abrir carrera á los hijos, para encontrar consuelo y consejo en las dificultades de la vida? ¿Cuál de ellas será el freno de nuestros arrebatos, el valladar de nuestros ímpetus, el mentor sereno de nuestra conducta? Ninguna. Con el primer tipo el matrimonio conduce al hastío, con el segundo á la separación y al divorcio, pasando por la *riña y golpes*, con la tercera al ridículo y á la ruina.

Y sin embargo son estos los tipos predilectos y preferidos. La mayoría de los hombres ama y escoje para esposa ya á la romántica evaporada que lo seduce con sus languideces de criolla; ya á la mujer pasional y ardiente que parece ofrecerle los goces más intensos y brindarle pasión volcánica, ya á la muñeca frívola, insustancial, chuchería de *boudoir* que atrae y subyuga como el juguete al niño ó como el espejo á la alondra. Y entre tanto se quedan para vestir santos mujeres de alto mérito llamadas á hacer feliz á su marido, á fundar hogares tranquilos y á educar familias intachables.

La esposa no debe ser soñadora porque está llamada á un género de vida real, práctico, positivo y prosaico. Mal se compadecen la anemia con el trabajo doméstico y el cuidado de la casa; los ideales caballerescos con las pantuflas y la gorra griega del marido y con la terapéutica de la primera infancia, y los ataques de nervios con una seria educación de los hijos. No debe ser pasional, arrebatada y tempestuosa porque el hogar no es un escenario trágico, sino un retiro sereno, ni la vida doméstica un torrente

impetuoso, sino un remanso tranquilo. La esposa no debe ser frívola porque su misión es seria, ni despilfarrada porque está á la guarda del patrimonio de sus hijos, ni coqueta porque es depositaria de virtudes que debe poseer para poder trasmitir.

La esposa debe ser sana y vigorosa para hacer á sus hijos ese primero é inestimable regalo; debe ser estupendamente limpia para no hacerse nunca repugnante. Su espíritu debe ser ilustrado para poder colaborar con su esposo y saber aconsejarlo; tiene derecho á ser artista, pero no modernista; literata, pero no decadentista. Debe ser amorosa, pero no exaltada; tierna, pero no gemebunda ni suspirona; alegre sin frivolidad y sociable sin coquetería. Y sobre todo, necesita mucha energía para luchar, mucha diplomacia para conseguir, mucha constancia para triunfar y mucha resignación para sufrir.

—El ave fénix.—exclamará el lector—¿Dónde hay de esas mujeres? ¿Quién ha tenido la dicha de encontrarlas? Contestación: En todas partes, por donde quiera; sólo que para que abunden y sea más y más fácil hallarlas al paso, es indispensable que los hombres no busquen y prefieran á otras; operando así, esas otras, hoy preferidas, no tardarán en esforzarse por ser lo que una esposa debe.

No hay que olvidar que las preferencias del hombre determinan el carácter de la mujer y que es el hombre quien la ha hecho frívola, romántica, pasional, ignorante y débil.

EL GENERO CHICO EN LA ANTIGÜEDAD GRIEGA

I

El saber característico de las pocas migajas que aún nos restan por consumir de este pastel llamado siglo *XIX*, es el desprecio profundo por todo lo pasado, ni siquiera por el pasado de hace cincuenta ó cien años, sino el pasado de ayer, de hace doce horas, el pasado que todavía no pasa, sino que está presente ante las miradas despectivas de los olímpicos árbitros del buen gusto, de la elegancia, del talento y del mérito. Sea cual fuere el asunto de que se trate, basta con que se haga el elogio de algo, por grande y elevado que sea, por decisiva que haya sido su influencia sobre los destinos de la humanidad, para que nunca falte algún necio que diga plegando el labio superior con gesto de desdén:—Ya eso es viejo.

Lo que hay de censurable en ese desprecio, no es precisamente la preferencia que se da á lo nuevo por haber mejorado lo antiguo, mejoría discutible en muchos casos, y especialmente en el campo de la literatura y del arte; lo que disgusta del fallo condenatorio es la injusticia que se comete al olvidar que el pasado es la base de todo mejoramiento, y que sin aquel, éste no habría sido posible, porque primero es ser, que ser de tal ó cual manera. En medio del concierto de aplausos que todo progreso arranca á la vulgaridad, siempre se hace oír la voz del buen sentido que repite con Iriarte en su inmortal fábula de *los Huevos*: «¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»

Para los adoradores de la novedad y despreciadores sistemáticos de lo viejo, fué para quienes se dijo aquello de *nihil novum sub sole*; y es inefable el placer que yo experimento siempre que en mis lecturas encuentro la confirmación de esa frase, y veo desmentido con hechos que el don de la inventiva y de la originalidad, no es patrimonio exclusivo de la época presente.

Sí; nada hay nuevo debajo del sol, nada, ni siquiera ese género realista que en el teatro aparece hoy, entre los franceses, con el nombre de *género vida parisiense*, y entre los hispanos con el de *género chico* esto es, la representación teatral en pequeñas piezas sin trama y casi sin argumento de las escenas de la vida real y prosaica de determinadas clases sociales.

Los franceses y los francófilos hispano-americanos, quienes sin conocer la literatura patria, y tal vez ni la gramática castellana, no conciben que pueda tributarse culto digno á las Musas sino en la lengua de Fenelón desfigurada por Verlaine, los Mallarmé y demás simbolistas,—tres franceses digo, se arrojan desde luego la invención del género teatral mencionado. Creen que, con citar á Henri Monnier y sus *escenas populares*, á Chavette con sus *Pequeñas comedias de vicios*, y sus *Pequeños dramas de la virtud*, y á Droz, el autor favorito de todos los estudiantillos de primer año de la preparatoria, pueden asegurar que son los inventores del género entre todos los pueblos de la tierra, el español inclusive, á pesar de que sin necesidad de remontarse hasta Moreto, puede demostrarse fácilmente que los sainetes de D. Ramón de la Cruz, lo más acabado que en el repetido género se ha escrito, se representaron un siglo antes de que las escenas de la *Vida parisiense* se hubieran compuesto y los autores de ellas hubieran nacido.

Algo se había dicho, hablando de lo mucho que de la literatura antigua se ha perdido, de ciertos famosos *Mimos*, acerca de los cuales, los sabios anticuarios se deshacían en conjeturas. Se sabía, ó mejor dicho, se suponía, que esos *Mimos* no eran simples pantomimas mudas como las que vemos ejecutar á los clowns del Circo, sino escenas habladas y por supuesto escritas precisamente, en las que se representaban costumbres y caracteres de la vida real. Se decía que el creador del género fué cierto Sofrón, que vivía en tiempos de Eurípides, y se citaba también, á un tal Herondas, cuyos escritos habían sido traducidos al latín, y deleitaban, según Plinio el joven, al público romano.

Cosa singular: una de las raras ocasiones en que las sabias conjeturas de los sabios acerca de la antigüedad se han visto conformadas de la manera más completa, ha sido la referente á los *Mimos*. En efecto; eran, no pantomimas, sino escenas reales de la vida escrita para los teatros, y en prueba de ello, y para que los modernos no nos envanezcamos de haber inventado el *género chico*, un papiro salido de las pirámides,—no de Teotihuatán, tranquilícese D. Leopoldo Batres, sino de Egipto,—ha venido últimamente á ofrecernos siete *Mimos* completos, en los cuales hay versos citados por gramáticos griegos y atribuidos por éstos á Herondas, que son la plena confirmación de que el teatro antiguo no se reducía á comedias y tragedias solamente, sino que la vida real presentada en escenas sencillas y con el lenguaje vulgar, ó sea el *género vida parisiense*, ó *género chico* español, hacía furor en tiempo de los Ptolomeos. ¡Adiós, pues, disputas entre galos é hispanos acerca de la prioridad de la invención!

A grandes rasgos daré una idea de estos *Mimos*, valiéndome, por supuesto, de las traducciones inglesas y francesas que de ellas se han hecho.

Pudiera traducirse al español el título del *Mimo I* por la *Celestina ó la Corredora*, aunque nuestro idioma tenga la frase propia para dar idea de la protagonista del texto griego, parece demasiado enérgica para un periódico que puede ser visto por ojos puros é inocentes.

II

Celestina, ó sea *Gulis*, fracasa en sus torpes ataques contra la virtud de la joven Metriké recién casada con Mandris. Mandris está ausente desde hace diez meses y la vieja Gulis penetra al hogar con el pretexto de vender á la abandonada esposa, telas, perfumes y afeites de tocador.

En el momento en que la esclava de Metriké sale de la pieza, se entabla el diálogo siguiente, que basta para que se me dispense de referir toda la escena en su realismo *Zolista*, con perdón del autor de Nana, sea dicho.

G.—¿Nadie nos oye?

M.—Estamos solas.

G.—¡Ah! pobre mujercita de Mandris, sóla aquí y consumiendo en viudedad prematura é inmerecida tus gracias, mientras tu marido *bebe en otra fuente*; rodeado de mujeres que encantan la vista como si fueran las diosas que se disputaran ante París el premio de la belleza......

M.—¿Pero á qué viene ésto?

G.—Si conocieras á un protector mío, hermoso como Hércules, adolescente, rico, honrado, incapaz de hacer mal á una mosca.... y cómo suspira por Metriké!

El *Mimo* II más crudo aún que el anterior, pone en escena el gran Battaros, quien ejerce la misma profesión que la vieja Gulis y que es al mismo tiempo un orador, elocuente para ponderar sus mercaderías. Espero que se me perdonará que no diga más.

Pero ahora entraremos en un medio más decente. Es la escuela de Lampriscos á la cual acude la anciana Metrotimé para acusar á su hijo Kottalos que es un perdis de cuenta, enemigo acérrimo del trabajo y del estudio, nunca sabe en donde se encuentran sus tablas, ó sean los libros; pero en cambio los huesos para jugar, cuidadosamente limpios, jamás lo abandonan. Nunca falta en su bolsillo alguna moneda extraída fraudulentamente del area paterna, á fin de ir con ella al garito en donde se reunen los esclavos fugitivos. A su edad, no sabe distinguir el *alfa* de la *beta*, y se pasa la vida, cuando no está jugando, encaramado como un mono sobre el tejado. La bilis que yo almaceno al ver á este infame me va á matar.

El maestro Lampriscos, severo, pero justo, comprende que sólo una azotaina ejemplar puede apartar á Kottalos del camino de la horca. Pero el maestro, tipo siempre el mismo, no se contenta con castigar. También es sarcástico. Comienza por cumplimentar irónicamente á su discípulo.—Te felicito por las proezas, Kottalos, así comienzan los grandes hombres. Pero yo tengo un remedio, un ungüento admirable para calmar esos ímpetus heróicos que aunque á tí te llenan de gloria, enferman á tu pobre madre. ¿En dónde está mi correa gorda? ¡A ver! ¿Quién lo carga?

Kottalos se suelta ahullando.—Basta, Lampriscos, no volveré á hacerlo.—Por fin, sueltan al muchacho quien echa á correr enseñando la lengua á la madre y gritándole: «¡Vieja bruja!

Los otros cuatro *Mimos* todos ellos de escenas altamente realistas serían largos de referir. El cuarto representa á dos mujeres, ama y criada, admirando las estaturas y las pinturas del templo de Asklepios (Esculapio.) Sus observaciones estéticas recuerdan las de los convidados á la boda del *Assomoir* en las galerías del Louvre. El quinto pone á la vista un gineceo, en donde las mujeres se disputan el amor de un esclavo.

Los dos últimos, que son de un verdadero sainete en dos cuadros, figuran á dos mujeres elegantes ocupándose en cuestiones de modas y adulando al zapatero Kerdon que es quien lleva el cetro del buen gusto en materia de calzados.

La verdad es que no se necesitaba de una manera absoluta el hallazgo de los *Mimos* de Herondas para saber que el *género chico* era conocido en la antigüedad. Hay en Teócrito idilios que son verdaderos *Mimos*; el intitulado las *Siracusanas*, por ejemplo, y Aristófanes se entrega en todas sus comedias á un naturalismo, al representar gentes del pueblo, y de la clase media, que no se atreverán jamás á imitar siquiera los autores modernos. *Nihil novum sub sole*. ¿Qué digo? qué el *género chico* no es nuevo? Pues no lo es tampoco lo que creíamos propiedad exclusiva de este fin de siglo, la opereta de estilo Offembach: los *Dioses del Olimpo*, la *Bella Elena*, *El joven Telémaco*, tenían ya precedentes en el teatro griego. En las *Argonáuticas*, de Apolonio, vemos á *Hera* (Juno) mujer honrada que no quiere comprometerse yendo sola á visitas á *Cipris* (Venus) á causa de su conducta dudosa, suplicar á *Athené* (Minerva) literata gazmoña, que la acompañe.

Se trata de que Venus haga que su hijo Eros (Cupido) inspire á Medea una pasión profunda por Jasón. Venus recibe á las dos diosas con amabilidad desdeñosa.—«¡Qué maravilla el veros por aquí! Las dos juntas venir á verme! ¿Qué se os ofrece? Minerva, altiva, no despega los labios; y Juno, en med o de sonrisas forzadas y de palabras lisonjeras expone su petición. «¡Es tan malcriado mi hijo!» dice Venus; pero, en fin, basta con que tan grandes diosas vengan á pedirme un favor á mí, pobre mujer calumniada y abandonada, para que haga un esfuerzo.»

Venus encuentra á su hijo jugando con Ganimedes y haciendo trampas, Ganimedes llora, Cupido ríe. La madre propone el asunto á su hijo, el cual, sólo mediante un regalo considerable consiente en disparar una de sus flechas á la princesa de Coleos.

¡Y pensar que esta burla de los personajes respetables la hacían los griegos en la época del paganismo!

No sólo el *género chico* y el estilo Offembach carecen de originalidad, sino que también la irreverencia religiosa es tres mil años más vieja que lo que la creíamos, al atribuir su paternidad al siglo XIX.

CLEOPATRA.

Fragmentos de un libro de viaje.

Los filtros y el hospital militar de Varsovia.

¿Qué será esos decantados filtros, en los cuales hemos caminado tanto sin llegar á tocarlos ni siquiera á verlos? dirán con razón los lectores que se hayan ocupado en leer el artículo anterior. Voy á decirlo, lo haré sin términos técnicos, pesados de por sí, y que sólo á los especialistas interesan. ¿A qué hablar de hectólitros de agua, de metros de altura, de longitud y de profundidad, de toneladas de arena, todo precisado númericamente, con algunos millonésimos de aproximación, á que tan afectos son los ingenieros como desafecto el común de los lectores? tales detalles no traducen la impresión fiel del objeto al que no lo ha visto, ni hacen variar la abrumadora impresión de grandeza que ese objeto causa en quien lo contempla.

Imagínense mis lectores una colosal y empinada torre, en cuyo punto culminante hay un enorme depósito, adonde va á parar el agua destinada á la purificación; esta agua, impura é infestada de gérmenes, pues es la misma agua del Vístula, encumbrada hasta allí sobre los hercúleos hombros de potentes bombas de vapor, desciende bajo la presión de varias atmósferas, y por cañerías convenientemente dispuestas va á dar á cada uno de los filtros. Estos consisten en muy grandes y muy profundas escavaciones practicadas en el suelo, de paredes bien cimentadas, y llenos como hasta la mitad de arena muy fina y muy limpia; el agua llega por la parte inferior de las capas de arena, las atraviesa de abajo á arriba, depositando en las partículas de arena los gérmenes que le ensucian y formando encima un vasto depósito, protegido por una techumbre conveniente, para que las impurezas atmosféricas no destruyan la obra de la purificación; dichos filtros son muy numerosos, y como pasado cierto tiempo, la arena impregnada de malsanos gérmenes no desempeñaría ya su oficio purificador, existen filtros de repuesto, destinados á funcionar cuando otros se han inutilizado por un largo funcionamiento.

Tal es esta notable obra de saneamiento de las aguas del Vístula, descrita en pocas líneas, pero visitada en dos horas largas bajo los inclementes rayos de un sol abrasador, y, guiados por la voluntad inflexible de aquel médico de hierro, que, insensible á la fatiga y sin conceder un instante de reposo, nos conducía de una escavación á otra.

No todos íbamos contentos, el médico francés estaba visiblemente contrariado; se proponía partir esa misma tarde para Moscow, mas para ello necesitaba su carta de congresista, y el porfiado ruso había jurado sin duda por San Nicolás no soltar la prenda hasta no hacerle ver uno por uno todos los filtros, hasta no hacerle probar el agua que contenían y hasta no hacerle oír de los labios de un italiano especie de sobrestante de las obras, todas las explicaciones relativas á la solidez de la construcción y á su costo é importancia.

El galo, con la cachaza propia de los franceses, tomó al principio aquello por la buena, echándolo á broma, creyendo que después de una hora de paseo por los filtros, se vería en poder de la apetecida carta y podría marchar á Moscow, como lo tenía pensado. Pero no sabía hasta donde llega la tenacidad de un ruso, y en vano apretaba los puños, lanzaba sobre el ruso miradas preñadas de ira, y mascullaba juramentos, cuyas vibrantes erres, efes y ches se hacían oír. Pero el ruso, tieso que tieso, calmaba aquellos ímpetus con un ademán irresistible, por lo enérgico, y el buen francés no tuvo más remedio que resignarse, y para mayor burla, después de hacerle ver cuanto encerraban los filtrnos, lo llevó á remolque al Hospital Militar.

Ilmo. Sr. D. Fray Buenaventura Portillo, Obispo de Zacatecas.
† el 21 del actual.

Sin embargo, momentos hubo en que era tanta la contrariedad del francés, que ya nos temíamos un lance desagradable, y que la soñada alianza entre Francia y Rusia, hubiera camenzado por una riña á puñetazos, entre dos sabios de ambas nacionalidades; riña cuyos resultados no era fácil prever, pues si el el ruso era un hombre de acero, ardía en los ojos del francés, vigoroso también, la llama de aquella *furia francesa*, de que tantas pruebas han tenido los italianos.

Guiados siempre por el Dr. Alexandrof volvimos á las droikas, y nos detuvimos en el Hospital Militar, adonde el francés muy de mala gana tuvo que seguirnos. Visitamos todos los departamentos del vasto, aseado y bien ventilado establecimiento, recorrimos sus muchas salas, nos acercamos á varios enfermos que habían sufrido notables operaciones ó que adolecían de interesantes padecimientos.

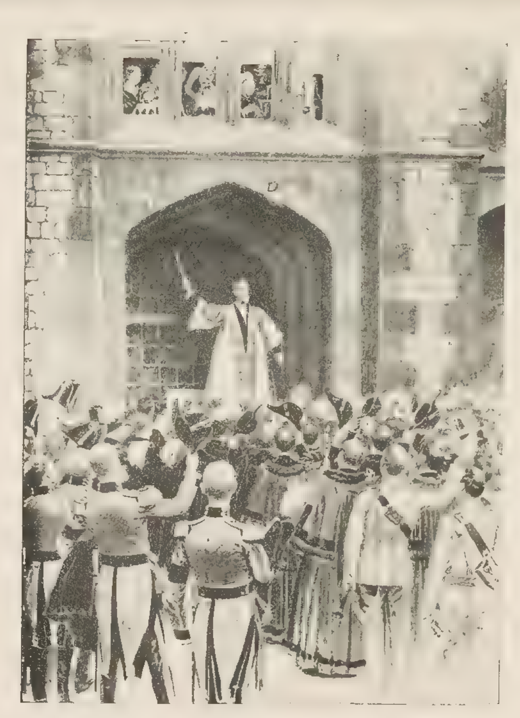
Al llegar á la botica del establecimiento pasó un episodio curioso, la puerta estaba cerrada, el médico ruso llamó tres veces con fiero ademán; la puerta no fué abierta, penetramos al departamento por otro lado, y, fué de ver el tremendo regaño que el médico dirigió al empleado, que no estaba en su puesto. La reprimenda fué en ruso, pero los coléricos ademanes del superior y la humildad casi servil del inferior, nos hicieron comprender lo violento de la escena. Sin duda, á no estorbarlo nuestra presencia, el infeliz dependiente sale abofeteado por su irritado señor.

Para verlo todo, vimos también la cocina; las enormes cacerolas, las grandes ollas, las muchas hornillas; todo nos fué enseñando, todo nos fué explicado y pormenorizado por aquel cicerone despótico y subyugador, bajo cuyo imperio nos encontrábamos, y á cuya irresistible avidez de enseñar no había más remedio que ceder.

No se contentó con hacernos ver, con hacernos tocar, con hacernos oler; quiso también hacernos gustar los manjares destinados á los enfermos, y era de ver el apresuramiento y el ademán de mando con que presentaba el cucharón á cada uno de nosotros, haciéndonos probar el sustancioso caldo, que acíbar le ha de haber parecido el francés.

Terminó la visita al ponerse el sol, el francés quedó libre, pero perdió el trén. Nosotros, después de despedirnos de aquel hombre tan notable por su ciencia como por su actividad, energía y tesón, y ya provistos de nuestras respectivas cartas, nos encaminamos á la Estación á informarnos de la hora de salida del tren que al día siguiente partía para Moscow. En el camino pudimos admirar el largo y soberbio puente de acero que cruza el Vístula, y la pureza de líneas de la bien modelada estatua de Sigismundo III, que se yergue altiva sobre elegante columna metálica. Al día siguiente á las 7 de la mañana debíamos partir para Moscow la santa, la capital religiosa de las Rusias; para Moscow la sabia, la Atenas de esa gran nación.

Porfirio Parra.



Palacio de Windsor.—La serenata en honor de la Reina Victoria.

VIAJE POR ESPAÑA.

No hace muchos días hice una corta visita á Aranjuez. Si Versalles recuerda á una coja encantadora en la historia, Aranjuez guarda aún el perfume de una tuerta hechicera: bien vale un viaje á ese bello *buen retiro* de los príncipes castellanos, el ir á rememorar á la princesa de Eboli. Entre los olorosos y evocadores boscajes resucitan las lejanas escenas, y hay en el ambiente de los jardines y alamedas como dormidos ecos galantes que no aguardan sino el enamorado ó el poeta que sepa despertarlos. En el Palacio real y la Casa del Labrador es un espíritu de tristeza el que impera, desde que se penetra en las suntuosas y solitarias mansiones. Al recorrer los inumerables habitáculos, adornados de siglos de oro, de plata, de mármol, de ónix, de ágata, de seda, de marfil, al respirar bajo esas techumbres que han cubierto tanta hora trágica, feliz ó misteriosa, en la vida de muchos monarcas de España, sobrecoge el sombrío momento, la sala ha tiempo sin vida, la luna que retrató en su fondo las imágenes pasadas, la hora detenida en un reloj de Manuel de Rivas; el cojín en que se reclinó la cabeza de Felipe II, el fresco, el cuadro, el dije ó la estopa vieja con su atractivo peculiar y tríste... Y el conserje que dice su aprendida relación, y se descubre ante un cuadro que representa una capilla del Escorial en que se está diciendo la misa.... Viene á la mente la España negra.

Acababa de leer ese libro reciente de Emilio Verhaeren y Darío de Bergoyos, *La España negra;* y la novela española de Barrés, *Un amateur d'ames*, y el volumen positivo sobre la evolución política y social de España, de Yves Guyot: en todos la observación, la sujestión. la imposición de la nota obscura, que en este país contrasta con el lujo del sol, con la perpetua fiesta de la luz. Por singular efecto espectral, tanto color, tanto brillo polícromo, dan por suma en el giro de la rueda de la vida, lo negro.

Es la tierra de la alegría, de la más roja de las alegrías; los toros, las zambras, las mujeres sensuales, Don Juan, la voluptuosidad morisca; pero por lo propio es más aguda la crueldad, más desencadenada la lujuria, madre de la melancolía; y Torquemada vive, inmortal. Granada existe, abierta al sol, como la fruta de su nombre, perfumada, dulce, ácidamente grata; pero hay una Toledo, concreción de tiempo inmóvil y seca como una piedra, y entre cuyos muros

S. M. B. planta un arbol conmemorativo de su cumple años en el Parque del Palacio Windsor.

sería insólita y fuera de lugar una carcajada. Allí no caben, al calor que abrasa la aridez de Castilla, otros amores que los tristes ó fatalmente trágicos, y Maurice Barrés, la pasión que hace amargamente florecer en recinto semejante, es la nefasta y ardorosamente paladeada de un incesto. Verhaeren anota sus impresiones dolorosas, copia al aguafuerte paisajes cálidos y calcinados, colecciona sus almas violentas y bárbaras como los productos de una flora tropical, excesiva y rara. Domina atávicamente su sangre belga la fiereza de la España que apretara á sus antepasados entre los hierros del duque de Alba; los espectáculos de la torería le dejan ver la cristalización sangrienta que yace bajo el subsuelo de esta raza cuya energía natural se complica de la ruda necesidad de las torturas; y el concepto de la muerte, y de la gracia, enlutados y caldeados por un catolicismo exacerbante, por una tradición feroz que ha podido encender las más horriblemente hermosas hogueras y aplicar los martirios más purpúreos y exquisitos. El arte revela ese fondo incomparable. La imaginaria religiosa hace de las naves de los templos, lúgubres *morgues* que me explico hayan conmovido á Verhaeren, como á cualquier visitante de pensamiento que traiga sus pasos por estas iglesias sangrientas en que Rivera ó Montañés, entre tantos, exponen al espanto humano sus lamentables Cristos.

Un español de gran talento me decía: «En cada uno de nosotros hay un alma de inquisidor». Cierto. Fijaos y decid si José Nakens no se junta, paralelamente, en lo infinito—así las dos líneas matemáticas,—con Tomás de Torquemada. Es la misma fe terrible, la intransigencia que llega hasta la ceguedad: la aplicación del pobre, la certeza en la salvación por el sufrimiento, tan magníficamente iluminada en el drama de Hugo, Los conquistadores y los frailes en América, no hicieron sino obrar instintivamente, con el impulso de la onda nativa: los indios despedazados por los perros, los engaños y las violencias, las muertes de Moctezuma y Atahualpa, la esclavitud, el quemadero y la obra de la espada y el arcabuz, eran lógicos, y tan solamente un corazón excepcional, un espíritu extranjero entre los suyos, como Las Casas, pudo asombrarse dolorosamente de esa manifestación de la España negra: «Mi morena»—dice Mariano de Cavia.

Las sombrías políticas de antaño se producen hoy, claro que sin la perdida magnificencia, pues de Polavieja á Antonio Pérez hay cien atlánticos de distancia y las ducales espuelas de D. Fernando Alvarez de Toledo retrocederían sobre las agudas estrellas de D. Valeriano Weyler...... Pero aún la sombra de Roma cae sobre el palacio de Madrid; los confesores áulicos tienen su papel, las intrigas son las mismas, con diferencia de personajes y de alturas mentales. ¡España va á cambiar! se grita en el instante en que la injusta y fuerte obra del yankee se consuma. Y lo que cambia es el misterio.

La verbosidad nacional se desborda por cien bocas y plumas de regeneradores improvisados. Es un sport nuevo. Y la zambra no se interrumpe. «España, dice un escritor de Francia, ha querido, sin duda, evocar esos grandes estados del Oriente antiguo que se derrumban en la embriaguez pública.» No, no ha querido evocar nada. Obra por sí misma: esa alegría es un producto autóctono, entre tanta tragedia; es el clavel: es la flor roja de la España negra. Así, cuando de nuevo los conservadores han vuelto al poder, se ha creído en el exterior que la reacción provocaría la revolución. Las inquisitoriales historias de Montjuich están cercanas; los sucesos de la guerra han sido tan rudos en su lección;—y las agitaciones provinciales del regionalismo se han repetido tanto. Nada. Quietud. Estancamiento. Apenas ruido de regaderas alrededor del tronco fósil del carlismo. Tan sólo, en lo futuro del tiempo, el hervor del fermento social.

La libertad y la individualidad - dice Georgés Lainé—son sentimientos accidentales que España siempre ha desconocido. La antigüedad y el Oriente no han imaginado otra forma de gobierno que el despotismo fanático y sospechoso, de tiranos, que se inmiscuyen en la intimidad de las conciencias. España no ha podido desprenderse de esa concepción, ni bajo el régimen del librepensador Carlos III, ni bajo la del intolerante Felipe II; el libre pensamiento castellano no fué entonces sino una variedad nueva de la intolerancia y del despotismo; si hubiese osado suprimir la religión del estado, hubiera sido para reemplazarla por una filosofía del estado, pero bruscamente, sin preparación, el siglo XIX rompió este molde social.

Mal podría yo, católico, atacar lo que venero; mas no puedo desconocer que el catolicismo español de hoy dista en su pequeñez largamente aun del terrible y dominante catolicismo de los autos de fé. Esa corrompida dominación religiosa de Filipinas, ha sido como bien lo conoce ya el mundo, la causa principal de la pérdida cuya fatalidad no hubo un juicio crítico que la presintiese. Habiendo perdido su poderío antiguo, la clerecía no tomó siquiera el rumbo que podría levantarla á su justo puesto en España, y á España entre las naciones: una España católica, en donde, ya que no como cuerpo, particularmente se protegiesen las artes y las ciencias. No es un sueño de poeta el pensar como el escritor que antes he citado, en el papel reservado á la iglesia en lo porvenir, con tal de que la barca simbólica fuese con buen timonel: la iglesia es una admirable institución, porque reposa sobre el amor y es el eterno asilo

Los guardias escoceses desfilan ante S. M. la Reina Victoria.

Atentado contra el Sr. Gobernador del Estado de Chiapas, Coronel Francisco Leon.

1.—C. Gobernador. 2.—El centinela al disparar.—Distancia entre ambos 15 metros 61 centímetros. Altura del lugar en que pegó la bala en el poste, 4 metros.

(De fotografía que nos envió un alto empleado de la Administración de Chiapas.)

MARTIN. **LA PESCA.** EXPOSICION DEL CASINO NACIONAL.

de todos los Franciscos de Asís, de todas las Santas Teresas, de todos los Vicentes de Paúl del futuro. Todos los que aman, todos los que no son presas del odio, todos aquellos para quienes el amor es el único fin de la existencia, se lanzarán un día hacia la iglesia, sea que—por privilegio de Dios—entren directamente, sea que, paganos, les haya sido preciso, de desilusión en desilusión, seguir el camino indicado por Platón; del amor de los bellos cuerpos ascenderás al amor de las ideas, de la Venus terrestre á la Venus celeste.

Y en España, en donde el catolicismo forma parte, ó está unido tan íntimamente al alma general á tal extremo, que España ha de ser siempre católica, ó no será, quizá en el tiempo venidero, en el resurgimiento que ha de cumplirse, reverdezca el árbol nuevo, ya que no con las pompas escarlatas de la hoguera y del auto de fe, en la luz de la vida nueva, en la gloria de la intelectualidad, libre de las manchas grises, de las taras vergonzosas que ahora contribuyen al descrédito de la alta doctrina; la «locura de la cruz» no es la insensatez de la cruz.

¡Oh, sí! el Máximo de Ibsen podría venir, mas no sería sino el mismo soberano Jesucristo, un emperador galileo cuyo fin sería siempre la paz y el triunfo de la verdadera vida. El Antecristo nació en este siglo, en Alemania, conquistó muchas almas; se apasionó primero por el Graal santo y renegó luego de su mayor sacerdote; creó el tipo de soberanía humana, ó superhumana, aplastando la caridad de Jesús; predicó el odio al doctor de la Dulzura; desató ó quiso desatar los instintos, los sexos y las voluntades; consiguió un ejército de inteligencias, y se cumplió por él más de una profecía. Pero el Antecristo alemán está en el manicomio, y el Galileo ha vencido otra vez.

RUBEN DARIO.

Madrid, Mayo 10 de 1899.

UN AUTÓGRAFO DE DON EMILIO CASTELAR.

París 9 de Octubre de 1867.

Sr. D.n Lorenzo Ceballos

Muy Sr. mío y amigo: las
indicaciones que V. me ha dirigido res-
pecto al envío de una memoria jui-
ciosa de la política europea [illegible]
al gobierno de Méjico, me llenan de
gusto. Ellas, pues aunque el gobier-
no de este país que tanto amo,
no la aceptára, sería para mí un
premio ver que hay un megicano
tan liberal como V. que me crea
en algo útil á su patria. Sabe las
inmensas simpatías que el gobierno
de Méjico me inspira. Él está de-

mostrando en los críticos momentos que
atravesamos la posibilidad de estable-
cer una democracia liberal hasta
en el seno de países educados por
una doctrina como la doctrina
de la Iglesia tan contraria á
libertad y por una raza tan
[illegible] como la raza española
tan apegada al absolutismo. Por
consiguiente el gobierno de Méjico me
interesa no solo como representante
de una nacion de mi propia sangre
no solo como defensor de unas ideas de
mi propia conciencia, sino como prue-
ba viva dada á toda la humanidad
de que la democracia es una planta
capaz de arraigarse hasta en terre-
nos que generalmente se creen poco

su admiracion impone. En cuanto al ciudadano que se halla á su frente v. sabe el concepto que me merece. Lo he escrito en Europa y en America cuando la Republica parecia sucumbir bajo el peso de la intervencion estrangera. Lo he escrito diariamente en el periodico que la reaccion me ha arrancado de las manos. Lo he dicho ahora en mis correspondencias. Lo he repetido á tantos hombres eminentes de todos los partidos que me honran con su amistad en Francia. Creo á Juarez el primer republico de la America independiente sin excluir á los hombres de la America anglo-sa-

jona. Le creo superior á Washington, á Bolivar, á Lincoln. [illegible] prevalecer en [illegible] la independencia de la America, la democracia [illegible] de nosotros [illegible] La crisis que atraviesa Europa reviste un profundo [illegible] Prusia y Alemania, Roma é Italia, Grecia y el Imperio turco, Rusia y el Oriente, el Imperio y Francia, los Borbones y España son otros tantos asuntos de profunda meditacion. Yo haré lo posible si su gobierno acepta la idea de v. por serle util, y por

apuntarle quincenalmente aquellos hechos [illegible] si su gobierno acepta [illegible] Soy siempre amigo [illegible]

Emilio Castelar.

EL Sr. OBISPO PORTILLO

El martes último falleció el religioso Fray Buenaventura Portillo, Obispo de Zacatecas, á la edad de setenta y dos años.

Nació en el Estado de Jalisco, el 2 de Mayo de 1827.

El prelado venía padeciendo desde hace tiempo, una dolorosa enfermedad que le impedía atender personalmente, como él lo deseaba, los asuntos de la diócesi.

Hace dos semanas se acentuó la enfermedad que padecía. Los médicos desesperaban de salvar al paciente y así lo manifestaron á los miembros del Cabildo zacatecano. Por fin, sobrevino la muerte en las primeras horas de la mañana del día veinte.

El 22 se efectuaron los funerales con la mayor solemnidad en la Catedral de Zacatecas, asistiendo el Cabildo, los curas de las parroquias, capellanes y ministros de los demás templos, el Rector, profesores y alumnos del Seminario Conciliar y numerosísimas familias católicas, tanto de dicha capital, como de la cercana población de Guadalupe.

El Sr. Portillo se educó en Guadalajara y profesó en el convento de Zapopam.

De manos del Obispo Dr. Don Diego Aranda, recibió las órdenes sacerdotales el 8 de Septiembre de 1850.

Fué preconizado Obispo de Trisalia *in partibusin fidelium* y Vicario Apostólico de la Baja California el 9 de Marzo de 1880, y el 27 de Junio siguiente fué consagrado en la Catedral de Guadalajara por el señor Arzobispo Loza, juntamente con el Dr. Don Eduardo Sánchez, que había sido preconizado Obispo de Tamaulipas.

Pasó poco tiempo después á servir el Obispado de Chilapa, y en 1889 fué transladadc al de Zacatecas, siendo el sucesor del Dr. D. José del Refugio Guerra y tercer prelado de la diócesi.

La primera peregrinación de mexicanos de todos puntos de la República, que marchó á Roma en 1899 fué presidida por el Sr. Portillo.

Su afabilidad de carácter, su amor evangélico, su prudencia suma para tratar los asuntos de la Iglesia y su ilustración, le granjearon grandes simpatías.

Asegurábase últimamente que como más antiguo sufragáneo de la Archidiócesi de Jalisco, estaba designado para ocupar el puesto de Arzobispo de Guadalajara, y como tal fué propuesto á Roma.

Actualmente hay vacantes en la República, el Arzobispado de Guadalajara y los obispados de Campeche y Zacatecas.

EL CUMPLEAÑOS DE LA REINA VICTORIA.

Nuestros grabados contienen escenas curiosas de las ceremonias y festividades con que fué celebrado en Londres el cumpleaños de la Reina Victoria.

Oportunamente llegó á Londres S. M para recibir las congratulaciones de los miembros de su familia y de los altos dignatarios del reino.

La serenata fué dirigida por el Sir Walter Parratt vestido con su traje de Doctor en Música. Formaban el orfeón doscientos setenta cantantes, miembros de varias sociedades corales. La Reina los escuchó desde la ventana, acompañándola sus allegados.

El Duque de Connaught dió las gracias á los cantantes; pero la Reina no quiso que se fueran sin hablarles y poniéndose en pié les dirigió algunas palabras de agradecimiento.

Los Guardias Escoceses desfilaron ante la terraza oriental del Castillo, hicieron salvas y evoluciones y con su Coronel el Duque de Connaught, el Gran Duque de Hesse y el Marqués de Lorne, de gran uniforme, se dirigieron a la Avenida Kennel, en donde la Reina presenció el desfile desde su cochecito.

Otra de las ceremonias del aniversario fué la plantación de un árbol conmemorativo en el viejo parque de ese Palacio histórico, morada de los últimos Plantagenets y de Jorje III, abuelo de Victoria.

El atentado contra el Gobernador de Chiapas.

Un alto empleado de la Administración de Chiapas se ha servido enviarnos la fotografía tomada para reconstruir la escena del atentado, en la que se vé al Gobernador en el lugar por donde pasaba cuando disparó el soldado de la guardia y que se marca en el grabado con el número 1.

También nos remite la misma persona un periódico de Tuxtla en el que se reproduce la noticia que

MEXICO MODERNO.

Casa morisca.—Calle del Ejido.

Calle de Donato Guerra.

apareció en el Periódico Oficial del Estado y un reportazgo que da á conocer los antecedentes del soldado Antonio Martínez, autor del criminal atentado.

Antonio Martínez tiene 47 años, y ya ha sido condenado anteriormente por varios delitos, siendo su propensión dominante el crimen sangriento. En el Estado de Veracruz mató, por causas fútiles, á un turco, y según propia confesión, al disparar su arma sobre el Sr. Coronel León, lo hizo *porque sí* y sin que mediaran quejas contra él, pues ni aún lo conocía.

Según eso, el soldado Martínez es un criminal instintivo, un reincidente peligrosísimo que urge eliminar.

Un autógrafo de Castelar.

A la bondad del Sr. D. Fernando Iglesias Calderón, poseedor de una colección riquísima de autógrafos y documentos preciosos para la historia de nuestra época, debemos el que hoy se publica en este número de nuestro semanario.

Debemos advertir que esta carta, interesante como todo lo que calzó la firma de Castelar, explica por manera singularmente precisa la grande admiracion de los europeos latinos por nuestro benemérito Juárez. Ellos en efecto eran los que mejor podían apreciar la obra reformista y patriótica del partido liberal mexicano; ellos, que sentían pesar sobre su conciencia de progresistas las fuerzas regresivas, contra las que lucharon Hugo en Francia, Garibaldi en Italia y en España Castelar —los tres grandes admiradores del repúblico mexicano.

Las comparaciones que hace Castelar, apreciando el valor de la obra consumada por Juárez, se explican no como una hipérbole de latino apasionado, sino como expresión de vehemente y generosa simpatía hacia un correligionario que alentaba los mismos ideales y combatía al mismo enemigo.

No desoímos la voz de la justicia histórica, aceptando el juicio, que coloca en situación de inferioridad ante la gratitud humana á los héroes de la América del Norte y de la América del Sur, respecto de nuestro eminente benemérito. Mucho nos alhaga, como mexicanos y liberales que somos, la apreciación del Sr. Castelar; pero no es, en nuestro concepto, la que sanciona la opinión ilustrada del país, y eso sin menosprecio por quien la formuló ni demérito para la significación histórica del gran Juárez.

Hay que tomar en cuenta las circunstancias en que escribió Castelar esta carta y la gran resonancia del triunfo de la República y de la Independencia en México. Castelar estaba desterrado, amenazado, hervían en su cerebro las santas cóleras contra la tradición de oprobios, violencias y sombras de la que surgía México, guiado por Juárez, á la luz de la regeneración en la República y en la libertad, los dos ideales del tribuno español.

¡Muera la bruja! A la horca la desvergonzada! Y de los balcones de piedra atestados de burgueses, y de las bóvedas obscuras del mercado, donde se enfilaba una compañía de arqueros en medio de resoplidos de caballos, se elevaron gritos y clamores de acusación, y se alzaron los puños hacia la cárcel donde el cortejo acababa de hacer alto.

Al pié de la escalera, donde la empujaran manos brutales, Lore había caído de rodillas, al tropezarse con los pliegues del brocado amarillento de su vestido, sembrado de anémonas de oro rosa y lirios de oro verde: sus pesados cabellos sedosos caían de debajo de su escafión sobre sus espaldas y sus mejillas, y con la cara atónita bajo las rojas pavesas esparcidas de su cabellera, la boca abierta y los ojos fijos, había extendido instintivamente los brazos y permanecía agarrada á las rodillas del Gobernador.

Pero él, desprendiéndose de los brazos desnudos de la muchacha hizo seña á los lansquenetes de hacerla descender dos escalones más, y sin mirar á la muchacha acurrucada á sus piés y sacudida bajo las flores de sus vestidos, por un horrible estremecimiento de bestia fatigada, dijo con voz fuerte:

—¿Quién de vosotros, noble, burgués ó plebeyo, vió anoche con esta muchacha? Que avance sin temor y diga lo que sepa; la riña, los combatientes, ¿por qué? ¿á qué hora y en qué sitio? Lo escucho.

Y de la plaza donde la canalla de la ciudad vociferaba y gruñía amenazadora, subía tal rumor, que el heraldo, de pié junto al gobernador tuvo que embocar su trompeta y repetir tres veces el llamamiento.

La curiosidad hacía refluir las caras á los balcones de las altas casas ventrudas, las cabezas hormigueaban en todos los pisos, y hasta en los techos, todos se mostraban con ademanes á la miserable muchacha, que acusada por los murmullos, yacía muda y abatida á los piés de Monseñor.

Al fin, un viejo raitre que había presenciado la riña, salió de las filas y avanzó torpemente.

«Era á la media noche, dijo: Estábamos ebrios; se habían vaciado las colodras y nos disponíamos á partir; una jugada de dados, sí, una maldita jugada de dados que debía decidir quien podría pretender los favores de Lore, dió motivo á la disputa, porque Lore es de aquellas que no ve dos veces un hombre sin desearla. Los borrachos son irascibles. Así se explica que llegaran á las manos, pero como la hembra se asustaba con los estoques, salieron para pelear sin testigos, y ¡diablo! se acuchillearon y se mataron por ella bajo su ventana; y como la chusma había echado los cerrojos de las puertas, en vano la muchacha pidió auxilio y procuró evitar el asesinato. Al amanecer, obstruían y enrojecían el umbral de la casa los cadáveres, acribillados de heridas, de diez hermosos donceles.»

No sabía nada más, sino que hasta entonces la moza había vivido sin escándalo y reclusa, vigilada de cerca por sus galanteadores que no la dejaban salir más que los días de fiesta; vanidosa de su hermosura, seguramente, y más deseable que cualquiera otra, pero incapaz de molestar á nadie, sino al contrario. Y con una carcajada formidable que sacudió la plaza, aplaudió la canalla el relato del raitre.

Lore entonces, humillada y estúpida, había creído

oír al gobernador refunfuñar las palabras: en paz, hoguera, satisfacción honorable, y luego un:

—Fuera de aquí, hechicera. Has menester de ir á Roma á purgar tu crimen.

Y subió los peldaños de la escalera, y con la mirada hosca, seguido de su escolta, desapareció en las salas, dejando á la muchacha en poder del pueblo.

Entonces la estrujaron otra vez manos brutales, la pusieron por fuerza en pié, y lívida, casi loca, Lore se encontró abandonada á la multitud, una multitud desencadenada que se estrellaba en su derredor con el ruido de las olas en el mar.

Y levantada, arrastrada por los mercados y las calles y las plazas atronadoras y henchidas de una muchedumbre ebria de gritos de muerte, cerró los ojos y se abandonó en los brazos que la conducían para recobrar aliento y volver en sí, desfallecida, de pie, bajo el pórtico de la vieja catedral ensombrecida por tapicerías de duelo.

Allí, entre el humo de los incensarios estaba sentado un hombre en el fondo de una nave inmensa, un viejo alto y mitrado, bajo el baldequino de un dosel; era un obispo: y la nave estaba negra de pueblo. En la sombra hilvanada de puntos de oro por los cirios, tras las rejas del coro, se entreveían cinco túmulos, rodeados por mujeres en oración, y como un largo sollozo, sollozaba bajo las bóvedas, estortoreaba como un estertor, salmodiado por voces solemnes, el oficio de difuntos, y Lore, empujada siempre por la multitud, después de franquear las rejas é inclinarse sobre las cabezas de las mujeres, se detuvo; bajo su deshecho toisón tiritaba y castañeteaba los dientes como sacudida por un fuerte escalofrío, porque sobre los cinco túmulos, iluminados por los cirios, se alineaban diez ataúdes, los ataúdes de los diez hombres por culpa de ella asesinados en el lance de la víspera.

Un enorme grito de angustia hizo temblar los vitrales.

Lore acababa de caer, la cara contra las baldosas al pie mismo del dosel que cubría al asombrado obispo.

Sus espaldas y sus senos habían saltado casi del corsé, y, con la frente en el polvo, se acusaba á sí misma, sollozaba y pedía la muerte, suplicando ante todo se la condujera fuera de aquella catedral, lejos de aquellos cirios y de aquellos ataúdes......

Aquellos cánticos le hacían daño, aquel incienso la ahogaba, porque era bruja, lo confesaba ahora, sus amantes la adoraban y maldecía su pasado, y el pecado de su vida; y sus talones golpeaban precipitadamente el mosaico del coro, y su voz ahogada imploraba que se la condujese fuera.

El obispo había dejado su trono, y creyéndola poseída, ponía sus manos sobre su hermoso cuerpo de hembra, retorcido por la desesperación.

Los diáconos se habían subido á las sillas para ver, y las cabezas de los curiosos se aplastaban en el enrejado que rodeaba al coro; el obispo, entonces, pidió noticias de aquella visionaria:

—¿Tenía padres?

Elevóse una voz en la multitud que respondió.

—Señor, no tiene madre y vive sola. Es Lore.

El obispo se estremeció porque era la primera vez que veía á la blanca cortesana.

Entonces el representante de Dios, le dijo lleno de tristeza:

«Que otro te condene si se atreve; yo no puedo condenarte á muerte; enciérrate en un claustro, córtate esta cabellera culpable, hunde para siempre en la sombra la nieve de esos brazos, y ese altivo rostro que demanda amor, extingue el brillo de esas pupilas azules donde brilla un hechizo de deseos peligrosos para la salvación de los hombres, y que me hacen sentir, á pesar mío, la dulzura de una caricia y un encanto que es el cebo del infierno. He aquí el único castigo que te impongo: el olvido para el escándalo, la noche y el silencio para tu hermosura de cortesana famosa.»

Y apartándose de la criatura humillada á sus piés, en la húmeda claridad de su cabellera desolada como en un charco de oro, desapareció, solemne y pensativo, entre la sombra y los resplandores del altar mayor fulgurante de cirios.

Y Lore, con la frente humillada, desciende á lo largo de las murallas de la ciudad, por una calleja polvosa y sin sombra, y tres pobres diablos de estaferos de cabellos rojos, jorobados bajo el peso de las alabardas la sigen y la escoltan: grupo mudo y trágico.

A veces, á lo largo de las murallas en ruinas, se abre una brecha llena de violetas, dejando ver los trigales y los huertos, y el Rhin serpentea por la campiña y los hombres se detienen para tomar aliento y aspirar una ráfaga de brisa en aquella calleja calcinada, pues quema el sol de Agosto; ella prosigue silenciosa y taciturna, con un sayal sobre el ropaje y deshechos sus pesados cabellos.

Poco se le importa el perdón y la justicia. ¿No todos, el Gobernador y hasta el propio Obispo en su aparente piedad; todos, aun en el claustro abierto á los arrepentimientos tardíos de los malandrines y los descarriados, la habían arrojado y rechazado, á ella, demasiado hermosa para seguir viviendo y sin embargo demasiado hermosa para morir?

Perdonada por un sacerdote y anatematizada por un pueblo.

A esto la había condenado el mundo implacable que pierde á los inocentes.

Y ¿sabes á dónde va ahora, bajo el sol de plomo y la cabeza desnuda y como aniquilada bajo las flores de oro verde y de oro rosa de sus vestidos, esta mujer de ojos secos fijos en el horizonte?

A un lazareto.

Tal es el porvenir de Loreley.

Envejecer en medio de los leprosos en el abandono y la suciedad, vendando carnes purulentas y lavando úlceras.

A su derredor gorjean los setos cuajados de nidos y arden las amapolas en los trigales, pues han dejado muy atrás la ciudad; sus murallas han desaparecido, un cierzo áspero hace ahornagar los centenos y las avenas y los tres estaferos cuya silueta se agranda y se perfila en negro sobre un cielo de cobre ven ya la ciudad en el horizonte con sus techos y sus campanarios puntiagudos semejante á los castillos de torreones pintados sobre el fondo de oro en los misales y vitrales.

Lore se detiene en un recodo del camino; ha desaparecido el Rhin, el Rhin de su infancia laminado de viva plata entre sus temblorosas riberas de cañales.

De pronto, titubeante como una mujer ebria, Lore se detiene, invadida por los recuerdos esparcidos de los años anteriores, por el encanto enternecedor de las cosas olvidadas; y de la ciudad ya lejana y de sus campanarios de pizarra, y de sus murallas derruídas, surge todo su pasado y resplandece sonriente; ve primero la casa paterna, una casa vieja llena de sombras y de silencio, perdida en el arrabal; el abuelo, un viejo calvo y friolento, siempre agazapado junto al hogar; luego la alcoba de vitrales exágonos flordelisados de púrpura de alegres llamas con que la aurora alegra su despertar; el tiesto de albahaca en el ángulo de la ventana, luego el primer amante, el joven lansquenete de crespo mostacho, un capitán y un coronel, y luego otros más, y otros más después.

¿Donde yacían ahora, deshogados y marchitos los lises de su lecho de virgen, hoy deshonrada, maldecida y odiada por todos?

Entonces, volviéndose hacia los tres estaferos, Lore tiene aún fuerzas para implorar á aquellos militarones, y despojando sus espaldas de las pesadas cadenas de oro, y sus brazos de los brazaletes cuajados de esmaltes, ¿Queréis, les dice con voz tan suave que se creyera oír quejarse y llorar un alma, queréis dejarme contemplar por última vez las murallas de mi ciudad? estas joyas y estas orfebrerías os indemnizarán de vuestro retardo: este es el último deseo y será el último adios de una desterrada. Antes que el sol se hunda detrás de las montañas quisiera subir un instante á aquella roca que domina el río, y desde allí mirar, por última vez, para llevarlo en mis ojos, el país que abandono; es un capricho de loca, que á vosotros os hace sonreír pero que á mí me mata, ¿me lo permitís? responded.

Y sus ojos, mientras hablaba, sus ardientes ojos de ajusticiada se habían tornado dulces, atrayentes y dominadores como en los días en que, adorada de los margraves y de los duques, vertía como un filtro, la embriaguez de su belleza en los caprichos de un pueblo.

Los tres estaferos respondieron:

—Sí.

Ya sobre la roca, Loreley sonríe á sus verdugos, y de pié como en una gloria, entre el oro en fusión del ocaso y el oro fluído de sus cabellos, sueltos sobre las franjas de su vestido, grita:

—Puesto que no hay para mí ni perdón ni justicia, te abandono y te absuelvo, mundo infame que me has perdido y ahora me reprochas mi belleza como un crimen; te absuelvo y á tí me acojo, muerte consoladora.

Y cruzando los brazos sobre su pecho, con el rostro extasiado, la hermosa Loreley se inclina y se arroja al río.

Los tres estafiros rojos, agazapados á la sombra de la roca, sopesan en sus dedos las joyas de Loreley.

Jean Lorrain.

WANDA DE BONCZA.

Comédie Française.

Se representaba «Hernani,» á muchos años de distancia de la grande efervescencia literaria, de las formidables batallas en que Teófilo Gautier triunfaba á puñetazos y á metáforas, en que el viejo Hugo—maestro de maestros—era aclamado como un dios y maldecido como un blasfemo....

***

Mounet Sully, el pobre gran artista, maravilloso; pero yo sólo miraba y amaba á Doña Sol.

***

Wanda de Boncza, extraño nombre de una mujer encantadora. Esplendorosa, fascinante, tiene en la voz cadencia de sutil armonía y en los ojos misterios de luminosas noches febriles.... Su cabellera es lujosa, ardiente, sombría, digna de ser ungida con las mirras enloquecedoras del harem.... Tienen sus manos inquietas nerviosidades, parece que buscan la cabeza doblada en el éxtasis, parece que pulsan la fina cuerda de oro del arpa erótica.... Su andar, lentamente ondulante, recuerda los compases tziganos, fugitivos como vuelo de plumas perezosas... El verso, al salir de su boca larga y delgada, adquiere alma de color y de música, estalla alegre, vivo, es la abeja que ha bebido mucha miel.... Si suplica, si amenaza, si ríe, si llora, siempre es bella, siempre es mujer, siempre es artista. No piensa mucho sus papeles, pero los siente con hondísima pasión. Entra de un golpe en nuestra alma, como señora de la casa, se apodera de nuestros sentimientos, saquea nuestros recuerdos, abre las jaulas de nuestros ideales... No pormenoriza las situaciones, y es fina, no estudia las actitudes y es discreta. En la escena pierde la cabeza, se le huye el pensamiento, sólo le queda su corazón que la exalta y la transfigura. Su arte es de los buenos, espontáneo, sincero, sugestivo. Recorre con naturalidad absoluta todos los matices, desde las tiernas imploraciones que confinan con la lágrima y la sonrisa, hasta los arrebatos imperiosos del deseo que confinan con la locura y el éxtasis. Y contagia, como contagia fiebre la fiebre, como contagia martirio el martirio, como contagia amor el amor! Por qué desvanece en lentas pausas una frase precisa, clara, ruda? ¿por qué bajo los astros de la noche y entre los sobresaltados pudores de la nupcia, se le escapan gritos fulminantes y breves como meteoros del alma? ¿por qué al escuchar los abruptos y majestuosos amores de Hernani, se tuerce en su boca herida la convulsión de un lamento, entrecierra con dolor los ojos como si la deslumbrara una ráfaga de fogata salvaje, y, juntando sus manos, extiende los brazos vibrantes como si llevara en los puños brazaletes de fuego y de vergüenza?.... Ya pueden querellarse todos los analistas, ya pueden doctrinar todos los psicólogos. Así siente y así expresa, es su personalidad y es su corazón. Exquisita, pulida, selecta, nerviosa, flor de civilización vieja....

***

El noble Rey amenazaba al altivo hidalgo, el cuerno de Hernani resonaba.... Yo sólo veía á Doña Sol.

¡Oh mujer de ojos febriles! quisiera hacerte sonreir de ensueños y gritar de pasión; quisiera adorarte con incensales plegarias y besarte con salomónico delirio; quisiera ser la frente doblada en el éxtasis que buscan tus manos inquietas y el Elejido que huele hasta enloquecerse las mirras de tu cabellera!....

Jesus Urueta.

Dos Tazas de Té

Qué bien sabía la charla íntima en aquel discreto rinconcito del salón! Bajo una sombrilla japonesa, detrás de un biombo: noche de raso negro cruzada por pesadillas de oro. Miro aún, ¡y han pasado muchos años! la enorme lámpara del velador anaranjado, el espejo de irisado bisel, el vaso de acero desbordante de begonias y el grupo de mármol: dos bañaderas en pedestal de felpa.

Los murmullos de las conversaciones desmayaban ahí, el ruido del salón se amortiguaba y se estaba á la vez cerca y lejos de la multitud en el delicioso *vis-á-vis* color de castaña.

Buscaba á Augusta en aquellas recepciones desde mi entrada, y verdaderas estrategias me valia atraerla allá, bajo el plastrón de retratos, junto á la mesita estorbo recargada de álbums. La tetera cuchicheaba sobre la flama azul del alcohol, y el blondo líquido humeaba en las frágiles y anchas corolas de porcelana. Ese era el pretexto, la oportuna taza de té que yo mismo le ofrecía...... y hénos ahí lejos de las indiscreciones, mía, esos breves instantes que dura la bebida de salón, comentada en tono confidencial.

Las frases moribundas de una romanza, el quejumbroso recitado de una melopea, la melodía de una sonata, el rumor de los bailadores, una risa bulliciosa ó una palabra dicha en voz alta, nos recordaban que estábamos en plena sala, ¡muy pronto lo olvidábamos!

¡Qué deliciosa música su palabra, qué deliciosa música su risa!

¡Siempre estaba de prisa, á punto de partir, puesto el sombrero! yo jugueteaba con sus guantes, moldes adorables de sus manos de princesa, manos amadas, ideales, manos de Chaplín, como dijo el poeta, hechas para mecer un abanico de Wateau ó balancear una azucena; yo aspiraba indiscreto su aroma delicado, y apenas sensible, de rosas blancas. Una alianza de oro en el anular de la izquierda me hacía mal: hay en el corazón de todo amigo un punto enfermo, un punto enamorado, y ese me dolía. Nunca quise preguntarle si esa joya significaba un amor correspondido.

Charlábamos con entusiasmo, temblaban las flores de durazno de su sombrero, nos acercábamos mucho en las discusiones, avanzaba su rostro, chispeaba una eterna pregunta en sus ojos castos, accionaba con ardientes ademanes.... la taza perdía el equilibrio, y en momentos de olvido, para convencerla, familiarmente dejaba mi mano en su hombro sin que ella pareciera percibirlo.

¡Sólo el corazón en los labios! Si yo hubiera tenido un secreto que costara la vida, un dolor inmenso, una herida de las que se ocultan con el pudor de la desgracia, ahí se lo hubiera dicho, entre dos sorbos de té, animado por su sonrisa ingenua, por su mirar sano, por la camaradería casi infantil de sus ojos.

¡Tal vez la envolvía ya en una muda adoración! pero el miedo de perderla me hacía enmudecer. ¿No era traicionarla interpretar su abandono como algo más que una amistad poética.... pero sólo amistad?

La vaga confidencia, el anhelo oculto, el comentario reticente, los proyectos para lo porvenir, las contrariedades, todo se decía ahí como al oído de un hermano mayor que se respeta y que se adora. Llegué á considerarla como lo que fué: la mujer indispensable. Enfermo de dudas y de cansancio, su risa me volvió la primavera del carácter alegre, llegué hasta emborronar rimas breves en su honor. Me consolaba de muchas injusticias de la vida, y las hubiera querido más crueles por sólo el placer de comentarlas en los *dúos* del *vis-á-vis.*

Tener cerca una mujer buena, inteligente y bella, saber que somos el uno para el otro, hermanos por el alma, no sentirse torturados por la pasión, entregarse sinceramente en una frase y ver embellecido el paisaje de la palabra por ese dulce sol de afecto que parece bañar en ternura el alma toda con unos ojos que tutean, con un ademán que sólo tiene para vosotros, con una frase que vuela libre del grillete de la etiqueta.... eso, es realizar el idilio posible de la moderna vida en que el amor es ¡ay! tortura, y el ensueño dolorosa enfermedad.

No era mi novia, es cierto, pero en cambio jamás un hombre hubiera oído las confidencias que á ella le hice, tan tiernas, tan íntimas, tan delicadas, evaporando un perfume de ingenuidad é infancia tales, que hubiera temido esa risa de Mefistófeles con que acostumbramos burlar esos girones de alma femenina que hay en el fondo de toda virilidad. Como Hércules, hilamos esa seda de colores castos á los piés de Onfalia, jamás lo haríamos en presencia de Aquiles.

Empapado en ella, al despedirnos, mientras me tendía la mano para que le abrochara los guantes, cuántas veces le dije como una súplica y con ardiente tono de plegaria:

—¡Oh, Augusta, seremos siempre así, buenos amigos, leales amigos, perpetuamente amigos!....

Un largo estrechamiento de manos, una mirada hasta el fondo, una sonrisa leal, y nos separábamos, quizá pensando con Goéthe, que donde hay mucho afecto hay mucho bienestar.

Aquella noche—la última—por inexplicable distracción bebimos en la misma taza.... ninguno de los dos notó que el té sabía amargo, ¡se nos olvidó ponerle azucar!

***

Héme aquí de nuevo en el *vis-á-vis,* pero completamente solo; sueño que Augusta está conmigo, y como Penélope, bordo el tapiz de aquella historia que comenzó con flores azules....¡el hilo se ha roto!

¡Eternamente Yago! La murmuración detrás de un abanico, el consejo maternal de una señora de edad mordisqueando un pastel, el malicioso comento al chocar dos copas de Málaga.... he ahí el sumario. Mi amistad con Augusta tuvo su fiscal y la declararon culpable.... falló.... ni quiero saber quién.

La llamaron discretamente aparte.... porque la quieren, porque su bondad la compromete, porque necesita un ser leal que la dirija.

Hablaron dulcemente de mi pobreza é incierto porvenir, lamentaron los deterioros de mi traje y el estado de mi pobre sombrero. ¡Quizá soy simpático, quizá tengo talento, ¿pero eso qué vale? Aunque ella lo niegue, hay algo más de amistad entre los dos: hay amor; eso se conoce.... y no le convengo, sería ridículo, absurdo, ¡vamos! odioso. Merece algo más que un muchacho que recita versos detrás de un biombo, bajo una sombrilla japonesa, entre begonias; el que tal hace, es peligroso, porque será eternamente pobre.

Aun es tiempo de retroceder, mañana será tarde; como indiscreto contaré que es mi novia, citaré hechos falsos, delatadoras coincidencias, fingiré citas y cartas; total, una reputación perdida. ¿Qué soy buen muchacho? ¡pero de familia tan obscura! ¡presencia tan desagradable! ¡sin porvenir! ¡un cualquiera! Yago se entusiasma, pasa del comentario á la calumnia: he contado sabe Dios cuantas cosas á mis amigos.... todos conocen su retrato que aseguro ella me ha dado.... en un café; medio ebrio, divulgué cosas delicadas.... al menos eso dicen....¿Qué hombre correcto la galanteará cuando lo sepa?

¡Oh, buena amiga mía! Sé que me defiende, que desmiente, que clama contra la injusticia y acaba por reír de la fábula absurda.... pero la hieren, la fustigan, interpretan su interés por una complacencia amorosa que la honra muy poco, no me conocen, han oído hablar de mí, pero así debo ser....¡es indudable!.... ¡Pobre amiga mía! El veneno entra muy hondo, la sospecha engendra dudas. Yago la mira de hito en hito....¡á decidirse! ¿verdad que no me quiere, que no puede quererme? ¡y titubea y vacila y cae!

Ella se ha turbado al encontrarse conmigo, quiso esbozar su sonrisa buena, ¡inútil! es otra, recorre el salón queriendo sorprender un comentario. Me tiende la mano con la amabilidad de una mujer correcta, pero con la glacial sonrisa de sociedad! La sigo, dirigiéndole una frase cariñosa, pero.... estamos delante de testigos, frente al formidable *qué dirán,* y me ha contestado con agredecimiento trivial, desolador.

Ríen detrás de los abanicos, me siento ridículo, mi caída se divulga, busco quien me compadezca al menos, pero todos, no sé por qué, parecen experimentar íntimo placer de esa injusticia.

Estoy, pues, solo, solo y con la muerte en el alma, y mientras ella toca un *lied* de Mendehlson, con el sollozo y el insulto al borde de los labios, me dejo caer ahí en el rinconcito callado, bajo la sombrilla japonesa, detrás del biombo, entre las begonias. ¡Oh, sí la amo!...... pero no merezco el desenlace...... la han inoculado de desconfianza, peor que el odio.

Mis amigos ni me consuelan ni me buscan, todo lo han visto, pero ¡el eterno acaso! un preludio de lanceros en esa reñida batalla de salón consuma mi derrota. Todos ríen, ellas se abanican al parecer felices, quizá hasta la que es causa de mi ruina....¿Ella habla de mí? ¿me niega con ese gesto de orgullo? ¿qué sátira les arrancará esa escandalosa carcajada que hace volver el rostro á las personas graves?

....

Estamos frente á frente.

—Ofrézcale usted á Augusta una taza de té, me dice Verónica con espiritual sonrisa.

—¡Cómo no! Y con las manos trémulas, escancio en la frágil taza el líquido humeante; procuro sonreír, ser amable....ella se turba, palidece, no sabe dónde mirar, conserva puestos sus guantes, se niega á sentarse y da largos tragos para abreviar ese penoso encuentro......Estamos solos, bajo la sombrilla japonesa, tras el biombo, entre las bregonias......¡y enmudecemos!

—Augusta, le digo con dolor, ¿qué pasa?

—¡Nada! me responde fingiendo extrañeza. ¿Por que?

—¿No somos ya lo que antes?

—¿Cómo lo que antes?

—Es decir......digo......decía usted......que perpetuamente amigos.

—¡Ah, sí! Y aquella madona deja la taza en el mármol, me toca la punta de los dedos, ya es muy tarde; esboza una sonrisa de adiós y se aleja....No la sigo; como un imbécil sirvo diez terrones de azúcar, inconscientemente, y sin embargo, ¡qué amargura en los labios, qué amargura en el alma, qué amargura en esa gota, en esa gota de dolor, que, única, lenta, caliente y silenciosa, se desprende de mis pestañas, corre por mi faz estremecida y cae en mi solapa sobre una mustia margarita! ¡Irónico rocío de una flor muerta!

[illegible]

[illegible]

A Fernangrana.

¿Que mi amor no es amor? ¡cómo te engañas!
Te engañas...... no: ¡cómo engañar pretendes!
Cruel en mi amor te ensañas;
Pero en mi amor, á tu pesar, te enciendes!
¿Y así me dices que el amor que en prenda
De amor te da mi corazón sincero
No es el amor, porque le falta venda?.
¡No sabes que mi amor quiere primero
Ver si tienes Amor y es verdadero! ...

LIDIA.

(De "Interior.")

Como llora el generoso corazón de Jesucristo
rojas lágrimas que ruedan cual rubíes, agresivas,
implorando, sacudido por hostiles convulsiones,
la piedad de las espinas.

Cual derrama por los poros de los siervos de la gleva
el cansancio, suplicando un placer que los redima,
turbio llanto de sudores que fecundan el martirio
en la cruz de la fatiga.

Cual implora, silencioso, compasión en el patíbulo,
el doliente condenado, compasión á la cuchilla,
con miradas donde asoman los terrores y el asombro
divagando las pupilas.

Como piden, enseñando el verdor de su ropaje,
los encinos y los robles, que denuncian lozanía,
la clemencia de los rayos que les hieren las entrañas
y los rajan y derriban.

Así pido, imploro y ruego al puñal de tus desdenes,
así ruego, imploro y pido á los garfios de tus iras
compasión, piedad, clemencia para mi alma lacerada,
alevosamente víctima.

Enseñándote los labios carcomidos de las llagas
y las fauces escarlatas que entreabren las heridas
desgarradas por tu mano, sin temor á mis lamentos
que á tus plantas se arrodillan.

JOSE M. FACHA.

ALBA CAMPESTRE.

Alborea. Es el instante,
es el solemne momento
en que la luz palpitante
su áurea bandera triunfante
despliega en el firmamento.
Se fué la Noche—la negra
esclava de faz adusta—
se fué la que tanto asusta,
llegó la que tanto alegra:
la Aurora! Ved: ya galana,
como la Venus pagana,
surge en los mares de Oriente
mostrando el seno turgente
de nivosa porcelana.
Desata sus crenchas; dora
el cielo con su atavío.
y sobre las flores llora
ese llanto que atesora
hecho perlas: el rocío.
Todo es alegre á esta hora
en que se despierta el mundo
de sueño triste y profundo:
el gallo á lo lejos canta,
y todo árbol, toda planta
siente las celdillas llenas
de savia que les afluye
y circulándoles huye
—sangre blanca–por sus venas.
Ya en los girones de bruma
que del lago se desprenden
y cual humareda ascienden,
el caserío se esfuma.
—Ya empinada en el alero
coquetea la paloma,
y el fragante limonero
—arábigo pebetero—
suelta en ráfagas su aroma.
Madruga el rústico; deja
el leñador la cabaña
y, el hacha al hombro, se aleja
camino de la montaña.
Bala en el redil la oveja,
en los lejanos corrales
brama el gallardo novillo,
y por cima los trigales
que encarruja el cefirillo,
se ciernen en densa nube
los tordos madrugadores.
Entre tanto, el Sol ya sube;
se apresuran los pastores
á ordeñar; los labradores
van á uncir, y el buey tardío
el testuz al yugo ofrece.
Qué rumor produce el río
que colérico se hincha!
¡Gigante boa parece
que se escama y da pavura.
El potro piafa y relincha
retozando en la llanura....
ah! su relincho sonoro
simula en alas del viento,
toque de clarín de oro
que emerge del campamento.
Y soplan aires süaves
susurrando en la floresta,
y ora dulces, ora graves,
saludan al Sol las aves
con un himno á toda orquesta.

* * *

Salud oh Sol! Ya tu disco,
que asoma entre las escamas
del crestón de abrupto risco,
flameante se estremece
como abanico de llamas.
Y crece el rumor, y crece
el movimiento y la vida
cuando en el campo amanece
y á sus labores convida.
El rebaño va á la punta
del alto monte, que encierra
pasto abundoso; la yunta
va á labrar la inculta tierra;
la ronda de campesinos
de corvas hoces armada,
va por diversos caminos
á segar la mies dorada;
y las yeguas, que fustiga
látigo en mano severa,
corren á trillar la espiga
amontonada en la era.

* * *

A la lucha, labradores!
á regar vuestros sudores
en la tierra, el Cielo os trajo;
id á la diaria fatiga,
y Dios vuestro pan bendiga,
adalides del trabajo!

JUAN B. DELGADO.

LA VEJEZ DE ANACREONTE.

La tarde coronábale de rosas.
Sus dulces versos, en divino coro,
Se iban flotando como polen de oro
Sobre alas de invisibles mariposas.

* * *

Componían los mimos suaves glosas,
Mujía blandamente el mar sonoro,
Como si fuera un descornado toro
Uncido á la cuadriga de las diosas.

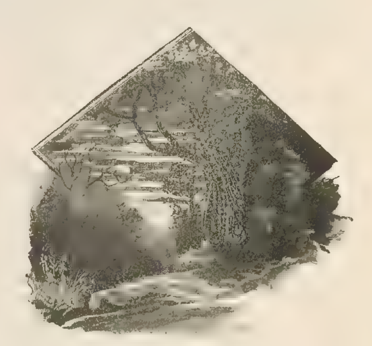
* * *

Y más rosas llovieron; y la frente
Del poeta, inclinóse dulcemente,
Y un calor juvenil flotó en sus venas.

* * *

Sintió llenos de flores los cabellos.
Las temblorosas manos hundió en ellos...
Y en vez de rosas encontró azucenas.

LEOPOLDO LUGONES.



MURMURIOS.

La tarde muere funeral querube,
Que los recuerdos tenebrosos ata.
La niebla tenue silenciosa sube,
Y el astro brilla en apartada nube
Como áureo insecto en su capuz de plata.

Y los manzanos al caer sus flores.
Sangre parece que en redor gotean;
Y sus frutos de vívidos colores
Como aves poseídas de temores,
Ni cantan, ni se mueven, ni aletean.

De los arbustos que la noche esfuma
Las ramas se alzan como negras cruces.
La azucena semeja entre la bruma,
Ya un oleaje que cubrió la espuma,
Ya un candelabro de apacibles luces.

Callada está la selva melenuda.
Ni un rumor se columpia en su frondaje.
Están las casas en su falda ruda,
Cual caravana que paróse muda,
A admirar las bellezas del paisaje.

Allí vivía la que busco en vano
La que al verme llorar entristecido
Me acariciaba con su blanca mano.
Ave hambrienta, levántame, soy grano.
Alma huérfana, búscame, soy nido.

¿El tiempo nada en su carrera arranca?
¿Deja la herida del dolor abierta?
Mi llanto se cuajó, y está cubierta
Mi alma de nieve. Para siempre blanca,
Por siempre sola, para siempre muerta.

ABEL C. SALAZAR.

¡Muera la bruja! A la horca la desvergonzada! Y de los balcones de piedra atestados de burgueses, y de las bóvedas obscuras del mercado, donde se enfilaba una compañía de arqueros en medio de resoplidos de caballos, se elevaron gritos y clamores de acusación, y se alzaron los puños hacia la cárcel donde el cortejo acababa de hacer alto.

Al pié de la escalera, donde la empujaran manos brutales, Lore había caído de rodillas, al tropezarse con los pliegues del brocado amarillento de su vestido, sembrado de anémonas de oro rosa y lirios de oro verde: sus pesados cabellos sedosos caían de debajo de su escafión sobre sus espaldas y sus mejillas, y con la cara atónita bajo las rojas pavesas esparcidas de su cabellera, la boca abierta y los ojos fijos, había extendido instintivamente los brazos y permanecía agarrada á las rodillas del Gobernador.

Pero él, desprendiéndose de los brazos desnudos de la muchacha hizo seña á los lansquenetes de hacerla descender dos escalones más, y sin mirar á la muchacha acurrucada á sus piés y sacudida bajo las flores de sus vestidos, por un horrible estremecimiento de bestia fatigada, dijo con voz fuerte:

—¿Quién de vosotros, noble, burgués ó plebeyo, vió anoche con esta muchacha? Que avance sin temor y diga lo que sepa; la riña, los combatientes, ¿por qué? ¿á qué hora y en qué sitio? Lo escucho.

Y de la plaza donde la canalla de la ciudad vociferaba y gruñía amenazadora, subía tal rumor, que el heraldo, de pié junto al gobernador tuvo que embocar su trompeta y repetir tres veces el llamamiento.

La curiosidad hacía refluír las caras á los balcones de las altas casas ventrudas, las cabezas hormigueaban en todos los pisos, y hasta en los techos, todos se mostraban con ademanes á la miserable muchacha, que acusada por los murmullos, yacía muda y abatida á los piés de Monseñor.

Al fin, un viejo raitre que había presenciado la riña, salió de las filas y avanzó torpemente.

«Era á la media noche, dijo: Estábamos ebrios; se habían vaciado las colodras y nos disponíamos á partir; una jugada de dados, sí, una maldita jugada de dados que debía decidir quien podría pretender los favores de Lore, dió motivo á la disputa, porque Lore es de aquellas que no ve dos veces un hombre sin desearla. Los borrachos son irascibles. Así se explica que llegaran á las manos, pero como la hembra se asustaba con los estoques, salieron para pelear sin testigos, y ¡diablo! se acuchillearon y se mataron por ella bajo su ventana; y como la chusma había echado los cerrojos de las puertas, en vano la muchacha pidió auxilio y procuró evitar el asesinato. Al amanecer, obstruían y enrojecían el umbral de la casa los cadáveres, acribillados de heridas, de diez hermosos donceles.»

No sabía nada más, sino que hasta entonces la moza había vivido sin escándalo y reclusa, vigilada de cerca por sus galanteadores que no la dejaban salir más que los días de fiesta; vanidosa de su hermosura, seguramente, y más deseable que cualquiera otra, pero incapaz de molestar á nadie, sino al contrario. Y con una carcajada formidable que sacudió la plaza, aplaudió la canalla el relato del raitre.

Lore entonces, humillada y estúpida, había creído oír al gobernador refunfuñar las palabras: en paz, hoguera, satisfacción honorable, y luego un:

—Fuera de aquí, hechicera. Has menester de ir á Roma á purgar tu crimen.

Y subió los peldaños de la escalera, y con la mirada hosca, seguido de su escolta, desapareció en las salas, dejando á la muchacha en poder del pueblo.

Entonces la estrujaron otra vez manos brutales, la pusieron por fuerza en pié, y lívida, casi loca, Lore se encontró abandonada á la multitud, una multitud desencadenada que se estrellaba en su derredor con el ruido de las olas en el mar.

Y levantada, arrastrada por los mercados y las calles y las plazas atronadoras y henchidas de una muchedumbre ebria de gritos de muerte, cerró los ojos y se abandonó en los brazos que la conducían para recobrar aliento y volver en sí, desfallecida, de pie, bajo el pórtico de la vieja catedral ensombrecida por tapicerías de duelo.

Allí, entre el humo de los incensarios estaba sentado un hombre en el fondo de una nave inmensa, un viejo alto y mitrado, bajo el baldequino de un dosel; era un obispo: y la nave estaba negra de pueblo. En la sombra hilvanada de puntos de oro por los cirios, tras las rejas del coro, se entreveían cinco túmulos, rodeados por mujeres en oración, y como un largo sollozo, sollozaba bajo las bóvedas, estortoreaba como un estertor, salmodiado por voces solemnes, el oficio de difuntos, y Lore, empujada siempre por la multitud, después de franquear las rejas é inclinarse sobre las cabezas de las mujeres, se detuvo; bajo su deshecho toisón tiritaba y castañeteaba los dientes como sacudida por un fuerte escalofrío, porque sobre los cinco túmulos, iluminados por los cirios, se alineaban diez ataúdes, los ataúdes de los diez hombres por culpa de ella asesinados en el lance de la víspera.

Un enorme grito de angustia hizo temblar los vitrales.

Lore acababa de caer, la cara contra las baldosas al pie mismo del dosel que cubría al asombrado obispo.

Sus espaldas y sus senos habían saltado casi del corsé, y, con la frente en el polvo, se acusaba á sí misma, sollozaba y pedía la muerte, suplicando ante todo se la condujera fuera de aquella catedral, lejos de aquellos cirios y de aquellos ataúdes......

Aquellos cánticos le hacían daño, aquel incienso la ahogaba, porque era bruja, lo confesaba ahora, sus amantes la adoraban y maldecía su pasado, y el pecado de su vida; y sus talones golpeaban precipitadamente el mosaico del coro, y su voz ahogada imploraba que se la condujese fuera.

El obispo había dejado su trono, y creyéndola poseída, ponía sus manos sobre su hermoso cuerpo de hembra, retorcido por la desesperación.

Los diáconos se habían subido á las sillas para ver, y las cabezas de los curiosos se aplastaban en el enrejado que rodeaba al coro; el obispo, entonces, pidió noticias de aquella visionaria:

—¿Tenía padres?

Elevóse una voz en la multitud que respondió.

—Señor, no tiene madre y vive sola. Es Lore.

El obispo se estremeció porque era la primera vez que veía á la blanca cortesana.

Entonces el representante de Dios, le dijo lleno de tristeza:

«Que otro te condene si se atreve; yo no puedo condenarte á muerte; enciérrate en un claustro, córtate esta cabellera culpable, hunde para siempre en la sombra la nieve de esos brazos, y ese altivo rostro que demanda amor, extingue el brillo de esas pupilas azules donde brilla un hechizo de deseos peligrosos para la salvación de los hombres, y que me hacen sentir, á pesar mío, la dulzura de una caricia y un encanto que es el cebo del infierno. He aquí el único castigo que te impongo: el olvido para el escándalo, la noche y el silencio para tu hermosura de cortesana famosa.»

Y apartándose de la criatura humillada á sus piés, en la húmeda claridad de su cabellera desolada como en un charco de oro, desapareció, solemne y pensativo, entre la sombra y los resplandores del altar mayor fulgurante de cirios.

Y Lore, con la frente humillada, desciende á lo largo de las murallas de la ciudad, por una calleja polvosa y sin sombra, y tres pobres diablos de estaferos de cabellos rojos, jorobados bajo el peso de las alabardas la sigen y la escoltan: grupo mudo y trágico.

A veces, á lo largo de las murallas en ruinas, se abre una brecha llena de violetas, dejando ver los trigales y los huertos, y el Rhin serpentea por la campiña y los hombres se detienen para tomar aliento y aspirar una ráfaga de brisa en aquella calleja calcinada, pues quema el sol de Agosto; ella prosigue silenciosa y taciturna, con un sayal sobre el ropaje y deshechos sus pesados cabellos.

Poco se le importa el perdón y la justicia. ¿No todos, el Gobernador y hasta el propio Obispo en su aparente piedad; todos, aun en el claustro abierto á los arrepentimientos tardíos de los malandrines y los descarriados, la habían arrojado y rechazado, á ella, demasiado hermosa para seguir viviendo y sin embargo demasiado hermosa para morir?

Perdonada por un sacerdote y anatematizada por un pueblo.

A esto la había condenado el mundo implacable que pierde á los inocentes.

Y ¿sabes á dónde va ahora, bajo el sol de plomo y la cabeza desnuda y como aniquilada bajo las flores de oro verde y de oro rosa de sus vestidos, esta mujer de ojos secos fijos en el horizonte?

A un lazareto.

Tal es el porvenir de Loreley.

Envejecer en medio de los leprosos en el abandono y la suciedad, vendando carnes purulentas y lavando úlceras.

A su derredor gorjean los setos cuajados de nidos y arden las amapolas en los trigales, pues han dejado muy atrás la ciudad; sus murallas han desaparecido, un cierzo áspero hace ahornagar los centenos y las avenas y los tres estaferos cuya silueta se agranda y se perfila en negro sobre un cielo de cobre ven ya la ciudad en el horizonte con sus techos y sus campanarios puntiagudos semejante á los castillos de torreones pintados sobre el fondo de oro en los misales y vitrales.

Lore se detiene en un recodo del camino; ha desaparecido el Rhin, el Rhin de su infancia laminado de viva plata entre sus temblorosas riberas de cañales.

De pronto, titubeante como una mujer ebria, Lore se detiene, invadida por los recuerdos esparcidos de los años anteriores, por el encanto enternecedor de las cosas olvidadas; y de la ciudad ya lejana y de sus campanarios de pizarra, y de sus murallas derruídas, surge todo su pasado y resplandece sonriente; ve primero la casa paterna, una casa vieja llena de sombras y de silencio, perdida en el arrabal; el abuelo, un viejo calvo y friolento, siempre agazapado junto al hogar; luego la alcoba de vitrales exágonos flordelisados de púrpura de alegres llamas con que la aurora alegra su despertar; el tiesto de albahaca en el ángulo de la ventana, luego el primer amante, el joven lansquenete de crespo mostacho, un capitán y un coronel, y luego otros más, y otros más después.

¿Donde yacían ahora, deshogados y marchitos los lises de su lecho de virgen, hoy deshonrada, maldecida y odiada por todos?

Entonces, volviéndose hacia los tres estaferos, Lore tiene aún fuerzas para implorar á aquellos militarones, y despojando sus espaldas de las pesadas cadenas de oro, y sus brazos de los brazaletes cuajados de esmaltes, ¿Queréis, les dice con voz tan suave que se creyera oír quejarse y llorar un alma, queréis dejarme contemplar por última vez las murallas de mi ciudad? estas joyas y estas orfebrerías os indemnizarán de vuestro retardo: este es el último deseo y será el último adios de una desterrada. Antes que el sol se hunda detrás de las montañas quisiera subir un instante á aquella roca que domina el río, y desde allí mirar, por última vez, para llevarlo en mis ojos, el país que abandono; es un capricho de loca, que á vosotros os hace sonreír pero que á mí me mata, ¿me lo permitís? responded.

Y sus ojos, mientras hablaba, sus ardientes ojos de ajusticiada se habían tornado dulces, atrayentes y dominadores como en los días en que, adorada de los margraves y de los duques, vertía como un filtro, la embriaguez de su belleza en los caprichos de un pueblo.

Los tres estaferos respondieron:

—Sí.

Ya sobre la roca, Loreley sonríe á sus verdugos, y de pié como en una gloria, entre el oro en fusión del ocaso y el oro fluído de sus cabellos, sueltos sobre las franjas de su vestido, grita:

—Puesto que no hay para mí ni perdón ni justicia, te abandono y te absuelvo, mundo infame que me has perdido y ahora me reprochas mi belleza como un crimen; te absuelvo y á tí me acojo, muerte consoladora.

Y cruzando los brazos sobre su pecho, con el rostro extasiado, la hermosa Loreley se inclina y se arroja al río.

Los tres estafiros rojos, agazapados á la sombra de la roca, sopesan en sus dedos las joyas de Loreley.

JEAN LORRAIN.

WANDA DE BONCZA.

Comédie Française.

Se representaba «Hernani,» á muchos años de distancia de la grande efervescencia literaria, de las formidables batallas en que Teófilo Gautier triunfaba á puñetazos y á metáforas, en que el viejo Hugo—maestro de maestros—era aclamado como un dios y maldecido como un blasfemo....

* * *

Mounet Sully, el pobre gran artista, maravilloso; pero yo sólo miraba y amaba á Doña Sol.

* * *

Wanda de Boncza, extraño nombre de una mujer encantadora. Esplendorosa, fascinante, tiene en la voz cadencia de sutil armonía y en los ojos misterios de luminosas noches febriles.... Su cabellera es lujosa, ardiente, sombría, digna de ser ungida con las mirras enloquecedoras del harem.... Tienen sus manos inquietas nerviosidades, parece que buscan la cabeza doblada en el éxtasis, parece que pulsan la fina cuerda de oro del arpa erótica.... Su andar, lentamente ondulante, recuerda los compases tziganos, fugitivos como vuelo de plumas perezosas... El verso, al salir de su boca larga y delgada, adquiere alma de color y de música, estalla alegre, vivo, es la abeja que ha bebido mucha miel.... Si suplica, si amenaza, si ríe, si llora, siempre es bella, siempre es mujer, siempre es artista. No piensa mucho sus papeles, pero los siente con hondísima pasión. Entra de un golpe en nuestra alma, como señora de la casa, se apodera de nuestros sentimientos, saquea nuestros recuerdos, abre las jaulas de nuestros ideales... No pormenoriza las situaciones, y es fina, no estudia las actitudes y es discreta. En la escena pierde la cabeza, se le huye el pensamiento, sólo le queda su corazón que la exalta y la transfigura. Su arte es de los buenos, espontáneo, sincero, sugestivo. Recorre con naturalidad absoluta todos los matices, desde las tiernas imploraciones que confinan con la lágrima y la sonrisa, hasta los arrebatos imperiosos del deseo que confinan con la locura y el éxtasis. Y contagia, como contagia fiebre la fiebre, como contagia martirio el martirio, como contagia amor el amor! Por qué desvanece en lentas pausas una frase precisa, clara, ruda? ¿por qué bajo los astros de la noche y entre los sobresaltados pudores de la nupcia, se le escapan gritos fulminantes y breves como meteoros del alma? ¿por qué al escuchar los abruptos y majestuosos amores de Hernani, se tuerce en su boca aterida la convulsión de un lamento, entrecierra con dolor los ojos como si la deslumbrara una ráfaga de fogata salvaje, y, juntando sus manos, extiendo los brazos vibrantes como si llevara en los puños brazaletes de fuego y de vergüenza?.... Ya pueden querellarse todos los analistas, ya pueden doctrinar todos los psicólogos. Así siente y así expresa, es su personalidad y es su corazón. Exquisita, pulida, selecta, nerviosa, flor de civilización vieja....

* * *

El noble Rey amenazaba al altivo hidalgo, el cuerno de Hernani resonaba.... Yo sólo veía á Doña Sol.

¡Oh mujer de ojos febriles! quisiera hacerte sonreír de ensueños y gritar de pasión; quisiera adorarte con incensales plegarias y besarte con salomónico delirio; quisiera ser la frente doblada en el éxtasis que buscan tus manos inquietas y el Elejido que huele hasta enloquecerse las mirras de tu cabellera!....

JESUS URUETA.

Qué bien sabía la charla íntima en aquel discreto rinconcito del salón! Bajo una sombrilla japonesa, detrás de un biombo: noche de raso negro cruzada por pesadillas de oro. Miro aún, ¡y han pasado muchos años! la enorme lámpara del velador anaranjado, el espejo de irisado bisel, el vaso de acero desbordante de begonias y el grupo de mármol: dos bañaderas en pedestal de felpa.

Los murmullos de las conversaciones desmayaban ahí, el ruido del salón se amortiguaba y se estaba á la vez cerca y lejos de la multitud en el delicioso *vis-á-vis* color de castaña.

Buscaba á Augusta en aquellas recepciones desde mi entrada, y verdaderas estrategias me valía atraerla allá, bajo el plastrón de retratos, junto á la mesita estorbo recargada de álbums. La tetera cuchicheaba sobre la flama azul del alcohol, y el blondo líquido humeaba en las frágiles y anchas corolas de porcelana. Ese era el pretexto, la oportuna taza de té que yo mismo le ofrecía...... y hénos ahí lejos de las indiscreciones, mía, esos breves instantes que dura la bebida de salón, comentada en tono confidencial.

Las frases moribundas de una romanza, el quejumbroso recitado de una melopea, la melodía de una sonata, el rumor de los bailadores, una risa bulliciosa ó una palabra dicha en voz alta, nos recordaban que estábamos en plena sala, ¡muy pronto lo olvidábamos!

¡Qué deliciosa música su palabra, qué deliciosa música su risa!

¡Siempre estaba de prisa, á punto de partir, puesto el sombrero! yo jugueteaba con sus guantes, moldes adorables de sus manos de princesa, manos amadas, ideales, manos de Chaplín, como dijo el poeta, hechas para mecer un abanico de Wateau ó balancear una azucena; yo aspiraba indiscreto su aroma delicado, y apenas sensible, de rosas blancas. Una alianza de oro en el anular de la izquierda me hacía mal: hay en el corazón de todo amigo un punto enfermo, un punto enamorado, y ese me dolía. Nunca quise preguntarle si esa joya significaba un amor correspondido.

Charlábamos con entusiasmo, temblaban las flores de durazno de su sombrero, nos acercábamos mucho en las discusiones, avanzaba su rostro, chispeaba una eterna pregunta en sus ojos castos, accionaba con ardientes ademanes.... la taza perdía el equilibrio, y en momentos de olvido, para convencerla, familiarmente dejaba mi mano en su hombro sin que ella pareciera percibirlo.

¡Sólo el corazón en los labios! Si yo hubiera tenido un secreto que costara la vida, un dolor inmenso, una herida de las que se ocultan con el pudor de la desgracia, ahí se lo hubiera dicho, entre dos sorbos de té, animado por su sonrisa ingenua, por su mirar sano, por la camaradería casi infantil de sus ojos.

¡Tal vez la envolvía ya en una muda adoración! pero el miedo de perderla me hacía enmudecer. ¿No era traicionarla interpretar su abandono como algo más que una amistad poética.... pero sólo amistad?

La vaga confidencia, el anhelo oculto, el comentario reticente, los proyectos para lo porvenir, las contrariedades, todo se decía ahí como al oído de un hermano mayor que se respeta y que se adora. Llegué á considerarla como lo que fué: la mujer indispensable. Enfermo de dudas y de cansancio, su risa me volvió la primavera del carácter alegre, llegué hasta emborronar rimas breves en su honor. Me consolaba de muchas injusticias de la vida, y las hubiera querido más crueles por sólo el placer de comentarlas en los *dúos* del *vis-á-vis*.

Tener cerca una mujer buena, inteligente y bella, saber que somos el uno para el otro, hermanos por el alma, no sentirse torturados por la pasión, entregarse sinceramente en una frase y ver embellecido el paisaje de la palabra por ese dulce sol de afecto que parece bañar en ternura el alma toda con unos ojos que tutean, con un ademán que sólo tiene para vosotros, con una frase que vuela libre del grillete de la etiqueta.... eso, es realizar el idilio posible de la moderna vida en que el amor es ¡ay! tortura, y el ensueño dolorosa enfermedad.

No era mi novia, es cierto, pero en cambio jamás un hombre hubiera oído las confidencias que á ella le hice, tan tiernas, tan íntimas, tan delicadas, evaporando un perfume de ingenuidad é infancia tales, que hubiera temido esa risa de Mefistófeles con que acostumbramos burlar esos girones de alma femenina que hay en el fondo de toda virilidad. Como Hércules, hilamos esa seda de colores castos á los piés de Onfalia, jamás lo haríamos en presencia de Aquiles.

Empapado en ella, al despedirnos, mientras me tendía la mano para que le abrochara los guantes, cuántas veces le dije como una súplica y con ardiente tono de plegaria:

—¡Oh, Augusta, seremos siempre así, buenos amigos, leales amigos, perpetuamente amigos!....

Un largo estrechamiento de manos, una mirada hasta el fondo, una sonrisa leal, y nos separábamos, quizá pensando con Goethe, que donde hay mucho afecto hay mucho bienestar.

Aquella noche la última por inexplicable distracción bebimos en la misma taza.... ninguno de los dos notó que el té sabía amargo, ¡se nos olvidó ponerle azucar!

***

Héme aquí de nuevo en el *vis-á-vis*, pero completamente solo; sueño que Augusta está conmigo, y como Penélope, bordo el tapiz de aquella historia que comenzó con flores azules....¡el hilo se ha roto!

¡Eternamente Yago! La murmuración detrás de un abanico, el consejo maternal de una señora de edad mordisqueando un pastel, el malicioso comento al chocar dos copas de Málaga....he ahí el sumario. Mi amistad con Augusta tuvo su fiscal y la declararon culpable....falló....ni quiero saber quién.

La llamaron discretamente aparte....porque la quieren, porque su bondad la compromete, porque necesita un ser leal que la dirija.

Hablaron dulcemente de mi pobreza é incierto porvenir, lamentaron los deterioros de mi traje y el estado de mi pobre sombrero. ¡Quizá soy simpático, quizá tengo talento, ¿pero eso qué vale? Aunque ella lo niegue, hay algo más de amistad entre los dos: hay amor; eso se conoce....y no le convengo, sería ridículo, absurdo, ¡vamos! odioso. Merece algo más que un muchacho que recita versos detrás de un biombo, bajo una sombrilla japonesa, entre begonias; el que tal hace, es peligroso, porque será eternamente pobre.

Aun es tiempo de retroceder, mañana será tarde; como indiscreto contaré que es mi novia, citaré hechos falsos, delatadoras coincidencias, fingiré citas y cartas; total, una reputación perdida. ¿Qué soy buen muchacho? ¡pero de familia tan obscura! ¡presencia tan desagradable! ¡sin porvenir! ¡un cualquiera! Yago se entusiasma, pasa del comentario á la calumnia: he contado sabe Dios cuantas cosas á mis amigos.... todos conocen su retrato que aseguro ella me ha dado....en un café; medio ebrio, divulgué cosas delicadas....al menos eso dicen....¿Qué hombre correcto la galanteará cuando lo sepa?

¡Oh, buena amiga mía! Sé que me defiende, que desmiente, que clama contra la injusticia y acaba por reír de la fábula absurda....pero la hieren, la fustigan, interpretan su interés por una complacencia amorosa que la honra muy poco, no me conocen, no han oído hablar de mí, pero así debo ser....¡es indudable!.... ¡Pobre amiga mía! El veneno entra muy hondo, la sospecha engendra dudas. Yago la mira de hito en hito....¡á decidirse! ¿verdad que no me quiere, que no puede quererme? ¡y titubea y vacila y cae!

Ella se ha turbado al encontrarse conmigo, quiso esbozar su sonrisa buena, ¡inútil! es otra, recorre el salón queriendo sorprender un comentario. Me tiende la mano con la amabilidad de una mujer correcta, pero con la glacial sonrisa de sociedad! La sigo, dirigiéndole una frase cariñosa, pero....estamos delante de testigos, frente al formidable *qué dirán*, y me ha contestado con agradecimiento trivial, desolador.

Ríen detrás de los abanicos, me siento ridículo, mi caída se divulga, busco quien me compadezca al menos, pero todos, no sé por qué, parecen experimentar íntimo placer de esa injusticia.

Estoy, pues, solo, solo y con la muerte en el alma, y mientras ella toca un *lied* de Mendehlson, con el sollozo y el insulto al borde de los labios, me dejo caer ahí en el rinconcito callado, bajo la sombrilla japonesa, detrás del biombo, entre las begonias. ¡Oh, sí la amo!......pero no merezco el desenlace...... la han inoculado de desconfianza, peor que el odio.

Mis amigos ni me consuelan ni me buscan, todo lo han visto, pero ¡el eterno acaso! un preludio de lanceros en esa reñida batalla de salón consuma mi derrota. Todos ríen, ellas se abanican al parecer felices, quizá hasta la que es causa de mi ruina....¿Ella habla de mí? ¿me niega con ese gesto de orgullo? ¿qué sátira les arrancará esa escandalosa carcajada que hace volver el rostro á las personas graves?

....

Estamos frente á frente.

—Ofrézcale usted á Augusta una taza de té, me dice Verónica con espiritual sonrisa.

—¡Cómo no! Y con las manos trémulas, escancio en la frágil taza el líquido humeante; procuro sonreír, ser amable....ella se turba, palidece, no sabe dónde mirar, conserva puestos sus guantes, se niega á sentarse y da largos tragos para abreviar ese penoso encuentro......Estamos solos, bajo la sombrilla japonesa, tras el biombo, entre las bregonias......¡y enmudecemos!

—Augusta, le digo con dolor, ¿qué pasa?

—¡Nada! me responde fingiendo extrañeza. ¿Por que?

—¿No somos ya lo que antes?

—¿Cómo lo que antes?

—Es decir......digo......decía usted......que perpetuamente amigos.

—¡Ah, sí! Y aquella madona deja la taza en el mármol, me toca la punta de los dedos, ya es muy tarde; esboza una sonrisa de adiós y se aleja....No la sigo; como un imbécil sirvo diez terrones de azúcar, inconscientemente, y sin embargo, ¡qué amargura en los labios, qué amargura en el alma, qué amargura en esa gota, en esa gota de dolor, que, única, lenta, caliente y silenciosa, se desprende de mis pestañas, corre por mi faz estremecida y cae en mi solapa sobre una mustia margarita! ¡Irónico rocío de una flor muerta!

A Fernangrana.

¿Que mi amor no es amor? ¡cómo te engañas!
Te engañas...... no: ¡cómo engañar pretendes!
Cruel en mi amor te ensañas;
Pero en mi amor, á tu pesar, te enciendes!
¿Y así me dices que el amor que en prenda
De amor te da mi corazón sincero
No es el amor, porque le falta venda?.
¿No sabes que mi amor quiere primero
Ver si tienes Amor y es verdadero! .....

LIDIA.

(De "Interior.")

Como llora el generoso corazón de Jesucristo
rojas lágrimas que ruedan cual rubíes, agresivas,
implorando, sacudido por hostiles convulsiones,
la piedad de las espinas.

Cual derrama por los poros de los siervos de la gleva
el cansancio, suplicando un placer que los redima,
turbio llanto de sudores que fecundan el martirio
en la cruz de la fatiga.

Cual implora, silencioso, compasión en el patíbulo,
el doliente condenado, compasión á la cuchilla,
con miradas donde asoman los terrores y el asombro
divagando las pupilas.

Como piden, enseñando el verdor de su ropaje,
los encinos y los robles, que denuncian lozanía,
la clemencia de los rayos que les hieren las entrañas
y los rajan y derriban.

Así pido, imploro y ruego al puñal de tus desdenes,
así ruego, imploro y pido á los garfios de tus iras
compasión, piedad, clemencia para mi alma lacerada,
alevosamente víctima.

Enseñándote los labios carcomidos de las llagas
y las fauces escarlatas que entreabren las heridas
desgarradas por tu mano, sin temor á mis lamentos
que á tus plantas se arrodillan.

JOSE M. FACHA.

ALBA CAMPESTRE.

Alborea. Es el instante,
es el solemne momento
en que la luz palpitante
su áurea bandera triunfante
despliega en el firmamento.
Se fué la Noche—la negra
esclava de faz adusta—
se fué la que tanto asusta,
llegó la que tanto alegra:
la Aurora! Ved: ya galana,
como la Venus pagana,
surge en los mares de Oriente
mostrando el seno turgente
de nivosa porcelana.
Desata sus crenchas; dora
el cielo con su atavío,
y sobre las flores llora
ese llanto que atesora
hecho perlas: el rocío.
Todo es alegre á esta hora
en que se despierta el mundo
de sueño triste y profundo:
el gallo á lo lejos canta,
y todo árbol, toda planta
siente las celdillas llenas
de savia que les afluye
y circulándoles huye
—sangre blanca—por sus venas.
Ya en los girones de bruma
que del lago se desprenden
y cual humareda ascienden,
el caserío se esfuma.
—Ya empinada en el alero
coquetea la paloma,
y el fragante limonero
—arábigo pebetero –
suelta en ráfagas su aroma.
Madruga el rústico; deja
el leñador la cabaña
y, el hacha al hombro, se aleja
camino de la montaña.
Bala en el redil la oveja,
en los lejanos corrales
brama el gallardo novillo,
y por cima los trigales
que encarruja el cefirillo,
se ciernen en densa nube
los tordos madrugadores.
Entre tanto, el Sol ya sube;
se apresuran los pastores
á ordeñar; los labradores
van á uncir, y el buey tardío
el testuz al yugo ofrece.
Qué rumor produce el río
que colérico se hincha!
Gigante boa parece
que se escama y da pavura.
El potro piafa y relincha
retozando en la llanura....
ah! su relincho sonoro
simula en alas del viento,
toque de clarín de oro
que emerge del campamento.
Y soplan aires süaves
susurrando en la floresta,
y ora dulces, ora graves,
saludan al Sol las aves
con un himno á toda orquesta.

***

Salud oh Sol! Ya tu disco,
que asoma entre las escamas
del crestón de abrupto risco,
flameante se estremece
como abanico de llamas.
Y crece el rumor, y crece
el movimiento y la vida
cuando en el campo amanece
y á sus labores convida.
El rebaño va á la punta
del alto monte, que encierra
pasto abundoso; la yunta
va á labrar la inculta tierra;
la ronda de campesinos
de corvas hoces armada,
va por diversos caminos
á segar la mies dorada;
y las yeguas, que fustiga
látigo en mano severa,
corren á trillar la espiga
amontonada en la era.

***

A la lucha, labradores!
á regar vuestros sudores
en la tierra, el Cielo os trajo;
id á la diaria fatiga,
y Dios vuestro pan bendiga,
adalides del trabajo!

JUAN B. DELGADO.

LA VEJEZ DE ANACREONTE.

La tarde coronábale de rosas.
Sus dulces versos, en divino coro,
Se iban flotando como polen de oro
Sobre alas de invisibles mariposas.

***

Componían los mimos suaves glosas,
Mujía blandamente el mar sonoro,
Como si fuera un descornado toro
Uncido á la cuadriga de las diosas.

***

Y más rosas llovieron; y la frente
Del poeta, inclinóse dulcemente,
Y un calor juvenil flotó en sus venas.

***

Sintió llenos de flores los cabellos.
Las temblorosas manos hundió en ellos...
Y en vez de rosas encontró azucenas.

LEOPOLDO LUGONES.

MURMURIOS.

La tarde muere funeral querube,
Que los recuerdos tenebrosos ata.
La niebla tenue silenciosa sube,
Y el astro brilla en apartada nube
Como áureo insecto en su capuz de plata.

Y los manzanos al caer sus flores,
Sangre parece que en redor gotean;
Y sus frutos de vívidos colores
Como aves poseídas de temores,
Ni cantan, ni se mueven, ni aletean.

De los arbustos que la noche esfuma
Las ramas se alzan como negras cruces.
La azucena semeja entre la bruma,
Ya un oleaje que cubrió la espuma,
Ya un candelabro de apacibles luces.

Callada está la selva melenuda.
Ni un rumor se columpia en su frondaje.
Están las casas en su falda ruda,
Cual caravana que parose muda,
A admirar las bellezas del paisaje.

Allí vivía la que busco en vano
La que al verme llorar entristecido
Me acariciaba con su blanca mano.
Ave hambrienta, levántame, soy grano.
Alma huérfana, búscame, soy nido.

¿El tiempo nada en su carrera arranca?
¿Deja la herida del dolor abierta?
Mi llanto se cuajó, y está cubierta
Mi alma de nieve. Para siempre blanca,
Por siempre sola, para siempre muerta.

ABEL C. SALAZAR.